PACIFICO MAGAZINE

Enero. 1915

Precio: UN PESO

FERROCARRIL de ANTOFAGASTA a BOLIVIA

SERVICIO DIRECTO ENTRE ANTOFAGASTA Y LA PAZ

TRENES DE SUBIDA

Antofagasta . . .	Sale . .	8.40 P. M.	Sábado	(cada 15 días)
Uyuni	Llega. .	7.30 P. M.	Domingo	" "
Oruro	" . .	7.40 A. M.	Lunes	" "
La Paz	" . .	4.30 P. M.	Lunes	" "

TRENES DE BAJADA

La Paz	Sale . .	8.00 A. M.	Sábado	(cada 15 días)
Oruro	Llega . .	3.45 P. M.	Sábado	" "
Uyuni	" . .	7.55 A. M.	Domingo	" "
Antofagasta . . .	" . .	Amanece	Lunes	" "

NOTA.—El tren de Antofagasta combina con el vapor rápido del Sur de la Compañía Sud-Americana de Vapores, y el tren de La Paz combina con el vapor rápido de la misma Compañía, procedente del Norte.

Estos trenes cuentan con elegantes y confortables carros-dormitorios y un esmerado servicio de comedor. Combinan con los vapores del Sur y del Norte.

El precio de un pasaje de primera clase de Antofagasta a Oruro es de £ 3.8.8½ y de Antofagasta a La Paz de £ 4.14.5.

El boleto de cama por cada noche importa £ 0.12.1 y en un viaje a Oruro o La Paz debe tomarse para dos noches.

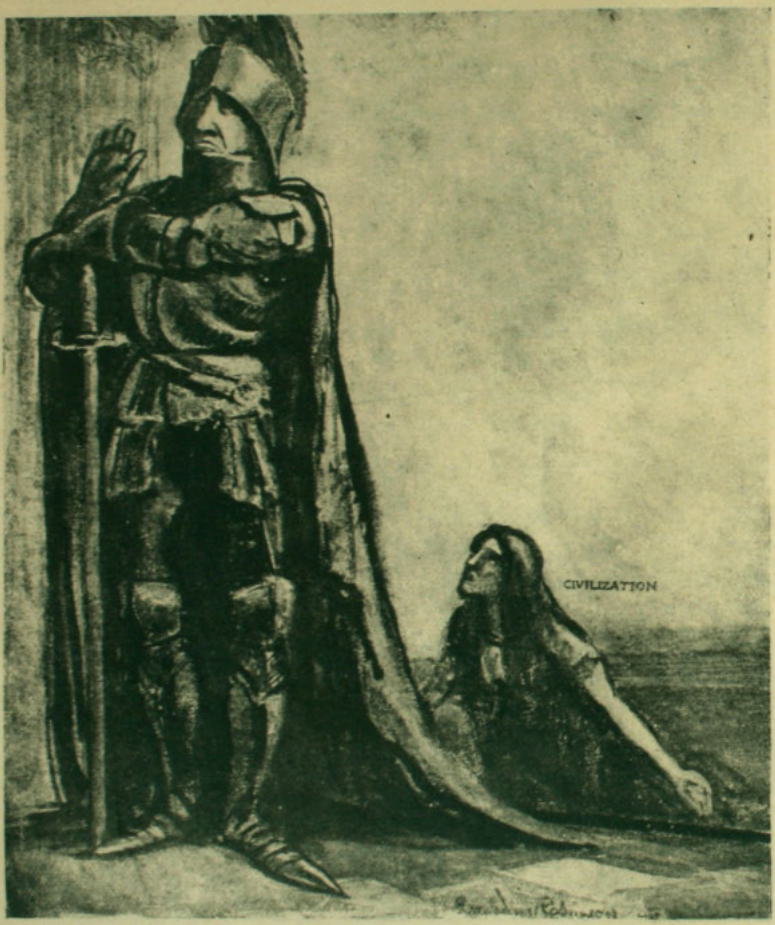
Los trenes a la Pampa salitrera (Sección chilena) salen de Antofagasta diariamente, menos los domingos, a las 8 A. M.

El próximo tren saldrá de Antofagasta y La Paz, el sábado 19 de diciembre.

Para mayores datos, verse con los señores VORWERK & Co. en VALPARAISO y con la Administración General en Antofagasta.

PRAT 231 **VORWERK & CO.**

Agentes generales:



LA CIVILIZACION RECHAZADA POR EL MILITARISMO.

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | VOL. V.—Santiago de Chile, enero de 1915.—NUM. 25. | — Que mañana

VELADAS DE VACACIONES

Ha llegado la noche en las casas de la hacienda y, como abandonando la costumbre de la ciudad de comer cada día más tarde, se sirve la mesa muy temprano como en tiempo de los abuelos, sobra un buen pedazo de noche para la intimidad de la familia. Una de las niñas mayores se ha sentado como siempre frente al piano y recorre distraída el teclado; muy pronto con aire displicente toma el álbum dejado allí por un inglés y comienza a leer los primeros compases del "Home, sweet home". Su voz delicada entona a media voz, siguiendo el acompañamiento, los versos de la canción: "Mid pleasures and palaces, though we may roam,—Be it ever so humble, there's no place like home..." ¿Qué es lo que cantas? pregunta uno de los niños, un adolescente delgado y rubio que apoya su rostro muy infantil todavía en las dos manos cruzadas y recibe la luz de la pantalla amarilla de la lámpara.—"Es una canción del hogar que cantan en todas las casas inglesas y que dice más o menos: "en medio de los placeres y palacios, do quiera que nos encontremos, por humilde que sea nuestro hogar no encontraremos nada como él". Los niños no comprenden todavía la verdad y en sentimiento de la vieja canción que hemos oído tantas veces, navegando o en la cima de la cordillera, do quiera que un rincón abrigado permitía al inglés volver su recuerdo al "home" lejano y recordar aquellas veladas tranquilas de la niñez transcurridas en compañía de los padres y hermanos diseminados ahora por el mundo o muertos.

Pero yo contemplaba el cuadro de la sala baja con sus vigas de roble descubiertas, la gran mesa donde muchachas y muchachos hojeaban revistas o se echaban la suerte alegremente. Yo recorría todas esas cabezas jóvenes, libres todavía de preocupaciones para la vida, cabezas llenas de luz y de sol donde la existencia no ha marchitado nada ni dibujado siquiera en el horizonte la nube precursora de la tormenta. ¿Qué irá a ser de todo este hermoso grupo en veinte años más? Faltarán tal vez los viejos, los buenos viejos que los cobijan hoy día y los defienden; faltaremos algunos de los que vamos aproximándonos al apogeo de la vida o remontándolo, y estas niñas no serán ya tan alegres y espontáneas y estos niños no tendrán tal vez horas de tan dulce reposo.

La noche está serena y salgo al largo corredor donde llega, al través de los huertos y del perfume de las enredaderas, el rumor incesante del río. Más cerca, el concierto monótono y enervante de charcos y matorrales levanta un intenso rumoreo de los hélitros y de innumerables vocecillas a las cuales la noche permite rendir homenaje a su silencio y a su profundidad. Por la ventana veo de nuevo el cuadro del hogar: la niña vestida de blanco sentada al piano, el adolescente más cerca, siempre con la barba apoyada en las manos. Mé lo figuro fácilmente, por su posición pensativa cerca de la luz, veinte años más tarde, en la mesa de su oficina de trabajo, tras de la mampara, inclinado sobre el balance de los libros registrando pensativo el estado de sus negocios, lleno tal vez de torturas... ¡Ah! si uno pudiera detener este tiempo que pasa tan ligero! La mesa sigue más allá, la bulliciosa mesa de los más pequeños, donde uno se alza en su silla para pronunciar un discurso en homenaje de una primita que parece una verdadera muñeca y no sirve para las bromas porque se desespera de las frases ditirámbicas con que el chico celebra el hecho de que se haya dejado sacar un diente sin llorar. La diminuta asamblea aplaude.

Con paso monótono y siempre igual, el padre hace en el corredor su paseo de todas las noches. Se detiene tras de mí a mirar por la ventana y se hace la misma pregunta que acabo de hacerme. "¿Qué irá a ser de toda esta menudencia?"

¡Quién sabe! Cuando nació cada una de estas criaturas sus madres dijeron como siempre: "será presidente", por el varoncito; "será princesa", por la mujercita. Pero, ahora, ya se pronuncian las líneas del carácter de cada cual y estos augurios parecen excesivos. Allí está por ejemplo, ese niñito espontáneo, que no es capaz de mentir, que se cree digno del cariño de todos y confía en ese cariño. ¿Cuánto irá a sufrir en el curso de la vida? ¿Qué de desengaños van a ir entristeciéndolo poco a poco con las deslealtades sorprendidas, con las traiciones e infidelidades sospechadas? Aquel va a entrar a la existencia armado con una fortuna; pero éste otro será pobre, trabajará, probablemente no logrará éxito porque es distraído y estas distracciones revelan un temperamento soñador.

Allí permanece pensativo el otro hermano un poco mayor, espíritu inquieto, curioso, burlón. Probablemente éste tiene mejores condiciones para la lucha; pero no sufrirá, junto con los desengaños de su hermano, las horas dichosas de la confianza sin límites y sin sospechas.

La revista de las niñas es todavía más complicada: la mujercita nace con las mismas formas que va a tener cuando grande; es posible modificarle ciertos detalles; pero no cambiarla. Como los arbolitos, desde que apenas surgen del suelo ya tienen sus ramas y sus hojas extendidas como van a ser en el futuro. Es posible colocar al lado del arbolito una estaca derecha para hacerlo crecer recto; pero no es posible transformarlo en manera alguna, hacerlo trepar o arrastrarse por la yerba. Allí están esas personitas casi formadas. ¡Cuánta menor ingenuidad que en los ojos de los niños! ¡Cuánta más penetración y rapidez de comprensión el de esas criaturas aguzadas ya por las misteriosas defensas del sexo!

Cada vez que, como esa noche, he visto una asamblea de niños en el hogar me he preguntado si sus mismos padres los conocen y saben sus inclinaciones y defectos. Desgraciadamente la respuesta es siempre negativa. Si la instrucción en las escuelas de Chile va por falsos rumbos y la educación no existe, ambas cosas sufren del mismo ostracismo y equivocaciones en el hogar: falta de tiempo dedicado por el hombre de trabajo a la conversación con sus hijos, falta de verdadera colaboración intelectual de la madre y falta de confianza entre todos. O hay estiramientos perniciosos o familiaridad excesiva.

Debe haber, sin embargo, una hora en el hogar para que todos se conozcan y se traten. Hemos oído a menudo hablar a personas que dicen: "yo no conocí a mi padre; no supe nunca cuánto valía sino cuando lo perdí". En otra ocasión he podido comprobar que un joven valía mucho más de lo que pensaba su padre que jamás se le había aproximado.

Me confirma estas observaciones la voz del viejo que allí cerca de la ventana hablaba de nuevo, casi para sí: "¿Qué irá a ser de estos niños? A mí me quedan pocos años de vida. Si uno pudiera continuar velando por su familia hasta que ella se bastara a sí misma!"

Una niña que toca en el piano ha hecho un hallazgo.

Una de las páginas del álbum ha revelado en tipos góticos el título:: "Nearer my God to Thee!" ¿Qué significa este título? se pregunta el adolescente. "En alguna parte lo he oído".—"Pero sí,—contesta la pianista,—era el himno que cantaban los náufragos del **Titanic** cuando se hundía el barco: "Más cerca de Ti Dios mío...! ¿Te acuerdas?

Todos se acercaron al piano. ¡Es tan grande la evocación del sacrificio, del heroísmo, de la desgracia misma! La madre que no había hablado hasta entonces levantó la hermosa cabeza y comenzó a decir simplemente. "Fué una de las tragedias más grandes. Pero ahí todo el mundo cumplió con su deber". Y contó entonces con esa simplicidad emocionada con que las madres saben narrar a sus hijos los cuentos de hadas y las vidas de los santos, una de las páginas más tristes y consoladoras al mismo tiempo de la historia moderna. ¿Son muchas las madres en Santiago que son capaces de recordar y de contar bien lo que ocurrió en esa noche dolorosa? ¿Son muchas las que saben deducir de un mero hecho la gran enseñanza del cumplimiento del deber y de la subordinación heroica que dieron esos empleados que no se movieron de sus pues-

tos, esas muchachas solteras que cedieron en los botes su lugar a las madres de familia o a las casadas, diciendo: "ustedes hacen más falta"?

He aquí las enseñanzas que he obtenido de esa y de otras veladas de vacaciones: no hay medio más apropiado para hacer la educación en la familia que es el gran complemento del colegio, que la velada en el hogar. Pero en la ciudad esta velada es cortísima o ha quedado anulada a causa de la hora de la comida que coincide con la recogida de los niños. Los padres no alcanzan a hablar con sus hijos. Pasan los días sin contacto alguno entre esas dos almas una de las cuales debe dirigir y la otra ser influída. Cuando los viejos preguntan: "¿Qué va a ser de estos niños?" Hacen una pregunta absurda para los hogares europeos o de todas las viejas sociedades cristianas. El padre sabe lo que va a ser de ellos con esa aproximación que permiten los hechos humanos y el porvenir desconocido. Quien ha sido laborioso y económico y ha acompañado a sus hijos en intimidad absoluta conoce más o menos las condiciones en que va a desarrollarse su familia en el futuro. El medio de no dejar tanto al azar sería perseguir a fondo esta educación familiar secreto de la virtud y de la prosperidad de las familias.

He contado brevemente la impresión de esta velada de vacaciones y quiero llamar la atención al papel preponderante que desempeñaba allí el piano, instrumento con el cual se despiertan en el niño las primeras emociones musicales y se le enseñan esas canciones que son la fibra más sensible para transmitir al través del tiempo y de la distancia el recuerdo del hogar. Hemos escrito otra vez en esta misma revista para llamar la atención a la ausencia en el cancionero popular chileno del himno de familia, del himno religioso íntimo, de la pequeña canción de amor inocente, que tararean los niños y niñas en Europa. Todo extranjero nota que los hombres no cantan en Chile, no cantan naturalmente, no cantan en las calles por manifestaciones de alegría, no cantan en el hogar paa reunirse en coro con los seres queridos. Tal vez canten alguna vez: borrachos. Yo recuerdo las mañanas de los pueblos italianos donde, desde cada ventana, jóvenes y viejos lanzan las notas viriles de sus romanzas mientras se hacen la barba o abotonan el cuello. Recuerdo las manifestaciones políticas de Bruselas en que los católicos y socialistas se paseaban por las calles cantando con voces bien acordadas la "brabanzonne". Recuerdo, en fin, los mercados, las ferias, las lavanderas en la vasca municipal, los niños en los baños, todo el mundo cantando. Entre estas canciones tienen el primer lugar las del hogar, las del "dulce home" de los ingleses.

En Chile se puede decir que no se conoce la vida de familia. Las fiestas familiares conocidas en todo el mundo y que caen en pleno invierno en Europa, como Navidad y Año Nuevo, pasan en este país en verano y todos se lanzan libres por las calles para respirar el aroma de las flores y de las primeras frutas. Sería necesario buscar otras adaptables al clima.

La educación familiar es por consiguiente un ramo ignorado por los padres de familia. Los niños se desarrollan aparte, en comunidad con las sirvientas. Los padres creen que lo han hecho todo con pagar cincuenta o sesenta pesos mensuales a un colegio de religiosos. Algunos no se estiman obligados ni a dar buen ejemplo. Otros lo hacen en forma maquinal. Eso no es la educación en la familia ni es la familia.

Los heroísmos, los actos de nobleza y de sacrificio con que hoy nos asombran la juventud de Europa nacen y crecen en los hogares a la luz de la lámpara cerca del regazo de la madre que es siempre fuente de inspiración y de virtud. Por eso he creído conveniente recordar estas veladas de vacaciones.

J. D. G.

Notable fotografía en que aparecen las hermanitas de San Vicente de Paul

En mucho han fallado los cálculos de los peritos militares con respecto a los caracteres de la guerra moderna, pero no se equivocaron al pronosticar que ella sería cada vez más mortífera y sangrienta. El cable, como los historiadores, da los grandes rasgos de las batallas, da la relación de los actos de heroísmo y de abnegación, pero no se detiene en los pormenores horrorosos y repugnantes de la realidad de la guerra. Corresponsales que han podido escapar a las garras de la censura, describen algo de lo que ocurre en esta espantosa matanza: hospitales rebosantes de heridos, donde la atención médica y las medicinas se hacen escasos; heridos que nadie recoge del campo de batalla; muertos que aparecen sobre la capa superficial de tierra que los cubría; perros hambrientos que rondan por las aldeas abandonadas saciando su hambre en

Notable fotografía en que aparecen las hermanitas de San Vicente de Paul

En mucho han fallado los cálculos de los peritos militares con respecto a los caracteres de la guerra moderna, pero no se equivocaron al pronosticar que ella sería cada vez más mortífera y sangrienta. El cable, como los historiadores, da los grandes rasgos de las batallas, da la relación de los actos de heroísmo y de abnegación, pero no se detiene en los pormenores horrorosos y repugnantes de la realidad de la guerra. Corresponsales que han podido escapar a las garras de la censura, describen algo de lo que ocurre en esta espantosa matanza: hospitales rebosantes de heridos, donde la atención médica y las medicinas se hacen escasos; heridos que nadie recoge del campo de batalla; muertos que aparecen sobre la capa superficial de tierra que los cubría; perros hambrientos que rondan por las aldeas abandonadas saciando su hambre en

recogiendo a los heridos franceses y alemanes en el campo de batalla vecino a Soissons.

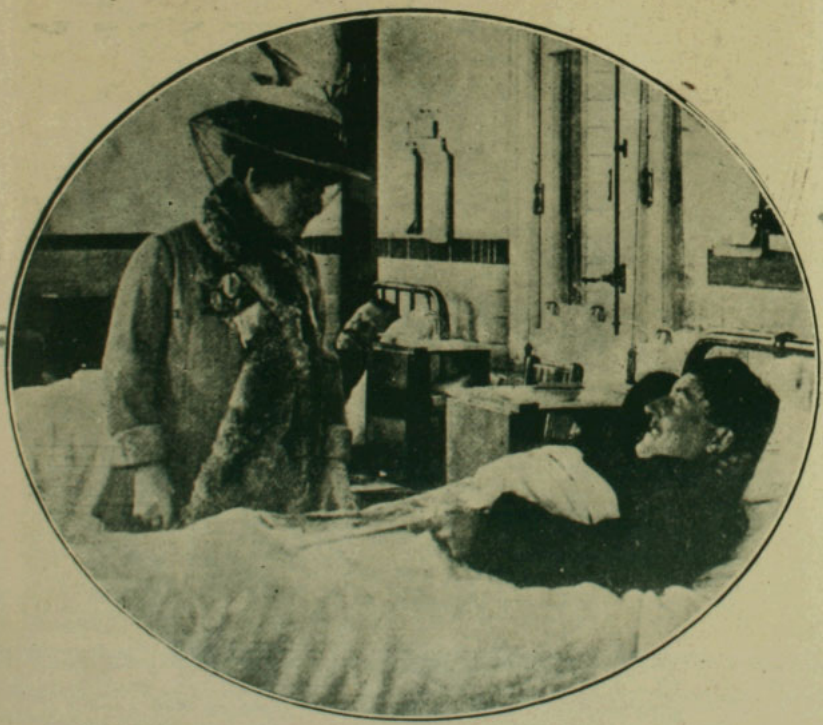
lo primero que encuentran, y caballos que parecen haber vuelto al estado salvaje, enloquecidos por la visión del combate y por el terror del hombre.

Blasco Ibáñez ha referido escenas como éstas en su estilo cálido, que hace vivientes las imágenes en su admirable objetividad. ¡Adiós heroísmos de novela de capa y espada, adiós la belleza de los cuadros a lo Detaille y de las cabalgatas a lo Desparbés. En el campo desolado no aparece otro triunfador que la muerte, y el único heroísmo visible es el de esas hermanas de la caridad y el de los servidores de la Cruz Roja que van corriendo de uno a otro herido, de uno a otro lamento, en que ellos no aprecian distinción de lengua, porque todo hombre que sufre es su hermano, como enseña el Evangelio.

La Emperatriz Eugenia, que ha convertido su casa en Farnborough, en un hospital militar, hace su visita y saluda afectuosamente a los convalecientes

Notable fotografía de una casa de Amberes en el momento que es destruída por la explosión de una granada alemana

Huérfanos belgas huyendo de Amberes



La célebre artista lírica Mme. Adelina Patti, visita los heridos belgas en el Hospital Swansea en Londres

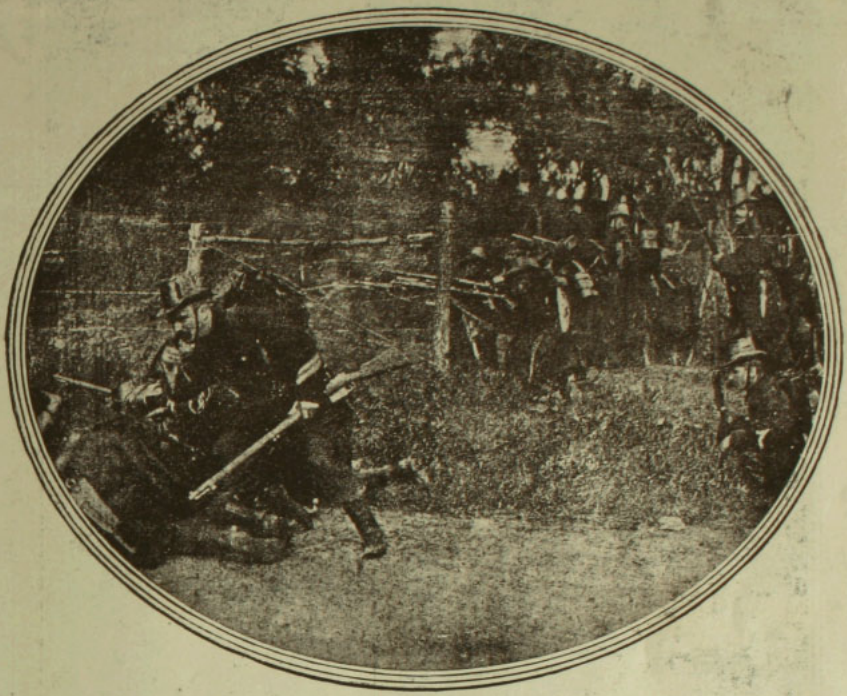
El generalísimo de las tropas británicas en campaña Sir John French

Una enfermera francesa ofrece un cigarrillo a un soldado zuavo herido en ambas manos

La gran duquesa reinante de Luxemburgo

M. Max, el burgomaestre de Bruselas, cuya actitud ante las autoridades alemanas ha sido calificada de heroica

El Presidente Poincaré, el rey Alberto y el General Joffre pasan revista a las tropas aliadas en Furnes, Bélgica



Carabineros belgas en actitud de rechazar un ataque de los hulanos

Tropas alemanas haciendo sus preparativos y aseo personal antes de salir para la línea de batalla

El príncipe de Gales está en el ejército activo, mientras su hermano ha ingresado a la escuadra de operaciones

Escuela pública en Berlín, habilitada como hospital militar

El Kronprinz en su caballo favorito

Los escoceses de Londres en la revista pasada por el Alcalde

Efectos de una granada de los famosos cañones de 42, cuya explosión ha removido el pavimento hasta convertirlo en un profundo foso

Infantería alemana lista en espera de órdenes para lanzarse al asalto de posiciones enemigas

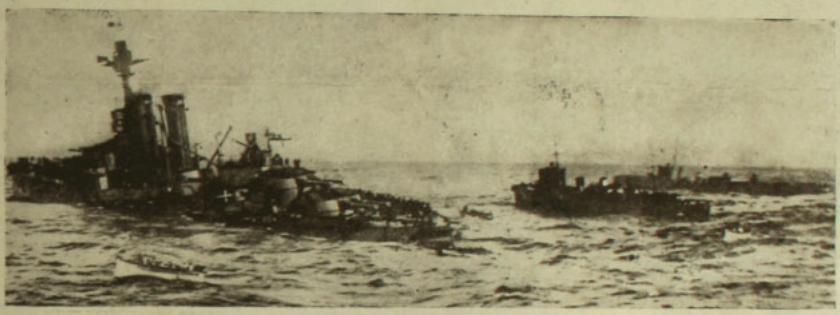
Un soldado de infantería francesa con el nuevo uniforme

Débil anciano llevado por sus dos hijos, fuera de Amberes, durante el sitio de la ciudad

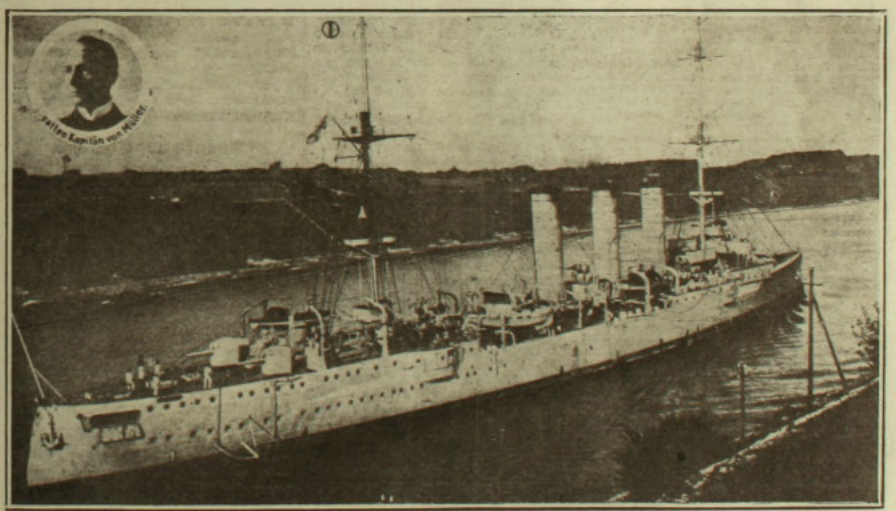
Abertura hecha por las granadas en el convento de las Hermanitas de los Pobres de Nieuport, Bélgica

Soldado francés con su nuevo equipo

Monjas y sus educandas en viaje de Amberes hacia Ostende



Fotografía tomada en el momento preciso del hundimiento del super-dreadnought inglés "Audacious" al chocar con una mina en el Mar del Norte



El famoso crucero alemán "Emdem", que a tanta altura llevó su actuación en la actual contienda europea que consiguió cubrir de gloria a su comandante von Müller y tripulantes. Según noticias enviadas últimamente en sus correspondencias al "Mercurio", Don Carlos Silva Vildósola, dice que el Capitán von Müller hoy prisionero en Inglaterra, es considerado por sus propios adversarios, como el héroe del día.

Un herido de las tropas hindúes es peinado por uno de sus camaradas

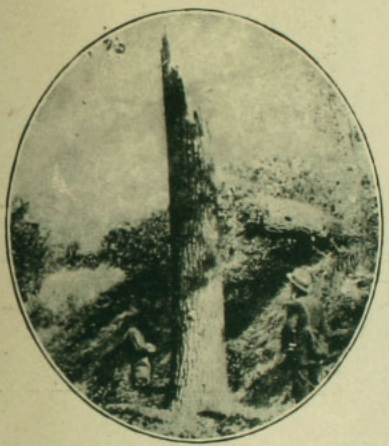
Soldado francés muerto y con el ignominioso rótulo que dice: "Fusilado por espía y traidor a la patria"

Soldado alemán participando de su ración de alimento a un pequeño francés

LA PIEDAD DE BRETAÑA

El pueblo bretón es uno de los más religiosos y el que más firmemente conserva sus costumbres, sus ideas tradicionales

Un soldado belga de avanzada aprovecha cualquiera oportunidad para descansar



Un árbol corpulento tronchado por una granada

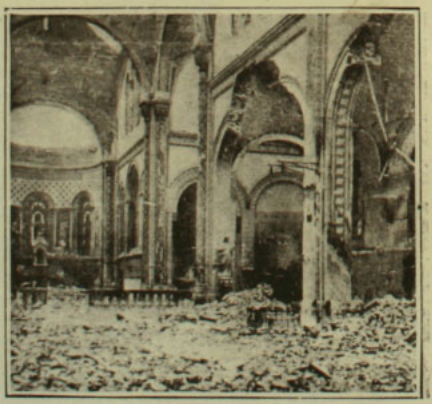
El general French, rodeado de periodistas en su visita a Paris

Rifleros belgas parapetados en la región de las dunas, desde un sauce tronchado por la artillería enemiga

General von Beseler que dirigió el sitio y tomó la ciudad de Amberes

Sir Pertab Sing, veterano de las fuerzas expedicionarias hindúes

Conde von Arnim, nombrado gobernador de Bruselas



Interior de una iglesia de Mons después del bombardeo

Lord Kitchener en la época de su residencia en la India, acompañado de su secretario

Un general prusiano da órdenes a un ayudante en el campo de operaciones

EL OSO

CUENTO ESCENICO RUSO

Por ANTÓN TCHEKOW

Personajes: Elena Ivanovna Popóva, joven viuda, propietaria, Gregorio Stepanovits Smirnov, de regular edad, propietario; Luca, sirviente de Popóva, de edad avanzada.

Sala de recibo en la casa de Popóvá

POPÓVA (*vestida de luto riguroso, tiene sus ojos siempre fijos en el retrato de su difunto esposo*) *y Luca.*

LUCA.—No está bien que usted sufra tanto, señora... Daña su propia salud, sin provecho alguno. La camarera y la cocinera han ido al campo en busca de frutillas y fresas, todo el mundo está de plácemes: el gato, contentísimo, se pasea en el jardín tratando de dar caza a los pajarillos; y, entretanto, usted permanece todo el día en las piezas, tal como si fuera una monja encerrada en su convento, sin darse jamás un momento de entretenimiento. Hace cerca de un año que usted no sale de esta casa...

POPÓVA.—¡Y para qué salir! Mi vida se ha obscurecido para siempre. El yace en el sepulcro y yo, por mi parte, me he sepultado entre estos cuatro muros... Ambos hemos muerto para el mundo.

LUCA.—Pena me da oirla decir estas cosas. Es mucho mejor no oirla. Es verdad que Nicola Micailovic ha traspasado los umbrales de la eternidad, pues ese era su destino y esa era la voluntad de Dios; que descanse en paz en su tumba. Usted ha sufrido y ha llorado intensamente; y eso basta, no hay necesidad de exagerar. No se puede, no se debe llorar y llevar luto por toda una eternidad. Hace ya mucho tiempo murió mi mujer; yo sufrí mucho, derramé lágrimas copiosas durante un mes; pero llorar y cantar letanías en honor de la pobre vieja, ya no vale la pena. (*Suspira*).

Usted ha olvidado a los vecinos y a todas sus antiguas amistades. Usted no sale y no recibe a alma nacida; vivimos, perdóneme la expresión, tal como si fuésemos

arañas, pues no vemos jamás la luz del sol. Las ratas han despedazado la librea. Estaría bien que todo esto sucediera si no existiesen en el mundo gentes de bien: pero, no podrá usted de reconocer que la provincia está poblada de gente señoril. En Riblov hay un regimiento acampado. Todos los viernes hay bailes suntuosos en el recinto del campamento y casi diariamente la banda militar toca retreta y organiza conciertos. Ah, señora, usted es joven, hermosa, llena de vida y por consiguiente, debería vivir una vida intensa y recordar que la belleza pasa con la juventud. Dentro de diez años usted misma querrá exhibirse ante los señores oficiales, para atraerlos con sus encantos, pero ya será demasiado tarde.

POPÓVA (*con energía*).—Te ruego no hablarme de estas cosas mundanas. Tu bien sabes que desde el aciago día en que murió Nicola Micailovic, la vida ha perdido para mí todos sus encantos. A ti te parece que esto no es lo que yo siento en realidad, pero yo he hecho la formal promesa de no abandonar jamás el luto que llevo por mi difunto esposo y no volver a frecuentar la sociedad. ¿Comprendes? ¡Ojalá que su sombra amada pudiera comprender cuánto le amo! Yo bien sé, que para ti no era un secreto, que a menudo él fué injusto y cruel conmigo, y hasta infiel; pero yo le seré fiel hasta la tumba y le mostraré cuánta sinceridad hay en mis afectos. Allá en la región de ultratumba se convencerá que le he sido fiel hasta la muerte!

LUCA.—En vez de decir estas cosas, creo sería preferible saliese a dar un paseo por el jardín o hiciera enganchar los caballos a la victoria y fuese a visitar los vecinos.

POPÓVA.—Recuerdo que mi esposo sentía tanto cariño por Joli, el mejor de nuestros caballos. Siempre salía a pasear en coche a ver a sus amigos predilectos: Corciaghin, Wlasof, guiando él mismo su caballo favorito. ¡Con qué primor conducía el carruaje, cuánta gracia tenía su figura! ¿Recuerdas? ¡Ah! Joli, Joli. Manda que el caballerizo le duplique la ración de cebada.

LUCA.—La señora será prontamente servida. (*Se siente un ruidoso campanillazo*).

POPÓVA (*poniéndose de pie*).—¿Quién será? Dí que no recibo a nadie.

LUCA.—Así lo haré, señora. (*Sale*).

ESCENA II

POPÓVA (*monologando*)

POPÓVA (*mira la fotografía de su amado y difunto esposo*).—¿Ves, Nicola, que te amo y te perdono tus infidelidades? El amor que siento por ti se extinguirá junto con el último soplo de mi vida, cuando mi pobre acongojado corazón cese de latir. (*Lanza una risa histérica, en medio de su llanto*) ¿Y no te avergüenzas? Fíjate en mí, modelo de fieles esposas. Me he encerrado bajo llave y te seré fiel y constante hasta la tumba! En cambio, tú me engañabas, me hacías sufrir con tus represiones inoportunas y durante largas semanas me dejabas abandonada, enteramente sola.

ESCENA III

POPÓVA Y LUCA

LUCA.—Allí hay un hombre que quiere a toda costa hablar con usted.

POPÓVA.—¿Pero, acaso no le has dicho que desde el fallecimiento de mi esposo no recibo a nadie?

LUCA.—A fe mía que se lo dije, pero él no ha querido hacerme caso, dice que se trata de un asunto importantísimo.

POPÓVA.—¡Yo no recibo a nadie!

LUCA.—Ya se lo dije; pero,.. es un oso irascible, me atropelló y entró por fuerza al interior de la casa. Ahora está en el comedor.

POPÓVA.—Está bien, hazlo sentarse en el salón. ¡Qué hombre tan mal educado! (*Luca sale de la pieza*). ¡Cuán molestos son los hombres! ¿Qué quieren conmigo? ¿Por qué vienen a molestarme en mi tranquilo retiro? (*Suspira*). Bien veo que estoy obligada a entrar a un convento. (*Se pone seria*). Sí, en un convento.

ESCENA IV

POPÓVA, LUCA Y SMIRNOV

SMIRNOV, (*entra de súbito y dirige la palabra a Luca*).—¡Idiota, bien veo que te gusta mucho darle rienda suelta a tu lengua! ¡Eres un bestia! (*Viendo de súbito a Popóva, cambia de ademán*). Señora, tengo el honor de presentarme ante usted: soy sargento de la artillería de

Popóva:—Oso! oso! oso!

reserva, propietario de terrenos en esta vecindad, Gregorio Etepanovic Smirnov, servidor de usted. Me veo obligado a molestarla para arreglar un asunto de la mayor importancia.

Popóva (*sin darle la mano*).—¿En qué puedo servirle?

Smirnov.—Su difunto esposo, a quien yo tenía el honor de conocer y estimar, me debía la suma de mil doscientos rublos. Mañana debo pagar los intereses de esta suma en el Banco Agrícola, así que le ruego devolverme aquella suma hoy mismo.

Popóva.—Mil doscientos... ¿Y por qué razón le debía mi marido aquella suma?

Smirnov.—Me había comprado semilla de avena.

Popóva. (*mira a Luca y suspira*).—A propósito de lo que me dice este caballero, no olvides darle a Joli una doble ración de avena. (*Luca sale y ella vuelve a dirigir la palabra a Smirnov*). Si Nicola Micailovic le debe a usted esta suma de dinero, yo la pagaré; esté usted seguro de ello; pero le ruego esperarme, pues hoy no tengo dinero en casa ni manera de obtenerlo. Pasado mañana volverá de la ciudad mi mayordomo y le daré la orden de pagarle lo que se le debe; pero, entretanto, me es imposible atender a su solicitud. Además, hoy se cumplen siete meses desde el día en que murió mi marido y me encuentro en tal estado de ánimo que me impide en absoluto ocuparme de cuestiones de dinero.

Smirnov.—Y yo me encuentro en tal estado de ánimo, que si mañana no pago los intereses, deberé por fuerza cometer una acción brutal cuando vea que me embargan judicialmente todos mis bienes.

Popóva.—Pasado mañana le devolveré su dinero.

Smirnov.—Yo necesito el dinero, no pasado mañana, sino hoy mismo.

Popóva.—Perdóneme, hoy no puedo pagarle.

Smirnov.—Y yo no puedo esperar hasta pasado mañana.

Popóva.—¿Qué hacer si no puedo obtener dinero inmediatamente?

Smirnov.—¿Quiere usted decir que hoy no puede pagarme?...

Popóva.—No puedo.

SMIRNOV.—¿Esa es su última palabra?

POPÓVA.—Sí, la última.

SMIRNOV.—¿La última, absolutamente?

POPÓVA.—Absolutamente.

SMIRNOV.— Mil gracias. (*Levanta los hombros*). ¡Y todavía pretenden querer que yo conserve mi sangre fría! Hace poco rato encontré al cobrador del impuesto, en la calle y me pregunta: ¿por qué estás tan rabioso, Gregorio Stepanovic? Pensadlo bien: ¿cómo puedo estar contento en presencia de lo que me sucede? Necesito dinero urgentemente. Me levanté ayer muy temprano y empecé mis correrías en busca de mis deudores y ni uno solo me ha pagado un rublo! Me cansé, pasé la noche en vela en la taberna de un judío, al lado de un barril de aguardiente... ¡En fin, llego aquí, a setenta kilómetros de mi casa, espero recibir lo que me adeudan y me pagan con un estado de ánimo! ¿Cómo puedo dejar de enfurecerme?

POPÓVA.—Creo haberle hablado con mucha claridad. El mayordomo volverá de la ciudad en dos días más y usted recibirá entonces su dinero.

SMIRNOV.—Yo he venido a verla a usted y no a ver a su mayordomo. ¡Qué diablos! dispénseme esta expresión, ¿qué tengo que hacer yo con su mayordomo?

POPÓVA.—Dispénseme, señor, yo no estoy acostumbrada a oir esas extrañas exclamaciones, dichas en un tono tan poco apropiado. No puedo seguir escuchándole. (*Sale rápidamente de la sala*).

ESCENA V

SMIRNOV, *solo*

SMIRNOV.—Decidme, pues, por favor, ¿qué significa eso del estado de ánimo de que me habla esta mujer? Hace ya siete meses que murió su esposo. Está bien, pero a mí debe pagarme los intereses; ¿sí o no? Le pregunto: debo yo pagar los intereses, ¿sí o no? Pero ella me responde que su marido ha fallecido, que tiene un estado de ánimo muy raro y otras bagatelas que tampoco he comprendido... El mayordomo volverá, quién sabe de dónde, ¡qué se lo lleven mil diablos! Y, ¿qué cosa me aconseja hacer? ¿Escapar de mis acreedores en un aeroplano? ¿O bien, quebrarme la cabeza contra un peñasco? Voy a casa de Grusdier, no está en su casa; Jarocevic, se esconde para no recibirme; con Curizin nos agarramos y casi nos lanzamos por la ventana y nos rompemos los huesos en el pavimento de la acera; Matusov, que podía servirme en este trance, está enfermo de cólera morbus; y ésta...., tiene el estado de ánimo. Y ninguna de estas personas, ah, gente canalla, ninguna me paga un rublo. Y todo esto me pasa por ser pródigo con el dinero, soy un estúpido, soy un... Soy muy delicado de corazón con esa gente; pero, esperad, ya sabréis muy pronto quién soy yo. No permitiré, por vida mía, que se diviertan a mis expensas; ¡que os lleve a todos una manada de diablos! Me quedo aquí y no salgo hasta que me paguen lo que me deben. Burrr... ¡Qué furioso estoy hoy día y con mucha razón! Todos mis nervios tiritan y casi me sofoco. Ah, Dios mío, me siento mal (*grita*) ¡Mozo!

ESCENA VI

SMIRNOV y LUCA

LUCA (*entra*).—¿Qué tiene usted?

SMIRNOV.—Tráeme licor de Kvass con un poco de agua. (*Luca sale*).

(*Smirnov, monologando*). No, ¡qué lógica! Un hombre desesperado necesita dinero a tal extremo que si no lo obtiene solo le queda como salvación el ahorcarse; y esta señora no quiere pagarme lo que me debe; ¿por qué? bien lo he visto, porque no está dispuesta a ocuparse de cuestiones de dinero. Una verdadera lógica acomodada al gusto de una mujer, lógica de quién viste polleras! Esa es la razón que me ha obligado siempre a eludir las conversaciones con mujeres. Para mí es más fácil y más cómodo estar sentado encima de un barril de explosivos, que hablar con una mujer. Burr.... Siento escalofríos hasta en la columna vertebral. Apenas diviso a lo lejos un sér poético, de pura rabia me tiritan las piernas Casi quiero pedir socorro.

ESCENA VII

SMIRNOV y LUCA

LUCA (*entra con un vaso*).—La señora se siente enferma y no volverá a recibirlo.

SMIRNOV.—¡Vete al diablo! (*Luca sale*).

SMIRNOV.—Está enferma y no recibe. No importa, si no me recibe eso no me impedirá estar aquí sentado hasta que me entregue el dinero que me debe. Si está enferma una semana entera, una semana completa la pasaré aquí en esta casa. Si está enferma un año, un año me quedo aquí... Pero el luto no me conmueve y los lindos hoyuelos que la viudita usa en sus mejillas, no me enloquecen. Ya conozco esos hoyuelitos! (*grita desde la ventana al cochero que le espera en el camino: Simeví, quita los caballos del coche, vamos a quedar aquí mucho tiempo, tal vez me quedaré en esta casa. Pregunta en la hospedería si tienen posada para ti y para los caballos. (Se aleja de la ventana*). Esto es una infamia, el calor es verdaderamente insoportable, no he podido conseguir dinero. he pasado una noche en vela y esta casa está enlutada y con el estado de ánimo... Me está dando un dolor de cabeza horrible. ¡Si, si pudiese beber un buen trago de aguardiente. Pues bien, eso es muy fácil de conseguir (*grita de nuevo*) ¡Mozo!

LUCA.—¿Qué quiere usted, señor?

SMIRNOV.—Tráeme un buen trago de aguardiente. (*Luca sale*).

SMIRNOV.—¡Auf! (*Se sienta y se mira en un espejo*). ¡No hay que decir que tengo una figura muy atrayente! Estoy cubierto de tierra, mis zapatos están llenos de lodo, no me lavo la cara ni las manos desde hace dos días; tampoco he pensado peinarme y mi traje está cubierto de paja y barro. Es muy probable que la señora de esta casa me haya tomado por algún bandido. (*Bosteza*). Naturalmente comprendo que no es correcto presentarse en un salón en este estado... pero no importa, yo no soy ya una visita, soy un acreedor y para los acreedores no hay traje prescrito.

LUCA (*entra y trae el aguardiente*).—Usted se toma muchas libertades en esta casa señor.

SMIRNOV (*furioso*).—¿Qué dices?

LUCA.—Yo... nada... señor, quería decir...

SMIRNOV.—¿Sabes tú con quién hablas? ¡Silencio!

LUCA (*aparte*).—¿Qué diablos le habrá caído a este en la cabeza? (*Luca sale*).

SMIRNOV.—¡Ah! Qué furioso estoy, quisiera despedazar con mis manos todo lo que encuentro. ¡Sí! ya no puedo más (*vuelve a gritar*) ¡Mozo!

Smirnov:—El revólver debe empuñarse así.

ESCENA VIII

POPÓVA Y SMIRNOV

POPÓVA (*entra a la sala con los ojos fijos en el suelo*).—Distinguido señor, en mi soledad no estaba habituada a oir la voz de los hombres, no puedo soportar los gritos. Le ruego, encarecidamente, no turbar mi tranquilidad.

SMIRNOV.—Páguеme y me retiro en el acto.

POPÓVA.—Le he declarado en lengua rusa que en este momento no dispongo de dinero. Espéreme, se lo ruego, hasta pasado mañana.

SMIRNOV.—Y yo tengo el honor de decirle en lengua, igualmente rusa, que necesito ese dinero no para el día de pasado mañana sino para hoy mismo. Si hoy no me paga usted, mañana me veré obligado a ahorcarme.

POPÓVA.—¿Qué puedo yo hacer, no teniendo dinero? No me haga sufrir.

SMIRNOV.—¿Entonces no va a pagarme? ¿No?

POPÓVA.—Si ya le he dicho que no puedo.

SMIRNOV.—En ese caso me quedaré aquí hasta que usted me pague lo que me debe. (*Se sienta*). ¿Usted me pagará pasado mañana? Perfectamente. Yo me quedaré aquí hasta pasado mañana. Muy bien, aquí me quedo y esperaré. (*Se pone de pie*). Le pregunto: Tengo que pagar mañana los intereses, ¿sí o no?... ¿Acaso usted está creyendo que me burlo?

POPÓVA.—Gran señor, le ruego por favor no gritarme. No estamos en una caballeriza.

SMIRNOV.—Yo no le estoy hablando de caballerizas, sino que le hago esta pregunta: ¿debo sí o no, pagar mañana mismo esos intereses?

POPÓVA.—Usted no sabe estar en presencia de una mujer.

SMIRNOV.—¿Yo no sé estar en presencia de las mujeres?

POPÓVA.—No, no sabe! Las personas educadas no hablan así con las mujeres.

SMIRNOV.—¡Qué linda cosa me dice usted! ¿Tal vez es necesario hablarles en francés? (*Se enfurece y empieza a balbucear*). Madame, *je vous fuc*... cuanto gusto me da de ver que usted no quiere pagarme lo que me debe!... Perdone haberle molestado. Hoy es un hermoso día y ese luto que usted lleva encima le sienta muy bien (*se inclina burlonamente*).

POPÓVA.—No tiene usted gracia y es bastante grosero.

SMIRNOV (*imitando su modo de hablar*). ¡No tiene gracia y es bastante grosero! ¿Yo no sé estar en presencia de mujeres? Señora, en mi vida he conocido más mujeres que las que usted haya visto pasar por la calle. Tres veces me he batido en duelo por las mujeres; he abandonado a doce: nueve me han abandonado a mí. Habo un tiempo, desgraciado de mí, en que era un imbécil: me desmayaba, me deshacía en miel, derramaba perlas y me quebraba la espina dorsal haciendo reverencias... Amaba, sufría, lanzaba suspiros a la luna, me liquidaba, me helaba... amaba con loca pasión, como un verdadero loco, ¡qué el diablo me lleve! Charlaba sobre la emancipación, he perdido la mitad de mis energías para estimular mis delicados afectos; pero, ahora su servidor, ya no es sorprendido, ya no se deja burlar. ¡Basta! no quiero ver más ojos negros, ojos apasionados, labios sonrosados, hoyuelos en las mejillas, la luna, los suspiros tímidos, los susurros de las hojas: por todo aquello, señora, no daría una moneda falsa. No hablo acerca de lo presente, sino de todas las mujeres en general, desde las más diminutas hasta las más corpulentas, todas son mentirosas en sus caricias, melindrosas, charladoras, murmuradoras, falsas hasta la médula de los huesos, llenas de vanidad, mezquinas, crueles, con una lógica desesperante y en cuanto a ésto, (*se pone el dedo en la frente*) perdone usted mi franqueza, cualquier pajarillo puede superar a diez filosófos del bello sexo. Miren este sér poético: es un sér indescriptible, un sér etéreo, un semidiós, que encierra en sí millones de ensueños: pero si miramos su alma, es un vil cocodrilo. (*Aferra una silla y esta cruje y se rompe*). Pero lo que más me subleva es que este cocodrilo se imagina que su privilegio exclusivo, su monopolio sean los sentimientos afectuosos. ¡Qué me lleve el diablo! ¡Me dejo cortar la cabeza si alguien me prueba que la mujer es capaz de amar a algún sér humano excepto a los perros y a los gatos! En el amor no sabe sino lloriquear; cada vez que el hombre sufre y se sacrifica, la mujer se contenta con arrastrar la cola y tratar de atrapar por la nariz a su bien amado. Usted tiene la desgracia de ser mujer, usted conoce por propia experiencia, cuál es la Naturaleza de la mujer. Dígame usted, en conciencia: ¿Ha visto o ha conocido usted alguna vez en su vida

una mujer sincera, fiel y constante? Le apuesto que tal cosa no existe. Fieles y constantes sólo son las viejas y las feas. Es más fácil encontrar un gato con cuernos o un tordo blanco, que una mujer constante en sus afectos.

POPÓVA.—¿Entonces, según su teoría, fiel y constante en el amor sólo es quién? ¿El hombre?

SMIRNOV.—Sí, el hombre.

POPÓVA.—¡El hombre! (*con risa burlesca*). El hombre es fiel y constante en el amor! ¡Qué novedad! (*con ardor*) ¿Y qué derecho tiene usted de hablarme en esta forma? Porque estoy convencida de ello, le aseguro que de todos los hombres que he conocido y que conozco, el mejor era mi difunto marido. Yo lo amaba con locura, con todas las fuerzas de mi sér, con todos los afectos de que es capaz una mujer joven y juiciosa; a él le dí toda mi juventud, mi felicidad, mi vida; lo he adorado con un amor que rayaba en la idolatría. ¿Y bien? ¡Este hombre excepcional me engañaba a cada paso, en forma vergonzosa! Después de su muerte he encontrado en su escritorio un cajón lleno de cartas amorosas que recibía; y durante su vida, ¡pena me da recordarlo! me ha dejado sola semanas enteras, y a mi propia vista, cortejaba a otras mujeres, me traicionaba, dilapidaba mis haberes, se burlaba de mis más caros sentimientos... y a pesar de todo eso yo le era fiel... Y considerando que eso no era digno de mérito, he seguido siéndole fiel y constante después de su muerte. Me he sepultado entre estas cuatro paredes y llevaré hasta el sepulcro este luto riguroso. . .

SMIRNOV (*lanza una risa despreciativa*).—¡Qué luto! No comprendo por qué me considera Ud. tan iluso. ¡Cómo si yo no supiese por qué usted echa sobre sus hombros ese dominó negro y por qué también ha resuelto sepultarse entre estos cuatro muros! ¡Ah, todo esto es misterioso y poético! Pasa al acaso frente a esta mansión algún poeta deschavetado y mirando las ventanas entornadas piensa: Aquí vive una Penélope hermosa y misteriosa, que por amor a su difunto esposo se sepulta entre estos cuatro muros! Yo muy bien conozco estos ardites!

POPÓVA (*se ruboriza*).—¿Qué quiere decir usted con esa observación? ¿Cómo se atreve usted a decirme semejante cosa?

SMIRNOV.—Usted, señora, se ha sepultado viva; pero no se ha olvidado de pasar largas horas en su tocador.

POPÓVA.—Usted es un hombre demasiado atrevido y grosero!

SMIRNOV.—Le ruego no gritarme, yo no soy su mayordomo, ni su sirviente. Permítame le declare que siempre doy a las cosas su verdadero nombre. No soy mujer y estoy acostumbrado a manifestar mis opiniones con ruda franqueza. ¡Por favor le pido no alzar la voz!

POPÓVA.—Yo no soy quien grita, es usted. Le ruego dejarme en paz.

SMIRNOV.—Págueme y me retiro.

POPÓVA.—Nada puedo darle.

SMIRNOV.—Se equivoca usted, tendrá que pagarme.

POPÓVA.—Aunque usted se enfurezca, no recibirá un solo rublo. ¡Déjeme tranquila!

SMIRNOV.—No tengo el gusto de ser su marido, ni tampoco su novio y por esto le ruego no representar escenas teatrales. (*Se sienta*). Eso no me agrada.

POPÓVA (*llena de excitación*).—¿Y usted ha tenido el cinismo de volver a sentarse?

SMIRNOV.—Ya lo ve usted.

POPÓVA.—Le ruego marcharse en el acto.

SMIRNOV.—Devuélvame el dinero que me debe. (*Aparte*). ¡Estoy furioso, ya no puedo más!

POPÓVA.—No quiero seguir hablando con un desvergonzado como éste. Márchese pronto de mi casa. Le ruego marcharse (*pausa*). ¿Usted no quiere irse? ¿No?

SMIRNOV.—No.

POPÓVA. — Perfectamente. (*Toca la campanilla*).

ESCENA IX

Los mismos personajes y LUCA

POPÓVA.—Luca, vuelva a hacer salir a este caballero.

LUCA. (*Se aproxima a Smirnov*).—Señor, le ruego marcharse cuando se le ordena! No hay más que hablar

SMIRNOV.—Cállate; ¿no sabes con quien hablas?

LUCA. (*Se pone la mano sobre el corazón*).—¡María Santísima! (*cae en una poltrona*). ¡Favorézcanme!

POPÓVA.—¿Dónde está Daesra? (*grita*) ¡Daesra! ¡Pelagia! socorro!

LUCA.—Es inútil, señora, todos han salido al prado a recoger frutillas. Me siento muy mal.

POPÓVA.—Vete, bandido!

SMIRNOV.—¿No quiere usted ser más amable?

POPÓVA. (*Con los puños cerrados, golpeando el suelo*)—¡Mentecato, eres un oso, un hombre grosero, un monstruo!

SMIRNOV.—¿Cómo? ¿Qué cosa dice?

POPÓVA.—Le decía a usted que era un oso.

SMIRNOV (*en tono amenazante*).—Permítame decirle que usted no tiene derecho de ofenderme.

POPÓVA.—Sí, lo ofendo. Y bien. ¿cree usted por ventura que yo le tengo miedo?

SMIRNOV.—¿Y usted piensa acaso que por ser un espíritu misántropo, tiene derecho de ofenderme imprudentemente?

LUCA.—¡Señor! ¡Señor! ¡Señora! ¡Socorro!

SMIRNOV.—Nos batiremos.

POPÓVA.—¿Usted se imagina que por tener puños robustos y un cuello de toro le tengo miedo?

SMIRNOV.—Pongámonos listos en nuestros puestos respectivos. No permitiré a nadie que me ofenda sin castigarlo. A mí nada me importa que usted sea una mujer, una débil criatura.

POPÓVA (*tratando de imitar la voz de Smirnov*).—¡Oso! ¡Oso! ¡Oso!

SMIRNOV.—Ya es tiempo, al fin, de destruir los hombres deben contestar las ofensas. Igualdad de la ley que yo proclamo. Volemos a nuestros puestos de honor.

POPÓVA.—¿Quiére usted batirse en duelo?

SMIRNOV.—Inmediatamente.

POPÓVA.—Podemos batirnos en el acto. Mi difunto esposo ha dejado un par de pistolas de desafío, voy a traerlas inmediatamente. (*Sale precipitadamente y vuelve con una caja*). ¡Con qué gusto le meteré una bala en la cabeza!

SMIRNOV.—Yo le dispararé como quien apunta a un pollo. Ya no soy un muchacho, un sentimental, yo nada tengo de aquellas débiles criaturas.

LUCA (*se pone de hinojos*).—Respetado señor, hágame la merced de tener piedad de este pobre viejo, estoy casi muerto de pavor, le ruego retirarse de aquí. Casi me ha hecho morirme de susto con sus ademanes y ahora pretende disparar.

SMIRNOV (*sin prestarle atención*).—Será un duelo a pistola y a muerte; esto sí que se llama igualdad y emancipación de la mujer. Aquí, en este caso, ambos sexos son iguales. Sin duda voy a herirla ¡pero, qué mujer! (*imitando al tono de la voz de Popóva*). ¡Que os lleve el diablo! Le dispararé una bala a su cabeza de oso. ¡Qué mujer, me da gusto verla con las mejillas encendidas y sus ojos centelleantes. Ha aceptado mi desafío! ¡Palabra de honor, por la primera vez en mi vida contemplo un fenómeno semejante!

LUCA.—Señor, le ruego marcharse. Lo bendeciré eternamente.

SMIRNOV.—Esta sí que es una mujer admirable, a quien yo comprendo y admiro; una mujer como debieran serlo todas; es una pólvora, un fuego esplendente, un verdadero rayo. Sentiría de veras que muriese.

LUCA (*llorando*).—Señor, por Dios, hágame el favor de marcharse.

SMIRNOV.—¡Cuánto me agrada! ¡Me ha enloquecido! Aunque tenga hoyuelos en sus lindas y sonrosadas mejillas, la amo con todo mi corazón. Estoy pronto para olvidar hasta la cuenta que me debe... Olvido mis disgustos en presencia de esta mujer que me llena de estupor!

ESCENA X

Los mismos personajes y POPÓVA

POPÓVA (*entra con la caja de pistolas*).—Aquí están guardadas las pistolas de desafío... Pero antes de batirnos, usted debe enseñarme la manera de disparar. En toda mi vida no he tomado un arma en mis manos.

LUCA.—Señora, por todos los santos del cielo, fíjese en la locura que está intentando cometer. Voy a buscar al jardinero, al cochero y a los trabajadores. ¿Cómo ha podido usted, señora, representar una escena como esta? (*Sale*).

SMIRNOV (*mira atentamente las armas*).—Veamos. Existen muchas clases de armas. Las hay que son apropiadas para un duelo, tal como las pistolas Mortiner, con cápsulas. Este es un revólver del sistema Smith y Wesson... Es un arma magnífica. Su precio debe ser por lo menos de noventa rublos el par. Estas armas es necesario tomarlas así. (*Aparte*). ¡Qué ojos tan hermosos, es una mujer irresistible!

POPÓVA.—¿Lo tengo bien así?

SMIRNOV.—Sí, muy bien. Después se levanta el cañón, así; y se mira rectamente hacia el punto en que debe caer el tiro. Eche la cabeza un poco hacia atrás. Extienda el brazo. Así está bien. Después se oprime el gatillo y sale el disparo. Pero, la principal regla que debe recordar es la de no moverse, mirar y sin precipitarse disparar y evitar el temblor de la mano.

Smirnov:—El diablo sabe qué clase de mobiliario tiene usted.

POPÓVA.—Perfectamente. No siendo conveniente disparar dentro de la casa, salgamos al jardín.

SMIRNOV.—Vamos en el acto. Sólo debo prevenirle que yo dispararé al aire.

POPÓVA.—No faltaba más que eso. ¿Y por qué?

SMIRNOV.—¿Por qué, por qué? Ese es asunto mío.

POPÓVA.—¡Ah, bien veo que usted ahora siente miedo ¡ja! ¡ja! ¡ja!—No, señor no vacile usted. Hágame el favor de acompañarme. No estaré satisfecha hasta que no le haya perforado su cráneo testarudo con una de estas balas. ¡Ah! cuánto le detesto; y ahora usted se pone miedoso.

SMIRNOV.—Pues bien, es verdad que tengo miedo

POPÓVA.—Usted miente. ¿Por qué no quiere ahora batirse?

SMIRNOV.—¿Por qué, por qué?... Porque usted me agrada sobremanera.

POPÓVA.—¡Yo le agrado! ¿Se atreve usted a decirme que le agrado? (*mostrándole la puerta*). ¡Hágame el favor de marcharse!

SMIRNOV (*corrido y silencioso coloca el revólver sobre la mesa, toma su gorra y se dispone a salir. Cerca de la puerta se detiene un solo instante y en ese instante ambos se devoran con los ojos; después Smirnov dice, perplejo, acercándose a Popóva*). Escúcheme aún algunas palabras que debo decirle antes de marcharme. ¿Está usted todavía enojada conmigo? Yo también estoy enojado como un diablo encadenado; pero... ¿me comprende usted?... No sé cómo expresar lo que siento aquí dentro. La cuestión está en que... ¡ah, qué confusión!... la verdad es que... (*alza la voz*). ¿Es acaso culpa mía que yo me haya enamorado de usted, locamente? (*aferra una silla por la espalda y ésta cruje y se rompe*). El diablo, sabe qué clase de mobiliario ha comprado usted para amueblar su casa. Usted me agrada mucho, estoy enamorado perdidamente. ¿Comprende? Yo... yo no sé cómo ha podido suceder esto.

POPÓVA.—Váyase pronto, yo lo odio a usted a muerte.

SMIRNOV.—¡Dios mío, qué mujer! En mi vida he soñado ver algo parecido. ¡Estoy

perdido, estoy arruinado! ¡Usted me ha embrujado!

POPÓVA.—Márchese pronto o le disparo y lo mato.

SMIRNOV.—Dispáreme todos los tiros que usted quiera. Usted no puede imaginar cuánta felicidad sería para mí morir bajo el imperio de la mirada enloquecedora de sus ojos maravillosos. ¡Morir sería dulce para mí, si usted empuñara el revólver que me dé la muerte con su pequeña y hermosa mano aterciopelada! ¡Estoy loco de amor: Reflexione y decídase pronto porque saldré de aquí y no volveremos a vernos. Soy miembro de la nobleza, soy un hombre hecho a mi manera, tengo diez mil rublos de renta... puedo perforar con una bala una moneda lanzada al viento... poseo muchos caballos magníficos,.. ¿Quiére usted ser mi esposa?

POPÓVA (*llena de agitación, apunta su revólver*).—Quiero tener un duelo a muerte con usted. ¡Vamos pronto al jardín!

SMIRNOV.—Estoy enloquecido. Nada comprendo de lo que sucede (*grita*). Mozo, tráeme un poco de agua.

POPÓVA (*grita*).—UQuiero un duelo y pronto!

SMIRNOV.—¡Yo no puedo más! Enamorado perdidamente de sus encantos irresistibles, no sé qué hacer. Estoy como un chiquillo de quince años, como un verdadero tonto, (*le toma una mano y ella lanza un grito de dolor*). Yo la amo, señora mía, (*cae de rodillas*). La amo, con un ardor desconocido para mí; la amo con todos mis sentidos, He abandonado doce mujeres que me amaban, nueve me han abandonado a su vez, a ninguna de ellas he pensada amarla un sólo instante como la amo a usted... Me siento estúpido, me veo de rodillas ante usted y considero perfectamente ridículo ofrecerle mi mano!— ¡Es una vergüenza lo que me veo obligado a hacer! Hace ya más de cinco años que ninguna mujer ha logrado atraerme, había jurado no dejarme atraer; y de improviso pierdo los sentidos y olvido mis anteriores juramentos... ¡Le ofrezco mi mano! ¿Sí o no? ¿No acepta usted? ¡Tanto peor! (*Se levanta y rápidamente se dirige a la puerta*).

POPÓVA.—Espere un momento.

SMIRNOV.—¿Entónces?...

POPÓVA.—No es nada. márchese... Después de todo espérese un momento... No, márchese, márchese pronto... Yo lo detesto y lo odio a usted! O tal vez no... mejor será que no se retire... ¡Ah! si usted supiese cuán perversa soy (*arroja el revólver que cae sobre la mesa*). Mis dedos se hinchan apretando ese gatillo. ¿Qué hace usted allí?

SMIRNOV.—Adiós para siempre.

POPÓVA.—Sí, sí, parta pronto. (*Grita*). ¿Y adónde va usted en seguida? Espere... Mejor será que se marche. ¡Ah, que perversa soy! ¡No se acerque, no se acerque usted!

SMIRNOV (*sigue aproximándose*).—Usted no podrá comprender jamás cuán enojado estoy conmigo mismo! Me he enamorado perdidamente tal como pudiera hacerlo un colegial, me he puesto de rodillas... Siento escalofríos por todo el cuerpo. (*Con rudo ademán*). ¡Yo la amo a usted! Siento la necesidad imperiosa dentro de mi corazón de adorarla con todo mi sér. Mañana estoy obligado a pagar los intereses, comienza la época de la cosecha y usted aquí no me deja salir... (*la rodea la cintura con su hercúleo brazo*). Nunca me perdonaré...

POPÓVA.—Déjame, suéltame. ¡Yo te... detesto! (*Se besan largo rato*).

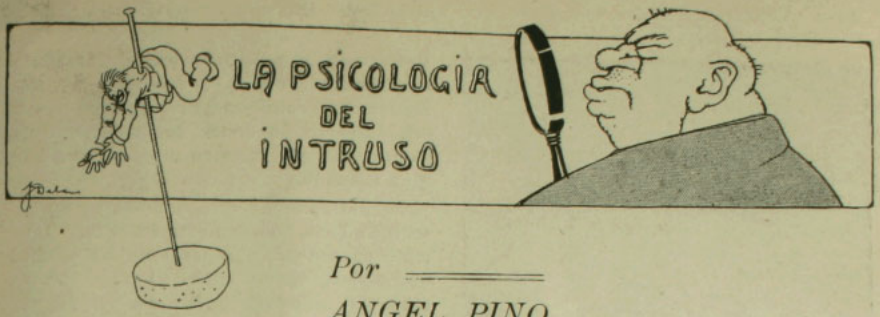
ESCENA XI

Los mismos personajes, Luca con un hacha, el jardinero con un rastrillo, el cochero con una horqueta y los demás trabajadores con diferentes aperos de labranza.

LUCA (*viendo el extraño par que se acaricia*).

—¡Santos del Paraíso! (*Pausa*).

POPÓVA (*con los ojos fijos en el suelo*).—Luca, avisa al caballerizo que no le dé hoy la ración de avena a Joli.



Por

ANGEL PINO

Ilustraciones de J. Délano.

El intruso es para mí el sér más misterioso de la creación. Cuando vi por la primera vez la osamenta gigantesca de un animal anti-diluviano, cuando leí las revelaciones que sobre los monstruos descubiertos en el fondo del océano por el príncipe de Mónaco hacían las revistas científicas, sufrí una sorpresa natural; pero luego olvidé esa novedad por otras, en la sucesión constante de preocupaciones que la vida nos ofrece. Pero el intruso me ha atraído siempre en forma permanente y a pesar de los años no deja de preocuparme como en el primer día en que encontré uno. ¿Qué cosa es el intruso a punto fijo? ¿Es un hombre de buena o mala fe? ¿Sabe él mismo que es un intruso? Si lo sabe, ¿cómo insiste? ¿Con qué fin insiste? ¿La intrusión es un fenómeno físico o moral? ¿Es curable? Y, en fin, y para no abusar de las interrogaciones, la intrusión, ¿es consecuencia de excesivo orgullo y confianza en sí mismo o de timidez y desconfianza?

Y me hago esta última pregunta, porque el fenómeno contrario de la intrusión, es decir, el alejamiento de las personas, proviene en unos de orgullo y en otros de timidez. El arisco no va hacia los amigos o porque cree que deben buscarlo o porque teme que su compañía no sea codiciable. No sería extraño que hubiera intrusos por soberbia y también por timidez.

Así como ocurre leyendo las memorias de los botánicos célebres, de los entomólogos, de los zoólogos, que cuando el sabio iba preocupado por la explicación de cierta planta extraña, del aguijón de un insecto o de las condiciones del estómago de un mamífero, se ha encontrado precisamente en ese momento con otra planta, con otro insecto u otro animal que le han contestado por inducción todas sus angustiosas interrogaciones; así me pasó con un intruso, hace muy pocos días, mientras viajaba hacia el sur.

Se había colocado frente a mí, en el compartimento de cuatro asientos un hombre que aparentaba treinta y cinco años. Vestía con esa elegancia que suele observarse en los jóvenes chilenos y que no se parece a la del joven inglés más de lo que se asemeja a una gallina a una garza. Ambos tipos de joven usan pantalones, chaleco, blusa, cuello y corbata y sin embargo difieren substancialmente. Todavía más, nuestras sastrerías se jactan de vestir a la inglesa y en realidad siguen la moda inglesa y no la turca; pero, por lo demás, no se parece en nada la blusa del inglés a la del chileno. Cuando éste levanta un brazo toda su ropa sufre una violenta perturbación: el cuello sube hasta tapar la nuca, los ojales y los botones libran una lucha cuerpo a cuerpo muy fastidiosa y toda la vestimenta queda haciendo un gesto o mueca de disgusto sumamente ridícula. Esta elegancia chilena es apretada, consiste en llevar las cosas justas, en economizar género. Todo debe estar estirado: los pantalones no deben hacer rodilleras (ésta es la gran preocupación del elegante chileno), el chaleco debe apretar la cintura, el cuello ceñir todo lo posible la garganta, la corbata formar un nudo perfecto. En una palabra, se ve a este falso elegante

Esta elegancia chilena es apretada...

nacional muy incómodo en su traje y se piensa que al llegar la hora de desvestirse debe de sentir un placer tan extraordinario como el caballo del coche de posta al ser soltado en la pesebrera. El inglés tiene soltura dentro de su traje y su traje mismo es suelto, forma pliegues donde debe formarlos, es hecho para andar de prisa y con pasos largos y esbeltos, permite la ondulación del cuerpo. El nudo de su corbata no revela trabajo alguno de preparación ante un espejo.

En fin, no quiero distraerme en este episodio. Mi hombre era del tipo del elegante estirado, lo que quiere decir que al sentarse frente a mí se levantó los pantalones hasta dejar ver una cuarta de calcetines del mismo color de su corbata, del pañuelo que llevaba en el bolsillo sobre el corazón y, seguramente, de su suspensor. De esta manera las rodilleras se formarán en un sitio diverso de donde se encuentran las rodillas, lo que nuestro elegante estimará muy refinado.

La antipatía de este hombre se me comunicó como un pistoletazo. Fingí ignorarlo cuanto pude, a pesar de las sonrisas que divisaba en su rostro al través de mis pestañas cada vez que creía encontrarse con mi mirada. Era una sonrisa, preludio de cariñoso saludo. Por fin, como una señora, la perfecta señora chilena, es decir, gorda y que camina con las piernas abiertas y los pies inclinados hacia afuera, llegara como avalancha a ocupar el asiento inmediato al mío, el señor sonriente dijo en voz alta defendiendo una maleta que había yo colocado allí por precaución:—"Esa maleta es del señor Pino".—"A mí no me importan todos los Pinos del mundo, —repuso con voz agria "la mujer chilena" —porque este asiento está desocupado".—"Tiene razón señora, dije yo humildemente, tomando mi bulto". Pero no podía ignorar que el vecino me había llamado por mi nombre y así le dirigí una mirada, ante la cual se estiró violentamente una mano enguantada y oprimió la mía temblorosa. —"Yo lo conozco a usted muchísimo don Angel. Su tía doña María Mercedes vive frente a la casa de mi hermana casada en la calle de Compañía y nos vemos continuamente. Cuando mi hermana tuvo su último niñito su señora tía la cuidó muchísimo y fué de ella la idea de ponerle Ramón, porque según dijo había tenido un tío que se llamaba así. Mi hermana,—usted sabe, la Rebeca, que creo que su señora de usted conoce mucho porque se han encontrado en unas reuniones de una sociedad de beneficencia en casa de doña Manuela Cifuentes que también es padicen es muy gustadora, bien hecha, que dicen es muy gustadora ,bien hecha, que anda siempre con su prima la Luzmira Letelier y hacen mucho contraste las dos, porque la Luzmira es morena. Usted habrá oído que la embroman mucho conmigo..."

Yo ya no puedo tolerar más. En realidad no he tenido ni tengo ni es posible que tenga en el futuro una tía de nombre María Mercedes. No conocía ni a la Rebeca ni a la Luzmira ni al mismo señor que me suponía al tanto de sus amores con la señorita Letelier. Creí conveniente como

única reflexión, para no dar lugar a más diálago, preguntarle fríamente:—"¿Y con quién tengo el gusto de hablar?".—"Soy Bernardo Serey, abogado, servidor de usted".

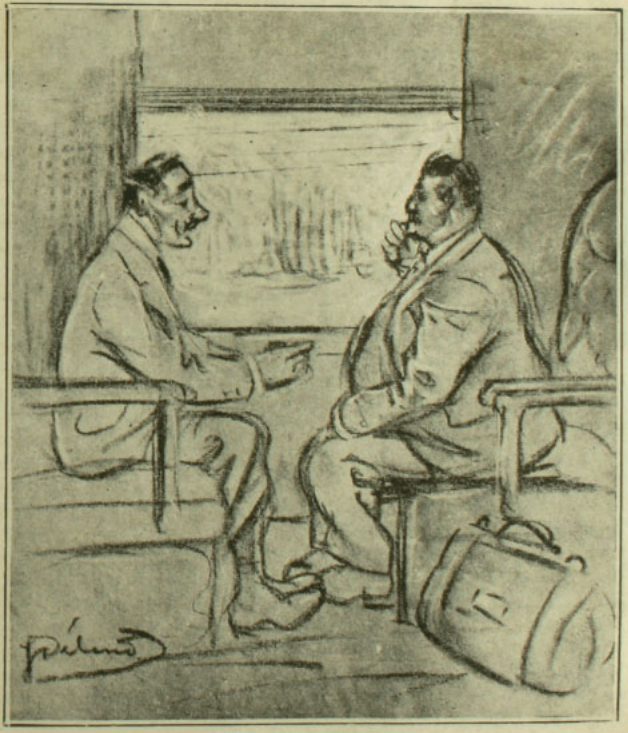
Con el estreno no pensé haberme encontrado con el intruso siempre misterioso para mí sino con el famoso tonto de amarra. Pero luego el señor Serey recomenzó una especie de monólogo sobre la guerra europea nada mal hilado y con reflexiones de cierta originalidad. No debía ser pues un tonto sino simplemente un intruso rudimentario. Porque era completamente candoroso eso de hablarle de una tía supuesta a un sér que revela estar en posesión de sus facultades. Así fué pasando el viaje hasta que llegamos a Rancagua donde se dijo que había tiempo para descender y almorzar. No soy carnívoro y como en estos restaurants de estación no hay jamás un pescado fresco ni un huevo transitable, ni una verdura limpia y sacada en el día, resolví quedarme en el vagón. Pero el señor Serey, que había bajado precipitadamente subía en ese momento de nuevo con gran agitación en el rostro.

—"Baje, señor Pino. La mesa está pronta. Yo soy muy amigo de don Salvador Peralta y del conductor y como saben que viene usted van a servirnos especialmente"! "Dispense usted señor Serey, no almuerzo casi nunca..."—"No diga usted tonterías; vamos luego que nos esperan.." Y tuve que bajar en compañía del señor Serey cuya existencia dos horas antes ignoraba en absoluto y que ahora marchaba a mi lado empujándome ligeramente por la cintura.

En realidad, el señor Peralta me hacía inclinaciones y el conductor se me presentaba al mismo tiempo con una sonrisa seductora.

Serey me había presentado en calidad de periodista y tal vez de periodista censurador y temible. Don Salvador estaba desempeñado en que gustara la bondad de su cocina para que lo dijera en seguida en "El Mercurio" no sé con qué pretexto y el conductor, según puede entender, deseaba que se publicara una lista de firmas empeñadas en que no fuera removido de ese tren. A causa de la intrusión de Serey me veía obligado a comer una carne con una salsa atroz, un pollo, una perdiz y otra carne lo que revelaba en todo caso en el señor Serey escaso gusto culinario.

Yo estaba convencido de que o el almuerzo era gratuito, lo que me iba a hacer reñir con el restaurador o debía pagarlo yo. Con disgusto y sorpresa vi que Serey se abalanzaba a la caja y manipuleaba billetes. Toda mi resistencia fué inútil y habría sido impertinente. Debía resignarme a quedar en manos de este hombre y a



El señor Serey recomenzó una especie de monólogo sobre la guerra europea...

aceptar que dijera toda la vida: "Cuando acostumbramos almorzar con Angel Pino en Rancagua..." Entretanto era su víctima durante el viaje.

Recuerdo que íbamos cerca de Talca cuando el señor Serey que se había alejado por diez minutos de mi lado, volvió en compañía de dos señores altos, gruesos, que parecían hermanos gemelos y lo eran en realidad. Según me impuse por las frases enredadas de ambos y por las más claras y terminantes de Serey, se trataba de dos agricultores de la región que estaban muy quejosos del juez y querían hacer una publicación.—"¡Qué suerte la de ustedes de haberse encontrado conmigo, les había dicho el abogado, en el acto van a ser ustedes servidos. Mi amigo Angel Pino que escribe en "El Mercurio" y es muy oído, viene viajando conmigo. Somos inseparables y puedo conseguirles una campaña de prensa".

Los dos gordos pretendían que yo dijera por mi cuenta que el juez Gándara era un prevaricador, que recibía regalos de los clientes, que estaba vendido a la parte contraria en un juicio de aguas que ellos seguían. Serey que también se palmoteaba con los gigantones decía a todas sus afirmaciones: —"A mi me consta". Gasté vanamente mi lógica en demostrar a estos señores que ellos podían decir todo eso con sus firmas. Pero que ni yo, ni menos el diario asegurarían jamás por su cuenta algo que no nos constara personalmente. Me pidieron por fin que les redactara lo que podrían decir con esperanza de ser oídos y entre salto y salto del tren les tracé el bosquejo de un remitido.

La carne del restaurant de Rancagua con su salsa picante me saltaban en el estómago para recordarme que ese almuerzo había sido pagado por Serey y que debía tolerar con paciencia las intrusiones de éste.

Como me fuí convenciendo de que Serey era más bien pillo que tonto, debí interesarme en estudiarlo más a fondo. No podía tratarse de un intruso vulgar, luego la invención de mi tía no era una simple tontería. —"¿De dónde ha sacado usted señor Serey que yo tengo una tía que se llama María Mercedes?" !"¡Cómo! Entonces doña María Mercedes Pino no es tía suya?"—Pues no señor, ni tía ni ninguna otra cosa. No la conozco ni la he oído nombrar". —"¡Ah! Entonces dispense; yo creí... ¡lo gracioso es este Angel Pino que se ha venido tan callado sin protestar que le hubieran atribuído la tía de otra persona! Yo creía que usted era de los Pinos de Limache..."

Es evidente que no existe la tal tía; pero Serey necesitaba una introducción y se lanzó audazmente en la mentira para salir después como ha salido, con toda sencillez y sin ponerse colorado siquiera.

Ahora bien, ¿Qué pretendía este hombre? Nada; muy poco, no perder tiempo en el viaje. Hacer una nueva amistad a toda costa. La concurrencia del tren era bastante insignificante para que yo pudiera ser una de las personas más interesantes que viajan en él. Serey ha observado que no hay hombre, por impenetrable y adusto que parezca, que no sea susceptible de ser domesticado. Por instinto animal el intruso descubre un sitio desocupado entre las personas que poseen cierta influencia o notoriedad, o fortuna, o lo que sea, para diferenciarlas del montón. y las que necesitan ayuda, amparo, empeños y no tienen medios directos para solicitarlos. El intruso es, pues, un intermediario El intruso nace y no se hace. El intruso tiene condiciones especiales y carece de olfato, de oído, de delicadezas demasiado aguzadas. Es un animal constituído especialmente para embestir a unos y ponerlos en relación con sus propias relaciones y otras igualmente facticias, como la mosca, volverá tantas veces como sea necesario hasta ser admitido por aquel cuya relación persigue. El intruso es eterno como el mundo y mientras haya tres hombres sobre la tierra, uno de ellos será intruso. El intruso, como el insecto que, sin saberlo lleva el polen de una flor a otra, establece conocimientos que no están previstos en su programa. El intruso, finalmente, es útil y (admírense mis lectores), es necesario. Además el intruso **no es gratuito:** saca siempre un provecho.

Hay en estas ciudades-aldeas de nuestros países muchas influencias sueltas. El intruso las caza, las recoge, las ordena, las clasifica y se sirve de ellas dejándose una pequeña comisión. Perro que husmea por las orillas de las paredes sabe que fulano es bien mirado por zutano y que no tiene ocasión de decírselo. Pues bien, él se presentará como amigo del uno y se introducirá en el ánimo del otro. Esas influencias sueltas, como la semilla de cardo, volarían lejos, muy lejos, si el intruso no se pusiera como el espino a su paso para

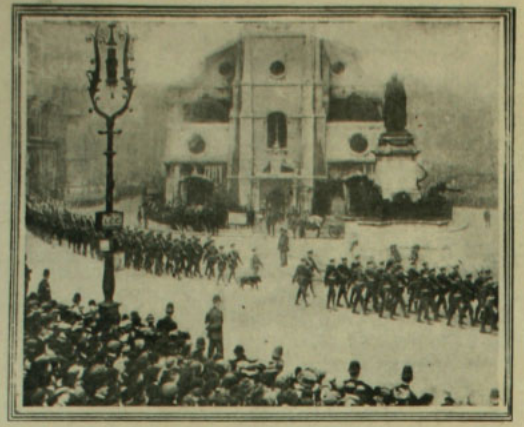
recogerlas y retenerlas. Aprovechador de fuerzas motrices perdidas, el intruso representa un factor importante en la economía social.

Todo esto lo he pensado antes de conocer a Serey en Santiago. El abogado ha continuado cultivándome. Me llega el rumor de que se dice mi amigo. Debo creerlo a juzgar por la insistencia conque algunos solicitantes de imprenta pronuncian su nombre como medio de destruir mis resistencias a sus publicaciones.—"¡Si es el abogado Serey el que nos manda a hablar con usted!" como esperando que yo abra los brazos y me tome la cabeza con ambas manos y exclame: —"¡Haberlo dicho antes, pues hombre!" A Serey yo no le puedo negar nada!

Sin embargo, declararé que he visto a mi intruso en una falta grave. Lo he encontrado con don Juan Luis Sanfuentes en la calle y me ha hecho un saludo protector. Esto no está de acuerdo con el carácter que he atribuído al intruso en general. Debe comprender que este gesto me habrá disgustado sobre su conducta y que ahora seré más severo para sus recomendados. ¿Cómo se le habrá introducido a don Juan Luis? ¿Lo tendrá él también por intruso o lo creerá un valioso contingente para su campaña presidencial?

¡Oh, Serey! ¡Tú eres un hombre fuerte! Tú vas a ser alto empleado público en espera de una diputación por la cual llegarás a un Ministerio. Y entonces tú también encontrarás intrusos en tu camino que te hablarán de tías que no tienes y tratarán de hacer creer que son hermanos de leche contigo.

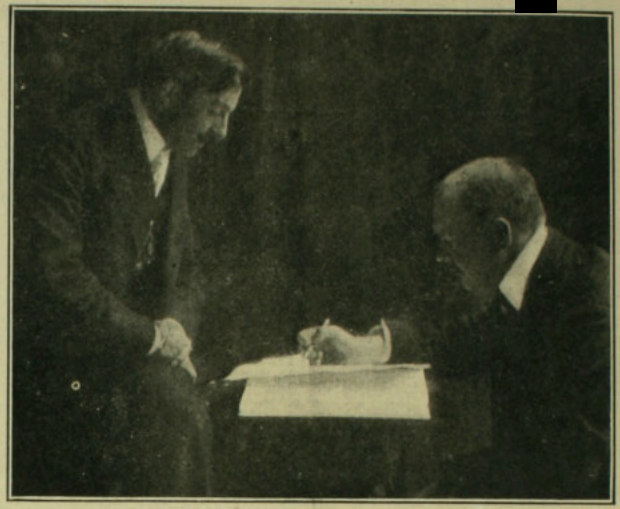
Los intrusos forman una cadena sin fin, una de esas cadenas de capachos para elevar agua; cada cual recoge, sube y vacía. Se dice, sin embargo, por los Santos Padres que en el valle de Josafat los intrusos no van a encontrar lugar.



Reclutas ingleses, en la revista pasada por el alcalde de Londres, frente al Palacio de Justicia

Heridos alemanes atendidos por hermanitas belgas de Haelen

Un soldado de artillería marroquí pasando con su mula por una aldea francesa



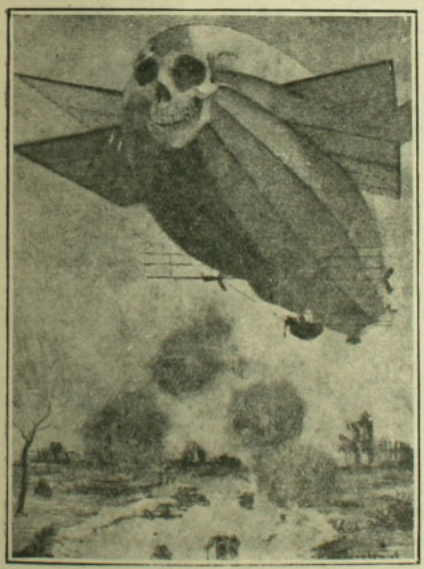
Los célebres dibujantes alsacianos Zislin y Hansi, que fueron procesados por las autoridades alemanas poco antes de la guerra

LA CARICATURA Y LA GUERRA

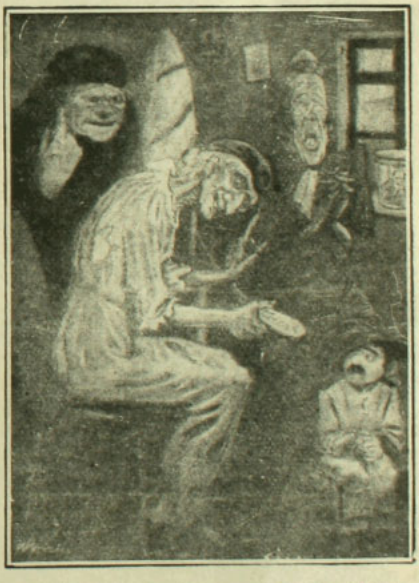
Herr Profesor: "¿De qué se quejan ahora? Todo ha sido hecho en interés de la Kultur". (*Le cri de París*).

Mohamed: "¡Victoria o muerte!"
Guillermo: Vamos por partes: para usted la muerte; para mí la victoria. (*Pasquino, Turín*).

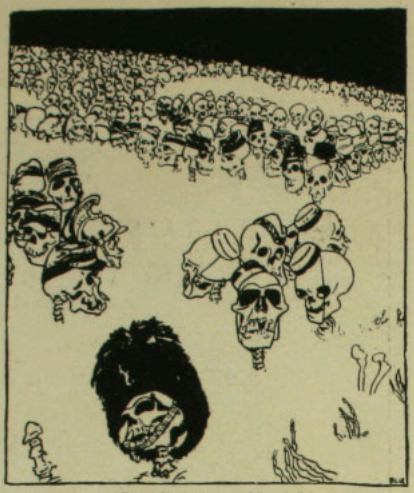
EL DIRIGIBLE-CALAVERA



Una voz desde la barquilla: Tomen nota que solamente hostilizamos a los soldados. Que se pongan fuera de combate los indefensos. (*De Amsterdamner*).



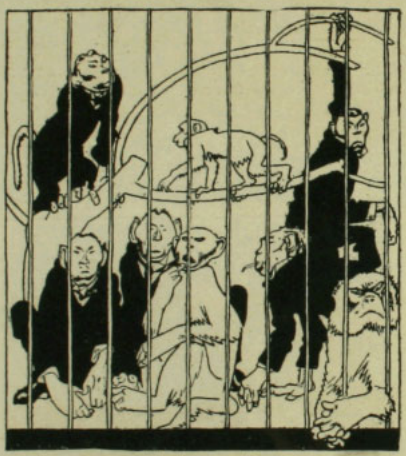
Las viejas potencias hacen promesas fantásticas al chico regalón (Italia) y lo invitan a acompañarlas. (*Kladeradatsch-Berlín*)



Lo que sembró el rey Eduardo comienza a brotar. *(Simplicissimus-Munich)*

EL AMIGO INGLES

Grey: "Usted ha perdido mucha sangre, amigo Poincaré; pero ya he dispuesto en bien de su restablecimiento, que hasta el último de sus paisanos vaya a batirse por nosotros". *(Simplicissimus,* Munich).



Los japoneses residentes en Alemania serán confinados en el jardín zoológico. No se ha hecho caso de las protestas de los chimpancés. *(Simplicissimus)*

LA ULTIMA INDUSTRIA DEL KAISER

EN EL SITIO HISTORICO

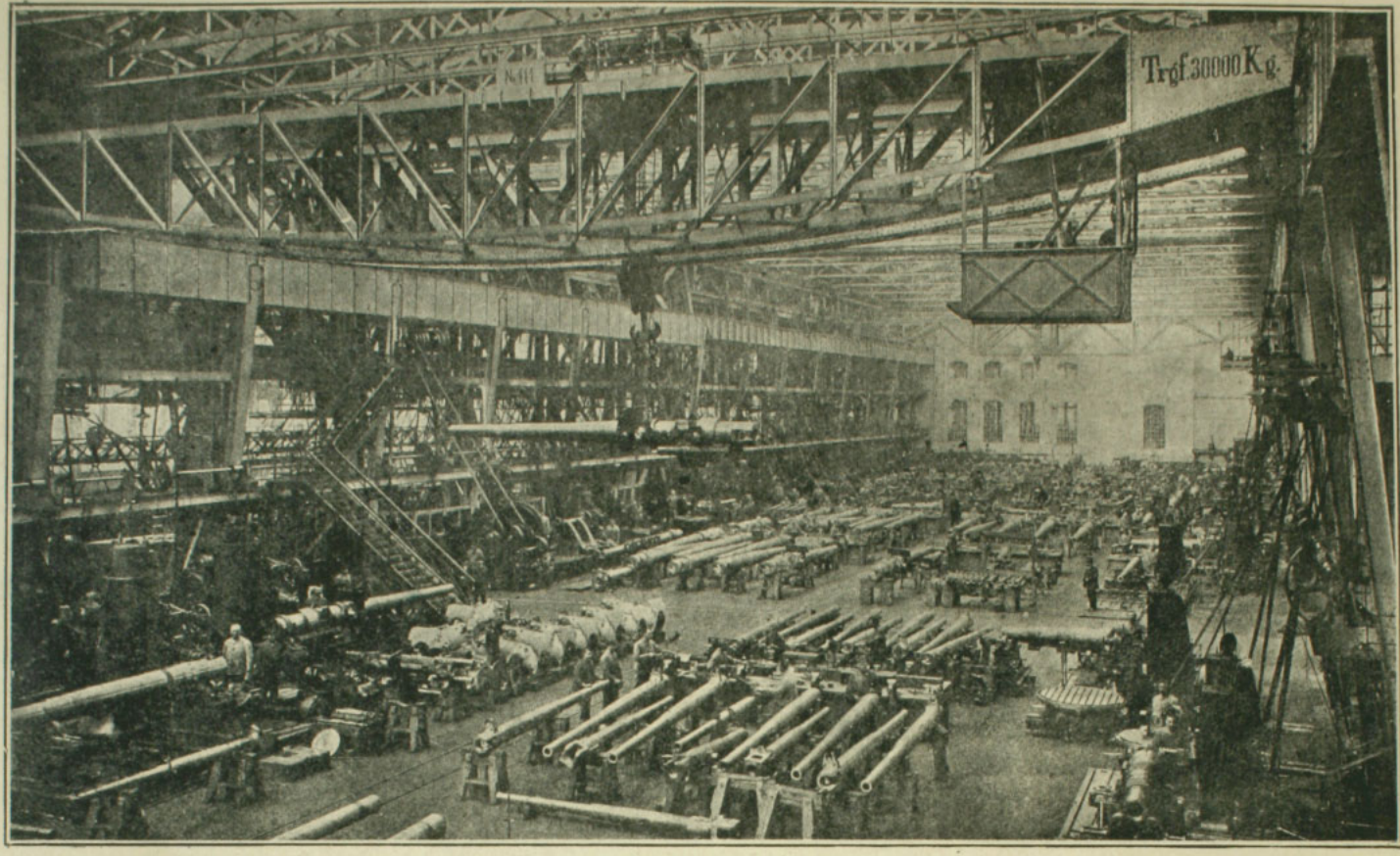
La sombra de Napoleón: "También yo tuve en Varsovia, una alianza turca, una campaña de Rusia y... un Waterloo". *(Westminster Gazette).*

Viudas y huérfanos "Made in Germany". *(Punch,* Merbourne).

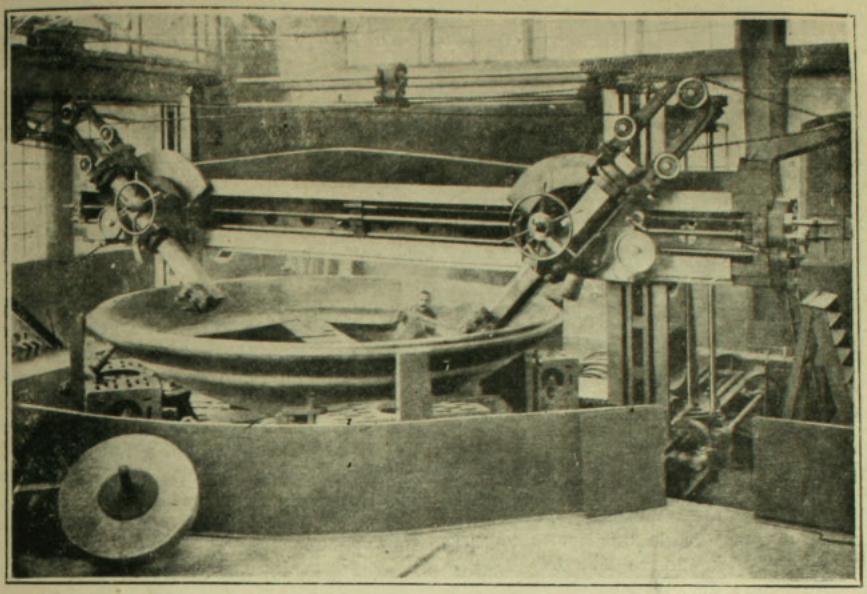
LA VIDA EN LAS TRINCHERAS

Vista de costado de una trinchera de los aliados en el Aisne

Interior de una trinchera inglesa. El puesto de observación y el de tiro



Los talleres de Krupp en Essen. Uno de los más grandes talleres dedicados a la manufactura de grandes cañones



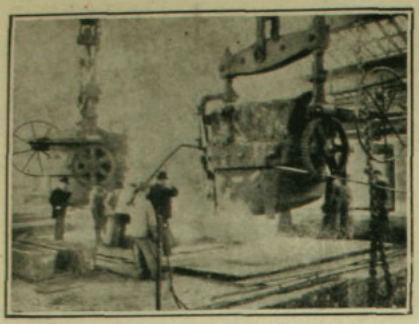
Preparación de una cúpula-coraza en un "torno carrousel"

Cómo se fabrica una coraza moderna

Por el Ingeniero
ERNESTO TREBESIUS

Ilustraciones fotográficas

La faena de que tratamos tiene lugar en los talleres de la casa Krupp. El jefe de sección corre para uno y otro lado, ahí hace una última indicación, allá observa con ojo escrudiñador los depósitos de fundición, que ya están listos. Una y otra vez hace abrir por uno de sus trabajadores las puertas del horno, un horno gigantesco y pavoroso, y a través de un anteojo azul practica un examen crítico a su infernal contenido. De tiempo en tiempo y por medio de palas, se echan a esa masa líquida ardiente algunos otros materiales, que, sin el menor ruido, desaparecen en medio de ella, y en pocos minutos pasan igualmente a formar parte integrante del contenido del alto horno. Llega un momento en que esa masa líquida parece haberse cocido lo suficiente, y a una señal del jefe, se abren nuevamente las puertas, un obrero toma



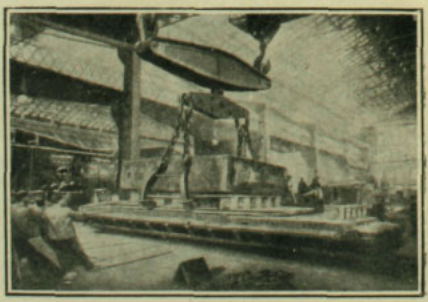
Vaciando el acero derretido para una plancha

una especie de cucharón de largo mango y lo introduce diestramente en el material derretido para sacar una prueba de él. Con toda rapidez se le da una forma ya preparada de antemano, se le enfría y se le somete a una dura prueba de resistencia.

El examen minucioso del acero en cuestión ha demostrado que en la mezcla están todos sus componentes en la proporción deseada y que la carga, como se llama técnicamente a esa masa líquida ardiente de acero, está suficientemente cocida. Ahora se trata de sacar su contenido por medio de grandes depósitos de fundición construídos con gruesas planchas de hierro y revestidos en su interior, a fuego, con piedra Chamotte. Cada trabajador está en su puesto, esperando atento la voz del director del taller. Corta pero enérgica da éste la orden. Silenciosamente empieza a moverse una enorme grúa sobre sus rieles y se detiene sobre el horno de acero. De sus cadenas pende una gran cuba de fundición, que sin causar asimismo ningún ruido, se hunde más y más hasta que se encuentre debajo de la abertura del horno. Con una nueva orden, principia una larga barra de acero a abrir, por medio de golpes con la punta, el tapón de arcilla de que está provisto el horno, para que salga el acero derretido en su interior, que en un chorro del grueso de un brazo nuestro derrama en la cuba. Una vivísima lluvia de chispas sale del interior de ésta: es la escoria liviana que nada sobre el acero y que se bota. El chorro, mientras tanto, se hace más y más delgado, hasta que por último se lo corta completamente. La carga se encuentra ahora en la cuba, llena hasta los bordes.

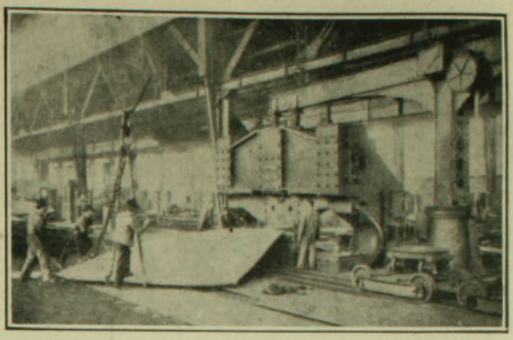
Con una señal del jefe al hombre que dirige desde allá arriba, de debajo del techo, el movimiento de la grúa, empieza la cuba a subir, sin que se gaste esfuerzo alguno y sin que siquiera una sola mano humana toque un eslabón de sus cadenas. Luego empieza también a moverse la grúa misma a lo largo de la galería, hasta que la cuba quede en el lugar previsto para vaciar su contenido. La lámina de la vuelta nos muestra a esa cuba en el momento en que su contenido se vacía por una abertura que tiene el depósito en la parte de abajo e igualmente cerrada por un tapón de arcilla, que se abre por medio de una palanca; el líquido cae, así, a un canal de fundición y desde ahí a una cavidad, a un molde, hecho en la tierra. Como en este caso se trata de una cavidad bastante grande, que no se llena con sólo el contenido de una cuba, se le echa en seguida otra más. Un vapor de calor infernal se desprende del acero que se derrama; la fuerza de su brillo sume en tinieblas a los grupos de trabajadores y no permite ver nada si se observa con ojos descubiertos.

La cavidad está llena. La abertura de la cuba se vuelve a cerrar y todo el aparato se aleja. El acero empieza a enfriarse y a endurecerse poco a poco. Esta es la primera faz de la construcción de una coraza. Aunque esa materia fundida no es en su aspecto exterior otra cosa que un block de acero como se lo podría hacer en cualquiera otra fundición, sin embargo oculta las cualidades principales que forman la fama universal de que gozan las corazas de Krupp. Los agregados que el químico, a puertas cerradas, prepara en su laboratorio y que en seguida personalmente echa al acero derretido, constituyen el

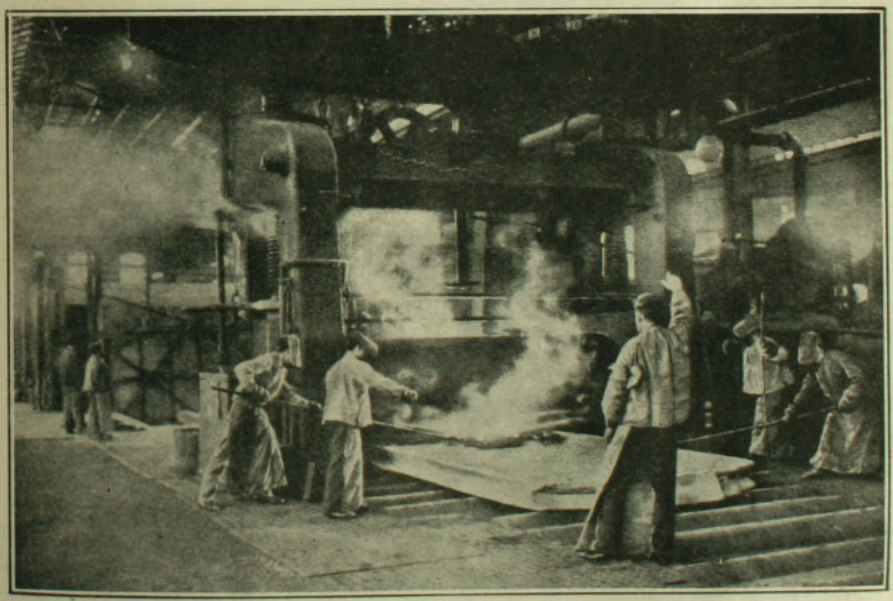


El block de acero fundido (130 toneladas) es colocado sobre el hogar movible de un horno y conducido al interior de éste para ser calentado y sometido más tarde al proceso de laminación

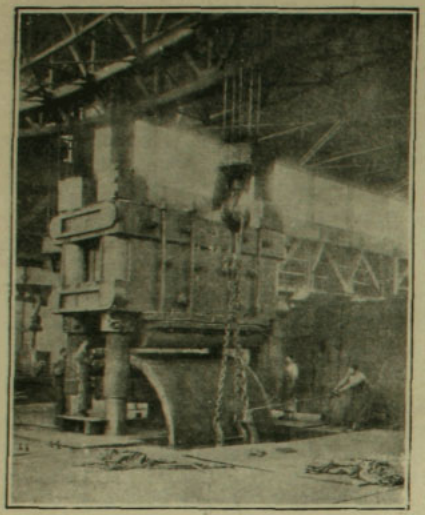
gran secreto de fabricación de las corazas Krupp. Toda fundición de acero tiene sus secretos de fabricación, que se guardan estrictamente, sobre todo por la competencia. Krupp ha vendido hace algunos años su patente a varios Estados extranjeros; pero se ha limitado sólo a proporcionarles el procedimiento puramente técnico de la fabricación. Desde entonces han logrado realizar todos esos Estados, y naturalmente también la firma Krupp, varias mejoras en el material de sus corazas; sin embargo, hasta qué punto se hayan hecho progresos en tal terreno, no se puede decir, ni se puede establecer nada de positivo, por razones fáciles de comprender. La segunda faz de nuestra fabricación es la que representa la lámina siguiente. El block fundido, que tiene un peso de 130 toneladas, es colocado sobre un aparato movible de un horno. La capacidad de una grúa no basta para vencer el peso del block, de manera que ha habido necesidad de combinar en el trabajo la fuerza de una segunda grúa, fabricada con la misma sencillez e ingeniosidad de la primera. Los ganchos o agarradores pendientes de cadenas muy resistentes son impelidos hacia atrás por los trabajadores, en la forma que se ve en la lámina, para que todo el sistema, toda esa máquina, pueda alejarse hacia arriba. Lentamente empieza ahora a moverse ese carro de carga tan pesada hacia el interior del horno, cuyas puertas se cierran en seguida herméticamente. Se trata, pues, de calentar el block, para someterlo al proceso siguiente; la temperatura, que debe ser perfectamente



Cizalla hidráulica capaz de cortar al frío corazas de hasta 70 milímetros de grueso



Laminación de un block ardiente para obtener una coraza



Doblamiento de una coraza más delgada con una prensa de 7.000,000 de kilógramos de presión

regular, o sea, igual en todas las partes, llega hasta el calor blanco. Por todos lados atacan al block durante horas enteras las llamas de gas, hasta que llegue a la temperatura mencionada. Es tiempo de abrir nuevamente las puertas del horno y retirar el carro de su calabozo. Se acercan otra vez las grúas, toman con sus ganchos el block ardiente, lo transportan rápidamente al laminador y lo dejan frente a los rodillos.

La figura al pie de la página siguiente representa la laminación del block, que toma ya la forma de coraza. Ahí están los cilindros, de los cuales uno, el de más abajo, sobrepasa un poco con su borde superior el nivel del piso; el otro se mueve por medio de un engranaje hacia arriba o hacia abajo, según sea el grueso de la plancha de que se trata. Una máquina a vapor de 3,700 caballos de fuerza entra ahora en acción para dar movimiento a todo este formidable sistema. Hasta bloques de acero de 1.3 mt. de grueso pueden ser laminados por esta máquina; sus cilindros llegan a 4 mts. de largo, con un diámetro de 1.2 mt. El block de acero pasa de un lado a otro, y en cada pasada pierde un tanto de su grosor, a causa de que los cilindros con su mecanismo angostan más y más el paso de él. Inmensa es la presión que ejercen ambos rodillos sobre la masa de acero sometida a su tratamiento. Casi llega a parecer que ésta fuera demasiado dócil y que los cilindros la tomaran de *mala gana. Pero, en verdad, lo que éstos* merecen tomar no lo sueltan jamás. "Tú o nosotros, uno tiene que ceder", parece ser su divisa. Aunque los cilindros, dado el caso, no pudieran vencer a la plancha de acero, no pudieran darle la forma que se desea, no saltarían de ningún modo el block ya tomado, no lo dejarían atrás, aún cuando las espigas o tarugos se rompieran.

Pero ahí está el jefe del taller, que conoce la resistencia de sus rodillos y que exige de ellos mucho, en verdad, pero nada "inhumano". El mismo sería el perjudicado si se rompieran las espigas y se tuviera que paralizar, por horas de horas, todo el proceso de laminación, hasta alistar de nuevo los cilindros. Por tal razón elige él mismo cada vez el punto sobre el cual ha de girar el cilindro superior, y lo hace de manera que aún pueda acelerarse todo el proceso de laminación, según las posibilidades que se presenten, sin que se produzca desastre alguno por demasiada exigencia en el trabajo de los cilindros. Al rechinar de los cilindros laminadores y de las ruedas se une el silbido y burbujeo del agua que se evapora, que se arroja en finos chorros a los cilindros mencionados, para evitar que se calienten en extremo. Este proceso se continúa, de un lado a otro, durante el tiempo necesario para obtener en la plancha el grueso deseado.

Con esto, la coraza ha quedado lista hasta el momento en que empieza el trabajo de darle una forma determinada y someterla a un proceso especial de endurecimiento. Enormes máquinas esperan ahora a la plancha de acero, con el fin de limpiar su superficie, cepillar sus cantos y proveerla de las ranuras necesarias. En las planchas delgadas, como las que se usan en corazas de cañones ligeros, se hace el *trabajo racionalmente* con cizallas. La lámina anterior muestra una de esas cizallas, con que se pueden cortar placas metálicas hasta de 70 ml. de grueso, a temperatura fría. Las cizallas se ponen en actividad por medio de agua comprimida de 600 atmósferas.

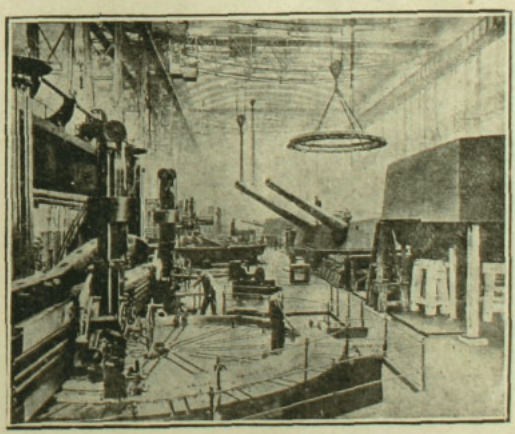
A este trabajo sigue el de doblar la coraza. Sólo raras veces se puede emplear la plancha tal como sale del proceso laminador: en la mayoría de los casos se pre-

cisa darle una forma especial. Y así, ante todo, las corazas deben ajustarse exactamente a la forma del buque, y ahí mismo, en el lugar de fabricación, se les da la forma de un modelo ya hecho, de manera que una vez en el astillero, estén completamente listas para colocarlas en su lugar.

La fotografía de la página siguiente representa una gran prensa para doblar. En los talleres hay otra que causa admiración por su capacidad monstruosa, pues se puede obtener por medio de ella una presión de 10.000,000 de kilógramos sobre la plancha. A una fuerza tal, debe ceder naturalmente también una fuerte coraza. Con ayuda, pues, de esa prensa, se arquean las planchas en la forma deseada, sin que necesiten ser calentadas para el efecto. El doblamiento de una plancha más delgada, pero que ofrezca bastante resistencia, se hace en una prensa de 7.000,000 de kilógramos de presión, que es la que representa nuestra lámina.

Si bien estas prensas para doblar posibilitan la curvatura de una plancha en cualquiera dirección, hay, sin embargo, casos en que su esfera de acción cesa, a saber, cuando se trata de corazas dobladas esféricamente. Esta es una cúpula-coraza de más o menos 8 metros de diámetro. El hacer una cúpula tal de una placa laminada es técnicamente imposible, pues esa gigantesca medida no la podrían dar ni las máquinas de laminación necesarias ni las prensas de doblar, porque la construcción de ellas jamás rentaría. En tales casos, no se laminan esas cúpulas-corazas en la forma de procedimiento hasta ahora descripto, sino que se funden y se vacian directamente en moldes del tipo deseado. Ya por los años de 1880 a 1890, cuando la fabricación de corazas estaba aún poco desarrollada y se limitaba principalmente a Inglaterra, salieron las primeras corazas alemanas de esta clase en Magdeburgo, en el establecimiento de fundición de Gruson, que desde hace algunos años pasó también a poder de la empresa Federico Krupp. Las cúpulas-corazas hechas en los talleres de Gruson fueron sometidas a las más duras pruebas, especialmente por el Gobierno italiano. En esa época se acreditaron mucho, y en los años posteriores se hicieron a la fábrica numerosos pedidos de ellas por parte de los países extranjeros. La fabricación de las cúpulas de coraza fundida y de las ranuras tiene lugar en tornos horizontales, llamados "tornos de carrousel", cuyos discos llegan a tener 12 metros de diámetro.

Una vez concluída y arqueada convenientemente esa plancha llega el momento de endurecerla, lo que constituye la última operación en su alistamiento definitivo. Por un agregado de níquel al acero empleado, no sólo se obtiene una dureza y solidez mayores, sino que también se aumenta mucho más el proceso de endurecimiento, usado ya con buen éxito, en las placas mismas de acero. Al principio se hacía la prueba, naturalmente, con placas no endurecidas de acero combinado con níquel, que sobrepasaban en resistencia a la coraza Compound. Ya estaba, pues, cerca la idea de acrecentar la capacidad de resistencia de las planchas de acero con níquel Harvey, de nacionalidad americana, inventó un procedimiento que consiste más o menos en lo siguiente: se coloca la placa ya lista en un gran horno de gas, se cubre la superficie que se trata de endurecer con una capa de polvo de carbón de leña y se la expone en seguida, durante un tiempo hasta de 14 días, a un calor de 1,200 grados. De este modo pasa el carbono a las capas superiores, que adquieren una dureza mucho mayor que las inferiores. Con



En la fábrica Krupp, de Essen

este proceso de cementación recibe el acero una estructura granulada bruta, por eso se someten las placas después de su cementación nuevamente al calor y se les suministra un baño de aceite. Más o menos dos decenios a esta parte, emprendió también la firma Federico Krupp en Essen la fabricación de corazas, que luego, mediante mayor perfección del procedimiento de Harvey, llegaron a superar a todas las otras en material y en capacidad de resistencia. En lugar de polvo de carbón, usa Krupp gas de alumbrado, que, expuesto a gran calor, despide su carbono en partes finísimas, que llegan hasta 75 milímetros de profundidad en las placas, de manera que éstas se ponen durísimas en su superficie, mientras que hacia su interior, a causa de la menor cantidad de carbono recibido, disminuye más y más en dureza. De un modo ideal se pasa, pues, en estas placas desde la mayor dureza y capacidad de resistencia de las capas superiores, a la dilatabilidad y tenacidad más suave de las capas inferiores.

Con la introducción de este procedimiento, vino en seguida una especie de límite en la fabricación de las corazas. Aquí y acá aparece en la prensa, a decir verdad, alguna noticia según la cual se han hecho nuevos progresos en esta materia; pero esos rumores desaparecen pronto, sin que las innovaciones encuentren acceso. Ahí está, por ejemplo, el invento del ingeniero inglés Simpson, hecho hace algún tiempo, que fabrica su coraza, no como Krupp, de una placa homogénea, sino de varias placas colocadas unas sobre otras, que se soldan por medio de un procedimiento especial. Su ventaja debe consistir en proporcionar mayor capacidad de resistencia con menor grosor de placa. Pero hasta qué punto hayan tenido éxito esos ensayos y si realmente se llegará a emplear esa nueva coraza de protección, nada se ha sabido desde entonces acá. Igualmente prematuras parecen ser las noticias de la coraza de acero Vanadium, que se encuentra en prueba en los Estados Unidos de Norte-América, de la cual, naturalmente, no se ha oído mucho más que su nombre.

La coraza mayor fabricada por Krupp, pero que no fué hecha para ningún fin de uso práctico, sino simplemente para servir de objeto de exhibición en la Exposición de Düsseldorf de 1902 y con el objeto de dar una idea de la capacidad de los talleres de Krupp, tiene las dimensiones siguientes:

Largo. . .	13,160	milímetros
ancho. . .	3,400	"
grueso. . .	300	"
peso	106,000	kilógramos

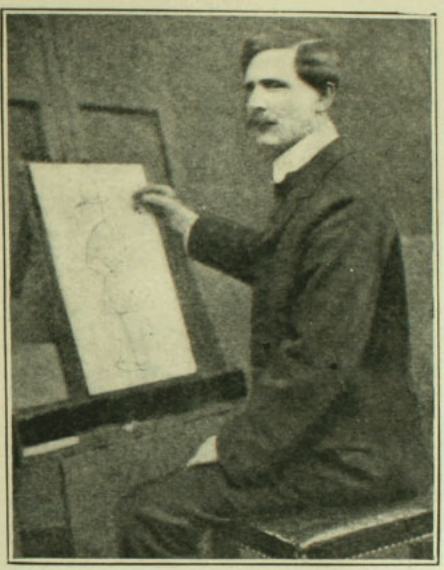
Como 1,000 kilos de una coraza Krupp cuestan más o menos 1,800 marcos, la plancha en cuestión representaría un valor de 190,800 marcos.

Mr. W. Heath Robinson ysu Obra

Con retrato y caricaturas

Si el buen humor es la sal de la vida, el advenimiento de un nuevo humorista que trae provisiones frescas de ese condimento, debe ser una cuestión de importancia vital.

Y la gracia de Mr. William Heath Robinson es de esa clase especial. Mr. Heath Robinson es serio,—tan serio como Lewis Carroll. — Cree en sus bromas: esos dibujos que ahora están haciendo reir no sólo a Inglaterra, sino al mundo entero, no son lanzados en un momento de jocosidad sino lentamente elaborados por un caballero muy serio y un cumplido pintor, quien está tan absorbido en la confección de sus absurdos como lo estaría Wrangel en el cálculo diferencial. En estos días los buenos dibujantes abundan tanto como las fresas; pero cuando sus dibujos están ante vosotros, la risa, si viene, se sigue de una entera comprensión y apreciación por la leyenda adjunta. Sólo se necesita medio ojo para ver eso. Los dibujos de Mr. Heath Robinson son por el contrario intrinsecamente divertidos.



Heath Robinson en su estudio.

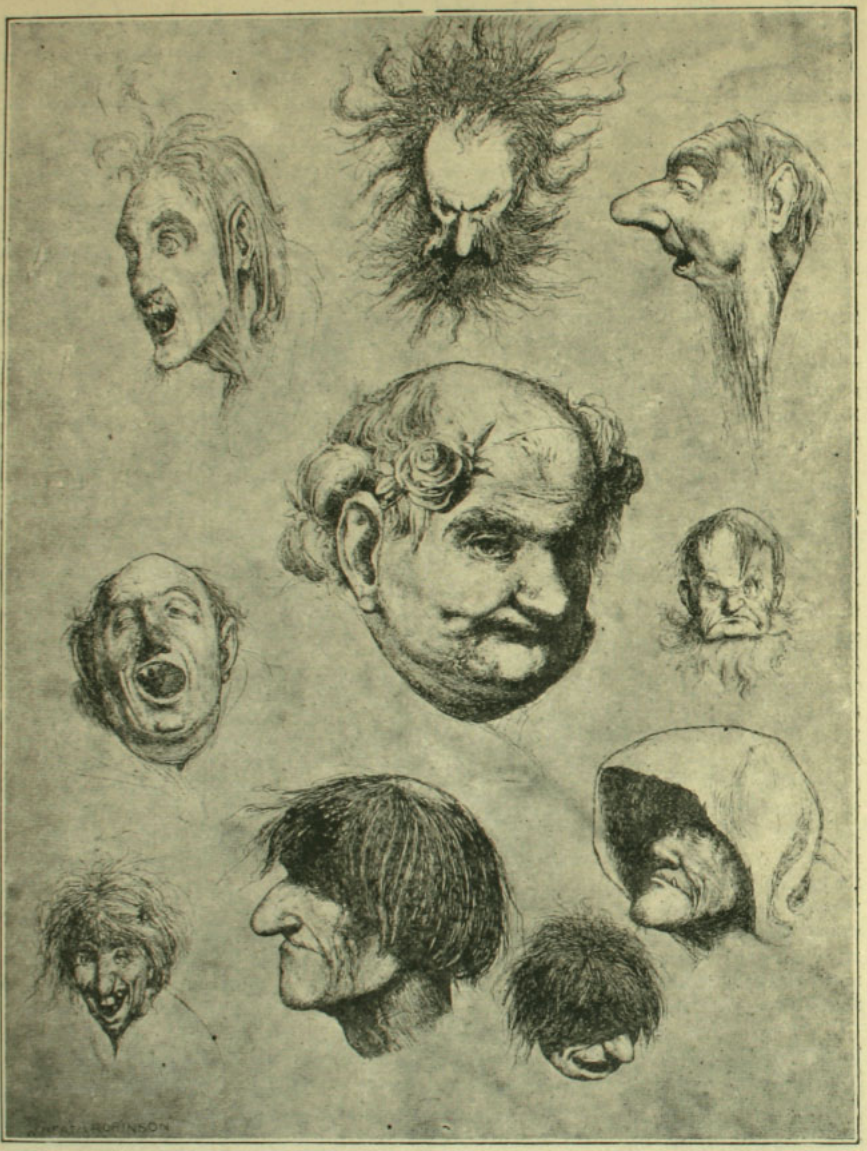
No poco del interés que Mr. Heath Robinson ha despertado se debe a su repentina aparición en el rol de humorista. Bien es verdad que se había ocupado antes de ilustrar libros, desde los de Rabelais y el "Don Quijote" hasta libros para niños como el "Uncle Lubin". Algunos de sus dibujos para las obras de Rabelais que aquí se reproducen muestran su incomparable habilidad para caracterizar fisonomías.

"Creo, ha dicho a quien lo entrevistaba, que yo he sido lo que se llama divertido, por largos años; pero he cometido el error muy común de dirigir el humorismo a los niños en lugar de darlo a los grandes. Como Ud. ve, yo no me había dado cuenta entonces de que los niños, aún cuando resultan en extremo divertidos para los otros, no tienen ellos la menor noción de su humorismo y son en todo caso un público muy reducido.

"¿Cómo llegué a ser un artista completo? Difícilmente podría contestarlo como no sea diciendo que mi desarrollo fué gradual. Supongo, también, que mi instinto fué hereditario. En to-

Bosquejo de portada.

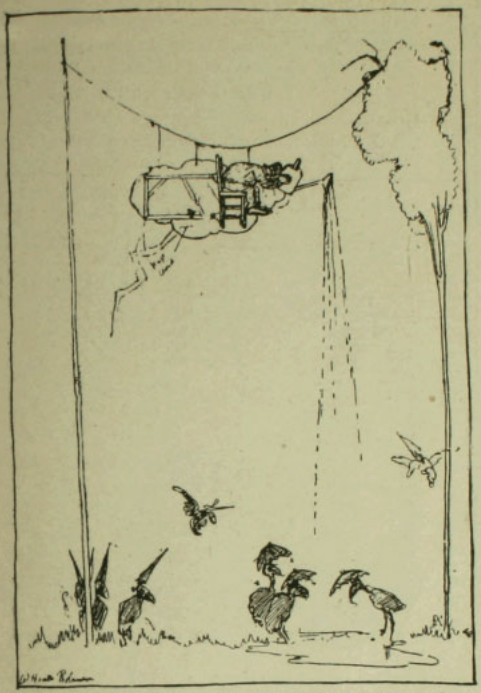
Bosquejo de contra-carátula.



Estudios fisionómicos de la obra de Rabelais.

do caso, mi padre fué un artista y mi abuelo fué también un artista. No creo que haya sido una "promesa" cuando niño, si bien es verdad que era muy aficionado al dibujo y que, como a muchos niños, me gustaba dibujar según los dictados de mi fantasía. Temo haber sido un copista bien desgraciado; el hecho es que las clases ordinarias de dibujo en el colegio me aburrían casi y tanto como algunas otras lecciones.

"Más tarde, como estudiante, fuí todo entusiasmo para cuanto dijera relación con mi profesión y esto me llevó sonrien-



Estudiando las costumbres del pájaro-paraguas.

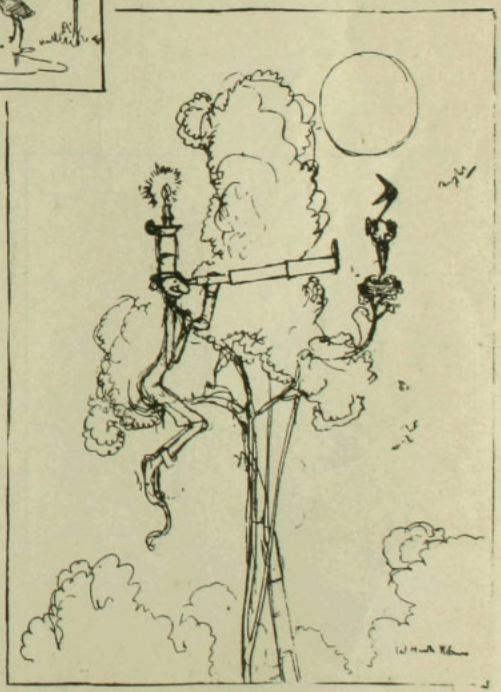
te a través de la enorme cantidad de dibujos de figuras de yeso y de dibujos antiguos que estaba obligado a hacer".

"Mr. Heath Robinson empezó sus estudios en una escuela de arte sub-urbana, cuando tenía más o menos diez y seis años y pasó por todo el curso ordinario de la instrucción artística.

"Gané allí los premios corrientes y pasé los exámenes de costumbre, o algunos de ellos, agregó modestamente. De todos modos fué un alumno particularmente brillante y uno de sus compañeros predijo que sería todo un éxito como alumno de la Real Academia. Después de un curso de estudio en el Museo Británico, el joven Robinson alcanzó el ambicionado título de "estudiante de la Real Academia". "Entonces, dijo maliciosamente, pude estudiar más arte antiguo que nunca. Se me dice que ahora los estudiantes no están obligados a estudiar tanto de la antigüedad. Si fuera de otra manera no me parecería extraño que los artistas se vieran arrastrados a convertirse en dibujantes cómicos de pura desesperación. Mi refugio por un tiempo, fué el paisaje, y el pintar paisajes es todavía para mí una fuente de verdadero placer.

"Obligado a temprana edad a vivir a sus expensas, la educación artística sistemática de Mr. Robinson terminó el día en que una firma de publicistas de Londres pagó su primer dibujo para publicarlo. Se entregó entonces a la ilustración de libros. Aparte de muchos libros para niños, muchos de los clásicos han sido embellecidos por su lápiz.

"Me gustó dibujar para los niños. Era una liberación para mi mente



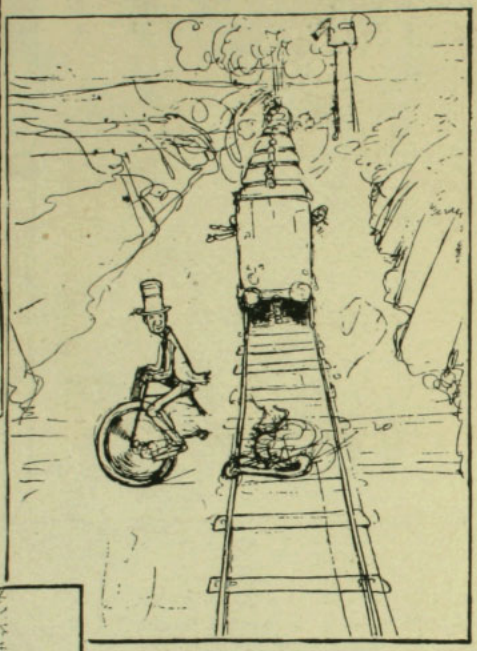
Un estudiante disfrazado de luciérnaga.

Nerviosidad

porque así no sentía la necesidad de restringirme; podía dibujar cuanto se me venía a la cabeza sin pensar si violaría o no los cánones de la verosi-

militud. Mi humorismo, debo decirlo, ha sufrido más la influencia literaria que la artística y en este sentido es posible que yo deba algo a Lewis Carroll y a W. S. Gilbert.

"Gradualmente fuí dándome cuenta de



Un accidente en la línea de Brighton.

que lo que originariamente era considerado de interés para los niños, interesaba mucho más a los mayores. Si un dibujo mío era muy extravagante, los niños los dejaban con incredulidad, pero observé que el aburrimiento de los niños ante mis dibujos estaba en razón inversa de la delicia de sus padres.

—"¿Entonces, ese fué el principio de su obra de humorista tal cual la conocemos hoy?

—"Sí; el primero de mis dibujos serios con idea cómica y destinado a los adultos apareció hace algunos años en "The Tatler". Hágame el favor de anotar que, en mi opinión, un artista humorista puede mirar su obra con tanta se-

Haciendo perder la pista al tenorio.

Haciendo cosquillas a la ardilla.

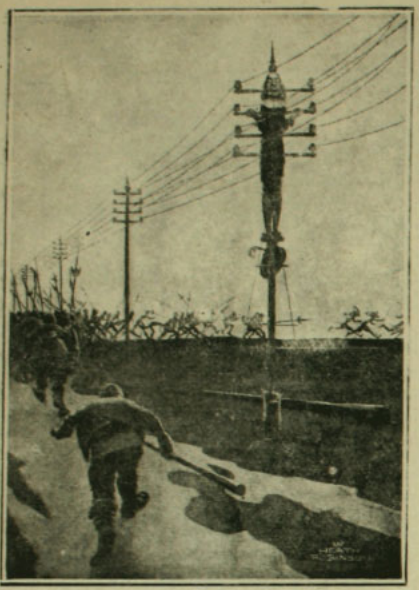
El arte sutil de pescar caracoles en el Mar Caspio

riedad como un pintor religioso. Yo he tratado siempre de hacer mis dibujos tanto interna-mente humorísticos, por decirlo así, como externamente humorísticos. Trato de divertir en cuanto sea posible sólo por el dibujo, y cuando la leyenda es necesaria, procuro hacerla lo más sucinta posible. Me gustan las series, esto es una sucesión de aventuras que acontecen a una misma persona, o ramificaciones o amplia-

Un método para reducir la velocidad de los automóviles.

ciones de la misma idea, porque encuentro que esto me da la mayor probabilidad de expresar todo lo divertido del asunto.

Aunque Mr. Robinson es partidario de la abolición de la letra, cree en la conveniencia de "llenar" el dibujo poniendo en él todos los accesorios que puede darle su fantasía, de manera que el resultado sea cómico por el mismo exceso de realidad. Esta es una nue-



De cómo escapó Carlos II después de la batalla de Worcester.

va adaptación de la carencia de sentido artístico del niño, cuyos dibujos pueden hacer reventar de risa a un hombre aunque hayan sido hechos con toda seriedad.

Esto se puede ver muy bien en "El Arte sutil de cazar las cosas", en "Los Sports Británicos" y en "Diversiones de Wily Willy". Uno de los dibujos de la primera de estas series resultó tan divertido para el Presidente Falliéres, que lo hizo circular alrededor de la mesa en el Palacio del Elíseo durante un almuerzo, y fué causa de que algunos de los comensales punto menos que estallaran de risa. Otras series son "Las siete edades del hombre", "Excepciones que prueban la regla", "Presencia de ánimo" y "El descendiente del hombre".

"Creo, dijo el artista mientras hojeábamos el portofolio de dibujos, que "El descendiente del hombre", fué menos popular que otros por razón de su cinismo y de su tendencia a lo grotesco. El público quiere que el humorismo sea todo lo liviano posible y exento de la mezcla con cosas serias o pesadas. El cinismo, me he convencido, es absolutamente impopular.

"¿Cuál es mi método de trabajo? Más el de la aplicación que otro alguno. Cuando un asunto me gusta, lo esbozo y después lo delineo como si estuviera dibujando para niños o para mi propia diversión. El dibujo final es generalmente una copia de este último. Yo no me desvío mucho de mi primera idea, como Ud. puede verlo con la comparación del dibujo originario con el que se ha publicado.

Es posible que las opiniones difieran en cuanto a cuál de los dos dibujos es más divertido, el dibujo original que lleva todas las características de la inspiración del momento o el dibujo posterior limpio y compuesto.

Pero después de escuchar la propia teoría del artista y sus explicaciones, se siente uno obligado a convenir en que las ideas de Mr. Robinson ganan con ser elaboradas lo más posible.

Por cierto que no tenemos mucho de su espléndida técnica en los dibujos originales como el que se reproduce bajo el título de "Un eminente ornitólogo disfrazado de nube estudiando las costumbres del Pájaro-Paraguas" o en el de "Un estudiante de ormitología disfrazado de luciérnaga, estudiando las costumbres de la chotacabras", porque el "fuerte" de este artista es, técnicamente hablando, el paisaje y ahí sólo tenemos la delineación de un dibujo.

Se puede objetar también a Mr. Robinson que todas sus aves, desde el ruiseñor hasta la gallina común, son singularmente parecidas. Es el hecho de que Mr. Robinson tiene un ave "cómica", de su propia creación, que mira como a una especie de propiedad suya y que puede por lo tanto introducir todo lo frecuentemente posible en sus dibujos en la seguridad de que será encontrada siempre divertida.

Este pájaro humorístico, generalmente desplumado, ha llegado a ser conocido en los círculos juveniles. Una niñita que vió por primera vez un ave desplumada en la mesa de la cocina, corrió a contar a su mamá que uno de los pájaros de Mr. Robinson había descendido las escaleras y se había ido a dormir en la cocina.

Son también muy cómicos algunos de

los títulos. Mr. Robinson parece haber inventado una nueva especie de humorismo que reside sólo en los títulos, como por ejemplo, en "Haciendo cosquillas a la ardilla (?) (bandicoot) en Nueva Gales del Sur", y "Pescando caracoles en las playas del Mar Caspio" y muchos otros. Con esta leyenda uno se da cuenta de cómo el artista ha sacado todo lo divertido del tema, esmerándose en cada detalle, de manera que, para usar sus propias palabras, "Casi llego a creer yo mismo en él".

Aunque dibujante cómico, Mr. Robinson tiene una fuerte vena de pintoresco sentimentalismo en muchas de sus composiciones, si bien tiene buen cuidado, a menos de que dibuje para los niños, de mantener esta tendencia en muy estrictos límites.

Uno de sus mejores dibujos en este estilo es una representación de Cupido quien en una de sus correrías nocturnas ha herido a un adorador de la luna en el propio corazón con una de sus flechas de oro para encontrarse en seguida conque ha perdido una flecha en un espantajo. Hay una delicada sátira en esta alegoría. O mucho nos equivocamos o el dios del amor da muestras a veces de cierto travieso humorismo en la elección de sus blancos.

El Mapa de Europa, revisado para una paz permanente.—De la revista "Life", de Londres

Nuestro Lourdes

Ilustraciones fotográficas

No nos referimos al Lourdes original, adonde hoy día acuden en grandes peregrinaciones los que parten a la guerra en la frontera francesa, a ese Lourdes sobre el cual Emilio Zolá desencadenó sus anatemas profanos; no, pensamos en Lourdes más humilde, situado a las mismas puertas de Santiago, al cual nunca ha llegado la planta de la Bernardita, ni tiene piscinas milagrosas en cuyas aguas se sumergen los heridos incurables para salir con el cuerpo y el alma limpios de llagas, ni vertientes naturales que manan un bálsamo más puro y más saludable que todas las panaceas inventadas por los hombres.

Un peregrino bebiendo el agua de la vida.—A este le falta una pierna, que difícilmente renacerá...

El Lourdes a que me refiero es menos suntuoso y menos respetado que el que sacudió en un tiempo el territorio entero de Francia para encender en los corazones esa maravillosa flor de la fe, la misma que llevó a Palestina a miles de hombres para rescatar el Santo Sepulcro y que ha logrado iluminar interiormente a tantas almas obscuras.

El Lourdes nuestro es sencillo, sin la réclame de los escritores, ni los ataques violentos de los enemigos de la fe; pero no por eso deja de tener su poder sugestivo ni son pocos los que acuden a depositar allí su óbolo espiritual.

Una mañana llena de sol salimos en busca del Santuario de Lourdes. Desde lejos, caminando por la carretera que bordea la Quinta Normal por el lado norte, se divisan las torres de la iglesia, esbeltas como minaretes musulmanes, doradas a esa hora por los primeros rayos.

Mujeres del pueblo, cubiertas con el manto tradicional, o damas de graciosa mantilla, hacen el mismo camino nuestro, con el paso ligero y alado que presta la hora matutina.

Son los peregrinos que vienen de provincia en trenes cargados de beatas que aprovechan la rebaja de precios que ofrece la dirección del Santuario y que después de cumplir sus devociones irán a dar su vueltecita por Gath y Chaves a cumplir con los encargos de la parentela.

Es la señora que ha prometido a la Virgen de Lourdes llevarle un pequeño regalo si resulta un buen negocio del marido, es el campesino rústico que lleva un paquete de velas en pago de una ',manda" cumplida, es la madre que ha visto restablecer a un pequeño consumido por enfermedad mortal, es el estudiante que ha obtenido éxito en los exámenes peligrosos; todos, aquellos, en fin, que han tenido una hora de angustia o un anhelo vehemente y que, sintiendo desfallecer el espíritu, han elevado los ojos al cielo en muda invocación de auxilio.

Un padre sube de vez en cuando al púlpito a explicar los misterios de la religión y los milagros de la virgen

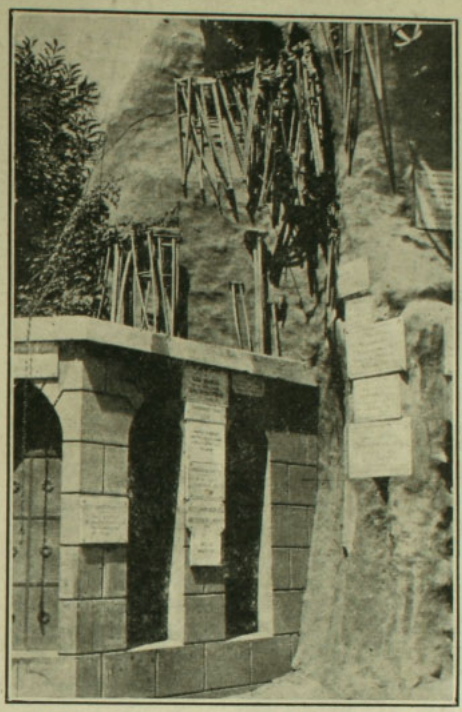
...Junto a la piedra auténtica de Lourdes francés, incrustada en la gruta artificial, está la boca de la alcancía, siempre dispuesta a recibir las dádivas de los fieles.

Y la buena Virgen, la dulce aparición que deslumbró a Bernardita, no ha querido abandonar a las pobres almas temblorosas, y les ha prestado su apoyo, ha realizado sus sueños, ha hecho germinar la pródiga semilla sembrada por la fantasía.

Después de realizar un corto trayecto por calles polvorientas, los peregrinos llegan a un bosquecillo formado por árboles que estrechan sus ramajes en un solo haz de verdura, tan es-

peso y bien cuidado está. Después de la caminata por la calle desolada y áspera, se siente una impresión de frescura que reconforta el alma como si viera una sonrisa después de un gesto desagradable.

Calle por medio del pequeño bosque se eleva la iglesia de Lourdes. En el momento que llegamos, se desarrollaba lenta y majestuosa misa. Las voces armoniosas de las mujeres suben hacia lo alto en suprema aspiración de pureza, de idealidad, de algo que sea el mundo en que sufre el alma y se enloda; tintinean poseídas de júbilo las claras campanillas de los acólitos y entre el humo blanco del incienso brilla el oro y la plata de los fastuosos ornamentos de la liturgia católica.



Un sinnúmero de ex-votos sirven de testimonio de los efectos milagrosos de la gruta

Bajo un palio dorado bajan los sacerdotes y luego siguen hombres y mujeres con cirios encendidos, en una procesión solemne que pasea alrededor de las naves de la iglesia hasta llegar de nuevo al altar mayor.

Después de esta ligera preparación salimos de allí con el alma más liviana y cruzamos la calle para penetrar al recinto de la gruta.

Una a una van besando los pies lacerados del Cristo

Se experimenta una sensación deliciosa al cruzar la alta reja de hierro que resguarda el frente del bosquecillo. Al fondo se divisa una roca de cinco o seis metros de altura, copia exacta del trozo de montaña de la Gruta de Lourdes francesa. En la parte superior, la hendidura en que aparece la Virgen, blanca y celeste, con las manos juntas en adoración, y los dulces ojos, elevados al cielo como si señalase el camino hacia las alturas. Los padres de Lourdes han extendido sobre la gruta una inmensa carpa que preserva del sol a la Virgen y a los fieles, para quienes se ha colocado algunas hileras de bancos como en las iglesias. Y es que en realidad es una iglesia al aire libre.

Al pie de la roca se ha construído una reja y tras ella se levanta un altar portátil en donde se celebra la misa en determinados días. También existe un pequeño púlpito adherido a la roca al cual suben los predicadores a explicar los misterios de la religión y los prodigiosos milagros de

Ante la reja las mujeres se arrodillan con los brazos en cruz

la Virgen de Lourdes.

En esta mañana todo sonríe alrededor de la gruta. En la espesura del pequeño bosque los pájaros forman una algarabía de trinos confusos, atropellados, como si la gloria del sol les obligara a manifestarse en exuberancia atolondrada. Por las hendijas de los telones penetran rayos oblicuos que cruzan la atmósfera quieta como espadas flamíjeras. Sobre los adornos de oro del altar juguetea un reflejo móvil del agua de la fuente próxima

De vez en cuando atraviesa el recinto sagrado alguna persona, se arrodilla ante la Virgen, junto a la reja, murmura una oración, deposita su dádiva, generalmente velas para el altar, y luego se aleja con ademán de concentración interior y de recogimiento, no sin besar antes un trozo de piedra auténtico traído de la gruta francesa y que se halla incrustado en un costado de la roca, junto a la ancha boca de la alcancía.

Nadie se va sin besar la piedra bendita y sin depositar algunos centavos en el limosnero. La piedra ha adquirido ya con el roce de los millones de labios que han pasado por allí, un pulimento y un brillo especial, como si se la hubiese frotado con aceite. Es seguramente grato a los ojos contemplar esta humilde manifestación de piedad cuando los labios que besan se han purificado previamente en un baño de agua clara; pero, cuando se piensa que no todos los peregrinos son limpios y que la mayor parte son enfermos, cancerosos o tísicos, se siente una instintiva repugnancia no exenta de temor.

La Gruta ha sido fielmente copiada de la que existe en Francia

¿Basta la protección de la Virgen y la consagración de la piedra para impedir la propagación de microbios mortíferos?... Es un punto interesante y que los padres de Lourdes debieran dilucidar.

Otro tanto se puede decir de una fuentecilla que existe en uno de los costados de la gruta. A ella acuden los peregrinos a beber el agua milagrosa. La fe los acompaña y las curaciones estupendas que se han realizado por su contacto purificador lo atestiguan las varias decenas de muletas que cuelgan de uno de los flancos de la roca, cerca de las lápidas de agradecimiento que han colocado allí las personas pudientes que han sido favorecidas por la protección de la imagen bendita. Si, bien. Es inútil discutir los buenos resultados obtenidos, pero sería bueno alejar los peligros de los malos resultados, impidiendo que los enfermos beban en los mismos vasos de hierro que allí existen sujetos por una cadenilla.

Vemos que se acerca una señora a la reja que resguarda la roca. Se arrodilla con los brazos en cruz y clava miradas en la Virgen con un arrobamiento de poseída. Después de permanecer un instante en esta actitud, se levanta, se santigua lentamente y deposita en la alcancía un grueso fajo de billetes. Es una escena que se repite a cada instante. Las donaciones son numerosas y cuantiosas. Hay algunas que suben a cinco o diez mil pesos, en pago de "mandas" hechas a la Virgen, como se puede atestiguar en las páginas de la revista que publican los padres con el fin de propagar sus ideas.

Como se ve, la gruta de Lourdes de Santiago de Chile, no tiene ni la magnificencia, ni la sugestión grandiosa que debe tener para los creyentes la famosa gruta francesa; como tampoco tiene los enemigos gigantescos de la otra, y su vida se desliza sencilla y plácida, rodeada por su bosquecillo de verdor perenne y bajo la protección de los dulces ojos de la Virgen Inmaculada. Sin embargo, atrae peregrinos, verifica curaciones, esparce bienes a los que la solicitan, y recibe agradecida las donaciones de sus devotos. Para nosotros los habitantes de Chile, pueblo humilde perdido entre las rocas de la cordillera y la inmensidad del océano, no se puede pedir más...

F. S

A la entrada del recinto sagrado existe un viejo Cristo, al que acuden los peregrinos.

Una visita a una Bateria "Rimailho"

(Envío del señor Juan Tornero)

Paris, 1.° de diciembre de 1914.

Es de todos sabido que en esta gran guerra que devasta casi todo el continente europeo, los alemanes tuvieron desde el principio sobre los franceses, entre muchas otras ventajas, la de poseer una artillería movible de grueso calibre. Esta fué concebida y construída con el único fin de destruir las fortalezas francesas que en la frontera podían oponerse al avance de sus ejércitos. Obtenido de una manera tan eficaz este propósito, tanto en Bélgica como en el norte de Francia, los alemanes no se resolvieron a dejar ociosas a sus espaldas esas formidables máquinas de guerra que tan inapreciables servicios les habían prestado. Lejos de ello, decidieron ensayarlas también en los campos de batalla y con el buen resultado que todo el mundo conoce.

Los franceses, en cambio, estaban desprovistos al principio de la guerra de cañones de campaña de grueso calibre. No habían tal vez juzgado necesario tenerlos porque en el sistema defensivo alemán no existe, puede decirse, la fortaleza llamada por los franceses **d'arrêt**, es decir, destinada a contener la invasión. Habíanse contentado con su famoso 75, que se ha portado admirablemente, pero que no puede reemplazar en ciertos casos a los grandes cañones de campaña alemanes. Al experimentar de una manera tan sensible en sus propias filas su obra destructora, los franceses resolvieron imitar a sus enemigos y febrilmente comenzaron a fabricar esos monstruos de acero. Hay ya muchos de ellos en la línea de batalla, donde han prestado muy buenos servicios, y todo hace creer que en poco tiempo más los franceses, lo mismo que los ingleses sus aliados, nada tendrán que envidiar en esta materia a sus poderosos adversarios.

Creemos que los lectores chilenos leerán con interés la relación que traducimos sobre una visita efectuada a una batería de esos cañones de grueso calibre, en las líneas de batalla del norte de Francia. Hela aquí:

X..., 20 de noviembre.

...Nada se movía. Nada parecía vivir. A la salida de la adea dejamos la carretera que va bajando en dirección de las trincheras y tomamos un sendero apenas trazado a lo largo de un bosquecillo de abetos. La humedad de la niebla había reblandecido el suelo que se pegaba a los pies y escurría al andar. En el fondo de una ondulación del terreno percibimos—larga mancha azul en el azul de la mañana—dos batallones de relevo que habíamos seguido durante un rato y que habían bajado en dirección de las primeras líneas.

Avanzamos en medio de ese silencio extraordinario que, desde el momento que cesa la refriega, parece extenderse sobre el campo de batalla y ésto desde hace semanas y semanas que dura esta guerra de trincheras.

Silencio sorprendente e indiscriptible. Parece como si los cañonazos, que se repiten monótonos durante todo el día, cayeran sobre una superficie de agua límpida que agitaran sin enturbiar.

El camino comenzó a subir y luego llegamos a una cresta donde se encontraban varios centinelas. Delante de nosotros apareció la llanura brumosa donde están establecidos los alemanes. Nos metimos en seguida en una senda bastante estrecha y que descendía poco a poco. Muy pronto nada más vimos. Ni un soldado, ni un pedazo de horizonte. Estábamos como encerrados en una estrecha meseta.

—Hemos llegado, dijo el oficial de Estado Mayor, a quien nos había confiado el General que mandaba la división acantonada en esos parajes. Aquí es. Usted se halla en una batería de artillería gruesa.

Perplejo miro a mi alrededor. Nada denunciaba la cercanía de grandes cañones,

sino era por momentos el ruido sordo de una violenta detonación. Insistí en que me condujera a la batería misma.

—Pues en ella estamos, dijo el oficial. Usted, sin duda, se ha imaginado las cosas de otra manera. Vea usted. En nada se parece ésto a esas estampas en las que vemos unas lindas baterías y un capitán, de pie, detrás de sus cuatro piezas, mirando con sus gemelos en una actitud gallarda. Hacemos aquí la guerra de sitio y esto no tiene nada de teatral. Usted mismo ha podido ver cuánto difieren nuestras trincheras, que se prolongan por muchos kilómetros, se entrecruzan y se comunican entre sí por medio de pasillos y están llenas de cuevas y de agujeros de todas formas que poco a poco se han ido arreglando para una larga estadía, de esos ligeros abrigos improvisados apresuradamente por los tiradores en las batallas en campo raso. Lo cierto es que todo esto trastorna nuestras ideas así como ha de renovar el arte de la pintura militar. Nos hallamos aquí en plena batería, pero una batería puede ocupar un terreno muy espacioso. Mire usted hacia aquella altura. ¿Ve usted allá arriba, entre los árboles, esa especie de cobertizo de ramas? Allí está instalado el oficial, acompañado sólo de dos hombres y sin más armas que algunos instrumentos de óptica y un mapa. Desde allí descubre y vigila todas las posiciones del enemigo. Mide los ángulos, las distancias, espía los movimientos de las tropas, toma nota de todos los indicios que descubre y traduce en fórmulas matemáticas los informes suministrados por los aviadores. El es quien regula y manda el tiro, pero sus cañones no están allí. No los puede ver. Nadie puede verlos. Están ocultos cerca o lejos. Por teléfono es como transmite sus órdenes a los apuntadores. Pero le voy a mostrar todo eso. Le voy a llevar al lado de un Rimailho.

Avanzamos algunos pasos en el bosque y llegamos al borde de una excavación de una quincena de metros de ancho y de seis de profundidad, algo así como un tajo en el cerro o una especie de cantera abierta en su flanco. Su fondo está al mismo nivel que un camino que tiene ahí su origen y que se ha empedrado del mejor modo posible. Algunos árboles disimulan este reducto y nosotros mismos hemos llegado a él sin siquiera sospecharlo.

No sin trabajo nos deslizamos por un caminillo muy escarpado hasta la entrada de ese pequeño circo, pues, sólo de noche es posible aventurarse en el camino empedrado que le está destinado, y allí descubrimos un gran cañón gris, cubierto y disimulado con ramas de abeto. Su boca, abozalada en esos momentos, está dirigida hacia el muro del fondo, del cual apenas dos metros la separan. Este muro está excavado en tres sitios, donde se han arreglado tres cámaras: una para guardar los proyectiles y las otras dos para guarecerse en caso que los alemanes señalaran la pieza y tiraran sobre ella.

—Pues, a pesar de tantas precauciones esto suele pasar a veces, nos dijo el sargento de la batería. Hasta ahora no hemos tenido mucha suerte. En quince días hemos sido descubiertos tres veces y para remover un chisme como este, ¿comprende usted?, se necesita de algunas horas. Sin embargo, parece que al fin hemos encontrado un buen escondrijo.

—Es necesario ver disparar un cañonazo.

Es también éste uno de esos espectáculos, sobre el cual las ilustraciones corrientes sólo nos dan una idea que confina con la leyenda. Este cañón está aquí como en el fondo de un pozo. Está apuntado contra una alta muralla de tierra y los hombres que lo manejan tocan el horizonte con sus manos. Pieza y sirvientes están sumidos en este agujero profundo y, a pesar de todo, los tiros son exactos, dan matemáticamente en el blanco y envían la muerte al punto que se desea.

Ligeramente suena un timbre. El sargento toma un receptor. No se le dictan sino algunas cifras. Un pequeño aparato de acero, provisto de una escala, de una corredera y de un nivel de agua le permiten establecer inmediatamente el ángulo de inclinación de esa arma formidable. Algunas vueltas de manubrio y el monstruo obedece dócilmente. Su pesada masa se endereza y su boca amenaza ahora al cielo. El apuntador verifica la medida, se arrodilla detrás de una mira lateral, examina ciertas líneas movibles, regla sus incidencias. Para él todo el campo de batalla está contenido en ese pequeño espejo donde se reflejan las graduaciones del compás. Nunca ve otra cosa.

Se da vuelta a una llave y la culata se

abre. Se introduce un cilindro de bronce provisto de dos asas, algo así como un caldero al que se le hubiera quitado el fondo. Gracias a este utensilio protector se puede introducir el proyectil sin temor de rayar la pieza, cuyas ranuras muy pulidas brillan como hojas de cuchillos.

Toda esta faena de muerte se efectúa con ademanes precisos, sobrios, sencillos. Esta máquina de matar parece inofensiva. Los rodajes están limpios y brillantes. Nada los empaña, ni los ensucia.

He aquí, ahora el proyectil. Se le toma en la cámara donde están alineados como las botellas en una despensa. Están pintados de amarillo o de rojo, según que estén cargados de metralla o de explosivos y que deban cubrir con una lluvia de hierro una trinchera enemiga o, estallando al contacto del suelo, lanzar en todas direcciones miles de cascos mortíferos.

Una vez introducido el proyectil en la pieza por medio de un atacador, se retira el cilindro de bronce y se pone la carga de pólvora contenida, en forma de menudos paquetes, en un pequeño saco de lienzo. Pues la pólvora no está en polvo, sino enrollada en cordones delgados. Se cierra la culata y se introduce el estopín. Este es un pequeño tubo estrecho y corto, cerrado por un tapón de fieltro, al que se adapta un gancho de alambre. A este gancho se amarra un cordón y se tira. El tapón del estopín produce por fricción una pequeña detonación, la carga se inflama y el tiro sale acompañado de un alarido infernal.

El cañón parece en esos momentos un animal apocalíptico. Recula sobre sus jarretes de acero, como si quisiera tomar vuelo y arrojarse él también en el espacio, junto con su horrible expectoración. Un poco de humo negro sube hacia el cielo. La operación ha terminado. Ha durado menos de dos minutos.

Durante algunos segundos se siente en el aire algo así como el vuelo de un pájaro, con una armadura de acero, y la granada revienta a lo lejos.

El oficial que desde su puesto de observación ha mandado el tiro, observa su efecto. Lo mide con exactitud. Telefonea de nuevo: **largo** o **corto** e indica algunas cifras. Se rectifica la puntería y se repite la maniobra hasta el momento en que se ordene parar el fuego.

Entonces la fiera de acero baja la boca hasta el suelo, como un animal que se acuesta. Se le pone de nuevo su bozal y se le adorna con ramas de árbol. Ya no es el demonio siniestro que vomitaba sus sentencias de muerte; es un dios rústico, bueno e inofensivo. El que tenemos ante nosotros, revestido como está con ese verde manto de abeto, parece un gigantesco juguete de un árbol de Navidad. Nos aproximamos y lo admiramos. Pero un centinela apostado en el bosque, encima de nosotros, nos grita de improviso.

—¡Un aeroplano!

Es necesario entonces meterse en los escondrijos debajo de tierra y guardar silencio. Nada debe denunciar la presencia humana en estos parajes. Oímos aproximarse poco a poco el ruido del motor. ¿Será capaz el pájaro enemigo de penetrar con su mirada los engaños que nos ocultan? ¿Va a lanzar sobre el reducto el cohete denunciador, al que seguirían muy pronto los proyectiles de los grandes cañones alemanes? Acechamos... El avión pasa... nada ha visto.

EDUARDO HELSEY.

La Novia de Provincia

Por

ALFREDO PANZINI

Con ilustraciones. (Traducido para "Pacífico Magazine".

Por más que tuviera gusto en haber encontrado después de tanto tiempo a aquel inmejorable, a aquel amable y simpático amigo Lionello, no podía de un momento a otro acceder a su invitación. Si tardo diez minutos después de las 7, mi mujer me deja la sopa fría, todo frío. Al enfriamiento de muchas cosas me he acostumbrado, pero al de la sopa, no.

—No, querido Lionello—le dije—será otra vez la visita a tu nuevo domicilio. Son las 6 y tres cuartos, y mi señora es muy inglesa en la hora. Pues bien, acompáñame tú.

—No puedo—me respondió el amigo Lionello con su habitual dulzura, pero con ademán como si le hubiera pedido que se echara a la espalda un monumento.—No puedo, mi mujer me espera.

—¿Te has casado?—exclamé.

—¿Cómo, no lo sabías? ¡Pero si lo saben todos!—me respondió Lionello con no menos estupor que el mío.

Como pasáramos bajo un farol de gas, observé a mi vez a mi amigo Lionello, a aquel simpático Lionello, hasta entonces para mí feliz Lionello, hombre sin rencor, poeta sin furia pegásea, literato sin hidrofobia, amable vagabundo, bromista natural, charlador exquisito, conferencista elegante, amigo sin enemigos, haragán sapientísimo; aquel feliz Lionello que había recibido de los dioses junto con el don de la memoria el del olvido: lo miré. ¿Conque también él casado? ¿No había tenido a su disposición otro medio de suicidio?

—¿Por qué me miras?

—Por nada. ¿Habrás hecho un matrimonio ventajoso, ciertamente, porque...?

—Continúa—dijo con suavidad, — porque...

—Porque, porque... nada! Porque, quise decir, si debemos hacernos a nosotros mismos, todavía vivos, los funerales, es natural que hagamos funerales brillantes, a lo Carlos V.

—Era una vergüenza, sabes—dijo Lionello con la mayor seriedad, a los treinta y seis años para adelante seguir todavía en la vida de soltero, ¿no te parece?

—No me parece así—repliqué.—¿Y con quién te has casado?

—¿Te acuerdas—dice Lionello—de aquella joven de mi pueblo, tan buena la pobrecita, tan afectuosa, tan amable?

No conocía yo personalmente a esta señorita; pero todos los que conocían a Lionello sabíamos también que existía esta joven en su remoto pueblo, tan buena, tan afectuosa, y novia de Lionello desde hacía cerca de quince años. Todos lo sabían, pero muchos creían que fuese un símbolo, o, por lo menos una ingeniosa fantasía suya para poder dar a su fisonomía una expresión graciosamente estúpida y sentimental cada vez que las señoras le dijeran: "¿Y no se avergüenza usted de tener esperando tantos años a una pobre muchacha?"

Aún yo mismo creía que esta joven, que había continuado siendo por espacio de quince años fiel a su soltería, fuese un símbolo; pero después se me había asegurado que no. Existía realmente en una pequeña ciudad soñolienta de provincia, una joven doncella que nunca quiso llevar el velo por amor de Lionello. Para ella, Lionello era un verdadero Dios!

* *

—¿De veras pues que te has casado?

—Y con todos los más severos elementos del matrimonio: iglesia, registro civil. Además ella se ha confesado y ha comulgado:

una cosa un poco lúgubre. ¡Oh!—exclamó luego, gravemente—era una deuda de caballero. Sube conmigo, ven a ver mi departamento. Allí vivo yo. ¡Mi casa! Una habitación estable, para mí que he vivido siempre en habitaciones móviles, o bajo un árbol, como se dice entre nosotros: mi casa! A veces me detengo a examinar el fuego ardiente de mi hogar y me quedo pasmado de mi nueva felicidad, y me parece que todos los queridos muertos de mi familia se sitúan alrededor, me sonríen y dicen: "¡Bravo, Lionello, bien has hecho en casarte!" Hazme el favor, pues, ven a ver mi casa, y también te presentaré a mi mujer que es lo mejor que allí hay.

—Amigo, no puedo: también yo tengo mi señora.

—Pues bien, si tienes cuidado por tu señora, le mandamos aviso con un mensajero; ahí están en fila; si tienes teléfono, le telefoneamos, ahí está la oficina de teléfonos!

—Deja en paz el teléfono, Lionello! No es por mi señora, sino por la sopa que me gusta caliente.

A esto Lionello se golpeó la frente, y dice:

—¡Feliz idea. Una sopa espera, ciertamente; no sé decir cuál, pero ha de ser de seguro con huevo, macarrones o tallarines con nuez moscada o ragrí, como se usa entre nosotros. Y vino nuevo, de uno que tiene el perfume de la juventud. Debes saber que el hermano de la Tildina, mi... ¿cómo se dice? cuñado, me ha enviado seis damajuanas; blanco y tinto exquisitos, y asegura que seguirá enviándonos cada otoño. Entremos aquí, y compremos algo más.

Yo callaba, ya decidido: todo estaba resuelto: otro sér humano masculino había

—¿Te has casado? exclamé.

Ella existía realmente en una soñolienta ciudad de provincia

caído junto con otro sér humano femenil en el engranaje de la máquina legal para la conservación de la especie.

Pensando en esto había caído en una invencible melancolía que no habrían bastado a disipar las seis damajuanas de Lionello.

—Desgraciado, huyamos lejos de esta vida! decía para mis adentros.

—¿Prefieres jamón cocido o crudo? Mira con cuánta delicadeza el hombre gordo dispone de las tajadas: es un artista!

—Fíjate, decía Lionello sobre andando, si es una buena instalación para un poeta: tres piezas, después la cocina y además el baño; es una casa señorial; pero como el propietario, un fabricante de perfumes, es amigo de un amigo mío que le ha hecho creer que yo soy capaz de escribirle excelentes poesías de **réclame**, he obtenido un precio de favor. Lo malo está en que haya que subir ciento diez escalones, pero la escalera es bonita. Cuando se ha llegado arriba, aire, luz, todo cuanto se quiera; añade luego que tenemos una pequeña pero graciosa terraza. Cuando llegue la primavera, pondremos en ella tiestos en tierra, plantaremos campanillas, semilla de calabazas. Crearemos allí, en fin, un pequeño paseo por los techos.

* *

Subimos los ciento diez escalones de una casa antigua. Lionello oprimió el timbre y se sintió en seguida un paso y una voz tímida:

—¿Lionello, eres tú?

—Yo, hijita. ¿Quién creías tú que fuera?

La puerta se abrió.

—Entra, tú! Entro yo. ¡Ah, ya estamos, amigo mío—dice Lionello haciéndome entrar en la salita del comedor—ponte en presencia de mi mujer, mi pequeña cara

mitad. Por lo pronto está un poco sobrecogida por la emoción, por el cambio de todo: casa, pueblo, costumbres; pero ya se acostumbrará. ¿No es cierto que te acostumbrarás?—Y con la mano le abrió el cabello a uno y otro lado de la raya.

La joven esposa de mi amigo era una carita gentil, todavía fresca; una figura todavía joven, más bien sencilla en el vestir, pero sin que le faltara elegancia. Pero no pude proseguir en mi examen porque me sorprendieron estas palabras un poco altisonantes conque Lionello me presentó:

—Tienes, Tildina, delante de ti, a otro amigo mío, que entre otras cosas está también en algo de nuestra parte; pero que es sobre todo un periodista y crítico famoso, famoso y temido. ¡Sus juicios son inapelables!

A esta declaración inesperada, miré a Lionello harto sorprendido: yo no soy periodista, ni crítico, ni famoso, ni temido. Cuando más seré hombre de algún estudio; pero nada más.

—¿Qué se te ha ocurrido?—interrogaron mis ojos.

El me miró por un segundo con ojos suplicantes, y luego dijo:

—¿Negarás que eres famoso y temido?

—¿En qué diario escribe el señor?—preguntó temblorosa la señora.—¿De seguro que en los **diarios grandes**? ¡Oh!—y la joven a aquella presentación me miró con los ojos muy abiertos por la admiración.

—En todos los diarios—responde Lionello.—¡Oh, ten la bondad, Tildina, pone otro cubierto para que el amigo haga penitencia con nosotros: aquí traigo galantina y jamón cocido...

"Pero, Lionello—parecían decir los ojos suplicantes de la señora—¿qué has hecho ahora? ¿qué ocurrencia has tenido?"

—¿Por qué, de seguro que se ha dado vuelta el puchero? —preguntó Lionello con mansedumbre.

—No—y avergonzada—"El cocido no se había derramado. ¿Pero a quién se le ocurre invitar a almorzar así de repente a un crítico famoso y temido? ¿Tratarlo a jamón cocido? ¿Y qué hago yo ahora? ¡Qué imprudencia la tuya!"

El semblante de la señora era como un mapa sensible, en que todos estos pensamientos y otros semejantes se coloreaban. También yo me sentía mortificado, y expliqué a la señora cómo Lionello me había conducido por fuerza...

—Por lo mismo será un placer para nosotros, un placer y un honor—dice la señora—pero será necesario que se resigne ¿Me dispensa?

E hizo ademán de irse; pero desde la puerta llamó a Lionello y le dijo algo al oído.

—Cómo no, cómo no, dijo Lionello en voz alta. Me dice que no hay más que vino blanco, y si te gusta el vino blanco. Y si debe dejarlo en los jarros. ¡Claro que te gusta! ¡Vino blanco! Figúrate que tiene color ambarino, que si estuviese embotellado parecería vino del Rhin.

Una figurita todavía joven, más bien sencilla en el vestir

Y la señora desapareció.

¡Cosa extraña! Después de tantos años, aquella voz de mujer me recordaba mi tierra nativa, abandonada para siempre, y lejana. Me parecía todavía vecina, junto con tantas cosas y tantos recuerdos que ya no existen.

—Ahora, amigo mío—dice Lionello—ven acá: este es mi estudio, como ves: ¿te parece elegante?

—Espera, dime antes, Lionello, ¿por qué has tenido la ocurrencia de llamarme "crítico y periodista temido", o lo demás que has dicho?

—Ten paciencia—indica con toda calma Lionello—voy a explicarte... ¡Ah, chito!

—Con permiso, señor...

Era la señora. Tenía en la mano una chaqueta amarilla con alamares obscuros, una gran bata de casa.

—Ah, sí, dice Lionello...

—No, de aquí no está bien, dice la señora. Y ahora las zapatillas; tú que siempre estás

expuesto a los resfriados, Lionello mío, y como hace siempre tal humedad en esta ciudad...

—Dispénsame, dice de nuevo Lionello siguiendo dócilmente a la señora a la pieza vecina.

—Dispense, señor, dice también la joven.

Permanecí solo pocos minutos. Había podido contemplar el elegante escritorio de mi amigo Lionello; pero tenía en la cabeza a mi señora. No porque ella sea tan cruel como para desinteresarse totalmente en mis resfriados: pero eso sí que se cuidaría mucho de traerme la bata o las zapatillas, o de agacharse a ponérmelas, como hacía ahora mismo la señora Tildina. Ni pensarlo.

Lionello había entrado en el estudio, sin sentirlo, porque sus zapatillas eran afelpadas; y con aquella gruesa bata cenicienta, con cordones negros, parecía un húsar de la antigua milicia.

—¿Qué son los poemas escritos ante los poemas de la vida?

—Quería decirte—comienza Lionello—que mi Tildina conserva todavía ciertas opiniones bastante ingenuas de una educación sencilla y provinciana. Yo escribo todavía por ahí, pues sigo en buena comunión con las musas. Por lo demás, es éste mi temperamento; pero comprenderás que ahora que tengo treinta y seis años no son ya el de hace veinte años, cuando vivía en mi pueblo y de buena fe le decía: "Tildina, esta novela mía en verso y el **Hernán y Dorotea**, de Goethe, un poco más o menos la misma cosa. ¿Una poesía de Leopardi? Pero si se puede escribir con más colorido!"

Mi buena Tildina cree con la más cándida fe, que llegaré a alcanzar la fama de Leopardi, a la altura de Goethe, o a algo de muy parecido. He tratado de llevarla nuevamente al conocimiento de la realidad, pero siento que ella tiene siempre de mí una opinión hiperbólica. La vista de mi nombre impreso en un diario, le da la idea de un monumento de bronce eterno elevado a mi gloria. ¡Pobrecilla! "Sigue adelante, me dice: eres demasiado modes--to". Me dan ganas de reir y de responderle: "El verdadero genio es siempre modesto!" Pero luego me da gana de llorar, no por mí sino por ella. Es un inocente y doloroso error del que saldrá por sí sola, un poco cada día. Ahora una brusca revelación sería cruel. Y no creas por esto que sea estúpida, ¿no? Algo hay en ello también de la influencia de la provincia: cualquier menudo eco de mi nombre que se pierde antes de las veinticuatro horas, llegaba hasta su soledad como estampido de cañón que dispara la salva de honor. Por eso te presenté como crítico, esto es juez de los inmortales, y en la mesa me será grato oirte hablar de mi poema...

—¿Tienes un poema?

—¡Sí, amigo, me incubo! Yo soy un sér feliz, pero cuando pienso en mi poema, me pongo triste. ¡**Patria**! es el título del poema. Lo comencé a los veinte años, cuando vivía en provincia. Tildina cree que **Patria** será mi verdadero pasaporte para la inmortalidad. Cuántas veces ocurre que estoy aquí en el estudio fumando mi pipa o haciendo versos de **réclame**, y ella cree que compongo **Patria**. El manuscrito está guardado en aquel casillero. ¡Horror! Pero, por caridad, tú en la mesa habla de mi poema.

Dentro de algunos meses, pasada la

luna de miel, le daremos el antídoto, pobre Titi!

La señora anunció que la sopa estaba lista. En la mesa saboreamos aquella deliciosa sopa, la más exquisita de las sopas, que parecía ciertamente una invención de la diosa Vesta con el fin de dar consistencia a la institución de la familia! También el vino blanco era delicioso y lanzaba reflejos en los tersos vasos.

Hubo un momento en que a Lionello se le cayó la servilleta, y la señora lo recogió Ella comía, sí, con la boca, pero sin dejar de atender a su marido.

Mi mujer no recoge jamás la servilleta, partiendo de un principio de derecho del sexo. Servilletas y pañuelos están por consiguiente esparcidos por el suelo, y lo mismo la paz doméstica anda por los suelos: todo, por efecto de exceso de civilización, difundida sobre mí y sobre ella, mejor dicho, sobre ella y sobre mí.

Así nuestra cocina abandonada del todo a la sirvienta, despide siempre olor a quemado. La buena diosa Vesta rehusa entrar allí.

Hablé del poema de Lionello.

—¿El poema **Patria**? Ciertamente un gran poema. Será bueno, sin embargo, señora, que esperemos el momento propicio para publicar el poema! Llegan tristes días, Dios mío, tanto para el poema como para la patria. Pero Lionello posee, oh señora mía, un poema todavía más precioso y glorioso...

—¿Cuál, señor?—preguntó extasiada.

—¡Vaya, usted! Usted que le trae las zapatillas a su marido, usted que se interesa en su salud, usted que recoge la servilleta usted que después de la jornada acre y triste hace que encuentre en la mesa esta incomparable sopa. Usted que es de la opinión de su marido y no dice, como dice constantemente una intelectual señora que yo conozco: "¡Yo no soy el eco de mi marido!" ¿Cree usted que bromeo? Mira a Lionello; sus ojos se humedecen de emoción. ¿No me cree, señora? Si no me cree a mí, crea a Homero. Homero, el más ilustre entre los poetas y los escritores de poemas, dice estas cosas en forma tan clara como para no dejar dudas sobre su interpretación: dice: "No conozco poema más envidiable que el de ver una casa en la cual el marido y la mujer vivan con un solo corazón, con una misma voluntad". Yo no soy poeta, señora, pero Lionello se lo podrá decir en verso, en forma más elocuente que yo. ¿Qué cosa son los poemas escritos frente a los poemas de la vida?

* *

Después del café, Lionello pidió a Tildina permiso para acompañarme.

—¡Qué quieres, me dijo cuando estuvimos fuera, ya en camino,—el matrimonio es una bella institución, pero acostumbrado como estaba en tantos años a recogerme de madrugada... Sí, este es el único inconveniente que noto.

—Trata de evitar otro.

—¿Cuál?

—Cuando des alguna de tus bellas, patéticas conferencias en favor de los derechos de la mujer, busca cualquier buena excusa, pero no lleves nunca a ellas a tu señora.

¿Se ha descubierto la curación de la Tuberculosis?

ADMIRABLES RESULTADOS OBTENIDOS CON EL EMPLEO DE LA CIENCIA DEL AJO EN EL ASILO DE TUBERCULOSOS INCURABLES DEL HOSPITAL METROPOLITANO DE NUEVA YORK.

Ilustraciones fotográficas

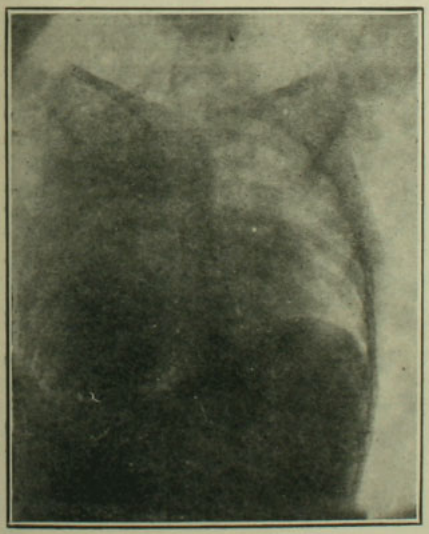
I

Uno de los problemas sociales más graves, que preocupan la atención de los hombres de ciencia y de los legisladores de todas las naciones civilizadas, es el que se refiere a la lucha contra la tuberculosis.

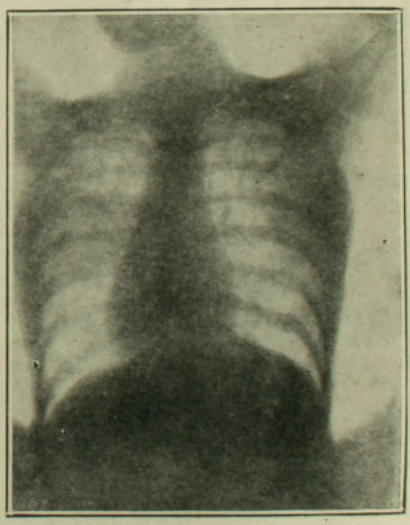
Ruda ha sido la lucha, escasos han sido los frutos obtenidos hasta los momentos actuales, pero la ciencia, que no ha agotado todos sus recursos, marca la senda y avanza señalando siempre nuevos triunfos desde el día en que Koch descubrió el bacilo de esta enfermedad.

Este verdadero problema social, que no ha logrado atraer en Chile la atención que merece, se impondrá a la consideración de la nación entera con la fuerza incontrastable con que impone la Naturaleza sus leyes inmutables.

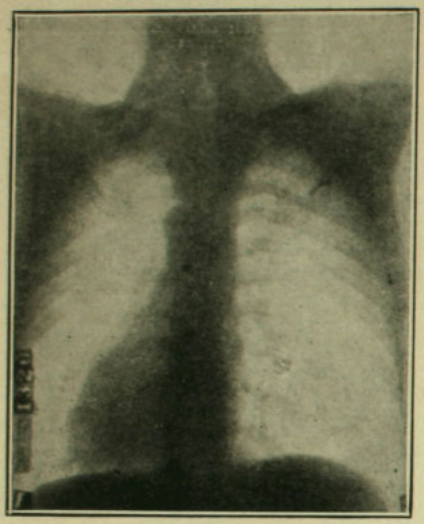
La falta de higiene y la ignorancia en que se encuentran las grandes masas de población, aglomeradas en ciudades cons-



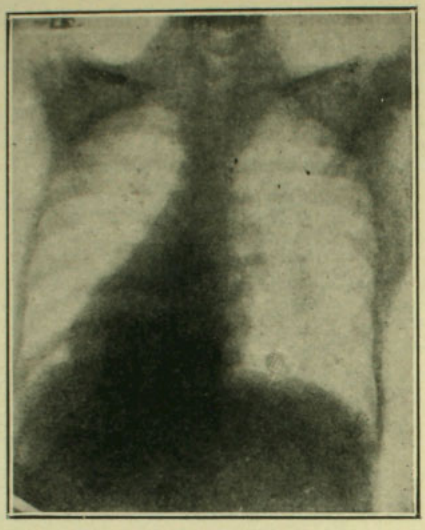
Tuberculosis neumónica aguda, curada por toracoplastia y vacuna tuberculosa



Tuberculosis bronco neumónica aguda



Tuberculosis pulmonar aguda, temperatura séptica, condición estrictamente médica



Tuberculosis pulmonar aguda, curada por el mercurio y eliminación mediante inyecciones entravenosas de solicilato sódico, guayacal y mixtura de glicerina

truídas al acaso, sin considerar la importancia que tiene para la vida de los seres humanos el aire puro y el sol, demuestran los peligros que entraña para la raza el actual estado de cosas.

Los datos estadísticos de Alemania revelan cuánto puede hacerse para combatir este flagelo, mediante una legislación sanitaria dictada de acuerdo con los progresos de la ciencia médica. Careciendo nuestro país de las fuentes de información que nos permitirían ver las cifras pavorosas de las vidas sacrificadas por la peste blanca, no se ha dado cuenta el país de la magnitud del mal que destruye poco a poco las fuerzas vitales de sus hijos.

Miles de veces se ha denunciado que los mataderos de las grandes ciudades no dan garantía suficiente de inmunidad, pues en ellos se benefician animales tuberculosos, habiéndose comprobado casos de carnes que mostraban a la simple vista en su superficie los focos infecciosos en supuración! ¿Y cuántas veces no se ha proclamado la inseguridad que tiene para los habitantes el uso de la leche de vacas que sólo desde hace pocos meses en una o dos ciudades, son inspeccionadas para comprobar que están libres de transformamarse en focos constantes de infección?

Si a estos graves peligros que entrañan para la salud de la colectividad una amenaza constante, unimos las circunstancias de la falta de higiene, hábito inveterado en nuestro pueblo; el ambiente malsano que respira en sus viviendas, focos de infección moral y física; una alimentación defectuosa a causa de sus escasos recursos; el abuso del alcohol; y, sobre todas las cosas, una ignorancia completa acerca de las causas y efectos que produce la invasión del bacilo, comprenderemos que si no se adoptan medidas higiénicas que sólo pueden llevarse a la práctica, lentamente, mediante un Código Sanitario bien meditado, tendremos, dentro de pocos años, una población raquítica y varias generaciones de seres humanos que llevan consigo y siembran a su alrededor la desesperación y la miseria!

II

Según la opinión de una de nuestras más respetables autoridades médicas, comprobadas con las autopsias practicadas en uno de los grandes hospitales, el 70% de los casos de defunción demuestra que sus pulmones estaban contagiados con el bacilo tuberculoso. Si el bacilo se esparce por el aire, debido a la ignorancia de una parte considerable de los enfermos, siendo aspirado por pulmones no infectados que quedan contaminados; si el simple

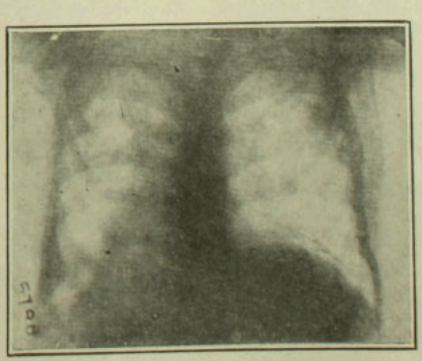
contacto con los labios, en un vaso o en cualquiera otra forma, produce la invasión tuberculosa que hace su camino sorda y lentamente si no es detenida con los recursos que la ciencia conoce y que hacen la curación relativa de esta enfermedad lenta, costosa y desesperante, ¿podemos mirar impasibles la inundación que avanza y amenaza ahogar a la raza humana? El enemigo nos rodea por todas partes, en forma invisible, ¿debemos huir o mirar con indiferencia este problema, por ignorar la forma en que podemos vencerlo o debemos combatirlo para salvarnos nosotros mismos salvando a la humanidad?

III

La generosa iniciativa de muchas instituciones públicas de los Estados Unidos que han ofrecido enormes sumas de dinero al hombre que descubra la curación definitiva de esta enfermedad, atrajo la atención universal al anuncio ruidoso de un invento cuyo secreto se negaba a revelar el doctor alemán Fridrich Friedmann.

En ningún momento el doctor Friedmann quiso comunicar a las autoridades médicas la composición de las soluciones que inyectaba a sus pacientes, declarando, tan sólo, que ellas se extraían por procedimientos biológicos del suero de tortugas inoculadas con los gérmenes de la tuberculosis. Era digno de notarse el afán de la sociedad comercial organizada para explotar el invento al tratar de venderlo por una gruesa suma de dinero sin someterse a explicar cuáles eran sus componentes. Recientemente, hace muy pocas semanas, las autoridades médicas bacteriológicas de Berlín proclamaron la inutilidad del invento que tanto júbilo había despertado en el mundo entero.

Entretanto, continuaban pacientemente sus investigaciones otros hombres de ciencia evidentemente más inspirados en el bienestar de sus semejantes que en el éxito de combinaciones mercantiles.



Tuberculosis pulmonar crónica, muestra su curación por fibrosis

Entre estos hombres de ciencia, émulos de Pasteur, Jenner y Roux figuraban los doctores: W. C. Minchin, de Dublin, Irlanda; y Mr. M. W. Mac Duffie del Hospital Metropolitano de Nueva York.

Este último doctor, jefe del Departamento de Caridad Pública de aquel gran establecimiento de beneficencia, a insinuación del doctor A. G. Young, secretario del Instituto de Higiene de Maine, E. U. quien había leído las investigaciones practicadas por su colega de Dublin, decidió ponerlas en práctica en la sección del hospital a su cargo obteniendo los resultados más halagadores para adelantar la solución de este gravísimo problema social.

IV

Al analizar sus tareas, el doctor Mac Duffie los condensa en dos grandes objetivos:

1.° Destrucción de los gérmenes tuberculosos.

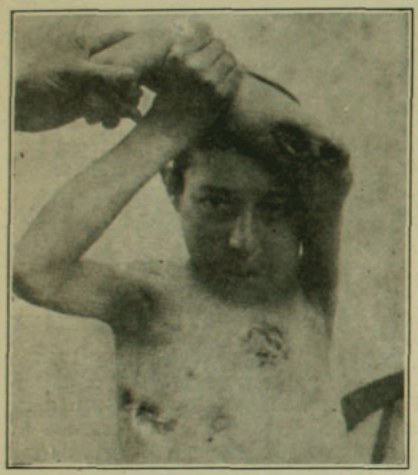
2.° Conseguir que el cuerpo humano resista el desarrollo de aquellos gérmenes, considerando este último objetivo de importancia esencial.

En el curso de los años 1912 y 1913 el doctor Mc Duffie trató en su Asilo de Enfermos Incurables, 1,082 casos. Son tanto más sorprendentes los resultados que ha obtenido al considerar que a ese asilo son enviados los enfermos desahuciados y puede decirse que cada caso es un caso desesperado, pues la mayoría de los enfermos mueren a los pocos días o semanas de llegar a él.

Con mucha frecuencia, refiere el doctor Mc Duffie, se le hace esta pregunta: ¿Por qué estudia, usted, casos desesperados?"; y él, invariablemente, ha respondido: "Si algo se descubre que pueda beneficiar a aquellos enfermos, seguramente aquel mismo remedio beneficiará en grado superlativo a los enfermos que no hayan alcanzado aquel estado de gravedad". Otra razón que lo ha impulsa-

do a estudiar aquellos casos desesperados, es la oportunidad que ha tenido para efectuar estudios autópicos, estudios que le han ayudado, grandemente, para conseguir un conocimiento completo de los efectos de los diversos tratamientos sobre el proceso de formación tuberculosa.

Entre los cincuenta y seis tratamientos diversos puestos en práctica en aquel asilo figuraban, principalmente, los siguientes medicamentos: la solución de guayacol-Glicerina, por inyecciones intravenosas;



Tuberculosis del codo

la creosota; el ácido fosfórico; el ácido nítrico; el ácido bórico; la tuberculina y la esencia de ajos.

El empleo de la esencia de ajos fué aconsejada al doctor Mc Duffie por el doctor A. G. Young. Después de un estudio cuidadoso de los trabajos literarios sobre la materia, escritos por el doctor W. C. Minchin, se inició el tratamiento.

Dice el doctor Mc Duffie, a propósito de este tratamiento, lo que sigue:

"Hemos comprobado, clínicamente, que el ajo es un específico seguro para la destrucción del bacilo tuberculoso y los procesos de formación de igual naturaleza, no importa cuál sea la parte del cuerpo afectada por los bacilos. Es igualmente benéfico en casos pulmonares y glandulares, así como también en casos de tuberculosis de los huesos y cualquiera que sea la región afectada. Hasta casos gravísimos de lupus y de laringitis tuberculosa han mostrado una rápida mejoría con este benéfico tratamiento".

"La aplicación del tratamiento es muy sencilla: se emplea en soluciones para la bebida y con cataplasmas y pomadas de uso externos.

Los espléndidos resultados obtenidos, agrega, han demostrado que la esencia de ajos es un específico para destruir los bacilos tuberculosos y los procesos de su formación; y abrigamos la certidumbre de que la primera parte de nuestras investigaciones clínicas, es decir, el descubrimiento de una substancia que destruya aquellos gérmenes morbosos, ha sido descubierta".

"El tratamiento de la tuberculosis, por medio del fósforo diluído, es, así mismo, de indudable valor y está comprobada su eficacia que lo constituye uno de los principales medicamentos destinados a inducir al sistema físico o resistir la invasión de los gérmenes de la tuberculosis.

"En general, aparte de los buenos resultados del tratamiento, las experiencias realizadas han realzado la ventaja de considerar la tuberculosis desde el punto de vista quirúrgico. Hemos descubierto en los estudios efectuados en las autopsias, y en el laboratorio con los rayos X, que una gran parte de los casos que se ha dado en llamar **desesperados**, el procedimiento quirúrgico los habría beneficiado grandemente.

"Este asilo, en el que se encuentran casos de todas las formas y variedades de esta dolencia: casos agudos y crónicos; médicos y quirúrgicos; con las más variadas complicaciones; tenía antes de la aplicación de este tratamiento un 80 por ciento de enfermos con fiebre, pacientes que no podían abandonar el lecho; y ahora ese porcentaje ha descendido al 8 y al 10 por ciento.

Aquellos casos que han pasado a mejor vida han debido su fallecimiento al hecho de haber perdido hacía mucho tiempo sus fuerzas vitales en la lucha contra el mal, sin la ayuda de un tratamiento conveniente.

La constipación, que era antes la regla general entre los pacientes, ahora es rara: las hemorragias, antes comunes, ahora son igualmente escasas; las enteritis, una de las formas más fastidiosas y desconcertantes de esta dolencia, sólo ocurren ahora raras veces a los enfermos de este hospital.

En suma: El ajo es el mejor tratamiento individual descubierto para libertar el cuerpo de los gérmenes morbosos y creemos

que la misma substancia es un específico para el bacilo tuberculoso y para detener el proceso de su formación, cualquiera que sea la parte del cuerpo afectada: la piel, los huesos, las glándulas, los pulmones o cualquiera otra región del cuerpo. El mercurio parece ser la otra substancia que sigue a esta en su acción específica para destruir el bacilo tuberculoso.

Creemos que el fósforo es el mejor tratamiento para impedir la invasión de los gérmenes, ya sea suministrado en la dieta, directamente administrado en el aceite de bacalao, o en flúido eléctrico, cooperando a la acción de estos específicos con los específicos naturales del descanso, del ejercicio gradual de la hidroterapia, del cambio de clima y de las inyecciones.

La naturaleza, por medio del descanso, de la comida apropiada, del ejercicio moderado, de los baños, del clima seco y del empleo de la esencia de ajos proporciona la combinación específica necesaria para el tratamiento médico de esta enfermedad.

La ciencia nos dirige atinadamente por el sendero de la experiencia mostrándonos cuándo debemos utilizar estos diversos tratamientos en su debida proporción para conseguir los mejores resultados.

El tratamiento médico es preferible al tratamiento quirúrgico en ciertos casos de tuberculosis, según observaciones practicadas en más de 1,000 casos diversos.—Por el Profesor M. W. Mc. Duffie.

La etiología estudia esta enfermedad n sus cuatro etapas diferentes: pretuberculosa, invasión del bacilo, inflamación y supuración.

1. **Estado pretuberculoso.**—La oxidación defectuosa es, indudablemente, la causa fundamental de esta enfermedad y la resultante de la intoxicación ácida producida por la fermentación, putrefacción y decaimiento (auto-intoxicación), reagravada con la infección del bacilo tuberculoso El aprovisionamiento insuficiente del oxígeno, puede resultar de las siguientes causas diversas:

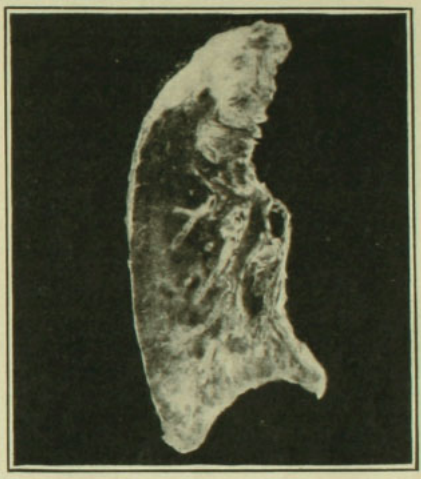
1.° De la respiración defectuosa.

2.° De los flúidos corporales desfectuosos.

3.° De la defectuosa constitución del hígado. (Este órgano es la gran glándula de oxidación).

El tratamiento está basado en las causas y en los efectos de estos factores.

La respiración defectuosa, ya sea adquirida o congénita (?) se encuentra en la gran mayoría de los enfermos de tuberculosis. Bien sabemos que la oxidación defectuosa se verifica cuando el cuerpo se apropia una cantidad insuficiente de oxígeno. El resultado de la oxidación incompleta de los elementos de los tejidos y de los alimentos, produce la formación excesiva de ácidos. Estos ácidos pasan cons-



Apex curado por fibrosis. Método natural

tantemente al organismo por los pulmones, por la piel y por los riñones. Si la alimentación regular de estos ácidos, se ve restringida, tienden a acumularse en el cuerpo y resulta la intoxicación ácida.

Así, pues, nuestra primera prescripción de tratamiento en este estado de la enfermedad, es la alimentación de la intoxicación ácida y la corrección, tan completa como sea posible, de la condición adquirida o congénita, ayudada con el medio ambiente climatérico más apropiado

Los flúidos defectuosos (la sangre y la linfa) son, tal vez, la principal causa de una oxidación defectuosa.

La expresión **resistencia**, usada con tanta frecuencia, puede medirse según la proporción de alcalinidad del sistema físico del paciente. Cualquiera deficiencia en la asimilación del oxígeno, turba la función de cada célula del organismo y debilita la fuerza de resistencia al mal. La re-

sistencia debilitada, es sinónima de la alcalinidad deficiente. Los flúidos corporales defectuosos o la alcalinidad escasa, pueden, tanto como la respiración defectuosa, ser congénitos o adquiridos. La tuberculosis per se, puede o no transmitirse a la prole; pero su factor principal, la alcalinidad insuficiente o la resistencia mínima, es muy notable en la descendencia.

Es evidente que la mala nutrición, es una de las causas de la defectuosa constitución de los flúidos corporales.

El cuerpo humano está constituído en dieciséis elementos diversos, que en la mayoría de los casos, se reunen en diversas combinaciones. Estos elementos se denominan: carbón, nitrógeno, hidrógeno, oxígeno, súlfuro, fósforo, fluorina, chlorina, iodina, silicon, sodio, potasio, calcio, magnesio, lithium, fierro y algunos filamentos de manganeso.

Sabemos que el fósforo, por su bien conocida afinidad con el oxígeno, aumente la oxidación y su exceso forma el ácido fosfórico. Esta substancia es un alimento constitutivo y esencial para las plantas y a través de ellas penetra al organismo animal, donde se le encuentra en forma de tricalium fosfato, principalmente en los huesos, que contienen un 60 por ciento de esta substancia.

Si obtenemos un exceso de este ácido fosfórico que aumenta el poder de asimilación del oxígeno, conseguimos que el bacilo tuberculoso no pueda vivir en este medio ambiente.

Curación por depósitos calcáreos

Formando su absceso superficial. El pariente ya muy mejorado después de su accidente

Las vacas que pacen en campos deficientes en substancias fosfóricas producen leche cuya caseína está desprovista de esta substancia preciosa. Por esta razón, las criaturas alimentadas al nacer con leche proveniente de vacas que viven de los productos de suelos exentos de esta clase de substancias producen en las tiernas criaturas flúidos corporales deficientes. Literalmente debe interpretarse la fórmula natural inquebrantable: "la tierra se convertirá en tierra; las cenizas se volverán cenizas; y el polvo tornará al polvo". Por otra parte, nosotros mismos, por excesos fisiológicos y patológicos, podemos perder nuestra provisión normal de substancias fosfóricas y nuestros hijos, a su vez, heredarán aquel mismo defecto. Cuando sucede esto último, en grado notable, en nuestra vida de adultos y que llegue a producirse la infección tuberculosa, los resultados, tal como lo demuestra la estadística, son desastrosos. La phosphatiuria es un fenómeno frecuente que se produce varios meses antes de la invasión tuberculosa.

Nuestra segunda prescripción de tratamiento en este estado de la enfermedad, es la eliminación de la intoxicación ácida, como resultado de la oxidación deficiente debida a los flúidos corporales debilitados y la conexión de estas condiciones adver-

Tuberculosis del cráneo

sas, congénitas o adquiridas, se consigue con el empleo de un tratamiento dietético y la administración directa de substancias fosfóricas unidas a la inmunización profiláctica estimulada con el descanso, con el ejercicio moderado y con las inyecciones. El hígado que funciona defectuosamente, es la causa tercera de una oxidación deficiente. Como resultado de este estado de cosas la urea en la urina disminuye y las sales de amonio aumentan.

Nuestro tratamiento se funda en la eliminación, en la dieta apropiada: (proteid) leche y huevos en cantidad suficiente cuando se trata de alimentación forzada; sin embargo, este procedimiento no debe seguirse en ciertos casos, especialmente si se trata de adultos.

Estado de invasión del bacilo.—La infección puede verificarse por introducción en el estómago o por medio de la inhalación. La invasión puede ocurrir muchos meses o años antes de manifestarse en forma evidente.

El tratamiento de este estado es el de la inmunización terapéutica producida por medio del descanso, del ejercicio gradual, de las inyecciones, además de los tratamientos aconsejados en el estado pretuberculoso.

Estado inflamatorio o supurativo.—Los factores que producen esta etapa de la enfermedad, son los mismos de los dos estados anteriores y nuestro tratamiento es, en primer lugar, la eliminación, ya sea médica o quirúrgica; y, en seguida, la aplicación de los tratamientos de los dos estados anteriormente descritos.

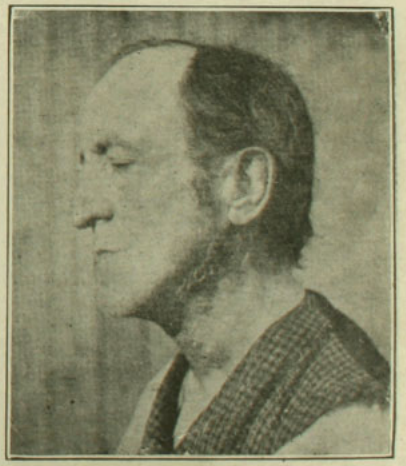
Tratamientos

El estudio de los tratamientos de esta enfermedad durante los últimos dos años, ya sea clínicos o autópsicos y las observaciones practicadas con 56 diversos tratamientos, en más de 1,082 casos, en el Hospital Metropolitano, han dado el siguiente resultado:

Los casos de tuberculosis, ya sea agudos en general, neumónicos agudos, bronconeumónicos, pulmonares o crónicos y los casos de tuberculosis de cualquiera región del organismo, pueden someterse al tratamiento médico sólo cuando hay eliminación apropiada y cuando el área infectada puede alcanzarse con los flúidos corporales; de otro modo, debe emplearse el método quirúrgico. El tratamiento de esta enfermedad, por consiguiente, depende principalmente del diagnóstico que debe determinar cuál procedimiento debe seguirse. Los abscesos y las cavidades cerradas, en las cuales hay constante absorción, deben ser abiertas o suprimidas.

El avance del mal en ciertos pulmones es tan rápido y llega a alcanzar tal grado de magnitud, que exige la terapia quirúrgica y no la médica.

La apendicitis fulminante, a pesar de su severidad y rapidez, puede considerar-



Lupus del cuello, medio curado después de 4 meses con ajo

se al compararla con la tuberculosis fulminante de los pulmones, como el trueno comparado con el rayo. Incidentalmente debo manifestar que muchos de estos casos de apendicitis fulminante, son manifestaciones del **locus minoris-restentia**, oculta pero ciertamente nacido de una infección tuberculosa.

Por otra parte, los casos de tuberculosis de la piel, de las glándulas de los huesos y de ciertos órganos especiales son, por regla general, de tal naturaleza, que exigen la terapia médica como el tratamiento más eficaz.

Los dos tratamientos que han dado los mejores resultados en su acción específica sobre el bacilo tuberculoso y los procesos de su formación, son: el ajo, proveniente del reino vegetal y el mercurio procedente del reino mineral.

El ajo contiene un aceite volátil llamado **allyl sulphide** y sus propiedades médicas dependen de este aceite, fuertemente antiséptico, que parece poseer la cualidad extraordinaria de impedir el crecimiento del bacilo tuberculoso eliminado por los pulmones, por la piel, por los riñones, por el hígado y el cual se oxida en el ácido sulfuroso que se extiende por el sistema. Aplicado localmente, penetra libremente por los poros de la piel hasta llegar a los tejidos musculares más profundos. El ajo nos dió los mejores resultados y parece ser igualmente eficaz cualquiera que sea la región del cuerpo afectada ya se trate: de la piel, de los huesos, de las glándulas, de los pulmones o de cualquiera otra región determinada. La curación se efectúa por medio de la formación de nuevos tejidos musculares.

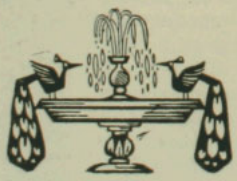
Sumario del tratamiento

1.° Para corregir la respiración defectuosa deben removerse las obstrucciones nasales y debe enseñarse la respiración apropiada, ayudada por el tratamiento climatérico en su sentido más amplio.

2.° Deben corregirse los flúidos corporales deficientes, así como también mejorar las funciones del hígado por medio de un tratamiento dietético apropiado, muy rico en buenos elementos de nutrición y especialmente rico en substancias fosfóricas, aprovechando la inmunidad terapéutica y profiláctica desarrollada con el descanso, con el ejercicio moderado y metódico, con las inyecciones de soluciones apropiadas y cooperando a la obra de la reconstitución del sistema físico con buenos tónicos reconstituyentes tales como: el fósforo, el vanadium, el arsénico, el aceite de hígado de bacalao y la electricidad, etc.

3.° La eliminación médica obtenida con la dieta, con el ejercicio moderado, con la hidroterapia y con substancias minerales y vegetales tales como: el ajo, el mercurio, las soluciones salinas, el guayacol, etc.

4.° La eliminación quirúrgica por medio de la incisión y la extracción de las materias impuras acumuladas en ciertas regiones del cuerpo. Este procedimiento es especialmente recomendado en casos de tuberculosis pulmonar y menos frecuentemente en casos de tuberculosis ósea, glandular o de otros órganos.



La Vida en el Cine

En este siglo de progreso extraordinario y de los inventos maravillosos, tenemos también la ventaja de poder vivir dos vidas: la amarga y fatigante del mundo real y la otra dulce y consoladora de la cinta del cinematógrafo.

Arrellenados en una butaca, en medio de una sala obscura, nos sentimos trasladados en volandas a ese mundo imaginado por los antiguos románticos, en el cual siempre la inocencia triunfa y la maldad es castigada.

Lo primero que uno observa ante estos emocionantes dramas del cine es que la casualidad desempeña en el mundo un papel mucho más importante de lo que hasta aquí habíamos creído.

Hay especialmente un error de concepto respecto a la casualidad, que ha quedado destruído. Se afirmó que la casualidad era ciega; pero en el cine se observa que no hay nada más vigilante ni puntual. La casualidad acude a la hora precisa, como los ingleses.

Pongamos un ejemplo. Se trata de una película yanqui y la escena ocurre en las praderas del Far West. Una partida de bandoleros ha condenado a muerte a un sujeto. La sentencia se cumplirá en un árbol cualquiera. Ya tiene el infeliz el nudo corredizo al cuello y en el preciso segundo que se le va a largar al aire, aparecen en escena sus salvadores. Dos segundos que se hubieran atrasado, habría sido tarde: pero la casualidad ha querido que el público, cuyos nervios están ya tirantes, pueda lanzar un suspiro de alivio.

En otra película, un bandido de levita, por ciertas razones de herencia, quiere hacer desaparecer a una niñita de cuatro años. Resuelve echarla al mar, con una piedra al cuello. Llega el infame a la orilla del mar; allí tiene lista una canoa automóvil: un segundo más y la niñita estará perdida sin remedio; pero en el preciso instante en que el raptor va a poner el pie sobre la canoa, llegan varios vecinos que salvan a la niña y arrojan al bandido dentro de la embarcación. Esta parte sin gobierno y revienta en el medio del mar. Tanta maldad no podía quedar sin castigo.

Lo que nos parece más admirable, es la conformidad del criterio que reina entre todos los autores de dramas cinematográficos. En el teatro y en la novela hay variaciones esenciales: un drama de Ibsen no es semejante a otro de Bracco o de Benavente: la novela de Tolstoy es todo lo contrario de la de Felipe Trigo. En cambio, todos los "peliculistas" forman una sola orquesta, que trabaja bajo la batuta de un director invisible. Rara vez en esta orquesta hiere nuestros sentidos una nota discordante.

Igual concepto del amor se tiene en la Italia ardiente como en la fría Escandinavia. Si vamos, pues, al biógrafo con la esperanza de hacer seducciones sobre la psicología de cada pueblo nos veremos defraudados. Ya se desarrolla el drama al sur del Africa o en las estepas de Rusia, siempre se ven hombres malos por sus cuatro costados luchando con otros que son la bondad misma.

En cambio de estos pequeños defectos, ¿cómo negar las enormes ventajas del cine? A él no le están vedados ni el fondo del mar ni el cráter de los volcanes; el espectador puede trasladarse en cinco minutos del Ecuador al polo y de la cumbre de una montaña a las soledades del Pacífico. Salimos de una pieza lujosamente amoblada para entrar a los ardientes arenales del Sahara; y pasamos de las bulliciosas calles de París a las selvas de Brasil. Un segundo después de deleitarnos en la contemplación de una mujer bonita como la Robeinne, la Grandais, la Porten, etc., se nos parece un enorme hipopótamo o un horrible cocodrilo. Acabamos de asistir a un baile regio para pasar a una lucha de fieras. Estos cambios bruscos son varias veces irrespetuosos: porque suele ocurrir que a continuación de la figura de un gran personaje, jefe de Estado o Ministro, aparece un rinoceronte; y a continuación de un congreso una enorme manada de ovejas.

No hay nada que hiera más nuestra imaginación que una sesión de biógrafo. Las figuras diversas que pasan ante nosotros, los reyes y los cocodrilos, los magistrados y las montañas, las fieras y los jueces, los militares y las sabandijas, quedan grabados en nuestra imaginación y siguen viviendo en ella durante toda la noche. Ir al biógrafo es asegurarse un sueño estrambótico. Soñamos, por ejemplo, que vamos por una calle obscura y solitaria, y que nos asaltan tres o cuatro sujetos de mala catadura. De repente, los bandidos se disuelven y nos hallamos delante de un cura de campo, junto a una vieja iglesia. El cura no tarda en convertirse en perro de presa, y el perro se transforma a la vez en una gallina. Del gallinero pasamos a un tribunal de justicia y del tribunal a una casa de fieras. Un árbol corpulento toma la forma de una mujer bonita; y la hermosa de Robinne se esfuma lentamente para dar lugar a un tigre que bosteza. El Presidente Poincaré se cambia en un caballo de carrera y el Kaiser en un molino de viento.

Las aventuras porque pasamos en el sueño son siempre extraordinarias. Dos sujetos enmascarados nos roban en un automóvil. De repente éste se convierte en un bote

a la vela y nos vemos navegando en un mar sin orillas. Luego nos suspenden por los aires y nos dejan caer al abismo: Caímos tan lentamente que nos desesperamos en el aire y queremos llegar cuanto antes al suelo. No tardamos en darnos cuenta que estamos como Quevedo, es decir sin que subamos ni bajemos ni estemos quedo. Antes de un segundo, héte que nos hallamos dentro de una gruta llena de culebras. Creemos llegada nuestra última hora, morir devorados por los bichos repugnantes; cuando vemos delante de nosotros sentado ante una mesa a un alemán que se ríe y que bebe cerveza. Por el movimiento de sus labios, calculamos que nos habla, pero nada le entendemos. En cambio, momentos después estamos ante un perro que canta en un teatro. Subimos en seguida por una montaña abrupta y cruzamos enormes ventisqueros. Nos rodea la soledad angustiosa de las cumbres. Somos un viajero extraviado entre las nieves eternas y el corazón se nos oprime. Ante el horror de una muerte anónima, rompimos en sollozos. Al abrir de nuevo los ojos, vemos que estábamos equivocados. No era esa una cordillera sino un campo de batalla. Los alemanes y los franceses se baten furiosamente en los linderos de un bosque. Los muertos caen a nuestro lado, como si fueran moscas derribadas por la mano de un gigante. Miles de granadas estallan a nuestro alrededor, millones de proyectiles nos silban, pero ninguno nos toca. Como ni en sueños nos creemos inviolables, nos tentamos por todo el cuerpo, en el temor de haber sido heridos. Estamos felizmente intactos. Nuestro miedo es, sin embargo, horrible. Debemos tener los pelos de punta.

Nadamos después en un río de corriente vertiginosa y nos sentimos precipitar por una cascada. Salimos, no obstante, vivos de las aguas hirvientes y nos hallamos conversando con un sujeto barbudo, al lado de una chimenea. Luego después nos arrastramos como lagartos por las paredes exteriores de la torre de un viejo castillo. Se abre una trampa y caímos al fondo de una cueva, donde la obscuridad es profunda. Entra un bandido con un puñal en una mano y en la otra una lintera sorda...

Estos sueños suelen ser más largos todavía y con mayores incidencias. Se diría que todas las películas han quedado metidas dentro de nuestro cerebro y que se desarrollan después a capricho. Nadie debe extrañarse entonces que en sueños pueda ocurrir que un caballero viejo se transforme en un buque a la vela y que una señorita se cambie en un lagarto. Sin embargo, por disparatados que nos parezcan estos sueños que siguen a una velada de biógrafo, suele haber en ellos cierta lógica. Sin mucho esfuerzo lograremos convencernos que nada tiene de particular que una muchacha joven y bonita se torne en un cocodrilo y que un magistrado de los más serios se halle convertido en papagayo. Imposible es negar que existe un estrecho parecido entre ciertas mujeres y los cocodrilos y que mayor es aún la relación entre los hombres públicos y los loros.

Otra de las grandes ventajas del cinematógrafo, es que un hombre, por poco reflexivo que sea, saca de las vistas provechosas deducciones. Ante todo llegamos a convencernos que el lenguaje es casi inútil para las necesidades de la vida. Las sombras mudas del biógrafo se entienden generalmente por gestos y por escrito. Sin necesidad de explicaciones, asistimos al desarrollo de todo un drama mudo. Y sentimos más profundamente estos dramas en que la primera dama no llora ni el primer actor declama. Necesario es confesarlo: estas mujeres del biógrafo se nos hacen aún más seductoras porque no hablan casi nada. A la vista de estas mujeres ideales, pensamos en que sería sumamente ventajoso que el lenguaje de las mujeres estuviera sometido a una cuerda, a la manera de los juguetes mecánicos. En este caso, el marido le daría cuerda a su esposa sólo cuando fuera necesario, como a los relojes despertadores.

Ya se sabe lo perjudicial que es también el uso de la palabra en cierta clase de individuos del otro sexo. En todo cuerpo colegiado, especialmente en las Municipalidades y en los Congresos, el uso de la palabra causa grandes estragos. Estamos seguros que si en los congresos se entendieran por señas, como los sordo-mudos, desaparecería casi el total de los males que nos afligen.

Pero no desesperemos. Acaso las maravillas del cine sean sólo anticipos del porvenir. El mundo progresa, y día llegará en que este lenguaje articulado, privilegio de los bímanos, desaparezca por inútil. Entonces la humanidad vivirá otra vida más cómoda.

JULIAN DOBLE.

Colonia Vivia Avgvsta Pervsia

Por

Fernando Bruner Prieto

Ilustraciones fotográficas

La vieja Etruria parece nacida para hacer revivir las cosas que no existen ya...

No puedo olvidarme de esas horas vividas en la grandeza desolada de su paisaje ceniciento, porque supe llenar mi alma de aquel mismo sentimiento lírico y religioso que se realizó en las vidas de muchos místicos que se nutrieron ya de esa campiña.

Cortona, la etrusca por excelencia, la patria de Santa Margarita y de Luca Signorelli, tan poco visitada y que me dió tan fuertes sensaciones, voy a dejarla por Perusa.

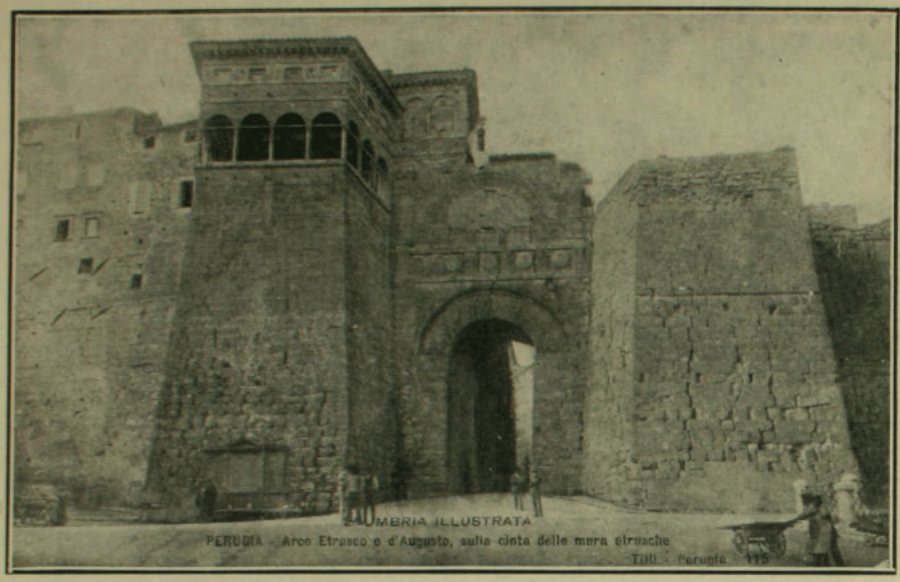
Cortona se quedó etrusca y una lástima sería cambiarle esta expresión por otra más moderna, aunque la superposición de las edades nos induzca a reflexiones de índoles tan opuestas como son el arte etrusco y los tiempos medioevales.

Me despedí de esta misteriosa ciudad en el Jardín Público y a la luz de un espléndido claro de luna; en ese mismo jardín donde las tirrenas de otros tiempos venían a lucir sus cabellos de finas y negras trenzas.

El valle de Chiana duerme, y a lo lejos una mancha de un blanco lechoso brilla como un ópalo bajo los rayos lunares. Es el Trasimeno, cuyas aguas evocan en el recogimiento de la noche, una poesía que enerva, poesía de sombríos recuerdos y de algún nocturno grandioso. Este lago da al paisaje la belleza y la curiosidad del pasado por sus murallas ciclópeas y las poderosas construcciones etruscas de donde los habitantes de la joven colonia romana vieron pasar los mercenarios de Aníbal perseguidos por el Cónsul Flaminio. El Trasimeno, 217 años antes de Cristo, vió sus aguas rojas de sangre por la derrota del Cónsul. Cuando éste llegó al lago, la víspera, era la puesta del sol; y yo comprendí esa noche, desde lo alto de Cortona, el misterio que ejerció el crepúsculo en la táctica de Aníbal. Al día siguiente Flaminio se puso en marcha antes del alba, y cuando traspasó el desfiladero, una niebla se levantó del lago, que se opuso a su destino.

Estuve cerca de comprender a Stendhal que en 1816 escribía: "Mi amigo me muestra de lejos, con la ayuda de un hermoso claro de luna, los restos de estas ciudades de la antigua Etruria, siempre situadas en los vértices de alguna colina... Mi imaginación franqueó el espacio de veintiún siglos y me sentí indignado contra los romanos que perturbaron, sin otro título que el de la fuerza, estas repúblicas de Etruria que les eran superiores por las bellas artes, por sus riquezas y por el arte de ser felices".

¡Perusa! Desde hace tres días que su prestigio me absorbe. A medida que el tren



Arco Etrusco o de Augusto

avanza, Tito Livio me viene a la memoria por el anuncio del conductor que al recorrer dice Borghetto Passignano, Arretium, y pruebo esa especie de ansiedad como cuando nos aproximamos a un lugar siniestro y de desgracia.

La magia de los recuerdos influye en la conversación de todos mis compañeros de vagón, y, cosa singular, el nombre de Aníbal ocupa un sitio de preferencia en las conversaciones italianas. Hablan poco de Flaminio. Este olvido hacia el vencido, ¿será rencor por una derrota tomada como nacional, o será astucia comercial que prefiere presentar al extranjero la imagen del exótico cartaginés? Los nombres históricos pasan de boca en boca y todos se agrupan en el pasillo para mirar. Felizmente hay tiempo para ello, pues la pereza del tren toma aires de curiosidad arqueológica.

Fué en la primavera cuando vine a visitar esta segunda mitad del valle umbriano. Es la más hermosa estación y cuando mejor lucen esos tonos neutros, finos y ligeros, que son a la naturaleza lo que la fisonomía es al alma.

¡Qué maravilloso horizonte! Desde mi asiento echo mis miradas sobre ese valle infinito, océano de cultura, que la limpia claridad de la mañana lo llena de universal alegría. La majestad de este paisaje, visto ayer en la poesía de la tarde y vuelto a ver hoy en la esplendidez de esta mañana; los recuerdos trágicos que duermen y las impresiones de esa Etruria siempre nueva en Cortona, embargan el espíritu al punto de no ver los detalles de Perusa incrustrada en sus cerros con sus arcos y torres almenadas.

Desde la salida de la estación la fisonomía de Perusa se precisa. Embutida en muchas colinas a cuatrocientos metros sobre el valle del Tíber, rodeada de murallas, erizada de torres, arcos y campaniles, parece una guerrera hirsuta.

El tranvía eléctrico que lleva arriba, a la ciudad, es un anacronismo que da al paisaje y a la muy noble villa una nota ultra-moderna. Yo me acomodo en un ómnibus que conduce a la triple imagen de la vieja **Perusia**: un oficial, una monja y un artista. Caja de colores, capuchón negro y espada sintetizan la Perusa de antaño con su pasión por el arte, su fanatismo y sus costumbres belicosas. Perusa fué cuna y escuela de arte, guerrera y mística.

Los alrededores aparecen, pero cada vuelta del muy accidentado camino nos aleja nuevamente y sólo nos deja ver las

agujas de las torres y parte de esa amalgama de construcciones de piedra de que está formada la ciudad.

El sitio de Perusa no debe haber sido cosa muy sencilla, y la Santa Sede bien lo sabe.

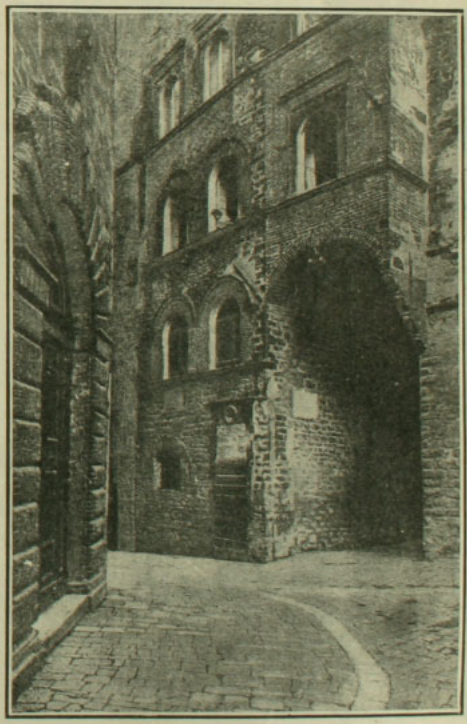
Estoy curioso de conocer la ubicación diabólica de Perusa. Su forma, adaptada a la defensa y a las necesidades de la vida, son un reflejo elocuente de su historia. Parece una mano gigante que quiere poner sus dedos en cinco colinas. Al centro, la ciudad propiamente dicha, se desbarranca hasta el fondo, cuajada de escaleras en distintas direcciones. La multitud de techos superpuestos, vistos desde lo alto, son como armaduras para defender un ataque. En este hacinamiento de construcciones, las calles se dibujan caprichosas, dominadas fieramente por la torre del **Municipio** y los campanarios de las iglesias. Las quintas y hortalizas lucen al fondo de las barrancas, y los olivos trepan sus pendientes con su gris ceniciento; los jardines suspendidos muestran en las azoteas sus manchas verdes, y en estos sitios floridos de los hoteles los turistas se entretienen mirando los grandes horizontes. La terraza Víctor Manuel es el **rendez-vous** de toda Perusa: allí la aristocracia y el pueblo, los niños, los empleados y en especial los viajeros, se reunen en las tardes a ver el sol que se pierde en las clásicas colinas etruscas, Malba y Tezio. Tras de ellas el lago Trasimeno, y delante los cerros que ocultan Cittá della Pieve, patria del **Perugino** y la línea que de Chiusi a Orvieto se abre paso en plenos recuerdos etruscos.

Perusa participa del doble carácter de la Umbría: tumultuosa y ferviente, ella ha escrito su vida en las piedras de sus monumentos que todas podrían llevar inscrito en viejo proverbio que dice: "los perusinos son ángeles o demonios."

La villa fuerte y sombría con los bloques enormes de sus murallas nos representan la antigua ciudad etrusca, Aperusa, una de las doce de la confederación. De su civilización tirrena, Perusa, siguiendo la ley de su destino ha conservado los testigos de su fuerza en sus piedras, y en los emblemas de su culto lúgubre, funerario y diabólico conservados en la Universidad.

Perusa fué colonia romana. El recuerdo de Colonia Augusta Perusa vive intacto en dos magníficas puertas. La de Marte, desgraciadamente destruída y reedificada piedra a piedra, se muestra imperiosa y grave en su carácter de arco de triunfo, mirando hacia Roma, principio y fin de toda autoridad... Pero la más expresiva es la Urbica Etrusca o Arco de Augusto, porque las civilizaciones se sobreponen y parece ser fabricada con la historia: sobre las bases etruscas de piedras sencillamente colocadas, se eleva la construcción romana del siglo III; esta a su vez, coronada por una graciosa y esbelta columnata de puro Renacimiento. Los perusinos que la cruzan, leen con orgullo esta inscripción de fuerza: "Colonia Vivia Augusta Perusia".

Las murallas que encerraron la comuna medioeval existen todavía. Ellas ciñen el corazón de la ciudad y corren vigilantes



Casa del jurisconsulto Baldo (siglo XIII)

Palacio Comunal

alrededor de sus avenidas que convergen todas hasta la campiña. Piedras y ladrillos cocidos y recocidos por el sol umbriano están cubiertos por la pátina de los siglos. Quince puertas se abren y encierran la ciudad, algunas como buen augurio, con nombres de santos, y otras con pintorescos o mitológicos nombres. Las calles son estrechas, bordadas de altas casas con ventanas enrejadas e interceptadas por arcos formando puentes. Bajo estos obscuros arcos, donde siempre hace fresco, los emboscados estuvieron frecuentemente al acecho.

Pero es al **Municipio** donde hay que ir a buscar la historia de Perusa, desde la comuna de los decenviros hasta los últimos **condottieri**. ¡Admirable poema de piedra. Ilíada cuadrada, maciza, donde se han petrificado las desconfianzas de la vieja comuna y su alegría de vivir!

Entre el deseo de desplegarse en belleza y la inquietud por defenderse, entre la gracia y la fuerza, el contraste brilla en todo. Las ventanas que comienzan a la altura de los techos opuestos, son góticas, encantadoras y floridas. La puerta que da al Corso está adornada como la de una catedral con sus listones salomónicos que corren alrededor de piadosas estatuas. La otra, que da a la plaza, es grave y hostil como la de una cárcel. Elevada sobre una doble escalinata, el **grifo** perusino y el león güelfo la custodian, y gruesas cadenas suspendidas hablan de victorias pasadas.

Perusa fué al mismo tiempo que guerrera, religiosa, y muchas de sus luchas exteriores o intestinas tuvieron una causa la más de las veces eclesiástica. No solamente tomó parte activa en las querellas de güelfos y gibelinos, sino que cuando se hizo güelfa y vasalla de la Santa Sede, le fué al mismo tiempo fiel y hostil. Los perusinos, animados de una fe ardiente y fanática, aceptan y veneran la autoridad espiritual y celebran sus santos, que son numerosos.

Nunca el culto de los santos fué tan popular en la Edad Media como en Italia, y particularmente en Perusa. San Bernardino de Sena vivió más en Perusa que en su patria, y la más bella de las obras de arte de la ciudad le está dedicada. San Herculano está asociado a los más terribles recuerdos de la villa.

Perusa lo quería todo para ella. Cuando Francisco, mortalmente enfermo, fué transportado de Cortona a Asís, al pasar por el territorio de Perusa, la ciudad fanática reclamó furiosamente a este moribundo, preciosa reliquia de los siglos.

En las viejas ciudades italianas la casa de Dios está siempre al lado de **l'Hôtel de Ville**, como en la antigüedad el templo de los dioses se encontraba siempre vecino al Foro. Así en Perusa, en la plaza del **Municipio**, se eleva el **Duomo**.

La plaza, dibujada por los caprichos de diez siglos, es de una asimetría encantadora. ¡Sólo el tiempo posee estos secretos! El pone lentamente en las cosas más irregulares, con esa nota pintoresca que nace siempre de lo imprevisto, esa armonía sutil en donde todos los disparates se acomodan. La línea geométrica siempre ha repugnado al tiempo, magnífico ingeniero en experiencia.

Con la bella fuente de Fra Bevignate al centro, la plaza está rodeada del **Municipio**, del arzobispado, del **Duomo** y de viejos palacios de muy nobles familias. El Corso Vanucci desemboca aquí y la ciudad entera se precipita a esta plaza donde se ventilan todos sus intereses.

La parte baja del exterior de la iglesia está revestida de planchas agujereadas de mármol rosado y toda ella rodeada de un ancho banco de piedra.

Cuando penetro al interior, el alma de la turba palpita en la inmensa nave policroma. Hay sermón, pero, ¿podría decirse sermón con propiedad? El padre no estaba en púlpito y aislado de su público; estaba en una tarima, cerca del pueblo, casi en contacto con él. Sobre esta tribuna

de tres metros de largo y tapizada de rojo, él va y viene, se agita y gesticula, no con ese gesto oratorio y monótono de que abusan nuestros predicadores de escuela, sino como se haría en la calle, en un salón y en conversación familiar. El pueblo está sentado en banquillos o en grupos apoyados en las majestuosas columnas y en pintoresco desorden. El predicador habla de los dolores de la Virgen, cita a Chateaubriand y Lammenais y su acción parece exaltar y estigmatizar su auditorio. Termina en una alocución patética y los últimos ecos ruedan por las grandes naves mezclados con el rumor del público que se arrodilla ante una exquisita Madona de la escuela umbriana, alrededor de la cual innumerables cirios se consumen en su honor.

La catedral tiene algo mejor que ofrecernos que un sermón.

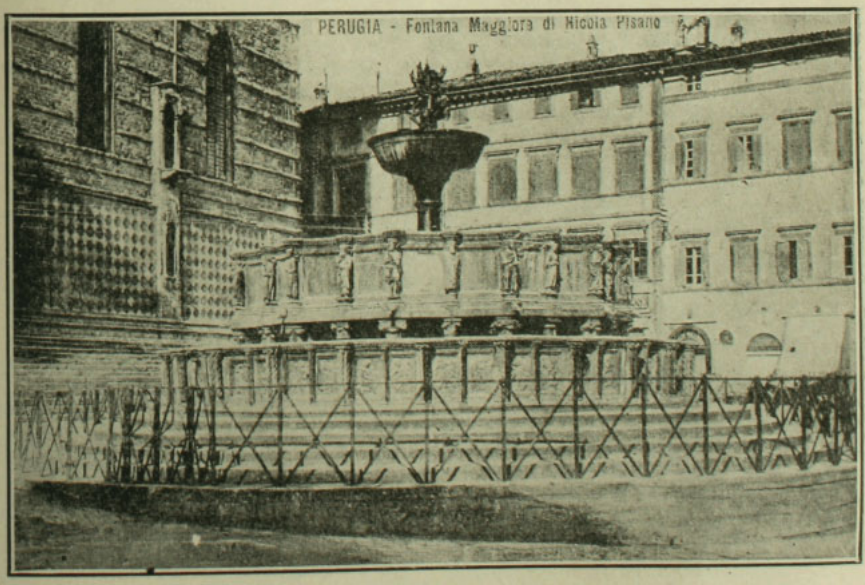
En el crucero de la derecha una humilde placa nos indica que allí reposan confundidos los restos de tres papas que han tomado parte apasionada en los más graves acontecimientos de la historia de Francia. Inocencio III, alumno de la Universidad de París, armado de paramentos pontificales, lanzó anatema sobre Felipe Augusto y su reino por haber repudiado a su primera mujer, obligándolo a unirse a ella. Su historia nos dice que él hizo partir la cuarta cruzada.

Urbano IV, que ofreció a San Luis y después a Carlos de Anjou esa corona de Sicilia, que fué para la Francia, durante cuatro siglos, una verdadera corona de espinas.

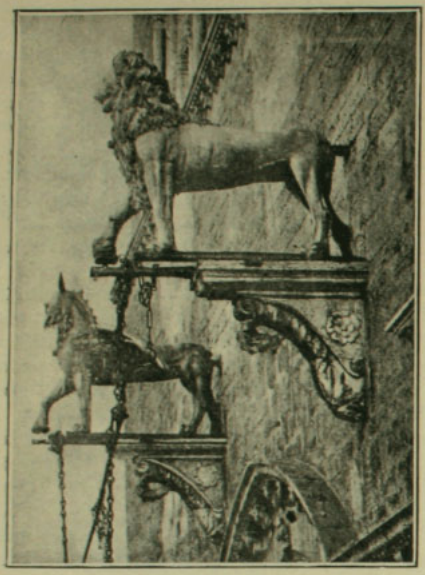
Y Martín IV, elegido papa por influencias del rey de Nápoles, recibe el golpe de las Vísperas Sicilianas, excomulga a la Sicilia y va a morir en Toscana pensando en su Francia idolatrada.

El más grande de los tres es Inocencio, cuyo solo nombre realza esta modesta placa colocada en un rincón de catedral tan lejos de Francia y Roma. Dispensador de las coronas reales de Bulgaria, Bohemia y Aragón, lanzó al mundo esos ejércitos de Santo Domingo y San Francisco y reunió en Letrán, casi a la víspera de su muerte, el gran Concilio de 1315, glorioso como una apoteosis.

Estamos en casa de Baroccio y ante la Deposición de la Cruz! La escena se desenvuelve bajo un cielo de tempestad, donde el viento furioso arrastra las nubes. Los discípulos bajan al Cristo de la cruz, piadoso y exangüe, dándole el artista a esta escena gran movimiento y efecto. Estos pintores boloñeses y romanos, venidos un poco tarde y a una Italia ya muy



Fuente Mayor de N. Pisano



Palacio Municipal.—Grifo Perusino y León Guelfo

vieja, eran verdaderos psicólogos para representar por la expresión las fuertes conmociones del alma. Esta Deposición de la Cruz es sentida y vehemente como una tragedia, tragedia nada común entre la acción que pasa allá arriba en los desnudos brazos de la cruz y el drama que se desarrolla alrededor de la Virgen afligida. Los rudos discípulos cumplen virilmente con su oficio, lo mismo que la madre dolorosa y sus compañeras, la una de sufrir, las otras de gran piedad. El árbol de la cruz, ante los hechos, se abate de emoción, y el cielo desolado lo envuelve todo en un duelo universal.

Si es verdad que en el **Duomo** de Perusa uno se encuentra muy bien, no se siente abandonarlo cuando a la salida aparece la **Fonte Maggiore**, que con sus tres tazas y su vértice parece una flor de piedra. El agua canta en el cáliz de la maravillosa **fontana**, sus platos esféricos superpuestos se sirven unos a otros con gracia y abundancia, y Perusa toda contempla orgullosa la gran fuente donde durante siete siglos se ha mirado su historia.

En 1254 la república de las finanzas y del comercio no tenía agua, y para la fiera ciudad del Grifo esto era humillante e incómodo. Se decide a traer las frescas y puras aguas del Pacciano, se hace venir de toda Italia ingenieros para los estudios y los planos, y Fra Bevignate de Perusa dirige los trabajos.

Por fin, un hermoso día llega el agua, y la **Comuna**, para festejar este suceso, decide erigir una fuente magnífica en un punto importante de la ciudad. Fra Bevignate hace el proyecto de tres fuentes con cascadas. La fuente superior será de bronce y tres ninfas de tamaño natural recibirán en su cumbre el agua divina. La segunda estará adornada en sus ángulos por estatuas, las que se confían a la dirección de Niccolo Pisano. Por último, los bajos relieves de los veinticinco tableros inferiores son confiados a Arnoldo di Cambio, que Carlos I, rey de Nápoles y Sicilia, presta gentilmente a Perusa.

En 1278 la Fuente Mayor está terminada; su parte superior se lanza triunfal y sus aguas retumban de taza en taza. Los artistas, contentos de sí mismos, firman sus obras y Perusa, contenta de los artistas, los proclama ciudadanos. Los estatutos municipales declaran que la fuente es "objeto de admiración pública y el principal honor de la ciudad."

Es, sin duda, la más hermosa fuente del siglo XIII. Su forma es armoniosa en todas sus partes; las Virtudes y los Profetas son reales como la naturaleza; el lobo, la cigüeña y el cordero, rebosantes de verdad y de malicia; Adán y Eva tocando el fruto de perdición, y la Coquetería mirándose al espejo, etc., son de una poesía rústica y de una fantasía atrevida, y la fuente toda es el Arte engendrado por la Naturaleza en la vasta sinfonía de las cosas.

Al oeste de Perusa, y al final de un camino encantador y solitario, poblado de jardines y de silencio, se encuentra el Oratorio de San Bernardino. Es preciso pasar por el arco del **Orologio**, envuelto todo en **moyen-âge**, y descender sobre los talones prudentemente inclinados hacia atrás, la vertiginosa vía dei Priori. Las

altas casas se desploman perpendiculares, y arcos por todas partes y cavernas sombrías obstruyen la pasada. En uno de estos pasajes huraños, una muchachita de obscuros ojos me conduce hacia Vía Deliziosa para mostrarme la casa del **Perugino**. Me parece verlo, agobiado por la edad y los honores, subir desalentado hacia el **Cambio**, donde él está empeñado en pintar sus frescos.

Ninguna obra de Agostino di Duccio es ni ha sido más pacientemente cincelada, tallada y esculpida, que este Oratorio de San Bernardino, que es su obra maestra. Es aquí donde se revela, como en ninguna otra, el talento complejo del arquitecto, del escultor y del decorador, todo junto; Oratorio exquisito donde se han encontrado el gusto de Florencia y el encanto de la Umbría.

El ojo queda en seguida como arrobado y encantado por la armonía y el orden general. Los tres pisos de este frontón griego, de esta bóveda romana y de estas dos puertas de rectos dinteles, se sobreponen sin dureza, y tienen a la vez del templo antiguo, del arco triunfal, de la iglesia cristiana, y ese conjunto original y sabroso del Renacimiento.

En este lugar vacío y al lado de la gris iglesia abandonada de San Francisco, la pequeña capilla es como una canción de juventud. Celebrando a un asceta, dice adiós al ascetismo, y lo celebra acompañándose de guirnaldas y de arabescos y de todo aquello que la decoración antigua encontró más elegante. Aquí los festones de hojas de encina y laurel graciosamente encorvados se unen a las guirnaldas de frutas liadas con cintas, todas redondas y dibujadas con glotonería. A lo largo de las puertas, ricos follajes en espiral, donde se trenzan con pereza, flores y tallos clásicos. Todo este trabajo decorativo está lleno de reminiscencias antiguas y contemporáneas y tiene, con menos amplitud, ese mismo paganismo sensual que Ghiberti puso en las puertas del Baustisterio de Florencia.

Agostino di Duccio tenía más que estilo, maneras delicadas y aptitud para lo bello, y como todo decorador de genio, era hombre de conjuntos. Es necesario volver, después de analizar sus obras, a la impresión general para comprender que era un equilibrado y perfecto. Su obra fué menuda pero completa y armoniosa, y en ella encerró novedades antiguas del Renacimiento, genio florentino, espíritu cristiano, suavidad umbriana y talento delicado y fino. El debe haberse sentido orgulloso, de ese doble orgullo de la obra maestra

Antiguo templo pagano.—Hoy San Angel

ejecutada y de la patria que se honra, al grabar en 1461 esta inscripción: "Opus Augustini Florentini lapicidæ".

El sol comenzaba a inclinarse al horizonte, cuando me lancé por el interminable Corso Cavour hacia Santo Domingo. La vida renacía con el fresco después de terminada la siesta, y el viento que se levantaba, pasaba y repasaba como un propietario de esos cuatrocientos metros de altura que espera para salir que el sol se disponga a entrar.

En una hermosa placita se alza la enorme iglesia de Giovanni Pisano, y al centro una fuente octogonal cubierta de esculturas viejas.

La poesía de estas pequeñas plazas con el concierto del agua y la locuacidad plebeya, es uno de los encantos de las villas italianas; desde Venecia, donde cada **viccolo** tiene su surtidor donde beben las palomas, hasta Roma, donde las fuentes alimentadas por los gloriosos acueductos, lo alegran todo con sus rumores de plata

Tan luego como el sol declina y las sombras cubren la plaza, en la fuente se da cita todo el vecindario: los niños a jugar, los hombres con sus bestias, las mujeres con sus cántaros. Alrededor de la pila las conversaciones se alternan, y en esta época, de cinco a siete, es como el **five o'clock** popular. Es por otra parte una manifestación primitiva de la humanidad: desde Rebeca dando de beber a Eleazar, hasta Andrómaca de blancos brazos llenando su ánfora para la comida del rey de Epiro; y desde la Samaritana, bajo las palmeras, saciando la sed de Jesús de Nazareth, hasta las trigueñas perusinas que tarde y mañana repiten el hermoso gesto antiguo.

Hacia el fin del Corso se destaca el campanario de San Pietro in Cassinensi. Aquí viven todavía, por tolerancia del Estado, los hijos de San Benito, los Benedictinos de la regla de Monte Cassini.

Recuerdo siempre esa impresión de poder que me hizo en un viaje a Nápoles, el enorme monasterio campaniano sentado en lo alto de su montaña. Anciano de catorce siglos, primer foco de la vida monástica, y uno de los principales centros intelectuales de la Edad Media, él se ha desparramado por todas partes. Si el convento donde yo ahora entro no ha fallado a las tradiciones de la orden, él ha debido tener también poder, riquezas, y cultura literaria y artística. Respecto a sus riquezas sólo basta mirar la iglesita del convento, y hacer un pequeño cálculo de los objetos de arte y regalos que hacen uno de los tesoros de Perusa.

Es una linda basílica del año mil en la que uno se sorprende al encontrar el estilo paleo-cristiano en una ciudad que, por el conjunto de sus monumentos religiosos, parece no haber vivido más que para la Edad Media y el Renacimiento. Este edificio, la vieja Santa Constancia y la redonda construcción de San Angel, perpetúan las tradiciones de la antigüedad, y uno cree no estar en Perusa sino en Roma y en una basílica del Celio o del Aventino.

Su techo cuadrado, el arco triunfal, el ábside circular y sus dieciocho columnas jónicas, son como la resurrección del paganismo hasta en la casa de Dios. En esta iglesia, el alma antigua, la medioeval, la rejuvenecida del primer Renacimiento y la voluptuosa del siglo XVI mezclan sus múltiples poesías.

La gran sorpresa está allá arriba, en las paredes superiores de la nave, en esas diez grandes escenas de la vida del Cristo, que son decorativas como del Veronese, tumultuosas como del Tintoretto y de un colorido como del Tiziano. La impresión es extraña, exótica, en este decorado demasiado suntuoso y en estas escenas muy vehementes para una basílica de Perusa donde reina el **Perugino.**

El **cicerone** me lleva a la sacristía y me muestra con orgullo de perusino cinco semi-figuras de santos, grandes como la mano, de mucha vida y carácter. El expansivo hombre está feliz, pero su cara se vuelve grave cuando me muestra las reliquias de la gran Ascensión del Cristo que el maestro pintó para los monjes por quinientos ducados de oro, y que el "condottiere" Bonaparte se llevó en 1796 y hoy hace la gloria del museo Napoleón. He aquí, me agrega, el Niño con San Juan; son simples copias de la Familia de la Virgen que voló a Marsella después de haber adornado, durante tres siglos, la capilla del Palacio Público. Me habla de tres cuadros que emigraron a Rouen y del célebre **Sposalizio** que está en Caen.

Los italianos, cuyo orgullo llena de admiración a los turistas, guardan en el co-

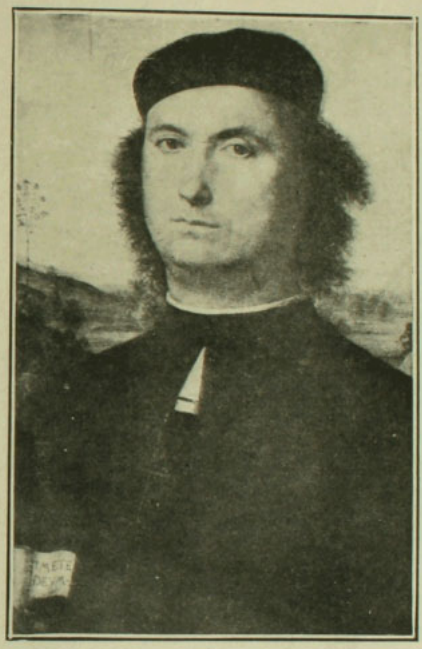
razón el recuerdo amargo de estos botines. Aunque ellos sienten por Bonaparte una parentela de raza que los halaga secretatamente, ellos lo detestan o afectan detestarlo como el más ansioso de los conquistadores.

La historia les da razón. Napoleón siguió los ejemplos de Bonaparte, y desde 1796 a 1815 fué un verdadero éxodo y negociado de cuanto había de maravilloso en los museos que van de Verona a Nápoles. Pinturas y esculturas, antiguas, medioevales y del Renacimiento, afluyen a París. No había día en que no se anunciara la llegada por el Ródano de alguna obra maestra, y el Louvre desbordante se descarga en los museos de provincia.

El guía sacando su gran manojo de llaves me conduce detrás del coro, estupenda obra de marquetería de Fra Damiano, y abriendo una puerta que da al valle me hace ver el más admirable espectáculo de gloria, luz y naturaleza. Salimos a un balcón adornado de geranios que nos avanza al espacio. Asís está allá, nítida, luminosa, como al alcance de la mano. De la otra parte veo Rocca di Spoleto que me es ya familiar. ¡Asís y Spoleto! ¡Qué recuerdos e impresiones! Son el amor místico, y la voluptuosidad del Renacimiento: es San Francisco y Lucrecia Borgia...

El viejo cicerón me habla sin cesar de historia, de arte, con cierta poesía y con un gesto de propiedad como quien ofrece lo propio. Cualquiera diría qué era una dependencia de su jardín.

La bruma fué velándolo todo y el sol besó el horizonte. Cuando dejé San Pietro in Cassinensi las carretas y los campesinos entraban y salían de Perusa. El viento de los Apeninos soplaba fuertemente, y yo pensaba si mañana encontraría en la Pinacoteca el alma religiosa de Perusa.



Auto-retrato del Perugino en Los Oficios de Florencia

La Pinacoteca es el santuario de la escuela umbriana donde el idealismo más puro se pinta sobre las más dulces de las caras. La primera vuelta a las salas basta para convencerse de la parte que han tomado los críticos de arte para distinguir lo que vale esta escuela. El **Peruginio** la ha absorbido casi toda. Después vino el espíritu doctrinal que aisló el carácter esencial y la exageró sin reparo.

La influencia sienesa es muy marcada en todos estos viejos umbrianos. Es a ella a la que hay que dar el mérito de estas expresiones calurosas y de esta idealidad de sentimiento de que uno se da cuenta luego que deja una sala sienesa para entrar en una umbriana y vice-versa. Las mismas actitudes graves y nobles de la Virgen que mece al niño en sus faldas, que se inclina sobre él, que mira al infinito con sus ojos de almendra bajo la curva de finas cejas, y que junta las manos trenzando sus castos dedos. Además este carácter de dulce piedad es común a muchos Cuatrocientistas que no son de la Umbría. Los Toscanos del siglo XV, Filippo Lippi, por ejemplo, por no nombrar a Fra Angélico, los primeros Venecianos, con sus vírgenes de vestidos recamados de oro nos vienen a la memoria ante la Madona de Boccati.

En la Adoración de los Magos de Bonfigli, es su hermana, su hermano y su so-

brina los que él pinta en los diseños de la Virgen, del Niño y uno de los Magos; tienen no se qué de personal que revelan el hecho de haber existido. La vida y la imitación deseada de lo real, es lo que se encuentra en los frescos que los Decenviros le encargaron para la capilla del Palacio Público y que representan la leyenda de San Luis de Tolosa y San Herculano.

Fiorenzo di Lorenzo no fué absorbido por el misticismo. Decenviro, él mismo, es un personaje oficial que se interesa por lo que pasa a su alrededor. Apasionado por las fiestas y el lujo, él toma de Benozzo Gozzoli ese aire de alegría, esa **mise en scéne** que hace de un cuadro una anécdota. En la Adoración está próximo a la realidad. El viejo postrado es de una sencillez patriarcal; el mago con turbante se impone con su real barba volviéndose hacia su séquito y queriendo hablar; en fin, el más joven de los tres reyes, fiero efebo vestido de pieles y brocato como un doncel de 1450, ofrece un cofre primorosamente cincelado con el mismo ademán que él lo haría ante una encantadora perusina. Toda esta gente tiene en los ojos una viveza y un acento individual que raya en el retrato.

Una simple narración de los muchos pintores que en esta Pinacoteca representan la escuela umbriana, sería trabajo largo y de un prolijo estudio. Para responder a la idea corriente sobre el exclusivo misticismo de la escuela umbriana, baste nombrar al **Perugino**, Pietro Vannucci, aquel que ha quedado en Perusa en los cuadros que tengo a la vista.

El **Perugino** de la Pinacoteca no es de ningún modo el joven y espontáneo de París y los Oficios; sino que el ya débil por la fatiga de los años y tal vez algo falto de convicción.

Aquí, sus cuadros son siempre grupos silenciosos e inactivos, cuyos personajes se desconocen los unos a los otros absorbidos en su sueño interior. Sus poses son amaneradas, sus actitudes forzadas, apoyando los cuerpos en una pierna mientras la otra queda eternamente alzada. Las expresiones son contritas, embebidas en meditaciones devotas o absorbidas en las contemplaciones de lo alto. Los párpados bajos, tan luego velan los ojos que se duermen, como descubren una mirada arrobadora de éxtasis o sumida de ternura. Figuras dulces, casi azucaradas, más devotas que piadosas, y tan semejantes, que su parecido termina por fatigar. Más que nunca, el **Perugino** se muestra aquí encerrado en la imitación de sí mismo, es decir, de un tipo determinado después de los sucesos obtenidos; y esto lo hace imitable como lo prueban Manni en **El Cambio**, Spagna y E. de Saint Georges en toda la Umbría. Rara es la ciudad italiana donde uno se detenga ante un cuadro apacible o lánguido, que el cicerón no agregue: "Scuola del Perugino".

Hay una obra que hace resaltar estos defectos por la comparación que evoca: es el Bautismo de Cristo, admirable cuadro de Verrocchio que todo viajero ha admirado en la Academia de Florencia. El cuerpo revela una ciencia profunda de la anatomía, una precisión casi dura del modelado. Nada iguala a la expresión con que el Bautista bota el agua del Jordán sobre la cabeza inclinada del Nazareno.

He aquí, pues, en la obra del alumno, figuras fijas en su inmovilidad contemplativa, casi idénticas la una a la otra. Mr. Paul Bourget hace notar en los personajes del **Perugino** el contraste del misticismo de las caras con el vigor de los cuerpos.

Si hay una escuela mística en la Umbría, es Vannucci quien la ha creado. El mismo a pesar de su idealismo, tiene despertares de vida, de naturaleza. Las semi-figuras de santos de San Pietro in Cassinensi son verdaderos retratos por el carácter que tienen, y seguramente tomados de los Benedictinos del convento.

El fué un retratista acabado. En la "Entrega de las Llaves a San Pedro" de la Capilla Sixtina del Vaticano, él pinta a casi todos sus amigos y a sí mismo, con una verdad tan grande que se les reconoce fácilmente. El se pinta en un retrato de los Oficios, como un hombre en plena posesión de su genio. En Perusa se pinta por última vez con no menos carácter, pero ya con la pátina de los años y con esa mirada de pseudo-canónigo, viva y llena de curiosidad.

En la "Udienza del Cambio", local de los cambiadores terminado hacia el 1500, el **Perugino** pinta los frescos.

Al personificar las siete Virtudes, el **Perugino** ha puesto a estos personajes, silenciosos, aislados los unos de los otros,

sin hacer ninguna diferencia entre filósofos, legisladores y antiguos guerreros.

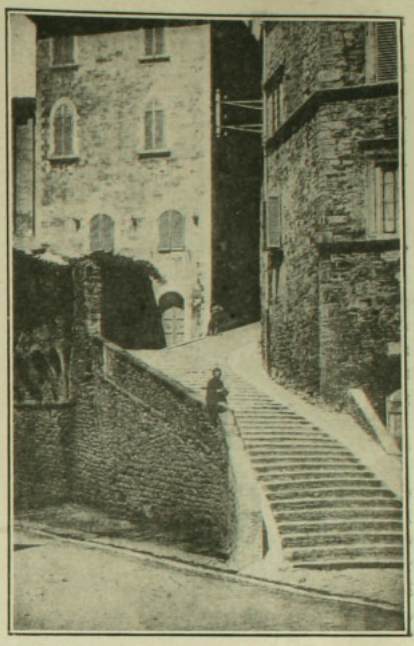
Numa Pompilius tiene el mismo aire pensativo que Escipión, y Pericles se parece a Pittacus como a un hermano.

¡Qué ingenuidad por otra parte en la mezcla del Cristianismo y de la mitología pagana! Las Sibilas al lado de los Profetas: en fin, esto no es tanto ya que la promesa del Mesías les es común: "teste David cum Sybilla". Pero la vecindad más extraña es la Transfiguración que simboliza la Fe, o la Adoración del Niño que representa la Caridad, con los héroes de Plutarco, con los mitos planetarios que evolucionan en el techo en un cielo de ultramar. Es el seno mismo del Cristianismo que va a sofocar, después de quince siglos, el primer Renacimiento que se despierta.

Todo esto encanta el espíritu, y su conjunto deslumbra los ojos. Todo está en su lugar como otra vez; todo ordenado según la concepción primitiva de los patrones que hicieron el encargo y los artistas que ejecutaron. La obra pictórica se encuadra en un primoroso trabajo de madera esculpida donde se ven por todas partes el **griffo** de Perusa, la balanza de Themis y el caduceo de Mercurio. De una parte el sillón del juez, más abajo el banco de los cambiadores y la campanilla pronta a abrir la sesión. Los mosaicos de madera están intactos y el colorido de los frescos es vivo y caliente. La adaptación del local, el mobiliario, las pinturas, etc., pone cada cosa en relieve y multiplica su valor. Y el Tiempo, artista supremo, venido el último, ha desparramado por todo su definitiva armonía. Pocas cosas me han hecho sentir con más plenitud la impresión de un conjunto más orgánico y que se baste a sí mismo como esta "Udienza del Cambio", la librería de Siena, el Oratorio de Nicolás V en el Vaticano y la capilla de los B. Gozzoli en el palacio Riccardi de Florencia. He aquí conjuntos de arte, completos como una sinfonía.

En Perusa, como en toda Italia, la vida moderna se instala lo más natural del mundo en el viejo marco, y su ritmo cuotidiano se armoniza con lo escarpado de sus calles y con las angulosas líneas de sus nobles palacios.

Perusa, lo mismo que todas las viejas ciudades de Europa, se ha reservado un espacio donde se mueve y se agita a su antojo; es el Corso Vannucci, uniforme e imponente como un **boulevard**, corazón de la ciudad y arteria principal, donde la vida se desarrolla desde la plaza Víctor Manuel hasta el **Municipio** y el **Duomo**.



Vía Deliciosa

La vida social, la cívica y la moral tienen aquí sus órganos. Ellas se resuelven en el café de Aníbal, en el Vannucci y en en Central Bar, alternando los pabellones púnicos, italianos, franceses e ingleses. Un aviso nos anuncia la opereta Eva y otro una representación de Carmen; esto es de un cosmopolitismo sabroso.

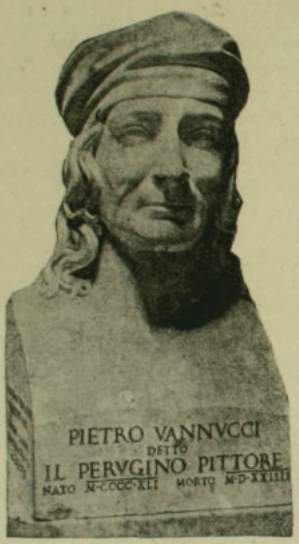
A lo largo del Corso, desde las cinco de la tarde, cuando el sol desciende iluminando las náyades del Trasimeno, las perusinas suben y bajan por la ancha calle. Ellas son coquetas y muchas nublan con polvos sus morenas caras de italianas. Llevan con elegancia las modas del Louvre y Bon Marché, no teniendo ni la viveza de las toscanas ni la apatía negligente de las romanas.

Saliendo del Cambio, de la Pinacoteca, del Municipio o de las iglesias, es difícil concentrarse en la Perusa medioeval o del Renacimiento con su lirismo interior o con las silenciosas obras del **Perugino**. La vida

moderna se impone aún aquí, en el santuario del arte, y todo este sentimiento de arte y del pasado queda envuelto a lo mejor en una nube de bencina de un enorme "auto" que insolente, desemboca en la plaza turbando la hora mágica con su ruido infernal.

Yo dejo Perusa muy temprano, con un tiempo fresco y casi lluvioso. El camino desciende la sinuosa colina entre campos y viñas, y en sentido contrario los campesinos con sus carretas vienen hacia Perusa trayendo sus frutas y legumbres.

Al fondo del valle y al borde del camino, hay una negra puerta que da entrada a la sepultura etrusca de los Volumnos. El custodia, que ha contraído en la sociedad cuotidiana de los manes, reumatismos articulares, desciende penosamente delante de mí una escalera, al fondo de la cual se abren las cámaras funerarias. Ellas están cruzadas en el tubo húmedo y verdoso de donde sale un frío sepulcral.



Busto de Vannucci

Del centro de un fantástico vestíbulo cuelga un genio alado, de bronce, y bajo la entrada, al interior, un sol radiante escoltado por dos delfines. Al frente, y sobre la puerta de la pieza vecina, un broquel y cimitarras a la oriental forman trofeos. Estas armas anuncian la cámara funeral de los Velimnas. Una inscripción en caracteres etruscos grabada en línea vertical a lo largo de la puerta dice que Arunto Larto Volumno, jefe de la familia, ha hecho construir este sarcófago para él y los suyos. Con un recogimiento afectado, el custodia pasea sus dedos por las inscripciones misteriosas explicándomelo todo. Ellos reposan ahí, se cree, desde el siglo III antes de Cristo en sus urnas rectangulares de mármol o de tierra cocida. En relieve se alzan Gorgonas, Furias y combates de amazonas y gladiadores y otros tantos símbolos de muerte. Pedestales adornan los ángulos de las cajas donde reposan tendidos o semi-levantados, el difunto y la difunta. Tienen el anillo en el dedo y el collar al cuello, símbolos de nobleza, y en la mano extendida, la hortera y el óbolo del supremo viaje. Sus cabezas son de una realidad individual; parece que se reconociesen, que quisieran llamarse por sus nombres y cambiar entre ellos el diálogo de los muertos. Los ojos alargados revelan una expresión arcaica y una enigmática sonrisa. Los hombres son de un color rojizo un poco obscuros y las mujeres un poco más pálidas, llevando todos un tinte de su lejano origen asiático. El detalle de la cabellera tiene la flexibilidad de la vida; dos largas trenzas caen por delante sobre el pecho de las mujeres. De sus orejas, largos aros indican su condición, su riqueza, y las sandalias levantadas extrañamente hacia arriba, a lo antiguo, recuerdan toda una vida en la cual el caminar estaba limitado por los umbrales de los hermosos departamentos..

Otras urnas llevan letreros con inscripciones que leídas de derecha a izquierda dicen: Harno, Caudrilla, etc. Allá arriba en medio de la bóveda, una Medusa se eriza pareciendo condenar con sus ojos fijos esta profanación del sagrado misterio.

Mi paseo subterráneo ha terminado. La luz humeante de nuestras velas produce en las murallas la danza macabra de las luces y de las sombras.

Nada hay aquí que haga esperar o prometer la inmortalidad; por todas partes la muerte, la muerte solamente, y a todo el rededor, los obscuros símbolos venidos del Egipto o de la Asiria, como estas esfinges aladas que me miran partir, impasibles.

⚜ ⚜ ⚜

La Plegaria del Arbol

Con ilustraciones de Backhaus

El labriego empuña el hacha, y haciendo relampaguear su tersa lámina de acero al voltearla con toda la fuerza de sus dos brazos, descarga el golpe sobre el viejo olmo familiar. Al profundo quejido que arranca de la entraña del hombre, parece responder el de la corteza desgarrada y de las fibras rotas. El campesino se detiene antes de retirar la herramienta, y "siente" que el árbol habla a su corazón:

—Hermano, ¿por qué intentas acabar conmigo? Me encuentras viejo sin duda: pero no debías ignorar que me quedaban muchas primaveras para perfumar el patio de tu casa y que habían de transcurrir muchos veranos antes que dejara de dar sombra al paseo en que juegan tus hijos.

Por lo mismo que me conoces viejo, te debía recordar que formo parte de tu patrimonio. Uno de tus abuelos me plantó para que protegiera y sirviera de sostén al rancho que representó su primera fortuna. A medida que yo crecía se ensanchaban en contorno las tierras y el hogar de mi dueño. Mis raíces llegaron a enlazarse a los cimientos de la nueva casa y mi ramaje se extendió sobre ella como un manto protector.

No parecía menos viejo que ahora cuando tu madre colgaba tu cuna de mi ancho

parasol en las horas de siesta. Pequeño y débil como un pájaro en el nido, te dormías al suave balanceo de mis ramas; de mí recibías la frescura que te hacía sonreir soñando. Ya mayorcito pusiste en el sitio de la cuna el columpio, o me hiciste tu cómplice cuando trepabas por mi tronco a robar los nidos. Más tarde te he dado mis despojos para tus fogatas de invierno, fresco follaje para tu ramada y las piezas de repuesto de tu arado. Puedes todavía sacar de mi opulenta ramazón todo cuanto quieras; juguetes para tus hijos, sólido apoyo para los paseos de tu anciana madre, bancos para tus descansos. Puedes hasta cortar mis ramas y desmembrar mi tronco, que ya volverá la primavera y brotaré y creceré con nuevo vigor. ¡Pero no me arranques, no me condenes a muerte!

Todo eso dijo el árbol al hombre antes de que la vibración del hacha clavada en su tronco hubiera llegado a extinguirse. El campesino frunció el ceño y se rascó la cabeza, como lo hacía al empezar cada una de sus difíciles meditaciones, y luego, abarcando al coloso con ojos en que brillaba la codicia, pensó para el árbol:

—En realidad eres grande y hermoso, viejo mío. Pero tu tardía grandeza es justamente lo que me hace comprender que si sólo me resolviera a cortarte, ni mis nietos alcanzarían a verte igual como fuiste en otro tiempo. Ya ves cómo lo mismo de que te enorgulleces hace tu perdición. Debo arrancarte. ¿No sabes que los vecinos se han quejado de ti y que el señor alcalde ha decretado tu exterminio? Parece que estorbas el paso con tu opulencia, y aunque saben que tu sombra es el mejor refrigerio para las bestias que suben con su carga por el camino real, se dice que acostumbras robarte las encopetadas gavillas que pasan con destino a la era.

Además, has de saber que los paseantes venidos de fuera se han quejado de que les ocultas lo más pintoresco del paisaje. Y hay todavía algo peor, mi pobre viejo, y es que has tomado tan en serio tu propósito de unirte a mi casa, que ya tus raíces han comenzado a remover los cimientos, y las paredes y los techos crujen amenazando ruina. Ya ves cómo es indispensable tu sacrificio en interés de todos.

Dicho esto, el hombre empuñó el hacha con ademán resuelto. El pulido metal relampagueó muchas veces, clavándose como el rayo en el macizo tronco, donde fué abriendo una herida cada vez más profunda. Aparecieron primeramente en el corte los músculos blanquecinos y luego las entrañas obscuras del árbol. Por un instante pareció que se inclinaba sobre la casa para aplastarla; pero en seguida se derrumbó sobre el camino con un chasquido que tuvo algo de lamento.

Su ramaje se esparció por la tierra, fué amasado por la lluvia y fecundó el campo del hombre que lo había sacrificado.

ERNESTO MONTENEGRO.

Cavernas del Mammuth

Después de haber visto una de las maravillas del mundo, pues así se consideran las Cavernas Manmmuth de Kentucky, principio por confesar que aunque mucho haba oído hablar de las Cuevas Mammuth, no tenía la menor idea de lo que verdaderamente eran, mucho menos de lo que espera al viajero que en ellas profundiza. Para este viaje salí de New Orleans el día 22 del pasado a las ocho de la mañana y pasé el día y la siguiente noche en viaje.

Debo decir antes que todo, que tuve la fortuna de encontrarme en el tren el mismo día que salimos de New Orleans, con un matrimonio que, como yo, se proponían ver esta maravilla; a no ser por este feliz encuentro no hubiera podido seguir, pues hubiera sido la única mujer, los otros pasajeros que tomaron el tren en Glasgow Junction para las Cavernas cuatro jóvenes, pero al lado de este matrimonio me consideraba muy bien acompañada. Esta pareja me había interesado mucho desde el primer momento, pues eran agricultores de Iowa que acababan de vender su finca, y encontrándose dueños de una buena fortuna, se proponían viajar por un año para conocer su país. El tenía 75 años, ella 72; sin embargo, esta mujer de tanta edad, hizo ese largo y fastidioso viaje debajo de la tierra, que duró cerca de cinco horas, sin cansarse ni quejarse y sin ayuda de ninguna clase, pues ni una luz llevaba.

El tren que sale de Glasgow Junction para las cuevas atraviesa una montaña con subidas y bajadas y el paisaje es muy lindo. En Kentucky era la época del año en que todos los árboles están en flor, y nada más bello puede uno imaginarse que esa multitud de árboles de todos colores, manzano, cerezo, castaño y muchos otros árboles cuyos nombres no recuerdo, todos en flor, pero entre ellos el más lindo es el melocotonero de un rosado subido.

Esta travesía de unas nueve millas, se hace en una hora; así, eran las ocho cuando llegamos al Mammuth Cave Hotel, parte del cual fué originalmente, la casa de la estancia donde se descubrieron las cuevas a eso de 1809. El hotel es grande, pues se le han añadido muchos ramos, lo cual ha sido necesario para poder recibir los 7,000 turistas que se calcula visitan las cuevas al año, y muchos pasan allí días para poder hacer varias excursiones.

Nadie había almorzado; así, al salir del tren, lo primero fué ver si podíamos tomar algo, y tuvimos la fortuna de ser muy bien servidos. Mientras almorzábamos nos avisaron que a las nueve llegaría el guía y nos pondríamos en seguida en camino.

También recibimos la noticia que las señoras tenían que cambiar de traje, y nos tuvimos que poner un traje de franela y un pañuelo para cubrirnos la cabeza. Este traje se alquila y cuesta, por persona, 35 centavos.

Al salir de New Orleans, temiendo que la excursión debajo de la tierra iba a ser fría, tuve la precaución de ponerme un traje de riguroso invierno, además de llevar mi capa impermeable, por lo que pudiera suceder. Así, con desconfianza, dejé todo esto a un lado cuando tuvimos que cambiar de traje, aunque nos aseguraron que no sentiríamos frío; y es verdad, en las cuevas no hay frío, la temperatura es muy igual, no varía, el mínimum, siendo 12 grados centígrados. Además, como se hace un ejercicio continuo, pronto se sofoca el viajero y da gracias a Dios de haber dejado atrás todo lo más posible, que sólo hubiera sido una carga cuando casi no puede con su alma. Pues bien, en seguida llegó el guía, y Bishop, que es el de más fama allí, y emprendimos viaje. Bajamos unos 500 pies por un caminito entre frondosos árboles y nos encontramos en la entrada de la cueva. Pero antes fué preciso sacar una fotografía en memoria de la excursión.

Mientras tanto, el guía preparaba las lamparitas y dió una a cada uno de los hombres. Eramos ocho personas en nuestro grupo: los cuatro jóvenes, el matrimonio, y yo, más el guía que nos acompañaba. La entrada es grande y se baja por una escalerita de madera que tiene unos 50 escalones. La primera galería es hermosa, tiene unos 150 pies de ancho con unos 60 de alto, y de largo como una cuadra. Después de esta primera galería principiamos a penetrar por caminos angostos y difíciles. Pero a cada rato, nos encontrábamos en una gran bóveda, o en algún lugar donde había una de tantas maravillas que debíamos ver. Entonces nos pasaba el guía y encendía un papel, o trapo, que tenía

alguna preparación química, pues la luz no solamente era brillante, sino que duraba largo tiempo; esto lo tiraba al aire con una especie de espada que llevaba para eso y todo se iluminaba y veíamos aquellas maravillas. Y numerosas bóvedas, lagos y abismos sin fondo, y toda especie de extraordinarias formas. Apagada la luz, nos quedábamos otra vez en aquella casi obscuridad, a no ser por la poca luz que daban los seis faroles que llevábamos. Y era entonces, en aquella obscuridad, que, recordando lo que nos rodeaba pero ya sin poderlo ver, comprendíamos la imponente maravilla de esas afamadas cuevas. Seguida la marcha, pronto llegamos a un caminito tan estrecho y tan bajo que fué necesario doblarse en dos para poderlo pasar, cosa que no solamente es difícil sino que angustia infinitamente al viajero.

Como ya he dicho, a cada rato nos esperaba una nueva sorpresa; sólo el guía que conocía el terreno, sabía lo que teníamos cerca, y avisaba para que nos detuviéramos mientras hacía las iluminaciones.

Generalmente, los caminos eran malos entre piedras, donde era difícil poner pie, o resbalosos por la cercanía de algún chorro de agua, y también a menudo peligroso, por tener a veces un precipicio al lado que casi no podíamos ver. Siempre era el guía quien nos avisaba para que tuviéramos cuidado.

Siento tener que confesar que a la mitad del camino ya iba con algún miedo y dando muchos tumbos, hasta que uno de los jóvenes me brindó su lámpara, y tal vez hasta me salvó la vida, pues ya me sentía bastante cansada, y sin ella no sé cómo hubiera podido llegar hasta el fin.

Se me olvidaba decir que en estas bóvedas hay un eco extraordinario que sólo lo produce la voz del hombre.

Mientras más andábamos, más nos profundizábamos en las cuevas, hasta que por último, nos anunció el guía que estábamos en el quinto nivel. Entonces hicimos una corta y rápida bajada y nos encontramos en el "Echo river", o sea el río Eco, un río cuyo origen aún no se conoce, pero que de allí pasa (tampoco se sabe por qué camino), rasta desembocar en el Green river, cerca del cual está situado el hotel. ¡Qué cosa más imponente que ese silencioso río, cuyas tranquilas aguas lucen negras como la tinta!

Aquí nos embarcamos en un bote bastante grande, pero que no me brindó mucha confianza, por ser ya muy viejo, y remando el guía, nos llevó por lugares tan bajos que con las manos podíamos tocar las rocas que teníamos encima, o, tan pronto nos encontrábamos en una inmensa bóveda. En este viaje sobre el agua, el guía hizo iluminaciones de todos colores, y dió unas voces que resonaban como notas musicales; casi parecía que tocaba un instrumento encantado.

Por fin nos anunció el guía que ya pronto terminaría la excursión; pero que aún nos esperaba lo peor. Y así fué, pues enseguida principiamos una larga y cansada subida hasta que nos encontramos en un lugar donde era preciso pasar de una roca a otra, entre las cuales había un profundo espacio, y para esto era menester trepar una escalera de albañil. No hubo más remedio que hacerlo, pues el que emprende camino en las cuevas tiene que seguir hasta el fin. En el mayor silencio todos fueron subiendo hasta que por fin, llegó mi turno y con horror trepé la escalera. Al llegar arriba aún era peor la cosa, pues me encontré con una inmensa roca por cuyo centro había una pequeña abertura por la cual debíamos pasar, aunque no parecía posible que por tan pequeño espacio cupiera una persona. Así, tampoco era posible que nadie pudiera esperar allí para prestar auxilio al que subía. ¡Qué momento tan desesperado, pues no podía encontrar dónde apoyarme para salir de la escalera! Tardé algún tiempo, pero por fin me vi arriba, y saliendo por medio de la roca me encontré en un estrechísimo caminito, pasado el cual vi con horror una segunda escalera que me esperaba. Pero ésta, ya con alguna práctica, logré subirla con más agilidad, y al llegar arriba, fué con la mayor alegría que vi, pues una lejana claridad lo anunciaba que estábamos otra vez cerca de la gran galería por donde habíamos entrado. Ya todos nos encontrábamos, poco más o menos, cansados; así, estoy segura no fuí la única que en ese momento dió gracias al Sér Supremo, al encontrarse otra vez al aire libre, con el cielo por bóveda, después de ese fatigoso, aunque inolvidable viaje, por las galerías de esa maravilla, las cuevas más grandes del mundo, las afamadas cuevas de Mammuth de Kentucky.—**M. H. K.**

¿Qué quiere decir lo que soñamos?

Las últimas opiniones de la Ciencia, según el Dr. William Brown, Director del Gabinete de Psicología de la Universidad de Londres.

Con ilustraciones

La humanidad se ha preocupado desde los tiempos más remotos del significado de los ensueños y tal vez haya sido este el primer problema que atrajo la atención de la imaginación del hombre. Entre los antiguos se creyó que los ensueños eran, casi siempre, revelaciones de un sér superior, la voz de un Dios o un Demonio que enseñaba al dormido sucesos del futuro o que acaecían a remotas distancias y que no se podían conocer sin esta ayuda sobrenatural. Por absurdo que un ensueño pareciera, siempre se podía explicar de acuerdo con ciertas claves simbólicas. Los modernos, por su parte, niegan por lo general que los ensueños tengan ningún significado y los consideran como una confusa amalgama de recuerdos que arreglados de cualquier modo, se presentan a la imaginación del que duerme; tal es la explicación que dan muchos que se pretenden hombres de ciencia, pero que no han estudiado el problema en debida forma.

Indudablemente, la verdad ha de encontrarse entre estas dos teorías extremas, pero, gracias a las cuidadosas investigaciones científicas de los últimos años, las probabilidades de solución se pueden fijar entre límites más definidos.

Es posible que una sola explicación no satisfaga todos los casos sino tal vez diferentes tipos de ensueños requieran explicaciones diversas y no todos los ensueños se produzcan y se originen por las mismas causas. En busca de estas explicaciones, experimentados hombres de ciencia se han dedicado a estudiar este fenómeno, no sólo observando y anotando escrupulosamente sus ensueños durante largos períodos de tiempo, también estudiándolos experimentalmente, esto es, tratando de producir sensaciones en el durmiente para observar los efectos que éstos producían en sus ensueños.

Trataremos de relatar algunos de estos experimentos interesantes e indicaremos algunas de las teorías de pensadores modernos que parecen dar una plausible explicación del "cómo" y del "por qué" de nuestros ensueños.

Todos los observadores están de acuerdo en que los elementos que forman el ensueño son recuerdos de la vida pasada del individuo y se debe hacer notar que los que predominan son las impresiones recibidas durante el día y los recuerdos de la infancia.

Los primeros se encuentran en todos los ensueños y parecen ser una condición esencial para que éstos se puedan producir; los segundos, es decir, los recuerdos de la infancia tienen mayor importancia y son los que contribuyen a explicar el significado o razón de ser del ensueño. En muchos casos en que las incidencias del ensueño parecían cosas nuevas y desconocidas se ha comprobado que corresponden punto por punto a hechos de la vida pasada, que la memoria retenía y se presentaban solamente en el sueño, pues, el sujeto no las recordaba absolutamente estando despierto. Debemos, pues, creer que en los ensueños no "inventamos" ni imaginamos nada nuevo sino usamos el caudal de recuerdos de sensaciones recibidas con anterioridad.

Merece citar un caso que recuerda Delboeuf: En 1862 soñó que se encontraba

dos lagartos en la nieve, los recogía, calentándolos para hacerlos revivir y los colocaba en un agujero de la pared, poniéndolos al lado una pequeña maleza que él sabía era el alimento favorito de los lagartos. El nombre de esta maleza le aparecía en su ensueño como la **Asplenium ruta muralis.** Otros dos lagartos se acercaron y se comieron la planta que él dejara y despertó horrorizado al ver avanzar hacia él una verdadera invasión de dichos animalitos, que llenaba toda la calle.

Al despertar fué grande su sorpresa al comprobar que efectivamente existía una planta llamada **Aplenium ruta muralis** y cuya existencia se le había revelado por primera vez y con tanta exactitud en su ensueño.

Dieciséis años después se vino a explicar este aparente fenómeno. Hojeando el álbum de plantas disecadas de la colección de un amigo, encontró la misma planta de sus sueños y con el nombre latino escrito abajo "de su propia letra"; entonces solamente pudo recordar que en 1860 esto es, dos años antes de su ensueño, por complacer a la hermana de su amigo, había escrito a su dictado, los nombres latinos de la mayor parte de las plantas del herbario y este era el origen de esa aparente revelación.

Quince años después de este ensueño que hemos relatado pudo comprobar también la causa que le hiciera soñar con una procesión de lagartos, en una revista ilustrada del año 1861 encontró un grabado análogo a la visión que él tuvo en su ensueño y que debía forzosamente haber visto en aquella época, pues, él era subscriptor y lector asiduo de dicha revista.

Innumerables ejemplos de la misma índole del que hemos citado prueban el vigor y la prolijidad de la memoria durante el ensueño y nos demuestra que nunca debemos considerar como nuevas incidencias que casi con seguridad son de nuestro pasado.

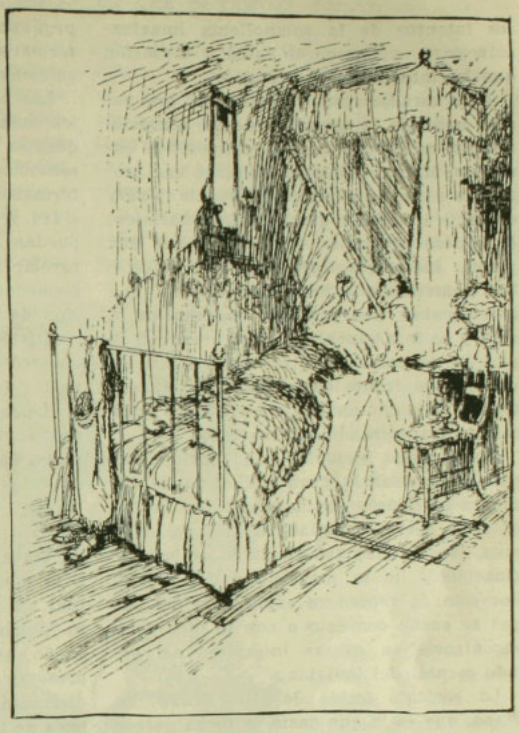
Otra característica de nuestra memoria durante el ensueño es que parece escoger los incidentes más triviales y que menos nos han llamado la atención y generalmente no se nos presentan durante el ensueño aquellas cosas que más nos han preocupado, especialmente en lo que se refiere a los incidentes del día. En esto se han fundado algunos que sostienen que el ensueño es el procedimiento de que se vale la mente humana para librar a la me-

Soñó que una procesión de lagartos llenaba la calle

moria de todas aquellas impresiones triviales que de otro modo la abrumarían y no le permitirían su funcionamiento normal.

Algo muy digno de notarse en los ensueños es la aparente rapidez en que se verifican; la fracción de un segundo basta para sentirnos actores en un largo y complicado ensueño que suele abarcar varios días. Un ejemplo clásico es el del célebre Maury.

Este soñó que vivía en París durante la Revolución Francesa, que después de muchas aventuras era tomado preso y conducido ante un tribunal formado por Robespierre, Marat, etc.; se le sometía a un interrogatorio y era condenado a la guillotina. Acompañado de una enorme muchedumbre se vió arrastrado al cadalso en la clásica carreta; el verdugo lo amarró a la tabla y despertó muerto de angustia al sentir que el fatal cuchillo le cortaba la cabeza. Al despertar vió que la lanza de las cortinas de su lecho le había caído en el cuello. Todo este largo y complicado sueño había tenido lugar en la fracción de segundo que demoró Maury en despertar al sentir el golpe en el cuello.



La lanza de la cortina le oprimía el cuello

Al hacer notar esta propiedad con que se adapta el ensueño a la causa que produce el despertar; merece mencionarse lo diferentes que suelen ser los ensueños que en distintas ocasiones terminan por una misma causa.

Hildebrandt cita tres notables ejemplos de ensueños terminados (¿o causados?) por el sonido de un despertador. En un caso, el durmiente sueña que vaga por los campos en una hermosa mañana, se encuentra con grupos de gente endomingada y recuerda que es día de Pascua, sigue andando y se para un momento a descansar ante una Iglesia de aldea. Ve al viejo sacristán subir lentamente la escala del campanario y cuando cesa el crujido de los escalones ve voltear la campana y siente la nota que lanza y que rápidamente cambia en un estruendo formidable y despierta con la campanilla del despertador. En otro ejemplo, se siente en pleno invierno y va a salir en trineo por los caminos cubiertos de nieve. El trineo está a la puerta, se pone abrigo de pieles, guantes, etc., sube al trineo y coge las riendas mientras los briosos caballos dan señales de impaciencia. Larga las riendas, arranca el trineo en medio del sonido de las campanillas de los arneses, el sonido crece y despierta sintiendo la campanilla del despertador. En otro ensueño ve a una sirvienta que sale de la cocina con un alto de platos, le grita: "Ten cuidado, vas a tropezar", la muchacha no le oye, tropieza en el umbral y cae con la rima de platos que producen un ruido ensordecedor... siempre la misma causa, el despertador.

Podemos deducir de los ejemplos citados que dichos ensueños parecen haber sido **producidos** por la causa exterior que ha motivado el despertar y son otros tan-

tos intentos de la somnolienta imaginación para explicarse el ruido o sensación que ha interrumpido el sueño.

Para estudiar esta "traducción" que parece hacer la imaginación de las sensaciones que recibe el dormido, por medio de ensueños, Maury, Weygandt y otros han producido ensueños experimentalmente. Maury encargó a alguien que mientras durmiese le hiciese cosquillas en la cara con una pluma. Inmediatamente soñó que lo estaban sometiendo a una atroz tortura, que le colocaban una máscara de yeso en la cara y se le arrancaban, al secarse, con la piel de la cara. En otra ocasión hizo le rociaran la frente con agua. Soñó encontrarse viajando en Italia en día de gran calor y transpirando copiosamente.

Todos estos ejemplos son concluyentes para demostrar la gran influencia de las causas exteriores en la producción de un ensueño, pero, indudablemente, en cada caso, éste se adaptará al estado de la imaginación y de la mentalidad del sujeto. Por esto, la verdadera explicación del por qué se sueña con esto o con lo otro debe encontrarse en causas interiores del estado mental del individuo.

La reciente teoría del Dr. Freud, de Viena, que es la que hasta la fecha parece la última palabra en la materia, está fundada en observaciones de este carácter, es decir dándole la importancia que tiene en la producción de un ensueño el estado interior de cada sujeto. Antes de entrar en la explicación que da el Dr. Freud citaremos la teoría que sostiene el Dr. Scherner y que tiene algunos puntos de contacto con aquella.

Scherner cree que los ensueños son causados por sensaciones orgánicas, es decir sensaciones producidas en los órganos internos como el corazón, los pulmones, el hígado, etc. Estas sensaciones subsisten, naturalmente, mientras uno está despierto, pero durante el sueño, debido a la supresión de las sensaciones de la vista, oído, etc., se hacen notar con más intensidad; la imaginación entonces las traduce, por decirlo así, simbólicamente transformándolas en sensaciones habituales de la vista, del tacto, del oído, que las puedan representar en forma metafórica. Así se siente un dolor de cabeza mientras se duerme, se soñará a veces con una pieza en que anden enormes arañas por el techo. Una sensación pronunciada a los bronquios puede transformarse en el ensueño en el ruido de una chimenea llena de llamas.

Las personas enfermas del corazón suelen soñar con que van guiando caballos jadeantes cerro arriba; de este modo las sensaciones internas no sólo parecen transformarse sino también aumentar en intensidad y por esto se cree que los ensueños puedan servir como un microscopio para revelar los primeros síntomas de una enfermedad que escape aún a la observación de los médicos.

Aristóteles fué el primer pensador que observó esto y lo recomendó como un gran medio de diagnóstico.

Expondremos brevemente la teoría del profesor Freud. Este sostiene que un ensueño no es otra cosa que el medio de que se vale la imaginación para realizar un "deseo", toda la trama del ensueño a veces tan honrosa y complicada es solamente un trabajo de la imaginación, que recurre a la memoria, para hacer aparecer como real un deseo latente en el individuo. Este "deseo" que viene a ser la causa del ensueño, en la mayoría de los casos no se presenta claramente, sino aparece en forma disfrazada y sólo se viene a descubrir después de interpretar el ensueño por una especie de análisis psicológico Freud establece una marcada diferencia entre lo que el llama el "contenido manifiesto" y el "contenido latente" de un ensueño. El contenido manifiesto es el ensueño tal como aparece y muestra ordinariamente todas las características enumeradas anteriormente: es obscuro, confuso, aparentemente incoherente e ininteligible y es formado de elementos que provienen de incidentes del pasado, a veces largo tiempo olvidados. Las diferentes partes del ensueño están aparentemente ligadas de un modo arbitrario y sin razón alguna.

El "contenido latente" es el significado oculto que tiene el ensueño y que siempre tiene por objeto la realización de algun deseo. Estos deseos que tratamos de ver realizados en el ensueño han sido originados a menudo en los primeros años de la infancia y se disfrazan entrelazándose con banales recuerdos de sensaciones recibidas durante el día, aunque muchas veces aparecen como causal del ensueño deseos experimentados poco tiempo atrás.

Los deseos que forman generalmente

los sueños no son los anhelos que llenan la vida del individuo, sino en su mayor parte son esos deseos impulsivos que se manifiestan inconscientemente, o más bien dicho, que se experimentan en la parte subconsciente del sujeto, y sólo pueden manifestarse a la observación consciente y darnos cuenta de su existencia en la forma disfrazada de un ensueño.

¿Por qué se manifiestan estos deseos disfrazados o ocultos de este modo?

La razón que da Freud es que estos deseos no están en armonía con los ideales convencionales y los principios de la vida real. Muchos deseos de nuestra primera infancia son evidentemente de esta índole (p. ej.: cuando niño se desea tener botas de siete leguas, ser un gigante, etc.) y aún antes de formularlos o darnos cuenta de su existencia son suprimidos por absurdos por el censor que guía nuestra vida, nuestra razón.

Aún durante el sueño este censor, más o menos severo, según el sujeto, ejerce su acción vigilante sobre la loca imaginación, aunque no con la misma actividad; entonces todos estos deseos de que ni nos queremos dar cuenta que existen, encuentran posible ocupar nuestra atención, deslizándose en la semiconciencia del ensueño, burlando la vigilancia del censor al revestirse con un traje simbólico, haciéndose pasar entre los recuerdos sin importancia de las incidencias recientes de nuestra vida.

Para poder eludir esta resistencia constante de la razón de dar consistencia a estos absurdos deseos subconscientes, la imaginación los cambia y altera de tal modo que a veces sólo después de un detenido análisis del ensueño nos damos cuenta del oculto deseo que lo ha producido, porque, por ejemplo, si es un sentimiento de odio el que nos mueve, aparecerá como una aparente amistad, el placer por un dolor o ansiedad; los detalles sin importancia se verán aumentados y las partes esenciales del ensueño aparecerán obscuras y confusas.

Al despertar la razón recupera todo su poder y perspicacia y hace lo posible por borrar la impresión que nos pueda dejar el ensueño, esta es la ingeniosa explicación que da Freud a la facilidad con que olvidamos lo que hemos soñado.

Los platos cayeron con estrépito

El deseo que nos lleva a soñar puede ser muchas veces completamente lógico y natural y, sin embargo, suele presentarse en forma difícil de reconocer en el ensueño.

Se cuenta que Alejandro el Grande, durante el sitio de Tiro soñó una noche con un sátiro que bailaba en su escudo. El astrólogo Eristandros que formaba parte de su corte le interpretó el ensueño, diciéndole que Tiro caería pronto en su poder, puesto que la palabra **saturos** (sátiro) podía deletrearse **sa Turos** que en el mismo idioma quiere decir: Tiro es tuya.

Animado Alejandro por esta explicación le dió gran impulso al sitio y tomó prontamente la ciudad; cuando ya desesperaba de conseguirlo.

Este ejemplo confirma muy bien la teoría que acabamos de exponer del Dr. Freud y muestra, además, los juegos de palabras tan comunes en el simbolismo que encierran los ensueños.

Es curioso hacer notar que la mayor parte de los libros titulados "explicación de los sueños" tan comunes entre la gente ignorante no son en su mayor parte sino malas traducciones de escritos orientales, donde la interpretación de los ensueños

Los enfermos del corazón sueñan con caballos que repechan fatigosamente una cuesta

está principalmente fundada en juegos de palabras, que naturalmente pierden todo su valor en otro idioma.

El ensueño de Maury referido anteriormente, lo explicaría Freud como un deseo de la juventud, originado en este por la lectura de la emocionante Historia de la Revolución Francesa, deseo que muchos habrán sentido de haber vivido en aquella época. La caída de la lanza de la cortina trajo por analogía, el recuerdo en masa de esas lecturas, recuerdo despertado por el deseo oculto que aprovechó la oportunidad para presentarse como un episodio real en la vida de Maury.

El deseo de continuar durmiendo es también causa de muchos ensueños.

Un estudiante de medicina, de nombre H. Pepi, bastante apegado al lecho fué llamado una mañana para ir al Hospital. El estudiante, sin despertar, siguió soñando que en una sala del Hospital veía un lecho de un enfermo, en cuya cabecera estaba escrito: H. Pepi, estudiante de medicina, 22 años; y se dijo: puesto que ya estoy en el hospital no tengo para qué despertarme ni vestirme...

Una explicación semejante puede servir en parte para este otro caso:

A un padre se le murió su único hijito y mientras un viejo velaba el féretro en la pieza vecina, él se sentó a dormir un momento, rendido de fatiga. En su sueño vió a su hijito que se paraba a su lado y le decía en tono de reproche: "Papá, ¿que no ve que me estoy quemando?". Fué tan viva la impresión que recibió el pobre hombre que despertóse sobresaltado, entonces vió por la puerta entreabierta que una de las velas se había caído y quemaba las colgaduras. Debemos suponer que las llamaradas hirieron la vista del padre, mientras dormía sirvieron como estímulo para producir el ensueño que realizaba su más caro deseo: volver a ver vivo a su hijo. Al mismo tiempo, el hecho de que el niño se queje de estarse quemando, prueba que el padre se dió cuenta entre sueños que algo se quemaba en la pieza vecina; el deseo de continuar durmiendo después de varias noches en vela no le dejó despertar inmediatamente, sino ayudó a producir el ensueño mencionado.

Los ensueños, como los pobres, se encuentran siempre con nosotros y nuestros lectores no tendrán dificultad en aplicar a sus propias experiencias las teorías de Freud. Encontrarán que estos métodos de análisis psicológicos aplicados a sus ensueños les revelaran el secreto de muchos actos y muchos aspectos de su carácter que de otro modo se les escaparía. Esta sola razón justificaría su ensayo: Conócete a ti mismo...

De los ensueños que no pueden ser explicados aplicando la teoría de Freud, algunos parecerán completamente sin significado, una obscura confusión de recuerdos a menudo desagradables producidos por una mala digestión; otros como el caer

desde una altura, caerse al agua, etc., serán recuerdos de sensaciones de la primera infancia y, finalmente, hay muchos que no podrán ser explicados sino admitiendo la comunicación telepática entre una persona dormida y otra que se podrá encontrar a veces a gran distancia.

No nos extenderemos aquí sobre este interesante asunto y probablemente la experiencia personal de nuestros lectores les proporcionará muchos ejemplos. En los anales de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Londres y en el conocido libro de F. W. Myers pueden encontrar innumerables ejemplos, dignos de toda fe que dan mucha luz sobre esta materia y cuya exposición nos haría salir de los límites del presente ensayo.

Traducido para el "Pacífico Magazine" por Alfonso Lastarria C.

Leopoldo II y Alberto de Bélgica

Una de las últimas fotografías del difunto monarca llevado del brazo por su heredero

"Turcos" en marcha

LOS "TURCOS"

Con ilustraciones.

Un suboficial

LA infantería es, según Napoleón, la reina de las batallas, y en este juicio concuerda la historia de todos los países, de todos los tiempos y de todas las guerras. El elemento hombre es aún la más perfecta máquina de guerra que exista, por cuanto es inagotable en fuerza, en recursos, en número. Por más mortífera y desastrosa que pueda ser una guerra, no llega nunca a destruir la infantería; cuando parece desbaratada, queda todavía; desaparecen en el horror de una derrota todas las demás tropas, pero la infantería existirá siempre.

Las modificaciones profundas que el perfeccionamiento de las armas ha introducido en el arte de la guerra ha oscilado siempre entre estos dos extremos: la maniobra en masa y la acción individual, dos maneras de guerrear que parecen, pero que no están en contradicción. La acción de la masa depende en gran parte de la instrucción individual, pero cuando la iniciativa personal es reducida al mínimo, depende directamente del comando. La masa —ejército o batallón—debe obedecer dócilmente; el individuo debe regularse por sí mismo.

En un período reciente del arte de la guerra, el individuo fué puesto más en valor; pero actualmente se ve una tendencia a volver a la acción de las grandes masas.

La infantería es tanto más perfecta cuanto mejor pueda desempeñar esta función: constituir una masa impenetrable y descomponerse instantáneamente todos sus elementos, prontos a reconstituirse en masa a voluntad del comando. Aquí está precisamente la dificultad: casi todos los reveses de la infantería son debidos a una escisión de sus líneas, la cual debe conservarse íntegra aún en condiciones de alejamiento de sus vínculos regulares.

En la época moderna se ha presentado en el arte de la guerra un problema harto singular; el de utilizar los elementos indígenas de las colonias y de hallar el mejor

medio de utilizarlos. La dificultad principal consiste en llegar a conocer con precisión el carácter de los individuos: tratándose de hombres de raza diferente a la de los instructores, el problema ha sido muy árduo y lleno de sorpresas. Todas las naciones coloniales se han dedicado a ello con gran cuidado y han obtenido, cual más, cual menos, resultados sorprendentes.

Prescindiendo de las milicias coloniales inglesas, que son, por lo demás, las más uniformes y las más especializadas, debemos referirnos a las que los gobiernos franceses han organizado a fuerza de decenios de paciencia y de ingeniosidad. El resultado ha sido casi perfecto con las tropas argelinas llamadas "turcos" las cuales presentan una infantería, por decirlo así, excepcionalmente elástica, que se alarga y desenvuelve en cadenas sutiles de hombres y se restringe y recoge rápidamente en grupos compactos de suma agilidad.

Los turcos se llaman en realidad tiradores argelinos y son reclutados entre los indígenas dentro de cuadros mandados por oficiales franceses. Visten ellos un uniforme que fué elegantísimo en su origen, parecidos a los de los zuavos, pero de color distinto: anchos pantalones blancos orientales, blusa celeste y un gorro suelto de los llamados fez.

Fueron reclutados por la primera vez en Argelia, en los primeros años de la ocupación francesa, bajo Luis Felipe, en 1838. Apesar de las traiciones de los reclutas y a fuerza de maravillosa perseverancia, de selección metódica y de instrucción disciplinada, los franceses consiguieron constituir primero un batallón de seis compañías, después progresivamente otros, hasta llegar a treinta y nueve que eran al comenzar la guerra, y les confiaron la defensa de su propio país. Esto ocurrió de 1840 a 1850. En seguida, el imperio pensó audazmente en servirse de ellos en la guerra de Crimea, con maravillosos resultados. En aquella ocasión, y particularmente en la batalla de Inkerman, el general Bosquet que mandaba el regimiento de los argelinos, los vió abalanzarse al ataque con tal ímpetu, en forma tan fulminante, que se quedó desconcertado. Allí fué donde los tiradores argelinos fueron bautizados por sus enemigos los rusos con el nombre de **turcos**, debido a su manera de marchar al asalto y a su uniforme que los hizo tomar por turcos de parte de los soldados de descubierta que daban la alarma gritando: **¡turco! ¡turco!...**

Visto el buen resultado que dieron los turcos, fueron llamados otras dos veces por Francia a combatir por ella, y en los campos Solferinos en 1859, y en los campos loreneses en 1870, los **turcos** defendieron con heroísmo la bandera, el honor y el suelo de Francia. Hoy, por cuarta vez combaten aún en Europa, y por la tercera hacen frente a las tropas de raza germánica. En 1870 en Weissenburg, con la toma de Geisseberg, y en Wörth opusieron una resistencia tan encarnizada que hicieron posible a los franceses para que salvaran todo lo salvable. Los tenía bajo su mando el general Douay, el heroico jefe que dijo después de Weissemburg este elogio de ellos, poco después de ser tocado por la bala mortal: "con soldados semejantes no se debía perder nunca una batalla".

En este elogio está asimismo implícita-

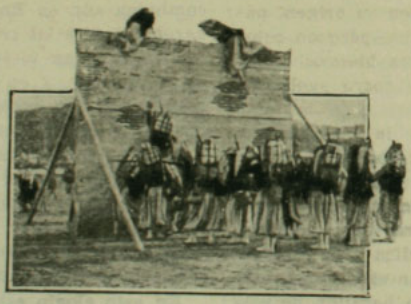
Ejercicios con bayoneta

mente indicado el carácter de esta milicia: son soldados por raza, por índole natural, por necesidad de instrucción y disciplina, más apropiados para la acción dispersa o el ataque impetuoso, que a la fría acción de cuerpo, caso de maniobra.

Por tal motivo deben ser usados como tropas auxiliares, como parte integrante de un ejército regular: también como infantería ligera son mucho más rápidos que la infantería normal, y como tiradores adaptados a una especie de guerrilla ligeramente organizada pueden ser, obrando en pequeños grupos, verdaderos atormentadores de los ejércitos enemigos: tienen primeramente casi la rapidez de la caballería y la obstinación de la infantería: nacidos y formados por el asedio del enemigo.

Tienen también la virtud de conservar aún aislados cierta cohesión, por la cual difícilmente se extravían; pero, por la inversa, tienen el defecto de adelantarse excesivamente y de obligar a empeñar acción a los cuerpos que les siguen, aún a destiempo. Por esto mismo, los oficiales mantienen una rigurosísima disciplina que ha conseguido domarlos hasta conseguir que funcionen casi como tropas regulares.

En la presente guerra, los "turcos", festejados en Marsella y en París a su llegada, han seguido inmediatamente a las líneas de fuego, donde su valor salvaje y su impetuosidad característica han logrado sobresalir del inmenso anónimo en que se están librando los actos de valor, de heroísmo y de abnegación de esta cruenta lucha.



Ejercicios de escalamiento

RAFFLES HAW

"EL FABRICANTE de ORO"

Por A. CONAN DOYLE

I

DOBLE ENIGMA

—Me temo que no vendrá,—dijo Laura McIntyre con desconsolada voz.

—¿Por qué no?

—¡Oh! Mira el tiempo: ¡es horrible!

Mientras pronunciaba estas palabras, un torbellino de nieve azotó con sordo rumor la ventana cubierta de rojos cortinajes, en tanto que una gran ráfaga de viento gemía silbando por entre las ramas de los grandes olmos que en el jardín erguían sus blancos troncos.

Roberto McIntyre se levantó del pupitre de dibujo en que había estado trabajando, y tomando en la mano una de las lámparas, brotó de la obscuridad. El largo esqueleto de los desnudos árboles se balanceaba y estremecía débilmente en medio de la arremolinada nieve. La hermana de Roberto, que estaba sentada junto al fuego, con la labor en el regazo, levantó la vista para dirigirla al perfil de su hermano, que se destacaba de la brillante luz amarilla. Era un rostro hermoso, joven y esmeradamente afeitado; tenía ondulado cabello obscuro echado hacia atrás, que terminaba en esa curva que asociamos al temperamento artístico. También se veían señales de refinamiento en sus ojos ligeramente entornados, en sus elegantes lentes pincenez con montura de oro, y en la chaqueta de terciopelo negro que tan brillantemente absorbía la luz por sus hombros. Solamente en su boca se veía algo—una vislumbre de grosería o una apariencia de debilidad—que a los ojos de algunos, y de su hermana entre ellos, desfiguraba la gracia y belleza de sus facciones. No obstante, como él mismo se complacía en decir, cuando uno piensa que cada infeliz mortal es heredero de un legado, compuesto por todas las facciones desagradables y por todas las marcas físicas de una línea tan larga de antepasados, mucha suerte tiene el hombre que no se encuentra con que la naturaleza ha impreso en sus rasgos alguna deuda de familia mucho tiempo debida.

Y, verdaderamente, en nuestro caso, el implacable acreedor había llegado a tener la audacia de reclamar sus derechos también a la dama, aunque por lo que a ésta atañe, la parte superior del rostro era de tan extremada belleza, que desviaba la vista de cualquier mácula que pudiera hallarse en la inferior. Era más morena que su hermano; tan morena, que su bien recogido cabello parecía negro bajo la brillante luz oblicua que lo bañaba. Las facciones delicadas, semi-petulantes; las bien dibujadas cejas y los ojos soñadores y placenteros eran del todo perfectos por separado, y sin embargo, la combinación dejaba algo que desear. Ofrecía la vaga sensación de un defecto en alguna parte, en las facciones o en la expresión; el cual, al ser analizado, se resolvía en la ligera curva y caída del labio inferior; pequeña en realidad, pero lo bastante pronunciada para convertir lo que hubiera sido un semblante hermoso en solamente bonito. Muy desalentada y enojada hasta cierto punto pare-

cía, al miraría recostada en la butaca, con la maraña de sedas de vistosos colores y el pedazo de holanda en la falda; con las manos juntas tras la cabeza y con los níveos antebrazos y los ligeramente rosados codos proyectándose a ambos lados.

—Ya veo que no vendrá,—repitió.

—¡Qué tontería, Laura! Claro que vendrá. ¡Cómo que un marino va a temer el tiempo!

—¡Ah!

Levantó la joven un dedo, y una sonrisa de triunfo jugueteó en su rostro, tan sólo para morir al cabo de un instante en una mirada de contrariado disgusto.

—¡Es papá!—dijo entre dientes.

Oyóse en el vestíbulo un rumor de apagados pasos, y un hombrecillo enclenque, con chinelas muy al ras de los talones, penetró en la estancia trabajosamente. Mr. McIntyre padre era un individuo pálido y de apocado aspecto; usaba escasa barba roja salpicada de gris y tenía el rostro adelgazado y abatido. La mala fortuna y la mala salud habían impreso en él sus huellas de consuno. Diez años antes había sido uno de los armeros más acreditados y ricos de Birmingham; pero una larga serie de desastres comerciales había minado su gran fortuna, y finalmente le había conducido al Tribunal de Quiebras. La muerte de su esposa, acaecida el mismo día de su insolvencia, había colmado su cáliz de amargura, y desde entonces languidecía, con una expresión entontecida y como deslumbrada en el rostro delgado y pálido, que hablaba de un cerebro desquiciado. Tan completa había sido su ruina, que la familia se hubiera visto reducida a la pobreza absoluta a no ser por un legadillo de doscientas libras anuales que ambos hijos habían recibido de uno de los tíos por parte de madre, el cual había reunido una fortuna en Australia. Manejando bien sus rentas, y después de tomar una casa en el tranquilo distrito rural de Tamfield, a obra de catorce millas de la gran ciudad de Midland, veíanse aún en situación de poder vivir con algo parecido a la comodidad. Sin embargo, el cambio fué amargo para todos; para Roberto, que tuvo que prescindir del lujo tan caro a su temperamento artístico, y pensar en convertir lo que había sido meramente una distracción superflua un medio de ganarse la vida. Y más aún para Laura, que padeció horriblemente ante la compasión de sus antiguas amigas, y que halló las callejas y campos de Tamfield intolerablemente tristes tras la vida y bullicio de Edgbaston. La tristeza de ambos fué agravada por la conducta del padre, cuya vida fué desde entonces un prolongado lamento de sus infortunios, y buscaba alternativamente en el libro de rezos y en la botella un consuelo a los males que le habían agobiado.

No obstante, a los ojos de Laura ofrecía Tamfield un atractivo, que estaba ahora a punto de perderse para ella. La elección de la aldehuela rural para su residencia, había sido determinada por el hecho de que un antiguo amigo, el Reverendo John Spurling, había sido nombrado Vicario de ella. Héctor Spurling, su hijo mayor, que contaba dos meses más que Laura, era su prometido desde hacía algunos años, y estaba a punto de tomarla por esposa cuando el repentino fracaso financiero había trastornado los planes de los jóvenes, subteniente de la Armada, estaba entonces en su casa con licencia, y apenas pasaba una noche sin que atravesara la distancia que separaba la Vicaría de Elmdene, donde residían los McIntyre. Sin embargo, aquel día se había recibido una esquela suya anunciando que le habían llamado de servicio repentinamente, y que debía reunirse a su buque en Porsmouth a la tarde siguiente. El procuraría, aunque no fuera más que por media hora, ir a decirles adiós.

—¿Cómo? ¿Dónde está Héctor?—preguntó Mr. McIntyre, mirando en torno de un lado a otro.

—No ha venido, papá. ¿Quién va a esperar que venga con una noche como esta? Debe de haber lo menos dos pies de nieve en el glebefield (1).

—¿No ha venido, eh?—gruñó el anciano, dejándose caer sobre el sofá.—Bueno, bueno; sólo falta que su padre y él nos manden a paseo, para que la cosa sea completa.

—¿Cómo puedes ni siquiera pensar cosa semejante, papá?—exclamó Laura llena de indignación.—Han sido tan leales como el acero. ¿Qué pensarían si te oyeran?

—Me parece, Roberto,—dijo el anciano sin curarse de la protesta de su hija,—que voy a tomar una gota, una gota lo más pequeña posible de aguardiente. Un deda-

(1) Tierra dependiente de una iglesia (N. del T.)

Su Elmdene le pareció harto mísero

lillo bastará; porque estoy en que me he resfriado hoy con la nevada.

Roberto continuó dibujando en su álbum, haciéndose el desentendido; pero Laura levantó la vista de su labor.

—Me parece que no hay ni una gota en casa, papá,—dijo.

—¡Laura, Laura!—exclamó el padre moviendo la cabeza más como apenado que como colérico.—Ya no eres una niña, Laura; eres una mujer, la administradora de una casa, Laura. Nosotros confiamos en ti. Tenemos los ojos puestos en ti por completo. Y sin embargo, dejas a tu pobre hermano Roberto sin aguardiente, por no decir nada de mí, tu padre. ¡Santo cielo. Laura! ¿Qué hubiera dicho tu madre? Piensa en los accidentes, piensa en las enfermedades repentinas, piensa en los ataques de apoplegía. Es una gravísima res... una gravísima respons... un grandísimo riesgo el que corres.

—Yo no lo apruebo apenas,—dijo Roberto brevemente.—Laura no necesita traerlo para mí.

—Como medicina es inapreciable, Roberto. Para usar de ella ¿sabes? no para abusar. Ahí está todo su secreto. Pero me voy a bajar media horita a los Tres Pichones.

—¡Papá de mi alma!—exclamó el joven. —No vas a marcharte de fijo con esta noche. Si necesitas aguardiente, ¿no puedo mandar a Sarah por él? Déjame que envíe a Sarah; o iré yo mismo, o...

¡Pip! Una pelotita de papel, disparada desde la butaca de su hermana, cayó sobre el álbum de dibujos que ante sí tenía Roberto. Desliólа ésta y la acercó a la luz.

"Por amor de Dios, déjale que se vaya" —se veía garrapateado sobre ella.

—Bueno, en todo caso, abrígate bien, —continuó, dejando ver su súbito cambio de idea con masculina torpeza que horrorizó a su hermana.—Quizá no hace tanto frío como parece. Afortunadamente, no puedes perder el camino. Y no está más que a cien varas.

Con mil gruñidos y refunfuños por la falta de previsión de su hija, el viejo McIntyre se envolvió en su gabán y se rodeó el largo y delgado cuello con la bufanda. Una fuerte ráfaga de viento frío hizo vacilar las luces cuando abrió la puerta del vestíbulo. Sus dos hijos prestaron oído al apagado rumor de sus pasos, cuando lentamente atravesó la ondulante senda del jardín.

—Es peor... se llega a poner intolerable,—dijo por último Roberto.—No deberíamos dejarlo salir; es muy posible que dé un espectáculo en público.

—Pero... es la última noche que viene Héctor,—dijo Laura con acento de súpli-

ca.—Sería horrible que se encontrara aquí y que notase algo. Por eso deseaba que se fuera.

—Entonces... has llegado a tiempo,—observó su hermano,—porque oigo abrirse la puerta del jardín, y... Sí, ya ves.

Al pronunciar el joven estas palabras, se oyó por la parte de afuera un alegre saludo, unido a un golpe seco en la ventana. Salió Roberto y abrió la puerta para dejar paso a un joven alto, cuya chaqueta de negra frisa estaba sembrada de relucientes copos de nieve. Riendo reciamente, se sacudió como un perro de Terranova, y dando golpes en el suelo, se quitó la nieve de las botas antes de entrar en la habitacioncita alumbrada por la lámpara.

La profesión de Héctor Spurling estaba escrita en cada una de las facciones de su rostro. El bigote y la barba, cuidadosamente afeitados, la leve sombra de las patillas, la boca de líneas decididas y las mejillas curtidas por el aire hablaban de la Armada Real. Cincuenta rostros como el suyo pueden verse cada noche del año alrededor de la mesa del Real Colegio Naval de Porsmouth Dockyard; rostros que tienen un parecido mutuo más estrecho que el que suele existir entre hermano y hermano. Están todos vaciados en un molde común, como productos de un sistema que enseña prematuramente la confianza en sí mismo, la audacia y la virilidad... hermoso tipo en conjunto. Son menos refinados y menos intelectuales, quizás, que sus hermanos de tierra, pero están llenos de lealtad, de energía y de heroísmo. Por su figura, Héctor era erguido, alto y bien formado; tenía penetrantes ojos grises, y los modales vivos y resueltos del hombre que está acostumbrado a mandar y a obedecer al propio tiempo.

—¿Recibistéis mi billete?—preguntó al entrar en la habitación.—Tengo que partir de nuevo, Laura. ¿No es un fastidio? El viejo Smithers es mezquino y quiere que vuelva yo en seguida.—Sentóse junto a la niña y posó su morena mano sobre la blanca de ella.—Esta vez no será largo el servicio,—añadió.—Es cosa de la escuadra volante. Madera, Gibraltar, Lisboa y a casa. No me admiraría estar de regreso en marzo.

—¡Si parece que fué ayer cuando viniste!—respondió Laura.

—¡Pobrecita niña! Pero no será largo. Fíjate en que la has de cuidar muy bien cuando yo me haya ido, Roberto. Y cuando esté de vuelta, Laura, será ya por última vez. ¡Maldito dinero! Mucha gente hay que se las compone con menos. Nosotros no necesitamos tener casa. ¿Para qué? En Southsea hay habitaciones muy lindas a dos libras semanales. Mc Dougall, nuestro cajero, acaba de casarse, y no paga más que treinta chelines. ¿Tú no tendrás miedo, verdad, Laura?

—No, por cierto.

—¡Mi querido viejo es tan horriblemente cauto! "¡Esperad, esperad, esperad!" es su muletilla de siempre. Yo le digo que él hubiera debido estar en el Departamento de Artillería Gruesa. Pero esta noche voy a hablarle. Y le hablaré sin embajes ni rodeos. Ya verás si lo hago. Y tú debes hablar también a tu administrador. Roberto te guardará las espaldas. Aquí tienes los puertos y las fechas que llevamos destinados. Ten en cuenta que en cada uno de ellos me ha de estar esperando una carta.

Del bolsillo lateral de su chaqueta sacó un pedacito de papel; pero en vez de alargárselo a la joven, se quedó mirándolo con máxima expresión de asombro en el rostro.

—¿Cómo? ¡Nunca!...—exclamó.—Mira aquí, Roberto. ¿Qué dices de esto?

—Acércalo a la luz. ¿Cómo? Es un billete del Banco Inglés de cincuenta libras. Pero no veo en él nada de particular.

—Al contrario. Es la cosa más extraña que me ha ocurrido en mi vida. No puedo imaginar...

—Pues mira, Héctor,—exclamó miss McIntyre con mirada provocativa.—También a mí me ha ocurrido hoy una cosa singularísima. Apostaría un par de guantes a que mi aventura se sale de lo vulgar más que la tuya, aunque no puedo mostrar una cosa tan bonita como resultado de ella.

—Vamos, sepamos de qué se trata y Roberto juzgará.

—Exponed vuestros casos...

El joven artista cerró el álbum de dibujos y apoyó la barba en las manos con expresión de burlona solemnidad.

—¡Empiecen las damas! Venga de ahí, Laura; aunque creo que ya sé algo de tu aventura.

—Ha sido esta mañana, Héctor,—dijo la joven.—Oh, y ahora que caigo en ello, la historia te va a hacer enfadar. Lo había olvidado. No obstante, no debes hacer ca-

so, porque la verdad es que el pobre individuo estaba loco de remate.

—Pero, ¿qué demonios es?—preguntó el joven oficial, fijando la vista tan pronto en el billete de banco como en su **fiancée**.

—¡Oh! Ha sido cosa bastante inofensiva, y sin embargo, confesarás que ha sido de lo más singular. Había yo salido a dar un paseo; pero en cuanto empezó a caer la nieve, me refugié bajo el sotechado que han construído los albañiles en el extremo de acá de la gran casa nueva. Los hombres se habían ido, y se supone que el propietario llegará mañana. Pero el sotechado está aún en pie. Allí estaba yo, sentada en una caja de embalajes, cuando bajó un hombre por la carretera y se detuvo bajo el mismo refugio. Era un hombre sosegado y pálido, muy alto y delgado; no le eché más de treinta años; iba pobremente vestido, pero tenía mirar y aspecto de caballero. Hízome una o dos preguntas respecto a la aldea y al pueblo, a las cuales le respondí, como es de suponer, hasta que por fin nos hallamos charlando, de la manera más cómoda y agradable, acerca de mil diversas cosas. Pasó el tiempo con tal rapidez, que me olvidé de la nieve hasta que él me hizo fijar en que había cesado. Después, en el preciso momento en que me disponía a partir, ¿qué supondrás que hizo? Dió un paso hacia mí, me miró al rostro con aire de pensativa tristeza, y dijo: "Quisiera saber si se inquietaría usted por mí si no tuviera yo un penique". ¿No fué extraño? Me asusté de tal suerte, que salí corriendo del sotechado, y me hallé en la carrera antes de que él pudiera añadir una palabra más. Pero, en realidad, Héctor, no es preciso que te pongas tan sombrío, porque al recordar el caso, estoy segura completamente, en vista de su tono y modales, de que no quería dar a entender nada malo. Estaba pensando en voz alta, sin la menor intención de ofender. Estoy convencida de que el pobre individuo estaba loco.

—¡Hum! Me parece que en su locura había algo de método,—observó el hermano.

—También hubiera habido método en mis puntapiés,—dijo con rudeza el teniente.—No he oído en mi vida cosa más ultrajante.

—¡Vaya! ¡Ya decía yo que te enfadarías!—dijo Laura posando su blanca mano sobre la manga de la tosca chaqueta de frisa.—No fué nada. No volveré a ver al pobre sujeto. Sin duda alguna era forastero en esta parte de la comarca. Pero esta ha sido mi aventurilla. Sepamos ahora la tuya.

El joven hizo rozar el billete entre los dedos, mientras se pasaba la otra mano

Era un viejecillo de aspecto delicado

por el cabello, con el ademán del hombre que trata de hacer memoria.

—Debe de ser una equivocación ridícula,—dijo.—Debo procurar repararla derechamente. Y sin embargo, no sé cómo componérmelas para hacerlo. Venía yo al pueblo desde la Vicaría, precisamente después de obscurecerse, cuando he visto un sujeto apurado por haberse metido en un hoyo de agua. Uno de sus talones había resbalado en el borde de la cuneta, oculta por la nieve, y todo él estaba erguido y seco, pero con un bandazo a estribor suficiente para sacarle de su sitio. Como es natural, le he tendido una mano, y muy pronto ha vuelto a poner el talón en tierra firme. Estaba completamente obscuro, y creo que el individuo se figuró que yo era un patán, porque no cruzamos ni cinco palabras. Al marcharse me ha metido esto en la mano. Es una pura casualidad que yo no lo haya tirado, porque, al sentir que era un pedazo de papel arrugado, imaginé que sería el anuncio de algún comerciante o cosa por el estilo. Y sin embargo, como lo ha querido la suerte, me lo he metido en el bolsillo, y ahora me lo encuentro al buscar las fechas de nuestra travesía. Ahora, ya sabéis del asunto tanto como yo.

Hermano y hermana contemplaron el arrugado billete blanco y negro con el asombro pintado en el rostro.

—Tu desconocido viajero debe haber sido Montecristo o Rothschild por lo menos,—dijo Roberto.—Estoy por decir, Laura, que has perdido la apuesta.

—¡Oh! Me alegro mucho de haberla perdido. ¡En mi vida he oído hablar de un golpe de suerte como ese! ¡Qué hombre tan delicado debe ser para conocido!

—Pero yo no puedo tomar su dinero, —dijo Héctor Spurling mirando el billete con cierta tristeza.—Un premio así viene muy bien siempre, pero debe de haber sido una equivocación. Y sin embargo, debió de proponerse darme una cantidad crecida, porque no podía confundir un billete con una pieza de cobre. Creo que debo poner un anuncio para ese individuo.

—También es lástima,—dijo Roberto. —Debo declarar que no veo yo el caso del mismo modo que tú.

—La verdad es que creo que eres muy quijote, Héctor,—dijo Laura McIntyre.— ¿Por qué no lo has de aceptar con la misma intención conque te lo dieron? Hiciste un servicio a un desconocido, y quizás un servicio mayor de lo que tú te figuras, y él quiso darte eso como un pequeño recuerdo del caso. Yo no veo que haya ninguna razón plausible para que no lo guardes.

—¡Vaya!—dijo el joven marino, con risa un tanto turbada.—La cosa no es en absoluto... de la clase de historias que nos gusta contar de sobremesa.

—En todo caso, tú te vas mañana por la mañana,—observó Roberto.—No tienes tiempo de hacer pesquisas para descubrir al misterioso Creso. Debes sacar el mayor provecho posible del lance.

—Bueno, mira, Laura; pónlo en el canastillo de tu labor,—exclamó Héctor Spurling.—Serás mi banquero, y si su legal propietario se presenta, podré enviarlo a ti. Si no, creo que deberemos considerarla como una especie de derecho de salvamento, aunque me veo obligado a declarar que no me siento del todo satisfecho con respecto al caso.

Púsose en pie, y dejó caer el billete de banco en el obscuro canastillo de lanas de colores que estaba al lado de la joven.

—Ahora, Laura,—continuó,—tengo que levar anclas, porque he prometido a mi viejo estar de vuelta antes de las nueve. No estaremos mucho tiempo separados, querida mía, y será la última vez. ¡Adiós, Roberto, buena suerte!

—¡Adiós, Héctor! ¡**Bon voyage**!

El joven artista se quedó junto a la mesa, en tanto que su hermana acompañaba hasta la puerta a su novio. A la opaca luz del vestíbulo pudo Roberto ver sus figuras y oir sus palabras.

—¿La vez próxima, niñita?

—Sea la vez próxima, Héctor.

—¿Y nada podrá separarnos?

—Nada.

—¿Nada en el mundo?

—Nada.

Roberto cerró discretamente la puerta. Un instante después, un ruido en la parte de afuera y unos pasos rápidos que pisoteaban la nieve, le dijeron que el visitante había partido.

II

EL PROPIETARIO DE LA CASA NUEVA.

La nieve había cesado de caer, pero durante una semana, una helada durísima

había aprisionado el campo con su férrea zarpa. Los caminos resonaban bajo los cascos de los caballos, y cada cuneta lateral y cada riachuelo eran otras tantas calles de hielo. A lo largo del extenso y quebrado paisaje, las casas de rojo ladrillo asomaban ardientemente sobre el inmaculado terreno, y las columnas de humo gris navegaban rectas hacia arriba al través de la atmósfera sin viento. El cielo se mostraba del más leve azul pálido, y el sol de la mañana, brillando al través de las distintas guirnaldas de niebla de Birmingham, quebraba sus resplandores sobre los vastísimos campos de nieve, de tal suerte, que hubiera alegrado los ojos de un artista. Y alegró efectivamente el corazón de uno que lo oteaba aquella mañana desde la cima de Tamfiel Hill, la colina de dulces curvas.

Roberto reconoció una fisonomía que le era familiar

Roberto McIntyre estaba apoyado de codos en la puerta de una barrera, con el sombrero de anchas alas sobre los ojos y con una corta pipa de raíz de espino en la boca; paseaba lentamente la vista en torno, con el aire absorto del que aspira hasta saturarse su parte de Naturaleza. Ante él, hacia el norte, se alzaba la aldea de Tamfield, paredes rojas, techos grises y desparramados grupos de árboles obscuros; su propia casita de Elmdene anidaba junto a la carretera ancha, blanca y sinuosa de Birmingham. Al otro lado, cuando dió el joven media vuelta con gran lentitud, se erguía una vasta construcción de piedra, blanca y recién pulida, como acabada de salir de mano de los albañiles. Una gran torre se elevaba en uno de sus ángulos, y cien ventanas reflejaban los bermejos centelleos del sol matinal. A poca distancia de ella se veía una segunda construcción pequeña, cuadrada y chata, con alta chimenea que se alzaba en su centro, enviando en espirales un denso penacho de humo al aire helado. Todo aquel vasto edificio estaba enclavado dentro de sus propios terrenos, cerrados por una majestuosa valla de parque y rodeados por lo que con el tiempo sería extensa plantación de pinos. Junto a las covachas de las puertas, una gran pila de débris, las hileras de tingladillos para los trabajadores y los enormes montones de vigas para andamiajes proclamaban a una

que se acababa de terminar la obra entonces precisamente.

Roberto McIntyre miraba hacia abajo con curiosos ojos la vasta extensión del edificio. Aquello había sido mucho tiempo un misterio y el tema de los chismes de todo el vecindario. Apenas había transcurrido un año desde que corrió el rumor de que un millonario había comprado un espacio de terreno, y de que su intención era edificar en él una residencia campestre. Desde entonces, la obra había adelantado día y noche, hasta que ahora estaba ya terminada hasta el último detalle, en mucho menos tiempo del que se tarda en edificar muchas quintas de seis habitaciones. Cada mañana habían llegado de Birmingham dos trenes especiales conduciendo un gran ejército de trabajadores, los cuales eran relevados por la tarde por una partida de refresco, que continuaba la obra bajo los rayos de doce enormes focos eléctricos. Parecía que lo único que limitaba el número de hombres, era el espacio en que habían de estar metidos. Grandes hileras de vagones transportaban la blanca piedra de Portland desde el depósito situado junto a la estación. Centenares de atareados obreros la descargaban, le daban forma cuadrada, y la entregaban a los albañiles; quienes la izaban con grúas de vapor hasta los muros que iban creciendo, y en éstos era colocada y sujeta con argamasa por sus compañeros. Día por día se iba elevando la casa, en tanto que pilares, cornisas y esculturas iban brotando de ella como por arte de magia. No se limitaba por ello el trabajo al cuerpo principal. Otro gran cuerpo separado iba surgiendo al propio tiempo, y llegaban desde Londres cuadrillas de hombres de rostros pálidos, con muy extraordinarias máquinas, grandes cilindros, ruedas y cables, que introducían en el cuerpo exterior. La gran chimenea que en el centro se alzaba, combinada con aquellos extraños objetos, parecía indicar que estaba destinado a factoría u oficinas, porque se susurraba que la diversión de aquel ricacho era igual a la necesidad del pobre, y que era aficionado a trabajar por sus propias manos entre hornillos y compuestos químicos. Sin embargo, apenas había sido empezado el segundo recinto, cuando carpinteros, plomeros y mueblistas empezaron a trabajar en su interior, transportando mil objetos extraños y costosos para la mayor comodidad y conveniencia del propietario. En toda la comarca y hasta en la misma Birmingham, se contaron singulares historias del extraordinario lujo y del absoluto despilfarro de dinero que revelaban todas aquellas operaciones. Ninguna cantidad parecía excesiva si se gastaba en un pequeño detalle que pudiera suprimir, o por lo menos, aminorar alguno de los ligeros inconvenientes de la vida. Vagones y vagones de los muebles más suntuosos habían cruzado por la aldea entre dos hileras de asombrados aldeanos.

Costosas pieles, brillantes alfombras, ricos paños, marfil, ébano y metales; cada ojeada a aquellos almacenes de tesoros había dado pábulo a alguna nueva leyenda. Y finalmente, cuando todo estuvo arreglado, había llegado una legión de cuarenta criados, que servían de heraldos a la proximidad del propietario, mister Raffles Haw en persona.

No hay que maravillarse, por lo tanto, de que Roberto McIntyre contemplara con gran curiosidad la gran casa, y observara las humeantes chimeneas, las acortinadas ventanas, y las demás señales que denotaban que había llegado el propietario. Una vasta aérea de invernáculo relucía como un lago al lado de allá, y más lejos se divisaban las largas hileras de cuadras y dependencias. La semana anterior habían pasado por Tamfield cincuenta caballos, de modo que, por grandes que hubieran sido los preparativos, no eran más de los necesarios. ¿Quién y qué podía ser aquel hombre que gastaba el dinero con tan pródiga mano? Su nombre era desconocido. Birmingham estaba tan ignorante como Tamfield respecto al origen o procedencia de sus riquezas. Roberto McIntyre meditaba lánguidamente el problema mientras estaba apoyado en la cerca, clavando los azules ojos en el aire frío y sosegado.

De pronto, divisó su vista una silueta obscura que salía por las puertas de la Avenida, y que corría a largos pasos la sinuosa carretera. Pocos minutos bastaron para que se acercara lo suficiente un rostro desconocido que asomaba por encima del duro cuello y por bajo del flojo sombrero negro de un sacerdote inglés.

—Buenos días, Mr. Spurling.

—¡Ah! Buenos días, Roberto. ¿Cómo está usted? ¿Viene usted por mi camino? ¡Qué resbaladizo está el terreno!

Su rostro redondo y bondadoso resplan-

decía de amabilidad; y, al andar, el anciano daba saltitos, como el hombre que apenas puede reprimir su contento.

—¿Ha tenido usted noticias de Héctor?

—¡Oh, sí! Partió con toda felicidad de Spithead el miércoles, y escribirá desde Madera. Pero por lo general, en Elmdene tienen ustedes noticias más recientes que yo.

—No sé si Laura las ha tenido. ¿Ha venido usted a ver al nuevo vecino?

—Sí, acabo de dejarle ahora mismo.

—¿Es casado... ese Mr. Raffles Haw?

—No; es soltero. Por lo que he podido colegir, no parece que tenga ni siquiera parientes. Vive solo, entre su gran cohorte de criados. Es un edificio notabilísimo. Me ha hecho pensar en las Mil y una noches.

—¿Y nuestro hombre? ¿Qué tal es?

—Es un ángel... positivamente un ángel. En mi vida he oído hablar ni he leído tanta bondad. Me ha hecho muy feliz.

Se estaba olvidando de su cuadro

Los ojos del clérigo resplandecían de emoción; se sonó ruidosamente con su gran pañuelo rojo.

Roberto McIntyre le miró sorprendido.

—Me alegro mucho de saberlo,—dijo.

—¿Puedo preguntar a usted qué ha hecho?

—He ido a verle porque estábamos citados para esta mañana. Yo le había escrito preguntándole si me recibiría. Le hablé de la parroquia y de sus necesidades, de mi larguísima lucha para restaurar el ala sur de la iglesia, y de nuestros esfuerzos para ayudar a mis pobres feligreses durante este durísimo invierno. Mientras yo hablaba, no dijo ni una palabra, limitándose a quedarse sentado con rostro abstraído, como si no me escuchara. Cuando acabé de hablar, cogió la pluma. "¿Cuánto hará falta para reparar la iglesia?",—me preguntó.—"Un millar de libras,—respondí—pero ya hemos recogido trescientas entre nosotros. El **Squire** (1) nos ha dado muy libremente cincuenta libras".—"Bueno,—me dijo.—¿Y cómo andamos de gente pobre? ¿Cuántas familias hay?"—"Unas trescientas",—respondí yo.—"La leña, según creo, está a cosa de una libra por tonelada,—me dijo.—Es preciso que tenga cada familia tres toneladas para lo que resta de invierno. Además podrá usted obtener un hermoso par de mantas por dos libras. En conjunto, serán cinco libras por familia, y setecientas para la iglesia". Sumergió la pluma en el tintero, y, se lo aseguro a usted como que estoy vivo, Roberto; me escribió un cheque de dos mil doscientas libras. No sé lo que le he dicho; me sentía lo mismo que un loco. No he sabido hallar palabras para darle las gracias. Todas mis desazones han dejado de gravitar sobre mis hombros en un instante; y la verdad es, Roberto, que no puedo todavía comprenderlo.

—Debe ser un hombre caritativo en sumo grado.

—Extraordinariamente. ¡Y tan poco presuntuoso! Se hubiera creído que era yo el que estaba haciendo el favor, y él el mendigo. Pensé en aquel pasaje que hace cantar de alegría el corazón de la viuda. Crea usted que hizo cantar de alegría mi corazón. ¿Sube usted a la Vicaría?

—No, gracias, Mr. Spurling... Tengo que volver a casa y ponerme a trabajar en mi nuevo cuadro. Es una tela de cinco pies; el desembarque de los romanos en Kent. He de hacer otra tentativa para la Academia. Buenos días.

Quitóse el sombrero y continuó carretera abajo, en tanto que el Vicario se desviaba para penetrar en la vereda que a su casa conducía.

Roberto McIntyre había convertido una gran habitación desmantelada que había

(1) Título que llevan en provincias los propietarios.—N. del T.

en el piso superior de Elmdene, en un estudio al cual se retiraba después de almorzar. Era necesario que tuviera una especie de cueva de su propiedad exclusiva, porque su padre no sabía hablar casi de nada más que de sus libros mayores y sus cuentas, al paso que Laura, en cuanto desapareció el único vínculo que la ligaba a Tamfield, se había vuelto regañona y amiga de disputas. La estancia estaba fría y desnuda, y carecía de papel y de alfombra; pero un excelente fuego centelleaba en la chimenea, y dos grandes ventanales le daban la luz necesaria. El caballete de Roberto estaba en el centro de la pieza, con la gran tela colocada sobre él; y junto a las paredes se veían sus dos últimos ensayos "El Asesinato de Tomás de Cantorbery" y "La firma de la Carta Magna". Roberto tenía debilidad por los asuntos grandes y por los efectos de brocha gorda. Aunque su ambición era mayor que su habilidad, conservaba aún el amor a su arte y la paciencia contra el desaliento, que son las cualidades de que suelen engendrarse los pintores de feliz éxito. Dos veces había viajado a la ciudad su colección de cuadros, y dos veces le habían sido devueltos, hasta el punto de que los marcos de fino dorado, que tan gran asalto habían dado a su bolsillo, empezaban a mostrar señales de sus variadas aventuras. Y sin embargo, a despecho de su deprimente compañía, Roberto se volvía a su nuevo trabajo con todo el entusiasmo que puede inspirar la convicción de un triunfo decisivo.

Pero no pudo trabajar aquella tarde. En vano se lanzó al fondo del cuadro y diseñó las curvas de los galeones romanos. Hiciera lo que hiciera, su espíritu se apartaba del trabajo para pensar en la conversación que había tenido con el Vicario por la mañana. Su imaginación se sentía fascinada por la idea de aquel hombre singular, que vivía solo en medio de una muchedumbre, y que sin embargo, poseía tal poder, que con un solo trazo de la pluma podía trocar el dolor en regocijo y transformar la condición de una feligresía entera. El incidente del billete de banco de cincuenta libras volvía en recuerdo a su mente. Debió de ser seguramente Raffles Haw el individuo con quien se había puesto en contacto Héctor Spurling. No podía haber en todo el vicariato dos hombres para quienes una cantidad tan crecida fuese de tan poco momento, que se la diera a un transeunte próximo a cambio de una fruslería de socorro. Sin duda alguna, debió de haber sido Raffles Haw. Y su hermana tenía el billete, con instrucciones para devolvérselo a su propietario si podía ser hallado. Arrojó a un lado la paleta, y, bajando al salón, contó a Laura y a su padre su entrevista con el Vicario aquella mañana y su convicción de que aquel era el hombre a quien buscaba Héctor.

—¡Tut, tut!—dijo el viejo McIntyre.—¿Cómo es eso, Laura? Yo no sabía nada de eso. ¿Qué saben las mujeres de dinero ni de negocios? Dame a mí el billete, y yo te libro y absuelvo de toda responsabilidad. Toda la recabo para mí.

—No puedo de ningún modo, papá,—dijo Laura con decisión.—No debo pensar siquiera en separarme de él.

—¿Qué va a ser del mundo?—exclamó el anciano, con las delgadas manos levantadas en ademán de protesta.—Cada día te estás volviendo más irrespetuosa, Laura. Ese dinero me sería muy útil, muy útil, ¿sabes? Podría ser la piedra angular del gran negocio que debo reconstruir. Yo lo emplearé, Laura, y te pagaré algo... cuatro, por ejemplo y hasta cuatro y medio; y tú podrás recuperarlo en cualquier momento. Y yo te daré garantías; la garantía de... bueno, de mi palabra de honor.

—Es completamente imposible, papá,—respondió la hija fríamente.—No es dinero mío. Héctor me pidió que fuese su banquero. Estas fueron sus mismas palabras. No está en mi mano el prestarlo. En cuanto a lo que dices tú, Roberto, puede que estés en lo cierto y puede que te equivoques; pero te aseguro que no daré el dinero ni a Mr. Raffles Haw ni a nadie sin orden expresa de Héctor.

—Haces muy bien en no dárselo a Mr. Raffles Haw,—exclamó el viejo McIntyre con muchas cabezadas de aprobación.—Yo no lo dejaría ciertamente salir fuera de casa.

—Bueno; yo creí que debía decírtelo.

Roberto cogió su sombrero y se fué para huir de la discusión entre su padre y su hermana, que vió iba a renovarse. Su temple de artista se sublevaba contra aquellas disputas caprichosas y sórdidas, y se volvió al aire frío y al vasto panorama para apaciguar sus contrariados sentimientos. La avaricia no figuraba entre sus defectos, y la perpetua charla de su padre acer-

ca del dinero, le inspiraba positiva repugnancia y disgusto hacia un tema semejante.

Roberto se paseaba lentamente por su paraje favorito, que serpenteaba por la colina, con la mente girándole sin cesar desde la invasión romana hasta el misterioso millonario, cuando de pronto se fijó su vista en un hombre alto y delgado que tenía enfrente, el cual, con la pipa entre los labios, estaba tratando de encender un fósforo bajo el resguardo de su sombrero. El hombre iba vestido con una tosca marinera, y conservaba señales de humo y de tizne entre sus manos y rostro. Sin embargo, entre fumadores existe una fracmasonería que borra todas las diferencias sociales, por lo cual Roberto se detuvo y alargó su caja de fósforo de yesca.

—¿Lumbre?—dijo.

—Gracias.—El hombre cogió un fósforo de yesca, lo encendió, e inclinó la cabeza sobre él. Tenía el rostro pálido y delgado, barba cortada y rala, y nariz muy afilada y curva; adivinábase gran decisión y carácter en las rectas y espesas cejas que casi se juntaban a cada lado de la nariz. Era evidentemente una clase superior de artesano y con toda probabilidad uno de los que habían estado empleados en la construcción de la nueva casa. Allí había una ocasión para obtener de primera mano ciertos informes relativos a la cuestión que había despertado su curiosidad. Roberto aguardó a que el hombre hubiera encendido su pipa, y después echó a andar a su lado.

—¿Va usted en dirección a la nueva casa?—preguntó.

—Sí.

¿Entonces no tenéis ambiciones de haceros rico?

La voz del hombre era fría, y reservada su actitud.

—¿Quizás ha estado usted empleado en su edificación?

—Sí; he intervenido en ella.

Dicen que por dentro es una cosa admirable. Ha sido por completo el tema de la charla del distrito. ¿Es tan lujosa como se dice?

—Estoy seguro de que lo ignoro. No he oído lo que se dice.

La actitud del desconocido no era ciertamente para animar a nadie, y a Roberto le pareció que sus penetrantes ojos grises le lanzaban de soslayo sospechosas miraditas. Sin embargo, el verle tan preocupado y tan discreto era mayor razón para pensar que había informes que obtener,

con tal de que supiera hallar modo de conseguirlo.

—¡Ah! Ahí está la casa,—observó, cuando llegaron a la cúspide de la colina, y pudo mirar hacia abajo una vez más, en dirección al edificio.—Bueno; no cabe duda de que es suntuosa y espléndida, pero, por mi parte, prefiero realmente vivir en mi jaulita de allá abajo en la aldea.

El artesano sopló gravemente la pipa.

—De ese modo, ¿no es usted gran admirador de las riquezas?—dijo.

—En modo alguno. No me preocuparía el ser un penique más rico de lo que soy. Por de contado me gustaría vender mis cuadros. Es preciso buscar el modo de vivir.

Pero aparte de esto, nada pido. Me atrevo a decir que yo, pobre artista, y usted, hombre que trabaja por el pan, obtenemos de la vida mayor felicidad que el dueño de ese gran palacio.

—Realmente, lo creo más que probable —respondió el otro con voz mucho más conciliadora.

—El arte,—dijo Roberto, enardeciéndose al tratar de tal tema,—lleva en sí su propia recompensa. ¿Qué bienestar corporal existe, de los que puede proporcionar el dinero, que sea capaz de concedernos ese profundo estremecimiento de satisfacción que experimenta el que ha concebido algo nuevo, algo hermoso, y la cotidiana delicia que se siente al ver que aquello va creciendo bajo sus manos, hasta que se alza ante él como un todo completo? Con mi arte y sin riquezas soy feliz. Sin mi arte, sentiría un vacío que no podría llenar el dinero. Pero la verdad es que no sé para qué le he de contar a usted todo esto.

El artesano se había detenido y le estaba contemplando atentamente, con aire de profundísimo interés en sus ahumadas facciones.

—Me alegro muchísimo de oir lo que usted dice,—le respondió.—Es una delicia el saber que la adoración del dinero no es universal por completo, y que hay por lo menos algunos que pueden elevarse por encima de ella. ¿Me permite usted que le estreche la mano?

Era una petición en cierto modo extraordinaria; pero Roberto tenía casi a orgullo su bohemismo y su dichosa facilidad para ganarse amigos entre todas las clases y condiciones de hombres. Prontamente cambió un cordial apretón de manos con su casual conocido.

—Ha mostrado usted cierta curiosidad respecto a esa casa. Yo la conozco bastante bien y podré quizás enseñar a usted una o dos cositas que le interesarán. Aquí están las puertas. ¿Quiére usted entrar conmigo?

Verdaderamente era una suerte. Roberto asintió ansioso, y subió por el ondulante paseo de los crecientes pinos. Pero cuando vió que su rudo guía atravesaba en derechura la ancha plaza enarenada en dirección a la entrada principal, comprendió que se había colocado en una posición falsa.

—De fijo que no entraremos por la puerta frontera,—cuchicheó, deteniendo por la manga a su compañero.—Quizás no agrade a mister Raffles Haw.

—No creo que haya dificultad alguna, —replicó el otro con tranquila sonrisa.— Mi nombre es Raffles Haw.

III

UNA CASA DE MARAVILLAS

El rostro de Roberto McIntyre debió de expresar el completo asombro de que se llenó su espíritu ante aquella imprevista presentación. Por un instante pensó que su compañero debía de estar chanceándose; pero la soltura y seguridad conque subió los escalones, y el profundo respeto conque un servidor ricamente vestido que estaba en el vestíbulo, abrió la puerta para franquearle el paso, demostraron que hablaba con sobria seriedad. Raffles Haw miró hacia atrás, y al ver la mirada de absoluto asombro en las facciones del joven artista, se rió sosegadamente.

—¿Me perdonará usted, verdad, por no haber descubierto mi condición?—preguntó, apoyando la mano con amistoso ademán en el brazo del otro.—Si me hubiese usted conocido, hubiese usted hablado con menos libertad, y no hubiera yo tenido oportunidad de conocer el verdadero valor de usted. Por ejemplo, no hubiera usted podido ser tan franco respecto al asunto de las riquezas si hubiera usted sabido que hablaba con el dueño de esta casa.

—Creo que en mi vida me he visto tan maravillado,—balbuceó Roberto.

—Es natural que lo esté usted. ¿Cómo iba usted a tomarme por otra cosa que por

un obrero? Y eso es que lo soy. La química es una de mis chifladuras y paso muchas horas al día en mi laboratorio, que está allá lejos. Ahora mismo acabo de dejar el trabajo, y como he aspirado algunos gases no muy agradables que digamos, he pensado que un paseo por la carretera y una bocanada de tabaco me sentarían bien. Así fué como salí al encuentro de usted; y mi traje sospechoso que hacía demasiado juego con mi tiznado rostro. Pero imagino que casi le conozco a usted de fama. Se llama usted Roberto McIntyre, ¿verdad?

—Sí; aunque no puedo comprender cómo lo sabe usted.

—¡Oh! Como es natural, me he tomado algún trabajo para enterarme de algunas cosas relativas a mis vecinos. He sabido que había entre ellos un artista de ese nombre, y presumo que los artistas no son muy numerosos en Tamfield. Pero, ¿qué le parece a usted el proyecto? Espero que ofenderá el experto gusto de usted.

—¡Realmente es admirable... maravilloso! Debe usted de tener un ojo extraordinario para el efecto del conjunto.

—¡Oh! no tengo gusto en absoluto; ni el más mínimo. No puedo decir una cosa por otra. No ha habido nunca ignorante más completo. Pero he hecho venir al hombre más inteligente de Londres, y además a otro de Viena. Entre los dos lo dispusieron.

Estaban precisamente parados sobre una gruesa alfombra de pieles de bisonte, junto a las plegables puertas. Ante ellos se extendía un gran patio cuadrado, cuyo pavimento se componía de multicolores mármoles dispuestos en un laberinto de dibujo arabesco. En el centro, una elevada fuente de esculpido jade arrojaba al aire cinco penachos de espuma, de los cuales cuatro se encorvaban hacia cada rincón del patio para caer en anchos tazones de mármol, al paso que el quinto subía recto hasta una inmensa altura, y después caía rumoroso en el depósito central. A cada lado del patio, una palmera alta y graciosa enviaba hacia arriba su esbelto tronco, que se deshacía en una corona de pendientes hojas verdes a cosa de cincuenta pies sobre las cabezas de nuestros dos personajes. Por todo alrededor se alzaba una serie de arcos moriscos, de jade y de veteado mármol, con pesadas cortinas de obscura púrpura para cubrir las puertas que entre ellos quedaban. Enfrente, a derecha e izquierda, una ancha escalera de mármol, alfombrada con el paño más espeso y costoso de Esmirna, daba acceso a los pisos superiores, que estaban dispuestos en torno al patio central. En el interior la temperatura era caliente, y sin embargo, fresca, como el aire de un mes de mayo inglés.

—Está sacado de la Alhambra,—dijo Raffles Haw.—Las palmeras son lindas. Sus raíces se extienden por el subsuelo a través de la casa, y están rodeadas por completo de tubos de agua caliente. Parece que medran bastante bien.

—¡Qué labor de bronce tan hermosa y tan delicada!—exclamó Roberto, levantando la vista con admirativa mirada a los brillantes enrejados de metal, infinitamente frágiles, que adornaban los espacios que quedaban entre los arcos moriscos.

—Es bastante pulida. Pero no es labor de bronce. El bronce no es lo bastante duro para que sea posible trabajarlo hasta tan alto grado de sutileza. Es oro. Pero venga usted conmigo por aquí. ¿No le importará a usted esperar mientras me limpio este humo?

Guió al joven hacia una puerta que se veía al lado izquierdo del patio la cual, con gran sorpresa de Roberto, se abrió lentamente cuando se acercaron a ella.

Es una pequeña mejora que he adoptado,—observó el dueño de la casa.—Cuando se acerca uno a una puerta, el peso sobre las baldosas suelta un resorte que hace moverse los goznes. Sírvase usted entrar. Este es mi santuario alhajado conforme a mi propio corazón.

Si Roberto esperaba ver una nueva exhibición de lujo y riqueza, se quedó por completo chasqueado, porque se halló en una estancia grande, pero desnuda, con una cariolilla de hierro en un rincón, unas cuantas sillas de madera desperdigadas, una estera obscura y una gran mesa cargada de libros, botellas, papeles, y todos los demás **débris** que se reune en torno un hombre trabajador y desarreglado. Indicando una nueva silla a su visitante, Raffles Haw, se quitó la chaqueta, y, arremangándose las mangas de su grosera camisa de franela, empezó a mojarse y restregarse con el agua caliente que manaba de una espita de la pared.

—Ya ved usted cuán sencillos son mis gustos,—observó, cuando se enjugaba con la toalla el rostro y cabello que goteaban

—Es la única habitación de la casa en la que me encuentro entre una atmósfera que congenia conmigo. Esto es casero para mí. Aquí puedo leer y fumar mi pipa con tranquilidad. Todo lo que se parece al lujo es para mí aborrecible.

—Realmente no lo hubiera imaginado, —observó Roberto.

—Es la verdad, se lo aseguro a usted. Ya ve usted. Aún con sus ideas tocante al poco valor de las riquezas, (ideas que, le aseguro a usted que son muy sensatas y hablan muy alto en su favor) debe usted confesar que si un hombre se ve por casualidad poseedor de inmensas... bueno, llamémoslas considerables cantidades de dinero, es su obligación hacerlas circular, para que la comunidad pueda obtener de ellas el mayor provecho posible. Ese es el secreto de mis hermosos oropelos. Tengo que poner a contribución todo mi ingenio para gastar mis rentas, conservando empero el dinero por los caminos legítimos, por ejemplo, es muy fácil derrochar dinero, y sin duda alguna podría yo disponer de mi sobrante, del modo que digo, pero no tengo deseos de empobrecer a nadie, ni de hacer daño por una caridad sin discernimiento. Debo exigir cierta clase de trabajo por el dinero que gasto. ¿Comprende usted mi sistema, verdad?

—Completamente; aunque la verdad es que parece cosa muy nueva el oir a un hombre quejarse de la dificultad de gastar su renta.

—Le aseguro a usted que es para mí una seria dificultad. Pero he dado con algunos proyectos muy bonitos. ¿Quiere usted lavarse las manos? Bueno; quizás ahora deseará usted echar una ojeada alrededor. Venga usted a este rincón de la estancia, y siéntese en esta silla. Así. Ahora yo me sentaré en esta otra, y ya estamos prontos a partir.

El ángulo de la estancia en que se sentaron estaba pintado hasta unos seis pies en cada dirección, de color de chocolate obscuro, y amueblado por dos sillas de felpa de seda roja que salían de las paredes, y que formaban sorprendente contraste con la sencillez del resto de la habitación.

—Esto,—observó Raffles Haw,—es un ascensor, aunque está tan íntimamente unido al resto de la estancia, que, a no ser por el cambio de color, le sería a usted dificilísimo el descubrir la división. Está construído para correr tanto horizontalmente como verticalmente. Esta línea de botones representa las diversas estancias. Ya puede usted verlo. "Comedor", "Fumadero", "Billar". "Biblioteca", y así sucesivamente. Voy a mostrarle a usted el movimiento de ascenso. Oprimo el botón que dice "Cocina".

Experimentóse una sensación de movimiento y un ligerísimo choque, y Roberto, sin moverse de su silla, se dió cuenta de que la estancia se había desvanecido, y de que en el sitio que antes había ocupado se veía una gran puerta arqueada de roble.

—Esta es la puerta de la cocina,—dijo Raffles Haw.—Tengo la cocina en todo lo alto de la casa. No puedo tolerar el olor de los guisos. Hemos ascendido ochenta pies en unos pocos segundos. Ahora vuelvo a oprimir el botón, y nos hallamos de nuevo en mi cuarto.

Roberto McIntyre le miró lleno de asombro.

—Las maravillas de la ciencia son más grandes que las de la magia,—observó.

—Sí; es un mecanismo muy bonito. Probemos ahora el horizontal. Oprimió el botón "Comedor" y ya estamos en él, como ve usted. Acérquese usted a la puerta abierta delante de usted.

Hizo Roberto lo que se le indicaba, y se halló con su compañero en una habitación larga y elevada, en tanto que el ascensor, en cuanto se vió libre del peso de ambos, desapareció hasta volver a su primera posición. Con los pies hundidos en la suntuosa y blanda alfombra, como si estuviera sumergido hasta el tobillo en algún banco de césped, Roberto miró en torno a los grandes cuadros que adornaban las paredes.

—No cabe duda ninguna; veo aquí la mano de Rafael,—exclamó, señalando a uno que tenía enfrente.

—Sí; es un Rafael, y creo que uno de los mejores. Por él sostuve una lucha muy excitante con el Gobierno francés. Lo querían para el Louvre, pero, como es natural, en la subasta tenía que ganar el bolsillo más grande.

—Y este "Arresto de Catilina" debe de ser un Rubens. No es posible confundir sus espléndidos hombres y sus infames mujeres.

—Sí; es un Rubens. Los otros dos son un Velásquez y un Teniers, hermosas mues-

tras de las escuelas españolas y holandesas. Aquí no tengo más que maestros antiguos. Los modernos están en la sala de billar. El mueblaje de aquí es algo curioso. Y la verdad es que lo creo único. Está hecho de ébano y de cuernos de narval. Ya ve usted que las patas de todo son de marfil en espiral, tanto de la mesa como de las sillas. Algunos trabajos le costó al constructor, porque la provisión de esos materiales está estrictamente limitada. Caso bastante curioso; el Emperador de la China había hecho un gran pedido de cuernos de narval, para reparar cierta pagoda antigua, que estaba cercada con ellos; pero yo pujé en el mercado, y su Alteza celestial ha tenido que esperar. Aquí hay también un ascensor en el rincón, pero no lo necesitamos. Entre usted por esta puerta. Esta es la sala de billar,—continuó cuando penetraban en la estancia contigua.—Ya ve usted que tengo algunos cuadros modernos de mérito en las paredes. Aquí hay un Corot, dos Meissoniers, un Bouguereau, un Millais, un Orchardson y dos Almatademas. Me parece una lástima colgar cuadros en estas paredes de roble esculpido. Mire usted estos pájaros que saltan y cantan en las ramas. Enteramente parecen que se mueven y trinan, ¿verdad?

—Son perfectos. No he visto jamás trabajo más exquisito. Pero, ¿por qué le llama usted sala de billar, Mr. Haw? No veo mesa ninguna.

—¡Oh! ¡Un billar es un mueble tan grosero! Está siempre en su sitio, excepto cuando se quiere usarlo. Para ello, el billar está cubierto con ese cuadro de arce pulimentado que ve usted en el suelo. Ahora pongo el pie en este resorte... ¿ve usted?

Al decir esto, la parte central del pavimento empezó a subir, y una hermosísima mesa de billar, construída con conchas de tortugas, se alzó hasta ocupar la posición conveniente. Mister Haw oprimió un segundo resorte, y una **bagatelle** (1) apareció de la misma manera.

—Puede usted tener mesas de juego de naipes y cuanto usted desee poniendo en movimiento los resortes,—observó.—Pero esto no tiene importancia. Quizás encontremos en el museo algo que pueda ser interesante para usted.

Guió al joven a otra habitación, amueblada a estilo antiguo, con colgaduras de la más rara y rica tapicería. El pavimento era un mosaico de mármoles de colores, cubiertos a trechos por alfombras de costosas pieles. Había pocos muebles, pero alrededor de la estancia se veían colocados varios pupitres Luis XIV, de ébano y plata, con chapas de delicadísimo dibujo.

Las dejó rodar sobre el montón

Quizás no es propio dignificar esto con el nombre de museo,—dijo Raffles Haw.—Consiste tan sólo en unas cuantas frusleríias elegantes que he recogido acá y allá. Las joyas son mi punto más fuerte. Estoy en que en él puedo arrostrar la comparación con el primer coleccionista particular del mundo. Las tengo bajo llave, porque hasta los mejores criados pueden caer en la tentación.

Cogió una llavecita de plata que en la cadena del reloj llevaba, y empezó a abrir y a tirar de los cajones. Un grito de maravilla y admiración brotaba de la garganta de Roberto McIntyre, cuando sus ojos se iban fijando en cada una de las cajas, llenas de las más magníficas piedras preciosas. El profundo centelleo rojo de los rubíes, el claro reflejo verde de las esmeraldas,

(1) Especie de billar que tiene en un extremo 9 troneras.—N. del T.

el brillante fulgor de los diamantes, y las mil relucientes aguas de los berilos, amatistas, ónices, ojos de gato, ópalos, ágatas y cornarinas, parecían llenar la estancia entera con los vagos cambiantes de su luz polícroma. Grandes tabletas de lapiz-lázuli, magníficos hematites, muestras de corales rojos, rosados y blancos, largas sartas de lustrosas perlas; todo ello era revuelto por su dueño como un atolondrado colegial podía revolver trucos en su cartera.

—Esto no es malo,—dijo asiendo una gran masa amarilla y reluciente, tan grande como su cabeza.—La verdad es que es un hermoso pedazo de ámbar. Me fué proporcionado por mi agente del Báltico. Pesa veintiocho libras. Nunca he oído hablar de otro mejor. No tengo brillantes muy gruesos, porque no los había en el mercado, pero mi surtido es bueno. Lindos juguetes, ¿verdad?

Cogió un grueso puñado de esmeraldas de un cajoncillo, y después lo dejó caer lenta y sonoramente en su sitio.

—¡Santo cielo!—exclamó Roberto, después de mirar de caja en caja.—¡Por sí solas son una fortuna inmensa! ¡Seguramente no bastarían cien mil libras para comprar una colección tan espléndida!

—Me parece que no serviría usted para tasador de piedras preciosas,—dijo Raffles Haw riendo.—¡Cómo! Ni siquiera el contenido de ese cajoncito de brillantes, puede ser comparado con la suma que usted dice. Aquí tengo una nota de lo que he gastado hasta la fecha en mi colección, aunque tengo agentes que probablemente harán adiciones muy considerables dentro de pocos meses. Tal como está ahora, he gastado... déjeme usted ver: perlas, ciento cuarenta mil; esmeraldas, cincuenta y siete; rubíes, cuarenta y ocho; brillantes, veinte y nueve; ónices—tengo algunos ónices muy bonitos,—trenta y dos. Otras piedras, carbunclos, ágatas... ¡hum! Sí; suman por cima de cuatro millones setecientas cuarenta mil. Me atrevo a decir que podemos poner cinco millones, porque no he contado las monedas raras.

—¡Santo Dios!—exclamó el joven artista con asombrados ojos.

—Tengo en este asunto cierto sentimiento de deber. Ya sabe usted que el tallado, el pulimento y en general el comercio de piedras preciosas es uno de los que más dependen de la riqueza. Si nosotros no lo sostenemos, debería desaparecer, lo que significa el infortunio de un considerable número de gentes. Lo mismo puede aplicarse al trabajo de filigrana de oro que ha visto usted en el patio. La riqueza tiene sus responsabilidades, y el alentar a esos oficios es de las más evidentes de ellas. Aquí tiene usted un bonito rubí; es el quinto que existe por su tamaño. Me inclino a creer que si no estuviera tallado sería el segundo, pero, como es natural, el tallado le quita mucho.

Levantó la brillante piedra roja, casi del tamaño de una castaña; la sostuvo un momento entre el pulgar y el índice, y después la dejó caer con indiferencia en el cajón.

—Venga usted al fumadero,—dijo.—Necesitará usted un poco de refresco, porque dicen que el trabajo de ver es de las ocupaciones que más cansan en el mundo.

IV

DE CLIMA A CLIMA

La habitación en que se halló el asombrado Roberto después de las últimas palabras de Raffles, era más lujosa, ya que menos rica, que todas las demás que hasta entonces había visto. Bajos canapés de felpa de color de Jerez, yacían desperdigados, en ordenado desorden, sobre una mullida alfombra Oriental. Grandes divanes, sofáes de gran respardo, balancines americanos, todo estaba allí a elegir. Un extremo de la habitación estaba cerrado por cristales y parecía comunicar con un lujoso invernáculo. En el otro extremo, una doble hilera de estantes dorados sostenía una profusión de las más recientes revistas y periódicos. A cada lado de la ataraceada chimenea, un banquillo sustentaba una larga hilera de pipas de todos los lugares y naciones; cerezo inglés, de espino de Francia, de porcelana de Alemania, de espuma de mar esculpida, de aromático cedro, con narguilés Orientales, chibucas turcas y dos grandes **hookahs** de tapa de oro. A derecha e izquierda se veía una serie de cajoncillos, que en triple se extendían por los testeros de la estancia, con los nombres de las diferentes clases de tabaco escritos en tapas de marfil deliciosamente trabajadas. Encima de ellos había otros cajones más grandes de roble pulimentado, que contenían cigarros y cigarrillos.

—Pruebe usted ese canapé de Damas-

co,—dijo el amo de la casa al arrojarse sobre un balancín.—Está hecho por el tapicero del Sultán. Los turcos tienen una idea excelente de la comodidad. Yo soy también un fumador empedernido. Mr. McIntyre, de modo que quizás he podido dirigir en eso a mi arquitecto mejor que en muchas otras habitaciones. En cuadros por ejemplo, no entiendo una palabra, como habrá usted descubierto muy fácilmente. Pero en tabaco, quizás me atreva a dar mi opinión. Mire usted; éstos,—continuó mostrando ciertos cigarros largos, muy bien liados y de suave color—éstos son realmente algo que se sale de lo vulgar. Pruebe usted uno.

Encendió Roberto la yerba que se le ofrecía, y hundió muellemente entre los almohadones, contemplando al través de las azules nubes de humo, de embalsamado aroma, al hombre extraordinario de la tosca marinera, que hablaba de millones como otro pudiera hablar de peniques. Al ver su rostro pálido, su aspecto triste y lánguido y sus encorvados hombros, parecía como que se sintiera aplastado bajo el peso de su propia riqueza. En sus modales y en su modo de hablar, se traslucía una excusa muda, una actitud de deprecación que contrastaba extrañamente con el inmenso poder que manejaba. Para Roberto, el conjunto de aquel fantástico incidente había sido íntimamente interesante y divertido. Su natural artístico florecía en aquella atmósfera de perfecto lujo y comodidad, y experimentaba cierta sensación de reposo y de absoluto deleite sensual, como no lo había sentido nunca.

—¿Querrá usted café o vino del Rhin, o Tokay, o quizás algo más fuerte?—preguntó Raffles Haw, extendiendo la mano a lo que parecía un piano que sobresalía de la pared.—Puedo recomendar el Tokay. Me lo proporciona el que abastece de él al emperador de Austria, aunque creo que puedo decir que yo me llevo la crema de él.

Tocó dos veces una de las teclas del piano, y se sentó esperando. Con áspero choque, al cabo de diez segundos se abrió una compuerta corrediza, y salió por ella una bandejita que sustentaba dos largas copas cónicas de cristal de Venecia, llenas de vino.

—Esto trabaja muy bien,—dijo Raffles Haw.—Es una cosa nueva completamente, y no hecha hasta ahora, según tengo entendido. Vea usted los nombres de los diversos vinos y licores impresos en las teclas. Al oprimir la nota hacia abajo, completo un circuito eléctrico que origina que la espita de los toneles de abajo permanezca abierta el tiempo necesario para llenar la copa que está siempre debajo de ella. Como ya comprenderá usted, las copas están en un estante giratorio, de modo que siempre hay una debajo de la espita. Después las copas suben por un tubo neumático, que se pone en acción por el peso de la copa, en cuanto se le añade el del vino. Es una idea bonita e ingeniosa Pero me estoy temiendo que de canso a usted con todas estas caprichosas explicaciones. Una de mis manías es la de obtener de la mecánica todo lo que pueda dar de sí.

—Por el contrario, estoy lleno de interés y de admiración,—dijo Roberto calurosamente.—Es como si de repente me hubieran sacado fuera de la prosaica y vieja Inglaterra, para transportarme en un instante a algún palacio encantado o a alguna mansión oriental de Genios. No hubiera yo podido creer nunca que existiera en la tierra una adaptación semejante de los medios al fin, y un dominio de los detalles tan completos, que pueda ayudar a librar la vida de todas sus pequeñísimas miserias e incomodidades.

—Todavía tengo algo que enseñar a usted,—observó Raffles Haw.—Pero descansaremos aquí unos cuantos minutos, porque deseo hablar a usted dos palabras.

¿Cómo resulta el cigarro?

—Excelentísimo.

—Fué fabricado en La Luisiana en los antiguos castillos de la esclavitud. Ahora no se hace nada como esto. El hombre que los poseía no sabía su verdadero valor. Se deshizo de ellos tan sólo por unos cuantos chelines cada uno. Ahora necesito que me haga usted un favor, Mr. McIntyre.

—Con mucho gusto.

—Ya puede usted ver, poco más o menos, en qué situación me hallo colocado. Soy aquí un desconocido por completo Con las clases acomodadas tengo muy poco de común. No soy hombre de sociedad. No quiero visitar ni que me visiten. Soy filósofo a mi manera, y hombre de aficiones sosegadas. No tengo en absoluto ambiciones sociales. ¿Me comprende usted?

—Enteramente.

—Por otra parte, mi experiencia del mundo me ha demostrado que es una cosa dificilísima el contraer amistad con un hombre pobre... quiero decir, con un hombre que sólo piensa en aumentar sus emolumentos. Piensan mucho en las riquezas de uno, y muy poco en uno mismo. Lo he experimentado, ¿comprende usted? y sé lo que me digo.

Al llegar a este punto se detuvo, y se pasó los dedos por la delgada barba.

Roberto McIntyre asintió con la cabeza, como para demostrar que comprendía su posición.

—Pues bien;—continuó Raffles.—Si me veo obligado por mis gustos a alejarme de los ricos, y por mi desconfianza de sus móviles de los que no son ricos, mi posición es completamente aislada. No es que el aislamiento me importe, estoy avezado a él. Pero esto limita mi campo de poder ser útil. No tengo medios fidedignos de informarme de dónde y cuándo puedo hacer bien. Ya me he avistado hoy, me complazco en decirlo, con el vicario, que parece por completo desprovisto de egoísmo y digno de confianza. El será uno de mis medios de comunicación con el mundo exterior. ¿Puedo preguntar a usted si tendrá la bondad de ser otro de ellos?

—Con el mayor placer,—dijo Roberto con vehemencia.

Aquella proposición llenaba su alma de regocijo, porque parecía proporcionarle casi una relación oficial con aquel paraíso de casa. No se le hubiera podido pedir una que fuera más de su gusto.

—He tenido la dicha de descubrir por la conversación de usted cuán grande interés se toma usted por estos asuntos, y cuán completamente desinteresado es usted para sí mismo. Ya puede usted haber observado que me mostré lacónico y casi grosero con usted en el primer momento. He tenido motivos para sospechar y temer a todas las amistades casuales. Con demasiada frecuencia he descubierto que habían sido cuidadosamente preparadas de antemano, con algún objeto sórdido a la vista. ¡Santo cielo! ¡Qué de cosas podría contar a usted! Una dama perseguida por un perro... Arriesgué mi vida por salvarla, y supe después que la escena había sido dispuesta por la madre como una verdadera presentación, y que el perro había sido alquilado por horas. Pero no quiero quitarle a usted la fe en la naturaleza humana. Yo también he tenido rudas vacilaciones. Quizás me he acostumbrado a mirar con ojos de bilioso a todo lo que se me pone por delante. Es de la mayor necesidad que tenga yo para aconsejarme alguien en quien pueda confiar.

—Si quiere usted tan sólo mostrarme en qué puntos podrá servir a usted mi opinión, me sentiré feliz al darla,—dijo Roberto.—Mi familia procede de Birmingham, pera conozco bastante el pueblo de aquí y su situación.

—Eso es precisamente lo que necesito. El dinero puede hacer mucho bien, pero puede también hacer mucho mal. Yo le consultaré a usted cuando esté en duda. Por ejemplo, hay una pequeña pregunta que puedo hacer a usted ahora. ¿Puede usted decirme quién es una señorita de cabellos muy negros, ojos grises, y rostro delicadamente cincelado? Cuando la vi llevaba un traje azul con astracán en el cuello y las mangas.

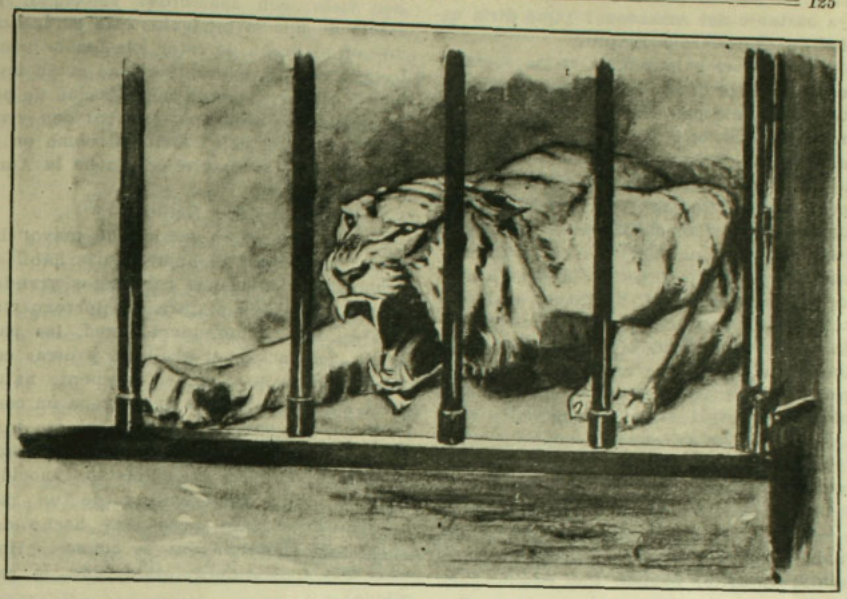
Roberto se rió en su interior.

—Conozco bastante bien ese traje,—dijo.—Está usted describiendo a mi hermana Laura.

—¡Su hermana de usted! ¿De veras? Hombre, hay parecido, ahora que me llama usted la atención acerca de él. La vi el otro día, y me pregunté quién podría ser. ¿Vive con usted por supuesto?

—Sí, mi padre, ella y yo vivimos juntos en Elmdene.

—En donde tendré yo el placer de conocerles. ¿Ha terminado usted su cigarro? Tome usted otro, o coja usted una pipa. Para el verdadero fumador todo menos la pipa es tontería. Aquí tengo muchísimas clases de tabaco. Los cajones se llenan el lunes y el sábado son entregados a la gente vieja de los asilos, de modo que me las compongo para tenerlos siempre de refresco. Bueno; si no quiere usted fumar más, quizás le guste a usted ver una o dos de las demás cosas que le he anunciado. Por esta parte está la armería, y por la otra la biblioteca. Mi colección de libros es limitada; no hay más que unos cincuenta mil volúmenes. Pero hasta cierto punto es notable por su calidad. Poseo una Biblioteca Visigótica del siglo V, que casi tengo por única; hay también una **"Biblia Pauperum"** de 1430, un manuscrito del Génesis hecho en hojas de moral, probablemente del siglo II; un "Tristán e Iseo" del siglo VIII, y un centenar de "letras-



Un tigre furioso que se agita en su jaula

negras", (1) con cinco hermosos ejemplares de Schöffer y de Fust. Pero puede usted resolverlos cualquier tarde de lluvia en que no tenga usted nada que hacer. Entretanto tengo un invento relacionado con este fumadero, que le distraerá a usted. Encienda usted ese otro cigarro. Ahora, siéntese usted conmigo en ese diván que está en el extremo de la habitación.

El sofá aludido estaba en una especie de hornacina, cubierta en tres de sus lados y por encima de transparente cristal. Cuando se sentaron, el dueño de la casa tiró de una cuerda, que dejó caer un cierre de cristal ante ellos, de suerte que se vieron cerrados por todas partes en una gran caja de cristal, tan diáfano y tan bien pulimentado que no hubiera sido difícil olvidar su existencia. En el interior de aquella habitación se veía cierto número de cordeles con mangos de cristal, que parecían estar en relación con un largo barrote muy reluciente de la parte de fuera.

—Ahora, ¿dónde le gustaría a usted fumarse ese cigarro?—preguntó Raffles Haw, guiñando los ojos.—¿Iremos a la India, a Egipto, a la China, o...?

—Al Sur de América,—dijo Roberto.

Oyóse un golpe, un balanceo, y cierta sensación de movimiento. El joven artista miró en torno con absoluto asombro. A cualquier lado que tendiera la vista, hallaba helechos y palmeras con largas y pendientes ramas, y un resplandor de brillantes orquídeas. Fumadero, casa, Inglaterra, todo había desaparecido y Roberto se hallaba sentado en un diván en el corazón de una floresta virgen del Amazonas. Y no era meramente una visión óptica. Podía ver cálido vapor que se alzaba del suelo tropical, las pesadas gotas que caían de las grandes hojas verdes, y hasta las fibras y granulaciones de la áspera corteza que cubría los árboles. Además, mientras estaba mirando, vió una culebra moteada que se enroscaba silenciosamente te a una rama de encina de su cabeza, y un loro de brillantes colores surgió de pronto de entre el follaje, y revoloteó de tronco en tronco de los árboles. Roberto miró en torno, enmudecido por la sorpresa, y finalmente se volvió hacia su huésped con rostro en el cual la curiosidad no dejaba de estar mezclada con cierta sospecha de temor.

—¿La gente era quemada por mucho menos, verdad?—exclamó Raffles Haw riendo con toda su alma.—¿Tiene usted

(1) Manuscritos o impresos con letras inglesas antigua o Gótica moderna. (N. del T).

ya bastante del Amazonas? ¿Qué diría usted de un vistazo a Egipto?

Otra vez el balanceo, la visión rapidísima de objetos que pasaban, y en un instante se extendió por cada lado de ambos un vastísimo desierto en todo lo que podía alcanzar la vista. En el suelo, se erguía al aire un grupo de cinco palmeras, con profusión de toscas plantas parecidas al cacto, que crecían en su base. Por el otro lado se alzaba un monolito gris, desigual, nudoso, y esculpido en la base en forma de escarabajo colosal. Un grupo de lagartos jugueteaba por la superficie de la vieja piedra esculpida. Más allá, la amarilla arena se dilataba en grandísimo espacio, hasta donde el opaco espejismo de la niebla se cernía sobre el horizonte.

—¡Mr. Haw, no puedo comprenderlo!

Al pronunciar estas palabras, Roberto estrujaba el brazo de terciopelo del diván, y miraba estupefacto a su alrededor.

—¿El efecto es verdaderamente admirable, verdad? Este desierto egipcio es mi paraje favorito, cuando me tiendo para fumar un cigarro contemplativamente. Parece extraño que el tabaco provenga del atareado y práctico Occidente. Tiene una afinidad mucho mayor con el Oriente soñador y lánguido. ¿Pero quizás le agradará a usted ir a la China para variar?

—No, hoy,—respondió Roberto pasándose la mano por la frente.—Me siento enteramente confundido con estas maravillas, y verdaderamente creo que se me han descompuesto un tanto los nervios. Además, es hora de que me vuelva a mi prosáica Elmdene, si puedo hallar mi camino al través de estas inmensidades a las que me ha trasplantado usted. Pero, ¿me tranquilizará usted, Mr. Haw, mostrándome cómo está hecho esto?

—Es tan sólo un juguete... un juguete complicado y nada más. Permítame usted que se lo explique. Tengo una hilera de invernáculos muy grandes, que se extienden de un extremo a otro del fumadero. Esas diferentes construcciones están siempre mantenidas a diferentes grados de humedad y de calor, con objeto de reproducir exactamente el clima de Egipto, de la China y de los demás parajes. Nuestra cámara de cristal es un tranvía que corre con el mínimum de roce a lo largo de unos rieles de acero. Tirando de uno o de otro cordel, regulo hasta donde quiero ir, y el vehículo viaja, como puede usted haber visto, con asombrosa velocidad. El efecto de mis invernáculos está acrecentado por el hecho de estar sus techos ocultos por celajes, que en realidad están muy bien pintados, y por la introducción de pájaros y otros animales, que parecen vivir tan bien en el calor artificial como en el natural. Esto explica el efecto de la América del Sur.

—Pero no el de Egipto.

—No. Este es en verdad de mayor ingenio. Hice venir al hombre más hábil de Francia, por lo menos para estos grandes efectos, para que pintara ese terreno circular. Como comprenderá usted, las palmeras, los cactos, el obelisco, y otras cosas por el estilo, son perfectamente naturales, como también lo es la arena en cosa de cincuenta varas; y desafío al ojo más penetrante de Inglaterra a que diga dónde empieza el engaño. Es el efecto conocidísimo y quizá muy vulgar de un panorama de círculo, pero está hecho del modo más completo que se conoce. ¿Hay algo más que quiera usted que le explique?

—¿Y la cámara de cristal? ¿Qué objeto tiene?

—El de preservar a mis huéspedes de los efectos del cambio de temperatura. Sería muy poco amable el transportarlos de nuevo al fumadero empapados en sudor o con los estremecimientos de un frío muy intenso. El cristal tiene que mantenerse también caliente, pues de ese modo el vapor se depositaría sobre él, y no sería posible ver nada. ¿Pero tiene usted que irse de veras? Pues entonces ya estamos de regreso en el fumadero. Espero que esta no será ni con mucho la última visita que me haga usted. Y si me permite usted que yo vaya a Elmdene me dará usted una gran satisfacción. El camino es por aquí, al través del museo.

Cuando Roberto McIntyre salió de la balsámica y perfumada atmósfera de la gran casa al aire duro, frío y azotador de una tarde de invierno inglés, sintió como como si hubiera estado ausente para un largo viaje en país extranjero. El tiempo se mide por las impresiones, y tan vívidas y nuevas habían sido las del joven, que parecía que habían pasado semanas y semanas desde su encuentro en la carretera con el tiznado desconocido. Andaba con la cabeza como un torbellino y con el alma embargada por completo y

embriagada por la sola idea de la ilimitada riqueza y del inmenso poder de aquel extraordinario forastero. Pequeña y sórdida y despreciable le pareció su Elmdene al acercarse a ella, y cruzó sus umbrales lleno de desasosegado descontento contra sí mismo y contra lo que lo rodeaba.

V

EL RUEGO DE LAURA

Aquella noche después de cenar, Roberto McIntyre explicó a su padre y a su hermana todo lo que había visto. Tan embargado le tenía aquel único tema, que era para él un consuelo el compartir con los demás lo que él sabía. Por tanto, casi más por sí mismo que por ellos, pintó vívidamente todas las maravillas que había contemplado; la profusión de riquezas; el tesoro de la habitación de las joyas, el oro, los mármoles, los extraordinarios mecanismos, la prodigalidad absoluta y el completo menosprecio del dinero que se ostentaba en cada detalle. Por espacio de una hora pintó con ardiente palabra todas las maravillas que le habían sido mostradas, y terminó con algún orgullo, por referir la súplica que le había hecho Mr. Raffles Haw, y la completa confianza que en él había colocado.

Sus frases produjeron efectos muy distintos en cada uno de sus dos oyentes. El viejo McIntyre se recostó en su butaca con amarga sonrisa en los labios, con el demacrado rostro fruncido en un millar de arrugas, y con los ojillos relucientes de envidia y de voracidad. Su descarnada mano amarilla estaba crispada sobre la mesa, hasta el punto de que los nudillos relucían blancos a la luz de la lámpara. Laura, por otra parte, estaba inclinada hacia adelante, con los labios entreabiertos, y sorbiendo las palabras de su hermano con un destello de rubor en las mejillas. Parecía a Roberto, cuando separaba la vista del uno para clavarla en la otra, que nunca había visto tan feo a su padre, ni tan hermosa a su hermana.

—¿Pero quién es entonces ese individuo?—preguntó el anciano tras larga pausa.—Quiero suponer que ha adquirido todo eso de un modo honrado. ¡Con cinco millones de joyas, dices! ¡Dios santo! ¡Pronto a dar siempre, pero temeroso de empobrecer a alguien! Puedes decirle, Roberto, que conoces un caso merecedor de todo, y, acerca del cual, no hay la menor objeción para que sea empobrecido.

—Pero, ¿quién puede ser en realidad, Roberto?—exclamó Laura.—Haw no puede ser su verdadero nombre. Debe de ser algún príncipe disfrazado, o quizás un rey en destierro. ¡Oh! ¡Cuánto me hubiera gustado ver esos diamantes y las esmeraldas! Siempre he creído que las esmeraldas sientan mucho mejor a las morenas. Tienes que volverme a contar todo lo del museo, Roberto.

—No creo que sea otra cosa que lo que dice ser, respondió su hermano.—Tiene los modales sencillos y tranquilos de un inglés vulgar de la clase media. No pude observar en él ningún pulimento particular. Sabe un poco de libros y de pinturas, lo bastante para apreciarlos, pero nada más. No; imagino que es un hombre completamente igual a nosotros por su posición en la vida, y que por cualquier medio ha heredado una gran riqueza. Como se supone, es muy difícil para mí el formar opinión, pero casi estoy por juzgar que lo que hoy he visto, casa, cuadros, joyas, libros y demás no se puede haber comprado con menos de veinte millones; y estoy seguro de que esta cifra es por completo inferior a la verdadera.

—No he conocido más que un Haw,—dijo McIntyre el viejo, tamborileando con los dedos en la mesa.—Era un capataz del departamento de cartuchos de mi fábrica. Pero aquel era un hombre de edad y soltero. Bueno; quiero suponer que lo ha adquirido todo honradamente. Quiero creer que su dinero es limpio.

—¿Y de verdad, de verdad va a venir a vernos?—exclamó Laura, juntando las manos.—¡Oh! ¿Cuándo crees que vendrá, Roberto? Dímelo. ¿Crees que será mañana?

—No puedo decírtelo de fijo.

—¡Me gustaría tanto verle! No creo haber sentido nunca un interés semejante.

—¡Cómo! ¿Tienes ahí una carta?—observó Roberto.—Y es de Héctor, a juzgar por el sello del extranjero. ¿Cómo está?

—Ha venido esta tarde la carta. Aún no la he abierto. A decir verdad, me ha interesado tanto tu relato, que me he olvidado de ella por completo. ¡Pobre Héctor! Es de Madeira.

Laura ojeó rápidamente las cuatro pá-

ginas de letras desiguales trazadas por la mano de niño del joven marino.

—Todo va bien,—dijo.—Tuvieron temrestad al salir, y todo lo demás, pero ahora está bien. Cree que estará de vuelta en marzo. Yo me pregunto si tu nuevo amigo vendrá mañana... tu caballero del Castillo encantado.

—Me parece que no será tan pronto.

—Si acaso le vieras buscando algún negocio, Roberto,—dijo el padre,—no te olvides de decirle qué hermosa salida tiene aquí el comercio de armas. Con mi pericia, y unos cuantos miles guardándome las espaldas, le podría quedar el treinta por ciento, con tanta regularidad como una casa de banca. Después de todo, de alguna manera tendrá que emplear su dinero. No puede gastarlo todo en libros y en piedras preciosas. Estoy seguro de poder darle inmejorables referencias.

—Puede que pase mucho tiempo antes de que venga, padre,—dijo Roberto fríamente.—Y cuando lo haga, me temo mucho que no voy a poder usar de su amistad como medio para restaurar tus intereses.

—Somos sus iguales, papá,—exclamó Laura con viveza.—¿Quiéres ponernos al nivel de los mendigos? Se figuraría que nos interesaba sólo por su dinero. Me admira que puedas pensar en semejante cosa.

—Si no hubiera pensado en cosas como ésta, ¿cuál hubiera sido su educación de usted, señorita?—replicó incomodado el anciano.

Roberto se marchó, furtivamente y sin hacer ruido, a su habitación, en donde, entre sus telas, pudo oir aún la áspera voz y la voz clara, quitándose la palabra una a otro en aquella interminable discusión doméstica. Más y más sórdido le parecía cuanto le rodeaba, y más y más valiosa la paz que puede comprarse con las riquezas.

A la mañana siguiente, apenas se había despachado el almuerzo, y no había subido aún Roberto a trabajar, cuando se oyeron tímidos golpecitos en la puerta, y en la parte de fuera se vió a Raffles Haw. Roberto corrió hacia el exterior, y le dió la bienvenida con toda cordialidad.

—Temo que soy un visitante algo madrugador,—dijo excusándose.—Pero suelo muy a menudo dar un paseo después de almorzar.

En su porte no se veía a la sazón huellas de trabajo, sino que estaba compuesto y limpio, con traje obscuro y con el cabello bien peinado.

—Ayer me habló de usted de sus trabajos. Quizás, aunque sea temprano, me concederá usted el privilegio de echar un vistazo a su estudio.

—Tenga usted la bondad de entrar, míster Haw—exclamó Roberto entusiasmado por aquel avance de tan munífico Mecenas del arte.—Tendré una verdadera satisfacción en mostrarle a usted los trabajitos que tengo entre manos, aunque en realidad, me da miedo al saber cuán familiarizado está usted con las grandes obras maestras. Permítame usted que le presente a mi padre y a mi hermana Laura.

El viejo McIntyre hizo una profunda cortesía y juntó las delgadas manos; pero la señorita mostró un estremecimiento de sorpresa, y contempló al millonario con los ojos desmesuradamente abiertos. Sin embargo, Haw dió un paso hacia adelante, y le estrechó sosegadamente la mano.

—Esperaba cerciorarme de que era usted,—dijo.—Ya había yo visto a su hermana, míster McIntyre, el mismo día en que vine aquí. Nos refugiamos ambos en un cobertizo para huir de la nieve, y tuvimos un rato de charla muy agradable.

—No tenía yo la menor idea de que estaba hablando con el propietario del Hall,—dijo Laura con cierta confusión.—¡Qué casualmente ocurren las cosas!

—Muy a menudo me he preguntado a quién hablé entonces, pero no lo he sabido fijamente hasta ayer. ¡Qué casita tan agradable tienen ustedes aquí! Debe de ser encantadora en verano. ¡Hombre! Si no fuera por esa colina, mis ventanas darían en derechura sobre las de ustedes.

—Sí; y entonces veríamos todas las lindas plantaciones de usted,—dijo Laura, que permanecía a su lado junto a la ventana.—Ayer, precisamente, deseaba yo que no estuviera ahí la colina.

—¡De veras! Tendré un verdadero placer en quitarla si usted lo desea.

—¡Dios mío!—exclamó Laura.—¿Y dónde la pondría usted?

—¡Oh! Pueden llevársela y ponerla en otra parte. Es muy poca cosa una colina. Unos cuantos miles de hombres, con maquinaria conveniente, y una hilera de rieles bastarán para disponer de ella en pocos meses.

(Continuará).

Fbro.
1915

PACIFICO MAGAZINE

Precio:
UN PESO

¡CUANTA FELICIDAD!

es para los parientes ver a sus niños sanos, robustos y bien conformados. Qué dicha hay más halagadora que la de tener niños bien criados que se parezcan a flores primaverales, con semblantes sonrientes y hermosos.

¡NADA MAS TRISTE!

que la de tener niños raquíticos y mal conformados. No hay mayor pena para los parientes que la de ver a sus niños desarrollarse en condiciones deficientes: es un tormento seguido, es una calamidad sin igual.

COMO CONSEGUIRA USTED LO PRIMERO:

sencillamente alimentando sus niños con el ya tan afamado alimento **"LA TISPHORINE"** que merced a su buen gusto y composición de fosfatos, féculas y leche concentrada, criará sus niños que dará gusto de admirarlos.

COMO SUCEDERIA LO SEGUNDO:

dejándose engañar con la multitud de alimentos que no llevan más que el nombre y que con el uso de ellos se entorpece el crecimiento de los niños, dejándolos por consiguiente raquíticos y feos que da miedo y lástima de verlos.

De venta en todas las Droguerías y Boticas. Agentes para Chile: ALEX ARDITI y Cía., Agustinas 814. Casilla 78-D., SANTIAGO.

LAS DANZAS DE VIRGINIA MYERS

Entre las muchas danzarinas neoyorkinas sobresale por la espontaneidad y el colorido. Posee un feliz sentimiento del ritmo, una linda cara, un cuerpo perfecto y una imaginación exuberante. La presente fotografía, tomada al aire libre, ha fijado una de sus actitudes de recogimiento en medio de la naturaleza.

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | TOM. V.—Santiago de Chile, febrero de 1915.—NUM. 28 | — Que mañana

8931

El Rey Alberto y Maeterlinck

Todo el mundo está conteste en que la primera figura de la guerra es la del Rey de Bélgica. Muy pronto ha sobrepasado la del Kaiser y la de los grandes generales, porque el heroísmo y el sacrificio conmueven más al hombre que la fuerza y el ingenio.

El gran escritor flamenco ha dedicado a su rey una página magnifica que conviene retener:

"De todos los héroes de esta enorme guerra,—escribe,—que sobrevivirán en la memoria de los hombres, uno de los más puros, de aquellos que no se podrán jamás medir bastante, será ciertamente el joven rey de mi

EL REY ALBERTO DE BELGICA, INTIMO.—El Rey con la Reina Isabel y uno de sus hijos entregado a la música y la literatura

UN REY SIN REINADO

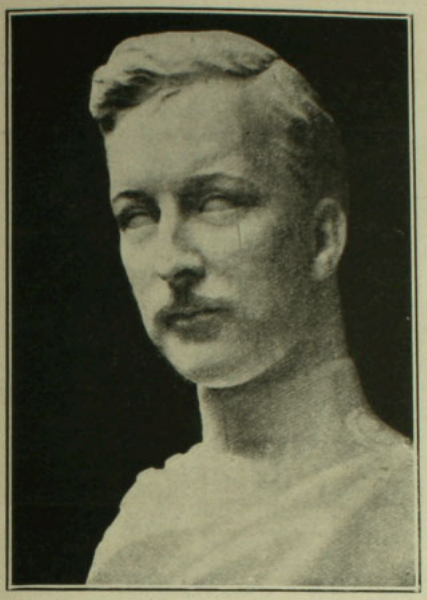
Tres fotografías del Rey Alberto, interesantísimas, la de la izquierda es del tiempo en que hizo su visita a Estados Unidos

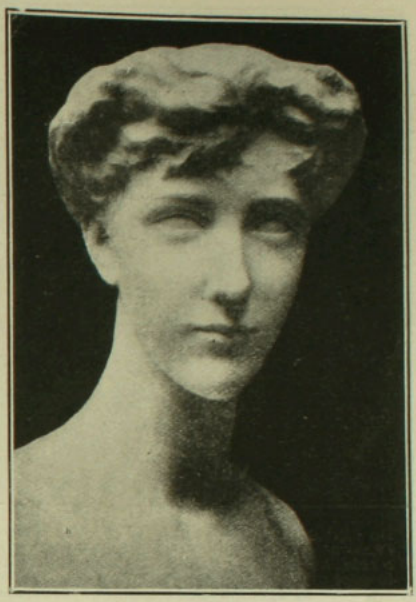
pequeña Patria.

"El fué verdaderamente, en la hora decisiva, el hombre providencial, aquel que todos los corazones esperaban. El supo encarnar en la belleza inmediata de un gesto la voluntad profunda de su pueblo; él fué en una hora determinada toda la Bélgica revelada a sí misma y a los otros.

"El tuvo la admirable fortuna de tomar y de dar conciencia al momento más trágico y más obscuro, en el cual las mejores inteligencias perdían su firmeza. Si él no hubiera estado allí, sin duda alguna, todo habría cambiado y la historia habría perdido una de las más bellas y conmovedoras de sus páginas."

"Ciertamente,—dice un periodista italiano, que se le ha acercado,—Bélgica habría sido siempre fiel a su palabra y el Gobierno que hubiera vacilado habría sido aplastado por la indignación de un pueblo que, por más que se retroceda en su historia, no ha traicionado jamás. Pero habría ocurrido esa confusión, esa incertidumbre, inevitable en una multitud fulminada por el rayo; se habrían dicho palabras inútiles y hecho maniobras falsas. El rey Alberto estaba allí para cumplir altivo y simple como en las Termópilas el destino definitivo de su pueblo: una sola palabra, un sólo gesto, eso bastó.





Retratos de un escultor.—Bustos en mármol de Víctor Rousseau

Pero lo que él ha sufrido, el heroico Rey, lo que sufre cada día, lo saben cuantos han tenido la felicidad de acercársele.

Este héroe el más sensible, dulce, discreto, silencioso y vibrante en el interior de su alma; pero tímido, de una timidez deliciosa e inesperada, este hombre ama a su pueblo menos como un padre ama a su hijo que como el hijo ama a la madre que lo adora.

La vanguardia de la humanidad no ha tenido nunca un jefe de mayor arrojo, mayor juventud, mayor poder, mayor esplendor."

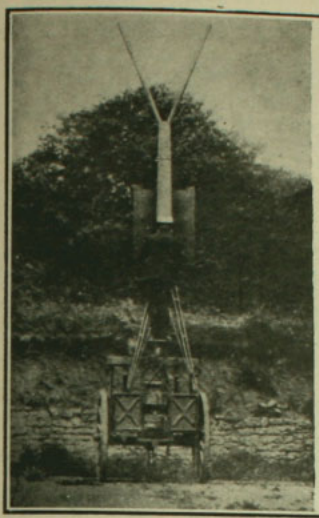
GRANADA CON CAUDA

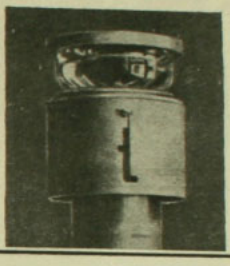
La última palabra en inventos guerreros parece constituirla las granadas con cauda, invención de un norteamericano; estas granadas presentan la ingeniosa particularidad de llevar una cauda o cola, luminosa de noche y que en pleno día deja en su marcha una estela de humo mediante la cual puede fijarse con toda exactitud su trayectoria; y en la noche merced a su cauda luminosa puede fácilmente descubrirse el punto donde se oculta el enemigo

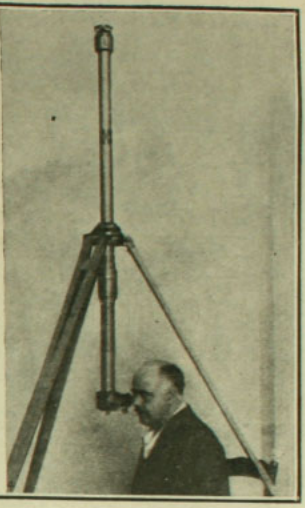
Soldados rusos, sacando la suerte antes de partir a la línea de fuego

Neutral por nacimiento; pero aliada por matrimonio: La condesa de Lisbourne es la primera señora de alta nobleza británica que es de Chile. Su marido sirve en los "Scots guards". (De "The Sketch")

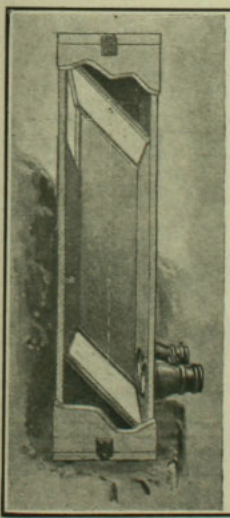
El terror a un Zeppelin y el furor de los chasqueados







Otro invento no menos prodigioso y útil que el de las granadas con cauda es el del Hyroscopio que está indudablemente llamado a prestar grandes ventajas en la modernas guerras. Continuamente se afana el ingenio del hombre en perfeccionar y descubrir instrumentos de destrucción que le ayuden a hacer más terrible las humanas carnicerías.
Se ha usado últimamente para prevenir los numerosos peligros de la observación en la línea de fuego, de un aparato titulado Hyroscopio, basado en el mismo principio óptico del periscopio de los submarinos. En la ilustración aparece: 1, el hyroscopio montado en un vagón de observación; 2, un trozo de ciudad visto en el lente en forma de anillo; 3, el lente extremo del aparato; y 4, el periscopio en uso



Es este un instrumento semejante al anterior, con doble lente, para la observación del enemigo desde la parte interior de las trincheras. El gran número de bajas entre los oficiales de artillería en observación, fué motivo de que el Estado Mayor inglés pidiera la aplicación del sistema, con ayuda de lo cual ha disminuido notablemente el número de oficiales muertos o heridos

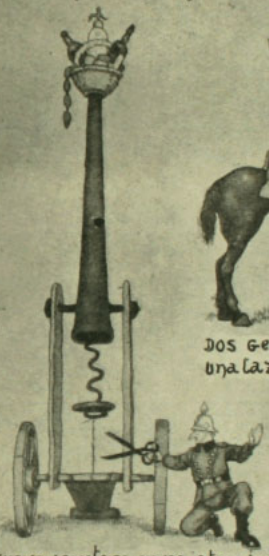
Hasta lo más trágico y grandioso se presta al buen humor y tiene su lado cómico. Aquí tenéis los soldados franceses y alemanes parapetados en sus trincheras y que no sólo se obsequian con balas y granadas sino que llevan su amabilidad al extremo de convidarse mutuamente con sus más preciados productos. En la punta de la bayoneta el francés obsequia al alemán una rica botella de champagne y el alemán en justa correspondencia ofrece al francés una suculenta salchicha

Los tres nietos de Garibaldi. Dos de ellos, Bruno y Constante, fueron muertos en Argonne, peleando en el cuerpo de voluntarios. El sobreviviente, Beppino, es coronel de la Legión

Dos hermanos gurkha, Pim y Bal, heridos en la guerra, convalecen en el hospital Brighton, en Inglaterra. El rey y la reina los han visitado y hecho objeto de especiales demostraciones. El hindú que aparece en el grabado no tiene más de 16 años

Cómo los Uhlanos preparan tostadas para el Té, durante la marcha.

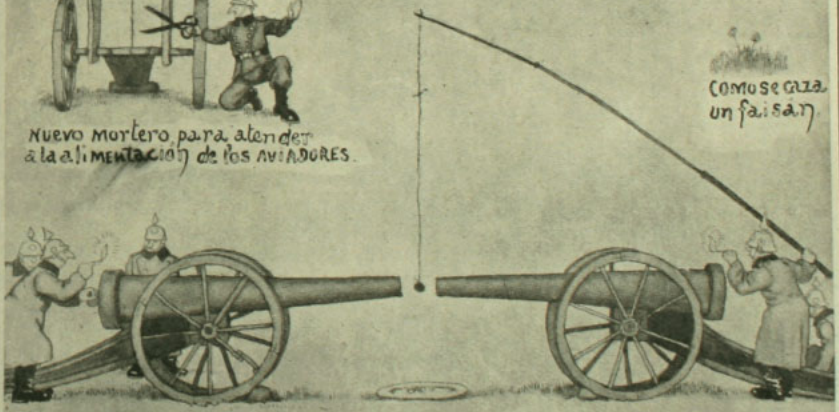
Un oficial de caballeria toma su baño de vapor



Nuevo Mortero para atender a la alimentación de los AVIADORES.

Dos Generales alemanes toman con toda calma una taza de Té en la linea de batalla

Como se caza un faisan

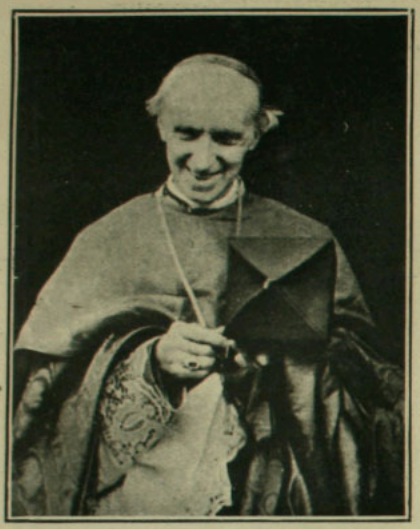


ROMPIENDO NUECES PARA POSTRE DE LOS OFICIALES.

NUT

HEATH ROBINSON

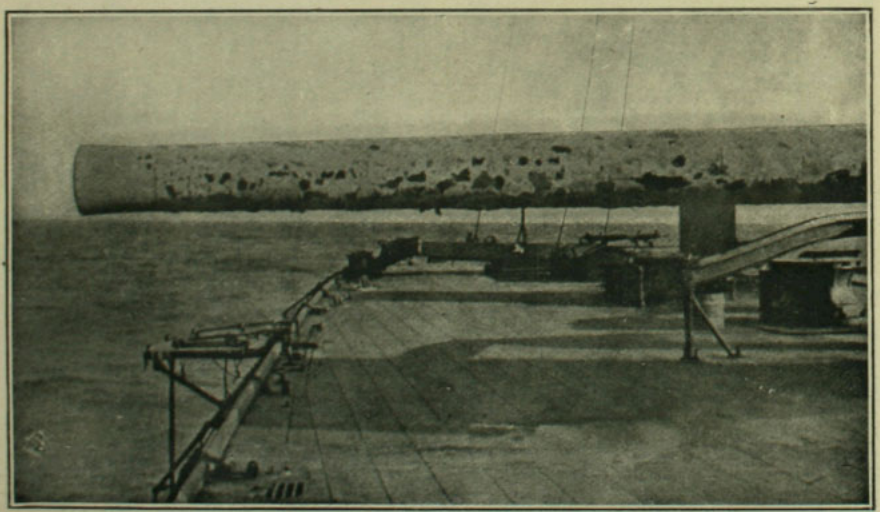
EL CARDENAL MERCIER.



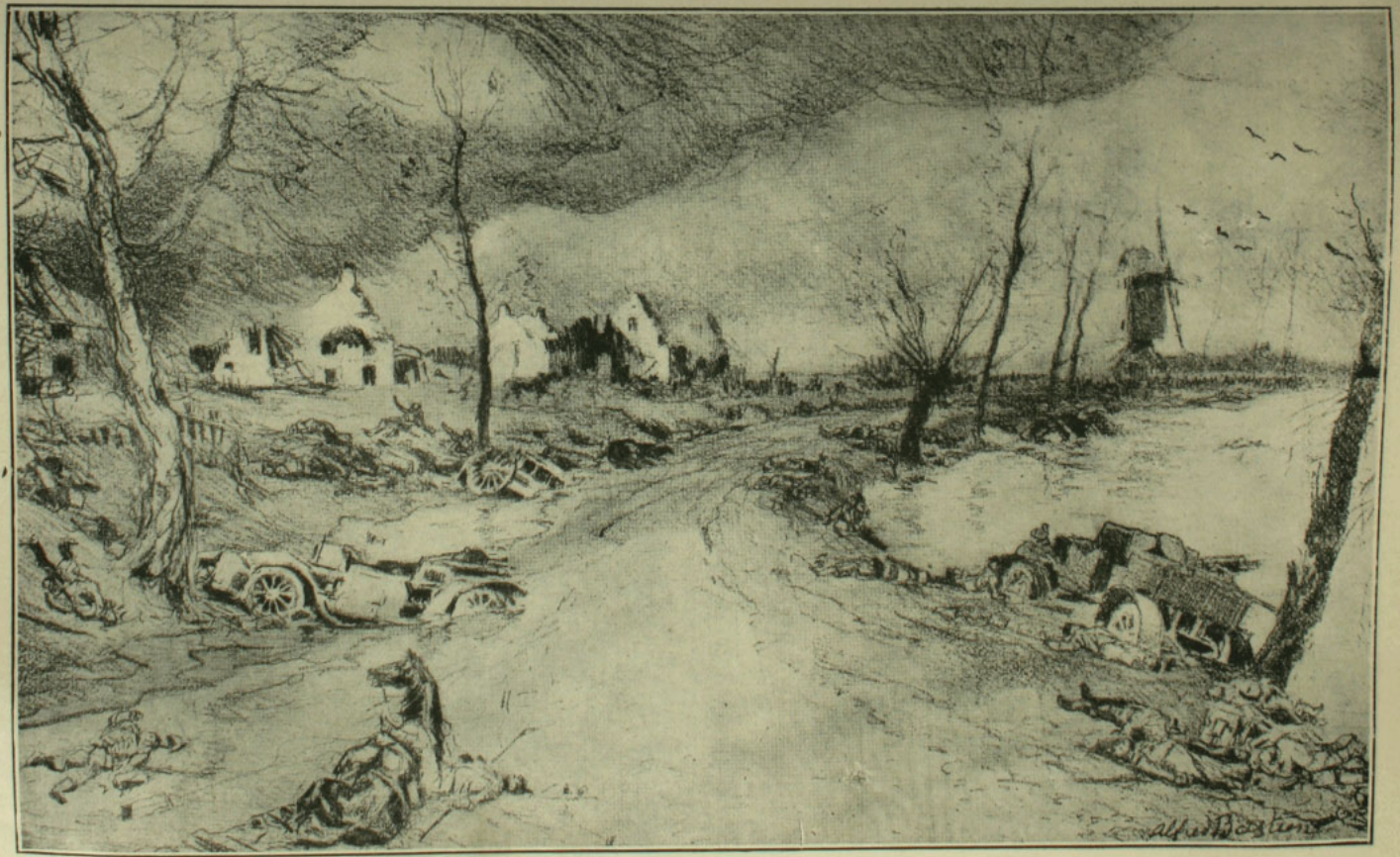
arzobispo de Malinas, hecho prisionero por los alemanes. En su pastoral a los católicos belgas les había dicho que no debían obediencia a una autoridad ilegal; la única autoridad en Bélgica, agregaba, pertenece al Rey, el gobierno, a la representación nacional"
Esta enérgica actitud del insigne prelado ha sido causa de la indignación de los alemanes, que tomaron preso al venerable Cardenal

EL PAPA BENEDICTO XV.

que inspirándose en la caridad cristiana ha propuesto a los beligerantes el canje de los prisioneros inutilizados. Sus proposiciones fueron aceptadas simultáneamente por Alemania y Gran Bretaña el 31 de diciembre. Las demás han respondido en igual forma. Gracias a esta benéfica actitud del Padre de la cristiandad miles de desgraciados que gemirían en la miseria y el abandono, podrán siquiera endulzar su desgracia en su patria junto a los suyos



Uno de los cañones de tiro rápido del "Sydney" de la escuadra australiana, que batió al crucero alemán "Emden" en el mar Indico. El curioso aspecto del cañón se debe al recalentamiento producido por la rapidez del tiro, lo que produjo el "descascaramiento" de la pintura

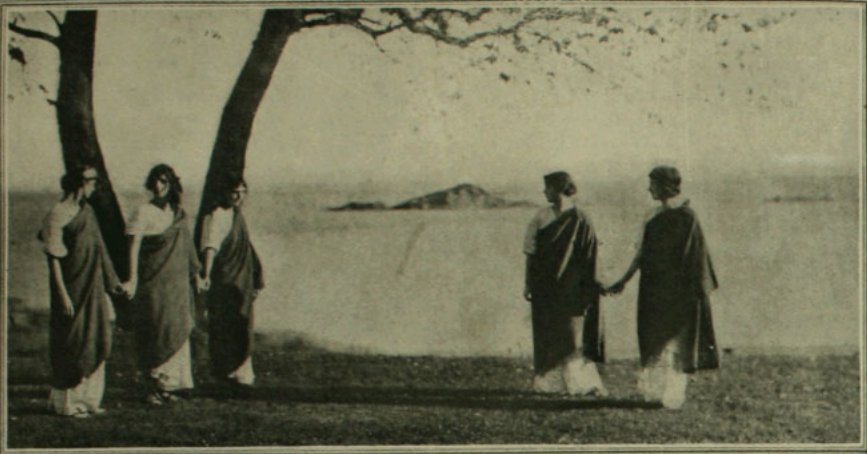


Donde fueron asaltadas las tropas alemanas por las fuerzas de mar y tierra de los aliados

Servicio de patrullas de caballería austro-húngaro

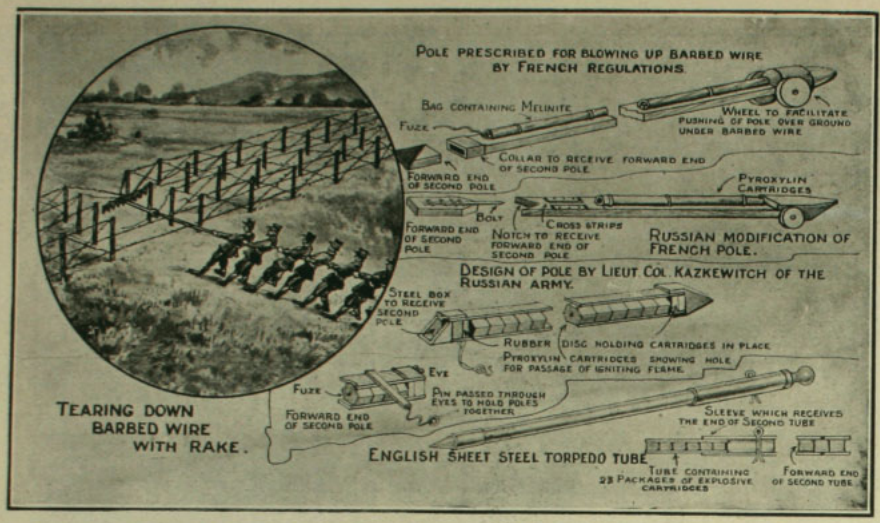
Invierno en Bélgica.—Soldados alemanes en las dunas

EL CIERRE DE LA BOLSA.—La perspectiva de la gran conflagración europea causó naturalmente la baja en los productos comerciales, cuya salida no se realizaba sino a precios ruinosos. Para prevenir una baja aún más peligrosa, los bancos de Londres exigieron la clausura de la Bolsa y por consiguiente toda suspensión de negocio con tiendas y almacenes hasta que se despejase el horizonte internacional. Esta extrema medida tomada en 31 de julio no causó ninguna sorpresa en la ciudad ni produjo el pánico. Nuestro grabado representa una multitud de corredores de Bolsa en la Throgmorton Street, Londres, inmediatamente después del cierre de la Bolsa

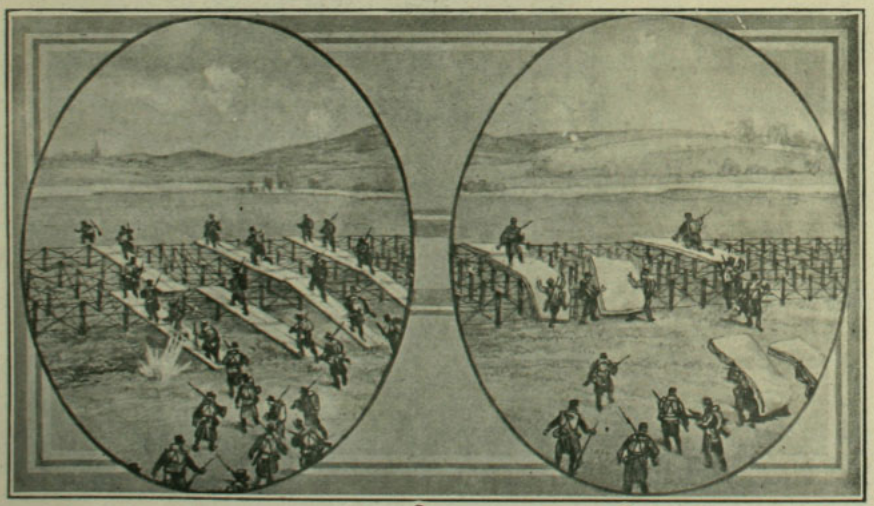


Isadora Duncan, la más célebre de las representantes de las danzas clásicas, mantiene una escuela en un viejo castillo de los alrededores de París. Ultimamente ha pasado a Estados Unidos y ha fundado cerca de Nueva York, una nueva escuela de su género especialísimo, donde se perfeccionan muchachitas y jóvenes americanas, inglesas, alemanas y rusas. Algunas pasan de diez años de edad

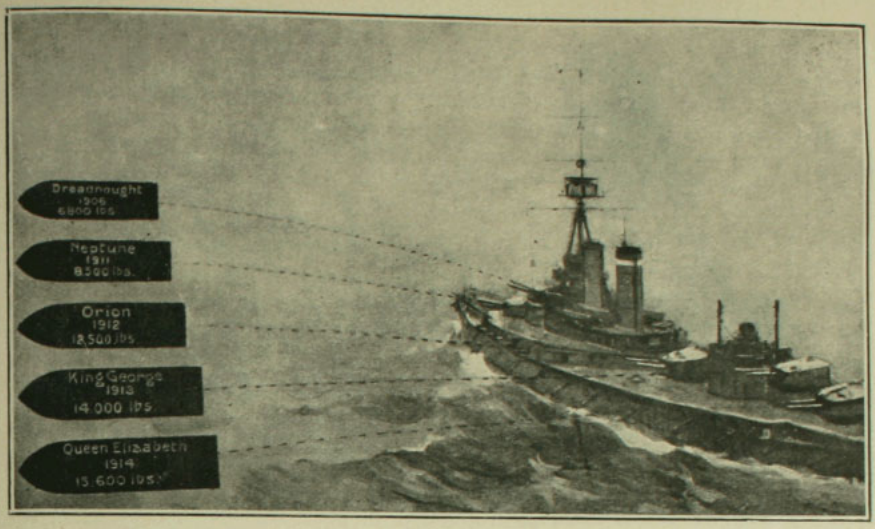
MANIFESTACIONES EN PETROGRAD.—Cuando Austria declaró la guerra a Serbia en 28 de julio, Rusia ordenó la movilización parcial de su ejército. Cuatro días después rechazaba el ultimátum del Kaiser que exigía suspendiese la movilización y el pueblo hacía una imponente manifestación en la Perspectiva Newky aclamando al Czar y pidiendo la guerra.



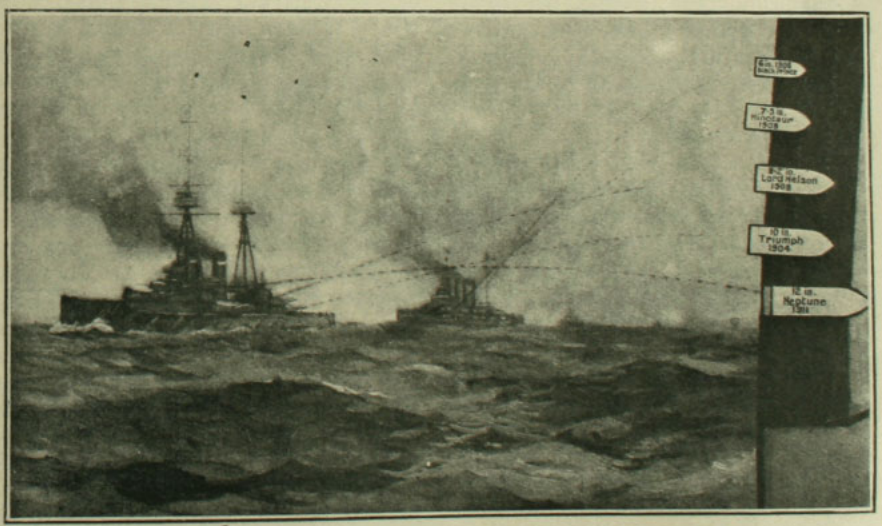
Torpedos terrestres, franceses, ingleses y rusos, destinados a destruir las defensas de alambre. Las defensas de alambres han constituído especialmente en la actual guerra en las trincheras un sistema sumamente útil y aceptado y por lo mismo que se ha visto prácticamente su utilidad y eficacia y que se ha hecho tanto uso de este poderoso medio de defensa, se ha puesto también especial interés en destruirlas, para cuyo efecto los torpedos han jugado un papel importantísimo



Otro sistema para anular esas defensas: salvándolas por medio de entablados o de hojas de zinc



El progreso de los proyectiles en la marina británica. Desde el acorazado "Dreadnought", construído en 1906, que lanzaba balas de un peso de 6,800 libras con cañones de 12 pulgadas, al "Qucen Elizabeth", 1914, cuyos proyectiles de cañones de 15 pulgadas, pesan la enormidad de 15,600 libras



La fuerza de penetración del proyectil, que en 1906 alcanzaba a corazas de acero de 6 pulgadas, llegó en 1911, a traspasar blindajes de 12 pulgadas. Actualmente, se han hecho ensayos a 5,000 yardas sobre corazas de 36 pulgadas

Los Zares de Rusia

Las indiscreciones de los detectives y las memorias publicadas, los viajes al extranjero y las reformas políticas, han descorrido en parte el velo que cubría de misterio las personas de los zares. Nicolás II se ha revelado como un hombre sencillo, aunque de espíritu profundamente tradicionalista. Se ha dicho de él que es un abulico; pero por el contrario parece definirlo mejor la expresión de "doux entéte", de suavemente testarudo con que lo calificara el Presidente Loubet.

La zarina es la dulce mujer de que todos nos hablan, siempre perseguida por un fatal presentimiento. Hija de la gran duquesa de Hesse, y hermana por lo tanto de la viuda del gran duque Sergio y de la esposa del príncipe Enrique de Prusia, fué educada por su madre en un ambiente de sencillez y de cariño familiar. La reina Victoria de Inglaterra, había consagrado a la hija de su hija adorada la gran duquesa de Hesse, una ternura especial. La anciana reina recordaba siempre los tiempos en que su hija le escribía de Darmstad, poco después del nacimiento de la que había de ser la emperatriz Alejandra de Rusia. "Bebé se parece a su hermanito, y tiene el mismo gracioso hoyuelo en la mejilla. Es un rollito de carne que personifica a maravilla el sobrenombre que le hemos puesto de Sunny (solcito)..."

Y algunos días después: "Nosotros queremos llamarla Alix (qué abominablemente pronuncian el nombre de Alice los alemanes). Elena, Luisa, Beatriz; y si usted, querida mamá, lo permite, sería muy de nuestro gusto que Beatriz (otra de las hijas de la reina Victoria, casada con el príncipe de Batenberg) fuera su madrina".

Y esta correspondencia afectuosa y conmovedora continúa a través de los años. El bebé se convierte en una chiquilla juguetona, después en una encantadora adolescente, cuya educación preocupa en extremo a su madre. "Participo de todas vuestras ideas, le dice a la reina Victoria, y a menudo le recuerdo a mi hija las palabras de su ilustre abuela, para hacerle saber qué capital importancia tiene en los príncipes el convencimiento de que no son ni más ni menos que el resto de los mortales, y que toda su superioridad estriba en su valor personal y en la persuación que debe animarles de su doble deber de vivir para los demás y ser un ejemplo de bondad y de modestia".

Los años pasaron, y la hija menor de los duques de Hesse llegó a ser emperatriz de Rusia. En 1901 los zares visitan a Francia y se alojan en el castillo de Compiégne. M. Paoli, encargado por el Gobierno francés de la supervigilancia del servicio secreto, cuenta la siguiente anécdota:

"Al día siguiente de la llegada de nuestros huéspedes, el zar y la zarina, que son muy madrugadores, bajaron al jardín, tomados del brazo. En la esperanza de que el zar cazara, los guardias se habían apresurado durante la noche a llenar el parque de faisanes, de liebres y de ciervos... Trabajo perdido, Nicolás prefirió dar un paseo con la emperatriz.

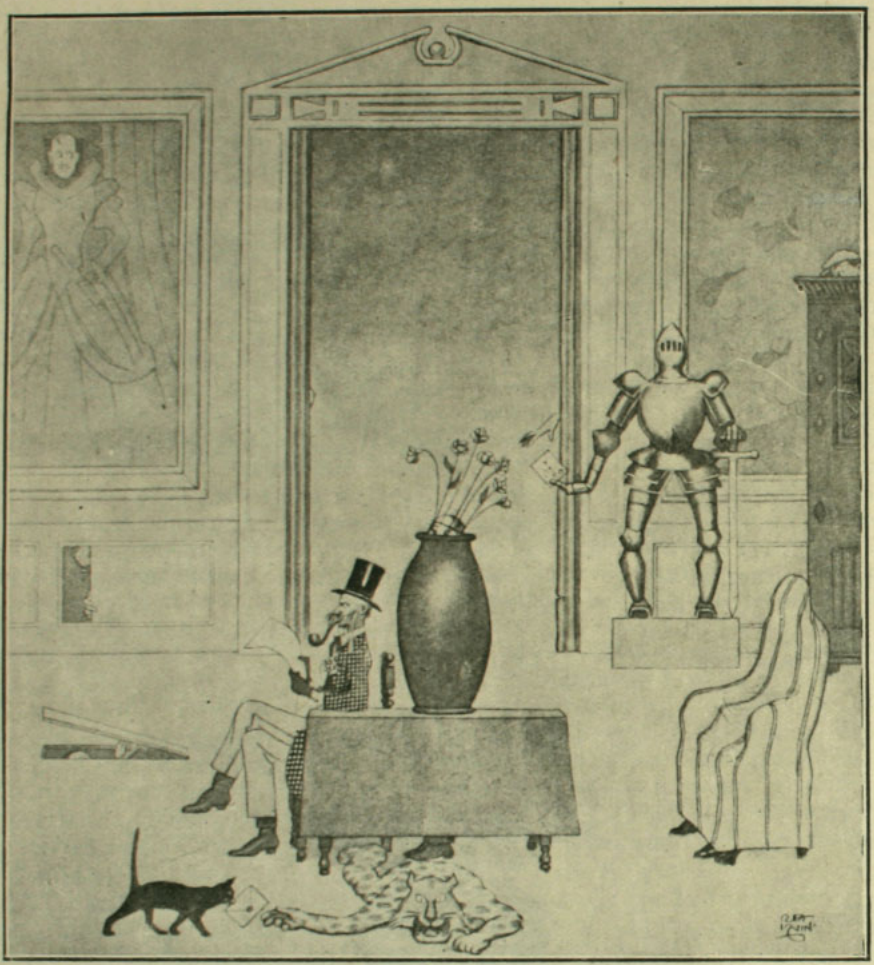
La zarina iba con la cabeza descubierta y llevando en la mano una pequeña máquina fotográfica. Los soberanos, (a quienes espiaba yo tras un macizo) se dirigieron hacia un bosquecillo vecino, con la esperanza (creí yo) de encontrar un paraje solitario, propicio a las expansiones de una pareja enamorada... Pero el eterno protocolo y la engorrosa vigilancia hicieron surgir del bosquecillo 50 hombres de tropa a las órdenes de un subteniente, que les presentaron armas. No les quedó más remedio que revistar a la compañía...

Fracasada la combinación por este lado, los zares ganosos de soledad se dirigieron del contrario; pero cuatro gendarmes surgiendo de entre unos abetos ahuyentaron en los soberanos toda esperanza de aislamiento.

El emperador Nicolás a quien de regreso del paseo preguntaron qué impresión le había producido el bosque, contestó con aire de convencimiento:

—Soberbia. El parque es una delicia. Y a propósito: ahora ya sé qué es lo que ustedes llaman "una propiedad custodiada".

LA CARICATURA TRAGICA



LOS CLUBS DONDE NO QUERIAMOS ENCONTRARNOS.—El Club Sherlock Holmes Club

La influencia de la guerra europea sobre el arte contemporáneo puede estimarse desde luego, ateniéndonos a la producción humorística, o más bien dicho satírica de los dibujantes de caricaturas.

En las letras, el espíritu bélico ha insuflado una exaltación rayana en el delirio, y mientras llegan los días del triunfo para algunos de los pueblos combatientes; el día de los cantos de victoria, de la expansión de todos los optimismos; ¡qué despliegue más impudente de la mentira y del engaño, del bluff y de la calumnia no ha surgido de todas partes! Se diría que una de las primeras manifestaciones del espíritu humano que ha matado la guerra, ha sido la de la veracidad.

Los caricaturistas han dejado de sonreir. Su lápiz trabaja nervioso y violento su risa nos suena forzada por lo bruscamente que pasa del rasgo cómico al trágico, y en toda su obra pone el sello de esta alternativa de esperanzas y temores que sacude a media humanidad.

He aquí, a los alemanes, con el "Simplicissimus" a la cabeza. Los herederos de Heine—Gulbrasson y Olaff—representan ese simbolismo simplificador y cortante de

LOS CLUBS DONDE NO QUERIAMOS ENCONTRARNOS.—El Club de los expertos en la guerra

Schneider y otros grandes dibujantes germanos. La gran revista que fué en otro tiempo el más terrible enemigo del militarismo, es hoy el campeón del odio a Inglaterra. Nunca quizás se ha herido más fríamente que con la punta del lápiz de estos humoristas sombríos, al alma inglesa, sus gustos, sus aficiones, abroquelada como está por rígidas corazas de individualismo y egoísmo.

Ved luego "The Sketch", la moderna encarnación del humour inglés, heredera en vida del caduco "Punch" de Tenniel. Las más sangrientas sátiras del imperialismo del Kaiser, los más corrosivos sarcasmos para la obra de Kultur que ha comenzado por Bélgica, aguzan ahora el ingenio de los hasta ayer inocentes ilustradores de fábulas de estilo infantil o grotesco. El mármol que parecía revestir

el alma británica ha palpitado, y se ha visto cómo lo enrojece una sangre rica en heroísmo y en solidaridad humana.

Hasta "Le Rire" se contagia de la gravedad de las circunstancias, y no silba ni canturrea ya como Gavroche entre el granizo de plomo de las barricadas. Su gracia un poco gruesa, de buen burgués de París, no disimula ahora la emoción del momento supremo que vive la Francia. Odio, esperanza, coraje, resolución serena a fuerza de comprensión del peligro, es lo que palpita entre los rasgos burlescos de la caricatura francesa.

La abierta risa de antaño parece abolida. También los yanquis, niños grandes en la caricatura como en tantas cosas, se han puesto lúgubres y hasta siniestros. Gólgotas sobre fondo rojizo de sangre, pirámides de calaveras, y la muerte—o el Kaiser—encima, como un Tamerlán en cuyo obsequio se hubiese inventado la melinita, el obús, la ametralladora y tanto otro ingenioso instrumento de destrucción rápida y múltiple.

Y es que en cada caricaturista hay un juez, algo impaciente y burlón, pero que empapa su fallo en el **gros bon sens** de la multitud. Mientras los crímenes políticos se reducían a venalidad, a extorsión o a un transfugio de doctrinas; mientras los escándalos sociales no salían del límite del vicio ordinario y de la ridiculez en moda, su lápiz podía correr ligero sin violencia y complacerse en la deformidad sin acritud.

Pero viene un acontecimiento como esta guerra entre cinco de las naciones más ricas y más cultas del mundo, y el ingenio, como la moral, como el arte, caen en el desconcierto de todos sus principios, en la ruina de todas sus previsiones. Y todos se preguntan, guiados por un mismo impulso de justicia distributiva, como en la composición ya célebre: "¿Quién ha muerto a la Paz?"

El espíritu humano siente una necesidad imperativa de indagar el origen de los sucesos, de señalar a un culpable, y todos buscan afanosos, se acusan mutuamente, o desahogan la impotencia del juicio del hombre forzando mitos tan ciegos y tan irresponsables como el Fatum antiguo.

Estamos lejos de la clásica farsa y de la sátira para la diversión de públicos festivos. Geniales en la adivinación aunque con frecuencia simples y rutinarios en sus recursos, algunos caricaturistas anticipan el juicio histórico y concretan en las cuatro líneas de una escena la vasta perspectiva de tragedia del momento presente.

Francia, una y rejuvenecida, que expone el pecho apenas cicatrizado a un nuevo duelo a muerte; Alemania que acomete de frente y por los flancos con la decisión del animal acosado que no ve otra salvación que por encima del cuerpo de sus enemigos; Rusia como saliendo de un largo sueño invernal y extendiendo su pesada zarpa sobre sus vecinos; Inglaterra tendiendo en el mar la red de hierro de sus escuadras... ¿Y quién puede dejar de simbolizar lo trágico en el destino de Bélgica, la víctima inmolada de las discordias de este Olimpo moderno en que guerrean Neptuno, Marte y Minerva?

* *

La intención profunda del caricaturista suele ocultarse, como se dice del "Quijote", bajo un fondo grotesco o burlón. El hecho anunciado en repetidos telegramas, de aquellos ocupantes de trincheras en la línea de batalla franco-alemana que salían de un escondite, levantaban los brazos en señal de paz, y se iban a cambiar provisiones de boca por tabaco o vino, ha servido a uno de los humoristas que copiamos a la vuelta para fijar el espíritu individual, no ya nacional, en esta guerra sin precedentes. ¿No es creíble que hombres de vecinas comarcas, que sufren y ven sufrir iguales rigores, que siguen desde su trinchera la vida de sus "enemigos", lleguen a interesarse por ellos y luego a simpatizar entre sí? Entonces, la camaradería lejana llega sola; primero una misma canción entonada en distinta lengua; luego saludo matinal chapurreado en la lengua extraña, y por último esas visitas furtivas, un apretón de manos, y vuelta a tomar el fusil y apuntar firme! Tal vez sea un absurdo mayor esta guerra sin odios, sin encarnizamiento individual; pero es también algo que habla de la complicación del alma humana y del mundo de sentimientos al parecer opuestos que en ella caben.

Más bien se diría que la guerra no es sino la fuerza desconocida que queda por encima de los hombres, como en la tragedia clásica, y que los sacrifica sin un gesto que altere su impasividad olímpica.

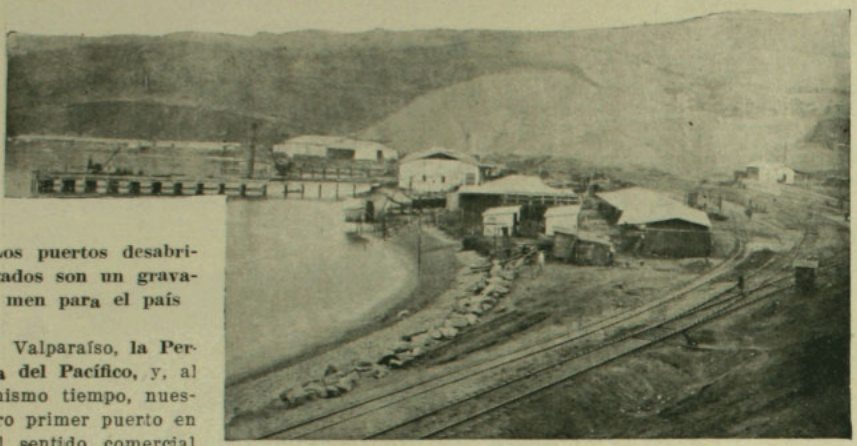
E. M.

Tras larga y paciente propaganda de muchos hombres progresistas, se logró por fin dar comienzo hace dos años a los trabajos preliminares para la construcción del primer gran puerto moderno de Chile. Estos trabajos fueron confiados a una Empresa Constructora Holandesa, y las obras ejecutadas hasta la hora presente dan idea clara de la magnitud de estas obras portuarias. Posteriormente a la iniciación de estos trabajos en el puerto de San Antonio, se iniciaron obras análogas en el puerto de Valparaíso, y, simultáneamente, avanzan los trabajos en ambos puertos, teniendo una configuración muy diferente entre sí, dotándolos tardíamente del abrigo y facilidades necesarias y cuya utilidad manifiesta el progreso de la ingeniería hidráulica había demostrado prácticamente en los principales puertos de las naciones civilizadas del orbe.

Contraste entre las obras de los puertos de Valparaíso y San Antonio

Mientras las exigencias de los presupuestos restringidos no hicieron pesar su influencia decisiva, la Comisión de Puertos había acordado, siguiendo las inspiraciones del ingeniero hidráulico autor del proyecto primitivo, don Gerardo van Brockmann, dar mucho mayor expansión a las obras del puerto en lo que concierne a los malecones de atraque directo de los buques. Estos han sido, desgraciadamente, suprimidos en gran parte, dejando subsistente una pequeña extensión de más o menos 200 metros de longitud, que no puede ser suficiente para las necesidades efectivas del puerto al entregarse éste al tráfico marítimo internacional.

El puerto de San Antonio quedará, en consecuencia, con una bahía muy abrigada, de aguas tranquilas y con una reducida extensión de malecones que no puede ser suficiente para la rápida movilización de la carga de varias naves. Entre tanto, las obras del puerto de Valparaíso, con una extensión mucho mayor de malecones, quedarán desabrigadas y siempre expuestas a las violentas corrientes y a los temporales que agitan las aguas de su bahía y en este contrasentido ninguno de los dos puertos quedará ampliamente utilizable en toda su eficiencia desde el primer momento.



Mirando al puerto desde las dunas de San Antonio

Los puertos desabrigados son un gravamen para el país

Valparaíso, **la Perla del Pacífico**, y, al mismo tiempo, nuestro primer puerto en el sentido comercial de la palabra, carecía, como todos los demás puertos de Chile, de las obras de ingeniería necesarias para dar abrigo, seguridad y rapidez en la movilización de las mercaderías que trafan a sus muelles los buques y vapores que, procedentes de todos los puertos del mundo, hacían el intercambio comercial con nuestra patria. Un temporal o cualquier brusco cambio de tiempo imposibilitan la carga o descarga de las naves en puertos desabrigados y de tal manera influye esta circunstancia en el costo de las mercaderías, que esta misma carencia de comodidades, que dificultaban el fácil acceso de las naves mercantes al puerto de Valparaíso, obligó a las compañías de navegación extranjeras a establecer tarifas especialmente altas para gravar los fletes de aquella carga que venía destinada a Chile.

San Antonio era, asimismo, un puerto sólo en el nombre. Un miserable muelle de madera de 50 metros de extensión, representaba toda la obra de ingeniería que se había ejecutado en su había desierta y desabrigada hasta hace dos años.

Una transformación necesaria

Quien quiera que haya visitado estos parajes hace más de dos años, experimentará, al volver de nuevo, una sensación de sorpresa al observar la rápida transformación que sufren el puerto y sus inmediaciones a impulso del desarrollo y animación que le imparten los actuales trabajos. Al iniciarse éstos en 1912 no había en la población la décima parte de la edificación ahora existente, y si este aumento considerable se ha verificado en dos años, es fácil concebir el desarrollo que tomará en el futuro con la afluencia de las naves mercantes del mundo entero, que aprovecharán las facilidades que les brinda un puerto abrigado y dotado de fáciles medios mecánicos para la movilización rapidísima de su carga.

Y el contraste será notable al estar terminados los trabajos, y al recordar la playa de San Antonio, con su caserío de un centenar de miserables viviendas, transformado todo esto después de 4 ó 5 años, gracias a esfuerzos tesoneros, en un hermoso puerto moderno dotado de diques, molos y malecones de millares de metros de extensión, con máquinas poderosas para facilitar la carga y descarga de las mercaderías y utilizando grandes extensiones de tierras arrebatadas a las turbulentas aguas del océano, y en cuyo sitio se levantarán enormes y suntuosos edificios.

Si ahora, soñando despiertos, nos imaginamos ver destacarse en la tersa superficie de color de esmeralda de las tranquilas aguas del puerto, numerosas naves: buques de vela, vapores mercantes, grandes transatlánticos de todas las naciones del mundo, que acuden a cambiar sus productos con los de nuestro suelo, en aquel mismo puerto que sirvió durante largos años sólo para embarcar reos en la goleta "Alejandro Selkirk" para transportarlos a la Colonia Penal de Juan Fernández, el con-

traste es altamente consolador para el progreso del país!

¡Y cuál no será la íntima satisfacción para nuestra alma chilena si al contemplar aquellas naves mercantes que se mecen suavemente sobre las aguas, veamos flotar en sus mástiles una y varias banderas de nuestra patria amada, viendo paulatinamente el incremento de nuestra marina mercante nacional que tiene en los hijos de este pueblo, esencialmente marino, el elemento que necesita para sus dotaciones, dando a conocer en todos los mares la virilidad y el empuje de nuestra raza!

Los hombres que rigen los destinos del país han comprendido, felizmente, la importancia que tiene para el país el dotar a sus puertos con las obras imprescindibles para que merezcan el nombre de tales y existen ya estudios completos para realizarlas en los puertos que se encuentran a lo largo de nuestra extendida costa. Arica, Antofagasta, Valparaíso, San Antonio. Lebu, Constitución, Talcahuano y Valdivia, sufrirán las transformaciones de una nueva era de progresos portuarios.

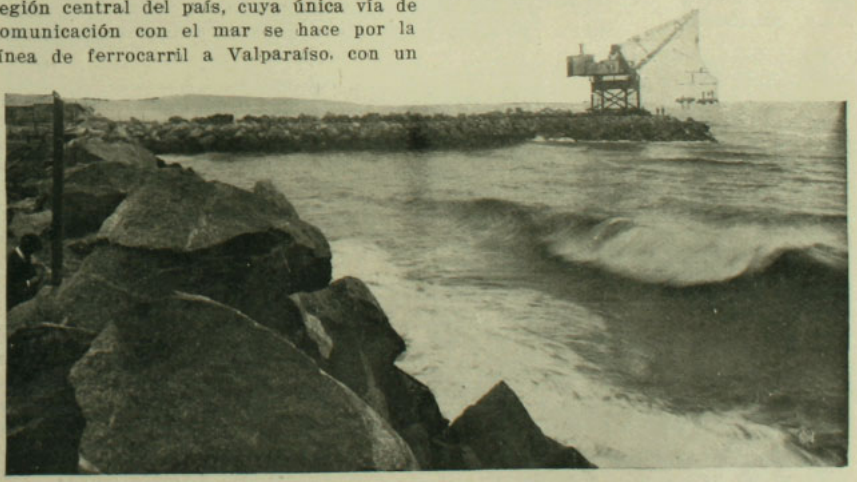
I

El puerto de San Antonio, situado en la provincia de Santiago, a 113 kilómetros de distancia de la capital de Chile, contribuirá, en un grado imposible de imaginar en toda su intensidad, a incrementar enormemente el desarrollo del comercio de la región central del país, cuya única vía de comunicación con el mar se hace por la línea de ferrocarril a Valparaíso, con un gran recargo de fletes en las mercaderías transportadas, siguiendo un largo recorrido en una línea de costosa explotación, debido a la naturaleza accidentada del terreno que ella cruza.

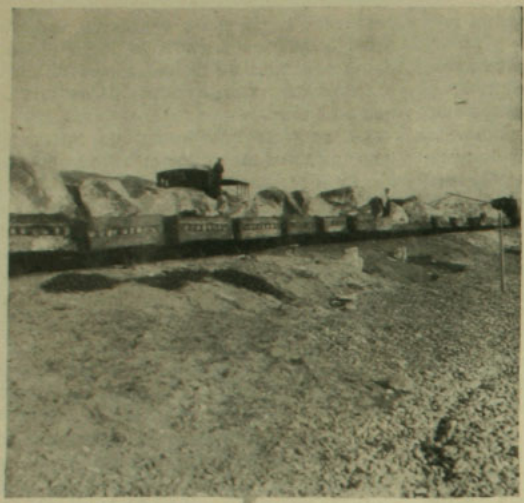
La iniciación del ramal de ferrocarril que unirá, en breve, las estaciones de Paine, en el ferrocarril central y de Talagante en el ramal de San Antonio, extenderá el radio de esa extensa y rica región exportadora de productos agrícolas, evitando así la congestión excesiva en un solo punto, y al aumentar la rápida movilización disminuirá el costo de los productos o mercaderías.

Otro elemento de progreso y beneficio para esta región en que está situado el puerto de San Antonio, lo constituye la población veraniega que afluye cada día en mayor número a aspirar las frescas brisas del mar. En el transcurso de pocos años hemos visto surgir en las inmediaciones de San Antonio, a la orilla del mar, utilizando las playas más apropiadas, diversas poblaciones, entre las cuales descuella por la belleza de su bahía, el pintoresco balneario en germen de Cartagena. Llo-Lleo, Las Cruces, El Tabo, ven incrementar día a día su población, que seguirá, indudablemente, en progresión creciente, a medida que aumente la facilidad de los medios de transporte.

En las nacientes poblaciones de esta región, destinada a sufrir tantas transformaciones benéficas, todo se resiente de la fal-

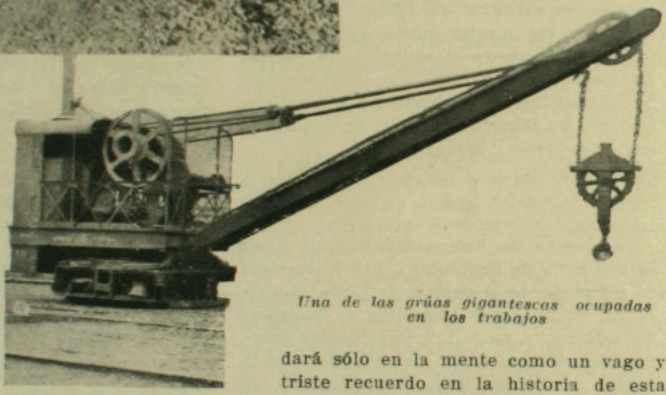


El avance hacia el interior del mar del "Gran Molo". En el extremo se puede ver el "Titán" empleado para la colocación de las rocas y bloques de cemento en el mar



Ferrocarril cargado con grandes bloques de cerro para la construcción del muelle

ta de organización y comodidad que es natural encontrar en poblaciones de mayor vida. Faltan caminos, faltan hoteles para los viajeros, que acuden a millares, hay poquísimas casas dotadas de las comodidades necesarias; es preciso cruzar senderos pisando trozos de piedras y arena movediza; pero, sobre todo esto, surgen poco a poco del revuelto caso algunas casas de buen gusto arquitectónico, las calles se nivelan y se pavimentan; los hoteles mejoran con la competencia sus servicios y gradualmente se transforma un villorrio en ciudad moderna. Y la hecatombe del 16 de agosto de 1898, que sepultó bajo los cerros de arena gran parte de la población de San Antonio, que-



Una de las grúas gigantescas ocupadas en los trabajos

dará sólo en la mente como un vago y triste recuerdo en la historia de esta naciente población destinada a tan brillante porvenir.

Transformando un trozo de mar en tierra firme

II

Las obras del puerto de San Antonio, se ejecutan en una extensión de dos kilómetros, a lo largo de una bahía que está aún abierta a los fuertes vientos del Sur, mientras avanza la construcción del gran molo, que se internará en una extensión de 1,450 metros hacia el interior del mar.

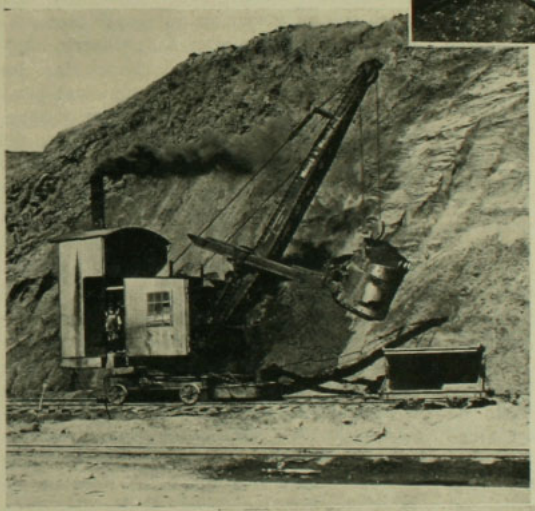
Bajo la dirección inmediata del gerente de la Empresa Constructora, señor W. Kamp, y del director fiscal, don Eduardo Reyes Cox, los trabajos se ejecutan con febril y constante actividad con el concurso de un millar de operarios de los más diversos oficios.

A pesar del estado incipiente de los trabajos, el puerto ha entrado en explotación provisoria y varias naves, entre ellas el vapor inglés "Pruth", han

hecho embarques de mercaderías con gran rapidez. A proncipios de septiembre del año 1914, este vapor embarcó, en el espacio de una semana, 35,000 sacos de cebada, con un promedio de 7,000 sacos diarios, aprovechando las grúas y andariveles ya existentes.

La Braden Coopper Company, que explota los minerales de cobre de "El Teniente", y los Ferrocarriles del Estado ocupan constantemente la facilidad de carga y descarga del carbón y otros materiales. La Empresa de los Ferrocarriles del Estado obtiene en esta forma una gran economía de fletes en el consumo de carbón y grandes facilidades para su rápida movilización. Con la

En las canteras.— Perforadora que funciona por medio del aire comprimido

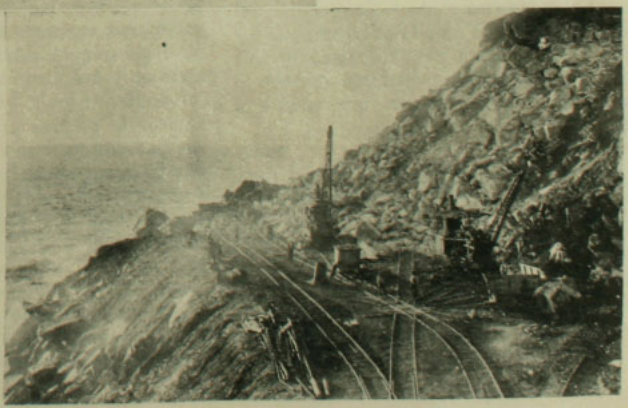


Gran pala mecánica

construcción de una carbonera automática de descarga mecánica, que recién se empieza, pueden movilizarse 3,000 toneladas de carbón, diariamente, servida por 3 vías férreas, a las cuales se vaciará éste por su propio peso.

Los Ferrocarriles del Estado consumen en la sección comprendida entre las estaciones de Tiltil y Curicó, alrededor de 200 mil toneladas de carbón cada año, y la economía de fletes y demás gastos de movilización que obtiene ahora la Empresa, aprovechando el desembarque en el puerto de San Antonio, significa un menor desembolso de un millón de peso cada año.

Dadas las condiciones en que quedará el puerto, se estima que el costo de cada to-



Canteras entre San Antonio y Cartagena y de las cuales extraen las rocas para los trabajos

nelada de carga movilizada importará alrededor de $ 2.12 oro de 18 peniques, estimándose en aquella cifra todos los gastos inherentes al transporte de la mercadería a los carros del ferrocarril o a las bodegas del buque. Es indudable que la ventaja de movilizar la carga por este puerto, en vez de emplear el de Valparaíso u otros, atraerá al comercio que paga actualmente alrededor de 10 la tonelada en aquel puerto.

El Gran Molo rompe-olas

El rompe-olas lateral, que encierra una superficie de 80 hectáreas de aguas abrigadas, avanza paulatinamente hacia el interior del mar, oponiendo su sólida masa de enrocados artificiales al furioso embate de las olas. Trabaja en el extremo de este dique una gigantesca máquina llamada Titán, que desarrolla un poder de 45 toneladas, fuerza suficiente para volcar en un mismo instante en el fondo del mar dos carros cargados con rocas. Las líneas del ferrocarril de explotación de las obras, recorren las diversas secciones del puerto en todas direcciones, llevando las masas de rocas en carros especiales hasta las mismas tenazas del Titán, que se yergue a la orilla de las aguas, las que se estrellan amenazantes contra su base. El Titán puede colocar, diariamente, en el fondo del mar una masa de enrocados de 600 metros cúbicos, y gracias al gran poder de esta máquina, el dique rompeolas avanza en forma visible, para llegar a la longitud total proyectada de 1,450 metros, alcanzando profundidades hasta de 11 metros de hondura en el primer brazo de 700 metros y de 13 metros en el segundo. Entre el extremo de este gran molo o rompe-olas, que cerrará el límite norte del puerto, habrá una amplia abertura, que alcanza una anchura de 650 metros y que servirá de inmensa puerta de entrada a las naves y embarcaciones que entren al puerto abrigado y seguro.

Los terraplenes

Basta dar una rápida mirada a las láminas que acompañamos, mostrando el corte transversal de estas gigantescas vallas opuestas al océano para tener un cabal concepto de la grandiosidad del trabajo de arrebatar al mar su propiedad, no disputada hasta ahora. A cada instante vuelve el océano a estrellar sus olas ansiosas de extenderse por la arenosa playa, que ya ha desaparecido, quedando reemplazada la líquida llanura por una ancha faja de tierra firme, que alcanza en ciertos sitios varios centenares de metros. Estos terrenos arrebatados al mar serán vendidos en pública subasta y pronto se alzarán en aquellos sitios soberbios edificios modernos, como no pudo entrever el más audaz soñador de espíritu progresista. La superficie total de los terrenos aprovechables alcanza a treinta y cinco hectáreas, y el producto de su venta, es probable, alcanzará a reembolsar más de la mitad del valor total de esta obra gigantesca. ¿Qué pensarán de esto los espíritus retrógrados, que jamás se avienen a aceptar con buen humor estas obras reproductivas, de utilidad demostrada, que traen con su ejecución un mayor bienestar para los hijos de Chile? Es necesario habituar a ciertos hombres a contemplar los cuadros reales del progreso material benéfico para que puedan comprender y aceptar en silencio el lento avance del carro del progreso, que trae consigo un ambiente de mejoramiento social, que el aumento de la riqueza produce necesariamente.

Las Canteras

Hacia el costado norte, entre San Antonio y Cartagena, a la orilla del mar, se levantan los cerros de enrocados, de los cuales se extrae la piedra apropiada para los diversos trabajos del puerto. En ella funcionan las perforadoras movidas por acción del aire comprimido, aparatos que perforan las rocas para introducir los tiros de explosivos. En estas faenas se ha disparado polvorazos cargados con 9 toneladas de explosivos, que al estallar, esparcen por los aires en todas direcciones, una masa de rocas equivalentes a cerca de 30,000 metros cúbicos de piedras utilizables para los muros y 5,000 metros cúbicos de desmontes, que se emplean en rellenar terraplenes.

En la faena de rellenar terraplenes se trabaja con una gran pala a vapor que puede mover diariamente 600 metros cúbicos de materiales, llegando a cubrir, en el espacio de un día, mil metros cúbicos con la ayuda de algunas cuadrillas de operarios. Esta pala a vapor funciona moviéndose por los rieles de las vías férreas.

Perturbaciones ocasionadas por la guerra europea

La Dirección Fiscal ha hecho los mejores esfuerzos, recompensados con éxito halagador, para evitar el entorpecimiento de los trabajos a raíz de la crisis producida por la situación europea, y a pesar de la situación general de decaimiento, los trabajos continúan en el puerto de San Antonio en su forma normal. Hay suficiente existencia de maquinarias y otros elementos de trabajo; suficiente carbón para varios meses, y en cuanto al cemento, material que se emplea en enormes cantidades para la fabricación de los grandes bloques de concreto, éste es proporcionado por las fábricas nacionales de El Melón, que pueden rendir enormes cantidades de este artículo.

El aspecto del puerto, con sus numerosas cuadrillas de trabajadores, hace una agradable impresión al espíritu, observando esta colmena humana que lucha contra el mar en una tarea gigantesca por sus proporciones y altamente beneficiosa en sus resultados. Las frescas brisas marinas vivifican aquí los organismos y alientan a los hombres a perseverar en su taera incesante contra el mar; oponiendo al empuje formidable de las olas el empuje de la resolución y del ingenio humanos. En estos sitios parece que la desesperación creada por la actual crisis, que ha paralizado tantas industrias, no agita aquí sus negras alas.

Fabricación de los bloques de concreto

En el paraje denominado Barrancas entre las playas de Llo-Lleo y San Antonio, frente al punto en que arranca desde la costa la muralla del rompe-olas o Gran Molo, que tiene ya más de una cuadra de extensión, se encuentran las instalaciones de la fábrica y cancha donde se construyen los enormes bloques de concreto que tienen un peso de cuarenta toneladas métricas. Estos bloques sirven para el revestimiento o defensa de los diques y rompe-olas y su fabricación se efectúa con la ayuda de una betonera eléctrica. Diariamente pueden producirse, aprovechando el trabajo nocturno, diez o doce bloques, y estas grandes moles, constituyen el principal fundamento para la defensa de los malecones contra el constante oleaje.

Diversas conformaciones de los diques

El Gran Molo tiene dos configuraciones: con parapeto y sin parapeto; el molo lateral consta de dos partes diversas: la parte espaldeada por los terraplenes y la parte libre; el molo de atraque consta de una sólida masa de bloques artificiales, que lo defienden por el lado del mar; un amplio terraplén de más de 50 metros de anchura con una espaciosa calle, líneas de ferrocarril, bodegas y una muralla al lado interior del puerto abrigado, que sostiene en su cúspide las grúas que sirven para depositar en los buques, o extraer de ellos, la carga que es necesario movilizar.

La base de los molos tiene más de 50 metros de anchura y está cimentada en el lecho sólido del fondo del mar que ha sido dragado de antemano.

Dentro de 30 meses el moderno puerto de San Antonio llegará a ser una gran metrópoli comercial. Varios kilómetros de malecones y muelles se verán recorridos por locomotoras y vagones; las grúas en constante movimiento ayudarán la movilización de las mercaderías y las embarcaciones de todo género introducirán una nota animada a la nueva era que se inicia y que servirá de lección objetiva para producir iguales transformaciones en los demás puertos de la República.

LOS CANTOS DEL SCOUT

MATINAL

La tierra es una rosa, abierta
con este sol al existir,
tal su fruición cantando al cielo
la gloria inmensa del vivir.
Grita la tierra sus vigores,
de nuestros cuerpos a través.
Con el orgullo de las madres,
mira pasar la esplendidez.
De nuestros cuerpos irradiando
su triunfadora juventud,
y la alianza que encarnamos
de la potencia y la virtud.
Se ensancha el pecho en su anhelo
por recoger el esplendor
de esta alborada de prodigio
que hasta en las piedras pone amor.
Con las agujas de sus torres,
se va perdiendo la ciudad,
y en plena sede penetramos
de la campestre soledad.
A nuestro paso quiere el árbol
la húmeda veste sacudir
y es el bañarnos en rocío
modo gentil de bendecir.
Y nos bendicen con el árbol
la suave alondra en su cantar
y hasta la hierba del sendero,
que con placer se deja hollar.
En donde se abre el horizonte
límpido y ancho como un mar,
las puntiagudas carpas blancas,
al caer la tarde, se han de alzar.
Ya fatigados dormiremos,
los rostros vueltos al fulgor
del firmamento constelado,
pupila enorme del Señor!
Vamos cantando en un delirio,
por estas sendas de ilusión;
si el labio al himno niega paso,
nos va a estallar el corazón!

GABRIELA MISTRAL.

CONGRESO DE PAZ

Por

Ernesto Montenegro

El Gallo	Un Caballo
El Perro	Un Lobo
El Buey	Los Cuervos

El corral de una granja de Lorena, después de la invasión. Próximo el amanecer, una claridad más rojiza que la del alba se transparenta detrás del bosque, más allá del río. Entre las ruinas del cobertizo que blanquea la luna encendiendo en la nieve pálidas llamaradas, el Gallo despierta sobresaltado, y al resplandor del incendio lejano, comienza a anunciar el día: Co-co...

El Perro. — ¡Chit! que vas a despertar al amo, haciéndole creer que lo ha sorprendido el sol.

El Gallo.—Entonces, ¿esa luz?

El Perro.—El molino, ahora: son los hombres que llegan del lado de donde sopla el frío.

El Buey.—Por eso han necesitado quemar todo el pueblo para desentumecerse?

El Gallo.—¡Las hogueras! Todavía veo a aquellos bárbaros poner al fuego mis gallinas con plumas y todo. Solo, ya no podré probar que soy el amo del gallinero...

El Perro.—Aprende al buey a tener conformidad...

El Gallo.—Pero es que yo no he nacido para tareas viles; la raza de los guerreros está destinada a la lucha y al amor. Así, mientras el Hombre nos imitó, sus guerras eran algo que valía la pena de verse. Ahora se agazapa como el zorro, o como el ratero que entra a escondidas al corral, hiere de lejos con las piedras que silban. Uno contra uno y frente a frente, es la Ley de la Rueda, la Ley del Mundo.

El Buey.—Cuando se excita la cólera del Hombre, vengará la ofensa en cualquiera. Si el amo reprende al peón, yo sé quién ha de pagarlo en sus costillas...

El Perro.—El Hombre es valiente y gusta de ver correr la sangre; pero, si puede, matará sin riesgo. Conozco de sobra sus aficiones; recorrer a largos trancos los caminos fangosos, mientras los árboles salpican de lluvia mi pelaje que vaporiza; y cuando su escopeta habla, los pájaros caen muertos de miedo. Así se ejercita para cazar hombres.

El Buey.—El perro tiene lengua de adulador, y por eso, aunque yo soy más útil, el Hombre lo prefiere.

El Perro.—No te quejes; también suele preferirte a ti... al asador. Vaya! crees que yo no sirvo de nada, porque no eres capaz de apreciar una ocupación intelectual; mi oficio es ladrar. Las inflexiones de mi voz dicen a mi señor si la visita que llega es grata o no, si merodean ladrones o si he descubierto una buena caza.

El Buey.—¡Hem! Como si no lo viéramos toda su vida saltando a las narices del ganado pacífico; moviendo su endiablada cola en torno a las mesas bien servidas; o aullando a la luna en noches de nublado, para hacernos creer ¡el farsante! que conversa con los espíritus. Ahora mismo, ¿no se lo ha pasado gimiendo como si tuviera un cólico?

El Perro.—¡Ah, la tremenda pesadilla! Me he visto con Triboulet, el dogo del castillo, en el llano que se pierde del otro lado del pueblo, donde ayer tronaba y re-

lampagueaba como en una tempestad. Luego estuvimos junto a un barranco de donde sobresalían correas de montura y paños con galones de oro, entre un olor de matadero. De unos lobos que hundían el hocico en aquel montón en que algo se agitaba todavía, los dos más corpulentos se vinieron sobre nosotros. Triboulet se dejó tomar del lomo, dió suelta a su pellejo y saltando de costado aferró a su enemigo de la nuca.

El Gallo.—¡Buena treta! ¿Y tú?

El Perro.—Yo había rodado a brazo partido con el otro lobo, nos habíamos enderezado sobre las patas y habíamos caído de nuevo. Sentía sus colmillos como puntos de fuego en mis lomos; pero mis dientes molían la carne y los nervios debajo de su pellejo cerdoso. El alarido del lobo que tenía aferrado Triboulet fué callando poco a poco y se cortó de repente, mientras que yo veía a los demás sentados en círculo esperando indiferentemente cuál sería el vencido para comérselo. Pero al verme sacudir a su camarada como a un despojo que se saca de la basura, fueron desapareciendo en silencio.

En sueños me habrá venido olor de lobos que merodean por aquí...

El Gallo.—Al fin ustedes no han olvidado el buen estilo en la pelea. ¡Pero el Hombre! Sus guerras no valen una apuesta. Ah, cuando peleaba por causas nobles como el honor del penacho, la posesión de la hembra o la ocupación del primer puesto en la escala (la escala social, como él dice) hizo de la guerra una ocupación digna de los que no tenían ninguna. Uno de mis abuelos vió en su juventud pueblos como esos. Llevaban sables curvos por el estilo de nuestras espuelas, tenían una numerosa corte de hembras y vivían para la guerra y el placer. Mientras permanecieron fieles a nuestras costumbres, fueron temidos y envidiados. Pero desde la invención del pacifismo, del socialismo (y de otros tan funestos ismos como el aneurisma), hasta la abolición de la poligamia, todo ha decaído para ellos. ¡Y ahora con el Feminismo! ¡Puah!

ESCENA II

El Perro.—¡Eh, quién llega!

Un Caballo. (*Salpicado de espuma y de sangre, remata tembloroso en medio del recinto*).—¡Uf! un rincón del corral para descansar y un poco de agua fresca, es todo lo que pido, amigos... Vengo de la batalla!

El Perro.—Dime, ¿qué fué de tu jinete?

El Caballo.—En lo más recio de la carga soltó las riendas, resbaló de la montura y quedó allí con la cara descolorida y la boca sanguinolenta.

El Gallo.—Cuenta de los demás, háblanos de la pelea.

El Caballo.—Cargábamos en tropel, en una carrera desenfrenada que nos llevó por encima del enemigo como por un campo de espigas tiernas todavía; nos hundíamos en algo blando y resbaladizo, otros caballos huían a escape y muchos enloquecidos volvían a sumirse en el combate arrastrando a sus jinetes o sus propias entrañas, mientras derribaban a los contrarios con manotadas frenéticas.

El Perro.—Debiste volver al lado de tu amo.

El Caballo.—¡Era un valiente! Las espuelas no le temblaron a la voz de la carga, y no tuvo más que un instante de recogimiento. Yo también recordé las escapadas que hacíamos del cuartel a la casa donde nos esperaba su compañera, que se recostaba en mi cuello, y los rubios juguetones que se empinaban a darme papirotes en la nariz, y terrones de azúcar.

El Perro.—¡Ah, los niños! (*Se levanta con inquietud, la nariz al aire, y se queda junto a la brecha*).

El Caballo.—Se hacía la noche y tuve miedo del hombre. Además, entre el resplandor de la nieve me pareció distinguir la mirada amarillenta del lobo. Sus aullidos me acuchillaban las ancas...

El Perro. (*Saltando sobre los escombros*).—¿Qué buscas aquí?

ESCENA III

Por encima de la brecha asoma un hocico puntiagudo, un pelaje erizado y unos ojillos que a la claridad de la luna brillan como la sangre fresca.

El Lobo.—(*Con melosidad*).—Soy yo, primo.

El Perro. (*Aparte*).—¡El lobo con que me peleaba en sueños!...

El Lobo.—Primo mío, déjame entrar a llevarme ese caballo que me pertenece, y te prometo respetar tu corral.

El Perro.—No puedo dejarte. Mi deber es guardar la casa con todo lo que encierra.

El Lobo.—Lo tomaré por la fuerza. Nosotros tenemos sólidas mandíbulas, dientes bien afilados y digestión excelente; luego tenemos derecho a comer mucho y bien. El apetito no reconoce leyes.

El Gallo. (*Irguiéndose en lo alto de la escala.*—El Perro tiene razón; sería tan necio dejarte entrar como si yo dejara entrar al zorro en el gallinero. Además, la Ley de la Guerra manda respetar el refugio en corral ajeno.

El Lobo.—No hay más ley que la de la Fuerza, y la de la propia conservación. La guerra es la guerra. Simpleza es pedir equidad a la violencia y suavidad al odio. Y la ley es la misma para el Lobo como para el Hombre. *Homo homini lupus;* está en mis clásicos. Si el caballo no tiene dientes afilados ni agudas garras, mientras nosotros las tenemos, esto quiere decir que debes entregarme el caballo.

ESCENA IV

Un cuervo, parándose pesadamente en la barda del corral; de luto riguroso, pero rozagante, como un heredero afortunado. Comienza a graznar a su manera un monótono madrigal:

El Cuervo.—¡Ojos azules; ojos negros — si todos sois grandes—no sé a cuál prefiero!

El Perro.—Ahí tienen uno al que de buena gana le daría un tarascón por su hipocrecía. Su inspiración le sube del buche. ¡Y para éste se matan nuestros dioses!...

Otro Cuervo (*calvo y sentencioso*).—Matar por matar llámase el motivo, honor o venganza, es un crimen. La guerra de los hombres es razonable cuando se hace para comerse a los vencidos. En el centro del Africa, donde voy a pasar los malos inviernos, hay por lo menos más consecuencia que entre los hombres de la piel descolorida.

El Buey (*ingenuamente*).—La guerra es cosa de carniceros que se han vueltos locos.

El Caballo.—La Guerra es algo divino, que está por sobre la voluntad del hombre. Yo los he visto pelear; se baten sin rencor, casi sonrientes, recogen al enemigo, herido en sus brazos. Yo he visto la Guerra, ella sí es terrible; tiene ojos de sangre, lengua de fuego y cabellera de humo. Su voz es más poderosa que la de las tempestades del cielo; **primero véis** el rayo y sólo después formarse la nube.

El Lobo.—La guerra es una de las fuerzas madres de la naturaleza. La guerra es la higiene del mundo.

Los Cuervos—Siempre que la hiena y nosotros lleguemos a tiempo.

El Gallo.—La guerra de los hombres de hoy es absurda. Deben pelear los que han sido criados para la lucha y el peligro. Para eso se les paga y se les alimenta bien. Y si los que riñen son mercaderes, que se tiren a la cabeza sus artefactos, para que los más resistentes les den el triunfo.

El Buey.—¿Y todo para qué? El año que viene la tierra estará más dura y habrá que labrar más tierra.

El Perro.—Y habrá que rehacer la casa hasta el cobertizo donde yo velaba por la noche. Yo pude defender al amo contra un ladrón; pero ¿qué podía hacer contra el tumulto de hombres que llevaban pesadas botas?

El Lobo.—¡Cobardes! almas de lacayos empequeñecidas en el servicio doméstico! Cuando nuestra cabeza o nuestro estómago están amenazados, todos los medios son buenos con tal de salvar la existencia. (*Se adelanta*). Por última vez, ¡piso!

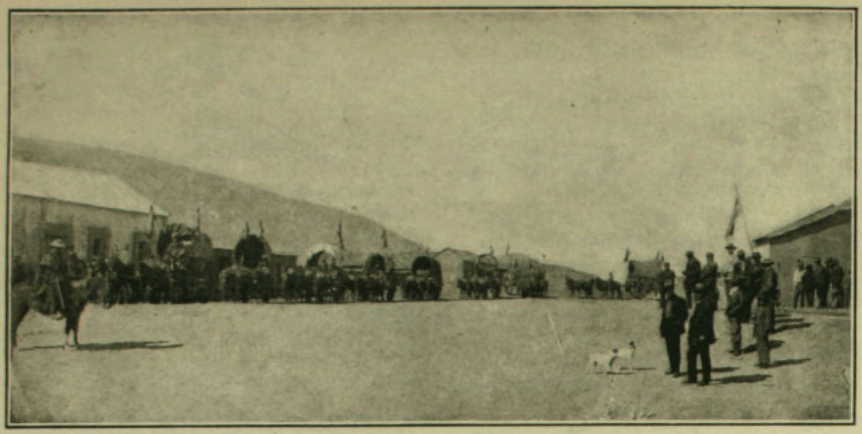
El Perro.—¡Vete! o tendrás que pasar sobre mí.

El Lobo. (*Centelleándole los ojos, crispado el hocico y con una sombría belleza en su ferocidad*).—¡Contra todos, entonces!

Salta prodigiosamente hasta caer sobre el lomo del caballo, que se revuelve enloquecido y sale al fin por la brecha, perdiéndose en la penumbra del amanecer con un largo relincho de agonía.

Al huir, el caballo ha atropellado a su defensor.

FIN



El pueblo agrícola de Huari

DE BOLIVIA

REGION MINERA DE LA CORDILLERA DE LOS AZANAQUES.—LOS PUEBLOS DE HUARI Y CONDO.—TRADICION MINERA.—LA MINA "MARIA TERESA". — EMPRESA CHILENA.—SU GRAN PORVENIR.

Por H. C. T.

Ilustraciones fotográficas

Llegamos a la estación de Huari (F. C. A. B. a 3.720 metros de altura), a las dos y media pasado meridiano, donde nos esperaban con animales de sillas y de carga generosamente ofrecidos por los señores Silva Correa Hermanos de Challapata, a previa insinuación del señor Osvaldo Silva C., de Santiago de Chile.

Después de unos momentos de descanso nos dirigimos al pueblo agrícola de Huari, distante dos y medio kilómetros de la estación de su propio nombre. Es un pequeño pueblo de raza indígena, de unas mil almas, exclusivamente dedicados a faenas agrícolas, situado sobre un lecho de arena como playa marina, al borde del contrafuerte de la majestuosa cordillera de los Azanaques. Tiene una área de cuatrocientas hectáreas regadas por un manantial caudaloso que surge de un próximo cerro situado al Este. Su importancia comercial es conocida por la feria pecuaria que anualmente se celebra el domingo de Cuasimodo, donde se ferian unos quince mil animales entre mulares, vacunos y asnales, procedentes de las provincias del Norte Argentino.

Luego emprendimos la marcha hacia al pueblo de Condo igualmente agricultor, distante de Huari unos tres kilómetros al Sur. Ese pueblo está situado en el contrafuerte de la misma cordillera en la des-

embocadura del río de su propio nombre.

Condo, tiene una tradición de riqueza mineral rayana a fábula, cuyo fundamento surge en la mina de plata de un Aztete, cura español del siglo XVII.

Visitamos la Iglesia Parroquial, en la cual se atestigua parte de la fábula de los tiempos, por varios objetos del culto, obras de arte sencillo, de plata maciza, obsequios del citado cura, procedente el metal de su mina, y que de estar la tradición se extraía en abundancia de filones de pura barra. Actualmente no se conoce la ubicación de la fabulosa mina, y continuamente se dedican a buscarla los aficionados a los ricos tesoros ocultos. El padre Franciscano Barba del siglo XVII, notable mineralogista, en un libro descriptivo de las regiones minerales del Alto Perú hace mención de la mina de Aztete y de sus prodigiosas riquezas, las que no son de dudar por describirlas autoridad tan verídica y técnica como el mencionado Padre. Además del libro existe la tradición popular, y en el templo testigos son varios candelabros de plata maciza con un peso de menor de veinticinco libras cada uno.

Existe en el mismo templo una obra de arte escultórico muy notable, un Cristo de fines del siglo XVII, cuya expresión de agónico dolor es tan natural que conmueve el alma con sentimiento profundo.

Lo que vi posteriormente en la cordillera de los Azanaques, comprensión del Corregimiento de Condo, juzgo que, la tradición tiene afinidades más próximas a la historia que a la fábula y creo firmemente llegará muy luego a revelarse el emporio de riquezas ingentes de tradición popular.

Con sol ardiente nos introducimos en la quebrada O. E., especie de cañón formado por altos cerros entre distancias variables de treinta a cincuenta metros, siguiendo por camino de herradura bordeando en todo su curso los ribazos del río Condo que corre por alternados niveles sobre compacto lecho rocoso, entre peñascos rodados de las altas cimas. En las faldas bajas de esos cerros sólo se contiene las pajas del pasto de puna de un amarillo seco, y hacia las partes altas se ralean hasta dejar calvas las cumbres porfídicas.

Para el turista o simple viajero que, por vez primera conoce esas regiones, siente de improviso el vértigo de la impresión admirando el majestuoso aspecto de esa naturaleza fosca y bravía, que oculta avara, ingentes riquezas minerales.

Estación de Huari (F. C. A. B.)

Feria pecuaria en Huari

Al atardecer del mismo día llegamos a la mina "María Teresa", donde el señor Estanislao Silva C. nos ofreció cordial hospedaje, brindándonos generosamente los recursos indispensables en aquella solitaria región.

La mina está situada en el cerro Coluyo a 5,125 metros de elevación, a quince kilómetros de Condo, a veinte ídem de la estación Huari al O., y por el N. a veinte ídem de la ciudad de Challapata, capital de la Provincia Abaroa. Fué descubierta en el mes de mayo de 1913 por el señor Oscar Silva C., a insinuaciones técnicas del ingeniero chileno don Juan Bautista Carrasco que vino expresamente de Antofagasta a estudiar la formación geológica de la cordillera de los Azanaques.

En la actualidad es un mineral de fundadas esperanzas para esa región, comercialmente en decadencia, a causa de los F.F. C.C. Río Mulato-Potosí y Machacamarca-Huanuni, los cuales desviaron el comercio sostenido con Sucre Potosí y Uncía.

El camino de Condo a la mina "María Teresa" es de herradura, fácilmente factible en de huella carretera con un gasto máximo aproximado de pesos cinco mil y de garantizada conservación económica por la firmeza del suelo.

Al pie del cerro Coluyo está situado el Ingenio de fábrica manual con capacidad para concentrar por día de doce horas de veinticinco a treinta quintales de barrilla del 62% término medio, en relación con el común general del diez por ciento que en llampus se extrae de la mina. Al presente se benefician ciento cincuenta quintales mensuales, debido a la crisis actual y sólo por mantener el trabajo de exploraciones, reconocimientos y preparaciones para la futura explotación en mayor escala.

El Coluyo afecta a la forma de un cono truncado, y llevando con tendimiento el mayor volumen de cuerpo hacia el S., mientras hacia al N. se presenta casi a pique, es decir vertical. La constitución geológica es notablemente mineralógica; parece una pieza metálica de varios metales fundidos por las tonalidades de metálicos colores. Las capas o extratificaciones superiores las forman las rocas cuarcitas y pizarras metamórficas; formación análoga a la del cerro Chualla grande de Pazña, región mineral estannífera de Avicaya y del Totoral explotada con éxito favorable por dos empresas, una de ellas chilena.

Los trabajos de explotación, están situados sobre la veta real "María Teresa" que cruza de N. a S., partiendo el cerro en dos mitades, desde la base hasta la cum-

bre, y por su carácter exterior se puede deducir será a relativa profundidad un filón de grande potencia. En la falda N. de la cumbre cincuenta metros más abajo trabajan sobre la veta a tajo abierto una gran llampera, de la cual extraen sólo el llampo suficiente para mantener una producción mensual de ciento cincuenta quintales de barrilla. Esos llampos arrojan en comunes generales 7 y 15% de estaño fino y la guía de la llampera 30% ídem del.

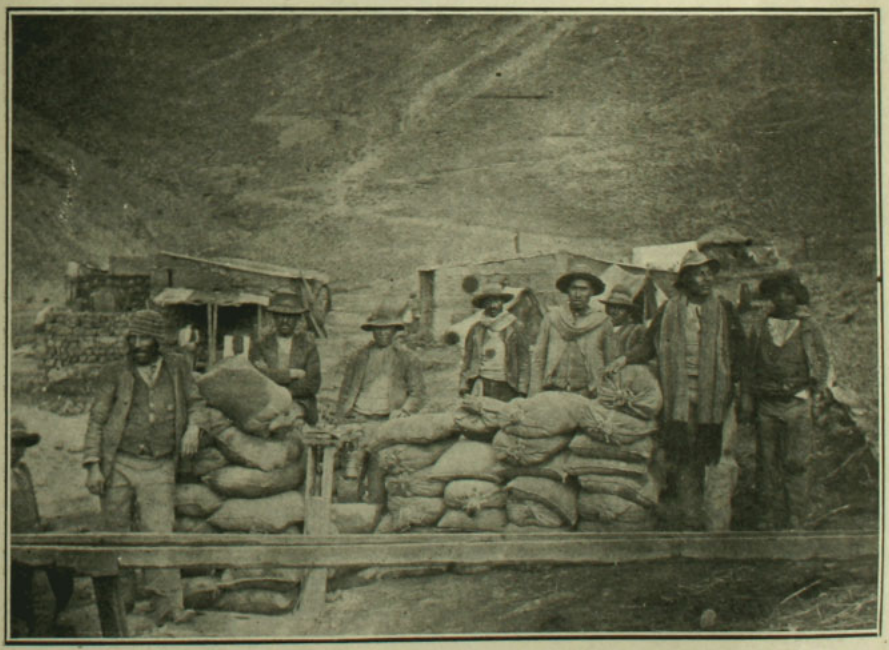
Obsérvese que al plan del tajo abierto se presenta la veta completa y bien consolidada y habiendo preguntado la razón por qué no la explotaban, me dijeron: 1.° por carecer de un buen molino; 2.°, por poca producción nos anticipan en consignación futura $ 20 quintal, valor suficiente para mantener el trabajo actual y el llampo nos sale más económico que la veta; 3.°, el tiempo presente es para la industria estañífera de inciertas expectativas y aunque la producción ahora resulta más económica por la baratura de los braceros, falta el capital suficiente para seguir el trabajo en mayor escala.

La gran veta "María Teresa" corre de manifiesto hacia el N., internándose en la propiedad "Electra", cerro Coluyo Grande, en el cual puede observar otra llampera sobre el curso de la citada veta. Esta propiedad está llamá a un gran porvenir análoga a la descubridora "María Teresa".

Me mostraron otra veta real paralela a la "María Teresa", situada a sesenta metros al E., a la cual la considera de inferior capacidad relativamente a la primera, sin más fundamento teórico y práctico no partir el cerro por el eje como la primera, esa segunda veta a mi juicio, es superior a la "María Teresa" por ciertos caracteres geológicos que observados en las guardas vetas y ser visibles su estructura cruzando otros cerros al N. y al S.

Hay varios picados y reconocimientos en distintos lugares del mismo cerro sobre ramos quizás importantes, pero sin carácter de vetas reales.

Científicamente se puede establecer un grandioso porvenir para la mina "María Teresa", contando con el factor **buena cotización** del estaño, y para cuando tengan establecido un Ingenio mecánico con andarivel, previa construcción del camino ca-



En la gran veta María Teresa del cerro Coluyo

rretero, y a propósitos me permitiré criticar la situación del Ingenio actual, debiendo edificar el futuro electromecánico sobre el propio Río Condo a unos quinientos metros más al N.

Leí dos informes técnicos producidos por los competentes señores Martínez y Marrú, distanciados un año uno de otro y ambos están de acuerdo técnicamente en la bondad de la mina; en dos estudios de ciencia y consciencia regulados por la prudencia que aconseja todo mineral nuevo.

La región es generalmente fría durante unos diez meses del año. Por las noches, y por las mañanas a la salida del sol, se siente un frío metálico, característico de la cordillera mineral.

Sus recursos de combustible son abundantes en yareta, tola, taquia y queñua.

Los caminos de la región recorrida forman lamentable contraste: caminos pobres sobre suelos ricos.

Antofagasta, noviembre de 1914.

Comunicaciones de los Espíritus

(Del "Cosmopolitan").

Con ilustraciones.

¿Pueden, acaso, los muertos comunicarse con nosotros? ¿Existen en el sentido de continuar en alguna forma su existencia terrenal?

"Evidentemente que sí", afirmó un grupo selecto de entusiastas investigadores, "y estamos en contacto directo con ellos".

Estas investigaciones científicas fueron iniciadas en Inglaterra, pero hoy día una gran parte de esta labor se prosigue en los Estados Unidos. El presidente de la Sociedad Americana de Investigación Psíquica, el señor James H. Hyslop, está en diaria comunicación con un grupo de espíritus de hombres que fueron antes en la tierra colaboradores suyos en la misma tarea y los cuales continúan su ayuda desde las regiones desconocidas contribuyendo a ensanchar el campo de los conocimientos humanos. Estos espíritus mandan y reciben mensajes; hablan y escuchan; hacen comentarios jocosos y ligeros; o discuten graves cuestiones filosóficas o científicas, cayendo, a menudo, en acaloradas polémicas en las cuales mezclan la ironía y la invectiva, es decir, se conducen tal como seres humanos.

El doctor Hyslop no sostiene teoría religiosa alguna acerca de estos fenómenos. Sus investigaciones persiguen un objeto meramente científico: aumentar los conocimientos humanos.

¿Qué se ha descubierto últimamente? ¿Qué hay de nuevo en los conocimientos del más allá? Hay un hecho que ha permanecido ignorado del público: Pocas semanas después del desastre del "Titanic", el doctor Hyslop organizó un plan para comunicarse con una de las víctimas más notables; un caballero residente en la ciudad de Nueva York y cuyo nombre era conocido en el mundo entero. Ocultando, cuidadosamente, su propósito, sobre todo al medium, el doctor Hyslop escribió a la esposa de la víctima rogándole mandase algún objeto que hubiera pertenecido a su esposo.

Prontamente el doctor Hyslop recibió un paquete que el investigador, a duras penas, se resistió a abrir. Envolviólo en una tela de seda y lo lacró, llevándolo, en seguida, a la casa de la medium, que servía para establecer las comunicaciones psíquicas con los espíritus y colocó el paquete en la mesa a su lado. Durante la conferencia, en la que se trataron otras materias, el doctor Hyslop anunció, en alta voz, a los espíritus que escuchaban por los oídos físicos de la medium psíquica: "La semana próxima deseo que el dueño de este artículo aparezca aquí para que logremos identificarlo."

Vamos a explicar brevemente en qué consiste el mecanismo para establecer las comunicaciones: En una sala una mujer duerme en un sillón. Al alcance de su mano derecha hay una mesa sobre la cual se ven varios lápices y varias hojas de papel. Hay otra persona que la acompaña, el secretario, que se ocupa en leer, en alta voz, la escritura inspirada por los espíritus, proporciona a la medium los lápices que necesita e impide a la mano de la medium que se aparte de la hoja de papel sobre la cual escribe, en los momentos de espasmo que siguen a veces al trance.

En el tiempo asignado de antemano, acudió el espíritu de la víctima del hundimiento del "Titanic" y escribió con entera seguridad las tres palabras que componían su nombre; dió, también, el nombre del cura de su iglesia en Nueva York y describió el contenido del paquete lacrado, asegurando que contenía un par de guantes suyos, hecho desconocido de todos, excepto de su esposa ausente.

Sin embargo, las comunicaciones con este

difunto, aunque eran suficientes para establecer su identidad ante el investigador, fueron desastrosas en cuanto a la descripción de sus propios parientes. Hablaba de un par de antiparras perdidas en Egipto y balbuceaba otras expresiones igualmente incoherentes, las que, a pesar de ser reales, parecían sufrir de inconsecuencia proviniendo de un muerto, lográndose, por fin, obtener de él las informaciones que se esperaban.

La situación actual de la ciencia psíquica es esta: Los espíritus hablan; se identifican a sí mismos; pero no responden con la eficacia que se desea.

Se cree que esto no se debe a la culpa de los espíritus sino a la dificultad que experimentan para comunicarse, así como también a causa de la crudeza de los aparatos receptores que usamos en la tierra.

Felizmente, las vías de comunicación parecen empezar a ensancharse y a clarificarse. Sir William Barrett, el eminente físico, dice: Si observamos en rápida revista los últimos diez años, no puede dejar de sorprendernos la constante *claridad de las tentativas* de parte de aquellos que han pasado a mejorar y multiplicar los medios de comunicación.

Entretanto, la identificación se verifica con sorprendente facilidad. Quiero referirme, por ejemplo, al caso de F. W. H. Myers, de Inglaterra. Mr. Myers dedicó los mejores años de su vida al estudio del llamado fenómeno físico y a la cuestión de establecer la identidad personal de los seres de ultratumba. Después de su muerte, se observó inmediatamente su actividad en el mundo de los espíritus. Tan evidente fué este hecho, que el grande hombre de ciencia inglés, Sir Oliver Lodge, declaró, al escribir sobre la materia: "La hipótesis que me parece más cercana a satisfacer esa condición en este caso, es la de que estamos en contacto directo con una parte de la personalidad sobreviviente de un hombre de ciencia y de que éste corresponde a T. W. H. Myers."

En los Estados Unidos se han observado casos igualmente significativos y los investigadores han llegado a conclusiones igualmente sorprendentes.

Cuando murió el notable filósofo y psicólogo americano William James, el mundo entero esperaba grandes sucesos en las investigaciones psíquicas. Se sabía que el profesor James había siempre manifestado gran interés en los fenómenos espiritistas. Se sabía también que había hecho un formal convenio con el profesor Hyslop para efectuar una tentativa para comunicarse desde el mundo espiritual si su alma sobrevivía. Había, en consecuencia, una expectativa bien fundada que se tradujo en una amplia información abierta en los periódicos; se publicaron historias sensacionales y se referían allí tales cosas que hicieron parecer ridículas las investigaciones psíquicas. El doctor Hyslop y su familia fueron objeto de una burla cruel y constante.

Pero William James se comunicó con el profesor Hyslop. Se ha identificado en forma clara y convincente y le ha proporcionado, precisamente, los mismos medios de evidencia que usó durante su vida, empleando los mismos medios que había declarado era la única clase de evidencia que él esperaba y la única en la cual podía tenerse confianza.

Las comunicaciones con William James

Al día siguiente en que ocurrió su muerte, el 27 de agosto de 1910, la señora Smead, una de las mediums más experimentadas de la Sociedad Americana de Investigación Psíquica, que vivía en ese entonces en las montañas del Estado de Virginia, a tres millas de distancia de la estación más próxima del ferrocarril, tuvo una aparición de un hombre vestido con una larga túnica negra, al cual no pudo reconocer. El día 30 de agosto, supo, incidentalmente, que el profesor James había muerto. Algún tiempo después vió un retrato del filósofo y lo reconoció como idéntico a la aparición. Esto indicaba que dentro de las veinticuatro horas que siguieron a su muerte, el profesor de la Universidad de Harward había entrado en actividad en el mundo desconocido. El 12 de septiembre, el doctor Hyslop en persona fué a la casa de la señora Mead para tener una sesión de espiritismo. Ricardo Hodgson, que al morir en 1903 era secretario de la Sociedad Británica de Investigación Psíquica, y que ha sido, desde entonces, el espíritu que más poderosamente ha contribuído á ensanchar el campo de esta clase de estudios, hizo en esta sesión la manifestación del con-

Al tiempo indicado, la víctima del "Titanic" llegó y designó el contenido del paquete sellado que era un par de guantes; cosa que nadie absolutamente conocía sino la esposa ausente.

trol y anunció la presencia del profesor James y de Mr. Myers, el psíquico inglés.

James anunció que había ya tratado de comunicarse por intermedio de la señora Verral, la psíquica inglesa. Poco después, el espíritu de James hizo igual aseveración por intermedio de otra medium de la Sociedad Americana, la señora Chenoweth, de Boston.

Por una carta de la Sociedad Británica se supo que en el memorándum diario de las experiencias psíquicas realizadas por la señora Verral, estaba relatado un sueño que había tenido en la mañana del 12 de septiembre, en el cual se le había aparecido el profesor James; y había anotado en ese entonces que creía que aquel espíritu deseaba comunicarse por su intermedio. Pocas horas más tarde, aquel mismo día, 12 de septiembre, la mano de la señora Mead, en las montañas de Virginia, escribía que el profesor James había tratado de comunicarse con la señora Verral.

El signo secreto

Otro modo de identificación ofrecido por el espíritu de James era el de un signo secreto convenido de antemano. El lector puede comprender que cualquier medium, guiado por el engaño o, inconscientemente, por la auto-sugestión pudiera escribir el nombre de William James o de Julio César o cualquier otro, en una comunicación que era en sí misma absurda y falsa. El espíritu de James, razonando sobre esto, encontró que podía hacerse imposible el error con la adopción de un signo secreto. Por intermedio de la señora Smead, en su primera comunicación con el doctor Hyslop el 12 de septiembre, hizo referencia a la letra griega Omega, señalándola como un signo exclusivo y asegurando que siempre la acompañaría a su firma. Dos meses más tarde, una comunicación proveniente del profesor James fué recibida por intermedio

de la señora Chenoweth en Boston, quien ignoraba lo que había ocurrido en Virginia, pues el doctor Hyslop lo había mantenido en el más absoluto secreto. Este primer mensaje de James, que había llegado por intermedio de la señora Chenoweth, estaba endosado con la letra Omega.

Una de las incidencias más notables ocurridas para afirmar la indentidad del profesor James, al doctor Hyslop, lo constituye la siguiente conversación:

Espíritu del profesor James.—¿Recuerda usted que fué a visitarme un día de invierno cuando la nieve cubría el suelo y que hablamos sobre todas estas cosas y que yo le entregué un paquete?

Doctor Hyslop.—Recuerdo todo, perfectamente.

Profesor James.—En ese entonces hablamos de la esposa de Fulano, que tenía la propiedad singular de hablar automáticamente. (Se refería a la señora Smead).

Doctor Hyslop.—Sí, me acuerdo.

Profesor James.—La he visto después de ese entonces; quiero decir, después que entré a esta nueva vida.

Doctor Hyslop.—¡Sí, muy bien!

Profesor James.—Y he hecho repetidos esfuerzos para escribir con éxito, pero no puedo hacerlo durante largo tiempo a la vez. Escribo mucho mejor cuando usted está presente...

Doctor Hyslop (interrumpiendo).—¡Muy bien!

Profesor James.—Aunque a veces encuentro fuerzas suficientes para expresarme cuando usted no está allí.

Profesor Hyslop.—¡Muy bien!

Profesor James. — Es más espasmódico que aquí (por intermedio de la señora Chenoweth); pero eso es debido más bien a los alrededores, a los sentimientos de amistad y al estado del espíritu. En aquella visita que usted fué a hacerme a mi casa, usted tuvo que apresurarse al despedirse y hubimos de cortar nuestra conversación para otra vez. Hacía mucho tiempo que yo deseaba verle y quedé con el deseo de volver a repetir la conversación.

Esta conversación se había llevado a cabo por intermedio de la señora Chenoweth. En cada uno de sus detalles era la conversación fiel de una visita que el doctor Hyslop hizo al doctor James en el invierno del año 1906. Hasta los detalles referentes a los tópicos de la conversación y la alusión hacia el paquete que el doctor Hyslop llevó consigo y que contenía algunos boletines científicos de Francia. Sólo el profesor Hyslop y el profesor James sabían estos hechos y para el primero esta comunicación es de una evidencia incontrovertible respecto a la identidad del espíritu con el de William James.

El incidente de las pyjamas rosadas

El incidente más notable, en el caso del espíritu de James, así como también la prueba más palpable de su identidad, fué el incidente tan ridiculizado de los pyjamas. La historia retrocede a un tiempo posterior a la muerte de Ricardo Hodgson, que ocurrió cuando James daba conferencias en Inglaterra. Hodgson, después de su muerte, tratando de comunicarse por intermedio de Miss Gaule, dijo que había visto al profesor James vestido con pyjamas rosados, y añadió: "Creo que tiene un aspecto risible con ese traje."

El doctor Hyslop escribió entonces al profesor James, que estaba en Inglaterra, para preguntarle si aquel dignísimo filósofo había, por casualidad, pensado en divertirse poniéndose pyjamas rosados. Con gran sorpresa suya, el filósofo contestó que realmente había usado esa prenda de vestir en cierta ocasión y añadió: "Dígale a Hodgson que yo también creo que el efecto era risible."

Un punto sobre el cual estaban en perfecto acuerdo el doctor Hyslop y el profesor James durante su vida, era que tratándose de la identidad de un espíritu, especialmente de un hombre muy conocido, debía establecerse ésta por medio de incidentes triviales, de tal especie, que ningún medium que se guiara del engaño pudiera conocer o pensar decir acerca de un gran hombre.

Pues bien, poco tiempo después de ocurrida la muerte del profesor James, rebuscando en la memoria alguna de esas trivialidades individuales que servirían para probar la identidad del filósofo de Harward, el doctor Hyslop recordó el incidente de los pyjamas rosados y un día dijo al espi-

Al siguiente día de morir él Mrs. Smead tuvo una aparición, un hombre con larga túnica negra, a quién no pudo reconocer

ritu por intermedio de la señora Chenoweth:

"¿Recuerda algo concerniente a los pyjamas rosados?"

El espíritu replicó prontamente:

"Debo sonreir al recordarlo."

Ayudando al espíritu

En ese momento, el doctor Hyslop comprendió que el profesor James sentía gran dificultad para comunicarse por medio de la señora Chenoweth. En esas ocasiones, "pa-

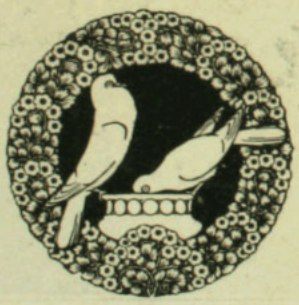
ra ayudar al espíritu", se entrega al medium para que sostenga entre las manos algún objeto personal que haya pertenecido al difunto. En estas conferencias el objeto que se entregó al medium era una corbata negra, que pertenecía al profesor James. Mientras se hacían estos esfuerzos para establecer la identidad del espíritu, James empezó a dar las siguientes informaciones acerca de su régimen alimenticio:

"Mi comida durante el verano se componía de pan, leche y grosellas y el reino vegetal componía la mayor parte de mi alimento constantemente. Me gustaban mucho las manzanas y varias clases de pescado. Estas cosas pueden parecer extrañas para ser comunicadas desde el cielo, pero usted sabrá apreciar su verdadero valor."

Después de lo cual añadió, en un estallido de sarcasmo hacia el escepticismo del mundo:

"Puedo ver desde aquí los títulos de los artículos en los periódicos norte-americanos si esto les fuera revelado, pero si hubiese dicho que había partido mi pan con Jesucristo o con San Pablo hubieran habido muchos que hubieran creído esto como parte de la propia existencia de un hombre de mi reputación, trabajando en una nueva esfera de actividad."

Esta observación hizo al doctor Hyslop tomar la determinación de obtener una información definida acerca de los pyjamas rosados, pero fracasó en su intento. Sin embargo, la información vino por una vía diferente de la acostumbrada, pues mientras se efectuaban estos experimentos, el doctor Hyslop fué invitado a comer a la casa de un doctor de Boston, cuyo hijo daba señales de una facilidad excepcional para constituir un excelente medium, por medio de la escritura automática y observando lentes de cristal. La familia del joven refirió al doctor como una cosa curiosa que el niño tenía un mensaje para él, que había recibido el día anterior, según parecía, procedente del profesor James y en él decía lo siguiente: "Quiero regalar a Hyslop para el día de Pascua dos pares de pyjamas rosados y una corbata negra."



"Los Grandes Costureros cargan armas"

Con ilustraciones

Todos los franceses han ingresado a las filas y "Lous le Drapeau" está inscrito sobre las puertas cerradas de muchos costureros.

Al aproximarse el gran torneo de modas, agosto primero, los costureros fueron llamados a defender su patria, muchos de ellos lanzaron sus últimos modelos haciendo su servicio militar en las cercanías de París. Los Worths, que son ingleses, junto con irse a la guerra mandaron cincuenta modelos nuevos a Inglaterra, y Doeuillet contestó el llamado a las armas mientras vendía modelos a un comisionista americano, y arreglaba su lujoso palacio, frente a la columna Vendoms, ofreciéndolo a las autoridades para que lo usaran como almacén para surtir a los hospitales.

Paul Poiret, reservista de infantería

Paul Poiret se hallaba vestido con su uniforme rojo y azul, el 4 de agosto, y hay que admitir, que jamás el impecable y elegante Poiret se había visto tan poco chic, ha de haber sufrido viéndose en ese uniforme de líneas tan poco estéticas y de una soltura y bombachos horripilantes para él.

Sous les drapeaux

Wagner, socio de la Casa Drecoll (a la cual le quitaron el nombre de Viena el primer día de movilización) ponía los últimos toques a sus modelos, que han sido los mejores que este modista ha lanzado mientras él se enrolaba en las filas y ella en un hospital como enfermera. Bur cerró sus puertas el día que estalló la guerra; lo mismo hizo Bechoff-David. Después de una semana París se acostumbró a ver las puertas cerradas y de leer "Sous les drapeaux" escritas sobre ellas.

M. Winter, jefe de la Casa Premed, también acudió al llamado, pero continuó sus diseños desde las filas dejando a M. Mathews como jefe de la casa.

Qué personalidades tienen estos grandes modistas que empuñan sus rifles con tanta sangre fría. Solamente París puede poseer una raza de hombres capaces de vestir a una mujer y al mismo tiempo ser hombres varoniles, no seres afeminados como se les ha tachado en ocasiones anteriores. En París el vestir a una mujer se llama Arte y todo lo que apertiene a ella no se puede considerar afeminado, aunque otras ciudades menosprecien el arte de vestir, París siempre lo ha elevado, he aquí la diferencia entre París y el resto del mundo.

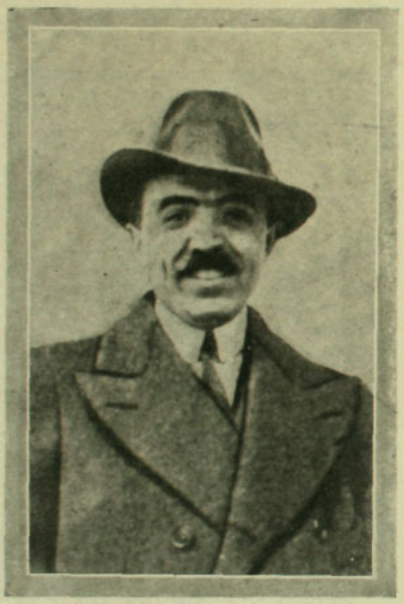
París... y el resto del mundo

Vigorosos, viriles son estos hombres que dejan el mando de los trapos para tomar el de las armas. Estos modistas saben cómo hacerse ricos, una cosa poco fácil en estos días, saben cómo hacerse pagar su precio, y manejan sus negocios con tanto acierto como inventan alguna moda nueva.

No buscan notoriedad, ni tratan de

agradar al público como sus hermanos los artistas de teatro y brocha; si un intervier trata de pedirles un reportaje, su labor sería tan liviana como lo fué al histórico camello pasar por el ojo de una aguja. Embajadores y presidentes suelen abrir sus puertas a los repórters, el modista jamás.

Si ellos quieren ver su nombre aparecer en una revista, pagan el artículo, su vida privada, sus entretenciones, su labor, son para ellos cosas sagradas tenidas en estricta reserva. En vista de esto, daremos ciertos rasgos de estos hombres principiando con Paul Poiret que posee dos hermosos palacios, uno de ellos situado cerca de Versalles y de gran valor histórico.



Jacques Worth, que con su hermano Juan conservan las tradiciones de la casa

Paul Poiret

Paul Poiret no cuenta aún cuarenta años, pero ya ha estampado su nombre en el mundo, como lo hizo Worth, un jovencito inglés que se conquistó a Francia de un principio de su carrera, pero sus métodos fueron contrarios. Worth vestía a la mujer tal como era; Poiret la transformaba a su gusto, entonces la vestía. La fama de estos dos artistas vino con una diferencia de cuarenta años, pero jamás han tenido un rival capaz de competir con ellos. Los nombres de otros modistas son famosos, pero jamás han logrado destronar a estos dos primeros, han sido más plásticos y han tratado de agradar más que esposas sus modelos. Worth y Poiret han dicho que para ellos la moda no existía y que para crearla había que ignorarla.

Poiret principió su carrera con Doucet. Mostró tanta aptitud y una originalidad tan pasmosa que luego se instaló de por sí con los mejores votos de Doucet, surgió tan bien que luego pudo mudarse al lujoso local que posee en l'Avenue d'Antra. Sus hermosos jardines los usó como marco para exhibir sus modelos y para dar suntuosas fiestas. Creó las líneas simples y colores primitivos, la cual es la marca de fábrica de todo modelo Poiret.

Ha viajado extensamente y llega hasta la Rusia y al Extremo Oriente en busca de telas originales, gusta de los colores chinos, de su arte y literatura y copia mucho de sus decoraciones de viejos pergaminos y documentos. Habla varios idiomas y da conferencias en inglés.

Las palabras "de moda" y sociedad le causan horror y le hubiera gustado ser pintor; pinta retratos en sus horas de descanso y para divertirse escribe versos. Un amigo les inventa acompañamiento de piano, el cual Poiret toca un violín o piano, según su humor. Su palacete de campo fué edificado por Gabriel para Luis XV; dos veces al año Poiret da grandes fiestas musicales en un salón octogonal donde los reyes en tiempos antaños solían descansar después de un ardoroso día de caza.

Denise, la mujer de Poiret, es una morena alta y esbelta, viste de colores bárbaros y de corte antiguo especialmente ideado por su esposo.

Sus tres hijos, dos niñitas y un varón, se educan bajo la tutela de una institutriz in-

glesa y visten con las sobrias telas de Martine.

El automovilismo es el sport predilecto de Poiret, pero también gusta de subir en aeroplano y muy especialmente en hidroplano.

Es vigoroso, nervioso y no tolera lo común, ni banal, cuando está fatigado o con los nervios irritados se refugia en un cuarto que da al jardín, cuyas paredes son pintadas de un plomo suave, el piso, un parquet sencillo y por único adorno, una estatua china del siglo XVII de fama mundial y la mejor y más preciosa de su época.

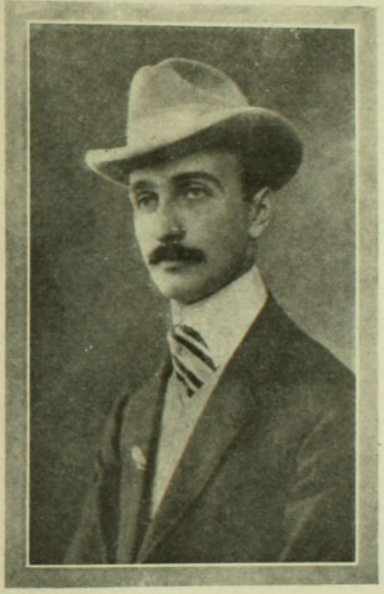
Carácter sorprendente

Doucet, sigue a Poiret como carácter y personalidad entre el mundo de modistas. Se le estima el hombre más elegante de París. Un gran pesar, la muerte de la protagonista de un amor que había durado dos decenas de años y lo dejó con el espíritu quebrantado. Cuando Doucet inició su carrera, los primeros clubs de París, le cerraron sus puertas, pues lo consideraron un simple tendero, esto fué otro golpe que lo entristeció. Doucet tiene pocos amigos e intimidad con ninguno, nadie lo conoce lo suficiente para poder opinar sobre su carácter, él no busca camaradería: ésta se la da a sus libros y cuadros. Fué un notable coleccionista, pero hace poco vendió su casa y mobiliario; en libros tiene invertido más de seis millones, los cuales también piensa vender. Estos libros son todos de arte y están guardados en su casa en la rue Spontini. Tiene especial predilección por los objetos de arte pertenecientes al siglo XVIII, es un perito sobre historia de este siglo y todos sus cuadros y tapices representan este período.

Todos sus empleados lo adoran como pocos jefes son queridos, y admiran su profunda educación y buen gusto. Todo modelo antes de ser largado pasa por sus manos, al cual él agrega una nota personal que lo hace resaltar sobre sus competidores.

Presidente del Sindicato

M. Doeuillet, vive en una mansión real en la Place Vendoms es presidente del Sindicato modistas franceses. No posee la personalidad de los anteriores, pero su criterio sano y perspicacia para los negocios lo hacen persona de responsabilidad. Sus empleados hacen los diseños y rara vez se deja ver por su distinguida clientela como lo hace Worth y Poiret.



M. Armand de la firma Martial et Armand

Mr. Winter es el jefe de la nueva y ya famosa Casa Premat, Madame Premat se retiró; Mme. Frane acaba de fallecer, así que esta casa que ha tenido un éxito meteórico se halla sin gobernante.

Mr. Winter es demasiado joven y sin experiencia para tener todavía rasgos característicos, pero este verano se cubrió de honores cuando su designador se murió, fué llamado a las filas, y el Sindicato pasó una nueva ley ordenando el pago al contado de todo trabajo en ejecución. Mr. Winter, triunfó, del campo de batalla envió sus ideas y rompiendo con el Sindicato ofreció crédito a las grandes casas en Estados Unidos y así se salva él y sus acreedores de ultramar. Mr. Waquer, jefe de Drecoll, Place de l'Opera tiene un buen

ojo financiero, la casa se supone pertenecer a un rico holandés residente en Amsterdam, han roto toda relación con la sucursal en Austria, hay rumores que M. Waquel ha partido a la guerra y aún que ha sido herido, pero no son confirmados.

Un exponente pintoresco

Redfern dirige personalmente la casa que lleva su nombre; es de nacionalidad inglesa y ha llegado al alto escalón que ocupa debido a su gran talento inventivo. Es un creador, como lo son Poiret, Doucet, Callo y Chimit. Sus gustos son más católicos; esto es natural, pues, tiene que surtir tres grandes casas: una en New York, la segunda en Londres y el Taller en París. Tira hacia los figurines del siglo XVIII cuando puede dar rienda a su propia inspiración, le gusta el traje pintoresco y jamás se deja llevar por los extremos deslumbradores de la moda francesa, como Callot y Preme. En esto es muy inglés y conservador, elegancia ante todo. Redfern es amigo del estudio y arte, de donde saca sus inspiraciones para la moda.

Redfern, el más "humorista" de los costureros

El viejo Worth ha muerto y con él toda una librería de anécdotas, las cuales no permitió ser divulgadas por el público. En su habitación, donde se recogía todas las noches recogió en torno de sí todos sus libros y cuadros; vivía en tal soledad que los campesinos decían que su yate lo dejaba en su asiento en el comedor y volvía a buscarlo temprano la mañana siguiente. Una de sus clientas, una duquesa inglesa, logró ser convidada a su casa, después de haber visto toda su colección de bibelots, dijo: "Ves donde han venido a parar todas mis libras esterlinas, cuanto mejor hubiera sido que yo las hubiere empleado así en vez de dársela a Worth para transformarla en pasto para polillas!"

La casa de Worth está administrada por dos hijos del antiguo dueño, quienes mantienen las reglas de su padre, una de ellas y la más estricta de no vender ningún modelo a una demi-mondaine, una regla casi incomprensible para las otras casas de moda, las cuales utilizan a esta clase de gente como réclame para sus modelos. Para llevar un traje Worth, tienen tan buen prestigio que entre su clientela figuran las familias de más alto rango en la sociedad francesa.

Juan y Santiago Worth trabajan juntos en una casa sencilla y sobria en la rue de la Paix, solamente una plancha da a conocer que los famosos modistas habitan allí.

En apariencia son más franceses que ingleses, representan el tipo nuevo de paners attella que se viste a la inglesa y gusta ejercer todos los sports. Conocen a todo personaje de importancia en Europa, incluso varios reyes y reinas.

Armand, el joven socio de la firma Martral y Armand es un personaje de sociedad que se le ve por doquiera en París, en la ópera, los restaurants de moda y en las carreras. Es soltero y rico así que puede darse este gusto. Es suizo y es el que inventa los nuevos modelos. Sabe vestir a la francesa con maestría. El es bastante dandy y rivaliza con Paul Poiret mezclando lo correcto con lo pintoresco en el vestir.

⚜ ⚜ ⚜

Capitán de navío señor Luis Gómez Carreño, Director de la Oficina Hidrográfica

Ilustraciones fotográficas

Cuando navegamos en un transatlántico, rodeados de lujo y de confort, cruzando las encantadoras rutas del Estrecho de Magallanes o de los Canales de Smith, jamás pensamos en lo que ha costado librar a la navegación universal, con faros, con valizas, con magníficos planos y derroteros aquella región abrupta, donde todo, desde la temperatura hasta la falta de alimento, hacen poco menos que imposible la vida del hombre.

Había una región en el sur de Chile, desde el Canal Trinidad hasta el Cabo Pilar, en que las cartas de navegación editadas por el Almirantazgo británico traían una anotación harto sugestiva: "**Navegantes: tened cuidado de no viajar cerca de estas tierras, por ser muy imperfecto su levantamiento y casi desconocidas...**"

Ningún buque en esa época navegaba a menos de quince millas de costa, y jamás, ni azotados por los más fuertes temporales, se hubiesen atrevido a buscar refugio en las tranquilas aguas del Canal de Smith, pues, la costa acantilada, sembrada de rocas ahogadas, de sargazos y de rompientes, era considerada como inabordable.

Sólo las goletas loberas y las canoas de indios recorrían aquellos parajes. Y ni unos ni otros daban informe alguno de aquellos mares, donde los loberos clandestinos ejercían una especie de piratería constante sobre los indígenas, y éstos se refugiaban para vivir aislados, lejos de la ruta de los vapores, hundidos en la solemne soledad de los estuarios, dedicados a la caza de patos salvajes y a la pesca de nutrias, de lobos y de corvinas.

En cambio ahora, después que un grupo de esforzados oficiales de nuestra Armada Nacional hizo el levantamiento de esta costa, muchos vapores toman la ruta de los canales por el Canal Trinidad o por el Canal Nelson cuando el mal tiempo les dificulta la navegación en el Océano. Y hasta ha ocurrido el caso de que un buque mercante—el R. M. S. "Orita"—para escapar de ser hundido por un crucero alemán tomase los Canales de Smith por el Canal Nelson, internándose en aguas neutrales.

La importancia de este género de trabajos no puede pasar inadvertida por las personas cultas.

En aquellos parajes hoy desiertos e inhospitalarios, en el futuro habrán de instalarse colonias que exploten la madera, el petróleo, los mármoles y los metales que

encierra aquella tierra riquísima; y, sin previamente hacerse la mensura de las islas y los planos de aquella complicada red de canales, toda obra de progreso se estrellaría en un imposible: el desconocimiento de la hidrografía regional.

Para la navegación mercante es interesantísimo el conocer todas las arterias que comunican el océano con las aguas tranquilas de los canales interiores, pues, quien está bien posesionado de la hidrografía y topografía de la zona puede hacer navegación más rápida, económica y segura.

La Marina de Guerra, por su parte, tiene el deber de explorar y conocer detalladamente todos aquellos mares, pues, suponiendo que algún día un enemigo tratase de invadir nuestros mares por la vía del Estrecho de Magallanes, en esa zona, al amparo de tanto accidente del terreno, valiéndonos de los mil canales que convergen en ciertos y determinados puntos, podremos establecer un servicio de vigilancia de destroyers y base de operaciones para nuestra flota, la que, asegurado un refugio y una estación carbonera, podría ejercer una estricta vigilancia sobre toda la dilatada región del Pacífico del Sur.

En 1908 tuve oportunidad de presenciar la iniciación de los trabajos hidrográficos de Reina Adelaida y Madre de Dios.

Cuatro buques: el "Errázuriz", de 2,080 toneladas y 300 hombres de tripulación; el "Aguila", de 600 toneladas y 57 hombres y el "Cóndor" y "Huemul", cada uno de 200 toneladas y 30 hombres de dotación, componían la Escuadrilla Hidrográfica encargada del levantamiento de la carta de esos mares. Era comandante del "Errázuriz", y, por lo tanto, jefe de la expedición, el Capitán de Fragata don Agustín Dagnino.

Lo primero que se hizo fué apertrechar los buques. Había que ver cuanta actividad y cuanto dinero se gastó en esta faena. Se embarcaron víveres, ropa gruesa de lana, botas y frazadas en abundancia. Se repletaron las bodegas de cabos (cordeles de manila), de lonas, de repuestos para la máquina, de aceite, de grasas, lubrificantes, de empaquetaduras, de "wipe", de hachas, palas y picotas, de instrumentos de topografía de cronómetros, de útiles de dibujo, etc. Cada buque fué provisto de chalupas balleneras y lanchas a vapor en una cantidad muy superior a la dotación ordinaria. Cada oficial, y hasta cada marinero, adquirió todo lo necesario para su aseo personal y confort—sin olvidar siquiera las agujas para pegar botones, el elixir para los dientes ni la bufanda de lana para precaverse del frío—en gran cantidad, como que iban a alejarse del mundo por una larga temporada.

A las bodegas del rancho de oficiales llegaron innumerables cajones de leche condensada, de frutas en conserva, de jamones de York, de jaleas y mermeladas, de barriles de vino, de sacos de lentejas, de frascos de encurtidos, etc.

Las carboneras iban repletas de combustible y sobre los descansos de los botes, fuertemente atados, remos, palos y velas de repuesto para las embarcaciones.

Y una vez que estuvo todo listo, cuando después de una prolija revista se comprobó que no faltaba nada, absolutamente nada para el mejor desempeño de la delicada comisión que se les había encomendado, el "Errázuriz" y sus "Mosquitos"—como cariñosamente se apodaba a los Escampavías,—se hicieron a la mar.

La Escuadrilla tomó la ruta del Estrecho desde Punta Arenas hasta Cabo Tamar, y de allí hizo rumbo a los Canales de Smith para recalar a Puerto Muñoz Gamero, donde quedó fondeado el "buque madre", mientras los "Mosquitos" se internaban por canales desconocidos en busca de un fondeadero donde instalar el "Centro de Operaciones".

Aquella navegación fué penosa y atrevida. Muchas veces, después de navegar cuatro o seis horas por un hermoso canal ignoto, siempre en busca de una salida al Océano, se encontraban con que la ruta estaba cerrada por montañas o por hervideros de rompientes que era imposible cruzar. Y era necesario desansar lo andado... buscar una vía de comunicación... hacer un levantamiento rápido del "estuario" y dejar en la entrada alguna señal, algún letrero, que indicase durante el curso del trabajo que aquel era un "saco sin salida"!...

¡Cuántos de estos "sacos sin salida" no se encuentran en las orillas de los Canales Vidal Gormaz, Montt, Cóndor, etc.!...

¡Cuántas caletas, hermosas en apariencia, pero de fondo de roca, de aguas profundas

donde es imposible que "agarre" el ancla!... ¡Cuántas pequeñas islas rodeadas de sargazos no cierran el paso en medio de canales limpios, profundos y de costas acantiladas!... Y en cada accidente de la costa, en cada "punta", en cada remanso, en cada escollera era necesario llegar con el Escampavía, largar el "escandallo" (Instrumentos con que se toma la profundidad) y comprobar si había "tenedero" o buen refugio para los buques de la Escuadrilla.

Por fin los "Mosquitos" encontraron un magnífico fondeadero en Puerto Cambridge, en la Isla del mismo nombre. El fondo era regular, de arena y protegido de los vientos reinantes. En la costa había leña abundante y buena aguada.

Una vez encontrado el "Centro de Operaciones" los "Mosquitos" hicieron un croquis de la ruta y el "Errázuriz", buque madre de la flotilla, fué a fondearse en Puerto Cambridge.

En un trabajo hidrográfico, como en cualquier trabajo geodésico o de agrimensura, lo primero que se hace es "medir una base". En el levantamiento de Reina Adelaida y Madre de Dios, región que abarca varios cientos de millas de costa, esa base debía de ser, necesariamente, lo más extensa que fuese posible, a fin de poder referir a ella toda la "triangulación de primer orden", que es, como si dijéramos, el marco que habrá de encerrar la obra.

Para medir la "base" se comisionó a dos Tenientes, los que con carpas, instrumentos y víveres para un mes, fueron instalados en dos puntos característicos de la costa, ambos bastante distantes entre sí.—Cada cual construyó una señal—pirámide de madera y fierro, pintada con colores convencionales—y situó el punto de dicha señal, primero por "alturas meridianas" y luego por distintas "observaciones de estrellas".—Una vez situados los dos puntos—lo que fué muy difícil pues, el mal tiempo y los días nublados no eran propicios para observaciones astronómicas — éstos fueron unidos por una triangulación prolija, la que vino a fijar la exactitud de la "base", pues, la triangulación y la medida astronómica dieron una diferencia inferior a cien milímetros—cantidad que no es digna de tomarse en cuenta—en una distancia de más de catorce kilómetros!

Una vez medida la "base" se dió principio a la triangulación.

Se organizaron varias comisiones, cada una a cargo de un Teniente, y se distribuyeron en las distintas zonas de la región.

A medida que se iban colocando las señales se iba triangulando, y luego, se seguía adelante, anotando en las libretas hasta los más insignificantes detalles de la costa, hasta unir todas las triangulaciones parciales en una sola gran red.

Había que ver aquel empeño con que cada cual llevaba adelante su tarea. A las 6 A. M., aún de noche, con una temperatura de seis u ocho grados bajo cero, cada oficial con su guardia-marina y sus marineros se embarcaba en su bote o chalupa, y remolcados por los "Mosquitos" eran distribuídos en los diferentes canales.

Una vez en el terreno desembarcaban el teodolito, el cronómetro, el sextante, la carpa y los víveres. Se buscaba un sitio seco, cercano a alguna vertiente o arroyo y protegido del viento, y se dejaba allí a un marinero encargado de levantar el campamento, cortar leña seca, hacer fuego y preparar el rancho. Intertanto el Tenien-

Oficina Hidrográfica.—Taller de grabado en cobre

te, acompañado del Guardia-Marina y unos cuantos marineros, saltando de piedra en piedra, trepando por entre rocas, hundiéndose en la arena o cruzando riachos, acarreaban vigas de fierro, cuartones, tablas, clavos, etc. y construían señales, medía ángulos y determinaban la amplitud de las mareas.

Allí se llegó a perder la noción del día domingo. Se trabajaba la semana íntegra, siempre que hubiese buen tiempo, y se descansaba los días de tormenta, cuando el huracán furioso hacía girar el buque alrededor del ancla y tronchaba los troncos carcomidos de los añosos arrayanes.

Cada tarde, a las 6 P. M., los "Mosquitos" recogían las distintas comisiones en sus respectivas chalupas y las traía a bordo. Una vez a bordo cada cual se hacía una pequeña "toilette" y, antes de la hora de rancho, ponía en orden sus apuntes para el trabajo de gabinete.

A las 7 en punto, hora inglesa, se tocaba a "rancho" y todos nos sentábamos a la mesa con igual alegría y satisfacción que cuando el buque está fondeado en Valparaíso o en Coquimbo.

Nosotros, los que no teníamos obligación de salir a trabajar fuera del buque—el médico, el contador y los ingenieros—nos preocupábamos de hacer pescar, de dirigir al cocinero y de matar las horas muertas cazando en los bosques inmediatos al fondeadero.

En aquella mesa, donde se alternaban las viandas frescas y sabrosas con la carne salada, el charqui, el bacalao y la galleta marinera, jamás faltó el buen humor ni la alegría. Siempre se comentaban las noticias del último correo, se discutía cuanto tema imaginable existe, y, como niños grandes, reíamos de buenas ganas con las ocurrencias siempre picantes y traviesas del segundo Comandante.

Todos nos habíamos encariñado tanto con aquel trabajo que sería honra y prez de nuestra Marina de Guerra, que, cada vez que alguno de los oficiales contaba haber terminado un detalle, haber cerrado una triangulación o descubierto un nuevo canal, sentíamos íntima satisfacción.

Después de terminada la comida todos los tenientes pasaban a la Sala de Dibujo, donde auxiliados por los Guardia-Marinas, resolvían cálculos de marea, de corriente, de triangulación o de reducción de sondas. Otros dibujaban sobre el gran tablero el tramo de costa detallado en el día o fijaban sondas y anotaban alturas.

Intertanto nosotros—los que no teníamos participación en el desarrollo del trabajo de hidrografía—poníamos en el gramófono algún disco de Bonci o Tita Ruffo, y, alrededor de la estufa, frente a una copita de anicete o de benedictin, mirábamos deshacerse en el espacio las espirales de humo de un habano...

A las 10 P. M., terminaba charla y trabajo. Se apagaba la luz eléctrica y... "cada mochuelo a su olivo"!

❦

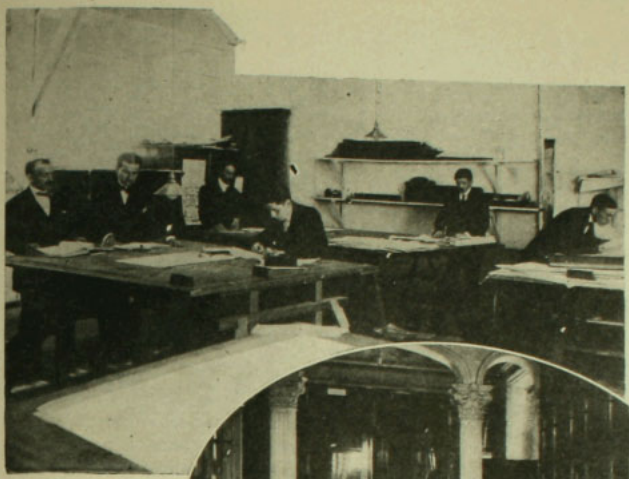
Ninguna alternativa, ningún cambio hacía amena esa vida de destierro y sacrificio. Al principio de la comisión cada vez que venían a bordo canoas de indios salíamos a cubierta para verlos, para oirlos, para darles de comer y entretenernos oyéndolos hablar su raro idioma. Todos aprendimos a entenderles y a hacernos comprender en lengua alacalufe; pero, con el tiempo se nos hicieron tan familiares las familias nómades de Santiago, de Tomás y de Teresa, sus indiesitos panzudos y mugrientos, sus carcaj repletos de flechas, sus arcos y sus pieles, que no nos llamaban la atención.

Sólo el día que una vaca que había a bordo dió a luz un hermoso ternerito se despertó la curiosidad de todo el mundo, y no quedó ser viviente que no fuese a visitar al recién nacido. Todos los cuidados y atenciones se nos antojaban pocos para con la que acababa de ser madre y para su cría. Mandamos marineros a tierra para que recogiesen pasto verde y le hicimos construir un establo junto al castillo de proa. Tanta fué la simpatía que conquistó la maternidad de aquella pobre vaca, que el mamón se desarrolló en muy buenas condiciones y se crió huacho como un perro: entendía por su nombre—Panchito—y seguía a los oficiales y marineros con la docilidad de cualquier animal doméstico.

❦

Cuando se hubo terminado la triangulación y el detalle de varios centenares de millas de costa, faltaba el sondaje.

Los sondajes de los canales interiores se



Sala de calculadores y taller de dibujo

viento y la marejada principiábamos nuestra faena de sondar.

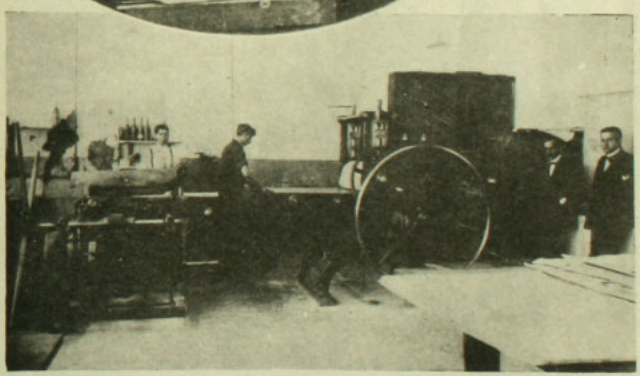
Situado el buque por demarcaciones a las señales de la costa, se mandaba "parar las máquinas" y se largaba el escandallo Lucca. El oficial sondador, una vez que el escandallo "tocaba fondo" anotaba la profundidad en su libreta y hacía funcionar el motor que obraba sobre el tam-

Biblioteca y salón de hidrografía de la oficina hidrográfica

hicieron con los "Mosquitos" pero el sondaje de la costa hubo de hacerlo el buque madre.

Fué en otoño.

En aquellos días grises en que todo parece hablarnos del misterioso frío de la muerte; cuando el mar, tranquilo como una taza de aceite, reflejaba en sus cristales hasta las briznas de las malezas adheridas a las rocas, las nubes del cielo y los pájaros que volando cerraban círculos caprichosos sobre nuestros barcos, a las 6 A. M. sonaba como un lamento el toque de "¡Repetido para salir del puerto!" Y cada cual en su puesto, hundidas las manos en los bolsillos del capote, envuelto en su bufanda de lana y fumando pipa, principiábamos a ver el desfile de islas, de caletas, de canales y de estuarios, hasta llegar mar afuera, donde azotados por el



Prensa para hacer la impresión en papel watman de los grabados en cobre

bor que recogía el alambre, y, finalmente, cuando el escandallo llegaba arriba, veía la calidad del fondo y la anotaba en su libreta.

Cada doscientos metros se tomaba una sonda; y cada sonda demoraba alrededor de quince minutos!!!... Y, sin embargo, se sondaron centenares de millas de costa....

Cuando ya la falta de luz hacía impo-

sible ver las señales de la costa, se suspendía el trabajo y regresábamos al fondeadero. Allí pasábamos la noche tranquilamente, mecidos muellemente por el flujo y reflujo de la mar que a las horas de cambio de marea agita la inmensa masa de agua de los canales interiores.

Cada dos meses iba uno de los "Mosquitos" a Punta Arenas para traer víveres, correspondencia y carbón. Además, se aprovechaban estos viajes a la metrópoli del Estrecho para hacer todos aquellos encargos más urgentes tanto para el rancho como para uso particular de cada cual.

Siempre el regreso del Escampavía expedicionario era esperado con ansiedad, *pues, él nos ponía en contacto con el mundo*, con ese mundo donde cada uno tenía sus ideales y sus afectos!...

Cuando el vigía avisaba que el Escampavía estaba "a la vista" cada buque preparaba sus botes para mandar recoger lo suyo.

El Escampavía traía siempre sus bodegas repletas de carbón, de sacos de frejoles, de arroz, de harina y de papas, de cajones de cebollas, de leche condensada, de frutas en conserva de líos de charqui, de barriles de carne salada, de pipas de ron, etc. En cubierta venían unos treinta o más bueyes, unos ciento cincuenta corderos en pie y una regular cantidad de fardos de pasto. Pero, lo más importante, lo que todos anhelábamos como bendición del cielo, eran los sacos de correspondencia que traía en sus bodegas el Contador.

Faena difícil era el reparto de tanta carta y tanto diario.

Se formaba toda la tripulación en cubierta y el Sargento leía los sobres con voz fuerte y clara. Todos estábamos pendientes de los labios del Sargento. Y cuando se había leído hasta el último sobre, aquel puñado de desgraciados que no habían recibido ni una línea se dispersaba por los entrepuentes llevando en el alma el más amargo desconsuelo... En cambio, los que habían recibido cartas o diarios buscaban algún sitio apartado donde comunicar sus almas con las almas de aquellos que desde lejos les enviaban algunas palabras de consuelo, algún recuerdo cariñoso, alguna frase de amor...

En la Cámara de Oficiales lo primero que se hacía, después que cada cual había leído su correspondencia, era juntar todos los diarios recibidos, compaginarlos por orden de fecha y unirlos con un broche. Y una vez así ordenados, con la mayor tranquilidad del mundo, como quien lee noticias de "última hora", principiábamos a saturarnos de novedades de dos y hasta de tres meses de data. (¡!).

Aquellos días de correo eran verdaderos días de fiesta. Queríamos olvidar los sinsabores de aquella vida de destierro, y en presencia de aquellos papelotes que nos hacían recordar un hogar, el cariño de una madre o los ojos claros de una novia, todos reíamos, todos sentíamos renacer en nuestras almas la alegría de vivir!!!...

Al día siguiente la vida de a bordo tomaba su curso normal. Cada cual volvía a su faena. Los unos a dibujar. Otros a sondar. Aquellos a calcular y estudiar los mil problemas de álgebra, de trigonometría o de matemáticas que implica cada ángulo, cada demarcación, cada dato anotado en la libreta de trabajo...

Poco antes de terminarse el levantamiento de la región de Madre de Dios y Reina Adelaida recibí orden de trasladarme al norte.

Aquel paraje tan desolado, donde la lluvia, el viento, la nieve y el frío parecían confabulados para molestarnos eternamente, había concluído por producirme una neurastenia aguda. Tenía la monomanía de deleitarme en la observación de la naturaleza. Recuerdo que una noche de luna, a las cuatro de la mañana, se nos vino encima una fuerte nevazón; el viento era del N. E.; el cielo estaba limpio y transparente en el sur y en el oeste; la mar, apenas rizada por ligeras rachas, reflejaba la inmensa mole negra de las montañas vecinas al fondeadero; intertando la luna, filtrando sus rayos de plata a través de los copos de nieve formaba en el espacio un inmenso "arco íris"... Sin embargo, aquel espectáculo maravillosamente bello y raro apenas me impresionó. Había co-

Efectuando sondajes

brado odio a aquella isla inhospitalaria y desierta. . . . . .

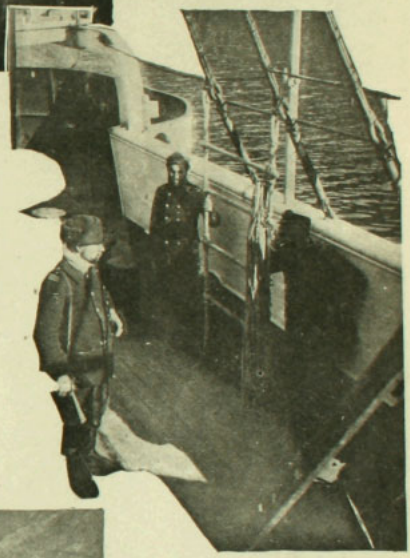
. . . . . .

Varios años han transcurrido desde entonces. Los que en esa época eran oficiales subalternos, mis antiguos compañeros de cámara, hoy son jefes. Todo aquel personal bizarro, valiente, pletórico de vida y de entusiasmo, se ha dispersado: unos están embarcados en la Escuadra de Evoluciones; otros se han retirado; varios están enfermos, paralíticos y reumáticos a causa de los fríos sufridos en la Isla de Cambridge; los restantes han muerto...

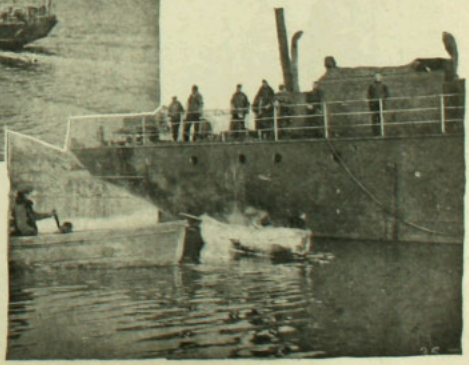
Sondeando la costa

Visitando la Oficina Hidrográfica me he encontrado con la carta N.º 160 de la colección de cartas chilenas, recientemente editada. Esta carta, que abarca desde Cabo Santa Lucía hasta la Punta Chancery, corresponde al levantamiento hecho por los oficiales del "Errázuriz" y escampavía a las órdenes del capitán de fragata señor Agustín Dagnino.

Como yo conocía las incidencias de esa campaña hidrográfica desde su principio, al-

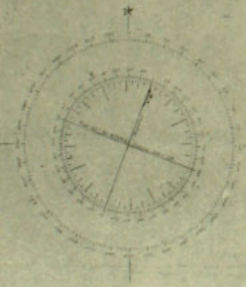


La anotación de las sondas



Las chalupas regresan a bordo

ESTRECHO NELSON
ISLA CONTRERAS
ISLA VIDAL
I. PIAZZI



AMERICA DEL SUR

COSTA OESTE

CUARTERON 16ª X & XVI

CHILE

DESDE EL CABO STA LUCIA HASTA LA PUNTA CHANCHERY

De la Marina de Chile

ESCALA = 200000

guien me insinuó la idea de escribir la "historia de la carta N.° 160". Por eso, ya que hemos narrado a grandes rasgos la vida de campamento, de privaciones y de sacrificios de cuantos colaboraron en aquella obra que hoy sale a circulación anónima, sin más firma que estas palabras: "Levantada por la Marina de Chile", pasaremos a describir el progreso cartográfico de este interesante trabajo.

¿Cómo se construye una carta marina?... No todos lo saben. Voy a decirlo.

Una vez terminada la campaña hidrográfica, el jefe de la expedición entrega a la Dirección de la Armada, y esta a su vez a la Oficina Hidrográfica, el plano general, dibujado a bordo; planos particulares de cada canal, de cada fondeadero y de cada paso difícil; todas las libretas con las anotaciones de triangulación, detalle y sondaje y un informe detallado del derrotero de la región.

La Oficina Hidrográfica distribuye todo este material en sus diversas secciones. Los cuadernos de cálculo y las libretas de triangulación pasan a los calculadores profesionales, los que rehacen todas las operaciones y cotejan sus resultados con los obtenidos a bordo. Los dibujos pasan a la sección Cartografía, donde son prolijamente revisados. Los derroteros se entregan a la Sección Hidrografía, donde se les somete a un prolijo examen.

Una vez que cada especialista da su conformidad sobre el trabajo hecho a bordo—lo que representa una tarea tan larga y delicada como la realizada por los autores del trabajo mismo—todos los planos pasan a la Sección Dibujo Litográfico, donde un experto, invirtiendo los planos, los estampa sobre láminas de cobre con punzones de acero.

Esta labor es tan delicada como demorosa. Un plano de sesenta por ochenta centímetros, trabajando seis horas diarias, no queda nunca terminado antes de seis u ocho meses.

Cuando el grabador termina de hacer los contornos de la costa y las cotas de nivel de las montañas, entrega la lámina de cobre a otro grabador, especialista en la materia, que va grabando todos los nombres y letreros. Luego un tercer operador, mediante una complicada maquinaria construída sobre los mismos principios que el pantógrafo, va situando las sondas sobre el plano.

Una vez terminado el grabado, se sacan pruebas de él en una prensa litográfica, y esas pruebas se estudian, se cotejan y se corrigen.

Hechas las correcciones sobre el original en cobre, éste queda listo para la impresión, la cual se hace en una gran prensa litográfica, munida de todo lo necesario para asegurar una impresión clara, nítida y perfecta sobre papel grueso de Watman.

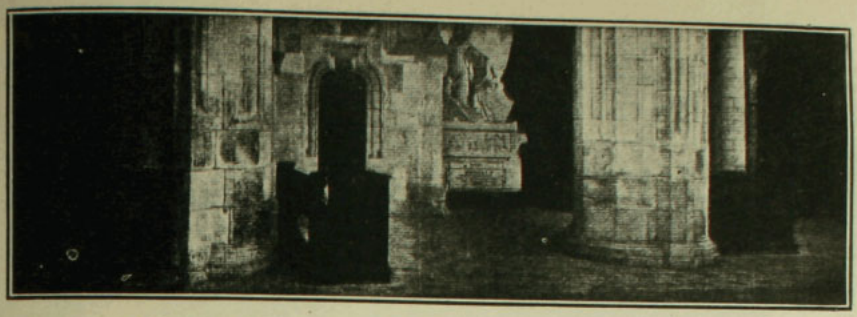
Tal es el proceso científico y artístico a que se somete una carta de navegación.

Desde que se colocó la primera señal de triangulación en la zona comprendida en la carta N.° 160 hasta que la susodicha carta quedó impresa han mediado alrededor de seis años. No menos de cien oficiales y seiscientos marineros han trabajado en los distintos detalles de triangulación, de sondaje y de observación de mareas y corrientes. Luego después, en la Oficina Hidrográfica todo el personal, desde el Director hasta el último dibujante y el muchacho que coloca la tinta en los rodillos de la prensa, todos le han dedicado a esta obra sus mejores energías y entusiasmos.

El valor de la carta N.° 160, cuyo precio subiría a varios cientos de miles de libras esterlinas si se le valorizase de acuerdo con las prácticas comerciales, resulta para el Estado infinitamente pequeño, pues, los sueldos del personal figuran en el Presupuesto de la nación y sólo se ha gastado como extraordinario los víveres de campaña, el carbón y los instrumentos. Si se compara la situación de un personal abnegado y eficiente, que trabaja sin otra mira que "el mayor progreso de la Institución", que tiene que sufrir las contingencias del clima y de lo desolado de la región, con el de otras comisiones que han realizado trabajos de topografía en el centro del país, rodeados de comodidades, de servidumbre y de medios de transporte, bien puede apreciarse este trabajo—el levantamiento de la carta N.° 160—como la resultante del más perfecto espíritu de cuerpo, de la cultura y del amor a la Patria, que son los sentimientos que guían los destinos de nuestra Armada Nacional.

MARIO VERGARA Z.

Valparaíso, enero 7 de 1915.



Escenario de los actos 1.º y 4.º del drama "Akropolis" de Wyspianski

Stanislas Wyspianski, artista polaco

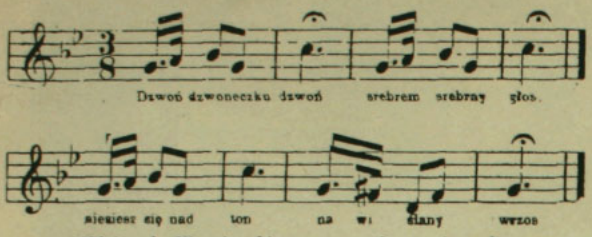
Ilustraciones fotográficas

Con motivo de figurar el nombre de Stanislas Wyspiansky en la lista de autores dramáticos, cuyas obras están inscritas en el programa de las temporadas de la "Gymnases" de París, la prensa de la capital francesa se ha ocupado elogiosamente del ilustre polaco

Wyspianski, he aquí el glorioso nombre que no se limitará en tener una figura momentánea sobre las telas del cinematógrafo parisiense; se lo oirás en el porvenir, y no es aventurarse el prever que estas sílabas, desconocidas ayer, llegarán a conquistar largas y resonante fama. Porque Wyspianski no es solamente el poeta más grande de las Polonias contemporáneas, es un poeta universal que habla a la universalidad de los hombres civilizados.

Murió en Cracovia en 1907, a los 37 años de edad. A pesar de las grandes dificultades que su obra presenta a la traducción, Wyspianski suscita la curiosidad de los hombres cultos en Inglaterra, en Italia, hasta en América. Asistimos, pues, a la aurora de una gran gloria, que se levanta sobre el mundo. Ante Wyspianski se detienen los espíritus más sutiles, las almas más indiferentes se recogen. Si el autor polaco no fué un hombre de genio—el porvenir lo dirá—fué por lo me-

El monasterio Pierwszy, dibujo de "Wyspiansk" para una de sus obras



Música de Wyspianski, para una de sus tragedias

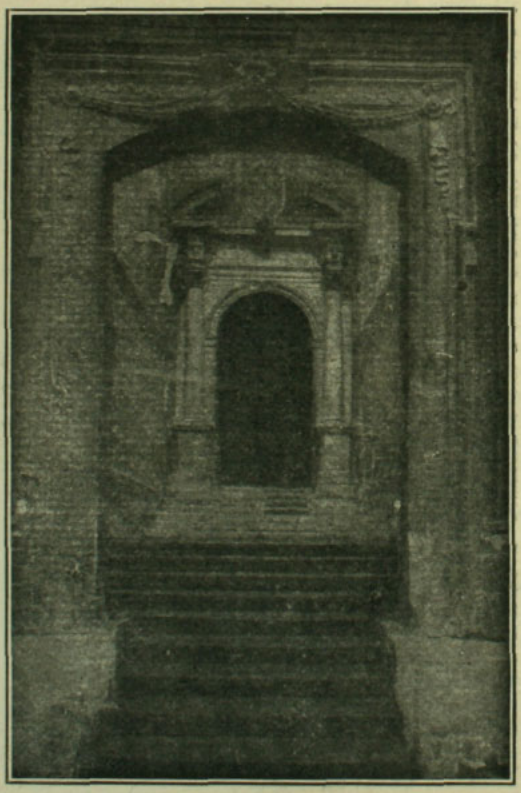
nos un creador de singular originalidad; no solamente un poderoso animador de personajes escénicos, sino, lo repetimos, un creador, en la más amplia acepción de la palabra. Renueva el arte, como Wagner y como Ibsen, reproduciendo formas inéditas de las vidas, y no una simple "fórmula", sino la concepción más rica, más fértil en aproximaciones imprevistas, en descubrimientos y en promesas de conquistas nuevas; en suma, una de esas armonías prodigiosas en que el artista nos da la ilusión de un renacimiento del mundo.

Fuera vana la pretensión de definir el arte de Wyspianski en algunas líneas. Críticos y dramaturgos estudiaron los "medios" con que él ha enriquecido la técnica teatral. Se discutirán su filosofía, pero no se lo comprenderá bien si no se desentraña el misterio de sus dones poéticos.

Wyspianski no fué un hombre feliz. Su vida dificultosa no le impidió sentir las desgracias de su patria hasta la angustia. La desesperación y la fe son los dos polos de su pensamiento y las bases inconmovibles sobre que se asienta su obra toda.

Pintor y músico, parecía igualmente dotado para todas las artes. Prefirió, sin duda, el teatro, porque en él encontró campo para ejercer la superabundancia de su talento. Nació en Cracovia, de padre escultor, y su infancia pasó recluída largo tiempo en un taller poblado de efigies de héroes polo-neses. Crece en la pintoresca ciudad al pie de **Wawel**, donde la guarnición austriaca habitaba el palacio de los antiguos reyes. Ante los espíritus tangibles de las leyendas, cultiva la alucinación. Estudiante en Cracovia, pintor errante seducido por Italia, solitario encarnizado en el estudio de los griegos y de Shakespeare, Wyspianski no olvidó jamás las nobles imágenes de la Polonia. Una gran parte de sus obras hace revivir los fastos poloneses: la Polonia de antes y la de hoy. Luchó rudamente por su arte; gustó tarde el triunfo y murió cuando iba a recoger los frutos...

Wyspianski, al mismo tiempo que por la índole de su personalidad artística, pertenece a la humanidad en la grandeza de su genio, es particularmente para la Polonia una figura de primer orden. Lloró el infortunio de la patria, pero su lamento no fué la que-



Acto 3.º de "Akropolis"

hora, porque tengo de hablarle de cosas de la mayor importancia.

RITA.—Bien, señor.

CARLOS.—Si te pregunta por mí, le dices que yo he salido temprano, y que te he dejado ese encargo.

RITA.—Muy bien, señor.

CARLOS. (*como hablando consigo mismo*).—Porque si no, es capaz de largarse por acá en el acto, y luego encontrarse aquí con...

RITA.—Entonces me voy ya, señor.

CARLOS.—Aguarda. Ahora puede resultar que no esté en casa. (*Siempre como hablando consigo mismo*). Y que se venga por aquí sin haber recibido el recado. Voy mejor a ponerle dos letras. (*Medio mutis, a tiempo que suena un timbre*). Ve a ver quién es.

(*Sale Rita y vuelve en seguida*).

RITA.—Don Baldomero.

CARLOS.—¡Me lo figuraba! Ese muchacho es de una oportunidad desesperante. ¿Qué hago yo ahora? ¿Le has dicho que estaba en casa?

RITA.—No, señor; que no sabía.

CARLOS.—Pues dile que no estoy.

(*Vase Rita y vuelve en seguida*).

RITA.—Dice que le ha visto a usted por el balcón.

CARLOS, (*dando una patada en el suelo*).—¡Caramba! ¿Y qué? ¡Cuando yo digo que no estoy! (*Pausa, luego a Rita*): Oye, ¿ha dicho la señora adónde iba?

RITA.—Sí, señor: a la Liga.

CARLOS.—¡Ah, es verdad! No recordaba que hoy celebra sesión la Liga Feminista. Quiere decir que ya tendrá mi mujer para rato protestando contra los derechos del hombre, como si a mí me hubiera dejado alguno, fuera del de pataleo...

RITA.—¿Qué le digo a don Baldomero?

CARLOS.—Que pase. (*Vase Rita.*) Y si ella le encuentra aquí, que lo despida ella misma. Estoy resuelto a hacerme respetar.

ESCENA III

CARLOS, BALDOMERO

BALDOMERO.—Buenos días, Carlos. Pero, ¿qué humos son esos? ¿Por qué no querías recibirme?

CARLOS.—No soy yo.

BALDOMERO.—¿Pues quién?

CARLOS.—Ella.

BALDOMERO.—¿La criada?

CARLOS.—No, hombre: Elisa.

BALDOMERO.—¿Tu mujer? ¿Y qué le he hecho yo?

CARLOS.—Dice que la cargas.

BALDOMERO.—¿Yo?...

CARLOS.—Me lo acaba de decir.

BALDOMERO.—No, si no dudo de ti, sino...

CARLOS.—No te extrañe: a mi mujer la carga todo lo que sea vulgar, yo inclusive.

BALDOMERO.—De modo que yo...

CARLOS.—Tú eres un sér vulgar, pero vulgarísimo...

BALDOMERO.—¿Y tú crees...?

CARLOS.—Yo también.

BALDOMERO.—¿Tú también crees que yo soy un sér vulgar?

CARLOS.—No, digo que yo también soy un sér vulgar, lo mismo que tú.

BALDOMERO.—Vamos, explícate: ¿qué significa todo esto?

CARLOS.—Significa... Oye, ¿por qué llevas ese apellido tan ordinario?

BALDOMERO.—¿Qué sé yo?

CARLOS.—Averígualo.

BALDOMERO.—¿Y a quién se lo voy a preguntar? De mi familia no me queda más que una abuela por el lado de padre.

CARLOS.—Pues anda a preguntárselo a tu abuela. (*Empujándolo hacia el foro*).

BALDOMERO.—No creo que corra tanta prisa...

CARLOS.—¿Cómo que no corre prisa? ¿Sabes lo que me acaba de ordenar mi mujer? Ordenar, esta es la palabra. Que te corte la llegada a esta casa.

BALDOMERO.—¡Me sorprende! ¿En qué he podido yo faltar...? (*Asombradísimo*).

CARLOS.—Faltaron, al contrario: parece que estás de sobra.

BALDOMERO.—Pero, ¿qué motivos he dado yo para que se tome conmigo esa medida que envuelve una verdadera injuria?

CARLOS.—Que tu apellido no es aristocrático. Figúrate tú, ¿a quién se le ocurre llamarse Caroca?

BALDOMERO.—Pero eso es una niñería. Sabía que tu mujer se gastaba sus... genialidades; sin embargo, perdona, no creí que fuera en ese extremo.

CARLOS.—Si yo, creo que tienes razón. Pero, ¿quién les quita a las mujeres ciertas cosas de la cabeza?

BALDOMERO.—Ni a los hombres tampoco.

CARLOS, (*ofendido*).—Baldomero, ¿qué sangrienta alusión es esa?

BALDOMERO.—No lo tomes a insulto. Es que voy creyendo que tu mujer ha conseguido empaparte en sus mismas ideas.

CARLOS.—No, Baldomero, te lo juro. ¿No sabes que yo también soy una de sus víctimas, su víctima cotidiana, de turno permanente? ¡Ay, Baldomero, compadéceme! Hasta aquí te había ocultado cuidadosamente el tormento de mi vida, pero ya no puedo más, te lo confieso como a amigo que eres mío, tal vez el único que tengo.

BALDOMERO.—Por lo menos, uno de los más sinceros. (*Le estrecha la mano*).

CARLOS.—Sí, amigo mío. Elisa es una mujer sublime, y tú y yo apenas si somos dignos de desatarle las cintas de los zapatos. (*Pausa*).

BALDOMERO.—Adelante.

CARLOS, (*escamado*).—¿Cómo?

BALDOMERO.—Digo que continúes.

CARLOS.—Pues bien, figúrate que Elisa es Caldera, de la histórica rama, según afirma, de los Calderas de la colonia...

BALDOMERO.—Y eso, ¿qué tiene que ver...?

CARLOS.—Tiene que ver, porque yo soy Soto, así a la pata la llana. No me alcanzó el resuello para ser siquiera Sotomayor. Y es lógico: entre Soto y Caldera, ¿quién queda por debajo?

BALDOMERO.—Soto, es natural.

CARLOS.—Y Soto soy yo. ¿Lo ves tú?

BALDOMERO.—Voy comprendiendo.

CARLOS.—Ahora, fíjate en este detalle: ¿estará o no convencida de la insignificancia de mi apellido, que sus tarjetas dicen solamente: "Elisa Caldera de S"? De *ese*... Como quien dice, de ese... pelagatos.

BALDOMERO, (*moviendo la cabeza*).—¡Es muy original!

CARLOS.—Sin embargo, más infatuada que con su apellido está aún con ciertas relaciones aristocráticas que contrajo en el colegio, y cuyo trato suele frecuentar, unas veces haciéndose invitar por ellas, otras invitándolas a casa. Por seguir las aguas de esas mismas relaciones, ha ingresado en esa Liga Feminista que anda por ahí tratando de reformar el mundo a su antojo, y de la cual la han hecho secretaria perpetua en vista del celo de que hace gala en favor de la causa.

BALDOMERO.—Ahí está la causa.

CARLOS.—Eso también creo yo, porque mi mujer era otra que la de hoy. Es cierto que su apellido ha sido siempre su chifladura, pero ahora, ¿quién puede con ella?

BALDOMERO.—Y dime, ¿figuran varones entre esas amistades de tu mujer?

CARLOS.—Sí, ¿por qué?

BALDOMERO.—Entonces, ¿tú mujer se educó en alguna escuela mixta?

CARLOS.—¡Ah! pero tú comprenderás... Sus antiguas condiscípulas suelen tener hermanos...

BALDOMERO.—¿Suelen?...

CARLOS.—Es decir, algunas los tienen.

BALDOMERO.—Y tú, ¿qué papel desempeñas en la sociedad, de que se rodea tu mujer? Tú te explicarás mi ignorancia: amigo particular tuyo, sólo en contadas ocasiones, y de entrada y salida, he participado de la tertulia de Elisa.

CARLOS.—Ya puedes figurarte qué papel desempeñaré teniendo la desgracia de apellidarme Soto.

BALDOMERO.—Un papelón.

CARLOS.—En cuanto Soto, me está vedado alzar la voz.

BALDOMERO.—Ya: hablarás siempre *sotto... voce*.

CARLOS.—Eso.

BALDOMERO.—Oye una idea: ¿por qué no pides el divorcio? Sería un caso de lo más original: no se trataría precisamente de un divorcio por incompatibilidad de caracteres, ya que tú has demostrado no tener ninguno...

CARLOS, (*con desaliento*).—No lo niego.

BALDOMERO.—Sería más bien un divorcio por incompatibilidad de apellidos, como quien dice, por disconformidad de firmas. Vamos, una especie de divorcio electoral. ¿Ves tú que tendrá gracia?

CARLOS.—Para los demás, indudablemente. (*Pausa*). No, aunque la cosa fuera en serio, sería un escándalo. Desengáñate: estoy condenado a Caldera y un día.

BALDOMERO.—Yendo a otro punto, ¿cómo mantiene tu mujer la dignidad de su rango? Porque, supongo que no contaréis con más entradas que con tu sueldo de empleado fiscal.

CARLOS.—Y con alguna cosa que dan los alquileres de la suegra. Pero, ¿de qué prodigios financieros no es capaz una mujer empeñada en aparentar una situación?

BALDOMERO.—Resumiendo: que tu mujer es una aristócrata... por modo reflejo; que tú eres un pobre hombre...

CARLOS.—Ella lo ha dicho.

BALDOMERO.—Y tú lo confirmas. Y que yo me quedo a la puerta por ordinario.

CARLOS.—¿Y qué quieres que le haga yo?

BALDOMERO.—Carlos, eres un infeliz.

CARLOS.—Sí, Baldomero. (*Con resignación*).

BALDOMERO.—Y como no quiero ponerte en un aprieto, me voy.

CARLOS.—No te cases nunca, Baldomero.

BALDOMERO.—Aprovecharé el consejo, por ser hijo legítimo de la experiencia. Adiós, Carlos. (*Dándole la mano*).

CARLOS.—Ya sabes que tienes tu casa, Baldomero. (*Rectificándose vivamente*): Es *decir*...

BALDOMERO, (*riendo*).—Sí, sí, ya sé que te refieres a la mía. (*Mutis por el foro*).

ESCENA IV

CARLOS. RITA

(*Carlos se queda mirando un instante hacia la puerta del foro, con aire de penoso abatimiento*).

RITA, (*por el foro*).—Señor, el baño está listo.

CARLOS.—Bien. ¿Has sacudido mi ropa?

RITA.—Sí, señor, pero... (*Reticencia*).

CARLOS.—¿Pero qué?

RITA.—Que no he encontrado los pantalones...

CARLOS.—¿Cómo es eso?

RITA.—Sí, señor, he trajinado todo el dormitorio, pero no aparecen.

CARLOS.—¿Has buscado en el cuarto de la señora?

RITA.—No, señor: no se me ocurrió que pudiesen estar allí.

CARLOS.—Pues, anda, allí deben de estar, no te quepa duda.

RITA.—Voy a ver. (*Mutis foro*).

(*Carlos se queda un momento extático; después se suelta a reir, meneando la cabeza con aire de mansa resignación. Vuelve Rita*).

RITA.—De veras, señor, estaban allí.

CARLOS.—¿Qué te decía yo? (*Pequeña pausa*). Es un símbolo, sí, señor, todo un símbolo. Oye, Rita, ¿sabes tú lo que es un símbolo?

RITA.—No, señor; ¿es cosa de comer?

CARLOS.—Por ahí anda. Bueno, un símbolo es eso que tú acabas de descubrir.

RITA.—¿Los pantalones?

CARLOS.—Sí, los pantalones en el cuarto de la señora. Ni más ni menos. ¡Ay, quien pudiera ponerse los pantalones!

RITA.—Pues, si acabo de dejárselos en su pieza...

CARLOS.—Gracias, Rita, pero vas a ver tú como no me los pongo nunca. (*Mutis por la izquierda. Rita le sigue un momento con la vista y en seguida mueve la cabeza aplicándose un dedo en la sien, como dan-*

do a entender que Carlos está tocado. Suena un timbre. Rita va a abrir).

ESCENA V

ELISA, TERESA, VISITACION, FERNANDO

ELISA. (*como continuando una conversación comenzada en la calle*).—Conque, ¿aprueban ustedes mi idea?

VISITACION.—¡Pero, ni qué preguntarlo, hija! ¡Si es una idea genial! ¿No le parece a usted lo mismo, Fernando?

FERNANDO.—Verdaderamente genial.

ELISA.—¿Qué opinas tú, Teresa?

TERESA.—Encuentro que la cosa es un poco delicada: ¿cómo vamos a dar por celebrada una sesión que no se ha verificado?

VISITACION.—Y eso, ¿qué importa? Todo es en bien de la causa. Además, yo me encargo de visitar a nuestras amigas a fin de que presten su aquiescencia para esta inocente superchería.

TERESA.—Si es así...

VISITACION.—¿Qué duda cabe? Y qué como decía muy bien Elisa, si se llega a advertirse que nuestra acción se entibia, el desaliento se introducirá en las filas feministas, y hasta nos veremos blanco de las burlas del público. Hay que evitar este grave riesgo, y el medio de conseguirlo está en adoptar el temperamento propuesto por Elisa.

TERESA.—En dos palabras, ¿qué es lo que se va a hacer?

VISITACION.—Es muy sencillo: daremos por celebrada la sesión a que estaba citado el directorio para hoy: se supondrán tomados algunos acuerdos de importancia; Elisa, como secretaria, firmará el acta respectiva, que Fernando hará el obsequio de redactar, para ir con más rapidez...

FERNANDO.—Con mil amores.

VISITACION.—Y... de la cual se harán varias copias para los diarios, que él mismo se encargará de repartir.

FERNANDO.—Soy todo de ustedes.

VISITACION.—En cuanto al acta original, ya he dicho que yo me encargo de corretearla para su aprobación.

FERNANDO.—Bien, ¿y qué perseguimos con este pequeño fraude?

ELISA.—Que nadie vaya a figurarse que la acción de la Liga se vuelve floja, sino que, por el contrario...

FERNANDO.—Es siempre una Liga de resistencia a los avances masculinos.

VISITACION.—Y que está en un pie excelente.

FERNANDO.—Y que no se quedará ahí, sino que llegará a más altos destinos.

TERESA.—¡Fernando!... (*Con aire de reconvención*).

VISITACION.—El chirigotero de siempre. ¡Ah, estos periodistas!

FERNANDO.—¿Eso será largo?

ELISA.—Un poco, probablemente. Pero, ¿qué prisa tienes? Ustedes se quedan a almorzar conmigo.

VISITACION.—Acepto con toda el alma.

ELISA.—¿Y tú? Ya ves, no puedes marcharte sola, porque supongo que Fernando no me hará un desaire...

FERNANDO.—No, señora, y agradeciendo mucho.

VISITACION.—Fuera de que se va a ganar honradamente el almuerzo.

FERNANDO.—Bien, me quedo. Y a todo esto, ¿y tu marido?

VISITACION.—Es verdad, ¿y Carlos?

ELISA.—Le he dejado aquí hace un rato. Es probable que haya salido a dar una vuelta por el centro, como lo acostumbra antes de almorzar.

VISITACION.—¿Y dónde váis a extender el acta?

ELISA.—Sería mejor que pasáramos al escritorio.

FERNANDO.—Lo que usted disponga.

VISITACION.—Entonces, señora secretaria, señor redactor de la "Vida Social", al aire, que la cosa corre prisa. Nosotras, entretanto, nos quedaremos aquí charlando un rato.

ELISA.—Pues, con el permiso de ustedes... Pero, ¿no sería mejor que ustedes nos acompañaran a hacer el trabajo? Cambiaríamos ideas...

VISITACION.—Eso es de tu exclusiva incumbencia. Y yo bastante tendré que hacer luego en mi jira por las casas de las directoras. Les aguardaremos aquí, ¿verdad, Teresa?

TERESA.—Me parece mejor. Cuatro manos en un plato...

ELISA.—Convenido; nos despacharemos pronto. ¿Viene usted, Fernando?

FERNANDO.—Voy, señora. (*Vase foro, siguiendo a Elisa*).

ESCENA VI

VISITACION, TERESA

VISITACION.—No tardarán mucho. Elisa es lista, y Fernando...

TERESA.—Muy listo también, doña Visitación. (*Con intención*).

VISITACION.—Tu hermano tiene mucha facilidad de redacción, y nos viene como de molde en este caso excepcional, en que es necesario que todo quede despachado en un verbo.

TERESA. (*distraidamente*).—Sí... Eso es...

VISITACION, (*extrañada*).—¿Qué tienes, Teresa? ¿Sabes que te noto hoy un poco rara? Apenas si has despegado los labios en toda la mañana. ¿Qué te pasa?

TERESA.—Nada, un dolorcillo de cabeza que me cogió al levantarme de la cama. La verdad es que no me siento con el humor de otros días.

VISITACION.—Debes cuidarte mucho... en obsequio de la causa.

TERESA, (*con aire displicente*).—¡Sí... de la causa!... ¡Buena pamplina me está resultando la tal causa!

VISITACION, (*escandalizada*). — ¡Niña! ¿Qué dices?

TERESA, (*con vivacidad*).—Que eso del feminismo es una tontería, una ridiculez, una chifladura de solteronas... *incandescentes*. ¡Ea, que no quiero callar por más tiempo!

VISITACION.—Vamos, hijita, tú estás loca. Recuerda que tu madre...

TERESA.—Sí, es otra feminista impenitente. y gracias a ella me hallo metida en este lío. Pero, ¿qué pierde ella con eso? Y usted, ¿qué pierde tampoco? Con todos los años que lleva encima, ¡valiente rasgo de abnegación resulta declararles la guerra a los hombres!

VISITACION.—Pero, niña, ¿tan vieja me haces tú?

TERESA.—No soy yo quien la hace a usted vieja, doña Visitación, sino el tiempo. Quéjese usted a él.

VISITACION.—Vamos a ver, ¿cuántos años me echas tú?

TERESA, (*calculando*).—Usted, doña Visi... usted... no apea de sus sesenta largos de talle.

VISITACION.—¡Jesús, María! Según eso, yo soy para ti una especie de Matusalén... con faldas.

TERESA.—Con ellas anduvo siempre, según creo.

VISITACION.—Rebaja un poco, hija, rebaja un poco.

TERESA.—Formalmente, ¿cuántos años lleva usted a cuestas? doña Visi...

VISITACION.—Sin mentir, aún no tengo cuarenta cumplidos.

TERESA.—Entonces se podría decir de usted que es una persona de pocos cumplidos... según usted misma.

VISITACION.—Muy bien, haz ahora chacota de esta pobre vieja...

TERESA.—Que no quiere serlo.

VISITACION.—En fin, dejemos mis años a un lado...

TERESA.—Por mí, apártelos usted.

VISITACION.—Volvermos a lo que hablábamos antes, ¿por qué te has declarado ahora enemiga del feminismo y levantas bandera de insurgente en nuestras filas?

TERESA.—¿Por qué? Por una razón muy sencilla: porque con mis dieciocho años me parece una solemne simpleza declararles guerra sin cuartel a los hombres, que no otra cosa significa esto de querer entrometerse en todo lo que hasta aquí ha sido de su exclusiva y natural competencia. ¿Qué salgo ganando con esto? Quedarme para vestir santos. No me conviene.

VISITACION.—¡Niñerías! Yo también soy soltera, como tú.

TERESA.—¿Co-mo-yo?... (*alargando la frase*).

VISITACION.—O solterona, si tú quieres; y, créemelo, no echo de menos nada.

TERESA.—Ahora.

VISITACION.—Y siempre.

TERESA, (*con voz gangosa*).—Por los siglos de los siglos, amén. (*Con su tono natural*) parece que estuviéramos rezando el rosario.

VISITACION.—¿Tú crees que me he quedado soltera hasta ahora porque los hombres no se fijaron en mí?

TERESA.—Al contrario, doña Visi, al contrario... (*Con intención*).

VISITACION.—Búrlate cuanto quieras, pero también he tenido veinte años, como tú, y si hubiera sido por casarme, nunca falta un roto para un descocido. (*Con cierto calor*).

TERESA.—No se exalte usted doña Visitación, que no he querido poner en duda lo que usted dice. Creo que habrá tenido Ud. muchos pretendientes... hace veinte años.

VISITACION.—Y aún hoy mismo.

TERESA.—¿Aún hoy mismo? Le doy a usted mi enhorabuena.

VISITACION.—Sí, aún hoy mismo. Y no es un caso fenomenal, que si carezco de bienes de fortuna, mis relaciones en la buena sociedad compensan de sobra ese... defecto.

(*Teresa asiente con la cabeza*).

VISITACION.—Sino que desde niña he sentido por los hombres una antipatía invencible, que se ha ido fortaleciendo a medida de los años.

TERESA.—Por estas fechas los odiará usted de muerte.

VISITACION.—Todos son ambiciosos, banales, calculadores, despóticos, egoístas, falsos...

TERESA.—Noto que está usted enumerando sus virtudes por orden alfabético. ¡Bonitos estarán cuando llegue usted a la zeta! (*Ríe*). ¡Pobres hombres!

VISITACION.—Sí, ténles compasión ahora. ¿Qué dejas entonces para nosotras, víctimas eternas de su inicuo desprecio por nuestro sexo? Por eso no me explico cómo cierras los ojos a la realidad.

TERESA.—Tal vez porque los abro al ensueño. Yo no tengo la culpa.

VISITACION.—Cierras los ojos a la realidad y te aprestas a hacer causa común con nuestros verdugos.

TERESA.—¿Nuestros verdugos? Usted exagera, doña Visi.

VISITACION.—Ni tanto así, (*demostración con el meñique*). Nuestros verdugos; está dicho. Y todo, ¿por qué? Porque eres joven y linda.

TERESA.—¿Sigue usted exagerando?

VISITACION.—Y temes que pasen los años y pierdas la ocasión de pescarte un buen marido. No temas, tienes dinero bastante para interesar a los hombres en cualquier tiempo.

TERESA, (*irónicamente*).—¡Tantísimas gracias!

VISITACION.—No, yo sé que además de tu fortuna posees dotes de inteligencia, de corazón y de carácter que valen mucho más que la dote en metálico, pero los hombres preferirán siempre tu dinero a tus demás cualidades. Ahora, hallándolas todas reunidas, miel sobre hojuelas. Porque también son glotones.

TERESA.—Ahora recuerdo que habíamos quedado en la efe.

VISITACION.—Y después, ¿quién te ha dicho a ti que el feminismo tienda a suprimir el matrimonio?

TERESA.—No, si ya entiendo: no se trata de matar el matrimonio, sino de desfigurarlo... Arrancándole los bigotes. ¿He acertado con el símil?

VISITACION.—Se trata, lisa y llanamente, de que la mujer tome el rol preponderante que le corresponde en la vida de la hu-

manidad, desplazando al hombre de las posiciones conquistadas en largos siglos de tiránica absorción...

TERESA.—¡Bravo! Desde luego, los está usted desplazando del campo de la oratoria.

VISITACION.—Ya es hora de que hagamos prevalecer nuestros derechos.

TERESA.—¿Y para hacer que prevalezcan nuestros derechos olvidamos nuestros deberes?

VISITACION.—¿Por qué hemos de olvidar nuestros deberes? No veo incompatibilidad entre el ejercicio de los unos y el cumplimiento de los otros.

TERESA, (*bajando la voz*).—¿Ha observado usted lo que ocurre en esta casa?

VISITACION.—No.

TERESA.—Lo que hay es que el ejemplo presente habla con demasiada elocuencia en contra de las teorías de usted, para que usted quiera darse cuenta de lo que está a la vista. En este momento, ¿no tiene usted a la mujer entregada en cuerpo y alma a la elaboración de un documento feminista, en vez de cuidar de que la cocinera no queme los guisos, y de que el almuerzo no haga esperar al dueño de casa, que necesita marcharse a sus tareas a hora determinada?

VISITACION.—Entonces, ¿para qué está la servidumbre sino para cumplir con sus deberes?

TERESA.—¿Y quien vigila el cumplimiento de esas obligaciones, si la señora invierte su tiempo en afanes reñidos con su condición de ama de casa? Y aquí, en ésta en que estamos, semejante absurdo reviste caracteres bien curiosos: Elisa ha hecho de su hogar un baluarte del feminismo. El pobre Carlos es un verdadero rey Viga. No reconoce más voluntad que la de su mujer, lo que no deja de ser extraño en un hombre como él, inteligente, sobrio, laborioso y de un profundo buen sentido.

VISITACION.—Por eso mismo, hija, por eso mismo. Un hombre agraciado con todas esas prendas y facultades, tiene que reconocer la justicia del movimiento feminista y reducirse a su verdadero papel.

TERESA.—No, discuto. Siendo esto así, ¿de qué modo se explica que Elisa siga con igual fervor en las filas del feminismo? ¿No ha visto coronados ya sus esfuerzos en lo que a ella se refiere? ¿O acaso lo hace para matar sus ocios de esposa sin hijos?

VISITACION.—Tal vez su espíritu altruista le aconseje seguir sacrificándose por sus amigas.

TERESA.—En lo que a mí toca, puede contar con mi sincera gratitud, pero declino el honor de que me entierren con palma, o el de hacer de mi hogar, una vez casada, una sucursal de la isla de San Balandrán.

VISITACION.—Veo que a ti no te entran razones, y será lo mejor que doblemos esta hoja.

TERESA.—Como usted guste.

ESCENA VII

Las mismas y CARLOS, *por la izquierda, en traje de calle sin sombrero.*

CARLOS. (*acercándose a saludar*).—¡Señoras mías, cuánto gusto! Doña Visitación...

VISITACION.—Adiós, Carlos, ¿cómo está usted?

CARLOS.—Teresita...

TERESA.—Buenos días, Carlos.

CARLOS.—Pero, ¿cómo están ustedes solas? ¿No ha venido mi mujer con ustedes?

VISITACION.—Ciertamente. Está en este instante ahí dentro, en el escritorio de usted, extendiendo en compañía de Fernando el acta de la sesión de la Liga.

CARLOS.—¡Cómo ¿Han terminado ustedes hoy sus tareas tan temprano? (*Saca el reloj y en seguida se sienta*).

VISITACION, (*guiñando un ojo*).—Se trata de una pequeña conspiración... contra el público. En realidad, no hemos sesionado. (*Teresa, entretanto, dando muestras de cierta agitación, se habrá asomado a la puerta del foro, mirando hacia la izquierda.*

CARLOS.—¡Ah, ya! Trazas quiere la guerra. ¿Y cómo marcha la causa? ¿Se han conquistado ustedes ya muchos adeptos? (*Sonriendo*). Me refiero a mi sexo.

VISITACION.—Algunos. Las causas justas tardan en imponerse, pero al fin concluyen por triunfar.

(*Teresa va del foro al balcón, donde se queda un instante mirando a la calle*).

CARLOS.—Me atrevo a creer, y sentiría estar en un error, que no hará tantos prosélitos el feminismo... Como las feministas. (*Mirando con intención a Teresa, que vuelve a escena*).

TERESA.—Tal vez tenga usted razón, Carlos. (*Con seriedad*).

CARLOS.—¿No lo decía yo? Confesión de parte...

VISITACION.—Pero su observación no va con ella, Carlos, que es una renegada. Aquí mismo acaba de abjurar de su fe.

CARLOS.—¡Por Dios doña Visi, si yo he hablado en general! Apostaría a que se debe a usted la mayor cuota de afiliados masculinos...

VISITACION.—¿También quiere usted divertirse a mis costillas, como lo acaba de hacer ésta?

CARLOS.—¡No, no, de ninguna manera! Hablo seriamente. (*Transición*). ¿Y se podría saber, Teresita, qué es lo que la ha hecho a usted abandonar las filas?

TERESA.—Muy sencillo: que he variado de modo de pensar.

CARLOS.—¡Pero esa es una verdadera deserción en campaña! ¿Y sor ustedes las que suelen tacharnos a nosotros de inconsecuentes? Los hombres rara vez incurrimos en estos cambios de frente... (*Creo que he soltado una burrada*).

ESCENA VIII

Los mismos, y ELISA, *que entra por el foro presa de viva agitación. Todos la rodean.*

CARLOS.—¿Qué te pasa?

VISITACION.—¿Qué traes, mujer?

TERESA.—Elisa, ¿qué ocurre?

ELISA, (*respirando ansiosamente y apartándolos con las manos*).—Nada... no es nada... los nervios... nada...

(*Carlos la conduce a una silla, donde la hace sentarse, y toca el timbre. A Rita, que aparece por el foro*):

CARLOS.—Un vaso de agua.

VISITACION.—¿Quiéres que te aflojemos las ropas?

ELISA.—No..., no..., ya se pasará...

(TERESA, *un poco retirada, la mira fijamente, con aire preocupado. Visitación le palpa la frente. Entra Rita con el agua*).

CARLOS, (*presentándoselo a Elisa*).—Vamos, bebe y tranquilízate. (*Elisa bebe*). ¿Quiéres que haga llamar a un médico?

ELISA.—No, no, ya se me pasará... (*Mira hacia el foro con cierta expresión temerosa*).

CARLOS.—Pero, ¿qué ha sido?

ELISA, (*abrazándose a su cuello en un impu'so repentino*).—Carlos... (*con vehemencia y voz entrecortada*) perdóname... yo soy buena... sí, soy buena... ¿Me perdonas?

CARLOS, (*apartándola suavemente*).— Vamos, hija, serénate. ¿Qué es lo que te sucede? Habia, que me pones en cuidado.

(*Pausa, durante la cual Elisa echa una mirada furtiva a Teresa y Visitación, que están perplejas*).

TERESA.—Elisa, te dejamos un momento, para que te tranquilices. Vamos, doña Visi. (*Mutis ambas por el foro, cuya puerta cierra en seguida Carlos*).

ESCENA IX

ELISA, CARLOS

CARLOS.—Ahora, explícate, Elisa, por el amor de Dios, que me tienes sobre espinas.

ELISA. (*humildemente*). — Carlos, amigo mío... Ya soy otra, ¿sabes? La Elisa de ayer, la de esta mañana mismo, la que te hizo sufrir siempre, ha muerto. En su lugar hay una Elisa nueva, amantísima y débil, que reclama tu amparo cariñoso. ¿Se lo negarás? (*Reclinando la cabeza en el pecho de Carlos*).

CARLOS, (*acariciándola con ternura*).— ¡Pobre Elisa mía!

ELISA, (*desprendiéndose de los brazos de Carlos*).—Carlos, ¿y Baldomero?

CARLOS, (*extrañado*).—¿A qué viene ahora...?

ELISA.—Vamos, dime, ¿qué has hecho de Baldomero?

CARLOS.—Pues, hija, lo que tú me indicaste: ponerlo a la puerta. Estuvo aquí hace poco y le dí tu recado.

ELISA.—Carlos, hay que hacerlo llamar inmediatamente. (*Asomándose al foro*): ¡Rita!... ¡Rita!...

CARLOS, (*oprimiendo el timbre*).—Pero, ¿qué es lo que te propones? ¿Despedirlo tú en persona?

ELISA.—No, Carlos, al contrario: reparar una injusticia, darle mis excusas por la ofensa inmerecida con que lo he lastimado... y pedirle que me tenga por amiga. (*A Rita, que aparece por el foro*). Ve corriendo a casa de don Baldomero y dile que tenga la bondad de venir, en nombre de Carlos... y mío.

RITA.—Voy, señorita. (*Medio mutis*).

ELISA.—Y si no está en casa, le dejas el recado. (*Vase Rita*). Sí, Carlos, desde hoy no quiero tener otros amigos que los tuyos.

CARLOS.—¿Y los tuyos? ¿Por qué los dejas?

ELISA, (*encogiéndose de hombros con indiferencia*). — ¿Qué me importan? Ahora comprendo que la verdadera felicidad, que la paz del espíritu, sólo se encuentran en las tibiezas del hogar, no persiguiendo absurdas quimeras o la realización de sueños extravagantes. Quiero ser desde hoy la mujer de su casa, amada de los suyos y respetada de todos... de todos, Carlos, de todos! (*Llora apoyando la cara en el hombro de Carlos*).

CARLOS.—Pues, ¿qué alguien se ha atrevido a faltarte?...

ELISA.—No, soy yo quien se ha faltado a sí misma queriendo mirar la vida desde un plano inferior. Pero la ceguera ha pasado ya.

CARLOS. (*con emoción*).—Elisa, sólo Dios sabe con qué ansia infinita he esperado yo este momento, que por fin llega. Aunque tardío, porque pudiste haberlo adelantado hace tanto tiempo,—es mi único reproche, amiga mía.—él me indemniza ahora de toda mi larga viudez de amores.

ELISA.—¡Ah, si expiación de toda mi conducta pasada fuera el consagrarme exclusivamente a ti con todos los afectos de mi alma, esta dulce expiación... durará toda mi vida!

CARLOS.—Te creo, Elisa, y egoísta como todos los que han sufrido mucho, no quiero abandonar en las causas de este cambio bendito: sólo a los afectos me atengo.

ELISA.—¿Y si una de esas causas... la más santa..., quizás si la decisión..., fuera...? (*Se detiene, vacilando*).

CARLOS, (*anhelante*).—¿Cuál? Vamos, acaba... dí...

(*Elisa titubea un poco, en seguida se abraza al cuello de Carlos y murmura algunas palabras a su oído*).

CARLOS, (*transportado de gozo*).—Pero, ¿es cierto?... ¡Dios bondadoso, todo a un tiempo! ¡Es para morir de alegría!

(*Se oyen golpes en la puerta del foro. Carlos va a abrir*).

ESCENA X

Los anteriores y BALDOMERO

CARLOS.—¡Ah, eres tú! ¡Un abrazo, amigo mío!

ELISA, (*que avanza tendiendo la mano a Baldomero*).—¿Me perdona usted?

BALDOMERO.—En mí no caben rencores, señora. Pero (*sonriendo*) como soy hombre precavido, he resuelto usar en adelante sólo mi apellido materno.

ELISA.—Es usted vengativo.

CARLOS.—¿Cuál es tu apellido materno?

BALDOMERO.—Caroca. Mis padres eran primos carnales. (*Todos ríen*).

CARLOS, (*yendo a acercar una silla para ofrecer a Baldomero*).—Anda, siéntate, hombre.

BALDOMERO, (*rápido a Elisa*).— Lo sé todo, señora: Rita me lo ha contado por el camino.

ELISA, (*idem*).—¡Por Dios, que Carlos no sepa nada!

CARLOS.—Sabrás que se ha operado un cambio de política en el gobierno doméstico, y te invitamos a la inauguración del nuevo régimen. Te quedas a almorzar con nosotros.

ELISA, (*bajo a Baldomero*).—¡Por favor, despida usted a ese hombre!

BALDOMERO, (*a Carlos*).—Aceptado, pero antes me vas a permitir que le escriba cuatro letras a un señor que debe de estar esperándome en casa para tratar de negocios.

CARLOS.—¡Ah!, pero. ¿Cómo no? Vete a mi escritorio, y en seguida mandas la carta con la muchacha.

BALDOMERO.—Entonces, con la venia de ustedes.

(*Al salir se encuentra con Teresa y Visitación que entran, a quienes saluda cediéndoles el paso.*

ESCENA XI

ELISA, CARLOS, TERESA, VISITACION

VISITACION.—¿Estorbamos?

ELISA.—De ninguna manera.

TERESA.—¿Cómo te sientes?

ELISA.—Casi aliviada.

CARLOS.— Es cosa de los nervios. Pasa pronto.

VISITACION.—¡Ah, los pícaros nervios! No me hablen ustedes de eso.

CARLOS.—Y a todo esto, ¿qué se ha hecho Fernando? ¿No estaba contigo? (*A Elisa*).

ELISA, (*turbada*).—Sí... allí le he dejado.... sacando en limpio aquello.

VISITACION.—Ya concluye. Nosotras venimos de allí. Por cierto que ésta (*por Teresa*) no quería perturbarlo en su tarea, a pesar de su apostasía. ¡Entienda usted a estas chiquillas!

CARLOS. — Ahora estará con Baldomero. ¿Creo que son amigos? (*A Teresa*).

TERESA.—Me parece que sí.

CARLOS.—Les aguardaremos un momento, y en seguida almorzamos.

(*Ocupa una silla al lado de Visitación, quedando ambos un poco alejados de Elisa y Teresa, que se sientan, muy cerca una de otra. Estas quedan un momento como abstraídas en sus propias reflexiones, mientras conversan los otros.*)

VISITACION.—Sí, amigo Carlos, las deserciones no hacen sino retemplar el espíritu de las que quedamos en la brecha.

CARLOS.— Soy el primero en admirar esa fortaleza de ánimo.

VISITACION.—Y si no, ¿qué sería de la causa?

TERESA.—Elisa, no trato de justificar a mi hermano...

ELISA.—¡Ah!, ¿él te lo ha contado todo? ¿Se ha jactado delante de ti...?

TERESA. (*con firmeza*).— No, soy yo que lo he adivinado todo. He dicho que no trato de justificarlo...

ELISA.—Su conducta no tiene justificación.

TERESA.—Pero acaso tenga una excusa en nuestra propia locura de emancipación. Renunciando a nuestra debilidad, renunciamos a nuestra fuerza. ¿Cómo extrañar entonces que los hombres se aprovechen de esta flaqueza?

VISITACION, (*sorprendida*).—¿Qué dice usted, Carlos? ¿Conque Elisa también nos abandona?

CARLOS.—Creo haberlo entendido así, señora. Por lo demás, es una defección de poca monta, creo yo.

VISITACION.—¿Cómo de poca monta? Elisa era el más firme sostén de nuestra causa. Sin ella, la Liga se viene abajo.

CARLOS.—"Honni soit qui mal y pense".

VISITACION.—¿Qué dice usted?

TERESA.—El esperará retirarse de una manera decorosa.

ELISA.—Por mi propia delicadeza así lo espero, y porque no debo dar a mi marido este último disgusto. ¿Visitación sospecha algo?

TERESA.—Ni lo más mínimo. Su ceguera feminista le impide ver muy lejos. Puedes estar completamente tranquila.

CARLOS.—Sí, señora, es una frase de un soberano inglés, y quiere decir: ¡A buena hora mangas verdes!

ESCENA ULTIMA

Los anteriores, y FERNANDO *y* BALDOMERO *por el foro.*

CARLOS.—Claustro pleno. ¿Cómo está usted, Fernando? Por fin se deja usted ver.

FERNANDO, (*un poco cohibido*).—Sí... La tarea me ha demandado más tiempo que el que pensábamos... (*Rectificándose prontamente*), que el que pensaba.

CARLOS, (*a Baldomero*).—¿Has mandado tu carta?

BALDOMERO.—Hace un momento.

VISITACION, *a Fernando.*—¿De modo que todo está listo ya?

FERNANDO.—No falta nada. Y ahora, solicito licencia para retirarme.

VISITACION.—¡Cómo! ¿no se queda usted a almorzar con nosotros?

(*Mientras hablan los demás, Elisa, que se ha levantado, como todos, permanece aparte, con aire indiferente, y Teresa se ha puesto al balcón*).

FERNANDO.—Imposible, señora. (*Sacando su reloj*). Precisamente, dentro de un cuarto de hora tengo una cita urgente, que había olvidado.

CARLOS, *guiñando un ojo.*—Conque una cita, ¿eh? ¡Ah, conquistador irresistible! ¿Qué dices tú a esto, Baldomero?

BALDOMERO.—Que no le envidio.

CARLOS, *riendo.*—Es claro, con tus cuarenta encima... Están verdes las uvas.

BALDOMERO.—No es eso, sino que no cabe envidiar la desgracia de nadie. (*Visitación*

se acerca a conversar con Elisa). Fernando acaba de contarme su último fracaso amoroso, y ello es para escarmentar en cabeza ajena.

CARLOS, *a Fernando.*—¿De veras? (*Fernando asiente con la cabeza, visiblemente turbado*).

BALDOMERO.—*Figúrate que éste... (siguen hablando los tres en voz baja*).

VISITACION, *a Elisa.*—Entonces todo se lo va a llevar la trampa.

ELISA, *encogiéndose de hombros*).—Lo siento, doña Visi, pero Teresa tenía razón: estábamos cometiendo una locura.

VISITACION.—¿Quién hace caso de una mocosa?

TERESA. (*viniendo a ellas*).—¡Uf, me duele atrozmente la cabeza!

CARLOS, (*con aire misterioso*).—¿Conque se trataba de una casada? Pero, su resistencia, ¿era formal?

FERNANDO.—Sí, amigo mío, dí con una mujer honrada, a quien perjudicaban las apariencias. ¿Hay algo más lógico ni más hidalgo, entonces, que me acuse a mí mismo?

CARLOS.—Tiene usted razón, pero yo hubiera insistido, por si acaso...

BALDOMERO.—¡Chist! No conviene que las señoras se enteren de estas trapisondas.

TERESA.—¿Vamos, Fernando?

FERNANDO.—Sí.

CARLOS.—¿*Cómo es eso*, Teresa? ¿No nos van a acompañar ustedes a almorzar?

TERESA.—Gracias, Carlos, pero me duele horriblemente la cabeza, y quiero llegar a casa a aplicarme un remedio.

CARLOS.—Aquí puede usted curarse lo mismo. Suplícales tú, Elisa.

TERESA.—Es inútil, Carlos. Páselo usted bien. (*Le da la mano*).

VISITACION.—Yo les acompaño.

CARLOS.—Gracias, doña Visi.

VISITACION.—Nó, si yo digo que me marcho con estos. No puedo compartir la mesa de un enemigo.

CARLOS.—¿Qué es eso, doña Visi? ¿Nosotros sus enemigos?

VISITACION.—Sí, señor. Sépalo usted, Fernando: Teresa se retira de la Liga porque no quiere quedarse para vestir santos... (*Todos se ríen*). Elisa nos abandona, también porque... No sé por qué.

CARLOS.—Yo se lo diré a usted: porque ella se prepara a vestir angelitos...

ELISA, (*con aire de dulce reconvención*).—¡Carlos!

VISITACION.—¿Conque esas teníamos? No le alabo el gusto.

BALDOMERO.—Es natural.

VISITACION.—¿Qué dice usted? (*Agresiva*).

BALDOMERO.—Que es natural que se desligue... de las filas.

VISITACION. (*con vehemencia*).—¡Y bien, que todas nos abandonen, que todas se marchen a hacer causa común con nuestros enemigos prehistóricos...

BALDOMERO, (*a Carlos*).—Casi resultamos antediluvianos.

VISITACION.—...Pero mientras quede yo sola sosteniendo el pabellón del feminismo, la Liga no caerá!

CARLOS.—¡Bravo, doña Visitación! ¡Eso es de hombre!

VISITACION.—¿Cómo?

CARLOS.—Digo, eso es de mujer.

VISITACION.—Ahora, vámonos.

(*Todos excepto Baldomero, se despiden de Carlos y Elisa*).

FERNANDO, (*en voz baja, al despedirse de Elisa*).—Señora, aún no mereciéndolo, quiero llevarme su perdón.

ELISA, (*idem*).—Está ya usted perdonado. Después de todo, me ha hecho usted un gran bien.

VISITACION.—Pero, no he de retirarme sin que aquí mismo, en éste que ha sido el más firme baluarte de los derechos femeninos, quede vibrando para siempre nuestro grito de guerra: ¡Viva la emancipación de la mujer!

(*Desaparecen todos por el foro, acompañados de Baldomero*).

ELISA, (*a Carlos, mirándolo con ternura*).—¡Es más hermosa, sin embargo, la esclavitud!

(*Se abrazan, a tiempo que Baldomero reaparece por el foro. Telón rápido*).

FIN

Un grupo de avestruces escogidos

La Crianza de Avestruces

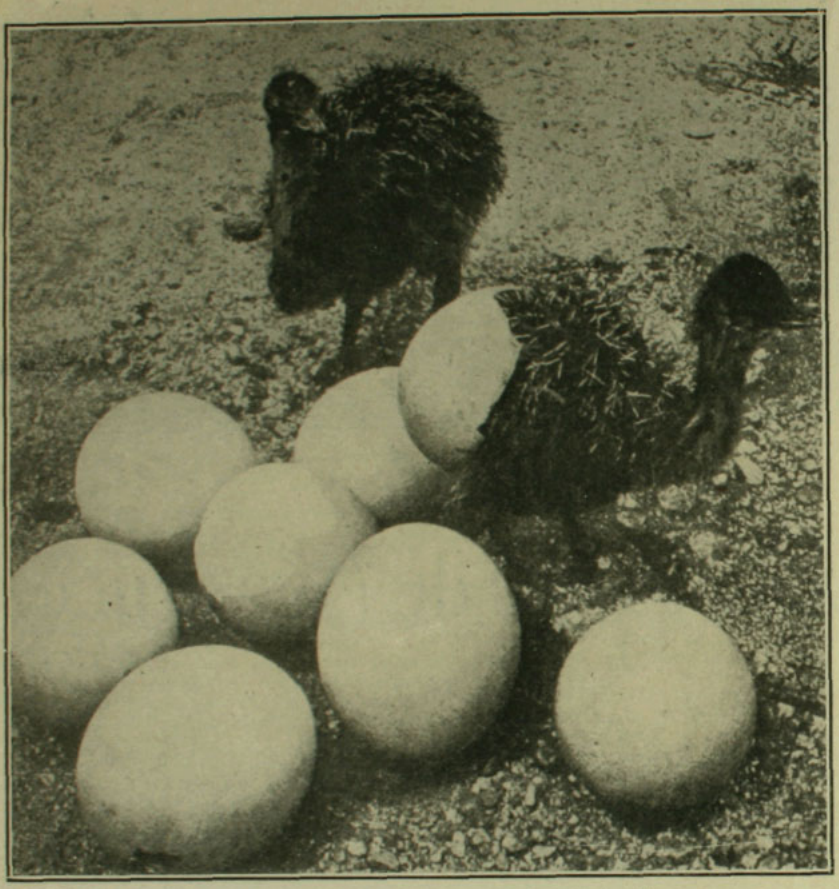
Por

D. ALLEN WILLEY

Ilustraciones fotográficas

Un ave que crece a razón de treinta centímetros al mes, que come vidrios y piedrecillas a los tres días después de nacer, es necesariamente digna de llamar la atención. Estas enormes aves pueden observarse solamente en alguna hacienda destinada exclusivamente a su crianza y en las cuales se empollan anualmente grandes bandadas. Algunas veces llegan al mundo criadas por sus padres y otras veces son empolladas por medio de las incubadoras mecánicas, preparadas especialmente para contener aquellos huevos enormes. Se discute ocasionalmente cuál es el mejor método de incubación, pues estas máquinas incubadoras han experimentado tantas mejoras en los últimos años que la hacen considerar por muchos como preferible a la empolladura natural.

Existen haciendas productoras de avestruces en los Estados Unidos, en Alemania, en la Riviera y aún en Inglaterra, a pesar de las condiciones climatéricas adversas a su propagación. En aquellas fincas hay oportunidad para estudiar esta interesante especie de aves, pues allí hay ejemplares diminutos de treinta a sesenta centímetros de altura hasta ejemplares gigantescos que tienen dos metros y medio de altura con un peso doble del de un hombre corpulento. Es muy engañoso el aspecto de un avestruz, que parece tener piernas muy débiles y, sin embargo, puede dar con ellas una patada que aturda a un hombre o a un perro grande. Estas partes del cuerpo son casi exclusivamente de hueso y terminan en grandes uñas o



Polluelos de avestruces salvajes, incubados al aire libre

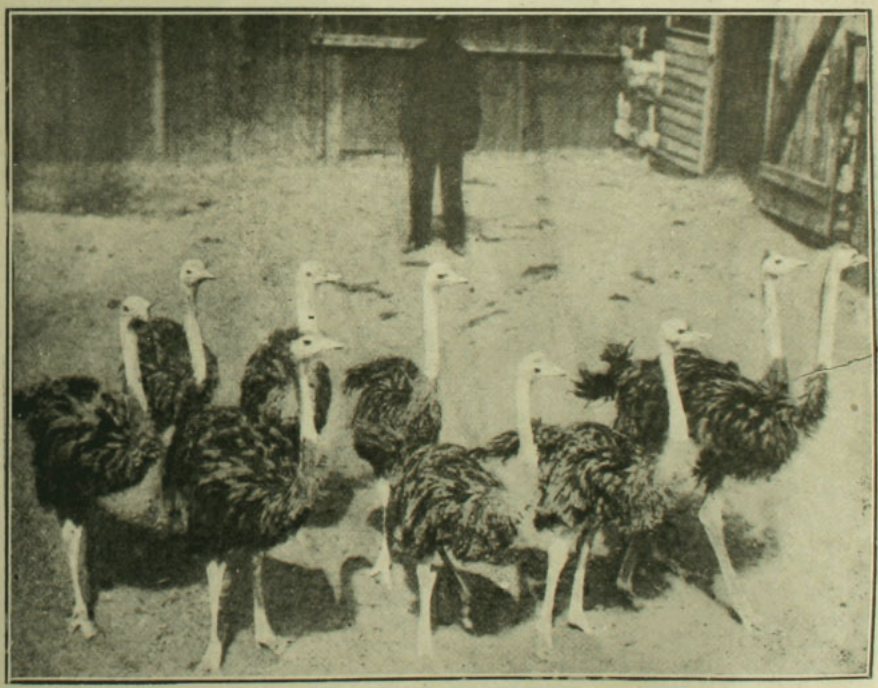
garras con las cuales escarban el suelo en busca de vidrios, piedras, cereales y otras golosinas sirviéndoles, además, para cavar sus nidos.

También emplea estas uñas para pelear y su uso les permite ocasionar graves heridas a sus adversarios.

La geneología del avestruz en los Estados Unidos, donde la crianza de estas aves ha alcanzado un gran desarrollo llegando a formar una verdadera industria, sólo tiene pocos años, pues las primeras aves fueron importadas desde la Colonia del Cabo por Mr. Edwin Cawston, quien las escogió en el Africa del Sur. Estos primeros ejemplares fueron llevados a la California del Sur, región en la cual el clima se asemeja al de su país nativo y forman en la actualidad una bandada de varios cientos de ejemplares. En esta finca de La Florida hay doscientas cincuenta aves de gran tamaño y entre ellas se encuentra el avestruz más grande del mundo; así como también, un avestruz que puede engancharse a un carruaje tal como si fuese un caballo. El principal empleo que se da a estas aves es el utilizarlas para extraer sus plumas que encuentran rápida y lucrativa venta en diversas formas, llegando a constituir un negocio muy provechoso. Aunque el importador de estas aves, Mr. Cawston, trajo cincuenta y dos ejemplares, los avestruces americanos han sido reproducidos de la mitad de este número, pues

el resto murió en la travesía antes de llegar al puerto de su destino. Gran parte de los ascendientes de los avestruces norte-americanos viven todavía y son fuertes y vigorosos a pesar de su avanzada edad.

El avestruz es un ave especial que no vuela y usa sus alas más bien para mantener su equilibrio cuando se pone en movimiento, hasta que llega la época en que se le extraen las plumas. Un huevo de pocas semanas serviría de un magnífico foot-ball si se cubriera con un cuero, pues es bastante grande, suficientemente duro. Un huevo fresco sirve para una tortilla para los huéspedes de un pequeño hotel o casa de pensión, pues contiene suficiente substancia alimenticia para treinta personas y su peso excede de tres a cuatro libras. Un almuerzo de esta especie, sin embargo, resultaría muy costoso, pues los huevos valen de tres a cuatro libras esterlinas cada uno. Es necesario advertir que son tan suculentos, estando frescos, como los de gallina. Durante la estación de la postura de huevos, las hembras ponen día por medio hasta dejar puestos de doce a quince, colocados cuidadosamente uno al lado del otro, en la excavación que ella y su compañero han practicado en el suelo. Durante esta operación el macho hace el trabajo más pesado apoyando su pechuga en el suelo y lanzando hacia atrás la tierra y la arena hasta que ha formado un depósito de treinta a cuarenta centímetros de profundidad y de un metro de circunferencia. Cuando el ave madre piensa haber puesto un número suficiente de huevos, extiende una capa de dos o tres pulgadas de arena sobre ellos. En ese momento empieza la interesante operación de la empolladura. El padre y la madre dividen las veinticuatro horas del día en turnos regulares y generalmente el padre se echa sobre los huevos durante la noche y la madre durante el día. A través de todo este proceso el macho es muy galante con su tierna compañera e instintivamente la ayuda en todas estas tareas. Generalmente establece su turno desde las cuatro de la tarde hasta las nueve de la ma-



Avestruces de tres meses de edad

ñana siguiente. Además, a la hora del mediodía se echa sobre el nido durante una hora, mientras su compañera va a buscar alimentos, en consecuencia, el ave macho hace las dos terceras partes de la incubación.

Siendo las cáscaras de los huevos frescos muy delgada, los avestruces usan su refinado instinto al cubrirlos con su cuerpo. Si se echaran sobre ellos los romperían de un solo golpe, así que, simplemente, los cubren sosteniéndose en el aire sobre sus patas huesudas cubriendo sólo el nido y manteniendo los huevos constantemente entibiados. Este proceso continúa durante cuarenta días y esto da una ligera idea de la resistencia de estas aves.

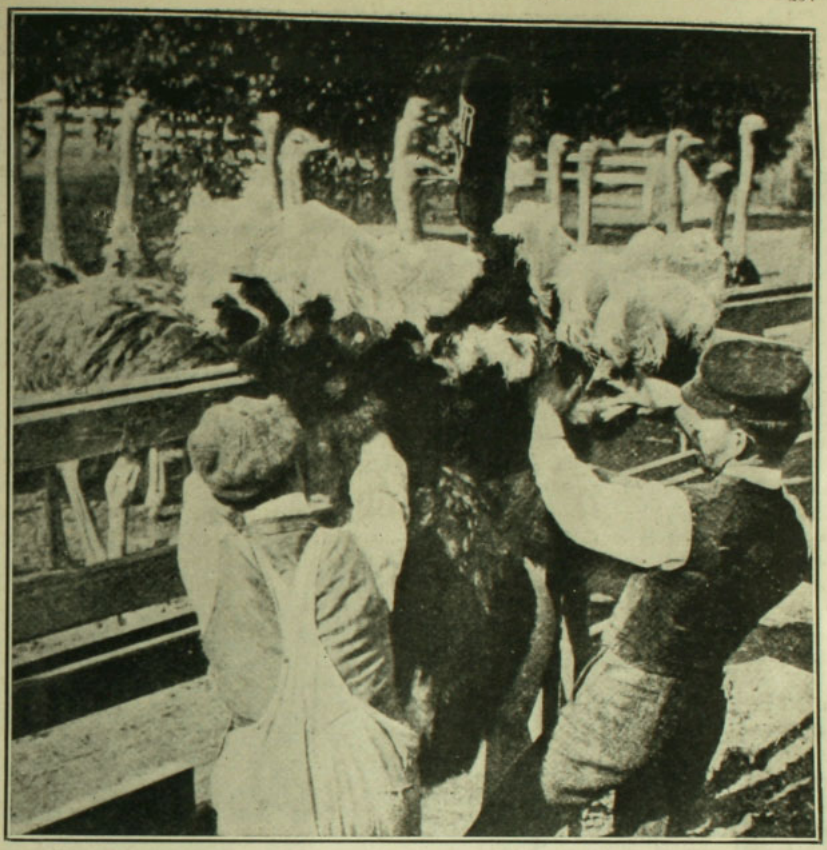
Varios días antes de las salidas de los avestruces pueden sentirse los polluelos revolviéndose en el interior de las cáscaras y pisando la muralla que los separa del mundo exterior. Generalmente hacen un agujero a través de la cáscara cuando llega el momento de que el resto de la cáscara se quiebre con facilidad. Los padres algunas veces los ayudan a despedazar la cáscara con la pechuga. Después de dejar la mitad, la otra mitad queda adherida al polluelo que anda con ella por todas partes consiguiendo, al fin, desprenderse de esta incomodidad. Tal como ya lo hemos manifestado se puede observar el rápido crecimiento de los polluelos en cuanto salen de la cáscara y en seis meses alzan ya con su cabeza hasta la altura de la cabeza de un hombre. Al fin de este tiempo el crecimiento queda detenido. En las fincas de la Florida y la California la dieta de piedras y vidrios se aumenta con pedazos de huesos, pasto, hojas de repollo y todo lo que puedan comer las aves. Se desarrollan con estos alimentos y engordan lo suficiente yendo el excedente de estos alimentos a fortalecer su armazón ósea y su sistema nervioso.

El incubador de avestruces está construído exactamente como el incubador de polluelos de gallinas y sólo se diferencia en su mayor tamaño. Los huevos se colocan en este aparato tan luego como la hembra los pone y son distribuídos en los compartimentos en los cuales se mantiene una temperatura regular por medio de un sistema de cañerías. Por este medio los huevos se cambian en polluelos en un espacio de tiempo que fluctúa entre cuarenta y cuarenta y dos días. Se han incubado hasta treinta y siete avestruces en una sola empolladura en la finca de La Florida. Usando el procedimiento natural de la empolladura el productor tiene cuidado de mantener ocupados a los padres todo el tiempo que quieran poner y empollar, y tan pronto como una empollada sale separan los padres de sus hijuelos y aquellos empiezan otra nueva incubación. Con frecuencia una sola pareja empolla sesenta hijuelos durante un año.

El valor de un avestruz nuevo, lleno de salud, que tenga alrededor de seis meses de edad, importa de cinco a seis libras esterlinas y le conviene al criador, mantener constantemente la operación de incubación y crianza tan continuas como sea posible. Sólo una reducida porción de las hembras ponen huevos, y si fuera de otro modo, el desarrollo de estas aves enormes se efectuaría con la misma rapidez que las demás aves de corral.

Después de haber pasado el primer año de vida el plumaje llega a su mayor tamaño y se pone suficientemente brillante para ser arrancado. Las plumas de avestruz son de diferentes tintes y colores, según sea el sexo y la edad de las aves. Las plumas de los ejemplares jóvenes son una mezcla de blanco y amarillo. A la edad de dieciocho meses se ponen de color ceniciento en las hembras y de los colores blanco y negro en los machos. Las plumas más valiosas son las de los adultos machos. Las plumas de las alas son las más largas y las más flexibles y muchas son más o menos blancas. Las de la cola son inferiores en calidad y en color. Las plumas blancas, así llamadas, son en muchos casos de color de marfil y son las más hermosas y las más apreciadas.

Se examinan las aves cada nueve meses y se les arranca las plumas "maduras". Esta operación exige gran habilidad y experiencia, pues, una operación descuidada puede dañar seriamente el crecimiento de las demás plumas. Cuando se daña la raíz de una pluma se hace un daño irreparable, pues al arrancarse un cañón ya no puede volver a salir allí mismo una nueva pluma. Las plumas cortas se arrancan sin dolor aparente de la criatura, pues cuando están maduras caerían por sí solas con el transcurso del tiempo si no fueran extraídas por un hábil operador. Las plumas



Arrancando las plumas a los avestruces

grandes de las alas se cortan con tijeras dejando los cañones en la piel. Estos cañones están listos para ser extraídos tres meses después de arrancada.

Se hacen tres cosechas de plumas en las fincas de avestruces cada dos años aunque, a veces, se extraen las plumas con mayor frecuencia. Cada ave rinde de seis a veinte libras esterlinas en plumas cada año y como la mayor parte de los avestruces en el Africa viven hasta los setenta años, es fácil pensar en la maravillosa capacidad productora de estas aves, considerando sólo su plumaje.

La extracción de las plumas es un espectáculo digno de ser visto. Se abren varias de estas aves encerrándolas en un pequeño corral, en seguida, son internadas una por una a un pequeño ángulo y se les coloca una funda para taparles la cabeza provista de varios agujeros para respirar.

En seguida, un hombre sostiene al ave mientras el operador, cuidadosamente, extrae y corta las plumas que están maduras. Estando ciega el ave se pone muy mansa, pero los hombres ocupados en la extracción tienen cuidado de evitar las patadas que necesariamente reciben durante el procedimiento. La parte más angosta de este ángulo tiene una pequeña puerta que se abre después de terminarse la operación; se le saca la funda y el ave arranca con las alas extendidas, muy contenta.

Las diversas clases de plumas se colocan en diversos sacos, separadas las de macho y las de hembra; las de la cola; las

de las alas: blancas, negras y grises, etc., graduadas de acuerdo con sus diferentes tamaños. Antes de poder emplear estas plumas en objetos mercantiles tienen que experimentar diversas manipulaciones. Se amarran en cordeles de más o menos cuatro pies de largo, solas o en atados de dos o tres, de acuerdo con su tamaño. En seguida se las lava con jabón y se ponen a secar hasta que quedan listas para ser teñidas. La pluma negra de avestruz también se tiñe con tintura negra. Esto se hace no sólo a causa de su tinte natural sino también a causa de sus características, pues tiene una plumilla fina, sedosa, que toma el tinte brilloso tan apreciado por los conocedores. Después de teñirlas viene el lavado con agua clara que contenga almidón. En seguida, las plumas se golpean en una tabla suave hasta que se las desprende de toda partícula de almidón. De allí se las envía al taller en el cual los operarios experimentados las "retocan", volviendo a escogerlas nuevamente. Esta selección es aún más importante que la anterior y el operador necesita varios años de observación práctica para permitirle ser suficientemente apto para esta operación. De allí pasan al departamento de la costura. Cada pluma usada en el comercio consiste de varias hábilmente cosidas: 3, 4 ó 5 plumas de un extremo a otro, de acuerdo con el valor y grueso requeridos. Después de estar cosidas las plumas se exponen al vapor de agua con el objeto de permitir a las fibras reasumir su posición natural y son manipuladas por el encrespador que les da esa forma graciosa, tan deseable para las fibras y la varilla. El encrespador las entrega a otro operario que las reuna y las peine dándoles la disposición o estilo que se requiere según la moda para ser expendidas en el mercado.

La exportación de plumas de avestruz desde la Colonia del Cabo a los diversos mercados del mundo ha llegado a la suma de dos millones de libras esterlinas cada año, de los cuales los Estados Unidos consumen seiscientas mil libras esterlinas. Para dar una idea del valor de esta ave en el Africa, puede mencionarse que poco después de empezar la exportación de avestruces a los Estados Unidos, el gobierno colonial impuso un derecho de cien libras esterlinas a cada avestruz vivo que saliera del Africa, exportados a otros países.

En general, los avestruces no son pusilánimes y tanto las hembras como los machos son resueltos luchadores. El único animal al que parecen tener miedo es a los perros pequeños. Aunque son capaces de atacar a un hombre con sus picos y sus patas, el golpe dado por alguna de sus patadas tiene muy poca fuerza sobre un animal de poca altura. Aparentemente ellos no ignoran, este efecto, y esa es la razón que los impele a huir de un fox-terrier, mientras hacen frente resueltamente a un mastín o a un Terranova. Durante la época de la empolladura de los huevos los padres están de muy mal humor. Los guardianes de la crianza generalmente rocian los huevos dos o tres veces durante la incubación y para protegerse de los ataques de los avestruces se ven obligados a mantenerlos alejados con horquetas de madera. Mientras que uno de los guardianes sujeta al avestruz con todas sus fuerzas, el otro examina los huevos para cerciorarse si se acerca el momento de abrirse el cascarón para dejar salir el polluelo. A veces se resbala la horqueta y el guardián se ve obligado a escapar saltando sobre una reja o escondiéndose tras de un árbol hasta que el ave sea atraída a otro lado y pueda él llegar a un lugar seguro. Como la generalidad de los avestruces recorren media milla en menos de dos minutos, es inútil tratar de escapar en la forma corriente.

Uno de los avestruces más grandes y famosos es "Napoleón", de la finca de Jacksonville. Su cabeza se yergue a más de un metro sobre la cabeza del propietario de la finca, un hombre de regular estatura y no parece temer a ningún peligro. Esta ave es muy hermosa y rinde una cosecha de plumas que importa de seis a veinte libras esterlinas.

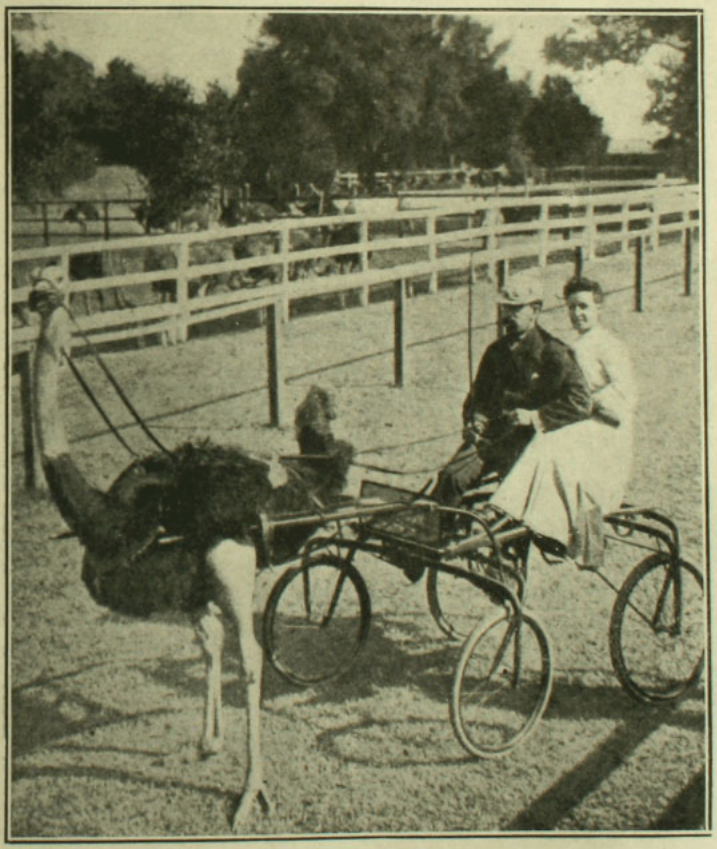
Se creía hace muchos años que era prácticamente imposible implantar la crianza de avestruces fuera del suelo ardiente del Africa. Como hemos visto, un inglés, Mr. Edwin Cawston, fué el primero en demostrar que estas aves pueden vivir fuera de la colonia del Cabo y al introducirlas en la América del Norte escogió el territorio de California como campo de opera-

ciones. Actualmente hay más de cinco mil avestruces que vagan por las diversas fincas norte-americanas. Mr. Cawston fué asimismo, quien estableció con todo éxito una finca de avestruces en Niza, punto situado al sur de Francia. De la misma manera fincas criadoras de avestruces se han establecido en Queensland, en Nueva Zelandia.

En todos estos casos, las regiones del país elegido tenían un aspecto tropical o semi-tropical. Ni los criadores más atrevidos imaginaron criar estas aves africanas en un clima templado. Durante muchos años Mr. Carl Hogenbeck había manifestado la opinión que estas aves podían vivir propiamente aclimatadas en los Campos fríos del Norte de la Europa.

Ensayó prácticamente su idea para su satisfacción personal, al menos, manteniendo sus aventuras en campo abierto y haciéndolos soportar los crudos inviernos del Norte de Alemania. En medio del verano importaba del Africa del Sur avestruces jóvenes de nueve a doce meses de edad y los mantenía al aire libre durante el invierno siguiente. En cada caso las aves aumentaban de peso, su plumaje mejoraba y el frío no los afectaba.

Estos felices experimentos indujeron a Mr. Hagenbeck a instalar una finca productora de avestruces adyacente a su jardín zoológico de Stellingen, cerca de Hamburgo. Fué inaugurado en el verano del año 1909 con ciento doce aves de gran tamaño. Comprobando que más de ciento cincuenta huevos fueron empollados con toda felicidad, y que más de un noventa por ciento de los polluelos, se criaron con éxito, debe convenirse en que la innova-



Un avestruz de tiro empleado en el carruaje de los propietarios de una finca

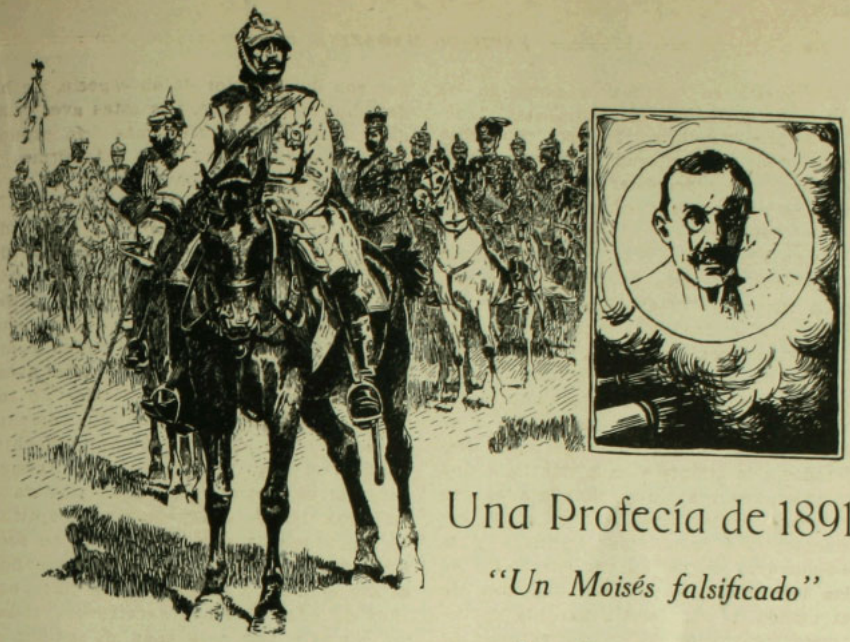
ción puesta en práctica, a pesar de las profecías de eminentes naturalistas y zoólogos prediciendo su fracaso, contradijo toda predicción anterior, comprobando la afirmación del propietario que aseguraba que los avestruces pueden vivir y criarse en los países fríos.

Debo añadir que la finca de Stellingen ocupa una extensión de siete acres y está primorosamente plantada con flores y árboles que le dan un aspecto encantador. Hay un paddock destinado a la bandada escogida de avestruces y en este recinto hay pesebreras para las aves, una pintoresca laguna y depósitos destinados a su alimentación, diez grandes galpones destinados a la crianza y cada uno tiene una cómoda pesebrera; un hospital para las aves enfermas o que hayan sufrido algún accidente; una instalación destinada a la empolladura de los huevos por medio de las incubadoras especiales, una sala de exposición y una fábrica para la conveniente preparación de las plumas antes de ser remitidas a los mercados.

Expertos criadores venidos del Africa del Sur, que han visitado estas fincas, afirman que algunos ejemplares jóvenes de avestruces incubadas y criadas en Stellingen son de lo mejor de su especie. Se ha descubierto, asimismo, que estas aves criadas en un clima mucho más frío producen plumas más grandes y más firmes y por consiguiente, de mayor valor.

Una de las razones que ha inducido a muchos agricultores de diversos países de la Europa a interesarse en la crianza de estas aves está en el provecho pecuniario que se obtiene con la crianza. La alfalfa, que es el principal alimento que se emplea, se cultiva con tanta facilidad como el pasto. A los diez meses de edad el avestruz produce pluma por un valor no inferior a 2 libras y a medida que aumenta en edad de 6 libras a 20, anualmente, durante un largo número de años. Aunque un avestruz alcanza a su edad madura a los cinco años de edad, estando en aptitud de reproducir la especie, su vida se prolonga tanto como la de un sér humano. El ave empieza a declinar a los cincuenta años de edad. Muchos avestruces producen plumaje fino a la edad de setenta y cinco años.

Las fotografías que reproducimos ilustran particularmente la vida de los avestruces en los Estados Unidos.



Una Profecía de 1891

"Un Moisés falsificado"

Por Eça de Queiroz

Publicamos una profecía asombrosa de la carrera del Kaiser, escrita 24 años pasados, en 1891, por el famoso escritor portugués Eça de Queiroz. Nuestros lectores podrán juzgar por sí mismos hasta dónde este horóscopo político va siendo acertado.

José María de Eça de Queiroz, nacido en 1845 y fallecido en París en 1900, dió a conocer el estudio que publicamos hoy por primera vez en el periódico lisbonense "A Capital", y corresponde a los años más maduros de su autor. Exhibe todas las extraordinarias dotes de observación y colorido que hasta los mismos críticos alemanes reconocen en este escritor portugués.

"Tonjours lui...! Así exclamó Víctor Hugo, mientras su preocupación la embargaba su obra "Voix Intericurs". Estaba rendido, casi gastado por el hecho de que su alma de poeta era reclamada por tan diversos problemas, tanto humanos como divinos, se veía obsesionado con imperiosa pertinacia, sus mejores pensamientos, como también sus mejores alejandrinas estaban obstaculizados por la fatídica imagen de Napoleón el Grande. Nosotros también podemos susurrar impacientemente: Tonjour lui...! en presencia de aquel otro Emperador que todavía no ha ganado su batalla de Marengo, ni su batalla de Austerlitz, pero quien, sin embargo, entre los diversos problemas sociales, morales, religiosos, políticos y económicos que nos asedian, aparece en forma tan extraña, con tan inquieta sombra de individualidad, interponiéndola tan atrevidamente a través de nuestro sendero, tanto que el mismo ha llegado a ser un problema europeo. La verdad es, que desde que él subió al trono, Guillermo II, Emperador y Rey, jamás ha cesado de atraer y fijar la curiosidad del mundo; una curiosidad divertida y expectante, esperando sorpresas y sucesos, como si el trono de Alemania no fuera más que un proscenio fantástico, levantado en el centro de la Europa.

El problema de nuestra Era

El mundo perplejo murmura: ¿Quién es este hombre que cambia y se multiplica incesantemente? ¿Qué cosa germinará en esa cabeza siempre de regia toilette, bien aderezada a lo militar prusiano? Y Monsieur Renau se queja porque deberá

morir antes de presenciar el completo desenvolvimiento de esa personalidad cambiante. Así Guillermo II ha llegado a ser un problema contemporáneo; hay teorías concernientes a él, como las hay al magnetismo, la influenza, o el planeta Marte. Puede ser que cada una de estas teorías contengan, como afortunadamente sucede con todas las teorías, una partícula de verdad. Sin embargo, es mi opinión, que un diletante de las actividades, quiero decir un hombre ciegamente enamorado de ellas, que comprende y siente, con sin igual intensidad los infinitos goces que estas actividades le ofrecen, y deseando en consecuencia experimentarlas y gozarlas en todas las formas permitidas en nuestro estado de civilización. Ahora que él ha apartado el duro control del Canciller de Hierro, él puede dar rienda suelta a su insaciable sed de actividad, con la licencia conque "El joven corcel (según la Biblia) galopa en el silencioso desierto". ¿Desearía él el placer de comandar vastos ejércitos, o arar los océanos con una armada de acero?

Esto es lo que hace del Emperador alemán una figura tan prodigiosamente interesante; en él tenemos entre nosotros, en este siglo filosófico un hombre, un mortal, que más que ningún otro sabio, profeta o santo, reclama ser y aparece como si fuera el aliado e íntimo amigo de Dios. Desde los días del Sinaí, el mundo no ha visto tal intimidad, tal acercamiento entre la criatura y el Creador. El reinado de Guillermo II parece ser, como si dijéramos, una inspirada resurrección del Moisaísmo del Pentateneo. El es el favorito de Dios, él sostiene conferencias con Dios en el árbol encendido de su Schloss de Berlín, y a instigación de Dios él conduce a su pueblo a los goces de Canaan.

En verdad es Moisés II. A igual de Moisés, jamás se cansa de proclamar también (diaria y fuertemente para que nadie se desaperciba del hecho y así alegar ignorancia de ello) su parentesco espiritual y temporal con Dios, que lo hace infalible y por consiguiente irresistible.

Un deseo grandioso e insaciable de gozar y experimentar toda forma de actividad, bajo la absoluta convicción de que Dios garantiza y promueve el éxito ulterior de cada una de sus empresas explica, a mi juicio, la conducta de este misterioso Emperador.

Ahora si él rigiera los destinos de un Imperio al otro lado del Asia, o no poseyera en la torre "Julius" un tesoro de guerra para el equipo y mantención de dos millones de soldados, o si fuera cercado por una opinión pública tan activa y coercitiva como la de Inglaterra, Guillermo II sería nuevamente, como nuestros otros Emperadores de la historia, peculiar por la movilidad de su fantasía y la ilusión de su oficio mesiánico.

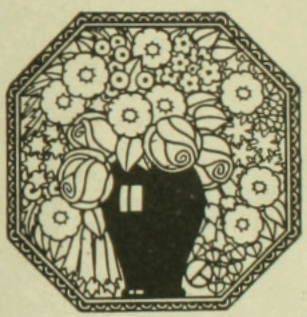
Pero, desgraciadamente, estando en el corazón del taller de la Europa, con cientos de legiones disciplinadas, con un pueblo formado por ciudadanos obedientes y disciplinados como soldados, Guillermo II es el más peligroso de los soberanos, porque en su diletantismo tiene todavía que experimentar la más seductora de las formas de la actividad que un Rey pueda conocer: ¡la Guerra y sus glorias! Puede ser que un día Europa despierte con el rugido de los ejércitos en campaña, solamente porque en el alma de este gran diletante el ardiente deseo de conocer la guerra, de gozar de la guerra, fué más fuerte que la razón, el consejo o misericordia por sus súbditos. En verdad, no hace mucho, él dió esta promesa a sus fieles servidores de Bradenburg: "Os conduciré, dijo, a espléndidos y gloriosos destinos" ¿Qué destinos? Batallas, por supuesto, en que las águilas alemanas deberán triunfar. Guillermo II no tiene la menor duda sobre el éxito, porque, además de varios soberanos menores, tiene por su aliado al Supremo Soberano del cielo y de la tierra, peleando junto con el Landhwer alemán, como cuando en los tiempos antiguos, Minerva armada de la lanza peleaba con su falange griega contra los bárbaros.

La suerte del jugador

Guillermo II corre el espantoso peligro de ser arrojado a los "Gemonios". Atrevidamente toma sobre sí responsabilidades que en todas las naciones están repartidas entre varios cuerpos de Estado. El solo juzga, él solo ejecuta, porque es a él solo (no a sus Ministros, Consejo ni Parlamento) a quien Dios, el Dios de Hohenzollern im-

parte su inspiración transcendental. Por consiguiente, debe ser infalible e invencible. Al primer desastre, sea este ocasionado por sus propios burgueses o por su pueblo en las calles de Berlín, o por ejércitos aliados en los llanos de Europa, Alemania al punto llegará a la conclusión que su tan proclamada alianza con Dios no era más que un ardid de un déspota habilidoso.

Entonces no habrán suficientes piedras desde Lorena a Pomerania para lapidar a este pretendido Moisés. En el transcurso de los años, (quiera Dios que este transcurso sea prolongado) este joven, ardiente, agradable, fértil de imaginación, de alma sincera y tal vez heroica pueda encontrarse sentado en tranquila majestad en su Schloss de Berlín presidiendo los destinos de la Europa; o puede suceder de encontrarse en el Metropole Hotel en Londres, tristemente desempaquetando de su maleta de expatriado la maltratada doble corona de Prusia y Alemania."



Habitaciones para Inquilinos

El problema de las habitaciones para obreros se ha planteado en Chile solamente bajo el punto de vista del obrero urbano, y se ha generalizado la idea de que el único obrero que necesita protección y ayuda es el obrero de la ciudad. Ha contribuído a afianzar esta idea el hecho de que en nuestro país se haya considerado el problema de las habitaciones obreras como de la incumbencia del Estado y sólo un escaso número de personas se haya preocupado de llevarlo particularmente a la práctica con fines lucrativos o por sentimientos filantrópicos.

El hecho de vivir los inquilinos dentro de los fundos, los deja fuera del abrigo del ala del Estado, y esta ha sido la causa de por qué hasta hoy sólo superficialmente se ha preocupado la opinión de este interesante problema.

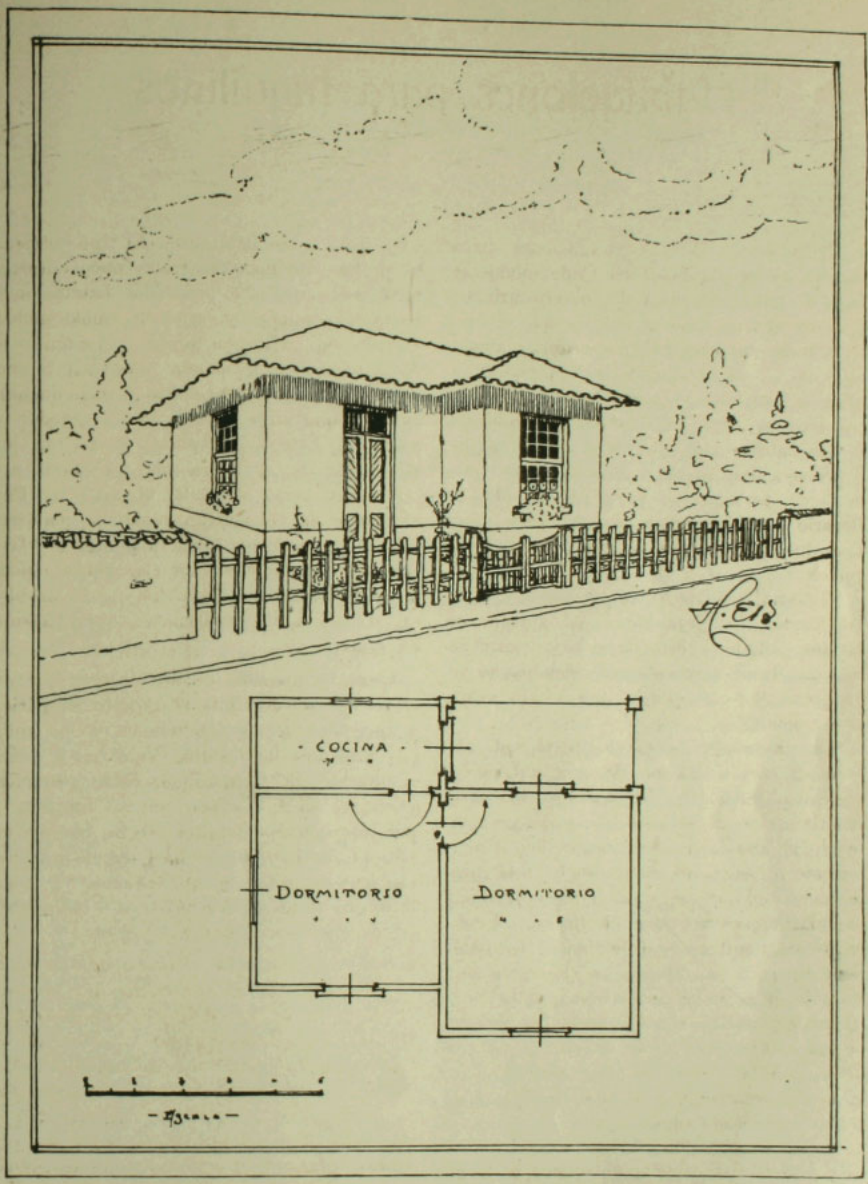
Sin desconocer la mayor necesidad que tiene el obrero urbano de una habitación higiénica, ya que en las ciudades los campos de acción de los obreros no son generalmente al aire libre o en locales lo suficientemente higienizados como sucede en el campo donde el aire es puro y la ventilación abundante, creemos que ha llegado el momento de plantear el problema de las habitaciones para inquilinos, problema de una solución más difícil que el ya planteado y en parte resuelto, con la ayuda del Estado, de las habitaciones para obreros en las ciudades, por el hecho de encontrarse entregado absolutamente a la iniciativa particular de los hacendados.

Creemos contribuir al mejoramiento de la condición del pueblo agricultor al hacer algunas consideraciones sobre esta materia. Con raras excepciones ha podido ver quien haya recorrido la parte agrícola del país, que las habitaciones destinadas a los inquilinos, ó sea llamadas vulgarmente "posesiones" o "ranchos", son construcciones hechas con los materiales más rudimentarios y que, generalmente, no ofrecen la menor comodidad a sus habitantes. El tipo corriente en las provincias centrales puede describirse así: una, a lo más, dos habitaciones bastante pequeñas y bajas de ramas embarradas con techo de totora o junquillo y suelo de tierra apisonada. Apoyada a uno de sus costados se encuentra a menudo una ramada que sirve de cocina y comedor y sobre cuyo techo se ponen a asolear los productos de la tierra que necesitan esa operación, como el maíz, el ají, etc. Por excepción se encuentran casas de material más sólido, pero que, generalmente, no ofrecen las comodidades que *con algún cuidado pudo habérseles dado*. Este es el problema de que nos ocuparemos principalmente en estas líneas.

Llama la atención de los viajeros que recorren el sur de Chile el aspecto simpático y agradable de las habitaciones de los colonos alemanes de Cautín, Valdivia, y principalmente, de Llanquihue. Estas pequeñas y alegres casitas atraen por su limpieza y por los pequeños detalles que las hacen simpáticas. Es increíble el buen efecto que hacen las cortinillas en las ventanas, los maceteros con flores en los balcones o las madreselvas que trepan por los ángulos.

Sin embargo, si se examina una de estas casitas, se llega al convencimiento de que su costo no ha excedido al costo medio de las habitaciones de tabiques o adobes de los mayordomos o inquilinos afortunados de las haciendas de las provincias centrales, que muestran, casi siempre, un aspecto frío y desolado. Han obrado en favor de las primeras, solamente dos factores que no son de orden económico: uno es la acertada distribución de las habitaciones y un cierto criterio artístico en el arreglo exterior, y el otro, la mayor cultura y el relativo buen gusto del habitante.

Remediar estos factores negativos está en la mano y en la conveniencia del propietario agricultor. Para el primero sólo se ne-



cesita un poco de buen gusto para escoger entre los tipos de casitas que muy a menudo ofrecen las revistas agrícolas, o si se trata de un trabajo de mayor aliento, la consulta con algún arquitecto, lo que significa un desembolso subido. Para remediar lo segundo se requiere paciencia y la fiscalización personal y constante del propietario sobre el habitante, exigiendo el cuidado de los jardines o plantaciones y el aseo y la buena conservación de las habitaciones, lo que, si es más difícil de conseguir, no es

imposible y sobre todo es de positivo beneficio para ambos.

Se arguye a menúdo que nuestro pueblo no tiene hábitos de limpieza ni rudimentos de cultura. Seguramente no adquirirá nunca esos hábitos si no se le procuran los medios de hacerlo. No es raro que un individuo sea andariego si no encuentra en su hogar comodidades ni atractivos de ninguna especie; pero de muy distinta manera se comporta el que tiene un hogar agradable que atrae por sus comodidades y por su aspecto y al que se llega con gusto; este es más difícil de dejar. Además, los hijos crecidos en este ambiente serán, seguramente, trabajadores más sanos y más cultos y se habrán encariñado con su hogar y por consiguiente con la hacienda en que él esté situado.

Hay, además, otras consideraciones de carácter comercial que no deben ser despreciadas por los agricultores. El buen aspecto de las posiciones de inquilinos da un mayor valor efectivo al terreno. Un tasador o un comprador, por muy experimentado que sea, se verá, sin sentirlo, impresionado favorablemente por estas circunstancias de detalle en una apreciación de un terreno, y la tasación resultará más alta.

Es también oportuno, ya que se ha tocado el punto, el llamar la atención hacia la poca importancia que hasta ahora se ha dado en nuestros campos a los detalles decorativos que no producen utilidad manifiesta e inmediata, como entradas de fundos, puertas de potreros, columnas indicadoras en los caminos, rejas, etc., que, o no se hacen, o se hacen tan mal, que no contribuyen a la educación cultural del pueblo, ni a la valorización de la propiedad. En Europa y Estados Unidos no se descuidan jamás estos detalles porque se les reconoce su verdadera importancia.

Volviendo a nuestro tema, queremos, antes de terminar, hacer una breve descripción del tipo de casa para inquilino que acompaña a este artículo, el que, a nuestro juicio, cumple con las condiciones elementales de buen gusto, comodidad y economía que deben reunir los edificios de que tratamos.

Esta casita, de un tamaño bastante reducido, puesto que sólo consta de dos habitaciones y una cocina, no difiere de las corrientes, como puede verse, más que en la distribución de las piezas y en la presentación que le da un aspecto agradable. La disposición adoptada de poner el corredor en la parte trasera y no en la delantera, como se hace frecuentemente, obedece a dos razones: evitar en parte el polvo de los caminos al lado de los cuales, generalmente, se construyen estas habitaciones y substraer a los transeuntes de la vista de los quehaceres domésticos, los que, dadas las reducidas proporciones de la vivienda, deberán hacerse, en su mayor parte, fuera de ella.

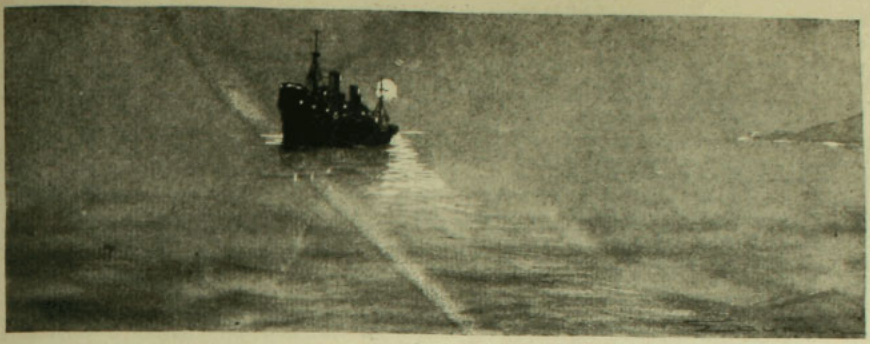
Esta casa, construída de adobes o de tabiques de madera y adobes, con techo de tejas, pintada al carburo, incluso pisos, cielos, puertas y ventanas y verja exterior, cuesta, al cambio actual de siete peniques, más o menos mil ochocientos pesos, suponiendo que el propietario deba adquirir en plaza todos los materiales.

Como por las facilidades que ofrecen los fundos, el agricultor podrá disponer de muchos de estos materiales a precios bajos y la mano de obra le resultará más barata, porque podrá emplear sus propios peones, este valor se reduce considerablemente y, sin pecar de exagerados, podemos calcular que cada casa no podrá costar arriba de un mil pesos.

Dejando a un lado el aspecto filantrópico de la cuestión, ¿no creen los señores agricultores que varias de estas casitas así presentadas harán que sus propiedades aumenten considerablemente de valor?

H. ECHEGOYEN B.,

Arquitecto.



NAVEGANDO

Por

M. MAGALLANES MOURE

(A Carlos Artigas, respetuosamente)

Ilustraciones de Eguren

En la alegre charla del casino, mientras la orquesta dibujaba las ondulaciones líneas de un tango y en los espejos de la **cimaise** se reproducían hasta el infinito las movibles actitudes y los amables gestos de las damas agrupadas en torno de las mesillas, surgió de improviso la buena pregunta:

—Y a usted, ¿le gusta navegar?

Mi atención, prendida hasta ese instante a la deliciosa figura de una argentina bonita y frágil como un dibujo modernista, cayó sobre el amigo que me interrogaba.

—¡Pero, qué pregunta! ¿Qué si me gusta navegar? Hombre, me encanta.

Entonces, el ruiseño armador, aquel excelente gordo de ojos azules, que siempre tiene el rostro iluminado por un reir de niño sano, me hizo el gran ofrecimiento:

—El martes próximo sale de Valparaíso con destino a Iquique el "Almirante Lynch". Si usted quiere, se embarca en él y hace el viaje en redondo.

Acepté efusivamente.

—¿Cuántos días de navegación?

—Once o doce.

—Magnífico. Pasaré en el mar la Semana Santa.

Doce días en el mar... es decir, doce días de belleza, doce días de gloria.

Me sentí feliz. Hubiera palmoteado, hubiera hecho cabriolas.

5 de la tarde.

He viajado en grandes vapores llenos de comodidad y hasta de lujo, y, sin embargo, no me ha resultado la navegación tan agradable como me va pareciendo en este buque pequeño, casi modesto, que no posee salones, ni **verandah**, ni **nursery**, ni sala de gimnasia, pero donde, en cambio de tales opulencias, tiene uno el agrado de viajar como en familia, comprendido por todos y, lo que ya es mejor, por todos estimado. No quiero decir tampoco que el "Almirante Lynch" carezca de comodidades. Dentro de sus reducidas proporciones, cuenta todo lo necesario para hacer un viaje cómodo, con la gran ventaja de ser un barco chileno, dirigido por chilenos, tripulado por chilenos, servido por chilenos. Confieso que mi patriotismo

no es exagerado, ni con mucho; pero al encontrarme en esta gloria de mar azul, sobre este pequeño barco en donde todo es nacional, hasta la comida,—una excelente comida a la chilena, como la que nos sirven en nuestras casas,—me siento patriota y me indigno contra esos pícaros de la política que se lo pasan discutiendo boberías y llenándose las alforjas, en vez de hacer algo por esta marina mercante nacional, que tan aporreada está y que tanta riqueza puede dar al país.

La navegación, a pesar de que tenemos mar boba, con olas muy regulares, va bien. El buquecito se mueve bastante, de adelante atrás, de costado a costado, pero no es cosa que moleste mucho. Cruje un poco, se tumba, más luego se endereza y sigue su carrera, abriéndose paso por entre las masas de agua, que, divididas y hechas espuma, huyen por los costados.

Los pasajeros se pueden contar: un sueco, capitán de la marina mercante, hombre jovial y culto, que me ha resultado simpático desde el primer momento; un gringo alto y colorado, que viaja con su señora, una niña pálida, delgada, que se mareó en plena cubierta apenas salimos de Valparaíso; otro gringo gordo y también colorado, que parece comerciante; un señor moreno, muy peripuesto y muy antipático, que por todo da las gracias; otro señor flacucho, que se lo lleva bebiendo cerveza en la cámara; una señora inglesa, que acompaña a la señora mareada...

Es posible que vengan otros viajeros recogidos en los camarotes.

11 de la noche.

He permanecido en el puente hasta esta hora. Estaba el cielo un poco nublado, pero luego se despejó completamente, y de improviso apareció la luna. El cambio que tuvo la noche al rápido surgir de la luna, fué como el que experimenta un alma dolorida al recibir la luz de una mirada de amor. Las olas, que en la obscuridad parecían crecer desmesuradamente, no fueron sino suaves ondulaciones bajo la claridad lunar. El horizonte, que al confundirse con la sombra daba la impresión de un abismo enorme, se dilató de pronto ante mis ojos como un campo de plata. Y las espumas, que eran como fantasmas blancos huyendo a ras del agua, convirtiéronse en guirnaldas de blancas flores. Ante la serena mirada de la luna, el alma de la noche sonreía apaciblemente.

Ahora doblamos la Punta de la Tortuga, en demanda de Coquimbo. Apenas se mueve el buque en este mar dormido, sobre el cual nos deslizamos casi en silencio. Mis miradas recorren cuidadosamente la playa que tenemos a proa, y por la cual va el humo blanco de un tren minúsculo. Recorren mis miradas la playa dorada al sol, orlada con la blanca espuma de las olas, y se detienen allá, en aquella mancha de árboles, tras de la que surgen las empinadas casitas y las blancas torres de la ciudad querida en donde nací, en donde pasé mi infancia,—¡tan breve y tan adorable!—en donde tengo todavía más de un sér querido. La ciudad antigua y noble, en donde aún quedan casas de aquellas que, como sus moradores de antaño, muestran al que pasa la austeridad de su aspecto exterior, y al que merece entrar en ellas, la íntima sonrisa de sus patios floridos. La ciudad en donde las mujeres son como flores y las flores se hacen amar como las mujeres. La ciudad donde tuve madre...

—¿Le gusta La Serena?—me pregunta un viajero, al verme extasiado en su contemplación.

—Es mi tierra—le contesto.

Y no le digo más, porque temo traducir en palabras lo que siento. Siempre el amor me tornó tímido.

Viernes Santo, 7 de la tarde.

Apenas pude disponer de una hora para visitar mi vieja y noble ciudad. Fué como una visión de ensueño.

Salí del puerto solitario en un coche casi vacío del pequeño tren. En frente de mí, tres o cuatro asientos más allá, una fea damita, con la cara muy blanca y el cuello y las manos muy morenas, me echaba miradas a hurtadillas y cuando alcanzaba yo a atrapar una de ellas, sus ojos se entornaban y su mirar quedábase, como si de él tirara un hijo invisible, fijo en sus entrelazadas manos.

Al correr del tren desarrollaba la bahía ante mi vista su curva azul orlada de blanco y dentro de esta curva los navíos hacían la ilusión de que giraban, con rapidez los más lejanos, lentamente los que estaban más cerca. Luego, no vi sino el mar resplandeciente, como un espejo herido por el sol, y, en esa luminosidad cegadora, el desdoblarse impetuoso de la ola.

Pasaron los sembrados, los grupos de árboles, las casitas semi-ocultas entre el follaje, los arroyos de cauces sinuosos. Todo eso tan conocido, tan lleno de turbadoras evocaciones. Y de pronto, la Alameda, con el mar al fondo, y luego, el pequeño tren que se detiene en la estación...

Después, el cariñoso recibimiento de las buenas tías, asombradas de tenerme en casa tan de improviso, y el curioso preguntar y la conmovedora solicitud para obsequiarme.

—Toma niño, estos dulces son exquisitos.

—Y esta compota, que es una delicia...

—Te servirás una taza de café con leche...

—Y te llevarás estas chirimoyas para el viaje...

Y en seguida el charlar y el reir con la boca llena y el dificultoso responder a tanta pregunta, que me asedia como un enjambre alborotado.

Al regreso a la estación, en la Alameda, un grupo de artesanos endomingados hablaba de Poncio Pilatos con tal emoción, que llegué a creer que se trataba de un personaje de actualidad. Comentaban, sin duda, el sermón de las tres horas...

9 de la noche.

Volví a bordo a las cinco y media de la tarde. Debíamos dejar el puerto a las seis, pero hubo atraso en la carga de ganado menor—cabras y ovejas—y zarpamos a las ocho de la noche.

La bahía, al anochecer, es maravillosa. El mar tranquilo, terso, color gris sonrosado; algunos veleros en reposo, con sus siluetas reflejándose en sombra sobre el espejo del agua, y la luna, cuya luz cabrillea en las pequeñas olas, dando la ilusión de agujas de plata que se mueven y se cruzan continuamente, como en un bordar inacabable.

Más tarde, los farolillos de los buques se encienden en lo alto de los palos y sus reflejos dorados serpentean en el agua más obscura. Al frente del vapor, un hotel todo iluminado traza en el mar regueros de oro...

Ahora, en este momento, atravesamos las famosas "Alturas de Coquimbo". El viento y "las mares" azotan el barco de través y lo tumban, como si fuera a acostarse. Voy en el puente a obscuras, contemplando el furioso acometer de las olas. Se inclina el buque de costado y luego se endereza, para caer del lado opuesto; levanta la proa como si fuera a dar un salto; y sube, y baja, estremecido, trepidante. Las olas, iluminadas por la luna, parecen enormes ánforas de cristal líquido que ruedan, y que de pronto se solidifican y se rompen.

A babor se yergue y se agazapa la luz de un faro. Y a proa, se destaca en el azul intenso del mar una isla toda blanca bajo la luna, como un témpano.

La sombra del piloto se me acerca y me dice con voz queda:

—La Isla de Pájaros...

Domingo, 10 de la mañana.

Al verla en el puente, junto al cuarto del capitán, se me ocurrió que podía ser su mujer. Ni siquiera me detuve a pensar por qué no la había visto antes.

Estaba sentada en una silla de lona, con la vista inclinada sobre un gran libro abierto, que sostenía en la falda. Envolvía su cabeza una gasa color rosa seca. Los ojos se me fueron a mirarle los piesecitos juntos, aprisionados en unos primorosos borceguíes de terciopelo negro. A mi paso levantó hacia mí sus grandes ojos y acto continuo volvió a bajarlos. Sin querer, recordé las melancólicas miradas de los faros distantes...

2 de la tarde.

No es la señora del capitán. Es la mujer de un amigo de él, y viaja a su cuidado.

En el almuerzo, invitada por el capitán, tomó asiento en nuestra mesa, frente a mí. Nos saludamos ceremoniosamente, con una inclinación de cabeza.

Comprendo que, pues, somos ella, el capitán y yo, los únicos en sentarnos a esta mesa, sobre la cual, como insignia, está colocada una pequeña bandera nacional sujeta a una varita de acero con ancho pie de níquel, comprendo, digo, que pronto tendremos que entrar en confianza.

Durante la sopa, me dedico a examinarla. Sí; lo que ya había advertido. Se parece extraordinariamente a mi prima María. Los mismos ojos grandes, obscuros, ligeramente sombreados en torno, como si los párpados estuvieran todavía húmedos de un tierno llanto, de un llanto cuya causa no fuera un dolor, sino una tristeza leve, o una contrariedad de niña regalona, o acaso una crisis de placer. Su boca es grande, movible, expresiva, con labios henchidos, un tanto golosos, y dientes impecables. Las manos son hermosas y están cuajadas de joyas.

Se dirige al capitán y con voz cálida le dice:

—¡Qué felicidad es estar fondeados! Si siempre fuera así...

Sonríe el capitán socarronamente y casi sin mirarla, preocupado como está en acondicionar la cucharada:

—Ah, señora! Si siempre fuera así, no llegaría usted nunca.

Intervengo, entonces:

—¿La señora se marea?

—Sus magníficos ojos me miran, luego se elevan al cielo de la cámara y vuelven a posarse en mí:

—Oh, señor! Como usted no tiene idea... ¡Es algo horrible!

La charla se entreteje a través de breves silencios, durante los cuales llega hasta nosotros el chapoteo de las olas, el mugir de los bueyes encerrados en la bodega y el áspero graznar de las gaviotas.

Luego, esas pequeñas atenciones: pasar el pan, servir el vino, ofrecer una fruta, nos aproximan, nos hacen amigos.

Es casada con un empleado de aduana. Le quedan tres días de navegación. Y protesta:

—¿Yo viajar sola otra vez? Este sí que es el último viaje. Si Juan desea, que venga él... Yo estoy muy bien en mi casita.

El capitán le hace bromas y yo tomo el partido de ella.

—La señora tiene razón. Cuatro días en el mar, y sola...

Al levantarnos de la mesa, ella y yo sonreímos, mirándonos francamente a los ojos, ya con entera confianza.

5 de la tarde.

Como me dijera el capitán que el vapor no abandonaría el puerto antes de las seis, me he venido a tierra, a recorrer las calles principales de la población, a curiosear un poco. Estoy habituado al balanceo del buque y al andar en tierra firme siento que el suelo sube y baja acompasadamente. Es una sensación que no alcanza a producirme desagrado.

La ciudad está silenciosa, las calles casi solas. Subo por una callejuela que se empina hasta un pequeño cerro desde donde la vista abarca toda la bahía. Entre las embarcaciones que lo rodean, el "Lynch", empenachado de humo, cobra aspecto de transatlántico...

Desciendo nuevamente, recogiendo al paso el eco de los fonógrafos, que en el fondo de las miserables tabernas vocean canciones del pueblo y marchas militares. Es un concierto imposible de tocatas que se cruzan, se chocan y forman estupendas disonancias.

Ya en el barrio principal, advierto un adorable grupo de señoritas endomingadas, tocadas con grandes sombreros, que toman el fresco sentadas en un escaño, ante la puerta. Más allá, en donde la soledad es mayor, una niña romántica, acodada en el balcón, mira hacia el mar y sueña... Acaso sueña con embarcarse un día acompañada del que hoy es su novio, rumbo al sur, a ese sur que para las almas ingenuas del norte, tiene el prestigio de lo populoso, de lo fantástico, quizás de lo maravilloso... Sueña la niña acodada en el balcón y mira hacia la bahía, en donde los barcos cabecean, como llamándola.

Ah, la tristeza del Domingo en las ciudades provincianas!

En la plaza, rodeada de jardines sedientos, con árboles que inclinan las desmayadas copas, tres niñitas vestidas de blanco juegan en torno de la redonda fuente. Y como la fuente no tiene agua, corren por el brocal y saltan adentro, lanzando agudos gritos que se multiplican en el gran silencio del paseo. Un caballero triste contempla desde un escaño el bullicioso removerse de las pequeñas.

Me encamino al muelle, suspirando.

6 de la tarde.

Estaba en la toldilla, con el gran libro abierto sobre la falda, en la misma actitud que la vi la primera vez. Al sentir mis pasos, alzó los ojos y me lanzó una mirada penetrante, casi dura; luego, esa mirada se dulcificó, se hizo amable, hasta armonizar con el leve sonreir de sus labios y de todo su rostro.

Me acerqué a ella, mientras su voz cálida de madre joven me decía:

—Aquí me tiene usted, sola...

Su elegante silueta, de formas lozanas y sin embargo esbeltas, destacábase sobre el fondo del agua movible, en la cual ondulaban los reflejos del cielo azul gris y los visos color rosa pálido de algunas nubes crepusculares.

Me atreví a sentarme junto a ella.

Estaba el puente solitario, inmóvil la gran rueda del timón, el compás cubierto con su espejeante casco de bronce. De abajo venían voces, ruido de cadenas, chasquidos de aguas pesadas, y mezclándose a estos rumores, el austero mugir de un buey o el infantil balido de una oveja.

Sin mirarla, la dije:

—Sola... Si yo lo hubiera sabido!

Se volvió a mí, bruscamente:

—Qué, ¿habría dejado de ir a tierra por eso?

Había iniciado la pregunta como un gesto indescifrable y, al terminarla, sus facciones se distendieron en la placidez de una sonrisa casi luminosa.

—Me habría quedado acompañándola, señora.

Se quedó un momento callada, como abstraída en la contemplación de las lucecitas que empezaban a encenderse en la bahía, entre los cascos obscuros, las chimeneas humeantes y los complicados cruzámenes de las barcas, como si en el frío paisaje de agua y de atmósfera sonrosadas, fueran abriéndose pequeñas flores de oro.

En seguida, sin mirarme, dejó escapar esta palabra, que al pasar lentamente por sus labios, me pareció que se saturaba de calor y de perfume:

—Gracias...

Lunes, 8 de la mañana.

Navegamos en un mar azul, tan azul y tan tranquilo, que más que mar parece cielo. A estribor, la costa alta, desnuda, árida, sin una mancha de verdura, sin un indicio de vida. Nada más que la amarillenta serranía, calcinada en partes, en partes enrojecida, exhibiendo sus enormes boquetes y hendiduras llenos de sombra azul, y abajo los negros peñascos, cuyas cúspides han salpicado de blanco los pájaros marinos y contra los cuales se resuelven en penachos de espuma las olas enfurecidas.

Afirmado de codos en la borda, siento la caliente caricia del sol en todo mi cuerpo, y cuando ya esta caricia comienza a serme ardorosa, viene una onda de fresca brisa a interrumpirla, como un éxtasis entre dos besos.

Huye, abajo, el agua azul florecida de espuma y mis ojos se quedan fijos por fin

en la frágil ruedecita de la corredera, que gira, que gira, indicando la velocidad que lleva el barco. De rato en rato, cada cuarto de milla, suena una campanita, cuyo argentino timbre apenas si se percibe entre el vocerío de las aguas que huyen.

Mientras la ruedecita gira y gira, movida por la pequeña hélice que al extremo de la cuerda da vueltas también bajo el agua, recuerdo la inolvidable escena de anoche.

Después de la comida se corrió la voz de que venía en el buque un violinista. Y sucedió que, como por acuerdo tácito, nadie abandonó la cámara, en espera del músico. En nuestra mesa nos dimos a conjeturar.

—¿Cuál será? ¿Cuál?

Confesé al capitán y a la viajera que no divisaba entre los pasajeros aquel que tuviera aspecto de artista...

—¿Será ese gringo flaco?—me dijo ella, inclinándose hacia mí y clavando en mis ojos una mirada de picardía.

—Para mí, señora, que es el otro, el gordo,—repuso a media voz el capitán.

Y fué el gordo el que se levantó, y a él tendieron las voces y los ademanes de sus compañeros de mesa.

Aparentando seriedad, con el mirar indiferente, mientras el gringo gordo salía, comentamos la ocurrencia.

—¡Quién lo hubiera creído!—dijo ella cuchicheando.

—Señora, donde menos se piensa...—observó el capitán, con maliciosa sonrisa.

—Le tomé por un comerciante,—agregué en el mismo tono discreto.

Volvió el artista con su instrumento bajo el brazo y en la cámara claramente iluminada, caliente con el calor de la comida y de la concurrencia, surgió la divina voz del violín.

A fin de no dar la espalda al músico, que se había colocado de pie entre las dos mesas, ella vino a sentarse en el diván, junto a mí. Nos separaba uno de los anchos brazos del largo asiento, sobre el cual ella y yo afirmábamos los codos, para estar mejor.

En el silencio de la sala se oía sólo la voz apasionada del violín, que ávidamente escuchaba ella, con los ojos obscurecidos de misterio. Un ruido, una exclamación venida de cubierta, me dió pretexto para mirarla rápidamente. Sonreían sus labios entreabiertos, como si bebieran la intensa melodía; estaban encendidas sus mejillas, y su seno parecía acordado con el ritmo del mar...

Entonces, inclinando su cabeza hacia mí, acaso para ocultarme sus ojos, me habló con exaltación contenida:

—Esta música... ¿No es cierto? Para un viaje de novios... así, navegando...

—Por favor, señora,—le contesté en voz baja,—no sea usted cruel.

Se quedó inclinada, haciendo como que miraba al suelo.

Cuando el violín calló, y ella alzó la cabeza para aplaudir, sus miradas esquivaron las mías. Sin embargo, al cabo de un momento, me dijo, riendo confiadamente:

—Toca bien el comerciante, ¿no es cierto?

11 de la noche.

Quien se aburrió hoy, y en forma espléndida, fuí yo.

En el puerto, gran movimiento de mercaderías, de viajeros, de embarcaciones, pero nada que solace los ojos de un artista o siquiera de una persona de buen gusto. Muchos pitazos, muchos gritos, mucho vapor, mucho humo...

Recorrí la ciudad en una victoria con campana. Algunos edificios modernos, aunque no siempre hermosos, y el resto, un caserío primitivo, sucio, construído con tablas y barro por todo material. Las calles pavimentadas con tierra, que se convierte en lodo cuando la riegan y en polvo cuando se seca.

(Los que se empeñan en hacer de nuestra capital un Buenos Aires o un Río de Janeiro, debieran advertir que estos puertos del norte, que tanta riqueza dan al país y que tan visitados son por extranjeros de todas las nacionalidades, parecen, gracias al abandono en que los mantiene el Gobierno, verdaderas ciudades chinas.

A este propósito, he oído hablar aquí de federalismo, de separatismo. Lo serio del asunto es que tales ideas se justifican plenamente, y, aunque se las combata con palabras, los hechos las vigorizan y las extienden).

A las nueve de la noche nos dirigimos a un muelle particular, en donde había quedado de esperarnos la chalupa que nos traería a bordo. Después de recorrer en la obscuridad unos pasillos estrechos, caminando por entre grúas y cajones, llegamos junto a la escala de bajada. El mar azotaba rabiosamente los pilotes del muelle y retumbaba en las oquedades, con el estruendo de enormes cuerpos que se desploman de improviso. Hubo necesidad de emplear mucha destreza para saltar a la chalupa, que se removía y nos esquivaba. Ya en marcha, las olas parecían crecer en la sombra. Danzaba la chalupa como un jinete sobre el lomo de un caballo chúcaro, que se lo quisiera quitar de encima.

Salió la luna e iluminó las blancas rompientes de la barra. En el mar poblado de buques, se mecían las lucecitas doradas de los fanales, como estrellas movibles. Las olas nos encumbraban, nos hundían, nos azotaban por un lado, por otro, se estrellaban contra la quilla y el agua saltaba y se plateaba de luna, como un abanico que se abre.

Llegamos ¡por fin! al buque. Al poco

rato, en el silencio nocturno, se alzó un áspero ruido de cadenas: recogían el ancla. Palpitaron las máquinas acompasadamente y el barco empezó a cabecear. Dejábamos la bahía, nos alejábamos nuevamente de la costa. El puerto, con su polvareda de lucecitas, entre las cuales resaltaban las pequeñas lunas de los focos eléctricos, huía lentamente de nosotros.

¿Y ella?

La he buscado, sin hallarla. Acaso está recogida ya en su camarote.

Y es la última noche que pasará a bordo...

Martes 10 la mañana.

Hemos permanecido una hora larga observando la población zoológica del barco.

Ella, a pesar de tener más sombra en los ojos, ha estado contenta como una niña. Reía a morir de las ovejas que, en cuenta de marca, ostentan la cabeza teñida con anilina verde.

—Parecen loros!—exclamaba con el rostro iluminado por la risa.

Pero lo que más nos ha divertido es la graciosa curiosidad con que las cabras lo hurgan todo, lo huelen todo, lo examinan todo. Aquella blanca, con un solo cuerno, lame cuidadosamente los bordes de un cajón untado quizás con algo dulce; aquella otra, overa, se dedica a comer las briznas de pasto caídas sobre el lomo de una oveja, que trata de escabullirse, pero no puede, porque la multitud le cierra el paso. Un gran cabro negro, de luenga barba, pretende acostarse sobre la cubierta de un cajoncito y como el espacio es excesivamente reducido, el animal, en su porfiado empeño, adopta las más cómicas y variadas actitudes, sin lograr lo que tanto parece desear. Por último, se queda arrodillado, inclinada la cabeza, como si estuviera en oración...

—Esto parece el arca de Noé...—comenta la amiga con júbilo, y convengo en que es así, al reparar en dos pavos que hacen equilibrios sobre unas varas, mientras el viento les despeina las plumas y les abre el abanico de la cola.

Y van perros, gatos, jilgueros y canarios enjaulados, gallinas, loros, qué sé yo...

Y ha habido nacimientos a bordo. Hemos visto un cabritillo nacido anoche y que ya, aunque tiene las piernas algo flojas todavía, ensaya locuras, y se escapa del jergón en que el cuidador lo envuelve y va y salta de cajón en cajón y todo lo trajina.

Ella, conmovida, ha pedido que le pasen el nervioso animalito, que se debate como un niño huraño, y le ha besado la sedosa oreja, aplicándole los más tiernos nombres:

—Preciosura, amor mío, encanto, lindura...

Sin saber por qué, sentí la necesidad de mirar a otro lado. Y como ella siguiera acariciando al animalito, pasé a cubierta y subí a la toldilla. La contemplación del mar obra sobre mis nervios como un delicioso calmante...

2 de la tarde.

Ahora está nublado. Llevamos a la vista la costa alta, con serranías que se cortan sobre el mar. Encima del acantilado, una abertura de las nubes deja pasar un ancho rayo de sol que, sin tocar en parte alguna, cae al mar, iluminando con luz blanca vivísima las rompientes de la orilla. Se ve el desenvolverse de las olas que brillan como pulidas cintas de acero, en tanto que el resto del paisaje queda en gris opacidad.

Sentados en el puente, juntas casi nuestras sillas de lona, observamos el atrayente espectáculo que la costa nos ofrece.

De pronto ella me interroga:

—¿Va bien usted en el camarote que tiene?

Sin acertar con la intención de esta pregunta, le contesto:

—Sí... porque voy solo y nadie me incomoda... Aunque en realidad es un poco estrecho.

—Bueno, agrega ella mirándome a los ojos, si usted quiere, cuando yo desembarque, que será esta tarde, ocupe usted el camarote mío. Es el mejor del buque. Ahí estará usted bien.

Sonrío, agradecido.

—Estoy tan acostumbrado en el que tengo....

Sus ojos, sus preciosos ojos húmedos y obscurecidos, se obscurecen aún más.

—Es decir que...

Comprendo que no he estado amable y la interrumpo:

—Que temo, señora...

Ahora es ella quien me interrumpe con viveza:

—Señora... Llámeme usted por mi nombre. Dígame Luisa.

—Bueno, señora Luisa...

—No. Luisa, a secas.

—Bien. Es que temo... Luisa...

Ambos nos miramos, nos sonreímos y seguimos mirándonos en silencio.

Sencillamente, hemos olvidado de qué hablábamos.

9 de la noche.

Desde que tuvimos a la vista el promontorio tras el cual se oculta el puerto, no cesó ella de invitarme para que fuera a su casa.

—Es una casita modesta,—me decía con intención—pero puede pasar usted en ella un rato agradable. Conocerá a mi marido, que es muy bueno y muy cariñoso; conocerá a mis chicos...

—Perdóneme, Luisa:—le repliqué con seriedad—no me siento con ánimo para ir a tierra. Mientras usted vuelve al cariño de los suyos, me quedaré en el buque, en su camarote, recordándola...

—¿Pero por qué es así?

Su sonrisa se iba desvaneciendo como una luz que desfallece y poco a poco su rostro, que ahora me parecía muy bello, tomó una expresión meditabunda.

Permanecíamos uno junto al otro, ante la baranda de la cubierta, azotados por la brisa, puesto el mirar en las largas ondulaciones del oleaje, ambos silenciosos.

Pasó el capitán, y sin detenerse nos dijo:

—Fondearemos dentro de una hora.

Entonces ella se volvió a mí y habló en voz baja:

—Una hora... ¿Ha oído? Sólo nos queda una hora...

Sin pensar lo que contestaba, repuse:

—Para usted, Luisa, una hora; para mí muchos días aún, y quién sabe si siempre...

La entonación temblorosa de sus palabras, despertó mi atención:

—Siempre... ¿Dice usted siempre?

—Sí... eso he dicho.

Y sonreí al explicarle:

—Imagine que el buque se hunda. Ya ve usted que los muchos días pueden convertirse en siempre.

En ese momento salía de detrás del promontorio la silueta obscura de un vapor envuelto en densa humareda. Nos quedamos contemplando su columpiado andar.

De pronto ella se separó de mi lado diciéndome con risa nerviosa, que no pude ver, porque llevaba vuelto el rostro:

—Voy a preparar mi equipaje:

Y desapareció rápidamente por el **moking-room.**

Me quedé discutiendo conmigo mismo si acompañarla a tierra o quedarme en el buque, y ya estaba a punto de decidir lo primero, cuando la imaginación me puso por delante el cuadro de mi llegada a ese hogar desconocido, llevado por ella, por la mujer. Me había dicho que su marido no podía dejar hasta las cinco la oficina en que estaba empleado, y el desembarco sería a las cuatro y media. Llegara el marido a la casa antes o después que nosotros, mi situación sería la misma: una situación con mucho de ridículo y no poco de deslucido... Y mi resolución de no ir con ella, se hizo inquebrantable.

¿A qué, por lo demás? ¿Para prolongar algunas horas una amistad que acaso nunca habrá de reanudarse?

Cuando el barco dobló el promontorio, trazando una elegante curva en demanda del puerto, subí al puente, decidido a no moverme de allí hasta que no pasara una hora, por lo menos, desde que hubiéramos fondeado. Así, me libraría de la despedida. Empezábamos a encontrar en el mar gris unos pajaritos obscuros que al aproximarse el buque corrían aleteando sobre el agua y concluían por zabullirse, para aparecer después allá a lo lejos.

Este juego de los pájaros y la vista del puerto que se acercaba, me entretuvieron a ratos.

Paseábase el capitán en la delantera del puente y al término de cada paseo, se detenía a mirar con el anteojo.

Pronto comenzó a dar órdenes al timonel y al piloto, y en la calma de la tarde tintineó cristalinamente la campanita del telégrafo.,

Un marinero levantó el sostén de la corredera y empezó a recoger la cuerda, que chorreaba agua salada.

Luego, la voz del capitán:

—¡Media fuerza!

Pasaban por arriba las gaviotas, con el ojo puesto en el buque, lanzando sus discordantes graznidos.

Una voz venida de abajo, se dió a cantar en el fondo:

—¡Veinte brazas! ¡Dieciocho brazas! ¡Quince brazas!

Y el capitán al piloto:

—**¡Stand by!**

En seguida, éste grito dirigido a proa:

—¡Laaarga!—tras el cual se desarrolló el fuerte ruido que produce la cadena del ancla al precipitarse en el mar.

Después, ya fondeados, el asalto a la escala de las chalupas, que se empujan unas a otras, se entrechocan, en tanto que los remeros gritan y se amenazan y se encorvan sobre los remos para ganar un buen puesto al pie del barco.

En seguida los pasajeros que bajan cautelosamente por la escala movediza y una vez abajo avanzan con temor un pie hacia la chalupa, que el vaivén de las olas aleja y acerca continuamente, hasta que el vigoroso brazo del patrón los coge y los deja caer rudamente en los asientos de la embarcación.

Así vi bajar a hombres, mujeres y niños, que llevaban maletas, paquetes, jaulas. Bajó también el gringo gordo, al artista, el que tocó el violín aquella noche inolvidable. Llevaba la negra caja bajo el brazo. Me incliné para gritarle adiós, pero él, preocupado en llegar pronto al bote, no levantó siquiera la cabeza.

Y al fin, asomó ella. Quise retirarme, pero ya había mirado hacia arriba y me hacía señas.

Bajé, llegué junto a ella, y no reparó en mí, pendiente como estaba de que colocarán bien su equipaje en el bote. Cuando acertó a verme, exclamé riendo:

—Cualquiera diría que me tiene usted miedo. ¿Qué hacía encaramado allá arriba?

Los empleados de a bordo, acodados en la baranda, sonrieron maliciosamente al oirla. La celebraban, agradecidos acaso a la buena propina o seducidos por el encanto de su hermosura. Reí también, sin

hallar qué decir, un tanto extrañado de la alegre frialdad con que me hablaba.

Entonces ella me alargó la mano enguantada e inclinando la cabeza en un gracioso movimiento, exclamó sonoramente sin cuidarse de que todos la oían:

—Me voy contenta, porque le dejo mi camarote. Y usted, ¿qué me deja a mí?

Tenía en mis manos **"Lo que no muere"**, de Barbey D'Aurevilly, y le alargué el libro, diciéndole:

—Será un recuerdo...

Lo tomó con la mano izquierda y apretando con su diestra la mía, de un modo muy íntimo, agregó, ya sin reir:

—Gracias. Pensaré en usted cuando lo lea. Y sonriendo con languidez dijo aún:

—Y lo leeré siempre. Adiós!

Ya en el primer peldaño, se volvió aún para pedirme que pasara a verla a mi regreso al sur.

—Lo esperaré ese día... Le tendré flores. ¿Vendrá a verme?

Y atropelladamente me dió las señas de su casa.

Contesté casi sin conciencia de lo que hablaba, porque en ese instante sus ojos obscuros me miraban como solían mirarme antes, cuando se lamentaba de ir tan sola:

—Pasaré. Sí. Gracias. Muchas gracias.

Bajó la escala ágilmente, dió su pequeña mano al remero y pronto estuvo sentada en el bote, que con vigoroso impulso se desprendió del costado del vapor y se fué alejando, alejando hacia tierra.

El sol, próximo a ocultarse, había logrado abrirse paso por entre las nubes, y su luz anaranjada encendía en polícromo esplendor los cascos y las chimeneas de los buques, doraba las arboladuras y los cordajes, ponía destellos en los bronces y los aceros de los barcos, echaba a correr calofríos deslumbrantes sobre las aguas obscuras y hacía brillar como dos alas de luz los empapados remos de la chalupa en que ella iba....

11 de la noche.

Me he venido al camarote, a su camarote, he encendido la luz eléctrica, y, sentado en el diván en donde ella se sentaba, estoy observándolo todo.

De su permanencia aquí no quedan sino rastros invisibles: un vago aroma de mujer, el recuerdo de su figura en sombra, iluminados únicamente sus cabellos—que se doraban a la trasluz—y el contorno de su elegante cuerpo; y la visión imaginada de todo lo que ella haría en la intimidad de esta pequeña alcoba...

Ese espejo la vió en la vigilia y en el sueño y no retuvo la adorable imagen. Esa luz la alumbró con la misma frialdad con que a mí me alumbra ahora. Pero mi imaginación proyecta en el espejo indiferente la adorable silueta de la amiga y bajo la luz impasible me hace ver a la ausente, que va y que viene en torno mío, y es como si yo que estoy aquí no estuviera y es como si estuviera ella, que no está.

Las máquinas del barco palpitan con rapidez, como mi corazón emocionado. Rumorea el riego del agua sobre el agua y la noche está asomada al redondo cristal de la lucera.

Me acerco al lecho, al "nido"; y sonriendo con una sonrisa que no sabe adonde ir, empiezo a desvestirme con lentitud.

10 de la noche.

Volvemos al sur. El viento nos pega de frente, el barco danza con más agitación, crujen las cuadernas como si fueran a desquiciarse. Aún se ve a popa la vislumbre azulada del puerto.

En la obscura toldilla, la silueta del timonel, levemente esclarecida por la luz dorada que se escapa del interior de la caja del compás, da la impresión de que aquel hombre fuera algún extraño oficiante, ocupado en misteriosa ceremonia de incomprensible rito. En tanto, el piloto se pasea a lo ancho del puente, de baranda a baranda, con el hosco insistir de un prisionero.

Jueves, 9.30 de la mañana.

Cielo limpio, mar azul. Desperté a las seis. Un disco luminoso, dorado; subía y bajaba lentamente en el tabique blanco del camarote. No parecía luz de sol, sino el sol mismo, que se hubiera entrado por la redonda claraboya. Y por un instante, mientras concluía de despabilarme, se me ocurrió que había dormido al aire libre y que el sol, vuelto loco, danzaba ante mi vista.

Antes veía sólo el largo por la lucera; ahora veo la costa, la costa alta, árida, sombreada de rojo y con orla de blanca espuma en su base.

10.30 de la mañana.

Tenemos un puerto a babor. Se le ve desvanecido casi en la sombra azul de los cerros que lo protegen de los vientos del sur. Las siluetas de los buques fondeados en la rada se funden en la lejanía y forman líneas obscuras por entre las que circulan bandas de agua verde. Apenas si se insinúan las arboladuras de las barcas; apenas si en el azul conjunto vibran las pinceladitas rojas de las chimeneas de un vapor.

Pasa una gaviota por lo alto, y, al seguirla mis ojos, advierto que sus alas y su pecho tienen un tinte verdoso. Recuerdo las ovejas marcadas con anilina verde, y sonrío. Ella hubiera dicho por esta gaviota que parecía un loro... Pienso que acaso el hermoso pájaro ha sido víctima

de alguna jugarreta de los muchachos costinos. Pero pasa otra gaviota y otra. Entonces, al invertir el vuelo una de ellas, descubro el fenómeno: es el reflejo del mar en la blancura del plumaje.

Viernes, 9.15 de la mañana.

Mataron una res temprano y han quedado en el piso de la sombría bodega grandes manchas de sangre. Un rayo de sol, un pequeño rayo de forma triangular, que entra por una rendija, da en la sangre fresca, y tanto vibra el rojo, que semeja una llama.

10 de la mañana.

Nos hallamos fondeados desde hace media hora. La bahía parece dormida, como una laguna.

Estoy en el puente, ante una mesa que antes iba cargada de vasijas de correspondencia y que ahora ocupo para leer y escribir. Desde aquí, por entre las delgadas barras de la baranda, veo a un lado y a otro el agua sosegada, pulida como un espejo.

Algo se mueve allá lejos, sobre la superficie del mar. Es una línea obscura que se alarga encima del agua, que se estira como un "estratus". Pero no es una nube, ahora veo bien. Son pájaros, es una interminable banda de pájaros. Nunca había visto tantos.

Siguiendo los giros de su fantástica ronda se han acercado un poco. Se siente el rumor de sus alas. Se les ve precipitados en un largo torbellino, que no acaba de pasar. De pronto, como si ese largo rosario obscuro estuviera suspendido de hilos invisibles y esos hilos se cortaran repentinamente, la hormigueante ronda cae al agua. Entonces el mar desnudo semeja una enorme calva, a la que le saliera pelo de repente... Y cuando los pájaros echan a volar de nuevo, el ruido de sus alas imita el rumor de una inmensa salva de aplausos.

A estribor de nuestro buque se columpia suavemente una barca de tres palos toda blanca. Trato de leer el nombre que en letras de oro ostenta a proa, y después de cansar mis ojos y de adivinar, más bien que deletrear, los caracteres que brillan al sol, consigo recomponer el nombre de la barca toda blanca: **Louise.**

La coincidencia me pone pensativo. Recuerdo sus grandes ojos obscuros, enternecidos, como si acabaran de llorar. ¿Qué será de ella? ¿Me esperará? ¿Iré a verla? Y si me decido a ir, ¿la encontraré?

Salía en este momento el capitán de su camarote y me levanté para preguntarle a qué hora tocaremos mañana en el puerto aquel. El amable marino se quedó un instante en silencio. Hacía el cálculo. En seguida me contestó, sonriendo imperceptiblemente:

—A las siete y media de la mañana...

—¿Zarparemos?...

Se acentuó la sonrisa del capitán al decirme:

—A las doce del día.

Y se hizo más maliciosa su sonrisa cuando ya con el cuerpo metido en la escotilla asomó la cabeza para agregar:

—No tenga cuidado. Le sobrará tiempo para bajar a tierra.

9.30 de la noche.

A las seis de la tarde dejamos la bahía después de una puesta de sol maravillosa. El momento más bello fué cuando el sol se ocultó tras de una barrera de nubes azul, con aberturas que se tiñeron de oro primeramente, y luego de rosa. Sobre este muro azul se abrió un abanico de rayos verdes, de ese color verde que toma el agua del mar cuando es profunda y la revuelve y la hace espuma el furioso batir de las hélices. (Entonces, entre el blancor de las espumas, aparece ese color verde que algo se asemeja al óxido de cobre, pero que es más puro, más claro, más cristalino). Ese color tenían los rayos que el sol proyectaba en el cielo azul pálido, mientras el mar era gris rosado en la luz y en las sombras esmeralda. Daba animación al paisaje la humareda cobriza de un vapor que salió media hora antes que nosotros y cuya silueta se perdía casi en la comba del horizonte.

10 de la mañana.

Cuando subí del mar al muelle, una leve inquietud recorrió mis nervios, como un calofrío interior. Es la ciudad donde vive la amiga, y la idea que puedo encontrarla a cada paso, me perturba, me conmueve.

Sigo la calle que va del mar a la ciudad, una calle con pavimento de tierra, lo mismo que todas las calles de este norte abandonado. En ella hay tráfico de vehículos, faenas de carguío, mover de javas y cajones, ir y venir de aduaneros y peones.

A medida que camino, el movimiento en las calles disminuye y cuando llego a la plaza, este sitio, con sus jardines lánguidos y cubiertos de polvo, me hace el efecto de que allí la soledad y el silencio se acumulan, como se juntan las aguas en un estanque.

Las plazas de los pueblos... Vienen a mi memoria los versos de un poeta amigo, versos que ahora me parecen más hermosos, porque lo que ellos dicen lo siento yo mismo. Pedro Calvo me perdone, pero para mí la poesía reside en la emoción, y esta desaparece desde el momento en que nos damos a filosofar...

Estoy sentado en un escaño, a pleno sol. Observo que aquí no hay más insectos que las moscas. Como no hay flores... En cambio hay grandes jarrones de fierro pintados de blanco, con el escudo nacional en relieve. El rojo y el azul del escudo brillan al sol y hacen más triste la tristeza del sediento jardín.

2 de la tarde.

Volví a bordo a las 11.

Había hecho otro pacto conmigo mismo, mientras estaba al sol en la plaza del pueblo: iré, pasaré por su casa y si ella no asoma, ni la veo, me encaminaré al muelle y me embarcaré. Pero si ella me espera, si los bellos ojos obscuros me aguardan, entonces... sea lo que el Destino mande.

Y sucedió que todo emocionado llegué a su calle, que pasé lentamente por delante de su casa y que ésta tenía su puerta y sus ventanas cerradas, por lo que me hizo la impresión de inmutabilidad que deja el rostro tranquilo de un muerto. Hice más: violé el pacto y pasé una segunda vez frente a la casa muda. Todo en ella seguía lo mismo. Entonces, temeroso de caer en una situación ridícula—me pareció que un postigo se entreabría y unos ojos se burlaban de mí...—anhelante de salir pronto del estado de inquietud en que me hallaba, torcí mi camino y tomé la dirección del muelle, contento de mi resolución para cortar el *nudo de* aquella ligadura, que en más de una ocasión llegó a oprimirme.

Navegamos nuevamente. Ya el puerto ni se divisa, oculto como quedó tras de la punta elevada que le sirve de biombo.

Llevamos a remolque una pequeña goleta que nos sigue, amarrada a una espía, como sigue el perro al amo. Desde el puente diviso sus topes, que crecen y se empequeñecen según sube o baja el buque, al mismo tiempo que hacen signos negativos con el balanceo.

¿Querrán decirme los signos de la goleta que no hice bien? ¿Qué debí tocar la puerta de la amiga, llamar a ella, como sus ojos habían llamado a mi corazón?

8 de la noche.

El mayordomo de a bordo es un personaje interesante.

Entretenido me tuvo toda la tarde contándome algunas aventuras de su vida de mar, que refiere con mucho colorido de lenguaje y de mímica. Es un hombre obeso, que respira con cierta dificultad. Tiénen sus ojos pequeños la malicia, la desconfianza característica de nuestra raza. Las orejas se le hunden por el cuello y se le levantan por las mollejas, como si fueran a encarrujarse. Bajo la nariz gruesa, redondeada y brillante en la punta, avanza el bigote encorvado, canoso, que le cubre el labio superior, y rodeándole la pequeña barba cubierta de cañones, blandamente se le mueve la opulenta papada.

El hombre se entusiasma haciéndome el relato de una exploración novelesca por los canales de Chiloé. En aquel tiempo era él sargento de mar en la marina de guerra. Su mano se alza continuamente, toma la blanca gorra, la recoge de adelante hacia atrás y sosteniéndola en alto, toda arrugada, alarga un dedo, uno solo, que se da a escarbar la cima de la más espléndida calva que me haya sido dado contemplar de cerca. Es una calva tan pulida, que el cielo se refleja en ella y aún creo que con sus nubecillas y sus pájaros.

La gorra blanca ha vuelto a cubrirla, colocada ahora de atrás hacia adelante, pero la visión de aquella gran bola pulimentada queda ante mi vista, como subsiste en la retina la impresión del sol, aún mucho después de haberse hundido en el mar.

10.30 de la noche.

La obscuridad me enamora. Aquello de sentirnos ciegos por un momento, sin ver nada, aunque estén nuestros ojos abiertos de par en par, y luego, poquito a poco, recuperar la visión y empezar a distinguir, siquiera sea vagamente, la forma de las cosas, que surgen de la noche como si acudieran con timidez a nuestro llamado, o como si formaran de pronto, acaso creadas por nosotros mismos; estar rodeados de formas vagas e interpretarlas a nuestro antojo y desfigurar lo que es e imaginar lo que no es... Soñar. Dejar que el alma se nos vaya a través de la sombra, dejarla que se aleje de nosotros y no preguntarle adonde va, ni en busca de qué va... Poblar la noche de seres queridos, reunir en ella las amadas conocidas e ignoradas; hacer de una sombra blanca una mujer y de una sombra negra otra mujer y acariciarlas a las dos en silencio y ser en silencio acariciados por ellas...

Envuelto en mi amplio gabán, he permanecido más de una hora en la toldilla a obscuras, imaginando, hecho un poeta. Y como siempre que estoy en la sombra, me he engañado a mí mismo, fingiéndome que en la sombra llega lo que siempre espero...

Domingo, 9 de la mañana.

Alta mar.

Cielo obscuro. Horizonte cerrado, neblina. Adonde se mire, agua gris. No se ve la costa. Ni un pájaro. Nada: el mar llano. La goleta nos sigue, cabeceando.

4.30 de la tarde.

Todo el día ha estado nublado, frío.

Ahora se ve la base de la costa: una franja obscura abajo, amarillenta hacia arriba, manchada a trechos de masas negruscas y de rayas claras, y en la base la línea blanca de las rompientes.

La "Blanquita" nos dejó hace un momento. Hubo necesidad de disminuir el andar del buque para recoger la espía a que iba amarrada. Se quedó en medio del mar, abandonada, lacia la blanca vela a causa del poco viento.

5.30 de la tarde.

La bruma se ha levantado. La costa se ve claramente. Vamos cerca de ella. Entre los peñascos negros la espuma salta, corre, danza en todos sentidos.

En la cubierta de popa, cantan. Son canciones coreadas, con primeras y segundas voces, canciones populares, que algo alegran y algo entristecen al elevarse en medio de este mar gris, monótono, que huye, que pasa bajo el barco, sin que termine jamás su eterna fuga. Una salva de exclamaciones y de aplausos saluda el final de la canción.

Luego, el ruido del agua: el choque de la quilla contra la ola, de una sonoridad baja, y en seguida el zumbido claro de la espuma al deshacerse. Ruido acompasado de las máquinas. Rumor sonoro de pasos.

El buque enciende sus luces. En el oro rosa del horizonte florece Venus, la estrella de la tarde, y su fulgor cristalino tiembla en el cielo como un diamante.

Recuerdo la canción que cantábamos con mi prima María:

Ave María... Nel aria
va il suon d'una campana...
Sorge Venere pura e solitaria
de la selva lontana...

6 de la tarde.

Al camarote me he venido en busca de soledad. Por el redondo cristal entra la escasa luz del crepúsculo y alumbra débilmente la mitad del pequeño cuarto blanco, dejando en sombra el lecho, el "nido" en donde ella reposó durante su breve permanencia en el buque. Pero ya no hay en la alcoba perfume de mujer y hoy han cambiado las ropas de la cama. También su imagen empieza a hacerse confusa en mi memoria. Sobre ella se superponen visiones posteriores que en parte me la ocultan y en parte me la desfiguran.

Está su imagen en mi mente perdida entre fragmentos de paisajes y recuerdos de rostros y de objetos, como aparecen las figuras en los cuadros de los futuristas.

Lo único que destaca con pureza en esta confusión de líneas y detalles son sus ojos, sus ojos obscuros, humedecidos, sombreados en torno, como si acabaran de llorar, como si acabaran de verter un leve llanto de melancolía, de leve tristeza, o acaso las lágrimas en que resuelven las mujeres apasionadas sus crisis de placer...

3.45 de la mañana.

La trepidación del buque me ha despertado.

En la obscuridad del camarote veo oblicuarse a un lado y a otro la franja de luz tenue que penetra por entre el tabique y el cielo raso del cuarto. Baila el buque, y cruje, y rechina la barra del timón.

Salté a la litera de arriba, apagué la luz, desatornillé la tuerca de la claraboya, abrí el cristal y asomé la cabeza. El mar corre por el costado en largas ondulaciones espumosas. El cielo, que abajo alterna bandas de claridad vaga con bandas obscuras, está en lo alto negro, espeso, como un toldo enorme. El viento cálido me da con fuerza en la cara. Aspiro con fruición el oloroso fluído.

Desciendo a mi litera y conecto la luz. Al camarote iluminado se entra el fragoroso ruido del mar. Se le siente formidable, entre el palpitar de las máquinas, al cual domina. Chirria la espuma, como la grasa hirviente.

He vuelto a asomarme por la claraboya. Veo a proa una faja de claridad, como una gasa inflamada, que emerge del agua, y en ella una polvareda de puntitos de oro.

Valparaíso está a la vista.

Mi viaje ha concluído. Y como siempre que termino una jornada, ya sea de realidad o de ensueño, la alegría de llegar se mezcla en mí a la tristeza de haber llegado.

Los Húsares de la muerte

Ilustraciones fotográficas

De acuerdo con un extraño humorismo militar, existe en los ejércitos de todas las banderas y de todas las armas, la costumbre de gratificar con apodos más o menos maliciosos a los demás cuerpos. El vocabulario calificador de las diversas armas y también de los diversos regimientos y cuerpos, usado en el lenguaje corriente de los cuarteles era un tiempo mucho más rico y pintoresco que hoy, debido a que buscaba sus términos de calificación espontáneamente, asociando la idea de los vivos colores del uniforme a cualquier cosa más o menos divertida: la circunstancia de que el traje militar se haga cada vez menos vistoso por el uso casi universal del gris, del verdoso y del kaki, hace igualmente que la pomposa y pintoresca nomenclativa de otros tiempos ya no es posible. Queda por desarrollar aquella que traía sus bizarros apodos de las funciones guerreras de los diversos cuerpos. Ambos procedimientos han producido una notable abundancia de nombres extravagantes en el vocabulario militar alemán.

El tambor de los húsares

El más activo cambio de epítetos se produce siempre entre la infantería y la caballería, las cuales usan recíprocamente de los mismos términos para designar los objetos desaparecidos o substraídos. El veterano de cuartel se lo enseña al conscripto cuando éste se afana por buscar algo que se le ha perdido, indicándole que tal objeto **ha pasado a la caballería.** Se comprende que en un cuartel de caballería, se dirá que el objeto robado **ha pasado a la infantería.** El significado práctico es éste: Resulta inútil buscarlo, porque ya no se le encontrará!... Así cada cosa en el cuartel se convierte en broma, y entre la caballería y la infantería, desde que existen, ha sido un duelo eterno de apodos, de invenciones burlescas y de sobrenombres.

La caballería alemana llama a los infantes Sandhasen o Sandlatscher (conejos polvorientos o levanta-polvos), y también Furchenhopfer (salta-surdos). La infantería se limita a llamar a los soldados de caballería con el despreciativo apelativo de mozos de cuadra, o caballerizos. La guardia llama a los soldados de líneas Feldabzen, ratones de campo. Y los infantes distinguen a los coraceros blancos como Mehlsäcke, sacos de harina, y a los húsares en general bajo el nombre de Bindfaden, cuerdecillas, sin duda, por la abundancia de alamares, cordones y cuerdecillas que llevaban encima. No le falta agudeza al nombre de Wasserraten, ratas de agua, dado a los pontoneros y el Regerwürmer, lombrices, con que se designa a los zapadores.

Los húsares, por la variedad de color de sus uniformes y por las diferentes características de sus regimientos, son los que han facilitado mayor número de sobrenombres, algunos de los cuales, no siendo

El Kaiser y el Kronprinz en la revista de Danzig, con el uniforme de los Húsares de la Muerte

propiamente burlescos, han entrado en el lenguaje común: los Todtenköpfe, o cabeza de muerto, son los húsares de la muerte, así llamados por el cráneo y las tibias que llevan en la gorra, y que constituyeron el primer regimiento de húsares prusianos; el cuarto lleva por nombre de los Rebhüner, gallos silvestres, por el color obscuro de sus uniformes; el sexto es conocido como el de las Spinat mit Eier, fritura de espinacas, por el uniforme verde con alamares amarillos, y el décimo, por una razón semejante es llamado de los Papageien, papagayos.

En medio a tantos sobrenombres cómicos, el poco gracioso de Húsares de la Muerte no tiene solamente una razón de distintivo; es más bien el distintivo el que a su vez tiene una causa heroica. El regimiento escogido de húsares prusianos tuvo en las guerras napoleónicas harto frecuentes ocasiones de cimentar su valor y su audacia, sin lograr vencer a la fuerte y ágil infantería francesa; y ya en la campaña de 1806, los húsares fueron consagrados a un destino fatal en los ataques desesperados, en los cuales el ímpetu de la carga era sostenido por la certeza de la muerte.

Cuando, después del tratado de Tilsitt que humillaba a Prusia, se inició el gran movimiento de emancipación nacional que debía tener su primera consagración en Leipzig, los húsares escogidos de la caballería prusiana adoptaron bajo el colback napoleónico, el emblema de la muerte. La resolución suprema de combatir hasta la muerte, les trajo fortuna, y el símbolo macabro que parecía un siniestro presagio de sacrificio, se convirtió en señal de victoria y en emblema de nueva potenciabilidad militar.

Los húsares de la muerte son hoy por hoy los más audaces y rápidos jinetes del ejército alemán, y cuentan en sus anales con páginas de sangrienta gloria y trofeos de victoria que se han renovado en todas las guerras de la independencia y de la unificación germánica, de 1814 a 1870.

El origen de los húsares es húngaro, y remonta a dos siglos, casi exactamente. Su nombre deriva de la palabra **magyar hurz**, que significa veinte, en recuerdo del modo por el cual fueron reclutados por primera vez: esto es escogiendo un hombre de cada veinte aptos para el servicio militar. El sistema de leva fué impuesto con el objeto preciso de crear un cuerpo de caballería ligera que sirviera las funciones de exploración y de ataque para las cuales la antigua caballería se hacía menos apta.

Los húsares húngaros tuvieron un uniforme riquísimo y brillante, de color rojo a grandes rayas y recamados de oro, recargado de alamares y cubierto por un capote corto echado sobre el hombre izquierdo, tanto por airosidad como por dejar libre el juego del sable al brazo derecho. Una bolsa de cuero atada al pecho con muchas finas y largas cintas, rebotaba en torno a la montura en los galopes rápidos, y cuando iban a pie arrastraba por el suelo.

Los húsares fueron creados en Austria,

en Francia, en Prusia, donde Federico el Grande los tuvo en alta consideración, por los notables servicios que prestaban a sus tropas.

Fué justamente Federico II el que aumentó notablemente el número de los húsares, y quien, en la urgente necesidad de vestir a la nueva tropa, no encontrando en Silesia otro paño para uniformes, requisó todo el que había en un convento para hacer los hábitos de los padres, y con él vistió convenientemente a sus húsares. Por estar menos adecuados que los demás, estos húsares son llamados gallos silvestres, y forman el sexto regimiento, el único que conserva su antiguo traje en memoria de Federico II y de sus frailes.

Los húsares, preferidos por él a los ulanos—lanceros de origen ruso—tienen hoy en estos últimos serios rivales por la audacia en los movimientos y el ímpetu en los ataques. Pero ningún cuerpo puede todavía competir con él por su larga historia de heroísmos, algunos de los cuales han alcanzado el honor de la leyenda poética. Uno de estos episodios de soberbía y estoica impavidez, ha sido cantado por Uhland en su famosa balada de la Pipa. Se trata de una modesta cachimba de porcelana que constituía la felicidad de un húsar: la llevaba siempre consigo, y siempre en la boca.

Había hecho con ella numerosas campañas. Pero en el momento del combate, el húsar la guardaba con cuidado en la caña de la bota, que en aquel tiempo eran anchas por arriba como un embudo. Y el bravo húsar cumplía su deber combatiendo, y después de la batalla volvía a tomar su pipa.

Ahora bien, ocurrió un día que una granada estalló bajo el caballo del húsar, e hiriendo al animal, arrastra también una pierna del jinete. "De qué te lamentas, buen hombre—lo consolaba el coronel en la ambulancia,—¿tanto te apura haber perdido una pierna?—"Poco significaría eso—responde el húsar—lo más sensible es que junto con la pierna iba mi pipa, y también la he perdido!

El Kromprinz con el uniforme de Húsar de la Muerte

Nuevos rumbos en la elaboración de Salitre

Por T. M. C.

Ilustraciones fotográficas

Pocas industrias extractivas del mundo, —tal vez ninguna—han realizado menos progresos en su técnica de explotación que la industria salitrera.

Muchos esfuerzos, sin embargo, se han efectuado por conseguirlo, desgraciadamente todos sin frutos hasta hace poco.

Hoy, por fin, nos hallamos en presencia de un procedimiento que, ateniéndonos a los informes de técnicos y más que todo a los resultados prácticos obtenidos en pruebas de carácter industrial efectuadas en las salitreras, ha resuelto el difícil problema perseguido durante tantos años.

Bajo la respetabilidad de la firma del Sr. Santiago Humberstone, gerente de la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Agua Santa y del Sr. W. J. Clayton, gerente y propietario de algunas oficinas salitreras, y cuyos informes tenemos a la vista, se establece con cifras y datos numéricos los resultados obtenidos con el aparato evaporador de propiedad de la Sociedad Patente Prieto-Matus aplicado a la explotación de los terrenos pobres de la oficina "Democracia".

El estudio y análisis de estos datos produce en el ánimo una sensación de saludable bienestar que nos substrae por algunos momentos a la influencia de este período de crisis tan aguda que todos sentimos.

Días más serenos, parece, vendrán para nuestra abatida industria, fuente principal de las rentas nacionales, hoy tan seriamente quebrantadas.

Principia el Sr. Humberstone por establecer en la página primera de su informe, que la capacidad productora de la oficina "Democracia", lugar donde se hicieron las pruebas, era con el antiguo sistema, alrededor de 7,000 quintales mensuales y tratando un material de ley de 15 y medio por ciento.

Con este material de 15 y medio por ciento la producción media de la oficina en los últimos diez meses fué de 6,750 quintales españoles por mes, habiendo llegado la extracción a 48 por ciento.

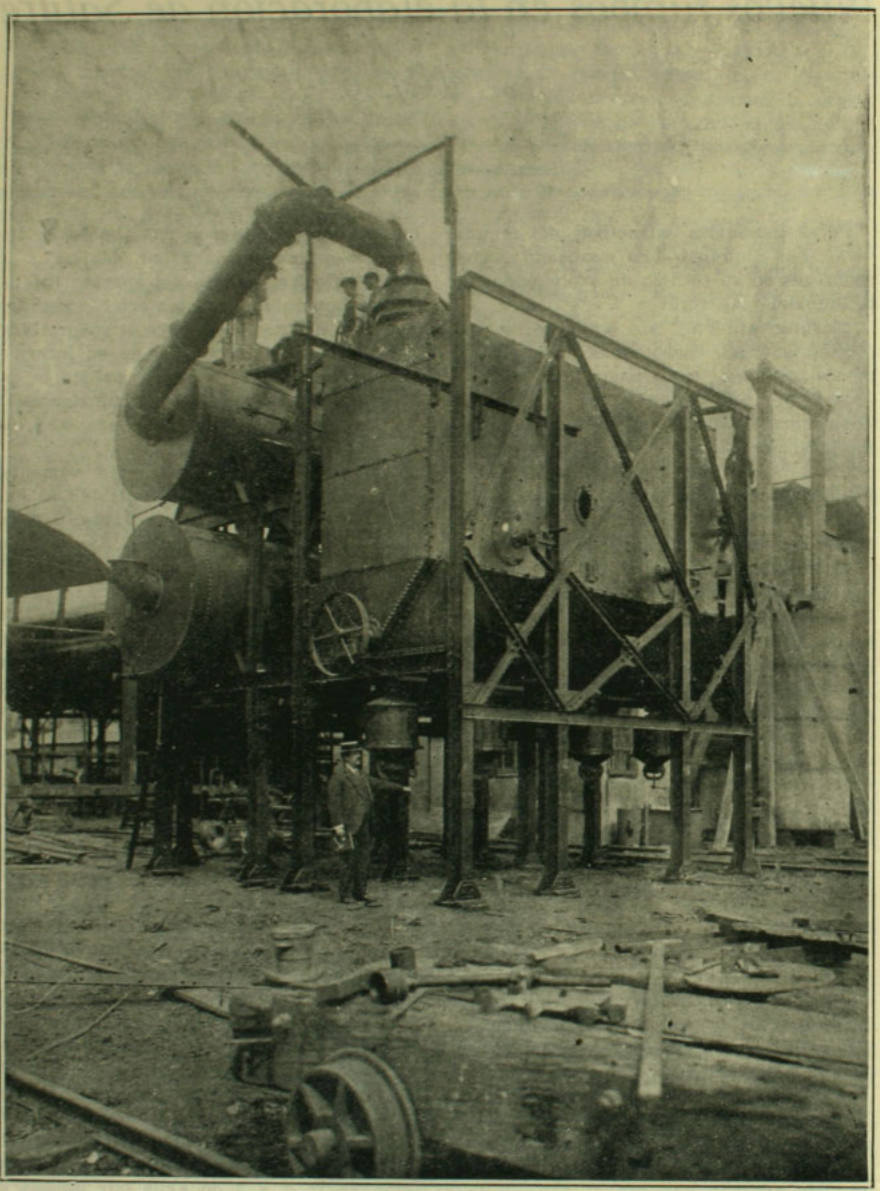
Durante las pruebas del aparato Prieto-Matus se trabajó un material "por una deplorable casualidad" dice el señor Humberstone, en la página 10 de su informe, con ley de 11.5%, habiendo subido la extracción, a pesar de esta circunstancia, a 76% y la producción calculada a 8,420 quintales españoles mensuales.

En otros términos, se pudo aumentar la producción de la oficina debido al empleo del evaporador Prieto-Matus, a pesar de haber tratado un material de ley mucho más bajo del que ordinariamente allí se beneficiaba.

Todos estos datos están confirmados también en los informes de los ingenieros señores Carabantes y Guzmán de la delegación fiscal de salitreras y del químico señor Moebis, delegado del gobierno a las pruebas efectuadas en "Democracia".

El costo de esta mayor extracción si aún no puede establecerse de un modo definitivo, dado el tiempo relativamente corto que la actual crisis permitió trabajar, puede calcularse de manera muy aproximada tomando en cuenta los párrafos siguientes del informe del señor Humberstone: "A pesar de que la falta de datos completos no permite una comprobación exacta, sin embargo, hay una economía evidente en el consumo de combustible comparada con los demás evaporadores en uso. (Pág. 3) Los resultados obtenidos en la prueoa son satisfactorios del punto de vista científico; la cantidad de agua evaporada sube a 14 por 1 por unidad de combustible gastado, mientras que en los otros tipos de evaporadores esta proporción es de 2 a 3 de agua por unidad de combustible".

El señor Clayton dice: "Es una máquina sencilla en toda la amplitud de la palabra, llamada a evolucionar la industria salitrera; que hará posible la preparación de los caldos fríos, economizando así la enor-



El aparato en que se efectuaron los ensayos

me cantidad de combustible que se gasta hoy en los cachuchos. El aparato Prieto-Matus permitirá trabajar sin "agua vieja" siendo conocidísimo el hecho que el empleo de agua de pozo procura un agotamiento de los ripios muy superior al que se obtiene con el actual sistema de elaboración. La ausencia de temperaturas altas y de ebullición en el aparato significan ventajas considerables en cuanto evitan desprendimientos de yodo, corrosión de los fierros, adherencia de sales, etc., siendo

todas estas dificultades muy graves que presentan los aparatos de evaporación en actual uso".

"Personalmente, termina el señor Clayton, estoy muy bien impresionado con el sistema de concentración de los señores Prieto y Matus, y creo se podrá llegar hasta trabajar con relaves en frío, suprimiendo así el enorme gasto de vapor que requieren los cachuchos del sistema actual; y tal importancia le concedo al evaporador Prieto-Matus que creo puede llegar al extremo de revolución el actual procedimiento de elaboración".

El ingeniero de la delegación fiscal de salitres, don J. M. Guzmán, en su informe dirigido al Ministerio de Hacienda, dice, por su parte lo siguiente: "Este sistema de evaporación ha sido probado en escala industrial en la oficina "Democracia" de la Compañía de Salitres y Ferrocarriles de "Agua Santa". Ha funcionado por 15 días consecutivos durante la última prueba y ha concentrado soluciones débiles provenientes de un material pobre que tenía una ley de salitre de 11.50%.

En vista de las pruebas efectuadas durante 15 días y principalmente de la observación y medida del rendimiento en las dos operaciones que se anotan, hechas directamente, aparte de los cálculos indirectos de otras operaciones, permiten llegar a las siguientes conclusiones:

1.° Que este sistema de evaporaciones es distinto de los actuales conocidos en esta industria.

2.ª Que es un aparato práctico y de construcción sencilla.

3.ª Que los caldos o soluciones no se hierven en el aparato.

4.ª Que no hay impregnación apreciable de sales.

5.ª Que su manejo y control es sencillo.

6.ª Que es un evaporador continuo.

7.ª Que tiene un alto aprovechamiento del calórico.

De lo cual se desprende que tiene las siguientes ventajas sobre los evaporadores en uso actual en esta industria:

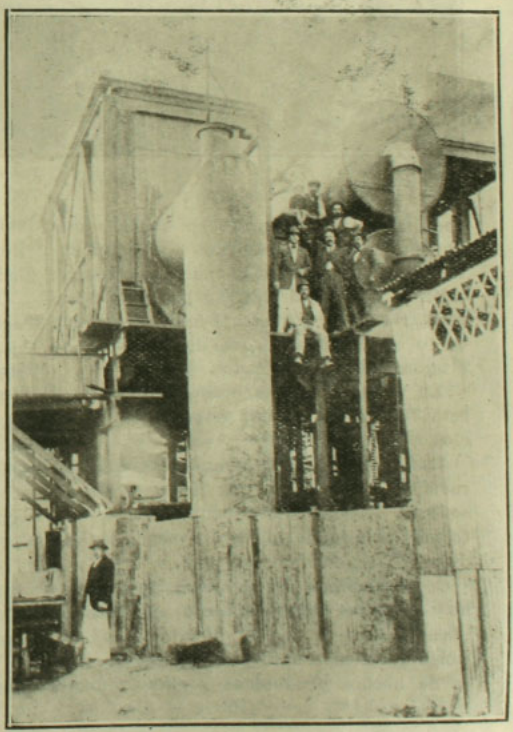
1.ª Mayor aprovechamiento del calórico, llegando casi a la proporción teórica que es de 14.9 por uno. Si comparamos estos números con el rendimiento obtenido por otros sistemas usados, resulta una diferencia considerable en favor del sistema Prieto-Matus, pues, aquellos dan un rendimiento que fluctúa entre dos y medio a tres y medio por uno, como máximo.

2.ª Que con menos combustible y menor tiempo comparativo, se obtiene en el evaporador Prieto-Matus mayor cantidad de agua evaporada, o sea mayor cantidad de solución concentrada.

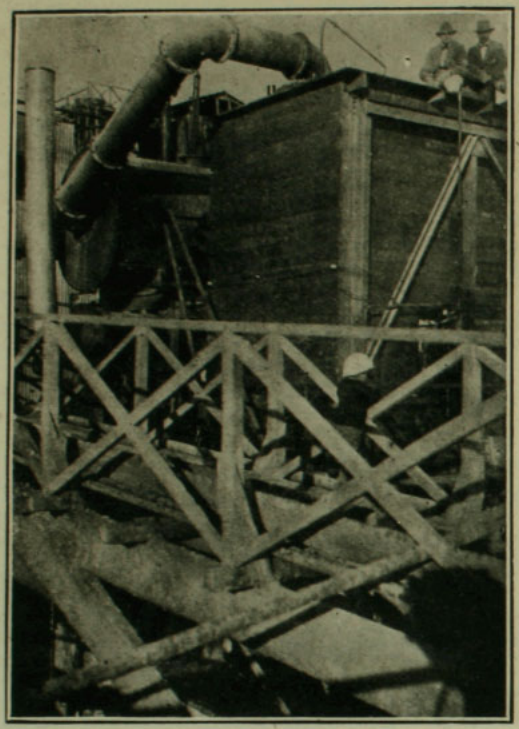
3.ª Que la operación se efectúa sin necesidad de ebullición y a bajas temperaturas, siendo esto una gran ventaja que elimina el inconveniente de la impregnación de sales perjudiciales en serpentinas, paredes, etc.

4.ª Que está demostrada su eficacia industrial en gran escala.

Por lo tanto, considero el evaporador Prieto-Matus como un eficaz auxiliador para la industria salitrera, por cuanto se



El evaporador de la Sociedad Patente Prieto-Matus



Durante la instalación del evaporador

podrán tratar con provecho caliches que hoy no pueden beneficiarse. Evidentemente que instalado en oficinas que tengan caliches de regular ley, su producción aumentaría en un porcentaje muy por encima de lo que pudieran darlo los sistemas de evaporación ya empleados.

En resumen, el evaporador Prieto-Matus está llamado a prestar importantes servicios a la industria".

Las mismas cifras y análogas consideraciones se hacen en los informes de los señores Moebis y Carabantes en sus informes al Ministerio del Interior y de Industria, respectivamente.

Como decimos, las opiniones preinsertas no se refieren simplemente a un orden de ideas propuesto. Es el dictamen de personas de la más notoria competencia acerca de hechos producidos y rigurosamente examinados durante una prueba de carácter industrial que duró, la última vez, 15 días consecutivos, durante los cuales se hicieron más de cien operaciones todas de resultados análogos, desde la primera a la última.

Durante este tiempo toda la producción de la oficina pasó en forma de relaves débiles por el concentrador de los señores Prieto-Matus, demostrando prácticamente su gran eficacia por la mayor cantidad de salitre producido.

Esta mayor producción fué de 35%, obtenida de una costra de ley de 11.5%, esto es, de un material que jamás se ha tomado como base de elaboración.

* *

El principio científico en que se funde el aparato Prieto-Matus es muy sencillo.

Se sabe que el aire puede contener tanta más humedad, mientras más caliente se encuentra. El aparato Prieto-Matus consiste en aprovechar esta propiedad. El estanque, según puede verse en el grabado, contiene en su fondo la solución de caliche.

Un sistema de ruedas con pelotas agita el líquido y lo convierte en una especie de nube. Penetra entonces en el cajón una corriente de aire caliente, a 1,500° de temperatura que se apodera del agua suspendida en forma de crepúsculos y la arrastra al exterior donde se condensa.

Gracias a este procedimiento, la solución contenida en el depósito va perdiendo su agua y concentrándose poco a poco.

Tratándose de un problema de tal entidad, que va íntimamente ligado a las finanzas nacionales, creemos deber de los poderes públicos fomentarlos decididamente cuando tengan por base la seriedad de este que nos ocupamos.

RAFFLES HAW

"EL FABRICANTE de ORO"

Por A. CONAN DOYLE

—¿Y la casa del pobre Vicario?—preguntó Laura riendo.

—Creo que podría desaparecer. Le podemos edificar un facsímile de ella, que quizás le sea más conveniente. Su hermano podrá decir a usted que soy bastante perito en esto de planear casas. Pero, hablando en serio; si cree usted que ha de ser una mejora, veré lo que se pueda hacer.

—Por nada del mundo, Mr. Haw. Sería yo traidora a toda la aldea si alentara yo un plan semejante. La colina es la única cosa que da a Tamfield cierta pequeñísima individualidad. Sería el colmo del egoísmo el sacrificarla para mejorar las vistas de Elmdene.

—Este es un lugar como una cajita, Mr. Haw.—dijo el viejo McIntyre.—Creo que se debe usted de hallar completamente ahogado después de salir de su gran mansión, de la cual mi hijo cuenta tales maravillas. Pero no siempre hemos estado acostumbrados a esto, mister Haw. Tan humilde como me ve usted aquí, hubo un tiempo, y no hace mucho, en que podía yo manejar en un cheque tantos números como cualquier armero de Birmingham. Era...

—Mi viejo papá es un pobre descontentadizo,—exclamó Laura, pasándole el brazo por el cuello con ademán acariciador. El viejo exhaló un débil gemido e hizo una mueca de pesar, que trató de ocultar fingiendo un penoso golpe de tos.

—¿Subiremos arriba? — dijo Roberto apresuradamente, ansioso por distraer la atención de su huésped, de aquel ligero incidente doméstico.—Mi estudio es un verdadero **atélier**, porque está precisamente debajo de las tejas. Yo le enseñaré a usted el camino, si quiere usted tener la bondad de seguirme.

Dejando a Laura y a Mr. McIntyre, subieron juntos a la habitación de trabajo, Mr. Haw estuvo largo tiempo delante de la "Firma de la Carta Mayna" y "El asesinato de Tomás en Becket", entornando los ojos, y tirándose nerviosamente la barba, en tanto que Roberto le contemplaba con ansiosa expectación.

—¿Y cuánto valen estos?—preguntó por último Raffles Haw.

—Les puse el precio de cien libras cada uno cuando los envié a Londres.

—Entonces, lo mejor que puedo desear a usted es que venga día en que dé usted alegremente diez veces esa cantidad por recobrarlos. Estoy seguro de que tiene usted grandes facultades, y veo que en la agrupación de las figuras y en la audacia de concepción ha realizado usted ya muchísimo. Pero su dibujo, si me perdona usted que se lo diga, me parece un poco crudo, y su colorido quizá un poco duro. Ahora bien, Mr. McIntyre, quiero hacer un contrato con usted, si quiere usted consentirlo. Ya sé que el dinero no tiene para usted atractivo, pero, no obstante, como dijo usted la primera vez que nos vimos, el hombre tiene que vivir. Le compro a usted esas dos telas por el precio que usted les

ha puesto, con la condición de que podrá usted recuperarla siempre por la misma cantidad.

—Es usted en realidad muy bondadoso.

Roberto no sabía en realidad si estar contento por haber vendido sus cuadros, o humillado por la franca crítica del comprador.

—¿Puedo extender en seguida el cheque?—dijo Raffles Haw.—Aquí hay pluma y tinta. ¡Bueno! Enviaré dos lacayos por ellos esta misma tarde. Bueno, los tendré en depósito por cuenta de usted. Me atrevo a decir que cuando usted sea famoso, serán de gran valor como muestra de su primitiva manera.

—Le estoy a usted infinitamente agradecido, Mr. Haw,—dijo el joven artista, colocando el cheque en un libro de notas. Al doblarlo, le echó una ojeada con la vaga esperanza de que quizá aquel caprichoso hombre habría tasado sus cuadros en cantidad mayor de la que él había dicho. Pero no obstante, las cifras eran exactas. Roberto empezó a comprender, confusamente, que tenía tantos inconvenientes como ventajas la reputación de despreciar el dinero que se había ganado por unas cuantas palabras casuales, debidas más quizás a la reacción contra las de su padre que a sus propias convicciones.

—Espero, miss McIntyre,—dijo Raffles Haw cuando de nuevo hubieron bajado al saloncito,—que me concederá usted el honor de ir a ver las pequeñas curiosidades que he reunido. Estoy seguro de que su hermano se dignará escoltar a usted; ¿o quizá Mr. McIntyre querrá ir también?

—Tendré un verdadero placer en ir, Mr. Haw.—exclamó Laura con su más dulce sonrisa.—Precisamente ahora paso mucha parte del tiempo mirando por los pobres, para quienes es el invierno una prueba muy dura.

Roberto enarcó las cejas, porque era la primera vez que oía hablar de la misión caritativa de su hermana; pero Mr. Raffles movió la cabeza con ademán de aprobación.

—Roberto, — prosiguió la joven. —nos hablaba de los admirables invernáculos de usted. Yo desearía transportar a toda la feligresía a uno de ellos, para darle una buena temperatura.

—Nada sería más fácil; pero temo que les pareciera después un poco duro el salir de ellos. Tengo un invernadero que se acaba de terminar. Su hermano de usted no lo ha visto aún, pero yo creo que es el mejor de todos. Representa una selva de la India, y está bastante caldeado, y a conciencia.

—¡Cuánto me gustaría verlo!—exclamó Laura juntando las manos.—Ha sido uno de los sueños dorados de mi vida el ver la India. ¡He leído tanto acerca de ella, de los templos, los bosques, los grandes ríos y los tigres! Usted no lo creerá, pero no he visto nunca un tigre más que en pintura.

—Eso tiene muy fácil arreglo,—dijo Raffles Haw con su tranquila sonrisa.—¿Desearía usted ver uno?

—¡Oh! Inmensamente.

—Yo haré que traigan uno. Permítanme ustedes... Son cerca de las doce... Puedo enviar a Liverpool un telegrama para pedirlo. Allí hay un hombre que trata en eso. Creo que estará aquí mañana por la mañana. Bueno; yo procuraré volver a ver a ustedes antes de mucho. Pero casi he distribuído mal el tiempo, porque soy hombre muy rutinario, y siempre paso un cierto número de horas en mi laboratorio.

Estrechó cordialmente las manos de todos, y encendiendo su pipa en el umbral, partió en dirección a su casa.

—Bueno, ¿qué pensáis ahora de él? —preguntó Roberto mientras contemplaban la negra figura que se destacaba de la blanca nieve.

—Creo que no es más a propósito que un niño para que se le confíe todo ese dinero, —exclamó el anciano.—Me ponía malo al oirle hablar de quitar colinas y comprar tigres, y otros desatinos por el estilo, cuando hay hombres honrados sin negocios, y negocios muy grandes que se mueren de hambre por falta de un pequeño capital. Eso es anticristiano... Ese es el nombre que merece.

—Yo lo encuentro deliciosísimo, Roberto, —dijo Laura.—Recuerda que has prometido llevarnos al Hall. Y él desea evidentemente vernos pronto. ¿No crees que podríamos ir esta tarde?

—No lo creo, Laura. Déjalo en mi mano, y yo lo arreglaré todo. Y ahora tengo que ponerme a trabajar, porque la luz es muy corta en estos días de invierno.

Aquella noche, Roberto McIntyre se había acostado ya, y estaba dormitando, cuando una mano le dió un golpecito en el hombro. Al incorporarse estremecido, vió

a su hermana envuelta en lienzos blancos, con un chal sobre los hombros, y en pie a su lado a la luz de la luna.

—Roberto querido, — susurró la joven inclinándose sobre él.—Tenía que pedirte una cosa, pero papá no nos ha dejado ni un momento. ¿Querrás hacer algo que yo te pida, Roberto?

—Naturalmente, Laura. ¿Qué es elio?

—Muy pronto estaré lista, Roberto. Si Mr. Raffles Haw te habla algo de mí, o te hace alguna pregunta, no le digas nada de Héctor. ¿No se le dirá, verdad, Roberto? Por amor a tu hermanita.....

—No; a no ser que tú lo desees...

—Eso se llama ser un hermano bueno.

La joven se inclinó más sobre él y le besó tiernamente.

Era muy raro en Laura el demostrar cualquier emoción; y su hermano se maravilló soñoliento de aquella, hasta que volvió a sumirse en su interrumpido sueño.

VI

UN VISITANTE EXTRAÑO

La familia de McIntyre se hallaba almorzando, en la mañana que siguió a la primera visita de Raffles Haw, cuando se vió sorprendida por el murmullo y el rumor de una multitud de voces en las casas de la aldea. Más y más cerca llegaba el tumulto, hasta que, por fin, de repente dos caballos desbocados se detuvieron al otro lado de la tapia del jardín, encabritados y pateando, con las orejas hacia atrás y con los ojos mirando a cierta cosa horrible que tras de ellos había. Dos hombres llegaron corriendo hasta cogerles de las bridas, en tanto que un tercero se precipitaba a escape por la curva senda enarenada. Antes de que los McIntyre comprendieran la situación, su criada María penetró en el salón con el redondo y pecoso rostro lleno de terror.

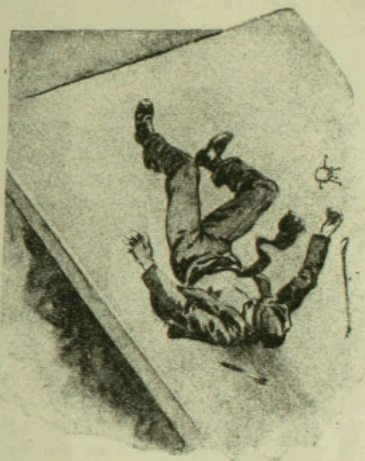
—Señorita.—gritó.—El tigre de usted ha llegado.

—¡Santo cielo!—exclamó Roberto, precipitándose hacia la puerta con la taza de te medio llena en la mano.—Esto es demasiado.

Allí hay una caja de hierro sobre una carreta, con un gran tigre dentro de ella; y todo el pueblo está con la boca abierta.

—¡Loco como un sombrerero!—exclamó el viejo McIntyre.—Ya se lo conocí en los ojos.

En esa fiera ha gastado lo bastante para rehabilitarme en mi negocio. ¿Quién ha visto nunca cosa semejante? Decid al cochero que se lo lleve al puesto de policía.



Todo el piso se deslizó

—Nada de eso, papá.—dijo Laura levantándose con dignidad y echándose un chal sobre los hombros. Sus ojos centelleaban, fulguraban sus mejillas y ostentaban el aspecto de una reina triunfante.

Roberto, con la taza de te en la mano, permitió que su atención se separara de aquel extraño visitante, cuando contemplaba a su hermosa hermana.

—Mr. Raffles Haw ha hecho esto por una gran amabilidad hacia mí,—dijo corriendo hacia la puerta.—Lo considero una exquisita atención por parte suya. Voy a salir y verlo.

—Vamos entonces todos juntos,—sugirió Roberto.

Se encaminaron hacia el jardín y se detuvieron admirados junto a la cerca, en tanto que la aldea entera, desde los niños de la escuela hasta los viejos de blancos cabellos de los asilos, se apiñaban en torno con mudo asombro. El tigre, animal grande, flexible y de temeroso aspecto, con ojos verdes que echaban chispas, paseaba majestuosamente por la pequeña jaula, azotando sus paredes con la cola, y frotándose el hocico contra los barrotes.

—¿Qué órdenes tiene usted?—preguntó Roberto al carrero.

—Ha venido en expreso especial desde

Liverpool, señor, y el tren está dispuesto en el apeadero de Tamfield. Si hubiera sido una persona real, la gente del ferrocarril no le hubiera demostrado mayor respeto. Cuando hayan ustedes acabado con él, tenemos que volver a llevárnoslo.

—¡Qué animal tan hermoso es!—exclamó Laura.—¡Qué esbelto y qué gracioso! ¡No puedo comprender cómo tiene miedo la gente a una cosa tan bella!

—Con permiso, señorita,—dijo el carretero llevándose la mano a la gorra de piel.—Cuando estábamos en el patio de la estación, sacó la pata por entre los barrotes; y si no hubiera yo tirado de mi compañero Bill para echarlo hacia atrás, hubiera ocurrido un percance gordo. Puedo asegurar que nos llevamos el primer susto.

—No he visto en mi vida nada más hermoso,—continuó Laura, sin hacer caso de las observaciones del carrero.—Ha sido un gran placer para mí el verle, y espero que así se lo dirás a Mr. Haw cuando le veas, Roberto.

—Los caballos están muy inquietos,—dijo su hermano.—Quizás, Laura, si lo has visto ya bastante, será lo mejor que vuelvan a llevárselo.

Laura asintió con el talante majestuoso que tan repentinamente había asumido. Roberto dió la orden, el carro se fué, sus camaradas soltaron los caballos, y el carromato y la jaula partieron a escape, seguidos por la mitad de la gente de Tamfield, que gritaba inútilmente:

—¿No es tan maravilloso lo que puede hacer el dinero?—observó Laura mientras dentro del pórtico se sacudían la nieve de los zapatos.—Parece que no hay deseo que no pueda Mr. Haw satisfacer en seguida.

—No hay deseo tuyo, querrás decir.—estalló el padre.—Es muy distinto el tratar con un anciano lleno de arrugas, que se ha consumido trabajando por sus hijos. Nunca he visto a la primera ojeada un caso de amor más evidente.

—¿Cómo es posible que seas tan brusco, papá?—exclamó Laura. Pero sus ojos centelleaban, y brillaron sus dientes, como si la observación no le hubiera desagradado en modo alguno.

—¡Por amor de Dios, ten cuidado, Laura!—exclamó Roberto. — Hasta ahora no había yo caído en ello, pero la verdad es que así lo parece. Ya sabes tu situación. Raffles Haw no es hombre con quien se pueda jugar.

—¡Ay, niño grande!—exclamó Laura, poniéndole la mano sobre el hombro.—¿Qué sabes tú de esas cosas? Lo único que debes hacer es seguir con tu pintura, y recordar la promesa que me hiciste la otra noche.

—¿Qué promesa fué esa? — exclamó el viejo suspicazmente.

—No te importe, papá. Pero si la olvidas, Roberto, no te perdonaré en toda mi vida.

VII

LOS TRABAJOS DE LA RIQUEZA

Sin dificultad puede creerse que, a medida que fueron pasando las semanas, el nombre y fama del misterioso propietario de New Hall resonaron por la tranquila comarca, hasta que el rumor de ellos hubo llegado hasta los más remotos confines del Warwickshire y del Starffordshire. En Birmingham por una parte, y en Coventry y en Leamingtoon por la otra, hubo infinidad de murmuraciones acerca de sus indecibles riquezas, de sus extraordinarios caprichos y de la notabilísima vida que llevaba. Su nombre volaba de boca en boca, y se hicieron mil esfuerzos para descubrir quién y qué era el desconocido. Sin embargo, y a despecho de todos sus desvelos, los propaladores de noticias se vieron imposibilitados de descubrir la más ligera huella de sus antecedentes, y hasta de formar la menor conjetura respecto a su fortuna.

No hay que maravillarse de que abundaran las conjeturas respecto al asunto, porque apenas pasaba día sin que se vieran nuevos ejemplos de lo ilimitado de su poder y de la bondad de su corazón. Por medio del Vicario, de Roberto y de otras personas, se había enterado Raffles de gran parte de la vida íntima de la feligresía, y muchas fueron las veces en que hombres que luchaban y que se veían reducidos al último extremo, se encontraban en la mano una mañana una breve nota conteniendo lo suficiente para apartar de su vida toda penalidad. Un día una gruesa chaqueta de doble forro y un par de gruesas botas eran proporcionados a cada uno de los ancianos de los asilos. Otro día, Miss Swire, la dama noble ve

nida a menos, que aumentaba con el trabajo de aguja su reducida pensión, recibía una máquina de coser de primera clase, para substituir el gastado aparato que ponía a prueba sus reumáticas coyunturas. El pálido maestro de escuela, que había pasado años sin casi ninguna interrupción, luchando contra los obtusos jóvenes de Tamfield, recibía por correo un billete circular para una vuelta de dos meses por la Europa Meridional, con cupones de hoteles y todo preparado. Juan Hacklett, el granjero, después de cinco mortales años de malas cosechas, soportados con valeroso corazón, se había tenido que rendir por fin al sexto; y ya tenía los alguaciles en la casa, cuando penetró en ella el buen Vicario, agitando sobre su cabeza un billete en el que se decía que no sólo se había salvado su déficit, sino que aún quedaba lo bastante para proporcionarse la maquinaria precisa para hacerse dueño de lo futuro. Las rústicas gentes experimentaban un sentimiento casi de superstición al contemplar el gran palacio, cuando el sol relucía sobre los vastos invernáculos: y más aún quizás, cuando, por la noche, las brillantes luces eléctricas arrojaban su blanca irradiación al través de las innumerables hileras de ventanas. Les parecía como si una Providencia en pequeño presidiera aquel gran edificio; oculta, pero viéndolo todo, ilimitada por su poder y su misericordia, y siempre dispuesta a ayudar a favorecer. Entretanto, en cada uno de sus actos benéficos, Raffles Haw se quedaba en su casa, en tanto que el Vicario y Roberto tenían la agradable tarea de llevar sus beneficios al pobre y al desvalido.

Una gran serpiente verde se arrolló en silencio

Una sola vez apareció él en persona, y ello fué en la famosa ocasión en que salvó a la muy conocida casa de banca de Garraweg Hermanos de Birmingham. Los más caritativos y rectos de los hombres, los dos hermanos Luis y Ruperto, habían fundado un negocio que extendía sus ramificaciones por todas las aldehuelas de cuatro condados. La quiebra de sus agentes de Londres les había producido de repente una pérdida enorme, y habiéndose divulgado el caso, había ocurrido una irrupción repentina y peligrosísima de gente en

su establecimiento. Urgentes telegramas pidiendo dinero llegaron a la casa desde sus cuarenta sucursales, en el mismo instante en que la oficina principal se poblaba de ansiosos clientes que exhibían sus talones de depósitos y reclamaban su dinero. Valientemente los dos hermanos y su apoderado, se mantenían con sonrientes rostros tras el brillante mostrador, en tanto que se expendían veloces mensajeros y telegramas para echar mano de todos los valiosos recursos de la casa de banca. Durante todo el día estuvo fluyendo aquella corriente por el despacho, y cuando dieron las cuatro y se cerraron las puertas por aquel día, la calle quedó aun llena por la multitud expectante, en tanto que sólo quedaba apenas un millar de libras de oro en barras en los sótanos.

—No ha sido más que una espera, Luis, —dijo desesperado su hermano Ruperto, cuando hubo salido de la oficina el último dependiente, y cuando por fin pudieron ambos abandonar la sonrisa que parecía clavada en sus huraños semblantes.

—Esas puertas no se volverán a cerrar más,—exclamó el hermano de Luis; y ambos se arrojaron de pronto en brazos uno de otro, sollozando, no por sus propios pesares, sino por las desventuras que podían acarrear a los que habían confiado en ellos.

¿Pero quién se atreverá a decir que no hay esperanza, con tal de que se resigne a contar al mundo sus pesares? Aquella misma noche, Mr. Spurling había recibido una carta de su antigua amiga de colegio, Mrs. Luis Garraweg, en la cual exponía ésta todos sus temores y esperanzas, y la completa historia de sus desazones. Rápidamente fué el mensaje desde la Vicaría al Hall; y a la mañana siguiente muy temprano, Mr. Raffles Haw, con un gran saco de mano negro, halló medios de hacer dejar su almuerzo al cajero de la sucursal del Banco de Inglaterra, y de persuadirle para que abriera sus puertas a hora no oficial. A las nueve y media, la muchedumbre había empezado ya a apiñarse alrededor de la casa de Garraweg cuando un desconocido, pálido y delgado, con un repleto saco de mano, fué introducido por su urgente petición en la casa de Banca.

—Es inútil, caballero,—dijo el hermano mayor humildemente, en tanto que ambos hermanos estaban juntos procurando animarse mutuamente para poner buena cara a la desgracia.—No podemos hacer más. Nos queda muy poco, y sería una mala acción para los demás el pagar a usted ahora. Lo único que podemos esperar es que, cuando estén realizados todos nuestros fondos, no pierda nadie más que nosotros.

—No he venido a retirar, sino a ingresar,—dijo Raffles Haw con el triste acento que le era peculiar y que parecía suplicar perdón.—Tengo en mi maleta cinco mil billetes del Banco de Inglaterra de cien libras cada uno. Si tienen ustedes la bondad de pasarlas a mi Haber, les quedaré muy agradecido.

—Pero... ¡cielo santo! caballero...— balbuceó Ruperto Garraweg.—¿No ha oído usted? ¿No ha visto usted?... No podemos consentir que haga usted eso con una venda en los ojos. ¿Verdad, Luis?

—Ciertamente que no. No podemos recomendar nuestra casa, caballero, en el momento presente, porque estamos pasando por un trance muy apurado, y no sabemos hasta qué punto puede llegar.

—¡Tut, tut!—dijo Raffles Haw.—Si la racha continúa, me enviarán ustedes un telegrama, y yo añadiré una pequeña suma a mi cuenta. Por correo me enviarán ustedes el recibo. Buenos días, caballeros.

Se inclinó saludando, y desapareció antes de que los asombrados socios pudieran comprender lo que les había ocurrido, sin alzar los ojos del gran saco negro y de la tarjeta de visita que sobre la mesa yacía. Aquel día no hubo gran pánico en Birmingham, y la casa de Garraweg subsiste aún para gozar del buen éxito a que es acreedora.

Tales fueron los hechos por los cuales se hizo conocido Raffles Haw en Midlands: y no obstante, a pesar de toda la liberalidad de su mano, no era hombre a quien pudiera nadie imponerse. En vano llamaban a su puerta tercos mendigos, y en vano los astutos escritores de cartas derramaban mil fabulosas calamidades en el papel. Roberto se quedaba asombrado cuando llevaba al Hall el relato de algunas miserias, y al ver cuán rápida era la percepción del recluso, y cuán certeramente sabía descubrir un defecto en una narración, y poner el dedo en el único punto

en que sonaba a impostura. Cuando se trataba de un hombre bastante fuerte para valerse por sí mismo, o de tal naturaleza que ningún provecho había de obtener del socorro, nada le era posible alcanzar del señor de New Hall.

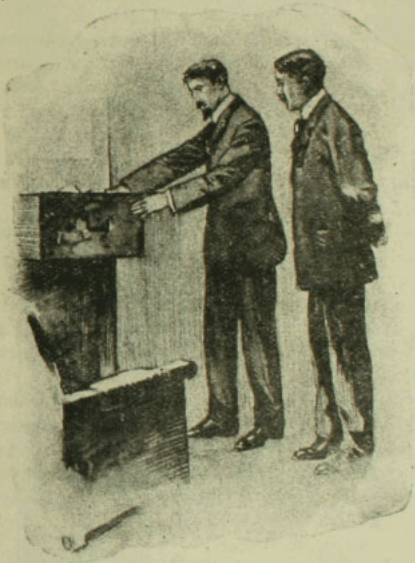
Por ejemplo, era inútil que el viejo McIntyre se interpusiera continuamente en el camino del millonario, y que tratara de hacerle comprender, valiéndose de cuentos e indirectas, la mala fortuna que le había perseguido, y la facilidad con que podría ser restaurada su caída grandeza. Raffles Haw lo escuchaba muy cortésmente, se inclinaba, sonreía; pero no demostraba jamás la menor inclinación a volver a colocar en su pedestal al quejumbroso y viejo armero.

Pero si las riquezas del recluso eran un señuelo que atraían a los mendigos de cerca y de lejos, como atrae la luz a la polilla, ejercía también el mismo poder de atracción sobre otra clase mucho más peligrosa ciertamente. En las calles de la aldea veíanse rostros desconocidos de espantable catadura, y por la noche se veían vagabundos tipos que merodeaban por entre las plantaciones de pinos; además, continuamente llegaban desde la ciudad mensajes de avisos a la policía y a los constables del Condado, anunciando que se sabía de ciertos visitantes dañinos que habían tomado tren en dirección a Tamfield. Pero si, como decía Raffles Haw, había muy pocos límites para el poder de su inmensa fortuna, también era cierto que poseía, entre otras cosas, el poder de la propia conservación, como pudieron descubrirlo a su propia costa dos o tres individuos.

—¿Querrían ustedes tomarse la molestia de subir hasta el Hall?—preguntó una mañana, asomando la cabeza por la puerta del saloncito de Elmdene. Tengo ahí algo que les divertirá.

A la sazón, estaba ya el millonario en íntimas relaciones con los McIntyre, y pocos eran los días que no tuvieran algunos momentos de verse.

Los tres individuos de la familia le acompañaban alegremente, porque invitaciones como aquella solían ser el preludio de alguna sorpresa agradable que les tenía preparada.



Aquí guardo un mapa del globo

—Le he enseñado a usted un tigre.—dijo Raffles a Laura al hacerles entrar en el comedor.— Ahora le voy a enseñar algo enteramente tan peligroso como él, aunque no tan hermoso no con mucho. En una esquina de la habitación, había una combinación de espejos con un gran vidrio circular colocado en ángulo agudo encima de ellos.

—Miren ustedes ahí... En el cristal de encima— dijo Raffles Haw.

—¡Dios mío! ¡Qué hombres de aspecto tan horrible! — exclamó Laura.—Son dos, y no sé decir cuál es el peor de ellos.

—¿Qué demonios están haciendo? —preguntó Roberto.—Parecen que están sentados en el suelo de una especie de sótano.

—Son personajes que parecen peligrosísimos,—dijo el anciano.—Debo recomendar a usted con gran insistencia que envíe por un policía.

—Ya lo he hecho así. Por más que parece un trabajo de supererogación el llevarlos a la cárcel, por que ya están ahora cómodamente aprisionados. No obstante, estoy en la creencia de que es preciso dar a la ley lo que le pertenece.

—¿Quiénes son, y cómo han venido aquí? Díganos usted, Mr. Haw.

Laura McIntyre poseía un modo indísimo de suplicar, que sentaba a las mil maravillas y con cierto sabor picante a su majestuosa belleza.

—No sé más que usted respecto al caso. No estaban ahí anoche, y están esta mañana; de suerte que supongo no es conjetura muy atrevida el decir que entraron durante la noche; sobre todo teniendo en cuenta que mis criados encontraron la ventana abierta al bajar. En cuanto a su carácter e intenciones, me parece que se leen con bastante claridad en sus semblantes. Parecen un par de bellezas, ¿verdad?

—Pero no puedo comprender ni por asomo dónde están,—dijo Roberto contemplando el espejo.—Uno de ellos parece que la ha tomado con darse topetazos con la cabeza contra las paredes. No; se está encorvando de suerte que el otro pueda subirse sobre su espalda. Ahora se pone en pie, y la luz le da de lleno en el rostro. ¡Qué cara tan asombrada de rufián tiene el hombre! Me gustaría dibujarlo. Sería un estudio para el cuadro que tengo en proyecto para el Reinado del Terror.

—Les he cogido en mi trampa patentada para ladrones,—dijo Haw.—Son mis primeros pájaros, pero no me cabe ninguna duda de que no serán los últimos. Ahora mostraré a ustedes cómo funciona la trampa. Es una cosa nueva completamente. Este pavimento es ahora todo lo sólido posible, pero cada noche lo mando desunir. La operación se realiza simultáneamente, por medio de una máquina central, en cada una de las habitaciones del piso bajo. Cuando el suelo está desunido, se puede adelantar tres o cuatro pasos, ya sea a partir de la ventana o desde la puerta; y entonces, toda esa parte da vuelta sobre unos goznes y le echa a uno a una habitación de seguridad, bien acolchada, en la cual ya puede uno patalear antes de verse libre. Entre estos goznes hay un oasis central, en el cual se agrupa el mueblaje por la noche. El pavimento vuelve a su primitiva posición en cuanto se ve libre del peso del intruso; y éste tiene que permanecer aprisionado debajo, hasta que yo lo veo por medio de esta sencilla combinación de óptica. He creído que les divertiría a ustedes el echar un vistazo a mis prisioneros antes de entregarlos al constable, a quien ya veo adelantándose por la avenida.

—¡Pobres ladrones!— exclamó Laura.—No es maravilla que se les vea asombrados, porque supongo, Mr. Haw, que no saben ni dónde están ni cómo han ido a parar ahí. Me alegro infinito de saber que se guarda usted de ese modo, porque muy a menudo he pensado que corría usted peligro.

—¿Lo ha pensado usted?—dijo Raffles, volviéndose sonriente a la joven.—Creo que mi casa está muy lindamente a prueba de ladrones. Tengo una sola ventana que pueda usarse para entrar, y es la del centro de las tres de mi laboratorio. Y la tengo dispuesta así, porque, a decir verdad, yo también soy una especie de vagabundo nocherniego, y cuando se me ocurre dar un paseo a la luz de las estrellas, me gusta entrar y salir sin ceremonias. Sin embargo, muy afortunado tendría que ser el ratero que acertara con la única entrada segura entre las cien que hay, y aún así no dejaría de encontrar trampas. Aquí está el constable, pero no deben ustedes irse por eso, porque Miss McIntyre tiene aún algo que ver en mi casita. Si quieren ustedes entrar en la sala de billar, estaré con ustedes dentro de breves instantes.

VIII

LOS PLANES DE UN MILLONARIO

La mañana referida, y muchas mañanas más, así anteriores como posteriores a aquélla, fueron pasadas por Laura en el New Hall examinando los tesoros del museo, jugando con los mil costosos juguetes que Raffles Haw había coleccionado, o viajando, en la cámara de cristal del fumadero, a lo largo de la extensa línea de costosos invernáculos.

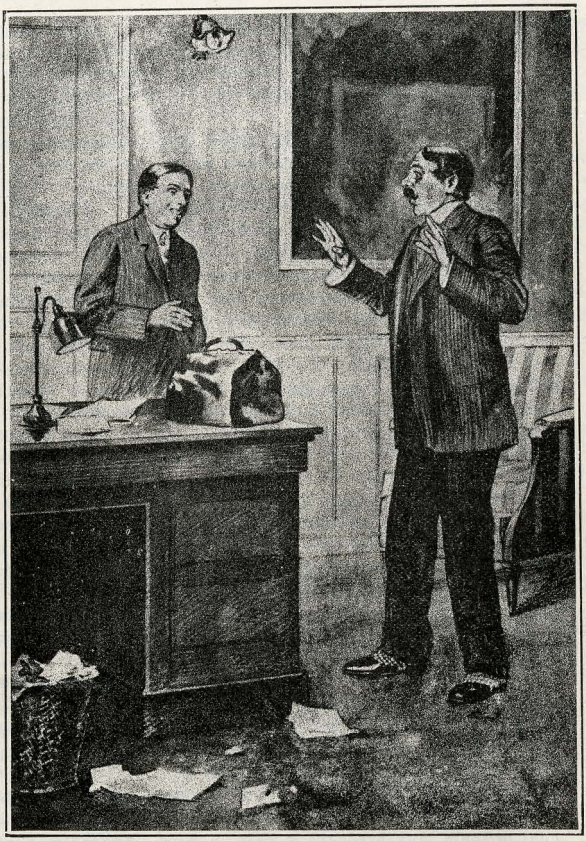
Haw paseaba modestamente su lado cuando ella revoloteaba de una en otra cosa, como la mariposa entre las flores, y la atisbaba con el rabillo del ojo, complaciéndose tranquilamente en el regocijo de la joven. La única alegría que la habían proporcionado siempre sus costosas propiedades era la que dimanaba del entretenimiento de los demás.

Por esta época, sus atenciones hacia Laura McIntyre se habían vuelto tan se-

ñaladas, que no podían en modo alguno ser confundidas. Visiblemente se ponía contento en presencia de la joven, y nunca se cansaba de industriar mil diversos métodos de sorprenderla y de agradarla.

Cada mañana, en cuanto se levantaba la familia McIntyre, un gran ramillete de raras y hermosísimas flores era llevado por un lacayo del Hall, para dar brillo a la mesa del almuerzo.

El más ligero deseo de Laura, por caprichoso que fuera, se veía instantáneamente satisfecho, si el ingenio humano y el dinero podían conseguirlo. Mientras duraron las heladas, se desvió un arroyo de su curso natural para que pudiese bañar dos praderas, con el único objeto de que la joven pudiera tener un paraje para patinar. Cuando llegó el deshielo, cada tarde iba un **groom** con una ligera y hermosa yegua, para el caso de que Miss McIntyre quisiera dar un paseo. Todos los detalles contribuían a mostrar que la joven había realizado la conquista del recluso de New Hall.



Los dos socios permanecían desconcertados

Y ella por su parte representaba su papel admirablemente. Con adaptación femenina Laura se amoldaba al humor de él, y miraba al mundo al través de sus ojos. Su charla versaba acerca de asilos y bibliotecas públicas, de caridades y de mejoras. Nunca tenía él un proyecto al cual no añadiese ella algún detalle para hacerlo más completo y de mayor eficacia. Parecía a Haw que por fin había hallado un espíritu en absoluta afinidad con el suyo propio. Allí estaba una compañera que no sólo podía seguirle, sino hasta guiarle por el sendero que él había elegido.

Ni Roberto ni su padre podían dejar de ver lo que estaba pasando; pera para el último nada podía en modo alguno ser más aceptable que un vínculo de familia que le relacionaría, aún cuando fuese indirectamente, con un hombre de vastísima fortuna. La magia de los sacos de oro había ejercido también su influencia sobre Roberto y helaba en sus labios las reprensiones. Era muy agradable el tener el manejo de toda aquella riqueza, aún cuando fuese tan sólo como mero intermediario. ¿Para qué iba a decir o a hacer nada que pudiera turbar las felices relaciones de ellos? Esto era asunto de su her-

mana, no de él. Y en cuanto a Héctor Spurling, que se consolara como se consuelan otros hombres. Era evidentemente lo mejor no levantar la liebre con respecto al asunto.

Pero, por lo que respecta al mismo Roberto, su obra y cuanto le rodeaba se le iba haciendo cada vez más fastidioso. La alegría que por su arte sentía se había aminorado muchísimo desde que conociera a Raffles Haw. ¡Parecía tan duro el trabajar y el esclavizarse para ganar una suma insignificante, cuando tan solo con pedirlo se podía tener dinero! Era cierto que nada había pedido, pero continuamente estaban pasando por sus manos grandes cantidades destinadas a los menesterosos, y si él lo fuera también, seguramente que su amigo no se lo regatearía.

De esta suerte, las galeras romanas quedaban aún débilmente diseñadas sobre la gran tela, en tanto que Roberto pasaba días y días en la Biblioteca del Hall, o vagando por la aldea para escuchar historias de disgustos y necesidades y volver, como un ángel guardián vestido de paño, a llevar el auxilio de Raffles Haw al necesitado. No era vida muy ambiciosa aquella, pero sí se adaptaba muy bien a su naturaleza débil y comodona.

Roberto había observado que con frecuencia acometían al millonario ataques de depresión, y más de una vez había llegado a pensar que las enormes sumas que había gastado podían haber constituído una merma muy seria en su capital, lo cual le tenía muy preocupado para lo porvenir. Sus abstraídos modales, su sombría frente y su abatida cabeza hablaban de consuno de un alma agobiada con el peso de grandes cuidados; y sólo en presencia de Laura podía Raffles sacudir la carga de su secreta preocupación. Por espacio de cinco horas diarias se encerraba en su laboratorio y se entretenía con su chifladura; pero uno de sus antojos era que nadie, ni sus criados, ni aún siquiera Laura o Roberto, cruzaran nunca el umbral del aislado edificio. Días tras día desaparecía Mr. Haw en el interior de él, para reaparecer unas cuantas horas después pálido y exhausto, en tanto que el crujir de la maquinaria y el humo que brotaba a torrentes de la elevada chimenea, mostraban cuán considerables eran las operaciones que el millonario emprendía sin ayuda de nadie.

—¿No puedo ayudar a usted de ningún modo?—sugirió Roberto, cuando estaban sentados después de almorzar, en el fumadero. — Estoy convencido de que abusa usted de sus propias fuerzas. Me complacería mucho el ayudar a usted, y puedo decir que entiendo un poco de química.

—¿Entiende usted de veras?—dijo Raffles Haw alzando los párpados.—No tenía idea de ello; sólo muy raras veces ocurre que vayan juntas las facultades artísticas y las científicas.

—No quiero decir que las haya desarrollado especialmente. Pero he tomado algunas lecciones, y estuve trabajando dos años en el laboratorio del Instituto de Sir Josiah Mason.

—Me complace infinito saberlo.—replicó enfáticamente Haw.—Eso puede ser de gran importancia para nosotros. Es muy posible, y casi, casi seguro, que me valga yo de su ofrecimiento de auxilio y que le enseñe a usted algo de mis procedimientos químicos, que puedo decir que difieren considerablemente de los de la escuela ortodoxa. Sin embargo, el tiempo no está aún maduro para eso. ¿Qué hay, Jones?

—Una carta, señor.

El mayordomo se la presentó en una salvilla de plata. Haw rasgó el sobre y pasó la vista por su contenido.

—¡Tut, tut! Es de Lady Morsley, que me invita al baile del Lord-Lugarteniente. No me es posible aceptar. Es una gran bondad por parte suya, pero yo desearía que me dejaran tranquilo. Muy bien, Jones. Escribiré. ¿Sabe usted, Roberto, que muy a menudo me siento desgraciado?

Frecuentemente llamaba al joven artista por su nombre de pila, especialmente en sus momentos más confidenciales.

—Muchas veces me he temido que lo es usted.—dijo el otro con simpatía. — Pero ¡qué extraño parece en usted, que es aún joven, lleno de salud, con todas las facultades para gozar, y millonario!

—¡Ay, Roberto!—exclamó Haw recostándose en su butaca, y despidiendo hacia el techo espesos penachos de humo de la pipa.—Ha puesto usted el dedo en la llaga, por lo que respecta a mis pesares. Si yo fuera millonario, podría ser feliz; pero ¡ay! Yo no soy millonario.

—¡Santo cielo!—balbuceó Roberto.

El frío pareció penetrar en lo más pro-

fundo de su alma, al ocurrírsele que las palabras de Raffles eran el preludio de la confesión de una bancarrota inminente, y que toda aquella espléndida vida, toda la existencia, todo el color y toda la variedad de ella, estaban quizá a punto de convertirse en humo.

—¡No es millonario!—tartamudeó.

—No, Roberto; soy billonario... quizás el único del mundo. Eso es lo que pesa sobre mi alma, y he aquí por qué me siento infeliz a veces. Comprendo que podría gastar todo mi dinero... que podría ponerlo en circulación... Y sin embargo, ¡es tan difícil hacerlo sin conseguir hacer bien... y sin hacer positivamente un daño!... Siento muy profundamente el peso de mi responsabilidad, que me agobia y me anonada. ¿Está justificado que yo lleve esta vida tranquila, cuando hay tantos millones a quienes podría salvar y consolar con tal de poder únicamente llegar hasta ellos?

Roberto exhaló un gran suspiro de alivio.

—Quizá tiene usted una idea demasiado grave de sus responsabilidades,—dijo. —Todo el mundo sabe que el bien que ha hecho usted es inmenso. ¿Qué más puede usted desear? Si realmente desea usted extender más aún su benevolencia, hay organizadas asociaciones de caridad en todas partes, que se alegrarían muchísimo de obtener el auxilio de usted.

—Tengo ya los nombres de doscientas setenta de ellas,—respondió Haw. — Un día ha de echarles usted un vistazo, para ver si puede usted sugerirme otras más. A cada una de ellas envío mi miseria anual. Me parece que en ese terreno no hay mucho campo para la expansión.

—¡Oh! Entonces, ha hecho usted lo que le corresponde, y más de lo que le corresponde. Yo me allanaría a llevar vida dichosa, y no pensaría más en el asunto.

—No puedo hacer semejante cosa. — respondió con ahinco Haw.—No se me ha destinado a mí para empuñar un poderío tan grande, con el único objeto de llevar vida feliz. No puedo creerlo en modo alguno. Ahora bien; ¿no puede usted, Roberto, forzar su imaginación, para idear procedimientos por los cuales el hombre que tiene en sus manos... (bueno, digámoslo en gracia al argumento) ilimitadas riquezas, pueda beneficiar con ellas al género humano, sin quitarle la independencia a nadie, y sin hacer mal de ningún modo?

—Realmente, ahora que llego a pensar en ello, me parece un problema muy difícil,—dijo Roberto.

—Ahora voy a someter a su consideración algunos planes, para que me dé usted su opinión acerca de ellos. Supongamos que un hombre comprara diez millas cuadradas de terreno aquí, en el Staffordshire, y que construyera en ellas ciudad nueva, que consistiera por completo en cómodas y limpias casitas de cuatro habitaciones, alhajadas con estilo sencillo, con tiendas y demás, pero nunca con lugares públicos. Supongamos también, que ofreciera gratis una casa a todos los individuos sin hogar de la Gran Bretaña, a los pobres y arruinados y a los que no se hallan en estado de poder trabajar. Después, una vez reunidos todos, que los empleara, bajo una vigilancia inteligente y adecuada, en alguna obra colosal que durase muchos años, y que quizás fuera de imperecedero valor para la humanidad. Que se les diera buena paga, que sus horas de trabajo fueran razonables y agradabilísimas las de recreo. ¿No se les beneficiaría a ellos y a la humanidad al propio tiempo?

—¿Pero qué especie de obra podría usted imaginar para que empleara durante un tiempo tan largo a tan gran número de gente, y que a pesar de ello no hiciera la competencia a ninguna industria existente? Porque hacer esto último significaría tan sólo apartar de una clase la miseria para lanzarla sobre otra.

—Precisamente, así es. No debería competir con nadie. Lo que yo pensaba hacer era abrir un pozo al través de la masa de la tierra para establecer una comunicación rápida con los antípodas. Cuando hubiera usted bajado a cierta distancia... (hasta cuál sería objeto de un interesante problema matemático), el centro de gravedad estaría debajo de usted, suponiendo que la perforación no se dirigiera completamente hacia el centro; y entonces podría usted tender rieles y abrir túneles como si estuviera usted en la superficie.

Entonces por primera vez se presentó a la imaginación de Roberto la idea de que las impremeditadas palabras de su padre

eran verdaderas, y de que se hallaba en presencia de un loco. Era claro que su gran riqueza le había vuelto el juicio y convertido en monomaníaco. Por lo tanto, Roberto asintió indulgentemente con la cabeza, como cuando se le sigue el humor a un niño.

—Sería muy bonito,—dijo.—Sin embargo, tengo entendido que el interior de la tierra está en fusión, y los trabajadores de usted necesitarían ser salamandras.

—Los últimos datos científicos no continúan atestiguando que la tierra es tan caliente,—respondió Raffles Haw. — Es cierto que la temperatura crecida de las minas de carbón depende de la presión barométrica. Hay gases en la tierra que pueden ser inflamados, y hay materias combustibles, como vemos en los volcanes; pero si en nuestras excavaciones tropezamos con algo por el estilo de eso, podemos desviar un río o dos para hacerlos bajar por el pozo, y de ese modo trabajar en buenas condiciones.

—Sería graciosísimo que el otro extremo del pozo fuera a parar bajo el Océano Pacífico.—dijo Roberto sin poder contener su tentación de risa.

—Ya me he procurado cálculos y opiniones de los mejores ingenieros que existen... franceses, ingleses, americanos. El punto de salida del túnel puede ser calculado hasta una vara. Aquel portfolio del rincón está lleno de secciones, planos y diagramas. Ya tengo agentes empleados en la compra de terrenos, y si todo marcha bien, podremos empezar los trabajos en el otoño. Esta es una de las ideas que pueden producir resultados. Otra de ellas es la apertura de canales.

—¡Ah! En ese punto tendrá que competir con los ferrocarriles.

—No me comprende usted bien. Pienso en abrir canales en todos los puntos de la tierra en que la obra pueda facilitar el comercio. Un plan semejante, si no va acompañado de ningún derecho sobre la navegación, sería, según creo, un modo muy juicioso de beneficiar a la raza humana.

—¿Y dónde quería usted abrir los canales?—preguntó Roberto.

—Aquí tengo un mapa-mundi, — respondió Haw levantándose y tomándolo del estante.—Ya ve usted estas líneas de lápiz azul. Estos son los puntos en los cuales me propongo establecer comunicación. Como es natural, empezaría por el evidente deber de terminar el negocio del Panamá.

—Naturalmente.

La locura de aquel hombre se iba poniendo cada vez más de relieve; y no obstante, había tal precisión y frialdad en su actitud, que Roberto se sorprendió al verse, aún contra su propia razón, siguiendo y especulando sobre aquellos planes.

—El istmo de Corinto también da ocasión para abrir uno. Por de contado que este es asunto de poca monta, tanto desde el punto de vista financiero como desde el de la ingeniería. Por lo tanto, también me propongo establecer una unión aquí, al través de Kiel, el Océano germánico y el Báltico. Observe usted que evita el viaje al rededor de la costa de Dinamarca, y facilitaría nuestro comercio con Alemania y Rusia. Otra mejora evidentísima es unir el Forth y el Clyde, con objeto de establecer comunicación entre Leith y las rutas irlandesa y americana. ¿Ve usted la línea azul?

—Perfectamente.

—Y aquí daríamos un pequeño corte, que correría desde Uleaborg hasta Ken, y comunicaría el Mar Blanco con el Golfo de Bothnia. ¿No pueden limitarse nuestras simpatías a ser insulares, verdad? Nuestras pequeñas caridades deben ser cosmopolitas. Procuraríamos dar a la gente de Arcángel una salida mejor para sus pieles de sebo.

—Pero se helaría...

—Por espacio de seis meses al año. Sin embargo, aún se conseguiría algo. Después, deberíamos, hacer algo por el Este. No es posible olvidarlo.

—Sería en verdad un olvido imperdonable,—dijo Roberto, fuertemente tentado por el lado cómico de la cuestión. No obstante, Raffles Haw, con ansiedad frenética, continuaba trazando líneas en el mapa con el lápiz azul.

—Hay aquí un punto en el cual podríamos ser de alguna utilidad. Si cortásemos desde Batum hasta el río Kara, podríamos dar con el comercio del Caspio y abrir comunicación con todos los ríos que en él desembocan. Ya puede usted ver que comprende una extensión muy considerable. Después, me parece que podríamos aven-

turarnos a un pequeño corte entre Beyrut, en el Mediterráneo, y las aguas superiores de Eufrates, el cual nos guiaría al Golfo Pérsico. Estos son uno o dos de los canales que con más evidencia convertirían a la raza humana en un todo mucho más unido.

—Los planes de usted son realmente estupendos,—dijo Roberto, que no sabía ya si reirse o estar espantado.—Cesará usted de ser un hombre, para convertirse en una de las grandes fuerzas de la Naturaleza, que alteran, moldean y mejoran.

—Esa es, precisamente, la opinión que tengo formada de lo que debo ser. Por eso es por lo que siento tan intensamente mi responsabilidad.

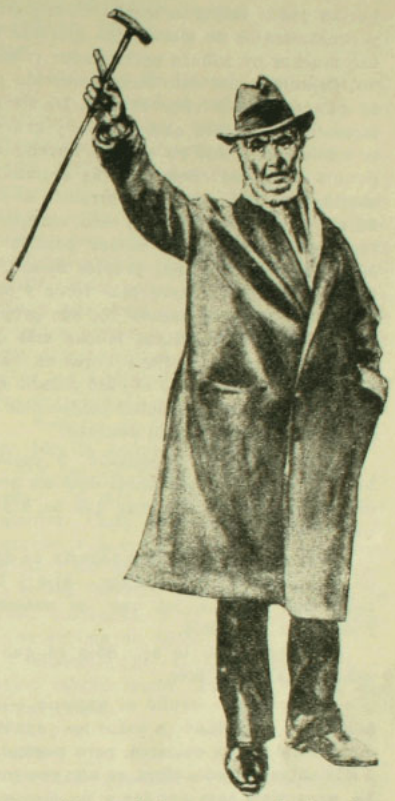
—Pero con seguridad que si logra usted hacer todo eso, podrá usted descansar. Es un programa considerable.

—De ningún modo. Soy britano muy patriota, y quiero hacer algo que deje mi nombre escrito en los anales de mi país. No obstante, preferiría hacerlo después de mi muerte, porque me ofende todo lo que trae visos de publicidad y de honor. Por lo tanto, he separado ochocientos millones, colocados en sitio que será debidamente mencionado en mi testamento, con los cuales me propongo que sea pagada la Deuda Nacional. No veo que pueda ocurrir ningún daño por su extinción.

Roberto permanecía sentado, lleno de asombro, y enmudecido por la audacia de los planes de aquel hombre extrañísimo.

—Después viene la calefacción del suelo. Aquí sí que hay ancho campo para las mejoras. Sin duda ha leído usted algo de los inmensos beneficios que han resultado en Jersey y en otros puntos, merced a haber hecho correr por bajo del suelo tubos de agua caliente. Las cosechas se triplican y se cuadruplican. Yo propondría intentar el experimento en mayor escala. Sería muy posible que nos proporcionáramos la isla de Man como estación de calefacción y de bombas. Los tubos principales correrían por debajo de Inglaterra, Escocia e Irlanda, en donde se subdividirían rápidamente hasta formar una red a dos pies bajo el suelo de toda la nación. Basta para cualquier intento un tubo a distancia de una vara contiguo.

—Temo, — sugirió Roberto, — que el agua que salga caliente de la isla de Man,



Yo no admito que se burlen de mí

pierda algo de su virtud antes de llegar a Caithness, por ejemplo.

—No habría dificultad en eso. Cada pocas millas se podría establecer un horno para elevar su temperatura. Estos son unos cuantos de mis planes para lo porvenir, Roberto, y en todos ellos necesitaré la cooperación de hombres desinteresados como usted. Pero ¡qué espléndido brilla el sol, y qué hermoso se ofrece el campo! El mundo es muy hermoso, y yo querría dejarlo más feliz que lo he encontrado. Paseémonos juntos, Roberto, y me hablará usted de casos nuevos en los que pueda yo servir de algo.

IX

NUEVA SEPARACION

Por mucho bien que hicieran al mundo las riquezas de Mr. Raffles Haw, no po-

día caber duda de que había casos en que hacían daño. Hasta la mera contemplación y pensamientos de ellas había ejercido sobre muchos un influjo perturbador y dañino. Especialmente esto había ocurrido por lo que respecta al viejo armero. De ser solamente un hombre quisquilloso y gruñón, se había convertido ya en más huraño, áspero y peligroso. Semana tras semana, a medida que fué viendo la corriente de oro fluir al través de su misma casa, sin que le fuera dable separar la menor porción de ella para alimentar sus propios bienes, se tornó el viejo McIntyre más feroz y más codicioso. Hablaba menos de sus propias desgracias, pero meditaba mucho más que antes, y se pasaba horas y horas en Tamfield Hill contemplando el gran palacio que abajo se erguía, como puede contemplar un sediento el espejismo del desierto.

Había trabajado, meditado y espiado hasta el punto de que había detalles acerca de los cuales sabía más que su hijo y que su hija.

—Supongo que no sabes todavía de dónde saca el dinero tu amigote,—dijo a Roberto una mañana en que se paseaban juntos por el pueblo.

—No, papá, no lo sé. Sólo sé que lo sabe gastar muy bien.

—¡Muy bien!—gruñó el anciano.—¡Sí, muy bien! Auxiliando a todos los vagabundos inútiles de la comarca, pero negándose a adelantar una sola libra, ni aún con todas las garantías, para ayudar a un negociante respetable a luchar contra la desgracia...

—Querido padre, la verdad es que no puedo estar conforme contigo respecto al asunto,—dijo Roberto. Ya te he dicho más de una vez lo que yo pienso. El objeto de Mr. Haw es ayudar a los desheredados. A nosotros nos mira como iguales suyos, y no quiere protegernos ni obrar como si no pudiéramos valernos por nosotros mismos. Sería una humillación para nosotros el tomar su dinero.

—¡Pschá! Además, no se trata sino de un adelanto, y los adelantos se están haciendo cada día entre negociantes. ¿Cómo se te puede ocurrir semejante desatino, Roberto?

A pesar de lo temprano que era, el hijo pudo ver por los excitados y camorristas modales del anciano, que éste ya había bebido. Esta costumbre se había enseñoreado de él en los últimos tiempos, y ya eran contadas las veces que se mantenía completamente sobrio.

—Mr. Raffles Haw es el mejor juez,—dijo Roberto fríamente.—Si él se gana su dinero, tiene derecho a gastarlo como le parezca.

—¿Y cómo lo gana? Tú no lo sabes, Roberto. Tú no sabes que quizá estás ayudando y apoyando una felonía cuando le ayudas a desperdiciarlo. ¿Se ha ganado alguna vez tanto dinero de un modo honrado? Yo te aseguro que nunca. Y también te aseguro que los montones de oro no son para ese hombre más que los pedazos de carbón para los mineros de allá lejos. Podría construir con oro su casa y quedarse tan fresco.

—Sé que es riquísimo, padre. Sin embargo, pienso a veces que tiene un modo de hablar muy extravagante, y que su imaginación le arrastra. Le he oído hablar de proyectos que no podría realizar ni el hombre más rico de la tierra.

—Ten cuidado, no te equivoques, hijo mío. Tu pobre y viejo padre no está loco, por más que sea un honrado comerciante declarado en quiebra..

Miró el anciano de reojo a su hijo, con un guiño y una ojeada bastante desagradables.

—Donde haya dinero, — prosiguió,— yo lo huelo en seguida. Y allí hay dinero, y a paletadas. Mi opinión es que se trata del hombre más rico del mundo, aunque yo me guardaría muy bien de garantizar el modo cómo ha llegado a serlo. Aún no estoy del todo ciego, Roberto. ¿Has visto el carro semanal?

—¡El carro semanal!

—Sí, Roberto. Ya ves que aún te puedo yo averiguar noticias. Cada sábado verás entrar al carro. Míralo; ahí lo tienes, tan cierto como que estamos vivos, dando la vuelta a la curva.

Roberto miró hacia atrás y vió un gran carro muy pesado, arrastrado por dos fuertes caballos, que lentamente recorrían el camino que conducía al New Hall. A juzgar por los esfuerzos de los animales y por la lentitud de su paso, el contenido del carro parecía ser de gran peso.

—Espérate aquí un momento,—exclamó el viejo McIntyre, aferrándose a la manga de su hijo con sus largas y huesosas manos.—Espérate aquí y lo verás pasar. Después veremos lo que hacen con él.

Se quedaron ambos al borde de la carretera hasta que el carro llegó junto a ellos. Estaba cubierto con telas de cáñamo en frente y a los lados, pero por detrás se podía ver algo de su contenido. Este consistía, según pudo ver Roberto, en un gran número de paquetes de la misma forma, cada uno de ellos de unos dos pies de largo y de seis pulgadas de alto, colocados simétricamente unos encima de otros. Cada paquete estaba protegido por una cubierta de grosera tela de saco.

—¿Qué piensas de esto? — preguntó el viejo McIntyre triunfalmente cuando hubo pasado el pesado convoy.

—¿Qué, padre? ¿Qué te figuras tú?...

—Lo he acechado, Roberto... Lo he acechado cada sabado, y he tenido la suerte de profundizar un poquito más. ¿Recuerdas el día en que el viento derribó aquel olmo, que obstruyó la carretera hasta que pudieron aserrarlo en dos? Esto ocurrió en sábado, y el carro tuvo que esperarse hasta que lograron abrirle camino. Yo estaba allí, y supe aprovechar la ocasión. Me deslicé detrás del carro, y puse las manos en uno de sus paquetes. ¿Parecen pequeños, verdad? Pues se necesita un hombre fuerte para levantar uno. Son pesados, Roberto, pesadísimos, y tienen la dureza del metal. Te aseguro, muchacho, que el carro está cargado de oro.

—¡Oro!

—De sólidas barras de oro, Roberto. Pero vamos hacia la plantación, y veremos qué hacen con el carro.

Cruzaron las puertas de la cerca, en pos del vehículo, y después se pusieron a pasear por entre los pinos hasta que se pudieron situar en un paraje desde donde les fuera posible ver. El carro se había parado, no frente a la casa, sino a la puerta del edificio exterior que tenía la chimenea. Una legión de lacayos y de palafreneros estaba dispuesta, y se apresuró a descargar y llevarse los paquetes a lo interior. Era la primera vez que Roberto veía a alguien, excepto al amo de la casa, entrando en el laboratorio. Sin embargo, entonces no se vió ni por asomo a Raffles Haw, y en media hora el contenido del carro estuvo almacenado, y el vehículo partió con toda rapidez.

—No puedo comprenderlo, papá,—dijo Roberto pensativo, cuando continuaban su paseo,—Dando por cierto que tu sospecha sea verdadera, ¿quién le envía tales cantidades de oro, y de dónde proceden éstas?

—¡Ah! ¡Por fin tienes que recurrir al viejo! — exclamó el padre lanzando una carcajada.—Yo veo muy claro el juego. Entran en él dos hombres, como comprenderás. El otro se proporciona el oro. No importa de qué manera, pero supongamos que sea lícita. Pongamos por caso que han hallado una mina maravillosa, en la que puede cavarse y extraerse como si fuera arcilla. Pues bien; el otro se lo envía a éste, y éste tiene sus hornillos y sus componentes químicos y lo refina y purifica para dejarlo en condiciones de venta. Esta es mi explicación, Roberto. ¿Verdad que el viejo ha puesto el dedo en la llaga?

—Pero si eso fuera verdad, padre, el oro debería volver a salir.

—Y así es, Roberto, pero de poco en poco. ¡Ja, ja! Ya ves que tengo los ojos abiertos. Cada noche sale en un carrito pequeño, y es enviado a Londres en el tren de las 7.40. No en barrotes esta vez, sino en cofres forrados de hierro. Yo los he visto, muchacho, y he puesto esta misma mano encima de ellos.

—Bueno,—dijo el joven pensativo.—Quizá tengas razón. Es muy posible que tengas razón.

. . . . . .

. . . . . .

En tanto que padre e hijo discurrían de esta suerte sobre los secretos de Raffles Haw, éste se había dirigido a Elmdene, en donde halló a Laura sentada junto al fuego y leyendo el "Queen".

—¡Cuánto lo siento! — dijo la joven apartando a un lado el periódico y poniéndose en pie.—Han salido todos menos yo. Pero estoy segura de que no tardarán. Espero a Roberto de un momento a otro.

—Preferiría casi hablar con usted a solas—respondió Raffles Haw tranquilamente.—Le ruego a usted que se siente porque necesito charlar con usted un ratito.

Laura volvió a sentarse con el rubor en las mejillas y el corazón latiéndole más aceleradamente. Desvió la vista y la dirigió hacia el fuego; pero en sus ojos se veía un fulgor que no provenía del reflejo de las llamas.

—¿Recuerda usted la primera vez que nos encontramos, miss McIntyre? — preguntó Raffles en pie sobre la alfombra y

contemplando su obscura cabellera y la curva hermosamente femenina de su marfileña garganta.

—Como si fuera ayer,—respondió la joven con su más dulce acento.

—Entonces, debe usted recordar también las bruscas palabras que dije cuando nos separamos. Fué una locura mía. Le aseguro a usted que sentí muchísimo el haberla asustado o molestado; pero he sido un hombre solitario durante mucho tiempo, y contraído la mala costumbre de pensar en voz alta. Su voz de usted, su semblante, sus modales eran tan parecidos a mi ideal de la mujer verdadera, amable, leal, y simpática, que no pude, por menos de preguntarme si, siendo yo pobre, podría esperar el conseguir el afecto de una de ellas...

—La buena opinión de usted, Mr. Raffles Haw, me complace en extremo,—dijo Laura.—Le aseguro a usted que no me asusté, y que no hay necesidad de solicitar perdón por lo que fué en realidad un cumplido.

—Desde entonces he descubierto,—continuó él,—que cuanto yo había leído en el rostro de usted era verdad. Que su alma de usted es realmente la de la mujer verdadera, colmada de las más nobles y dulces cualidades a que puede aspirar la naturaleza humana. Sabe usted que soy hombre de fortuna, pero deseo que aparte usted esa consideración de su mente. ¿Cree usted, por lo que conoce de mi carácter, que podría usted ser feliz siendo mi esposa, Laura?

No respondió la joven, que continuó sentada con la cabeza vuelta y los centelleantes ojos clavados en el fuego. Uno de sus piesecitos golpeaba nerviosamente la alfombra bajo la falda.

—Es muy justo que quiera usted saber algo más acerca de mí antes de decidirse. No obstante, muy poco más hay que saber. Soy huérfano, y, que yo sepa, sin ningún pariente en la tierra. Mi padre fué un caballero respetable, médico rural en Gales, y me educó en su misma profesión. No obstante, antes de llegar yo a examinarme murió mi padre, dejándome una pequeña renta. Yo había cobrado gran afición a los asuntos de química y electricidad, y en lugar de continuar mi carrera médica, me dediqué por completo a esos estudios, y me construí un laboratorio en el cual poder continuar mis investigaciones propias. Por aquel entonces entré en posesión de una gran cantidad de dinero, lo suficientemente grande para hacerme comprender que sobre mí pesaba una gran responsabilidad respecto a la manera de emplearla. Después de pensarlo bastante, resolví construir una gran casa en un paraje campestre y sosegado, no muy lejano del gran centro. De esta suerte podría estar en contacto con el mundo, y al mismo tiempo disfrutar de tranquilidad y tiempo bastante para madurar los planes que en la cabeza tenía. Por casualidad escogí Tamfield. Lo único que queda ahora es poner por obra los planes que he discurrido y procurar aligerar a la tierra de algunas de las miserias e injusticias que sobre ella pesan. Vuelvo ahora a preguntar a usted, ¿quiere unir su suerte a la mía, y ayudarme en la vida de trabajo que tengo en perspectiva?

Laura alzó los ojos para mirar su pálido rostro, su nervudo cuerpo y sus penetrantes aunque bondadosos ojos. En cierto modo, al mirarle le parecía que a su lado se formaba la sombra de Héctor Spurling, con sus viriles facciones, su firme boca y sus francos modales. En el mismo momento del triunfo de Laura, se presentaba con toda claridad a su imaginación como, en la hora de su ruina, el marino había permanecido firme al lado de ella, y había amado a la empobrecida joven con tanta ternura como a la heredera de una fortuna. Aquel último beso en la puerta se ofrecía también a la imaginación de la joven y sentía los ardientes labios de Héctor.

—Me honra usted muchísimo, Mr. Haw,—balbuceó.—¡Pero es tan repentino! No he tenido tiempo de pensar... No sé qué decir.

—No quiero en modo alguno que usted se precipite,—exclamó Raffles con vehemencia.—Ruego a usted que reflexione con calma. Yo volveré por la respuesta. ¿Cuándo vengo? ¿Esta noche?

—Sí; venga esta noche.

—Entonces, adiós. Crea usted que su vacilación me da opinión más elevada de usted. Viviré esperanzado.

Llevó a sus labios la mano de la joven, y la dejó entregada a sus pensamientos.

No quedó mucho tiempo en duda cuáles fueran estos pensamientos. Más y más es-

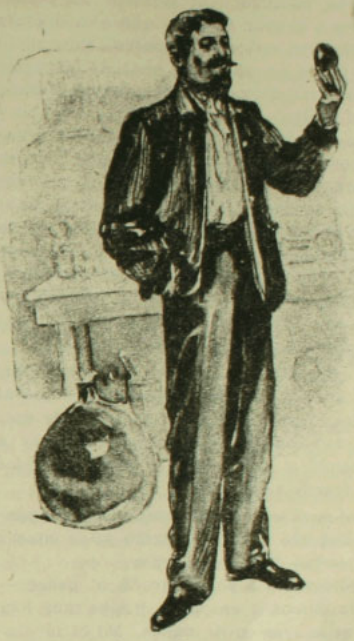
fumada fué quedando la visión del alejado marino, y más fué aclarándose la imagen del gran palacio, del regio poderío, de los diamantes, del oro, del ambicioso futuro. Todo yacía a sus pies, esperando ser recogido. ¿Cómo podría vacilar, ni siquiera por un momento? Levantóse, y dirigiéndose a su escritorio, tomó de él una hoja de papel y un sobre. Este último fué dirigido al teniente Spurling, de la Armada de Su Majestad, "Activo", Gibraltar. La carta costó algún trabajo, pero por fin, se presentó con toda claridad a la mente de la joven.

"Querido Hector,—decía. — Estoy convencida de que tu padre no ha aprobado nunca por completo nuestro compromiso, pues de otro modo no hubiera puesto obstáculos a nuestra boda. Estoy segura de que, a partir de la desgracia de mi pobre padre, sólo tu sentimiento del honor y tu conciencia del deber te han mantenido fiel a mí, y de que hubieras hecho mucho mejor en no haberme visto nunca. No puedo, Héctor, soportar la idea de permitirte que arriesgues tu fortuna por mi causa; y he determinado, después de bien considerado el asunto, librarte de nuestro compromiso de niño y niña, con objeto de que puedas ser completamente libre por todos estilos. Es muy posible que creas una crueldad mía el hacer esto ahora; pero estoy segura, querido Héctor, de que cuando seas almirante y personaje distinguido, recordarás esto, y verás que he sido para ti una amiga leal, y que te he apartado de dar un paso en falso en tu carrera. En cuanto a mí, que me case o no, he resuelto dedicar lo que me queda de vida a procurar hacer bien, y a dejar al mundo más feliz de lo que le he encontrado. Tu padre está muy bien, y el domingo pasado nos predicó un sermón admirable. Te incluyo el billete de banco que me pediste te guardara. Adiós para siempre, querido Héctor, y créeme cuando te digo que, ocurra lo que ocurra, soy siempre tu verdadera amiga.

LAURA S. MCINTYRE."

Apenas había acabado la joven de cerrar la carta cuando volvieron Roberto y su padre. Laura cerró la puerta tras ellos, y les hizo una ligera cortesía.

—Aguardo los plácemes de mi familia, —dijo con la cabeza erguida.—Mr. Raffles



Era realmente oro

Haw ha estado aquí, y me ha pedido que sea su esposa.

—¡Demonio con el hombre!—exclamó el anciano.—Y tú dijiste...

—He de volverle a ver.

—¿Y le dirás?...

—Le aceptaré.

—Siempre has sido una buena niña, Laura.—dijo el viejo McIntyre, poniéndose de puntillas para besarla.

—Pero... Laura, Laura, ¿y Héctor?—preguntó Roberto con indulgente reproche.

—¡Oh! Ya le he escrito,—respondió indiferente la hermana.—Espero que tú tendrás la bondad de echar la carta al correo.

X

EL GRAN SECRETO

Y de esta suerte Laura McIntyre quedó solemnemente prometida a Raffles Haw, y el viejo McIntyre aumentó su ambición al sentirse un paso más cerca del manantial de la riqueza; al paso que Roberto pensaba en el trabajo menos que nunca, y no se

dignaba conceder ni siquiera un pensamiento a la gran tela que aún estaba sobre el caballete, cubierta de polvo. Haw regaló a Laura un anillo de boda de oro viejo con un gran diamante refulgente engarzado en su centro.

Sin embargo, se habló muy poco del asunto, porque era deseo de Haw que todo se hiciera con gran sosiego. Pasaba casi todas las tardes en Elmdene, en donde Laura y él trazaban los más colosales planes de filantropía para lo porvenir. Con un mapa extendido sobre una mesa ante ellos, aquellos dos jóvenes revoloteaban, por decirlo así, por encima del mundo, planteando, proyectando e ideando mejoras.

—¡Bendita niña!—decía el viejo McIntyre a su hijo.—Habla de ellos como si hubiera nacido entre millones. Puede que, una vez casada, no esté tan dispuesta a arriesgar el dinero en las locas empresas que fragüe su marido.

—Laura está muy cambiada,—Respondía Roberto.—Ha adquirido ideas mucho más serias de las que tenía.

—Espera un poco.—gruñó el padre.—Laura es una buena niña, y sabe muy bien lo que se trae entre manos. No es muchacha capaz de dejar que se hunda su papaíto si puede tenderle una mano. Es un hermosísimo estado de cosas este,—añadió con amargura.—Aquí está mi hija a punto de casarse con un hombre que no piensa en el oro más de lo que yo pensaba en el acero de las escopetas; y aquí está mi hijo marchándose, con todo el dinero que se le antoja pedir, a socorrer a todos los vagos del Staffordshire; y aquí está el padre, que les amaba y se preocupaba por ellos, y que los ha educado a ambos, sin dinero bastante para comprar una triste botella de aguardiente. No sé qué hubiera pensado de esto tu pobre madre.

—No necesitas más que pedir lo que quieras.

—Sí; como si se tratara de un niño de cinco años. Pero yo te digo, Roberto, que tengo mis derechos, y que si no los puedo hacer valer de un modo, será de otro. No quiero que me traten como si yo no fuera nadie. Y hay más aún; si he de llegar a ser suegro de ese hombre, necesito antes saber algo acerca de él y de su dinero. Podemos ser pobres, pero somos honrados. Ahora me voy al Hall y a hablar con él.

Cogió el sombrero y el bastón, y se dirigió hacia la puerta.

—¡No, no, padre!—dijo Roberto cogiéndole por la manga.—Mejor es que dejes el asunto. Mr. Haw es un hombre muy sensible. No le gustaría ser interrogado acerca de ello. Podría dar lugar a una riña seria. Te suplico que no vayas.

—No quiero ser postergado para siempre.—gruñó el anciano, que había bebido más de la cuenta.—Quiero hacerme respetar, una vez por todas.

Y al decir esto tiró con fuerza para desprenderse de su hijo.

—Por lo menos no vayas sin que Laura lo sepa. Voy a llamarla, y consultaremos su opinión.

—No quiero tener aquí una escena,—dijo bruscamente McIntyre, redoblando sus esfuerzos. Tenía mucho miedo a su hija, y en sus peores momentos la mención del nombre de Laura servía para refrenarle.

—Además,—dijo Roberto,—no me cabe la menor duda de que Raffles Haw verá la necesidad de darnos alguna clase de explicaciones antes de que el negocio siga adelante. Bien comprenderá que tenemos cierto derecho a poseer su confianza.

Apenas había acabado de hablar se oyó un golpecito en la puerta, y el hombre de quien estaban hablando penetró en la habitación.

—Buenos días, Mr. McIntyre.—dijo Haw.—Roberto, ¿querría usted venir al Hall conmigo? Necesito charlar con usted un poco.

Parecía serio, como hombre que está llevando a cabo algo que ha pensado maduramente.

Salieron juntos, sin hablar casi ni una palabra. Raffles Haw estaba absorto en sus pensamientos. Roberto se sentía expectante y nervioso, porque comprendía que se le preparaba algo de importancia. Había pasado casi el invierno, y los primeros tallos empezaban a brotar tímidamente a la faz del viento y de la lluvia de un mes de marzo inglés. Las nieves habían desaparecido, pero los campos parecían más fríos y tristes, envueltos como estaban por la niebla que se cernía sobre las húmedas praderas.

—Ahora que recuerdo, Roberto,—dijo Raffles de repente cuando subían por la

Avenida.—¿Ha ido ya a Londres su gran cuadro romano?

—Aún no lo he terminado.

—Pero yo sé que es usted un trabajador muy activo. Debe usted de tenerlo casi concluído.

—No; la verdad es que ha adelantado muy poco desde que usted lo vió. Y es que la luz no ha sido muy buena.

Nada replicó Raffles Haw, pero cruzó por su rostro una expresión penosa. Cuando llegaron a la casa, se dirigió en derechura al museo. En el suelo se veían dos grandes cajas de metal.

—Es una adición pequeña a mi colección de joyas,—observó al pasar junto a las cajas.—Llegaron anoche y aún no las he abierto; pero a juzgar por lo que me dicen las cartas y facturas, son ejemplares magníficos. Esta tarde podemos arreglarlas, si quiere usted ayudarme. Ahora, entremos en el fumadero.

Dejóse caer Raffles en un diván, y señaló a Roberto la butaca que enfrente tenía.

—Encienda usted un cigarro,—dijo.—Toque usted el botón si quiere usted algún refresco. Y ahora, querido Roberto, confíeseme usted en primer lugar que muy a menudo me ha creído usted loco.

El tiro era tan directo y certero, que el joven artista vaciló, sin saber apenas qué responder.

—Hijo mío, no le reprocho a usted. Era la cosa más natural del mundo. Yo hubiera también considerado un loco a cualquiera que me hubiera hablado como yo he hablado a usted. Pero, a pesar de todo, Roberto, se equivocaba usted, porque nunca, en nuestras conversaciones, he mencionado proyectos cuya realización no estuviera en mi mano. Le aseguro a usted con toda seriedad, que mi renta está limitada tan sólo por mi deseo, y que todos los banqueros y negociantes reunidos no podrían proporcionar las sumas de que dispongo yo sin el menor esfuerzo.

—Ya he tenido amplias pruebas de las inmensas riquezas de usted,—respondió Roberto.

—Y, como es natural, ha sentido usted curiosidad por saber cómo he obtenido esas riquezas. Bueno, puedo decirle a usted una cosa. El dinero es perfectamente limpio. No he robado a nadie, ni engañado a nadie, ni arruinado a nadie al ganarlas. Sé leer en los ojos de su padre de usted, Roberto. Puedo ver en ellos que me ha hecho una gran injusticia respecto a este punto. Bueno, quizá no debe ser censurado. Quizá yo también pensaría cosas poco caritativas si me encontrara en su lugar. Pero precisamente por eso es por lo que ahora voy a darle a usted una explicación, Roberto, y no a él. Usted, por lo menos, ha confiado en mí, y tiene usted derecho, antes de que entre yo en su familia, a saber todo lo que yo pueda decirle. Laura también ha confiado en mí, pero yo sé muy bien que por ahora se contenta con confiar.

—No quisiera yo inmiscuirme en sus secretos, Mr. Haw—dijo Roberto.—Pero, como se supone, no puedo negar que me consideraré muy honrado y orgulloso si se digna usted confiármelos.

—Y lo haré. No todos. Creo que, mientras viva, no lo diré nunca todo. Pero, para cuando muera, dejaré instrucciones tras de mí para que pueda usted continuar mi no concluída obra. Yo le diré a usted dónde hallará esas instrucciones. Al propio tiempo, debe usted contentarse con saber los efectos que produzco sin conocer detalles de los medios que empleo para ello.

Roberto se hundió más en su butaca, y concentró su atención en las palabras de su interlocutor, en tanto que Haw inclinaba hacia delante su rostro ansioso y vehemente, como el hombre que sabe el valor de las palabras que está pronunciando.

—Ya tiene usted conocimiento—observó—de que he consagrado una gran cantidad de energía y de tiempo al estudio de la química.

—Así me lo ha dicho usted.

—Empecé mis estudios bajo la dirección de un famoso químico inglés; los continué bajo la del hombre más entendido de Francia, y los completé en el laboratorio más celebrado de Alemania. Yo no era rico, pero mi padre me había dejado lo bastante para sostenerme cómodamente, y viviendo con economía podía disponer de una cantidad que me permitía dedicarme a mis estudios de un modo bastante completo. Cuando volví a Inglaterra, me construí un laboratorio en una tranquila comarca rural, en el cual podía trabajar sin que me estorbaran ni interrumpieran. Allí empecé una serie de investigaciones, que me llevaron muy pronto a regiones de la ciencia en las que no había nunca penetrado nin-

guno de los tres famosos hombres que me enseñaron.

"Dice usted Roberto, que tiene ligeros conocimientos de química, y si es así, podrá usted seguir fácilmente lo que le digo. La química, en su mayor parte, es una ciencia empírica; y un experimento casual puede conducir a resultados mucho mayores de los que, con nuestros datos presentes, puedan derivarse del más concienzudo estudio o del más hábil razonamiento. Los más importantes descubrimientos químicos, desde la primera manufactura del cristal hasta el blanqueo y refinado del azúcar, han sido todos debidos a una feliz casualidad, que puede ocurrirle lo mismo a un mero chisgaravís que a un sabio profundo.

"Pues bien; a una casualidad fué debido mi gran descubrimiento, quizá el más grande que ha visto el mundo; aunque puedo reclamar el honor de haber creado la línea de pensamientos que a él me condujo. Muy frecuentemente había hecho yo pruebas respecto a los efectos que ejercen corrientes poderosas de electricidad en cualquier substancia porque se las haga atravesar por un espacio de tiempo considerable. No me refiero a las corrientes débiles que pasan por los alambres telegráficos, sino a las de mayor desarrollo posible. Pues bien; con éstas y acerca del punto que le digo, intenté una serie de experimentos. Descubrí que en los líquidos y en las mezclas, la fuerza de la corriente producía efectos de desintegración. Como es natural, se le ocurrirá a usted el conocidísimo experimento de la electrolisis del agua. Pero descubrí que en el caso de sólidos elementales el efecto era notabilísimo. El sólido iba decreciendo lentamente en peso, sin cambio perceptible en su composición. Creo que me explico con bastante claridad.

—Le sigo a usted divinamente,—dijo Roberto, profundamente interesado en el relato de su compañero.

—Intenté la prueba con varios cuerpos, y siempre con el mismo resultado. En todos los casos, una hora de corriente producía una pérdida muy sensible de peso. La teoría que de ello deduje fué que había una pérdida en las moléculas causada por el fluído eléctrico, y que cierto número de moléculas se esparcían reducidas a polvo impalpable por todo alrededor del pedazo de tierra o de metal, que quedaba, como es natural, mucho más ligero por la pérdida. Ya había yo aceptado por completo esta teoría, cuando una notabilísima casualidad me hizo variar de opinión radicalmente.

"Un sábado por la noche había yo sujetado una barra de bismuto a un empalme, y la había unido por cada lado a un alambre eléctrico, con objeto de observar qué efecto causaría en ella la corriente. Por turno había ido ensayando todos los metales, exponiéndolos a la influencia por espacio de una o dos horas. Ya lo tenía todo dispuesto, y acababa precisamente de cerrar el circuito, cuando recibí un telegrama que me anunciaba que Juan Stillingfleet, un químico anciano de Londres con quien tenía yo bastante intimidad, estaba enfermo de peligro y había manifestado deseos de verme. El último tren salía dentro de veinte minutos, y yo vivía a una milla larga de la estación. Metí en una maleta varios objetos, cerré mi laboratorio, y corrí cuanto me fué posible para alcanzar el tren.

No fué sino después de haber llegado a Londres cuando me acordé repentinamente de que había olvidado cerrar la corriente eléctrica, y de que, por lo tanto, continuaría pasando al través de la barra de bismuto hasta que las baterías estuvieran exhaustas. No obstante, el hecho me pareció de poca importancia, por lo cual lo aparté de mi mente. Quedé retenido en Londres hasta el martes por la noche, y era ya miércoles por la mañana cuando volví a mi obra. Al abrir la puerta del laboratorio se dirigió mi imaginación al incompleto experimento, y se me ocurrió que con toda probabilidad el pedazo de bismuto se habría desintegrado por entero, reduciéndose a sus primitivas moléculas. La verdad me iba a coger completamente desapercibido.

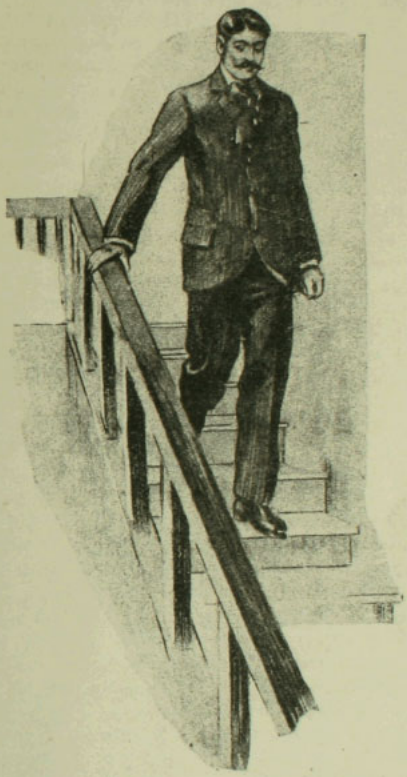
"Cuando me acerqué a la mesa, vi, como esperaba, que la barra de metal había desaparecido, y que el soporte estaba vacío. Después de haber observado esto, iba ya a dedicarme a otra prueba, cuando me llamó la atención el hecho de que la mesa que sostenía el soporte estaba salpicada de manchitas de una materia líquida y argentina, que yacía en gotas sueltas o se reunía en pequeñas porciones. Yo recordaba con toda claridad que había limpiado completamente la mesa antes de empezar

el experimento, de modo que aquella substancia se había depositado allí desde que yo había salido para Londres. Interesadísimo ya, lo recogí todo muy cuidadosamente en una vasija y lo examiné con gran minuciosidad. No podía caber duda respecto a lo que era. Era mercurio purísimo, y no respondió a ningún ensayo como bismuto.

"En seguida me apoderé del hecho de que la casualidad habría puesto en mis manos un descubrimiento químico de la mayor importancia. Si el bismuto era sometido, en ciertas condiciones a la acción de la electricidad, empezaría por perder peso, y finalmente se transformaría en mercurio. Yo había roto la diferencia que separaba a ambos elementos.

"Pero el proceso debería ser constante. Probablemente demostraría ser una ley general, y no un hecho aislado. Si el bismuto se convertía en mercurio, ¿en qué se convertía éste? No podía haber sosiego para mí hasta no haber resuelto la cuestión. Renové las exhaustas baterías y pasé la corriente eléctrica al través de un recipiente de azogue. Por espacio de dieciséis horas estuve sentado y observando el metal, anotando cómo lentamente parecía cuajarse, hacerse más firme, perder su color argentino y tomarlo amarillento obscuro.

Cuando lo cogí con las pinzas y lo eché sobre la mesa, había perdido todas las características del mercurio, y se había convertido evidentemente en otro metal.



Bajó las escaleras...

Pocos ensayos muy sencillos me bastaron para probarme que aquel otro metal era platino.

"Pues bien; para un químico, había algo de muy sugestivo en el orden en que se habían realizado tales mudanzas. Quizá, Roberto, comprenderá usted la relación que guardan una con otra."

—No; no puedo decir que la comprendo.

Roberto había permanecido escuchando aquel singular relato, con los labios entreabiertos y asombrado los ojos.

—Yo se lo diré. Hablando atómicamente, el bismuto es el más pesado de los metales. Su peso atómico es 210. El que le sigue en peso es el plomo, que tiene 207, y después viene el mercurio con 200. Era muy posible que mientras duró mi ausencia, el largo período en el cual actuó la corriente hubiera reducido el bismuto a plomo y el plomo a mercurio. Pues bien; el platino figura con 197'5, y era por lo tanto el próximo metal que producía la corriente continuada. ¿Comprende usted ahora?

—Es completamente claro.

—Y entonces se me ocurrió la deducción que me hizo subir el alma a los labios y me puso la cabeza como un torbellino. El oro es el que sigue en la serie. Su peso atómico es 197. En aquel momento hice memoria, y por primera vez comprendí la razón de que el plomo y el mercurio fueran los metales siempre mencionados por los antiguos alquimistas como los dos que podían ser empleados por ellos.

Con manos que temblaban de excitación ajusté de nuevo los alambres, y en poco más de una hora (porque la duración del experimento estaba siempre en proporción con la diferencia de los metales), tuve ante mi vista un pedazo de metal bermejo, que respondió como oro a todos los reactivos.

"Este, Roberto, es un relato largo, pero creo que convendrá usted conmigo en que su importancia justifica que lo cuente con todos sus detalles. Cuando estuve plenamente convencido de que en realidad había hecho oro, corté en dos el pedacito. Envié una mitad a un joyero que trabajaba en metales preciosos, con el cual tenía yo cierta amistad, pidiéndole que me informara sobre la calidad del metal. Con la otra mitad continué la serie de mis experimentos, y la reduje a todos los estados de la larga serie de metales, al través de la plata, del zinc y del manganeso, hasta lograr convertirlo en litio, que es el más ligero de todos.

—¿Y en qué se convirtió después?—preguntó Roberto.

—Después vino lo que para los químicos es probablemente la parte más interesante de mi descubrimiento. Se convirtió en un polvo gris y fino, que no dió ya ningún resultado más, a pesar de lo mucho que lo traté por la electricidad. Y ese polvo es la base de todas las cosas; es la madre de todos los elementos; es, en resumen, la substancia cuya existencia ha sido recientemente sospechada por un gran químico, y a la que éste ha bautizado con el nombre de protilo. Yo soy el descubridor de la gran ley, de la transposición eléctrica de los metales, y soy el primero que he hallado el protilo; de suerte que creo, Roberto, que aunque todos mis proyectos en otras direcciones se convirtieran en humo, mi nombre, por lo menos, lleva trazas de vivir en el mundo de la química.

"Poco me queda ya que decir a usted. Mi amigo el joyero me devolvió el pedazo de oro, confirmando mi opinión por lo que respecta a su naturaleza y calidad. Pronto dí con diferentes procedimientos que simplificaban las operaciones, y especialmente con una modificación de la corriente eléctrica ordinaria, que la hacía mucho más eficaz. Habiendo hecho una cierta cantidad de oro, me deshice de ella por una suma que me permitió comprar materiales mejores y baterías más fuertes. De este modo fuí ensanchando mis operaciones hasta que por fin estuve en posición de poder construir esta casa y de tener un laboratorio en el cual poder continuar mi obra en grande escala. Como dije antes, puedo ahora aseverar con toda firmeza que la cantidad de mis rentas está limitada sólo por mis deseos.

—¡Es maravilloso!—balbuceó Roberto. —Parece un cuento de hadas. Pero con ese gran descubrimiento en la imaginación, debe usted de haberse visto muy fuertemente tentado de confiarlo a otros.

—Pensé muchísimo en ello. Le dediqué la mayor atención. Era obvio para mí que si mi invento llegaba a hacerse público, su inmediato resultado sería privar a los que ahora son metales preciosos de su valor especial. Cualquiera otra substancia—el ámbar, digamos, o el marfil—sería elegida como medio de intercambio, y el oro sería inferior al bronce, por ser más pesado y, sin embargo no tan duro. Pues bien; si yo guardaba el secreto y sabía emplearlo con prudencia, podía convertirme en el bienhechor de la humanidad más grande que ha existido. Estas fueron las razones principales, y me parece que no son deshonrosas, que me indujeron a formar la resolución que he roto hoy por primera vez.

—Pero el secreto de usted está seguro en mi alma—exclamó Roberto.—Mis labios permanecerán sellados hasta que usted me dé permiso para hablar.

—Si yo no hubiera comprendido que podía fiar en usted, le hubiera ocultado lo que le he dicho. Y ahora, mi querido Roberto, la teoría es un trabajo muy pequeño, y la práctica es infinitamente más interesante. Ya le he dado a usted más que suficiente de la primera. Si tiene usted la bondad de acompañarme a mi laboratorio, le daré a usted una pequeña muestra de la última.

Continuará.

Marzo
1915

PACIFICO MAGAZINE

Precio:
UN PESO

EN CHILE HAY 4.000,000 HABITANTES

SE CALCULA QUE SOLO 50,000 de estos habita...tes podrían gastar $ 100 en un objeto de lujo

Si Ud. tiene algo que vender y desea alcanzar la atención de la clase pudiente, le damos datos de su interés:

PACIFICO MAGAZINE es la única revista de interés general, editada en la República, que se venda a $ 1.

LECTORES PUDIENTES

PACIFICO MAGAZINE no registra en su lectura temas sensacionales. Sus páginas son sanas e interesan sólo al que tiene una educación más que regular.

LECTORES INTELIGENTES

PACIFICO MAGAZINE es EXIGIDO por el interés que inci ran sus páginas y es leído con atención de tapa a tapa.

LECTORES QUE EXIGEN LO MEJOR

USTED PUEDE encontrar lectores pudientes, pero no siempre inteligentes. Para clientes que reunan estas cualidades y que EXIGEN LO MEJOR, avise Ud. en PACIFICO MAGAZINE.

Para protección del avisador y del lector, PACIFICO MAGAZINE rehusa todo aviso que pueda considerarse inconveniente.

SI UD. TIENE ALGO QUE VENDER, tome datos de nuestra CIRCULACION y TARIFA.

CALIDAD y CANTIDAD

PACIFICO MAGAZINE

FOTOGRAFIA ARTISTICA

PAISAJES CHILENOS

PACIFICO MAGAZINE

Que ayer | VOL. V.—Santiago de Chile, marzo de 1915.—NUM. 27 | — Que mañana

A NUESTROS LECTORES

La gran crisis originada por la guerra europea, que ha puesto duramente a prueba todos los negocios, ha tenido una violenta repercusión en nuestro país: sin embargo, a pesar del alza repentina de todos los artículos, papeles, tintas, maquinarias y a pesar de la repentina paralización de muchas actividades, constituye una satisfacción para la dirección de "Pacífico Magazine" haber podido mantener su habitual número de páginas y sus colaboraciones como en los mejores tiempos de la revista. Sin embargo las interrupciones de los correos de Europa nos han privado a veces de dar toda la importancia necesaria a muchas informaciones extranjeras a las cuales el público estaba acostumbrado y el alejamiento temporal de algunos colaboradores han inducido a varios lectores de "Pacífico" a creer que la revista había descuidado un tanto la atención que a ella le consagraron sus directores en el primer tiempo. Todo lo cual nos ha inducido a formular esta explicación que va dirigida a los lectores de nuestro "Magazine". En adelante podemos prometer al público acaso menos de lo que daremos en realidad en sus páginas: no faltarán mensualmente las narraciones históricas de don Joaquín Díaz Garcés, ni los cuentos de Miguel de Fuenzalida, ni los artículos humorísticos de Angel Pino, José Manuel Ortega, ni La felicidad en la vida modesta, de don Alberto Edwards, ni los estudios de utilidad práctica. Además "Pacífico Magazine" tendrá mensualmente la seguridad de dar a sus lectores las mejores páginas de nuestra literatura ilustrada por el admirable Pedro Subercaseaux. En cuanto a los folletines, la revista le reserva a sus lectores la sorpresa de obras hermosísimas, finamente traducidas e ilustradas. Además, desde el próximo número, comenzará a publicar una serie de estudios informativos, escritos por testigos imparciales que han presenciado las grandes batallas europeas durante los últimos meses de guerra. En este sentido "Pacífico Magazine" no se abanderizará con ningún partido, ni dará preferencia a tal o cual tendencia: la revista sólo procura ser un objetivo desinteresado que permita ver claramente al público los grandes acontecimientos que se desarrollan en el Viejo Continente sin ponerse de ninguna de ambas partes. Su misión es puramente informativa y como tal deja a sus colaboradores la libertad absoluta de sus ideas y la responsabilidad de sus firmas.

Unico en su género en América "Pacífico Magazine" no ha omitido sacrificio en bien de su mejoramiento: el público ha sabido apreciar lo que significan los esfuerzos de su dirección. Si hasta hoy la revista ha sido considerada como la mejor en su género, queremos que en adelante sea mejor, aún.

El material de sus próximos números hablará más alto que todos los programas y más claro que todas las promesas. Deseamos que la revista no sea superada y que pueda compararse con las mejores que existen en el extranjero. Si ayer decía una revista norte-americana: "Pacífico Magazine" está a la altura de "London Magazine" "Strand Magazine" y "The World's Work", esperamos que algún día haya quien diga que las ha aventajado siendo superior a ellas." Y ni aún entonces se habrán colmado nuestros deseos, pues creemos que la actitud de todo mejoramiento debe ser indefinible. Tal es el alcance en los deseos de la dirección de "Pacífico Magazine".

⚜ ⚜ ⚜

Por J. D. G.

Ilustraciones de Bustos

Un viejo minero había recogido con sus propias callosas manos, en la ardiente tierra de Colombia, un cabujón de esmeralda que no tenía igual en el mundo por su belleza y su tamaño. Lo guardaba codicioso y decía a los suyos, aludiendo a la forma elíptica de la maravillosa piedra, que si tuviera otra igual no le importaría cegar, porque vería con esos dos grandes ojos mayor felicidad que la que sus propios ojos mortales le habían permitido soñar. Fué castigado su excesivo apego a la fortuna: vió desaparecer en temprana edad a sus hijos y entró, ya muy anciano, en un convento donde sus días terminaron desengañados y monótonos. Antes de morir legó al monje que lo auxiliaba la piedra y le confesó que, por un voto hecho en sus tiempos de ardiente juventud, la más grande esmeralda que recogiera en su faena había de ser para una virgen muy antigua, que se veneraba en la vieja iglesia de su tierra.

El monje pensó cumplir el voto de su amigo; pero los años pasaban sin que le fuera posible realizar el viaje requerido. Porque el minero había nacido en Lima, en el virreinato del Perú y entonces era costoso y difícil moverse entre un país y otro en las regiones aún misteriosas de la América Ecuatorial. Por orden de sus superiores, el monje Pelayo, que así se llamaba el depositario del tesoro, resolvió llevar la esmeralda a España, y rendirla siempre a los piés de la Virgen María; pero de la imagen venerada en la casa central de su propia orden. El barco naufragó y de peripecia en peripecia, en frágiles esquifes o en buques piratas, Pelayo llegó a causa de los vientos contrarios, hasta las costas del Perú, con lo cual comprendió que la voluntad del cielo era que las disposiciones del testador se cumplieran al pie de la letra. Los religiosos que custodiaban la capilla, en cuyo altar mayor se ostentaba la milagrosa ima-

gen, recibieron gozosos la ofrenda y confeccionaron una diadema de oro puro, en la cual un hábil orfebre engastó el cabujón, que todo Lima maravillada acudió a contemplar.

Andando los años, un buen día el sacristán notó que la esmeralda había desaparecido. Fué buscada en vano, se hicieron públicas rogativas y se ofreció por la denuncia del culpable una gruesa suma de monedas de oro, que reveló a los ignorantes cuánto valía aquel tesoro único de la naturaleza. No se sabe cómo se fué formando desde entonces una tradición relacionada con el hueco dejado en la diadema. Decíase que la virgen misma había revelado a una monja carmelita que se hallaba en su celda en oración, que la piedra sería encontrada un día, cien años justos después de su pérdida; que era mujer el sér destinado a realizar tal prodigio y que la elegida debería ser considerada como santa. Otros contaban que vendría un terremoto y de la sangre derramada en el Perú por la horrible catástrofe, se concentraría un maravilloso rubí que iba a reemplazar en la diadema el cabujón verde, cuyo color ha sido hasta ahora para los hombres símbolo de la esperanza. Pero como esta relación no reposaba sobre visión alguna, nadie le prestaba fe. Los años pasaron y los limeños concluyeron por olvidar a la virgen empobrecida.

El virrey recién llegado tenía una hija pequeñita de rara belleza. Era pálida y blanca en un país en que las mujeres han recibido la caricia quemante del sol. Era de mediana estatura, a pesar de que se aproximaba ya a los doce años. Su rostro angelical y la regularidad purísima de sus facciones, causaban cierto encanto benéfico y extraño en cuantos se le acercaban. Un teólogo la había calificado de "alma agradable a Dios." Debía serlo quien no abrigaba en su mente sino los más bellos y castos pensamientos.

Cierta noble señora de España que había venido a la ciudad con el hábito de Teresa de Jesús, guió los primeros pasos de Soledad. Muy pronto comprendió que la criatura era un sér extraordinario, emanación de espiritualidad y de poesía al mismo tiempo que de inocencia y de dulzura. No podía de haber en toda la tierra tipo de belleza más perfecto, porque juntaba una alma cristalina en envoltura esplendorosa. Había sido hecha para cantar el himno más ardoroso ante el Creador. Tesoro de incalculable valor, fué bautizada inmediatamente por la religiosa, que recordaba vagamente la visión de su antecesora en el convento, con el nombre de Esmeralda, porque como el cabujón de la diadema de la virgen no tenía igual sobre la tierra. Así Soledad pasó a aceptar este nombre bizarro para cuantos no recordaban la leyenda, borrada ya de casi todas las memorias.

El Palacio de los Virreyes, construcción de piedra, áspera y formidable hacia la ciudad, pero pulida y reluciente en el interior, miraba hacia espléndidos jardines. Eran éstos umbrosos y hechos a la italiana. Crecían en él algunos cipreses que ya habían tenido tiempo de engrosar y hasta de envejecer; la yedra abrazaba aquí y allá los gruesos troncos y comenzaba a tornarse monumental y serena como la piedra de la morada donde se albergaba un reflejo de la grandeza de España. Pero había otros puntos más risueños que no inspiraban miedo alguno a Esmeralda: era el parrón que descendía hasta la fuente perenne donde nadaban los pecesitos dorados y los naranjos reflejaban sus copas cargadas de azahares y de frutos y muchos jazmines y madreselvas embalsamaban el aire. Allí permanecía la niña oyendo el canto de los pájaros, acompañada como con un fiel amigo por el eterno rumor de la fuentecilla, mirando las azucenas que el viento mecía en oleajes bajo las copas añosas.

El virrey pasaba ocupado en los negocios; la virreina en las cuestiones de etiqueta. Esmeralda representaba en esta casa el ensueño y la oración. La plegaria de esta niña era tan natural como el perfume de los nardos: brotaba al amanecer con el primer rayo de sol; vibraba intensa al medio día, cuando las cigarras ensordecían el jardín; murmuraba por la tarde melancólicamente junto con la despedida de la luz y los últimos trinos de las aves Cuando oraba, eran sus ojos los que expresaban la intensidad de la súplica, mientras sus labios se teñían de rojo; pero permanecían inmóviles. Muchas veces Esmeralda estaba orando, cuando hincada en tierra una rodilla tendía una mano al ave que cantaba en el árbol y moviendo

suavemente los dedos la llamaba hacia sí. La religiosa la sorprendió un día en el jardín. Una tórtola, fatigada tal vez con el sol quemante, había caído en un sendero; la niña corrió a tomarla. Sus manos frescas la encontraron sedienta y afiebrada, y fué hacia la fuente. Luego comprendió que la avecilla debía beber en un vaso digno de su delicadeza y cortando una azucena la llenó de agua fresca y la acercó a su pico. Mientras la tórtola bebía gota a gota hasta el fondo de la flor, Esmeralda oraba.—"¿Qué haces?" le preguntó bruscamente su maestra.—"Doy gracias a Dios en nombre de esta avecilla que estaba sedienta, por haber hecho el agua y las flores".—Está bien, —dijo pensativa la señora.—Yo le daré gracias por haberte enviado al mundo". No entendió la niña la lisonja, ni podía entenderla. Nada hacía Esmeralda porque la creyeran perfecta ni sabía cual era la perfección.

A medida que los años pasaban, la hija del virrey extendía sus beneficios, de las aves y las flores y los insectos y todo lo que vivía en la naturaleza, a los hombres sus semejantes. En la puerta permanecía largas horas distribuyendo a los mendigos cuanto podía obtener. Pero no era en esta oración activa de la caridad donde Esmeralda resplandecía con todos sus encantos, sino en la estática contemplación de la belleza del mundo.

Había en el palacio dos pajes hijos de dos grandes señores y capitanes españoles. Cuando descendían al jardín, libre de sus ocupaciones de la sala de recibo, se dedicaban a cazar algunos pájaros fáciles de domesticar y habían juntado buena cantidad de palomas, tórtolas y otras avecillas. A unas las ponían dentro de jaulas para enviarlas de obsequio a las bellas limeñas; a aquellas que podían cantar les enseñaban trinos con una flauta de madera, con la cual inventaban gorjeos simples y cautivadores y a otras las ataban de un pequeño anillo de metal apretado al cuello hasta que concluían por renunciar al vuelo. Esmeralda pasaba afligida con este suplicio permanente aplicado a tan débiles criaturas de Dios y cuando, al caer la tarde, escuchaba las notas de la flautita de madera, sentía tristeza y se retiraba a su aposento. Un día resolvió libertar a tanta cautiva y entró a la sala de los pajes. Se descubrieron éstos, porque la veneraban. Su voz dulcísima resonó suplicante, invocando de los dos adolescentes la libertad de sus presos. Ellos se conmovieron también y como estaban en la edad en que se cambia sin dolor de resolución, mucho más delante de un dechado de belleza, le propusieron que fueran sus propias manos las que rompieran las cadenas. Esmeralda sacó los anillos, cortó los hilos, abrió las jaulas y fué echando a volar por las ventanas un mundo de avecillas que extendían sus alas y revoloteaban en torno de su cabeza antes de partir en medio de la tarde serena. Los pajes notaron entonces que un grupo de ellas habían formado sobre la cabeza de la niña una especie de diadema. Más tarde vieron muchas veces a Esmeralda en los prados que cerraban el jardín, avanzando en medio de una bandada de pájaros que dibujaban en torno de ella una guirnalda ondulante. Entonces se dijeron por primera vez que tal vez no era una santa.

Por ese tiempo la virreinita tuvo un sueño. Contemplaba un campo cubierto todo entero de florecillas brillantes y plateadas, como pequeñas estrellas caídas. El sol se había ocultado y grandes mariposas celestes volaban en silencio. Pequeños árboles llenos de luciérnagas luminosas conducían hacia una fuente de mármol blanco, en medio de la cual en vez del chorro surgente de agua fresca se alzaba, larga como una vara de azucena, la Virgen de la diadema de oro, mostrando en ella el sitio vacío del cabujón de la leyenda. Al borde de la fuente estaban sentadas otras virgencitas más pequeñas, vestidas todas a la moda de entonces, como se las veneraba en los altares de los templos de Lima. De cuando en cuando descendían las notas embriagadoras de una melodía que tocaban dos ángeles apenas visibles, colocados cerca de los árboles y confundidos con ellos, y entonces se veía llegar otra nueva virgen que tomaba asiento al lado de las anteriores. Esmeralda reconocía a algunas; pero en vez de las viejas y hasta dolorosas y adustas imágenes de los altares, éstas aparecían radiantes y como en éxtasis.

De pronto, allá a lo lejos, vió venir sobre el césped, hollando las florecitas brillantes, a otra virgencita casi niña. Vestía de larga

túnica blanca y traía el cabello negro extendido sobre los hombros. Luciérnagas formaban en torno de su cabeza un círculo luminoso. Avanzaba inclinándose de cuando en cuando para buscar algo entre las flores y marchaba después. Con profunda emoción reconoció que la peregrina era ella misma. El grupo de las imágenes estaba estático, como en una vidriera de colores; pero las miradas tendían hacia la virgencita que demoraba tanto en llegar a la fuente. Se inclinó una vez más y pareció entonces recoger algo que destellaba en sus manos blanquísimas. Las melodías de los violines crecieron y a veces parecía que cada flor, cada hoja, cada estambre, se asociaba con una débil vocecilla a ese concierto embelesador. Por fin la niña se aproximaba a la gran virgen, subía al borde de la fuente y alzándose cuanto era posible sobre las puntas de sus pies, colocaba en la diadema la rutilante piedra. Luego la aparición caía muerta al pie de las demás vírgenes y todo se iba obscureciendo y borrando.

Perturbada por este extraño sueño, contóle a su maestra, que permaneció mucho tiempo pensativa, en silencio. Pero cuando la niña conoció la leyenda del cabujón, se confundió toda y decía:—"No seré yo, pecadora, quien encuentre la esmeralda perdida". Pero iba frecuentemente a visitar a la Virgen a su capilla y la encontraba triste.

Como, a pesar de no abrigar por modestia la ambición mística de hallar el tesoro perdido, Esmeralda se inclinaba con frecuencia al suelo, comenzó a vivir también en comunidad con los insectos. Cuando encontraba aprisionada una mariposa en una zarza, la libraba de morir destrozada, colocándola de nuevo sobre una flor. Salvó una vez una hermosa araña que tejía su tela al pie del parrón y que iba a ser aplastada por un sirviente. Muchas veces recogía al insecto que iba a ser tragado por un pájaro, lo escondía de su persecución y murmuraba en silencio esa extraña y permanente oración que brotaba de ella como un aroma.

"La niña está pálida", decía la virreina. "La virreinita está enferma", aseguraban los doctores que la vieron. Y en realidad la niña desfallecía devorada por ese éxtasis de la naturaleza y de todas las obras de la creación en que vivía.

Volviendo una vez del bosque en cuyo límite la esperaban sus acompañantes, notó que todos abrían con admiración los brazos al verla y se acercaban en silencio mirando atentamente su vestido. Había entrado media hora antes bajo el follaje misterioso con una túnica blanca sin dibujo alguno, como acostumbraba cubrirse, y salía con un traje esplendoroso y único. Sobre su pelo se habían alineado mariposas blancas con las alas entreabiertas, formando corona; entre ellas insectos luminosos imitaban el resplandor de las piedras talladas. En su garganta desnuda un collar de pequeños coleópteros rojos mentía una sarta de perfectos corales color sangre. Sobre su pecho brillaba la rica coloración de los más variados insectos, formando encajes de luces cambiantes. Y al borde del vestido una franja de mariposas escarlata, unidas unas a otras con las alas extendidas, parecían bordadas allí por el más incomparable artista. Cuando la niña fué a mirar el objeto de asombro de su maestra, de su madre y de sus amigas, todos los insectos emprendieron el vuelo. Volvieron los pajes a recordar, entonces, la diadema de aves y la llamaron santa con mayor seguridad.

Pero lo que fué observado con atención y en diversas horas, era el paso de Esmeralda entre las azucenas del jardín. Se inclinaban todas hacia ella y parecían besar su túnica cualquiera que fuese la dirección del viento.

Una tarde avisaron a Esmeralda que en la puerta falsa pedía limosna un mendigo. Era un viejo de larguísimas barbas blancas que tenía los ojos enrojecidos como si hubiera llorado durante muchos años. La niña le preguntó sus cuitas y él dijo que era minero, venía de Colombia y había perdido sus hijos y su mujer. Recibió agradecido algunos panes y una moneda, que metió en su saco, y en seguida alargó en una mano un objeto pequeño, envuelto en un trozo de lienzo: —"Recibe este recuerdo, princesa, es una piedra de esmeralda que yo mismo he recogido; no tiene igual en el mundo". La niña cayó desvanecida, y cuando volvió en brazos de sus sirvientes,

no supo nadie lo que había sido del mendigo. Tampoco encontró la virreinita el pequeño obtejo, por más que volvió muchas veces a la puerta.

Los doctores decían que Esmeralda languidecía, y el viejo virrey pensó en volver a España, para presentar en la Corte a su hija y ver si, con las distracciones del mar y de los diversos países cuyos puertos tocaran, podía librarla de la consunción que la sitiaba.

Una noche de luna, embelesada con la serenidad del aire y del cielo, la santita oía desde sus ventanas, los rumores de la noche. Vió que en las copas de los vecinos árboles volaba una paloma y desfloraba de cuando en cuando los muros con las plumas de sus alas, como queriendo buscar abrigo en las cornisas. Extrañóle tal aparición en un momento en que los pájaros duermen y tienen tanto peligro en escrutar la sombra poblada de malas aves nocturnas y tendió su mano, como acostumbraba, para llamar a la descarriada y guardarla hasta la mañana. La paloma llegó hasta su seno y cayó muerta sobre la piedra de la ventana. A la luz plateada que resplandecía sobre ella, Esmeralda vió esta vez brillar el cabujón colgado al cuello de la mensajera. Hasta estiró la mano temblorosa para tocarlo y sintió la superficie pulida y fría de la piedra. Corrió entonces hasta el aposento de su maestra, y le contó lo ocurrido. Acudió la religiosa y hallaron efectivamente la paloma; pero la piedra no estaba. La virreinita contó entonces la escena del mendigo, que había guardado hasta entonces, en silencio.—"Oye,—le dijo la señora,—si otra vez se te presenta la piedra verde de la Virgen, tómala, y, sin avisar a nadie, cumple tu destino. Es indudable que son tus manos únicamente las que deben tocarla y nadie más enterarse del suceso."

Temblaba siempre la santita, porque se creía indigna de realizar la leyenda. Pero los días pasaron y se aprestaban las primeras diligencias para el viaje. Pareció un momento que volvían, con la primavera, los ténues colores de la niña a sus mejillas, y bajó de nuevo al jardín a correr como antes o a embelesarse en la hora de la siesta cuando las cigarras ensordecían su misterio. Recordando que el año anterior había salvado de la muerte a una hermosa araña que hacía su tela al pie del parrón, se inclinó esta vez sobre el sitio conocido. Un hilo delgadísimo iluminado por el sol entraba hacia una cavidad entre las flores y allí vió la tela maravillosamente concluída y en el centro, en vez del insecto, prendido por el enrejado de seda, el cabujón al alcance de su mano. Retrocedió pálida meralda, vió venir a su encuentro a los pajes y corrió entonces a ocultarse en su habitación. Hizo allí ofrenda de su vida a la Virgen, y descendió serena, erguida, lentamente, a recoger el tesoro que, por tercera vez, le ofrendaba su destino. Estaba allí la tela y en el centro la araña. El cabujón no existía. Lloró entonces Esmeralda porque creyó en alucinaciones peligrosas; lloró por vez primera y sus lágrimas cayeron en una de las azucenas favoritas que crecían al pie del parrón.

Hecho ya el bagaje del virrey, despachadas las mulas hacia el puerto, piafando los caballos de la carroza a la puerta, lista la escolta que iba a acompañarlo, resonando las campanas en la catedral, la niña quiso ver por última vez este jardín que había sido su templo.

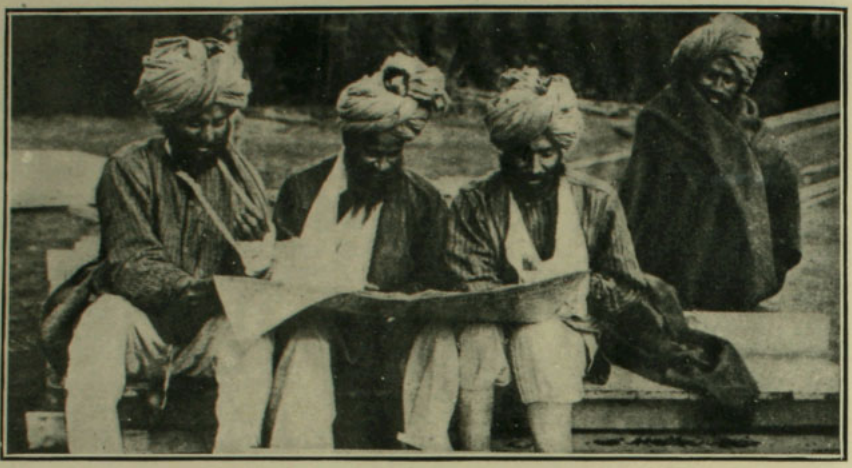
Llegó hasta la fuente, envió besos a las

palomas, miró los pecesillos, aspiró el perfume de las flores y se arrodilló entre las azucenas. Vió entonces que la más alta y hermosa de ellas se inclinaba hasta cerca del cabujón.

Lo apretó convulsamente y escapó por la puerta del fondo hasta el templo. Estaba solitario. La virgen bajaba como siempre tristemente los ojos. Reconoció en el aire la melodía que había escuchado en sueño y alzándose cuanto pudo, colocó en la diadema la piedra.

Cuando se arrodilló para mirarla, comprendió que su vida terminaba y se tendió a los pies de la imagen en la postura de su visión.

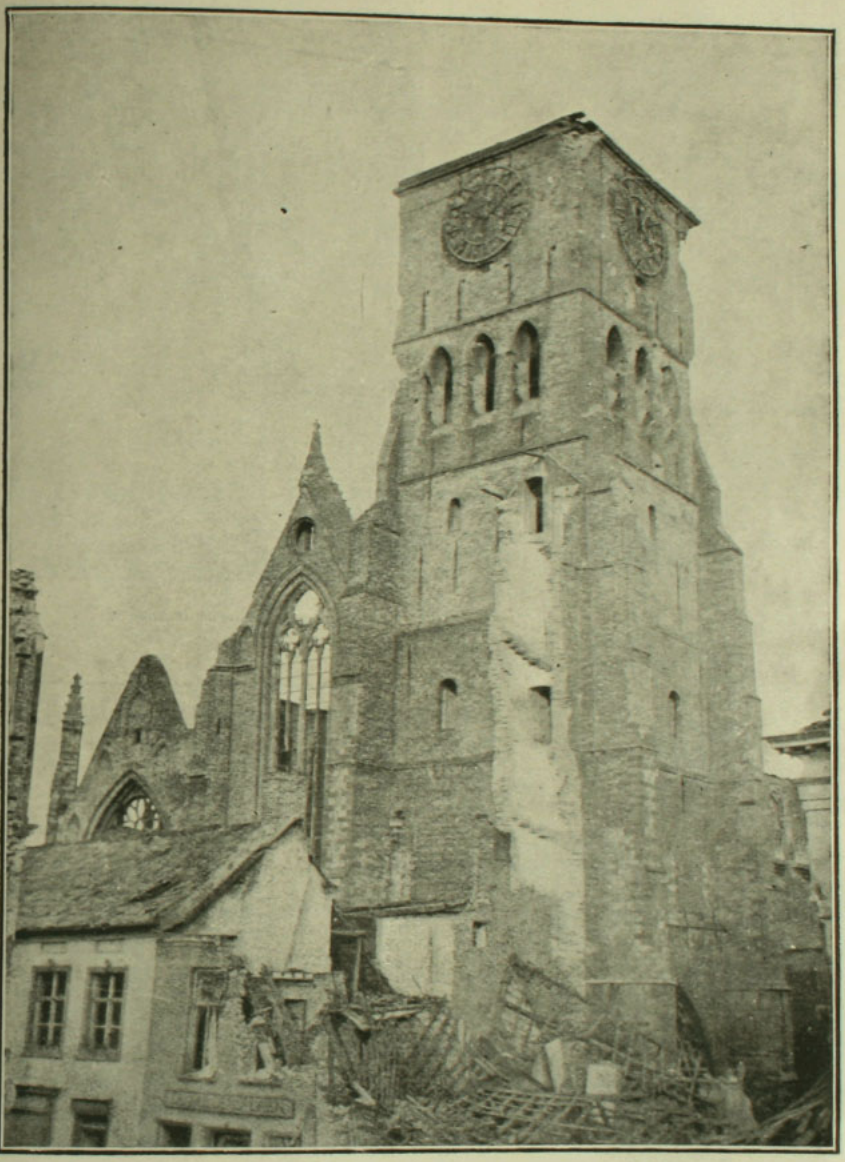
Se supo entonces que la hija del virrey había muerto, y todas las campanas doblaron. Los religiosos notaron que había aparecido la esmeralda en la diadema, y la maestra contó, por orden del obispo, la historia de Soledad, la leyenda casi olvidada y su extraordinario cumplimiento al través de un siglo, que se extendió por todo el Perú y llegó hasta Chile, donde hemos encontrado algunas líneas mal escritas que lo recuerdan.



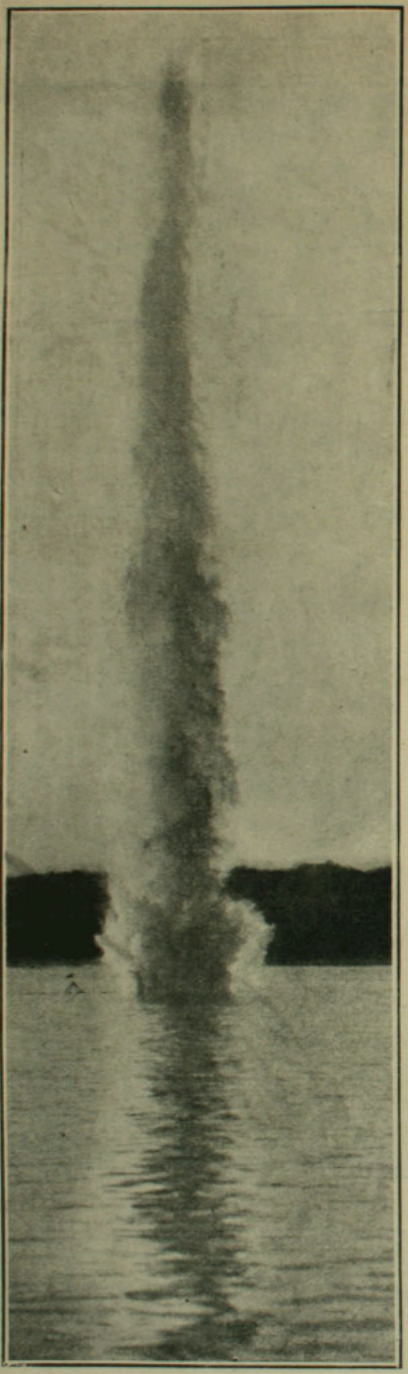
He aquí dos grupos interesantes de soldados indúes y de cosacos del Don. Los primeros han sido fotografiados en una casa de salud, donde pasan su convalecencia, después de haber sido heridos en una de las batallas de Dixmude.

Los segundos pertenecen a una división de cosacos y fueron condecorados por la superioridad militar rusa por haberse distinguido heroicamente en el ataque y aniquilamiento de un cuerpo de exploradores militares austriacos.

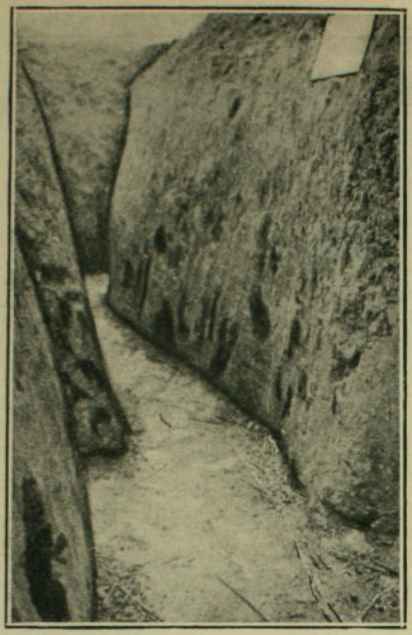
Son dos grupos diversos de dos razas diferentes, pero que han vivido unidos en el mismo sentimiento guerrero durante este último tiempo de la gran guerra europea. Tal vez en tiempos de paz, a haberse encontrado frente a frente, no se hubieran mirado bien los bravos indúes y los feroces rusos, pero hoy se unen en una simpatía común: la de combatir a un enemigo que es el de sus países y quién sabe si el de sus razas. Han sido valientes a toda prueba porque sabían demasiado que sus enemigos no lo eran menos.



La Iglesia de San Juan en Dixmude ha sido una de las muchas víctimas inocentes de la gran guerra. Durante dos días que ella es blanco de los obuses y hoy día sólo queda un montón de ruinas, allí donde antes existía un bello templo: ¡quién sabe cuánto tiempo transcurrirá antes que de su bello campanario echen a volar nuevamente las notas de sus campanas llamando a los fieles! Sus bellos vitrales, sus puras ojivas y sus altares góticos han desaparecido bajo la explosión de los obuses y en el sitio en que antes había una santa imagen, arrimada al muro secular, hoy tan sólo se advierte un boquerón enorme que deja a lo lejos adivinar un cielo claro.



Los efectos de la explosión de una mina submarina



Lo que es una trinchera

Soldados alemanes descansando en una trinchera después de una batalla

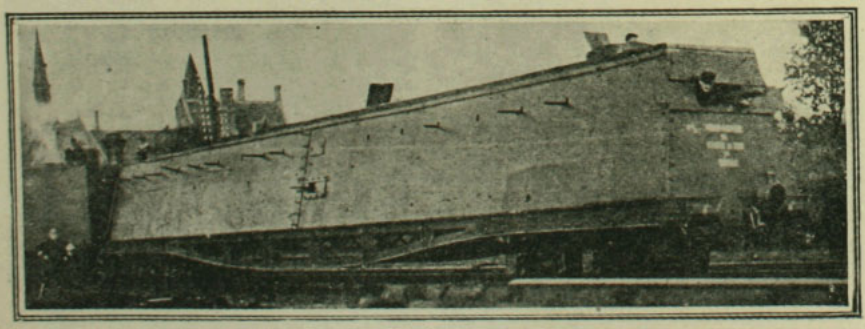
La caballería inglesa sorprendida por el fuego de la artillería alemana, según un dibujo de Carlos Winter

Ostende era antes de la guerra uno de los más bellos y lujosos balnearios de Europa. Ahora en la hermosa explanada destinada antes a los carruajes de lujo, han instalado los alemanes cañones de largo alcance. El hermoso balneario de ayer es una fortaleza hoy.

La vida en campaña de las tropas alemanas. Dos oficiales impartiendo órdenes telefónicas para un ataque

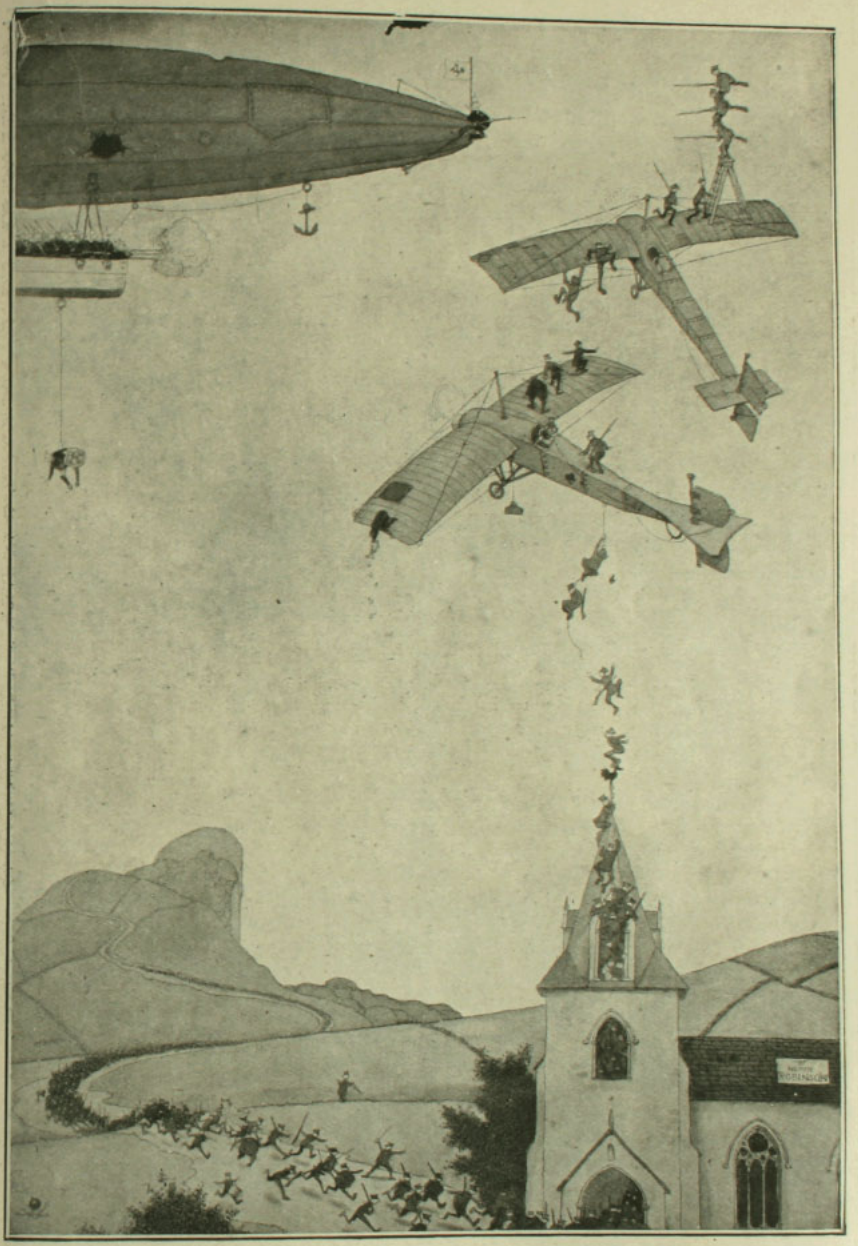
Tres centinelas alemanes observando los movimientos del enemigo

La guardia alemana situada en la torre de una iglesia belga, en el momento de disparar sobre una patrulla enemiga

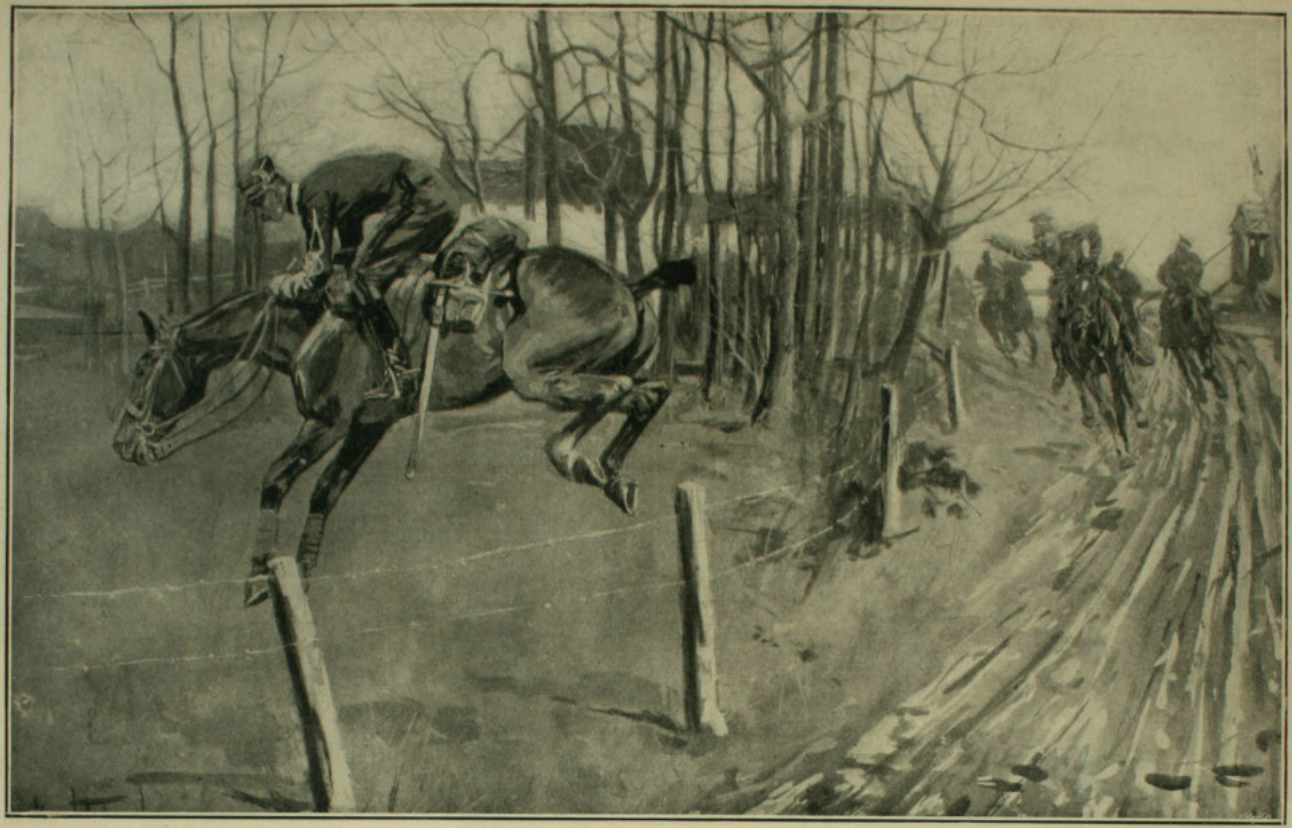


Un vapor de ferrocarriles blindado

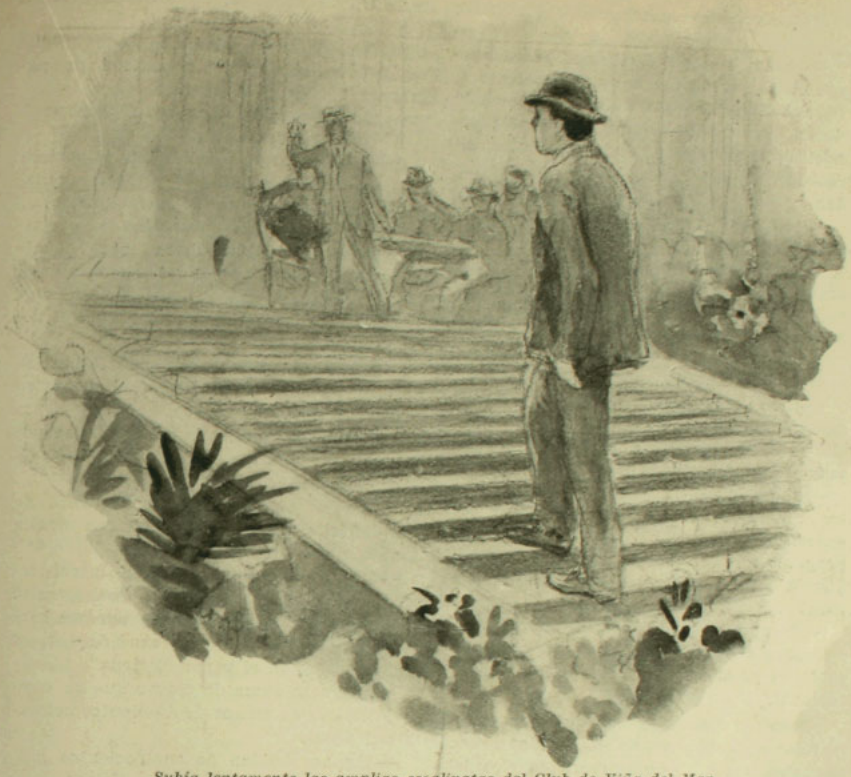
UN ATAQUE AEREO, SEGUN HEATH ROBINSON



Una vez más el curioso humorismo del caricaturista Heath Robinson ha interpretado deliciosamente los efectos de un ataque aéreo: un Zeppelin combate contra dos aeroplanos ingleses. Cada detalle en la caricatura es una nota de regocijado humor.



He aquí una escena emocionante de la guerra: un oficial belga de caballería que había avanzado más de lo necesario en observaciones estratégicas, es sorprendido por un destacamento de ulanos y perseguido. El oficial que manda a la cabeza de la patrulla dispara su revólver en el instante en que el oficial belga salva el alambrado del camino.



Subía lentamente las amplias escalinatas del Club de Viña del Mar

Román Calvo, el Sherlock Holmes chileno

El Secuestro del Candidato

Por

Miguel de Fuenzalida

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux.

I

El sábado 20 de febrero último, a las nueve y cuarenta y cinco minutos de la noche, subía yo lentamente las amplias escalinatas del Club de Viña del Mar, en demanda de un grupo de amigos, con quienes charlar un rato y beber algunas copas.

Iba ya a penetrar al edificio, cuando sentí a mi izquierda la conocida voz de don Faustino Gallegos, uno de nuestros políticos más en boga.

—¡Hola, Miguel! estábamos acordándonos de Ud. Quédense aquí un momento.

Me detuve. El señor Gallegos, acompañado de una media docena de "gentes conocidas", saboreaban sendos cocktales, alrededor de una de las mesas del Verandah.

—¿En qué puedo servirles? pregunté después de saludar a la concurrencia.

—Es preciso, repuso Gallegos, que nos saque Ud. de una duda... Ese Román Calvo, cuyos éxitos refiere Ud. en el **Pacífico Magazine**, ¿es un sér real o un simple pasto de su fantasía?...

Sonreíme sin responder.

—¡Lo que yo decía! exclamó atropelladamente Eleodoro Montalva... La inocencia es la de ustedes que han tomado en serio simples historietas de folletín...

—Poco a poco, Eleodoro, yo no he dicho eso..., repliqué un tanto picado... Me sonreía sin saber por qué... Encuentro la pregunta un tanto original... ¿Necesita alguno de ustedes de los servicios de Román?...

—Precisamente, dijo gravemente don Próspero Pérez Urízar, el digno, el respetable, el pomposo jefe del Partido Constitucional.

¡Cuántas cosas profundas debían encerrar aquellas simples palabras salidas de tan augustos labios... Los correligionarios del señor Pérez Urízar estaban acostumbrados a recoger la más insignificante frase, de su jefe, como un oráculo de la propia pitonisa de Délfos.

¡Don Próspero se había dignado abrir la boca para decir aquello!... **Precisamente**... Tampoco era necesario añadir más...

—Pues bien, señor, me apresuré a decir, si Ud. necesita de Román Calvo yo me comprometo a traérselo, en carne y hueso, aunque, más no sea para confundir a ese incrédulo de Eleodoro que no cree ni en Dios, ni en el diablo, ni en Román Calvo.

—Es cierto, repuso el aludido, en los tiempos que corren ya sólo se puede creer en el bicarbonato de soda. ¿Conque Román Calvo existe?... ¡Habrá pícaro!

—Pero, ¿de qué se trata? pregunté.

—Refiéralo Ud., masculló solemnemente don Próspero, dirigiéndose a su secretario, Robustiano Manríquez, especie de comodín que le acompañaba a todas partes, como la sombra al cuerpo.

Me estremecí... Robustiano era un latero formidable que hablaba todo lo que su jefe callaba. Era un aluvión de palabras...

—¿Se lo explicaremos todo? preguntó.

—Todo, repuso don Próspero.

Creí sin embargo, percibir una imperceptible guiñadura de ojos en el rostro venerable del jefe de los constitucionales... Mi escasa experiencia política no me permite pronunciarme por ahora sobre el alcance, de aquella guiñadura. Sospecho, sí, que el todo del señor Pérez Urízar, significaba otra cosa que en el lenguaje corriente.

—Ud. sabrá, Miguel, comenzó Robustiano, la gran noticia del día... el secuestro de don Moisés Opazo...

—No, Robustiano, es la primera cosa que oigo... ¿Alguna hazaña tal vez de los caften de Paposo?...

—Aunque no se trata precisamente de una doncella, observó Eleodoro, con mucha malicia.

—Esta vez no son los caften, interrumpió Robustiano. Don Miosés Opazo, salió de Valparaíso para el norte a hacerse cargo de los trabajos de su candidatura, el lunes pasado, en el vapor "Palena". Llevaba una gruesa suma de dinero que no puede estimarse en menos de doscientos ochenta mil pesos.

—Algunos hablan de cuatrocientos mil, agregó don Próspero Pérez Urízar, que esa noche estaba más locuaz que de ordinario.

—Y otros dicen que no llevaba ni un cobre, exclamó Eleodoro, riendo estrepitosamente.

—Al grano, al grano, interrumpieron varias voces.

—Pues bien, continuó Robustiano, el "Palena" zarpó de Valparaíso en la tarde del lunes, tocó en Coquimbo y Huasco el martes, en Caldera el miércoles... y amaneció el jueves en Taltal... Al llegar a ese puerto don Moisés Opazo no se encontraba ya a bordo... ¡Había desaparecido!... Esa misma tarde recibimos la noticia en la secretaría del partido... Don Próspero creyó prudente mantenerse en reserva... Se trataba de un caso grave, de una senaduría en peligro... Pero el rumor vino del norte a la prensa y hoy aparece en el "Mercurio" de Valparaíso y en las "Ultimas Noticias" de Santiago... En el entretanto se han tomado todas las medidas aconsejadas por las circunstancias. El Ministro del In-

terior ha telegrafiado a todos los intendentes y gobernadores del norte, a fin de que pongan en campaña a la policía... ¡Ha sido inútil! Comentábamos ahora el suceso... Entonces alguien pensó en Román Calvo, y se discutía en este momento sobre si era un personaje real o imaginario.

—De carne y hueso, afirmé con energía. Más aún, me comprometo a traerséIos aquí mismo, antes de una hora.

—¿Está en Viña del Mar?

—Llega en el expreso de esta noche; le iremos a esperar a la estación.

Se siguió un momento de silencio.—Yo fuí el primero en interrumpirlo.

—Me parece extraño, eso de un secuestro a bordo de un vapor, dije, quisiera saber algunos detalles.—El caso parece difícil.

—Cuando se trata de una suma semejante todo es fácil observó Eleodoro.

Acostumbrado a las seducciones admirablemente lógicas de Román Calvo, no pude menos de pensar para mi capote en la incongruencia de aquel extraño rapto... ¿Qué necesidad tenían los audaces ladrones de apoderarse del candidato a senador? Para lograr su objeto, ¿no les bastaba apoderarse del maletín? ¿Eran los enemigos políticos de don Moisés, los autores del crimen?

Dí muchas vueltas a todos estos problemas en mi fantasía.

II

A la hora de la llegada del expreso todos estábamos en la estación, en espera ansiosa de Román Calvo. Hasta el señor Pérez Urízar se dignó dejar transparentar en su venerable fisonomía ciertos signos de impaciencia. Por fin se detuvo junto al andén y bajo los coposos árboles de la estación, el gigantesco convoy.

Se divisa de pie sobre las barandillas de un vagón de primera clase

—Allí está, dije a mis compañeros se divisa de pie sobre las barandillas de un vagón de primera clase, la inconfundible silueta de mi amigo.

Todos nos lanzamos a su encuentro. Calvo parecía un candidato, recibido ansiosamente por sus parciales, en vísperas de elecciones.

—¿Qué significa esto? me dijo en tono de reconvención al descender del tren. Ya veo que esta era una de las tuyas.

Le expliqué en breves términos lo que ocurría.

Román movió la cabeza con marcada displicencia.

—A toda costa quieres ponerme en evidencia, dijo. Bastantes veces te he manifestado mi propósito de no hacer más policía...

El venerable Pérez Urízar creyó del caso intervenir.

—El país espera de Ud. este servicio, afirmó solemnemente.

—El país se encontraría mucho mejor si no hubiera tantas personas dispuestas a salvarle, repuso Román con irónico desenfado... Pero en fin, basta que Miguel Fuenzalida se interesa en el asunto... No lo creía yo tan mezclado en la política.— Vamos andando pues...

Nos dirigimos al Club en corporación. Una vez allí, nos encerramos en un gabinete reservado.

—Ante todo, comenzó Robustiano Manríquez, es preciso poner al señor Calvo en antecedentes. ¿Conoce Ud. la personalidad de don Moisés Opazo, el candidato secuestrado?

—De sobra, interrumpió Román desdeñosamente. Continúe Ud. y principalmente deme todos los detalles que sepa de ese extraño rapto.

—El telegrama de Rufino López es bastante detallado, observó el señor Pérez Urízar... ¿Lo tiene Ud. a mano?

Al oir el popularísimo nombre de Rufino López, todos redoblamos nuestra atención. Se le llamaba el Napoleón de las urnas, el brujo de los escrutinios... Jamás había perdido... Sacaba votos de las piedras... Su nombre era el terror de los adversarios...

—Vean qué peine, exclamó Eleodoro.

—Buena persona es el señor López, agregó Román Calvo, más serio que un difunto y sin pizca de malicia. Lea Ud. ese telegrama.

Robustiano desarrolló un legajo de papeles del Cable West Coast, que en sus muchas arrugas, mostraba haber sido manoseado por lo menos un centenar de veces.

El documento decía así:

"Taltal, 19 de febrero.

" Cumpliendo su encargo paso a darle " detalles del secuestro. Nos embarcamos " en Palena el lunes a medio día. Don " Moisés ocupó solo el camarote número " 35 al costado de babor. Al salir de Val- " paraíso se sintió mareado y se encerró " en su camarote. Fué atendido durante " el viaje por el camarero Domingo Gu- " tiérrez, individuo de toda confianza y " antiguo sirviente de don Moisés. En Co- " quimbo, donde arribamos el martes muy " temprano, don Moisés salió un momen- " to, de su camarote y estuvimos conver- " sando con él un rato sobre cubierta. El " vapor salió de Coquimbo a las 11 A. M. " cuando concluíamos de almorzar y llegó a " Huasco a las nueve de la noche. Antes de " acostarme pregunté al camarero por don " Moisés y me contestó que continuaba ma- " reado. Llegamos a Caldera el miércoles a " las diez de la mañana y permanecimos en " ese puerto hasta la una. En todo el día no " vi a don Moisés pero supe temprano por el " camarero que seguía mal. El jueves a " medio día, al fondear en Taltal donde de- " bíamos desembarcar, llamé amablemente " a la puerta del camarote de don Moisés " que estaba cerrado con llave. El mozo " acudió a abrirlo pero nada encontramos " dentro: el candidato y su equipaje ha- " bían desaparecido. Interrogado el cama- " rero, declaró que la última vez que ha- " bía visto a don Moisés fué a la hora de " almorzar del día anterior, mientras nos " encontrábamos en Caldera, y que en " la noche al llevarle la comida, encontró " el camarote cerrado con llave y que su- " puso que el caballero seguiría enfermo " y que no deseaba comer. Es esto todo " cuanto hemos podido averiguar hasta " ahora. El camarero Gutiérrez ha sido re- " ducido a prisión".

(firmado).—**Rufino López.**

—Como Ud. ve, señor Calvo, continuó Robustiano después de concluir el telegrama, una sola cosa aparece clara de esta narración. El secuestro ha tenido lugar en Caldera. Recapitulemos. Rufino López

En el corredor de una de las casitas apareció una vieja

ha visto personalmente a don Moisés en Coquimbo pocos minutos antes de la salida del vapor y el camarero, hombre de toda confianza, ha estado con él, el miércoles en Caldera, dos horas antes de la salida del vapor... "a la hora de almuerzo" dice el telegrama de Ruñno... El rapto se ha verificado, pues, el miércoles 17, entre las once del día, hora en que se concluye de almorzar a bordo y la una de la tarde, hora en que el vapor salió de Caldera...

Román Calvo se quedó mirando a Robustiano de hito en hito... Creí ver vagar una ligera sonrisa por sus labios finos y descoloridos.

—Magnífico, dijo lentamente, no tiene Ud. poca perspicacia... Sólo encuentro a su teoría una pequeña dificultad.

—¿Cuál? preguntó Robustiano.

—Que no es cosa fácil secuestrar a un pasajero de primera clase, a bordo de un vapor anclado en un puerto como Caldera, y en pleno día, sin que nadie se haya dado cuenta...

—Pero esa dificultad, observó Eleodoro, es aplicable al rapto mismo...

—No, dije yo tomando partido por Román... Mucho más explicable sería el crimen si lo supusiéramos cometido en la noche o a la hora del almuerzo o de la comida... En tales circunstancias la cubierta de los vapores suele quedar desierta por largo rato.

Román Calvo permaneció mudo como una estatua. Yo le conocía lo bastante para estar seguro de que sus prodigiosas facultades habían comenzado a trabajar.

¿Deducía? ¿Analizaba? ¿Recurría acaso a los inagotables recursos de su memoria estupenda?

Como por acuerdo tácito todos respetamos por largo rato su meditación y su silencio.

—¡En fin! lo que sea sonará, dijo por último.

—¿Tiene Ud. ya algún rastro? interrogó solemnemente el señor Pérez Urízar.

—Mañana veremos, contestó Román con mucha calma. Miguel de Fuenzalida puede atestiguar que no me agrada formular teorías. Si ello es posible, encontraré al señor Moisés Opazo, vivo o muerto...

—Recuerde Ud., dijo Robustiano, que las elecciones tendrán lugar en quince días más y que el partido necesita de su candidato antes de esa fecha, de otro modo perderíamos una senaduría...

—Ello me tiene sin cuidado, repuso Román. Yo no me ocupo de política.

—Es un servicio que solicitamos de Ud., balbuceó el señor Pérez Urízar en tono suplicante y descendiendo por esta vez de su pedestal.

—Con calma se va muy lejos, mi señor don Próspero, dijo Román. Mañana es domingo, pésimo día para trabajos e investigaciones... Además he venido a Viña para descansar y ver las carreras. Con todo le prometo dedicar algunos momentos a pensar sobre este asunto... El lunes sí que adelantaremos algo... pero no aquí sino en Santiago... Pero no se asuste, señor y entretanto y por lo que pueda suceder telegrafíe a sus correligionarios de Paposo, diciéndoles que continúen activamente los trabajos electorales como si nada hubiera ocurrido...

—Pero, ¿y el dinero? interrumpió Robustiano. Olvida Ud. que los fondos han desaparecido con el candidato.

—No lo olvidaba... En elecciones se parte del principio de que un candidato tanto vale cuanto tiene. Don Moisés Opazo sin dinero jamás habría sido hombre público, ni nadie habría pensado en él para salvador del país y de su partido... Pero es preciso hacer algún sacrificio... Jugar algo a la gruesa ventura mientras tanto.

—Pero, ¿Ud. nos da esperanzas? preguntó el señor Pérez Urízar...

—Yo no desespero nunca... fué la ambigua respuesta de Román... Entretanto y para calmar la impaciencia de ustedes voy a poner un telegrama...

—¿A quién?

—A don Gualterio Lynch, director del servicio meteorológico...

—Pero, ¿qué tiene que ver?

—Eso corre de cuenta mía... Buenas noches caballeros... Adiós Miguel, te espero a almorzar el lunes en el restaurant de la Quinta Normal. Salgo para Santiago el domingo en el expreso de la noche...

Y aquel sujeto sin segundo, salió dejándonos a todos estupefactos.

III

Fuí exacto a la cita. Román Calvo se paseaba ya por el ancho verandah del restaurant.

Durante el almuerzo conversó, según su costumbre; de asuntos indiferentes. Sólo a los postres recordó a don Moisés Opazo.

—¿Ves esto? me preguntó sacando del bolsillo un objeto envuelto en un periódico...

—Parece un libro, le dije...

—Justamente, repuso él, es un libro impreso hace dieciocho años... En él encontré la clave del problema... Bien lo había yo pensado ayer en Viña del Mar.

Román Calvo tendrá siempre el privilegio de sorprenderme... Todo aquello me parecía incomprensible. ¿Qué relación podría existir entre el secuestro del candidato don Moisés Opazo, el observatorio meteorológico y un libro impreso dieciocho años ha?

—Esto quiere decir que ya tienes resuelto el problema, le observé..

—Sobre poco más o menos, y o mucho me equivoco o la provincia de Paposo va a deberme una buena lluvia de oro.... Pero es preciso ponerme en campaña inmediatamente. Esta noche saldremos para el norte en un automóvil del longitudinal, que nos espera en Calera a la pasada del expreso.

—¿Iremos muy lejos?

—Nada más que hasta Chañaral Alto, departamento de Combarbalá... Espero que llegaremos allí mañana a medio día. Tú ves, agregó riendo que el venerable señor Pérez Urízar no tenía razón para estar tan impaciente... Lleva sólo un neceser con dos mudas de ropa, porque si no me engañan mis cálculos el jueves estaremos nosotros de vuelta y don Moisés Opazo en viaje para Paposo.

Parece un libro, le dije...

—¿Habrás avisado a la policía de Combarbalá?

—¿Para qué?

—Para librar al candidato de sus secuestradores.

Román Calvo se sonrió.

—Basta y sobra con nosotros dijo. Creo que ni siquiera necesitaremos echar mano de nuestros revólveres.

. . . . . .

Extraño viaje el nuestro. Hasta Calera fuimos como todos, modestamente instalados en un carro de primera clase.

En Llay-Llay, mientras comíamos, Román volvió a hablarme de nuestro asunto.

--¿Conoces a don Moisés Opazo? me preguntó.

—Sólo de vista le contesté...

—Y él, ¿te reconocería a ti?

—Seguramente: me ve casi todos los días en el club.

No volvió a hablar del negocio una sola palabra.

Pasamos la noche corriendo vertiginosamente en el automóvil del longitudinal. Cuando amaneció habíamos ya pasado a Illapel y nos encaramábamos por los flancos del cerro de Parra cubierto de polvorientos matorrales. Era ya la provincia de Coquimbo, la frontera del desierto, la antesala de las áridas soledades del norte de Chile.

Poco más allá del túnel del Espino, Calvo después de desperezarse con mucha calma, abrió su neceser. Sacó de él un paquete y mostrándomelo, me dijo:

—Vaya Miguel, es preciso que comiences

a faltar a la ley... Para algo andamos en correrías electorales.

Yo lo miré extrañado.

—Si ese señor Opazo te conoce, como me dijiste anoche, es indispensable que te disfraces. Aquí traigo cuanto hemos menester.

Desenvolvió el paquete y extrajo de él, entre otros objetos heterogéneos unos bigotes, una pera postiza, y un pequeño espejo de mano.

Román Calvo me inspira una confianza sin límites. No pude por menos, sin embargo, de hacer una objeción...

—¿Por qué hemos de ocultarnos del hombre a quien vamos a libertar?

—Menos averigua Dios y perdona, repuso. Si Opazo te conoce, tengo para mí que tampoco eres desconocido para sus secuestradores.

Había algo aquívoco en el tono con que Román pronunció estas palabras.

El mismo Román me colocó los bigotes y la pera. Concluída la operación me miré al espejo. Ni el mismo diablo me habría reconocido.

En seguida Román sacó de un envoltorio un par de mantas sucias y desteñidas por el sol, dos pantalones harapientos y unos sombreros maulinos.

—Con estos ingredientes y con el polvo del camino dijo, ya no somos ni Miguel de Fuenzalida ni Román Calvo...

—¿Quiénes somos entonces?

—Dos pobres diablos de los campos de Coquimbo.

Comenzaba a quemar el sol, cuando el automóvil se detuvo frente a la mísera estación de Chañaral Alto. Junto a la casa del teléfono y amarrados a un raquítico algarrobo había dos caballos.

El jefe de estación se adelantó hacia nosotros, gorra en mano.

—¿Son ustedes, preguntó, los caballeros a que se refiere el telegrama de anoche?

—Los mismos, dijo Calvo, arrojando una mirada indiferente por los alrededores. Va Ud. a guardarnos aquí el automóvil. Seguiremos en él para Coquimbo después de mediodía. Es preciso que la vía esté despejada.

Subimos a caballo. Un estrecho sendero partía de la estación y trepaba por los flancos de una colina resecada por el sol.

—Sígueme, dijo Calvo.

Caminamos por espacio de una hora. El país era completamente desierto. Cactus deformes, pequeños grupos de chañares y algarrobos interrumpían sólo la monotonía del paisaje.

—Parece esto el fin del mundo, me dijo Calvo, y sin embargo, esta es una tierra famosa. Vamos a llegar al antiguo mineral de "El Dorado", que tantas riquezas vertió sobre la República allá por los años de 1840. Estos campos de Coquimbo y de Atacama fueron en otro tiempo para Chile lo que son hoy las pampas del salitre. No vamos ahora nosotros en busca de una mala mina... Un candidato a senador lo es siempre para una provincia.

—Pero, ¿no se habrá ya llevado el diablo a esa candidatura?

—Me imagino que no, fué la lacónica respuesta de Román.

Habíamos llegado al fondo de un valle estrecho y pedregoso, embutido entre escuetas montañas, casi desprovistas de vegetación. Un silencio de muerte reinaba a nuestro alrededor. El sol canicular resplandecía en un cielo sin nubes, de color azul profundo. Allá en el fondo se divisaba un grupo de edificios medio ruinosos.

—"El Dorado", exclamó Román señalándomelos con el dedo.

Nos aproximamos al tranco de los caballos. En el corredor de una de las casitas apareció una vieja.

—Necesitamos ver al patrón, le dijo Román...

—¿Qué patrón? preguntó la vieja entre sorprendida y temerosa.

—El caballero que vino aquí el miércoles pasado.

La buena mujer titubeaba, pero antes de que hubiera podido pronunciar una palabra, Román saltó del caballo y penetró resueltamente al interior del edificio... Yo le seguí sin pensar en lo que hacía.

En el fondo de la pieza, sentado en una antigua silla de mimbre estaba un hombre que al vernos se puso de pie, como movido por un resorte... Le reconocí...

¡Era don Moisés Opazo!...

¿Qué traen ustedes aquí? preguntó con voz temblorosa...

Román Calvo le miró de alto abajo...

—Vengo, le dijo, de parte del señor Pérez Urízar a pedirle que continúe su viaje a Paposo para iniciar los trabajos de su candidatura, o que renuncie de una vez a ella...

—¿Con qué derecho? balbuceó don Moisés...

—Con el derecho que tiene un partido para no ser burlado... Yo no soy político

Que al vernos se puso de pie, como movido por un resorte

pero comprendo tan bien como Ud. debe comprenderlo, que al aceptar una candidatura un caballero contrae un compromiso de honor, que no tiene derecho a ocultarse de una manera indigna para ahorrar gastos de dinero o de amor propio...

Don Moisés estaba anonadado. Quiso replicar con imperio, pero las palabras se le enredaban en la garganta...

—¡Ud. comete un atropello!... Tengo hijos!... ¡Salga Ud. de aquí!...

Román Calvo no se inmutó.

—Está bien, dijo con mucha calma; si Ud. quiere nos iremos inmediatamente, pero tenga Ud. presente que va a caer sobre su cabeza el más espantoso ridículo... Este caballero que me acompaña es el señor Miguel de Fuenzalida, y él como yo es testigo de que Ud. ha venido a esconderse a este rincón, porque no ha tenido el coraje de gastar su dinero, si el valor de aceptar con franqueza y con hidalguía una situación clara y definida...

El viejo nos detuvo con un ademán dejándose caer en su sillón.

—Pero, ¿qué remedio tiene? preguntó con voz balbuciente.

—Uno solo, repuso Román fríamente. Ud. se viene inmediatamente con nosotros. Un automóvil del ferrocarril nos espera en la estación de Chañaral. Esta tarde estaremos en Coquimbo, y dentro de dos días Ud. llegará a Paposo, no ya sólo a combatir sino a triunfar... Esa victoria Ud. la necesita... Es el precio de su honor...

—Pero esto no se sabrá, interrogó temblando el desventurado candidato.

—Se lo juro, no se sabrá...

IV

Aquella noche, cómodamente instalados junto a una mesa del hotel de Coquimbo, Román Calvo según su costumbre me explicó los procedimientos analíticos que nos condujeron a tan extraordinaria aventura.

—Desde el primer momento, dijo, me convencí de que no se trataba de un secuestro. No se saca así no más a todo un candidato a senador de un vapor de la carrera del norte, y cuando ese candidato es don Moisés Opazo, mucho menos.

Buen peine es el tal don Moisés; conozco su vida y milagros a fondo y bien de veras. Pertenece a una familia rica y antigua, en que el amor al dinero y el espíritu de empresa son una tradición. Su padre, un tal don Elías, vino a menos, se arruinó en ciertas empresas mineras y arrastró a no pocas gentes en su catástrofe.

La pobreza por una parte, y por la otra los atavismos hereditarios, hicieron de don Moisés desde temprano la verdadera pierna de Judas. Circulan las historias más divertidas acerca del origen de su fortuna. Puede Ud. estar seguro de que nada ha hecho que merezca la cárcel. Es honrado como un artículo del código, pero pedirle caballería, pensamientos altos, nobleza de alma sería pensar en lo excusado.

Como todos estos impoderes de la vida en el campo de los negocios ha deseado figurar en política. Un asiento en el Senado, es en este país la consagración del hombre, su carta de ciudadanía y de nobleza. No es raro pues que don Moisés haya tomado interés por la cosa pública.

Fué sin embargo un entusiasmo del momento.

Cuando llegó la hora de girar contra el banco, en el alma de ese hombre han debido trabarse combates horribles. El tan meticuloso, tan agrio en cuestiones en que debatían doscientos pesos, no podía sin que su naturaleza se haya sublevado a derrochar doscientos mil. Ello se comprende en un ambicioso o en un fanático... En don Moisés Opazo de modo alguno.

Y fíjate que un hombre de negocios como ese, sólo da las batallas para ganarlas. Un sillón del Senado sería para él una inversión de fondos, pero... no es don Moisés Opazo quien vaya a comprar derrotas.

Acaso pensó en retirar su candidatura, pero su inmenso amor propio le retrajo seguramente de hacerlo.

Entonces ideó el secuestro. Ese Caifás tiene una fantasía a su manera. Por desgracia la máquina era demasiado burda. Tú sabes que muy pocas gentes se marean viajando para el norte. La mar es en esos climas muy bonancible, y el vapor viaja con la corriente y el viento a su favor. ¡Un hombre de cincuenta años mareado como una viuda histérica en una travesía de Valparaíso a Taltal!... No era creíble... Por otra parte tú recordarás que dirigí un telegrama al jefe del Servicio Meteorológico... Ya comprenderás que le preguntaba por el tiempo reinante en los mares del norte los días entre el 15 y el 18 de febrero... La respuesta fué: Calera chicha.

El camarero que lo atendía fué sin duda su cómplice, si ese nombre puede darse al acto de haber ayudado al éxito de una estratagema que en el fondo no encierra ningún delito.

Pero lo que disipó mis últimas dudas fué este librito... Yo recordaba haberlo leído hace años. En 1896 don Moisés hizo un viaje a Europa, y, ansioso de notoriedad como ha sido siempre publicó sus impresiones. Pedí el libro en la biblioteca y no necesité hojearlo mucho para encontrar lo que buscaba... Aquí está en la página 3.

Diciendo estas palabras Román me alargó un pequeño volumen, señalándome un pasaje con el dedo. Allí leí las siguientes palabras:

" Sopla un viento del sur huracanado.
" Al doblar la punta de Curamillo que de-
" saparece casi bajo nubes de espuma, los
" balances del vapor son intolerables. Uno
" a uno van desapareciendo de cubierta los
" pasajeros. A la hora de comer, sólo media
" docena de personas pudimos sentarnos a
" la mesa. Los demás habían sido víctimas
" del mareo".

—Como ves, continuó Román, nuestro hombre fué una de esas pocas personas, y quien resiste impertérrito un viento sur en la punta de Curamillo en camino de Talcahuano, no ha de marearse en Calera chicha, yendo para Coquimbo.

Se trataba pues de una farsa.

¿A dónde se había desembarcado?

¿En Coquimbo, en Huasco o en Caldera?

Desde el principio opté por Coquimbo. Don Moisés no había fingido mareo si no hubiese querido despistar a los que quisieran buscarlo. Por eso se arregló con el ca-

marero para mantener la farsa el mayor tiempo posible.

Además yo no ignoraba la existencia de aquel maravilloso escondite del Dorado. Allí perdió su fortuna el padre de nuestro héroe. Fué un mineral famoso y don Moisés lo ha conservado hasta la fecha por una especie de superstición... El año pasado, residió aquí algunos meses una sobrinita suya enferma del pecho... Se publicó en todos los diarios.

Fuí pues allá con la entera seguridad de encontrarlo... No podía esconderse mejor y don Moisés es hombre que lo entiende...

. . . . . .

El 18 de marzo supe que nuestro hombre había ganado sus elecciones.

Es un verdadero senador por fuerza.

PEQUEÑO POETA INFANTIL

Para Carmencita Calderón

Las hadas, las bellas hadas,
Existen, mi dulce niña,
Juana de Arco las vió aladas...
En la Campiña.

Las vió al dejar el mirab
Ha largo tiempo, Mahoma.
Más chica que una paloma
Shakespeare vió a la Reina Mab.

Las hadas decían cosas
En la cuna
De las princesas antiguas:
Que si iban a ser dichosas,
O bellas como la luna;
O frases raras y ambiguas.

Con sus diademas y alas,
Pequeñas como azucenas,
Había hadas que eran buenas
Y había hadas que eran malas.

Y había una jorobada,
La de profecía odiosa;
La llamada
Carabosa.

Si ésta llegaba a la cuna
De las suaves princesitas
No se libraba ninguna
De sus palabras malditas.

Y esa hada era muy fea,
Como son
Feos toda mala idea
Y todo mal corazón.

Cuando naciste, preciosa,
No tuviste hadas paganas,
Ni la horrible Carabosa,
Ni sus graciosas hermanas.

Ni Mab, que en los sueños anda,
Ni las que celebran fiesta
En la mágica floresta
De Brocelandia.

Y, ¿sabes tú, niña mía,
Por qué ninguna hada había?
Porque allí,
Estaba cerca de ti
Quien tu nacer bendecía,
Reina más que todas ellas,
La Reina de las estrellas,
La dulce Virgen María.

Que ella tu senda bendiga,
Como tu Madre y tu Amiga.
Con sus divinos consuelos
No temas infernal guerra;
Que perfume tus anhelos
Su nombre que el mal destierra,
Pues Ella aroma los cielos
Y la tierra.

RUBEN DARIO

Al aparecer el jabalí, el que está más cerca lo persigue y siguen todos ansiosos de alcanzarlo, ganando así los honores de la cacería

El Rey de las Selvas

Por el General
Sir Robert Baden Powell

Desde hace tiempo inmemorial, el león ha sido considerado como el verdadero rey de las selvas. En esta interesantísima relación, llena de recuerdos personales, el fundador de la institución de los Boy-Scouts depone al león de su título inmerecido de rey de los animales y lo otorga al jabalí.—Er. P. M.

Ilustrado por el autor.

La timidez del león

¿Quién es el rey de las selvas?

Todos piensan, en el acto, que es el león; el llamado rey de los animales.

¿Por qué? Porque todos lo dicen. Pero esta no es una razón de suficiente peso. El león es un animal tímido; parece temible cuando se alza con majestuoso porte encerrado en la jaula de una exhibición de animales domados y cree que alguien piensa arrojarle algún pedazo de bizcocho; pero en los bosques, ¿dónde se le encuentra? He recorrido espesas selvas y matorrales días enteros a través de grandes distancias malgastando mi tiempo en la inútil empresa de verle y cuando dejaba mi rifle en el suelo y apuntaba con mi escopeta a algún pajarraco cualquiera, surge de improviso y se me presenta a la vista; son las únicas ocasiones en que he podido divisarlo!

No pretendo que el león sea siempre tímido pero no me agrada que se le designe con el pomposo título de Rey de la Selva cuando hay otros animales que merecen realmente ser temidos.

Como enemigo del cazador no es tan respetado por éste como el búfalo. Es verdad que es una vestia feroz, peligrosa, con un mal humor espantoso, dotado de una agilidad asombrosa y de una habilidad extrema, cualidades que han sido fatales a muchos hombres. Pero, difícilmente puede llamársele con propiedad el "rey de la selva" pues huye del peligro cada vez que tiene ocasión para ello y sólo cuando está herido o acorralado se vuelve contra el cazador y se lanza al ataque.

Pero el jabalí es una fiera muy distinta.

Tiene un valor y un desprecio al peligro que es innato y exclusivo de él y un deseo salvaje de atacar a cualquier animal u objeto que se presente ante su vista; y no sólo quiere atacarlo, sino también matarlo; y nada hay que le agrade más que empeñarse en un combate sintiendo un gozo brutal al hacerlo. Sus padres lo educan desde pequeño para el combate.

Los momentos más felices que he pasado en medio de las selvas han sido las horas en que la luna inundaba el ramaje con su argentada y suave luz mientras yo observaba la forma en que el feroz jabalí se enseñorea de los bosques.

Veía los ciervos acercarse tímidamente a beber en el riachuelo, con sus orejas atentas para percibir cualquier sonido mientras las ventanillas de la nariz huzmeaban la brisa, temerosos, en todas direcciones. Se demoran los ciervos mucho tiempo para llegar hasta la orilla del agua y cuando llegan allí la tragan nerviosamente, a sorbos, en forma precipitada, prontos para huir al menor ruido. Los chacales, mucho más atrevidos, no son menos tímidos y están constantemente sobre aviso a cualquier señal de peligro. El leopardo, también, hace todos sus movimientos con un andar lento y escurriéndose por entre los matorrales, mirando siempre a su alrededor, tal como si temiera que alguien siguiese sus pasos.

El único animal que parece no preocuparse de los múltiples peligros que le rodean es el jabalí. Viene a lo largo del sendero, gruñendo amenazante; todos los demás animales le ceden el paso y se retiran del borde del agua para dejarlo beber, algo que él hace con una forma atrevida y satisfecha. Si oye una alarma se vuelve a mirar a su alrededor y endereza sus cerdas, ansioso de lanzarse al combate cuando todos los demás huyen o se esconden.

La educación del jabalí

Una noche tuve la rara fortuna de contemplar una manada de jabalíes que bajaban a beber y en seguida, esparramándose por los matorrales escarbaban el suelo y arrancando árboles y de cuando en cuando arremetían a alguno de sus compañeros. Esta manada estaba compuesta de jabalíes de todas edades. De improviso dos de los más nuevos se enfurecieron y se lanzaron resueltamente al ataque, causándose heridas profundas con los colmillos. Inmediatamente los demás suspendieron su tarea de arrancar árboles y demás operaciones, aguzaron sus orejas y, gradualmente, formaron alrededor de los combatientes un gran semi-círculo, observándolos atentamente en su pelea, tal como dos muchachos se dan de bofetadas delante de sus mayores.

Fué una lucha corta y terrible en la cual se empeñaron los animalitos con la mayor energía y rabia; cada uno trataba de arrancarle los ojos o cortar el cuello a su adversario. No podían hacerse gran daño, pero antes de mucho rato brillaban a la suave luz de la luna manchas de sangre que manaba de las heridas que se habían causado con sus afilados colmillos.

Esta es la educación que reciben los jóvenes jabalíes.

Es un hecho ya comprobado, que de todos los animales de la creación, el jabalí es el único que no teme acercarse al agua a beber al lado de un tigre y hasta se recuerda el caso de uno que bebía teniendo un tigre a cada costado suyo.

El explorador, Mr. Inglis, describe un espantoso combate entre un tigre y un

El jabalí dando un ronco gruñido dió al tigre dos o tres embestidas clavándole sus poderosos colmillos

Hay en la India diversas clases de jabalíes. Existe el de la raza llamada Tatainya, corpulento, con cerdas solo en el lomo que acomete, y el Meilier, pequeño y gordo con cerdas en todo el cuerpo, que huye del cazador

jabalí, que él tuvo ocasión de observar desde su escondite al lado de una laguna de un bosque, a la cual se habían acercado ambos para beber.

"Cuando el jabalí fué visto por el tigre, éste rugió en forma amenazadora; pero el viejo jabalí no pareció preocuparse de esta circunstancia. Repitió su constante ¡hoo! ¡hoo! en una forma más agresiva, más insultante y provocadora que de costumbre. No sólo hizo esto, sino que a tal estado llegó su temeridad, que avanzó con pasos cortos y rápidos en dirección al intruso".

"El tigre se agazapó de improviso y empezó a arrastrarse rodeando al jabalí, el que cambiaba de frente a cada movimiento de su ágil y formidable adversario, manteniendo su cabeza puntiaguda y resuelta con los colmillos terribles levantados hacia su traidor enemigo. Las cerdas del lomo del jabalí estaban en ángulo recto con su potente espina dorsal. La cabeza, en forma de enorme uña, firmemente unida al cuello en una sola pieza y sosteniendo ésta los hombros musculosos y toda la actitud de su cuerpo denotaba una rabia incontenible y resuelta, dominada por una prudencia necesaria.

"El tigre rugía y mostraba sus dientes enormes. Todo esto, que me demoro tanto tiempo en referir, transcurrió en breves instantes. Agazapándose aún más y recogiendo sus miembros agilísimos, el tigre rompió el silencio del bosque con un rugido formidable, al mismo tiempo que de un salto se arrojaba sobre el jabalí que lo esperaba atento.

"Por breves momentos la lucha fué maravillosa por la intensa excitación que dominaba a los combatientes. Con un rápido y maestro golpe de una de sus poderosas garras, el tigre administró al jabalí un golpe terrible en las quijadas, que lo hizo rodar un buen trecho por el suelo, cubierto de sangre; pero el jabalí dando un ronco gruñido, embistió al tigre de nuevo dándole dos o tres trompadas y con sus crueles y cortantes colmillos infirió diversas heridas al temible felino, cubriéndolo de sangre.

"El cerdo feroz había recuperado el terreno perdido. Con otro tremendo gruñido se abalanzó de nuevo sobre el tigre, el que eludió esta vez prontamente el golpe y rápido y acechando al jabalí como un gato observa la rata, se aprestó a dar un salto tremendo y al caer se aferró del lomo del jabalí, hundiéndole los colmillos en los hombres y arrancándole con las garras y con sus fauces enormes, grandes trozos de carne que se desprendían y caían del cuerpo de su antagonista el que se estremecía con impotente rabia. Parecía que la lucha iba a concluir en favor del tigre y, en efecto, el jabalí, discretamente o de intento, cayó de bruces haciendo rodar el tigre por el suelo permitiendo al jabalí caer a su vez sobre él.

"Yo, desde mi escondite, casi dejé escapar un grito: "Ya lo tienes", pensé al ver que se trocaban los papeles. Oprimiendo el cuerpo del tigre con sus patas delanteras, el jabalí le proporcionó varias feroces dentelladas y cuando sintió que se desfallecía, agobiado por el dolor y la fatiga se echó a un lado, sin aliento, hundiendo el hocico en el pasto; pero todavía con su cara amenazante vuelta hacia su enemigo.

"El tigre estaba a su vez mal herido, pronto a expirar. Las heridas manaban sangre en abundancia... Prontamente vació sobre ellos el contenido de mis fusiles y tuve la satisfacción de ver cómo, lentamente, aquella masa de carne viva aún dejaban de moverse".

Ensartando jabalíes

El método empleado para cazar jabalíes puede describirse en esta forma:

Se organiza una batida y los cazadores se sitúan en grupos apostados en los tres o cuatro puntos más ventajosos alrededor de la selva. Al hacer su aparición el jabalí, el cazador que está más cerca lo persigue

animando su caballo y cada uno trata de alcanzarlo y ensartarlo, ganando con este acto los honores de la cacería.

Ganada "la primera lanzada", toca a la partida de cazadores unir sus esfuerzos para repeler los ataques del jabalí, alcanzándole de nuevo y matándole con las lanzas que no se abandonan durante la batida.

La rapidez que puede acanzar al jabalí en su carrera es una de las cosas más sorprendentes para aquellos que asistan por la primera vez en su vida a estas emocionantes cacerías. Naturalmente, la velocidad y duración de su carrera dependen en gran parte de la raza y de la condición en que se encuentra el jabalí; del estado del terreno que cruza la cacería y de la manera en que se le persigue; pero, por lo general, un solo jinete con mucha dificultad puede darle alcance en las primeras cuadras de la correría y si el cazador quiere ahorrar fatigas a su caballo en los primeros ímpetus de la carrera, debe sólo tratar de seguirlo, sin perderlo de vista, pues, cuando crea que va a dar pronto alcance al jabalí descubrirá que este emprende de nuevo una veloz carrera que puede proseguir en una forma continua, siempre alejado de sus perseguidores. Así, pues, la carrera se transformará en una prueba de resistencia entre el caballo y el jabalí.

En una correría en la cual tres o cuatro cazadores tratan de ensartarlo a la vez, el jabalí se ve perseguido con mayor encarnizamiento de lo que desea desde el principio y, en consecuencia, aunque puede mantenerse a cierta distancia de sus perseguidores en cierto espacio de tiempo le falta el aliento y pronto es alcanzado.

Cuando el jabalí, en el curso de su precipitada fuga, descubre que se le persigue muy de cerca, observa a su perseguidor y anticipa la dirección que llevará la lanza con qué arremete el cazador, quitándole el cuerpo ya a derecha o a izquierda o girando de improviso a uno u otro lado, casi adivinando a qué lado está menos preparado el jinete para volver su cabalgadura al realizar esta estratagema, hace creer al jinete que torcerá a un lado, volviéndose incontinente al lado contrario.

Pésimo carácter del jabalí

Al encontrarse acosado muy de cerca el jabalí se pone furioso y a menudo carga con el primer objeto que se le presenta ante su vista, ya sea que tenga que ver con su perseguimiento o no.

Una mañana he visto dos jabalíes en el curso de su huída cargar contra dos indios que se encontraban cerca de la línea que seguían en su fuga.

Uno de los hombres recibió varias dentelladas y el otro logró salvarse arrojándole a la cabeza una manta. Afortunadamente para él, el jabalí se lanzó sobre el trapo, acometiéndolo con furia, y perdió la vida mientras se ocupaba en hacerlo pedazos.

En cierta ocasión tuve la oportunidad de ver a un sportsman, que recién llegaba de Inglaterra, sentado sobre su caballo, fuera del bosque en que se organizaba una batida (naturalmente, no trataba de esconderse) mirando con ojos despreciativos todos los preparativos que se hacían para matar un miserable cerdo; cuando, de improviso, un viejo jabalí lo divisó por entre los matorrales y sin detenerse a pensar dos veces lo que hacía, se lanzó al ataque.

El sportsman, galopando, se le adelantó a pesar de que todos le gritábamos

Sólo tuve tiempo de meterle la lanza en el pecho, cayendo yo derribado a la embestida del animal

que huyera. El jabalí, sin embargo, no tenía intención de dejarse pasar a llevar por delante, y apurando el paso cargó al caballo pasándole a llevar las patas delanteras y el pobre caballero dió con su humanidad en el suelo en forma verdaderamente "imperial". Veinte minutos más tarde el sportsman recuperaba los sentidos despertando, al mismo tiempo, con nuevas opiniones más respetuosas hacia el jabalí.

No creo que haya nadie en el mundo que se atreva a contradecirme cuando digo que el jabalí posee el carácter más insufrible. En cuanto experimenta cualquier molestia recurre inmediatamente al empleo de sus colmillos en forma verdaderamente inconveniente. Ataca lo que se le presenta a la vista, desde un elefante hasta uno de sus hijos recién nacidos.

El hombre está de pie, firme en su puesto con la lanza hacia adelante, firme como una barra de fierro

Cuando huye perseguido por los cazadores, he visto a un jabalí correr pasando a llevar a sus hijuelos, dando dentelladas a diestra y siniestra, despejando así el camino que cruza. Por regla general es muy difícil conseguir que los elefantes hagan frente a un jabalí; lo conocen muy bien y tienen mucho miedo. En cierta ocasión empleamos un enorme elefante para batir una cacería en el bosque más cercano y al pasar por un sendero divisó a un jabalí y se quedó aterrado, sin moverse; pero el cerdo feroz lo atacó sin vacilar y le infirió una herida tan profunda, que nos impidió volver a utilizarlo de nuevo en esta tarea.

Para confirmar mi afirmación relativa al mal humor innato del jabalí, debo recordar lo que dice a este respecto el mayor Wardrop: "Algunos jabalíes son muy curiosos, de mal carácter y deben ser malísimos compañeros selváticos; ¡quién sabe si este mal carácter proviene de dolor de muelas o de amor mal correspondido! no sé cuál sea la causa... Un jabalí salió de la selva un día, y corrió un trecho de más o menos cuatrocientos metros, y al divisar una carreta detenida en el llano, siguió trotando hasta llegar a su lado y le dió dos o tres dentelladas en las ruedas y siempre enojado se volvió para internarse en el bosque".

Su habilidad en el empleo de los colmillos

Uno de los rasgos característicos del jabalí, que más llama la atención de los cazadores noveles, es su innegable habilidad para encontrarse de improviso a mucha distancia del perseguidor más cercano y en otro instante bajo el caballo de éste. Otra cosa que llama mucho la atención es la fuerza y perfección con la que gracias a un rápido movimiento de su cabeza causa a su enemigo una herida mortal con sus temibles colmillos. Esta rapidez y maestría con que maneja sus dientes es el fruto de un largo y constante aprendizaje que practica desde su nacimiento y aprende su acertado empleo en las luchas que emprende con sus rivales a medida que avanza en edad.

En un corral de la estancia en que vivía un jabalí salvaje nuevo, durante algún tiempo y muchas horas he pasado observando la forma curiosa en que la fierecilla avanzaba y retrocedía atacando un tronco de un árbol con la más incansable energía.

Muchas personas suponen que los jabalíes usan sus colmillos superiores para atacar al enemigo; éste, sin embargo, no es el caso. Los colmillos superiores son demasiado romos y gruesos siendo inservibles para el ataque y no desempeñan otro papel que el de protectores y afiladores de los colmillos inferiores. En dos ocasiones diversas he podido comprobar, personalmente, que los colmillos superiores no son peligrosos.

Un jabalí muy viejo, que tenía colmillos superiores perfectos, pero que adolecían del defecto de tener sus colmillos inferiores quebrados, se metió un día entre las patas del caballo que yo montaba y aunque lo marcó con la espuma que salía del hocico no le hizo el menor rasguño.

Por otra parte, otro jabalí viejo, en el cual descubrimos poco después que tenía sus colmillos inferiores en buen estado pero con uno de los de la mandíbula superior quebrado y el otro gastado, corría locamente por el campo enfurecido por haber sido lanceado dos veces cuando divisó de pronto dos indios que trabajaban allí cerca. Cargó a uno de estos y echándolo al suelo le causó varias heridas profundas.

El otro indio vino a ayudar a su compañero y fué a su turno tendido de espaldas en el suelo y mientras estaba en esta posición procedió a tratar de darle sus feroces dentelladas en el pecho. El hombre consiguió mitigar el efecto de las arremetidas de su feroz enemigo aferrándolo de la mandíbula inferior con las dos manos y sosteniéndolo así con afán desesperado hasta que llegaron los demás cazadores en su auxilio; pero, a pesar de esto, encontramos que tenía cerca de quince heridas graves.

El manejo del caballo en las cacerías de jabalíes

Para lograr éxitos en las cacerías en que se procede a ensartar jabalíes se da más importancia al trabajo realizado por el jinete que a la destreza del caballo que monta, al revés de lo que sucede en otros sports a caballo tales como la carrera, el steeplechase, al polo, la caza de zorros. Un buen caballo es ciertamente una ventaja y una comodidad; pero no es imprescindible. Un jinete experto en un caballo ordinario puede derrotar a un mal jinete montado en un magnífico caballo árabe.

Algunas personas aseguran que para tener éxito en la tarea de ensartar jabalíes debe el jinete ser un hombre liviano, pues este sport requiere ante todo agilidad como en cualquier otro sport de cazador y aducen en prueba de su teoría que casi todos los premios ganados en estas cacerías han sido obtenidos por personas livianas o de peso mediano. Pero este aserto no basta como prueba suficiente ya que la clase de caballo sin duda ejerce alguna influencia en estas razas de primera sangre y los hombres de peso liviano pueden cabalgar la mejor clase de caballos para esta tarea, es decir, los de raza árabe; mientras que los jinetes de mayor peso se ven obligados a usar caballos australianos o indios en terrenos a los cuales no están habituados.

En la práctica hemos descubierto que lo que el jinete de peso liviano gana por su poco peso pierde en poder de resistencia, una consideración de gran importancia en la tarea de manejar el caballo.

Muchos jinetes tienen una especie de instinto natural para adivinar la táctica de defensa que emplea el jabalí por natural instinto. Esta forma de adivinación se perfecciona con la observación que da una experiencia prolongada y les permite en la carrera vertiginosa acometida en persecución del jabalí mantener atentos el dominio de sus cabalgaduras sacando todas las ventajas posibles en los quites y revueltas del fugitivo. Ellos no necesitan ser los primeros en los comienzos de la batida, pero son, invariablemente, los primeros en ver y aferrar la oportunidad precisa para ensartar al jabalí y lo hacen con tal energía y resolución que si fueran imitados por muchos otros terminarían su largo período de infructuosas tentativas en las cuales no alcanzan un solo éxito. Pero una gran proporción de pseudo-cazadores se ven constantemente cohibidos por su falta de decisión, que le es fatal, ya sea en el campo donde se lancean jabalíes o formando parte de la caballería en un combate con el enemigo de la patria; ven su oportunidad, pero antes de aprovecharla se detienen a considerar "¿Será bastante buena esta oportunidad? ¡oh, sí, creo que sí, pues bien, hagamos la prueba! ¡Allí va!"

¡Pero es ya demasiado tarde!

¡Allá va! debiera ser siempre en los hombres el principio directriz de sus acciones y cualquiera consideración debiera hacerse después de ejecutar el acto, tal como el sistema de dar la voz de alerta empleada por el centinela de Baluchi, que mete la bayoneta en el pecho del intruso que avanza y, en seguida, grita: "¿Quién vive?" Adelántese y páseme la contraseña". (Lo que relato es verídico).

Ensartando jabalíes a pie

Afrontar la arremetida de un jabalí salvaje estando a pie es uno de los sports preferidos en las Islas del Pacífico y es un sport verdaderamente emocionante.

El cazador se sitúa en un vericueto del bosque armado sólo con una espada corta y fina muy resistente. El bosque es batido por los ayudantes aborígenes que colaboran con el cazador en la tarea de encon-

trar el paraje en que se guarece el jabalí y éstos en su afán de escapar se dirigen a los caminos y senderos. Estos han sido, de antemano, cerrados cuidadosamente de tal manera que las bestias se ven obligadas a dirigirse al único camiño que les queda libre y en el cual acecha el cazador armado con su machete.

Tan luego como el jabalí divisa un adversario que le cierra el camino aguza sus orejas y se le va encima con feroz resolución.

Pues bien, un jabalí pesa alrededor de trescientas libras y su peso multiplicado por el ímpetu que le imprime su carrera vertiginosa llega a no sé cuántas toneladas en el momento que alcanza su objetivo. Sé, por experiencia propia, en qué forma cae sobre su perseguidor.

Tratándose de hacer la caza del jabalí en la forma practicada por los naturales isleños del Pacífico, el hombre está de pie firme en su puesto, con el brazo y la espada extendida hacia adelante como una barra de fierro. Al cargar el jabalí deja caer el cazador la punta de la espada en un golpe mortal dado al cuello del jabalí precisamente detrás de las orejas; el ímpetu de la carrera que trae hace su obra: la espada se encaja en la espina dorsal y el animal cae de bruces, muerto de un sólo golpe. Si el cazador yerra el golpe puede darse por muerto, a su vez, pues el jabalí lo tenderá en el suelo y le abrirá las entrañas.

Cuando por la primera vez de mi vida me atreví a lancear un jabalí estando a pie me vi obligado a hacerlo a causa de mi propia propaganda acerca de los conocimientos que tenía en el sport.

Formaba parte de una expedición de sportsmen que habían llegado a la India con el propósito de entregarse a las cacerías de jabalíes. Habíamos recién herido un enorme jabalí que se había refugiado en una espesura de la selva de la cual no podía salir sin ser visto. Entraron los batidores a caballo a la espesura para obligarlo a salir. Pasaron de uno a otro lado pero el jabalí no parecía. Los hicimos andar el camino nuevamente en sentido contrario, sin resultado alguno.

Teniendo la certidumbre de que la bestia feroz estaba allí escondida me desmonté del caballo y lanza en mano me adelanté, seguido de los batidores a caballo y atravesando la espesura por tercera vez.

Yo iba al centro de la hilera de batidores y cuando ya habíamos hecho más de la mitad del camino, noté que los indios se apartaban a un lado hasta dejarme solo. Sospeché que el jabalí estaba en aquellos contornos y que ellos lo sabían muy bien. No tuve estas sospechas largo rato, porque, de repente, vi salir de los espesos matorrales que tenía al frente un jabalí enorme que se abalanzó sobre mí al verme. Tuve sólo el tiempo de ponerle la lanza en el pecho y ésta penetró en el cuerpo del jabalí; pero el peso de su carrera me trajo al suelo de espaldas. No solté la lanza, sin embargo, y en esta forma, aunque no podía levantarme, lo mantenía alejado. El jabalí, a pesar de tener la lanza enterrada en el pecho, no se desanimaba y hacía lo posible por venirse encima y sacarme las tripas.

Afortunadamente los indios levantaron una gritería fenomenal atrayendo la aten-

Venció el jabalí

ción de los demás cazadores que se desmontaron prontamente y me salvaron de la difícil posición en que me encontraba.

La parte más difícil fué la que siguió en seguida. Después de haber dado muerte al jabalí y de ser medido escrupulosamente y admirado, en consecuencia, los cazadores me preguntaron: "¿Indica el reglamento que los cazadores deben echar pie a tierra cuando el jabalí ha sido herido?"

"Naturalmente", les repliqué, deseando rehabilitarme a sus ojos. Pero muy pronto tuve ocasión de hacerlo. Pocos días después organizamos una nueva partida de caza y esta vez el jabalí se había escondido en un matorral de caña de azúcar, me vi pues obligado a cumplir con el reglamento dirigiendo la cacería a pie, con la lanza en ristre, en un paraje en que toda la disposición de los alrededores estaban en favor de la fiera, que era, dicho sea de paso, un jabalí iracundo en extremo, y de enorme tamaño.

Sin embargo, a pesar de estas condiciones adversas logré realizar con éxito el combate singular en que tomamos parte. Después de un encuentro emocionante le di la muerte.

Entonces llegamos a comprender el mérito de este sport e introducimos la costumbre de desmontarnos para atacar al jabalí como práctica regular en nuestras cacerías.

El valor indomable del jabalí

El valor real del cerdo salvaje puede equilatarse cuando desfallecido por las heridas y sin poder correr más tiempo se detiene a defender cada pulgada de terreno en su retirada a algún sitio seguro para detenerse allí y defenderse hasta la muerte.

Cualquier objeto excepto una buena lanza, que es para él un arma terrible, parecen despertar en cada bestia nuevos ímpetus feroces. Se pone en pie, en sus extremidades fijas en el suelo y separadas entre sí; su cabeza gacha; sus colmillos chocando unos con otros y sus ojos inyectados de sangre, los que revuelve sin cesar, observando anhelante cada movimiento de sus implacables enemigos, hasta que el avance de alguno de sus adversarios lo impele a lanzarse al ataque y cargar con un vigor y una actividad inesperado después de lo cual vuelve, tratando, a situarse en su posición escogida. Si acaso un jinete trata de acercársele por detrás, nota con rapidez pasmosa el movimiento y se vuelve con igual velocidad. Nunca parece perder su dominio sobre la cabeza y sobre el corazón y se arroja imperturbable sobre las puntas de las lanzas una y otra vez con una valentía que pasma aún cuando se le aparte a un lado con una lanza enterrada en su cuerpo, tratando de lograr aplicar sus dentelladas al caballo o al cazador.

Las heridas que dejarían postrado a cualquier otro sér de la creación, parecen no afectar grandemente a este animal. Aunque tenga el cráneo abierto con un tiro de fusil se le ha visto cargar con renovado ardor.

El Duque de Connaught, en cierta ocasión, tuvo una cacería admirable con un jabalí que resultó ser un digno ejemplar de su especie.

El jabalí había salido de un paraje de difícil acceso. Lord Downe, que lo perseguía más de cerca, fué el primero en entrar a combatir con él y al hacerlo el jabalí se volvió y le hizo frente atacándolo en el acto y aunque le dió una feroz lanzada el animal se desquitó arremetiendo al caballo que montaba. El . Dr. Kavanagh, que llegó poco después, cargó a su turno y consiguió contener un momento a la bestia propinándole un golpe de lanza en la punta de la trompa; pero al recibir la lanza ésta entró tan adentro, que le impidió sacarla y quedó clavada en el cráneo del jabalí. A pesar de este contratiempo, el viejo jabalí se volvió en retirada hacia al bosque en los precisos momentos en que el Duque se le acercaba y le daba un lanzazo a fondo que le cortó la retirada y habiéndole sacado la lanza de la cabeza se puso a cargar a sus enemigos. Persiguió al Dr. Kavanagh un largo trecho y logró desmontar a otro de los cazadores; sólo después de una ruda batalla recibió el golpe de gracia de manos del Duque de Connaught.

En este último estado de la lucha, cuando se encuentra cercado de enemigos, el jabalí muestra ese valor indomable y esa fiereza que es característica propiamente suya y que le hace merecer el sitio de honor entre los animales de caza.

En esas ocasiones, cuando sus sentidos se despiertan al golpe de sus adversarios, el cazador siente una honda admiración hacia esta valerosa bestia feroz.

Es sin duda alguna el legítimo Rey de las Selvas.

⚜ ⚜ ⚜

Señorales del ejército rebelde, entre ellos Villa

Pancho Villa y la situación de Méjico

Ilustraciones fotográficas

Desde hace tiempo, y especialmente ahora, el general Francisco Villa es el hombre de la situación en Méjico. En realidad, es un tipo digno del estudio de un Lombroso: alto, no mal parecido cuando sonríe; puro facineroso cuando se enoja, tiene sus rasgos de generosidad (que bien poco le cuestan) con sus amigos; y en cuanto a sus enemigos, le pasa lo mismo que al célebre Narváez, Duque de Valencia; no tendrá ninguno cuando muera; los habrá suprimido a todos en debido tiempo, salvo aquel que logre eliminarlo a él, hecho que será difícil puesto que la experiencia demuestra en todos estos países revolucionarios, que los caudillos que matan a mansalva a muchos, rara vez hay quien se atreva a asesinarlos. Villa, que según dicen las crónicas, se llama en realidad Doroteo Arango, es el natural producto de la intensa conmoción producida en Méjico por cerca de cuatro siglos de esclavitud, consagrada en el siglo XIX por la tiranía de Porfirio Díaz, quien, en vez de usar de su poder sin límites durante más de 30 años en formar ciudadanos, mató todo espíritu público, absorbiendo todo el poder, vida nacional y riquezas naturales en un puñado de satélites suyos.

Los antecedentes de Villa no pueden ser peores; se le achacan toda especie de crímenes; ha ejercido todas las profesiones más dudosas, desde asesino y salteador de caminos hasta ladrón de ganados y de bancos; ponemos aquello en primer término por considerarse aquí menos criminal que lo segundo, pues matar y robar en los caminos, eso lo hace cualquiera sin mayor menoscabo para su buen nombre. ¡Se hace a diario en la capital, qué tiene de particular que en los Estados también haya "operado" Villa igualmente!

Reune él todas las cualidades para imponerse a los demás: imperioso, activo, sin escrúpulos de ningún género; disciplinario a outrance; orden que da tiene que ser obedecida en el acto o manda fusilar al que la desobedece; valiente, suspicaz y malicioso, cuanto le falta de instrucción y de conocimientos generales y sociales, sabe suplirlo con audacia y consejos. Tener conciencia de su ignorancia; saber él mismo que es burdo y patán y confesarlo, indica que es verdaderamente inteligente. Tiene a su lado dos "profesores" que le están enseñando a comer como persona decente y a conducirse bien. Parécese en esto a don Porfirio Díaz al principiar su carrera pública, pues es de notoriedad que éste, al contraer matrimonio con la hija de Romero Rubio, su segunda esposa, era todavía tan tosco, que ella le enseñó la manera de portarse en la mesa y logró refinarlo poco a poco hasta pulirlo después de algunos años. Villa posee también muchos de los rasgos de Díaz, y no será extraño, si logra escapar con vida, que llegue a ser en México, una segunda edición,—quizás aumentada y corregida,—de aquel otro caudillo.

Tal es el hombre que hoy por hoy ejerce mayor poder y dominio militar en este país. Sus procedimientos hacen temblar a todo el mundo.

Aparte de las dotes de guerrillero y aún de verdadero militar que ha demostrado en toda ocasión, desde que figura en primera línea, tiene rasgos y vicios originales. Al llegar a Guadalajara hace poco, reunió a los principales vecinos a quienes entre otras cosas dijo la siguiente frase textual: "Yo no sé hablar, pero he venido a dar garantías a todo el mundo y a decirles que ya Dios no manda en los cielos, ni los ricos en la tierra"!—Los ferrocarriles estaban paralizados por falta de combustible; pidióse a Estados Unidos, en donde exigieron su valor en oro americano que no pudo conseguirse. Villa ofreció en pago excelentes cueros mexicanos que son muy estimados y más ahora que las fábricas en aquel país los necesitan con urgencia para atender a los considerables pedidos de Europa; aceptaron su oferta, y como Villa no tenía cueros, ordenó que se "tomaran" cuantos cueros necesitó, quitándoselos a sus dueños, con promesa de pagarlos cuando pudiera, y así se verificó. ¡Nada más sencillo!

Hace pocos días, al entrar en uno de los hoteles aquí, se fijó en una joven dependiente del hotel, buena moza; la dueña, ciudadana francesa, sospechando las consecuencias (pues tiene bien sentada fama de enamoradizo), escondió a la joven; al volver él a la carga y saber lo ocurrido, mandó a la dueña francesa a la cárcel en donde probablemente quedará hasta que aparezca la interesada!

Todos los fusilamientos o desapariciones, —a lo menos en su mayor parte,—que se han verificado en el norte y en la capital, han sido por orden suya. Imita a don Porfirio en esto de las "supresiones", al menos, al pie de la letra!

Desde su llegada a la capital, Villa es el verdadero presidente; el general Gutiérrez firma y Villa ordena. Cada vez que Gutiérrez ha hecho la menor cosa sin su anuencia, la situación ha estado a punto de romperse. Ha puesto en la casa particular de Gutiérrez una guardia especial que sólo le permite ir adonde Villa consiente; es prácticamente su prisionero!

En la Convención, Villa manda en absoluto; ella no ordenará sino aquello que Villa mande. El porvenir es suyo en este país si logra conservar la existencia. No es probable que se haga elegir presidente, sino que colocará a quien le convenga; comprende muy bien que todavía le falta "pulirse" bastante antes de sentarse en la silla presidencial.

La política de los Estados Unidos respecto a Méjico, continúa como siempre; procurando entenderse solamente. El célebre artículo publicado en la prensa americana por el ex-Presidente Mr Roosevelt es la mejor prueba que pudiera presentarse, aún faltando muchas otras que a diario se palpan. Tres son los agentes confidenciales que mantiene en esta república el presidente Wilson, a saber: el cónsul Siliman, el cónsul Carothers y Mr. Canova. El primero cerca de Carranza, aunque después de la partida de este de la capital, ha quedado aquí; el segundo, cerca de Villa y el tercero en el norte del país. Todos ellos procuran tener al corriente, diariamente, por telégrafo al departamento de Estado en Washington de cuanto ocurre.

Muchos agentes viajeros que debían partir para Méjico, escriben que su salida ha sido postergada, no porque la situación sea la existente, sino porque más conviene esperar que los mejicanos acaben de des-

Villa al frente de los suyos

pedazarse entre sí y sobrevenga el desmembramiento de Méjico y su división en tres distintas repúblicas, realizándose así la aspiración íntima de Estados Unidos de no tener jamás al sur de su frontera un país fuerte, rico y poblado.

El Ministro del Brasil representa los intereses de los Estados Unidos desde que partió el Encargado de Negocios yanqui; en su calidad de representante brasileño, sin tener colonia ni intereses a que atender, podría existir tranquilo, sin nada que hacer. Pero desde que representa a Estados Unidos, su vida se ha convertido en un malestar indecible, en un trabajo abrumador de día y de noche.

Los más antiguos residentes yanquis y de mejor posición, reconocen sin ambajes que nunca Embajador alguno de Estados Unidos ha protegido sus intereses y per-

Soldados de Villa ejecutando a un desertor

sonas tan eficazmente como el Ministro del Brasil, señor Cardoso de Oliveira, tomando en cuenta las circunstancias dificilísimas a través de las cuales pasa este país. El natural resultado de semejante labor, ha sido que la salud de Cardoso se ha resentido al grado de haber solicitado licencia para ausentarse de aquí, y que ya por dos veces el gobierno de Washington le haya suplicado permanecer por algún tiempo más. La sucesión de autoridades, motiva continuos conflictos con la serie interminable de reclamaciones que debe presentar, y el Ministro recibe con frecuencia anónimos amenazantes que lo mantienen nervioso aún para su seguridad personal, hecho que agrava el estado de su salud. Vive ansiando ser relevado de tan onerosa carga.

✝

En toda la república se sigue y se seguirá peleando mientras haya cacique o caudillos y estos brotan más cada día al recibir algún ascenso militar. Disminuyen algunos por los constantes fusilamientos; aunque estos son numerosos, aquellos son mayores aún. Se espera, por lo tanto, que la "poda" de cabezas de generales continuará en mayor escala.

El trabajo de zapa de Villa contra Zapata continúa desarrollándose a maravilla. Los pobres zapatistas fueron despachados contra la ciudad de Puebla, la cual tomaron con grandes pérdidas; poco después, fueron atacados por los carrancistas, sufriendo enormes bajas. Así se va consiguiendo exhibirlos como militares sin dotes y diezmándolos lejos de su Estado de Morelos donde han sido invencibles hasta ahora.

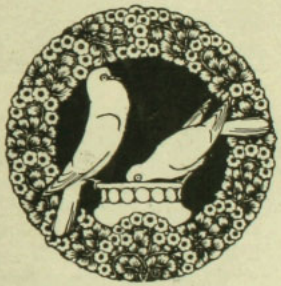
Carranza sigue en Veracruz, desacreditado pero fuerte en elementos de guerra y papel-moneda; varios jefes han desertado con sus fuerzas, pero otras partidas se le han agregado. Muchos de los principales miembros que asistieron a la Convención que se reunió en Aguascalientes, se han congregado en el norte en contra de Villa y coquetean ahora con Carranza. Dícese que han publicado un manifiesto en el cual afirman que aquella es la verdadera y legal Convención y no la reunida aquí actualmente. Ya no puede contarse el número de las distintas revoluciones o facciones independientes que existen en el país. Lo único que se sabe de positivo: que en toda le extensión del territorio se derrama sangre profusamente y que los robos, asesinatos, secuestros, violaciones y todo género de desacatos se cometen a diario por cada uno de los diferentes caudillos y sus secuaces. Lo expuesto está plenamente confirmado por cuantas personas logran llegar a la capital de procedencia de los Estados. Cada día que transcurre gana terreno la idea de que los Estados Unidos se verán al fin obligados a intervenir en Méjico para imponer la paz, en

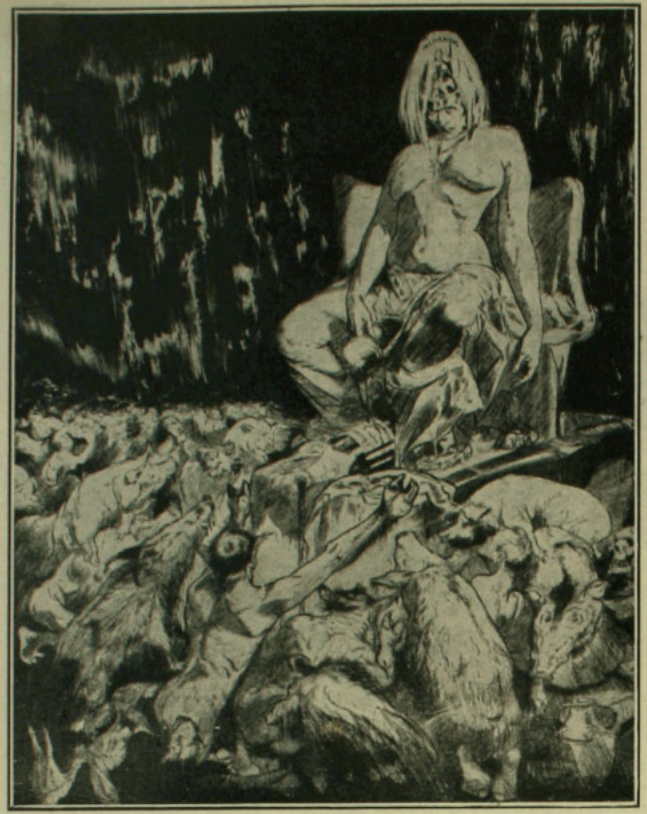
nombre de la humanidad. ¿Será este el verdadero objetivo de la política yanqui? El tiempo lo dirá.

Si la Casa Blanca ha protegido en realidad a Villa, como se cree, la última fechoría de éste al tratar de raptar por la fuerza a la joven dependiente de un hotel, deberá disminuir el entusiasmo en Washington ante el puritanismo ofendido de Wilson y de Bryan y ante la opinión pública de sus connacionales. Ya se dice que Villa ha pagado buena suma a la señora francesa que fué arrestada por ocultar a la dependiente, para que niegue todo lo ocurrido y quede Villa en su anterior "buena fama".

T.

Méjico, enero de 1915.





EL LAPIZ CONTRA EL MILITARISMO.—Uno de los más discutidos dibujos de la guerra, obra del genial artista Well Dison titulado "Circe".

ESPANTAJO CONVERTIDO EN ESTATUA.—El Duque de Monte Blanco, caballero corriendo en su caballo de batalla, tal como lo representa ahora Mr. Graves en el Drury Lave en la nueva versión de "La Bella Durmiente".

El Kaiser sucesor de los Césares

Por

Edwin Davies Schoonmaker

(Traducido para "Pacífico Magazine".

Ningún hecho es tan notable para el que estudia la historia general de la humanidad, especialmente para aquellos que investigan el crecimiento de las instituciones políticas, como el observar, a través de los siglos, el cetro del César que se mueve constantemente hacia el norte de la Europa. La sombra que proyecta una nube obscura en la clara faz del cielo en un día de verano no es más notable a la vista que esta otra sombra que primero se destacó sobre el cielo de Roma hace dos mil años y extendiéndose durante algún tiempo hacia el sur, oriente y occidente se separó de estos parajes y dirigiéndose resueltamente hacia el norte, después de su marcha incierta, pareció haber encontrado finalmente su ruta señalada. No es debido al azar que el Emperador de Alemania use hoy el título de Kaiser, una simple variación del significado aplicado al término de César; ni tampoco, que su real primo lleve el título de Czar de Rusia, otra modificación del mismo nombre. Tampoco debe causar extrañeza que este antiguo título honorífico haya desaparecido de las regiones del sur de la Europa, donde tuvo su origen.

Observando al mundo en su conjunto, el avance de la civilización con todas sus manifestaciones buenas y malas se dirige hacia el occidente; pero considerando tan sólo el mapa de la Europa, el movimiento de la civilización se dirige hacia el norte. Italia, Francia, Alemania y Rusia son los peldaños sucesivos de la escala ascendente de la civilización en el continente europeo. Y sobre estas naciones ha pasado y sigue su lento camino el cetro de los antiguos Césares de Roma. Inglaterra, separada geográficamente del continente, parece regirse por leyes especiales en cuanto a su progreso y crecimiento y por esta razón parece haber escapado a la periódica presión del Cesarismo y ha podido, gracias a esta circunstancia, en tiempos de crisis mundiales, acudir en ayuda como ángel tutelar de las demás naciones. Inglaterra se levanta en medio del mar con sus costas erizadas de rocas en las que se despedazan las olas que llegan hasta allí amenazantes, mientras que en el continente europeo la marea ha tenido mar abierto para recorrer libremente hasta las tierras más remotas que los hombres han conquistado en el norte del continente. Y tendiendo la mirada sobre toda la historia del Cesarismo, podemos observar su marcha, obscurecida con las negras sombras del militarismo desde su ominosa aparición en la Península Itálica hace veinte siglos; pasando a Francia, donde fué despedazado; cruzando el Imperio Germánico donde hoy se cierne, y cambiando de sitio se dirige a los campos y estepas de Rusia.

Consideremos lo que significa el Cesarismo que en los momentos actuales inflama y asola los campos de la vieja Europa y que a la voz de mando del Kaiser de Alemania lanza sus huestes formidables en todas direcciones, tal como en los antiguos días de Roma ésta lanzaba sus legiones a todos los ámbitos del mundo entonces conocido.

El primer César romano, cuyo nombre en una forma alterada está en los labios de más de la mitad de la población de Europa, fué el primer gran ciudadano romano que señaló a su patria los campos que podía lanzarse a conquistar, situados al norte de

la Italia. Julio César, no era un hombre destinado a cultivar tierras gastadas. Asia y Africa no tenían ya atractivos para él; y cuando llegó el momento deseado en que debía escoger una provincia para emplear en ella sus actividades de soldado y de mandatario, tendió su vista hacia los Alpes y condujo sus legiones hacia los campos de la antigua Galia, región ocupada hoy por la República Francesa. Si Julio César hubiera sido un hombre vulgar, su nombre habría caído en el olvido hace ya mucho tiempo. Pero éste era un hombre extraordinario. Encerraba dentro de sí un ideal, representaba a la Roma imperialista con todos sus atributos; la ley y su obediencia ciega. Representando este ideal llegó a las regiones de Galia, entre gentes que se habían dictado sus propias leyes, que aún tratándose de crímenes, nunca habían tolerado la intervención de sus propios gobernantes en sus asuntos particulares y sobre estos pueblos, que habitaban las márgenes del lado occidental del Rhin, en los mismos sitios en que defienden ahora los franceses la integridad de su patria de las armas y del poder avasallador del Kaiser de Alemania, aquel César imperial, hace más de dos mil años, empezó a imponer el yugo dominador de Roma. Y el éxito coronó sus planes, pues Galia fué anexada como provincia del Imperio Romano. Los fuertes romanos alzaron sus baluartes por todas partes y las legiones romanas cruzaban rápidamente los maravillosos caminos que Roma extendía por los países que dominaba con su férreo régimen y con el valor de sus soldados.

El Cesarismo y el Militarismo van siempre unidos, pues, en un pueblo amante de sus libertades, el uno no puede existir sin la cooperación del otro y en ese entonces ambos estrechamente unidos emprendieron su camino hacia las regiones del norte de la Europa. Los pueblos que hasta entonces habíanse acostumbrado a gobernarse por sí mismos se acostumbraron a ser gobernados por otro pueblo más ambicioso y habituáronse a respetar leyes impuestas con el filo de la espada. Después, como soldados del Imperio Romano, comenzaron a atentar contra la libertad de sus hermanos, que habitaban regiones más apartadas del norte del continente. Pero más allá del Rhin no podían dominar el fiero espíritu de libertad de aquellas tribus de un mismo origen y este río fué bien pronto reconocido como el límite norte del Imperio Romano. Durante muchos siglos dominó el territorio actualmente ocupado por Francia el sistema imperial de los Césares, sistema llamado hoy militarista, arrollándolo todo y consumiendo lentamente las fuerzas vitales de la nación y de sus hijos y este mismo sistema malgastaba y corrompía las riquezas que absorbía. Insensiblemente el cetro del imperio en el sur pasó a mano de los Papas y el objetivo del militarismo experimentó un cambio. En los tiempos antiguos el militarismo o Cesarismo servía para imponer las leyes romanas y ahora en poder del Papa, servía para imponer la fe cristiana, por medio de la cual podía sujetarse a muchos pueblos, que de otra manera se hubieran independizado de ese yugo dominador.

Uno de los capítulos más interesantes de la historia es el que reseña esta hábil transformación que nos muestra a los reyes de estos pueblos del norte, que aunque políticamente habíanse desprendido del yugo de Roma, continuaban siempre como sus fidelísimos agentes en su nuevo dominio sobre las conciencias. El Cesarismo no había muerto y el militarismo era siempre su medio de acción. Durante varios siglos el absolutismo religioso y político irradiaba su poder desde su antiguo asiento allá en el Tíber, hasta que su dominio empezó a fatigar a los pueblos sometidos a su férula, especialmente a aquellos situados a la orilla del Rhin y que habían soportado su carga durante mayor tiempo. Pero en Italia misma empezó a clarear un nuevo día. El viejo espíritu germánico que se había mezclado con sangre italiana con la venida de los Lombardos, encendió la hoguera de la guerra. En vano los Emperadores de Alemania, representantes del Cesarismo reinante en el norte de Europa, mandó contra ellos sus huestes formidables. Los pueblos que habitaban la península de Italia se defendieron valerosamente y la libertad volvió a reinar en el sur. La sombra del cetro de los Césares había huído de allí a otras tierras más propicias.

Francia llegó a cobijarse bajo su sombra con el transcurso de los siglos. "El Estado soy yo", llegó a decir con arrogancia infinita, que hubiera cuadrado al más tiránico de los Césares, el monarca de Francia Luis XIV. Y sus sucesores, encerrándose en su

brillante corte de palaciegos en Versailles, se divertían, mientras espíritus clarovidentes minaban ardientemente los cimientos de aquella política imprevisora y sórdida. Durante muchos siglos, los agentes políticos de los Césares habían ocupado nominalmente los tronos de varios reinos de Europa; pero en Francia, donde el pueblo había sufrido más que en cualquiera otra nación, se presentían las corrientes de descontento y la aglomeración de fuerzas gigantescas que iban a lanzar a la arena de la política europea a un digno representante de los Césares. Así como en Italia un grupo de ciudades se declararon libres iluminando una nueva era, en Francia, un grupo de hombres libres, hombres que presentían la desesperación de las clases bajas de la sociedad y que prestaban oído atento a sus quejas, daba a conocer sus éxitos la profunda desesperación que hacían de la Francia un cuerpo político agonizante. Es imposible llegar a comprender el verdadero carácter de los enciclopedistas y de los fogosos cabecillas de la Revolución Francesa, sin comprender a los antiguos galos, tales como Orgetorix y Vercigentorix, que mil ochocientos años antes acometieron furiosamente a las fuerzas conquistadoras del Cesarismo al cruzar por primera vez las montañas de los Alpes. Estos hijos de la Revolución eran hermanos de aquellos antiguos galos y combatían ahora al mismo común enemigo. La Revolución Francesa fué la tardía respuesta que los galos conquistados daban a sus conquistadores los Césares, atrincherados ahora, no en Roma sino en París. Libertad, Igualdad y Fraternidad fué el grito de guerra del pueblo francés exasperado, una expresión refinada y filosófica que los antiguos galos no modularon con sus labios, pero hicieron comprender con sus espadas a las legiones del César que avanzaban con aire de conquistadores.

Y en estos momentos transcendentales se verifica una de aquellas extrañas paradojas de la historia: un César verdadero brota de la espuma sangrienta de la Revolución: es éste un personaje admirable que reune y concentra en sus propias manos las fuerzas que corren dispersas y que obedecen mansamente las inspiraciones de su genio y el cual, en cierto modo, desviándolos de su primer objetivo, se ve a su vez aprisionado en aquellas fuerzas misteriosas e impulsado a diseminar los símbolos que representan por todos los ámbitos de Europa. Napoleón era sin duda alguna un verdadero César en su maravilloso talento militar y en el poder que aprovechaba para alcanzar los fines que se proponía. Su actuación política y todo lo que con él se relaciona, fué verdaderamente Cesárea. Los ejércitos que lanzó al través del Rhin y del Danubio y los que penetraron finalmente hasta el corazón del Imperio Moscovita, llevaban en sus gloriosos estandartes el nombre de Napoleón, tal como las legiones romanas llevaban en los suyos el nombre del César y el poder avasallador que veía crecer a su alrededor lo levantaba al trono de un nuevo Imperio, el Imperio Francés, tal como fuerzas similares dirigidas por igual camino habían levantado al primer César a la dominación del Imperio Romano.

Pero la paradoja es simplemente aparente. En el sentido más amplio, Napoleón Bonaparte fué un verdadero hijo de las Galias enviado por el Destino como el genuino representante de las fuerzas contrarias al Cesarismo, como muy bien lo comprendieron las testas coronadas de Europa. Napoleón era un tirano encadenado al carro del liberalismo y si su aproximación producía escalofríos de terror a los monarcas de Austria y de Prusia y aún al Czar de Rusia, esto se veía a la circunstancia de que veían tras él el gigantesco arado del Republicanismo que amenazaba no sólo arrancar de raíces los tronos, sino lo que era peor aún, pretendía destruir aquella reverencia que el pueblo sentía por la monarquía. Al combatir a Napoleón no sólo combatían un predominio militar sino que vaciaban la metralla de sus cañones para aniquilar el símbolo que él representaba. Si alguien discutiese la verdad de estas aseveraciones al observar los veinte largos años de las campañas militares peleadas por Napoleón en todos los campos de la Europa, esparciendo por doquiera, en los mismos cantos de sus soldados las quemantes doctrinas de la Revolución Francesa; encerradas en aquellas tres palabras: Libertad, Igualdad y Fraternidad, bastará recordarle que en el Congreso de Viena, celebrado poco después de haberse eliminado la influencia de Napoleón, acudieron de todos los rincones de la Europa los defensores más en-

tusiastas del antiguo régimen, a unir lo mejor posible los despedazados fragmentos del ídolo que representaba el absolutismo político.

Guardando armonía con su carácter legendario, Austria debía naturalmente asumir el principal rol en esta ardua empresa de reacción, pues no era Napoleón, según hemos visto, sino el Emperador de Austria el verdadero representante de aquellas ideas imperialistas que Roma había introducido allende los Alpes. Todos sabemos que durante la época de la Reforma Protestante, aquella revuelta del pueblo alemán pidiendo ansiadamente su libertad, fué la causa de los Hapsburgos, la dinastía del actual Emperador de Austria-Hungría, Francisco José, quien dirigió la tarea de la represión. Durante más de medio siglo después de la caída de Napoleón I la historia de Europa está inspirada en la mente de Metternich, el genio maléfico de la dinastía austriaca, en sus desesperados esfuerzos para apagar el volcán que Francia había encendido y cuya ardiente lava esparramándose había incendiado toda la Europa y en sus chispas que cruzaron el Atlántico había encendido el republicanismo en todo el continente sudamericano.

Es digno de recordarse en estos momentos históricos, cuando las semillas sembradas en aquellos días lejanos por la monarquía austriaca rinde su abundante y terrible cosecha, observar los desesperados esfuerzos de aquellos Césares amedrentados reunidos en Viena para recoger y enterrar las cenizas de la libertad, sublime aspiración de redención humana. No se puede comprender el vasto significado del gigantesco pandemonium en que se encuentran empeñadas casi todas las naciones de Europa, sin estudiar cómo se preparaba el escenario en la primera mitad del siglo XIX bajo la influencia maléfica del trono de Austria, aquella misma mano que ha descorrido el telón al iniciarse la actual conflagración europea.

La primera tentativa y la más importante de todas las acometidas por aquella nación, fué el devolver lo que ellos llamaban "la paz a Europa", tratando de tapar el cráter del volcán en plena actividad, que ardía en la masa política de Francia, colocando a los Borbones en el trono. Poco después, Austria resolvió tomar bajo su paternal cuidado la mitad norte de Italia, que también habíase inflamado con la propaganda revolucionaria. Por último, a aquellos Principados alemanes independientes, algunos de los cuales Napoleón había arrebatado al dominio del Austria, esta última nación les arrebató la constitución que ellos habían recibido de sus gobernantes y hasta las organizaciones estudiantiles, que con un fervor parecido al de los Jacobinos franceses trabajaban por la libertad del pueblo de Alemania, fueron suprimidas violentamente.

Bien pronto el movimiento revolucionario, que hasta entonces había sido dominado por el Austria, pero no tal como la casa de los Hapsburgos esperaba y deseaba, se realizan en el Austria misma. Con pasmosa tranquilidad y casi en una misma noche el espíritu de los Césares cruzó las fronteras de Austria y fué a posarse sobre un pequeño Estado, cuyo suelo era virgen y en el cual durante muchos años las fuerzas dispersas de la Europa se habían concentrado para formar el núcleo de un militarismo cuyo igual el mundo no había conocido.

En los varios siglos que el Austria había mantenido el cetro del Santo Imperio Romano, había demostrado una absoluta incapacidad para reproducir el imperio más allá de los Alpes y esto no sucedía porque sus ideales fueran antagónicos a los ideales de los Césares. Su gran debilidad consistía en su carencia de esa visión organizadora y de esa energía dominadora que distinguía al primer César romano. Someter al yugo de la dominación extranjera a pueblos con antiguas tradiciones de libertad, que siempre han estado latentes en el corazón de los habitantes de la Europa, a pesar de estar mucho tiempo gimiendo bajo el peso de la tiranía, requiere un espíritu juvenil y una capacidad organizadora que jamás ha tenido el Austria. Por esa razón la vemos, aún el día de hoy, jugando el rol que siempre ha jugado: enemiga jurada de la libertad, sin habilidad para llenar el rol de tirano supremo, produciendo catástrofes, inflamando a la Europa y careciendo de previsión para ver que reduce a cenizas su propia casa. En este pueblo parece no existir un hombre que encarne el espíritu del primer César. Pero el Austria, siempre ciega, entonces como ahora, no comprendía que el

espíritu del Cesarismo le había abandonado y mantenía en sus manos el centro desprovisto ya de autoridad, hasta que los ejércitos del norte cayeron sobre ella y Prusia, cubierta con todas sus armas, saltó a la candente arena de la política internacional europea.

Es interesante observar al estudiar la marcha hacia el norte del militarismo en Europa, que en el momento en que la marea avanzaba por el norte de Alemania, una honda conmoción que trataba de devolver la libertad a Italia sacudía a este pueblo. Aquel pueblo, que muchos siglos antes con el filo de su espada había impuesto sus férreas leyes a los pueblos libres del norte de la Europa, ahora se veía obligado a batallar con el tirano del norte para conseguir su propia libertad. La guerra acometida por Prusia contra el Austria era una guerra para conseguir el predominio, mientras que la lucha emprendida por Italia contra el mismo tirano, era una lucha para obtener la libertad. La victoria obtenida por estos dos pueblos contra la casa de los Hapsburgos, uno en el norte y otro en el sur, se comparan frecuentemente para encontrar sus semejanzas. Cavour es considerado como el Bismarck de Italia; Garibaldi es un Moltke en miniatura; mientras que Víctor Manuel I es el Guillermo I del sur de la Europa. Ambos movimientos guerreros fueron movimientos destinados a provocar la unificación política de los dos países. Esto es realmente así; pero, cualquiera que lea la historia de aquella época no dejará de comprender que el movimiento en Italia fué iniciado con el propósito de escapar de un militarismo despótico; mientras que el movimiento en Prusia fué iniciado con el deliberado propósito de dar principio a un nuevo régimen militarista.

Y para encontrar una organización igual a la que se levantaba no basta detenerse en el régimen conquistador de Napoleón el Grande, que fué el fruto de condiciones anormales y contrarias a las verdaderas aspiraciones del pueblo que largo tiempo gemía bajo el peso de una tiranía sin límites, sino que debemos remontarnos a los lejanos días en que la antigua Roma dominaba al mundo con el imperio de su superioridad militar. Aún tememos no encontrar allí un verdadero símil de la organización militar del Imperio Germánico; pues, por militarismo no comprendemos los estallidos y movimientos de conquista, sino la organización completa y permanente de un pueblo con fines militares. Si las energías de una nación se ven absorbidas en la práctica constante de las armas, especialmente si esta práctica o ejercicio es el fruto de un deliberado plan para un premeditado movimiento agresivo, aquella nación se encuentra en la férrea mano armada del militarismo, aún en épocas de paz prolongada, aunque hay probabilidades para suponer que esta paz artificial no se prolongará por mucho tiempo.

Pues bien, sin tratar de indagar las causas aparentes del conflicto, cinco años después de la campaña victoriosa contra el Austria, que tuvo siete semanas de duración, vemos a Prusia aferrar la garganta de Francia.

Francia, como todos lo saben, está al sur de Prusia y aunque ignoremos el estudio de la historia de Europa, basta que sepamos que el militarismo se mueve constantemente hacia el norte y si nada supiésemos de la historia de Francia durante el medio siglo que siguió a la caída de Napoleón, podríamos observar que el espíritu de la libertad fermentaba en las clases populares; o, en otros términos, que la luz que había vislumbrado sobre las campiñas de Italia, claridad que siempre sigue la marcha de la sombra obscura que proyecta el militarismo de los Césares, brillaba ahora con mayor o menor fuerza sobre su vecino del norte. La vuelta de la familia real de los Borbones al trono de Francia y la poderosa evolución de elementos reaccionarios no habían logrado apagar en el suelo francés el amor a la libertad ni detener el movimiento político que aspiraba a dar al pueblo un gobierno respetuoso de estas aspiraciones.

Tal era el estado político al occidente del Rhin cuando Prusia dejó caer sobre la Francia desprevenida el rayo iracundo de la guerra. Después de sufrir este rudo golpe, Francia, con mayor afán, se aferró al régimen republicano y Prusia afianzó en su suelo el sistema de la autoridad imperial, contra el cual los socialistas alemanes han batallado en vano tantos años. El Imperio Germánico, homogéneo, por lo menos en los elementos de razas que lo forman, en aquellos elementos más profundos que tienden a formar su carácter, es un Imperio dual, tal como el de Austria-Hungría; diferenciándose tan sólo que en el primer caso los dos Imperios en vez de estar a un mismo

nivel, como en este último, se ven superpuestos uno sobre el otro. Probablemente, no sólo con el propósito de mantener y unir estos dos Imperios turbulentos y antagónicos, como también para establecer y proteger el Pan-Germanismo en Europa, se ideó y se puso en acción la máquina estupenda que ahora causa tantos daños. El socialismo en Alemania, que forma la capa inferior del Imperio dual, del cual el partido de la guerra o gobiernista forma la capa superior, es la proyección de aquella revolución política que hace ya más de un siglo sacudió a la Francia y a la Europa entera hasta sus cimientos.

Para percibir la verdad de estos asertos, necesitamos sólo comparar aquellas páginas de la historia que versan sobre la iniciación de la tercera República en Francia con las páginas posteriores que describen la revuelta de las clases obreras en Alemania. Es aquella misma lucha circunscrita a las ciudades. Karl Marx es evidentemente el Rousseau de la revolución allende el Rhin y aquellos hombres habilísimos, contemporáneos y sucesores suyos, que han transformado en una ciencia exacta aquellos principios diseminando sin temor por todo el Imperio las nuevas doctrinas económicas, tienen una semejanza con los enciclopedistas franceses que no puede ser puesta en duda. Es la misma luz investigadora que en vez de observar los negocios del Estado, observa las relaciones del capital con el trabajo.

Vivimos en una edad rapidísima, edad en que las revoluciones cumplen en una década lo que antes realizaban en un siglo. El Kaiser Guillermo II es evidentemente el gran monarca sorprendido por el diluvio. La expresión tantas veces recordada: "El Estado soy yo", suena tan bien en los labios de Luis XIV como en los de Guillermo II.

Prosigamos el paralelo que hemos trazado. El descendiente de los Borbones, que parece haber nacido con la idea que él era la Francia entera, bien pronto creyó que era también toda la Europa. Y esta idea, tímida al principio se hizo gradualmente más y más firme y creció hasta el momento de la desilusión, al ver las espadas amenazantes de todas las naciones coaligadas que lo rodeaban, contando con la ayuda de Inglaterra. Y tal como durante mucho tiempo los Borbones lograron engañar al pueblo identificando sus intereses con los de sus gobernantes, así también este engaño vuelve a repetirse en las edades futuras.

Pero llegó un día terrible en que el pueblo francés despertó y abriendo los ojos comprendió de golpe la situación que se había creado. Entonces todas aquellas fuerzas que habían luchado contra el enemigo imaginario, allí en las fronteras, se volvieron amenazantes para aniquilar el verdadero enemigo refugiado en París. Todos conocemos los resultados de esta conmoción, célebre en la historia de la humanidad, y cómo la corteza superior de Francia, con su aristocracia dorada y corrompida fué aventada y hecha pedazos.

Naturalmente, no debe esperarse seguir un paralelo como éste que la comparación sea fiel hasta en sus menores detalles. Por ejemplo, no debemos esperar encontrar al Kaiser jugando con un Montespan o una Pompadur, ni tampoco es necesario ver en Postdam a los cortesanos holgazanes que llenaban la brillante corte de Versailles. Los tiempos han cambiado. El diluvio de la democracia ha efectuado transformaciones maravillosas. El espíritu de trabajo, durante largo tiempo reservado a las masas populares, electrifica aún a las clases más altas de la sociedad, pues vemos que siempre que sus deberes sociales lo permiten, hasta los monarcas se honran en aprender artes manuales. A ninguna nación puede aplicarse esto con tanta verdad como a Alemania. Postdam es no sólo la residencia imperial sino que también el centro administrativo del Imperio. Pero no deben confundirnos las apariencias; no debemos imaginar que el espíritu de trabajo del Emperador de Alemania y de sus cortesanos, es algo nuevo, pues este espíritu ha sido la norma de muchos soberanos.

Sería cosa extraña si el Kaiser, hábil como es y familiarizado con los desastres que cayeron sobre los autócratas reales del otro lado del Rhin, repitiera los desaciertos que produjeron aquellos desastres. Los últimos representantes de la familia de los Borbones vieron acercarse la inundación que amenazaba ahogarlos, pero no pudieron o no supieron detener su marcha. Se contentaron con escapar antes que estallara la tormenta y, a este respecto, hasta el gran monarca se condujo como un verdadero decadente. Pero la familia de los Hohenzollern, que aho-

ra dirige los destinos del Imperio Germánico, no es de la misma pasta que los Borbones. Guillermo II es, ante todo, un experto hombre de negocios y los negocios importan viveza de ingenio y desarrollan las facultades del espíritu más aptas para la organización atinada y para las resoluciones decisivas. Es indudable que el Kaiser tomó la resolución que ahora ha puesto en práctica hace varios años, comprendiendo que debía hacer algo para salvar su régimen de la invasión amenazante del socialismo alemán.

Para llenar cumplidamente este propósito debió empezar por donde todos los monarcas empiezan. El pueblo debe ser engañado al identificar su interés con el de la casa reinante. En segundo lugar, debe enseñárseles en las Escuelas que el Kaiser está armando al Imperio no para mantener su propio régimen medioeval sino para salvar las fábricas de la madre patria y esto lo comprueba el hecho de que siempre cobijándose a la sombra de la paz la industria alemana ha conquistado el mundo. Y por último, si el plan debe tener el éxito que él desea, la máquina debe ponerse en movimiento desde el exterior, pues de otro modo cae la máscara y toda la maquinaria queda expuesta con su verdadero artificio.

Al comparar esta sutil y vasta conspiración contra el espíritu que se alza en el pueblo alemán, conspiración que amenaza, al mismo tiempo, la paz y la libertad de la Europa y al considerar la delicada y persistente preparación, ¡cuán vacía y fútil parece la política imperialista de los Borbones! No hay duda que el zarpazo dado por el Austria es verdaderamente napoleónico, pero está caracterizado por la ciega locura que acometió al genial capitán en los últimos fulgores de su reinado. Porque, a pesar de ser una tarea arriesgada la de predecir cuál será el resultado de esta tremenda contienda, no faltan señales precisas de que el Emperador de Alemania, tal como Napoleón el Grande su antecesor, se ve empujado contra su propia voluntad por aquellas mismas fuerzas misteriosas que él cree dominar y está luchando ciegamente para conseguir la emancipación de los pueblos europeos.

De acuerdo con esta teoría de la marcha hacia el norte del militarismo en Europa, podemos señalar otra circunstancia que comprueba los fundamentos ya enunciados al ver en este momento crítico, en que el militarismo amenaza a todo el continente europeo, que la Italia, desligándose de la Triple Alianza, se haya adherido, de corazón al menos, con la causa de Francia y sus aliados. Y su actuación independiente, manteniéndose alejada del conflicto, demuestra que hay motivos para esperar mejores días para el sur de Europa. Es obvio pensar que la guerra en que Francia está actualmente empeñada es una segunda edición de aquella guerra que Italia sostuvo con el Austria hace cincuenta años y sin considerar el hecho de que un pueblo latino lucha contra un teutón un mismo igual motivo poderoso impulsa ahora a Francia, tal como el que entonces impulsó a Italia. Si la lucha de Italia fué para obtener su libertad, aquel mismo sentimiento anima actualmente a Francia, no para conseguir la libertad de instituciones opresoras, sino, lo que es lo mismo, para libertarse de un fundado y permanente temor de verse oprimida. Y si las señales no son engañosas, aquel mismo militarismo agresivo que a través de varios siglos hemos visto venir desde el sur y moverse periódicamente hacia el norte, parece prepararse para otra emigración hacia el norte. No es posible que este movimiento desesperado y aparentemente agresivo del Cesarismo en Europa, sea un movimiento de retirada hacia otras regiones.

Hay un solo país en el continente que tiene un pueblo apropiado y una dimensión suficiente para albergar esta institución monstruosa del Cesarismo. Aquel país es Rusia. Nadie deja de comprender la verdadera actitud del Gobierno ruso hacia el Cesarismo por su situación en la actual contienda. Si el Czar ataca al Kaiser no es en razón de ser adverso al símbolo que él representa. Czar y Kaiser significan una sola y misma cosa: César. Los dos Emperadores son primos carnales y en ideales políticos son hermanos gemelos. Se ha asegurado repetidas veces que su rivalidad proviene de la diferencia de razas: eslavo contra teutón. Indudablemente hay mucha verdad en este aserto; pero la rivalidad se acentúa por el carácter personal que tiene. No ha habido y no hay ahora campo en Europa para dos Césares; uno de los dos debe ceder el poder al otro, así como hace cincuenta años, en la lucha por el predominio imperial de los dos pueblos germanos, uno de

ellos cedió el predominio a su contrario. En aquella circunstancia, cumpliendo los designios acostumbrados, el campeón del norte resultó ser el más fuerte. La posición actual de Alemania tiene un singular parecido a la posición que entonces ocupaba el Austria. En ese entonces Italia, situada hacia el sur, luchaba contra el Austria para conseguir su libertad, mientras que Prusia por el lado del norte trataba de arrancarle al mismo Imperio el antiguo cetro del Sagrado Imperio Romano, que a lo menos teóricamente estaba en manos de la dinastía de los Hapsburgos. En la hora actual, Francia, situada también hacia el sur, lucha por mantener su libertad contra el dominio alemán, mientras que Rusia, por el norte, trata de apoderarse de aquel antiquísimo cetro que Prusia arrebató al Austria.

Es de desear, aunque no sucederá en el momento actual, que el pueblo alemán, de suyo inteligente y muy versado en la evolución histórica, comprenderá el verdadero significado de esta lucha gigantesca en la cual se encuentran empeñados y aprovechen la crítica hora actual para desprenderse de la carga del Cesarismo y lo traspasen a su vecino del norte. Están a punto de ver salir de sus entrañas una revolución intestina y el ruido de los ejércitos que se aproximan, estrechándolos más y más, significa, sencillamente, que el resto de los pueblos de Europa se acercan a consumar la redención de su pueblo. Su larga y fatigosa lucha por obtener la ansiada libertad, está a punto de producir sus efectos, pues las instituciones libres más allá del Rhin, pueden amplificarse. Por otra parte, el progreso social e industrial del pueblo alemán, sin ejemplo en la historia, realizado en medio siglo de nacionalidad, frente a un sistema político anticuado y represivo, augura una mayor expansión traspasando las fronteras de la madre patria e inundando toda la extensión del mapa de la Europa. La derrota a un precio como éste, si la derrota sobreviene, importa una verdadera victoria, tal como la derrota de Napoleón fué una verdadera victoria para la Francia. Esta tremenda lucha no es sólo una lucha de las armas, sino también de las ideas y aquella nación cuyas ideas sean más sólidas perdurarán después del choque espantoso de los campos de batalla y servirán para acometer la reorganización social e industrial que la Europa espera y ese pueblo ya sea que resulte victorioso o derrotado, será el que coseche los mejores frutos.

Por

GRAL CASANOVA

Ilustraciones fotográficas

La humanidad es la llamada a conseguir los grandes éxitos geopónicos; sus individuos son, en este caso, como los piñones de la enorme rueda que, en la máquina colosal que se llama creación, han de tener los ajustes matemáticos que la mayor perfección exige; y esto se alcanza con que tengan dos condiciones esos individuos: la orientación y la fe.

La orientación, que es el concepto económico en su más perfecta acepción, puesto que, a más del desprestigio, nos evita gastos inútiles por las equivocaciones, se

Trillando trigo en la hacienda de "La Misa", en Méjico, propiedad de don José M. Maytorena

puede dividir en tres clases: la científica, la aplicativa, que es el clima y el terreno, y la del material agrícola, teniendo todas ellas íntimas relaciones.

El saber sacar de tantos textos y escuelas una síntesis que nos dé la forma de llegar a la mayor producción, no es empresa fácil, ni basta inteligencia ni amor al trabajo; se necesita algo, tal vez fortuna, pues no me atrevo a determinarlo. Preconizan, por ejemplo, el análisis de las tierras para un cultivo adecuado, y dice Ville, sobre el particular, fundado en que para el químico no hay cuerpos insolubles, que en los minerales no distingue la química lo que es activo y lo que es inerte: "Yo desafío, dice, al químico más hábil que me diga de antemano cuál será el producto de una tierra y cuál el abono que más le conviene." Como se ve, esta frase echa por tierra propagandas, doctrinas y cuanto se fundamenta en conseguir, por el análisis de las tierras, grandes cosechas; Ville preconiza los ensayos prácticos para llegar a esos rendimientos.

La rotación, recomendada en los cultivos, es otro ejemplo, y aún nos habla la agronomía de los cultivos según las clases de tierra; y he de citar un ejemplo notable del pueblo donde nací, Sanlúcar de Barrameda; sus nevazos, hechos en cerros de arenas voladoras, por medio de grandes excavaciones, y sin enmiendas de arcilla, amargas, ni otra alguna, y sólo con malos estiércoles; aquellas arenas dan ricas papas, no peores hortalizas, y frutas exquisitas que, con decir de donde son, tienen gran salida en todos los mercados.

¿Y sobre las rotaciones? Veamos lo que ocurre en las tierras que bordean las márgenes de un río, y observaremos cosas verdaderamente asombrosas: para mayor aprovechamiento del tiempo, se riega para maíz antes de segar el trigo, plantas que se cultivan todos los años, y las tierras de primera, que son las que están bajo boquera y se entarquinan en las avenidas del río, dan sobre 28 fanegas de los dos cereales, y como la fanega, en que están divididas, son cada una la tercera parte, casi, de la de marco real, hay que multiplicar por 3 la dicha cantidad, lo que da 84 fanegas. Aquellas tierras casi se abonan; no hay estiércoles; complementa con algún abono mineral la cosecha de maíz, y además casi se aran, más bien se cavan; todo lo hace el río, y no hay para qué encomiar el hecho; él mismo se recomienda. Pero hemos de sacar la deducción en mi modesto parecer, no hay clase de mejor cultivo que el de las restituciones; y si en este caso el río restituye a la tierra con el tarquín lo que las cosechas se llevaron cada año, para que el año siguiente, y los sucesivos, den lo mismo desde muchos años ha, pudiera ser el ejemplo, el ideal a que aspiramos los agricultores; y en las tierras que carecen de tarquín, su mullido lo puede suscitar el desmoronamiento que practica la labor de vertedera; sus substancias reproductoras se encontrarían en las piaras numerosas, ya pastando, ya en el redileo: que si el tarquín es oro, las deyecciones de esas piaras son, por el orín, por ejemplo, las equivalencias de medida con el peso del trigo

Y llega el turno al clima, que, con lo dicho y lo que voy a manifestar, el terreno queda comprendido. Es de elemental conocimiento que los cultivos han de ser adecuados al medio ambiente del terreno en que se han de practicar; empeñarse en cultivar el trigo en las regiones polares, donde sólo se ven algunos bisus pulverulentos y líquenes crustáceos, sería lo mismo que pretender encontrar en la exuberante vegetación del ecuador sólo estas manifestaciones diminutas del reino vegetal. ¿Es que el sistema Solari, que cultiva a la vez el trigo y el trébol rojo, puede implantarse con las sequías de nuestra región levantina? Los fuertes calores, el agua escasa y el crecimiento del trigo, han ahogado a la pequeña planta casi al nacer, en los intentos hechos. ¿Y qué representa cuanto llevo dicho en el concepto más sintético? Pues que, aún en el campo de la ciencia, hay que estudiar la manera de ser aplicados sus principios, porque si una planta que en su total desarrollo necesita 700 grados de calor, le damos la mitad menos, claro es que no llegará más que adonde ese calor le impulsa, y lo mismo es en todos los factores que en su cultivo entran.

Y vamos a terminar con el material agrícola: si vemos ante nosotros libros, ilustraciones y periódicos agrícolas con multitud de textos y fotograbados, ya de fábricas de material como de abonos químicos, el alma se contristaría, a no ser por la Fe, de la que nos vamos a ocupar muy pronto, porque se encuentra todo ello tan lejos del pobre y aún del rico labrador como los palacios de príncipes, reyes y emperadores, y habló interpretando el espíritu público de las regiones, en donde desconocen hasta los rudimentos de educación; ¿puede pretenderse cosa más elemental que saber a qué atenerse respecto al arado de vertedera fija y giratoria? Pues si el alabeo de la vertedera lo han de determinar las curvas graduadas para voltear la capa inerte y colocarla sobre la activa, los arados que tengan este requisito serán buenos, llámense como se llamen; pretender que el arado de vertedera giratoria haga igual labor, no siendo igual, para salvar que el fijo desnivela algo el terreno, que con la trahilla se arregla bien pronto, es un gran error, y la doble vertedera que lo lograría, implica mayor fuerza de tracción y es un grave inconveniente; y lo mismo que decimos del arado se debe pensar en todos los casos que sean iguales; el nombre de fábrica será siempre para la mejor o peor construcción y calidad de los materiales que entren en ella, no para otra cosa.

Hemos llegado al segundo de los dos conceptos emitidos y que se impone a los individuos que forman a la humanidad: la fe; por la fe, en el campo se llega a las manos encallecidas del gran ciudadano Roosevelt, talando en sus bosques siendo el jefe de una de las primeras naciones agrícolas del mundo; se llega a la tez curtida por los soles, y al trabajo de doce horas y más, ya físico e intelectual, para llegar a hermanar la ciencia con la práctica, y por la fe se vive predicando siempre con el ejemplo, pues sólo así, de los indiferentes se sacan los indecisos, y

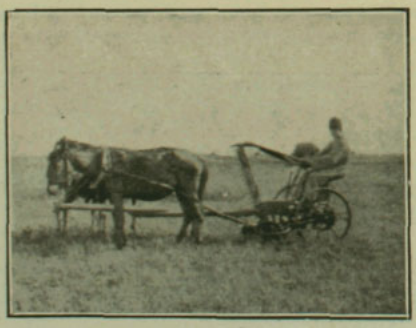
Parcelas experimentales de varias clases de trigo en la estación de agricultura de Kansas

de éstos los convencidos, no siendo otro el camino del sacerdocio en su escala gradual si se ha de hacer doctrina.

Nos encontramos, pues, en la agricultura en los tiempos del Gran Capitán; hay que luchar en primera línea, si hemos de vencer en el campo; no es el problema de Pino Real, ni de esta región levantina, ni de Europa: es de la humanidad entera; hay que seguir a Reclus, para alejarnos de Malthus, éste representa los toscares improductos, los hombres sin fe, los campos yermos, aquellos campos de Inglaterra tan bellamente descriptos por su gran historiador Macaulay, que eran abandonados por sus labradores, que corrían ciegos por los halagos que las industrias les ofrecían en las poblaciones: mientras que Reclus nos muestra las tierras vírgenes, las fuentes inagotables de todo bien, los verdores del campo, la dorada espiga, los algorines rebosando, los animales gordos y relucientes y la caja del agricultor llena de oro, que con muchas cajas así, la nacionalidad se encumbra y no es que la humanidad imponga a sus individuos el sacrificio del Lero de estos campos, que se deja cubrir y devorar por sus hijos, para que mientras tanto hallen las energías que les hace falta para vivir; ni el dar la vida por la Patria, cuando la ocasión sea llegada, como la milicia impone; no, la humanidad pide sólo el amor al campo, que, siendo poco pedir, es bastante; ¿quién niega un amor, cuando el Señor nos dió tantos en el alma?

Queremos a la escopeta predilecta, al perro que nos acaricia, al caballo que es nuestro capricho, al amigo entrañable, a los padres que nos dieron el sér, y amamos a la escogida de nuestra alma, a la compañera de la vida; ¿quién niega, repito, un puesto entre tantos amores, al campo que nos une a Dios y más de cerca vemos sus obras, dándonos salud al cuerpo y al alma? Es inconcebible.

Hay política internacional y del Estado; en nuestra Patria hay hasta política hidráulica, claro es que ha de haberla en cuanto gobernarse tenga; pero singularísimo es que, iniciada la política geopónica por Xenofonte en su Economía, viéndose palpitaciones de ella en los tratados de agricultura de Columela, Abu Zacaría, Herrera, en el Diccionario llamado de los Agustines, y en otras muchas obras que pudieran citarse; en estos tiempos que, gracias a Liebig que en 1840 llamó a la agricultura expoliadora y vampira, porque consumía sin producir, dando la voz de alarma; y que otros hombres, como Lawes, Gilbert, Ville, Grandeau, Hellriegel, Vilfarth, Pasteur, Berthelot y otros muchos, convirtieron la geoponia en ciencia, en estos tiempos, repito, ¿cómo no se ha iniciado la política geopónica?



Una segadora sencilla en Siberia

La felicidad modesta en la vida

Por ALBERTO EDWARDS

Persona poco abonada soy en estos momentos para ponerme hablar de economías y de vida modesta. Dirán que esto es como nombrar la soga en casa del ahorcado, y no sería raro que me compararan a aquel famosísimo judío que legó al morir a la beneficencia una fortuna formada con la usura, y de quien se dijo que primero que el hospital había hecho los pobres.

Los empleados públicos, por ejemplo, habrán de ponerme de oro y azul. Vean las cosas del señor Edwards, dirán. Primero trabaja que se las pela en el Congreso para que nos rebajen el sueldo, y en seguida se pone tan fresco a disertar sobre la felicidad de vivir con poco... Y el negocio les parecerá que huele a burla de mal tono.

Pero, a Dios gracias, tengo la conciencia tranquila. Si los empleados me reprochan la disminución de su sueldo, tienen en cambio que agradecerme los esfuerzos que gasté para evitarles nuevas emisiones de papel moneda, y por ignorantes que sean de sus intereses, habrán de reconocer que de poco les hubiera servido la integridad de sus emolumentos con el cambio a cuatro o cinco peniques. Váyase, pues, lo uno por lo otro, y paz con todos.

❦

¿Ha encarecido la vida en Chile después del conflicto europeo? La pregunta tiene sus bemoles.

Evidentemente que los artículos de importación extranjera tienen por qué estar más caros, desde el momento en que el valor adquisitivo del peso ha bajado. Pero algunos factores especiales han impedido que el alza se haya producido con toda la intensidad que era de temer. Los comerciantes al por menor realizan sus existencias con menos utilidad que antes y como se importa ahora muy poco, casi todos los artículos que hay en el mercado, vinieron al país con cambios más favorables.

Por otra parte los alquileres han bajado y entre los artículos alimenticios, si se exceptúa el pan, los otros han permanecido estacionarios en sus precios como la carne y los frejoles o han bajado a menos de la mitad de su valor como las papas y en general todos los productos de la chacarería.

La vida no está, pues mucho más cara que antes, pero preciso es reconocer que es más difícil ahora ganar el dinero. Los empleados públicos son quizás los mejor librados y si lo dudan, pregúntenselo a los dueños de casa de alquiler y a los que tienen comercio o ejercen alguna industria.

¿Cómo habemos de hacer frente a la disminución inevitable de nuestras rentas? La respuesta es la misma para la hacienda privada que para la hacienda pública. Debemos economizar... Al que aconseje otros arbitrios hay que llamarlo envenenador público, para usar de la enérgica expresión de Benjamín Franklin.

En materia de alimentación, basta dar un paseo por el mercado y mejor aún por la Vega, para convencerse de que en el momento actual, hay que dar preferencia a las legumbres como base de la alimentación. No sólo esto es más económico, sino más sano y hasta más culto...

Eso de hartarse de carnes y nada más que de carnes está bueno para los salvajes... Es el régimen de los hoteles de Chile y ello basta para hacer su elogio. Recuerdo haber leído en un viajero que nos visitó allá por los años de 1850, frases muy poco halagüeñas acerca del inmoderado uso que se hacía de la carne, tanto en la Argentina como en Chile. Es cierto que el viajero agregaba que en este país, siquiera se conocían las frutas y las verduras, en tanto que en el Buenos Aires de ese tiempo eran completamente ignoradas. De ello deducía que los chilenos estábamos más civilizados que los argentinos.

La carne tiene otro inconveniente económico, y es que estimula considerablemente el consumo del pan, lo que no se debe dejar de tomar en cuenta hoy que el pan está a noventa centavos el kilo. La naturaleza humana busca instintivamente el equilibrio de los alimentos, y cuando sólo se nos presentan a la mesa guisos de carne, comemos mucho pan para satisfacer la necesidad que tiene nuestro organismo de una nutrición vegetal... Con los actuales precios, ese equilibrio resulta muy oneroso.

¡Son tan simpáticas las verduras! Así como sería desagradable para una dueña de casa andar de puesto en puesto, mercando posta negra y huachalomo, es hasta coqueto irse a la Vega con una redecilla de algodón y traerla a su casita repleta de vegetales multicolores y aromáticos. Además todas las carnes se guisan lo mismo, y lo que se cambia es sólo la salsa, casi siempre dañina y repugnante... Entretanto los modos y manera de guisar las verduras son infinitos.

Por ejemplo, ahora se consiguen las berenjenas a treinta centavos la docena. En un número anterior de esta revista di algunas recetas apropiadas a esa sabrosísima legumbre. Ahora daré una nueva que tiene el mérito de haber sido recomendada por el famoso poeta satírico del siglo XVI Baltazar del Alcázar autor de la conocida lebrilla que comienza:

En Jaen donde resido
Vive don Lope de Soza... etc.

"Se pelan berenjenas tiernas, se cortan en ruedas y se espolvorean con sal. Cuando hayan soltado la humedad se enjugan perfectamente con un paño.

Se saltan en la sartén hasta que estén casi cocidas y se espesan ligeramente con una salsa de harina y mantequilla. Se colocan por capas en una budinera plana, se espolvorea cada capa con queso rallado y se rocía el conjunto con mantequilla derretida. Se ponen por quince o veinte minutos en un horno no muy caliente y se sirven."

He aquí un plato de marcado sabor clásico y español, venerable por su antigüedad y por el recuerdo que trae de un célebre poeta, cuyos versos todos hemos aprendido de memoria cuando niños.

Y ya que se trata de cocina clásica, ¿a qué no saben nuestros lectores qué plato era ese de "Duelos y quebrantos" que comía los sábados don Quijote, cuando era todavía hidalgo sosegado? Pues simplemente huevos fritos con torreznos o sea con tocino frito. De modo que los manchegos de principios del siglo XVII se desayunaban como los ingleses del siglo XX con **"bacon and eggs"**.

Para las personas de escasos recursos creo que en la presente estación, sería recomendable el siguiente plan de comidas.

En el almuerzo: nada de sopas, ni de cazuelas, ni de caldos, sino un plato de carne con algún acompañamiento, un guiso abundante de vegetales como locros falsos charquicán de cochayuyo, frejoles, papas con arroz o chuchoca, macarrones, etc., etc.; y un postre barato sin huevo, como empanaditas de queso, sémola con leche y azúcar, sopaipillas, etc.

En la comida: una sopa, un guiso a que sirva de base la carne del puchero, un guiso de verduras, como berenjenas, pimientos, tomates, cebollas, etc., y una ensalada.

La carne del puchero puede guisarse de mil maneras, y constituir así un guiso sa-

broso, que reemplaza con ventaja y economía, el eterno e insípido cocido de nuestros padres.

El más conocido es el picadillo caliente, del cual daremos una receta:

"Se pica bien la carne del puchero. Se hace un ahogado de manteca y harina. Se retira del fuego; se le añade un poco de caldo, sal y pimienta. Se revuelve todo sobre el fuego y se le añade la carne con una cucharada de perejil picado. Se sigue revolviendo sobre el fuego por dos o tres minutos más. Si el picadillo quedara muy espeso se le echa otro poco de caldo. Se sirve con papas cocidas."

Este picadillo puede hacerse también con salsa italiana o de tomate.

Otro guiso muy interesante a que sirve de base la carne del cocido es el llamado "Ropa vieja", que se puede variar hasta lo infinito. He aquí una receta:

"Se corta la carne en tiras de un centímetro de grueso, se le quita las partes gordas y las que se hubieron sacado, y después se colocan en un plato enlozado; se espolvorean con sal y pimienta. Se corta cebolla en pedacitos delgados e iguales, se hace freir hasta que tome un color rubio, se espolvorea con harina, sal y pimienta y se sigue dejándola cocer por cinco minutos; se retira del fuego, se le añade un poco de caldo, se mezcla bien y se revuelve sobre el fuego durante veinte minutos, se añade una cucharadita de mostaza y media cucharadita de caramelo. Se vierte la cebolla sobre la carne, en el plato enlozado, se espolvorea con pan rallado, y se calienta el todo al horno muy suave por unos veinte minutos. Se sirve con papas cocidas."

Esta "ropa vieja" es un plato muy barato, como lo indica la receta, lo que no obsta para que sea de chuparse los dedos.

Pero pasemos a la vida un poco menos modesta, pero sencilla siempre. No quiero despedirme hoy de mis lectores, sin darles a conocer dos recetas magníficas y no caras, para variar sus menúes.

"Mostacioli"

Se cuecen con bastante agua, macarrones pequeños de los llamados **"mostacioli"**. Antes que estén muy cocidos se ponen en una coladera para que destilen y se acabarán de cocer en una taza de caldo. Cuando esto se haya consumido se agrega un pedazo de mantequilla, natas o crema de leche, y jugo de carne que se ha guardado del asado del día anterior. Al tiempo de mandarlos a la mesa se les agrega un poco de queso parmesano. Deben quedar bien sazonados con sal y pimienta.

Estos "mostacioli" quedan aún mejores con masa hecha a domicilio. He aquí la receta:

"Se pone en la tabla un poco de harina, se quebran dos huevos y se hace una masa más bien dura, sólo de huevos y harina. Se hacen cuatro rodelas que se adelgazan con el uslero y se ponen un ratito sobre una servilleta. Deben quedar muy delgadas. Después se doblan y cortan los tallarines muy finos."

"Postre de manzanas"

Se pelan las manzanas, se cortan por la mitad y se les saca el corazón. En seguida se les pone mantequilla y se las coloca en una budinera con bastante azúcar flor. Se ponen al horno para que se cuezan y doren. En seguida se les coloca en una compotera y se rellena cada manzana con un poco de dulce, vg., con mermelada de damasco. Se hace aparte una leche de crema con una taza de leche y una yema de huevo. Esta crema es suficiente para cuatro manzanas o sea ocho pedazos, que es la ración de otras tantas personas.

Cuento para niños

La muerte

Había una vez un rey con un corazón de oro y una cara tan sonriente como el sol cuando se pone en occidente. Era de natural tan caritativo que jamás podía conservar un centavo en sus bolsillos y tan bueno era su carácter que nunca perdió su buen humor habitual. Aunque todos sus súbditos lo querían entrañablemente ni uno solo podía, muy a su pesar, respetarlo, pues su cuerpo era grotescamente voluminoso y nadie podía al verlo contener la risa. Era, sencillamente hablando enorme, tremendamente gordo, sin que tuviera una sola parte de su cuerpo desprovista de una espesa capa de gordura. Parecía revestido siempre con sus vestiduras reales, gigantesco almohadón en movimiento. Tan grotesco era su aspecto, que provocaba la risa entre sus súbditos grandes y pequeños; hombre y mujeres, apenas hacía su aparición y aunque hacían inauditos esfuerzos muchos de ellos para contenerse, la ampu-

del Ogro

Por

NORAH M. CRAGGS

losa figura de su rey vencía todo respeto humano. Cuando el rey abría la boca para hacer alguna observación, por fundada y razonable que fuera, era recibida con estallidos de risa incontenible. Esa es la gran desgracia de ser tremendamente gordo; mientras más confundido se siente un gordo, más risible parece a los demás.

Cuando el rey empezó a engordar, las gentes hacían lo posible por conservar la gravedad estando en su presencia; pero cuando empezó a ensancharse hasta el extremo de parecer una gran bola de carne, no podían contener su risa y daban rienda suelta al contento que de ellos se apoderaba, a trueque de estallar. La mayor parte de los súbditos adoptaban el primer camino. Es necesario reconocer que la posición de los súbditos era delicadísima; pero al mismo tiempo, conviene tener presente que la del rey era insoportable. Pensar sólo en lo que significaba no ver jamás una cara formal! Pero el rey tenía aquella cualidad imponderable por su excelencia: nunca perdía la paciencia con los tontos; las caras llenas de risa, que por todas partes se volvían a mirarlo, parecían no inquietarlo y nunca mostró enojo ante sus súbditos llegando a creer que aquella risa, desenfrenada y constante, no le preocupaba.

El país que gobernaba este rey gordo en exceso, era sumamente hermoso y lleno de prosperidad. Consistía de vastas tierras pastosas y bosques exuberantes, encerrados en un vasto círculo de montañas. Todas las personas que visitaban este país lo ensalzaban considerándolo como el país más delicioso de la tierra; pero tal como cualquiera otra cosa de esta vida, tenía sus inconvenientes. El principal de todos era la existencia en el seno de las montañas, de un ogro particularmente hambriento. Habitaba en un castillo sobre la cumbre y su apetito era inagotable.

Consumía más cantidad de alimento que la que formaba el total de rancho servido a las tropas del rey y como nunca pagaba lo que consumía, sino que lo robaba, apoderándose de él a viva fuerza, representaba una carga para el pueblo más onerosa que el pago de subidos impuestos. Esta situación era perfectamente irregular e incon-

veniente; pero si alguien tiene un apetito tan grande y recursos tan escasos como el susodicho ogro, ¿qué otro cosa puede hacer? Un sér, cualquiera que sea su clase o su categoría, necesita comer para vivir. Seguramente había alguna causa plausible para el ogro, a lo menos, así lo pensaba el rey gordo y así disculpaba la voracidad del monstruo, para consolar a sus súbditos que reclamaban de tan extraño proceder; y aunque no podía dejar de reir a gritos mientras él les dirigía la palabra, declaraban que no podían apreciar la cuestión con ánimo tan ligero como el rey. El ogro continuaba su proceder atropellador y aumentaba gradualmente sus actos de violencia. En cierta ocasión dió de patadas al enviado especial nombrado por el rey para negociar con él desde la misma entrada del castillo que habitaba en las montañas hasta las mismas puertas de la capital del reino; tributándole en el camino algunas otras caricias de la misma índole. El rey no tuvo valor para mandar otro mensajero a un personaje tan brutal, que no respetaba ley alguna de cortesía mundanal. ¿Qué podía hacer en semejante circunstancia? Esta situación creada por el ogro equivalía a una verdadera rebelión. Hubo muchas reuniones del consejo de los grandes de la corte: muchas ideas se expresaron para terminar aquella situación inconveniente; hubo muchas contradicciones y todos, excepto el buen rey gordiflón, perdieron su ecuanimidad. Entretanto, el ogro seguía robando y comiendo, hasta el extremo de dejar limpias de toda clase de ganado vacuno y lanar todas las haciendas del reino. Entonces empezó a sentir más hambre, así que se vió obligado a apretar con más fuerza el ancho cinturón que ceñía su barriga; pero descubrió que este método no calmaba su apetito. Sin embargo, continuó estrechándolo más y más y ya en la tarde de un buen día no pudo soportar el hambre por más tiempo.

"No puedo resistir por más tiempo este tormento!" exclamó el ogro al mismo tiempo que el cinturón reventaba a su vez. "Estoy resuelto a encontrar algo que comer y si bien es verdad que no existen vacas, cerdos, ni corderos, ni ningún otro animal doméstico, creo me veré obligado muy a mi pesar, a comer carne humana".

Las gentes huían al ver el monstruo que se acercaba y ni una sola persona acudió a compadecer al pobre ogro hambriento. Todo el pueblo se reunió en una inmensa asamblea y pidió al rey que acudiera en auxilio de sus súbditos amenazados de muerte. El rey sufrió mucho al oir las noticias terribles de las depredaciones causadas por el ogro.

"Demos gracias al cielo porque nos otorga una merced", dijo el rey. "Nuestro camino de salvación está claramente trazado: es preciso concluir con el ogro. Ofreceremos como recompensa la mitad del reino al hombre que destruya este monstruo infernal. Es gran lástima que no tengamos princesas reales que ofrecer también en recompensa; pero esa falta ya no puede remediarse. Sin duda alguna, creo que cualquier noble caballero de este reino aceptará como recompensa suficiente la mitad de mi reino para premiar tal hazaña".

¿Cuál sería la causa que indujo a sus súbditos a recibir con tan poco interés la proclama del rey a sus héroes? ¿Sería tal vez la falta de princesas en el premio? ¿O sería porque ya los combates con los ogros hambrientos habían pasado de moda? ¡Quién sabe! El hecho es que ni un solo caballero se adelantó a ofrecer su espada para redimir la causa del pueblo y el rey sumido en su gordura se sintió lleno de grandes perplejidades sin saber qué camino tomar. Estuvo largo rato sentado, meditando, anheloso de encontrar una solución; pero al fin abandonó la tarea, pues no le era dable imaginar un medio para exterminar al ogro.

Al fin, como último recurso, recordó la máxima de su dinastía. "Si quieres que se haga algo, hazlo tú mismo". Perfectamente, yo acometeré esta tarea".

Llamó a sus fieles consejeros y una vez que se presentaron ante él, les comunicó con grandes precauciones, su resolución y les dijo que iba a rescatar él mismo a su desgraciado pueblo. Sus grandes temores se realizaron como por encanto: los gritos de risa desenfrenada al oir su declaración se oían a gran distancia y uno de sus ministros se zafó las mandíbulas de tanto reir. El corpulento monarca soportó todo con gran mansedumbre y cuando los miembros del consejo hubieron dominado su contento les ordenó hacer los preparativos necesarios para su partida. Nada podía disuadir al rey de su propósito; por todas partes veía no sólo las muecas que arrancaba su ridícula persona y la empresa que se había echado voluntariamente sobre los hombros, sin otras dificultades insuperables. ¿Dónde

encontraría un caballo que pudiera soportar su enorme peso? ¿Y cómo podría él resistir la pesantez de la armadura de acero que necesitaría para resguardar su cuerpo? El gordo y paciente monarca dominó todos los obstáculos: declaró que no usaría armadura y que haría la jornada a pie.

Partió al anochecer de aquel mismo día, vestido con su traje más viejo y ceñida al cinto su fiel espada.

Sus conciudadanos salieron a aclamarlo; pero al divisar su brilloso y enorme semblante; sus piernas cortas y groseramente toscas y al verlo subir jadeante la cuesta de un cerro, sus buenas resoluciones cayeron en el olvido y lo saludaron con grandes carcajadas. El buen rey hizo todo lo que pudo para dominarse, al considerar que desafiaba en aquellos momentos la muerte para salvar la existencia de sus súbditos y ante la perspectiva de verse obligado a recorrer una enorme distancia para acometer tal peligro, empezó a derramar abundantes lágrimas y al verlas correr por sus mejillas abultadas, la gente creyó verlo aún más ridículo y empezaron a reir con nuevos bríos.

Toda aquella larga noche el rey continuó su marcha heroica, cansado y maltratado, pero agradecido al menos al recordar que sus súbditos dormían tranquilamente y no podían reir de su figura. Al amanecer llegó al pie de la montaña, en cuya cima se

¿Cuándo tuvo el rey aspecto más cómico que cuando duerme? y Rancing Roarer rompió en una estrepitosa carcajada

divisaba, vagamente, el castillo del ogro.

"¡Buena cosa!" exclamó el rey. "¿Cómo podré llegar a la cumbre de esa montaña? ¡Qué cosa tan incómoda es ser tan gordo!"

Sentándose desconsolado sobre el pasto estuvo largo rato, cuando sintió, de pronto, que el suelo se estremecía. El ogro bajaba en aquellos momentos de la montaña en busca de alimentos y el rey al verlo acercarse se puso en pie con gran dificultad.

"¡Cuánta felicidad!" dijo el rey, hablando consigo mismo. "El ogro viene a buscarme en vez de obligarme a ir en su busca."

El ogro al verlo, de repente, se asombró sobremanera; y acto continuo empezó a reir estrepitosamente.

"¡Qué tremendamente gordo eres! ¡Qué aspecto tan divertido tienes! Tú me vas a hacer morir de risa. ¡Si ya no puedo más!"

"Nada me importa la forma en que vas a morir, con tal que eso suceda pronto", replicóle el rey con augusta dignidad. He venido aquí con el propósito de darte la muerte en cualquier forma".

El ogro trató en vano de dominar su risa.

"Si ese es el caso", logró decir tras largo rato, "lo mejor será que deje de reirme. ¡Ay, ay! ¡ay! ahora me siento mejor."

Pero al decir esto, un nuevo deseo de reir a gritos, con más fuerza que antes, no le dejó terminar la frase. De pronto, el rey perdió al fin su buen humor. Este ogro no era uno de sus súbditos fieles y por lo tanto no tenía por qué permitirle reirse de él en forma tan grosera.

"¡Deja de reir", gritó con fuerza, desenvainando su espada.

"No puedo", replicó el ogro, mientras las lágrimas que le arrancaba su risa incontenible le rodaban por las mejillas.

"Entonces prepárate para defenderte". El corpulento rey daba tajos y reveses con su cortante espada, invitando al ogro a combatir.

"No puedo dejar de reir ni combatir," logró decir tras muchos esfuerzos el ogro risueño.

"Hazme el favor de esforzarte en conseguirlo", le replicó el rey gordo. "Yo no puedo luchar contra un hombre que está imposibilitado para defenderse por estar atacado de estúpida risa. Por favor deja de reir y comprende lo serio de tu situación".

"¿De qué sirve?" logró contestar el ogro. "No puedo dejar de reirme y tú no puedes atacarme. Debemos dejar el duelo para el día de mañana."

"Creo que eso es lo único que podemos hacer", dijo el rey, envainando su espada y dando un profundo suspiro.

"Ven conmigo", dijo el ogro; "pasa la noche en mi castillo y mañana se verificará el encuentro."

"Primeramente estrechemos nuestras manos en señal de tregua"; replicóle el rey prontamente; "en seguida, aceptaré con verdadero placer tu invitación".

Habiendo convenido en guardar una tregua temporal, el ogro y el rey empezaron a escalar la elevada montaña. Era una tarea fatigosa, especialmente para el rey; jadeante y sudoroso, apenas sus piernas podían sostenerlo, teniendo que detenerse a cada paso para recobrar el aliento, mientras el ogro continuaba su risa que le era imposible dominar.

Mucho antes de terminar el viaje el rey ya no podía moverse y el ogro sentía los costados de su cuerpo adoloridos con el incesante reir; habían ocupado todo el día en escalar la alta montaña.

"Qué lástima, ahora me acuerdo" dijo el ogro al divisar el castillo a la caída de la tarde; "había olvidado hacer preparar la comida. No hay en la casa un solo bocado. Pensaba robarme un par de chiquillos gorditos esta mañana, pero tú no me has dado tiempo para realizar mi intento.

"No te molestes por mí", respondió el rey. "Estoy muy cansado yo nada quiero comer y lo único que deseo es acostarme pronto a dormir."

El ogró llamó a uno de sus demacrados esclavos; tenía diecinueve, dicho sea de paso, y cada uno era flaco y más horrible que el otro, con la piel suelta colgando de los huesos y con ojos horribles, salidos de las órbitas. El esclavo condujo al corpulento rey, otra vez a subir una escala de piedra y lo introdujo a un dormitorio desprovisto de muebles; sólo tenía una cama tosca sin cortinas.

"¡Buena cosa!" dijo el rey suspirando entristecido. "¡Qué incómodo parece ser todo esto!"

Sintiéndose muy cansado y estando la cama sumamente dura, muy pronto quedóse profundamente dormido. No acontecía igual cosa al voraz ogro; sentía un hambre atroz que le roía las entrañas. Vagaba de una en otra pieza, suspirando y

De repente, de un rápido salto, llegó hasta la cabeza y se sentó encima.

apretándose la cintura a cada rato para dominar el ansia de comer. De repente, empezó a recordar, cariñosamente, al rey que dormía en los altos; ¡qué gordo y qué tierno parecía ser! Un bocado exquisito para un ogro, una presa como jamás tendría de nuevo ante su vista. Estaba seguro de derrotarle en el combate del día siguiente y si debía comérselo mañana, ¿por qué no comérselo aquella misma noche? Razonó con estas y parecidas razones largo rato y cada momento se convencía más y más de las razones que tenía para proceder como pensaba.

"Sin duda alguna es un deber sagrado alimentar el cuerpo desfallecido", decía. "¿Por qué prevalecer contra este deber sagrado, mi palabra empeñada ayer?"

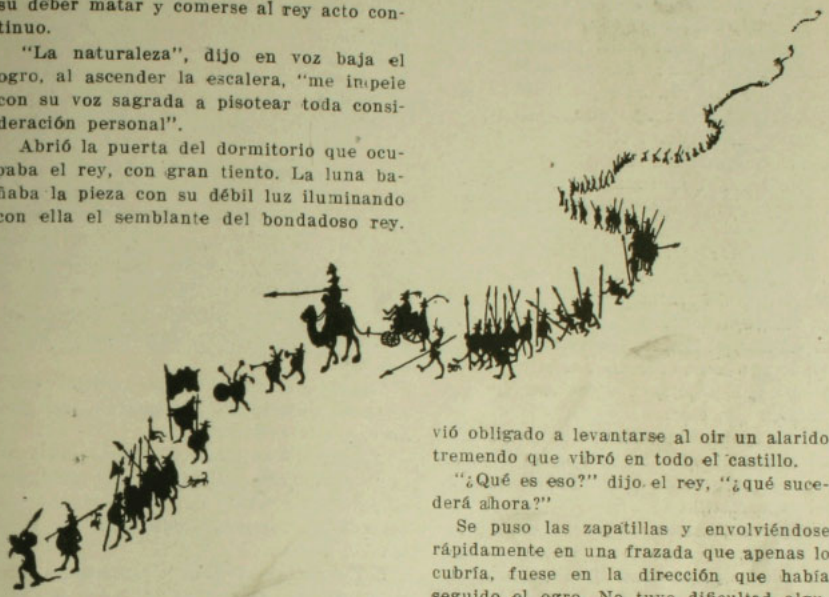
El peso de este argumento lo decidió a poner en práctica su intento. ¿Quién podía resistirlo? Ningún ogro hambriento,

Le faltó base y rodó todo el trayecto hasta el pie de la montaña

ciertamente. Se convenció, pues, que era su deber matar y comerse al rey acto continuo.

"La naturaleza", dijo en voz baja el ogro, al ascender la escalera, "me impele con su voz sagrada a pisotear toda consideración personal".

Abrió la puerta del dormitorio que ocupaba el rey, con gran tiento. La luna bañaba la pieza con su débil luz iluminando con ella el semblante del bondadoso rey.



El ogro se acercó al borde del lecho con el cuchillo desenvainado. El rey en su sueño volvió la cara hacia él, y una sensación de risa irresistible se apoderó del ogro; empezó a hacer convulsiones, su respiración se hizo entrecortada y al fin las compuertas que ponía a su risa desenfrenada se desbordaron al ver que el rey tenía un aspecto aún más divertido mientras dormía y estalló, finalmente, en carcajadas estrepitosas que hacían temblar toda la casa.

El rey se sentó en la cama, sobresaltado. Le parecía que alguien había hecho estallar una carga de pólvora a su lado. Cuando vió, extrañado, al ogro a su lado, con el cuchillo en la mano, estremeciéndose de risa, comprendió la situación y aferró su espada.

"No te creía capaz de atentar contra mi vida, mientras dormía, ¡cobarde!" exclamó el rey.

El ogro no esperó oir nuevas recriminaciones, salió corriendo de la pieza y bajó la escalera, riendo siempre. El rey suspiró profundamente, al pensar en la traición de su huésped, mientras se preparaba para acostarse a dormir de nuevo. Pero se vió obligado a levantarse al oir un alarido tremendo que vibró en todo el castillo.

"¿Qué es eso?" dijo el rey, "¿qué sucederá ahora?"

Se puso las zapatillas y envolviéndose rápidamente en una frazada que apenas lo cubría, fuese en la dirección que había seguido el ogro. No tuvo dificultad alguna en encontrarlo guiado por el bullicio de las lamentaciones que el ogro infortunado, tendido en el suelo, al pie de la escalera, lanzaba al aire, gimiendo con el dolor que le producía un tobillo zafado.

"Estoy muerto", decía, "les aseguro que voy a morirme ¿por qué no viene nadie a socorrerme?" gritaba, desaforadamente el ogro.

Sus diecinueve esclavos lo rodeaban temblando, como de costumbre, sin atreverse uno solo a acercarse, pues el ogro movía los brazos y las piernas con tanta fuerza como la que empleaba para gritar.

"Hagan algo por salvarme" gritaba. "¿No ven que estoy muerto?"

Los pobres esclavos miraban todo esto desconsolados. Era imposible pensar en acercarse; las coces y manotadas que daba el ogro eran terribles. El rey pensaba qué procedimiento usar para hacer callar al ogro: tenía tanto sueño. De repente, tuvo una idea feliz: sabía que cuando un caballo cae, lo único que podía hacerse era sentarse sobre su cabeza; y aunque ignoraba si este procedimiento era eficaz o no, decidió ponerlo en práctica con el ogro. A lo menos le impediría que siguiera gritando tan desaforadamente. Se acercó con

cuidado, esquivando las coces y manotadas que cruzaban el aire, y con un vivo ademán se acercó a la cabeza del ogro y se sentó encima de ella. El ruido cesó como por encanto; pero las piernas y los brazos se movieron con más energía que antes.

"Muy bien", decía el buen rey. "Estoy seguro que este era el mejor procedimiento. Me quedaré aquí sentado hasta que deje de patear y entonces le fajaremos el tobillo."

Sin prestar atención a las corrientes de aire, a pesar de su ligerísimo traje, el buen rey estuvo allí sentado hasta que todo signo peligroso de movimiento había cesado. En seguida, se levantó tranquilamente, volviendo a su lecho esperando terminar la noche en paz y dejando a los esclavos que cuidasen a su amo.

A la mañana siguiente fué despertado por grandes sollozos que partían el alma y que se escuchaban por todos los ámbitos del viejo castillo.

"¡Qué bulliciosos son estos sitios!" pensó, mientras procedía a vestirse. "Esta noche la he pasado casi sin dormir. ¿Estará dispuesto el ogro a combatir conmigo esta mañana?" prosiguió diciendo; "no será culpa mía si no está bien dispuesto a ello. He estado sentado dos horas enteras sobre la cabeza de mi enemigo, recibiendo el aire frío de la madrugada, cubierto sólo con una mísera frazada; todo esto es realmente quijotesco."

Cuando llegó al piso bajo del castillo, comprendió el motivo que causaba tal bullicio aquella mañana. Los esclavos estaban reunidos alrededor de un bulto tendido en el hall, mientras se lamentaban y se retorcían las manos.

"¿Qué sucede ahora?", preguntó.

"El ogro ya no existe", le contestaron. "Estaba muerto cuando usted se levantó de encima de su cabeza anoche."

—"¡Cielos! exclamó el rey, levantando sus brazos hacia lo alto." No tenía intención de ser la causa de su muerte, a lo menos en aquel instante. No puedo decir, sin embargo, que lo deplore, pues vine aquí con el propósito de matarle y debíamos tener un combate a müerte esta misma mañana. Pensando bien sobre lo que ha sucedido me siento muy satisfecho; pues en realidad, cuando pienso que trató de matarme después de haber convenido en una tregua considero que merecía bien lo que le ha acontecido."

Acto continuo, puso a todos los esclavos en libertad; y deseándole la buena ventura partió en su camino de regreso a la capital del reino.

"A Dios gracia", dijo, "a lo menos ahora me voy cerro bajo", y al decir esto, perdió el equilibrio y se fué rodando hasta llegar al pie de la montaña.

Todo el ejército había venido a informarse de la suerte que había corrido su rey y tuvieron el agrado, aunque lleno de estupor, de verlo llegar rodando hasta sus filas.

"¿Qué noticias trae, qué noticias trae, Vuestra Majestad?" exclamaron, sin ponerse a reir esta vez.

"El ogro está muerto", logró decir al fin, recobrando su aliento, aquel bondadoso rey. "Este medio de locomoción es desagradable, aunque rápido; casi me sacó todo el aliento."

Era digno de ver las aclamaciones que rompieron los aires. Los soldados estaban verdaderamente locos de alegría y de agradecimiento hacia su rey. Trataron de llevarlo sobre sus hombros hasta la capital, pero se vieron obligados a abandonar su intento, desenganchando en cambio los caballos de su real carroza y arrastrándola ellos mismos. Atravesarón así todos los campos en esta forma, hasta llegar a la capital del reino. La muchedumbre que lo seguía era enorme y el entusiasmo era indescriptible: las calles estaban atestadas de gente y todos comentaban el valor de su rey y lo proclamaban como el campeón más valiente de aquella tierra.

Las manifestaciones de regocijo duraron varios días y el rey gordo, en exceso, en medio de su gloria deseaba ser dos veces más gordo para sentir mayor satisfacción.

Sus súbditos pasaron largos años en paz y contento y lo que es más agradable aún, en igual estado permaneció el buen rey. Su pueblo ya no reía al verlo, pues cuando sentían deseos de hacerlo pensaban en su hazaña heroica en la que dió muerte al ogro insaciable y la risa moría en sus labios.

ABANDONO

Por

Angel Cruchaga Santa María

Ilustraciones de Luco

—Está perdido, no trabaja, llega muy entrada la noche contestaba la madre cuando preguntaban por Gregorio. Siempre las mismas respuestas.

—No va a misa ni reza; se levanta muy tarde, hace versos y después vaga por las calles con malos amigos. La madre se ponía muy triste y rezaba por el hijo doloroso.

Gregorio Besaluz tenía veintidós años, era un joven enfermo, pálido, de cara alargada y púpilas verdes, observadoras y agudas. Con los amigos era huraño y hermético, como un misterio que no ansía ser violado. Solía publicar versos en los diarios o en alguna revista conocida; versos que el vulgo era incapaz de comprender y que extrañaban a los artistas por la novedad de las imágenes y la angustia estupenda que caía en el espíritu como una tortura satánica.

—Gregorio, estás muy pálido, le decían los amigos sonriendo maliciosamente.

—¿Estás enfermo?

—No. Estoy muy bien.

Y más de alguno pensaba: se está poniendo idiota con la vida anormal que lleva. Y otro más audaz agregaba: pero hombre, si nunca ha tenido talento.

Un amigo adivinó la causa de la tristeza y del abatimiento del joven; el amigo era noble y sabía callar y sufrir interiormente.

Después de muchos idilios que lo hicieron llorar y escribir versos sinceros, apareció como si estuviera escrito antes del nacimiento la única mujer que podría comprenderlo y renació a la vida su sentir claro de poeta exquisito, y aleteó bajo el sol.

Era muy fina, con la delicadeza de los versos aristócratas; tenía las púpilas azu-

les, muy azules. El corazón hubiera estado siempre inclinado ante sus ojos...

La cabellera rubia... las manos lánguidas y breves. Así era la única.

Todos los sentimientos del pasado agonizaron; la fe se fué borrando lentamente en una fatiga prolongada. Los días domingos no asistió a la misa donde solía meditar cuando niño bajo el ruido hondo del órgano. Ya no lució sus trajes claros en los paseos, junto a las mujeres lujosas, y se olvidó de los amigos que alguna vez le hablaron de pergaminos y de escenas galantes.

Muchas tardes apacibles estuvo conversando con ella, mirándola en las púpilas dolientes y sufriendo la crucifixión de las horas calladas sin poder decirle que se moría de tristeza.

Tardes vacilantes para su vida flaca y sutil, que sentía la mordedura luminosa de aquel amor espiritual.

Una mañana cruel un ministro de Dios bendijo aquella cabecita rubia que tenía una corona de azahares.

Ella conoció en los ojos del joven el desfallecimiento de su corazón.

Ya no hubo alegrías en el vivir. Gregorio sentía una debilidad en los actos y un cansancio creciente en el cuerpo frágil y abatido por las vigilias.

Los momentos cuando podía hablar perdía la serenidad y se sentía débil como un enfermo, que ha dejado el dominio de los actos y el júbilo de la vida.

Ya no era el joven que hacía versos superficiales a la luna, al olvido; versos que hicieron los poetas desde el primer día del mundo.

Lloró en la sombra sin tener una mano de mujer que contuviera el sufrir, ni una palabra amiga que perfumara el morir de las horas.

Muchas veces en su cuarto a la luz de una lámpara escribió cuentos, poesías, y un drama místico y hondo donde vertió la vida en un desfallecimiento mayúsculo de silencio y claridad.

En el futuro aquel drama loco obtendría el aplauso de unas manos finas y lánguidas y el llanto de unos ojos azules lejanos, tan lejanos y tristes...

Nunca pensó decirle a su madre la causa de sus actitudes extrañas; de su rencor a la luz y al ruido vulgar de los hombres torpes y malignos.

¡Pobre madre que no lo habría comprendido!

Ella rezaba por el hijo triste que había cerrado los ojos a la bondad de Dios.

Todas las noches sentía sus pasos que se alejaban por el corredor, lentamente. El padre casi nunca le hablaba y cuando llegaba a conversar con él, contradecía las pocas palabras del joven.

—Estás muy pálido, Gregorio. Córtate esa melena, le solían decir.

Pero él no obedecía y la melena seguía creciendo como un dolor sin término.

En las mañanas lo iba a despertar una hermanita pequeña, pero el joven volvía a dormirse con un abatimiento enorme.

Se levantaba muy tarde. Leía un poco; otras veces hacía versos o fumaba con las pupilas clavadas en las sombras de la pieza.

Su padre al verlo un día en esa actitud, había dicho: Este muchacho está muy enfermo o se ha vuelto idiota.

Y Gregorio se levantaba tarde y volvía en la madrugada con los ojos más tristes y

la agonía en el corazón. Su palidez y su debilidad aumentaban.

Dejó de verla por un mandato de su alma, por quererla demasiado.

Los ojos azules ya no estuvieron frente a los suyos en los momentos crueles del silencio; siempre creyó verlos en la sombra.

El la adivinaba en la playa mirando la lejanía tembladora, con las pupilas fijas, esperando que las aguas dejaran en la arena un corazón que se perdió en un atardecer pensativo y vago.

¿Ella esperaba el corazón?

Un día entró la madre al cuarto de Gregorio mientras él sufría.

—Trabaja, hijo, nosotros somos pobres, trabaja. Cumple con tus deberes. Perdiste el empleo y has abandonado la religión; ya no oyes misa.

Ella tenía razón, él debía trabajar, arrojar al fango la inercia y llenarse los ojos con la luz seráfica de Cristo, pero se sentía débil, falto de iniciativa y teniendo en el cuerpo y en el espíritu una armadura de cansancio torturador.

Algunas veces rezaba con un misticismo loco que llegaba a producirle miedo. Y aquel sabor a juventud de las campanas vibraba como un ritmo en su vida encarcelada.

—¡Padre nuestro... qué tristeza...!

Llegó un invierno muy frío, las noches eran silenciosas y malsanas.

Gregorio en sus trasnochadas, aumentó el abatimiento mortal que le había puesto desencajado el rostro y el paso vacilante y débil. Algunas veces tosía cuando alguna racha de frío le abrasaba el cuerpo y le hería las pupilas dolientes.

Vagaba por las calles solas con el amigo único que solía darle consejos nobles, Gregorio los agradecía sinceramente.

En esos paseos nocturnos todo lo hacía sufrir. Los árboles agrandados repentinamente en la luz para demostrarle su robustez; los edificios que se elevaban rotundos y sólidos como fuertes realidades y aún las estrellas eran más brillantes y alegres en el cielo amplio y opaco.

Si pasaba alguna mujer a su lado le arañaba el alma con los ojos.

Alguna vez pretendió embriagarse para que el recuerdo muriera momentáneamente y no lo consiguió.

¡Ah, la mordedura de vivir!

"Bendita sea tu pureza
y eternamente lo sea..."

rezaba la hermanita pequeña con su voz tenue y sutil al lado de la madre canosa y encorvada, frente a la virgen de ojos claros, inefable y hermosa sobre la luna vencida.

Eternamente lo sea..."

Y seguía el murmullo de oro destrenzándose en el aire, mientras las manos juntas temblaban en la luz.

Después unos pasos vacilantes en el corredor y una tos profunda y lejana.

Pasaron varios meses. Gregorio sentía el deseo de mirarla un momento que fuera, mirarla nada más.

Ya no hablaría con ella; estaría sólo frente a las horas prolongadas y huecas.

sin oir su voz buena como la de su madre; voz que en los insomnios venía a su espíritu como el aroma de una frase de Dios.

Nunca más se acercaría a la vida de sus ojos azules. Sólo la lontananza de la muerte podría iluminar su alma estéril y frágil.

Su cuerpo se abatió lentamente, sus pupilas miraron desde muy atrás con esa augusta serenidad del que conoce todas las angustias. Sus manos se afinaron y tuvo una sensibilidad tan exquisita que lloró por el hambriento; sufrió en los ojos femeninos que quieren decir algo maravilloso; lloró en la sombra de la pieza débil como el niño que empieza a vivir.

Su voz era lejana; voz que tendrían los espíritus si hablasen.

Una noche en el silencio de su cuarto hizo unos versos bellísimos que tenían un soplo desconocido de amor, de sombra y de agonía. Después de leerlos detenidamente los guardó, pensando que serían los últimos; los que ella leería en la soledad de su alcoba vibrándole el corazón.

Durmió.

❦

Gregorio presentía el próximo advenimiento de la muerte, ya no tenía bríos para ningún trabajo intelectual; le dolía el cerebro y el pobre cuerpo martirizado por el amor. La quiso ver por última vez para que sus ojos leyeran en las pupilas de la imposible si más allá del cristal había un poco de cariño, o si todo era una compasión al doliente, al caído que se arrastraba bajo los astros por ella.

Para verla tenía que descender a la vulgaridad. Se inscribió en una sesión del Ateneo como cualquier poeta mediocre que desea volar.

Descendía para aletear después en un recuerdo profundo y definido.

❦

Aquella sesión era, según los periódicos la más atractiva del año. Los colaboradores, literatos conocidos, entre ellos citaban a Gregorio Besaluz.

Fué una noche muy fría aquella de la sesión, pero a pesar del mal tiempo el salón del Ateneo se llenó de Artistas y de mujeres amantes de la literatura.

Gregorio antes de salir de la casa, habló con la hermanita que se reía en el corredor.

—Rece por mí, rece mucho por mí... Ella escapó corriendo.

¿Por qué tendría los ojos tan raros, Gregorio?

❦

Llegó a la sala y buscó uno de los asientos más ocultos, tenía las pupilas fijas en la gente que entraba. ¿Vendría?

Al fin la vió cerca de la tribuna, buscando con la vista alguna persona. Vestía un traje azul obscuro y estaba muy bella con toda la vida en los ojos, más grandes quizás que otras veces. Los cabellos rubios caían a los lados de su sombrerito verde.

Gregorio la miraba con esa fijeza de la agonía cuando se quiere retener en el espíritu la visión de la vida que se aleja.

Por ella había llegado al Ateneo más débil que nunca; con el corazón pugnando por disolverse, con el rostro amarillo y la muerte en todos sus movimientos.

Deseaba mirarle los ojos; adivinar el cariño oculto y después arrojar la vida como un andrajo inservible en un rincón silencioso.

Por ella estaba incluído en esa multitud que no comprendería la grandeza de su alma aristocrática y refinada.

La sesión empezó. Un señor obeso leyó un cuento cursi que alegró a las niñas y un poeta alto, de gran melena y vestido de chaqué, declamó una oda épica a las provincias de Tacna y Arica. El Director lo abrazó sinceramente y el público tuvo un largo estremecimiento de júbilo patriótico.

Ella buscaba entre la gente algún amigo y parecía estar muy triste.

—El señor Gregorio Besaluz tiene la palabra, dijo el Director con voz retumbante.

Hubo un murmullo de simpatía al oir aquel nombre raro. Gregorio se levantó de su asiento tranquilamente, aunque el cuerpo parecía flaquearle.

Recordó a Jesús cuando subía el Gólgota.

Ella lo vió al pasar... y miró sonriendo a su compañero del lado. El joven subió a la tribuna desanimado por aquella sonrisa. Su voz se elevó clara, con una entonación extraña, y los versos bellos y misteriosos volaron buscando un corazón comprensivo.

Era la voz lejana, fina y doliente. Había en los versos una vaguedad de sentimien-

tos refinadísimos; todos estaban quietos con las pupilas fijas en el joven pálido.

Al terminar un silencio prolongado se alargó en el aire. Nadie aplaudió. El Director hizo un gesto de desprecio y un silbido estridente vibró en la galería.

Gregorio al pasar vió que ella estaba muy triste y que movía su mano blanca, diciéndole; muy lindos... muy lindos sus versos.

El joven no vió en las pupilas azules el amor divino que habitaba su alma, sino un remanso de pena, una angustia para el caído, un resto de compasión al poeta que se moría por ella.

Gregorio se escurrió no pudiendo estar entre la multitud. Su orgullo se rebelaba.

Al salir de la sala oyó una voz: ¡Adiós Besaluz!... El no miró.

Era el adiós.

❦

Salió, anduvo débilmente.

El firmamento se había despejado; las estrellas brillaban más que otras noches, pero el cielo estaba muy arriba, como si se alejara de sus ojos en un retroceso fantástico.

Marchó por las calles solas, tropezando como un ebrio, abandonado de todos, de Dios que no le oía y de aquella mujer que él candorosamente creyó sobrehumana. El no aceptaba la compasión de nadie.

El corazón le latía furiosamente, como si se despidiera del existir vibrando como una campana antes de romperse.

Los faroles se sucedían y las calles eran más penosas. Llegó a la casa completamente extenuado. Al abrir la mampara a obscuras tropezó produciendo un gran ruido. La madre escuchaba. Gregorio alcanzó a oir la voz sutil de la hermanita:

"Ruega por los pecadores..."

Siguió andando a tientas por el corredor húmedo y llegó a su cuarto, vacilando; abrió la puerta, no encendió luz; después se sacó el sombrero que rodó por el suelo y se dejó caer de bruces en el lecho, completamente exhausto. Tosió un largo rato.

Por su cerebro pasó como una neblina que le producía un dolor atroz y se halló solo, tristemente solo en el cuarto negro. En una lejanía imprecisa fué todo agonizando... Dios... los ojos azules... la madre, y al fin d é bilmente arrastrándose, se alzó el alma sin poder volar. La hermanita terminaba el rezo:

"Ahora y en la hora de nuestra muerte, amén..."

❦

El día siguiente fué claro como un día de los más templados del verano.

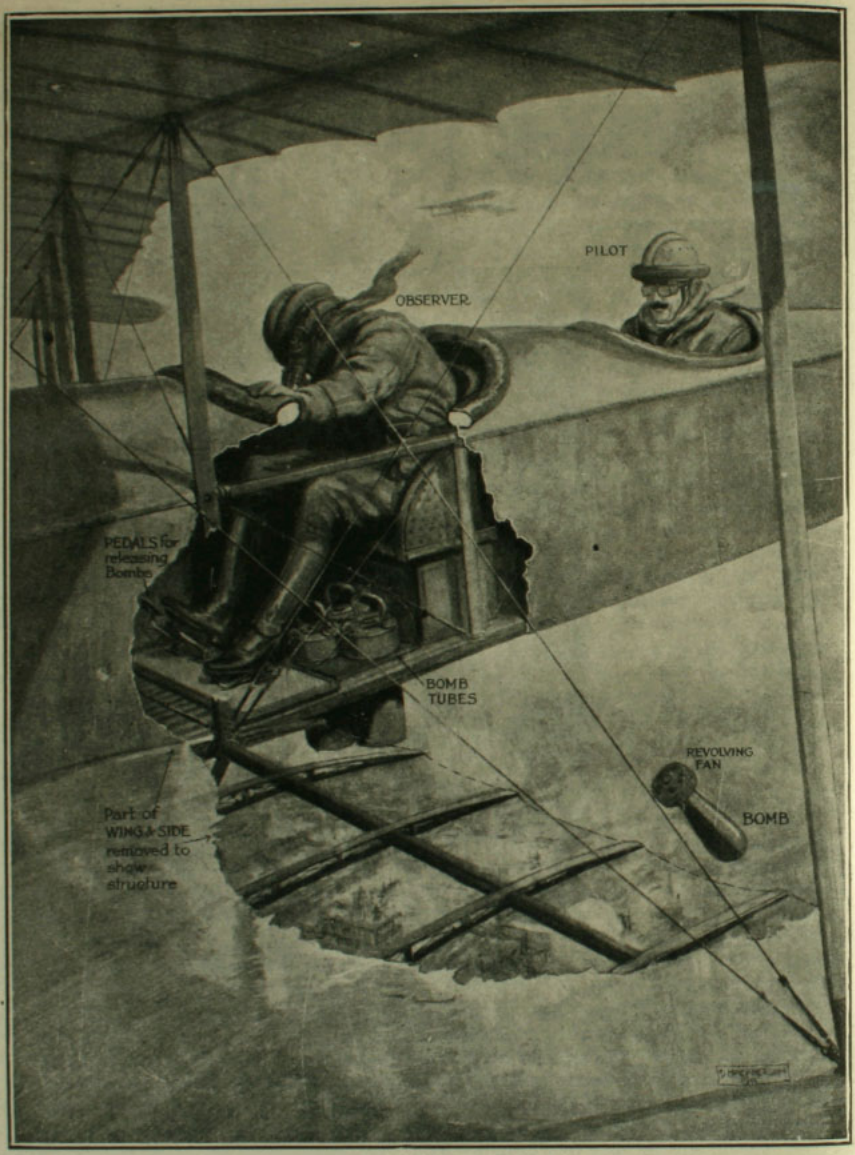
El sol era más bello y besaba las cabelleras sueltas de los niños.

La hermanita pequeña la de los ojos alegres, fué a despertar a Gregorio. Lo llamó... después vino la madre encorvada y entristecida; vió el sombrero botado en el suelo y miró con una angustia enorme el rostro amarillo del hijo vestido, echado sobre la cama.

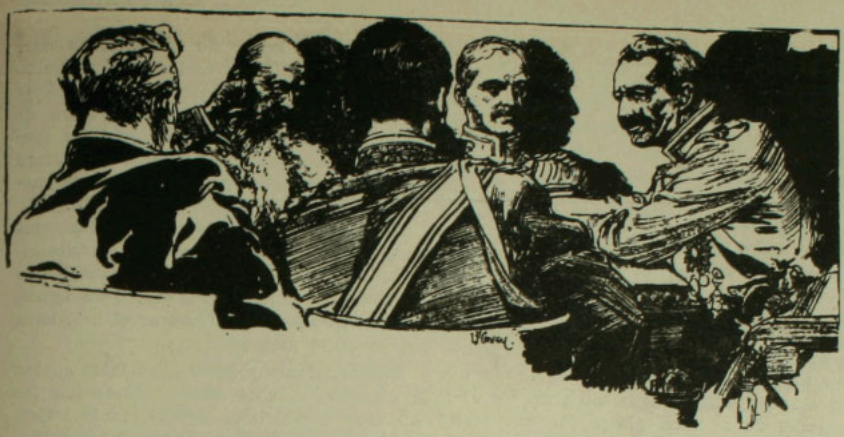
—Dejémoslo dormir, hijita. Y se alejó con la cabeza baja, diciendo:

—Está perdido. Anoche llegó borracho. Está perdido.

⚜ ⚜



EL APARATO LANZA-BOMBAS DE LOS AVIADORES ALEMANES.—Cómo funciona el lanza-bombas "Roland" desde un biplano alemán. De los diversos aparatos para lanzar bombas usados por los alemanes, el "Roland" por lo menos es bien conocido de los aliados. El aparato "Roland" consta de tres partes, tubos para las bombas, cubierta y plano del pedal. Los tubos van colocados en una superficie plana en el piso del fuselaje, un poco detrás del asiento del observador; el pedal va colocado a los pies del observador; y por la simple presión de éstos sobre el pedal se desprende la bomba que quedaba sujeta por el cuello a una traquilla del lanza-bombas: el peso neto del aparato sólo es de 15 libras.



Si el Imperio Alemán fuese derrotado...

(Traducido del "Century Magazine")

Este artículo partidarista, en el que se pretende vaticinar lo que sucedería en el caso de una derrota final de los sueños imperialistas de Alemania en la actual contienda, fué escrito por una de las primeras autoridades en asuntos militares de Inglaterra y su nombre, por obvias razones, no puede ser dado a la publicidad. Este personaje ha ocupado elevados puestos públicos y en muchas de las situaciones políticas internaciones más delicadas ha estado en permanente contacto con el Trono de Inglaterra, asociado íntimamente con él para la solución de los problemas militares más urgentes y delicados que han preocupado el Imperio Británico. Sus presunciones están basadas en su convencimiento de que la invasión de la Francia por parte de Alemania fracasará seguramente y que los ejércitos de Francia y Rusia saldrán victoriosos en una campaña que amenazará la seguridad misma de Berlín. Fundado en estos principios, profetiza el desmembramiento de los imperios de Alemania y de Austria-Hungría, la pérdida total de las colonias germánicas y la reducción de su flota a proporciones tan considerables que amenazarán extinguirla como poder ofensivo naval.

Suponiendo que el ataque alemán llevado al territorio de Francia fracasase finalmente, tal como está determinado en la firme resolución del pueblo británico, y que tenga igual fracaso el soñado ataque de las escuadras alemanas contra las escuadras aliadas y especialmente la británica, debemos pensar que una inmensa ola de entusiasmo invadiría los ejércitos aliados, los que penetrando al territorio alemán, los llevará victoriosos hasta las puertas mismas de Berlín. Observando el desarrollo de los planes estratégicos de los aliados, puede notarse el lento y constante retroceso de los cuerpos de ejército alemanes empujados por un lado por las fuerzas francesas incrementadas con el auxilio del Ejército Expedicionario de Inglaterra y por el otro lado asediado incesantemente por las masas enormes de ejércitos rusos, que se mueven en dirección a la capital de Alemania.

Las fortalezas alemanas son muy poderosas para la defensa del territorio nacional, pero no pueden resistir al avance de un ejército bien dirigido que posea cañones de artillería tan bien manejados como los que poseen los ejércitos de Francia.

Los fuertes que defienden a Colonia, Estrasburgo y Ehrenbiantein, mucho más poderosos y montados con cañones de más largo alcance que los que defendían a las plazas fortificadas de Lieja y de Namur, quedarán a merced del ataque de determinadas fuerzas dotadas de cuerpos de ejército suficientes y provistas de cañones ofensivos de un calibre apropiado al de los defensores de aquellas plazas fuertes. Una vez que el plan de invasión alemana al territorio de Francia haya sido abandonado podemos suponer que el ejército de los aliados arrasará en su contra-ataque con todo lo que se le oponga al paso.

Amenazada la capital de Alemania por los ejércitos de Francia y de Rusia, con su comercio totalmente paralizado por las operaciones de la escuadra británica, los ejércitos alemanes deben continuar presentando batalla en las condiciones más desfavorables, que excluyen en absoluto el pensamiento de cualquier victoria de suficiente importancia que influya en un cambio favorable para Alemania en el resultado final de la contienda. El pánico empezará a desarrollarse en la madre patria y con el pánico vendrá la desilusión y un cambio notable del espíritu dominante en el pueblo germánico.

El pueblo alemán, al que se le ha hecho creer durante largos años que su ejército era invencible, sentirá al fin que ha sido objeto del engaño de un círculo que ha jugado temerariamente sus destinos.

La familia imperial de Alemania será mirada por el pueblo alemán tal como la Francia, abriendo los ojos, vió a Napoleón III en los tristísimos días que siguieron a los grandes desastres de la guerra del 1870: considerándola objeto de su odio más concentrado. Si seguimos las enseñanzas de la historia, nos convenceremos que si un emperador victorioso no puede pedir demasiado a sus súbditos, en cambio, un emperador derrotado no puede esperar compasión alguna de su pueblo. Cuando la estrella de Napoleón I comenzó a eclipsarse muy pocas personas eran amables con él.

Por consiguiente, no necesitamos usar mucha audacia para sostener que siendo considerado el kaiser como personalmente responsable de esta tremenda guerra de naciones y las consecuencias que ella tendrá para su pueblo, él mismo precipitará un movimiento contra su dinastía, que puede llegar a serle imposible detener.

Si el Emperador sobrevive a todas estas vicisitudes, podemos considerar la posibilidad de verlo a él y a su familia desterrada de su patria en algún rincón lejano donde su poder para provocar el mal haya desaparecido para siempre.

El movimiento popular germánico contra la dinastía reinante sería iniciado por los intereses comerciales de Alemania. Este movimiento revolucionario puede tomar dos formas diversas: puede ser el fruto de un gran movimiento socialista, dirigido a conseguir la fundación de una república, que reemplace la actual forma autocrática de gobierno, o puede también ser el fruto de un sentimiento poderosísimo que tienda a deshacer la Confederación Germánica, transformando el Imperio en una serie de Estados fuertes e independientes entre sí, tal como estaban constituídos antes de la guerra de 1870.

La circunstancia de que Alemania pida o no la paz antes que los ejércitos invasores lleguen a Berlín, carece de importancia. Lo que es realmente importante es que antes que los ejércitos alemanes hayan derrotado las condiciones políticas del interior de Alemania, los obligará a pedir una paz ignominiosa. ¿Y cuál será el precio de la paz?

Cuando Alemania humilló el honor nacional francés en 1870, exigió como precio de la paz una indemnización guerrera de 200.000,000 de libras esterlinas, y la entrega de las provincias de Alsacia y Lorena.

A su turno, los ejércitos aliados victoriosos exigirían una indemnización de guerra no tan grande como desearían, a causa de la necesidad de impedir que Alemania caiga en estado de falencia, pero bastante considerable, al mismo tiempo, para anonadar al pueblo alemán con el peso de impuestos durante largos años, y lo que es aún más importante, insistirán en grandes concesiones territoriales con el propósito de cambiar fronteras artificiales entre razas de un mismo origen.

Es evidente que Alsacia y Lorena, que

siempre han sido una punzante espina en el costado del organismo alemán y una fuente de dificultades para su diplomacia serán devueltas a la Francia.

Todo el naciente imperio colonial de Alemania está destinado a desaparecer. Esperamos no vernos obligados a apoderarnos de sus colonias, pues ya tenemos más de las que necesitamos y en todo caso las posesiones alemanas de ultramar no merecen ser tomadas en cuenta. Es muy probable que consintamos en dividirlas en igual proporción entre Francia y Rusia, contentándonos con reservarnos a Yogoland y entregando Kiao Chau al Japón.

Ciertamente la Francia insistirá en que se le devuelva el territorio que se le arrebató en el Congo Francés. Dinamarca recibirá, en pago de su comportamiento en la guerra, lo que puede legítimamente esperar: la devolución del territorio de Schlesuig-Holstein. ¿Cuál será la recompensa que recibirá la Bélgica? Esto es muy difícil predecirlo; posiblemente recibirá una recompensa pecuniaria, pues no hay territorios que ofrecer a este pequeño y valiente reino, pues en todos los cambios de fronteras se considerará el sentimiento y el origen étnico del pueblo cuya nacionalidad quiera alterarse por medio de la fuerza. Bélgica, por otra parte, no querría jamás encontrarse abrumada con el peso de un regalo dañoso, como sería una provincia alemana, que podría resultar un foco de dificultades como Alsacia y Lorena ha sido para las pretensiones de la política internacional alemana. Serbia, que debería apoderarse de la Bosnia y Herzegovina, que le retiene el Austria, podrá recuperar lo que legítimamente le pertenece.

Profetizo que Italia tendrá la suficiente fuerza para resistir las amenazas de los otros dos miembros de la Triple Alianza. Si se mantiene incólume, su recompensa será recuperar la Italia Irredenta, aquel pequeño triángulo territorial cuya base tiene a Trieste al extremo izquierdo y a Fiume a la derecha, región que formaba parte de la antigua república de Venecia, y que le fué arrebatada por la dinastía de los Hapsburgos.

Para otros Estados Balkánicos, cuya conducta ha estado fuera del alcance de todo reproche, habrá también compensaciones territoriales. Turquía será la nación que sufra más desmembraciones de su territorio. Si domina sus ambiciones, disminuirá el daño que puede recibir, pero si prefiere crearnos dificultades, las potencias que constituyen la Triple Entente pueden resolver, en homenaje a la tranquilidad futura, obligarla a evacuar el territorio de la Europa. Hay grandes probabilidades de que Rusia puede pedir entonces la recompensa que siempre ha ansiado poseer: Constantinopla. Es muy posible que se convenga unir el resto del imperio de la Turquía Europea a algún Estado eslavo que simpatice con Rusia, de tal manera que aunque Rusia no poseyera Constantinopla, pudiera tener allí una influencia incontrarrestable. Es indudable que la Polonia entera será anexada al Imperio Moscovita.

Rumania extenderá su territorio a expensas del Austria, siguiendo la línea de su raza, y las potencias posiblemente decidirán concluir con el juguete u ópera cómica de la monarquía de la Albania, anexándola a alguno de los Estados Balkánicos.

En general, el efecto de la aplastadora derrota que sufrirán Alemania y el Austria-Hungría unidas, será la reducción considerable de las fronteras de ambos imperios. Cuánto está destinada a sufrir la Alemania, dependerá, principalmente, de las condiciones de su política interna y de su habilidad diplomática en las negociaciones de paz. Cualquiera que sea el curso de los acontecimientos, es evidente que la pérdida de sus colonias y de la Alsacia y Lorena son indudables. Es igualmente cierta la pérdida por parte del Austria del territorio de la Bosnia y Herzegovina e igualmente cierta la pérdida de la Italia Irredenta.

Aún más importante que los cambios territoriales será la influencia que esta guerra tendrá sobre los armamentos en el futuro. La Europa se encontrará en una situación económica tan terrible que obligará a las potencias a negociar un plan de reducción de armamentos.

Las potencias insistirán en obligar a Alemania a reducir su ejército a proporciones insignificantes y su marina, si se le dejan algunos barcos al terminar la guerra, quedará representada por un número que no pueda amenazar nuestra supremacía mundial en los mares del mundo entero. El Austria se verá obligada a reducir sus fuerzas a un nivel, que le permita protegerse sólo de las agresiones eslavas.

Rusia, Francia e Inglaterra, llegarán a convenir en la reducción proporcional de sus gastos de armamentos.

Si Alemania sobrevive de esta hecatombe, ya sea como reino o como república, verá su poder ofensivo militar reducido a su más simple expresión, y para asegurar el equilibrio del poder en el Continente Europeo, se firmarán tratados que salvaguardien su seguridad nacional.

Italia, que no tiene afinidad alguna de raza ni de sentimientos con el pueblo teutón, se verá obligada a buscar otra órbita de amistad y de consorcio internacional. En estas nuevas alianzas se tendrá en vista únicamente el espíritu defensivo, quedando, excluído en adelante el carácter ofensivo que hasta ahora tenían. El principal objetivo que perseguirán las potencias aliadas, será la destrucción de la alianza entre Alemania y Austria, alianza que ha amenazado durante tanto tiempo la paz de Europa.

Aquellas personas que creen en la expansión de Rusia a expensas de la Alemania debilitada, atacando nuestro imperio en la India, puedo recordar que Rusia dejó hace ya mucho tiempo de considerar la posibilidad de realizar tales pretensiones.

Aparte de la circunstancia notable de habernos unido a Francia con lazos que no pueden jamás deshacerse, lo que significaría la negativa de esta nación para plegarse a Rusia si ésta pretendiera atacarnos, el problema militar es demasiado vasto y difícil para que pueda acometerlo una potencia aún tan grande como Rusia misma.

Mientras el Afghanistan nos permanezca fiel, y su fidelidad yo nunca la he puesto en duda, la invasión de la India no podría acometerse dentro de veinticinco años; y, además, Rusia necesitará tanto nuestra ayuda financiera para resarcirse de los esfuerzos que ha gastado en la guerra actual y para consolidar la situación económica de sus vastas hordas de pueblos semi-bárbaros, que la obligarán, naturalmente, a tender la vista con poco afán hacia el Herat.

Siempre considerando que la profecía de la destrucción del poder imperialista germánico está justificada, el resultado general de la guerra será el dejar a la Gran Bretaña como señora única dueña del dominio de los mares, sin sobresaltos, tales como los experimentados en los últimos años, y sin que nos vuelva a asaltar el temor de ver invadidas las costas de la madre patria, aumentando así, considerablemente, nuestro prestigio mundial.

La restitución de las provincias de Alsacia y Lorena mejorará las relaciones entre los pueblos francés y alemán, a quienes han mantenido aparte aquellas dos provincias cautivas; la pérdida de sus colonias indicará a la Alemania a concentrar su atención en el desarrollo de los admirables recursos naturales de su propio país, reconstruyendo nuevamente su comercio, cuya salvaguardia nadie tratará de impedir. El Austria-Hungría se sentirá más fuerte por la pérdida de las provincias que la mantenían en guerra con las razas eslavas y se abrirá el camino para que entable relaciones de recíproca amistad con Italia, la que ya no tendrá motivos para desconfiar de sus intenciones; mientras que la entrega de Kiao-Chau al Japón contribuirá a mantener el equilibrio del poder en el lejano Oriente.

Finalmente, las grandes naciones europeas, en vez de malgastar sus riquezas en armamentos, emplearán gran parte del dinero que ahora se emplea en la fabricación de buques, armas y municiones que siembran la destrucción, la muerte y la miseria, en obras de bienestar social, convirtiendo el odio en amor, la miseria en bienestar, y abriendo paso a un mejoramiento de la raza humana.

La Guerra Submarina

Los terribles efectos del ataque de los submarinos

Por

BURTON J. HENDRICK

Ilustraciones fotográficas

Los barcos submarinos son los enemigos más formidables del poder naval de Gran Bretaña. Esta nueva unidad de combate amenaza la integridad territorial del imperio, impidiendo seriamente el control de la navegación en todos los mares del mundo. Durante cerca de un siglo, desde la época de su invención, Inglaterra ha luchado desesperadamente por encontrar el medio de inutilizar esta moderna arma de combate. Primero trató de hacer desaparecer la invención original, y, cuando vió fracasados sus intentos, influenció la opinión mundial haciéndola dudar del poder real y efectivo del submarino. Pero este invisible enemigo, que maniobra en sitios que no pueden observarse y que no puede ser atacado, ha hecho progresos notables, a pesar de los deseos de Inglaterra, y hoy día muchas decenas de submarinos alemanes voltejean en los mares en acecho de los buques aliados. ¿Cuál será el fin de esta contienda colosal, en que los barcos submarinos disputan a los que navegan sobre las aguas el dominio de los mares?

En el mes de marzo de 1862, el *Monitor* inició un combate en los afueras de Hampton Roads, en los Estados Unidos, con el *Merrimac*. Este combate naval duró cuatro horas, y él fué el origen de un cambio completo en la ingeniería y táctica naval, haciendo anticuados todos los buques existentes en ese entonces. La nueva arma de combate introducida en aquel encuentro, fué la torre giratoria, innovación que formó la base de todas las grandes escuadras de barcos de acero que ahora luchan encarnizadamente en los mares del orbe entero.

Cierto día del mes de septiembre de 1914, un submarino alemán hundió en el Mar del Norte, sucesivamente, a tres grandes cruceros británicos: el *Aboukir*, el *Hogue* y el *Cressy*.

Muchos críticos navales creen que este suceso notable, reproducido en diversas ocasiones recientes, introducirá en la táctica de la guerra naval una transformación tan importante como la efectuada por las innovaciones del *Monitor* en las escuadras de hace medio siglo.

Este sencillo episodio fué el acto preliminar ostensible de una calamidad que se cernía amenazante sobre el poder naval británico desde hace un siglo. Desde los días del reinado de Isabel de Inglaterra, la escuadra británica ha sido dueña y señora de los mares. Ninguna potencia en el mundo ha logrado amenazar la preponderancia naval iniciada por Drake, Hankins y otros grandes corsarios de la era del reinado de Isabel.

Este control de la navegación mundial ha sido el hecho más notable en la historia del Imperio Británico y él ha sido el factor más poderoso para incrementar el desarrollo comercial y político de esa gran nación. Sin este control, ejercido sin contrapeso alguno desde hace varios siglos, Gran Bretaña hubiera sido una pequeña potencia insular y su falta significaría, según la feliz expresión del estadista inglés D'Israelis, "transformar a la Gran Bretaña en una Bélgica rodeada por los mares". Gracias al poder de su enorme escuadra, la Inglaterra nunca ha sufrido derrotas, excepto la que dió la indepen-

dencia a los Estados Unidos, y este mismo poder le permitió avasallar al mayor genio militar de la historia, libertando a la Europa del despotismo napoleónico.

En diversas ocasiones, en el espacio transcurrido durante los últimos cien años, Inglaterra ha afrontado la posibilidad de guerras continentales. Con una sola excepción: la guerra de Crimea, sus adversarios han rehusado la contienda. Una campaña militar contra Inglaterra, ha presentado siempre dificultades militares insuperables. Las escuadras inglesas han formado una valla impenetrable contra toda tentativa de invasión, y en todo momento han estado preparadas para barrer el comercio de los adversarios de todos los mares del mundo; han estado en actitud de bombardear sus puertos y prontas para desembarcar tropas invasoras en el territorio enemigo.

Inglaterra, viendo enormemente incrementada la riqueza de sus hijos con el comercio y con la industria, ha gastado sin tasa ni medida enormes sumas del Tesoro Nacional para mantener su escuadra numéricamente superior a cualquiera combinación que hubiera podido formarse para destruir su poderío: y la habilidad natural de sus hijos para la guerra naval le ha dado un control absoluto con esta máquina de guerra gigantesca. Mientras el mecanismo de la guerra naval se mantuvo inalterable, el Imperio Británico, aparentemente, nada ha tenido que temer. Un acontecimiento imprevisto, sin embargo, que trajese una revolución en este sistema introduciendo nuevos elementos de combate, bien pudiera significar la muerte del Imperio Británico.

La historia de la evolución del submarino, revela una muestra de oportunidades desperdiciadas, constantemente, por los enemigos del poder naval británico. Desde el año 1777, los enemigos sucesivos de Inglaterra han tenido a su disposición esta máquina potente, pero cada uno de ellos ha olvidado emplearla en su debida oportunidad. Desde el gobierno de William Pitt, Inglaterra ha reconocido este principio fundamental: la invención de un submarino perfeccionado resolvería el problema de un ataque al poder británico en su parte vulnerable.

Un joven yankee inventó el primer submarino en 1777

Muchas personas creen que el barco submarino y su gemelo inevitable, el torpedo submarino, son invenciones modernas. Toda la prensa mundial ha saludado el hundimiento de los buques ingleses en la guerra actual como la primera feliz demostración del progreso del arte moderno de la guerra. Hemos olvidado, aparentemente, que un buque submarino de los Confederados, en la guerra de Secesión, de los Estados Unidos, hundió un buque de guerra de los Federales en el puerto de Charleston. Este barco extraordinario hizo entonces su primera demostración práctica, (pues sus características se mantienen inalterables), en los días de la Revolución Americana. En muchas ocasiones desde entonces ha hecho notar su existencia y con la excepción del episodio que hemos relatado en la guerra civil americana, sus inventores han dirigido sus perfeccionamientos de ataque considerando como blanco a la flota británica.

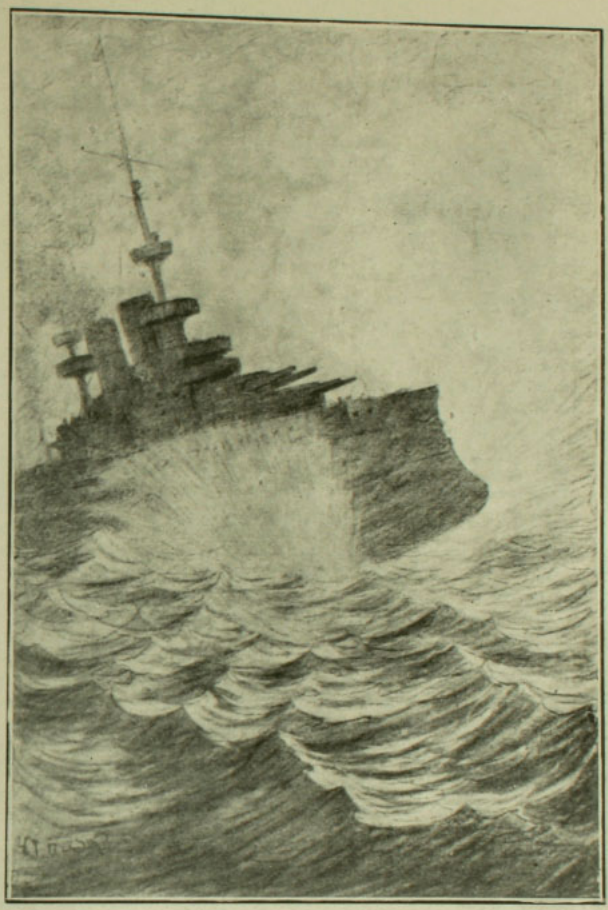
Durante la revolución que dió la independencia política a los Estados Unidos, libertándose del dominio británico, la escuadra inglesa dominaba la situación en el mar, dándole entrada exclusiva a las colonias rebeladas. Su destrucción era, en consecuencia, un sueño acariciado por los patriotas, pues con ella habría terminado la guerra por sí sola. Las fragatas ancladas en los afueras del puerto de Nueva York y otros puertos norte-americanos, fueron objetos que inspiraron al cerebro pensador del inventor de los barcos submarinos. Las colonias no tenían barcos bastante poderosos que pudieran intentar un combate desigual. ¿Podía, entonces, el ingenio yankee, proporcionar un medio de destruir aquella amenaza? Un joven de Yale, David Bushnell, fué quien descubrió el principio de la guerra submarina que los alemanes emplean en su favor con tanto éxito. Cualquier lector que quiera comprobar la veracidad de este aserto, puede encontrar su confirmación en los sapientísimos tratados sobre los "Unterseeboote", publicados en el Imperio Germánico.

Estas autoridades en materias navales reconocen al joven norte-americano que hemos nombrado como el *Erfinder* o inventor de los barcos submarinos.

Bushnell no sólo inventó el barco submarino, sino también la mina submarina. Durante su estadía en el colegio en los años comprendidos entre 1771 y 1775, trabajó asiduamente en su objeto de distracción favorita: un buque que pudiera navegar bajo la superficie del agua.

Hace algunos años, el comandante Barber, de la marina de guerra de los Estados Unidos, examinó, cuidadosamente, los planos elaborados por Bushnell. "Parece, dice, ha-

ber sido el barco más perfecto en su clase construído antes o después de Bushnell." John P. Holland, otro inventor y técnico de arquitectura naval submarina, que tantas innovaciones ha introducido para perfeccionar el submarino, decía que aún en los tiempos actuales, el barco diseñado por Bushnell hubiera sido formidable arma de poder ofensivo. Recientemente, en el año 1905, Sir William White, el gran constructor de buques para la marina británica, expresó su opinión de este barco en la siguiente forma: "No se puede hacer la afirmación de que se haya descubierto algún nuevo principio en el diseño de los buques submarinos desde la época de Bushnell; él fué quien señaló la ruta que debían seguir sus sucesores en cuanto a la estabilidad y control de las corrientes en las profundidades alcanzadas por los submarinos. Aunque se han introducido nuevos métodos ensayados y puestos en práctica con relativo éxito, los planos de Bushnell son, substancialmente, los mejores.



Un sólo submarino, a pesar de su pequeñez, puede destruir por sí sólo una gran escuadra, nave tras nave

Los primeros ensayos de los submarinos

Siendo todavía un estudiante, Bushnell sorprendió a sus profesores incrédulos con una nueva idea. Sostenía que la presión del agua podía emplearse para crear la intensidad deseable en la acción que seguía a la explosión cerca del buque que debía destruirse. Es decir, con este principio había descubierto la eficacia de la mina submarina. Sus profesores y otros observadores no versados en cuestiones científicas, ridiculizaron su idea al asegurar que podía hacer estallar la pólvora estando bajo el agua. Pero Bushnell, en vez de malgastar su tiempo en inútiles controversias, llevó a los sabios a los afueras del puerto de New Haven, y ante sus ojos asombrados produjo la explosión inesperada. Quedaba en pie la dudosa cuestión, que debía poner a prueba el talento del inventor, al resolver la dificultad de colocar bajo la línea de flotación de un buque su máquina terrible y traidora. Para llevar a cabo sus experiencias, Bushnell había hecho construir un buque que podía navegar bajo el agua; un barco submarino, que era el completo inevitable de la mina submarina. El barco ideado por Bushnell se asemejaba al tipo moderno del submarino

y tenía en su interior espacio para un tripulante. Este tripulante sumergía su buquecito llenando el estanque con agua y ascendía a la superficie del mar vaciando aquel mismo estanque. Un propulsor de madera colocado a proa, movido por el navegante, le suministraba el andar al barco. La *Turtle* (tortuga) inventada por Bushnell, precedió a la invención del buque a vapor. Sin embargo, esta disposición tan sensible, daba al barco destinado a tan brillante y siniestro porvenir, un andar máximo de dos millas por hora. La iluminación interior se efectuaba encendiendo una fogata con leña especial que daba una llama fosforescente y que no consumía la provisión precisa del oxígeno necesario al tripulante para la respiración. El buque era guiado en su marcha por medio de un timón de tipo corriente; tenía, además, una cámara de aire en la cual el navegante podía permanecer hasta media hora, y estaba provisto de ingeniosos aparatos que medían la profundidad a que se sumergía el barco, así como también servían para mantener su estabilidad. Bushnell obtuvo su grado de bachiller en la Universidad de Yale en el año 1775, y antes de esta fecha su barco había hecho varios viajes con el mayor éxito. Poco tiempo después estalló la guerra con Inglaterra. La escuadra británica, al mando del almirante Lord Howe, bloqueó el puerto de Nueva York, encontrándose el Gobierno Revolucionario, bien pronto, frente al problema inevitable en la guerra moderna: el control que ejercía Inglaterra en todos los mares.

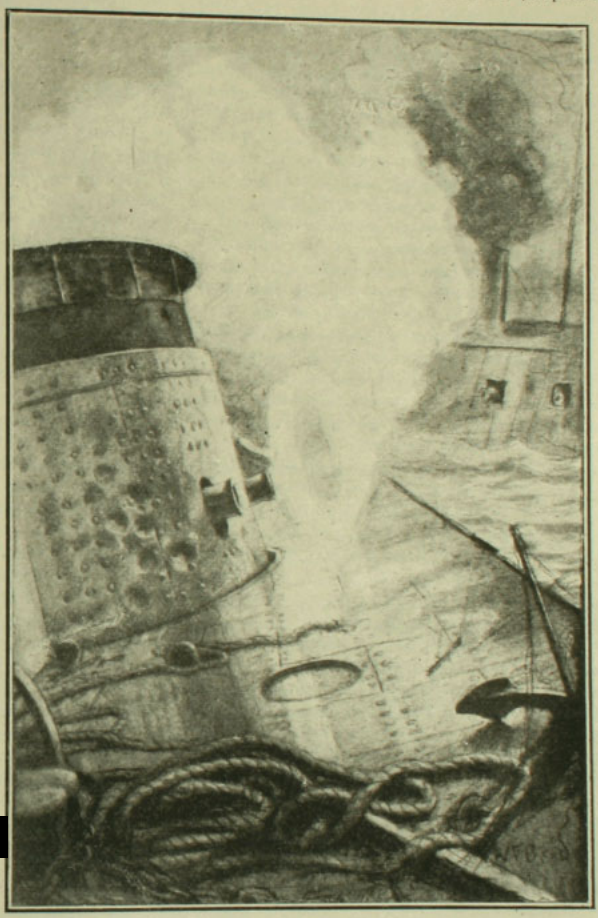
Israel Putnana, un patriota del Estado de Connecticut, conferenció con David Bushnell, pidiéndole su cooperación para realizar una idea feliz. El inventor escogió, para realizar su intento de poner en práctica la eficacia del ataque submarino, al buque insignia, el *Eagle*, anclado frente a Stater Island. Desgraciadamente, Bushnell no pudo manejar él mismo el submarino, a causa de su debilidad física y Ezra Lee fué el hombre escogido para destruir el *Eagle*, dándosele sólo cinco días para practicar el manejo del barco. Esta circunstancia explica, en parte, el fracaso originario. Según los técnicos submarinos, no había razón alguna que impidiera el éxito feliz de esta tentativa. Lee consiguió acercarse al *Eagle*, sumergiendo su barco al encontrarse cerca de aquel, buscando un punto ventajoso bajo la popa del buque enemigo. El submarino llevaba un solo torpedo, mantenido en un sitio por medio de un cable provisto de un tornillo, disposición que permitía al navegante desde el interior del submarino, soltar este tornillo y fijarlo en el casco del buque enemigo. Empezaba a clarear el día, y llegaba ya el momento en que debía regresar a la costa; un reloj colocado en el torpedo indicaba que había transcurrido gran parte del tiempo señalado para la explosión. En aquellos instantes transcendentales, Lee pudo cerciorarse que el casco del *Eagle*, en el punto en que había escogido para atornillar la máquina infernal, estaba cubierto con una espesa coraza de cobre; quedando, en consecuencia, incapacitado para efectuar la operación. Lee, ya muy intranquilo y decepcionado, volvió proa al puerto, dejando el torpedo a flote. Pocos momentos después, estalló el torpedo, mandando hacia lo alto un enorme chorro de geyser, muy cerca del buque insignia británico. Este ruidoso fracaso descorazonó a los partidarios de Bushnell; su *"Turtle"* llegó a ser un objeto de burla, y eventualmente, desapareció de la vista del público. Bushnell mismo, en su pesadumbre, desapareció a su vez, ignorando hasta su propia familia su paradero. Muchos años después de terminada la revolución, el inventor de esta máquina de guerra ingeniosa murió abandonado de todos en Georgia.

Veinticinco años más tarde, Napoleón Bonaparte estaba empeñado en una empresa muy parecida a la que acomete actualmente el Emperador Guillermo. Napoleón, tal como el Kaiser, tenía una preocupación incesante: la de invadir el territorio de Inglaterra. Todas las potencias europeas se habían aliado contra él, tal como en la hora actual se han combinado todas las demás naciones contra el poder avasallador de Alemania. A la cabeza de esta gran combinación de naciones estaba Inglaterra. La fuerza incontrastable de Inglaterra, entonces como ahora, estaba cifrada en su poder naval. Esa escuadra había destruído la escuadra francesa en las aguas del Nilo, y ahora bloqueaba las costas de Francia. Las brillantes campañas de Napoleón habían colocado a la Francia como una señora del Continente Europeo, y éste había conseguido reunir en los campos de Boulogne un ejército invasor, que debía desembarcar en Inglaterra. Pero el Canal Inglés estaba entre Francia e Inglaterra, y la idea resultó impracticable.

La famosa carta que Roberto Fulton escribió a Napoleón

Una mañana, en medio de las perplejidades que preocupaban a su espíritu, Napoleón recibió una carta notable. "El mar que os separa de vuestro enemigo", decía, "le da una inmensa ventaja sobre vosotros....

Yo puedo remover este obstáculo que lo protege y hacerlo desaparecer de una vez y para siempre." La persona que firmaba esta extraña misiva no había despertado en ese entonces el ruido que formó más tarde. Era Roberto Fulton. Aún en ese entonces, Napoleón pudo recordar a aquel hombre de clarísimo ingenio. Durante seis u ocho años, Fulton había residido en París, ganando grandes cantidades de dinero con la exhibición de su Panorama y haciendo experimentos con buques a vapor y otras invenciones notables. Durante muchos años, Napoleón pudo ahora recordar que Fulton había importunado al Directorio, su predecesor en el mando, con nuevas y terribles máquinas para hacer la guerra: barcos submarinos y minas submarinas. Al desarrollar las ideas inventadas por Bushnell, pues él nunca reconoció cuánto debía al genio creador de su compatriota, Fulton tenía una preocupación que dominaba a todas: la destrucción de la supremacía naval de Gran Bretaña. Al idear este propósito, no lo animaba una hostilidad exclusiva hacia esa nación. Consideraba, tan sólo, que el control de los mares por una sola potencia era un mal peligroso. Era un libre cambista y un pacifista que detestaba la guerra. La idea de Fulton no era privar a Inglaterra de su poder naval y entregarlo a otra nación: su ambición de soñador estaba en impedir que una sola nación monopolizara el océano. Con este propósito en vista, el éxito de su plan significaba el fin de la guerra. "El submarino y el torpedo, declaraba él en tono profético, que ciertamente tiene ahora un gran significado, asegurará algún día la libertad de la navegación mundial."



El "Monitor" entabló un combate con el "Merrimac" fuera de Hampton Roads. Este combate que duró cuatro horas revolucionó completamente la táctica naval

El gran error de Napoleón

Al ayudar a Fulton Napoleón no abrigaba un propósito tan fantástico. Su propósito inmediato estaba en trasladar su ejército a través del Canal, internándolo en Inglaterra y como tarea esencial y preliminar debía destruir la escuadra bloqueadora de aquella nación. Nombró, en consecuencia una comisión que debía investigar los planes del inventor norte-americano. Fulton llevó a cabo en la bahía de Brest diversos

experimentos, con su barco submarino, que tenía varias mejoras importantes sobre el tipo ideado por Bushnell. En la superficie del agua parecía un buquecito ordinario; un mastil y su velámen proporcionaban la fuerza motriz. Antes de hacer descender el barco bajo la superficie del agua, este mástil y velámen eran retirados y colocados extendidos sobre la cubierta. Tal como en el barco de Bushnell, el submarino de Fulton se movía bajo el agua por medio de un propulsor movido a mano. Fulton, con tres tripulantes que lo acompañaban, logró hacer navegar a su barco un trecho de quinientas yardas sumergido bajo veinticinco pies de agua, y en cierta ocasión logró permanecer bajo ésta durante cuatro horas seguidas. Hicieron, en una de estas correrías, explotar en miles de fragmentos un buque inutilizado que el Almirantazgo francés había puesto a su disposición. El experimento realizado impresionó, vivamente, a los observadores, quienes lo consideraron como un hecho sorprendente, y Napoleón dió orden a Fulton de proceder inmediatamente al ataque submarino de los buques ingleses que voltejeaban en los afueras de Brest.

Los ingleses, que no ignoraban lo que sucedía, prontamente se aferraron al principio tan efectivo hoy como entonces: la única defensa que existe contra el submarino está en escapar. Los buques se alejaron de la costa de Francia o a lo menos, cuidadosamente evitaron el radio de acción del submarino de Fulton. Durante varios meses Fulton estuvo vigilando atentamente la costa, pero el Almirantazgo británico no le dió oportunidad alguna. Este fracaso disgustó al impaciente Napoleón. Denunció a Fulton como charlatán y visionario y lo despidió ignominiosamente, de su ocupación. Los historiadores navales franceses han afirmado siempre que esta acción precipitada de Napoleón I fué el error más grande de su carrera y que desperdició la única ocasión de derrotar a Inglaterra y de salvar su propio imperio.

Otra nación, sin embargo, apreció el significado del trabajo realizado por Fulton. Esta nación es la misma Inglaterra. El gobierno inglés, mientras Fulton realizaba sus experimentos, estaba solicitando, constantemente, los servicios del inventor. Un amigo personal de Fulton, el Conde de Stanhope, aficionado a los estudios científicos e invenciones mecánicas, era el más entúsiasta por obtener su cooperación; los ingleses llegaron a enviar emisarios secretos a París para conseguir que Fulton accediese a residir en Inglaterra. Cuando Napoleón rechazó sus planes, Fulton partió a Inglaterra. Guillermo Pitt, que recién había sido nombrado para desempeñar el cargo de Primer Ministro, lo recibió cordialmente; el hecho de que Fulton hubiera, con toda energía, tratado de aniquilar toda la escuadra británica, aparentemente, no provocaba animadversión alguna en contra suya. "Si su barco submarino se perfecciona", dijo Pitt, después de examinar los diseños de Fulton, "aniquilán la mairna de guerra." Poc después Fulton entró al puerto de Deal, en su submarino, e hizo estallar un bergantín danés de doscientas toneladas. El puerto de Deal, por notable coincidencia, es, precisamente, el punto en que un submarino alemán hace pocas semanas destruyó a un torpedero británico.

El arma contra la cual no hay defensa posible

El Ministro Pitt presentó a Fulton a Lord St. Vincent, Primer Lord del Almirantazgo Británico. Este viejo lobo marino estalló en indignación al ver al ingenioso inventor yankee. Sus observaciones claramente indican que inmediatamente comprendió el significado del barco submarino. "¡Qué tonto es Pit!", exclamó, ¿por qué estimula una táctica naval que es inútil a los dueños del mar y que si tiene éxito los privará de esta supremacía?" Pitt y el resto de los gobernantes ingleses no eran tontos, sin embargo: ellos comprendían este punto tan claramente como el Lord del Almirantazgo. No tenían intención de ayudar a Fulton a desarrollar su submarino: su propósito era impedir a los enemigos usar esta nueva arma de combate. Ofreció el gobierno inglés a Fulton una suma considerable de dinero para archivar su invención, pidiéndole regresara, tranquilamente, con su secreto a los Estados Unidos. En una carta que el inventor escribió a Lord Granville, la que todavía existe, manifestaba aquel su indignación al recibir semejante oferta. "Ni por una pensión de veinte mil libras esterlinas al año", decía, "haría lo que se me propone". Habiendo rechazado la adopción de esta nueva máquina los gobiernos de Francia e Inglaterra, sus experimentos llegaron a un fin prematuro. Volvió a los Estados Unidos y desilusionado, empleó todas sus energías en perfeccionar su invención de la navegación a vapor.

El genio clarovidente de los gobernantes ingleses de hace más de un siglo, comprendió la situación que crearía y que no han comprendido los jefes del Almirantazgo bri-

tánico en la época actual: el submarino no puede incrementar el poder naval predominante, pero significa una tremenda arma ofensiva para el poder enemigo más débil. La razón es obvia. El submarino es la máquina de guerra más especial que se haya introducido en la táctica militar o naval. Y esto es debido a que es un arma contra la cual no hay defensa posible. Desde los lejanos tiempos prehistóricos, el ingenio humano no ha descubierto medio de ataque que, como éste, no pueda ser contrarrestado. Se puede luchar contra una lanza, contra el arco y la flecha con instrumentos similares. Se puede contestar el ataque de una arma de fuego con otra arma de fuego, la bayoneta contesta el ataque de la bayoneta, el cañón responde al cañón enemigo como el eco devuelve sus disparos. Se puede mandar un buque contra otro buque de su misma especie; cruceros contra cruceros, cazatorpederos contra torpederos. Es aún, concebible, la lucha entre aeronaves entre sí y los aeroplanos. Pero no hay forma conocida para luchar contra un submarino. "Nada hay que pueda enviarse a atacarlo", aseguró John P. Holland, en época reciente. "ni aún un barco de la misma especie". Fulton, a su vez, era de la misma opinión hace más de cien años: "El submarino, a mi juicio, no puede destruir a otro submarino".

Este buque, siempre ciego, no parece estar destinado a ser provisto de ojos, que le permitan ver. Una flotilla de submarinos que tratase de atacar a otra flotilla de barcos similares, parecería una batalla de ciegos armados de dinamita; podrían destruir con la misma facilidad, inmediatamente, tanto a un amigo como a un enemigo. El submarino que logra éxito se sumerge bajo el agua, dispara el torpedo y escapa. Nadie lo ha visto venir y nadie lo ha visto huir. Es concebible que un solo buque de esta especie, a pesar de su tamaño diminuto, puede destruir una gran escuadra, hundiendo, sucesivamente, todas las naves de que se compone. Considerado el submarino bajo su aspecto estratégico naval, hace peligrar la posición de la potencia más fuerte. Siendo Inglaterra el gran poder naval del mundo entero y siendo esa misma preponderancia naval la fuente de su poder militar, sólo Inglaterra está amenazada seriamente por el submarino.

Si Alemania destruyese la escuadra británica

Consideremos un momento la posición relativa de las escuadras de Gran Bretaña y de Alemania. Inglaterra controla la navegación de todos los mares. Alemania es tan débil, comparativamente, que se ve obligada a encerrar sus buques al abrigo de las fortalezas de sus puertos y su gran marina mercante ha sido barrida de los mares. Inglaterra y Alemania tienen poderosas flotillas de submarinos. Supongamos que trabajan ambas con éxito. Alemania, con sus pequeños barcos submarinos, destruye toda la escuadra británica. Inglaterra, por su parte, destruye con sus submarinos todos los buques de guerra alemanes. El observador superficial pensaría que las operaciones navales habían terminado en iguales condiciones. Nada de eso. Este resultado significaría una inmensa victoria para Alemania, pues Inglaterra habría perdido de un golpe su dominio del mar y su principal ventaja en la guerra actual. Alemania, naturalmente, no habiendo tenido jamás el control de la navegación, nada ha perdido, a lo menos en el sentido estratégico. Es verdad que su flota destrozada, en nuestro sueño, yace en el fondo del mar, pero esta flota aún existiendo no servía de nada práctico. Llena tan bien su cometido en cuanto a su carácter ofensivo y defensivo, descansando en el fondo del mar, como estando encerrada en los puertos alemanes. En esta guerra, la escuadra alemana no se ha empeñado en combate abierto con la escuadra inglesa; no ha protegido las ciudades de la costa, pues sus fortificaciones desempeñan esa misión; no ha servido para defender el comercio alemán. El hundimiento de todos los buques de guerra alemanes, a pesar de importar una pérdida tremenda no afectaría, grandemente, su posición estratégica.

Si las escuadras inglesa y alemana fueran destruídas, ninguna tendría la ventaja incontestable del dominio del mar; el mar sería libre para todos. La marina mercante alemana, abandonada en los puertos de todo el mundo, surcaría de nuevo las aguas. El comercio alemán y la industria alemana, revivirían como por encanto. Alemania ya no afrontaría el peligro de morir de hambre, física y económicamente hablando. La guerra militar, en cambio, decidiría las dificultades, e Inglaterra tendría que abandonar su plan favorito de obligar a Alemania a aceptar sus proposiciones en fuerza de su situación insostenible en la hora presente. La costa inglesa quedaría indefensa e invitaría a una pronta invasión. Inglaterra, en verdad, podría protegerse contra una invasión de un ejército alemán por medio de los submarinos; pero es más que probable que el ejército alemán encuentre un paraje para albergarse en cualquier punto de su extensa costa.

"Su táctica naval es inútil", dijo el Pri-

mer Lord del Almirantazgo Británico a Fulton, hace más de un siglo, "para aquellos que son dueños del mar; y si ella se perfecciona, serviría para arrebatarles esta supremacía." Esta afirmación contiene toda la filosofía relacionada con el submarino.

Esta es la razón fundamental que ha impedido siempre a los submarinos, en sus periódicas operaciones en el curso de más de cien años, a ser considerados como armas de combate para aniquilar la marina británica. Por esta misma razón, la Inglaterra ha ejercido siempre su poderosa influencia para desacreditar esta especie de unidades de combate. "¡Submarinos!" exclamaba el barón Fisher, que ahora es primer almirante de la escuadra británica, "si yo llego a atrapar uno de ellos, ahorcaré a toda su tripulación, aunque se me amenazara con someterme a una corte marcial". Uno de los hombres que más han contribuído al desarrollo de estas embarcaciones tan temidas, fué otro yankee, John P. Holland, quien murió poco después de declararse la guerra europea. Mr. Holland nació en Irlanda en el año 1841, y era un patriota entusiasta y activo de la causa nacionalista. En su juventud era un notable adalid de la célebre orden de Fenian, una sociedad secreta que trataba de desprender a Irlanda del dominio inglés. Este propósito descabellado, así como los demás ideados para atentar contra la integridad de Inglaterra, escollaron en la dificultad insuperable: la escuadra británica. Meditando este grave problema, Holland llegó a la misma solución encontrada por Bushnell y Fulton: ¡el submarino!

El submarino Holland "Fenian Ram"

El autor de este artículo bien recuerda que en su niñez, estando en New Haven, en el Estado de Connecticut, pudo ver con ojos asombrados por entre las rendijas de un viejo galpón, que bordeaba el río Mill, un barco de fierro en forma de cigarro puro. Un día feliz, el guardián del buque lo dejó penetrar al recinto y le permitió examinarlo a su gusto. El nombre dado al barco en la localidad era el de *Fenian Ram*, y su inventor, John P. Holland, es uno de los nombres más ilustres en la historia de la arquitectura naval. Nueva Haven era el cuartel general de los conspiradores irlandeses. La sociedad contaba entre sus miembros a "Catalpa Jim Reynolds", quien había organizado una expedición aventurera que había logrado rescatar varios prisioneros políticos irlandeses del campo de concentración de Botany Bay, en Australia; y Larry O'Brien, que había cumplido una larga condena en la cárcel de Clonnel, como castigo por su acentrado patriotismo.

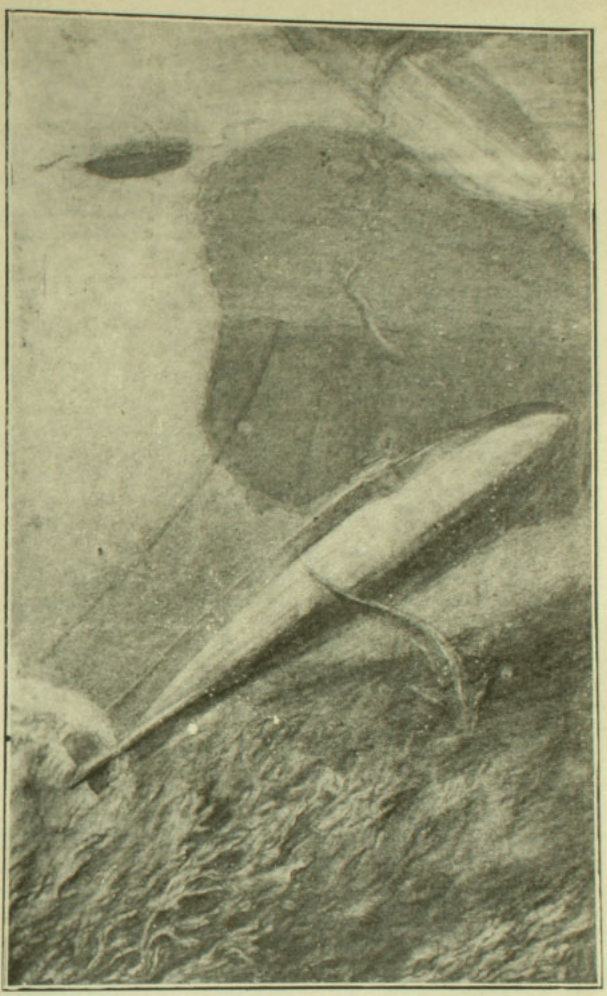
John P. Holland era uno de los más entusiastas patriotas de este grupo de emigrados. El principal objeto que perseguían estas conspiraciones de Fenian, era conseguir un rompimiento de hostilidades entre los Estados Unidos e Inglaterra, y una de las condiciones de la paz que aquella nación debía exigir al vencer, era de la de obtener la independencia de la República de Irlanda. Los irlandeses con todo brío aceptaron el proyecto de Holland, que pretendía destruir con sus submarinos la escuadra británica. Reunieron cincuenta mil dólares, resultado de una colecta patriótica entre los refugiados irlandeses, y con esa suma Holland inició la construcción del "Fenian Ram". Según las declaraciones de aquellas personas que tomaron parte en los viajes de experimentación, el barco navegaba con mucha facilidad. Tenía veinte pies de largo y llevaba tres tripulantes; uno de ellos manejaba la máquina, otro desempeñaba el papel de timonel y el último estaba encargado de lanzar los torpedos. No habiendo logrado hacer declarar la guerra anglo-americana, esta peligrosa máquina de guerra se encontró sin ocupación, y Holland, que había empezado a fabricar submarinos, decidió continuar en su tarea. Así como los demás inventores de submarinos, debió reconocer el mérito de la enseñanza legada por David Bushnell. "Hubo muchas tentativas para perfeccionar los planes de Bushnell", dice él mismo, "pero sólo en el año 1881, vino a construirse uno que puede compararse con el *Turtle*". Todos los submarinos modernos que existen ahora en los mares del mundo entero, son el resultado de los perfeccionamientos ideados por Holland. En 1903, época en que Inglaterra empezó a construir esta clase de naves, el gobierno inglés se vió obligado a comprar a Holland el derecho para usar sus invenciones. En vista de la historia que dió origen al submarino Holland, esta transacción no deja de tener un amargo sabor de ironía. El Japón, al empezar a equipar su escuadra con submarinos, compró trece submarinos directamente a la Compañía Holland.

Bushnell, Fulton y Holland, habían demostrado ya la practicabilidad de la navegación submarina; sus principios ya eran perfectamente comprendidos; y, a pesar de todo, la idea había hecho muy pocos progresos. Las escuadras de las grandes potencias sólo empezaron a considerar su conveniencia hace más o menos quince años. La hostilidad ha-

cia Inglaterra volvió a resucitar el submarino; nuevamente las potencias navales más débiles escogieron el submarino como el único medio de asaltar la preponderancia inglesa en el mar. La actual situación de la guerra europea presenta un contraste increíble con la situación que existía en 1900. Ahora Francia e Inglaterra luchan aliadas, y, por lo tanto, es fácil concebir que sólo a principios de este siglo estuvieron a punto de declararse la guerra. El incidente de Fashoda casi produjo la guerra entre Inglaterra y Francia en 1898. Sólo se alejó el peligro al someterse la Francia a las exigencias británicas y Francia hubo de someterse por las mismas razones de costumbre aceptadas por todas las naciones: el temor causado por la irreductible escuadra inglesa.

Francia empieza a construir submarinos.

Este percance diplomático dejó en la opinión de muchos observadores minuciosos, una tirantez tal de relaciones entre Francia e Inglaterra, que permitía creer en una guerra próxima y las preparaciones activas para una guerra de esa índole llegó a ser una pesadilla para la política francesa, y los técnicos navales franceses consideraron que el submarino era el arma única e indispensable. Los inventores mecánicos franceses adoptaron las ideas de sus antecesores norteamericanos, e hicieron grandes adelantos y Francia llegó a ser un centro lleno de actividad febril para la construcción de submarinos. En las maniobras navales de 1899, efectuadas en los afueras de Tolón, los submarinos dieron pruebas sorprendentes de su eficacia. Sus tripulantes no tuvieron dificultad alguna en atacar a los blindados, descargando torpedo tras torpedo. El público francés se dejó transportar por delirantes manifestaciones de éxtasis: ¡al fin tenían oportunidad de luchar con *la pérfida Albión* en términos de igualdad! Bajo la administración del almirante Fournier, Francia empezó a descuidar la construcción de buques de guerra y a concentrar su atención en los submarinos.



El submarino es el arma más especial, arma que se ha introducido en la guerra, porque es un arma contra la que no hay defensa posible. No hay medio de combatir a un submarino. Nada se puede enviar, contra él, ni siquiera otro submarino

En el año 1904 Francia tenía cincuenta y ocho submarinos. "Debemos tener muchos submarinos", parecía ser la voz de orden de los franceses. Había sonado la campana de alarma que indicaba la desaparición del buque de guerra y esa alarma despertaba a la marina británica. La escuadra francesa siguió practicando durante varios años la navegación submarina, dirigiendo siempre sus ataques imaginarios contra la poderosa escuadra británica.

Inglaterra, entretanto, afectaba despreciar estos barcos que atacan en forma tan traidora. A fines de 1900 un Ministro de Marina de Inglaterra refería, en forma humorística, a la Cámara de los Comunes, la historia de un experimento francés verificado cerca de Tilbury. El submarino francés se había enterrado en el fango y allí había quedado y los diputados ingleses celebraban ruidosamente el humorístico relato. Sin embargo, a medida que los éxitos ingleses se hicieron indiscutibles, los miembros opositores empezaron a hacer preguntas desagradables al Ministerio.

"Si los franceses", dijo en cierta ocasión Lord Gleneck, "lograran destruir con sus submarinos algunos blindados británicos de la escuadra del Canal, el resto estaría impotente para detener un desembarco de tropas." "La idea que inspira a la navegación submarina", dijo Lord Goschen, Primer Lord del Almirantazgo, "es una idea estrafalaria. No es necesario prestar atención al submarino en la guerra naval. Es el brazo de las potencias débiles." A lo que replicó, prontamente, Arnold Foster: "Si el Primer Lord hubiese dicho que no ordenaba la construcción de submarinos porque los problemas que los rigen no están resueltos, habría vacilado en combatir su argumento. Pero el Primer Lord no ha dicho tal cosa. Ha dicho que el Almirantazgo no se preocupaba de considerar ningún proyecto relacionado con los barcos submarinos, pues este tipo de embarcaciones no podía ser otra cosa que el brazo de los débiles. Sin embargo, si esta clase de naves llegaran a ser objetos prácticos, la nación que los posea cesará de ser débil y llegará, en realidad, a ser poderosa. Más que cualquiera otra nación del mundo tenemos serios motivos para temer los ataques de los submarinos. No es sabia política la de contemplar con indiferencia la labor de otras naciones que trabajan en la solución de este problema sin tratar de resolverlo nosotros mismos." Un año más tarde, este mismo político inglés, Arnold Foster, como Secretario del Almirantazgo en el Parlamento, tuvo que contestar algunas interpelaciones sobre este mismo asunto. Aseguró que el Ministerio había ordenado diversos experimentos con barcos submarinos. Francamente añadió que no deseaba que éstos tuvieran éxito. En 1902 hubo de anunciar a la Cámara que "los submarinos habían tenido un éxito inesperado, haciendo todo lo que de ellos se deseaba en cuanto a lo relacionado con las evolucionse y diversas maniobras."

En esa época, Inglaterra empezó a construir submarinos del tipo Holland. Según la opinión de muchos técnicos navales, esta política revelaba una falta absoluta de lógica. Lord Goschen, en una de las numerosas interpelaciones a que fué sometido, había señalado el programa que debía seguir Inglaterra en lo relacionado con la navegación submarina: "Se trata de descubrir el mejor medio de afrontar el ataque sorpresivo del submarino, dijo; y este problema recibe en estos momentos toda la consideración que merece. En este sentido deben hacerse observaciones prácticas que serán muy valiosas. Parece que para combatir esta unidad debe buscarse medios distintos a los de construir más submarinos, pues es evidente que un submarino no puede atacar a otro barco de la misma especie." La Gran Bretaña no ha seguido practicando esta sabia política, pues en vez de encontrar algún medio de destruir el submarino, ha empleado todas sus energías tratando de construir mayor cantidad. Estas nuevas unidades apenas refuerzan su posición actual. En el momento presente la escuadra británica carece de los medios de contrarrestar la acción de los submarinos enemigos. Los planes ideados hasta ahora, como ser: redes de acero, corazas blindadas para el fondo de los buques y otros elementos análogos, son perfectamente inapropiados. Francia, que más que cualquiera otra nación ha ensalzado este método de guerra naval, ciertamente recibe la recompensa de su trabajo en parte sensible. El enemigo contra el cual pensaba usar el submarino ha llegado a ser aliado suyo; el submarino se ha transformado para la Francia en un instrumento que la Alemania emplea contra su propio aliado. Esta última potencia empezó a construir submarinos en 1908; está bien equipada y ya ha demostrado lo que pueden hacer los submarinos que posee.

¿Cómo puede Inglaterra combatir al submarino?

Ya tiene Alemania una oportunidad espléndida para acometer al poder naval de

Gran Bretaña. ¿Logrará el éxito que espera? El vice-almirante británico, Sir Percy Scott, una autoridad naval justamente considerada, dió la voz de alarma a la complacencia británica en una carta que escribió recientemente al "Times" de Londres. El dinero gastado por Inglaterra en la construcción de dreadnoughts", ha dicho, "es dinero arrojado al mar La introducción en la arquitectura naval de barcos que navegan bajo el agua, ha inutilizado a mi juicio, a los buques que navegan sobre la superficie de las aguas." No hay, como hemos visto, defensa posible contra el ataque de los submarinos. La única protección que existe, estriba en sus propias imperfecciones. Estas son tres: su radio de acción limitado, su velocidad escasa y su ceguera. La primera no es una dificultad seria en la actualidad, pues muchos submarinos pueden hacer viajes hasta de dos mil quinientas millas.

Aparentemente, los submarinos alemanes no han tenido dificultad para alcanzar a llegar a las costas de Inglaterra y de Escocia. Estos barcos son todavía de andar muy lento; los mejores navegan de doce a catorce nudos por hora, a flor de agua; y de ocho a diez estando sumergido. Si un buque de guerra divisa al enemigo a tiempo, puede salvarse huyendo. Otra seria dificultad para el submarino está en su ceguera. Los franceses han inventado un periscopo que está formado por una serie de prismas y espejos colocados en el interior de un tubo, que sobresale al agua, reflejando los objetos que se proyectan en el horizonte y los que se ven reproducidos ante la vista del observador que está en el interior del submarino. Pero la niebla, la espuma del oleaje se acumulan en este aparato y frecuentemente lo hacen inútil para la observación. Además, estos periscopos que se elevan sobre el agua indican la presencia del submarino que navega abajo y aún en mar tranquilo deja un hueco triangular sobre las aguas. En muchos casos el submarino se ve obligado a subir hasta la superficie del agua antes de lanzar el torpedo; de otra manera su disparo puede resultar fuera del blanco. Esta circunstancia lo obliga a hacerse visible y un solo disparo certero basta para sepultarlo en el fondo del mar.

En los frecuentes ataques de submarinos alemanes, realizados en los últimos meses, parece que todos han logrado escapar ilesos.

Holland y Fulton creían que el submarino daría fin a la guerra naval. Creían que esta moderna arma de combate, perfeccionada, colocaría a todas las esquadras del mundo en igualdad de condiciones, en lo que al control de los mares se refiere. El problema que los preocupaba tenía una única solución: "Las naciones con puertos de mar deberán abstenerse en el futuro de hacer la guerra." En pocos meses más veremos qué base tiene aquella profecía.

Durante un siglo los enemigos de Inglaterra han intentado destruir su poderosa escuadra por medio de los buques submarinos. ¿Lograrán ahora su objetivo?

Un disgusto de novios

Por

Carolina Duer

Con ilustraciones. Traducido para "Pacífico Magazine".

—Puedo asegurarte, dije de pronto, que aún tus propias faltas son perfectas.

—Lo que dices es una tontería, me contestó, pausadamente, Amelia.

Y así era en efecto. Sin embargo, si un hombre no usa esta clase de conversación cuando trata de agradar a una linda mujer, en un hermoso y reluciente día de verano, ¿en qué ocasión pudiera hacerlo? Especialmente, si se considera, que tal como me apresuré a recordar a Amelia, usando un término que sabía yo cuánto le desagradaba, estábamos "comprometidos".

En aquel instante ocupábamos un bote, mecido por las tranquilas aguas del lago, dedicados a la pesca. Yo tenía mi caña de pescar afirmada con mis rodillas, mientras tendido en la popa, fumaba tranquilamente; y Amelia, sentada en la proa, dejaba la caña flotar a su lado cerca de la mano que sumergía en el agua cristalina.

—*No* estamos comprometidos, replicóme con viveza. Sólo estamos contemplando nuestro posible matrimonio.

—¡Ah! magnífico, ¿así lo piensas tú? Perfectamente, repliqué yo a mi turno. De todos modos, creo que un pez tragó el anzuelo.

Antes que la niña pudiera remediarlo, su caña se había alejado arrastrada por el pescado herido; el único que podía existir en aquel límpido lago y la anhelosa tentativa que ella hizo para alcanzarla, sólo sirvió para tumbar el bote mojando su manga hasta cerca del hombro.

Era llegado el momento de reir y yo reí de buena gana.

—Tener una caña de pescar, conseguir que un incauto pecesillo muerda el anzuelo y en seguida dejar escaparse la caña, el anzuelo y el pescado, me parece bastante fútil, observéle con tono sentencioso.

—No era *mi* anzuelo, dijo Amelia, afectando gran frescura. Esta respuesta me pareció digna de ella; pero, recapacitando un momento, añadió acto continuo, como reflexionando:

—Además, yo no tenía el propósito de pescar.

—De todos modos, no pudieras rivalizar con Isaac Walton, contestéle en tono zumbón. Has estado despreocupada pensando

en otras cosas hasta que algo se escapó con tu caña. Cosas parecidas suceden a menudo en la vida, amada mía, permanecemos indiferentes viendo cómo una cosa desaparece tras la otra. El pasado que se escapó es, sin duda alguna, un símbolo que representa a la persona joven que, probablemente, huya conmigo si tú no tomas la precaución de aferrarme.

Amelia pareció no oirme.

—Aquel anzuelo debe dolerme mucho y eso me consuela, fué todo lo que dijo.

—¡Qué naturaleza tan salvaje tienes! observéle yo a mi vez.

—Hace nada más que un momento dijiste que hasta mis faltas eran para ti perfectas, replicó la niña, mirando vagamente la tranquila superficie del lago.

—Creo que una persona perfecta debe estar dotada de una alma salvaje, contestéle.

Amelia enarcó las cejas.

—Mi natural es dulce hasta la debilidad, proseguí, y la fiereza salvaje del tuyo me conforta y me acerca a ti haciéndome sentir confianza.

—¿Confianza en qué?

—En adoptar una resolución que he meditado. Confianza en el mutuo beneficio que nuestros caracteres recibirían con un consorcio continuo. Yo me endureceré y tú te ablandarás. No había visto esto tan claro como ahora cuando tú me aceptaste, quiero decir, cuando aceptes mi idea de considerar la posibilidad de nuestra unión; pero ahora veo todo claramente.

—En realidad, no comprendo por qué acepté con tanta facilidad, dijo Amelia riendo estrepitosamente.

—Si tú no hubieras aceptado, respondí secamente, otra persona hubiera aceptado. Conozco tantas lindas mujeres que quieren reformarme.

—Bien lo veo, asintió Amelia. Yo, por mi parte, no quiero dedicarme a esa tarea.

—¡Eres tan sensible! dije añadiendo un suspiro y mirándola con ironía.

Considerando mi actitud como un insulto provocativo, Amelia respiró con fuerza y se acomodó nerviosamente en su asiento.

—Entonces no te agrada verte reformado dijo en tono muy amable.

—¡Ah! por cierto, repliqué; pero no sólo por las mujeres con quienes estoy de novio.

Amelia abrió su linda boca moviendo los labios maquinalmente como si quisiese decirme varias cosas a la vez; en seguida, calmándose, me miró pensativa.

—Ninguna persona que crea tener derecho de reformar a otro, debe acometer tal tarea, añadí. Considerando que al obedecer a una ley inmutable de la naturaleza se han sentido atraídas el uno al otro por la misma naturaleza de sus respectivas imperfecciones, ¿no es verdad que parece ridículo achacarse sus faltas constantemente, deseando corregir esto y aquello nada más que por el hecho de vivir juntos en estado de matrimonio?

—Convengo con tu opinión hasta cierto punto, replicó Amelia; pero...

—Me basta con lo que me has dicho, observé.

—¡Pero hace sólo un instante dabas gracias considerando que tu carácter y el mío recibirían mutuo beneficio de un intercambio de cualidades!

—Así espero que suceda, pero que esto se realice según mi humilde opinión en forma imperceptible, insensiblemente y, sobre todo, en silencio; no en la forma doctoral de los preceptos. Nuestro lema será: "Nunca justifiquéis vuestro carácter; dejad que vuestro carácter se justifique por sí solo." Este lema lo colocaremos en el sitio más visible de nuestro hogar.

—Soy de tu misma opinión al considerar que la perversa costumbre de descubrir defectos en los demás es verdaderamente un defecto abominable que nunca reporta beneficio alguno; pero, ¿crees tú seriamente que si cualquiera de los dos viera al otro cometer errores no debiera decir una sola palabra de reproche? ¿Aunque fueran faltas constantes, capaces de matar el afecto que dió nacimiento a nuestra unión?

—¿Qué sentimiento puede ser aquel al que tú te refieres? pregunté con vehemencia, pues a mí me agrada la claridad y no quiero términos vagos.

—La consideración, replicó la niña.

—Estoy dispuesto a concluir con aquel sentimiento en cualquier instante, dije con tono airado y añadiendo la acción a la palabra, me dejé caer al costado del bote, haciéndolo tumbarse de lado en una forma que

hubiera intimidado a cualquier mujer de constitución ordinaria.

—Amelia, al verme hacer esto, se aferró al lado contrario.

—¡No seas animal! exclamó furiosa, no conseguirás ahogarme, no lo creas.

—Haré la prueba de ahogarte si no me explicas lo que quieres decir, repliqué.

Amelia se sometió a explicar lo que quería decir.

—Muy bien, añadí, ya moderado. Partiremos de esa base. El sentimiento que nos une es el *amor*. ¡Nada de estúpidas consideraciones! Pues bien, si cualquiera de nosotros se conduce en una forma dañosa a aquel amor que nos profesamos, ¿debe el otro abstenerse de hacer sus reproches al delincuente? Esta es la pregunta que me hacías, según me parece.

—Si a eso te referías, ese es mi pensamiento.

—Pues bien, así es en efecto. Eso es lo que quería decir.

—¿Y no quisieras ser advertido ni una sola vez siquiera?

—Creo que sabría inmediatamente dentro de mi conciencia, si yo hiciera algo que tú desaprobaras, repliqué, riendo.

—Pero tú pudieras muy bien pensar que yo no lo desaprobaría, dijo Amelia.

Dejé de reir y reflexioné un momento acerca de lo que recién me decía. Ningún hombre desea que la mujer sepa de antemano qué piensa, especialmente si la mujer aparece anhelante por saber cuál será su respuesta.

—Estoy segurísimo que tú bien lo *sabrías*.

Amelia movió nerviosamente la cabeza.

—Ciertamente. Y por supuesto, yo preferiría que me dijeses en el acto lo que pensabas hacer, de tal manera que pudiéramos discutir todo lo que con el asunto se relaciona. Pero si tú no quisieras hacerlo así, preferiría yo decírtelo espontáneamente para que tú supieses que no ignoraba lo que sucedía y que no me agradaba lo que hacías.

—¿A qué cosa puedes referirte, por ejemplo? Dale un nombre, le dije.

Ella pareció vacilar.

—Pues bien, dije de pronto supongamos que después de estar casados, si llegáramos a casarnos...

—Claro está, dije yo con viveza, si llegáramos a efectuar nuestro matrimonio.

—Supongamos que te arrastrara el vicio del juego.

—Ensaya otra falta, interrumpíla. El juego me disgusta y aburre.

—Entonces, supongamos que te enamoraras de otra mujer, en forma indiferente.

Esta salida yo la esperaba desde largo rato; sonreí de nuevo, pero esta vez para mis adentros.

—Yo no puedo enamorarme en forma indiferente, protesté con vehemencia. No puedo. Pero es muy posible que me enamorase en una forma violenta, sin considerar nada. ¿Acaso eso no te agradaría?

—Allí está la dificultad, replicó Amelia. Tal cosa no me agradaría en manera alguna. Pero es posible que yo no pudiese detener esa pasión y pudiese suceder que tú tampoco lograses detenerla.

—Entonces, ¿qué sacaríamos con hablar? ¿De qué serviría hacerlo?

—Despejaría el ambiente, replicó Amelia con resolución.

—Aquello destruiría el romance, le observé con firmeza.

—¿El romance de quién? preguntó sorprendida Amelia.

—Mi romance, repliquéle yo a mi vez.

Hubo silencio durante un rato. Una de las cosas más molestas en la conversación con una mujer, está en que no necesita a veces hablar para que os diga lo que no quiere oir.

—Ves, querida niña, empecé a decirle, si yo fuera dulcemente comprendido y adorado por una espiritual mujer, se perdería por completo la ilusión de aquel idilio si te informase acerca de lo que sucedía y eso de nada serviría, pues Amor seguiría su marcha. Después, naturalmente...

—Cuando estuvieras dispuesto a volver a mi lado, observóme Amelia.

—¡Ah! sí, aquello sería distinto, admití yo a mi vez.

Amelia miró alrededor del lago y elevando sus ojos al cielo, parecía implorar inspiración para contestar.

—¿Y nada te importaría *mi* romance, preguntóme con ansiedad, mientras tú te entretenías con el tuyo, desapareciendo de mi vista como un vulgar ratón?

—No vuelvas a usar esa expresión, le

dije con severidad. No expresa la situación como es debido. Si hubieras leído atentamente la Mitología Griega recordarías que Júpiter mismo, al jugar con las ninfas, se ocultaba en una nube.

—¡Cobarde! dijo Amelia.

—¡Ah! no por cobardía, sino porque con ello mostraba su dignidad y su sensibilidad.

—¡Ah! a mí nada me importa lo de la nube, bien entendido entre nosotros dos que tales cosas no me engañan, dijo Amelia, animándose. Yo preferiría una valiente sencillez de tu parte. Si me dijeses: Querida mía, estoy locamente enamorado de nuestra encantadora vecina de los cabellos rojos. Siento que pierdo los sentidos. Indudablemente tus bucles rubios me atraerán de nuevo poco a poco; pero por el momento no trates de detenerme. Yo te dejaría escapar. No, dijo en tono de protesta, entusiasmándose de repente con el argumento, yo no trataría de detenerte. *Mi* romance perduraría más que muchos romances tuyos, si tú te fascinaras con tanta facilidad. Yo quiero tener por esposo a un *hombre* de veras, no a un...

Guardó silencio al verme levantar la mano.

—No me compares de nuevo con un vulgar ratón le dije en tono de advertencia. No podría soportarlo.

—No he pretendido repetir la observación.

—Pues bien, puedes usar los nombres de todos los animales del Museo Zoológico, si eso te agrada; pero ten cuidado de no nombrar al ratón. Es una comparación particularmente ofensiva.

Muy bien, asintió Amelia; entonces nunca trates de asemejártele. Prefiero un esposo como ya te he dicho, de carne y hueso, que cometa pecados masculinos, sólo esas faltas puedo tolerarte.

—No te creo, repliqué a mi vez. Ninguna mujer, ninguna mujer encantadora puede ser tan razonable.

—Haz la prueba y verás, dijo Amelia en tono decidido.

—Convengo entonces que estamos al fin resueltamente comprometidos.

Al regresar al desembarcadero poníase el sol en occidente. En nuestro camino encontramos la caña de pescar que Amelia había perdido poco antes y la recogimos. El pescado no era tan grande como creíamos; pero de todos modos valía la pena recogerlo. Lo obsequié con mucha ceremonia a la señora de la casa, que era, al mismo tiempo, mi prima y una de las mujeres más hermosas que he conocido. Nuestros amigos siempre habían unido nuestros nombres y en efecto, yo soñaba hacerla mi esposa antes que ella eligiese por esposo a mi amigo Pedro Maldon. Pero todo aquello era ya historia antigua y no valía la pena recordarlo.

—Os rogamos aceptar esta magnífica muestra de nuestra habilidad para la pesca, le dije. Amelia lo pescó después de una lucha terrible.

—¿Y qué pescaste tú, holgazán? preguntóme Pedro Maldon, acercándose al grupo.

—Creo que he pescado a Amelia, le contesté.

Todas las visitas que en la elegante mansión de mi amigo habían hospedadas nos abrumaron con sus felicitaciones y bebieron alegremente, deseando eterna felicidad a nuestra próxima unión; golpeábanme la espalda mis amigos y abrumábanme con sus manifestaciones de regocijo. Entretanto, mientras llegaba la hora de comida, sólo pudimos cambiar con Amelia tiernas miradas. Subí a mis habitaciones y me vestí con rapidez para volver a pasearme por el corredor, esperando que Amelia hubiese hecho igual cosa; pero fué la sombra de la fantástica silueta de mi prima que se irguió sobre el diván que allí había al oir mis pasos.

—Pensaba que bajarías pronto para que habláramos un momento juntos, me dijo la prima con afectuoso tono.

—Aquí estoy, respondíle.

Tenía que responderle en aquella forma, viendo que *mis* esperanzas habíanse trocado; pero, acompañando mi respuesta con una mirada cariñosa, le dí a entender que apreciaba su amabilidad y su aparición. Vestía un traje color amarillo dorado, que tan bien le sentaba con su opulenta cabellera roja. Mi admiración por los cabellos rojos me hizo reflexionar en la descripción hecha por Amelia de la clase de mujer con que me enamoraría después de nuestro enlace y me hizo considerar su habilidad previsora. Probablemente algún rumor de mis atenciones anteriores a la señora Maldon habían formado en su mente un vívido cuadro de sus posibles rivales.

Me senté en una silla al lado de mi prima

Y nada te importaría mi romance, preguntóme con ansiedad...

y esperé que ella tomara la palabra. Ella, después de un breve suspiro y una sonrisa encantadora, me miró y dijo:

—¿Así que estás realmente enamorado? ¿Es verdad que estáis comprometido? De todas maneras, me parece algo imposible, yo no sé por qué. Y, sin embargo, todo esto es una cosa buena para ti.

—Yo no sé por qué las cosas buenas para mí puedan parecer imposibles, añadí con gran naturalidad. *Una* cosa buena para mí me fué negada, es verdad, pero...

—¿Necesitamos engolfarnos en esta cuestión?

—Por mi parte creí que no había necesidad de hacerlo y sólo mencionaba esta circunstancia para hacer honor, maliciosamente, a la situación en que nos encontrábamos. Pero, de todas maneras, habiéndose hecho referencia al punto, yo no iba a dejar deslizarse la oportunidad de desahogarme simplemente por la dulzura afectuosa del reproche que notaba en la inflexión de voz de mi prima Fenella Maldon. Uno de sus leves defectos era que a veces fingía una seriedad mayor de la que las circunstancias exigían. Procedí, pues, introduciendo a la conversación un aire de afectada indiferencia.

—Querida Nella, proseguí diciendo al tomarle la mano y besársela, ¡podemos hablar libremente ahora! Estamos en una situación de perfecta igualdad: tú estás felizmente casada y yo estoy enamorado de otra mujer. El pasado te pertenece a ti a lo menos en gran parte y es a aquel tiempo al que quiero referirme. ¡En cuanto al futuro esa es cosa muy diversa!

"¿Y qué de mi novela? preguntó ella"

—¡Ah, no! dijo Fenella de súbito, tratando de retirar la mano que yo le oprimía.

—Entonces nada más te diré, dije soltándola.

—Quiero decir que no te burles, fíjate que no es un juego recordar los sentimientos que nos impresionaron una vez. Yo creía que realmente tú...

—Realmente. Es claro. Me parece que bien lo comprendías.

—Lo sentí mucho entonces, créeme que sentí verdadero pesar. Ahora estoy contenta, muy contenta, pensando que al fin realmente...

—¡Ah! sí, puedes estar segura que así es en realidad.

—¿Estás seguro? preguntó Fenella.

—Segurísimo.

—Querido primo. Cuéntamelo todo.

—¿Qué quiéres decir con eso de cuéntamelo todo? pregunté incomodado. ¿Cuándo empezó nuestro cariño? ¿Cuánto tiempo va a durar? ¿Cuándo contraeremos matrimonio? ¿Dónde iremos a vivir? A fe mía no puedo decírtelo. Todo eso espero discutirlo con Amelia.

—Parece tan extraño todo esto, murmuró mi prima, y se detuvo pensativa.

—¿Parece extraño que yo tenga una Amelia? observéle burlonamente.

—Lo que me parece extraño es que el anuncio de este suceso parece apartarnos de improviso, dijo después de una larga pausa mi primita.

—Recuerdo haber experimentado esa misma sensación cuando tú te anexaste a nuestro buen amigo Pedro, respondí a mi turno.

Ella me miró con curiosidad e hizo un mohín.

—No, le dije, contestando su pensamiento antes que formulara la observación con

que iba a responderme. No estoy tratando de trocar los papeles. No soy tan impertinente. Ni tú ni yo necesitamos alterar nuestra mutua manera de considerarnos el uno al otro.

Noté con interior satisfacción que había usado la misma palabra que oí a Amelia y que me mereció tantos reproches. Pero esta era la palabra más apropiada para describir acertadamente la clase de afecto que sentía. Consideración y no tanta en aquel mismo instante era la que sentía por Fenella mientras deseaba ardientemente que Amelia estuviese en su lugar.

En aquel mismo instante divisé a Amelia que se acercaba vestida con un hermoso traje azul y rosa; parecíame la emanación de la aurora. Pensé que había estado apurada e inquieta por llegar pronto a mi lado, pues su semblante reflejaba excitación y contento y sus pasos eran ligeros y anhelantes. Me vió de pronto y sus albos dientes brillaron en una encantadora sonrisa; en seguida, al ver a mi lado a Fenella, su cara tornóse seria y los extremos de su linda boca bajaron. Se detuvo de pronto. Afecté no verla ni al acercarse, ni su repentina llegada. Tenía yo la cabeza entre mis manos mientras murmuraba una observación sin importancia alguna para atraer la atención de Fenella; pero, en realidad, observaba atentamente a mi novia.

Aquel fué un momento curioso y extraño de la vida en que el Destino de un hombre parece estar suspendido de un acto sin importancia alguna. Amelia había claramente diseñado el rol que ella debía representar a la luz de la razón, en mis relaciones con las demás mujeres. Ahora me había sorprendido, con quien ella suponía, con mucha razón, que estaba esperándome anhelosa y me sorprendía también con una conversación confidencial con mi prima, de cuya anterior influencia sobre mis sentimientos ella estaba convencida. Había venido en mi busca llena de regocijo y se había detenido ante nosotros arrogante y desdeñosa al verme junto con Fenelle. Todo esto era un espectáculo muy agradable para mí en su convencionalismo enteramente femenino. Yo no había esperado que la escena le hubiera agradado, muy al contrario y por una razón sentíame gozoso al ver reflejarse en su semblante los encontrados sentimientos que luchaban en el interior de su pecho. Hasta me sentí asaltado por la tentación de tomar a Fenelle entre mis brazos y besarla furiosamente, delante de la mujer que iba a ser mi esposa y en aquel fantástico y dramático momento quería observar el efecto que hacía en Amelia. Me moví para poner en práctica mi malvado deseo, pero mi prima, que recién veía a Amelia, inconscientemente, al levantarse de su asiento, evitó mi intento, yendo al encuentro de mi novia. El efecto en Amelia debe haber sido admirable, tal como una escena interrumpida, natural y graciosamente, disfrazada con los buenos modales que enseña la sabiduría mundanal. Me sentí grandemente satisfecho con el resultado de la situación que había ideado tan repentinamente y ahora se trataba de averiguar qué efecto produciría en mi encantadora novia lo que había visto representar ante sus sorprendidos ojos.

Las dos encantadoras mujeres se encontraron, se dieron afectuosamente la mano y entrelazaron sus adorables siluetas, oprimiendo con una mano la cintura y con la otra el níveo cuello de su amiga y se pusieron en marcha, lentamente, hablando y riendo con afectada animación y afecto.

Me quedaba el partido de seguirlas o permanecer donde estaba. Por mi parte, juzgué que demostraba mejor la emoción que pudiera sentir paseando por el jardín con las manos en los bolsillos y lanzando afectuosas miradas a la luna nueva que se destacaba en un marco obscuro de verdura formado por las plantas trepadoras del jardín. Después, cansado y aburrido de verme solo, fuí en busca de mi novia y de mi prima con aire de afectada despreocupación. Las encontré en el salón, juntas con las demás visitas. Después acompañé a su asiento, al lado del mío, en el comedor, a mi adorable novia, sintiendo una mezcla de triunfo y de vacilación. El incidente había sido extremadamente trivial, pero era una vívida demostración del caso que habíamos discutido juntos con Amelia aquella misma tarde y ya me preguntaba cómo iniciaría ella los comentarios que indudablemente se vería obligada a hacer. Descubrí extrañado de que se abstenía en absoluto de comentar lo sucedido. Esto era llevar la reticencia a su último extremo en forma que ninguna mujer atractiva podía ponerlo en práctica, es-

pecialmente en aquellos momentos en que un poco de curiosidad y de celos pueden ser suavizados por la indulgencia masculina de acuerdo con la costumbre jamás contrariada.

Al momento de servir un plato, dije a Amelia:

—Me dijiste que a ti te gustaba la franqueza. Pues bien, no me has dicho si te agradó o te desagradó encontrarme conversando junto con mi prima Fenella antes de la comida.

—¿Por qué podía disgustarme? replicó Amelia alegremente. Bien sabía yo que no podías omitir aquel detalle.

—¿Aquel detalle? exclamé yo sorprendido sobremanera. ¿Qué quiéres decir con eso?

—Pues bien, era natural aquella entrevista, la afectuosa confidencia entre dos primos carnales; la semi-separación; escoge tú el término apropiado para denominar la escena. Me había olvidado completamente de Fenelle cuando corrí a tu encuentro.

—¡Te habías olvidado de ella! repetí estúpidamente, mientras Amelia guardaba silencio.

—¿Suponías entonces que yo no lo sabía *todo?* dijo Amelia. No hay un solo gato viviente que no me haya atormentado con la fascinación que Fenelle ejercía sobre ti mucho antes que tú aprendieras a quererme.

—Nada me importa lo que piensan los gatos, respondí con fastidio. Ciertamente, nunca se encontraron dos canarios embalsamados con mayor inocuidad.

—¡Ah! bien lo comprendo, respondió Amelia con calmado tono. De todos modos, creo que no sentiste pesar de verme.

—Naturalmente, no, dije de todo corazón y animadamente, aunque debo confesar que me sentí sorprendido de que ella estuviera tan segura de esto.

Cuando te divisé en el corredor, prosiguió diciendo, pensé por un momento que *no* era por encontrarme a mí que habías venido tan pronto, aunque mi propio instinto me decía lo contrario. Pero no necesité mirar dos veces para comprender lo que había sucedido. Naturalmente, Fenella no quería que nuestra proyectada unión le fuese notificada de pronto, sin tomarla a ella en cuenta como si fuese una persona extraña a nuestros afectos, siendo como es la persona a quien tú, durante muchos años, profesaste una admiración sin límites. Es lógico suponer que no conversaba contigo sólo del recuerdo de aquellos años que ya pasaron. Es natural suponer que tan pronto como pasara la incomodidad de "afrontar el antiguo amor antes de afrontar el nuevo" acomodaste tu espíritu y jugaste tu rol como es debido. Lo único que creo y temo hayas omitido es una prueba de mis sentimientos. No estoy segura si no hubieses estado contento de jugar un nuevo papel cuando yo aparecí ante vosotros.

—Sin duda alguna, respondí con sequedad. ¿Y por qué crees eso?

—Para observar el efecto que aquello haría en mí después de lo que yo te había asegurado esta tarde.

—Amada mía, dije exasperado, si quieres que te hable con franqueza, permíteme decirte que estuve a punto de llevar la situación hasta sus límites más extremos: había perdido la cabeza en el momento de decir adiós a mi prima, pues era un verdadero adiós el que nos dábamos en aquel instante y sentí ardientes impulsos de estrecharla entre mis brazos. ¡Ya sabes toda la verdad!

—Con eso no hubieras conseguido otra cosa que hacernos rabiar a las dos, porque ella habría comprendido, tan bien como yo, que aquel abrazo no era una muestra real de tus sentimientos, me replicó nerviosamente esta extraña mujer.

—Amelia, exclamé furiosamente, puedes considerarte desligada de tus compromisos. Rehuso casarme contigo. Tu sentido común ha desaparecido.

—Muy bien, contestóme Amelia, riendo, no hay más que decir.

Había, al contrario, mucho que hablar, pero como ya nos levantábamos de la mesa, no pude desahogar mis sentimientos heridos en lo más hondo por las declaraciones hechas por mi ex-novia. Me había derrotado y era justo reconocerlo; todo mi anhelo consistía ahora en pagarle en igual moneda. No hizo, sin embargo, esfuerzo alguno para reconciliarse conmigo. El resto de aquella noche hicimos ambos constantes demostraciones de participar en la hilaridad general y ni una sola vez quise invitar a mi diosa a contemplar la plateada y soñolienta luz de la luna; ni una sola palabra, suavemente modulada, murmuré a su

Amelia y yo renovamos nuestros juramentos

oído; y ni una sola vez aquella mujer excepcional demostró esperar mi compañía. Al despedirnos no cambiamos una sola mirada en que relampaguearan los sentimientos de mutuo afecto que demuestran aquellos que quieren unir sus destinos para siempre.

Cuando subió a sus departamentos salí al jardín. La noche estaba dulcemente encantadora, suave y fresca la brisa y habiéndome escapado de la compañía de los demás, me sentía tranquilo. Me paseaba reflexionando sobre las encontradas sensaciones que había experimentado durante aquel día emocionante. Me había escapado tal como el pez; pero mientras flotaba aparentemente en plena libertad en el mar de la vida, siempre sentía la punzante picadura del anzuelo. Esta mujer era excepcionalmente fría e irritante, pensaba yo para mis adentros. ¡Que se la lleven mil diablos! Pero calmándome, pensaba también cuán hermosa era. Resolví, finalmente, ir a acostarme; mas no dormí tan bien como era mi costumbre.

El sol había salido cuando desperté: el lago aparecía resplandeciente y el más suave ruido del agua en las rocas y guijarros de la playa sonaban como música deliciosa a mis oídos. Era muy temprano para levantarme y no pudiendo volver a conciliar el sueño, me vestí y salí al aire fresco de la mañana.

Pensé zabullirme en el agua para refrescar mi imaginación calenturienta y salir después a pasear en bote; pero de pronto, al divisar a Amelia vestida de gala, que atravesaba con rápidos pasos el verde musgo, en marcha hacia el embarcadero, mis pensamientos sufrieron un cambio repentino.

—¿Quiérès decirme a dónde vas? pregunté al acercarme a ella.

Se asustó tanto al oirme hablar tan cerca que hubiese caído, al enredarse en su vestido, si no la hubiera levantado entre mis brazos.

—Pensaba subir a pasear en bote, murmuró al recobrar su serenidad. La mañana está tan hermosa.

—Hermosa está sin duda. Yo pensaba hacer el mismo paseo. ¿Por qué no vamos juntos? le pregunté amablemente. Tengo que comunicarte una cosa, Amelia, proseguí diciendo, al ocupar nuestros asientos en la canoa. Temo haber empleado una precipitación demasiado inconveniente al deshacer nuestro compromiso anoche. A pesar de tu clarovidencia que me desagrada en extremo, estoy convencido de que sientes cierta fascinación por mi modo de ser. Por consiguiente, si tú coinsientes, podemos consiguiente, si tú consientes, podemos consipromiso. Me sentiría altamente complacido si me mostrases poseer los atributos que tienen el noventa por ciento de las mujeres; quiero verte más femenina; deseo que seas encantadora, en tu falta de lógica; quiero verte celosa, apasionada, tierna y tempestuosa, con constantes variaciones y quiero ver refugiarte bajo la égida de mi superioridad masculina; pero ya que no puedes hacer esto, contrariando tu carácter y tus inclinaciones, dejándome a mí solo con mis extravagancias, debo dar gracias a Dios porque me concede una mujer que me comprenda y me propongo confiarme en su inteligencia y recto juicio de aquí en adelante y guiar mi vida de acuerdo con ella, pues estoy convencido de que su ecuanimidad no se verá jamás turbada por mis inperfecciones.

—Yo no he dicho que mi ecuanimidad no se vería turbada, declaró Amelia con gran tranquilidad en el tono y en el ademán. He dicho que no me molestarían *tanto* si tú me comunicaras con franqueza tus emociones.

—Convenido, dije. Seré franco, si eso es necesario.

—De todas maneras, observó Amelia, pensando, corremos un gran riesgo.

—No podemos correr riesgos con tus métodos modernísimos, protesté.

—Pero esos métodos no te preocupan.

—Pero tú me preocupas.

—¿Pero me querrías si fuera diferente de lo que soy? insistió ella.

—Prefiero digas que querría verte menos *indiferente* de lo que soy, observé yo.

—Si quieres saber la verdad, dijo Amelia, *no me sentí* muy contenta al encontrarte anoche al lado de Fenelle. Me sentí furiosa, con súbitos celos y me exasperaba sobremanera no haberte tenido a mi lado, solo mío, durante aquellos breves minutos que transcurrieron antes de la comida. Y después, no pude cerrar los ojos anoche; si eso te agrada, ya lo sabes.

—Lo que más me agrada, exclamé al de-

jar caer el remo y tratar de alcanzar la mano de Amelia.

—Recuerda que todavía estamos separados en nuestro compromiso, exclamó, poniendo sus manos tras la espalda. Yo no te he dado mi consentimiento.

—¡Qué me importa! exclamé yo a mi vez, incomodado. ¿Quiéres exasperarme?

Apenas hube dicho esta frase, me dí cuenta que el bote se volcaba.

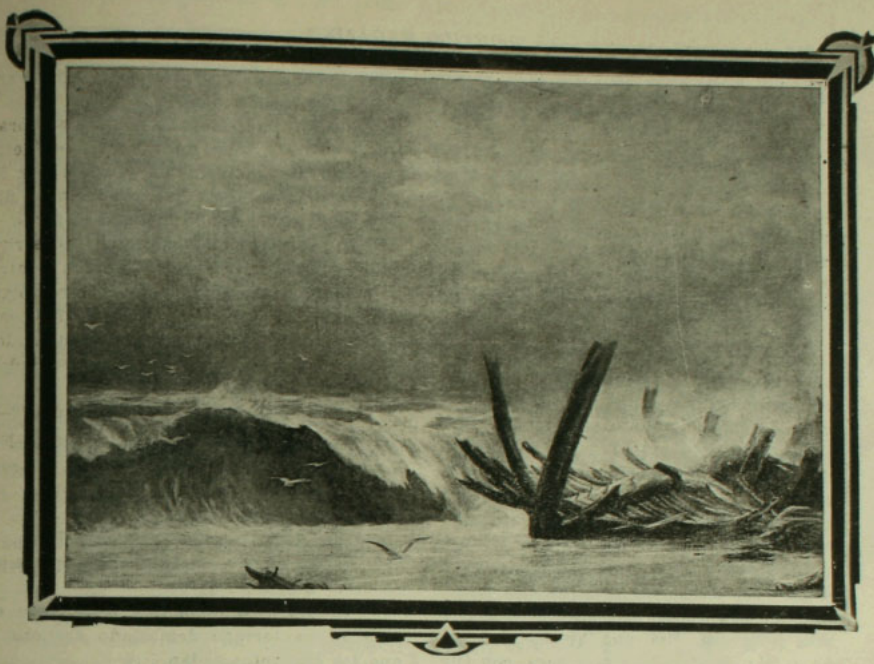
Hasta ahora no sé quién tuvo la culpa. Amelia dice que yo mismo volqué la embarcación, porque ella no se hubiera echado hacia atrás si no hubiera visto cruzar por mi semblante un gesto tan amenazante. Cualquiera que fuera la causa, ambos nos encontramos sepultados en el agua y el zabullón helado calmó mi agitación.

No estábamos muy distantes de la costa y al nadar uno al lado del otro, siendo Amelia una excelente nadadora, le grité:

—No debes tratar de llegar a la orilla si no estás dispuesta a dejarte acompañar por mí.

—¡Ah! bien sabes que estoy dispuesta a darte mi consentimiento, dijo Amelia riendo, al aferrarse a las rocas de la orilla y si no te hubiera amado hubiera preferido dejarme ahogar antes que acceder a tus ruegos.

Amelia y yo renovamos nuestros mutuos juramentos; pero no puedo dejar de recordar que jamás volveré a encontrarme obligado a hacer confesiones de la clase que exigía Amelia.



EL LOCO DEL FARO

Por

EMILIO SALGARI

Con ilustraciones

Al Sud de Nueva Escocia, una gran península de los Estados Unidos, de la América del Norte, bañada por las aguas del golfo de San Lorenzo y las del Atlántico, se encuentra un islote que es especialmente temido por las naves que se dirigen a Boston o Halifax. Se trata de un pequeño trozo de tierra situado a 43 grados 24 de latitud y a 60 grados de longitud oeste de Greenwich, casi bajo la misma latitud del gran Banco de Terranova, que los marinos llaman vulgarmente Cabo de las Arenas.

No es un cabo arenoso, sino un escollo formidable que el previsor Océano Atlántico viene asaltando sin cesar con todo su terrible ímpetu para acabar con él, cosa que al fin seguramente realizará.

Efectivamente: hace cincuenta años aquel islote, que tiene en su conciencia un gran número de naufragios, y centenares de pobres marinos desaparecidos en sus alrededores durante las siniestras y nebulosas noches invernales tenía una extensión de setenta y cuatro kilómetros, y hoy apenas se cuentan cuarenta.

Siendo como he dicho aquellos parajes muy frecuentados por las naves que tocan Nueva Escocia, el Gobierno americano levantó allí un faro hace unos quince años, confiando la responsabilidad del mis-

mo a cierto John Roch, que sirvió un tiempo en la marina de guerra en calidad de contramaestre.

El tal Roch no fué nunca un hombre verdaderamente equilibrado. Sus amigos convinieron muchas veces en que tenía algún desarreglo en la mollera; pero como nunca dió señales de locura, se le mandó a aquel sitio solitario y no exento de peligros, para que cuidara del servicio del faro.

Roch, que fué siempre hombre más bien malhumorado, por cuyo motivo especialmente amaba la soledad, aceptó gustoso el cargo, y tomó al punto posesión del faro, llevando consigo a su única hija, una linda y valiente muchacha de dieciocho abriles, que, como todas las jóvenes americanas nacidas en la costa, sabía, guiar hábilmente un buque, como manejar un fusil.

Levantaron el faro en la punta meridional del islote, en el sitio más batido por las oleadas del Atlántico, y por ende más peligroso. Era una especie de torre de unos quince metros de altura, con cuatro habitaciones y un almacén.

Al principio anduvo todo muy bien. Roch, durante el día, pescaba o cazaba, pues en torno del islote abundaban los peces y las aves marinas; y la muchacha pasaba el tiempo cultivando un pedazo de tierra y ayudando a su padre durante las noches de guardia. Nadie fondeaba en aquella costa harto combatida por los vientos y los mares: sólo una lancha a vapor iba todos los meses a llevar una considerable cantidad de víveres a los solitarios Robinsones.

Habían transcurrido seis semanas cuando en una noche de tempestad la joven vió a su padre entrar en su habitación con el semblante descompuesto y los ojos dilatados por el terror.

—¿No has oído nada tú?—le preguntó con alterado acento.

—No, padre—contestó la joven, alarmada.

—Escucha con atención, Jole.

—Sólo oigo los mugidos de las olas y los silbidos del viento.

—Vístete y sube conmigo a la linterna —dijo Roch.—Es imposible que yo me haya equivocado.

—Explícate mejor, padre.

—No; ahora no. Date prisa, porque el peligro podría ser gravísimo y arrastrarnos sin salvación posible.

La joven, impresionada por las palabras de su padre y sobre todo por su espanto, se vistió precipitadamente y subió por la estrechísima escalera que conducía al último balconcillo donde brillaba el farol.

Era una noche de tempestad indescriptible. El Atlántico furioso lanzaba contra el islote espantosas olas que se rompían con un fragor inusitado. Ráfagas furiosas se sucedían sin cesar silbando y mugiendo, y entre las nubes tronaba horrendamente.

—¿Oyes algo ahora que estás aquí?—preguntó Roch con alterado acento.—No escuchas los fragores del Océano, no son éstos los que me asustan.

—¿Qué quieres decir?

—Que el faro oscila—contestó Roch.

—¿Es que se derrumbará?—preguntó Jole, aterrada.

—No sé; pero temo que levantaron el faro en un terreno demasiado arenoso y que los cimientos ceden.

—Huyamos, pues, mientras nos queda tiempo. ¿Hay en el farol aceite en abundancia? Hay que pensar también en los pobres navegantes que se encuentran en alta mar.

—Lo he llenado poco ha.

—Huyamos, padre—gritó la muchacha

El viejo contramaestre y la joven bajaron nuevamente la escalera para ponerse en salvo en el interior del islote.

Iban a llegar al almacén donde guardaban los víveres, que se encontraba en la planta baja, cuando llegó a sus oídos un mugido extraño.

Roch se detuvo, lanzando un grito de desesperación. Las olas acababan de hundir la puerta, y las aguas habían invadido el almacén, quitando a los dos desgraciados toda esperanza de salvación.

—Estamos perdidos, ¿verdad, padre?—preguntó Jole con angustia.

Roch la miró sin contestar, cruzando los brazos en el ancho pecho.

—Dímelo, te lo ruego—repitió Jole.

—Tal vez—contestó Roch con voz sombría,—bien dije poco ha que los cimientos cedían.

—¿Qué, ha sucedido, pues?

—El faro se hunde en la arena.

—¿Y las aguas nos tragarán?

—¡Quién sabe! Subamos de nuevo al balconcillo del faro. Podemos morir aquí, como allá arriba.

Subieron lentamente la escalera, deteniéndose de vez en cuando en los descansillos para escuchar.

El faro temblaba incesantemente, haciendo tintinear los cristales de las ventanas, y parecía irse encorvando poco a poco. Llegados al balconcillo del farol, Roch se inclinó sobre la baranda y esperó que un rayo iluminase el Océano, para darse cuenta exacta de la situación.

No hubo de esperar mucho. Una luz lívida rompió la profunda obscuridad que reinaba en el Atlántico, y en el islote, seguida de un espantoso trueno.

—¿Qué has visto, padre?—preguntó Jole cuando aquel fragor se hubo perdido en lontananza.

—La costa ha desaparecido en un larguísimo trecho, y las olas remueven ahora la base del faro.

—¿Y nos envolverán?

—¡Quién sabe!

—Busca una vía de salvación, padre.

—¿Cómo? El agua nos rodea ya y nuestra lancha ha desaparecido.

—Busca, busca—suplicó Jole aterrorizada.

Roch alzó los hombros y se puso a pasear alrededor del farol, con el semblante descompuesto y animados los ojos por siniestra llama.

De cuando en cuando se detenía como para oir mejor el fragor de la tormenta; luego reanudaba su paseo, permaneciendo sordo a las preguntas de su hija. El huracán aumentaba mientras en intensidad.

A través de las ventanas de la cúpula pasaban ráfagas furiosas que hacían vibrar los groseros cristales del farol, mientras abajo la olas mugían siniestramente y se lanzaban con ímpetu indomable al asalto del edificio.

Temblaban las paredes, oscilaban las escaleras, rompíanse los cristales de las ventanas, dejando libre el paso al pulular del viento.

Parecía que de un momento a otro debía derrumbarse todo a los incesantes ataques de los elementos desencadenados.

Jole se acurrucó en un rincón, apoyada en la baranda, esperando con angustia el golpe fatal que había de derrocarlo todo; pero aquel golpe parecía muy lejano aún.

Pasaron dos horas, largas como dos semanas, para la desgraciada muchacha, que se creía irremisiblemente perdida.

Roch parecía, en cambio, haber olvidado el tremendo peligro que les amenazaba. Interrumpió sus vueltas, y apoyado en una de las ventanas, canturriaba una vieja canción marinera.

¿Estaba loco? Jole lo temía. Le habían dicho ya distintas veces que su padre no tenía completo el juicio.

De pronto una tremenda ráfaga se echó en el farol, torciendo las barras de hierro y arrancando la pequeña cúpula de metal que protegía el mecanismo giratorio.

Jole lanzó un grito de terror.

—¡Padre! ¡Padre! ¡Huyamos!

Roch se volvió preguntando con espantosa calma:

—¿Qué ha sucedido?

—¿No ves que la cúpula ha desaparecido?

—Menos lastre—contestó el viejo.

—¿Qué dices, padre?

—Que ahora la nave se levantará más, porque pesa menos.

—¡Tú deliras!

Roch en vez de contestar, se puso a gritar.

—¡A la orza el timón! ¡A cubierta la guardia franca! ¡Pronto, imbéciles! ¡Que no quiero ir a fondo!

—Padre, ¿qué dices?

El contramaestre no oía ya la voz de su hija, y seguía dando órdenes, como si se encontrara a bordo de un velero.

El miedo trastornaba su cerebro por completo.

Jole se levantó y le cogió por los brazos, gritando:

—¿No conoces ya a tu Jole? Huyamos, huyamos antes que las ráfagas barran el balcón y hundan las barandas.

Roch la rechazó brutalmente, diciendo con voz amenazadora:

—¿Qué quieres tú, Philip? Este no es tu sitio. Pronto, ve a plegar el gran bloque, o te armo una escandalera. No me gustan semejantes familiaridades.

Y como Jole insistía en no quererle dejar y procuraba llevarlo hacia la escalera, el loco se soltó, gritando como un endemoniado:

—Vete, o te mato, Philip.

La muchacha aterrada por la terrible cólera que se leía en el semblante de su

padre, bajó precipitadamente escalera abajo, llorando a lágrima viva, y llegó al comedor.

El huracán no daba señales de cesar, lejos de eso, parecía aumentar en violencia. Sombríos rumores subían del mar y las paredes del faro seguían oscilando. En las paredes se observaban ya muy anchas grietas que se abrían o cerraban, según oscilaba la torre.

Roch no se movió del balcón, convertido por él en una especie de puente de mando, y hacía frente al huracán.

De cuando en cuando, Jole le oía dar órdenes y más órdenes, y desatarse al fin en imprecaciones y amenazas.

De pronto oyó un grito:

—¡Un hombre al mar!

Aquel grito lo lanzó el loco.

¿Cómo podía haber caído un hombre al mar, cuando en el faro no había otro? Jole, al oirle, salió del comedor, subiendo rápidamente la escalera.

Cuando llegó al balconcillo descubierto, y donde a pesar del ímpetu furioso del viento seguía ardiendo el farol para señalar la peligrosa isla a las naves que venían del Atlántico, un espectáculo horrible se presentó ante sus ojos:

El viejo Roch había traspasado la baranda, y agarrado a un hierro, gritaba suspenso en el vacío:

—¡Un hombre al mar, un hombre al mar! ¡Cobardes, tenéis miedo; pero Roch lo salvará!

Jole se arrojó hacia el desgraciado, llamándole:

—¡Padre! ¡Padre! ¿Qué haces?

El loco no la oía ya. Con los ojos dilatados, erizado el cabello y alterado el semblante, seguía contemplando el abismo que tenía abierto a sus pies.

—¡Cobardes, cobardes!—repetía.—¡Ahí va Roch a salvarte!

El cuerpo se abandonó y el pobre contramaestre desapareció rodando sobre sí mismo.

La muchacha, presa de un loco terror quiso detenerlo. Era tarde ya.

Oyó, o pareció oir, un zambullido, luego un grito, y después nada.

Bajo el faro, el Océano seguía mugiendo siniestramente, mientras en lo alto retumban los truenos y pululaban las ráfagas.

Jole cayó desvanecida.

Cuando después de muchas horas se recobró la situación no había cambiado.

El huracán seguía furioso y el faro vibraba incesantemente, agrietándose poco a poco. Las paredes cedían, las escaleras se deshacían y la mole entera murada en su base, se hundía entre las arenas.

¿Había sonado también la última hora para la desgraciada hija del contramaestre?

Jole, medio loca, se precipitó de nuevo a través de las escaleras, resuelta a intentar la salvación a todo trance.

Una suprema energía la sostenía.

Encima del almacén había otro balconcillo que las olas del Atlántico lamían. Jole cogió la mesa del comedor, hízola pasar a través de la puerta, que era por fortuna bastante ancha; esperó que una oleada barriera el balconcillo y se confió valientemente a las airadas olas del Océano, manteniéndose sujeta a aquella especie de salvavidas.

Se hundió y volvió a la superficie, siempre agarrada desesperadamente a la mesa, mientras encima de su cabeza brillaban los relámpagos, retumbaban los truenos y pululaban las ráfagas.

¿A dónde iba? ¿A dónde era llevada? No se cuidaba siquiera de averiguarlo.

Empezaba a amanecer y las fuerzas iban a faltarle, cuando una masa enorme pasó cerca de ella, arrojando torrentes de humo.

Casi al propio tiempo se oyó una voz gritar:

—¡Máquina atrás! ¡Una lancha al mar! ¡Adelante los audaces!

Aquellas voces partían de un gran transatlántico que trataba de refugiarse en las profundas ensenadas de Nueva Escocia, bordeando a distancia del islote de las Arenas, a cuyo extremo meridional brillaba aún el faro.

Veinte valientes se presentaron para bajar la gran chalupa.

A la mirada escudriñadora del comandante no pasó desapercibida aquella mesa, abandonada a los caprichos de las olas y montada por un sér humano.

Dificilísima fué la maniobra; pero veinte minutos después la pobre Jole, más muerta que viva, estaba salvada y era conducida a bordo.

Afortunadamente, el huracán empezó a calmarse, y las olas no se movían con el ímpetu primitivo.

Apenas Jole pudo hablar, su primera pregunta fué la siguiente:

—¿Sigue el faro en pie?

—¿Cuál, señorita?—preguntóla el capitán que la asistía junto con el médico de a bordo.

—El islote de las Arenas.

—Acabamos de pasar por el sitio donde debía alzarse, pero no hemos visto nada.

El Océano se lo habrá tragado junto con un pedazo de costa.

Efectivamente: la pequeña torre se hundió un momento antes de pasar el vapor allí, porque el farol se había apagado bruscamente...

Quince días después, el Gobierno de los Estados Unidos preocupado del peligro que podían correr las naves, levantaba un segundo faro en otro sitio, más tierra adentro; pero seis meses más tarde, en una noche tempestuosa, también el nuevo faro desaparecía junto con los dos torreros que lo ocupaban.

Acaba ahora de construir un tercero, y éste oscila también, de modo tan espantoso, que no hay quién quiera ocuparlo. ¿Desaparecerá también? Es probable, porque el islote de las Arenas tiende a hundirse rápidamente a los incesantes ataques del Atlántico.

MUJERES

SEÑORAS

Forma en que descubrió Madge Kennedy sus aptitudes teatrales

Miss Kennedy, la ya célebre actriz, veraneaba en Siasconset, Estados Unidos. Con ella estaban, en aquel mismo sitio veraniego, Kenneth y Roy Webb que formaban parte de un comité de señoras organizado con fines de caridad y pronto entraron en acción para representar algunos juguetes teatrales. Rogaron a Miss Kennedy las ayudara a representar y le confiaron uno de los papeles protagonistas.

En la audiencia, el día de la representación, se encontraban los empresarios teatrales Harry Wordruff y William H. Jhompson. Con ellos se encontraban, asimismo, media docena de buenos actores y gerentes

Al observar la confianza en sí mismo, el acto y la felicidad exquisita con el cual representaba su parte Miss Kennedy, todos se admiraron y se sintieron entusiasmados. Tenía el ademán de una artista que hubiera pisado el proscenio durante largos años y un encanto personal que se amalgamaba en un conjunto armónico con su fresca y juvenil hermosura

de teatros que escogería Sconset como una colonia veraniega teatral. Así, pues, se hizo posible el descubrimiento de una de las **ingénues** destinada a más brillante carrera.

siendo desde el primer momento objeto de la atención general.

Si hubiera representado en el edificio de un teatro, los empresarios Mr. Jhompson y Mr. Wordruff, la hubieran esperado, con sombrero en mano, en la puerta de salida para proponerle un contrato de artista en sus compañías. Pero como se representaba allí a la rústica, en familia, subieron al proscenio a felicitarla y ambos le ofrecieron el puesto de primera dama en su respectiva compañía.

Naturalmente, la sorpresa que ella experimentó fué muy grande; pero una de las cualidades características de Madge Kennedy, está en su dominio de sí misma y parece que no hay temor de que nada pueda dañarla. Estudió, cuidadosamente, las dos ofertas que se le hacían, sabiendo que necesitaba dedicarse al trabajo para ganarse la vida. Bien sabía que si el rol que había desempeñado era en realidad, el rol de una actriz, ella sabría desempeñarlo siempre en forma irreprochable. Y decidió, finalmente, hacer la prueba.

En consecuencia, tomó parte del elenco de la compañía de Mr. Wordruff, para representar el papel de **ingénue** en "El Genio". En Cincinatti, Grace George asistió a la matinée y en el entreacto telegrafió a su esposo, William A. Brady, diciéndole que ella también había descubierto una joven que un empresario teatral inteligente tomaría por contrato. Mr. Brady, que es un esposo como hay pocos, confiado en el criterio de su mujer, aceptó; y muy pronto Miss Kennedy, bajo la protección de un contrato Brady-Bartholomae, representaba el papel protagonista en la pieza teatral "Over Night", escrita por Mr. Bartholomae.

Entre las diversas estaciones teatrales ha representado roles protagonistas en una compañía de Cleveland, con Jully Marshall, y el invierno siguiente representó el papel creado para ella: "Little Miss Brown". En la estación actual representó a la heroína de un juguete cómico titulado "Iwin Beds".

"Usted será la **estrella** en la próxima estación teatral", le dijimos.

¡Ah! no, nos contestó ruborizándose, adorablemente. Eso tardará mucho en suceder.

Aquel día creemos nosotros, sin embargo, no está muy lejano.

RAFFLES HAW

"EL FABRICANTE de ORO"

Por A. CONAN DOYLE

XI

UNA DEMOSTRACION QUIMICA

Raffles Haw echó a andar en dirección a la puerta principal, seguido de Roberto; y cruzando el paseo enarenado, abrió la puerta exterior del laboratorio; aquella misma puerta por la cual habían visto los McIntyre entrar los paquetes que del carro se descargaban. Al penetrar por aquella puerta vió Roberto que no estaba en realidad en el interior del edificio, sino tan sólo en una antecámara larga y desamueblada, alrededor de cuyas paredes estaban colocados los mismos objetos que habían despertado su curiosidad y las cavilaciones de su padre. Ahora ya había desaparecido de ellos todo misterio; porque, al paso que unos estaban todavía cubiertos con su tela de saco, los otros habían sido desliados, y revelaban ser grandes lingotes de plomo.

—Estos son mis materiales en bruto—dijo Raffles Haw con indiferencia, mirando al montón de plomo.—Cada sábado me traen un carro de ellos, que me dura una semana; pero necesitaremos trabajar en doble proporción cuando Laura y yo estemos casados y podamos poner por obra nuestros grandes planes. He de tener mucho cuidado con la calidad del plomo, porque, como es de suponer, cualquier impureza que tenga se reproduce en el oro.

Una pesada puerta de hierro daba paso a la habitación interior. Abrióla Haw, pero sólo para dejar ver una segunda a cien pies de la primera.

—Este pavimento se desune por completo de noche—observó.—No me cabe duda de que corren de chismes entre los criados del Hall con respecto a esta cámara cerrada, de suerte que tengo que guardarme contra cualquier palafrenero curioso o cualquier mayordomo atrevido.

La puerta interior les dió paso al laboratorio, habitación grande, desnuda, blanqueada, y con techo de cristal. En un extremo estaban el hornillo y la caldera, cuya boca de hierro estaba cerrada, aunque la vivísima y roja luz se veía al través de las junturas, y un ruído apagado resonaba por todo el edificio. A cada lado, y en estantes, se veían innumerables botellas de Leyden, sobre las cuales se ostentaban columnas de pilas de Volta. La vista de Roberto, al tenderse en torno, distinguió grandes ruedas, complicadas redes de alambre, tubos de ensayo, frascos de colores, probetas graduadas, hornillos de Bunsen, aisladores de porcelana, y todos los varios débris de un laboratorio químico y eléctrico.

—Venga usted por aquí—dijo Raffles Haw abriéndose paso por entre los montones de metal y carbón, por entre los paquetes y bombonas de ácidos.—El de usted es el primer pie, salvo el mío, que penetra en esta habitación desde que la abandonaron los obreros. Mis criados transportan el plomo hasta la antecámara, pero no entran más adentro. El horno puede ser

limpiado y alimentado desde fuera. Tengo empleado un individuo que no hace otra cosa. Ahora mire usted aquí.

Abrió una puerta que había en el fondo de la estancia, e hizo señas al joven artista para que entrara. Roberto se quedó silencioso, con un pie en el dintel y contemplando admirado lo que le rodeaba. La habitación, que podía tener unos treinta pies en cuadro, tenía el suelo y las paredes de oro. Grandes lingotes en forma de ladrillo, estrechamente unidos, cubrían por completo el pavimento, al paso que, a cada lado, estaban amontonados en compactas hileras hasta el mismo techo. La única lámpara eléctrica, que iluminaba la habitación sin ventana, arrojaba una luz sombría, triste y amarillenta, a los grandes montones de metal precioso, y relucía bermejamente sobre el suelo de oro.

—Esta es la casa de mi tesoro,—observó el propietario.—Ya ve usted que tengo ahora bastante acumulado. Mi fabricación ha sido más grande que lo que he exportado. Ya puede usted comprender que ahora tengo otros muchos deberes más importantes que el hacer oro. Aquí es donde almaceno mi sobrante hasta que me deshago de él. Casi cada noche suelo enviar una caja a Londres. Para su venta empleo diez y siete agentes. Cada uno de ellos se cree ser el único, y todos se mueren por saber de dónde obtengo tantas cantidades de oro virgen. Dicen que es el más puro que va al mercado. La creencia popular es, según creo, que soy intermediario que obra por cuenta de alguna nueva mina del Sur de Africa, y que quiere mantener secreta su situación. ¿Qué valor echaría usted al oro de esta habitación? Debe de valer algo, porque representa casi una semana de trabajo.

—No me cabe duda de que será una cantidad fabulosa.—dijo Roberto, mirando en torno las amarillas hileras.—¿Digamos ciento cincuenta mil libras?

—¡Caramba, seguramente vale mucho más!—exclamó Raffles Haw riendo.—Vamos a ver. Supongamos que vale a tres libras diez chelines la onza, lo cual está unos diez chelines más bajo que el precio del mercado. Esto hace cincuenta y seis libras por libra de peso en números redondos. Pues bien; cada uno de estos lingotes pesa treinta y seis libras, lo que eleva su valor a dos mil y pico de libras. Hay quinientos lingotes en cada uno de estos tres lados de la habitación, pero en el cuarto hay sólo trescientos, por causa de la puerta; si bien es verdad que en el suelo no puede haber menos de doscientos; lo cual nos da un total de unos dos mil lingotes. Ya ve usted, querido, que cualquier comprador que pudiera obtener el contenido de esta estancia por cuatro millones de libras, haría un negocio bastante bonito.

—¡Con el trabajo de una semana!—balbuceó Roberto.—Se me va la cabeza!

—Ahora me dará usted la razón cuando le diga que ninguno de los grandes proyectos que pienso poner en obra al mismo tiempo, languidecerá probablemente por falta de fondos. Ahora, entre usted conmigo en el laboratorio, y verá usted cómo se hace.

En el centro de la estancia había un instrumento parecido a una gran prensa con dos grandes chapas de color de bronce, y un gran tornillo de acero para acercarlas. Por aquellas planchas corrían numerosos alambres, que estaban unidos por el otro extremo a las máquinas dinámicas. Debajo había un soporte de cristal, que por su centro comunicaba por diversos huecos con una sucesión de vasijas.

—Pronto comprenderá usted todo esto—dijo Raffles Haw quitándose la levita, y poniéndose una chaqueta manchada de humo y de tizne.—Primero debemos hacer un poco de provisión.

Oprimió un par de enormes fuelles con todo su peso, y un ruido llegó en respuesta desde el horno.

—Esto bastará. A mayor calor mayor fuerza eléctrica, y más rápido nuestro trabajo. Ahora, el plomo. Ayúdeme usted a traerlo.

Levantaron una docena de lingotes de plomo desde el suelo al soporte de cristal, y después de haber ajustado las planchas por ambos lados, Haw atornilló el aparato hasta colocarlas en la debida posición.

—Al principio solía éste ser un procedimiento muy largo—observó.—Pero ahora que tengo inmensas facilidades para mi trabajo, lo hago en muy poco tiempo. No tengo más que cerrar el circuito para empezar.

Asió una larga palanca de cristal que sobresalía de los alambres, y la corrió hacia abajo. Oyóse un golpe seco, seguido de un rumor apagado, como crujir de chispas.

De los dos electrodos brotaron grandes llamas, y la masa de plomo se vió rodeada por una aureola de centelleos de oro, que silbaban y chisporroteaban como pistoletazos. El aire se impregnó del peculiar olor ácido del ozono.

—La potencia de esto es inmensa—dijo Raffles Haw vigilando el procedimiento, con el reloj en la palma de la mano. — Reduciría una substancia orgánica a protilo en un instante. Es preciso conocer por completo el mecanismo, porque cualquier distracción podría acarrear al operador consecuencias muy graves. Está usted tratando con fuerzas gigantescas. Pero fíjese usted en que el plomo está empezando ya a cambiar.

Argentinas gotas como de rocío se habían empezado a formar en la negruzca masa, y caían ruidosamente para estrellarse en los tubos de cristal. Lentamente se fué derritiendo el plomo, como un témpano de hielo puesto al sol, en tanto que los electrodos se iban estrechando a medida que la masa se contraía, hasta llegar a juntarse en el centro; una masa de mercurio había ocupado el puesto del metal sólido. Dos electrodos más pequeños estaban sumergidos en el azogue, que gradualmente se fué endureciendo y solidificando, hasta revestir la forma sólida, con reflejos de bronce amarillento.

Una gran sombra negra se dibujaba sobre la pared

—Lo que hay ahora en los recipientes es platino—observó Raffles Haw.—Debemos sacarlo de ellos y volver a fijarlo en los electrodos grandes. Bueno; ahora vuelvo a cambiar la corriente. Vea usted cómo va tomando por grados un color más obscuro y profundo. Ahora creo que está ya bien.

Levantó la palanca, quitó los electrodos, y se vió una docena de ladrillos de bermejo y reluciente oro.

—Ya ve usted que, según nuestros cálculos, nuestro trabajo de esta mañana ha producido veinticuatro mil libras, y no ha durado más de veinte minutos—observó el alquimista, al coger los lingotes recién hechos y colocarlos entre los otros.

—Dedicaremos uno de ellos a los experimentos — dijo, dejando el último en el aislador de vidrio.—Para el mundo sería una demostración muy costosa ésta que cuesta dos mil libras; pero nuestro caso es muy diferente, como ve usted. Ahora me verá usted recorrer toda la escala del reino mineral.

Como primer hombre de todos después del descubridor, vió Roberto la masa de oro, al serle aplicados nuevamente los electrodos, trocarse rápida y sucesivamente en bario, en estaño, en plata, en cobre, en hierro. Vió que las grandes chispas blancas eléctricas se tornaban en carmesíes con el estroncio, en púrpura con el potasio y en

amarillo con el manganeso. Por último, después de cien transformaciones, se desintegró la masa ante sus ojos, y quedó como un puñadito de polvo y gris sobre la mesa de cristal.

—Esto es el protilo,—dijo Haw, pasando los dedos por él.—El químico del porvenir podrá reducirlo a más componentes, para mí es la **última ratio.**

—Ahora, Roberto—continuó después de una pausa,—ya le he mostrado a usted bastante para que comprenda usted algo de mis sistema. Este es el gran secreto. Es el secreto que dota al hombre que lo posee de un poder tan universal como no lo ha tenido desde que el mundo existe. Este es el secreto cuyo empleo para el bien es el más ferviente anhelo de mi corazón; y le juro a usted, Roberto McIntyre, que si yo pensara que podía servir para otra cosa que para el bien, hubiera yo acabado con él para siempre. No; ni lo emplearía yo ni permitiría que ningún otro hombre lo supiera de mis labios. ¡Lo juro por lo más solemne y sagrado!

Al hablar centelleaban sus ojos, y la voz le temblaba de emoción. En pie, pálido y ceñudo, entre sus electrodos y retortas, se veía algo majestuoso en aquel hombre, que en medio de su estupenda buena suerte, sabía conservar aún el sentido moral sin dejarse deslumbrar por el brillo del oro. La flaca naturaleza de Roberto no había comprendido nunca hasta entonces la fuerza que albergaban aquellos labios firmes y delgados, y aquellos vehementes ojos.

—Seguramente no puede producir más que bien en sus manos de usted,—dijo el joven.

—Eso espero... eso deseo ardientemente. He hecho con usted, Roberto, lo que no hubiera hecho ni siquiera con mi propio hermano, si lo hubiera tenido; y lo he hecho porque creo y espero que es usted hombre que no emplearía este poder, si llegara usted a heredarlo, para fines egoístas. Pero ni aún ahora se lo he dicho a usted todo. Hay un eslabón que le he ocultado a usted, y que no revelaré mientras viva. Pero mire usted este cofre, Roberto.

Le enseñó un gran cofre formado de hierro, que en un rincón yacía, y sacó de él una cajita de marfil esculpido.

—Dentro de esta caja—dijo—he dejado un papel que aclara todo lo que hasta ahora está oculto para usted. Si me ocurriera algo a mí, siempre podía usted heredar mi poder y continuar mis proyectos, siguiendo las instrucciones que aquí se encierran. Y ahora—continuó, volviendo a colocar la caja dentro del cofre—requiriré con mucha frecuencia la ayuda de usted, pero no creo que sea necesaria esta mañana. Ya le hecho perder a usted demasiado tiempo. Si va usted a Elmdene, le ruego que diga usted a Laura que esta tarde estaré con ella.

XII

DISPUTA DE FAMILIA

De esta suerte fué conocido el gran secreto, y Roberto se fué hacia su casa con la cabeza como un torbellino y con la sangre hirviéndole en las venas. Se había estremecido al salir al helado soplo del viento y a la vista del paisaje cubierto de niebla. Todo esto se había desvanecido ya. Sus propios pensamientos lo pintaban todo con el brillo del sol, y sentía impulsos de cantar y bailar cuando cruzaba la polvorienta carretera rural, de profundas roderas. Maravillosa había sido la suerte otorgada a Raffles Haw, pero no era en verdad menos importante la que a él le estaba deparada. Era partícipe del secreto del alquimista, y heredero de una herencia que reunía una herencia mayor que la de los monarcas a una libertad tal como los monarcas no pueden gozarla. ¡Aquello era un destino! Mil doradas visiones de su futura vida se ofrecían a la mente del joven, y con la imaginación se veía elevado por encima de la raza humana, con miles de hombres postrados e implorando su ayuda o dándole gracias por su benevolencia.

¡Qué mezquino parecía el descuidado jardín, con sus desmedrados arbustos y sus raquíticos olmos! ¡Qué prosaica la sencilla fachada de ladrillo, con su portalón de madera verde! Siempre había ofendido a su sentido artístico, pero ahora ya era horrorosa por su fealdad. La habitación sencilla con sus sillas de cuero americano, con su estera obscura y su alfombrilla de retazos, también le inspiraba repugnancia. La única cosa bonita que había en ella, y sobre la cual podía posar los ojos con satisfacción, era su hermana Laura, que se hallaba recostada en su butaca junto al fuego, con el rostro blanco, sereno y her-

moso destacándose sobre el obscuro fondo.

—¿Sabes, Roberto? —dijo la joven mirándole bajo sus largas y negras pestañas.—Papá se está poniendo insoportable. He tenido que hablarle hoy con toda claridad, y hacerle entender que me caso para mi propio provecho y no para el suyo.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé. En los Tres Pichones, sin duda. Casi se pasa allí la vida ahora. Se fué huyendo hecho una furia, y diciendo disparates acerca de la boda, y de prohibir las amonestaciones y cosas por el estilo. Su noción del contrato de matrimonio parece ser la de un contrato con el padre de la novia. Tiene que resignarse a esperar tranquilamente, hasta ver lo que se puede hacer por él.

—Creo, Laura, que debemos tener con papá mucha indulgencia —dijo Roberto con seriedad. — Ultimamente he observado un gran cambio en él. Me parece que no está del todo en su juicio. Pediré parecer a un médico. Pero... esta mañana he subido al Hall.

Es Ud. el primero que entra en esta pieza

—¿Sí? ¿Has visto a Raffles? ¿Te ha dicho algo para mí?

—Me ha dicho que vendrá en cuanto haya concluído su trabajo.

—Pero, ¿qué ocurre, Roberto?—exclamó Laura con la rápida percepción femenina. —Estás encendido, y te brillan los ojos, y realmente estás guapo. ¡Raffles te ha dicho algo! ¿Qué es? ¡Oh, ya lo sé! Te ha contado cómo ganó su dinero, ¿verdad? ¿Y cómo?...

—Pues bien, sí. Me ha confiado una parte de su secreto. Te felicito, Laura, con todo mi corazón, porque serás una mujer riquísima.

—¡Qué raro es que haya venido a nosotros en nuestra pobreza! Todo es debido a ti, querido Roberto; porque si no se hubiera encaprichado contigo, no hubiese venido a Elmdene ni se hubiera encaprichado con... alguien más.

—No es eso—respondió Roberto sentándose al lado de su hermana, y dándole cariñosos golpecitos en la mano.—Ha sido un caso clarísimo de amor a la primera vista. Estaba enamorado de ti antes de saber tu nombre. Me preguntó por ti la primera vez que le vi.

—Pero cuéntame lo que sabes de su for-

tuna, Roberto—dijo la hermana.—A mí no me lo ha contado todavía; y siento tanta curiosidad... ¿Cómo la hizo? No le proviene de su padre; él me lo ha confesado. Su padre no fué más que médico de pueblo. ¿Cómo la hizo?

—Estoy obligado a guardar secreto. El mismo te lo dirá.

—Dime tan sólo si conjeturo bien. ¿Se la dejó un tío, verdad? Bueno, pues un amigo. O ha conseguido una patente maravillosa. O ha descubierto una mina. O aceite... Dímelo, Roberto.

—No debo realmente decírtelo—exclamó su hermano riendo.—Y no debo hablarte una palabra más. Eres demasiado apremiante. Siento dentro de mí una gran responsabilidad; y además tengo que hacer algunos trabajos.

—Eres muy poco complaciente—dijo Laura enojada.—Pero voy a preparar las cosas, porque me voy a Birmingham en el tren de la 1.20.

—¿A Birmingham?

—Sí; tengo que encargar una infinidad de cosas. Se ha de comprar todo. Vosotros los hombres olvidáis esos detalles. Raffles desea que la boda se celebre dentro de quince días. Claro que será muy sigilosa, pero no obstante, se necesita algo.

—¡Tan pronto!—dijo Roberto pensativo. —Bueno; quizás es mejor así.

—Mucho mejor, Roberto. ¿No sería horrible que Héctor llegara antes y tuviéramos un espectáculo? Si me encuentra ya casada ya no me importa. ¿Por qué me ha de importar? Pero, como se supone, Raffles no sabe nada de él, y sería terrible que se llegaran a ver frente a frente.

—Eso se debe evitar a todo trance.

—¡Oh! no quiero ni pensar en ello. ¡Pobre Héctor! Y sin embargo, ¿qué podía yo hacer, Roberto? Ya sabes que era el nuestro un noviazgo de niños. ¿Cómo iba yo a rechazar una oferta como la de Raffles? Era mi deber aceptar por mi familia, ¿verdad?

—Estabas en una posición difícil... dificilísima—respondió su hermano.— Pero todo irá bien, y estoy seguro de que Héctor lo comprenderá como tú. Pero... ¿Sabe Mr. Spurling algo de tu compromiso?

—Ni una palabra. Estuvo aquí ayer, y habló de Héctor; pero la verdad es que no supe qué decirle. Por licencia especial hemos de casarnos en Birmingham, de modo que en realidad no hay razón para que lo sepa. Mas ahora tengo que apresurarme porque si no perderé el tren.

Cuando su hermana se hubo marchado, Roberto subió a su estudio, y después de poner algunos colores en su paleta, permaneció algún tiempo, con el pincel y el tiento en la mano, frente a la gran tela vacía. Pero ¡cuán inútil le parecía ya su trabajo! ¿Qué objeto llevaba al hacerlo? ¿Era el de ganar dinero? El dinero podía ir a él *con sólo pedirlo*, y hasta *sin* necesidad de pedirlo. ¿Iba a producir alguna cosa bella? No; tenía defectos artísticos, Raffles se lo había dicho, y el joven comprendía que le sobraba razón. Después de todo su trabajo, la cosa podía no gustar; y con dinero podría él en todo tiempo comprar cuadros que agradaran y que fueran obras bellas. ¿Cuál era, pues, el objeto de su trabajo? No podía verle ninguno. Tiró el pincel, y encendiendo la pipa, bajó la escalera una vez más.

Su padre estaba en pie junto al fuego, y *no de muy buen humor, como lo mostraban* a las claras su enrojecido rostro y su marcado entrecejo.

—Bueno, Roberto,—empezó a decir el anciano. Supongo que, como de costumbre, habréis pasado la mañana conspirando contra vuestro padre.

—¿Qué quieres decir, papá?

—Quiero decir lo que digo. ¿Qué es sino conspirar el que tres personas—tú, y ella y ese Raffles Haw—cuchichéis y dispongáis y os reunáis sin decirme a mí ni una sola palabra? ¿Qué sé yo de vuestros proyectos?

—No puedo decirte secretos que no son míos, papá.

—A pesar de ello, quiero tener y tendré voz y voto en el asunto. Secreto o no secretos, ya veréis que Laura tiene padre, y que éste no es hombre que consienta que le den de lado. Yo puedo haber tenido mis reveses en el comercio, pero no he caído aún tanto que sea un nadie en mi propia familia. ¿Qué voy a sacar de ese espléndido matrimonio?

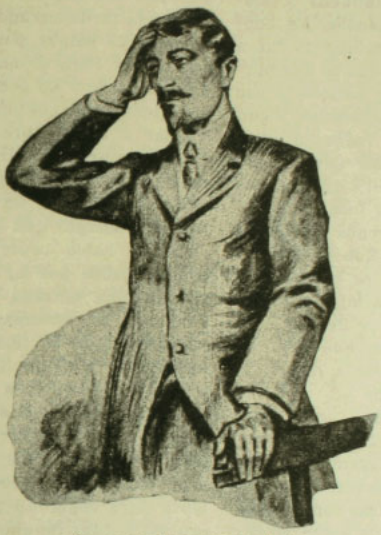
—¿Qué vas a sacar? De fijo que la felicidad y el bienestar de Laura serán bastante para ti.

—Si ese hombre estuviera verdaderamente prendado de Laura, mostraría mayor consideración al padre de Laura. Ayer precisamente, sin ir más lejos le pedí un

empréstito... me digné pedírselo en verdad.. yo, que he estado en un trís que no sea Mayor de Birmingham. Y el hombre me lo negó en redondo.

—¡Papá! ¡papá! ¿Cómo pudiste exponerte a tal humillación?

—¡Me lo negó en redondo!—exclamó excitadísimo el anciano.—Iba contra sus principios, si no te sabe mal. Pero yo me las entenderé con él... ya verás si no. Ya sé acerca de él una o dos cosas. ¿Cómo le llaman en los Tres Pichones? Un falsario... esa es la palabra. Un acuñador de moneda falsa. ¿Para qué otra cosa puede necesitar ese metal que le envían, y qué significa el humo que sale todo el día de esa gran chimenea?



No es nada protestó Haw

—¿Por qué no le dejas tranquilo, padre? — suplicó Roberto. — Parece que no sabes pensar más que en su dinero. Aunque no tuviera un penique sería un caballero buenísimo y agradable. El viejo McIntyre prorrumpió en una zafia carcajada.

—Me encanta oirte predicar—dijo.— ¡Sin un penique! ¿Crees tú que si fuera pobre le bailaríais el agua delante? ¿Crees que Laura le hubiera mirado dos veces? Tan bien como yo sabes tú que se casa con él sólo por su dinero.

Roberto lanzó un grito de desaliento. En el umbral de la puerta se hallaba en pie el alquimista, pálido y silencioso, mirando a uno y a otro alternativamente con escrutadores ojos.

—Debo pedir perdón—dijo fríamente.— No me propuse oir las palabras de ustedes. Pero no he podido remediarlo, y las he oído. En cuanto a usted, Mr. McIntyre, estoy convencido de que le hace hablar su mal corazón. No quiero que me hagan mella sus palabras. En Roberto tengo un verdadero amigo. Laura también me quiere por mí sólo. No podrá usted hacer vacilar la fe que en ellos tengo colocada. Pero con usted, Mr. McIntyre, nada tengo de común; y quizá es muy conveniente que ambos lo reconozcamos.

Saludó, y alejóse antes de que ninguno de ambos McIntyre pudiera pronunciar una palabra.

—¡Ya ves! — dijo por fin Roberto.—Ahora has hecho lo que nunca podrás deshacer.

—¡Yo me las entenderé con él! — gritó con furia el anciano, amenazando con el puño cerrado, y al través de la ventana, a la negra silueta que se alejaba a paso lento. — ¡Espera, Roberto, espera, y verás si tu viejo papacito es hombre con quien se puede jugar!

XIII

UNA AVENTURA NOCTURNA

Cuando volvió Laura, no se le dijo ni una palabra de la escena que había ocurrido en su ausencia. La joven estaba del mejor humor, y charlaba alegremente acerca de sus compras y arreglos, preguntando de vez en cuando cuándo llegaría Raffles Haw. No obstante, al llegar la noche sin haberse sabido ni una palabra de él, comenzó a ponerse inquieta.

—¿Qué puede ocurrir para que no venga?—dijo.—Es el primer día que no le veo desde nuestro compromiso.

Roberto miró hacia afuera al través de la ventana.

—Es una noche borrascosa, y llueve mucho—observó.—Yo no le espero en absoluto.

—El pobre Héctor venía aunque lloviera, nevara o hiciese buen tiempo. Pero en él se comprende, porque era marino. Nada le importaba. Espero que Raffles no estará malo.

—Estaba muy bien cuando le he visto yo esta mañana—respondió su hermano. Y quedaron ambos en silencio, en tanto que la lluvia azotaba los cristales y por fuera gemía el viento entre las ramas de los olmos.

El viejo McIntyre había permanecido sentado en un rincón la mayor parte del día, royéndose las uñas y contemplando el fuego, con expresión meditabunda y maligna en las arrugadas facciones. En contra de sus habituales costumbres no fué a la posada de la aldea, sino que se fué muy pronto a la cama sin decir palabra a sus hijos. Laura y Roberto se quedaron algún rato charlando al lado del fuego; cortando ella las mil y una cosas maravillosas que iban a hacerse cuando ella fuera señora del New Hall. Cuando su futuro marido se hallaba ausente, había menos filantropía en la charla de la joven, y Roberto no pudo menos de observar que los coches, vestidos, recepciones y viajes a lejanos países eran los tópicos a los cuales dedicaba su hermana todo el entusiasmo que al principio le había oído consagrar a los asilos y organizaciones de trabajo.

—Me parece que los alazanes son los caballos más lindos,—dijo.—Los bayos son también bonitos, pero los alazanes son más llamativos. Podremos componérnoslas con un cupé y un **landeau**, y quizás con un **dog-cart** alto para Raffles. Ahora tiene la cochera llena, pero nunca usa los coches, y estoy segura de que esos cincuenta caballos se morirían por falta de ejercicio, o se les estropearía el hígado como a los gansos de Strasburgo, si tuvieran que esperar a que él los montara o los unciese.

—Supongo que os quedaréis viviendo aquí—dijo su hermano.

—Tendremos que poner casa en Londres también, y marcharnos durante el invierno. No me gusta, como es natural, manifestar ahora ningún deseo; pero después será muy distinto. Estoy segura de que Raffles lo hará si yo se lo pido. Le sienta muy bien el decir que no quiere gracias ni honores, pero yo quisiera saber de qué sirve el ser bienhechor público si no ha de recibir uno nada en cambio. Estoy segura de que si hace tan sólo la mitad de lo que va a hacer le darán un título de Par, quizás el de Lord Tamfield; y entonces, como es natural, seré Milady Tamfield. ¿Qué dirás tú entonces, Bob?

Le hizo una cortesía majestuosa, e irguió al aire la cabeza, como el que ha nacido para llevar corona.

—Papá tendrá que recibir una pensión, —dijo después la joven.—Le daremos tanto al año con la condición de que nos deje en paz. En cuanto a ti, Roberto, no sé lo que tendremos que hacer. Te haremos Presidente de la Real Academia, si puede conseguirse con dinero.

Era ya tarde cuando dejaron de alzar sus castillos de naipes, para retirarse a sus habitaciones. Pero el cerebro de Roberto estaba excitado y no podía dormir. Los acontecimientos de aquel día bastaban para desquiciar a un hombre más fuerte que él. Habían ocurrido la revelación de por la mañana, los singulares experimentos que había presenciado en el laboratorio y el inmenso secreto que se le había confiado. Después, había ocurrido su conversación con su padre por la tarde, su disputa, y la repentina entrada de Raffles Haw. Finalmente, la conversación con su hermana había excitado su imaginación, y ahuyentado el sueño de sus párpados. En vano se revolvía y agitaba en su lecho, y en vano paseaba por su habitación. No sólo estaba despierto, sino despierto de un modo anormal, con los nervios en tensión grandísima y todos los sentidos aguzadísimos. ¿Qué haría para coger un poco el sueño? Se le ocurrió la idea de que abajo había una botella de aguardiente, y de que una copa de él podría servirle de sedativo.

Había abierto la puerta de su cuarto, cuando de pronto llegó a sus oídos el son de unos pasos lentos y furtivos en la escalera. Su luz estaba apagada; pero de una bujía movible llegaba un menguado resplandor, en tanto que una sombra negra y larga se deslizaba a lo largo de la pared.

Roberto se quedó inmóvil, escuchando atentamente. Los pasos habían llegado ya al vestíbulo, y el joven oyó un suave crujido, como si se diera vuelta a la llave en la puerta. Un instante después entró una ráfaga de viento frío, se extinguió la bujía, y un golpe seco denotó que la puerta había sido cerrada desde fuera.

Roberto se quedó atónito. ¿Quién podía ser aquel paseante nocturno? Su padre, sin duda. Pero, ¿qué propósito podía hacerle salir a las tres de la madrugada? ¡Y de una madrugada como aquella! A cada ráfaga de viento, la lluvia azotaba la venta-

pa de su cuarto como si quisiera atravesarla. Los cristales se estremecían en sus marcos, y los árboles de fuera crujían gimiendo cuando el huracán agitaba sus grandes ramas. ¿Qué objeto podía hacer salir a un hombre con aquella noche?

Apresuradamente encendió Roberto un fósforo y con él la lámpara. La habitación de su padre estaba frente a la suya, y la puerta estaba entornada. La abrió el joven y miró al interior. La estancia estaba vacía, y el lecho estaba sin deshacer. La única silla que había estaba junto a la ventana, y en ella debió de haber estado sentado su padre desde que le dejó. No había libro ni papel ni nada con que hubiera podido distraerse el anciano; tan sólo en el alféizar de la ventana se veía un suavizador de navajas de afeitar.

El presentimiento de una inminente desgracia heló el corazón de Roberto. En el día que había pasado su padre había algo de mal agüero. Pensó el joven en las meditaciones de su padre el día anterior, en su huraño rostro, en sus amargas amenazas. Sí, bajo todo ello se adivinaba algún daño. Pero quizás estaría aún a tiempo de evitarlo. Era inútil despertar a Laura, pues de nada podía servir en el caso. Apresuradamente se echó encima el traje, se arropó con el gabán, y cogiendo bastón y sombrero, salió en pos de su padre.

Cuando salió a la calle del pueblo, el viento formaba en ella un torbellino, de suerte que el joven tuvo que ponerse de lado y avanzar así contra el aire. Sin embargo, al entrar en la carretera, el huracán calmó un tanto. Las tapias de uno de los lados le resguardaban. Sin embargo, el camino estaba lleno de lodo y la lluvia caía con gran violencia. No se veía ni una alma; pero Roberto no necesitó hacer preguntas, porque sabía dónde había ido su padre, con tanta certeza como si le hubiera visto.

La puerta de hierro que daba a la Avenida estaba medio abierta, y Roberto prosiguió su camino por el enarenado paseo en medio de los goteantes pinos. ¿Cuál podía ser la intención de su padre al llegar al Hall? ¿Era sólo que deseara espiar rondando, o se proponía despertar al dueño del Hall y entrar en alguna discusión acerca de sus agravios? ¿O sería posible que algún designio más negro y siniestro se ocultara bajo la extraña conducta del anciano? Roberto pensó en el suavizador de navajas, y se estremeció de horror. ¿Qué había estado haciendo con él su padre? Apresuró el paso hasta correr, y no se detuvo hasta hallarse en la puerta del Hall.

¡Gracias a Dios! Todo estaba tranquilo allí. Colocóse el joven junto a la gran puerta y escuchó atentamente. No se oía nada *más que el viento y la lluvia*. ¿Dónde, pues, podía estar su padre? Si deseaba entrar en el Hall, no lo intentaría por una de las ventanas, porque, ¿no había estado presente cuando Raffles Haw les había mostrado las precauciones que tenía tomadas? Pero de pronto se le ocurrió una idea. Había una ventana que quedaba sin protección. Haw había tenido la imprudencia de decirlo. Era la ventana del centro del laboratorio. Si él, Roberto, lo recordaba con claridad, no era posible dudar de que su padre lo recordaría también. Allí estaba el punto de peligro.

En el momento en que llegó a la esquina del edificio vió que su sospecha había sido cierta. En el laboratorio ardía una lámpara eléctrica, y los cuadrados argentinos de tres grandes ventanas se divisaban claros y brillantes en la obscuridad. La central de ellas había sido abierta, y al fijarse en ella, vió Roberto una silueta obscura y simiesca que subía a su alféizar y desaparecía en lo interior de la estancia. Por un instante tan sólo se destacó de la brillante luz que detrás tenía, pero aquel instante bastó a Roberto para ver que era realmente su padre. De puntillas cruzó el espacio que de la ventana le separaba y miró al través de ella. Fué un espectáculo singularísimo el que se ofreció a sus ojos.

Encima de la mesa de cristal yacía una media docena de grandes lingotes de oro, que habían sido fabricados la tarde anterior, pero que aún no habían sido trasladados a la habitación del tesoro. El anciano se había arrojado sobre ellos, como el hombre que entra en posesión legal de una herencia. Estaba tendido sobre la mesa, apretando entre los brazos las barras de oro y con la mejilla oprimida contra ellas, balbuceando para sí mismo. Bajo la luz clara y brillante, en medio de las gigantescas ruedas y de las extrañas máquinas, aquella figurita obscura contraída abrazando los lingotes tenía algo que era al propio tiempo fatal y lastimoso.

Por espacio de cinco minutos o más estuvo Roberto en la obscuridad bajo la llu-

via, contemplando la extraña escena, en tanto que su padre apenas se movía, como no fuera para apretarse más contra el oro, y para golpearlo con sus escuálidas manos. Roberto no sabía aún a punto fijo lo que debía hacer, cuando se apartaron sus ojos de la figura de su padre para clavarse en algo más que le hizo exhalar un grito de asombro... grito que se perdió ahogado entre el fragor del huracán.

Raffles Haw se mantenía en pie en un ángulo de la habitación. No podía decir Roberto por dónde había entrado, pero sabía fijamente que no estaba allí la primera vez que miró hacia adentro. El químico permanecía silencioso, envuelto en una especie de bata larga y obscura, con los brazos cruzados y una amarga sonrisa en el pálido rostro. El viejo McIntyre pareció verle casi en el mismo momento, porque lanzando una blasfemia, se aferró más aún a su tesoro, mirando de soslayo al señor de la casa con ojos furtivos y traidores.

—¡Realmente ha venido a parar en esto!—dijo por fin Haw adelantando un paso.—Ahora ha caído usted ya tan bajo, Mr. McIntyre, que se ha introducido usted furtivamente y de noche en mi casa, como un bandido vulgar. Sabía usted que esa ventana no estaba protegida. Recuerdo habérselo dicho a usted. Pero no le dije qué otros medios había adoptado para que me previnieran si entraban ladrones. ¡Qué haya venido usted!... ¡¡usted!!

El viejo armero no intentó justificarse, pero balbuceó algunas palabras groseras, y continuó abrazando el tesoro.

—Amo a su hija de usted—dijo Raffles Haw—y por consideración a ello no le denunciaré. El asqueroso e infame secreto de usted está a salvo conmigo. Nadie sabrá una palabra de lo que ha sucedido esta noche.

No quiero, como podía hacerlo, despertar a mis criados y llamar a la policía. Pero debe usted abandonar mi casa sin más palabras. No tengo más que decir. Váyase usted por donde ha venido.

Dió un paso hacia adelante, y extendió la mano como para desasir las garras del anciano de los lingotes de oro. El viejo metió la mano en el pecho de su traje, y exhalando un agudo aullido de rabia se arrojó sobre el alquimista. Tan repentino y feroz fué el movimiento, que Haw no tuvo tiempo de defenderse. Una mano huesuda le oprimió la garganta, y la hoja de una navaja de afeitar centelleó al aire. Afortunadamente, al caer, el arma dió contra uno de los muchos alambres que cruzaban la habitación, y, escapándose de las manos del viejo, cayó al suelo de piedra. No obstante, aunque desarmado, McIntyre era aún peligroso. Con terrible y silenciosa energía empujó hacia atrás a Haw, hasta que, llegando a un banco, ambos cayeron sobre él, quedando el viejo encima. Tenía la mano aferrada a la garganta del alquimista, y mal le hubiera avenido a éste si Roberto no hubiera saltado por la ventana y desprendido a su padre del millonario. Con ayuda de Haw, derribó al suelo al anciano, y le ató las manos con una corbata larga. Era horrible mirarle, porque tenía el rostro convulso, con los ojos desorbitados y los labios blancos de espuma.

Haw se apoyó en la mesa de cristal, jadeante y con la mano en el costado.

—¿Usted aquí, Roberto?—balbuceó.—¿No es horrible?... ¿Cómo ha venido usted?...

—Le seguí... le oí salir...

—Me hubiera robado... Y me hubiera asesinado. Pero está loco... loco en absoluto...

No podía haber la menor duda acerca de ello.

El viejo McIntyre prorrumpió de repente en un gran estallido de risa, moviéndose de adelante atrás, y mirándoles con ojillos centelleantes y astutos. Fué clarísimo para ellos que la mente del anciano, debilitada por el largo meditar de una sola idea, se había trocado por fin en la de un monomaníaco. Su hórrida alegría sin fundamento era aún más terrible que su furia.

—¿Qué haremos con él?—preguntó Haw.—No podemos llevarlo a Elmdene. Sería un golpe terrible para Laura.

—Podemos traer doctores para que certifiquen por la mañana. ¿No podemos guardarle aquí hasta entonces? Si nos lo llevamos, alguien nos verá, y habrá un escándalo.

—Ya lo sé. Le llevaremos a una de las habitaciones acolchadas, donde ni se podrá hacer daño él, ni se lo hará a nadie. Yo también estoy algo trastornado, pero ya me siento mejor. Cójalo usted de un brazo, y yo lo cogeré del otro.

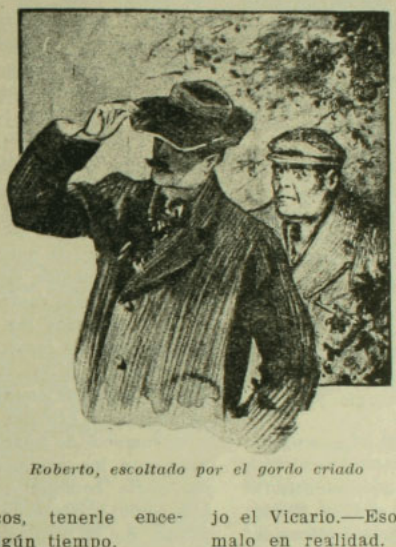
Medio llevándole y arrastrándole a medias, consiguieron por fin llevarse al viejo armero del teatro del desastre, y colocarle para que pasara la noche en lugar seguro.

A las cinco de la mañana, partía Roberto en una calesa para hacer los preparativos médicos que el caso requería, en tanto que Raffles Haw recorría a grandes pasos su casa-palacio con el rostro turbado y el alma triste.

XIV

LA CAIDA DE LA VENDA

Quizá Laura no consideró como una completa desgracia la desaparición de su padre. Nada se le dijo respecto al modo cómo había sido cogido el anciano; pero Roberto le dijo durante el almuerzo que había creído mejor, por consejo de los médicos, tenerle encerrado por espacio de algún tiempo.



Roberto, escoltado por el gordo criado

Con demasiada frecuencia había observado la joven la creciente extravagancia de la conducta de su padre, para que el anuncio de su encierro fuera una gran sorpresa. Es lo cierto que no le disminuyó el apetito ni para el café ni para los huevos, ni la impidió que charlara bastante con respecto a su cercano matrimonio.

Pero por lo que hace a Raffles Haw, el caso era muy distinto. El incidente le había estremecido hasta lo más hondo del alma. Muchas veces había llegado a temer que su dinero hiciera daño indirecto, pero ya, en el caso presente, era el crimen y la locura lo que se alzaba ante sus ojos por la influencia de su fortuna. En vano procuró ahogar sus sentimientos y persuadirse de que el acceso del viejo McIntyre era algo que había venido por sí mismo... algo que no tenía relación con él ni con su riqueza. Recordaba al hombre tal como le había visto la vez primera, gárrulo, tonto, pero sin vicios evidentes. Recordaba el cambio que, semana tras semana, se había ido operando en él; sus voraces ojos, sus furtivos modales, sus reticencias e indirectas, que habían acabado por una demanda explícita de dinero el día anterior. Era también cierto que existía una cadena de acontecimientos que terminaba directamente en el encuentro terrible del laboratorio. Su dinero había lanzado una maldición allí donde él esperaba sembrar beneficios.

Mr. Spurling, El Vicario, subió al Hall poco después del almuerzo, pues había llegado a sus oídos algún rumor de daños. Agradó a Haw el hablar con él, pues los modales afables del anciano clérigo formaban gran contraste y servían de correctivo a su propio humor sombrío y ensimismado.

—¡Tut, tut!—dijo el Vicario.—Eso es muy malo... muy malo en realidad. La mente desquiciada dice usted, y sin esperanzas de que la recobre... ¡Dios mío! He podido observar en él un gran cambio durante las pocas semanas últimas. Parecía que tuviera siempre una idea fija... ¿Y cómo está Mr. Roberto McIntyre?

—Está muy bien, conmigo se hallaba esta mañana cuando su padre tuvo el ataque.

—¡Ah! En ese joven también he visto un cambio. Perdóneme usted, Mr Raffles Haw, si me permito decirle a usted unas palabras serias para aconsejarle. Aparte de mi espiritual misterio, tengo la edad suficiente para poder ser padre de usted. Es usted muy rico, y ha empleado usted sus riquezas noblemente... sí; muy noblemente, caballero. No creo que haya ni un hombre entre mil, que lo hubiera hecho tan bien. Pero, ¿no piensa usted a veces que su riqueza ejerce un influjo pernicioso sobre los que le rodean?

—A veces he llegado a temerlo.

—Dejemos a un lado al viejo McIntyre. No sería justo, quizás, mencionarle a él al hablar de esto. Pero ahí tiene usted a Roberto, que solía demostrar interés grandísimo por su profesión. ¡Era tan aficionado al arte! Cuando tropezaba usted con él, las primeras palabras que decía solían ser alguna referencia a sus proyectos o a los progresos que iba haciendo en su último cuadro. Era ambicioso, emprendedor, y confiaba en sí mismo. Ahora no hace nada. Sé de buena tinta que hace dos meses no da una pincelada. Se ha convertido de trabajador en holgazán, y... lo que es peor, me temo que en parásito. ¿Me perdona usted que le hable con tanta claridad?

No contestó palabra Raffles Haw, pero cruzó las manos con ademán de pesar.

—Además, también hay algo que hablar con respecto a la gente del pueblo—dijo el Vicario.—La bondad de usted ha sido, quizás, un poco descuidada en este punto. Ya no parecen ser ni tan trabajadores ni tan animosos como antes. Allí está el viejo Blaxton, el techo de cuyo establo fué volado por el viento el otro día. Antes era un hombre lleno de energía y de recursos.

Pero ahora se ha sentado a escribir cartas desesperado, porque sabía que el caso llegaría a oídos de usted y que usted le favorecería. Ahí está también el viejo Ellary. Siempre ha sido pobre, estamos conformes; pero por lo menos, antes hacía algo, y se libraba de la miseria y del mal. Pero ahora no quiere hacer nada, y se pasa el día fumando y escandalizando, de la mañana a la noche. Y lo peor de todo es que no sólo daña a los que han sido por usted auxiliados, sino que solivianta a los que no lo han sido. Todos tienen la ofendida creencia de que otras personas alcanzan lo que tienen ellos igual derecho a obtener. Y la cosa ha llegado a tal extremo, que he creído deber mío el venir a hablar con usted respecto a ella. Es para mí un caso novísimo. Muchas veces he tenido que reprender a mis feligreses por ser poco caritativos, pero es muy extraño encontrar uno que lo es demasiado. Es una noble equivocación.

—Le doy a usted un millón de gracias por habérmelo hecho comprender—respondió Rafles Haw, estrechando la mano del anciano sacerdote.—Meditaré bien mi conducta para lo sucesivo.

Conservó el rostro rígido e inmóvil hasta que se hubo ido su visitante, y después, retirándose a su cuartito, se arrojó sobre el lecho y rompió a sollozar con el rostro hundido en la almohada. De todos los hombres de Inglaterra, él, el más rico, era entonces más desgraciado. ¿Cómo podría emplear aquel gran poder que tenía en las manos? Todos los beneficios que se hab. propuesto hacer, se convertían en otras tantas maldiciones. Su intención era inmejorable, y sin embargo los resultados no podían ser más terribles. Era como si tuviese el cerebro lleno de lepra, que contaminara cuanto estaba expuesto a su influencia. Su caridad, tan bien intencionada, y prodigada con tanto cuidado, había envenenado todo el distrito rural. Y si en las cosas pequeñas sus resultados eran tan dañinos, ¿cómo podía él asegurar que serían mejores en los vastísimos proyectos que había forjado? Si no podía pagar las deudas de un sencillo labrador sin perturbar las grandes leyes causa y efecto que forman la base de todas las cosas, ¿cómo iba a esperar mejores resultados si llegaba a llenar el tesoro de las naciones, a intervenir en las complejas condiciones del comercio, o a socorrer a grandes masas de población? Se estremeció de horror al considerar confusamente los grandes problemas, en los que podía cometer errores de imposible reparación a pesar de todo su dinero. El camino de la Providencia era el camino recto. Y no obstante, él, criatura medio ciega, quería intervenir para alterarlo y, corregirlo. ¿Sería realmente bienhechor? ¿No resultaría tal vez que era el malhechor más grande que se ha visto en el mundo?

Pero pronto se quedó más apaciguado y tranquilo, y levantóse y se bañó el enrojecido rostro y la frente febril. Después de todo, ¿no había un campo en el cual todos convenían en que el dinero podía ser bien gastado? No eran los caminos de la Naturaleza, sino los del hombre los que él alteraría. No era la Providencia la que había ordenado que la gente viviese medio muerta de hambre, y apiñada en insalubres guaridas. Esto era el resultado de condiciones artificiales, y se le podía muy bien poner remedio por artificiales procedimientos. ¿Por qué no habían de tener buen éxito sus planes después de todo, y, mejorar el mundo por su descubrimiento? Además, tampoco era verdad que él arrojara una maldición sobre todos aquellos con quienes

se ponía en contacto. Estaba Laura; ¿quién sabía de él más que ella? Y sin embargo. ¡cuán buena y dulce y leal se mostraba! Ella, por lo menos, nada había perdido al conocerle. Iría a verla. El oír su voz le prestaría consuelos así como el volverse a ella en busca de palabras de simpatía en aquellos momentos de obscuridad.

Había cesado la tormenta, pero soplaba un dulce viento, y la fragancia de la próxima primavera embalsamaba el ambiente. Raffles aspiró el aromático perfume de los pinos al descender por el tortuoso paseo. Ante su vista se extendía el vasto panorama campestre, cubierto de granjas y de casitas rojas sobre cuyos pizarrosos techos y relucientes ventanas caía al soslayo el sol matinal. El corazón del millonario se afligía por todas aquellas gentes y sus múltiples disgustos, sus pequeñas y sórdidas miserias, por sus anhelos y esperanzas, y por sus mil torturadores cuidados. ¿Cómo podría remediarlos? ¿Cómo se las compondría para aliviarles de su carga, sin por ello estropear sus vidas? Cuanto más lo pensaba, más claro veía que todo refinamiento produce pesar, y que la vida que no procura el perfeccionamiento, es vida sin objetivo.

Sola estaba Laura en el saloncito de Elmdene, porque Roberto había salido para dar los últimos pasos referentes a la desgracia de su padre. Se puso en pie al entrar su novio, y corrió hacia él para saludarle, con hermoso gesto infantil.

—¡Oh, Raffles!—exclamó.—Ya sabía yo que vendrías. ¿No es horrible lo de papá?

—No temas, querida mía,—respondió él con dulzura.—Quizás no será tan grave al fin y al cabo.

—Todo ocurrió cuando yo estaba aún durmiendo. No supe nada de ello hasta la hora de almorzar. Deben de haber subido al Hall muy temprano.

—Sí, efectivamente; muy temprano han subido.

—Pero, ¿qué te pasa, Raffles?—exclamó Laura mirándole al rostro.—¡Pareces tan triste y, afligido!

—He estado un poquitín con la negra. El caso es, Laura, que he tenido una conversación muy larga con Mr. Spurling esta mañana.

La joven se estremeció y se puso pálida hasta los labios. ¡Una conversación muy larga con Mr. Spurling! ¿Habría quizá descubierto su secreto?

—¿Y bien?—balbuceó.

—Me ha dicho que mi caridad ha producido más mal que bien; y es lo cierto que he ejercido muy dañoso influjo sobre todos aquellos a quienes me he acercado. Me lo dijo de un modo delicadísimo, pero eso fué realmente lo que me dió a entender.

—¡Oh! ¿Y eso es todo?—dijo Laura con gran suspiro de alivio.—No hagas caso de lo que diga Mr. Spurling. ¡Eso es un absurdo completo! Todo el mundo sabe que hay por estos alrededores muchas docenas de hombre que hubieran quedado arruinados y arrojados de sus casas si no les hubieras tú protegido. ¿Cómo pueden haberse vuelto peores por haberte conocido a ti? ¡Me admira que Mr. Spurling diga tales disparates!

—¿Cómo va el cuadro de Roberto?

—¡Oh! Le ha entrado una época de gandulería. No lo ha tocado desde hace mucho tiempo. ¿Todavía tiene usted un pliegue en la frente? ¡Bórrelo usted, caballero!

Le alisó la frente con su blanca manecita.

—Vaya, al fin y al cabo, no creo que todos se hayan vuelto malos,—dijo Raffles mirándola.—Un sér por lo menos, está por encima de toda mancha; un sér que es bueno, puro y leal, y que me querría lo mismo si yo fuera pobre empleado que tuviera que luchar por la vida. Esa eres tú, ¿verdad, Laura?

—¡Qué tonto eres, muchacho! Claro que sí.

—Y sin embargo, ¡qué extraño es que sea así! ¡Que tú, que eres la única mujer a quien he amado en mi vida, seas también la única en quien he despertado un sentimiento ajeno al interés y al egoísmo! Yo me pregunto si no te habrá enviado la Providencia sin más objeto que el de fortalecer mi confianza en el mundo. ¡Qué infecundo sería el universo si no fuera por el amor de una mujer! Cuando esta mañana parecía todo negro a mi alrededor, te aseguro, Laura, que me volví hacia ti y tu cariño, como la única cosa en que podía confiar sobre la tierra. Todo lo demás parecía inestable, vacilante, influído por ésta o la otra consideración rastrera. En ti, y en ti sola puedo confiar.

—¡Y yo en ti, Raffles mío! No he sabido lo que era amor hasta que te he conocido.

Dió un paso hacia él, con las manos extendidas, y con el amor reflejado en el rostro, cuando Raffles vió que desaparecía el color de sus facciones y que se pintaba un terror horroroso en sus ojos. Su blanco y rígido rostro se volvía hacia la puerta abierta, en tanto que él, que en parte estaba de espaldas a ella, no podía ver qué era lo que la conmovía.

—¡Héctor!—tartamudeó con los labios secos.

Oyéronse rápidos pasos en el vestíbulo, y un joven delgado y de atezado rostro penetró en la habitación, y levantó a Laura en brazos como si fuera una pluma.

—¡Alma mía!—dijo.—¡Ya sabía que te sorprendería! He venido derechito desde Plymouth en el tren de la noche. Tengo licencia larga, y, tiempo suficiente para casarme. ¿No te entusiasma, querida Laura?

Dió una vuelta en redondo con ella en brazos, lleno de exuberante júbilo. Sin embargo, al volverse, se fijaron de pronto sus ojos en el pálido y silencioso desconocido que estaba junto a la puerta. Héctor se puso encendidísimo, e hizo un desmañado saludo de marinero, quedándose con la fría e insensible mano de Laura entre las suyas.

—Mil perdones, caballero—dijo.—No le había visto. Perdone usted que haya incurrido en esa tontería, pero si hubiera usted servido, sabría usted lo que cuesta el desprenderse de los modales de sobre cubierta para ser hombre de soltura. Miss McIntyre podrá decir a usted que nos conocemos desde niños, y, como vamos a casarnos dentro de un mes a lo sumo, nos entendemos divinamente.

Raffles Haw permanecía aún helado e inmóvil. Estaba anonadado, aterrado por lo que veía y oía. Laura se separó de Héctor y trató de soltar la mano de las del joven.

—¿No recibiste mi carta de Gibraltar?—preguntó.

—No he ido a Gibraltar. En Madeira recibimos orden por telégrafo de regresar a Inglaterra. Esos fulanos del Almirantazgo no tienen dos horas seguidas la misma idea. Pero, ¿qué importa la carta, Laura, desde el momento en que te veo y puedo hablar contigo? No me has presentado aún a ese señor amigo tuyo.

—Una palabra, caballero, exclamó Raffles Haw con temblorosa voz.—¿Le he comprendido a usted bien? Permítame que me asegure de que no estoy padeciendo una equivocación. ¿Dice usted que está comprometido para casarse con Miss McIntyre?

—Claro que sí. He vuelto ahora mismo, después de una travesía de cuatro meses, y voy a casarme antes de volver a levar anclas.

—¡Cuatro meses!—balbuceó Haw.—¡Oh! hace precisamente cuatro meses que vine yo aquí. La última pregunta, caballero ¿Sabía Roberto McIntyre el compromiso de usted?

—¿Si Bob lo sabía? Naturalmente. A su cuidado dejé yo a Laura al partir, ¿qué significa todo esto? ¿Qué te pasa, Laura? ¿Por qué estás tan pálida y callada? Y... ¡hola! ¡Arriba, caballero! ¡Este hombre se desmaya!

—¡Está muy bien!—jadeó Haw, apoyándose en el quicio de la puerta.

Estaba tan blanco como el papel, y se oprimía con la mano el costado, como si le hubiera atacado un dolor repentino. Por un momento se tambaleó como un herido, y después, lanzando un grito horrible, dió media vuelta y salió huyendo por la puerta abierta.

—¡Pobre diablo!—dijo Héctor siguiéndole con la vista y lleno de asombro.—¡Parece que le ha dado fuerte! Pero, ¿qué quiere decir todo esto, Laura?

Su rostro se había ensombrecido, y sus labios se quedaron cerrados.

Laura no había dicho una palabra, sino que había permanecido con el rostro inmóvil como el de una careta, mirando fijamente a un punto delante de ella. De pronto se separó de él, y arrojándose sobre el sofá, con el rostro hundido en los almohadones, rompió en un ataque de sollozos.

—Esto significa que me has perdido—exclamó.—Que me has perdido... perdido... ¡perdido! ¿No podías habernos dejado tranquilos? ¿Por qué has venido en el último momento? ¡Pocos días más tarde, y estábamos salvados! ¡Y no haber recibido mi carta!

—¿Qué decía, pues, tu carta?—preguntó Héctor fríamente, y mirándola con los brazos cruzados.

—Decía que te dejaba en libertad. Amo a Raffles Haw, e iba a ser su esposa. Y ahora todo ha concluído. ¡Oh, Héctor, te odio, y te odiaré mientras viva, porque te

has puesto entre mí y la única ocasión afortunada que se me ha ofrecido! ¡Déjame sola! ¡Espero que no volverás a cruzar nuestras puertas!

—¿Es esa tu última palabra, Laura?

—La última que te diré en mi vida.

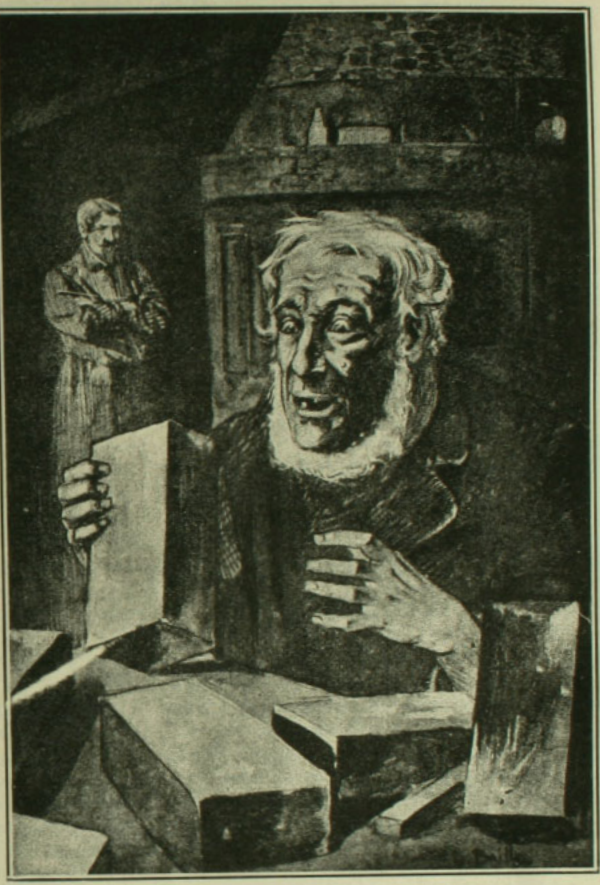
—Entonces, adiós. Veré a papá, y regresaré a Plymouth.

Esperó un instante, aguardando una respuesta, y después salió tristemente de la estancia.

XV

EL MAYOR SECRETO

Estaba muy avanzada la noche cuando sonaron apresurados golpes en la puerta de Elmdene. Laura había estado todo el día en su habitación, y Roberto estaba de mal humor fumando su pipa junto al fuego, cuando aquellos recios y repentinos golpes le substrajeron a sus pensamientos. En el pórtico esta Jones, el fornido mayordomo del Hall, sin sombrero, amedrentado y con la cabeza cubierta por las gotas de lluvia que relucían a la luz de la lámpara.



El viejo se había precipitado sobre los lingotes de oro

—Mr. McIntyre, caballero, ¿quiere usted hacer el favor de subir al Hall?—exclamó. Estamos todos asustados, señor, por nuestro amo.

Roberto cogió su sombrero, y salió a toda prisa; el asustado mayordomo trotaba jadeante a su lado. Había sido día de excitación y de desastre. El joven artista sentía la mente entenebrecida y la sombra de algún peligro parecía haber caído sobre su alma.

—Pero, ¿qué le pasa a tu amo?—preguntó acortando el paso.

—No sabemos, señor; pero no nos responde cuando llamamos a la puerta del laboratorio. Y sin embargo está en él, porque se ha encerrado por dentro. Nos ha asustado a todos su conducta durante el día.

—¿Su conducta?

—Sí, señor, porque ha vuelto esta mañana como un loco, hablando solo, y con los ojos tan terriblemente abiertos, que era un dolor mirar al pobre caballero. Después estuvo paseando mucho rato por los corredores, y no quiso siquiera probar el almuerzo; se metió en el Museo, cogió todas sus joyas y cosas, y se las llevó al laboratorio. No sabemos lo que ha hecho desde entonces, señor, pero el horno no ha cesado de funcionar y la chimenea ha

vomitado humo como la de una fábrica de Birmingham. Al llegar la noche hemos podido ver su silueta destacándose de la luz, trabajando y agobiada como la de un poseído. No ha querido comida, sino trabajo, trabajo y trabajo. Ahora todo está tranquilo, y el horno apagado; ya no sale humo; pero no podemos obtener respuesta, de modo que estamos asustadísimos, y Miller ha ido por la policía, y yo he venido por usted.

Llegaron al Hall, cuando el mayordomo terminaba sus explicaciones; junto a la puerta exterior del laboratorio estaba la pequeña legión de lacayos y palafreneros, en tanto que el policía de la aldea que acababa de llegar, aplicaba el ojo a la cerradura tratando de ver al través de ella.

La llave está medio vuelta,—dijo;—no puedo ver nada más que la luz.

—Aquí está Mr. McIntyre,—exclamaron seis u ocho voces al presentarse Roberto.

—Tendremos que derribar la puerta, caballero—dijo el policía;—no podemos obtener ninguna clase de respuesta y algo grave debe ocurrir.

Dos y tres veces empujaron con sus unidas fuerzas la cerrada puerta hasta que por último saltó la cerradura y penetraron atropelladamente en un angosto corredor. La puerta interior estaba entornada franqueándoles la entrada al laboratorio.

En el centro se veía un montón enorme de grisáceas cenizas, que se elevaba hasta más de la mitad de la estancia. Junto a él había otro montón más pequeño de cierto polvo muy brillante; en el cual se quebraban refulgentes los rayos de la luz eléctrica. Alrededor se veía un confuso caos de frascos rotos, de destrozadas botellas, de rota maquinaria y retorcidos alambres, todo hecho añicos. Y allí, en medio de aquella universal ruina, reclinado en su butaca con las manos cruzadas sobre el pecho y con la actitud tranquila del que descansa después de un trabajo duro felizmente terminado, estaba Raffles Haw, el señor de la casa y el hombre más rico de la humanidad, con el rostro cubierto por la palidez de la muerte. Tan natural estaba, y con tan serena expresión en las facciones, que hasta que le hubieron levantado y tocaron sus fríos y rígidos miembros, no pudieron comprender que efectivamente había muerto.

Lenta y reverentemente le transportaron a su habitación, porque era amado por cuantos le habían servido. Sólo Roberto se quedó con el policía en el laboratorio. Como en sueños recorría la habitación maravillándose ante aquella destrucción completa. Un gran martillo de gruesa cabeza yacía en el suelo, y de él sin duda se había servido Haw para destruir todos sus aparatos después de haber empleado sus máquinas eléctricas para reducir a protilo toda la provisión de oro que había acumulado. El cuarto del tesoro que tanto había deslumbrado a Roberto, sólo mostraba ya cuatro paredes desnudas, en tanto que el reluciente polvo del suelo proclamaba el destino de aquella magnífica colección de gemas que por sí sola valía la fortuna de un rey. De toda la maquinaria no quedaba intacta ni una sola pieza y hasta la mesa de cristal estaba partida en tres pedazos. Enormísimo debió de ser el trabajo que Raffles Haw había llevado a cabo aquel día. Y de repente pensó Roberto en el secreto que había atesorado en la cajita contenida en el arca de hierro. El secreto había de decirle el último eslabón esencial que completaría su conocimiento de la invención. ¿Estaba aún allí? Temblando de pies a cabeza abrió la gran arca, y sacó de ella la caja de marfil. Estaba cerrada, pero tenía puesta la llave; le dió la vuelta y abrió la caja. En su interior había un pliego de papel blanco en el cual estaba escrito su propio nombre. Roberto lo desdobló con mano febril. ¿Era el heredero de las riquezas de Eldorado o estaba destinado a ser un pobre artista luchador? El billete estaba fechado aquella misma tarde y decía de esta suerte:

"Mi querido Roberto: Mi secreto no volverá a ser empleado. No puedo decirte hasta qué punto doy gracias al cielo por no habérselo confiado a usted completamente, porque hubiera dejado una herencia de infortunio, tanto a usted como a los demás. En cuanto a mí, apenas he tenido un momento de felicidad desde que lo descubrí. Hubiera podido soportarlo de tener la convicción de que estaba haciendo bien; pero ¡ay! el único efecto de mis tentativas ha sido convertir en holgazanes a los trabajadores, a los hombres estudiosos en insaciables parásitos, y lo que es peor de todo, a mujeres leales y puras en engañosas e hipócritas. Si estos han sido los efectos en pequeña escala, no podría esperar nada mejor al poner por obra los planes que tan a menudo hemos discutido,

"Los proyectos de mi vida se han convertido en humo. No volverá usted a verme.

"Volveré a la vida de estudiante de donde he salido. En ella por lo menos, si puedo hacer poco bien no puedo hacer daño. Es mi voluntad que cuanto queda de valor en el Hall sea vendido y su producto distribuído entre todos los asilos caritativos de Birmingham. Si me encuentro bien partiré esta noche, pero he estado muy abatido todo el día por un incesante dolor en el costado. Parece que las riquezas son tan malas para la salud, como para la tranquilidad de espíritu. Adiós, Roberto; ojalá no tenga usted nunca el alma tan triste como yo la tengo esta noche. Suyo afectísimo, **Raffles Haw**".

—¿Ha sido suicidio, señor? ¿Ha sido suicidio?—preguntó la policía cuando Roberto se guardó la carta en el bolsillo.

—No,—respondió el joven,—creo que ha sido el corazón destrozado. . . . . .

. . . . . .

De esta suerte fueron desmanteladas las maravillas del New Hall, esculturas y oro, libros y cuadros; y más de un hombre y mujer luchadores, que no habían oído hablar de Raffles Haw toda su vida, tuvieron motivos para bendecirle después de su muerte. La casa ha sido comprada por una compañía que la ha convertido en establecimiento hidropático; y de cuantas personas la frecuentan en busca de salud o de reposo, pocas son las que conocen la extraña historia relacionada con ella.

La maldición que arrojó en torno la riqueza de Haw, pareció durar aún después de su muerte. El viejo McIntyre rabia aún en el manicomio del condado, y atesora pedazos viejos de madera y de metal con la creencia de que son lingotes de oro. Roberto McIntyre es un hombre malhumorado e irritable, porque persigue siempre una idea que sin cesar se le escapa. Ha olvidado su arte, y gasta toda su pequeña renta en experimentos químicos y eléctricos, con los cuales trata en vano de volver a descubrir el eslabón oculto. Con él vive su hermana, mujer silenciosa y pensativa, bella aún y majestuosa, pero de espíritu amargo y descontentadizo. No obstante, últimamente se ha dedicado a la caridad, y ha sido de tanta ayuda al sucesor en el curato de Mr. Spurling, que se cree que quizá él asegurará para siempre la ayuda de ella. Este rumor corre por el pueblo, y en lugares pequeños raras veces se equivocan tales chismes. Héctor Spurling está aún al servicio de S. M. y parece inclinado a seguir el prudente consejo de su padre, no pensando en casarse hasta no llegar a comandante. Es muy posible que, todos los que estuvieron expuestos al hechizo de Raffles Haw, sea él el único que ha tenido ocasión de decirlo.

FIN

PODEROSO ACELERADOR DE LA NUTRICION GENERAL

TRATAMIENTO DE LA

TUBERCULOSIS y de las

ENFERMEDADES CONSUNTIVAS

HISTOGÉNOL

►NALINE◄

Medicación con base

Arsenio-Fosforada orgánica de Nuclarrina

EXPERIMENTADA con éxito en los HOSPITALES DE PARIS

Comunicados en { la ACADEMIA DE CIENCIAS
la SOCIEDAD DE BIOLOGIA
la SOCIEDAD DE TERAPEUTICA

FORMAS:

Emulsión, Elixir granulado: 2 cucharadas soperas al dia

Ampollas: Inyectar una ampolla cada dia

DE VENTA EN TODAS LAS DROGUERIAS Y FARMACIAS

Unicos Concesionarios para Chile:

ALEX ARDITI & Cía.

Casilla número 78-D

Agustinas 814, Santiago

Abril
1915

PACIFICO MAGAZINE

Precio:
UN PESO

MUERTA, (de A. Kampf).

Esta tela maravillosa del pintor Kampf, produjo una emoción profunda al ser conocida en los cenáculos artísticos de Europa. Es todo un poema de honda amargura: mientras en el cuarto interior se ha colocado a la muerta en su ataúd, afuera se produce la escena desgarradora que el pintor ha evocado patéticamente.

Reparad en esa figura que apoyada contra el muro llora amargamente: se diría que la sentimos sollozar. Ved el dolor del padre, que traspone el umbral: su rostro es una máscara en la que se reflejan todas las angustias. Y ved, también, los parientes que aguardan con sus coronas; confusos, hondamente impresionados; se les siente sufrir

EN CHILE HAY 4.000,000 HABITANTES

SE CALCULA QUE SOLO 50,000 de estos habit...tes podrían gastar $ 100 en un objeto de lujo

Si Ud. tiene algo que vender y desea alcanzar la atención de la clase pudiente, le damos datos de su interés:

PACIFICO MAGAZINE es la única revista de interés general, editada en la República, que se venda a $ 1.

LECTORES PUDIENTES

PACIFICO MAGAZINE no registra en su lectura temas sensacionales. Sus páginas son sanas e interesan sólo al que tiene una educación más que regular.

LECTORES INTELIGENTES

PACIFICO MAGAZINE es EXIGIDO por el interés que encierran sus páginas y es leído con atención de tapa a tapa.

LECTORES QUE EXIGEN LO MEJOR

USTED PUEDE encontrar lectores pudientes, pero no siempre inteligentes. Para clientes que reunan estas cualidades y que EXIGEN LO MEJOR, avise Ud. en PACIFICO MAGAZINE.

Para protección del avisador y del lector, PACIFICO MAGAZINE rehusa todo aviso que pueda considerarse inconveniente.

SI UD. TIENE ALGO QUE VENDER, tome datos de nuestra CIRCULACION y TARIFA.

CALIDAD y CANTIDAD

PACIFICO MAGAZINE

DESPUES DE LA TRILLA

PACIFICO MAGAZINE

Que ayer | VOL. V.—Santiago de Chile, abril de 1915.—NUM 28. | — Que mañana

¿Quién será el candidato?..

Todo el país está con los ojos puestos en el problema presidencial que se acerca cotidianamente: muchas son las combinaciones políticas de que se habla y muchos los hombres en quienes se piensa; sin embargo, hasta el momento presente nada claro se advierte en el horizonte político. Actualmente se dan todos los pasos necesarios para una futura convención de todos los partidos, y ya se han fijado también las fechas en que se verificarán las convenciones aliancista y coalicionista: sin embargo, y a pesar de todo, el problema del o de los candidatos presidenciales es en la actualidad tan obscuro como en el primer día.

"Pacífico Magazine" ha deseado dar a sus lectores esta galería de seis prestigiosos políticos cuyos nombres están actualmente en todas las bocas y de entre quienes se piensa ha de salir el futuro Presidente de la República.

El próximo mes de mayo reserva tal vez grandes sorpresas en ambos campos: de la Alianza y de la Coalición. ¿Acaso el candidato a la Presidencia saldrá de una convención amplia, como Marte de la imaginación del dios olímpico? Muchas entrevistas, visitas, combinaciones y gestiones se verifican cotidianamente sin mayores resultados que los de enredar la madeja política. El resultado de tres meses de misteriosos conciliábulos y arreglos y el resultado también de las elecciones de Senadores, Diputados y Municipales nada arrojó de claro hasta el público: todo sigue como antes y aún peor. No cabe pues otra posibilidad que la de suponer: ¿habremos caído en un yerro al estampar las fotografías de los seis políticos que van a continuación? El tiempo nos lo dirá y en el próximo número de "Pacífico Magazine" podremos verificar el resultado de nuestras anticipaciones.

⚜ ⚜

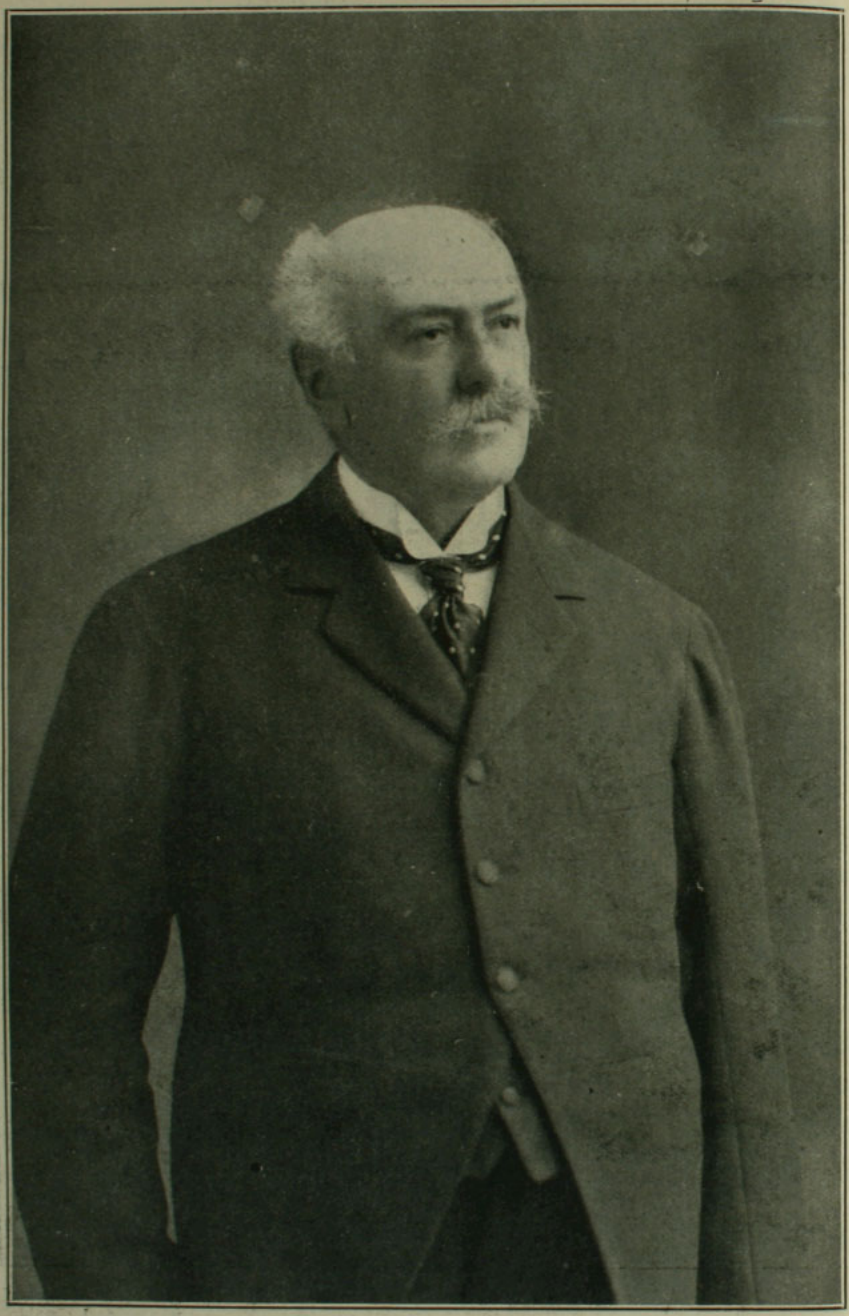
DON ISMAEL VALDES VALDES

Actual senador por Santiago

DON FERNANDO LAZCANO

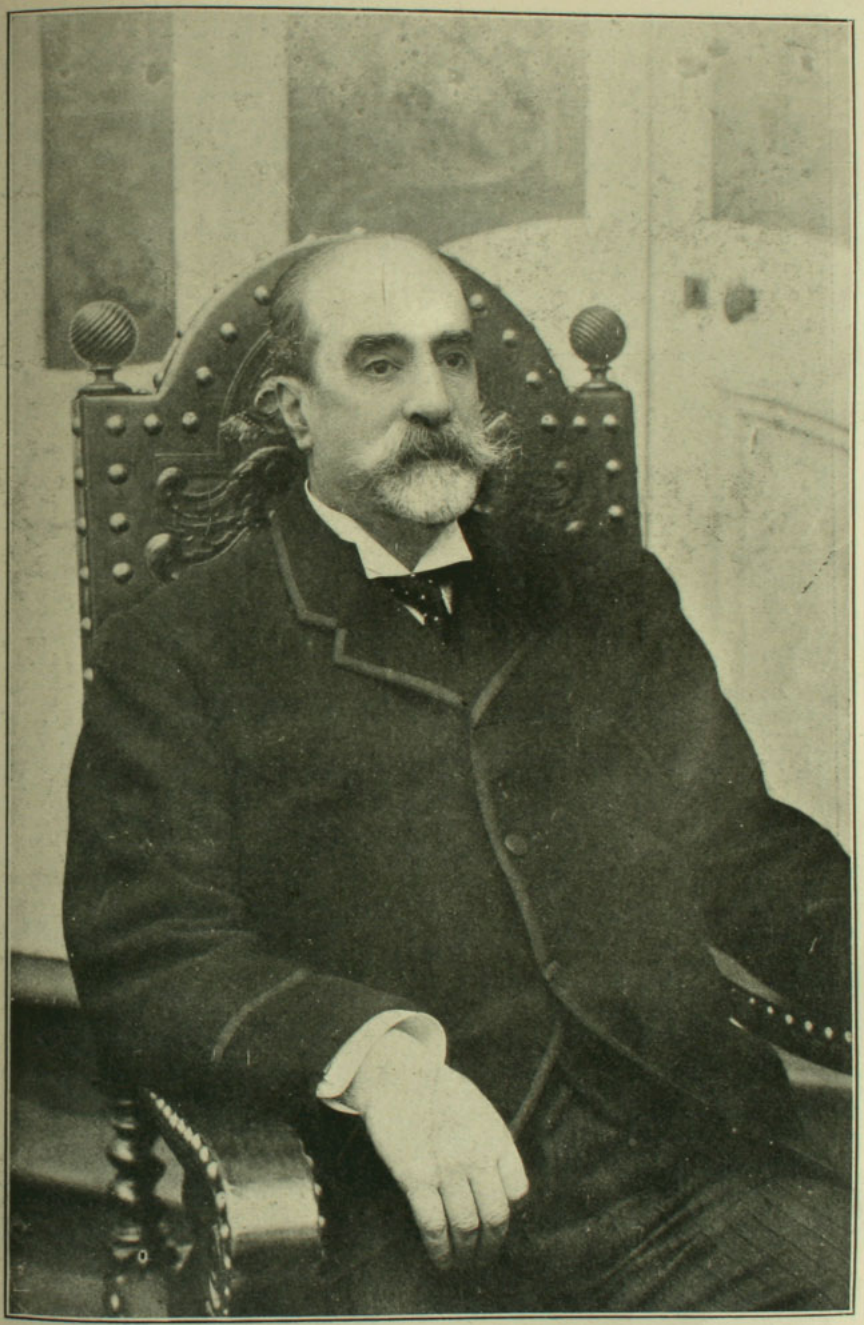
Actual senador por Curicó

DON JUAN LUIS SANFUENTES



Actual senador por Concepción

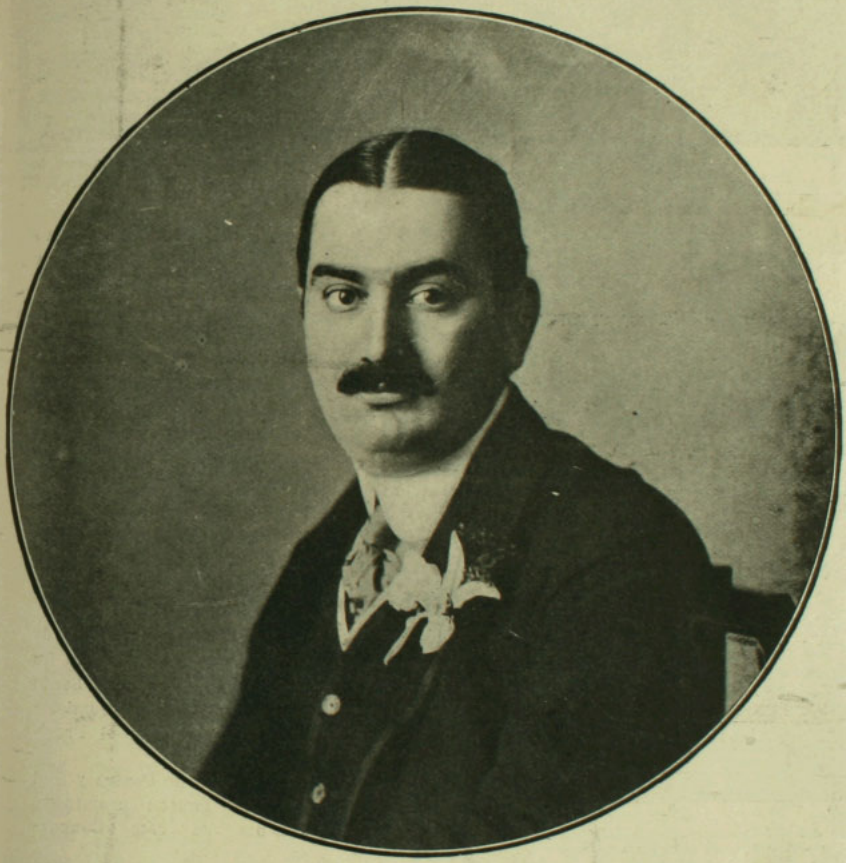
DON ISMAEL TOCORNAL



Actual senador por Ñuble

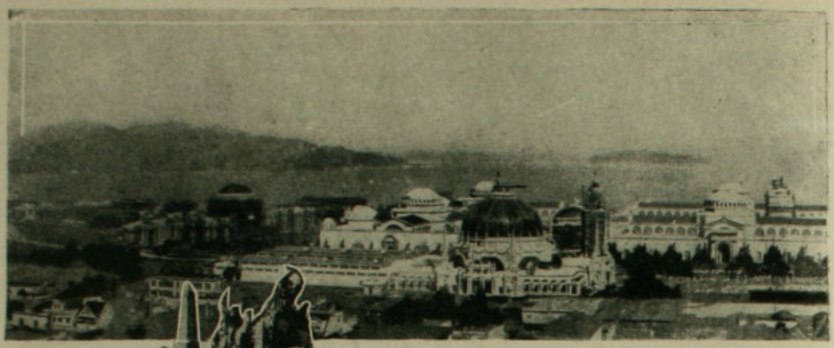
DON EMILIO BELLO CODECIDO

DON AGUSTIN EDWARDS



Actual Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Chile ante el Gobierno de S. M. Británica.

LA EXPOSICION DE



Vista general de la Exposición, con la

Arco del Sol Poniente, Patio del Universo, una de las bellezas arquitectónicas de la exposición Panamá-Pacífico

Para celebrar la construcción y apertura del Canal de Panamá—la obra más grandiosa, quizás, que se haya llevado a término en este siglo—los Estados Unidos invitaron a todas las naciones del mundo para que tomen parte en la Exposición Internacional de San Francisco de California, la cual abrió sus puertas el 20 de febrero de 1915, y las cerrará el 4 de diciembre.

Es esta la tercera Exposición de tal clase que se celebra en Estados Unidos y la décima-segunda de las que se han verificado en el mundo.

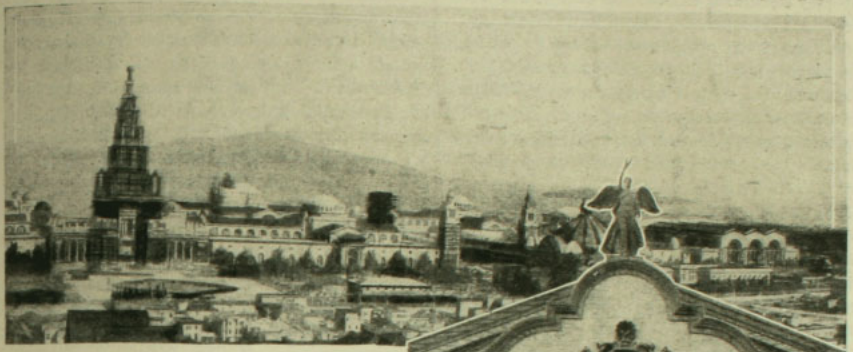
Todas las naciones importantes del mundo, inclusive las que están comprometidas en la guerra europea, tienen allí un pabellón para sus exposiciones.

Los objetos y productos de aquel continente que a tal fin se destinan, llegaron a bordo del buque "Jason", comisionado para ello por el Presidente Wilson.

Los países de Centro y Sud América, figuran prominentemente en este Concurso.

La Exposición de San Francisco representa, aproximadamente, un gasto de 52 millones de pesos. Los Gobiernos extranjeros han construído allí más de treinta edificios. A diferencia de lo acaecido con las Exposiciones de San Luis y Chicago, el Gobierno no contribuyó para ésta ni con un solo centavo. Chicago necesitó un préstamo oficial

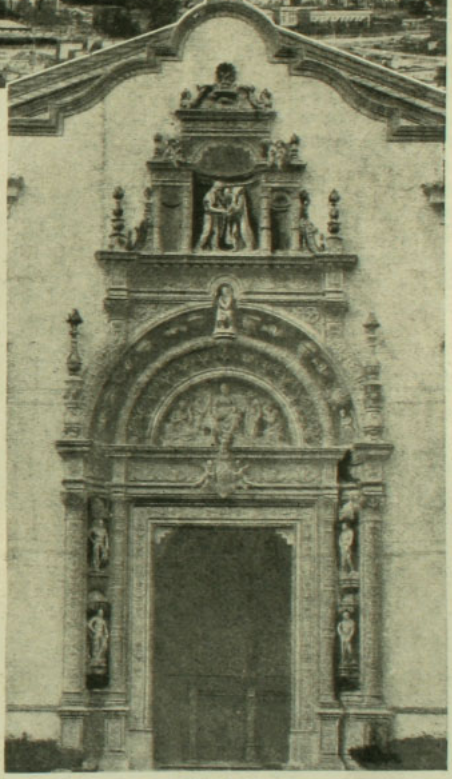
SAN FRANCISCO



Bahía de San Francisco en el fondo

de 5.000,000 de pesos americanos, y San Luis se vió obligada a solicitar de aquella fuente $ 8.500,000. El pueblo de California contribuyó para los gastos de esta obra con la suma de $ 23.000,000, suma que ha sido pagada ya íntegramente, de modo que cuando la Exposición de San Francisco abrió sus puertas en febrero no estaba debiéndole nada a nadie.

La zona erigida para la Exposición se extiende dos millas a lo largo de la Bahía de San Francisco y está dividida en tres partes. En la parte oriental se han destinado sesenta acres exclusivamente para sitios de recreo, cuyo valor asciende a 10 millones de pesos americanos. Chicago tuvo su "Midway" y San Luis su "Pike". San Francisco tiene su "The Zone", nombre que se ha dado a esta sección, consagrada a diversiones. En la parte occidental y en un área de cien acres, se encuentran, el campo de aviación, el campamento militar, la zona destinada a las carreras, las exposiciones de animales vivos y los edificios pertenecientes a más de setenta naciones. En el centro de la zona general se encuentran los once principales edificios de la Exposición y otros varios pabellones de importancia, entre los cuales se destaca el Festival Hall, especialmente consagrado a música. Ocho de



Entrada principal del Palacio de Manufacturas luciendo una reproducción de la fachada del Hospital de la Sta. Cruz en Barcelona

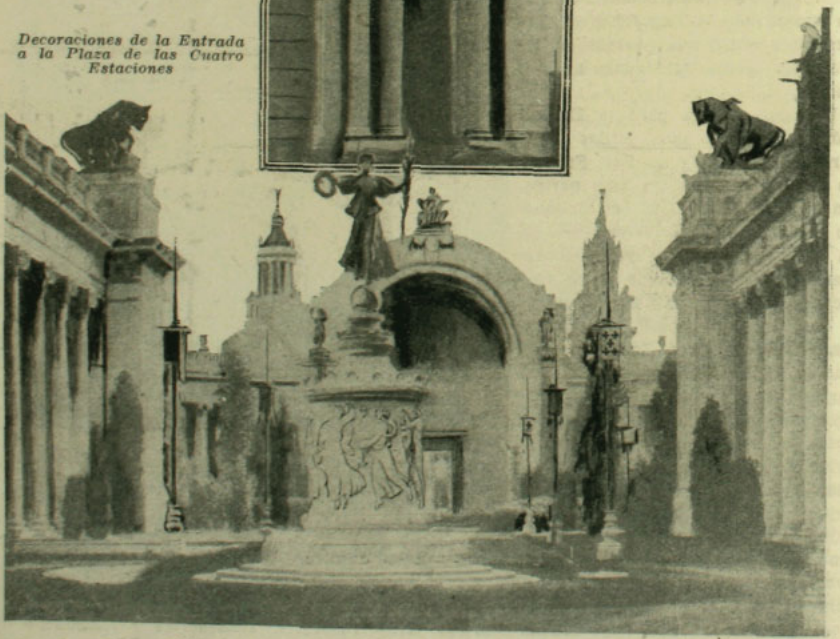
tales edificios, los Palacios de Maquinaria, Agricultura, Industrias Diversas, Minas y Metalurgia, Instrucción y Economía Social, Artes Liberales, Transportes y Manufacturas, están arreglados de tal manera, que constituyen un solo y gigantesco palacio, el

cual tiene una área de 46 acres y cuyas divisiones están formadas por arcadas, columnatas y hermosos atrios. Cerca a este grupo principal y separado de él únicamente por una espaciosa avenida de palmas, se encuentran el Palacio de Bellas Artes, el de Horticultura, el de Maquinaria y el Edificio de California, construído según el estilo arquitectónico de las antiguas Misiones españolas y que cubre una extensión de cinco acres. El Palacio de la Maquinaria mide 1.000 pies de longitud. El Palacio de las Bellas Artes tiene casi un cuarto de milla de extensión y es todo construído de acero y concreto.

Los visitantes de la Exposición conservarán un recuerdo imborrable de la "Torre de las Joyas", que tiene 430 pies de altura y cuya base ocupa un acre en cuadro En sus numerosas terrazas hay columnatas guardadas por filas de jinetes armados—los primeros conquistadores en la América Latina—de tamaño heroico. Suspendidas entre las decoraciones de esas terrazas hay 150,000 joyas labradas a mano y diez toneladas de rubíes, esmeraldas, piedras de Sumatra y diamantes de imitación, cada uno de los cuales tiene 2 pulgadas de diámetro. Aquellos tan singulares adornos, ya sea bajo la luz solar ya bajo la de poderosos reflectores usados para tal fin durante la noche, producirán un esplendor de efecto verdaderamente maravilloso.

Los diferentes Palacios ofrecen capacidad para 60,000 exhibiciones, sin incluir las nacionales y las del Estado. Más de trescientos Congresos y Convenciones han de reunirse en San Francisco durante el presente año. Para tales reuniones se ha erigido un gran Auditorium que

Decoraciones de la Entrada a la Plaza de las Cuatro Estaciones



La Plaza de las Cuatro Estaciones, desde su patio norte

tiene doce salas. La más grande de ella da cabida a 10,000 personas.

Pasando la entrada que corresponde al lado de la ciudad, el visitante penetra en el gran Jardín del Sur, en cuya extremidad derecha se alza el hermoso Festival Hall. En el extremo izquierdo está el Palacio de Horticultura. En el centro, el cuerpo principal de la "Torre de las Joyas". Este enorme jardín es una maravilla de ingeniería y un sitio de incomparable hermosura. De un lado se extiende una como mágica alfombra sobre la cual se levantan los soberbios Palacios que hemos mencionado; del otro se encuentra la "Marina" de 300 pies de anchura, con su enorme explanada y sus primores de floricultura. Sus elegantes calles serpentean por donde quiera, se internan en los patios de los Palacios y forman un conjunto armonioso de belleza inimitable.

Después de atravesar este jardín y pasando bajo el arco de la torre principal el visitante se encuentra en la "Plaza Universo", que es la más grande de las cinco existentes en la Exposición. Está destinada ella a los Hemisferio Oriental y Occidental. En la izquierda y en la derecha hay sendos arcos triunfales. Sobre el de la derecha, que conduce a la "Plaza de la Abundancia", se alza un hermoso grupo escultórico—"Las Naciones del Este", que simboliza la vida en el Oriente; el arco de la izquierda, que conduce al Patio de las Cuatro Estaciones, tiene en su parte superior otro grupo de idéntico tamaño—"Las Naciones del Oeste"—que representa la vida en el Occidente. En medio se levanta la Columna del Progreso en cuyo ápice se ve al "Intrépido Arquero" disparando su flecha hacia el Oeste.

A la derecha, bajo el "Arco del Sol Naciente", principia la Avenida que conduce a la "Plaza de la Abundancia", en cuya extremidad Sur se encuentra la "Plaza de las Flores", que es una de las más pequeñas. A la iz-

El Fuente "La Primavera"; Plaza de las Cuatro Estaciones

Columnas en la Plaza de las Cuatro Estaciones

quierda y principalmente bajo el Arco del Sol Poniente, se halla la avenida que da acceso a la hermosa "Plaza de las Cuatro Estaciones". Al Sur de ésta se encuentra otra de tamaño inferior, "la Plaza de las Palmas".

Avanzando en línea recta, se halla el espacioso Muelle de los Yates y la Gran Explanada de "la Marina". Después que la Exposición haya terminado y cuando ella no sea ya sino un precioso y amable recuerdo, esta explanada persistirá para mayor belleza de la bahía de San Francisco.

La Exposición en general presenta grandes masas de colores rojos, azules, verdes y amarillos, pero la nota dominante es el blanco y en todos los puntos reina una perfecta armonía del colorido. Los Palacios tendrán un color de marfil ahumado, que es agradable y suave a la vista.

Al estallar el conflicto europeo, se temió que las naciones de aquel continente no pudieran concurrir a la Exposición de San Francisco o al menos que se vieran precisadas a limitar de modo muy considerable sus exhibiciones. Esta ansiedad fué aumentando a medida que la guerra progresaba y hasta hace muy poco prevaleció en todos los ánimos la creencia de que aquel Concurso ofrecería un aspecto "puramente americano". Afortunadamente, aquellas dificultades han sido vencidas y todas las naciones europeas, inclusive las afectadas por la guerra, toman parte en la Exposición, de acuerdo con los correspondientes planes primitivos.

Constantinopla, la llave de los Dardanelos

La entrada al Bósforo desde el Mar Negro

EL INVIERNO EN LAS TRINCHERAS

Los soldados ingleses en las trincheras no sólo tienen que luchar con los alemanes, sino con el mal tiempo y el agua que los inunda

Importantes servicios presta al ejército británico esta caritativa institwión que ya ha logrado devolver al servicio activo a gran número de caballos, que han sido casi inutilizados en los campos de batalla

Infantería austriaca tomando por asalto el pueblo de Perikan contra los rusos

Prisioneros rusos en Alemania oyendo una misa

Una lección de francés a pequeños alsacianos en Soppe-le-Bas

Los caballeros salteadores

Por

Miguel de Fuenzalida

Salvatorem misit eis misericordia Domini.

Pasaron los tiempos terribles en que no hubo emperador. La tierra ahora ha vuelto a encontrar un juez: el reino ciego del hierro halló su fin; ni el débil ni el pacífico volverán a ser la presa de los fuertes.

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

I

La caravana de Maese Abraham

En la madrugada del día de la Ascensión de Nuestro Señor del año 1275, cuando los tibios rayos de un sol primaveral, comenzaban a secar apenas el rocío de la noche, una caravana de singular aspecto, seguía las orillas del Rhin, por aquel sitio en que el gran río, después de bañar con sus aguas, azules y serenas como las de un lago, los muros de la ciudad episcopal de Maguncia, se precipita majestuoso en el temido desfiladero de Bingen.

Hacia la derecha se alzan las agrias colinas del Niederwald, cubiertas de enmarañadas selvas. A la izquierda, sobre un pica-

cho agreste, casi inaccesible, verdadero nido de águilas, se levanta la torre feudal de Falkenburg, medio velada aún por las nieblas matinales. Al centro del río, en una islilla rocosa que divide en dos la corriente rugidora se descubren las ruinas del antiguo castillo de Mausethurm. Fué allí, donde en los tiempos semi-fabulosos de Othon el legendario emperador de Occidente, halló fantástica muerte el desapiadado Hatton, obispo de Maguncia. Cuentan las crónicas, que deseoso aquel prelado de librar a los pobres de los padecimientos de una tremenda hambruna que desolaba el país, hizo encerrar a muchos en una granja, donde fueron quemados vivos... "No sirven para cosa mejor en este bajo mundo, dicen que dijo, que las ratas que devoran los trigos". Desde entonces las ratas no le dejaron un instante de reposo, y le persiguieron hasta la torre que hiciera edificar en medio del río para escapar de sus ataques.. Así lo castigó el Señor...

Pero volvamos a la extraña caravana que se internaba al comenzar aquel día de primavera, por esa tierra de funestos recuerdos y de presente no menos pavoroso. Conducíala un anciano, cuyo rostro anguloso y encorvada nariz, anunciaban que pertenecía a la raza de Israel. Vestido de hediondos harapos, con los pies casi descalzos, impresa en la fisonomía la huella de las humillaciones y del odio, aguijaba con desmayo un escuálido buey que tiraba de un tosco carromato a que servían de toldo, telas sucias y multicolores.

En el fondo del carro y medio reclinada entre grasientos fardos de cuero, veíase una joven adolescente apenas y tan hermosa como el sueño de un poeta. Aquella niña de abundante cabellera negra como el ala del cuervo, de mirada profunda y altiva, brillaba como una perla en medio de un muladar. No dormía ni velaba... Parecía ajena al mundo y a sus miserias.

Detrás del carromato una media docena de asnos cargados también de mercancías abigarradas, eran conducidos por un mozo alto, flaco, enteco, de facciones huesudas y toscas y de aspecto no menos sórdido que el resto de la comitiva.

—Aquí terminan por este lado, maese Abraham, las tierras del obispo de Maguncia, dijo el mozo al enfrentar las ruinas de Mausethurm... Aquí comienzan los dominios del conde palatino...

—Y más allá, repuso el viejo como continuando un pensamiento interrumpido, siguen las posesiones del conde de Katznelbogen a quien Jehová confunda!!!...

—Y todos estos ricos y poderosos señores, gimió el joven, habrán de cobrarnos sus derechos de peaje, una y veinte veces hasta que lleguemos con nuestras mercancías a la ciudad libre e imperial de Colonia... Y si esto fuera lo peor...

—Tienes razón... Lo peor es aquello, masculló maese Abraham señalando la fatídica silueta de la torre de Falkenburg que surgía de entre la niebla, allá en el fondo del paisaje.

—¡Maldito sea también Felipe de Hohenfels, el águila ladrona que ha construído de nuevo esa torre de salteadores! Ese caballero no cobra peaje sino que despoja a los viajeros hasta de sus camisas... Jehová nos proteja de sus rapiñas...

—Me parece que fué ayer, y ha transcurrido sin embargo, más de un cuarto de siglo, murmuró el viejo... yo era fuerte y ágil en aquel entonces y pude bailar sobre las ruinas humeantes de Falkenburg... Acababa de morir el más grande de los príncipes de Occidente, el último heredero de los césares que hicieron reinar la paz en el mundo, el emperador Federico II; comenzaba entonces esta horrible anarquía que devora la tierra. Pero los hombres de Alemania se sentían todavía libres y fuertes... Los burgueses de las ciudades imperiales del Rhin supieron armarse contra los caballeros salteadores... Hasta los judíos tomaron la lanza y el escudo como en los tiempos en que combatieron contra Senaquerib y Nabucodonosor... Es cierto, aunque parezca mentira, yo me hallé en esa acción de guerra que fué la toma de Falkenburg y bailé, te lo repito, sobre los cadáveres de sus orgullosos señores... Pero más tarde el infierno vomitó a ese Felipe de Hohenfels..., vino, no se sabe de dónde y el mundo ha vuelto a ser de los que manejan el hierro... El mismo soberbio conde de Katznelbogen tiembla delante de ese asesino, de ese aventurero...

—Acaso toma parte de sus rapiñas, insinuó el joven sonriendo sarcásticamente. Esos grandes señores se merecen los unos a los otros... Ladrones... todos ellos lo son... Gente de mala raza... Algún día el oro se vengará del hierro.

—Tarda mucho ese día, murmuró el vie-

jo con desaliento, no lo verán tus ojos, ni los de los hijos de tus nietos...

—Pero ahora la Alemania tiene un emperador, dijo el mozo.

—¡Emperador!... Si es verdad, repuso el viejo... Los señores de Alemania se han dado un señor... un pobre castellano de los valles de los Alpes.

Y maese Abraham de Frankfort, riendo sarcásticamente se acercó al carromato y encarándose con la niña, le gritó con acento brutal...

—Vamos, princesita Noemí, ¿sabrías decirle la buena ventura a ese César de las montañas de Turgovia?

La muchacha pareció despertar de un letargo... Alzó los ojos purísimos bañados de lágrimas y murmuró con triste acento:

—¡Por piedad, padre mío!... No tengo ya corazón para mentir... ¿Hasta cuándo he de ser instrumento del engaño?...

—Princesa y siempre princesa, exclamó el viejo con horrible gesto... Nunca aprenderás a vivir con los débiles en el bajo mundo de los que sufren y se arrastran... ¡Acaso sueñas con una corona de condesa como soñará quizás en el imperio aquel pobre secundón de Snabia, al que dijiste cosas tan hermosas... ¡Esta es la vida!...

Tienes razón, lo peor es aquello

II

El señor de Maus

A la misma hora en que se desarrollaba la escena que acabamos de describir, sobre un ribazo del Rhin cubierto de tupidas plantas montaraces, un joven guerrero toscamente armado, de pie junto a su caballo de batalla, contemplaba meditabundo el paisaje que se extendía delante de sus ojos.

Era aquel hombre singularmente hermoso. Rostro de águila iluminado por ojos verdes y de altanero mirar, cabellos claros y ondulados, cuerpo de Apolo, de estatura griega... Tal era el valeroso caballero Cuno de Falkenstein.

Su historia, parecía una página arrancada a las viejas leyendas. Huérfano, casi desde la cuna, había heredado de sus padres un pedazo de terruño, áspero, estéril, inculto, allá en los límites septentrionales del condado de Katznelbogen. Despojado cuando niño de lo poco que debiera a la ingrata fortuna por la insaciable codicia de su poderoso vecino, desapareció del país y ofreciendo su espada aventurera y su valor temerario a todos cuantos querían dominar en el mundo, aquel mancebo, que era de la raza de los fuertes, llegó a ser temido aún antes de tener un peñasco en que reclinar la cabeza.

Pero la adversidad había templado su carácter sin corromper su corazón. Débil y oprimido quiso ser el paladín de los débiles y de los oprimidos, y una noche allá bajo el augusto coro de la Catedral de Maguncia juró por Dios y por su santo con-

fesor el beato San Martín. luchar sin descanso por la paz y la justicia.

Llegó el tiempo en que el conde de Katznelbogen vió estupefacto que sobre la abrupta roca de Thumberg a la vista casi de su soberbia morada, comenzaban a levantarse los toscos muros de una pequeña torre...

No se dignó el soberbio conde ir a castigar con sus propias manos tamaña insolencia, pero ordenó a su senescal que fuera a ponerle atajo y término...

—Decid al conde, contestó Cuno, que esta tierra fué conquistada por el esfuerzo de mis padres, que en ella reposan los huesos de mis antepasados y que sólo me hará salir de ella la fuerza de las armas.

—¡Que edifique su torre!... dijo riendo el conde... Y así una vez concluída tendré en mis tierras un castillo más...

Y voy a bautizarlo desde luego: se llamará el castillo de Maus (rata en alemán) en el cual el de Katz (gato) hundirá luego sus garras poderosas.

Pero el pobre castillejo fué concluído y coronado de almenas sobre el agrio picacho de Thumberg y pasaron meses y años y no había llegado todavía al comenzar esta historia el momento en que el conde de Katznelbogen hubiera realizado su amenazadora promesa.

¿Era el miedo. la prudencia o la política. lo que detenía al presuntuoso señor?... Los tiempos eran revueltos y confusos, el imperio estaba sin señor, nadie se sentía seguro ni de su vida ni de sus bienes. y el conde Katznelbogen, rodeado por las acechanzas de vecinos envidiosos, acosado por las astucias y emboscadas de merodeadores y bandidos no tenía ni un momento de reposo. Continuaba, sin embargo, mirando con implacable desdén el tosco torreón de Cuno de Falkenstein. Pero no se atrevía a atacarlo. No ignoraba que el joven se había rodeado de una no despreciable mesnada de paladines aventureros venidos de todos los extremos de Alemania.

—Vendimiaré esas uvas y cosecharé esos trigos, se dijo al ver que las laderas de Maus comenzaban a cubrirse de sembríos y viñedos.

Pero la rata seguía desafiando al gato...

Y aquella mañana de primavera, desde lo alto de un ribazo del Rhin, Cuno contemplaba orgulloso su castillo y sus tierras, alzándose frente al magnífico palacio de Katz como un desafío eterno.

De pronto surgieron del bosque unos treinta hombres de armas conducidos por un joven de no más edad que Cuno y tan hermoso y arrogante como el mismo.

—¡Hola! ¿Ya estás aquí, Federico? exclamó el señor de Maus. ¿Tendremos trabajo esta mañana?

—Así lo espero, contestó el aludido. porque, o mucho me engaño o el rapaz halcón de Falkenburg ha olfateado una presa. Uno de nuestros hombres le ha visto descender por la montaña al frente de su escolta de bandidos.

—Para atacar acaso algún mercader indefenso. Y hay todavía quien llame caballeros a esos ruines ladrones.

Ambos jóvenes picaron espuelas a sus caballos y a la cabeza de sus guerreros se internaron en la selva sombría.

. . . . . .

El viejo maese Abraham presentía un peligro. Al llegar al recodo que hace el Rhin en Robstein, se detuvo... Aquel sitio era trágico y solitario—le pareció haber sentido un ruido sospechoso en las profundidades del bosque.

No se engañaba. De pronto surgió de entre la maleza un grupo de veinte guerreros, sucios, mal armados, de aspecto salvaje, montados en caballos macilentos. Conducíales un hombre de gigantesca estatura, facciones toscas, formidable bigote, espesas cejas y torvo mirar.

—¡Alto! maese Abraham. ¡Alto! exclamó el jefe levantando en alto su lanza de combate... ¡Aquí terminará tu viaje, perro israelita!... Has traficado muchos años por este camino sin pagar su peaje a Felipe de Hohenfels...

Los dos judíos, el viejo y el mozo cayeron de rodillas en medio del sendero gimiendo plañideramente.

—¡Perdón, poderoso señor! balbuceó maese Abraham en el tono más humilde. Hemos delinquido por ignorancia... Los derechos de vuestra excelencia le serán satisfechos... No conocía este nuevo peaje del Rhin...

Felipe de Hohenfels prorrumpió en una sonora carcajada.

—Ellos no están escritos en ningún archivo amarillento y empolvado, exclamó. Los ha establecido mi valor, los sustenta la fuerza de mi brazo... Vamos... Apresúrate a entregarnos tus géneros...

Un joven caballero, toscamente armado, de pie junto a su caballo de batalla

—¿Cuánto quiere vuestra excelencia? preguntó tímidamente el judío.

—¡Donosa pregunta!... Veo que por primera vez trabas conocimiento con el señor de Falkenburg... Te dejo la vida salva a ti y a los tuyos... pero necesito tus géneros... Los tiempos son calamitosos... ¡Despáchate!

—¡Señor!... ¡Señor!... Tened misericordia de este pobre comerciante, gimió el israelita... Estos géneros constituyen toda mi hacienda; ellos me pertenecen delante del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob...

—Eso es lo que llamaría yo una garantía insuficiente si fuera judío y prestamista, dijo riendo el de Hohenfels.

—¡Vamos, Conrado! agregó dirigiéndose a su teniente... Despáchate pronto y lleva esos géneros a Falkenburg...

Los bandidos se lanzaron sobre las riquezas del judío, como el águila sobre su presa.

—¡He aquí algo que no es una mercadería! gritó uno de ellos al acercarse al carromato del judío.

Medio muerta de terror, pálida como una muerta, la hermosa gitanilla fué arrastrada brutalmente ante el señor de Falkenburg...

—Has nacido con fortuna, maese Abraham..., exclamó Felipe. Has perdido algunos géneros pero voy a quitarte el cuidado de alimentar a esta mocozuela... Y tú, chiquilla, no me mires tan espantada... Ya no vagarás en adelante por los caminos en compañía de estos judíos miserables... Vas a ser la alegría de Falkenburg...

Maese Abraham se arrojó en tierra.

—¡Señor!... Es mi hija... alcanzó a balbucear.

Pero en ese mismo instante se sintió el estrepitoso galopar de una treintena de caballos, y en el lindero del bosque apareció la formidable hueste de Cuno de Falkenstein.

La escena fué rápida como un relámpago.... La guerra feudal consistía en un sólo choque ciego, frenético, instantáneo. Volaron por los aires los trozos de lanzas hechas trizas, chocaron las espadas, tembló la tierra bajo los cascos de los caballos, una nube de polvo envolvió a los comba-

La guerra feudal consistía en un

tientes... Después vino la fuga, el desorden, el pánico...

El señor de Maus era una vez más dueño del campo y de la presa.

—¡Ladrón de ladrones!... gimieron por lo bajo los israelitas agazapados junto a un matorral.

—A buen tiempo llego, anciano, dijo Cuno de Falkenstein, acercándose a maese Abraham.

solo choque, ciego, frenético, instantáneo

—No tiembles, bella niña, agregó su gallardo compañero, acercándose también al grupo tímido e indefenso...

Pero se detuvo palideciendo.

—¡La gitanilla de Snabia! murmuró.

III

La profecía de la gitana

El sol doraba con sus últimos rayos las

agrestes colinas del valle del Rhin, cuando las toscas cadenas del puente levadizo rechinaron sordamente al cerrar las puertas de la torre de Maus, tras la aguerrida hueste de Cuno de Falkenstein y la caravana de maese Abraham.

La vida era ruda tras de aquellos muros espesos y toscos. Allá en la planta baja la soldadesca reía alrededor del carnero que se asaba en un fogón gigantesco... Los israelitas y la gitanilla participaron del festín. Arriba en el salón de bóveda de piedra alumbrados por la rojiza luz de una tea de pino, cenaban alegres, llenos de fe y de fuerzas, el señor del castillo y aquel su compañero a quien hemos dado el nombre de Federico...

—Te he visto palidecer al acercarte a esa niña, decía a su segundo el intrépido caballero de Maus. ¿Conocías a esa infiel?.. ¿Qué puede haber de común entre ti y aquella gitana?... Ya lo sé... Es hermosa como una noche de luna llena.

—Hay algo más, repuso Federico. Esa pobre niña supo un día despertar dentro de mí, lo más bello lo más alto que hay dentro de nuestros pechos...

—¿El amor? preguntó sonriendo Cuno.

—Algo más alto... La ambición y la fuerza... ¿Quiéres conocer mi historia?

—Te escucho...

—Nací en la Snabia... Tú lo sabes... Allí en esas montañas agrestes tuvo también su cuna la poderosa familia de los Hohenstaufen, la que dió al imperio estos denodados césares, que por un momento parecieron dar a la tierra la antigua paz romana...

No habrás oído jamás nombrar a mi castillo ni a mi familia. Se esconden en una cadena de montañas fría y severa; la tierra es allí pobre, el clima rudo... Pero es tierra de hombres de fuerza... La sangre de los Hohenstaufen fué vivificada por sus ásperas brisas... De allí salieron a conquistar el mundo... El gran Barbaroja fué un hijo de Snabia.

Allí se alza el castillo de los que fueron señores de Alemania. Es una torre clavada en una montaña cónica cubierta de selvas y plantas montaraces. A no muchas leguas de allí se levanta el castillo de mis padres.

Un día la santa que fué mi madre, me llamó aparte y me dijo: "Ve, Federico, anda por el mundo a cobrar fama y fortuna... Esta tierra es demasiado pobre e ingrata para todos nuestros hijos"... Y salí de mi hogar sin más hacienda que un viejo caballo y una lanza y un escudo...

Bajé la montaña y llegué al valle... Iba a terminar el día... La silueta de la torre paterna se destacaba sobre el sangriento horizonte de la tarde. Entonces encontré a esa muchacha... Ella corrió hacia mí... Parecía una aparición celestial...

Detuve mi caballo... y la escuché...

—Oye, me dijo. Eres pobre y sentirás acaso que el mundo lleno de codicias y de luchas, no se ha hecho para ti... Pero la victoria es la herencia de los fuertes... Aquel tu castillo se alza sobre las sierras de Snabia, sobre un monte no menos alto, ni menos rico, ni menos poderoso que el que sustenta la torre de los Hohenstaufen... Y sin embargo, ellos dominaron la Alemania y soñaron con la conquista del mundo.

Hoy sus glorias han pasado y el gran emperador Barbaroja duerme su sueño mágico en las cavernas del monde de Kyffhauser... La Alemania espera verlo despertar algún día para establecer el imperio del orden y de la paz sobre la tierra... Pero no despertará... Otra raza de hombres heredará su gloria y su fuerza después de siglos incontables, y sobre la propia montaña de Kyffahauser se levantará la imagen del Barbaroja del porvenir, salido como el otro de las montañas de Snabia... y de tu sangre..

Y señalando con ademán profético la silueta del castillo de mis padres:

—He ahí, exclamó, el Hohenstaufen de los siglos que vienen... Se llama Hohenzollern... (1).

Los dos jóvenes permanecieron silenciosos. ¿Cuán lejano les parecía ese porvenir de soberbia grandeza!

—Muchos inviernos pasarán sobre la tierra, dijo Cuno de Falkenstein, ante que la imagen de uno de tus descendientes se alce sobre aquella montaña de la Turingia. Pero ¿quién es esa niña que tan hermosas cosas sabe decir?

—La conocen en todas las comarcas del Rhin y hasta en la Snabia. No tiene otro nombre que "la gitanilla de maese Abraham"... Desde hace muchos años acompaña al viejo usurero en sus correrías de traficante... Dice a los caminantes la buena ventura...

(1) Sobre la montaña Hyffhauser, donde según la tradición se encuentra encantado el Emperador Federico Barbaroja (muerto en 1190), se levanta desde 1896 un soberbio monumento al Emperador Guillermo I, que restableció el Imperio alemán.

Te he visto palidecer al acercarte a esa niña

IV

El secreto de Noemí

Aquella misma noche, una vez concluída la cena, el anciano Werner, portero del castillo de Maus, hubo de conducir a los huéspedes de su amo, al alojamiento que se les tenía preparado.

Allá en el ángulo obscuro de una torre, en un cuartucho miserable que en ocasiones servía de calabozo, fueron amontonados sobre un montón de paja, el viejo Abraham, su siniestro acompañante y la hermosa gitanilla de los ojos de fuego. La luna que brillaba sobre las colinas del oriente, alumbraba al través de una estrecha ventana o tronera aquel sitio melancólico.

Los dos hombres se sentaron en el suelo silenciosos y meditabundos. Por vez primera en su ya larga vida, maese Abraham sentía nacer dentro de su pecho un sentimiento que no era ya el de odio implacable contra los hombres de mala raza. Había encontrado en Cuno de Falkenstein un ser nuevo, que en nada se parecía ni a los tiranos rapaces con quien luchara en la vida, ni tampoco a sus propios hermanos de sangre, todo cálculo y codicia.

Una palabra flotaba en sus labios, palabra torpe e ingrata nacida del fondo de su pecho endurecido por la adversidad y la lucha.

—¡Imbéciles!... Nos han salvado nuestra hacienda y nada nos han pedido por ello, murmuró su joven compañero, como respondiendo al pensamiento secreto del judío.

—Calla Ezequiel, dijo el viejo.. Imbéciles, puede que lo sean... Pero, ¿sabes acaso que fin persigue ese varón que no roba?... Cuando cuentes mis años habrás aprendido a desconfiar.

Noemí no dormía. Apoyada sobre la estrecha ventana de piedra dejaba vagar sus ojos, llenos de promesas y de misterios por el vasto paisaje que se extendía a sus pies.

El Rhin centelleaba a la luz de la luna. Los campos y las selvas, las colinas y los valles velados a medias por la penumbra fantástica de la noche, parecían extenderse hasta lo infinito... Aquel era el vasto mundo, lleno de miserias, de guerras, de nunca cumplidas esperanzas, de celadas cobardes, de rapiñas sin término.

Y el mundo ingrato y cruel era, sin embargo, bello, alumbrado por aquella radiante luna de primavera... ¿Encerraría otra cosa que dolores?... La gitanilla se hacía confusamente esa pregunta con los ojos impregnados de lágrimas... Pero sus labios no habían aprendido a pronunciar la palabra dicha, ni su corazón conocía el amor.

Todo su mundo era la caravana de maese Abraham, vagando sin cesar al través de los campos, perseguida por el odio y el desprecio. Nunca oyó una palabra bondadosa, ni sintió el halago de una caricia. Sabía que sus amos buscaban ansiosamente ciertos discos de metal brillante con que otros y no ellos comprobaban las pompas de la tierra... ¿Para qué les buscaban entonces? No les aseguraban la fuerza ni el respeto de los demás hombres... Esos eran siglos de hierro... ¿Serían acaso para un porvenir remoto?...

Y Noemí no comprendía ni al mundo ni a maese Abraham, ni al taciturno Ezequiel de torva mirada.

Esa mañana misma ciertos hombres vestidos de hierro habían luchado hasta la muerte alrededor de las riquezas de la caravana del judío. Un joven bello, como los arcángeles, de mirar soberbio, rodeado de impetuosos guerreros había salido de la selva para hundir en el polvo la mesnada del malvado Felipe de Hohenfels... Ese hombre no buscaba el oro... Y al devolver su hacienda al odiado judío, habíale parecido a Noemí que vislumbraba en el rostro de ese joven caballero la satisfacción de un triunfo, de una codicia que no era la del metal, de una esperanza que no era el lucro...

Una pregunta, la primera que formulara la pobre niña en su dura peregrinación por el mundo, acudió a sus labios...

—Queréis decirme, maese Abraham, dijo, ¿por qué el señor de este castillo combatió allá abajo esta mañana?...

El viejo, por primera vez en su vida, no halló respuesta... Los dos hombres se miraron y permanecieron mudos.

Noemí tampoco habló más... Sus ojos se posaron sobre la abatida frente de los judíos... En aquel momento parecía una reina... ¡Había comprendido!... El radioso paisaje que resplandecía allá abajo tenía razón... El mundo no era sólo rapiñas y codicias... Encerraba secretos muy escondidos y muy altos...

Para la gitanilla, aquella noche transcurrió sin sueño.

V

El desafío y la revelación

Inmenso era el contraste que presentaba a la mañana siguiente el rudo torreón de Maus. Por dentro de sus espesos muros todo era en él alegría y bullicio... Los guerreros limpiaban sus armaduras, riendo y charlando; en el amplio fogón de la cocina, chisporroteaba el fuego; una vieja criada cantaba roncamente un romance de los tiempos antiguos; el señor del castillo y Federico de Hohenzollern, reían a carcajadas mientras el halconero adiestraba las aves de caza...

Afuera todo era soledad y silencio. Los muros de la torre se elevaban amenazadores y mudos sobre el agrio picacho. Las nubes impulsadas por tempestuoso viento del oeste corrían presurosas desparramando sus sombras por el paisaje... A trechos lucía un sol ceniciento, de reflejos cárdenos, precursores de la borrasca... Un buitre colosal describía su vuelo en lentas espirales por las alturas del cielo.

Lentamente, al través de los enmarañados matorrales que el viento hacía crujir, se adelantaba hacia el castillo una lucida cabalgata. Presidíala un anciano de elevada estatura, soberbiamente armado y que llevaba sobre la malla una sobrevesta con escudo heráldico, que los técnicos habían definido "de gules, gato de oro pasante". Era la famosa divisa de los condes de Katznelbogen.

Detúvose el heraldo a las puertas de la torre de Maus e hizo resonar roncamente un gran cuerno de bronce.

—¿Quién vive —interrogó el centinela desde lo alto de la torre.

He allí el Hohenstaufen de los siglos que vienen... Se llama Hohenzollern...

—El heraldo de mi alto y poderoso señor Enrique de Hassan, conde del santo imperio germánico, señor de Katznelbogen, Binge y Niedenrold, soberano de Ockerheim, Appenheim y Genzingen, y por la gracia de Dios, señor de estas tierras y castillo de Thumberg, también nombrado de Maus.

El centinela dejó oir un grito particular, y algunos instantes después Cuno de Falkenstein fué impuesto de la venida del enviado...

—Costumbre es de caballeros, dijo, no negar oídos al mensaje de nuestros enemigos, siempre que venga en buena forma... El conde de Katznelbogen tiene la bondad de enviarme una embajada y ella será dignamente recibida... Que se baje el puente levadizo, que se abra el rastrillo y se prepare la sala de honor de este castillo...

Fué un espectáculo singular. Cerrando uno de los costados de aquel patio mísero, húmedo, sombrío, flanqueado por altas y toscas murallas, se abría un vasto salón de techo bajo y abovedado, sin muebles ni adornos de ningún género. La luz del día apenas penetraba en aquel sitio vasto y melancólico. Los hombres de armas de Falkenstein fueron agrupándose en forma confusa por todos los ámbitos de la sala, y con ellos penetraron también algunos de los servidores del castillo y maese Abraham con sus acompañantes. El todo formaba un conjunto bárbaro, grotesco y abigarrado. El señor del castillo, armado de punta en blanco y teniendo a su derecha al caballero de Hohenzollern, ocupó de pie la testera del salón.

Fué introducida la embajada del conde de Katznelbogen. El brillante heraldo parecía ser un rey en una caravana de bandoleros. Hizo una profunda inclinación y dió principio a su arenga.

—Cuno de Falkenstein... en nombre del muy poderoso conde de Katznelbogen...

El señor de Maus se inclinó a su vez...

El heraldo enunció nuevamente los títulos de amo.

—Sabed, Cuno de Falkenstein, agregó lo que quiere haceros sobre nuestro señor natural... Habéis usurpado tierras que le pertenecían y construído una torre en sus propios dominios y casi a la vista de su casa señorial... No satisfecho de estas vejaciones, recorréis sus tierras, ejercéis derechos de justicia sobre sus vasallos y os comprometéis en acciones de guerra privada dentro de sus dominios... Ayer no más habéis atropellado casi a las puertas del castillo de mi señor, a un su aliado y fiel vasallo, el muy noble caballero Felipe de Hohenfels, en defensa de perros infieles y vagabundos... La clemencia del poderoso conde de Katznelbogen no tiene, sin embargo, límites... El podría arrasar vuestra torre y apoderarse de vuestros sembrados y viñedos y tomar en vuestra propia vida venganza de tamaños desaguisados... Pero su corazón es magnánimo y generoso... He aquí lo que os ofrece... Cuno de Falkenstein... Rendidle homenaje como vasallo y devolved a su aliado Felipe de Hohenfels lo que ayer usurpásteis, y él os reconocerá en feudo la torre y tierra de Thumberg... ¡He aquí lo que vengo a proponeros!

El señor de Maus había permanecido impasible...

—¿Eso es todo? preguntó.

El heraldo hizo un signo afirmativo...

—Pues bien, escuchad, dijo Cuno de Falkenstein... Sabe el conde de Katznelbogen que ni de él ni de sus antepasados tuve estas tierras y este castillo... Las debo a la gracia de Dios y al valor de mi brazo... No le rendiré pues un homenaje, que sólo debo a Dios y al emperador, su vicario en la tierra... Escuchad ahora mis quejas y llevadlas a vuestro señor... El ha ocupado tierras libres del imperio, destruído castillos que no le pertenecían, levantado contribuciones no autorizadas por la dieta germánica, tiranizado a sus vasallos y movido guerras injustas contra sus vecinos... No contento con esto se ha hecho cómplice y amparador de bandoleros y llevado su desvergüenza hasta nombrarlos sus aliados y sus amigos.... Ejerciendo la justicia que él debió hacer, he amparado ayer a mercaderes indefensos que el réprobo y sanguinario Felipe de Hohenfels pretendió despojar... Mientras quede una piedra en este castillo y un aliento en mi pecho no me inclinaré ante sus injustas amenazas y en prueba de ello, y poniendo a Cristo crucificado por testigo, lo desafío como caballero y como hombre y entrego nuestra querella al juicio de Dios!...

Y diciendo estas palabras el audaz caballero de Maus, se descalzó su mano derecha y arrojó con soberbio ademán su guantelete de acero sobre el pavimento.

Maese Abraham había escuchado absorto aquella escena belicosa. Por vez primera se

De pronto vi venir hacia mí un anciano pálido y extenuado que traía algo entre sus brazos

sintió fuerte y altivo e irguiendo su mísero cuerpo se encaró también con el enviado...

Todos quedaron mudos de estupor...

—Con el permiso de este noble y bizarro caballero, dijo, yo voy también a presentar mi queja contra el tirano y sin fe que se llama Enrique de Katznelbogen... El ha usurpado las tierras que se extienden al otro lado del Rhin y que pertenecieron un día a la noble familia de Appenheim...

—A un miserable de tu raza un caballero no debe dirigir la palabra sino para decir lo que vas a escuchar... ¡Mientes! Las tierras de Appenheim las tubo mi señor por legítima herencia, y después de extinguida la familia de Appenheim...

Y sin dignarse pronunciar una sola palabra más el heraldo salió de la sala. Algunos momentos después se sintieron resonar los cascos de los caballos sobre la tablazón del puente levadizo...

Maese Abraham se arrojó entonces de hinojos ante el señor de Maus...

—Vuelvo a implorar justicia, exclamó, en nombre del Dios de nuestros padres.. La pido de vos, noble caballero, que protejéis a los desheredados y a los humildes... Y ahora escuchadme todos... Hace quince años a que ocurrió la catástrofe de Appenheim... Hasta los que son jóvenes conservan su recuerdo. El conde Manfredo de Appenheim, uno de los más brillantes paladines que combatieron en los ejércitos del emperador Federico II de Honhenstaufen acababa de morir. Su viuda, la hermosa condesa Isolda, privada de la protección de su marido y de todo amparo en el mundo, colocó sus estados y la herencia de sus hijos bajo el alto patronato del conde de Katznelbogen... Todos sabéis de cuán poco le valió... Una noche el castillo de Appenheim fué asaltado de sorpresa por un ejército de verdaderos salteadores feudales, capitaneados por ese bandido de Hohenfels que acababa de reconstruir entonces la siniestra torre de Falkenburg... Todos los moradores de Appenheim fueron degollados y el castillo reducido a cenizas... Pues bien, ante Dios y los hombres acuso al conde de Katznelbogen como autor principal de ese horrible asesinato... Hace quin-

ce años que goza en paz del fruto de su crimen... Hace quince años que se apoderó como feudo vacante de las tierras de Appenheim... Pero ha sonado la hora de la venganza...

Todos escuchaban atónitos la voz profética e inspirada de aquel anciano, cuyo corazón nada sino el oro había conmovido hasta entonces...

—Ecuchad aún, nobles guerreros, continuó maese Abraham... No sólo pido venganza sino también justicia... Vagaba yo aquella noche por los alrededores de Appenheim. Las rojas llamas del incendio alumbraban siniestramente el paisaje... Hasta mí llegaban los roncos clamores de la soldadesca ebria de vino y de sangre... De pronto vi venir hacia mí un anciano pálido y extenuado que traía algo entre sus brazos... Le reconocí: era Conrado, el mayordomo de la infeliz condesa... Traía el cuerpo acribillado de mortales heridas.

—Maese Abraham, me dijo con voz expirante... Si aún queda algún rastro de piedad en el mundo y en ti, salva a esta pobre niña, último vástago de la casa de Appenheim...

Y ahora vosotros que conocísteis y venerásteis a la condesa Isolda, preparáos para esgrimir vuestras espadas triunfadoras en pro de los derechos de su hija... Rendidle por vez primera el homenaje que le es debido...

Y el viejo judío, uniendo la acción a la palabra se inclinó reverente ante la gitanilla Noemí...

Un hurra estrepitoso resonó en las obscuras bóvedas de piedra...

—¡A la victoria o a la muerte, por la condesa de Appenheim!

VI

El asalto

—Mayores milagros han realizado en este mundo, el poder de Dios y el valor de los hombres, dijo Cuno de Falkenstein a Federico de Hohenzollern, al ser alzado por última vez aquella tarde el puente levadizo del castillo de Maus.

—Escasa es nuestra fuerza, pero inmensa la justicia de nuestra causa, agregó Federico. Por esta vez el conde de Katznelbogen se ha quitado la careta y marcharán al asalto de nuestra torre, en unión de sus huestes, las del bandido de Falkensburg y las de todos sus miserables caballeros que renegando su sangre y sus juramentos, esgrimen la espada que Dios les dió para defender a los débiles, en pro del pillaje y la rapiña...

Se necesitaba en verdad de todo el corazón esforzado de aquellos dos jóvenes valerosos, para no temblar ante la horrible perspectiva que les aguardaba. En aquellos rudos tiempos la guerra, y sobre todo la guerra feudal, eran la victoria o la muerte. No había piedad para los vencidos. La torre y sus moradores desaparecían bajo el fuego y el hierro.

Agonizaba el crepúsculo... Desde lo alto de las almenas, los dos jóvenes contemplaban el paisaje que se sumergía lentamente en la dulce paz de la noche. Ante un ojo vulgar nada parecía turbar la placidez de la naturaleza que iba a entrar en el reposo...

Cuno de Falkenstein no se engañaba, sin embargo. Allá entre las caprichosas masas del obscuro verde del bosque subían al cielo cenicientas humaredas y nubes de polvo... Bandadas de cuervos revoleteaban sobre los barrancos... Un rumor tenuísimo que casi podía ser confundido con el silencio se elevaba desde el valle. Era la guerra que venía escoltada por el incendio y la muerte.

La noche transcurrió como una pesadilla. Brillaban sobre las colinas la luz de las fogatas de aviso y de llamada... Se sentía el galopar de los caballos por las afueras de la torre... En ese cielo tempestuoso y sombrío brillaban lejanos relámpagos precursores de la tormenta.

El castillo de Maus estaba listo para su última hora. ¿Qué podrían esperar del cielo o de la tierra aquel puñado de heroicos aventureros contra el cual se dirigían incontables huestes? El conde de Katznelbogen mandaba un verdadero ejército... A sus aguerridas milicias feudales se añadían ahora las de Falkensburg, Furnsterberg, Ehrenfels, Stalhberg y veinte más de vasallos o de aliados, de señores a quienes conducía la adulación, el lucro o el deber del homenaje...

Para Noemí fué una segunda noche de insomnio. La revelación de maese Abraham la había sobrecogido de un sentimiento muy parecido al miedo, al vértigo... Ya no era la pobre niña que recorriera harapienta y despreciada los fangosos caminos, sino era sér

nuevo por quien se aprestaban a la muerte muchos hombres bravos y guerreros.

Se le había dejado en un salón grande, frío, severo, y desde allí podía escuchar la no interrumpida algazara del castillo que se preparaba a la defensa, y el ruido monótono de los pasos del centinela que velaba a su puerta. Prisionera de la muerte y del destino, insensible a todo hasta a la esperanza, su sér todo entero giraba alrededor de un solo pensamiento terrible y radioso a la vez. Aparecía ante su vista un joven guerrero, bello como los arcángeles, que salía de un bosque a la cabeza de sus soldados para hacer justicia... y para morir por ella!!!...

El mundo es del mal y de la violencia, dijo Federico

El asalto comenzó con las primeras luces del alba. El conde de Katznelbogen, guerrero hábil e intrépido, conocía de sobra los puntos vulnerables de la torre de Maus. Así el ataque se llevó por dos lados a la vez.

La mayor parte de las huestes sitiadoras se lanzaron sobre un paño de muralla que se alzaba sobre un sitio pedregoso y casi inaccesible, pero que no se encontraba protegido por el foso que rodeaba casi por completo las demás obras de defensa. Una docena de escaleras fueron aplicadas contra los escarpes e inmensas muchedumbres de guerreros cubiertos de férreas armaduras treparon rabiosamente al asalto. Fué un momento terrible. Los sitiados, protegidos por las almenas hicieron espantosos estragos entre las huestes sitiadoras que hubieron de retroceder...

El conde de Katznelbogen varió de táctica. Fué como una especie de tregua. Inmensos trozos de roca diestramente lanzados por poderosas catapultas comenzaron a caer pesadamente sobre las defensas del almenado, que una tras otra se desplomaban al abismo... Desde las troneras de las torres los arqueros de Maus procuraban herir a los que manejaban las siniestras máquinas... Era un combate a la distancia, pálido, desmayado, de resultado incierto...

Así transcurrió una parte del día... Al caer de la tarde la obra de desmantelamiento había ya avanzado mucho... ¿Tendría que soportar el castillo un ataque nocturno?

Las tinieblas que envolvían la tierra y la lluvia que comenzó a caer a cántaros vinieron a añadir al horror de la situación. La noche pareció interminable... Con el amanecer la guerra y el estrago continuaron su obra.

El segundo asalto fué mucho más enérgico que el primero. Los defensores del castillo privados del abrigo de sus parapetos arrojaron sobre los asaltantes todo aquello que puede causar dolor o dar la muerte... Piedras, flechas, agua hirviendo, pez derretida... Los guerreros de Katznelbogen bajaban y subían arremolineándose contra las escaleras... Las catapultas continuaban su obra destructora, ya no contra la piedra sino contra los hombres... Algunos de los guerreros de Maus cayeron heridos de muerte...

Entretanto hacia la parte opuesta del castillo y junto al puente levadizo, otra parte de los asaltantes logró poner fuego en una obra de avanzada, pequeño castillejo casi ruinoso que en tiempo de paz servía de granero. No había peligro de que el incendio se comunicara al cuerpo principal de la fortaleza pero el calor y el humo, introdujeron nue-

La tierra ha vuelto a encontrar un juez

va confusión en ese puñado de hombres destinados a la muerte...

El tercer asalto pareció ser el definitivo... Verdaderos racimos humanos hicieron crujir las escaleras... pero una vez más los hombres de Katznelbogen hubieron de retroceder...

Se siguió una corta tregua... Parecía que ya no había alientos ni fuerzas para combatir...

Cuno de Falkenstein contó sus huestes... De treinta y cinco hombres de armas, catorce estaban ya fuera de combate... Aquella noche debía ser la última de la torre de Maus.

Al amanecer hubo que abandonar las obras exteriores de defensa... Los sitiados se refugiaron en la torre central... Toda esperanza había desaparecido...

VII

La cabalgata del emperador

Una docena de hombres cubiertos de sangre y de polvo, una pobre niña medio muerta de terror, el viejo maese Abraham y su compañero... he aquí todo lo que quedaba de los defensores de Maus.

Pero parapetados en la alta torre del homenaje estaban resueltos hasta la muerte.

Cuno de Falkenstein desde lo alto de las almenas contemplaba su castillo entregado a la venganza del soberbio triunfador, y allá a lo lejos, las tierras de sus padres que con su muerte iban a ser la presa de cobardes salteadores...

—El mundo es del mal y de la violencia, dijo Federico de Hohenzollern a su amigo... De nada valen ya la justicia y el valor... No siento la muerte, pero había llegado a concebir una esperanza... Como los valerosos guerreros de los tiempos antiguos soñé con vengar los agravios de una mujer hermosa y conquistar con mi espada su amor...

Y al decir esto, el intrépido joven sentía que en su alma vibraba todavía la fiebre del combate y el delirio de la victoria... Pero la realidad terrible volvía a enseñorearse de su pecho...

Algunas horas más y todo habría concluído.

Pero he ahí que en el fondo del valle del Rhin se alza un rumor confuso envuelto en espesa polvareda.

A una legua y no más del castillo de Maus, presa del despojo, se adelanta una soberbia cabalgata precidida de triunfales trofeos... La tierra parece temblar en presencia de aquella hueste poderosa... Son miles de guerreros vestidos de malla y sobre ellos marchan las insignias de los más soberbios señores del imperio...

Tras de la cabalgata van quedando junto con la justicia y la paz, el estrago y la muerte de los malvados... Arden los siniestros castillos de los caballeros salteadores y los cuerpos de sus dueños se balancean colgados de las horcas, al impulso del vendaval.

¿Quién dirige ese ejército de justicia?...

Un pobre caballero de los valles de Suiza sobre cuya frente los príncipes electores han ceñido la corona imperial...

Es Rodolfo de Habsburgo que se acerca... Ha terminado el gran interregno y su desoladora anarquía...

Pasaron los tiempos terribles en que no hubo emperador. La tierra ha vuelto a encontrar un juez: el reino ciego del hierro halló su fin; ni el débil ni el pacífico volverán a ser la presa de los fuertes...

. . . . . .

Y transcurridos los siglos de los siglos, y con ellos muchas ruinas y estragos, muchas sinrazones y tormentas... debía cumplirse el presagio de la gitanilla Noemí...

Y de su raza saldría otro pacificador de la Alemania y la imagen del heredero de Federico de Hohenzollern se irá a alzar triunfante sobre la cueva encantada donde duerme su sueño mágico el gran Barbaroja...

Carlos X distribuyendo condecoraciones después de la Exposición de 1824

DE LA CINTA AL GRAN CORDON

Adaptado del francés por L. P.

Ilustraciones fotográficas

Al entregar Enrique IV a la Vieuville el cordón del Espíritu Santo, como el agraciado pronunciase la consabida frase latina "Domine nou sum dignus" el irónico bearnés contestóle: "Bien lo sé, pero al condecorarte sólo he tenido en vista complacer a quien te recomendó"....

Las costumbres no han cambiado mucho desde el primer Borbón hasta nuestros días, y tan es así que no hace mucho, un padre cuyo hijo acababa de ser agraciado con la Cruz de los Vialentes, dijo a su flamante vástago: "¡Bravo, hijo mío!... y ahora que ya tienes la Cruz trata de merecerla!"...

Pero el hecho es que las condecoraciones existen y en todos los países los hombres de mérito las anhelan tanto como los que carecen de él. Podría llamárselas "los juguetes de la vanidad" y aún puede afirmarse que se distribuyen con demasiada prodigalidad; pero no es posible negar que tienen su valor real y una positiva utilidad por que excitan la emulación y la laboriosidad entre los profesionales, magistrados, militares, artistas, sabios, etc. Existen por millares los hombres que se dedican al servicio de la sociedad, cuyos méritos y virtudes públicas se deben a la esperanza de obtener una distinción honorífica de esta índole.

La Medalla de 1870

Es por esto que las condecoraciones constituyen un medio de gobierno y que todos o la mayoría de los países poseen numerosas órde-

Las Palmas Académicas

nes que les permiten distribuir recompensas en forma de cruces o medallas para los niños grandes que los hombres somos.

Se proclama en todos los tonos que los americanos desprecian estos adornos honoríficos y que cuando algún Gobierno extranjero los distingue con alguna condecoración, necesitan, para usar el distintivo correspondiente, de una ley de sus Congresos respectivos. Esta afirmación no es completamente exacta puesto que son innumerables los americanos que se desviven por una simple cinta en el ojal... e incontables los títulos y órdenes papales que argentinos, bolivianos, peruanos, etc. compran a buen precio.

En Rusia se estiman tanto las condecoraciones que un general que no llevase su pecho cubierto de ellas sería desdeñado por superiores e inferiores.

La Medalla del Salvataje

En Suiza las condecoraciones pasan desapercibidas, pero en Bélgica se las desea tanto, que un amigo de la estadística ha logrado establecer que en el país del Rey Alberto existe "un condecorado por cada sesenta y seis hombres adultos", lo que constituye un verdadero record.

El honor de haber inventado las órdenes o condecoraciones corresponde a Francia o más bien el haber modificado estos títulos honoríficos porque ellos ya existían, aunque en otra forma, en tiempo de los Griegos y Romanos.

La Roseta de la Instrucción Pública

Las primeras órdenes de caballería fueron fundadas en tiempo de las cruzadas y todos hemos leído las hazañas que en aquella época lejana y heroica llevaron a cabo los caballeros del Santo Sepulcro, de San Lázaro, los del Templo, los Hospitales de San Juan. Estas órdenes originales fueron tomadas por modelo en España y así se crearon las de Calatrava, Alcántara y Santiago y en Alemania la Orden Teutónica. Pero todas estas órdenes tenían cierto carácter religioso más o menos pronunciado y algunas de ellas eran compuestas por verdaderos monjes como las de San Juan y los Templarios de tan triste fin. De ahí es que algunas congregaciones religiosas hayan tomado tam-

Lo Medalla de los Viejos Servidores

Napoleón I repartiendo

De izquierda a derecha: Medallas de Santa Helena, Francia; de Méjico, Francia; la Cruz de la Legión de Honor, Francia; el Mérito Agrícola, Francia; la Orden de Leopoldo.—

Cruces y Medallas

Descendiendo: Orden de San Humberto, Baviera; La Estrella de Anjonan, Comores; La Orden de Cristo, Santa Sede; La Orden de Danilo I.º, Montenegro.

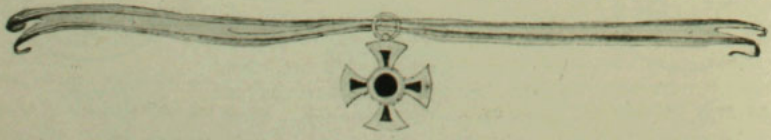
bién el nombre de "orden".

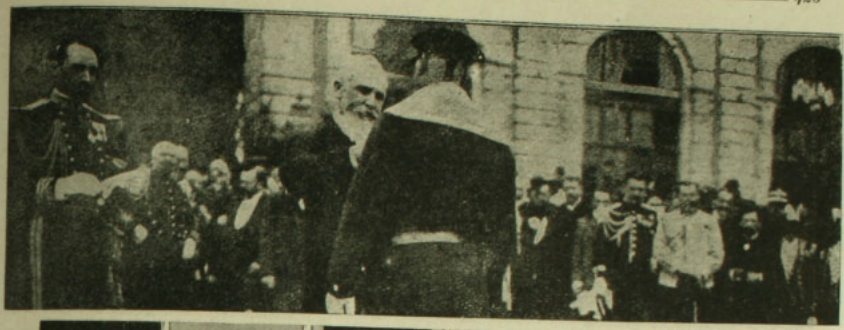
Las órdenes laicas no aparecieron sino en el siglo XVI con la de la Jarretiera en Inglaterra, la de la Estrella en Francia, etc. La de la Santa Ampolla, la de Clovis, la de Carlos Martel, Corona Real, San Luis, etc., no fueron más que recompensas militares.

Entre las antiguas órdenes francesas las más famosas fueron las del Espíritu Santo que no podían tener más de 100 miembros, la Cruz de San Luis destinada a los militares que tuviesen más de veintiocho años de servicios y la del Mérito Militar fundada por Luis XV para recompensar los servicios prestados por los soldados protestantes a quienes su religión no permitía la entrada en otras órdenes.

El cordón azul del Espíritu Santo desapareció en 1896 con su último titular que fué el Duque de Nemours.

Napoleón y la Restauración fundaron todavía algunas órdenes. La más codiciada de todas y la más importante es la Legión de Honor creada por el Emperador. Tanto en Francia como en el extranjero el caballero u oficial de la Legión





M. Loubet condecorando a un marinero

De izquierda a derecha: Las medallas de la Cliura, Francia; Del Mérito Civil, Suecia; La Orden de la Espada, Suecia; La Orden de los Serafines, Suecia; Del Báltico, Francia; De San Joaquín, Sajonia.—De alto a abajo: El Mérito Civil, Sajonia; La Corona, Sajonia; La Medalla de Honor, Sajonia.

de Honor es admirado y respetado. El gran maestre es siempre el jefe del Estado y es administrada por un gran canciller, un consejo de diez miembros y un Secretario General de la Gran Cancillería. El Gran Canciller es depositario del sello y somete a la firma del Gran Maestre los nombramientos propuestos al Consejo, firma los diplomas y preside el Consejo.

La Legión de Honor tiene cinco clases: Caballero, Oficial, Comendador, Gran Oficial y Gran Cruz, cuyos distintivos se diferencian sólo en ciertos detalles. Los reglamentos de la orden limitan a 400 el número de oficiales, a 1,000 el de los comendadores, a 200 el de los grandes oficiales y a 80 el de las grandes cruces, pero estos límites son muy elásticos como es también elástica la disposición que prescribe que no se puede ser nombrado caballero de la Legión de Honor sino después de 20 años de servicios civiles.

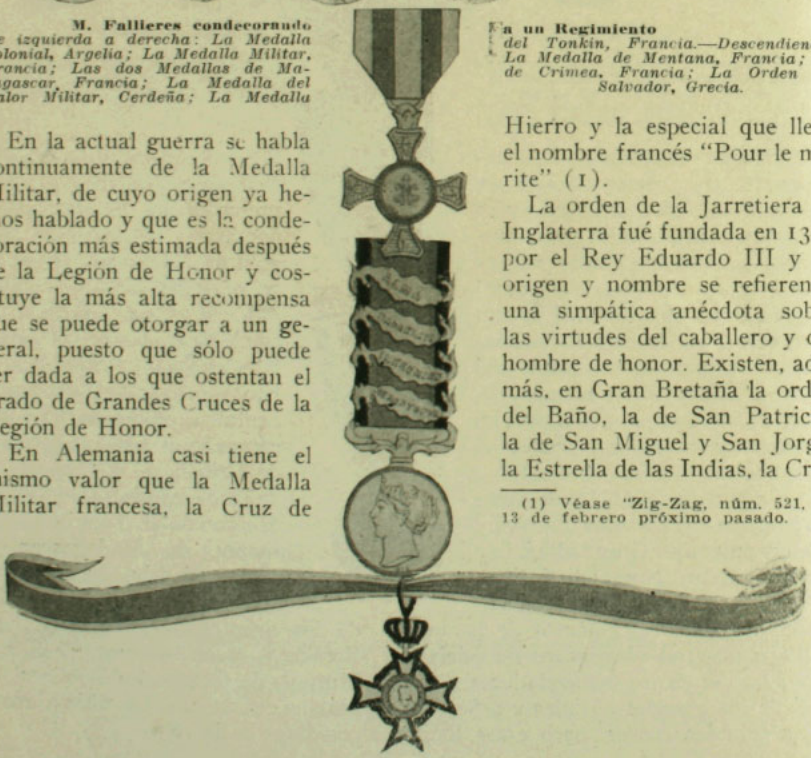
Existen en Francia otras condecoraciones: las Palmas Académicas (2 clases) el Mérito Agrícola (3 clases), las medallas conmemorativas de campaña y batallas, como las de Crimea, el Báltico, de Cerdeña de Clinia, de Méjico, de Mentana del Tonkín, del Dahonuy, de Madagascar, etc. Hay, además, medallas para premiar los actos heroicos, la de los agentes de la Policía, de los Bomberos, de la Aduana, de Socorros Mutuos, de Empleados Públicos, de la Marina, etc., etc., La última medalla creada es la de 1870.

M. Fallieres condecorando a un Regimiento

De izquierda a derecha: La Medalla Colonial, Argelia; La Medalla Militar, Francia; Las dos Medallas de Madagascar, Francia; La Medalla del Valor Militar, Cerdeña; La Medalla del Tonkin, Francia.—Descendiendo: La Medalla de Mentana, Francia; La de Crimea, Francia; La Orden del Salvador, Grecia.

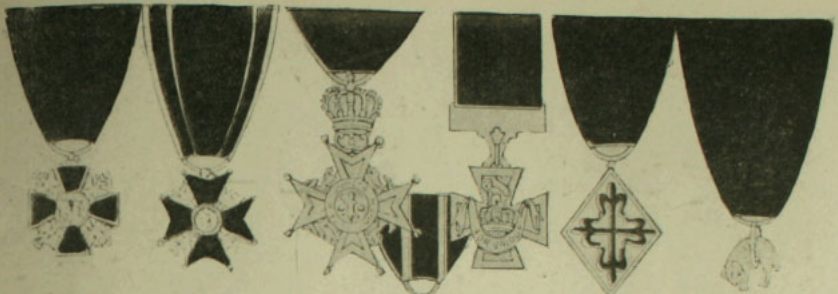
En la actual guerra se habla continuamente de la Medalla Militar, de cuyo origen ya hemos hablado y que es la condecoración más estimada después de la Legión de Honor y constituye la más alta recompensa que se puede otorgar a un general, puesto que sólo puede ser dada a los que ostentan el grado de Grandes Cruces de la Legión de Honor.

En Alemania casi tiene el mismo valor que la Medalla Militar francesa, la Cruz de Hierro y la especial que lleva el nombre francés "Pour le mérite" (1).



La orden de la Jarretiera en Inglaterra fué fundada en 1384 por el Rey Eduardo III y su origen y nombre se refieren a una simpática anécdota sobre las virtudes del caballero y del hombre de honor. Existen, además, en Gran Bretaña la orden del Baño, la de San Patricio, la de San Miguel y San Jorge, la Estrella de las Indias, la Cruz

(1) Véase "Zig-Zag, núm. 521, de 13 de febrero próximo pasado.



De izquierda a derecha: Ordenes de San Alejandro Newski y de San Estanislao, Rusia; Del Baño y Real de Victoria, Inglaterra; De Calatrava y del Toison de Oro, España.—De arriba a abajo: Orden de la Rosa, Brasil; Medalla de Honor, Italia; Ordenes de Aviz y de Santiago de la Espada, Brasil; De Hohenzollern, Prusia.—Abajo a la izquierda: San Jorge del Mérito Militar, Italia; y la de Constantino, Italia.

Roja Real, etc. En Italia se otorgan las órdenes de la Anunciata, de San Mauricio y de San Lázaro, la Militar de Saboya, la del Mérito Militar y la de la Corona de Italia, creada el año 68.

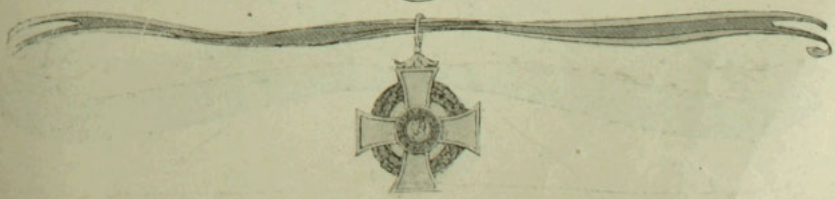
En Rusia hay la orden de Andrés, la de San Alejandro Newsky, la del Aguila Blanca, la de Santa Ana, la de San Estanislao, la de San Jorge, la de San Vladimiro y la de Santa Catalina.. El Austria premia con el Toisón de Oro, la de María Teresa, la de San Esteban de Hungría, la de Leopoldo, la de la Corona de Hierro, la de Francisco José, la Militar de Isabel Teresa y la Teutónica.

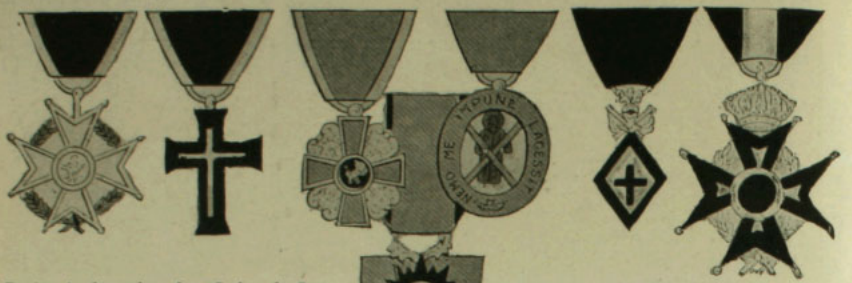
En Serbia existen la del Aguila Blanca, la de Takobo y la de Santa Sava.

En Bélgica hay la orden de Leopoldo y la Orden para el Mérito Civil.

Y numerosísimas órdenes y condecoraciones existen en la gran mayoría de los países del globo. Para historiarlas y describirlas necesitaríamos escribir varios volúmenes. Digamos sólo que ciertas órdenes, como las de la Jarretiera, Calatrava y el Toisón de Oro requieren un traje especial que sus miembros deben usar en las ceremonias oficiales.

Una orden que es difícil de obtener es la del Elefante de Dinamar-





De izquierda a derecha: Orden de San Fernando, España; De Cristo, Brasil; Del León de Zoehringen, Baden; De Chardon, Inglaterra; Orden Militar de Montesa, España; Orden de San Carlos, Mónaco.—De alto a abajo: Orden del Mérito Ciencias y Artes, Siam; De Alcántara, España; De Wasa, Suecia; Cruz del Mérito, Bulgaria; Nicham Iftikar, Tunisia; Orden de Aviz, Portugal; y de San Alejandro, Bulgaria

ca, porque no consta más que de treinta miembros y sólo se otorga a los príncipes.

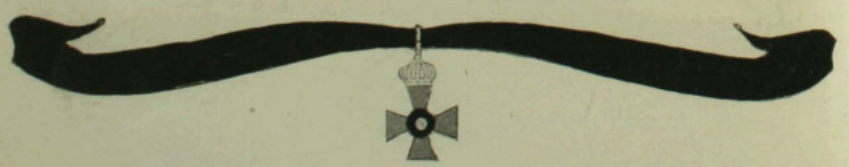
Hemos dado una breve reseña de las recompensas de que disponen los gobiernos de los países en lucha para premiar y estimular el celo de sus políticos y soldados, pero de desear sería que estas cruces, cintas, entorchados, oro, plata y pedrerías fueran a adornar los pechos de los que ganan su celebridad en las pacíficas luchas de las ciencias y del trabajo, y están alejados de la guerra y sus crueldades.

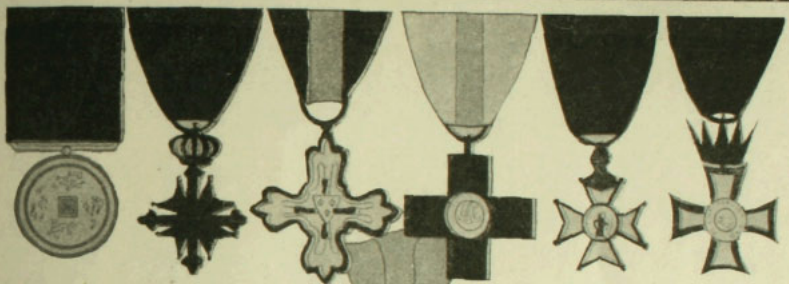
✚

Hemos hablado de las condecoraciones y órdenes militares sobre la base de lo ya existente. Ahora no estaría de más remontarnos un poco más y tratar algo sobre la causa o la razón de ser de estos premios ya consagrados por la tradición y las costumbres políticas.

En tiempos antiguos y en países cuya organización política y administrativa era rudimentaria, aún no había manera cierta de recompensar los servicios prestados a la patria y los hombres de mérito sólo podían aspirar a la exposición en público de su imagen la erección de una estatua o al elogio público hecho en la tribuna de las arengas.

En Roma se empezaron ya a distribuir coronas como recompensas, que eran de mirto, encina o laurel, según la calidad de los ser-





De izquierda a derecha: Orden de Dragón, China; De San Mauricio y San Lázaro, Italia; De San Luis del Mérito Civil, Italia; Civil de Saboya, Italia; De San Pajuin, Baviera; Del Mérito Militar, Wurtemberg.—De alto a abajo: Orden de Federico, Wurtemberg; De la Anunciata, Italia; y del Doble Dragón, China.

vicios hechos por el agraciado.

Rómpese en la Edad Media la tradición de las recompensas cívicas; pero subsistiendo el afán de las distituciones, tan propio de la naturaleza humana, nacieron las Ordenes de Caballería que acordaban a sus miembros, consideraciones y prerrogativas altamente codiciadas.

Así algunas órdenes militares llegaron a componer un núcleo de gente de influencia que eran un contrapeso, y a veces, hasta un peligro para el poder como sucedió en el caso de los Templarios.

Organizada definitivamente la sociedad, esas órdenes militares degeneran, dejan de ser una entidad activa y sólo quedan la tradición y los atributos honoríficos. Los gobernantes empiezan a ver que se necesita innovar porque hay ya muchos ciudadanos, que sirven a la Nación en diversas esferas y que también son merecedores de premio. De ahí viene la creación de las órdenes y condecoraciones modernas que en su origen

De izquierda a derecha: Orden del León del Palatinado, Baviera; La Cruz del Sur, Brasil; La Estrella de las Indias, Inglaterra; La Estrella Negra, Portugal; Nuestra Señora de la Concepción de Villaviciosa, Portugal. —De arriba a abajo: Orden de Pedro, Brasil; y Orden la de Santa Teresa, Baviera.

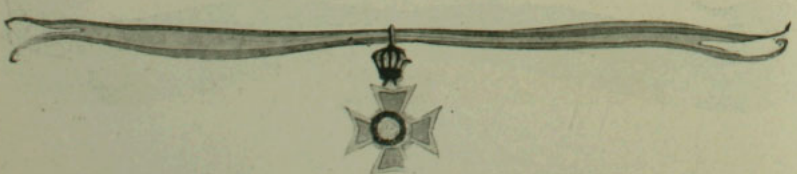
fueron asociaciones privilegiadas.

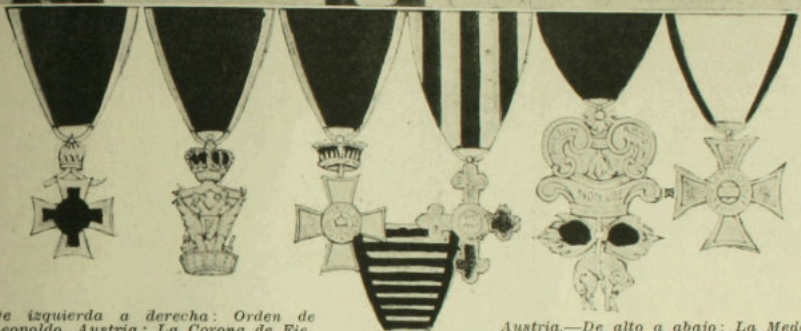
Las órdenes propiamente dichas podríamos dividirlas en civiles y militares. Cuando se concede un distintivo de esta clase va acompañado de la *condecoración* respectiva y por eso ambas palabras: *orden* y *condecoración*, se emplean indistintamente. En tiempos antiguos existía la costumbre de suspender las insignias de las órdenes de caballería con cadenas de oro; hoy esas insignias son medallas, cruces, coronas, etc. que se prenden del pecho con una cinta. Otras órdenes consisten en cordones que rodean el cuello.

✣

En nuestro país existe la Legión del Mérito instituída para glorificar la memoria del año VIII de la libertad. La Medalla del Mérito destinada a premiar los servicios prestados a Chile por los extranjeros. El último agraciado con ella ha sido el ex-Ministro del Paraguay en Chile don Fulgencio Moreno.

Ha habido también condecoraciones especiales como la medalla de oro otorgada a don Manuel Zapata y a don





De izquierda a derecha: Orden de Leopoldo, Austria; La Corona de Fierro, Austria; De San Esteban, Austria; La Cruz de Honor, Austria; El Toisón de Oro, Austria; La de María Teresa, Austria.—De alto a abajo: La Medalla del Honor Civil, Austria; Imperial de Osmania, Turquía; e Imperial de Medjidié, Turquía.

José Rojas. Existen además las condecoraciones militares correspondientes a los que pertenecieron al Ejército Restaurador del Perú, la que se repartió entre los vencedores de Yungay y Matucana, la de Bolivia, la que corresponde a los sobrevivientes del combate de Iquique, y en general, las que se distribuyeron entre los militares que tomaron parte en las diversas campañas de la guerra del Pacífico. También tenemos premios similares a las condecoraciones para recompensar los actos de heroísmo y de arrojo. Pero en general, la organización y distribución de condecoraciones se hace en Chile en muchísima menos escala que en Europa, donde ya está definitivamente establecida esta costumbre.

La felicidad en la vida modesta

Por ALBERTO EDWARDS

No sólo de pan vive el hombre. La felicidad no consiste únicamente en el equilibrio de nuestras necesidades materiales con los medios de satisfacerlas. Un carácter sombrío, un espíritu envidioso y rebelde, constituyen desgracias tan efectivas como las enfermedades y la miseria.

Se ha dicho y repetido hasta el cansancio que somos un pueblo triste. Podríamos añadir que al igual de nuestros antepasados los españoles somos descontetadizos y murmuradores. ¿Cuál es la causa de esta desgracia psicológica? ¿Por qué este desequilibrio permanente entre nuestras aspiraciones y la realidad de la vida?

Preciso es confesar que se trata de un mal humano de que no escapa ningún pueblo ni raza alguna. El mundo y la sociedad son imperfectos. La religión, la filosofía y nuestra propia conciencia nos lo enseñan. El alma humana se rebela en contra de esa imperfección, por eso no puede haber en la tierra felicidad completa. El hombre corre sin cesar en el curso de su vida, tras de un más allá que se aleja constantemente a medida que avanzamos en nuestro camino, como los mirajes del desierto.

Cuando esta tendencia del alma se aplica a la política o a la sociología en general, ella es a la vez la fuente y el origen de todo progreso, como la causa de las mayores desgracias y de los más lastimosos trastornos en la vida de los pueblos.

Todo es cuestión de equilibrio. El pesimismo por sí sólo no conduce a nada. La España, por ejemplo es de todos los países del mundo aquél en que pululan con mayor profusión los rebeldes y descontentos, y en el que alcanzan mayor popularidad hombres que dedican su vida a probar ante sus semejantes, que hay mucho de malo en la sociedad, en el mundo, en los gobiernos y en los hombres, verdad demasiado conocida para necesitar de apóstoles... ¿Qué ha ganado la España con tantos y elocuentes críticos?

Muy poca cosa... La aptitud política, que es una facultad constructora, no es lo que precisamente distingue a los españoles, los cuales por este concepto, como por otros muchos presentan singulares afinidades con la raza que produjo a Jeremías y a Shylock...

Ya en el Génesis Dios en su ira llama pueblo ingobernable y rebelde al pueblo de Israel, y en efecto su historia, tal como nos la relata la Biblia es una sucesión no interrumpida de incomprensibles revoluciones y de desastres políticos. No faltaba a los judíos ni espíritu de nacionalidad, ni fuerza de raza, ni aptitudes de otro orden. ¡Harto bien lo han probado! Pero aún hoy mismo, los judíos que tan elevada situación han alcanzado en el mundo moderno, continúan siendo los rebeldes i los ingobernables del Génesis.

Sabido es que en todos los países ellos son los capitalistas del espíritu de revolución y de trastorno, que dominan la prensa socia-

lista y anarquista, y que se puede contar siempre con ellos para impulsar cambios y y novedades de todo género así en la política, como en las costumbres y en las artes.

Se ha sostenido que los españoles son semitas y esta afirmación es sólo en parte paradojal. Por de pronto los viajeros que llegan a España o a Chile, provenientes de países en que aún se conservan las antiguas preocupaciones en contra de los hijos de Israel se admiran del gran número de personas con tipo judío, que encuentran en todas partes. Por su lado los arqueólogos han demostrado que los antiguos iberos o primitivos habitantes de España de que descienden los vascongados y navarros, fueron una rama de la raza semítica, así como pertenecen a ella los cartagineses y los árabes que más tarde conquistaron la península. Sea de ello que fuere el hecho es que el español, descontentadizo, plañidero y verboso, siempre dispuesto a aplaudir al que maldice y reniega de cuanto existe, presenta no pocas afinidades psicológicas con el israelita.

Estas tendencias de la raza provienen en mi entender de un desequilibrio entre las dos facultades intelectuales que más contribuyen a formar el carácter y el juicio. Tenemos muy desarrollado el espíritu de observación y por lo general muy poca o ninguna imaginación constructiva.

La literatura y en general el arte de los españoles lo está probando. Como observadores son realistas. Todos sus genios artísticos llevan impreso ese carácter, desde los novelistas del siglo XVII hasta los de nuestros días, desde Velásquez hasta los modernos maestros de la pintura. Se empapan de la naturaleza, aún en sus detalles más triviales, pero no saben embellecerla, ni construir nada con los elementos que ella proporciona. En parte alguna del mundo, toda proporción guardada, pululan más los escritores de costumbres, los autores de descripciones groseras a fuer de exactas, de cuadros tan admirables por su luz y su colorido, como ajenas a toda inspiración superior...

Por eso nosotros mismos encontramos pesada la literatura española y preferimos la lectura de autores extranjeros. Podemos admirar a aquello, pero no nos llenan en alma ni siquiera nos divierten ni entretienen...

Al revés, todo cuanto se diga de la falta de imaginación de los españoles me parece poco. Su literatura popular, puede ser si se quiere chispeante e ingeniosa, pero el elemento imaginativo falta en ella por completo. España es un país sin leyendas, y hasta las pocas tradiciones populares que los folkloristas han encontrado entre el pueblo español, son producto de la inventiva de otras razas. Se decía que los habitantes de las provincias vascongadas, por ejemplo, han sido incapaces de inventar un solo cuento. Los ingleses llaman "*fiction*" a las obras de literatura. En España sería ridículo llamarlas así. Ficción es precisamente lo que falta en ellas. Las mejores se reducen a un proceso psicológico desarrollado al través de algunos incidentes de la vida diaria, y su encanto reside sólo en la fuerza de las descripciones o en la agudeza del análisis. Estas tendencias del espíritu español no han hecho sino acentuarse con el transcurso del tiempo, es decir a medida que el clima, las guerras y las emigraciones han eliminado de la raza española los elementos góticos y teutones que antes la enriquecían.

Se ha atribuído por lo general el atraso e ignorancia de los españoles, el escaso o ningún contingente apuntado por ellos al adelanto de las ciencias y de la industria en los tiempos modernos. Pero ello es, sin duda, otro efecto de la falta de imaginación constructora o de inventiva, de que padecen...

De igual causa su falta de aptitudes políticas y su pesimismo gruñón.

El que observa y no sabe construir ha de ser por fuerza un demagogo, un rebelde, un crítico muy activo y un mal hombre de estado.

Observa las desperfecciones de la sociedad humana y se subleva contra ellas. Pero derribando aquello, no sabe imaginar lo que viene detrás, aún cuando tenga a la mano los elementos necesarios para producirlo.

Un espíritu así, no puede ser exacto ni práctico. En lugar de la más útil y fecunda de las facultades humanas, en el sitio de la imaginación, tiene una nebulosa, una verdadera olla de grillos. No sabría decir a punto fijo lo que desea y espera, en qué forma se ha de producir la mejora que busca. Maravilloso cuando observa y critica, comienza a balbucear cuando propone algo... Ni en España ni aún en Chile hay discursos magistrales sino de oposición... Ya mi ami-

go don Francisco Antonio Encina lo ha observado, al analizar nuestros parlamentos.

Se trata por ejemplo de lo que se ha dado en llamar entre nosotros la oligarquía...

¡Soberbia palabra! Difícil es definirla con exactitud.

Nuestra constitución es democrática. El pueblo no sólo posee constitucionalmente el derecho de elegir a sus representantes, sino que prácticamente posee la libertad necesaria para ejercer aquel derecho. A pesar de eso el poder reside en el hecho en las gentes ricas o linajudas de Santiago... Esto se llama la oligarquía...

¿Cuál es hoy día su fundamento? Algo hay en ello de tradición, pero mucho más de la poderosa influencia del dinero. Si en Chile gobiernan los ricos es porque tienen *cómo comprarse* la voluntad de los pobres. Para precisar los términos, combatir a la oligarquía sería combatir el cohecho electoral.

Probar los inconvenientes de este régimen y su inmoralidad es una tarea bastante fácil. El cierra la puerta de nuestras asambleas legislativas a muchos hombres con preparación, honradez y patriotismo y les abre a otros sin más mérito que el de tener fortuna; corrompe y critica al pueblo; tiende a convertir a la representación nacional en una especie de negocio, etc., etc... ¡Qué hermoso libro se podría escribir sobre todo esto! Con un poco de observación y de ingenio no sería difícil demostrar que todos nuestros males, desde la desorganización de los partidos para abajo provienen de ese fundamento del régimen oligárquico que se llama cohecho electoral...

Hasta aquí la obra de la observación y de la crítica. Lo que existe es malo y por tanto es preciso destruirlo... El resultado de nuestro trabajo ha sido puramente demoledor... Pero destruído aquello. ¿Qué nos quedará?... ¡Jauja! nos grita la ilusión humana... El buen sentido no se satisface, sin embargo, con esa respuesta.

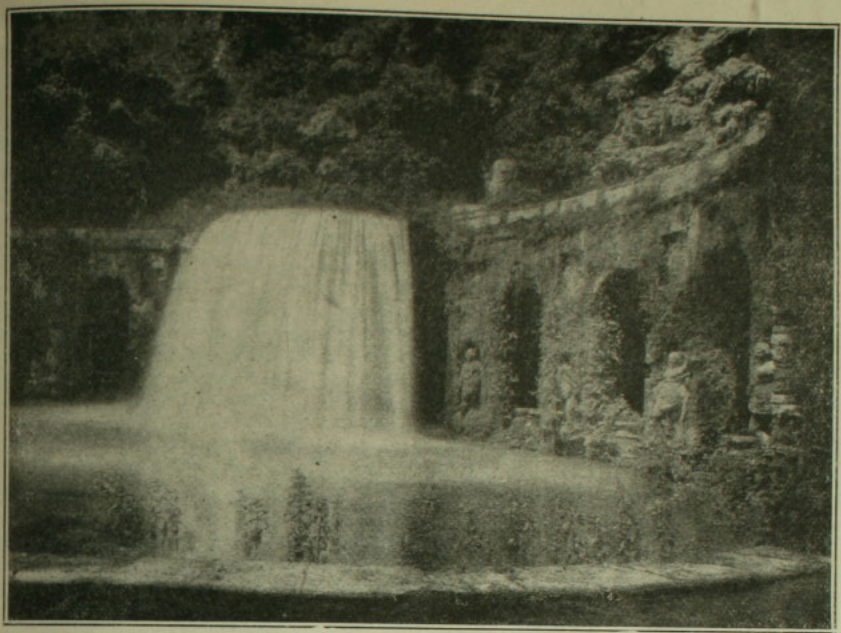
Para obtener otra más exacta necesitamos apelar a un proceso de imaginación constructiva. Los materiales abundan. No todos los diputados y municipales son elegidos por medio del cohecho; hay algunos que obtienen su representación por voto espontáneo y gratuito del pueblo... ¿Son esos los mejores? ¿Son más morales, más disciplinados, más consecuentes con sus principios, más desinteresados y honestos? En otros términos, la masa de los cohechados, entregada a su libre inspiración, ¿tendría mejor concepto de los ideales del país, eligiría mejor que la masa de los cohechadores?

Cuestión considerable. Para resolverla el buen sentido tiene que ser iluminado por la imaginación, forjar mentalmente el porvenir con los datos que se tienen a la mano. Precisamente porque nuestra raza es poco apta para trabajos de esta índole, sufre en política tantas caídas y desengaños.

Sabido es que en España y en los pueblos de origen español, la opinión pública se complace en repetir con los hombres y los partidos el juego del viejo rey Tarquino con las altas cabezas de Roma. No se mantienen entre nosotros esos grandes prestigios que tanto han contribuído en Inglaterra, en Alemania, en Estados Unidos, a las obras de progreso y de transformación social. Si aquí tuviéramos un Bismarck, no pensaríamos sino en derribarlo en espera que tras de su caída tendríamos algo mejor.

Este es otro efecto de lo mismo. El sitio de la imaginación, que tenemos vacío, lo ocupa la ilusión... Tras de esta imposible es que no venga el desengaño...

¡Ah! si pensáramos a cada momento que en este mundo no reemplazar lo perfecto a lo imperfecto, sino que en la historia se suceden siempre los diversos mátices de una imperfección congénita con la humanidad... Si imagináramos lo que va a levantarse tras de cada ruina... Cuanto habríamos progresado en el camino del buen sentido político, que siempre tiene algo de censurador.



Una fuente hermosísima en el jardín de la villa d'Este

Primera ojeada sobre Roma

Por

J. DIAZ GARCES

Ilustraciones fotográficas

Cuenta Heine que cuando llegó por primera vez a la frontera de Francia oyó también por la primera vez de su vida hablar francés, y como hasta entonces no conocía de este idioma sino las fábulas de La Fontaine, que había aprendido de memoria y recitado desde la escuela, al escuchar la charla de los funcionarios de aduana, le parecía que ya hablaba el zorro, ya el cuervo, ya el asno, ya el león. Cierto encanto ingenuo como el que brota de esta observación, gusté al llegar a Roma. Yo no había oído hablar italiano sino en el teatro, y me parecía escuchar a Clara Della Guardia cuando la camarera toscana del hotel me afirmaba que no podía abrir mis maletas; y a Novelli cuando el mozo me pedía la hora en que debía subirme el desayuno. Oí hablar al portero por teléfono y me pareció que asistía a un monólogo de Praga o de D'Annunzio. Desvanecida pronto la ilusión infantil de estas primeras horas de Roma, he seguido sintiendo de tal manera la dulzura de la voz de las romanas, que he encontrado siempre musical y hasta seductor el tono con que en la mañana de los sábados, la sirvienta me anunciaba la llegada de la cuenta semanal.

El azar me dejó ese primer día de mi lle-

gada a Roma en pleno corso. Yo miraba la calle recta, larga y estrecha que va desde los andamios colosales del monumento a Víctor Manuel en la Plaza Venecia, hasta el obelisco de la Plaza del Popolo. La seguía con todo el recogimiento y la intensidad posibles, y me decía con voz solemne: "*estoy en Roma*", y esta palabra Ro-ma la dividía en dos sílabas para gustarla pausadamente; pero me sentía frío. nada respondía dentro de mí, el corazón no me latía más aceleradamente, y hasta algo en el fondo de mi espíritu parecía sonreir de mala manera.

Comencé a andar: un ómnibus venía ruidosamente a mi encuentro; era un carro enano, tirado por dos caballos enanos y dentro del cual los pasajeros se veían gigantes. La vitrina de un almacén de modas me muestra un par de vestidos mal hechos y algunos sombreros pobremente armados. Otra exhibe una colección de tarjetas postales, al bromuro, de una alta cursilería amorosa, y con tal detonación de colores que parecía segura la inflamación de los corazones blandos a los cuales estaba dedicada. Sigo adelante y veo un gran almacén con centenares de cuelgas de rosarios de vidrio, de corales, de madera, de pepas de guinda, de nácar; montones de medallas de níquel, de aluminio, de plomo, de cobre, de plata y de papel marcado; y centenares de retratos de Pío X de pie, sentado, andando, sobre la silla giratoria, sonriente, triste, joven, anciano. Más allá se ostentan malas copias en alabastro o en migas de pan, de las Venus, Dianas, Niobes, Ninfas, Bacos y Apolos, griegos y romanos. Una chochara de ojos verdes se me planta delante y hace además de meterme en el ojal de la americana, un ramillete formado por un pensamiento y dos violetas.

Entretanto marcho por el medio de la calle como todo el mundo, porque la vereda estrecha está ocupada; y como unas veces un vehículo me hace buscar refugio en ella y de ella soy expulsado por los codazos de un transeunte inmediatamente, voy marchando con cierta elegancia, dando un paso sobre la vereda y otro sobre la calzada. Recuerdo en ese momento cierta devota de Chile que para contraerse a sus devociones y enternecerse con las palabras del predicador, se daba pellizcos en los albos brazos; y yo trato en el acto de torturarme con reflexiones vejatorias para mi sensibilidad. "París te ha corrompido—me digo—y ahora tu espíritu está seco. Eres realmente lo que se llama un espíritu seco. Ya no vas a poder vibrar con las emociones intelectuales y artísticas. Andas buscando aquí muchachas con los ojos y los labios teñidos; pero mira al frente: ve qué efecto encantador forma esa hilera de seminaristas vestidos de rojo, que parecerían cardenales si no fueran tantos, tan jóvenes y con los ojos tan modestos. Mira al otro lado esos cuatro capuchinos que van sin sombrero ni birrete, como quien dice de confianza, con largas barbas negras y reflejando en sus cerquillos lustrosos la luz de la tarde que comienza. ¿No te evoca nada todo eso?"

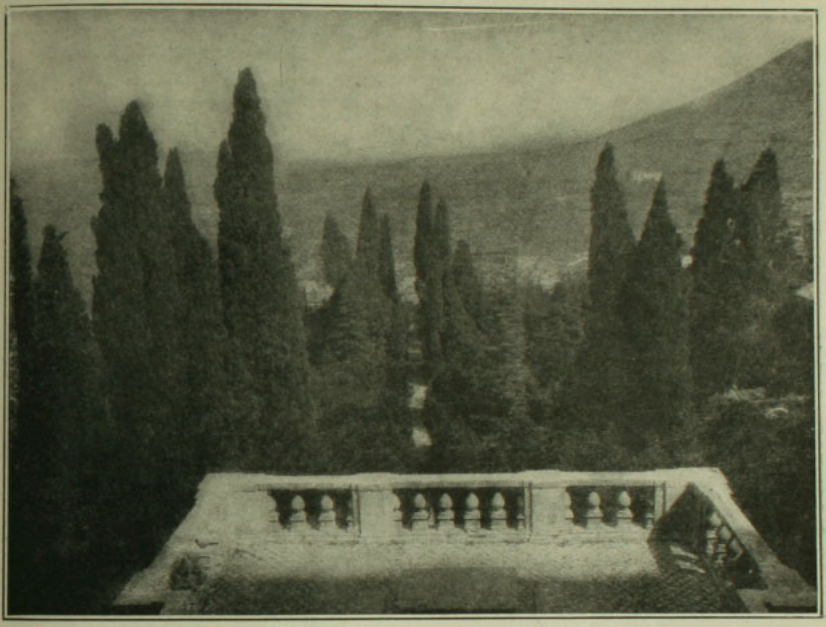
A decir verdad, no me evocaba nada. Como hacía calor, mucho calor, y la calle era estrecha y poco ventilada, la atmósfera se hacía pesada, y un olor acre, mezcla de caballo, de turista, de soldado, de capuchino y de señora, turbaba el curso de mis ideas sin dejarlas remontarse. "Esta es la Ciudad Eterna fundada por Rómulo y Remo, y estas mujeres que pasan y que transpiran bajo un sol africano, son descendientes de las Sabinas".

Esta reflexión, contra lo que esperaba, en vez de ponerme grave, melancólico y filósofo, me hizo sonreir nuevamente. Entretanto, codazo va y codazo viene, saltando de la vereda a la calzada y de la calzada a la vereda, me encuentro en una plaza no muy extensa donde una columna semejante a la de la Plaza Vendóme se alza y una gran pila de piedra deja caer un chorro de agua. Una gran muchedumbre está de pie, en grupos, como en un meeting que comienza a formarse y donde se murmura y habla a media voz mientras los oradores llegan. ¿Qué hay? Nada. Desocupados que charlan. ¿Y esa columna? La de Antonio Pío. Bien; comienza la historia. ¿Y sobre ella? San Pedro. Espléndido. Este Gobierno es más tolerante de lo que se cree en mi tierra. Pero la emoción no llegaba. Una cantidad de vendedores de periódicos pasan gritando con voz alarmante: "Tribuna" cuarta! "Giornale D'Italia"! "Avanti"! Este último grito lo emiten en una forma tan enérgica, con una voz tan bien timbrada y un gesto tan oratorio, que me detengo a mirarlos. He aquí algo que salta a la vista dos horas después de estar en Roma; si en París mandan las mujeres, ésta evidentemente es una ciudad donde mandan los hombres. La mayor parte

muestra excelentes figuras, la mirada algo insolente, la cabeza bien colocada sobre los hombros, marchan bien y sólidamente. Un coracero del Rey pasa; un gigante que se eleva sobre todos con el gran casco dorado, hermoso y arrogante como un hércules antiguo. Sorprendo miradas femeninas fugaces y oblicuas que él parece recibir como el justo homenaje que se le debe porque ha sido elegido en toda Italia y es un sér con una talla única, y con las demás condiciones de un coracero perfecto.

La tarde comienza a caer. Al través de las dos líneas rectas, rectísimas, que limitan hacia arriba la calle, a ambos lados, veo la gradación de luces crepusculares en el cielo, desde el rojo intenso hacia la Plaza Venecia, hasta un celeste verdoso hacia la Plaza del Popolo. Ya no es la luz cenicienta de París sino una clara y transparente semejante a la de Chile, tal vez más fuerte.

Luego principian a desfilar las damas que entran y salen de las tiendas; pero que, en general parecen pasearse. En pocos momentos observo que mientras la parisiense tiene los tobillos y las muñecas delgadas, la cabeza, las manos y los pies pequeños, la romana va generalmente apoyada sobre dos columnas sólidas que descienden desde las fuertes caderas, espaciosas como capiteles antiguos, hasta los pies pesados, pero que son la base proporcionada del armonioso y robusto edificio. La parisiense va a todo escape y con pasos cortos, mueve todo el cuerpo y marcha inclinada hacia adelante, ciñendo el vestido a las piernas; la romana camina lentamente, majestuosamente casi, con la cabeza muy levantada pero que mueve con perezosa languidez; la impasibilidad apenas sonriente de su rostro y la larga pero tranquila mirada con que enfoca al transeunte, tiene algo de negligente y de tenuemente escéptico; el vestido es apenas levantado o cae porque parece no tener fuerzas para sostenerlo. Ya no veo las pequeñas narices arriscadas, ni las bocas diminutas contraisos y lisos. Una vidriera indiscreta me confirma sobre ciertas proporciones: una gran vidriera en que cuelgan guantes y medias y se alínean zapatos femeninos; todo con dimensiones varoniles. Pero algo de esa primera hora de Roma me deja un recuerdo imborrable: la voz, siempre esta voz de contralto, gutural, cariñosa, amable, que revela

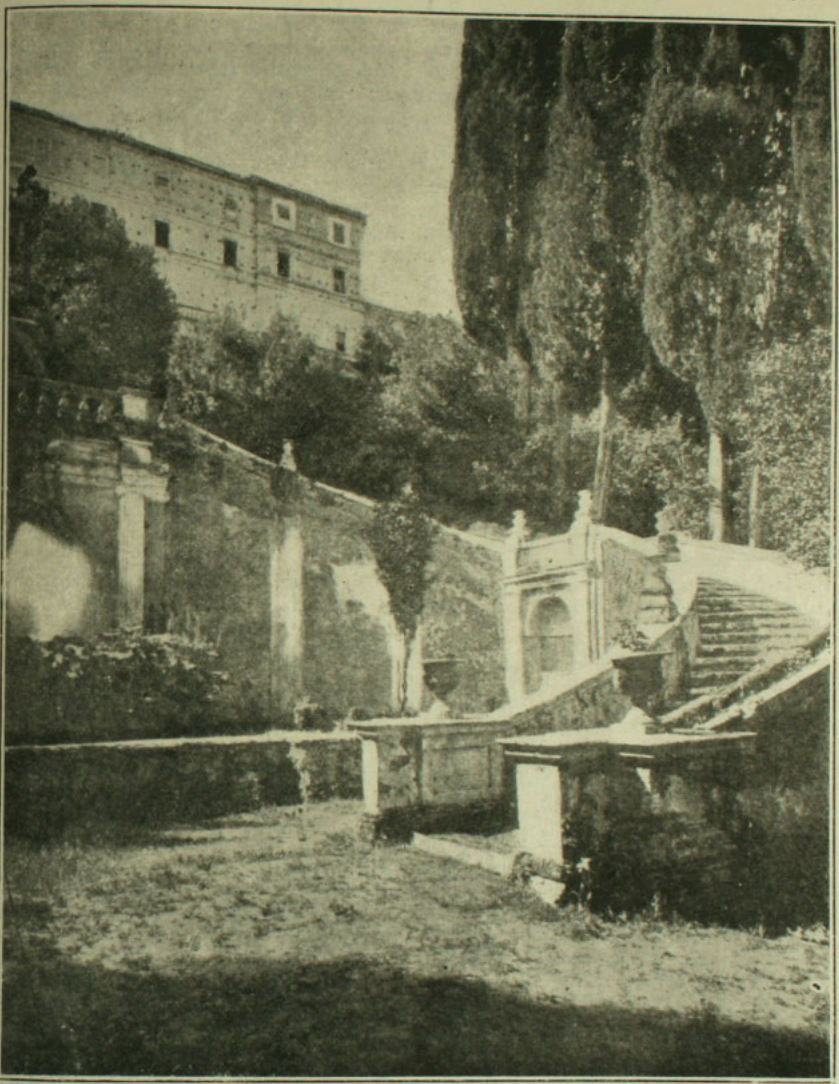


Vista desde la terraza de la villa d'Este, Tívoli

Templo de Vesta, Tívoli

firma sobre ciertas proporciones: una gran vidriera en que cuelgan guantes y medias y se alínean zapatos femeninos; todo con dimensiones varoniles. Pero algo de esa primera hora de Roma me deja un recuerdo imborrable: la voz, siempre esta voz de contralto, gutural, cariñosa, amable, que revela cierto cuidado en modular las palabras y hacerlas musicales.

La tarde se obscurece, las tiendas se alumbras, el corso se puebla, las entradas de las estrechas callejuelas que desembocan en él permiten ver sombras de transeuntes arrimados a los muros, aliviandándose de la



Escalinata en el jardín de la villa d'Este, Tívoli

carga del camino sin pensar en Vespasiano ni colocarse bajo su techo pudoroso. Regreso al hotel con mi emoción aún virgen, resuelto a probarla al día siguiente.

Un rayo de sol más brillante y caliente que los que he sentido antes, penetra por el tragaluz de la pieza y me obliga a levantarme muy de mañana. Otra vez estoy en el corso. La calle me parece más ancha que en la tarde anterior y las fachadas se me presentan a plena luz. Todos los edificios terminan en un cornisón saliente y recto; nada de techos elevados, ni de mansardas; nada que

haga recordar la nieve; estos son los dominios del sol. Un palacio, otro más y otro y otro; la estrechez de la calle los hacía desaparecer en la penumbra de la tarde anterior; pero ahora los veo severos, simples, con grandiosidad de estilo y de líneas, amenazantes casi con los pesados muros y la cornisa que avanzan hasta media calle: Doria, Odescalchi, Schiarra, Chigi y otros pasan. Sin sentir la distancia, desemboco en la Plaza Popolo, entre dos iglesias gemelas que terminan las dos esquinas del corso: al frente una gran puerta triunfal delineada por Miguel Angel en los muros de Aureliano; a la izquierda una fontana monumental; al centro un obelisco, y a la derecha un macizo de verdura, entre la cual asoman edificios, estatuas y columnas con proas de buques, forman una de las más hermosas plazas.

Esta verdura es una de las colinas de Roma: el Pincio; y como quiero salir de la caja en que he estado encerrado, subo por una avenida, bajo un sol de fuego, mientras en la plaza un organillo toca un vals y un barítono callejero lo canta con tono sentimental.

Salgo a un jardín con grandes grupos de árboles, bajo los cuales numerosos bustos de mármol toman la sombra del reposo inmortal: lo encierran en un marco simple y grandioso, una terraza en forma de anfiteatro que avanza sobre la ciudad.

De un golpe, con la sorpresa que puede producir un estampido, se me presenta a la vista con la grandiosidad de una visión, un cuadro que había soñado mucho, que tenía dormido en el fondo del alma, que alguna vez, no sé cuándo había visto como en este momento lo veo. El temblor que me sacude me hace tender la mano como un ciego, hacia la balaustrada, para buscar apoyo antes de llegar a ella, y en seguida me inclinó sobre el gran balcón, apoyo la cabeza entre las manos y me lanzo con toda el alma a ese mar de color, de luz, de sombras, de manchas, de siluetas y contornos que conozco pero que me parecen nuevos, que son nuevos pero que me parece conocer. El cielo intensamente azul; la lejana línea de cerros verdes donde una estatua evocadora se levanta; una gigantesca cúpula bañada por el sol que se eleva como un globo de luz con una cruz encima; el océano de masas cuadradas, limitadas a todos lados por líneas y planos horizontales y verticales en viva luz o en sombra negra; el centenar de domos, campaniles, torres, miradores, azoteas, perdidos en bruma ligera o desnudos a pleno sol; y otras moles grandes, imponentes, que voy a saber lo que son, pero que no quiero aún saberlo; y otras sombras, sonidos y rumores que flotan en el aire, que me sacuden y me envuelven; todo esto y mucho más que veo o que creo ver en ese intenso minuto, en ese siglo de emoción, me dicen que estoy delante de Roma y bajo su aplastadora sugestión, y siento que del suelo generoso sube al través de mi cuerpo un calor que derrite mi prosaísmo y me abre un horizonte infinito de espiritualidad.

Me parece sentir en la parte superior de la nariz una pequeña opresión, y en los extremos de los ojos, cierto escozor. ¿Voy a llorar? No seas cursi, viajero que vienes de París y has encontrado en el corso un ómnibus enano, cuatro capuchinos sin sombrero y señoras con los tobillos gruesos. No seas cursi! Las calles de Roma están poco limpias y un sud-americano debe ante todo ser un hombre con un gran sentimiento edilicio!

Doy la espalda al gran espectáculo, y me entretengo en mirar una nodriza romana que avanza bajo los árboles con un pintoresco traje de campesina, como una gran mancha roja: trae el corsé sobre el vestido, enormes aretes de oro en las orejas y da su gran pecho tostado al chico hambriento que hace sonar los labios ávidamente.

Esto me recuerda que no he tomado desayuno y desciendo hacia el corso.

Pero desciendo con Roma, y en Roma; no en el Bedecker y por el Bedecker, sino más adentro.

¡POBRE FEO!

(TRISTE HISTORIA DE UN FEO)

Tierna lectora:

Estos fracmentos son auténticos: pertenecen a una serie de cartas escritas por dos primas mías que con su madre viven en Valparaíso, en una casa de pensión. Apenas si he tenido que corregir las de mi primita Luisa, cuya instrucción no basta para ofreceros lectura fácil, respetuosa de vuestra gramática y de vuestro buen gusto. Si sois frívola, superficial, indolente, no la leáis, que casi nada os dirán.—o leedlas sólo para reir con la inconsciente crueldad de la pequeña Luisa.— Pero si merecéis el adjetivo que os doy en el tratamiento, si tenéis un corazón abierto al dolor y a la ternura, las cartas de mis primas, en medio de su comicidad terrible, no os permitirán reiros sin que la risa, después de florecer en vuestros labios, caiga, como un clavel dolorido, en ofrenda piadosa para aquellos a quienes un designio incomprensible de la Naturaleza parece haber condenado a retorcerse los brazos en la soledad.

Como mi prima Isabel, acaso también vos hayáis encontrado en vuestro camino un *José*. Son muchos los que por ser muy feos, muy tímidos y muy débiles, se consumen en su sed infinita de ternura, en su hambre de amor que nunca una bella saciará, sufriendo la crueldad suprema del vientre monstruoso que los concibió débiles y desarmados ante la Mujer y ante la Vida.

DE ISABEL

...Sé a quién te refieres, a quién se ha referido Luisita en la postal que te ha escrito. Eso es un absurdo. Es verdad que... (me da vergüenza decírtelo)... es verdad que el señor ese demuestra más que simpatía por mí; pero... yo no tengo la culpa, yo jamás le... ¡Bah, protesto de la infamia, eso es: no necesito explicarme, defenderme; protesto, simplemente!

Y no te rías. Estoy enojada de veras. Si conocieras al tipo, me darías la razón. Siento no tener un retrato suyo, para que lo conozcas y comprendas mi rabia. Voy a procurar hacértelo. Es de una fealdad que desconcierta. Figúrate un muchacho muy largo, muy largo y con esa flacura del adolescente que ha dado un estirón después de unas fiebres. Tiene la frente acartonada, estúpida; las mejillas, como cuevas al pie de dos pómulos que son dos juanetes. Las pestañas—¡qué horror! — son plomizas, y sobre su piel, plomiza también, parece que se desmayan los labios blancos, arrugados, fofos... ¡Quién sería capaz de darle un beso!...

DE ISABEL

...¿De veras te interesa el personaje? Lo que no consiento es que me digas "dame cuenta detallada de tus amores con él". No me molestes. Bien está que como literato te intereses por esta clase de tipos, son muy curiosos; pero no me ofendas, déjate de picardías con tu prima...

Apareció José,—así se llama,—el domingo último. La dueña de la pensión nos lo presentó a la hora del almuerzo. Ya después del primer plato, tenían todos deseos de aludir al "nuevo". Aurelio, un pensionista muy burlón y muy divertido, fué quien rompió el fuego.—"Usted es bien alto",—le dijo. José, sonrojado, trinchó el *beefsteak* y tuvo la ingenuidad de responder, manso y todo confundido: — "Desde niño prometía yo ser muy alto".—"Y ha cumplido usted su palabra",—le contestó Aurelio.

Con esto, ya te imaginarás risas en las galerías.

Luego vino un silencio. Todos nos mirábamos, conteniendo la risa; y él, más encarnizado con su *beefsteak*. Pero nos había quedado gana de reir y recurrimos a decir chistes. Chistes sobre los sirvientes, chistes sobre los guisos que nos da misiá Lo-

reto, chistes sobre todo y a propósito de todo. ¡Y qué desabridos!... ¡Y cómo nos reíamos, sin embargo! El también se reía; y nosotros, al verlo tan inocente, ¡más risa!

No era para menos. ¡Infeliz!

Después de almorzar,—tú sabes cómo se murmura en las casas de pensión los domingos después de almorzar,—discutimos el nombre que le pondríamos al "nuevo". Que "camello", que "escalera de boticario", que "bambú", que "escape de gas"... Decidimos ponerle "bambú", por ser de Aurelio la ocurrencia, del ocurrente de la casa. "Bambú" da la idea de su altura escandalosa y de su terrible delgadez, cierto; pero él es descoyuntado, lacio. Parece más bien una tripa, por su color de grasa, por su cuello elástico que se alarga y se encoge. Tiene también una manzana de Adán como una rodilla de Don Quijote y, además, es de un aire huraño, ensimismado, tristón.

No sé, no estoy conforme con el apodo. Pero se lo puso el payaso de la casa. ¡Qué rabia! ¿Por qué será, primo, que cuando una persona con fama de graciosa dice algo, aunque ese algo le resulte desabrido, todos se lo celebran?...

DE ISABEL

...Sí, primo; sí, curioso; me hace el amor. Precisamente por eso no te he escrito estos días. Estoy irritada, furiosa; no quisiera oír hablar de él. A no ser porque te he prometido contarte... En fin, ¿qué te diré?... ¡Qué me carga! No me dice nada, no. Es muy tímido, parece de esos seres solitarios que se sienten mal en sociedad. (¡Y tiene razón!) Pero me mira, me mira, me mira, con ojos de perro humilde que implora de su amo una piltrafa. Es desesperante. Yo debo de ponerle cara de hiena; porque se va, entonces, con un gesto de tristeza profunda, con los brazos colgantes, más feo que nunca. ¡Imbécil, camello, qué se habrá figurado!

No estoy de humor, no te digo más hoy...

DE LUISITA

...Yo te escribo porque Isabel no quiere escribirte hoy tampoco. ¿Será tonta? Está furiosa con lo de Bambú. En lugar de hacerle caso, para reirnos un poco... Pero yo te escribo, porque se me figura que de esto vas a sacar tú alguna novela... Ya tengo mucha confianza con él; hemos peleado y todo. Anoche me contó un pensionista que una vez le dieron a Bambú con la puerta en las narices y que, con el golpe, la nariz, como es tan puntiaguda, se le quedó clavada en la puerta. Yo le pregunté a él si era verdad esto y se enojó conmigo. Pero al poco rato nos pusimos bien, porque yo le estuve contando a qué paseos va siempre la Chabelita y qué dulces le gustan más. Entonces me llevó a su cuarto y me regaló una docena de postales preciosas. No tiene un santo en las paredes, ni siquiera un Corazón de Jesús, que lo tienen hasta las puertas de calle. Qué raro, ¿no? ¿Será masón? A la cabecera de la cama tiene un retrato de su mamá en un marco antiguo de esos que dan miedo. Igual, pero lo que se llama igual a él era la vieja. ¡Pobre! No quiero burlarme de ella; no se juega con los muertos...

DE ISABEL

...Tienes que reprender a Luisita. A costa de ese infeliz, está dando espectáculos que serán todo lo cómodo que se quiera, pero algo tristes, muy desagradables. Anoche me dió mucha lástima lo que pasó. El pobre Bambú, que ha adoptado una jovialidad melancólica delante de mí, aventuró no sé qué galanteos y no sé qué preguntas, como tratando de saber cuál era mi ideal de hombre. Luisita, indignada, la muy pícara, le dijo:—"Es usted capaz de creerse buenmozo!".

Jamás, jamás se ha figurado él tal cosa; yo te lo aseguro: ve que a cada instante tropieza la frente contra las lámparas; sabe que sus orejas atortilladas sobre el cráneo, y con puntas, como si se las hubieran pellizcado al nacer, son indecentes; reconoce que su garganta de tripa enrollada se asoma como el badajo de una campana por el cuello de la camisa,—porque usa unos cuellos... para sacarlos abrochados y con camisa y todo por encima de la cabeza;—no ignora, en fin, que ni sus escuálidos brazos que moldean los codos en las mangas, ni sus pies enormes y planos, ni sus inverosímiles canillas son prendas de belleza.

Pero volvamos al relato.

—"Mírese al espejo", — agregó Luisita. Humillado, mudo, se desplegó él de su asiento, como algo dobladizo, y se fué... Al pasar frente al espejo, se miró a hurtadillas.

rápidamente. Yo vi también su imagen reflejada: aquel talle de niño, aquellas piernas sin fin: una albóndiga montada en un compás. ¡Qué crueldad de la Naturaleza!

—"Han visto!—dijo Luisita. — Tiene la facha de un reo, una cabeza de asesino, con ese pelo cortado a lo perro".

Debes reprender a esta chiquilla. Así como es capaz de hacer comparaciones, es capaz de comprender lo que hace. A mamá ya no le obedece...

DE LUISITA

...Tú creerás, primo, que un tipo tan flaco ha de comer muy poco. Te equivocas. Deja los platos limpios. ¡Qué apetito tan extraordinario! Si casi suspira más por la comida que por la Chabelita... ¡Ah, y hemos sabido que al infeliz le estorba su largura hasta en la peluquería! Dice Aurelio que hoy lo vió cuando le estaban cortando el pelo y que el peluquero, para poder alcanzarle a la cabeza, lo había tenido que sentar en el suelo.

¡Y no quieren que me ría!...

DE ISABEL

..He tenido que reirme por fuerza, Luisita le ha dicho que me gusta mucho el piano. Sabe tocar y—cosa rara—él, tan pavo, tan lánguido, lo toca todo con un airecito jovial, todo rápido, picadito, coquetón, como salpicando apenas los dedos (¡sus dedos!) sobre las teclas...

...No dejes de reprender a Luisita. Se ha propuesto desesperarme. Le da cuenta de todos mis gustos y aficiones, y ahora tengo al muy... "Bambú" amoldándose a mi horma. Y lo peor es que los pensionistas me crucifican a bromas, *por mi poder seductor* (!)...

DE LUISITA

...Ya lo domino. Vieras tú cómo lo manejo. —"José, desdóblese".—Y él se eleva de su asiento, como si fuera una de esas tiras con vistas de ciudades.—"Pliéguese". —Y él se vuelve a sentar. No se molesta; se ríe. No le queda más remedio. Si está mal conmigo, no sabe el parecer de la Chabelita sobre sus tonterías...

DE ISABEL

...Había dejado de escribirte por no considerar de importancia los acontecimientos. Pero se han ido sucediendo unos tras otros y han formado, por su cantidad, un conjunto considerable, alarmante, digno de que te lo cuente.

Te he dicho alarmante y es verdad. Créeme, por momentos tengo miedo. Ese hombre me va pareciendo capaz de todo. Lo soporta todo por mí. ¡Qué tenacidad! ¿Cómo es posible sufrir tanta insolencia de Luisita, tanta indirecta de los pensionistas y perseverar en un propósito que yo de mil maneras le manifiesto ser descabellado? Sí, primo, te lo juro, estoy alarmada. Me obsequia cuanto considera de mi gusto. Ayer me trajo castañas en almíbar; el sábado, una mata de crisántemos. Y he tenido que recibirle los regalos: ante las sátiras de los demás, se me hizo duro desairarlo. El caso es que me tiene loca. Ya te he contado que toca el piano y que lo toca muy a menudo ahora, por saber que a mí me gusta la música. Pues hasta en esto, por agradarme, me produce más alejamiento. Imagínate: al preguntarme qué deseo escuchar, me entona las melodías... ¡y con esa voz de fuelle, insonora, que sale de su boca lívida con expresión de fatiga! Es terrible, me causa malestar.

Otra: lo encuentro en todos los paseos, muy enflorado, muy elegante. (Eso sí, nunca se ha vestido mal, aunque nada le sienta, al pobre.) Y siempre asediándome y cargándome... y haciéndome sufrir con la compasión que me causa. Ahora se empolva, se afeita diariamente, se hace *toilette*. ¡Infeliz! ¿Puede una imaginar un espíritu simpático, un espíritu de coquetería en la vaina de un sable? Ya no se muestra con aquel continente lánguido y melancólico; se ha hecho locuaz, alegre. Y no sé de dónde ha sacado un inmenso repertorio de refranes y proverbios: "El ha decidido radicarse en Valparaíso porque ha vagado ya mucho y *piedra que rueda no cría musgo*; porque ha de ir pensando en el porvenir, en formar un hogar (!) ¿Lo alcanzará? *La gota de agua horada la piedra*"... A veces oyéndole, no puedo contener la risa. Lo advierte y ¡otro refrán! *"Quien a solas se ríe, de sus maldades se acuerda.* ¿Por qué siente usted tan poca simpatía por mí, Chabelita?"

Cuando me preguntó esto último, estaba Luisita presente y, con su inconsciente crueldad de niña, le respondió por mí:—"Por su nariz, José"—"Por mi nariz. ¿Y

qué tiene mi nariz?"—"¿Su nariz? Nada. Usted tiene la misma nariz de su madre"... ¡Figúrate! Creí que Luisita se había ganado una cachetada. Lo merecía. Es terrible diabólica, la criatura. Sin embargo, él calló, limitándose a mirarme, como para decirme: por usted lo tolero todo. Pero poco después se fué, para no salir en todo el día de su habitación.

Y las crueldades de la muy pícara de Luisita no tienen fin. Cada día son mayores. Ahora, por lo visto, no nacen de un mero deseo de reir; sino de un odio a muerte por infeliz Bambú, quien la ofende con el sólo delito de quererme. En otra ocasión le dijo:—"Cállese, horroroso. A usted le debían haber torcido el pescuezo en cuanto nació, porque no hay derecho a ser tan feo". ¿Y qué te figuras que hizo él ante semejantes groserías Se quedó pensativo un momento, como apreciando el fondo de verdad dolorosa que pudieran tener estas palabras, y al fin murmuró, con una sinceridad de partir el alma: —"¡Cierto!"

¿Ves? Todo esto será cómico, pero muy desagradable.

Y de los pensionistas, ¡para qué hablar! Valiéndose de Luisita, lo agobian a burlas. Aurelio le ha compuesto unos versos. Luisita suele declamarlos por las noches en el salón. Cuentan estos versos que Bambú, el que

"en cuclillas parece una langosta
y de pie puede dar besos al sol"...

no cabe en la cama, pero que su ingenio ha remediado el defecto. Coloca tras el catre dos sillas, de suerte que sacando por entre los barrotes sus "luengas tibias",—así dice el verso,—las coloca encima de los suplementos, previamente enfundadas en unos pantalones viejos, y logra así estirarse y dormir cuán largo es. Luego viene otra estrofa contando que el cuerpo de Bambú se eleva tanto de la tierra, que logra sentir el calor de la luna. Y la última estrofa dice que una noche de espantoso frío, Bambú no consigue hacer entrar en calor sus pies. ¿Qué hace entonces? Se levanta de la cama, se cala cuanto abrigo halla en su ropero y, subiéndose al tejado, se acuesta sobre las tejas, levanta las piernas y ¡oh prodigio! sus pies, junto a la luna, reciben la tibieza tan buscada. Como ves, ya esto pasa de castaño obscuro. ¡Y no se va de la casa! ¿Tendré razón para estar alarmada?

Pero, antes de terminar, voy a contarte lo que ocurrió anoche. Ya esto es triste de veras. Estábamos en el *skating ring* y nos aprontábamos para patinar, cuando en esto se me acerca Luisita y me dice:—"Míralo agachado y dime si no es verdad que parece una langosta, como dicen los versos".—Miro, riéndome, y veo a José probándose unos patines en un rincón, y tan grotesco, tan ridículo, que aparté la vista de él. Presentí otra escena de burlas y me dolió ya formar entre los que lo humillan y le hieren y le envenenan la existencia. Sentí una gran piedad por él y ¿creerás? tuve una secreta alegría: entre tanta gente, dije, pasará inadvertido y patinará, y se olvidarán estos demonios de él, y se divertirá un buen rato y... y yo patinaré con él. ¿Por qué no? ¡Pobre! Pero cuando ya todos estábamos listos, lo veo frente a mí, embobado, contemplándome... y sin patines.—"¿No va usted a patinar?"—le pregunté.—"No, no me gusta; la veré patinar a usted, Chabelita".—No sé si me equivoqué; pero creí hallar en su expresión una tristeza profunda, algo así como el reconocimiento de que no eran para él los goces de nosotros, de que viéndose incapacitado por sus defectos físicos para asociarse a nuestras diversiones, prefería colocarse al margen para no desentonar en nuestra comparsa, para no arrancar una vez más "las risas de las galerías". Mientras tanto, Luisita, se había acercado a nosotros y, con su odio exagerado al pobre Bambú, se entregaba a su diabólico placer de hacer sufrir al infeliz. "Bah, dijo, no quiere porque no puede. Se ha probado los patines más grandes y le han quedado chicos". Una sonrisa, como siempre, una sonrisa fué la respuesta del buen José. Y qué amarga, qué humillada, qué triste. Luego, se apartó, en silencio, como si temiese que siguiendo en nuestro grupo sobreviniese el atroz regocijo de los demás, las risas envenenadoras, el cambio de miradas, y él prefiriese guardar su papel pasivo ante aquella multitud hostilmente alegre, agresivamente hermosa que, con sólo ponerse frente a él, le pisoteaba.

Toda la noche sufrí por él. Lo sentía deprimido, perseguido en sus expansiones, emponzoñado en sus sueños de felicidad... Y no pude divertirme. ¿Por qué no se irá de nuestra pensión? Le sería fácil olvidar-

me. Hay tantas de mal gusto. Pero, también, estos demonios de la pensión no pueden reunirse jamás sin elegir una persona para blanco de sus burlas u objeto de su diversión. ¡Qué brutos! Me da una rabia...

Me han dado las doce de la noche escribiéndote. Como esta carta, por lo difícil, me obligó a hacer borrador... Y lo peor es que me ha hecho llorar. En fin, hasta mañana o pasado, si es que ocurre algo digno de mención. No te olvides de reprender a Luisita; ya ves que lo merece...

DE LUISITA

...¡Ay, primito de mi alma! ¿Cómo quieres que no me ría? ¿Creerás que porque el domingo le dije que nada le fastidiaba tanto a la Chabelita como los hombres tragones, nada más que por esto, ahora apenas toca los platos? Si es muy bruto, muy bruto. No le tengas lástima y no te molestes conmigo...

DE ISABEL

...A Luisita no se le puede soportar ya. Ahora, no conforme con burlarse del desdichado José, le insulta, le ofende, le saca a cuento la fealdad de su madre, hasta le da de puntapiés. Anoche tuvo el descaro de recitarle los versos que le compuso Aurelio. José, furioso, quiso averiguar quién los había escrito y hubo una escena tremenda, de resultas de la cual dicen que el pobre joven amaneció enfermo. Hoy no ha salido de su cuarto. Con un disgusto así, figúrate...

DE LUISITA

...Mamá me ha pegado por culpa de ese animal, que ya lleva dos días haciéndose el enfermo para que me castiguen. Como la Isabel está de su parte... Hipócrita, coqueta. Después que se reía de él, se la lleva mandando preguntar por *la salud de José*. José, José... De repente le dirá Pepito. Bien dicen que las mujeres son unas farsantes. ¡Gracias a Dios que todavía no soy mujer! ¡Ah! pero me han de pagar todas las que me están haciendo. ¡Bonita cosa, pegarle a una por la estupidez de un extraño!...

DE ISABEL

...Las cosas van muy mal, mi querido primo. Francamente, no sé a dónde irán a parar. Me había limitado estos días a mandar preguntar por él: simple cortesía para con un enfermo de la casa. Pero esta mañana me contó la sirvienta que el pobre, aunque dice que está enfermo, no se ha metido en la cama desde la noche del disgusto. Me inquietó de tal modo la noticia que, ya en la tarde, rogué a un pensionista que fuese a verlo y a enterarse de lo que realmente pasaba. Yo, como había pasado todo el día con la preocupación, estaba nerviosísima y fuí a escuchar junto a la puerta. No podría repetirte cuánto escuché. Por suerte, como casi todo me lo repitió después mi emisario y como me ha interesado tanto, creo poder coordinarlo y escribírtelo. Haré la prueba. No importa que mañana me hagas bromas diciéndome, como la vez pasada, que me estoy haciendo literata. En ese caso, con el roce...

"Quisiera poder eternizar estos días,— dijo al saberme interesada por su dolor,— poder continuar así toda mi vida, en este cuarto, enfermo de pena, para seguir recibiendo estos recados de ella, los únicos de este género en mi vida, ya que no puedo pensar en otra dicha mayor. ¿Las bromas de ustedes y de Luisita? No me encolerizaron nunca. Tan sólo me mostraban cada vez más claro el abismo que hay entre ella y yo. Este era el único aspecto interesante de las cosas para mí. Sin embargo, no desesperaba; exploraba constantemente dentro de mí, cambiaba de actitudes, ensayaba nuevos modos de ser, esperando encontrarme alguna cualidad, algún aspecto que tal vez yo mismo ignorase tener y que, marcándome una nueva norma de conducta, me acercase a ella. ¡Sueños! Cada vez me le hacía menos simpático. Ahora lo veo. Me falseaba y valía menos aún. Era la esperanza lo que me impulsaba, era esta esperanza absurda de los muy desgraciados que creemos aún en lo imprevisto, en la magia... y forjamos sobre ello cada torre, cada monumento... que al fin sólo sirven para caernos encima y aplastarnos...

"No, no es el disgusto con ustedes la causa de mi estado actual; es que aquella noche, desvelado, pensé mucho y medí en su verdadero valor la realidad. No le guar-

do rencor a nadie. Si esto me ha pasado siempre desde el colegio. A mí no me han querido nunca, ni los amigos. No soy simpático, ni comunicativo, ni alegre; soy áspero, huraño... y feo. Para mí las palabras "amor", "cariño" suenan como el eco de algo muy bello que existe en el camino de los demás y que Dios no ha querido poner en el mío. Y a pesar de esto, ¡qué necesidad he tenido siempre de amar! Así es como este amor mío, ahorrado por la fuerza de mi corazón, se ha vaciado entero en ella. Pero, ¿no le parece a usted que soy un iluso? ¡Ah! si al menos pudiera ser esta una ilusión eterna... Pero presiento el fin de ella; se me ocurre que cuando estoy sufriendo es el comienzo, únicamente, de algo que ha de abatirme. No, no me contradiga. Los desgraciados tenemos corazón de profeta..."

Mi emisario le preguntó si había logrado hablar conmigo alguna vez acerca de esto. "Nunca—contestó—nunca vislumbró ella mi verdadero espíritu. No sé por qué, siempre aparecí falseado ante ella. Muchas veces, las circunstancias le obligan a uno a encogerse en sí mismo y a mostrarse diferente de como es, sobre todo cuando el medio en que uno vive le es hostil. Y, usted sabe, yo he vivido aquí siempre desconcertado en medio de tanta burla. Además, soy débil, no sé imponerme. Desde niño me amansaron las gentes".

"¿Y por qué no le habla usted ahora" —le insinuó mi emisario, ya conmovido. José respondió: "No, no, no; comprendo las aspiraciones que tendrá ella. Son muchos sus méritos y sus encantos. No debo protestar ni decir una palabra. No hay derecho a ser tan feo, me dijo una vez Luisita. Y, para este caso, es cierto. A mí debían haberme torcido el pescuezo apenas nací, como piensa esa chiquilla. Y perdóneme si le importuno con mis lamentos. Cuesta tanto resignarse... Déjeme usted hablar siquiera. La tortura es superior a mis fuerzas, y usted ha venido a abrirme una válvula. Perdóneme si abuso. Reviven mis desgracias del pasado y recrudece la negrura del porvenir: la soledad, siempre la soledad. A sangre fría, estas cosas son cursis, ya lo sé. Pero no sabe usted la amargura de sentir abolida la felicidad cuando no se ha tenido siquiera la pobre dicha de comenzarla..."

Y no recuerdo más, primo. Se me escapan muchos cosas, algo de su madre... ¡qué sé yo! No podría recordar más en este momento. No ceso de llorar, te soy franca. ¡Quién hubiera sabido antes todo esto! Las mujeres jamás nos detenemos a considerar estas cosas que los hombres no hablan. Ya ves: yo permitía que se burlasen de él, y le detestaba, le detestaba...

Y ahora, ¿qué debo hacer? ¿Lo que mi corazón me dicte? Tengo miedo. Te pido un consejo. Te prevengo, con toda franqueza, que ya hoy no podría querer a estos hombres que no han sufrido y viven en una indiferencia espantosa... Pero, el caso es que es tan feo, tan feo, el pobre José. Sin embargo, es limpio, viste bien, tiene los dientes blancos y sanos y aún su tristeza me parece ahora hermosa. Y ya tengo, también, veinticinco años. Casi soy una solterona, una carga para mamá. En fin, aconséjame tú. Tú tienes corazón y conoces la vida..

MI CONTESTACION A ISABEL

¡Pobre primita mía ¡Qué buena eres, qué buena y qué graciosa! Conque ¿una solterona de veinticinco años? En esto sí que has hecho literatura, y literatura cursi, que es lo peor. En lo demás, no. En la mujer sucede lo que en el pueblo: dice las cosas muy bien cuando le salen de muy adentro. La intensidad y el colorido de tus últimas cartas sólo me prueban hoy que sientes muy honda la desgracia de Bambú. Y, en parte, lo celebro: así has vivido más, vida intensa y útil. Pero te aplaudo en este único sentido. Mi consejo, mi consejo frío, sereno, es duro, va en contra de tu encantadora sensibilidad y acaso la hiera. Al dártelo, no procedo por un sentimiento que pudiéramos llamar un egoísmo de familia, no. Bien dolorido me tiene el pobre José. Sobre todo, hay en su vida algo que desgarra: su terrible y justa falta de esperanza. Ni es iluso ni es torpe, sabe que su existencia correrá sombría y abominable mientras el amor sea la suprema ley de la vida, lo irreemplazable, lo único irreemplazable. Acaso aún en los momentos en que una clemente conformidad empiece a germinar en él, subirá de su corazón el grito desesperado "¡tengo sed de ternura!" Es cruel esto, muy cruel; porque ni es él un miserable, ni es un vicioso; ni es un ruín; porque no ha perdido por culpa suya el derecho al amor. El es un feo; he ahí todo; es un ho-

La primera edición de "El niño que enloqueció de amor" se agotó ya en las librerías. Ha sido un éxito de público y un éxito de arte bien ganado por su autor señor Barrios. Se trata de una pequeña obrita que merece ser leída y sobre todo se trata de un autor diligentísimo, que no se da tregua en sus labores literarias. Más que una pequeña novela se trata de un cuento largo, escrito con soltura y muy liviano de leer. Un adolescente que se ha enamorado perdidamente y consigna en un pequeño diario, casi cotidianamente, sus impresiones. La pasión va en aumento y pronto se transforma en un verdadero incendio de pasión, que todo lo abraza hasta consumir al pobre pequeñuelo, al niño que ha aprendido a sentir, a través del amor, lo que son el odio, la inquietud, el insomnio. El proceso de la obra está muy bien desarrollado: su autor conoce sobradamente lo que es la técnica del conteur, hasta tal punto la domina que no desperdicia ni un detalle, ni un nudillo psicológico, ni una nota de color ni de estilo.

Barrios ha hecho una obra casi perfecta en la forma, pero muy discutible en el fondo: hemos dicho que la obra es cuanto de más agradable se puede imaginar, pero la sentimos falsa: ese adolescente que consigna su diario se nos antoja un hombre de dieciocho años disfrazado de escolar: vive el muchachuelo absorto en la esperanza de un amor imposible y ni juega, ni se distrae, ni come, ni duerme, preocupado de aquel ideal imposible que nunca será suyo. Sin embargo, en cuántos de estos casos un juego de volantín suele hacer olvidar el objeto que se persigue: y esto se comprende en el caso de los niños, en quienes las impresiones y las ideas, y sobre todo el sentimiento amoroso nunca llegan a persistir con la firmeza que en los adultos: argüiremos que todos hemos tenido nuestro amor de los doce años; pero, a pesar de habernos parecido inextinguible, un buen día se evaporó dejando la sombra melancólica de un recuerdo. ¡Y qué bella no es la ingenuidad de un niño que olvida a una pequeña novia por un juguete. En cambio nos resulta difícil imaginar una niñez tan reflexiva, entregada solamente a un amor digno de los veinte años, cuando concurren a él todos los sentimientos de la pubertad.

Es el defecto que encontramos en la obra del señor Barrios: ser más literaria que real. Por esta razón preferimos al *Pobre feo*, en el cual se alian tan a maravillas la verdad real con el proceso literario.

Sin embargo, y a pesar de esta salvedad, consideramos este libro como una de las obras que más enaltecen a nuestra joven literatura. El autor de "Lo que niega la vida" ha dado con "El niño que enloqueció de amor" una nota profundamente original en nuestras letras: empero podemos aún esperar mucho más, del vigoroso talento de Barrios y de sus finas dotes de observador. Preferimos que en sus obras se sacrifique más el artista que el hombre.

A.

---

rrible. No hay otra razón. Y esto es lo trágico. Porque un feo es hasta cierto punto, un fracaso de la Naturaleza, algo que salió mal, poco servible para concurrir al sublime prodigio del amor... ¿Qué genio siniestro mezcló en estos seres esas ansias infinitas de amar y ser amados y esa fealdad repulsiva? Misterio. Parece que el supremo concierto de la creación precisa de estos desgraciados para hacerlos dichosos. ¡Oh necesidad innegable del dolor!

Y hemos de conformarnos. Lo absurdo es desear que quienes como tú nacieron destinados a mejor suerte, vayan, por piedad, también a formar en el bando negro. Divino absurdo este, sin embargo, que crea héroes; pero no lo deseó para ti. No te alucine el heroísmo, mi querida prima; mira que nadie puede saber de antemano si es de la pasta de los héroes. Sé dura, pues. En estas ocasiones estamos obligados a serlo. ¿Sabes tú si mañana encontrarás en tu camino un hombre a quien amar con cariño entero y apasionado? Y si antes has cedido a la piedad, ¿qué harás entonces? Por no haber sido fuerte hoy, serías entonces cruel e infame, probablemente. Le faltarías, le... ¡Ay, no sabes cuánta crueldad nace de un corazón enamorado en tales casos para con el dolor del ofendido! Por tu estado de soltera, por el respeto que debo a tu pudor, no puedo hablarte con la claridad que quisiera. Pero busca en tus recuerdos. ¿No has visto algunos casos ya en la vida? Medítalos.

¡Pobre José! Yo siento mucho esto, mucho. Ofrécele amistad. Ya ganará él con ello; puesto que, según dice, ni los amigos le han querido. Tú estás ahora admirablemente preparada para ser su buena amiga. Aunque, pensándolo bien, tomando en cuenta la blandura de tu corazón, veo el caso peligroso... tanto, que no te aconsejo formalmente. No, no; mejor no intimes con él: pues, por piedad, caer en desgracia y matar en flor la dicha que mereces. El puede hallar una... no diré una fea... una modesta figura con un corazón semejante al suyo, y

celebrar una dulce alianza, tal vez gozar de un hondo e intenso cariño con ella, por afinidad, etcétera... Pero tú, ¿tú? No; jamás. Tendrías hijos; y ¿te resignarías a tener hijos que corriesen la suerte del pobre José, hijos bambúes, para ser cantados por los más o menos poetas de las casas de pensión? ¡Bah! Debes ser fuerte, dura; éste es mi consejo.

Y hasta mañana. Quedo en ascuas esperando el desenlace de esta historia que supuse divertida y que me inquieta hoy terriblemente.

DE ISABEL

...Estoy desolada, Eduardo, desolada. ¡Qué criatura, pero qué criatura! ¿Sabes lo que ha hecho Luisita? Pues ha tomado a escondidas de mí tu carta y se la ha llevado a José. Dice que para vengarse ¡Dios mío, Dios mío, lo que son los niños cuando se mezclan en las cosas de los grandes! ¿Qué ha pasado? No lo sé; mejor dicho, no sé lo que va a pasar. La chiquilla llegó llorando a gritos. Dicen que leer José la carta y darle una cachetada fué todo uno. Y no se sabe más. Los sirvientes, que acudieron a los chillidos de Luisita, le vieron salir como un loco. Cuentan que llevaba en las manos el retrato de su madre y que decía: "¡Nunca, nunca, nunca más!", y que salió repitiendo: "¡Nunca, nunca, nunca!", hecho un verdadero loco, hasta desaparecer en la calle...

Y no ha vuelto. Es la una de la mañana y no ha vuelto.

EDUARDO BARRIOS.

Arias sentimentales

VIDA

Fuí soldado y en la brega
dolorosa de la vida,
la traición me abrió una herida
y la herida al alma llega.
—Soldado, brega!

Soy poeta y cuando canta
mi verso dulce canción,
del fondo del corazón
la amargura se levanta.
—Poeta, canta!

Es la noche. Triste llora
el cielo sin una estrella...
Un ruiseñor se querella
bajo la lluvia insonora.
—Poeta, llora!

Es el alba. El cielo ríe
sobre el monte y sobre el llano...
El sol que fecunda el grano
sobre mi frente sonríe.
—Poeta, ríe!

¡Reir!... ¿Y cómo evitar
todo lo que hay que sufrir?
¿Cómo se puede reir,
cuando hay tanto qué pensar?
¡Reir fuera mancillar
la seriedad de vivir!
Porque vivir es bregar,
bregar es acometer
y no se puede vencer
sin herir o sin matar.

NOCTURNO

Al trágico reproche
de la sombra a la luz, la flor secreta
de la esperanza recogió su broche,
cual recoge su broche la violeta.

¡La noche, al fin, poeta!
¡Poeta, al fin, la noche!

¿Acaso, triste,
desde el peñón ignoto
de tu ideal, no viste,
no viste el cielo roto,
roto por la parábola sangrienta
que hendió la nube y estalló en el monte,
mientras desde el confín del horizonte
cabalgaba en las olas la tormenta?
¡Cuán negro el horizonte!
¡Cuán ruda la tormenta!

Ya en el peñón de tu ideal embate
el vortice del odio.
¡Inútil ideal!... En el combate
Catón sucumbe y se agiganta Clodio.
¡Inútil ideal! La flor secreta
de la esperanza recogió su broche
cual recoge su broche la violeta.
¡La noche, al fin, poeta!
¡Poeta, al fin, la noche!

ALMA Y PAISAJE

Debajo de los árboles. Ninguna
pena que inquiete el pensamiento mío.
Por encima de los árboles: la luna;
debajo de los árboles: el frío.

Abro mi corazón... Leo y confío
en la gloria, en el bien, en la fortuna.
Habla de amor, al discurrir, el río;
habla de amor, al esplender, la luna.

Quietud y soledad... Nada importuna
la comunión del pensamiento mío
con el bien, y la gloria, y la fortuna...

Bajo el ramaje trémulo y sombrío
sueña un hilo de oro de la luna
sobre el silencio diáfano del río.

ANHELO

Mi amor, como las águilas, podría
salvar el cielo sin tender escalas,
porque mi corazón tiene dos alas
y yo tengo veinte años todavía.

Camino de las cumbres que señalas,
al vértice imposible llegaría,
camino de las cumbres que señalas.

Anhelo tu gloriosa compañía,
porque a los altos númenes igualas
en pureza, en pasión, en poesía.

Deslumbras al orbe con tus regias galas.
¡Vive en mi ardiente corazón!
¡Sé mía!
Ya que mi corazón tiene dos alas
y yo tengo veinte años todavía.

MUSICA TRISTE

¿Un amor que se va?... ¡Cuántos se han
[ido!
Otro amor volverá más duradero
y menos doloroso que el olvido.
El alma es como pájaro inseñero
que roto el nido en el ruinoso alero
sobre otro alero reconstruye el nido.

Puede el último amor ser el primero...
Mientras más torturado y abatido
el corazón del hombre es más sincero.
Tras de cada nublado hay un lucero
y por ruda tormenta sacudido
florece hasta morir el limonero.
¿Un amor que se va?... ¡Cuántos se han
[ido!
¡Puede el último amor ser el primero!

No te alejes del piano todavía.
Alada brote del marfil del piano,
bajo el lirio fragante de tu mano,
la tierna y amorosa melodía.

Ese adagio tristísimo y arcano
dulcifica mi espíritu doliente,
como si presintiera por mi frente
la inefable caricia de tu mano.

Se dispuso el dolor, con golpe fiero,
llenar de sombras la existencia mía,
ya se levanta luminoso el día
y florece otra vez el limonero.

No te alejes del piano todavía...
¡Puede el último amor ser el primero!

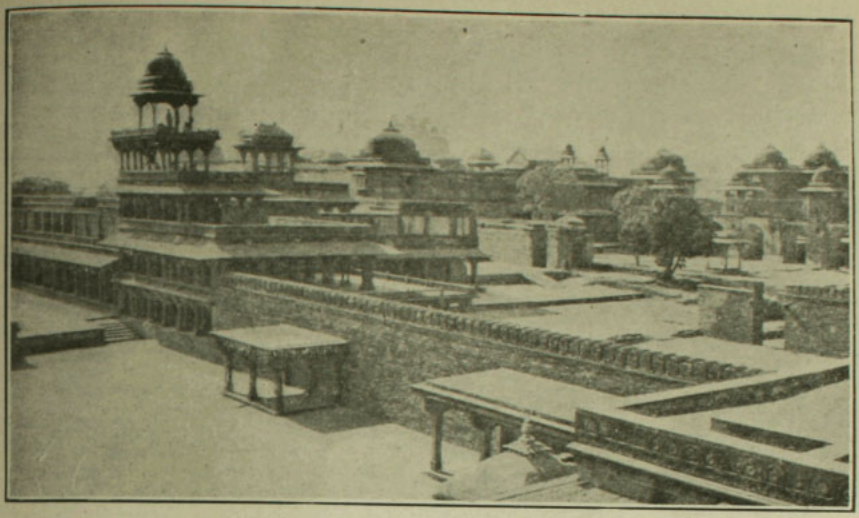
ANDRES MATA

Una ametralladora en acción

Batallón de Telégrafos en dirección al campo de maniobras

Artillería en marcha

Pelotón de infantería con su equipo de guerra completo



Palacio del Emperador Akbar, en Jaipur-Sikoi

Las Maravillas de la India

AGRA Y BENARÉS

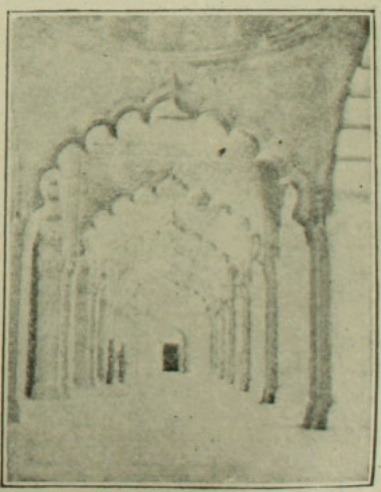
Ilustraciones fotográficas

Sorprende el escaso número de turistas europeos que visitan anualmente las Indias inglesas, si se compara con el de norteamericanos.

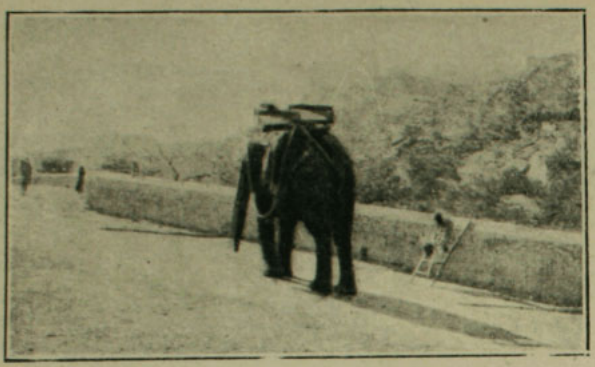
Hace veinte años sólo era posible recorrer la India con valiosas recomendaciones; pero es relativamente fácil el viaje, que desde Brindis se puede hacer en trece o catorce días.

Los meses más hermosos en las Indias son de noviembre a marzo. El clima es muy soportable, pues en la parte meridional no hace nunca demasiado calor, mientras que en la septentrional, vecina a los Himalayas, lo suavizan frescas y sanas brisas.

El verano no es riguroso, y muy a propósito para visitar los magníficos edificios y monumentos que atraen allí a tantos extranjeros y son testimonio palpable de las costumbres y modo de ser de las generaciones que desaparecieron en las tinieblas del tiempo.



AGRA.—Galería del palacio de Moti-Masjed



AMBER.—Camino vecinal en donde los elefantes sirven de vehículo

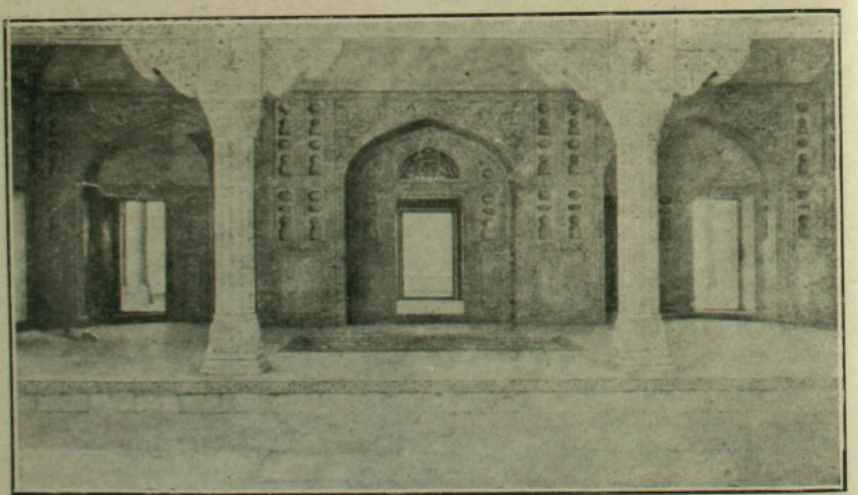
En verdad, no se puede dar a la India el nombre de nación, ni nunca lo será; sus elementos étnicos son demasiado diversos, no sólo por la diferencia de religión, sino también por la de costumbres.

El viajero que por primera vez va a la India, no sabe cómo orientarse para visitar lo digno de ser visto; pero en las ciudades más importantes hay infinidad de renombradas casas que prestan en este respecto servicios muy útiles.

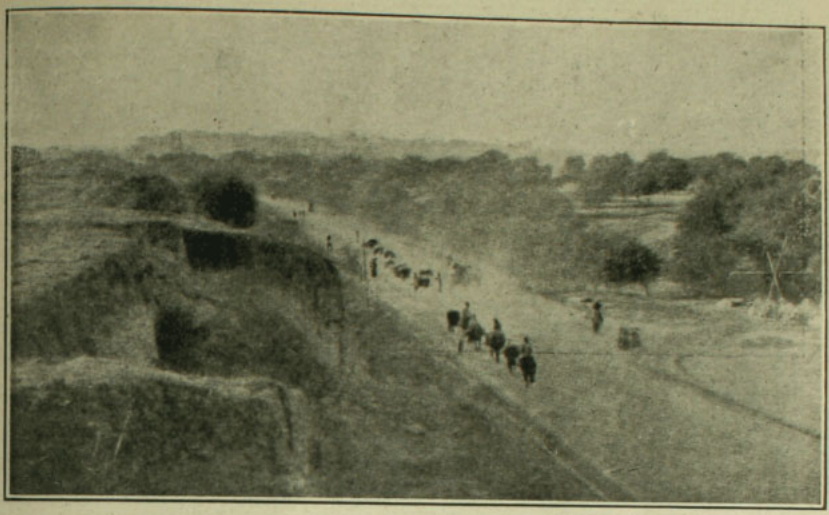
Bombay es la entrada y la salida de la India para los turistas de la parte occidental. Calcutta domina la otra parte, y es, al mismo tiempo, la capital del gran reino. Bombay es la segunda ciudad de las Indias. Ambas ciudades son bellísimas y atraen y cautivan a los viajeros. El ferrocarril que une estos dos grandes puertos marítimos es muy cómodo, y las compañías ferroviarias hacen cuanto pueden para contentar al viajero más exigente.

Un viaje por las Indias no se olvida fácilmente, y el que en las tibias noches de luna ha atravesado rápidamente en el exprés de Bombay a Calcutta los *Dschungel*, donde resuenan las voces de los millares de animales allí cobijados, no se arrepentirá de haber emprendido el viaje; se lleva consigo un grato recuerdo para muchos años.

Dos importantes líneas férreas que parten de Bombay llevan cómodamente al viajero a través del florón más bello que posee la corona de Inglaterra, pues así ha sido denominada con justo orgullo la India. Una de ellas es la "Bombay-Baroda y Central-India-Railway", que, por el fértil Gujarat, llega a Ahmedabad, la capital de provincia mos'emita de antaño, célebre por sus her-



AGRA.—Interior de la torre de los jazmines. Obra de mármol blanco con incrustaciones de piedras de color

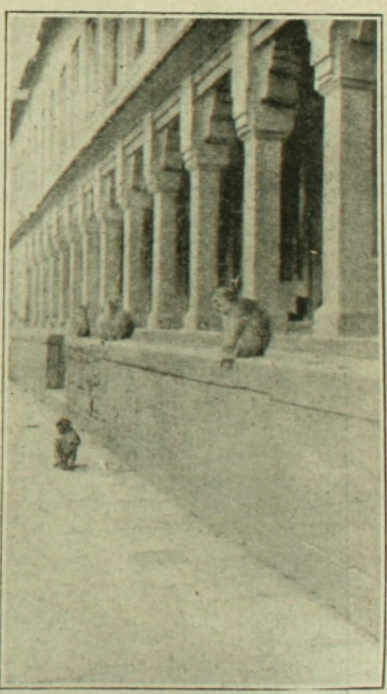


AGRA.—Bellísimo camino carretero que desde la ciudad conduce al famoso Taj-Mahal

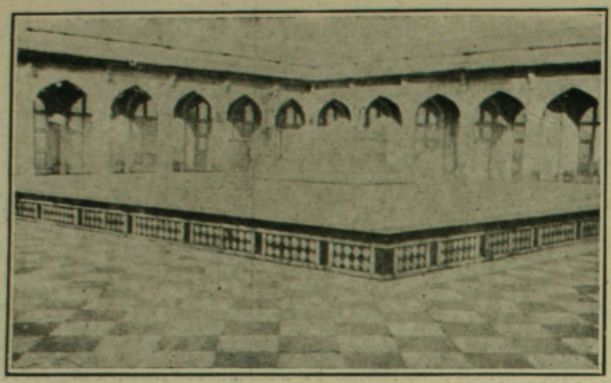
mosos monumentos mahometanos y jainos. Más hacia Abunit se admiran los templos jainos de Dilwara-Jaipur y Agra. La otra línea, la "Great-Indian-Peninsular Railway", lleva al viajero en un excelente funicular por los *Ghats* occidentales a Gawlior, cuya fortaleza de roca se destaca gigantesca sobre la vasta llanura, y también a Agra, la ciudad de mármol. Esta sola ciudad basta para compensar plenamente al viajero del tiempo y dinero empleados en el viaje. De la misma manera que se dice: "Ver Nápoles y después morir", se preguntan los turistas: "¿Ha visto usted el Taj?" Agra es una floreciente ciudad de unos 200,000 habitantes, y desde Bombay puede irse a ella cómodamente en 36 horas con el lujoso tren exprés de espaciosos y bien ventilados vagones, en cuyo centro puede colocarse fácilmente una mole de hielo de un quintal que refresca agradablemente el ambiente.

Agra es célebre por sus edificios, estrechamente relacionados con la historia del gran emperador Akbar (1568), que tuvo allí su corte, y está sepultado cerca de la ciudad, en Sikandarah, y también con la del Shah Jehan (1622-1637), quien mandó construir el maravilloso Taj-Mahal.

El Taj-Mahal está situado en medio de un jardín primorosamente cuidado, y hay que verlo a menudo para poderlo admirar



Vestíbulo del templo de los monos, en Benarés, en cuya espaciosa columnata se solazan los bulliciosos animales que habitan el edificio

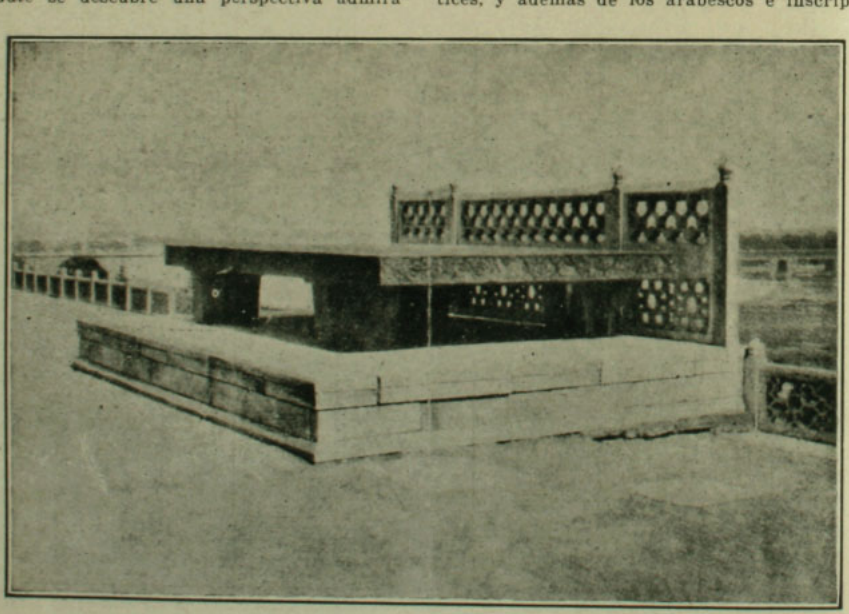


Tumba del Emperador Akbar, en Sikandarah, cerca de Agra

ble sobre el ameno jardín, y un ancho camino, bordeado de cipreses y pavimentado con ladrillos de diferentes colores, conduce al Taj. Sobre todo, al ponerse el sol o en noches claras de luna, hay que ver este artístico edificio. La plataforma de mármol blanco jaspeado, que mide 18 pies de altura y 313 pies en cuadro, y sobre la cual se levanta el edificio central, tiene en cada esquina un minarete de 137 pies de altura, del mismo material, encuadradas las piedras de mármol blanco por otras más pequeñas de mármol negro. El mausoleo propiamente dicho tiene 186 pies en cuadro, y en las esquinas, achatadas, se construyeron nichos. Cada esquina está coronada por una cúpula y en el centro se levanta la imponente cúpula central, que domina las cuatro pequeñas. En todos los muros del magnífico edificio hay ricas incrustaciones de mármol de diferentes matices, y además de los arabescos e inscrip-

en toda su belleza. El edifico se empezó en 1630 y estaba destinado a ser mausoleo de la esposa favorita del emperador Shah Jehan. Se necesitaron veintidós años para terminar esta obra de arte, que, según se dice, hubo de costar la suma fabulosa de 31.700,000 rupias. Para los andamios del edificio se emplearon ladrillos en vez de tablas. Las dos puertas de entrada eran de plata maciza, pero ya no existen.

Por el hermoso portal llamado *Taj-Ganj Gate* se descubre una perspectiva admira-



Trono de mármol de los antiguos emperadores de la India, en la fortaleza de Agra

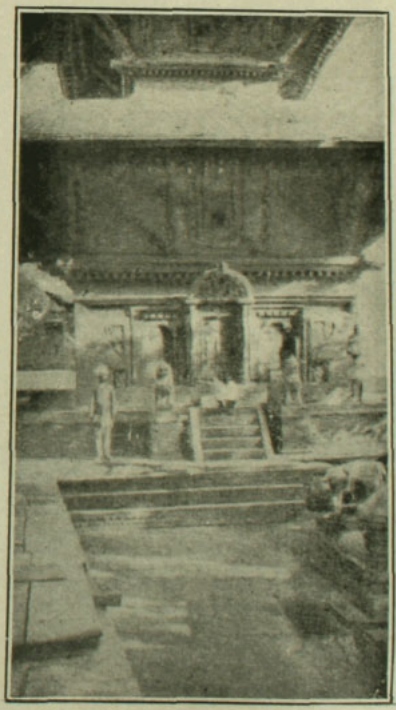
La puerta de los Tigres, en las cuevas de Elefanta, cercanías de Bombay

ciones, el gran emperador empleó también piedras preciosas para adornar el monumento elevado a su favorita.

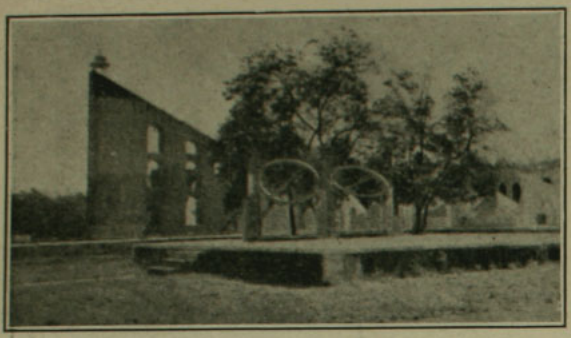
En el interior, debajo de la gran cúpula central, se admira un enorme parasol octogonal de mármol blanco, con calados finísimos, que es una obra maestra del antiguo arte índico. Detrás se ven dos moles de mármol blanco y las lápidas del sepulcro del gran emperador y de su esposa Mumtaz, adornadas con ricas incrustaciones de diferentes colores, en las que se distinguen perfectamente los huecos donde hubo engarzadas piedras preciosas, robadas hace mucho tiempo. Pero estas losas son sólo imitaciones de las verdaderas losas mortuorias, que se encuentran en un foso debajo de la plataforma, exactamente en el mismo sitio que las losas superiores.

Naturalmente, después de haber visto este edificio portentoso, las demás mezquitas, palacios y mausoleos, aunque muy bellos, no producen un efecto tan grandioso pero no dejan de despertar sincero entusiasmo en el ánimo del que por vez primera los contempla.

En Agrafort, centro de la insurrección india, llama particularmente la atención la magnífica mezquita de Moti-Masjed, toda de mármol blanco. Esta obra de arte se construyó por los años 1648 a 1655 y costó 300,000 rupias. El patio, de mármol blanco,



Vestíbulo de un templo en Benarés, a orillas del Ganges



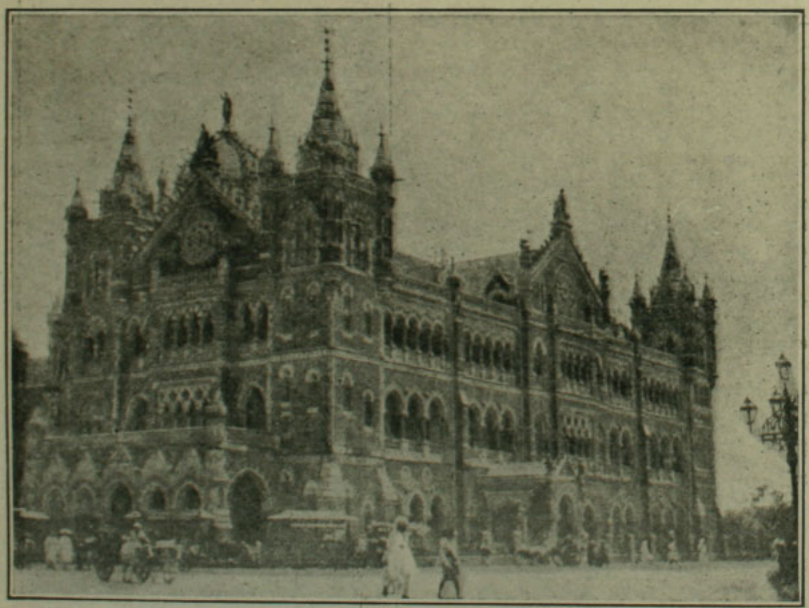
Observatorio astronómico del rajah Jai-Singh, en Jaipur

en cuyo centro se halla el surtidor, que no falta en ninguna mezquita, está circuído de preciosos arcos también de mármol blanco, lo mismo que el surtidor.

Después de haber visitado el sitio donde descansan los sultanes Itimad y Dolewh, y la mezquita de Masjed-Suma, es preciso ir a visitar el mausoleo del emperador Akbar en Sikandarah, situado a cinco leguas y media de distancia.

Una umbría alameda, a cuyos dos lados se admiran numerosas ruinas de edificios, conduce al hermoso parque donde descansa el gran emperador. El grandioso portal, coronado por cuatro esbeltos minaretes de mármol blanco, desde los cuales se disfruta de una vista espléndida, es de granito rojo. En él se admiran incrustaciones, arabescos, versículos del Corán y dibujos de variadas formas y colores. Siguiendo el ancho camino empedrado se llega al imponente edificio central, cuyo aspecto es fascinador; de forma piramidal, lo constituyen cuatro pisos grandiosos, tres de ellos de granito rojo y el cuarto de mármol blanco.

En verdad que este sepulcro es digno del gran monarca.

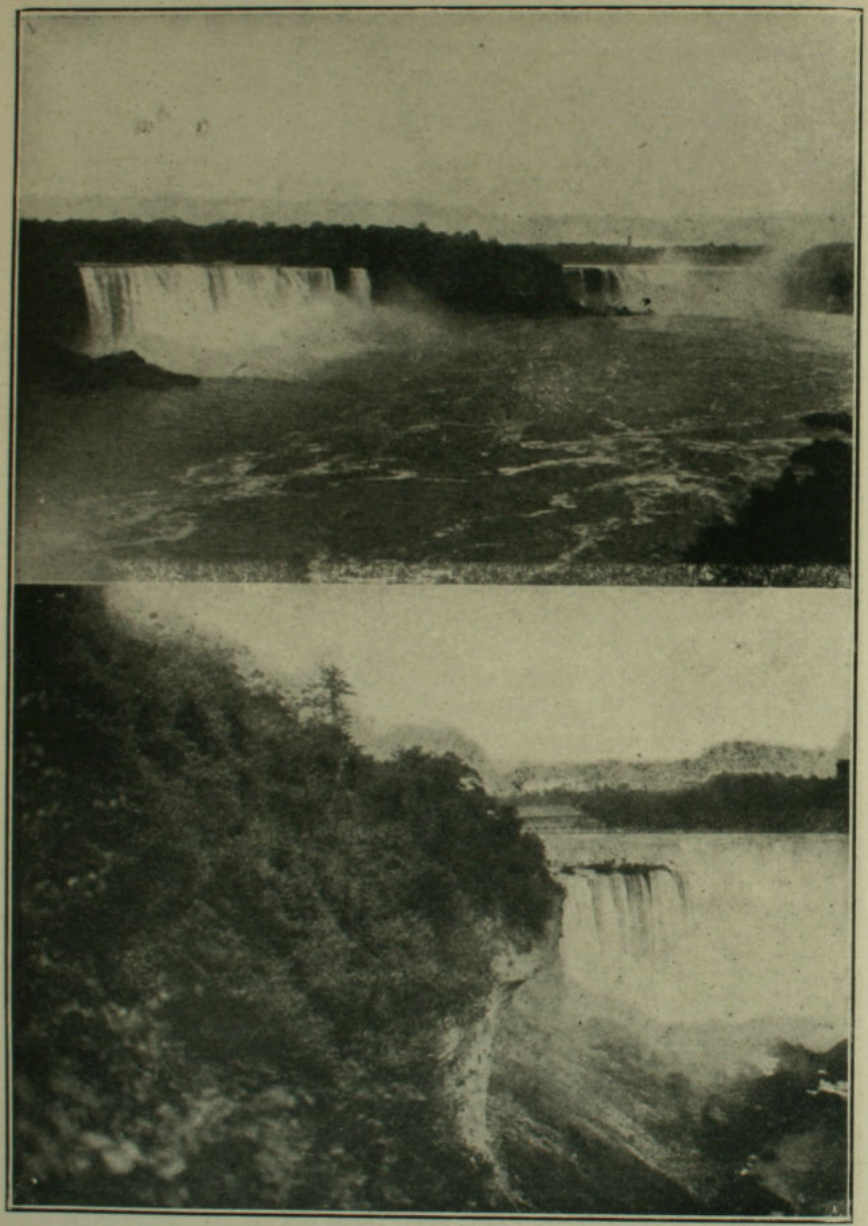


Estación Victoria del ferrocarril de Bombay, grandiosa construcción erigida en nuestros días

MRS. HAROLD GORST Y SUS DOS HIJAS

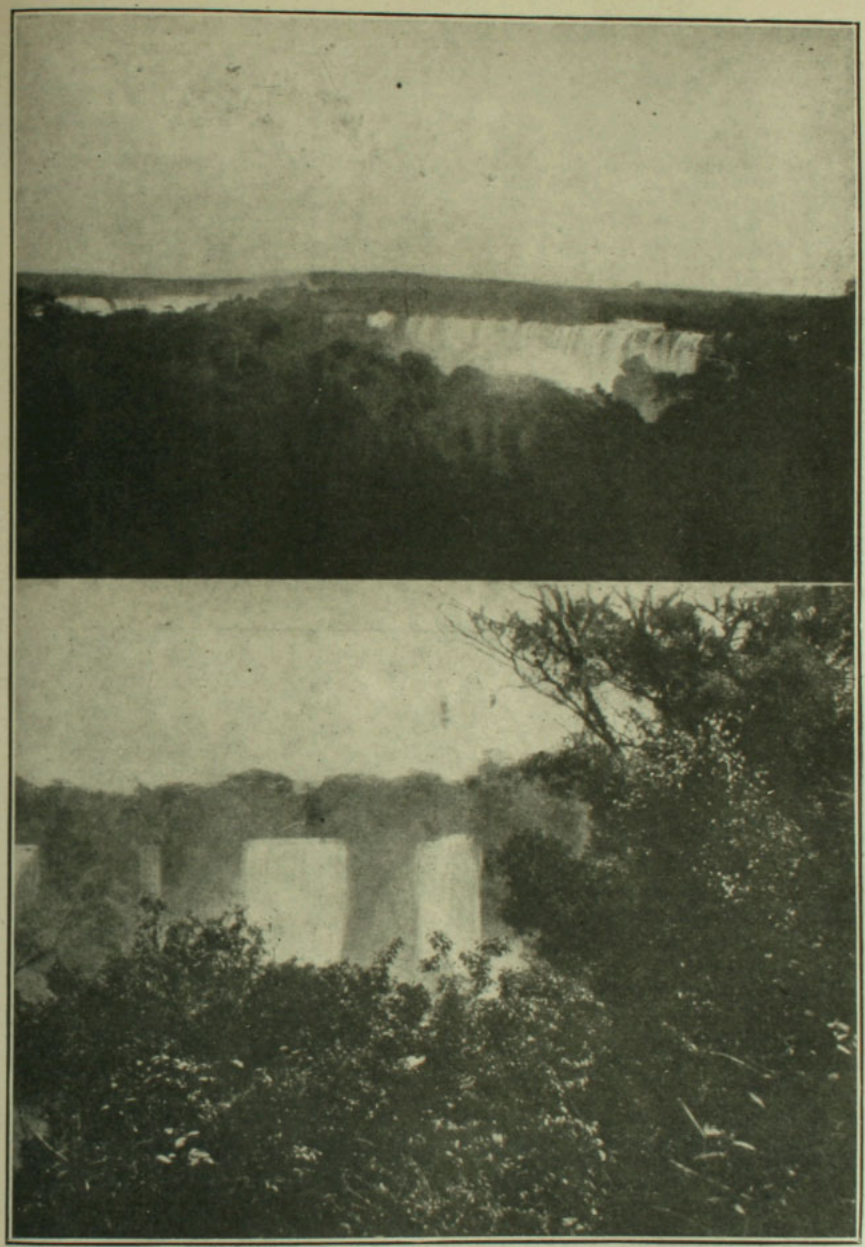
Mrs. Harold Gorst es una famosa novelista, esposa del publicista Gorst, hijo del Procurador General Sr. John Gorst. Entre sus obras se cuenta: "Poseído de los Demonios", "La Luz", "El alma de Milly Green", etc.

Las Cataratas del Niagara



Son las catcratas de- Iguasú de los Estados Unidos

Las Cataratas de Iguasú



Una de las cataratas más grandes del mundo

El ferrocarril del Cabo al Cairo. Un túnel

EL CONDE ZEPPELIN

El hombre que ideó y construyó los famosos Zeppelines

Por

I. R. MAC MECHEN

(Presidente de la Sociedad Aeronáutica de los Estados Unidos)

Ilustraciones fotográficas

¿Qué harán los Zeppelines? Esta pregunta la oímos constantemente, formulada con creciente terror o creciente expectativa, a medida que los armamentos de las naves aéreas de Alemania se perfeccionan y aumentan su poder ofensivo. ¿Podrán efectuar la obra de destrucción que algunos han descrito? ¿Lograrán pleno éxito en sus correrías?

Se sabe positivamente, y no por simples rumores, que los alemanes construyen una gran flota de aviones gigantescos cuyo nú-

mero alcanza a cuarenta y ocho. El Conde Zeppelin es comandante en jefe de estas fuerzas militares del aire. Bien sabemos que Alemania intenta dar un golpe formidable con sus Zeppelines.

¿Qué resultado obtendrá? Pronto lo sabremos.

¿Qué han hecho hasta la fecha estas naves aéreas de combate? Tuve ocasión de hacer una pequeña reseña antes de iniciarse la guerra, recordando el perfecto dominio del aire que se había obtenido con estas máquinas y el secreto que se guardaba de su mecanismo, y también demostré el gran significado que tenía este triunfo de la mecánica y de la ciencia.

Tras de esta relación y del terror que provoca esta arma modernísima de combate, se bosqueja la historia maravillosa del hombre cuyo potente ingenio y esfuerzo va envuelto en ese cuerpo fabricado de metal y de seda y que ha cruzado con felicidad el aire en miles y miles de excursiones sorprendentes. El "conde del aire"—der Luftgraf—lo llaman con justicia. El Conde de Zeppelin es un landgrave de antigua estirpe y su título fué creado por Ieodorico el Godo, al conquistar a Roma, entregando a sus condes la administración del territorio conquistado. Así, pues, el Conde de Zeppelin es "el hombre que reina en los aires".

Los años ya lejanos que empleó el inventor en concebir y realizar la gran idea que se agitaba en su cerebro, estuvieron preñados de sacrificios, dolores, perseverancia y voluntad indomables. La suerte parecía en todo momento volverse en contra suya. Se perdieron dos aviones antes que lograra realizar su primera tentativa feliz. El Gobierno de su patria rehusó prestarle la ayuda pecuniaria que tanto necesitaba. Sus compatriotas se burlaban del atrevido soñador. Toda su fortuna había sido invertida en dudosos experimentos.

Sin embargo, Zeppelin continuaba la lucha, con el optimismo de un Napoleón; con el celo fervoroso de un Lutero y con la férrea voluntad de un Bismarck. Atrajo otros socios capitalistas a sus empresas realizando atrevidísimos vuelos cuando no poseía ya un solo centavo. Hoy día el tráfico aéreo es algo que forma parte de la vida moderna y las grandes fábricas y arsenales de Zeppelines que encierran preciados secretos, forman los monumentos que ensalzan la obra del "conde del aire", que ha llegado a ser un héroe nacional.

La tenacidad de la sangre germana se mezclaba en las venas del Conde Zeppelin con el entusiasmo y atrevimiento del genio francés. Su nombre que termina en las sílaba *in*, tal como Kuestrin y Berlín, pertenece a la región del norte del imperio. Zeppelin es una aldea del Mecklenburgo, fundada en 1246 por Hugo de Zeppelin, y muy cerca de allí se encuentran las ruinas de un castillo en que los antiguos Condes von Zeppelin residían. Su sangre noble le ha valido al Conde gran parte de su éxito, pues en Alemania sólo las personas de la nobleza pueden atreverse a luchar en contra de los prejuicios de la opinión pública.

Su inclinación natural hacia la ingeniería probablemente la heredó de su propia madre, que era nieta de un hugonote francés de noble alcurnia y de grandes conocimientos científicos, el cual se había radicado en la ciudad de Constanza, procedente de Génova, en donde José de Austria había ofrecido concesiones especiales a los fabricantes suizos que se radicaran en aquel país.

Recibió toda la isla de los monjes dominicos, una especie de península separada de la ciudad por medio de un canal; transformado el convento abandonado en una especie de residencia veraniega y fábrica de algodón.

En este sitio vino al mundo el 8 de julio de 1838, el futuro "conde del aire", Fernando von Zeppelin.

Cuando llegó a los cinco años de edad su madre lo describía en los siguientes términos: "Fernando es la genuina encarnación de la alegría. Sus estudios científicos no han empezado todavía pero está utilizando con buen éxito sus inclinaciones naturales pastoreando el ganado, trayendo leña a la casa, arando el suelo y acarreando trozos de piedras. Siempre sabe con precisión en qué campo trabajan los labradores y despiertan en él gran interés los arados y las máquinas sembradoras". Algunos años después traza un cuadro del carácter de la familia Zeppelin, describiendo al hermano menor del Conde. Eberhard, es sin duda alguna, un digno hijo de su padre; noble, magnánimo; pero, al mismo tiempo, soberbio y tenaz, de una voluntad a toda prueba y le gusta pelear con otros más fuertes que él".

Zeppelin durante su estadía en los Estados Unidos

El padre del Conde adquirió el hermoso castillo y parque de Giersberg, cerca de Constanza, en los alrededores del gran lago, punto que debía ser más tarde el campo de las espléndidas excursiones aéreas de su hijo.

El joven pasó allí su juventud, lleno de salud y de felicidad, en una vida metódica y arreglada. Junto con su hermano y hermana fué educado por un viejo sacerdote de ideas liberales, el cual no quiso moldear sus caracteres de acuerdo con la idea que prevalecía en Alemania en aquella época, sino que dejaba libre juego a sus aptitudes personales. Les enseñó con preferencia la geografía, el alemán y las ciencias naturales. Las cartas que el futuro inventor escribió en su niñez muestran cuán pronto se sintió fascinado por los buques a vapor y por las fábricas de toda especie.

En el año 1853 Zeppelin entró como alumno de la Escuela Militar de Ludwigsburg y más tarde se enroló en el ejército; estando un corto período de tiempo en la Universidad de Tübingen y dos años como embajador del estado de Wurtenberg en Berlín. En aquel entonces el incansable espíritu del joven franco-alemán decidió tentar fortuna en el continente americano.

Con el propósito de investigar las condiciones militares en que se desarrollaba la Guerra Civil de Norte América, obtuvo su nombramiento como teniente segundo a las órdenes de diversos generales de la Unión. Tenía un pasaporte del general Grant, que le permitía atravesar libremente las líneas de los Federales; pero esto no le parecía suficiente. Por puro gusto, siguiendo los impulsos de su carácter aventurero, se mezcló en la lucha contra los Confederados, exponiéndose constantemente a toda clase de peligros. Era muy natural que efectuara una ascensión en un globo cautivo, con el profesor Lowe, el aeronauta de aquel ejército y terminada la guerra partió acompañado de dos oficiales del Ejército Ruso y de varios guías indígenas en una expedición organizada con el objeto de descubrir el nacimiento del río Mississippi. La comitiva estuvo en peligro de perecer de hambre.

A continuación el Conde acometió una serie de peligrosas aventuras que él considera, en la actualidad, como verdaderas locuras. Pero aquel mismo espíritu salvaje que lo hacía buscar los riesgos innecesarios debían encontrar amplio campo para ejercitarse después en sus repetidas excursiones en los aires.

Durante el sitio de París, mientras se encontraba en las trincheras, la imaginación

Durante el sitio de París, mientras se encontraba en las trincheras, la imaginación del Conde se torturaba...

del Conde se torturaba a sí misma al contemplar los globos aerostáticos franceses que transportaban la correspondencia dejando la ciudad sitiada y pasando tranquilamente sobre las líneas enemigas. Entonces su cerebro creador empezó a considerar seriamente el problema de la navegación aérea. En 1890 sus invenciones habían llegado a la completa confección de los planos; pero en este año el Conde, que había alcanzado el alto grado de mayor general, fué despedido repentinamente de las filas por orden del Gobierno.

Había cometido el singular delito de prestar demasiada atención al estudio de los problemas aeronáuticos. ¿Qué tenían que hacer los aviones con un mayor-general del arma de caballería?

Zeppelin recibió con esta separación un golpe doloroso; pero conformándose al fin, dedicó con mayor ahinco todo su tiempo al estudio de la aeronáutica. Su hermano Eberhard llegó a ser en su diario trabajo un constante colaborador.

A los cincuenta y tres años de edad, ante la sorpresa general de sus amigos y conocidos, el ex-general de caballería se entregó de lleno a la empresa acariciada con tanta temeridad desde hacía muchos años. Había vivido lo suficiente para comprender que una caída no significa siempre una derrota definitiva. Había conservado hasta entonces una salud excelente y podía soportar las vigilias y la falta de alimentos, tal como en su primera juventud. Además de poseer un cuerpo sano y vigoroso tenía un alto valor moral, una filosofía sencilla; una voluntad indomable y una fe inconmovible en el éxito final de sus proyectos.

Cualquiera hubiera podido concebir igual idea; era tan obvia como la famosa prueba que Colón hizo con el huevo. Su idea de conseguir la fabricación de un buque que navegase por el aire, tal como un barco cruza los mares; el buque aéreo en vez del globo aerostático.

Zeppelin construyó un estuche de aluminio largo, delgado y liviano; rígido como el acero, en tal forma que pudiera afrontar las corrientes del aire en vez del globo aerostático que no puede guiarse a voluntad en contra del impulso del viento.

Sin embargo, Zeppelin siguió usando el globo para poder ascender en los aires y sostenerse allí; almacenó varios globos inflados dentro de un "submarino aéreo" en el cual quedaban dispuestos como los granos de arvejas en su vaina. Colocados en esta forma desplazan el aire suficiente para compensar la carga y el peso de la aeronave y cada globo se mantiene alimentado separadamente de los demás, tal como los compartimentos a prueba de agua que llevan los buques en el interior del casco. Si estalla uno de los compartimentos, o es perforado por una bala enemiga, los demás impiden un descenso repentino hasta que puede arrojarse un poco de lastre por la borda para devolver al avión su estabilidad momentáneamente perdida. Ocultos en el casco, estos sacos de aire, retienen el gas carbónico durante un largo espacio de tiempo, libres de los rayos del sol, del ímpetu del viento y de la variación de la temperatura; permitiendo esta sabia disposición recorrer enormes distancias.

Un monstruo que vuela

Todas las características de esta especie de aeronaves parecen ahora tan naturales que inducen a considerar como increíble que cualquier ingeniero inteligente las haya ignorado hasta época muy reciente. A los costados del casco se encuentran los propulsores, los timones y las aletas colocadas en forma rígida. Estas hacen que el casco descienda o se levante y lo guían a derecha o a izquierda. Dos góndolas, cada una equipada con un motor, se encuentran suspendidas bajo el esqueleto de la armazón, colocadas en tal forma que permitan balancear el peso de la aeronave. Toda esta acertada combinación de sus diversas partes permite una estabilidad admirable para la navegación a través de los aires.

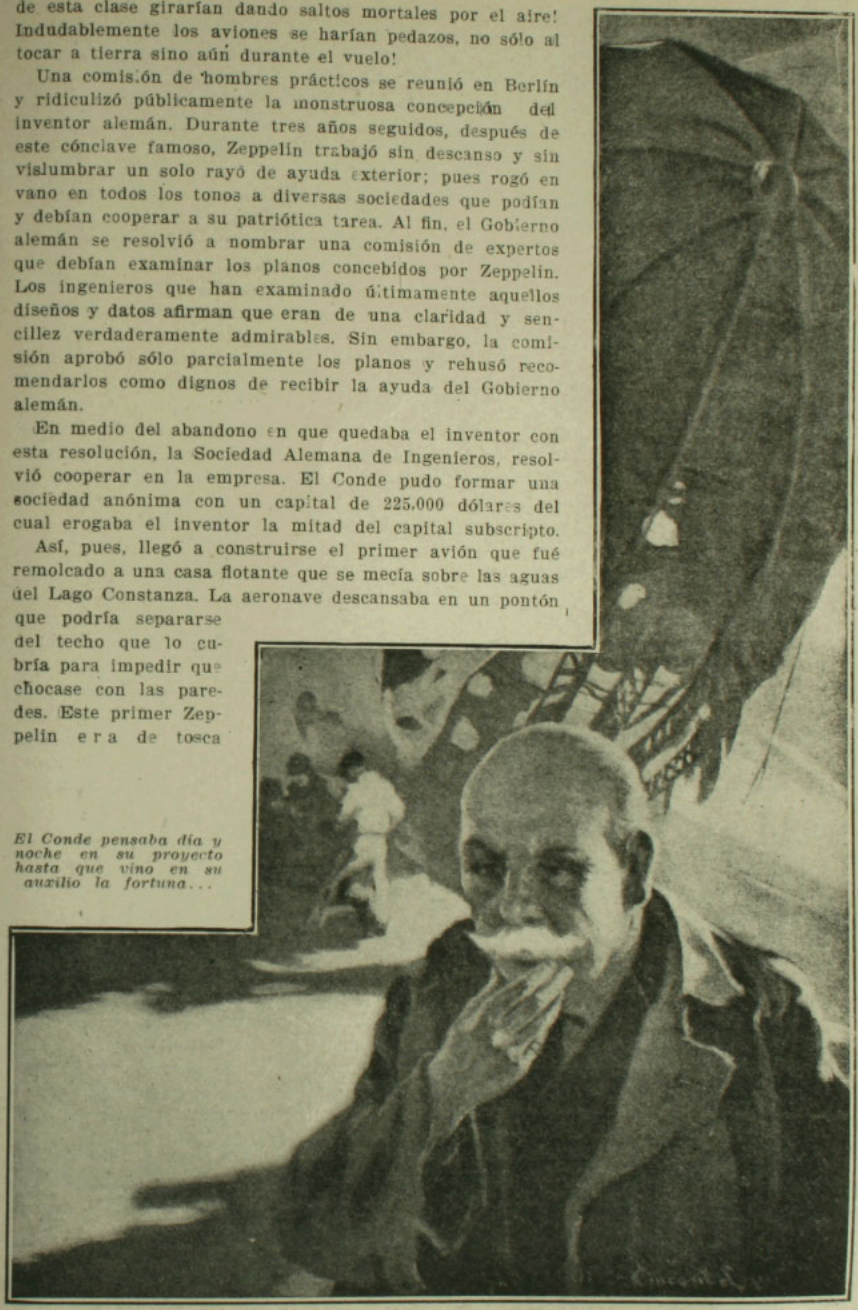
A pesar de todo, este invento era para muchos ingenieros y hombres sensatos lo mismo que el manto rojo para un toro embravecido. Hubieran tal vez prestado atención a sus ideas si el Conde hubiera ofrecido construir un avión de tamaño reducido; tipo que se ha comprobado como absolutamente inadecuado. Pero su atrevida concepción: aquel coloso, que tanto se asemejaba a los monstruos, mitad aéreos, mitad acuáticos de la época prehistórica, estaba enteramente fuera de lo convencional y admitido por las sociedades de ingeniería que se alzaron como un sólo hombre a proclamar los proyectos del Conde como de un hombre iluso. ¡Estaban seguros que las aeronaves

de esta clase girarían dando saltos mortales por el aire! Indudablemente los aviones se harían pedazos, no sólo al tocar a tierra sino aún durante el vuelo!

Una comisión de hombres prácticos se reunió en Berlín y ridiculizó públicamente la monstruosa concepción del inventor alemán. Durante tres años seguidos, después de este cónclave famoso, Zeppelin trabajó sin descanso y sin vislumbrar un solo rayo de ayuda exterior; pues rogó en vano en todos los tonos a diversas sociedades que podían y debían cooperar a su patriótica tarea. Al fin, el Gobierno alemán se resolvió a nombrar una comisión de expertos que debían examinar los planos concebidos por Zeppelin. Los ingenieros que han examinado últimamente aquellos diseños y datos afirman que eran de una claridad y sencillez verdaderamente admirables. Sin embargo, la comisión aprobó sólo parcialmente los planos y rehusó recomendarlos como dignos de recibir la ayuda del Gobierno alemán.

En medio del abandono en que quedaba el inventor con esta resolución, la Sociedad Alemana de Ingenieros, resolvió cooperar en la empresa. El Conde pudo formar una sociedad anónima con un capital de 225.000 dólares del cual erogaba el inventor la mitad del capital subscripto.

Así, pues, llegó a construirse el primer avión que fué remolcado a una casa flotante que se mecía sobre las aguas del Lago Constanza. La aeronave descansaba en un pontón que podría separarse del techo que lo cubría para impedir que chocase con las paredes. Este primer Zeppelin era de tosca



El Conde pensaba día y noche en su proyecto hasta que vino en su auxilio la fortuna...

factura y de escasa resistencia; sus motores y propulsores eran el fruto de los primeros ensayos en la aeronáutica. Era natural que este avión se hiciera pedazos. Y después que se había procedido a reemplazar los toscos timones, ya destruídos, las celdas del gas se vaciaron y todo el poder de flotación, que había sido acarreado trabajosamente hasta allí en vasijas de acero, se esfumó en pocos minutos.

¡A pesar de este contratiempo la aeronave, al último momento, se había levantado en el aire y había maniobrado con absoluta seguridad. El principio científico sustentado por el Conde Zeppelin quedaba plenamente comprobado.

La desconfianza de los capitalistas

La ciencia reconoció este nuevo principio pero los capitalistas que habían invertido su dinero sólo sabían que en la aventura no se había obtenido ganancia pecunaria alguna. La Sociedad de Ingenieros retiró prontamente su concurso y el Conde Zeppelin quedó de nuevo abandonado a sus propios recursos.

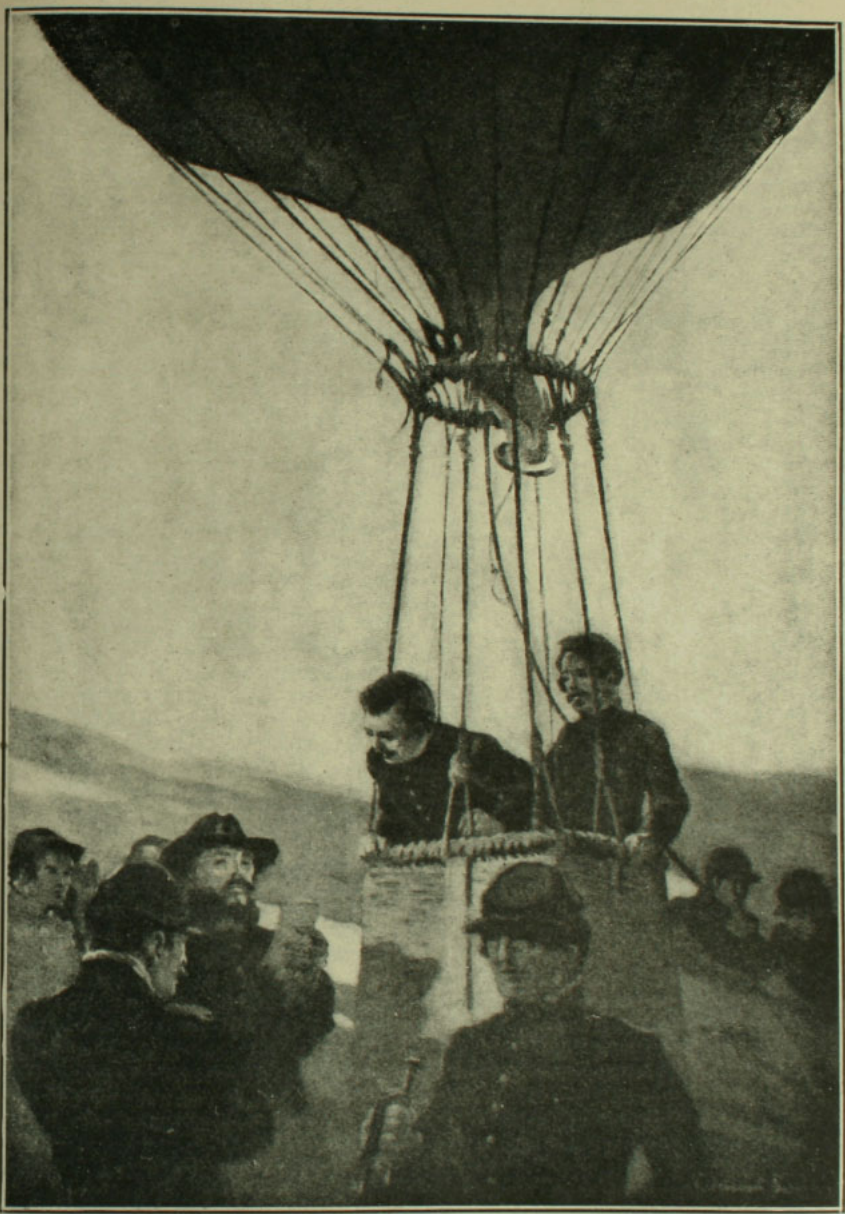
Zeppelin, anonadado con este nuevo fracaso, compró y conservó intactos los restos de su despedazada aeronave y en seguida recorrió de norte a sur y de oriente a occidente todas las regiones de su patria, que él tanto amaba, solicitando una ayuda que nadie quería prestarle. En esta forma reanudó su larga lucha para obtener de los expertos en ingeniería que reconociesen las grandes ventajas de su invención, quería obtener, asimismo, el dinero necesario para fabricar una nueva nave aérea y construir las instalaciones necesarias para impedir que los elementos de la naturaleza no destruyesen aquellas instalaciones mientras permanecían inactivas. En el lago Constanza ocurren ocasionalmente violentas tempestades que arrancaban las casas flotantes de sus amarras. Estos accidentes, perfectamente naturales, durante muchos años impidieron al público estimar en su justo valor la bondad de la navegación aérea con este sistema. Las grandes luchas que el inventor tuvo que sostener para que se le permitiese perfeccionar su invento, parecen ahora tan ridículas como amargas eran entonces.

En 1904 el Conde invirtió todo lo que le quedaba de su propia fortuna en una nueva nave que estuviese provista de motores más poderosos. Pero su obstinación germánica le impidió aprovechar una gran ventaja. Rehusó aplicar a su avión las aletas estabilizadoras inventadas en el año 1903 por el coronel Charles Renard, del Ejército Francés, a pesar de la divulgación mundial que Renard había dado a su invento. Zeppelin protestaba diciendo que aquel medio no había sido ideado por su propio cerebro. El Destino en aquel entonces se volvió nuevamente contra el intrépido inventor. Un violento cambio atmosférico desarboló su aeronave, y careciendo de las aletas que le habrían dado una perfecta estabilidad, fué arrojado violentamaente a la ribera suiza, donde un tremendo temporal, dividió la nave en dos. El Conde veía toda su fortuna malbaratada en un solo instante. Esta vez se rindió a la realidad, a pesar de que antes de despedazarse el avión, había demostrado sus excelentes ventajas en el mayor andar y en sus cualidades aeronáuticas.

Un trío inseparable

La Condesa de Zeppelin y su hija acudieron a su lado a reanimarlo en medio de su desilusión y le instaron a no ceder en su anhelo, pues comprendían cuánto se había identificado el Conde con este trabajo, llegando a ser una empresa de importancia vital para él. Aunque las propiedades de su esposa, situadas en Livland, puerto del Báltico, habían sufrido grandes daños por efecto de una revolución, esta mujer admirable resolvió despedir su servidumbre y efectuar toda clase de economías en el hogar que permitieran a su genial esposo seguir en su tarea.

Sacrificando estos últimos recursos, sostenido con su incansable energía y confianza en sí mismo, se lanzó resueltamente al combate contra lo desconocido. En 1906 el tercer Zeppelin estaba terminado y listo para emprender el vuelo; pero sólo debía ensayarse cuando hubiera buen tiempo. El galpón flotante había sido reconstruído en tierra firme y exigía mayor cuidado la operación, pues no podía cambiarse su posición siguiendo la dirección del viento. Este avión fué el primer buque aéreo que obtuvo completa fortuna. En él se habían aprovechado las aletas inventadas por Renard y las que transformaron el Zeppelin en una verdadera flecha. La nueva aeronave volaba con gran rapidez y evolucionaba en for-



En los Estados Unidos, durante la guerra civil, Zeppelin realizó una ascención en un globo cautivo con el profesor Lowe, aeronauta del Ejército

ma verdaderamente admirable. Ya no volvieron a ocurrir nuevos accidentes en el lago.

En medio de estos triunfos la muerte arrebató a Eberhard Zeppelin, el incansable ayudante de su hermano Fernando, la única persona que, según afirmaba el Conde, era capaz de continuar la gran obra en caso que el mismo falleciera. La última alucinación que experimentó Eberhard, en un éxtasis de delirio antes de la hora de la muerte, fué la visión de su querida aeronave, piloteada por su hermano Fernando, que pasaba silenciosamente por sobre su ardorosa frente.

La lucha heroica en que se encontraba empeñado el Conde al fin logró conmover la fantasía popular y empezaron a acudir los que deseaban contribuir a la realización de sus sueños. Se organizó una lotería nacional que produjo el dinero necesario para efectuar los experimentos que se realizaron en el año 1907. El Imperio alemán le proporcionó un galpón flotante más apropiado que el que existía y diversas fábricas le ofrecieron facilitarle los motores y materiales que necesitara.

En el transcurso de aquel año la nueva aeronave creó en Europa una verdadera sensación, llevando diez pasajeros durante cuatro horas de viaje continuo y desarrollando una velocidad de treinta millas por hora. En Giersberg el Conde dejó caer su tarjeta de visita, simbolizada en un saco de arena. Acto continuo, para demostrar ampliamente el admirable poder de sus planos, dirigió de punta la nave hacia la superficie del lago y llenando su lastre de agua flotó tranquilamente sobre las aguas.

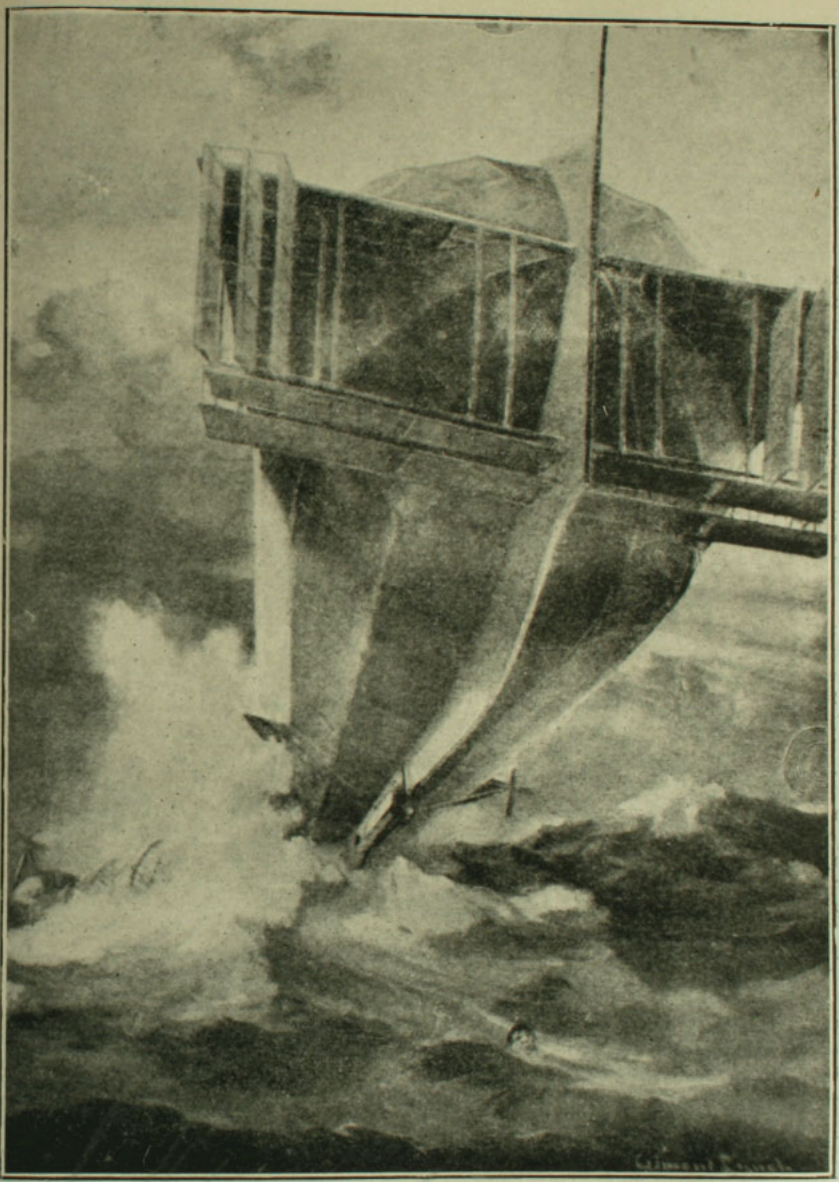
La hija del Conde se acercó en una barca y entrando a la navecilla efectuó su primer vuelo. La aeronave, en otra ocasión, efectuó una ascensión llevando como pasajeros a una comisión nombrada por el Gobierno Imperial, recorrió el espacio durante más de ocho horas resistiendo una ráfaga constante de veinte millas de velocidad y maniobrando a una altura que fluctuaba entre 1,300 y 1,500 pies, empleando sólo la acción de sus planos.

Otra lotería nacional produjo lo necesario para fabricar una nueva aeronave que fué provista de compartimentos para pasajeros. Este avión, poseía, además, timones más apropiados y motores que podían desarrollar un mayor poder, siendo ensayado este modelo en 1908. Su viaje feliz, en el cual recorrió el territorio de Suiza y el curso del Rhin, electrizó al pueblo alemán haciendo reconocer el genio clarovidente de un compatriota tan esforzado. Pero, la excesiva confianza que el Conde tenía en la potencia de su dirigible, lo indujo a continuar el viaje de Mainz a Munich, una distancia muy superior al poder de sus motores. Estos fallaron, como era natural, y se vió obligado a aterrar en Echterdingen punto en el cual el avión no pudo resistir los efectos de una tormenta y se incendió allí mismo.

El pueblo de Echterdingen, vivamente impresionado con la personalidad magnética de Zeppelin, y comprendiendo las posibilidades que podía alcanzar a realizar con su invento, despertó el patriotismo de las demás poblaciones de Alemania y se inició una colecta pública en todo el Imperio reuniéndose varios millones de marcos. Aquella gran subscripción pública era más bien un homenaje al héroe nacional antes que al inventor y todo ciudadano con gusto dió su óbolo.

El éxito alcanzado por el tercer Zeppelin confirmó ampliamente las expectativas que fundaba en él su inventor. Se dividió en dos partes y se le añadió una nueva sección destinada a impartirle mayor estabilidad. En el invierno de 1909, el mayor Sperling y la compañía militar a su mando, introdujo mejoras con un método netamente germano. Los críticos más recalcitrantes enmudecieron cuando un Zeppelin, no sólo aterró por la primera vez con éxito, sino que resistió y dominó un temporal en terreno abierto. En otros ensayos voló resistiendo una tormenta de nieve durante siete horas. Varias veces la aeronave ascendió a 3,000 y a 4,000 pies manteniéndose por varias horas en el espacio. Sus máquinas, ayudadas por los planos, elevaron la aeronave a 1,300 pies sobre la superficie de las aguas del lago conservando siempre media tonelada de lastre. Penetraba al cobertizo por sí misma y poco después realizó su primer viaje nocturno.

Esta aeronave fué adquirida por el Gobierno alemán y bautizada con el nombre de "Dirigible H. M.-Z 1". Había partido a su nueva estación en Metz, cuando, debido a un desperfecto en las máquinas, se vió obligado a descender en las llanuras de Neubieberach. Mientras esperaba que se efectua-



Ni el temor de los más graves accidentes ha atemorizado al Conde, que persistió en su proyecto a pesar de todos los temores

ran las reparaciones indispensables se desató un violento huracán y durante una semana entera el dirigible tuvo que soportar la violencia de los elementos que parecían desencadenarse en contra suya. Resistió felizmente todas las pruebas y llegó con toda felicidad a Metz, siendo retirado del servicio activo hace sólo dos años.

No se apagaba el recuerdo de estas hazañas, cuando un nuevo Zeppelin recorrió en vuelo continuo una distancia de ochocientas cincuenta millas. El Conde Zeppelin seguía tenazmente mejorando sus dirigibles y veremos en seguida cómo realizaba sus experimentos.

En la noche del 29 de mayo de 1909, Zeppelin, acompañado de ocho hombres, partió de Friedrichshafen en un vuelo hacia el norte de Alemania en el cual trataría de comprobar el máximum de resistencia del andar de su dirigible. Toda aquella noche las máquinas del dirigible trabajaron, marchando a toda velocidad, haciendo frente a una continua ráfaga de viento contrario. A la mañana siguiente, frente a la ciudad de Nuremberg, había consumido tanto combustible que esta misma circunstancia inducía al dirigible a seguir ascendiendo; pero los tripulantes lograron mantenerla a poca altura gracias al empleo de las aletas. Frente a Sajonia, el empuje que le imprimía el gas, aumentaba incesantemente; y como soplaba en aquellos sitios un fuerte ventarrón, aprovecharon éste para descender con la proa hacia abajo como un gigante volantín, ayudado por las aletas y con el uso de sus propulsores consiguieron mantenerse a poca altura.

La noche de aquel día, al acercarse a Bitterfield, ciudad situada a cuatrocientas millas del punto de partida, el Conde Zeppelin consideró, que estando muy cerca de Berlín, desnaturalizaría el objeto de su viaje descendiendo allí, pues quería efectuar un vuelo circular. Así, pues, resolvió volver la proa en dirección contraria y regresar al punto de partida. Las pérdidas de gas que había experimentado durante la jornada, habían dejado suficiente espacio en el casco de la aeronave para permitir que el hidrógeno se extendiese, así que, sin perder su ayuda, la nave ascendió con facilidad a una altura de más de una milla navegando en la obscuridad de la noche y venciendo el viento contrario que tenía una velocidad media de cincuenta millas por hora.

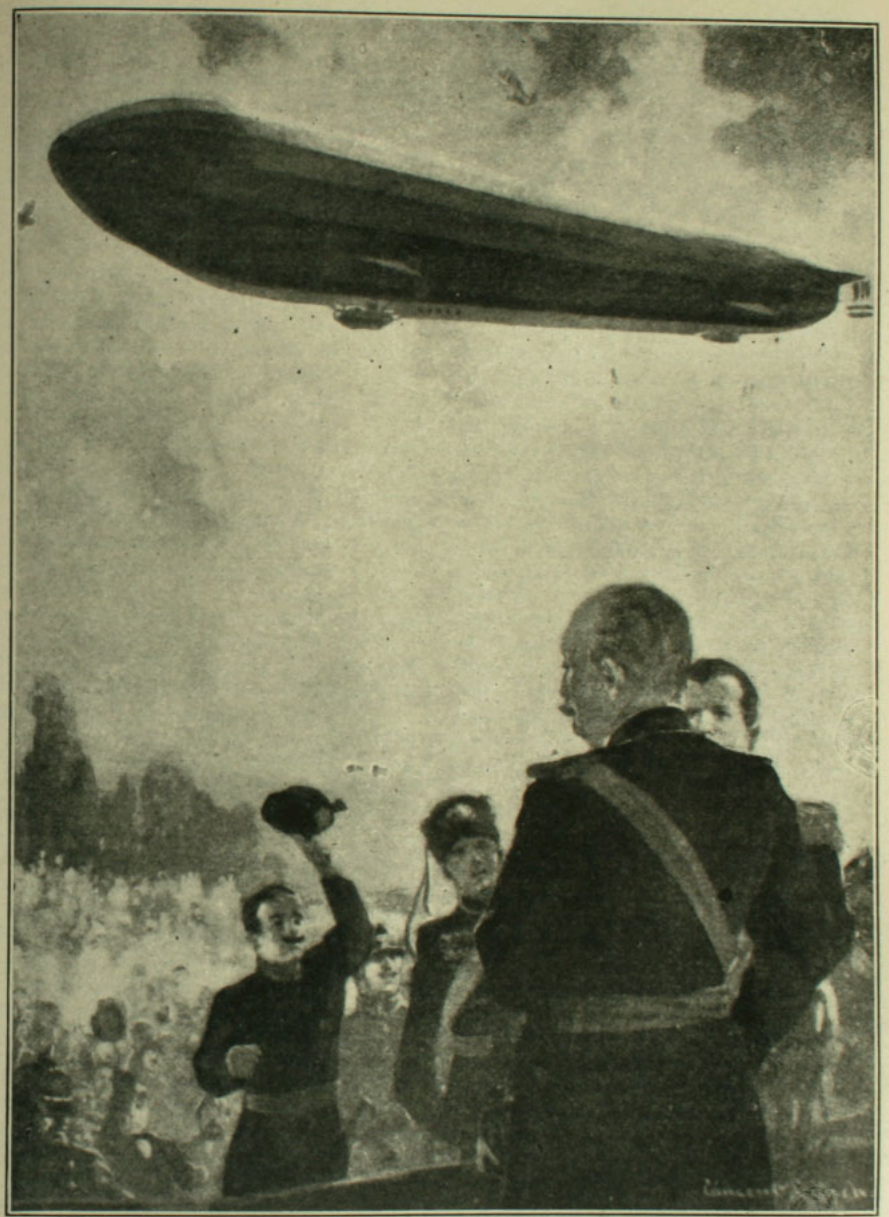
A las siete de la mañana, el Conde pudo comprobar que tenía combustible para hacer andar sus dos motores durante 8 horas más. Su excesiva confianza le insinuó la idea de efectuar un nuevo cambio de dirección. Un fuerte viento del este dificultó tanto el andar del dirigible que lo obligó a tocar la tierra para aumentar el combustible. Después de un viaje de treinta y seis horas todos los tripulantes estaban extenuados de fatiga. Debían bajar a tierra y largar el ancla en un tranquilo valle que se les presentaba a sus pies, cerrado por una elevada colina. Al descender, la proa del dirigible iba muy inclinada; y, por consiguiente, el piloto no veía lo que había más abajo. Cuando el dirigible rozaba esta colina un peral lo detuvo entre sus ramas.

Entonces, por la primera vez, ocurrió en la aeronavegación un accidente que ocurre frecuentemente en la navegación sobre las aguas: el piloto cansado, erró el camino y encajó el dirigible entre las ramas del árbol. Sólo una rama se quebró y tan firmemente quedó embutida la aeronave, que hacía difícil su extracción. El viento huracanado, soplando furiosamente en la popa, arrancó el marco delantero de su armazón.

La situación del dirigible era muy parecida a la de un buque encallado. Estuvo, por decirlo así, enterrado en el barro más de veinticinco horas. El temporal arreció y en este momento crítico el dirigible volvió a flotar en el aire; pero sólo las tres cuartas partes de él estaban intactas.

La seguridad infantil que el Conde tiene en sus aeronaves es verdaderamente encantadora. Suspirando acongojado por el contratiempo que recién le había acaecido, se pasaba la mano por la barba y miraba desconsolado los restos de su avión murmurando: "¿Qué haré ahora?" Sus dedos sentían la aspereza de su barba afeitada dos días antes; cuando de súbito, brilló un relámpago en su mirada al encontrar la solución de su problema: "Voy a afeitarme".

Poco después, ya afeitado, el comandante Zeppelin ordenaba a sus ayudantes retirar todas las partes dañadas del dirigible. Hizo retirar hasta el motor delantero y sus propulsores. Quedó el dirigible sin su proa puntiaguda; pero se remedió la falta de la proa apropiada cubriendo el hueco con gé-



Aclamado por las multitudes se vió Zeppelin cuando logró realizar todo su proyecto soñado

nero y dándole una forma más o menos parecida. Procedió en seguida el inventor a estacionar en el largo pasaje del avión un hombre que debía actuar a modo de peso movible, para ayudar a las aletas de la popa a mantener el equilibrio del dirigible cuando se remontase en el espacio.

Zeppelin empezó su viaje de regreso con una parte del dirigible. Su andar era muy lento. Tenía que detenerse a menudo para recoger combustible; pero recorrió con perfecta seguridad las noventa y tantas millas que le separaban desde el punto del accidente hasta el lugar de su primera partida.

Nuevamente el pueblo aclamó entusiasmado a Zeppelin y todos se apresuraron a acudir en su ayuda. La historia subsiguiente del valor indomable de este noble viejo y de las creaciones de su genial inventiva, son la historia misma de las correrías de sus ya famosos Zeppelines. Antes que transcurriese mucho tiempo, después de sus célebres ensayos, los dirigibles, que llevan su nombre, recorrían todo el Imperio alemán con la regularidad que emplean los trenes del ferrocarril. Partían efectuando larguísimas travesías con la misma confianza con que un vapor sale del puerto para cruzar los mares, sin esperar que mejore el tiempo. Los Zeppelines han perdido muchas veces sus propulsores; se han estrellado contra el suelo, pero han pasado victoriosamente por todas estas duras pruebas.

En cierta ocasión un dirigible llegó a Berlín a pesar de haber perdido su propulsor en el camino; pero llegó, despertando en el pueblo berlinés un entusiasmo indescriptible al verlo cernirse majestuosamente en el aire. En su viaje de regreso a Friedrichshafen uno de los tres propulsores se hizo pedazos y uno de sus fragmentos rompió el casco. El dirigible descendió a tierra, efectuó prontamente la reparación del daño, y siguió su curso interrumpido.

Un héroe nacional

Al cumplir el Conde Zeppelin setenta y cinco años de edad, el 8 de julio de 1913, toda la prensa de Alemania celebró alborozada sus admirables proezas. Los príncipes reinantes de todo el imperio le enviaron calurosas felicitaciones. El Emperador de Alemania, Guillermo II, le mandó el siguiente telegrama: "El Emperador y el Imperio están orgullosos del valiente dominador del aire y desean que sus éxitos aumenten cada día". En la gran fiesta celebrada en Friedrichshafen, el Barón von der Golz, una alta autoridad en táctica militar, le ofreció aquella imponente manifestación y el Conde le replicó en un breve discurso en el que dijo al terminar: "la vejez es para mí la gloria". Recordó que las autoridades militares de su patria habían combatido encarnizadamente sus planes; expresó sus sinceros agradecimientos al Gran Almirante von Tirpitz y al Ministro de la Guerra von Einem, quienes habían adoptado sus ideas en el Ejército y en la Marina; recordó también, cariñosamente, al ex-Canciller del Imperio von Büllow, quien le había conseguido del Gobierno los fondos necesarios para construir el primer galpón flotante.

La empresa constructora de los Zeppelines, en el cortísimo espacio de seis años, ha crecido y se ha desarrollado como un árbol gigantesco echando sólidas raíces en veinte diversas industrias y sus ramificaciones no sólo se internan en las operaciones militares sino también en los negocios de la vida diaria. Allí está el secreto de su éxito extraordinario y sin paralelo. Ya no se trata únicamente de la personalidad compleja de su inventor. Es un gran movimiento de supremacía para dominar el aire, que la rivalidad despertada en las potencias militares del mundo empuja hacia adelante cada día.

Además de su tarea de inventar y construir dirigibles ha inducido a las corporaciones públicas y bancarias, y aún a las municipalidades, a proporcionar dinero en abundancia para la construcción de la gran cadena de arsenales para guardar las aeronaves que rodean todo el territorio de Alemania. Organizó la Compañía de navegación aérea que opera con cuatro Zeppelines para pasajeros y ha interesado a diversas Municipalidades en la realización de un vasto plan de construcción de nuevas avenidas y líneas de ferrocarriles sub-urbanos, que llegan hasta los arsenales de los dirigibles. Consiguió que el Gobierno alemán diera orden a la Oficina del Tiempo de suministrar las "novedades" de la temperatura para efectuar con absoluta seguridad la movilización regular de las líneas de dirigibles. Consiguió operar sus dirigibles de acuerdo con las compañías de navegación de Hamburgo que facilitan el movimiento de aquellos con sus buques. De esta manera ha obligado a todas las ramas de la actividad

humana, establecidas desde hace muchos años, a contribuir al desarrollo de esta nueva manifestación de progreso.

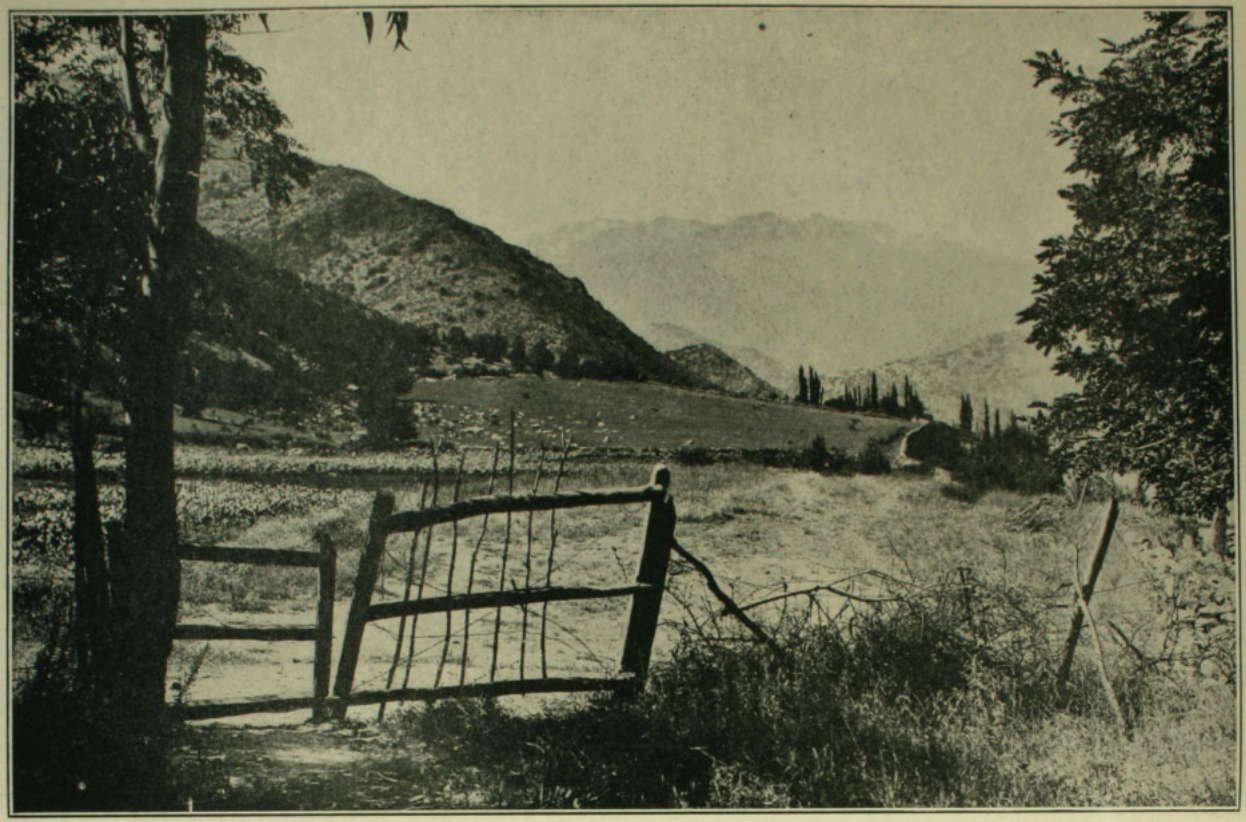
La "Compañía Constructora de Dirigibles Zeppelines", domiciliada en Friedrichshafen y Berlín, no se ve obligada al gasto de propaganda de este gran movimiento nacional. Una vez que un dirigible es pagado y abandona sus talleres, ya no pertenece ni preocupa a la Compañía. Pero fiel a su práctica y deseosa de ayudar a los noveles pilotos del aire, el Conde los dirige a todos y ha conseguido que más de cien diversas ciudades del Imperio cedan campos de aterraje en todas las rutas señaladas para la navegación aérea. Ha llegado hasta lograr convencer a las compañías de seguros que el riesgo de vida casi no existe y que en consecuencia el seguro de vida para los que viajan en Zeppelines es un buen riesgo para las Compañías. De esta manera los intereses financieros e industriales se encuentran seriamente comprometidos y resueltos a cooperar al mejoramiento de este medio novísimo de comunicación.

La estrategia empleada por el Conde Zeppelin es la estrategia de un genio. Si no hubiese obtenido la ayuda de otros inventores que fabricaran motores más poderosos, las ventajas de su primer avión se habrían perdido para siempre, pues el éxito actual de los Zeppelines estriba principalmente en la potencia de sus motores. Pero el Conde ha mantenido, constantemente, a muchos inventores en la tarea de mejorar los motores y ha equipado espléndidos laboratorios en los cuales trabajan pacientemente hombres de ciencia, arruinados, que persiguen durante varios meses la solución de algún problema relacionado con éstos. El Conde Zeppelin no pretende ser el único inventor de los dirigibles modernos; en sus detalles, sus ayudantes han sobrepasado la habilidad del maestro.

Pero la idea es suya—aquella idea que tuvo por primera vez en las trincheras que rodeaban la ciudad de París, la misma idea que ahora llena de pavor el pensamiento de los enemigos de Alemania en esta lucha tremenda.

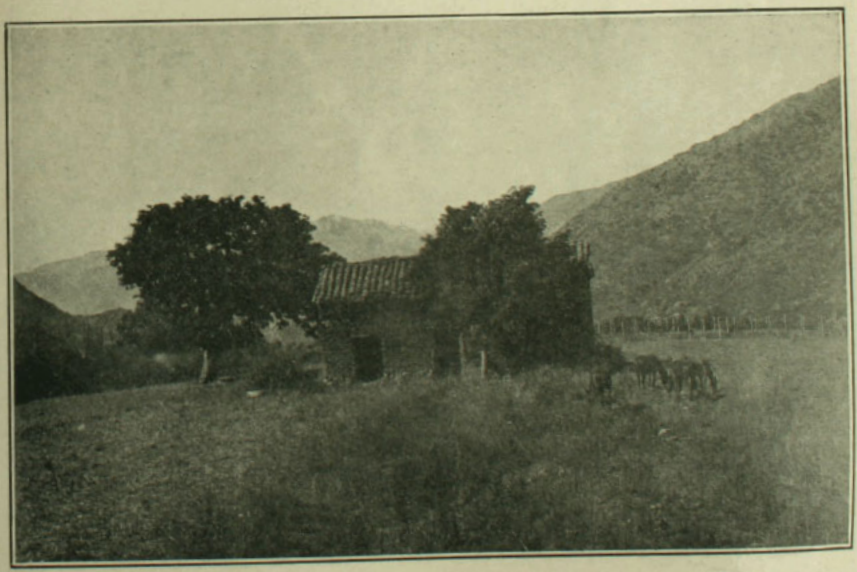
El Conde Zeppelin es el primer almirante de las naves aéreas. Se construye en este momento una poderosa flota, que irá a sus órdenes y en cuya fabricación trabajan no sólo las fábricas de Zeppelin sino las de Schutte-Lanz y las de Siemens Schuckert noche y día, aumentando el número de dirigibles de seis a dieciséis por mes. Estas gigantes aeronaves están aglomerándose, secretamente, en una llanura al noreste de Colonia, punto donde son ensayados, tripulados y organizados a las órdenes del incansable inventor, quien dirigirá personalmente el ataque aéreo que Alemania sueña contra su odiado enemigo...

Y entonces, ¿qué sucederá?



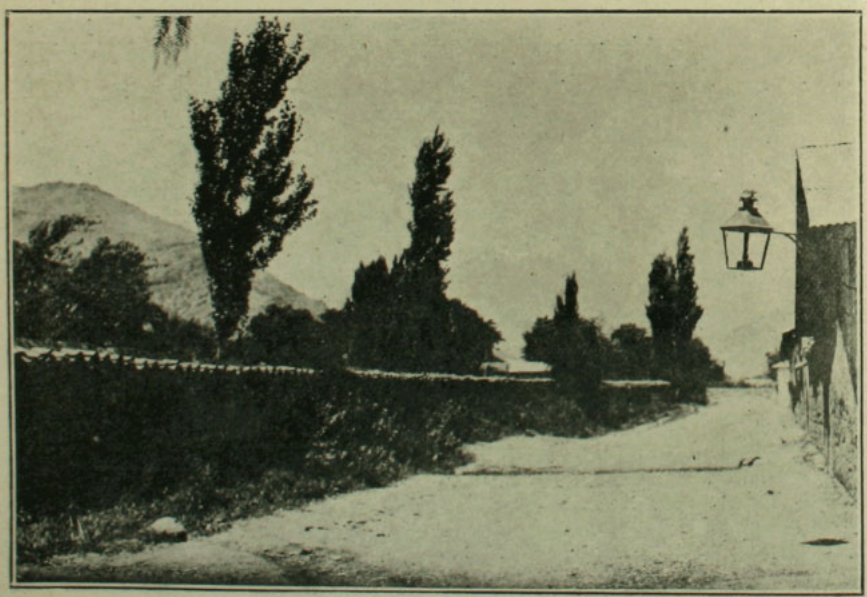
Los alrededores de Santiago son, a veces tan pintorescos, que hacen pensar en la obra de algún pintor que hubiera querido evocar en una tila toda el alma característica de un paisaje chileno: con su tierra tortuosa, sus verdes arboledas y, al fondo, la cortina inmensa de los Andes

Una casa abandonada

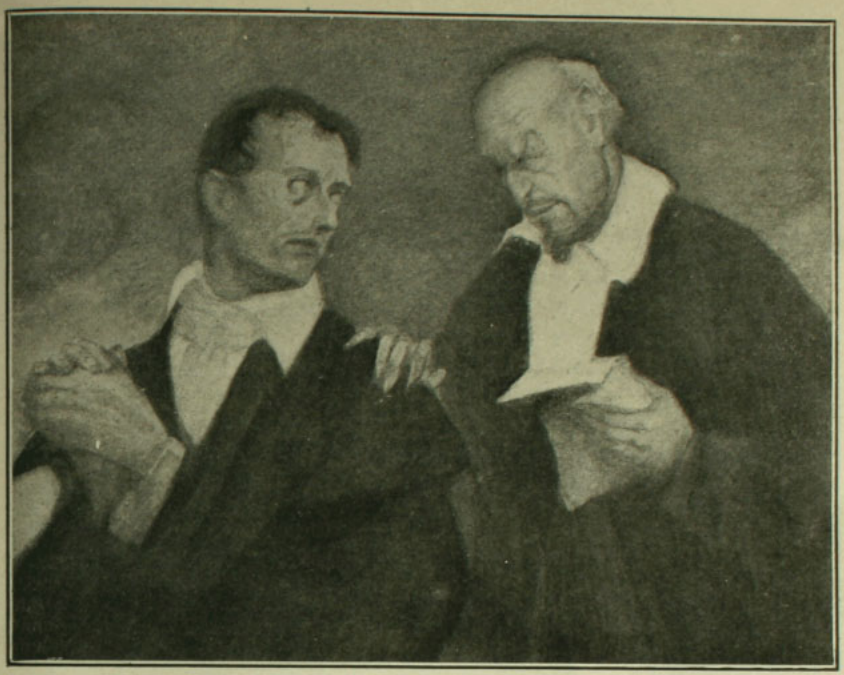


Paisaje de los alrededores de la ciudad

Un desfiladero de árboles cerca del Mapocho



Lindo paisaje a la salida de la ciudad



El hombre que vendió su sombra al Diablo

Con ilustraciones de la obra original

Han transcurrido precisamente cien años desde que apareció este pequeño libro: "La admirable historia de Pedro Schlemihl".

Su autor, Adalberto Chamisso, era francés de origen, pues había nacido en el castillo champañés de Bonent, en 1781. Pero como siendo niño había pasado con su familia a la otra orilla del Rhin, huyendo del tumulto de la Revolución, se había convertido por el alma y el idioma, en alemán. Melancólico e impresionable, se produjo en arranques de una instrucción cálidamente idealista; delicado y tímido, no intentó una obra grande, y concentró la suma de sus esfuerzos en los combates del hombre que le dió su sombra. Por sus escasas dotes de inventiva, debió inspirarse en el arte fantasista y delicadamente extravagante de Tieck y de Tougré.

Por lo demás, la púdica sobriedad de su manera de componer y la precisión de su gusto francés, le permitieron alcanzar en ese género una singular perfección.

en virtud de la cual la admirable historia de Pedro Schlemitl ascendió rápidamente a la categoría de modelo en su género.

La admiración con que fué acogida en Francia y en Inglaterra, se propagó de rebote entre los alemanes, para quienes era difícil distinguir entre lo bueno y lo mediocre en el fárrago de sus narraciones extraordinarias. Gustó en Francia por el preciosismo de la forma y el equilibrio gentil de la composición, y gustó especialmente en Inglaterra, donde era familiar por lo menos desde la publicación de los "Viajes de Gulliver"; el gusto por las aventuras maravillosas narradas en cierta tiena realista de **matter of course**, la complacencia por el amargo humorismo que desborda del admirable asunto con prosaica sequedad. Poe, Wells, todos los demás innumerables narradores de aventuras extraordinarias deben, cual más, cual menos, quien directamente, quien indirectamente, pero deben algo a Adalberto Chamisso.

✣ ✣

Pedro Schlemitl ha vendido su sombra al diablo a cambio de una bolsa de virtud que, a pesar de todas las monedas que se saque de ella, no se agota jamás.

Expliquémonos: se trata propiamente de la sombra que nuestro cuerpo proyecta a la luz del sol o de la luna. El héroe se ha enriquecido, pero reduciéndose a la extraña condición de un cuerpo que no hace sombra, Esa es la singular ocurrencia; a ella debe el libro todo su carácter y su seducción.

En aquel tiempo no había en Alemania quién no hubiera ejecutado sus variaciones sobre motivos de la leyenda de Fausto, del hombre que, por conquistar la vida, renuncia a la eternidad, y que por poseer el poder y la inteligencia aquí en la tierra, vende su alma al Maligno. Una fantasía poética que describe semejante acto de compra-venta, está obligada a presentar a la víctima en una momentánea exaltación, en la cual el momento presente les compense de todo, y la eternidad, el alma, el castigo, no les parecen más que sombras y sueños sin consistencia.

Sombra llamaban los antiguos al alma; y aún quedan pueblos, como nuestros araucanos, que dan a su sombra corporal la significación de su personalidad, como se desprende del temor que manifiestan al pasar ante el pintor o el fotógrafo que "quieren robarle su sombra" por lo que perderán la vida dentro del mismo año. Vendiendo el alma, el pecador vende su sombra, en ambos sentidos; porque a la sombra fué asimilada el alma en una tradición milenaria, y porque para él, apegado a los intereses corporales, concretos e inmediatos, el alma se le aparece inconsistente, fugaz e irreal como una sombra.

✣ ✣

Con una exquisita intuición artística—de la cual no es creíble que el poeta se diera cuenta,—Chamisso ha simbolizado en la pérdida de la sombra la conquista del ideal y de lo absoluto. Suspirando por lo absoluto, Pedro Schlemitl renuncia materialmente a su relatividad, a la sombra, y vive en plena luz. Abandona al diablo su humanidad, y como señal de la independencia alcanzada, obtiene el bolsillo inagotable.

Se ha convertido en un Fausto para niños. Chamisso podía decir propiamente que lo había escrito para divertir a los hijos de un amigo suyo; aún hoy no es fácil encontrar muchos libros que como éste puedan saciar la sencilla y corpórea fantasía de la infancia. Lo que hace de esto una obra maestra es la instantánea fusión con que la inspiración se ha precipitado en imágenes. Todo es aquí visible y palpable. El Fausto que vende su alma, sigue perteneciendo al reino nebuloso de la idea, y no puede comprenderlo enteramente sino el hombre maduro, en quien la fantasía ha sido reemplazada por la razón y la fe moral.

Por el contrario, Pedro Schlemitl, vende la sombra, **una cosa que se ve**; y en el librito de Chamisso se ve además al diablo que le arrolla y se le mete en el bolsillo. Fausto desea el conocimiento, el poder, el amor, la vida; cosas tan bien genéricas. Schlemitl recibe del diablo la bolsa milagrosa; otra cosa que se ve de inmediato, y se ve aún al pobre hombre que no sabe dónde meter tantas monedas como salen del bolsillo.

El sentido profundo, la estructura ideológica del libro se habían traducido tan por entero en evidencia sensible, que hasta

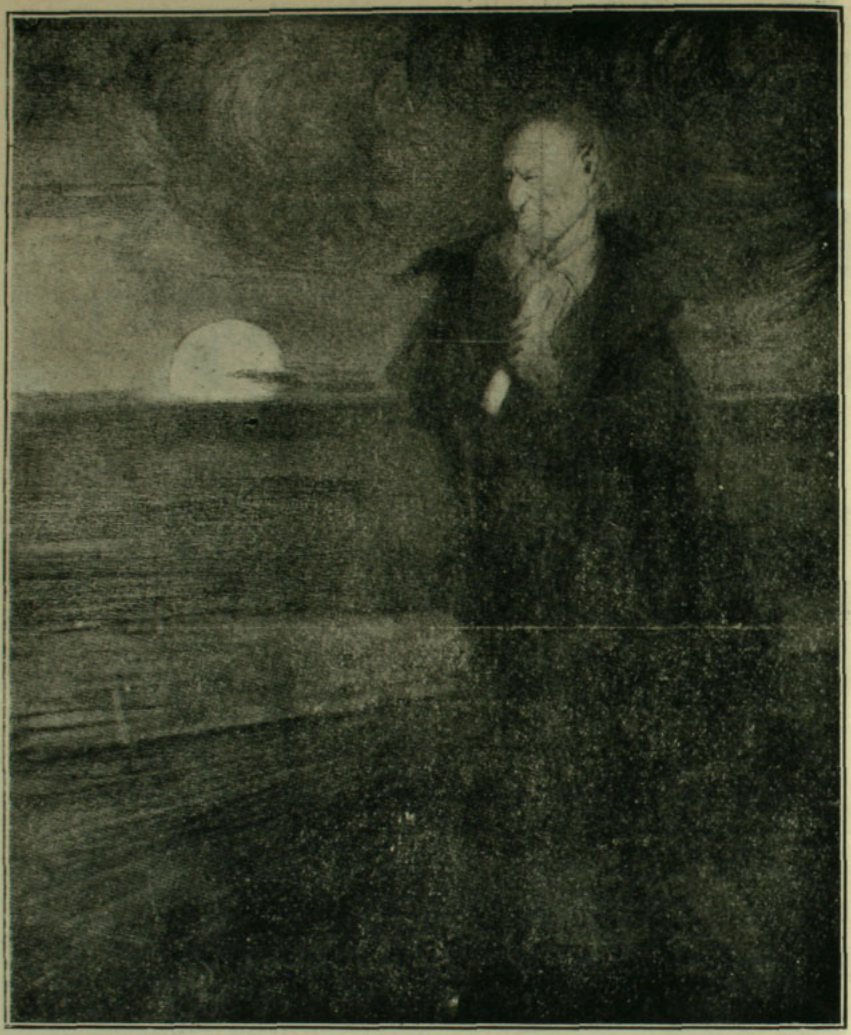
—Va bien, señor Caparbio.....

el poeta se engañó. El mito más grandioso del romanticismo, el sentimiento más trágico del hombre moderno han cristalizado en la pequeña y perfecta piedra preciosa de una fábula.

Se puede ver hasta el fondo y puede gozarse de la llama y espléndida superficie, lo cual encierra la cualidad indispensable de la buena y grande literatura para niños.

El poeta realiza su concepción con amoroso cuidado, divertido y melancólico a la vez. Pensad en el placer de describir el estupor, el horror, el espanto que suscita un hombre, en cuerpo, sin sombra, entre los demás mortales!

Chamisso ha bordado su asunto con una elegante virtuosidad, digna de ser parangonada con los caprichos de un violinista romántico. La fantasía que se complace en la contemplación de su objeto, es el consuelo que él encuentra finalmente a su sutil sufrimiento. También Schlemihl se



...continuó, con paso tranquilo, su camino por la landa.

consuela en forma parecida, por cuanto, rechazado por los hombres y las mujeres, desengañado con respecto al valor de su ilusoria fortuna, salvada a duras penas el alma de las insidias del demonio, reducido a la desesperación por haber arrojado el condenado bolsillo, quedando sin sombra y sin dinero, piensa por último buscar trabajo en el fondo de una mina: único oficio en que puede disimular su deformidad entre las tinieblas en que todos viven. Pero al comprar un par de zapatos burdos para su oficio, descubre, caso maravilloso, que eran las botas de siete leguas. En pocos instantes puede recorrer el orbe terráqueo.

Y, entonces, perfecto romántico, se retira a la soledad de la Tebaida, adonde

siempre vuelve después de haber rodado por el mundo. Judío errante, aunque casi contento con su suerte; pues, ¿dónde ha de encontrar paz un romántico como Pedro Schlemitl sino en la solicitud sentimental de su caro Yo y en la amante avidez con que mira y estudia la "Santa Naturaleza"?

Los inconvenientes de no tener sombra han poco menos que desaparecido desde que Schlemitl, renunciando al poder, al goce, al dinero, se reduce a una vida puramente contemplativa. El gusto del mirar desinteresadamente ha hecho de él un hombre sano, como ha hecho de Chamisso un pequeño pero delicioso artista, el autor de un librito en que se encuentran en admirable concordia la transcendencia germana y la precisión francesa. Todo lo que él narra y describe se ve físicamente, comenzando por aquel diablo, buen diablo razonador y coleccionista de curiosidades, de aspecto humilde y vestido de gris. El poeta ha sabido evitar el peligro de imitar la sublimidad y la gran capa de Mefistófeles, lo que en él hubiese sido retórica pura, contentándose con un diablejo de desecho, un "hombrecillo gris", como el diablo de que hablan en el drama de Schiller, los soldados de Wallenstein, cuando dicen que su general mantiene relaciones secretas con las fuerzas infernales.

Lejos de los ojos, cerca del corazón

Buenas noches, papacito

Buenas noches, pequeñuelo

Un bello libro sobre el Libertador

Por
JUAN CONCHA

Ilustraciones fotográficas

Gracias a los nobles esfuerzos de Rufino Blanco-Fombona, tenemos hoy un nuevo y bello libro sobre el Libertador: "Bolívar, por los más grandes escritores americanos", en hermosa edición de **Renacimiento.** El escritor venezolano ha publicado, en menos de dos años, cinco libros sobre la personalidad del patriota caraqueño: la "Biografía de J. F. Ribas" de Juan Vicente González, con una admirable introducción debida a su pluma, obra que, si bien no se refiere directamente a Bolívar, narra la terrible época de la historia venezolana de la guerra a muerte; el primer tomo de las cartas de Bolívar, obra admirable bajo todos sus aspectos, eruditamente documentada, y sobre la cual el mismo Blanco-Fombona ha dicho que para él representa "un cúmulo de esfuerzos veinte veces mayor que el de cualquier otro libro publicado por mí hasta ahora", "cuatro años de estudio me cuesta la preparación del primer tomo", agrega; los "Discursos y Proclamas" del Libertador, "compilados, anotados, prolongados y publicados" por R. Blanco-Fombona; "Bolívar, pintado por sí mismo", recopilación de documentos, anotados y prolongados por el autor de los "Cuentos americanos", y ahora este hermoso volumen que edita **Renacimiento.**

Portada del libro "Bolívar, por los más grandes escritores americanos," publicado por la Casa Renacimiento

Al considerar la labor histórica de Blanco-Fombona no es posible desentenderse de la polémica que se suscitó alrededor de un artículo publicado

por el escritor venezolano en **Hispania**, polémica de alta resonancia y gran transcendencia: era necesario ya poner los puntos sobre las íes respecto el valor de ciertas obras históricas.

El historiador argentino Mitre fué el blanco de las publicaciones y el punto sensible de la polémica. Da la medida intensiva de la pasión con que se escribió entonces este solo título de un artículo del historiador venezolano: "El General San Martín el pobre Mitre, la República Argentina y la América del Sur". Para Blanco-Fombona la historia de Mitre es una "patraña despreciable"; se admira del "cínico descaro con que Mitre ha falsificado la historia del continente en una mala novela que llama "Historia de San Martín". El general argentino es "un forjador de patrañas y falsificador de documentos cuya obra merece el oprobio"; es, además, "un historiador malévolo y desacreditado". En fin, Blanco-Fombona agotó el número de adjetivos demoledores para calificar al historiador argentino. En una de sus cartas nos decía: "Veo que ustedes no se resignan a tragar las patrañas con que el rastacuerismo y la falsedad argentinos han deshonrado, adulterándola, la historia del continente", y, más adelante, refiriéndose al Libertador, "cuya obra y cuya figura han falsificado escritores mediocres y espíritus infames". Y en otra: "Estoy escribiendo, desde un punto de vista nuevo, la historia de la expedición de Valparaíso. Ustedes y la escuadra lo hicieron todo; San Martín fué menos que una mediocridad en esa campaña. Y a ese hombre lo han comparado los rastacueros con un general como Sucre y con un genio como Bolívar"!

En libros, en diarios y revistas Blanco-Fombona emprende su cruzada enalteciendo la memoria del Libertador. Ha logrado así poner a Bolívar de actualidad y despertar en toda la América un enorme interés por su personalidad. Los estudios de Villanueva sobre la monarquía en América, la obra de Mancini y la espléndida "Bibliografía Venezolanista" del erudito director de la Biblioteca Nacional de Caracas don Manuel Segundo Sánchez, dan a sus trabajos doble interés y oportunidad. Le pasa a América lo que a Francia y a Alemania con Napoleón:" devoran cuanto cae en sus manos respecto al corso y cada día estudian y admiran más al grande hombre". "Este sentimiento de curiosidad —dice el mismo Blanco-Fombona—continental hacia el hombre más grande que ha producido el Nuevo Mundo, se inicia después de un largo paréntesis de sombra, de desvío, de ignorancia.

La aproximación del centenario despertó el interés hacia aquellos días magníficos que llena Bolívar con su nombre y con su actuación múltiple de guerrero, legislador, tribuno, diplomático, escritor, pensador y fundador de pueblos.

"Aquel interés de la época se ha concentrado para muchos en su persona, y ese interés irá creciendo, de seguro, a medida que vayan volviendo, en el turnar del tiempo, el año de 14, que recuerda el período más crudo de la guerra a muerte; el de 19, que rememorará a Boyacá y la liberación del nuevo reino de Granada; el de 21, centenario de la batalla de Carabobo; el de 22, centenario de la entrevista de Guayaquil entre el Libertador y San Martín; el de 24, centenario de la emancipación definitiva y total de América en Junín y Ayacucho; el de 25, centenario de la fundación de Bolivia, con aquellas provincias cuya posesión se disputaban Argentina y Perú y que, en realidad, pertenecían a la Argentina; el de 26, centenario del primer Congreso de Pueblos, reunido por Bolívar en Panamá; el de 30, época, un siglo atrás, de la muerte del Libertador y de la tripartición de la gran Colombia". (1)

\+ +

En esta nueva obra sobre el Libertador no hay nada de inédito: es una recopilación selecta de estudios sobre Bolívar debidas a plumas de diferentes escritores americanos. Nos referiremos someramente sobre cada uno de ellos. Encabeza el volumen un estudio de don Miguel de Unamuno: "Don Quijote Bolívar", del cual dice el autor: "Mi intención ha sido mostrar, en rápida fulguración, con frases del mismo Bolívar, al Hombre español, al Quijote de la América hispana libertada, a uno de los más grandes héroes en que ha encarnado el alma inmortal de la Hispania máxima, miembro espiritual sin el que la

(1) Bolívar, pintado por sí mismo. Introducción.

Humanidad quedaría incompleta". Pero, por sobre todas las elucubraciones quijotescas y bolivianas, se destaca la recia personalidad del escritor salmantino. A continuación viene el estudio sobre el héroe caraqueño del grande y olvidado don Juan Montalvo, empapado en clasicismo y modelo de bien decir, y un estudio del peruano Francisco García Calderón. Sigue un ensayo del doctor venezolano P. M. Arcaya, del cual dice Unamuno en su estudio preliminar: "Querer aplicar al estudio de un hombre así, a un hombre, a un héroe, los procedimientos lombrosianos, como lo ha intentado el doctor P. M. Arcaya, me parece una pedantería y nada más". Sin embargo, tiene este estudio, aparte del punto de vista nuevo con que se estudia a Bolívar, gran interés y no vacilamos en calificarlo de magnífico. Vienen en seguida: un estudio militar, "Bolívar y su campaña de 1821", por el general mejicano Lino Duarte Level; "Bolívar en el Perú", por el colombiano Aníbal Galindo; las bellas y breves páginas que el fecundo don Benjamín Vicuña Mackenna dedicó al Libertador; "Bolívar", por el argentino Juan Bautista Alberdi; el discurso que el cubano José Martí pronunció en la velada de la Sociedad Literaria Hispano-Americana, de Nueva York, el 28 de octubre de 1893.

Don Rufino Blanco-Fombona, autor de la recopilación "Bolívar, por los más grandes escritores americanos"

"El ideal internacional de Bolívar", por Francisco José Urrutia, uno de los estudios más exactos sobre la personalidad del Libertador y al mismo tiempo, si pudiéramos decir, de actualidad. El estudio sobre "La entrevista de Guayaquil", debido a la pluma del profesor chileno señor Ernesto de la Cruz, aparece a continuación; es un erudito y bello trabajo: las ideas monárquicas de San Martín quedan ampliamente comprobadas; la documentación oportuna y sólida. Por su irrefutable documentación, por la honda y sincera admiración que el señor de la Cruz manifiesta por el Libertador, por su amplitud de miras y por su estilo, es éste uno de los más bellos y valiosos trabajos que figuran en este volumen. "Bolívar, escritor" se intitulan las páginas que el compilador señor Blanco-Fombona consagra al héroe venezolano; es un fuerte y sano estudio, campea en él el apasionado estilo del autor de los "Cuentos Americanos"; merece figurar por el aspecto completamente nuevo con que presenta a Bolívar, entre los más interesantes estudios que se reunen en este libro. Su pasión, podríamos decir, apologética, lleva a Blanco-Fombona a caer en serios errores que sería largo y engorroso enumerar; baste con referirnos a lo que afirma en este estudio respecto de nuestro país: "Chile recibe de él (Bolivia) un millón y medio de francos, entregados al Presidente Freire, para realizar la emancipación de Chiloé". (págs. 304-305). Pero, por sobre todos estos pequeños lunarcillos, están las bellas y recias páginas del escritor venezolano. Aparece a continuación un capítulo de la obra del escritor inglés señor F. Lorain-Petre. Las amenas e interesantísimas notas que el señor Blanco-Fombona ha puesto a este estudio, como el carácter de polémica que ellas le dan, ponen a este capítulo entre los primeros del libro. En él encontramos estas breves líneas de Blanco-Fombona para nuestro país, llenas de sincera simpatía: "Chile no ha sido ingrato con el Libertador. Barros Arana lo estudia con conciencia. Otro chileno emi-

nente, Bulnes, ha dedicado años de su vida a historiar la emancipación del Perú por Bolívar, y en las escuelas chilenas se enseña hoy mismo con justicia a conocer al Libertador, poniéndolo por encima de los héroes nacionales: (cita en seguida un párrafo de la "Historia de Chile" de don F. Valdés Vergara)". El estudio de Rodó. las páginas que el colombiano Cornelio Hispano (Ismael López) dedica a "Manuelita la Bella", uno de los más amenos artículos de este volumen, las líneas del gran escritor brasileño José Veríssimo y el estudio sobre "Bolívar legislador", de Jorge Ricardo Vejarano, cierran esta magnífica obra.

Ella es la más bella consagración del Libertador, el pedestal inamovible de su personalidad, aunque con ella sólo se pague débilmente todo lo que le debemos...

Lo que compran y lo que venden algunos países de la América del Sur

ARGENTINA

Millones de dólares
Importa 371
Exporta 464

COMPRA

Millones de dólares EN

Estados Unidos	57
Gran Bretaña	115
Alemania	62
Francia	36

VENDE

Millones de dólares A

Estados Unidos	31
Gran Bretaña	117
Alemania	52
Francia	35

LO QUE COMPRA

Automóviles	5
Materiales para ferrocarriles	15
Carbón	25
Telas de algodón	35
Productos varios de hierro y acero	40

LO QUE VENDE

Maíz	21
Lino	33
Carnes congeladas	35
Cueros y pieles	40
Lana	56
Trigo	94

BRASIL

Millones de dólares
Importa 308
Exporta 362

COMPRA

Millones de dólares EN

Estados Unidos	48
Gran Bretaña	76
Alemania	53
Francia	28

VENDE

Millones de dólares A

Estados Unidos	142
Gran Bretaña	43
Alemania	52
Francia	35

LO QUE COMPRA

Efectos de cuero	5
Maquinaria eléctrica	6
Telas y accesorios	15
Telas de algodón	25
Harina y trigo	26
Hierro y acero	57

LO QUE VENDE

Cacao	7
Tabaco	7
Yerba Mate	10
Cueros y pieles	13
Caucho	78
Café	226

CHILE

Millones de dólares
Importa 122
Exporta 138

COMPRA

Millones de dólares EN

Estados Unidos	17
Gran Bretaña	39
Alemania	33

VENDE

Millones de dólares A

Estados Unidos	25
Gran Bretaña	55
Alemania	28

LO QUE COMPRA

Telas de lana	8
Maquinaria	10
Carbón	11
Hierro y acero	13
Telas de algodón	14

LO QUE VENDE

Productos mineraíes	11
Cueros y pieles	13
Lana	
Trigo	
Salitre	100

COLOMBIA

Millones de dólares
Importa 24
Exporta 32

COMPRA

Millones de dólares EN

Estados Unidos	8
Gran Bretaña	8
Alemania	4
Francia	2

VENDE

Millones de dólares A

Estados Unidos	16
Gran Bretaña	4
Alemania	2
Francia	1

LO QUE COMPRA

Drogas y medicinas	1
Maquinaria	2
Metales	3
Productos alimenticios	3
Telas	10

LO QUE VENDE

Sombreros de Panamá	1
Caucho, platino y tabaco	2
Bananos	3
Cueros	3
Oro	7
Café	13

ECUADOR

Millones de dólares
Importa 11
Exporta 14

COMPRA	Millones de dólares EN	VENDE	Millones de dólares A
Estados Unidos	3	Estados Unidos	4
Gran Bretaña	3	Gran Bretaña	2
Alemania	2	Alemania	1.5
Francia	1	Francia	4
LO QUE COMPRA		LO QUE VENDE	
Productos alimenticios	2	Sombreros Jipijapa	1
Hierro y acero		Tagua	1
Manufacturas		Café	
Telas y ropas	4	Caucho	
Manufacturas varias		Cacao	8

PERU

Millones de dólares
Importa 25
Exporta 46

COMPRA	Millones de dólares EN	VENDE	Millones de dólares A
Estados Unidos	6	Estados Unidos	10
Gran Bretaña	7	Gran Bretaña	12
Alemania	5	Alemania	3
Francia	2	Francia	2
LO QUE COMPRA		LO QUE VENDE (En 1911)	
Seda e hilo	1	Guano	1
Lanas	2	Lana	2
Quincallería	2	Sombreros	2
Productos alimenticios	3	Algodón	5
Tejidos de algodón	4	Azúcar	7
Metales y sus productos	5	Cobre y minerales	10
Productos varios			

URUGUAY

Millones de dólares
Importa 47
Exporta 55

COMPRA	Millones de dólares EN	VENDE	Millones de dólares A
Estados Unidos	6	Estados Unidos	2
Gran Bretaña	13	Gran Bretaña	7
Alemania	8	Alemania	8
LO QUE COMPRA		Francia	9
Productos químicos	1	LO QUE VENDE	
Carbón	3	Animales	1
Maderas	3	Grasas	2
Hierro y acero	4	Productos de lechería	2
Telas	8	Carnes, etc.	6
Productos alimenticios	8	Cueros, etc.	9
		Lana	27

VENEZUELA

Millones de dólares
Importa 20
Exporta 26

COMPRA	Millones de dólares EN	VENDE	Millones de dólares A
Estados Unidos	6	Estados Unidos	8
Gran Bretaña	5	Gran Bretaña	2
Alemania	3	Alemania	4
LO QUE COMPRA		LO QUE VENDE	
Drogas y medicinas	1	Cueros	15
Harina	1	Cacao	2
Máquinas e instrumentos de agricultura	2	Caucho y Balatá	2
Telas de algodón	5	Café	15
Varios			

Novela

Por la

BARONESA DE SUTTNER

I

Primero de mayo, en el Prater, Viena...

Los carruajes rodaban, envueltos por una atmósfera alegre y vivificante; las señoras con vaporosos trajes, conscientes de su belleza, gozaban con la admiración envidiosa de la muchedumbre, que representaba para ellas las alfombras de rosas, tendidas al paso del triunfador antiguo.

En el aire perfumado por el saúco, en el follaje dorado por el sol, en el cielo de un azul suave, en la Naturaleza entera, todo sonreía, todo vibraba de alegría. Era la divina fiesta de la primavera, el baile de los pájaros, de las abejas y de las flores.

La princesa Cari Hohenberg, una de las reinas de la estación de invierno, triunfaba en su carruaje, algo cansada de los bailes, de los conciertos y de las reuniones, satisfecha de respirar aquel ambiente puro, mientras cambiaba saludos afectuosos a derecha e izquierda.

A su lado iba sentada su hermana, la condesa Isi de Thunen, otra reina de la moda, pues esta soberanía admite la pluralidad de cetros.

Carolina, la mayor, de treinta años—el Almanaque de Gotha lo atestiguaba—estaba predestinada por su rubio ardiente a vestir en los cuadros vivos el traje veneciano. Isabel, de veinticinco años, era una morena intensa, para la que el disfraz de aldeana napolitana era de rigor.

Isi no se reclinaba lánguidamente en los almohadones del landó, no se dejaba mecer por la dulzura del mes de mayo, escuchaba la banda militar que tocaba en un café el vals del *Murciélago*, y aquella pieza hablaba a la bella Isi de una historia de amor, a cuyo recuerdo brillaban sus ojos.

En el carruaje de la condesa de Simmersburg, una forastera atraía todas las miradas: era su biznieta Gertrudis, de diez y siete años de edad, una deliciosa criatura rubia y pura como aquel día de sol. Era la primera vez que la joven, educada en una ciudad de provincia y llegada hacía pocos días a casa de su abuela, se presentaba a la sociedad vienesa. Y la presentación era sensacional.

No debía hacer su entrada en el mundo sino al año siguiente, es decir, ser primero presentada en la corte, después en los salones de la nobleza y de la aristocracia. Su abuela esperaba casarla bien, porque, a pesar de lo modesto de su fortuna, su bonita cara le constituía un dote que le permitía aspirar a los más brillantes partidos.

Pero Gertrudis ignoraba su belleza; no sospechaba que pudiese inspirar una pasión o alcanzar victorias mundanas.

El paseo del Prater le parecía la introducción en un *reino de hadas, porque* por primera vez veía una sociedad brillante que, en adelante, iba a ser la suya. Un porvenir radiante presentaba ante sus deslumbrados ojos perspectivas esplendorosas y divinas, prometiendo magnificencias desconocidas.

Inauguraba en aquel día un verdadero tocado de "señorita" a la última moda; hasta entonces no había llevado más que modestos vestidillos de lana o de percal; pero en aquella ocasión iba elegantísima. Su ondulante cabellera iba aprisionada por un sombrero de largas plumas. El espejo le había revelado momentos antes que aquellos rizos rubios, uno de los cuales acariciaba graciosamente sus cejas obscuras, le daban cierto aire picaresco. Sentíase bonita y se complacía en ella misma, sin pensar en trastornar cerebros. Los capullos de las flores, próximos a abrirse, debían experimentar la misma sensación en aquella tibia tarde de mayo.

—No metas las narices en tu ramo, y ponte derecha: ¡una muchacha no debe ir reclinada!—dijo la anciana Condesa con tono de reprensión.

Gertrudis se irguió y bajó el ramito de rosas que ocultaba la parte inferior de su *rostro:* hubiera sido lástima esconder aquellos labios de cereza, cercanos a tan graciosos hoyuelos.

Sin embargo, la condesa de Simmersburg hubo de repetir su observación respecto del ramo sobre el que Gertrudis se obstinaba en inclinarse; aspiraba, al mismo tiempo que el aroma de las flores, el olor de su largo guante de Suecia, y aquella mezcla de perfumes le sugería este pensamiento: que el mundo era un vasto jardín... y que ella era ya una "señorita".

Poseía dos docenas de guantes iguales a aquéllos, de todos matices, entre los cuales había unos blancos "para baile", como había dicho su abuela. Así, pues, la llevarían a los bailes... ¡Ah! ¡bailar al compás de aquel vals del *Murciélago*, con apuestos jóvenes, con oficiales, con príncipes tal vez, como aquellos que pasaban a caballo o en coche!... Una sonrisa de satisfacción entreabría sus labios y descubría una deslumbrante hilera de perlas.

—¡No te rías así, Trudy, y no mires constantemente hacia el paseo de los jinetes! Observa los tocados de las señoras; es más interesante y más oportuno.

—¿Quién es esa deliciosa criatura que va con la condesa de Simmersburg? ¿La conoce usted?—preguntó Hans Witterstein, capitán de dragones y heredero de uno de los más importantes mayorazgos de Príncipes.

El interpelado, Kurt de Osenoff, joven de veinte años, respondió con perezoso acento:

—¿Aquella rubia?... No la he visto nunca... No me gustan las "Margaritas".

—Ya se ve, querido, que no es usted de este país; "Margarita" es un producto eminentemente alemán. Nuestras vienesas son muy diferentes; al cabo de una estación mundana se emancipan, se hacen coquetas, endiabladas.

—Admito que las ingenuas son encantadoras; pero prefiero las mujeres casadas, por ejemplo, las hermanas Hohenberg Thunen.

—¡Alto ahí! Ya sabe usted que estoy loco por la última.

—¿Siempre desgraciado?

—Más que nunca. La frialdad de Isi me desespera.

—Yo adoro a la otra, con su color leonado y sus ojos de fuego.

—¡Ya!

—¿Una vuelta más?—preguntó Isi a su hermana.—¿No tienes bastante?

—Sí, vámonos. A casa—dijo Cari al cochero.

Y el carruaje siguió a los que se alejaban del Prater.

El desfile fué brillantísimo; los peatones formaban fila a lo largo del camino, los veladones de mármol de los cafées llenaban las aceras, encendíanse los mecheros de gas de las tiendas, la primera estrella titilaba en el obscuro azul del cielo.

En cuanto a Gertrudis, no habían terminado todavía los encantos de la jornada: su abuela debía llevarla a la Opera.

Fuera, en el Ring, aún era de día y casi se estaba en verano; pero en cuanto se entraba en la Opera reinaban la noche y el invierno. Desaparecía todo recuerdo de los árboles, del canto de los pájaros, del olor de los saúcos. La iluminación de la gran escalera, los espejos, los perfumes penetrantes, todo le transportaba a uno al mundo ficticio de las fiestas invernales.

Gertrudis, en su ciudad de provincia, había ido varias veces al teatro, y siempre la había palpitado el corazón al penetrar en aquellos corredores cuyo solo aspecto era una

promesa de placer. Experimentó la misma emoción, pero más viva todavía, cuando el lacayo abrió una puerta y entró ella detrás de su abuela en el antepalco.

Las dos damas se despojaron de sus abrigos. La condesa de Simmersburg arregló los rizos de Gertrudis y la hizo sentar en la butaca más próxima al escenario; ella se instaló en el otro puesto.

Con un suspiro de contento, Gertrudis colocó su ramo y su abanico en el antepecho de terciopelo y preparó sus gemelos para contemplar el espectáculo.

La representación había ya comenzado. Se hacía el *Fausto*, de Gounod.

—...Es la escena de la feria. Ahora sale Margarita—dijo la Condesa.

Y reinó en la sala un silencio expectante.

"No soy señorita ni linda..."

El encanto se deshizo con la marcha de Margarita. Los bailarines se lanzaron en torbellino al compás del vals. Cayó el telón, y la lucerna amortiguada, esparció de nuevo el resplandor de sus luces luminosos. Gertrudis pudo contemplar la sala.

Se llama Arlán.

En los palcos había algunos tocados brillante, otros medianos; la mayor parte de las damas llevaban trajes de calle, pues la estación tocaba a su fin.

En la primera fila de butacas un dragón miraba obstinadamente con sus gemelos a Gertrudis. ¿No era en el que se había fijado ella hacía poco en el Prater?

—Trudy, no está bien que mires de esa manera a las butacas. Tienes modales muy feos.

La joven así reprendida apartó la vista pero sin dejar de mirar con el rabillo del ojo al apuesto oficial. Después, comprendiendo que iba a cometer una acción tan grata como censurable, enfocó de repente sus gemelos hacia los otros. De esta suerte el diablillo de la coquetería que duerme en el alma de las jóvenes, merced a la excitante atmósfera de las salas de fiestas, comenzaba a agitarse en Gertrudis, el mismo día de su iniciación en la vida mundana.

El telón se levantó en el acto del jardín.

La invocación de Siebel a su ramito fué desdeñada, como es costumbre. La princesa Cari y la condesa Isi entraron en su palco, y la atención de Hans Witterstein tomó nueva dirección. Sin embargo, Isi no le honró con la agradable mirada con que Gertrudis le había favorecido; le hizo una sencilla inclinación de cabeza, muy ocupada con la llegada de nuevos visitantes. Uno de ellos, muy conocido del dragón, era el duque Emilio, perteneciente a una familia reinante alemana. El otro le era desconocido. Era un personaje digno de llamar la atención: veintiocho años, tipo oriental y el uniforme de la caballería de la Guardia rusa...

En el escenario comenzaba el dúo de amor: Margarita, a la luz de la luna, se inclinaba hacia Fausto arrodillado y murmuraba:

"Noche de amor, radian-
[te cielo..."

Gertrudis se estremeció. Se identificaba con la sublime enamorada y veía a sus pies al oficial en lugar de Fausto... Su alma cantaba: "Noche de amor, radiante cielo...."

—¿De manera que aquello era el mundo? El amor, el esplendor de las fiestas, la música, la embriaguez, la alegría... ¡Qué felicidad! pensaba ella entusiasmada.

La abuela seguía la representación con indiferencia, satisfecha del éxito de su nieta.

—Trudy, no tomes ese aspecto de asombro. Esta música es bonita, pero no tienes necesidad de poner los ojos en blanco: eso no está bien.

En el entreacto, Witterstein fué a hacer una visita al palco de las Hohenberg. Su

entrada coincidió con la marcha del ruso; el duque Emilio se quedó.

—Buenas noches—dijeron las señoras tendiéndole la mano.

El joven se sentó detrás de Isi.

—¿Quién es ese noble extranjero que acaba de salir, condesa?

—El Príncipe Diamante, un hombre simpático.

—¿Diamante?... Es un nombre extraño.

—Es un apodo para indicar sus fabulosas riquezas.

—...¡De hermosas aguas, entonces! ¿Cómo se llama esa piedra preciosa?

—¡Cómo! ¿Tendría usted acaso envidia para hablar en ese tono de burla?... No tiene usted derecho de experimentar ese sentimiento, cuando se llama Witterstein...

—¡Es usted muy amable, Princesa! No, yo no soy envidioso; celoso, tal vez...

La condesa Isi se ocultó el rostro detrás del abanico y dirigió a Hans una mirada que parecía decir: "No tiene usted que desconfiar de nadie". Pero el abanico se cerró rápidamente, la llamarada de los ojos se extinguió y dijo Isi sencillamente:

—Se llama Arlán, Príncipe de Abcasia. Es un bávaro. Sus antepasados fueron Reyes de Abcasia, un país desconocido, situado cerca del Mar Negro y que, ahora, forma parte de Rusia. El Príncipe ha sido educado en San Petersburgo, en el cuerpo de pajes. Actualmente es ayudante de campo del Czar y presta sus servicios en la guardia. Viaja mucho; conoce Italia, Alemania, París y Londres, y quiere entablar conocimiento con nuestro Viena.

—¡Muchas gracias por sus detalles biográficos y etnográficos, condesa—replicó Witterstein molestado.

Parece que ese asiático quiere lanzarse de lleno en la gran vida—dijo interviniendo el duque Emilio.—Lo conseguirá, porque es vulgar, y pretensioso.

—Es usted severo, Alteza.

—Agradará a las mujeres a causa de su cabellera ensortijada y su nariz recta—continuó diciendo el Duque.—Se impondrá a los hombres porque es valiente y diestro en todos los ejercicios físicos, y deslumbrará con su lujo a la galería.

Un momento después, Witterstein salió del palco de las Hohenberg y se dirigió al de la condesa de Simmersburg.

El corazón de Gertrudis dió un vuelco cuando vió al joven. ¡Cómo! Aquel oficial de caballería al que hacía poco había ella mirado tan atrevidamente conocía a su abuela e iba a tener que hablarle!... Se ruborizó, palideció después y se sintió oprimida. En una palabra, iba a enamorarse locamente como jovencilla, cuyos vagos ensueños, pensamientos novelescos y deseos indefinidos se encarnan en el primer joven que la turba el corazón. El azoramiento de la niña aumentaba su encanto. La condesa dijo presentando:

—Mi nieta, Príncipe Witterstein.

Hans tendió la mano a Gertrudis. Era incorrecto, pero tenía, sin duda sus razones para permitirse aquella grave infracción de la etiqueta. Estrechó los temblorosos deditos de una manera significativa, y ella creyó comprender que aquella ligera presión quería decir: "Sí, ya sé que te agrado, y tú me gustas extraordinariamente".

II

El duque Emilio, que residía en Viena temporalmente, vivía en el hotel Munsch; la pieza que le servía de sala y gabinete de trabajo había perdido por completo su vulgar aspecto, porque le había llenado de tapices, armas, cuadros y antigüedades. Libros, periódicos y revistas se amontonaban en una gran mesa de despacho que se parecía a una mesa de redacción. El Príncipe era un refinado, un exquisito en materia literaria. Las obras selectas, las polémicas interesantes, las discusiones políticas constituían su placer favorito. Consagraba cuatro horas diarias a tal ocupación. De viaje, en los baños de mar, en la ciudad, en su castillo hereditario, en donde se encontrase, dedicaba invariablemente las mañanas a sus estudios predilectos.

Por la noche frecuentaba los salones de la aristocracia, asistía a cenas alegres, iba al teatro y llevaba la existencia de un perfecto mundano. Una ligera imperfección física le impedía entregarse a ejercicios violentos. A los quince años de edad se había roto una pierna en una caída. Le había quedado una imperceptible cojera, así como un dolor punzante cada vez que se aventuraba a hacer un movimiento demasiado vivo. Por consiguiente, la caza, la esgrima, la equitación, todos los deportes, en una palabra, le estaban vedados; hubo de renunciar por la misma razón al servicio militar, y de esta manera había llegado a ser, al decir de sus amigos, un ratón de biblioteca.

El duque había pasado la cuarentena; era un hombre de aspecto distinguido y simpático, de rostro dulce y cabellera negra y abundante; su barba larga comenzaba a ponerse gris, y algunas arrugas surcaban su frente pensativa. Era célibe, por no haber podido casarse con una mujer amada y haberse negado a contraer un matrimonio de conveniencia. Por otra parte, sus numerosas aventuras galantes habían podido convencerle de que no siempre es envidiable la suerte de un marido.

Por el momento se mostraba muy asiduo cerca de la Princesa Cari, pero la maledicencia no pasaba de ahí.

Dió la una en el reloj. El duque, que leía sentado cerca de su mesa de trabajo, levantó la cabeza al oir anunciar a Witterstein.

—¿Te molesto?

—De ninguna manera. ¿Qué es lo que te trae?

El familiar tuteo chocaba entre aquellos dos hombres de edad y rango diferentes.

Witterstein tenía veintisiete años y pertenecía a una familia de Príncipes dependientes, mientras que Emilio, cuarentón, era miembro de una familia reinante.

Pero habían cenado juntos, en alegres reuniones, donde los corazones se ensanchaban, los labios rozaban blancos hombros, espumaba el champaña, las risas repercutían y en donde, según frase de Schiller, cada cual estaba dispuesto a abrazar al mundo... Y de aquellas horas fraternales y generosas habían quedado algunas impresiones duraderas—un compañerismo, casi una amistad.

Witterstein se sentó en una mecedora, cogió maquinalmente un cigarro de una caja: —"¿Me permites?"—y lo encendió.

—...Lo que me trae es todo una historia, y me vas a dar una lección de moral.

—Mis cabellos blancos me autorizan a ello. Vamos, confiésate pronto.

—Vengo a rogarte que me hagas el honor de servir de testigo.

—¿Un duelo? Estoy a tu disposición. Ten la seguridad de que haré todo lo posible para reconciliarte con tu adversario, porque, en mi opinión, el duelo es una locura peligrosa...

—No; quizás se trate de otra locura, pero no de esa.

—¡El cielo te proteja! ¡Una boda!

—¿Harás también todo lo posible para enemistarme con mi adversario?

—¿Quiéres casarte? Mi enhorabuena....

¿Qué dice de ello la condesa Isi?... ¡Perdona! La pregunta es indiscreta... ¿Cuál es la elegida?

—¿Te acuerdas de aquel rostro angelical que asomaba el otro día, en la Opera, en el palco de la condesa de Simmersburg?

—¿Aquella niña?

—¡Gertrudis Simmersburg tiene ya diez y siete años! He pedido su mano; naturalmente, la abuela me ha dicho que sí, ella también... No le soy indiferente... Es de una nobleza irreprochable, de una belleza exquisita; tiene poca fortuna, pero mi tío me deja el mayorazgo. La condesa Isi rabiará tal vez; ¿pero por qué ha sido inexorable?... En fin, soy dichoso, no es un capricho ni una ligereza.

—Párate, por favor, y deja de defenderte como si estuvieras en el banquillo de los acusados y yo en el sitio del Fiscal pidiendo tu cabeza. No invocas la única circunstancia atenuante que yo pueda admitir, no dices: "¡Estoy locamente enamorado de mi novia!" ¿Para cuándo la boda?

Hacia el otoño, en Bohemia, en el castillo de Simmersburg.

—¿Este otoño? ¡Dios sabe dónde estaré!

—Desde cualquier parte, puedes siempre meterte en un *sleeping* y llegar a tiempo. Tengo empeño en que seas mi testigo.

—No te prometo nada, querido, porque en esa época me encontraré, sin duda en un país desde el cual ningún *sleeping* podrá llevarme a Bohemia. Proyecto grandes viajes, porque estoy harto de Europa. Que sea en Vichy, en Ostende, en Carlsbad, en París o en Londres, los dos mil comparsas de la vida mundana se parecen: los mismos trajes, las mismas diversiones, las mismas ideas... Deseo ir a algún sitio en donde no haya ni ventas de caridad, ni bailes, ni conciertos, ni *five o'clock*.

—Deja tu expedición entre los salvajes para otra época, será de buen corazón.

—Veremos, veremos...

—Y además, ¿agradará a Cari semejante éxodo?

—¡Ah! Eso es devolverme mi observación de hace un momento. También ella es inaccesible, amigo mío.

—Sí, todas lo son, naturalmente...

—Parece como si lo dudaras; pero te haré observar que ese "todas" irónico comprende también a la futura Princesa de Witterstein.

—¡Ah! en cuanto a esa, yo vigilo.

Un criado entró con una tarjeta. El duque leyó:

PRINCIPE ARLAN DE ABCASIA

Ayudante de campo de S. M. el Emperador de Rusia

Es la primera visita del Príncipe circasiano al Príncipe alemán; hasta entonces se habían encontrado en el mundo y sus relaciones eran superficiales.

Emilio se adelantó al encuentro del visitante y se cambiaron saludos ceremoniosos. El duque presentó mutuamente a los dos jóvenes. La conversación se entabló en francés. El ayudante hablaba con locuacidad y animación.

—Estoy encantado de Viena. Antes creía que París era la ciudad más hermosa del mundo; pero he rectificado completamente mi opinión... Aquí hay por lo menos una sociedad, una corte, una aristocracia cerrada —ese pobre París se encanalla, se hace cada vez más democrático; la República lo ha trastornado todo.

—Sin embargo, he estado allí el invierno último y no he experimentado semejantes impresiones—dijo Hans.

—¡Qué quiere usted!—Quizás soy un salvaje, y sin duda me ha quedado en la sangre algo de la rudeza oriental y regia de mis antepasados. He conservado principios feudales. No me gusta el "pueblo".

—Es de lamentar que no haya nacido usted dos siglos antes.

—No, porque entonces hubiera sido realmente un salvaje. Soberano absoluto de un pueblo de esclavos, no me hubiese educado en el cuerpo de pajes, no hubiera conocido los goces intelectuales que me ha procurado la civilización, no hubiese tenido la dicha de vivir en esta encantadora ciudad, altiva, alegre y elegante.

—Me asombra que mi país y mis compatriotas le agraden hasta ese punto—dijo Witterstein levantándose para marcharse.

—¿Cuándo nos vemos?—preguntó el duque tendiéndole la mano.

—¿Qué vas a hacer esta noche?

—Como con la condesa de Simmersburg, luego iré a tomar una taza de te con las Hohenberg, después cenaré en casa de Sáchez con Osenoff, que se marcha...

—Entonces nos veremos en casa de las Hohenberg. Hasta luego.

El Príncipe de Abcasia se despidió también, y el duque Emilio, una vez solo, se engolfó en la lectura interrumpida de la *Deutsche Rundchau*.

Cari e Isi vivían juntas.

Isi era temporalmente "viuda", pues su marido, en su cualidad de Secretario de la Embajada austriaca, pasó el invierno en San Petersburgo. La condesa no había acompañado a su marido, ya porque, como decía el mundo, reinase cierta frialdad entre los dos esposos, o ya porque, como decían los interesados, hubiesen prohibidos los médicos la estancia en Rusia a la joven, un poco delicada del pecho. Para no quedarse sola, se había refugiado cerca de su hermana, la Princesa de Hohenberg, y se las veía siempre juntas, en el Prater, en los bailes, en el teatro, en todas partes. Eran las mejores amigas del mundo, es decir, íntimas compañeras de diversiones.

El Príncipe Fernando de Hohenberg, marido de Cari, acompañaba raras veces a las señoras en sus salidas. Jefe del partido conservador, entregado por completo a la política, no gustaba del mundo, con sus pompas y vanidades. Joven aún, de brillante aspecto, hubiera podido hacer varias conquistas en los salones; pero los *flirts* prolongados, las declaraciones, las atenciones solícitas, le hubiesen desagradablemente distraído de las cosas en que su espíritu se complacía. Sin embargo, como las distracciones le eran necesarias, las había buscado y encontrado de una manera cómoda en la persona de una bailarina de la Opera, a la que había puesto en bonito piso en el Ring, y cerca de la cual descansaba de su labor cotidiana.

Su ocupación más penosa era la lectura de los periódicos de oposición; no los recorría sino para irritarse, porque no se le ocurría sacar de ellos utilidad ni provecho alguno. Todo lo que se decía, se escribía y se imprimía en el campo contrario, no era sino mentira o error; los que no pensaban como él—la mayoría,—eran cerebros enfermos o saltimbanquis sin conciencia. Fomentaba su cólera y su desprecio leyendo los periódicos de aquellos tales, y creía cumplir así con un deber. Pero cuando la prensa le proporcionaba el tormento más delicioso era los domingos. En estos días mandaba comprar todas las publicaciones satíricas, y es-

taba seguro de encontrar en ellas su propia caricatura o una sátira sobre su último discurso parlamentario. Aquellos papeluchos le atraían irresistiblemente. Dícese que cada uno habla de lo que le duele, y en virtud de este axioma el Príncipe Hohenberg se engolfaba semanalmente en "aquellos innobles papeles".

El palacio de Hohenberg se alzaba en medio de un vasto jardín. El *boudoir* en donde la condesa recibía a sus íntimos, se abría sobre una terraza llena de flores, de arbustos raros y pájaros.

Eran las dos. La princesa escribía ante una mesita de palo de rosa. La blanca mano completamente femenina de la dama trazaba en un pliego de papel una invitación con caracteres alargados.

Cari estaba vestida con un traje de seda cruda, y su arrogante belleza concertaba con la sencillez de su tocado y con el esplendor del sol. Su cutís tenía la delicadeza peculiar de las rubias rojizas, y sus grandes ojos azules, ornados con cejas negras, se destacaban en la blancura lechosa del rostro.

Cari era hermosa y lo sabía. El culto de sí misma la protegía contra todas las tentaciones, contra todas las debilidades del corazón. *Ser envidiada, admirada, adulada*, constituía su principal goce. ¿No valía más ser festejada por todos que amada por uno solo? Y en suma, ¿qué era el amor?... ¿Una mentira, una quimera, un sueño bueno para las almas inferiores? Cari tenía, por lo demás, una gran pasión en el corazón, una idolatría que la preservaba de los deseos culpables y de los goces prohibidos—la pasión de su belleza. Pensaba en ella diariamente, extasiada, adorándose de rodillas, llevando su virtud como un manto de armiño: por orgullo.

Además, era altiva hasta la soberbia, fría hasta la rudeza. Ya un oficial se había suicidado por ella, y aquel homenaje la halagó, más que un soneto, más que un ramo. La infidelidad de su marido le era conocida, y no le importaba nada. Todo la dejaba indiferente; no experimentaba ni pasión, ni cólera, ni odio, ni emoción, ni entusiasmo. Como un cisne, que con su blancura se desliza tranquilo y orgulloso sobre las aguas de un lago, así la gran señora, pura como aquél, se deslizaba tranquila y orgullosa sobre el gran río de la vida.

Las obligaciones de su posición absorbían tan completamente su espíritu, que consideraba como un deber profesional no faltar a ninguna fiesta, tener su casa abierta, presidir los bailes de Carnaval y las cacerías de otoño, y contar entre sus huéspedes testas coronadas. La princesa Cari tenía dos hijos, un niño de diez años, alumno del *Teresianum*, y una niñita de cuatro, confiada a una aya inglesa, cuyas habitaciones estaban relegadas al extremo opuesto del palacio.

La condesa Isabel Thunen, como la llamaban sus amigos, la condesa Isi no se parecía a su hermana, ni en lo físico ni en lo moral. Era ardiente, arrebatada, apasionada... En los comienzos de su matrimonio había tenido violentas escenas de celos con su marido—escenas perfectamente justificadas por la conducta del último.—Por entonces vivían casi separados. Isi era coqueta hasta el exceso; gustaba de jugar con fuego; a veces se quemaba un poco... un poquito. Mientras que Cari no descendía jamás de su altiva tranquilidad, Isi se entregaba gustosa a manifestaciones de alegría o de dolor, riendo a carcajadas o llorando a lágrima viva, siempre presa de extremos sentimientos.

La condesa Isi entró en el saloncito.

—¡Ah! eres tú, Isi—dijo la Princesa alzando los ojos.

—Es odioso, infame... Es una infamia...

Cari cerró el pupitre.

—¿El qué?

—Hans Witterstein, se casa.

—¿De veras? ¿Y con quién?

—Con la nieta de la condesa de Simmersburg.

—¡Ah! ¿la preciosa criatura que vimos últimamente en la Opera? Hace una buena boda... Será una decepción para Lori Hanig, que coqueteaba con Witterstein desde hace tanto tiempo.

—¡Me desesperas, Cari!

—¡Ah, sí, es verdad! Cari lo había olvidado... ¡Pobre Isi, un adorador de menos!... ¡Qué te importa! Por uno que se pierda se encuentran diez.

Isi se colocó enfrente de su hermana, con las dos manos sobre la mesa de escribir, y exclamó trágicamente:

—¡Pero si le amo!

Cari se echó a reir.

—¡Frases de novela! ¿Estás loca? Sé más natural.

—Tú no comprendes nada—replicó Isi abandonando su postura teatral y yendo a echarse en una butaca. Cari se levantó y se sentó en su sitio habitual. Sacó de un cesto de labor un mantel de altar recamado de oro, y se puso tranquilamente a bordar.

—¿Que no comprendo nada?... Pues sí, conozco toda la historia, aunque cuando sea hoy la primera vez que me favorezcas con tu confianza. Desde hace tiempo vengo observando tu indulgencia con el arrogante Hans, y sus asiduidades para contigo. Pero supongo que no te liga nada con él... ¿Habrías tú...?

No concluyó la frase. Separó su vista del bordado, y miró fijamente a su hermana con la aguja en el aire.

—No—respondió Isi a aquella pregunta apenas formulada.—Solamente él hubiera podido esperar, hubiera podido intentar... ¡No me ha amado jamás!

—Naturalmente—replicó Cari volviéndose a su labor.

—¡No tiene corazón!—añadió la otra.

—Estás ridícula, Isi. Por lo demás, ten la seguridad de que después de haberse casado con la pequeña Simmersburg, y jugado algún tiempo a la luna de miel, volverá a tus pies...

—Para ser enérgicamente rechazado... Le desprecio, le odio. Deseo que su novia sea "el gansito blanco", la más insignificante del mundo.

—De un gansito de diez y seis años un hombre hace lo que quiere: una paloma o un cisne. Isi, hablemos de cosas más serias. El *carrousel* se acerca, y tú no has decidido tu traje...

—No quiero ir. Sabes muy bien que él debía ser mi caballero.

—¡Tanto mejor! Oculta tu enfado, muéstrate encantada de su boda.

—No, no me hables ni del *carrousel* ni del baile de mañana; hasta renuncio a tomar el té contigo esta noche, porque podría estar él...

—¡Muy bien! vete a un convento.

—¿Por qué no? También podría hacer otra cosa: marchar a San Petersburgo, y reconciliarme con mi marido.

—Como nadie sabe que estáis reñidos, tu acto no produciría efecto. Créeme, Isi, tranquilízate. Nada de manifestación ruidosa que llame la atención; no es correcto. No debes mostrar a todo el mundo los secretos de tu alma.

—En verdad que envidio tu sangre fría... Nada te afecta: te dejas engañar por tu marido, y nadie puede encontrar el camino de tu corazón.

Un criado anunció al duque Emilio; la Princesa hizo un signo afirmativo, y fué introducido el visitante. Avanzó hacia las dos hermanas y les besó la punta de los dedos. La dueña de la casa le indicó una butaca.

—¿Qué hay de nuevo?—preguntó ella.

—¿De nuevo?... No mucho. El te *dansant* del Ministerio del Interior ha sido muy aburrido... Después, que Hans Witterstein me ha rogado que le sirva de testigo.

—¿Se bate?—preguntó Isi asustada.

—El mismo temor tuve yo cuando me requirió, pero...

—¡Ah! comprendo, se casa.

—¿Lo sabían ustedes ya?

—Sí. A usted le toca el turno de elegir novia, querido duque—dijo Cari.

—¿A mi edad, Princesa? Sería verdaderamente mostrar demasiada complacencia con los jóvenes, cuya única misión es consolar a las mujeres casadas.

Entraron otras visitas, y al poco rato estuvieron reunidas alrededor de la Princesa unas quince personas. Todas formaban parte de los "quinientos" de la high-life vienesa. Era lo selecto de los bailes de la corte, damas de la orden de la "Cruz estrellada", condesitas desdeñosas, brillantes oficiales, personajes influyentes, todo el escogido grupo que se arrogaba el monopolio de los placeres mundanos y miraba con desprecio a la multitud vulgar, sin codearse jamás con ella. Aquella gente elegante animada alegremente el salón de Cari. Todo atestiguaba que el placer era el dios al que todos sacrificaban la alegría de los rostros, el esplendor de las cosas, los trajes vaporosos, las bomboneras abiertas, los billetes de conciertos extendidos sobre una mesa, al lado de una invitación para el próximo baile de la corte, el programa de la Opera anunciando para la noche *Ania* y *Mesalina*, la bandeja, en la que se amontonaban las tarjetas, los grabados de modas para los disfraces de la cabalgata, la partitura, abierta en el piano, de la última opereta en boga, las conversaciones animadas, en las que se cruzaban preguntas y respuestas.

¿Cuáles son sus planes para el verano?

—Medicación en Carlsbad, excursión a Londres, viaje a Suiza, seis semanas en Os-

tende, carreras en Baden-Baden, cacerías de zorras en Escocia...

Después, invariablemente:

—...Y en seguida, a mi casa, a mis tierras.

Tres condesitas, sentadas juntas, hablaban en voz baja:

—Treinta ramos de cotillón... Muchacho muy distinguido... Un *five* delicioso... Tul bordado...

Las señoras jóvenes hablaban de la cabalgata, los hombres del caballo ganancioso o de un estreno sensacional en el teatro Wred. Una atmósfera luminosa envolvía a aquellas conversaciones frívolas, ligeras como plumas de pájaros o pétalos de flores. La condesa de Thunen se había refugiado en la terraza al ver entrar a Hans Witterstein. Este, después de haber cambiado algunas palabras con la Princesa, fué a reunirse con Isi, que estaba echada en una butaca americana con el rostro oculto entre las manos.....

Entraron otras visitas, y al poco rato estuvieron reunidas alrededor de la Princesa unas quince personas

—Condesa...

La joven se estremeció.

—Buenas, Príncipe—dijo con frialdad.—Sin duda viene usted para recibir mis felicitaciones... Estaba pálida y sus labios temblaban...

—La frialdad de la que amo...—comenzó a decir Hans.

—Cállese usted—replicó ella.—No tenga usted la audacia de servirse de tales frases.

—Estaba desesperado, condesa...

Ella hundió su ardiente mirada en la del joven, y murmuró:

—¡Insensato!

El sintió un vértigo, porque aquella palabra significaba claramente que no estaba perdida toda esperanza...

—Isi, ¿debo volverme atrás? No tiene usted que hacer sino una indicación.

Ella comprendió el peligro, y retrocedió asustada.

—No, no era eso lo que yo quería decir... Se engaña usted por completo, Príncipe.

Se levantó y volvió al salón.

III

Gertrudis vivía en un mundo encantado. El fantástico paseo en el Prater y la embriagadora velada en la Opera la habían trasportado al país de los sueños, y desde entonces su maravillosa felicidad había ido en aumento.

El 2 de mayo, al despertarse, sintió inundado su corazón por una ternura infinita.

Primero evocó la imagen de su abuela, pero en seguida se transformaron los rasgos de la venerable anciana: los cabellos blancos se convirtieron en negros y rizados, la flotante bata se cambió en un uniforme de dragones y la niña supo al fin a quien amaba tan extraordinariamente. Aquel era, pues, el famoso sentimiento tan soñado de que hablan los libros, y en el que debían empezar su porvenir.... ¡Delicioso sentimiento!..... Ella le percibía de una manera clara, palpable casi. Al cerrar los ojos volvía a ver al opuesto oficial, oía su voz acariciadora, sentía aún la presión de su mano, y su corazón palpitaba dulcemente... ¡Primer amor! ¡Victoria primaveral, chispa divina y fugitiva!... Locura novelesca pronto desvanecida...

Aquel 2 de mayo era domingo. La condesa de Simmersburg condujo a su nieta a la iglesia de San Miguel. A la salida hubieron de pasar entre la doble fila de elegantes que formaban en la acera. Gertrudis se puso muy encarnada al reconocer a Witterstein entre dos oficiales. El saludó, se acercó al coche cuando abuela y nieta se hubieron instalado, preguntó por la salud de la abuela e hizo esta interesante observación:

"¡Hermoso tiempo!" Después se despidió. Su mirada no se apartaba del rostro de la niña, que le sonreía con gracia.

—¿No podías haber dicho una palabra a Witterstein, Trudy, Hay que ser amable y reservada al mismo tiempo. Deja también esa costumbre de sonreir y mirar a las gentes a la cara.

Como el camino de la iglesia a la casa era muy corto, la condesa tuvo a bien continuar en la casa su sermón.

—Vete a tu cuarto a dejar el sombrero y la sombrilla, Trudy; después ven al salón, tengo que hablarte.

Cuando Gertrudis hubo cumplimentado el mandato, su abuela comenzó de esta manera:

—Siéntate, hija mía... No en ese taburete, sino en una silla, y escúchame. Hasta aquí has vivido en el colegio, y no conoces nada del mundo...

—Pero, abuela, pasaba todos los años las vacaciones en casa de papá, y ya hace un año que he salido del colegio.

—Da lo mismo. La estancia en una ciudad de provincia o en el campo con tu tía desde que eres huérfana, no ha podido enseñarte gran cosa; era, pues, inútil contradecirme... Además, no está bien que una niña como tú contradiga a su abuela. Eres muy joven, una verdadera criatura y no tienes ninguna experiencia. Es preciso que en todo te dejes guiar por mí y sigas mis consejos. Encuentro muchas cosas que censurar en ti, Trudy. Te has distraído en la iglesia y no has rezado con el fervor que conviene a una joven bien educada. ¿Acaso no serías piadosa?

—¡Oh, abuela!

—Bien, supongo que tu alma es pura y temes a Dios. La piedad es el mejor ornamento de una joven, nada hay más elevado ni mejor. Sé siempre piadosa, Trudy, y la bendición del cielo te guiará al través de la vida.

—Sí, abuela... ¿Pero qué pretendía su abuela con aquel sermón?

—Hubiera preferido verte entrar en un convento, pero tu educación en un colegio laico no ha despertado en ti la santa vocación. Tienes, pues, que realizar otra misión: hay que casarte.

Gertrudis quedó encantada. Veíase ya en el altar con el velo blanco, al lado de un oficial de dragones.

—Sí, abuela.

—Pero el matrimonio es cosa grave, Trudy; en él se encierra todo el porvenir.

—Sí, abuela, ya sé que una debe amar a su marido; el amor...

—Evidentemente, mejor es amar a su marido—dijo interrumpiendo la condesa.—pero no te calientes la cabeza con frases de novela... Me sorprende oirte pronunciar la palabra "amor" de esa manera; esto prueba que os inculcaban ideas locas en ese miserable colegio. Cuando yo salí del convento, a los diez y ocho años, no conocía más amor que el amor divino. Puesto que tú estás tan adelantada en este punto, me alegraré que puedas querer a tu marido; pero entretanto, permanece tranquila. Mira, Gertrudis, para inspirar el deseo de casarse contigo, es preciso que te esfuerces en adquirir una exquisita corrección, que te muestres modesta, simpática, graciosa. No eres fea, hasta creo que eres una de las condesitas más agraciadas; pero en tus maneras, en tus modales, no tienes... ¿cómo decirlo?... nada de condesa. Lo tendrás con un poco de cuidado. Ante todo, pierde la costumbre de ser atrevida con los jóvenes. ¿Crees tú que no he observado la manera que tenías de mirar a Witterstein?... ¡Ah! te ruborizas... ¡Le has sonreído con una coquetería!... Perderías tu porvenir si te conduces así con oficiales que no pueden ser un partido para ti.

—¿Y por qué no puede ser un partido para mí el Príncipe Witterstein?—preguntó tímidamente Gertrudis.

—Porque tiene unas relaciones...—la condesa tosió, porque se la había escapado una palabra que no deben conocer oídos de diez y siete años.—Quiero decir, que la pasión de los caballos, de los viajes, etc... Además, su posición le permite elegir entre las principales Princesas, y no había de fijarse en una provincianita como tú. Sobre todo, no te forjes semejantes ilusiones.

—Pero, abuela...

—Yo te buscaré algún conde o barón con una buena renta... Pero no hay necesidad de aspirar a un príncipe que posee un millón de renta.

—¡Un millón! ¿Witterstein tiene un millón de renta?—exclamó Gertrudis deslumbrada.

Aquella cifra hizo surgir ante sus ojos un mágico palacio de mármol y pedrerías que se armonizaban deliciosamente con la persona del arrogante Príncipe.

—Poco más o menos; pero no hace falta

tanto para vivir con decoro. No soy de parecer que se deba una contentar con una choza y un corazón, pero la afición al lujo es un feo defecto. Yo no tengo más que veinte mil florines de renta, puede bastar. Yo no tengo más que veinte mil; evidentemente hace falta más a un matrimonio joven, porque una viuda de edad tiene pocas necesidades. No te permitiré aceptar menos de treinta mil florines de renta; me intereso en tu felicidad, y velaré maternalmente por ella.

El sermón fué interrumpido con la llegada de la canonesa condesa de Lydovitz, una antigua amiga de la condesa de Simmersburg.

—¡Ah! ¡Eres tú, Lory! ¡Cuánto me alegro de verte!

Gertrudis aprovechó el incidente para desaparecer detrás de una puerta y meterse en su cuarto.

—Siéntate, Lory. Trudy, ven aquí a que te presente... ¿Dónde estás?

Acabo de percibir un vestido azul que huía...

—Se habrá escapado. Lo mismo da, te la presentaré otro día. Una criatura preciosa, ya verás; pero todavía con ciertos resabios... ¿Y tú, como estás?

—Bastante bien. ¿Y tú?

—Lo mismo. ¿Qué te haces?

—Nada. La vida es cada vez más fastidiosa.

—Es verdad. Antes era más alegre... Se divertía una en grande. ¡Está tan mezclada hoy la sociedad! Encuentra una en los salones gentes a quienes en mis tiempos no se hubiera dirigido nunca la palabra: pintores, autores, actores, hombres de negocios, advenedizos... No solamente se les invita, sino hasta se les imita... Todo el mundo escribe, pinta, declama, compone o especula. Ya no se habla, ya no se baila, ya no se coquetea... Cuando pienso en los lunes de los Witterstein, en los bailes de los Thunen, en las cacerías de Moravia, en las posesiones de mis primos... ¡Ah! no hablemos del pasado... ¿Cuánto tiempo permanecerás aquí?

—Hasta mediados de junio. En seguida iré a Carlsbad.

—Escúchame seriamente. Tengo que comunicarte algo muy grave. Escucha con recogimiento

—¿Te vas a poner en cura?

—No, voy con la esperanza de encontrar un marido para mi nieta.

—¡Ah! No es empresa fácil encontrar hoy un marido para una joven de mundo.

—Ya lo creo que no; figúrate que Rudy quiere casarse con la Gallinger del teatro de Wred.

—Es inaudito. Dentro de poco tendremos que hacer que salgan nuestras condesitas a las tablas para poder casarse. Así, ayer, Nini Niedeshof me ha dicho en serio que su hija tiene una admirable voz de contralto, y que va a que la dé lecciones la Marchesi. La miré de tal manera, que comprendió su inconveniencia. Todo el mal procede de la mala educación que se da a los hijos. A excepción de algunas familias que envían aún sus hijas al convento, las demás casas tie-

nen tendencias deplorables. En lugar de bordar, bailar, rezar, las enseñan a cantar, a montar a caballo, a ir en bicicleta, ¡sabe Dios qué más!

—A propósito, tengo que hacerte una pregunta. Quisiera saber si Hohenberg hace la corte a su cuñada, Isi Thunen. Esto sería indiferente a Cari, que no se afecta por nada.

—¡Vamos! ¿Y su duque cojo?

—¿Crees tú? A mí no me parece que sea capaz de experimentar una pasión.

—¿Has oído hablar de la boda de Helldorff—ya sabes, el viudo—con *mademoiselle* Schmidt, la institutriz de sus hijos?

—No. En ese caso, se verá obligado a retirarse a sus tierras, porque nadie querrá recibir a su mujer.

—Pero si hace visitas con ella...

—No le serán devueltas. Es un deber de sociedad el conservar las distancias, harto acortadas ya.

—¿Conoces al famoso Príncipe "Diamante", que hace furor en este momento?

—¡Ah! ¿Ese tártaro, ese mongol? Se dice que viene de Asia, de Abcasia. Le vi ayer en el palco de las Hohenberg, en la Opera. Esos farfantones no me inspiran ninguna confianza; casi todos no son más que caballeros de industria.

—Dicen que éste es de nobleza antigua.

—Puede ser. En Rusia todo el mundo es príncipe, como cualquiera es conde en Italia. Esto no representa nada, salvo algunas excepciones. No me gusta más que nuestra antigua nobleza indígena; esos extranjeros no me impresionan nada... Por lo demás, todo lo que viene de fuera me disgusta. Me horrorizan los viajes, no comprendo esa moda de pasar estaciones enteras en balnearios franceses o alemanes, los inviernos en Niza, las primaveras en París o en Londres. Pasen todavía las exploraciones a nuevas comarcas; pero ¡mezclarse a la vida mundana de los demás países!... Y si esa manía de los viajes continúa propagándose, corromperá nuestra sociedad. ¿De dónde proceden todas esas ideas democráticas, revolucionarias y emancipadoras, sino de nuestros vecinos? ¡En Suiza, las jóvenes estudian medicina; en Italia, está prisionero el Papa; en Francia, no hay Corte; Rusia es nihilista, y la Cámara de los Diputados en París es atea!... No, no, el invierno en Viena, y el verano en casa de una, en sus tierras o en las estaciones termales de Bohemia; esa es la verdadera existencia.

Mientras aquellas señoras se lamentaban de los cambios de los tiempos modernos, Trudy lloraba en su cuarto. ¿Por qué? No hubiera podido decirlo.

Una nube de verano, lágrimas de muchacha, que hacen que reverdezca todo en el corazoncito refrescado. Se desconsolaba porque su abuela había dicho que *él* no podía casarse con Trudy. Se desconsolaba porque hubiera sido una felicidad celeste sel elegida por Hans, y porque semejante felicidad no se realizaría. Sin embargo, tal vez... ¡No, no era posible! ¿Cómo imaginarse una alegría tan completa? ¿Cómo forjarse ilusiones?

Por la tarde, nuevo paseo al Prater. Gertrudis no vió más allá que a él en el hormigueo de la muchedumbre. Estaba allí, a caballo... ¡De qué manera le había mirado!... ¡No, no; sería demasiado hermoso!... No le volvió a ver en los días sucesivos. Sin duda él no la quería; no había sido más que una ilusión... Tras unos días de desesperación resolvió olvidarle.

A la semana siguiente, la condesa de Simmersburg mandó llamar a su nieta. "Un sermón", pensó la niña, y fué resignada en busca de su abuela. Pensaba a menudo que la mayor ventaja que reportaría su matrimonio sería la de no volver a oír la eterna cantinela: "Eso no está bien en una joven".

Cuando Gertrudis entró, su abuela salió a su encuentro y la abrazó. La solemne y casi respetuosa acogida impresionó a la pequeña. ¿Qué había sucedido?

—Gertrudis, siéntate.

Aquel apelativo la intimidó; de ordinario la llamaba Trudy.

—Escúchame seriamente. Tengo que comunicarte algo muy grave. Escucha con recogimiento. Han pedido tu mano.

Aquella palabra electrizó a la oyente.

—¿Quién, abuela?

—He dado mi consentimiento sin vacilar, y esta noche le he invitado a tomar el te con nosotras. Vendrá aquí.

—Pero, ¿quién es, abuela? ¿Podré rechazarle si me desagrada?

—No hay cuidado, Trudy. Deberías dar gracias a Dios de rodillas por la felicidad inesperada que te envía.

En el alma de la joven surgió una visión, pero la expulsó, pues había renunciado a la esperanza...

—¿Quién, abuela? No me atormentes más.

—Hans Witterstein.

Gertrudis dió un grito y se arrojó en los brazos de su abuela.

IV

Gertrudis vivía en una especie de éxtasis. Se abandonaba a la felicidad de ser una de las mujeres más ricas, de posición más elevada, de las más envidiadas de su país: se sentía la elegida de Dios, destinada a llevar por toda una eternidad la corona de una princesa de Witterstein, y desde el fondo de su corazón aprobaba los decretos de la Providencia.

Cuando se miró en un espejo después de la comunicación de su abuela, le pareció que la aureolaba un nimbo de gloria. Vió brillar en su rubia cabellera los diamantes de la corona cerrada, y sobre sus hombros flotar el manto de corte: como fondo, castillos y palacios de los que era dueña. Por todas partes miradas de admiración y cabezas inclinadas; en fin, a sus pies, el adorado, el arrogante oficial de negros ojos. De pronto su rostro infantil perdió su expresión angélica, su boca se contrajo, sus cejas se fruncieron, sintió angustia, exhaló un suspiro casi doloroso: tanta felicidad le parecía una carga pesada, demasiado pesada.

La condesa de Simmersburg hizo con su nieta una serie de visitas. Con arreglo a los proyectos primitivos, Gertrudis no debía entrar en el mundo sino al otoño siguiente; pero sus circunstancias adelantaron la presentación. En todas partes fué recibida con los brazos abiertos; se dieron en honor suyo comidas, fiestas, bailes, y las otras condesitas, con el corazón lleno de amargura y envidia, trataron de granjearse sus simpatías. Los hombres la miraron con interés, las señoras de edad la colmaron de caricias; en fin, se convirtió en el punto de mira de la atención, de la admiración y la envidia generales.

Aún cuando la boda no debía verificarse hasta octubre, se encargaron las galas inmediatamente. El reducido dote de Gertrudis fué consagrado a la compra de trajes, ropa blanca y encajes. El día de la toma de dichos, Witterstein la regaló un collar de perlas de cien mil florines, porque los diamantes de familia formaban parte de la canastilla. Las prolongadas sesiones en casa de la costurera y de la modista seducían a la novia. El respeto de los que recibían sus órdenes, la exhibición de aquellas bagatelas lujosas y encantadoras, la elección de una nueva hechura, todo embriagaba a Gertrudis, hasta el aturdimiento, y concluía por ocasionarla la saciedad de la felicidad.

Experimentaba hacia Witterstein un amor exaltado y fanático que la hacía más feliz en su ausencia que cuando se encontraba a su lado. La actitud de Hans tenía algo de seco y frío que producía a la niña una sensación de extraño malestar.

La trataba como "primita", con cierta altivez y condescendencia; tenía una calma, ¡una calma desesperante!

La próxima boda que se presentaba a Gertrudis como la apoteosis de su vida, parecía tener para Witterstein la importancia de una partida de campo.

A veces contemplaba a su prometida con alegría, admirando su pura belleza, pero sin tratar nunca de penetrar en aquel corazón, dispuesto a prodigarle tesoros de ternura. A menudo brillaban sus ojos y Gertrudis bajaba los suyos, feliz y confusa; pero no existían entre ambos jóvenes ni confianza ni intimidad. No aprendían a comprenderse, a conocerse. Gertrudis estaba enamorada, pero el objeto de su amor no era tanto el mismo Witterstein, como la imagen lejana e ideal que al principio le había personificado; todos sus sueños juveniles se encarnaban en aquel que fué el primero en hacer que palpitara su corazón.

Al comunicar a su amigo el duque Emilio las razones que le decidían a casarse, Hans Witterstein no había mencionado la única que podía ser admitida como circunstancia atenuante: una gran pasión. Y en efecto, semejante razón no existía. Hans estaba encantado de la belleza de Gertrudis; cuando, por primera vez, la vió en el Prater, le sedujo su gracia; en el teatro, aquella misma noche, la actitud de la joven le había demostrado la profunda impresión que ejercía sobre ella; el pensamiento de casarse había atravesado el espíritu de Hans como un relámpago. Desde hacía algún tiempo, estaba decidido a casarse para entrar en posesión del mayorazgo que su tío debía transmitirle el día de sus bodas. De todas las condesas expuestas en el gran mercado matrimonial, ninguna había conseguido agradarle. Le desagradaba la convicción de que todas le estaban concedidas de antemano, como, por lo demás, lo serían a cualquier otro heredero. Aquella figura cándida de ni-

ña que vió en el palco de Simmersburg, no había entrado aún en el mercado, no se había desprendido de sus alas ninguna blanca pluma.—"Será mío ese ángel". — pensó. Por otra parte, todo le convenía en ella: educación, nobleza, belleza. ¿Por qué vacilar en espera de un problemático chispazo?

Hasta entonces había cortejado a las mujeres casadas, porque la idea de ser "el mejor partido de Viena" contenía de antemano todo impulso de pasión y no buscaba sino aquellas cuyas coqueterías desinteresadas se dirigían solamente a su corazón. Por esto se había dejado cautivar por el encanto de Isi Thunen. En el último baile de la Corte se había atrevido a hablarla de sus sentimientos. pero había sufrido una derrota vergonzosa... ¿No clamaba venganza semejante rigor? No había sido necesario más para poner en práctica el deseo que le había tentado por un momento. El noviazgo se deslizaba sin que la melodía amorosa que cantaba en el alma de la prometida hubiese hallado un eco en el alma del pretendiente; él, obedeciendo a un movimiento de despecho, no había visto más que un rostro bonito.

Se estaba a principio de junio. Hans marchaba al día siguiente por la mañana para asistir al Derby inglés; desde allí, debía ir a París para el Gran Premio y volver en seguida al Austria para entrar en posesión del mayorazgo. La boda se había fijado para el mes de octubre; algunas semanas antes. Witterstein iría a habitar en el castillo Herrenberg, cerca de su prometida.

Se trataba, pues, de una separación de tres meses.

Aquella noche, la condesa de Simmersburg daba una comida de despedida al viajero: se sentó a la mesa al lado de Gertrudis. que experimentaba alguna melancolía. Hans, en cambio. parecía más alegre que de ordinario. Su marcha le sonreía y la separación no le causaba ningún pesar. Nunca pudo evitar un ligero fastidio en casa de aquella vieja gruñona, ante la cual no se atrevía a decir nada a su novia; así es que las horas que pasaba al lado de ésta eran verdaderamente enojosas.

—¡No me quiere! — pensaba Gertrudis con tristeza, pero rechazaba tal pensamiento y se decía: ¿Por qué había de casarse conmigo si no me quisiera?

—¿Me escribirá usted?—preguntó ella tímidamente.

—Ciertamente, le daré a usted a menudo noticias mías y la tendré al corriente de mi vida. Pero soy poco aficionado a escribir, y las cartas de una cara me parecen largas.

—¿De veras? Yo mantengo correspondencia con algunas amigas de colegio y nuestras misivas más cortas llenan por lo menos seis caras.

—¡Gran Dios! ¡me asusta!

—No tema usted. Seguiré su ejemplo, si es que desea recibir mis patas de mosca.

—Ya lo creo, será la alegría de mi destierro.

Esta frase simplemente cortés sonaba a falso.

—¡Oh! su destierro es voluntario—replicó Gertrudis.

—Obedezco a las circunstancias; compromisos me obligan ir a París y a Londres, los negocios me llaman al campo; si no, preferiría permanecer al lado de usted.

Se levantaron de la mesa para pasar al salón. Hans se entregó a una larga discusión sobre agricultura con un viejo propietario rural. Gertrudis. que estaba sentada cerca de una prima suya, en un ángulo del salón, consideró aquello como una grave ofensa. Su novio debía pertenecerla por completo en aquel día. Se hallaba, sin embargo, acostumbrada a verle absorberse en conversaciones particulares, pero en aquella ocasión le parecía mortificante. Había esperado que se sentaría a su lado y que, con motivo de su marcha. se entregaría a tiernas efusiones en las que se fundirían tiernamente sus dos almas. En lugar de esto: ¡cultivo de patatas, cría de borregos. arboricultura!

Hans miró el reloj.

—Van a dar las nueve—dijo aproximándose a la dueña de la casa,—es hora de despedirme.

—¿Por qué tan pronto?—preguntó la condesa.

—Tengo una cita con algunos amigos. Y ahora, es preciso que me separe de lo que más quiero en el mundo.

La joven se levantó. Sus amigas la imitaron y se alejaron discretamente para no estorbar las expansiones de los dos futuros.

—Adiós, querida Trudy. piense usted en mí y quiérame siempre.

Los labios de la niña temblaban, sus ojos se llenaban de lágrimas y no conseguía articular palabra.

—¿Me permite usted.—dijo Hans volviéndose hacia la condesa,—dar un beso a Trudy?

El duque Emilio que se encontraba en París, se ofreció a las señoras para servirles de caballero y de protector en caso de necesidad

—En la frente, amigo mío, nada más que en la frente.

Hans rozó los rubios rizos de Gertrudis, saludó a la reunión y se retiró. Entonces estalló el dolor de Gertrudis y se arrojó sollozando al cuello de su abuela.

—Trudy, eso no está bien.

Las condesitas se adelantaron, tratando de consolarla.

—Monina, encanto; no llores, Trudy; el tiempo pasa volando.

Mientras tanto, Hans se dirigía al palacio de Hohenberg.

—¿Están las señoras?—preguntó al suizo.

—La señora condesa solamente. Su Alteza ha salido.

Sin preguntar más, el joven subió rápidamente la escalera; por casualidad estaba desierto el recibimiento. Atravesó una serie de piezas sombrías, y llegó al saloncito en donde acostumbraban a estar las señoras. Entró sin ser anunciado. El salón estaba iluminado por tres lámparas, cuyas pantallas tamizaban el suelo. Isi estaba de pie junto a una ventana, y contemplaba la noche tibia y perfumada. Sus pensamientos se dirigían hacia aquel que, sin sospecharlo ella, se encontraba en el umbral de la puerta. Después de las frases cambiadas en la terraza, se habían encontrado en sociedad, sin hablarse. La última frase de Witterstein: "Isi, ¿debo volverme atrás?" resonaban aún en los oídos de la joven. De suerte que, si ella quisiera, abandonaría él a su prometida y caería a sus pies—¿cómo esclavo? No; ¡como amo!

—Condesa...

Al acento de aquella voz, Isi se volvió sobresaltada.

—He venido a despedirme de usted; me marcho mañana por la mañana.

La joven se había repuesto, y tendió la mano al visitante.

—Ha sido una buena idea la de traer en persona la tarjeta de despedida. Mi hermana sentirá no haber estado... ¿Y a dónde va usted?

Isi se había sentado en una amplia butaca, y apoyaba su brazo en una mesa. Sus pies estrechos y encorvados, salían entre un revuelto de encajes, y descansaban en un almohadón de raso. Llevaba un traje de color amarillo pálido, con una rosa thé en el pecho: estaba deliciosa.

A la pregunta hecha secamente, Witterstein respondió con el mismo tono:

—Voy a Londres, y después a París.

—¡Ah! Tal vez nos encontremos; Carl y yo queremos pasar una temporada en Trouville; antes estaremos unos días en París, durante la semana del Gran Premio.

La conversación era indiferente, pero sus pensamientos estaban ausentes. Era la primera vez que se encontraban solos, de noche, a la luz rosada de la lámpara. Mediaban pausas entre sus frases; sus voces tomaban entonaciones acariciadoras que no estaban de acuerdo con la frialdad de las palabras; sus miradas se buscaban y se cruzaban. Hans se levantó bruscamente.

—No puedo más. Es preciso que diga a usted lo que tengo en el corazón. Isi, usted ha jugado conmigo de un modo cruel.

—¿Yo? ¿Quién fué el primero en despertar?

Hans se acercó a Isi y la cogió una mano, que ella retiró con brusquedad.

—Ha tenido usted razón—añadió ella,—no podía usted esperar nada de mí.

—¿No me habrá usted querido alguna vez?

—...Aún cuando le hubiera adorado, nada podía usted esperar.

Isi se levantó.

—Váyase usted... Adiós.

—¡Isabel!

Hans quiso cogerla entre sus brazos, pero un criado llamó a la puerta, precediendo a una visita.

—Por última vez, adiós—dijo Isi.

—No—respondió él besándole la mano,—hasta la vista.

V

La Princesa Hohenberg y la Condesa de Thunen se encontraban en París desde hacía ocho días. El Príncipe Hohenberg las había acompañado, pero había regresado inmediatamente a Austria, en donde, según él, le reclamaban con urgencia los asuntos parlamentarios. Experimentaba un vago temor de que la nave política derivase hacia las aguas liberales.

—El puesto de nosotros los conservadores, declaró en una comida en la Embajada de Austria, nuestro puesto nos ha sido confiado para una misión sagrada. Somos los centinelas del Estado y del orden social. Hay que estar dispuesto siempre a dar el "¡Quién vive!" y a presentar la punta de las bayonetas al partido radical. Mi deber me llama a Viena; toda palabra que no pronuncie en defensa de nuestra causa amenazada,

es una falta para mi conciencia. Además, no me gusta nada en París. Estamos aquí entre compatriotas, y puedo confesar que estas corrientes demagógicas me repugnan profundamente... La ciudad es admirable, convengo en ello; pero una vez que el extranjero ha visitado los monumentos y visto los teatros, ha agotado todos los placeres parisienses... Odio a esta banda de aventureros que llevan los principios más perniciosos a los círculos oficiales. La única fracción escogida de la sociedad, la nobleza legitimista, se ha confinado en el *Faubourg*, y sus ideas — que son también las nuestras—pasan por antiguallas y no ejercen influencia alguna en los acontecimientos políticos. Así, pues, tengo prisa por salir de París... Todos estos decretos de expulsión de sacerdotes y príncipes me exasperan... Mi mujer y mi cuñada se quedarán todavía, les divierte visitar los almacenes y los teatros; a mí me reclaman asuntos más importantes: la cuestión escolar...

El Príncipe Hohenberg marchó, pues. El duque Emilio que se encontraba en París, se ofreció a las señoras para servirles de caballero y de protector en caso de necesidad. Las dos hermanas se alojaban en el Gran Hotel, con su servidumbre, compuesta de una aya inglesa (la Princesa había llevado a la niña), tres doncellas y dos ayudas de cámara; además, un hombre de confianza de la casa Hohenberg asumía cerca de las viajeras las funciones de secretario, de intendente y de correo. Efectuaba los pagos, hacía los recados, tomaba los carruajes, los palcos de teatro, etc. Había elegido unas magníficas habitaciones en el primer piso, que daban sobre el boulevard, y Cari e Isi se complacían en ponerse al balcón para mirar la animación de la multitud, sin ser reconocidas. En Viena no podían dar un paso por la calle, sin que todos los tenderos, cuando no todos los transeuntes, murmurasen, dándose con el codo: "Esa es la Princesa Hohenberg, o la Condesa de Thunen". En París pasaban inadvertidas y recorrían a pie los almacenes y las tiendas con infantil alegría, constantemente en movimiento, tomando el aire, gozando de su libertad.

A eso de las cinco de la tarde, el carruaje de las dos hermanas se hallaba estacionado ante un hotelito de la calle de Presbourg, habitado por la señora de Orsakoff, una gran dama rusa con quien la Princesa se había encontrado recientemente en la Embajada de Rusia. "El martes recibo", había dicho la señora de Orsakoff, y como su amabilidad encantó a Isi y a Cari, habían ido a visitarla.

La dueña de la casa las acogió con demostraciones de alegría:

—Son ustedes amabilísimas... Estoy encantada de verlas en mi casa... Desde que las conocí no pienso más que en ustedes, me han comprendido... Permítanme ustedes que les presente a la Marquesa Adela de Marcy, una de nuestras reinas parisienses... Es de lamentar, señoras, que hayan venido ustedes con la estación tan adelantada; dentro de una semana París quedará desierto, todo el mundo marchará a los baños de mar...

—Esa es también nuestra intención. Pensamos ir a Trouville.

—¡Ah! tanto mejor. Nos veremos allí—dijo la señora de Marcy.—Hay que hacer que nuestra amiga la señora de Orsakoff renuncie a sus proyectos cosacos y se una a nosotras.

¡Ah! ¡bien lo quisiera! ¿Cree Ud. que voy por gusto a las estepas? Necesito vigilar mis propiedades; mis Intendentes me roban como en un bosque, y me hace mucha falta el dinero. ¡Es espantoso lo que devora este París! Su ciudad es un paraíso, Adela; pero un paraíso ruinoso... ¡El traje más modesto cuesta mil francos y no se puede llevar un sombrero de cinco luises!

La conversación había recaído en asuntos de tocador, terreno fértil como pocos. La Orsakoff y, sobre todo, Adela de Marcy hablaban de aquello con una gravedad, un fuego sagrado, con un fervor tal, que se hubiera creído que el tocador era una divinidad y su culto un sacerdocio.

Por lo demás, la persona de la Marquesa parecía entregada por completo a semejante religión. Era una mujer de unos treinta y dos años, de regular estatura, delgada, de facciones que acusaban cansancio, pálida; pero la gracia de sus movimientos, la elegancia de sus modales, lo fino de su sonrisa le prestaban un encanto particular, muy picante; una verdadera mundana, coqueta, nerviosa y frívola.

Adela era viuda. Su marido, el Marqués de Marcy, un gentilhombre gastado y arruinado que deseaba dorar sus blasones, se casó con ella siendo ésta muy joven, al salir del colegio, cuando se llamaba Adela Durand, hija de un rico industrial que le entregaba siete millones de dote. Esta unión

fué tan feliz como debía esperarse. El estaba satisfecho de la fortuna, ella de haber adquirido un título. Tuvieron una niña, que dió ocasión a una canastilla en la que abundaban los encajes, y a un bautizo en el que ofició el Arzobispo de París. El Marqués murió pocos años después; proporcionó también un alarde de blasones y trajes de luto cuyos crespones sentaban admirablemente a la viudita.

Al año siguiente, la Marquesa reanudó su existencia disipada. Su hotel era uno de los mejores de París, y sus tocados se describían en todas las crónicas de la moda. Los trenes, las libreas, el mobiliario, eran de una corrección perfecta. Sus salones estaban abiertos al mundo oficial, y sobre todo a la colonia extranjera; no faltaba a una recepción del Elíseo o de las Embajadas, y todos los Príncipes de paso acudían a su casa. Adela de Marcy no quería volverse a casar, gustaba de su libertad; sabía lo que costaba el casarse por sus millones y no quería hacer una nueva experiencia. ¿Tuvo alguna debilidad? ¿Dió alguna vez, o prestó, su corazón? Nadie lo sabía, y a nadie le importaba: su mesa era buena, su trato afable; esto bastaba para protegerla contra la maledicencia.

Más se hablaba de las aventuras de la Orsakoff, viuda y rica como su amiga, es decir, independiente en absoluto. Todos los rusos que residían en París o pasaban una temporada o frecuentaban los salones de la dama; ésta era muy bien quista en la corte de San Petersburgo, y no hacía mucho un gran Duque y su mujer habían comido con ella. Edad: frisando la cuarentena. Belleza: ninguna, pero mucho atractivo.

La conversación de las cuatro mujeres continuó mucho tiempo sobre el tema "modas". Las dos austriacas se contentaban con escuchar e interrogar, porque se sentían enfrente de fuerzas superiores, como un aficionado ante un artista célebre. Se despidieron al cabo de un cuarto de hora.

—No olviden ustedes que recibo los miércoles—dijo la Marquesa de Marcy estrechándoles la mano.

El duque Emilio que había sido instituído por el Príncipe Hohenberg en protector y *factotum* de las señoras, había tomado para aquella misma noche un palco en la *Renaissance*.

Luego que Isi y Cari dejaron el salón de la Orsakoff, se hicieron conducir al Bosque y volvieron al hotel hacia las siete. El duque las estaba ya esperando.

—¡Ah! Es usted muy amable en haber venido—exclamó Cari.—¿Vendrá usted a que le demos de comer?

—Al contrario... Quería proponerlas el ir a un *restaurant* a fin de librarse de la vulgar comida del hotel, siempre la misma.

—No sé, verdaderamente, sí...—dijo vacilando la Princesa.

—Sí, sí—exclamó Isi con alegría.—es una excelente idea.

—No, no quiero—replicó Cari después de haberlo pensado,—podríamos ser reconocidas.

—¿Pero cree usted—objetó el duque—que pretenda conducirla a un lugar sospechoso y mostrarme indigno de la misión que su marido de usted me ha confiado? Mi proposición es muy natural y no ofrece ningún peligro. Todos los extranjeros comen en el *restaurant*. Tan poco comprometedor es ser visto en esos lugares como en el teatro. Ultimamente hice lo que propongo con el duque y la duquesa de Alvarez...

—¡Ah! un marido y su mujer es diferente. Nuestros maridos no están aquí...

—Pero con un Mentor como yo, un anciano de cabellos blancos...

—No tan Mentor...

—No tan blancos... Tus escrúpulos son exagerados, Cari, dijo Isi.

—¿Irían al *restaurant* la gran Duquesa de Rusia o la Princesa de Gales?

—No—confesó el Duque.

—Entonces tampoco irá la Princesa de Hohenberg.—Y tocando un timbre, añadió dirigiéndose al ayuda de cámara: — que sirvan y pongan un cubierto más.

—Me someto a sus voluntades, mi altiva soberana—dijo el Duque.

—Una soberana muy fastidiosa—murmuró Isi.—Me hubiera encantado ceder. No sé, pero el aire que respiro aquí me embriaga y me dispone a las locuras...

La puerta del comedor se abrió: "La señora Princesa está servida", anunció el *maitre* de hotel.

—El brazo, Duque.

—Vamos—dijo Cari luego que se hubieron sentado a la mesa,—¿no se está más convenientemente aquí que en un *restaurant* en donde cualquier persona puede comer cerca de una?

—No se trataba de conveniencias—replicó Isi.

—La Condesa tiene razón.

—Se trataba—añadió aquella—de divertirse; nada más que para eso estamos aquí.

—¡Ay!—exclamó el Duque suspirando. —París ya no me parece el mismo; tal vez me encuentro yo envejecido, quizás haya yo cambiado...

—Entonces, ¿para qué ha venido usted?

—Sin dudas por motivos... *rubios* — dijo la incorregible Isi.

Cari permaneció impasible.

—Ciertamente, Condesa. Por lo demás, es un centro que atrae a todos los viajeros cosmopolitas, y esta fuerza de atracción es irresistible. Deseo volver a ver la Opera, deseo oir a Sara Bernhardt y Coquelín, deseo visitar las Exposiciones, los almacenes, los Museos, sin dejarme cegar por el odio que noto contra los alemanes. Pero me irrito en mi calidad de...

—¿De alemán?

—No, en mi calidad de hombre. Como alemán, admito que la adversión de que soy objeto se justifique desde el punto de vista francés. Pero el sér humano se siente injustamente atacado, y deploro el estado de atraso de nuestra civilización, que deja aún subsistir esos odios nacionales. Esto era bueno en la época en que cada cual vivía a la sombra de su campanario. Hoy está en desacuerdo con nuestras costumbres el viajar, con nuestra actividad, con nuestras relaciones exteriores. En materia de arte, de placeres, de literatura y, sobre todo, de ciencia, todos los hombres fraternizan. Los odios nacionales son un anacronismo, un contrasentido, y provienen de ese absurdo espíritu belicoso. Mientras vivamos en la expectativa de una guerra, de un degüello de nuestros semejantes, el apretón de manos amistoso entre gentes de naciones distintas no existirá y Deroulède tendrá razón en negarse a darlo.

—Ya se ve, querido Duque, que no pertenece usted al Ejército; sino, encontraría usted muy natural la guerra—dijo Cari.—A mí me gustan los militares.

—Como a la gran Duquesa de Gerolstein.

—No de la misma manera. Encuentro que es la carrera más brillante para un gentilhombre. Mi hijo será sin duda oficial.

—¿Y si lo matan?

—Será la voluntad de Dios y por la patria.

—¡Espartana!... Pero hablemos de cosas menos graves... ¿Qué haremos mañana por la mañana? ¿Quiéren ustedes ir al salón?

—¿Mañana por la mañana? Imposible, ¡tenemos que hacer cosas mucho más importantes! ¡Es nuestro día de prueba en casa de Worth!

No tardó en terminarse la comida. El servicio había sido tan rápido—un jefe de comedor y dos mozos para tres comensales, —que los platos fueron despachados en menos de tres cuartos de hora.

Volvieron al salón. Era demasiado pronto para ir al teatro, pues la función no empezaba hasta las nueve. Salieron al balcón que daba sobre el boulevard. Desde abajo, entre el brillo de las luces y el hormigueo de carruajes y peatones, subía un rumor alegre y confuso. La avenida destacaba su larga cinta blanca bajo los focos eléctricos, ardían los mecheros de gas de las tiendas, las sombras negras de los transeuntes se alargaban para desaparecer en la luz deslumbradora, y la rápida marcha de los coches producía la impresión de una carrera de placer. El ambiente era tibio, y los efluvios parisienses—cada ciudad tiene su olor—se desprendían penetrantes de la ola humana. La Princesa se puso de codos en la balaustrada.

—¡Qué animación!—exclamó.

Emilio permanecía silencioso.

—¿En qué piensa usted?

—En nada... Respiro París. Aquí, en el movimiento de la calle, la atmósfera está saturada de fiebre y como espolvoreada de pimienta. En otras ciudades se ve a las gentes dirigirse al teatro por brillantes avenidas, pero en ninguna parte se experimenta esta ilusión de vivir en un torbellino de novela vivida.

—Es verdad, experimento la misma impresión. ¿De dónde procede?

—De nuestras costumbres literarias, Princesa. Leemos tantos libros, vemos tantas obras cuya acción se desarrolla en París, que cuando nos encontramos transportados en el mismo medio de esas historias, experimentamos sensaciones especiales, particulares... Esto es lo que respiro.

—A propósito, Duque, ¿conoce usted a la Marquesa de Marcy?—preguntó Isi.

—Ciertamente. Vivía aún su marido cuando me presentaron a ella. Todavía no he ido a verla. Tiene uno tantas relaciones en este París, que es imposible cultivarlas todas durante una estancia de corta duración; por lo demás, los salones de la Marquesa de Marcy no me atraen. No son originales, ni políticos, ni literarios, ni divertidos, ni fastidiosos. Oyese en ellos a cantantes medianos o a pianistas de segundo orden, desplegar su repertorio; la sociedad que en ellos se encuentra está muy mezclada, se codean muchas castas de gentes sin simpatizar...

—Creo que ya es tiempo de ir al teatro—dijo interrumpiendo Isi.

Media hora después, las dos hermanas y su caballero aparecieron en un proscenio de la *Renaissance*.

—¡Un verdadero estuche! — exclamó Isi, mirando la coquetona sala llena de espectadores y brillantemente iluminada.

Oyese en ellos a cantantes medianos o a pianistas de segundo orden.

Los dorados, los paños, las pinturas, parecían recientes; en los palcos, trajes bonitos y sonrientes rostros; en la escena, un dúo exquisitamente cantado por intérpretes queridos del público; una música ligera alegre, de la que se repetían varios números; en fin, un espectáculo delicioso. La misma Cari, a pesar de su frialdad, sintió en su alma una bocanada de alegría y muy animada dijo al Duque:

—Ha sido una buena idea el habernos traído aquí.

Cayó el telón, y la *divette* fué llamada a escena entre grandes aplausos.

—¿Ve usted algunas caras conocidas? ¿Quién es esa mujer tan bonita que está enfrente de nosotros?—preguntó Isi.

—Es una *demi-mondaine* muy conocida.

—¡Ah! ¿Cómo se llama?

—No sea usted tan curiosa, Condesa. La curiosidad de las grandes damas es el triunfo de las pequeñas... No contribuya usted a él.

—¡Qué moralista tan austero! ¿Pero cómo no fijarnos cuando en todas partes vemos a esas mujeres más hermosas, más elegantes y más atendidas que nosotras? Esa lleva encajes y brillantes de un valor inestimable, atrae todas las miradas, la escoltan cinco hombres de aspecto irreprochable...

—Mientras que ustedes no tienen más que un caballero caduco...

—En Viena no sucede lo mismo. Allí esas se eclipsan ante las verdaderas damas... Los jóvenes no se atreven a presentarse en público con ellas, sus trenes no rivalizan con los nuestros, sus hoteles no son una sucursal de nuestros palacios...

—Es verdad, París es el paraíso del *demi-monde*.

—Diga usted — dijo Cari volviéndose.—¿No es aquel el Príncipe de Abcasia, allí, en la primera fila de butacas? Está desconocido con su frac negro y su corbata blanca... Pero sí, es él, acaba de vernos.

Algunos instantes después, el Príncipe Arlán entró en el palco. Se cambiaron las frases de rúbrica: ¿Ustedes aquí?

¿Desde cuándo? ¿Por cuánto tiempo? ¿A dónde van ustedes luego?...

—Yo creía que deseaba usted volver a su país para realizar los proyectos de reforma de que me habló usted en Viena—dijo el Duque.

—Tal era mi intención, pero una circunstancia imprevista me ha detenido aquí, y no iré hasta la primavera próxima—respondió el ruso.

—¿Viene usted a menudo a París?—preguntó Cari.

—Mucho; tengo aquí un apeadero. Un hombre que se respeta debe tener una habitación en París, porque siempre se concluye por volver.

—Yo creía que detestaba usted la capital de la República—dijo el Duque, que poseía una memoria modesta para los habladores y los embusteros.

El Príncipe no se acordaba ya de lo que dijo en Viena, y no cayó en la alusión de Emilio.

—No le comprendo a usted, querido Duque, aún cuando como alemán esté usted obligado a interpretar así las cosas; pero los rusos somos parisienses en un rinconcito de nuestro corazón. Tengo intención de comprar un hotel y amueblarle al estilo de mi país; el interior de un Príncipe asiático no puede parecerse al de una persona cualquiera...

—Se ha impuesto usted una doble tarea verdaderamente difícil. Quiere usted europeizar la Abcasia y orientalizar París; si va uno a ver a usted en su patria, se encontrará con algo de la civilización moderna, y en su hotel se creerá uno transportado a Oriente... Por lo demás, jamás he encontrado en ninguna parte cosas más parisienses como en la corte de Kedive, y en parte alguna he pisado tantas alfombras persas ni tantos alfanjes como en las salas de fumar de los de París... Con el tiempo, toda la tierra ofrecerá el mismo aspecto.

—¿Irá usted a las carreras esta semana? —preguntó Cari al Príncipe Arlán.

—Hasta tomo parte activa en ellas, Princesa. Mi caballo inglés ha alcanzado varios premios, pero en esta ocasión no tiene ninguna probabilidad, he apostado mucho dinero...; rece usted por mí.

—¡Como si el cielo se interesara por los jugadores!

—¿Por qué no?—replicó el Duque.—A usted le parece natural que el cielo intervenga en las partidas que se pierden o se ganan en los campos de batalla, pues del mismo modo...

—¡Querido Duque, esta noche se halla usted demasiado ergotista! para todo lo que decimos tiene usted máximas que rebosan sabiduría...

La orquesta preludió los primeros compases del acto siguiente. El Príncipe Arlán se despidió de las señoras, prometiendo visitarlas al día siguiente en el Gran Hotel.

VI

—¡Bien venido, Witterstein!—exclamó el Duque Emilio muy satisfecho, al ver entrar al primero inesperadamente.—¿De dónde llegas?

—De Londres; he llegado esta mañana, y aquí me tienes.

—Ya no te esperaba; se ha corrido el Gran Premio. ¿Por qué no has llegado a tiempo? Todo el mundo se va, yo también me iré dentro de unos días.

—¿Están todavía las diosas?

—¿La de Hohenberg y la de Thunen? Sí; pero no por mucho tiempo. Se van a Trouville la semana próxima.

—¿Dónde paran? Iré hoy mismo a ofrecerlas mis respetos.

—En el Gran Hotel. Verdaderamente, para ser novio tienes mucha prisa en volver a Isi... Cuéntame, pues, lo que te ha detenido en Londres.

—¡Ah! querido amigo, me lancé de tal modo al torbellino mundano, que no podía separarme de él. Hice que no corriera el rumor de mi noviazgo, a fin de conservar mi prestigio de soltero en estado de merecer; de esta suerte he sido de todos los bailes, de todos los conciertos, de todas las partidas de *lawn-tennis*, de todos los *pique-nique* de Richemond. No he faltado ni a una recepción en la corte, ni a una fiesta de Marlborough-House, y hubiera necesitado veinte años de estancia para atender a las invitaciones con que me abrumaban... Por lo demás, si todas las personas a las que he rogado vengan a cazar este otoño a mi casa se decidieran a aceptar, no bastarían para alojarlas mis castillos reunidos. Si se quiere realmente conocer una existencia de lujo y de placer, es preciso vivir en medio de la sociedad inglesa. Sin Gertrudis, me hubiera quedado allí, me ofrecían los mejores partidos. Figúrate una "countess in her own right" de veinte años, propietaria de un nombre famoso y de un castillo histórico, bonita como un ángel, espiritual como un demonio.

—¡Lady Herminia Caverland!

—¿La conoces?

—Tu descripción me la ha recordado. La vi el año pasado en Niza, a donde fué con su yate. Una hermosa y deslumbradora persona evidentemente, pero tu elección me parece más acertada. Es mejor ceñir la corona en frente más modesta, y tú no tie-

nes necesidad de casarte con una "countess in her own right" para realzar tu rango. Se me figura que una joven tan independiente, tan adulada, tratada como soberana por los que la rodean, no servirá para esposa sencilla y cariñosa.

—No me pesa, no. La hermosa lady no ha hecho ninguna impresión sobre mi corazón, el cual, además, ya está conquistado.

—¿Por fin confiesas tu amor a Trudy?

...¿A Trudy? ¡Ah! sí... naturalmente... ¿Iremos juntos a alguna parte esta noche? ¿Estás comprometido?

—Sí, he prometido a las diosas acompañarlas a casa de la Marquesa de Marcy. ¿Quiéres que te presente?

—¿Sin visita previa?

—No hace falta. La Marquesa tendrá mucho gusto en recibirte. Te iré a buscar a las diez. ¿Dónde paras?

—En el Continental.

—No hay más que hablar.

Witterstein se dirigió al Gran Hotel, pero las dos hermanas habían salido. Dejó su tarjeta, y se fué al Bosque con la esperanza de encontrarlas. Sufrió una decepción, las señoras estaban de compras. Cuando regresaron al hotel y vieron entre otros nombres el de Witterstein. Isi experimentó una profunda sorpresa, porque no creía volverle a encontrar. El *hasta la vista* pronunciado en la última reunión del palacio de Hohenberg, no había, sin duda, tenido para él la misma importancia que para ella, puesto que él permanecía voluntariamente ausente... La joven, por mucho que se repitiese que más valía así, experimentaba, sin embargo, una especie de decepción, una herida de amor -propio; ciertamente ella contaba con permanecer insensible a los homenajes de él, pero la pasión de éste se había desvanecido harto pronto... Ha venido, decía el pedazo de cartulina que ella tenía en la mano. ¡Qué lástima no haberse encontrado allí! Al día siguiente no saldría... Sin embargo, ¿no sería más prudente evitarle? Pero, ¿por qué? Estaban llamado a encontrarse en sociedad, y ella no podía evitar semejante encuentro; lo esencial era mostrarse indiferente, a fin de no dejarle ninguna esperanza. "El está comprometido, comprometido, comprometido..." y a pesar de todo, aquella tarjeta la causaba alegría.

Eran cerca de los doce de la noche cuando las dos hermanas llegaron al hotel de Marcy, construído entre patio y jardín. Los carruajes de los invitados llenaban las calles adyacentes, el cupé se acercó al peristilo; Cari e Isi bajaron.

—Me temo que esta reunión debe ser aburrida—había declarado Isi.

En el vestíbulo había una media docena de criados con pelucas blancas y calzón corto. Dos de ellos las ayudaron a quitarse los abrigos, mientras que un tercero abría las hojas de una puerta y las anunciaba en alta voz.

Antes de entrar dirigieron la inevitable ojeada al espejo, que les dió esta amable respuesta: belleza perfecta, exquisita elegancia. Ambas iban de blanco con encajes; Cari llevaba zafiros, Isi rubíes; las dos flores; la primera azules, la segunda rojas. Cuando atravesaron los salones, llenos de gente, se elevó a su paso un murmullo de admiración, Adela de Marcy salió a su encuentro y las dijo algunas frases de bienvenida; pero no tardó en dejarlas, reclamada por la llegada de nuevos invitados.

Aparecieron el duque Emilio y Witterstein. Isi rectificó mentalmente el pronóstico que antes formulara: la reunión no podía ser ya aburrida. Tomó un aire indiferente:

—No creía encontrar a usted aquí, Duque.

Y Cari:

—Hemos recibido su tarjeta, Witterstein; pero, ¿cómo es que llega usted después del Gran Premio? ¿Qué es lo que le ha detenido a usted?

El ama de la casa se acercó:

—¿Quiéren ustedes pasar a esta otra sala? Va a cantar la señorita X.

Witterstein se sentó cerca de Isi, pero las vocalizaciones de la tiple le obligaron a guardar silencio. Terminado el canto, se oyeron algunos bravos discretos, porque el entusiasmo mundano no es ruidoso.

Un señor en traje de etiqueta sucedió a la cantante, y se puso a recitar una poesía.

—Hubiera querido ofrecer a ustedes a Coquelín—dijo Adela en voz baja a sus invitados, pero no era posible tenerle hoy. En su lugar he traído a M. I..., del Odeón, que recita admirablemente.

(Continuará).

Mayo
1915

PACIFICO MAGAZINE

Precio:
UN PESO

FERROCARRIL DE ANTOFAGASTA A BOLIVIA

Servicio directo semanal
ENTRE ANTOFAGASTA Y LA PAZ

TRENES DE SUBIDA

Antofagasta . . .	Sale . .	8.40 P. M.	Sábado
Uyuni	Llega. .	7.30 P. M.	Domingo
Oruro	" . .	7.40 A. M.	Lunes
La Paz	" . .	4.30 P. M.	Lunes

TRENES DE BAJADA

La Paz	Sale . .	8.00 A. M.	Sábado
Oruro	Llega . .	3.45 P. M.	Sábado
Uyuni	" . .	7.55 A. M.	Domingo
Antofagasta . . .	" . .	Amanece	Lunes

NOTA.—El tren de Antofagasta combina con el vapor rápido del Sur de la Compañía Sud-Americana de Vapores, y el tren de La Paz combina con el vapor rápido de la misma Compañía, procedente del Norte.

Estos trenes cuentan con elegantes y confortables carros-dormitorios y un esmerado servicio de comedor. Combinan con los vapores del Sur y del Norte.

El precio de un pasaje de primera clase de Antofagasta a Oruro es de £ 3.8.8½ y de Antofagasta a La Paz de £ 4.14.5.

El boleto de cama por cada noche importa £ 0.12.1 y en un viaje a Oruro o La Paz debe tomarse para dos noches.

Los trenes a la Pampa salitrera (Sección chilena) salen de Antofagasta diariamente, menos los domingos, a las 8 A. M.

Para mayores datos, verse con los señores VORWERK & Co. en VALPARAISO y con la Administración General en Antofagasta.

PRAT 231
VALPARAISO

VORWERK & CO.
Agentes generales:

Los alumnos del Colegio Nacional dándole la bienvenida a los Cancilleres a su arribo en la estación de "El Retiro" en Buenos Aires

PACIFICO MAGAZINE

× Que ayer | VOL. V.—Santiago de Chile, mayo de 1915.—NUM. 2º | — Que mañana

A. B. C.

En el actual momento crítico porque atraviesa la paz universal, es honroso para la América recordar la lección de civismo y de serenidad que le está dando al mundo: mientras en Europa se desangran los pueblos en la más violenta de las guerras que hayan visto los siglos, en nuestro continente se afianzan los lazos pacifistas con nobles manifestaciones de cortesía internacional. Los países ayer reñidos por vagas susceptibilidades se agrupan hoy en una formal alianza basada sobre relaciones serias que han de ser fecundas. Argentina, Brasil y Chile están a punto de tener un tratado de unión que vendrá a ser una garantía de respeto y un motivo de larga amistad futura, provechoso para la prosperidad americana. La visita de los cancilleres señores Murature y Müller y el viaje de ambos en unión con el de Chile, señor Lira, a Buenos Aires, tiene un alto significado de fraternidad: ¿acaso no estamos en vísperas de una verdadera alianza que contribuya a la tan deseada limitación de los armamentos en estos instantes de crisis en que las tres naciones se han visto obligadas a realizar dolorosas economías en sus presupuestos para poder subvenir a sus necesidades? Así por lo menos lo han deseado los órganos más serios de la prensa brasileña y argentina y así lo desearán también nuestros gobernantes, que deben afrontar la más difícil situación porque jamás haya atravesado nuestra hacienda. La historia recogerá esta palpitación del alma tripartita indo-latina y frente a la página de luto que le consagrare en el futuro a la Europa ensangrentada aparecerá la de América ennoblecida por su pacifismo.

Ministro de Relaciones Exteriores de la República Artina, señor Murature

Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, señor Lira

Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil, señor Müller

Don Javier A. Figueroa poco después de ser proclamado como candidato a la Presidencia de la R epública, por la Alianza Liberal

Don Juan Luis Sanfuentes rodeado de sus partidarios y amigos poco después de haber sido proclamado como candidato para la Presidencia de la República por la Coalición

Don Javier Figueroa acompañado por sus amigos y el pueblo hasta su casa-habitación después de ser proclamado por la Alianza Liberal.

Este cuento acaba de obtener el primer premio, medalla de oro, en el certamen Swinglehurst, que patrocina "El Mercurio" de Valparaíso.

Por

MARIANO LATORRE

Ilustraciones de Coke.

El bandido atravesó despacio el tosco puente tendido sobre el Maule, sin que su aspecto revelase la interior inquietud que le roía; sin embargo, sus ojillos azules miraban recelosos hacia el cuadrado barracón que manchaba la base de la montaña con sus techos negros y húmedos, percibiendo los detalles con una claridad obsesionadora. Un gigantesco castaño destacaba sobre el negrusco amontonamiento de casuchas la fresca exuberancia de su follaje: sobre su copa descansaba una carreta de altas ruedas, apoyada en su lustroso pértigo de luma. Saliendo del puentecillo, sobresaltóse al sentir el golpe suave de los cascos del caballo en la tierra blanda del camino. Este era el momento que acordaba a Nicomedes: al entregar los diez centavos del derecho del pontaje temía que su sobresalto lo delatara. ¿Tendrían ya noticias de la escapada de los reos de la penitenciaría de Talca en Curillinqui? En realidad, ponerse en la misma boca del lobo era una hazaña de que Nicomedes se alababa. Había preferido tomar este camino que en su mocedad recorrió de arriero de un negociante de animales, camino solitario y peligroso, pero en el cual no corría el riesgo de encontrarse a cada instante con los interminables rebaños que bajan o suben a los cajones de la altura; y por consiguiente, con los soldados del resguardo de cordillera, que, como el polvo del camino, merodean alrededor de los arrieros. Recordaba aquel tiempo con increíble precisión de detalles. Curillinqui no había cambiado gran cosa: la misma casa y el mismo castaño, y sobre ella, levantando sus rojizas protuberancias, veteadas de nieve, cubría el cielo purísimo el coloso andino, la sierra muda e inhospitalaria.

Al pie de la montaña, enfilaban regularmente sus copas cónicas y obscuras los cipreses andinos, y lamiendo la base granítica de las colinas, se deslizaba el río en bulliciosa carrera hacia el valle central.

Todo pasó sencillamente, sin que los ojos sencillos del posadero revelasen la menor desconfianza; al contrario, sus gruesos labios se entreabrieron afablemente, al preguntar, pasando la vuelta al mozo:

—¿Y pa onde bueno, su mercé?

—P'al puesto de don Nicasio Lillo, en el cajón de Bahamondes: le llevo un recao al puestero.

La parte más difícil de la fuga creíala Nicomedes ya salvada. Al volver grupas, y salir de la empalizada que rodeaba el caserón, invadió su cuerpo una alegría insensata que le hizo clavar las espuelas al pingo flacucho y paciente que le facilitó un antiguo camarada, en las Garzas; pero tuvo un sobresalto al pasar frente al barracón, donde estaba instalado el resguardo. Un soldado limpiaba su rifle en la puerta; y el cañón del arma brillaba al sol con vivas reverberaciones. Apretó los dientes hasta hacerse daño, para calmar la inquietud miedosa que aflojaba sus miem-

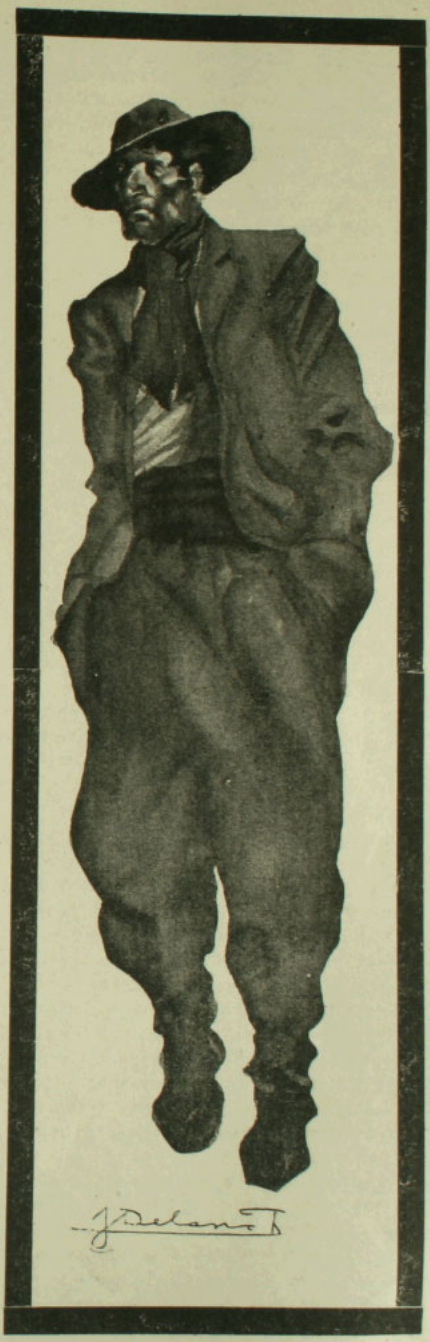
bros; y lo llenaba de mortal desfallecimiento. Al perder de vista, tras un recodo del camino, el amontonamiento de barracas de Curillinqui, casi una aldea de la sierra, se escapó un suspiro de alivio de su corazón acongojado. Creíase libre, pero comenzaba, sin embargo, la parte más ruda de su éxodo: un poco más allá, después de la última casita de la altura, seguía el lento ascender hacia las cumbres, faldeando la sierra inhospitalaria, fustigada eternamente por un viento helado e implacable, que ruge en los desfiladeros y lleva la armoniosa canción de las cascadas hasta los últimos rincones de la cordillera.

El ansia gozosa de verse libre de los hombres, le ocultaba por el momento los peligros futuros; pero al estrecharse el sendero que en la proximidad de las casas era amplio y fácil como una carretera, el problema se presentaba con implacable claridad. Más allá, tenía que buscarse él mismo el sendero más fácil y menos peligroso. Para un hombre de la sierra, que conoce la cordillera como un inquilino los rincones de la hacienda, el camino no tenía dificultades; pero, para Nicomedes, aquello era tan odioso como las paredes húmedas de la cárcel o el grillete orinoso de los penados; era sencillamente superior a su voluntad y a sus fuerzas físicas, a pesar de que bajo la manta de Castilla se dibujasen rectas y poderosas sus firmes espaldas de criollo; pero su vida perezosa de tenorio de arrabal, pegado al mesón de las cantinas, en plática agradable ante los naipes y el cigarrillo barato, había impreso en su sangre un sello de indolencia ciega y corrompida. Aquella vida tenía que arrastrarlo fatalmente por un mal camino, aunque sus instintos fuesen, como los de todos los criollos, buenos y sencillos. Había llegado de un campo, vecino a Talca, a hacer su servicio militar en la ciudad; y lentamente, la vida urbana, con sus cantinas llamativas, había echado su imperceptible polvo de vicio sobre su áspera rusticidad. Concluído el servicio, se quedó en el pueblo. Empeñó las botas y compróse un pantalón bombacho de diablo fuerte: con esto adquirió su facha peculiar de petrimetre del bajo pueblo, especie de chulo andaluz degenerado, uniόse con una hembra cualquiera, a expensas de la cual comenzó a vivir y al cabo de algún tiempo no quedaban rastros del antiguo campesino ni de su terrible jerga de vago. Poco a poco su simplicidad bonachona se cambió en la más ingrinosa hipocresía: comenzó a odiar a sus camaradas, tomóle apego bestial a las peleas y a las riñas de gallos y los triunfos que su cuerpo sano, aún más fortificado por el servicio militar, obtuvo entre sus camaradas de vicio, lo rodearon de un prestigio de matón del cual hacía antipáticamente ostentación en todas partes.

Era guapo el mozo, sin embargo! Alto, fornido, de movimientos reposados, llenos de latente vitalidad. En su cabeza de aguda nariz aguileña, brillaban sin doblez unos ojos celestes, inexpresivos, tranquilos, y como un coronamiento de su fuerza, enmarañábase sobre su estrecha frente una masa encrespada de color terroso que formaba exageradas hinchazones bajo las tiesas alas de su sombrero de seductor de barrio.

Y en cuanto a su ternura varonil, más de alguna muchacha escapada de la casa de algún prohombre talquino, pudo dar fe de lo que era Nicomedes Román. Su pasado estaba muerto: no volvería al campo tranquilo y solitario, a la choza sucia de la orilla del estero, junto al padre callado e indiferente, junto a la vieja de mal genio que no paraba de hablar mientras revolvía las cacerolas, lavaba las ropas o pelaba las papas para la cazuela cuotidiana. Su vida era una vida de lance: vida de perro de presa, instintiva, cruel, vida de lucha, insegura y animal en que había que gruñir y mostrar los dientes para alejar al enemigo que venía a disputarle la hembra o la ganancia del monte, base económica de su vida de vagabundo. Las borracheras y trasnochadas habían vuelto irritable su tranquila pachorra de rústico, y por un quítame allá esas pajas, reñía con el primero que miraba a su moza o le dirigía una palabra burlona. Así, ni él mismo supo cómo sucedió aquello: Hacía varios días que un muchacho empleado en la estación, rondaba a su moza, le dirigía pullas a él envidiándole su fortuna y cuando le ganaba sus chauchas, con insoportable buena suerte, le cantaba al oído el refrán: "afortunado en el juego; desgraciado en amores", con un tonillo que le sacaba de

quicio. En el fondo, no le importaba gran cosa la querida: aquellas bromas del muchacho herían más bien su irritabilidad de hombre descontentadizo, el que se opusiese un obstáculo a su vida indolente y el que la audacia del joven hiciese sonreir a los demás. Esa noche, en un bar de arrabal, un malhumor negro lo hacía apretar los dientes y fruncía el ceño: bebía del enorme potrillo de vino, mezclado con bilz, con una sed loca y rabiosa. Le molestaba la alegría del carrilano bailando y tamboreando sin cansancio, presa de una embriagante actividad. Aquella locura parecíale un insulto y una provocación: había hecho sentarse a su lado a su querida; y la muchacha mordía su pañuelo enfurruñada, roja la cara y aviesos los fríos ojos de ramera. Cuando el muchacho, con una actitud entre zumbona y humilde, se acercó al rincón en que estaba y le dijo:—¿quérís prestarme la china pa una vuelta?—no pudo contenerse y le largó la bofetada. Formóse el coro de reglamento y el duelo comenzó. Pegábanse fríamente, sin apresurarse, pero la rabia contenida, la rivalidad que existía entre ambos asomábase a sus ojos brillantes y fríos como acero. hubo un instante en que el muchacho atacó con increíble acometividad, y su mano ruda y cuadrada, hizo vacilar al hombrón que retrocedió hasta tropezar con las mesas de la cantina. Esto lo exasperó: su frialdad transformóse en fuego ardiente que inyectaba sus ojos; y sacando rápidamente su corto puñal lo hundió en el vientre del mozalbete. Después sintióse calmado, tranquilo; y tranquilo y calmado se entregó al sargento del retén que lo llevó a la cárcel. Sin embargo, esto era como una bruma en su vida; no sentía un remordimiento de su pasado, ni un recuerdo para las personas con quienes había vivido en contacto. Sentía correr su sangre y el ímpetu de vivir lo impulsaba: había que salvarse cuando la vida peligraba, matar si era preciso, pero había que vivir: para eso se tienen anchas espaldas y poderosa salud. Este mismo pensamiento lo impulsó a fugarse de la penitenciaría, aprovechando una sublevación y subir a la sierra en busca de las estancias de la pampa, donde a un chileno no le faltaría trabajo en la próxima cosecha del trigo. A medida que avanzaba, reco-



...Alto, fornido, de movimientos reposados

nocía el camino con ese instinto maravilloso del hombre de campo. El sendero corría como un arroyuelo caracoleante al pie de un murallón de enorme base, alfombrado hasta la cumbre de retorcidos michayes verde-obscuros: detrás cantaba el Melado que nace de los ventisqueros del volcán, cuyo cono nevado se levanta por encima de aquel mar de cumbres, y desagua en el Maule su caudal puro y espumante. Allí las cumbres se amontonan, parecen juntarse para poner obstáculos a los audaces que se atreven a atravesar la sierra, y el río pasa en el fondo del precipicio, murmurando sordamente, con ruido lejano y apagado. Pasados aquellos voladeros famosos donde han caído muchos animales y jinetes, la sierra parece abrirse, achatarse, dejando entre los montones de rojo granito amplias vegas, cubiertas de verde y aterciopelado pasto: por lo común, un arroyo que nace de un planchón de nieve que no concluye de derretirse durante todo el verano bajo la montaña, en murmuradora carrera, atraviesa el cajón y va posiblemente a otro lugar más bajo, en desesperada fuga hacia la quietud, hacia los terrenos llanos.

Nicomedes, en cambio, subía y subía desesperadamente; y en su afán de respirar con libertad, sin temores, se imaginaba en la soledad armoniosa de las cumbres, que el hombre, el enemigo, estaba lejos, muy lejos, en lugares adonde él no llegaría nunca. Pasada esa etapa peligrosa, recordaba los cuatro anchos del puestero o capataz de don Nicasio, donde él había alojado hacía diez años, siendo un muchacho. Ahora lo aguijoneaba el apetito y el calor del mediodía. Bajóse del caballo al comenzar la cuesta, a pleno rayo del sol; y mordió ávidamente el charqui duro que llevaba en el bolsillo, masticándolo con furor. Volvió a invadirlo una negra desesperación: aquello era superior a sus fuerzas; hasta echaba de menos la húmeda quietud del calabozo donde, mal que mal, se comía y no se hacía absolutamente nada; calmóse y sintió deliciosa frescura al beber el agua de un arroyo que corría por entre angulosos peñascos, saltando ruidosamente; y llevando el caballo de la rienda atravesó con grandes precauciones el sendero, pegado a la falda de la montaña. La cinta blanca del camino, abierto en la roca caliza, se perdía al adelantarse hacia el río un espolón de granito; y reaparecía subiendo y bajando en monótona curvatura: en la soledad sin pájaros del mediodía sonaba el canto del agua, pasando en blancas madejas espumosas, incansable, uniforme y potente, y el hombre agachado, temeroso, arrastrando el caballejo paciente, subía y bajaba, ansioso de librarse pronto de aquel abismo cuajado de árboles, camino del agua triunfadora.

A la una del día, sudoroso, hambriento, desesperado, llegó al pequeño rancho bajo cuyo techo de seca totora se adivinaba agradable frescura: un sauce levantaba su copa lánguida en medio de las dos casuchas. El bandido había recobrado su aspecto cazurro; y su voz era débil y temblorosa, como para infundir compasión, al preguntar a una vieja enteca, de ojos vivísimos, pegados los blancos mechones a las sienes que daban vueltas a la rueca en medio de la ramada:

—¿Hay posá pa unos días, pa un hombre enfermo?

En ese momento, en la puerta de la casucha, apareció la figura seca, enjuta, pero nervuda y vigorosa de una moza morena, que miraba curiosamente al recién llegado; como ratoncillos azorados asomaban por la parte trasera del rancho su cabezuela morena dos chicos estrapajosos que abrazaban, en fraternal camaradería, a un blanco corderillo.

La vieja había dejado su rueca y se acercaba a la vara lustrosa que como una muralla separaba la ramada que servía de cocina y comedor, del trozo de tierra apizonada que era como una prolongación del camino.

—Apéese, y tome asiento su mercé. ¿Pa onde bueno tan temprano?

—Pa l'Argentina, a comprar animales. ¿Todavía ésta es posesión de don Nicasio Lillo?

—Toavía, mi hijo es el capataz de don Nicasio: pu'allá poirá contrarse con él; anda comprando novillos p'al patrón.

Sentóse Nicomedes en el duro banco, pegado a una especie de mesa que llenaba toda la ramada; y con indecible placer, con infinito regalo alargaba sus piernas cansadas por la caminata. La moza se había acercado; y con cierta sequedad que quería hacer amable, casi sonriente, le había dado las buenas tardes, preguntándole:

Seguía el lento ascender hacia las cumbres

—¿Viene enfermo su mercé, será un fiebre?

—No, señorita, un mal de vientre; una cosa que no me deja comer; y me dan ganas de echar las tripas por la boca.

Sonrióse el mozo; ella también se sonrió, mirándolo ahora con sus ojos fríos, pero sanos y francos.

—Lo habrá desconocío el agua, maire.

La vieja, sin mirar, liaba un pitillo de hoja; y decía por lo bajo como contestándose ella misma:

—Frialdá de vientre; se puee quitar con una bebía de maquí. Allí en el soberao hay maquí seco, Florinda.

Salió la moza con un jarrito de loza descariada, dispuesta a ser amable con el huésped, alargando sus pasos que tomaron un ridículo trote de caricatura al atravesar el camino de la ramada al rancho, acostumbrada como estaba a vivir en aquellas montañas donde las faldas parecen precipitarse en vertiginosa fuga hacia las partes llanas.

Nicomedes paseaba sus ojillos azules por el pequeño recinto encerrado entre cerros; y una suavidad cariñosa, como si se sintiese libre de insoportables ligaduras, envolvía su cuerpo macerado. Comenzaba la siesta serrana: una paz luminosa caía sobre los picos rojizos, el cielo de amable transparencia, azulaba quieto y hermoso por encima de las cumbres, el río cantaba su abrupta canción, entre las piedras de su lecho y el corderillo balaba entre los brazos morenos de los muchachos, con balido dulce y prolongado.

II

El bandido sintióse a sus anchas en el rancho. La vida tranquila, bajo techado, hacía renacer lentamente sus fuerzas. Recobraba colores su tostada cara, y tranquila salud sus ojillos azulosos. Sin saber por qué imaginábase completamente libre en la choza, no ignorando que a trés horas de camino estaba la barraca del resguardo de cordillera; pero esto no lo inquietaba. Seguramente no sería él de los más perseguidos, puesto que su crimen había sido una riña. Su vida vagabunda no tenía nada que ver con la policía; y en último caso, conservaba bien guardado su título de sargento en la cartera interior de su blusa, título que era su orgullo y

su gloria. Habíale crecido la barba, vigorosa y espesa, de un color de estopa; y su improvisado traje cuidábalo con una pulcritud de petrimetre. Todos los días limpiaba sus alargados zapatos de chulo, y todos los días se anudaba al cuello el pañuelo de seda negro y usado, haciendo prodigios de ingenio, para presentarlo por el lado más limpio, ataba a su robusto tronco, con pliegues innumerables, la banda roja de nuestros rotos. Su vida anterior renacía en medio de la sierra como la simiente de las yerbas al beso del sol, después de haber dormido bajo un manto de nieve. ¡Qué agradablemente llegaba para él la hora del medio día, con las sabrosas presas de la cazuela chilena, cuyo caldo espeso espolvoreaba de ají la mano morena de la Florinda. Metía deleitosamente la gran cuchara de hojalata y chupaba hasta los huesos de la carnosa pechuga o del ala sabrosa. Bien veía Nicomedes que la moza lo miraba con buenos ojos; y él esperaba sacar el provecho conveniente de esta afición. La muchacha y los pequeños, de los cuales se había hecho como un camarada, eran su apoyo en contra de la anciana, callada y recelosa, mirándolo con aire interrogante a cada palabra que el mozo pronunciaba. Mientras el hombre anduviese en la pampa, Nicomedes sentaría sus reales en el rancho; después, para el pago de su comida y del talaje del animal, Dios diría. Perezosamente se resistía a pensar en esto; y si un asomo de peligro veía dibujarse en la bruma de su naturaleza instintiva, hacía un gesto indolente, mezcla de desprecio y asco infinitos, diciendo:

—Salvando el pellejo...

Llevaba una vida de animal; comía hasta hartarse; y luego, abotagado, iba a tenderse bajo la sombra de un guindo, acribillado de frutas que caían sobre él con suave golpe, a cada ráfaga de viento. A veces, si su pereza se lo permitía, alargaba la mano y tragaba guindas con incansable voracidad hasta que un sueño espeso, tenaz, lo hacía roncar ruidosamente. Por entre las ramas del árbol cabrilleaban rayitos de sol, que de cuando en cuando, como mariposillas de luz, jugueteaban en la barba de Nicomedes, la canción del agua llenaba como un acompañamiento la quietud cristalina del aire montañés y detrás de la choza, fulgurantes, ardorosos, inquietos, heridos con la flecha divina, los ojos de Florinda se enternecían hasta la humedad, mirando el fornido cuerpo dormido bajo la sombra del guindo. Una inquietud desesperante mordía la carne de la muchacha: extraña laxitud invadía sus miembros duros y morenos, musculosos como los de un muchacho robusto, al bajar al río con su atado de ropa y su lustrosa paleta de lavandera. Quedábase inquieta, ardientes las pupilas, mirando las zabullidas acrobáticas de las corrientes pequeños patos que resisten, con extraño placer, el ardiente esplosar de las espumas desbordadas. Tenía que detenerse veinte veces en el sendero empinado que bajaba al río; y entonces con ardiente exaltación, apretábase su naciente seno de hembra y cubría con una inmensa caricia de amor, la montaña salvaje, el río sonoro y el cielo impasible. Y no se calmaba realmente, sino cuando, so pretexto de colgar la ropa al sol, entraba al pequeño huerto de frutales, donde el mozo dormía la siesta; y enhebraba el palique, sintiéndose alegre y contenta con los dicharachos de Nicomedes. Había largos instantes de silencio, silencio grave de la altura en el que su corazón montaraz palpitaba de naciente deseo, sin encontrar en los ojos del guaina ese tibio fulgor de correspondencia.

Vivía la sierra con vida imponente y majestuosa: graves y solemnes como templos colosales donde oficiara la naturaleza su misa eterna, levantaban las cumbres al cielo sus conos encaperuzados de nieve; y de sus flancos bajaban hirviendo hacia el lecho del río, un millón de arroyos cristalinos. Cantaba la sierra su canción sin término bajo la augusta y enorme plenitud de los cielos. Acá abajo, rojeaban las guindas y palpitaban los corazones.

—Mire, Florinda, mire ese pollo rabón que nos mira asustado. Nos cree novios.

La moza sonreía con infinita dicha; y sin mirar a Nicomedes, sin hallar qué hacer con sus manos morenas de trabajadora, observaba sentenciosamente:

—Es que debe haber visto una culebra.

III

Desde hacía algunos días notaba Nico-

... le cantaba al oído el refrán: afortunao en el juego desgraciao en amores...

medes en los ojos de la vieja un rencor mal disimulado. En sus astutos ojillos zorrunos palpitaba un odio mordaz, inconsciente, acometivo. Había adivinado la actitud del bandido, flojo y desvergonzado, sentía alejarse las monedas del hospedaje; y una rabia, que la soledad de la montaña le impedía hacer violenta y ruda, la volvía de un genio endiablado. Sin embargo, esperaba todos los días impacientemente que llegara algún puestero en busca de provisiones, para mandarle un recado al marido sobre este intruso que había tomado posesión de la vivienda y no había modo de alejar. Veía la vieja claramente la predilección de la muchacha, desviviéndose por servir al mozalbete, quemándose los dedos en las noches al sacar las doradas tortillas del montón de cenizas, cebando cuidadosamente el viejo mate que luego pasaba a Nicomedes con una sonrisa satisfecha. ¡Ah! viejecita de la sierra de arrugadas carnes y ojos helados, bien haces en defender tus ganancias y el pan escaso de tus días serranos, bien haces en prevenir a la moza inexperta que siente arder su sangre al contacto de unas palabras más dulces que los cóguiles almibarados de las laderas; pero ya es inútil, el sol ha derretido la nieve del ventisquero, y por las hondonadas y las quebradas, por los abismos y los peñascales, se desborda el agua juguetona, exaltada en santa desesperación, llevando en su seno semilla de vida fecunda y eterna.

Florinda ya no disimulaba su cariño. A las observaciones secas y duras de la anciana, había opuesto una murria obstinada y expresiva. Dejaba que su madre hablase a borbotones de la "sinvergüenzura"

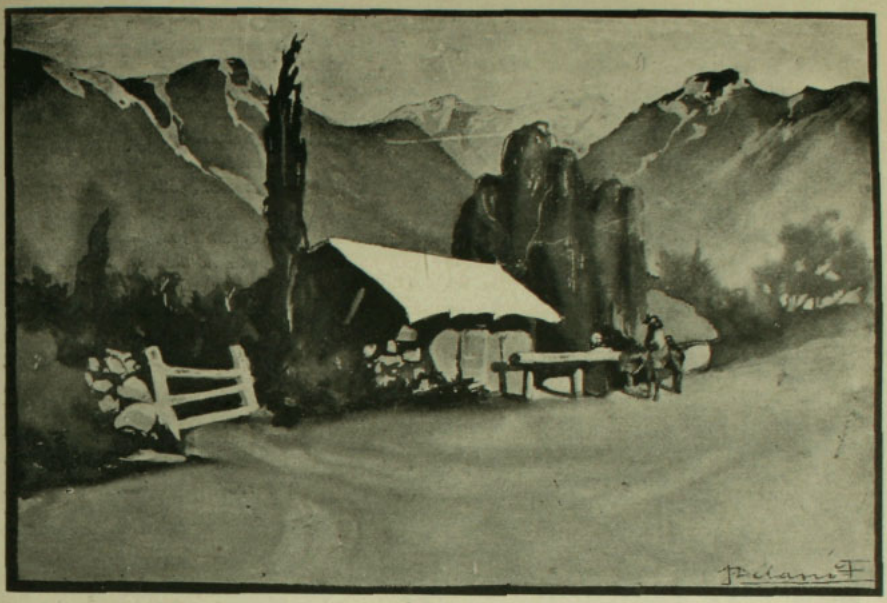
del mozo, de su terrible voracidad y de su risita engañadora. En las noches, al tenderse en su camastro, en el interior del rancho enhollinado, las conversaciones se prolongaban en monótona cantinela; la vieja esgrimía cruelmente aquella arma de crítica, y cada palabra caía en su corazón como gota de nieve, helada e implacable. Se revolvía desesperada en las sábanas burdas del lecho, y cerraba los ojos para ahuyentar esa voz maléfica que amargaba su dicha, que obscurecía esa luz maravillosa que la hacía languidecer de alegría al envolver con sus ojos el cuerpo varonil y fornido de Nicomedes Román; pero en el interior se había cuajado con letras de fuego su verdadera decisión: quería al joven, y no habría fuerza humana que lo separara de él. Su rancho, las ropas que lavaba todos los días, las pláticas interminables al calor de la fogata en las silenciosas noches cordilleranas, sus hermanillos, su misma madre, buena a pesar de su avaricia, todo eso eran lazos de los cuales nunca se hubiera desprendido, eran carne de su carne, sangre de su sangre; y el solo pensamiento de separarse de ellos, de cambiar de vida, aunque fuera vida más holgada y agradable, la hubiera muerto de pena; pero ahora nacía en ella un alma desconocida, generosa, abnegada, llena de bondadosa indulgencia; nacía el amor en su carne endurecida por las privaciones como el rojo resplandor de las amapolas en la falda de las montañas. Y en el fondo de este aturdimiento, púdicamente, como una rosa de rubor, sensual y delicada, formulábase la gran pregunta: —¿Cuándo me dirá que me quiere?—Y a pesar de la madre, del rancho, de sus hermanillos, la sangre contestaba victoriosa, inundando de una oleada de vida las mejillas cetrinas de la muchacha.—¡Vete con él, vete con él, tontona!

Y con él se fué la moza una mañana de febrero. Casi no supo cómo había aceptado. Un día, a la orilla del río, mientras apaleaba la ropa y a fuerza de golpes quería como apagar su pena, confió a Nicomedes el secreto de su pesar, la necesidad que tenía de irse porque un inquilino de don Nicasio había traído la nueva que su hermano llegaría al "Médano" en algunos días más. Lo habían encontrado en el "Cajón del Guanaco" con un piño de vacas; y para un "baqueano" de la sierra aquel era un viaje rápido. No hacía alusión ninguna su amor, trataba como de advertirle generosamente que debía ponerse en guardia y alejarse en otra dirección; su hermano era un hombre rudo que no perdonaba deudas de dinero; y que él, en medio de la montaña, corría peligro.

Y cuando Nicomedes, fríamente, sin cariño, por prolongar el mentiroso engaño hasta el último instante, habló humildemente:—¡Yo me hubiero ío ya, sino hubiera sío porque la quería!—el recio golpe de la paleta sobre la ropa resumando lavaza se detuvo, y la voz de la sierra, voz de silencio salpicada de espumas sonoras, preponderó como un cántico de vida.

IV

Florinda no olvidó nada para su viaje de novia. Febrilmente hizo las provisiones para varios días, observando recelosa a la vieja que, como de costumbre, rumiaba destempladamente amenazas e insultos. En silencio ensillaron los caballos cuando el primer claror del alba despertó la sierra de su sueño pesado y solemne y se pusieron en marcha sin contratiempos. Al llegar al puente del Inca la primera luz del sol doró con su tibia y medrosa caricia el mar de cumbres grisáceas. Con el sol, pareció también despertar la sierra helada, y nunca tuvo para su corazón indiferente y frío una caricia más risueña que la grandeza uniforme de la montaña. Sonaban más las aguas rodando desatentadas por los altibajos de los faldeos, los quillayes sombreaban los altiplanos con su nota de espesa negrura, el cielo impasible, inundado por la clara neblina dorada del sol naciente, envolvía la sierra con su apacible y deliciosa quietud. Los caballos caminaban por los pedregosos senderos con esa activa seguridad de los caballos serranos. Nicomedes no hablaba palabra, roja la nariz, amoratados los labios por aquel aire impregnado de hielo; helada exhalación de los ventisqueros y del millón de torrentes desbordados que luego el calor del sol absorbe dando al aire serrano el oro cristalino de sus siestas y atardeceres. La moza, en cambio, habituada a aquella vida, estaba perfectamente serena. En su pequeña cabeza tostada, seca, dura, brilla-



¿Hay posá pa unos días, pa un hombre enfermo?

ban unos ojuelos inocentones que envolvían al mozo en tímida caricia de amor. Posiblemente la asombraba su silencio, después de las pruebas de cariño que creía haberle dado; y de buena gana hubiera querido que la agradeciera el sacrificio en una forma agradable que ella soñaba en el fondo de su naturaleza femenina, abierta de golpe al instinto de la especie. El mozo limitábase a volver su pequeña cabeza de lechuza, inspeccionando el camino. Un gesto de molestia arrugaba el entrecejo. Aquella extraordinaria mujer que marchaba a su lado parecía pesarle como una carga sobre sus hombros. La examinaba de reojo; y la satisfacción de la moza con sus ridículos atavíos lo hacía morderse de rabia. Parecía creerse dueña absoluta de él, dirigiendo la marcha con estúpida seguridad. Surgía su figurilla enteca de en medio de los pellones de la vieja silla, de en medio de las prevenciones hinchados de comestibles con una cómica seriedad; y con cómica seriedad se aplastaba sobre sus tiesos pelos de mestiza araucana un sombrerillo de paja. Ella había puesto toda su coquetería montañesa en estos atavíos de desposada. De sus orejas colgaban unos aros extraordinarios y a su cuello estaba atado un pañuelo de yerbas salpicado de extrañas protuberancias. Nicomedes miraba ese collar extravagante y se reía de la muchacha. Ante aquel detalle divertido convertíase su rabia interna en un deseo cruel de burlarse de Florinda, de echarle en cara con indirectas su mal gusto, su falta de gracia para todo; pero luego reaccionaba pensando que ella llevaba la comida, y esto le evitaría a él un trabajo pesado. Ya habría tiempo, por lo demás, para aprovechar una buena coyuntura y separarse de la moza.

Sin embargo, su deseo de separarse era tan vivo, tan intenso, la risa cruel borbocitaba tan indominable en su interior, que al fin soltó la broma:

—Mire, Florinda, ¿d'iónde sacó ese collar tan bonito que le asienta tanto?

Pero la mirada franca de la muchacha, la sonrisa sana de sus dientes blancos, y luego su respuesta sin malicia, lo desconcertaron por completo.

—Así se llevan los huevos pu'aquí, por la cordillera, on Nicomedes, pa que no se quebren.

Y en estas palabras había una deliciosa muestra de cariño, una delicadeza inge-

nua que brotaba de su alma ruda, llena de ternura, como de los macizos murallones de la sierra suelen brotar neblinas vaporosas.

Sin embargo, el aspecto ceñudo de Nicomedes, su pereza, el misterio de su vida anterior, hacían nacer en medio de la exaltación de sus sentimientos, las palabras de su madre cada vez que la encontraba en el rancho.

—Cuidado, Florinda, los guainas son como risqueras vanas: por fuera paese que n'hubiera ná, pero aentro hay escondío un zorro.

Estas dudas no le impedían quererlo siempre: eran apenas un reflejo de cordura en la demencia enardecida de su sangre. La hembra instintiva despertaba en ella con sus dulces arrebatos de esclava. Nicomedes era su amo; y podía disponer a su antojo de ella, por el solo hecho de tener anchas espaldas y una altiva cabeza coronada de greñas.

La pareja marchaba silenciosa por el sendero abierto en medio del bosque de quillayes. El sol ascendía llameante por encima de los montones rojizos de las cumbres; y su dorado resplandor de salud hacía despertar la sierra de su letargo gigantesco: los cipreses parecían sacudir la negrura de sus copas y el deslumbrante blancor de las aguas deshechas entre los peñascos salientes de la orilla, rimaba maravillosamente con los planchones nevados de los ventisqueros.

Florinda había tomado francamente la delantera, y su caballejo mulato ascendía los imperceptibles senderos con una seguridad incansable. Echaba hacia adelante su corto cuello; y jadeando anhelosamente afirmaba en las piedras movedizas su pequeña pezuña, como si fuese una mano vigorosa.

Ascendida la garganta, encontráronse en la cumbre desamparada. El viento de la sierra dominaba allí a su antojo. Soplaba incansablemente, impregnado de hielo, con un silbido estridente; y sus ráfagas casi visibles que barrían el cielo inmenso dejándolo de un acuoso color azulado, llevaban la armonía de los torrentes, esteros y riachuelos, la canción del agua que buscaba camino por la falda de los macizos hacia el lecho del río.

Nicomedes había intentado hablar varias veces; pero el viento era tan terrible que deshacía los sonidos apenas salían de la boca, como en lo alto los transparentes vellones de nubes. Desmadejado por el viento rabioso, maldecía una vez más su perra suerte, deseando, en su desesperación de vago, tirarse por aquel desfiladero sin término. Florinda, en cambio, estaba en su elemento. Su pequeña cara cetrina, dura, de inexpresivos ojos, tenía la misma fría inmovilidad de la sierra. No la preocupaban sino las riendas de su caballo; y su gesto era tan decidido y tan claro que la misma bestiezuela parecía comprenderlo, moviendo con pasmosa seguridad sus ágiles remos.

A las diez, comenzaron a descender hacia un cajón que desde la alto divisábase como un risueño óvalo de verdura atravesado por una barra de plata; era un riachuelo que bajaba de una falda y atravesaba la pequeña explanada, espumoso, desesperado, haciendo un infinito esfuerzo por llegar luego a un lugar donde adormirse, en el quieto silencio de un lago o en la boca insaciable de una caverna subterránea.

A media falda, el viento se calmaba. Su silbido inacabable no hería los oídos. Parecía aclararse el paisaje; y entonces el sol del mediodía, sol de verano, caía sobre las cabezas de los viajeros como una lluvia de fuego.

Nicomedes, desesperado, suplicante, clamó ahora por un poco de sombra. La muchacha lo miró sin responderle; y le indicó con un gesto el resguardo apacible del microscópico vallecito. Media hora más y cruzaron de exuberante alfombra de pasto que cruzaba como un bordado de alba espuma, el ruidoso riachuelo. Los caballos alargaban sus cuellos; y abrían voluptuosamente las ventanillas de las narices, en desesperada embriaguez.

Los desensillaron y los dejaron libres. El pequeño caballo de Florinda relinchó alegremente; y dió dos coces al aire. Nicomedes no concluía de aflojar las cinchas del avío. Tuvo que ayudarle Florinda.

Sentáronse en el pasto, al pie de un peñasco sobresaliente. Florinda sacó un trozo de pan moreno y se lo dió a su novio; luego sacó de la alforja un pollo envuelto en un diario que Nicomedes miró ávidamente.

Las dos figuras se proyectaron claramente

—Luego haremos un ulpo, dijo sin mirar.

Y comieron largo rato en silencio. De improviso, irguiendo bruscamente la cabeza, levantó la mano hacia el cielo purísimo, cuya azul indiferencia envolvía la cordillera.

—Mire, Nicomedes, un cóndor.

El mozo levantó la cabeza, aún chupando un hueso.

Un cóndor enorme, cuya cabeza rojiza alcanzaba a divisarse, bajaba pársimoniosamente hacia el valle. Sus anchas alas inmóviles, rígidas, de sombrío negror, proyectaban una sombra fantasmagórica sobre las nieves de los ventisqueros o sobre el verdor del valle impregnado de sol.

Nicomedes habíase parado y lo miraba fijamente.. Su expresión de aburrimiento había desaparecido. Arrojó lejos el hueso que chupaba; y siguió con los ojos el rápido volar del ave hasta que se perdió tras la montaña que acababan de descender.

—S'iubiera tenío mi Mauser, l'abría voltiao d'iun tiro, dijo encogiendo el hombro derecho, con un gesto de rabioso desaliento.

V

Después de medio día, volvieron a ponerse en marcha.

Como siempre, caminaban silenciosos. De vez en cuando, Florinda solía hacer una observación:

—Así como vamo, podemo alojá en el escorial de la l'auna, esta tarde.

Nicomedes la miraba sin responder; y después de largo silencio, como si de improviso se arrepintiera de su descortesía, preguntaba, procurando ser amable:

—¿Qué es escorial, Florinda?

—Una casa e pieira.

En el corazón de Nicomedes la resolución estaba tomada. La dejaría al día siguiente, con cualquier pretexto; y tomando por el cajón del Guanaco, en otro día pasaría el crucero y llegaría a algún puesto de la pampa. Le inquietaba el alimento, pero era necesario dejarlo si no quería despertar sospechas en la moza. Cruzóle varias veces por la cabeza, la idea de darle un empellón en un voladero; y librarse así de ella; pero la soledad de la sierra lo intimidaba, llenándolo de supersticioso recogimiento. El no era, tampoco, un asesino. Se complacía en evocar su pasado militar; y en su desaliento y en su fastidio, la visión de su traje de sargento, de reluciente sable y de gorra inclinada graciosamente sobre sus crespos, era como una resurrección de nobleza y de orgullo. Orgullo de su persona, de su fuerza, de su apostura: la mujer en este camino triunfal era a lo sumo algo más que el vaso de chicha o la soldada mísera del conscripto. Lo esencial era su fuerza, su belleza, el orgullo de sentirse militar, hombre audaz sin prejuicios; lo secundario, la hembra que tropezaba en su camino así como se tropieza con un billete en medio de la calle. Cuestión de buena suerte, en suma.

Esta decisión, sin embargo, lo hizo redoblar su amabilidad. La cuestión ahora, era no despertar sospechas en Florinda; y ladinamente indagar cuál era el verdadero camino de la pampa.

Y como una curiosa reacción, la muchacha comenzaba a dudar. La actitud indiferente de Nicomedes, su desdén mal disimulado, llenábanle de una punzante inquietud. Empezaba a ver claro; pero seguía adelante obstinadamente.

Las palabras sentenciosas de su madre, aparecían ahora ante sus ojos con un extraño tinte de fatalidad.

Cuidao, Florinda, los guainas son como risqueras vanas: por juera paese que n'hubiera ná, y aentro hay escondío un zorro.

Y la moza veía a este zorro, de hocico puntiagudo, asomando su cabeza para inspeccionar el camino, por debajo de la peña gris, que para todos era impenetrable ecmo el pensar de los guainas.

Caía el sol cuando llegaron a la laguna del Maule: un inmenso crepúsculo cristalino que abrazaba los picos rojizos, se adormía con aterciopelada quietud sobre la lámina plateada de la laguna, cuya sábana inmóvil, solía teñir con un punto negro, aleteante óvalo de sombra, un pato silvestre.

Florinda señaló a Nicomedes la boca de la casa de piedra.

—Allí tá l'escorial: allí mesmo alojamos con Segundo el año pasao.

Mientras desensillaban los caballos, la sombra envolvió la sierra en un manto de negrura impenetrable, y el inmenso cielo apareció espolvoreado con millones de frías partículas de nieve. En el seno de las tinieblas se dejó oir la voz del agua lenta y grandiosa, como el palpitar del corazón en las grandes estupefacciones.

Por un momento, en el interior de la cueva, encontráronse envueltos en la más profunda obscuridad. Esto los hizo acercarse instintivamente, y Nicomedes rodeó con su brazo el talle casi varonil de la serrana. En ese instante, volvieron a desaparecer los recelos en el corazón de Florinda: el aliento cercano del mozo era como un fuego devorador que consumía sus dudas, como las llamas los brazos resecos de los quillayes en roces. Y Nicomedes, al estrujarla contra su cuerpo, no mentía. La soledad, el ruido, la muda solemnidad de la montaña sombría convertían en ternura lo que antes era odio y malhumor.

No pensaron en preparar la comida. El creciente hielo de la altura, a medida que la sombra se enseñoreaba, los hacía apretarse el uno contra el otro desesperadamente. La vida triunfaba como siempre, de las miserias y pequeñeces de la bestia humana como en aquella lejana noche mitológica del Paraíso; y al unirse en un beso desesperado, ardiente, sobrehumano, no eran un hombre y una mujer sino la raza humana en cuyo abrazo de amor duerme la semilla eterna de la vida, el grito gozoso de la especie.

Poco después, la luna inundó la tierra de purísimas claridades; una hermosa luna bruñida como lavada en agua de nieve, que trocó en fantasmas amenazantes los espolones de la montaña y en regueros de fundida plata los cursos de agua que caracoleaban en sus faldas, en busca de la dormida apacibilidad de la laguna.

VI

Nicomedes, despertóse molido al quebrar los pálidos albores de la mañana. En la boca de la cueva aclarábase por momentos la gran mancha gris del amanecer; y como en el objetivo de un anteojo veíase un pedazo de montaña sin árboles, y la laguna verdinosa al pie. Quiso incorporarse en los pellejos, pero el agudo dolor de las carnes molidas lo hizo apretar los dientes de rabia.

Trataba de pensar en el terrible viaje y en lo que haría después; pero su cerebro estaba tan inerte como los músculos que ahora estiraba con grandes precauciones para no sentir las punzantes magulladuras.

Tiró lejos la manta de Castilla que cubría su cuerpo; y se puso de pie de un golpe. Apretóse la faja roja a la cintura; y entre un par de bostezos interminables, al ver a la moza que dormía profundamente, quietamente, apoyada la cabeza en los pellones de la silla de montar, recordó con súbita precisión lo que había hecho y lo que fatalmente debía hacer así como en la áspera mañana de la sierra la luz del sol inundaba las crestas nevadas y los torrentes precipitábanse rugiendo entre las sombras azulosas de las quebradas.

Avanzó con toda clase de precauciones hasta la boca de la cueva, y salió hacia afuera. Una bandada de flamencos, chillando estrepitosamente, tendió el vuelo hacia el interior de la laguna apenas su silueta apareció en la explanada.

El cornetazo estridente de una corralera, seguido de unos aletazos que concluyeron con un vuelo bajo por encima del agua, lo hizo estremecerse y mirar hacia la boca de la cueva donde la moza, sin sospechar nada, dulcemente adormecida en su amor satisfecho soñaba acaso que la espesa barba de Nicomedes Román rozaba rudamente su curtida faz de serrana.

Era preciso obrar con rapidez, antes de que la muchacha despertara. Colocó la silla al caballo, y puso las laboreadas prevenciones en el arzón de la montura. Iba a poner el pie en el estribo cuando lo asaltó un remordimiento. Hubiera querido dejar a Florinda un trozo de pan y un poco de harina, pero la duda fué momentánea. Subió al caballo y echó a andar por la orilla de la montaña. Pensaba, haciendo su gesto habitual de indiferencia:—¡Ella es baqueana y llegará luego!...

Volvía a inquietarle el porvenir, pero era una duda pequeña, y casi imperceptible: no temía persecuciones y el camino hacia adelante era sencillo, sin obstáculos. Pasada la laguna, llegaría a los guadales cuyanos, y luego la pampa y las estancias, donde el trabajo no le faltaría; ¿y Florinda? Florinda era un accidente de la jornada, el chorro de agua del camino con que se apaga la sed, el pedazo de pan que se pide por favor y apenas se agradece, el vaso de leche que se regala en todas partes en la sierra: allí quedaba durmiendo apaciblemente. Cuando despertara, se daría cuenta y volvería a la choza; a lavar la ropa, a hacer la comida, a tejer la lana hilada por la abuela; y él, a vivir, libre, solo, sin preocupaciones, sin pensamientos, quizá a pescar una cuyanita con tierras que lo sacase de la vida de vagabundo y lo hiciese patrón de un golpe. ¿Por qué no? Nicomedes Román no era cualquiera cosa. Y en el fondo de su espíritu, toda su vida aventurera, al calor de la ambición que parecía brotar de su pecho como la arrebatadora luz del sol de la mañana serrana, cobraba un prestigio desconocido y prepotente; el mismo que lo hacía clavar las espuelas al caballo y el mismo que borraba los débiles remordimientos, como el refulgente sol, los jirones de sombra refugiados en los vasos de las risqueras abruptas.

*

Florinda se dió cuenta sobre la marcha de la fuga de Nicomedes. Antes de que su busto se enderezara en los crujientes pellejos resecos había adivinado que el hombre la dejaba sola en la sierra. Casi no le tuvo odio: había, en el fondo de su naturaleza ruda, un vago aroma de agradecimiento: algo así como la gota de perfume en el fondo de la endurecida corola de las flores serranas; y sólo le causaba tristeza no sentir cerca de ella la silueta varonil del bandido, la tranquila fuerza que parecía brotar de sus anchas espaldas y de sus vigorosos brazos.

Al salir a la explanada, creyó divisar al mozo que se alejaba por la orilla de la montaña; y gritó con todas sus fuerzas,

en un arrebato consolador, desesperado; pero los gritos repetidos de cajón en cajón y de garganta en garganta desvanecíanse a intervalos en la sonora transparencia de la altura como el trueno de los torrentes en la furiosa algarabía del viento cordillerano.

Luego sintióse muy sola; humedad de lágrimas parecía subir a los ojos fríos, inexpresivos, mientras con hábil presteza ponía los pellones en el lomo de su caballo.

Al notar que las prevenciones estaban vacías, las lágrimas acudieron abundantemente a sus ojos, suaves, consoladoras, borrando incultas asperezas; y como si hablase a una persona querida, Florinda murmuró, en voz baja, en dulce confidencia:

—¡Ni siquiera me dejó un piacito e pan!

Algunos momentos después se puso en marcha. Alojó esa noche donde había almorzado el día anterior. Atravesó la sierra casi tranquila. Al aproximarse a su casa no sentía remordimientos, porque su noviazgo era como un dulce sueño al arrullo del canto de las aguas. Temía, sin embargo, que hubiese llegado su hermano. Miró hacia el pequeño potrero que verdeaba, cuajado de alfalfa, a la derecha del rancho, y no viendo ningún caballo, comprendió que su hermano estaba aún en la Argentina.

Apenas había puesto el pie en tierra, cuando la vieja apareció en la puerta del rancho; y luego sus sobrinillos y en pos de ellos el cordero, que ella encontró más grande y menos limpio.

Su madre no hizo ni siquiera un ademán de enojo. Se contentó con decir, mientras cogía las riendas del caballo:

—¿Ya llegaste, niña?

—Sí, maire, ya'stoy aquí.

Y después de un momento de silencio, mientras Florinda desensillaba febrilmente el caballejo, murmuró por lo bajo en tono sentencioso, como si, en realidad, estuviera enterada de todo:

—¿No vís? ¿No t'icía yo, que los guainas eran como risqueras vanas?

UN PROYECTIL GIGANTE

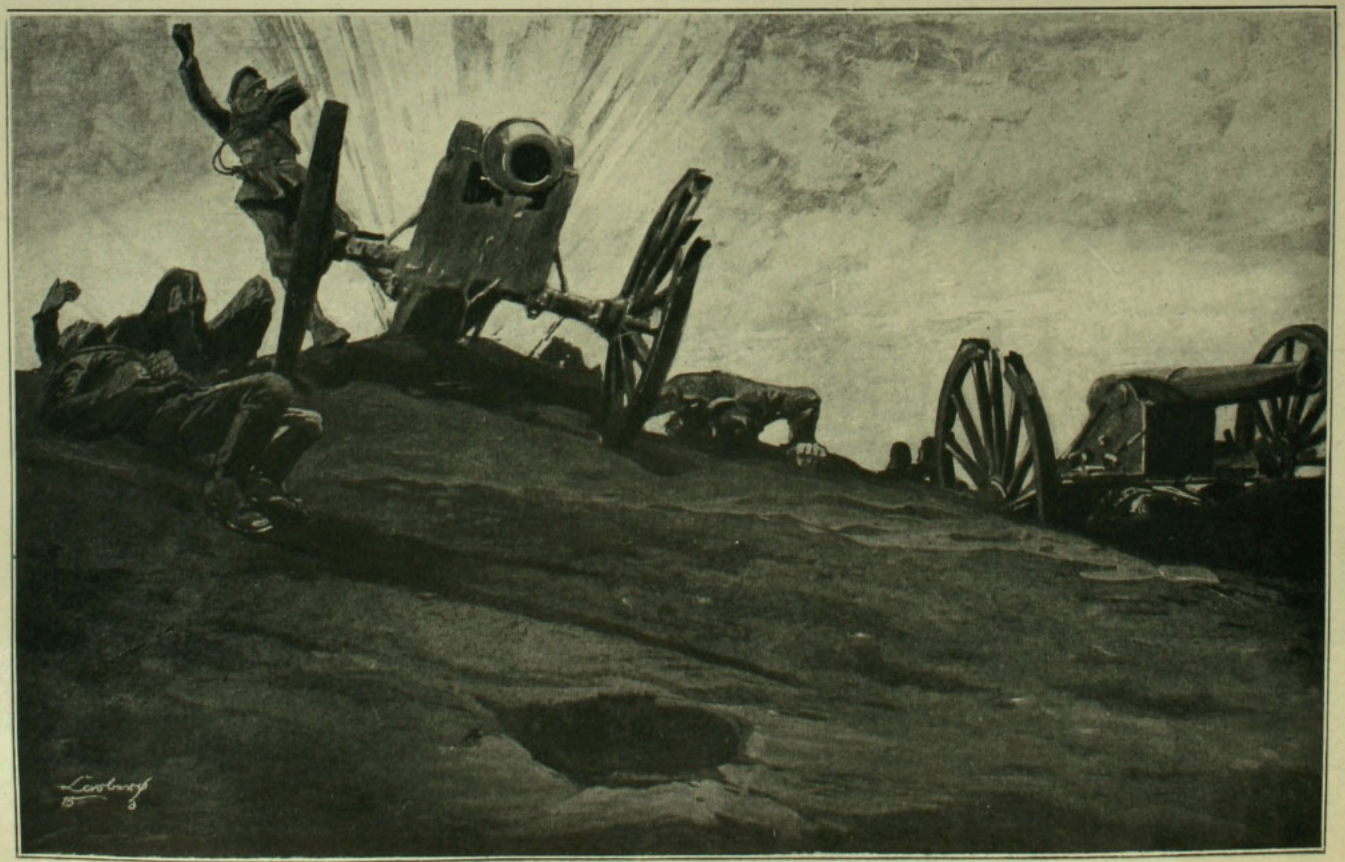
Lo que es un proyectil del famoso "42" alemán junto a las balas corrientes de los cañones franceses e ingleses. Es preciso recordar que cada bala de un "42", según la afirmación de un corresponsal, basta para destruir una fortaleza de una ciudad pequeña. El proyectil que se ve en la presente fotografía cayó en una fortaleza francesa y no estalló; actualmente se le conserva como curiosidad en los museos militares.

Crepúsculo en un campo de batalla

NOCHE DE DERROTA

El conocido dibujante Andrés Devamber ha querido interpretar en este dibujo lo que significa el horror de una derrota. Mientras los muertos yacen amontonados entre los cañones destruídos, por lo alto del camino pasan las masas de prisioneros que han sido hechos durante una retirada desastrosa.

Hace poco una revista de París ha publicado esta bella y emocionante alegoría: el soldado moribundo entrevé, como última visión, a su madre que se acerca a besarle la frente y a restañarle la sangre de sus heridas, mientras se presenta como una visión de ensueños ante sus ojos, la figura de la gloria que tiene en sus manos una rama de laurel y una bandera de la patria.



La explosión de un obús alemán en las líneas in glesas

La manera ideal de criar los niños

Por

SARA COMSTOCK

Los dos requisitos esenciales para estimular el desarrollo, bienestar de una criatura, son el aire puro y los cuidados maternales.

Alrededor de estos dos puntos primordiales giran las prescripciones que la experiencia aconseja a las madres como condiciones imprescindibles para obtener el debido desarrollo y la salud y bienestar de sus hijos.

¿Qué madre habrá sobre la faz de la tierra que mire estas cuestiones con indiferencia? ¿Acaso no la preocupan más la felicidad de sus hijos que su propia felicidad? ¿Qué estudio puede haber más interesante para una madre que el de conocer la forma más acertada de producir un hijo o una hija sana de cuerpo y de espíritu?

Un delantal bien ideado, con las esquinas sueltas para envolver al niño.

Antes de todo es necesario encontrar el local apropiado en que debe albergarse al recién nacido. Para esto conviene escoger la pieza más llena de aire y de sol que exista en el hogar doméstico. Al considerar los vientos que la azotan, es preferible que esté vuelta hacia el lado del sur. Estas primeras exigencias, para los que viven en las ciudades, pueden parecer difíciles de satisfacer; pero cualquier trabajo que se den los padres para obtener estas condiciones favorables a la salud de la criatura, se verán grandemente recompensados por el mejor estado de salud, ánimo y crecimiento del niño.

Dos reglas deben tenerse siempre presente para el amueblado de la sala de crianza:

La primera es la sencillez, y la segunda, aunque más importante que aquélla, es la limpieza más escrupulosa.

Es de imprescindible necesidad que todo lo que exista en la sala pueda sacarse al aire libre para proceder a limpiarla convenientemente con la mayor frecuencia. Todos los muebles deben ser, por consiguiente, sencillos y livianos. Los muebles lujosos y

pesados; los cuadros grandes y los espesos cortinajes deben ser eliminados en absoluto, pues su única misión consiste en recolectar polvo, en el cual los microbios se acomodan como en su propia casa.

La sencillez exige sólo el empleo de aquellos muebles que son absolutamente necesarios; y, en consecuencia, los cortinajes y las alfombras de grandes dimensiones deben excluirse de la sala de crianza. El mayor derroche que debe hacerse en la morada del pequeñuelo, es el que produce la abundancia de aire puro y el ambiente que crea el buen gusto. El piso debe ser de madera dura o cubierto con encerado y puede tenerse sobre él algunas lindas carpetas de alfombra, siempre que sean lavables. La cama de la nodriza, la cuna de la criatura, la silla en que se sienta para bañarlo, la silla de balanza en que a veces lo balancea (no debe hacerse ésto con mucha frecuencia), la cómoda en que se guarda la ropa del niño, el lavatorio y el aparato para airear su ropita, todo ésto debe estar marcado con el sello de la sencillez, que no excluye la elegancia. Los muebles de madera, pintados de blanco, son excelentes y la cama y cuna pueden ser de hierro blanco esmaltado, de bronce o de mimbre. Añádase a todo ésto un biombo de género blanco, montado en un marco del mismo color y todo el equipo de la sala será sencillo, agradable a la vista y, sobre todo, fácil de lavar constantemente.

Todas estas reglas precedentes no excluyen, por cierto, la aplicación de las tendencias artísticas naturales de la madre amorosa, pues bien pudiera ella desear la colocación de algunos cuadros para hacer desaparecer la uniformidad de las paredes desnudas de adornos, y en este caso, pueden colocarse éstos, siempre que sea fácil sacarlos con frecuencia al patio, para desprenderles el polvo que en ellos se acumula con tanta facilidad. En cuanto al color escogido para la pintura de la sala, queda ésta al arbitrio de la madre.

Hay muchas consideraciones psicológicas que exigen que la criatura se encuentre, en el período en que recibe las primeras impresiones del mundo en que empieza á vivir, rodeada del encanto que produce el buen gusto en todo lo que recibe su benéfica influencia. El *conocimiento* de lo que ve la criatura a su alrededor, lo adquiere más o menos a los seis meses de edad y desde

Cuatro objetos que deben usar los niños.

entonces los cuadros que han contemplado sus ojos hacen en él una impresión más profunda, haciéndose ésta más intensa a medida que avanza en edad, recordándolos por toda su vida. Todos nosotros recordamos distintamente los cuadros que rodearon nuestra infancia, mientras que otros paisajes que después hemos visto se pierden o se diseñan vagamente en nuestros recuerdos.

Cuidad, pues, de escoger atinadamente los alrededores que harán sobre la mente de vuestro hijo una impresión más durable.

Por medio de la sencillez se llega a la mayor limpieza. Hay otros factores además de la limpieza: el sol y el aire puro son agentes para producirla mil veces preferible a la esponja y al estropajo.

La sala de crianza ideal no tiene rincones; todos los rincones son redondeados. Esta disposición se ha adoptado por la misma razón que ha obligado a los fabricantes de artículos sanitarios a proceder en igual forma haciendo rodondeadas las orillas de las cacerolas y mamaderas, pues, gracias a este recurso los gérmenes infecciosos no tienen dónde acumularse o adherirse. Las murallas y el piso de la sala pueden estar en perfecto estado de limpieza si las orillas son redondeadas. Pero, comprendiendo que es necesario aprovechar los medios existentes, mis lectoras pensarán que millones y millones de criaturas han vivido sanas en cuartos con ángulos rectos y esta consideración las inducirá a redoblar sus esfuerzos para impedir que se amontonen los gérmenes nocivos a la salud en la sala destinada a la crianza de sus hijos.

En la época de la primera infancia las murallas del dormitorio deben ser pintadas

al óleo. No hay otra razón que la limpieza al recomendar el uso de las paredes pintadas en vez del papel pintado, pues durante las primeras semanas la criatura necesita una limpieza escrupulosa y la ventaja de la muralla pintada es la de que pueda lavarse; además, toda la obra de carpintería en la sala debe estar cubierta con una gruesa capa de pintura, para que sea fácil efectuar en ella igual operación. La ley de la limpieza exige que en la sala de crianza todo sea lavable y es necesario insistir en ello.

Hay dos elementos de sus alrededores a los cuales la criatura es especialmente sensible: la luz y el sonido. La disposición de la sala debe tener en cuenta estas dos últimas consideraciones de gran importancia para el bienestar del niño. El primero y a veces el segundo día de su vida, el infante está sordo debido a ciertas materias mucosas acumuladas en el canal auditivo, después recupera gradualmente el oído. Atendiendo a su tranquilidad, es necesario que se encuentre alejado de la parte más bulliciosa de la casa. Una criatura recién nacida percibe sonidos con tanta facilidad y duerme con sueño tan ligero, que hace posible que pague durante toda su vida las consecuencias de los desasosiegos nerviosos que haya sufrido en su primera edad. La época más difícil de la vida del niño es el primer año de su existencia y los padecimientos nerviosos en este período de su vida no son curados jamás radicalmente. Por esta razón, es necesario rodear al niño de un ambiente de paz y tranquilidad para que pueda dormir sin ser bruscamente despertado por algún ruido exterior, ni tampoco por la práctica insensata de algunas nodrizas que los despiertan palmoteándoles a su lado o gritándoles. Los neuróticos pueden atribuir a esta causa, en miles de casos, el origen de su enfermedad.

Ventana con una cuna adaptada para permitir tomar aire libre al niño sin sacarlo de la pieza.

La sala de crianza ideal debiera estar en la semi-obscuridad hasta que haya pasado la debilidad de los ojos recién abiertos. Las cortinas de género verde obscuro amortiguan la luz; debemos, sin embargo, aconsejar el empleo de una cortina ligera y de otra más espesa. El único cortinaje apropiado para la ventana es una sencilla cortina de muselina, fija en el marco, de tal manera que no obstruya el aire cuando se abra la ventana.

Con el objeto de impedir la irritación de la vista del pequeñuelo no deben emplearse

en la pintura de las murallas los colores demasiado vivos; el color más adecuado es el café amarilloso, color excelente no sólo por su aspecto sino por sus condiciones higiénicas.

La calefacción de la sala es un asunto de la mejor importancia. Como los sistemas empleados exigen mucho gasto y son difíciles de instalar, debe aceptarse la forma que esté más al alcance y cualquier sistema resulta útil si puede obtenerse con él una temperatura regular. Una criatura delicada no debe estar jamás expuesta a los caprichos de un calentador que funciona mal y el cual, con sus bruscos cambios, producirá cuando menos una bronquitis. El calor que desarrolle el aparato que se emplee debe ser regular y abundante, de acuerdo con el grado de calor que necesita la temperatura de la sala, la que debe fluctuar durante el día entre 66 y 68 grados de Fahrenheit, y 60 grados durante la noche. Esta temperatura debe mantenerse inalterable durante los primeros cuatro meses de la vida de la criatura. Transcurrido este tiempo debe acostumbrarse gradualmente al pequeño a dormir en el dormitorio con la temperatura natural. Si el tiempo es frío, se comienza dejando un poco abierto un postigo del tragaluz, ventilación preferible a cualquier otro procedimiento artificial.

Los extremos de virtud y de vicio en la calefacción se encuentran en la chimenea y en la estufa de gas. Ningún sistema es mejor que el de la chimenea que tenga buen tiraje y ninguno es más fatal que el de la calefacción a gas. Este último consume el oxígeno de la sala dejándole a la criatura sólo un poco de aire viciado.

En cuanto a los detalles del amueblado de la sala de crianza, la primero que debe preocuparnos es la cuna, pues es el único mueble de importancia primordial en las primeras semanas de su vida. La criatura debe dormitar allí con toda tranquilidad y debe dormir necesariamente a solas.

Constantemente los hombres de ciencia que han dedicado su atención a este importante estudio, nos recomiendan prestar una atención preferente al cuidado maternal de las criaturas. Estas recomendaciones nos hacen sentir que no hay en la ciencia aquella ausencia de sentimiento, aquella frialdad que algunos le atribuyen. La ciencia ha probado con datos estadísticos irrefutables que la mitad de las criaturas criadas en los asilos de huérfanos mueren el primer año de su existencia.

¿Acaso este hecho no prueba que la alta mortalidad de estos seres desventurados se debe a la falta de los cuidados solícitos que sólo una madre puede y debe prodigar?

Esas criaturas son atendidas con todos los conocimientos que han obtenido personas prácticas en la crianza de los pequeñuelos, y, a pesar de esta circunstancia, mueren a millares, pues les falta a aquellas débiles criaturas la atención maternal que sólo una determinada mujer puede otorgarles.

Y siendo este requisito el fundamento de la crianza, se nos aconseja que la madre debe acostar a su pequeñuelo de cuando en cuando en su propio lecho, con mutuo beneficio para ambos. Pero estas observaciones no excluyen la práctica constante que debe observarse en cuanto a reservarle al pequeñuelo su cama separada. Sólo en raros casos debe practicarse la costumbre a que antes he aludido, y en el resto del tiempo debe permanecer en la tranquilidad más absoluta que le proporciona la soledad.

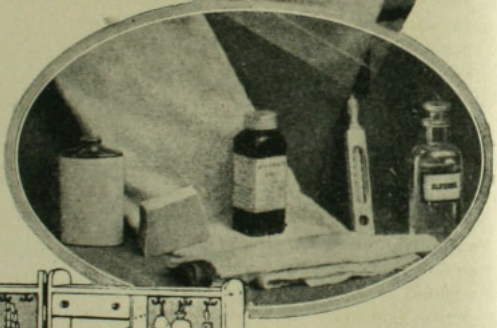
La cuna debe también ser lavada; el colchón debe ser de crines y tener para cubrirlo un pañete impermeable y antiséptico; una almohada, sábanas de crea y frazadas de lana. La cuna más conveniente es la de sistema norte-americano, que pasa sobre la cama de la madre y puede empujarse de un lado para otro.

Sigue en importancia el estante o mueble que se emplee para guardar los útiles de tocador de la criatura. En las mueblerías se expenden toda clase de modelos irrisorios, muebles que no deben comprarse por ningún precio. No hay nada mejor que una mesita pintada de blanco, que pueda moverse con toda facilidad y un estante o consola en un rincón para guardar los útiles que pueden necesitarse.

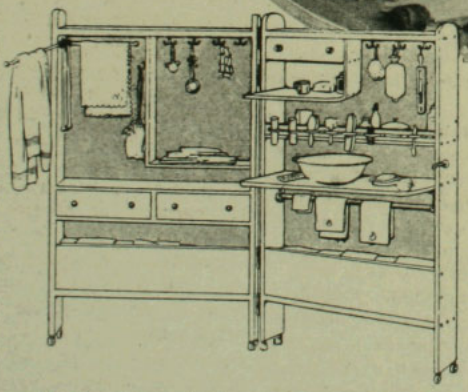
En los cursos de puericultura que existen en las Universidades extranjeras se enseña a la madre cada detalle acerca de la mejor manera de emplear los útiles de tocador que necesita la criatura; su uso y las razones que hay para emplearlos, desde el punto de vista higiénico. Por ejemplo, se advierte que debe emplearse el jabón más puro, preferible es la mejor clase de jabón de Castilla, pues la piel de la criatura es extremadamente sensible. Debe tener la no-

Aparato secador muy práctico que se cierra como quitasol

driza, al alcance de su mano, un frasco de solución de ácido bórico, cuyo empleo es, a veces, de gran urgencia y de mucha utilidad. Se emplea el ácido bórico para evitar las ligeras inflamaciones de la vista y de otros órganos. Además, debe tener a su disposición, una provisión abundante de algodón absorbente. En caso de irritación de la vista, se sumerge el algodón en la solución ya mencionada, y se oprime el algodón para que las gotas caigan en el ojo irritado, manteniendo al pequeñuelo en una posición adecuada para que el agua salga por el extremo exterior del ojo, con el propósito de impedir una posible infección de su gemelo. Debe tenerse en vaso separado para echar en él la solución cada vez que necesite emplearse; de tal manera, que nunca haya necesidad de sumergir el algodón directamente en el frasco que lo contiene. Los restos de solución que sobren, así como también los pedazos de algodón usados, deben arrojarse lejos una vez terminada la operación.



Para el baño del niño: Polvos de talco, jabón puro de Castilla, termómetro, alcohol y toallas suaves.



Mueble para el tocador de la guagua que se puede hacer en casa

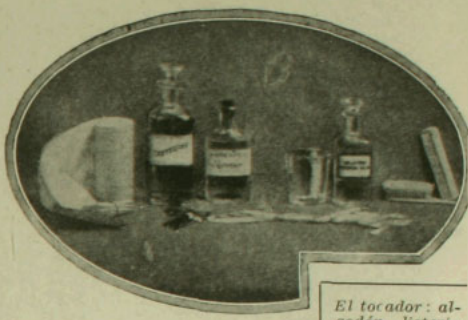
Conviene tener un surtido de mondadientes de madera o palillos de cualquiera otra especie. Un poco de algodón desinfectado envuelto en la punta de uno de estos palillos, sir-

ve admirablemente para limpiar las ventanillas de la diminuta nariz del pequeñuelo. Jamás debe hacerse ésto en los oídos; esta práctica es verdaderamente salvaje. Si es necesario limpiarle la boca, envuelva un pedazo de algodón en el dedo meñique, sumérjalo en agua pura y lávele las encías con mucho cuidado; pero ésto debe hacerse solamente si se observa que los restos de alimento se adhieren allí. Hay una marcada tendencia a suprimir el lavado frecuente de la boca, que antes se recomendaba como necesario; pues se ha observado que el peligro de infestar la boca es muy grande. Al señalar algunas de las causas que han producido la muerte de incontables criaturas, el Dr. Abraham Jacobi la atribuye "a la operación impropia de lavarles la boca".

Los polvos de talco, sin perfume, deben usarse con frecuencia para impedir las irritaciones de la piel y no debe olvidarse, asimismo, de tener una caja de vaselina que urge emplear en el caso de que la irritación se extienda y cause al pequeñuelo un vivo dolor. La vaselina líquida se emplea con éxito untándole las ventanillas de la nariz en caso de resfrío o catarro y el uso de la listerine es excelente si se le ha rasguñado la piel con algún alfiler, en algún descuido comprensible. Y como no podemos dejar de usar alfileres de gancho, que son los únicos que deben usarse, es conveniente tener un buen surtido de ellos al alcance de la mano.

Para peinarlo debe emplearse una escobillita de pelo muy suave y una peineta muy blanda.

En cuanto al baño cuotidiano, que es la operación más emocionante y de la mayor importancia en el diario cuidado de la criatura, debe tenerse a la disposición una instalación completa combinada con el conocimiento apropiado de la manera más higiénica de bañar una criatura haciendo de esta operación una tarea agradable y saludable a la vez. El baño puede ser estimulante, si se efectúa en la mañana o confortante si se practica al anochecer. El baño de las criaturas es complejo e incluye varias formas diversas que tienden ya a limpiar, estimular o tranquilizar los nervios del pequeñuelo. La temperatura, las condiciones de salud, la forma en que debe sostenerse a la criatura y diversos otros detalles deben ser estudiados y comprendidos en su justo valor.



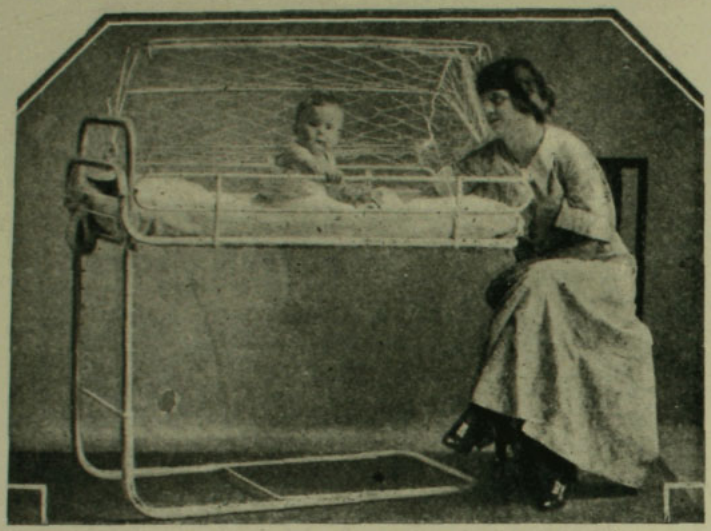
El tocador: algodón, listerina, vaselina líquida, etc.

Como un detalle indispensable en el tocador de la criatura, es necesario tener una botella de alcohol siempre lista para añadir un estímulo al baño refrescante de la mañana, si el doctor de la familia lo juzga necesario. Un poco de alcohol añadido al agua sirve de excelente tónico para sus nervios.

Otro detalle importante del ajuar de la sala de crianza moderna, lo constituye la balanza. Las mejores clases cuestan alrededor de cien pesos y tienen una plataforma doble y un espacio para colocar el pequeñuelo; esta clase es especialmente recomendable a causa de su precisión. Existen también otras formas que valen menos de la tercera parte de aquéllas y que tienen una pieza de metal esmaltada de blanco con un canasto de mimbre para acostar en él al pequeño.

Un cuadro explicativo de los pesos debe acompañar al empleo de la balanza. En una hoja de papel se pueden marcar todos los detalles o comprar un cuadro comparativo del peso de las criaturas, desde su nacimiento, marcando la pérdida del peso durante los primeros días y en seguida aumentando a medida que sea mayor el crecimiento. Hay un cuadro de esta especie calculado de acuerdo con 10,000 observaciones diversas practicadas por el Dr. L. Emmet Holt, y tiene marcados en el respaldo reseñas útiles acerca de la dieta y de la dentición de las criaturas.

Una señal demuestra cuál debe ser el peso de su criatura día por día y no se crea que este detalle es de poca importancia. No importa tanto el peso de la criatura como el aumento progresivo de él; y aún esta circunstancia es, a veces, engañadora, pues hay



La cuna movible en todos sentidos

ciertos alimentos que provocan excesos de gordura y un consiguiente aumento de peso, que al fin de cuentas resulta fatal.

Es necesario anotar en una libreta un detalle del alimento, crecimiento y anormalidades que llamen la atención. Estos detalles son preciosos para el médico en caso de enfermedad. Tiene el médico, gracias a estos apuntes, un guía que le indica cuál es el mejor camino que debe seguir para la curación de la dolencia. Bajo el título de "Alimentación" deben marcarse a intervalos los detalles del tiempo en que dejó de mamar, los alimentos artificiales que se le proporcionaron, las fechas en que le fueron dados, los cambios de alimentación y las razones que aconsejaron tales cambios, así como también cualquier síntoma notado que guarde relación con la alimentación, tales como "la constipación" o "flatulencia".

Bajo el rubro de "Crecimiento", su libro debe señalar el largo de la criatura al nacer, el primer día en que enderezó la cabeza y en que manifestó deseos de tomar algún objeto y así sucesivamente. No se crea que estos detalles tienen sólo un valor sentimental. Su médico obtendrá en todos estos apuntes informaciones utilísimas, que le suministrarán detalles acerca de la debilidad muscular y defectuosa constitución mental que pudiera sufrir la criatura.

Las "anormalidades" constituyen una expresión terrible y dolorosa. Pero es necesario tener valor y tratar de vencerlas: Debe anotarlas, al darse cuenta de ellas, incluyendo una reseña de las enfermedades que hayan aquejado al pequeñuelo; indicando las fechas, los síntomas y los remedios caseros que se le hayan proporcionado.

Es necesario considerar siempre que el modo más acertado de criar una criatura está en el término medio entre el descuido y el cuidado excesivo y pensando en ésto recomendamos a las madres sacar al pequeñuelo a otra sala para ser contemplado por las visitas, en vez de recibirlas en la sala de crianza, que está destinada a su uso exclusivo y al de su nodriza. En cuanto a los juguetes, ellos también deben ser lavados diariamente y deben estar amarrados a la cuna para impedir que caigan al suelo. Bien sabemos que todo lo que el pequeño toma en sus manos lo mete prontamente en la boca.

Los juguetes de celuloide o de goma son lavables y deben emplearse en la época en que la criatura tiene la costumbre de acercarlos a sus labios. Los cascabeles no deben usarse, ni tampoco los ornamentos que se le añaden porque muchas veces acontece que el niño se los traga. Es necesario, además, observar que muchos de los jugue-

tes que se proporcionan a las criaturas no sirven más que para deformarles la boca o hacerles contraer enfermedades bucales. Usados con exceso, para tranquilizar a las criaturas, no hacen más que irritarles los nervios y en vez de pasarles juguetes debe procurarse indagar la verdadera causa que los hace llorar.

Aunque el coche no forma parte del ajuar de la sala de crianza, puede emplearse en ella cuando el tiempo está muy frío o lluvioso. No deben usarse aquellos carruajitos en los cuales la criatura está a poca altura del suelo, pues llega fácilmente a su boca y nariz el polvo cargado de microbios que se levanta con suma facilidad. Mientras más sencillo sea el cochecito, más fácil será practicar a menudo la limpieza en él. Debe tener un toldo que le dé la sombra necesaria para que al recibir el sol o la luz muy viva no se resienta su vista tan delicada. Cuando haya pasado los seis meses de edad, puede introducirse el empleo de un asiento, dejando ya de ser un lecho colocado sobre cuatro ruedas.

La práctica constante de estas reglas permitirá a la madre prevenir incontables enfermedades y su vigilancia atenta y cariñosa le evitará dolores y ansiedades innumerables.

Un hermoso obsequio

Acuarelas de don Pedro Subercaseaux encargadas por la Comisión de Testigos para los álbums obsequiados a los Cancilleres de Argentina y Brasil.

En la primera acuarela aparecen las tres repúblicas en consejo de fraternidad

bajo el fecundo olivo de la Paz. En la segunda avanzan los tres corceles que llevan los tres heraldos indo-latinos, guiados por la fecunda sombra de la Paz.

Es el trabajo del señor Subercaseaux una bella página de este sereno instante de la historia americana.

⚜ ⚜

EL CUERVO

Por

EDGARD POE

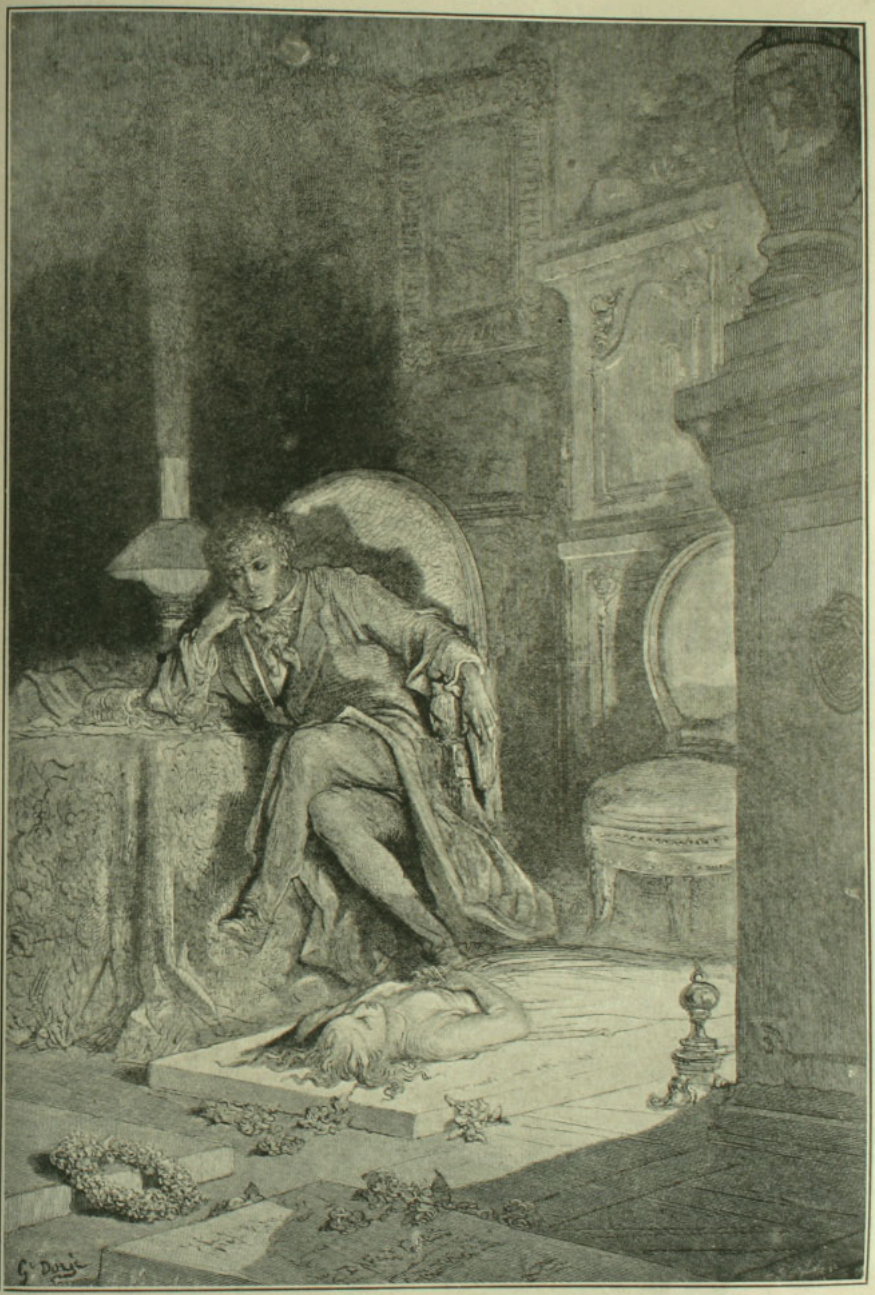
Traducido al español por A. Pérez Bonalde

Ilustraciones de Gustavo Doré

¿Quién no ha leído más de una página del sombrío y emocionante Edgard Poe? ¿Quién no conoce sus cuentos de pesadillas y sus historietas inverosímiles? En Estados Unidos, en Francia, Rusia, Inglaterra e Italia es tal vez el autor de las "Historias Extraordinarias" uno de los más leídos: sus libros tienen ediciones copiosísimas y sus cuentos y poemas gozan de ese privilegio de eternidad que hace que todas las páginas de un gran autor se renueven incesantemente en los gustos de las generaciones. Poe es de esos escritores, que como Víctor Hugo y Walter Scott, gustan cada día más porque nunca envejecen y porque siempre son jóvenes para todos los lectores. Sin embargo, en nuestra América los poemas del gran lírico son apenas conocidos por aquellos cuyos nombres se podrían retener fácilmente en los dedos de la mano. Sus mejores poemas como *El Cuervo*, *Las Campanas*, *Anabel Lee* y *Ulalume*, gozan del privilegio de la popularidad tal vez porque no se prestan para ser traducidos y siguen siendo en su lengua originaria cofres cerrados para los que la poseen. Sin embargo, para dicha nuestra, un buen poeta colombiano, Pérez Bonalde, se dió la tarea de verter al español *El Cuervo*, y aunque no realizó una obra perfecta consiguió realizar un hermoso y delicado trabajo en su versión española.

El Cuervo fué premiado hace poco en Estados Unidos por un sufragio de más de seis millones de votos, como el poema más perfecto que haya jamás escrito un poeta.

Le damos a continuación con las inmortales ilustraciones de Gustavo Doré como una primicia de arte puro a nuestros lectores.


G. Doré

EL CUERVO

I

Una fosca media noche, cuando en tristes reflexiones,
Sobre más de un raro infolio de olvidados cronicones
Inclinaba soñoliento la cabeza, de repente
A mi puerta oí llamar;
Como si alguien suavemente se pusiese, con incierta
Mano tímida a tocar;
"¡Es, me dije, una visita que llamando está a mi puerta:
Eso es todo, y nada más!"

II

¡Ah, bien claro lo recuerdo! Era el crudo mes del hielo,
Y su espectro cada brasa moribunda enviaba al suelo.
¡Cuán ansioso el nuevo día deseaba, en la lectura
Procurando en vano hallar
Tregua a la honda desventura de la muerta Leonora,
La radiante, la sin par
Virgen rara a quien Leonora los querubes llaman, ora
Ya sin nombre... nunca más!

III

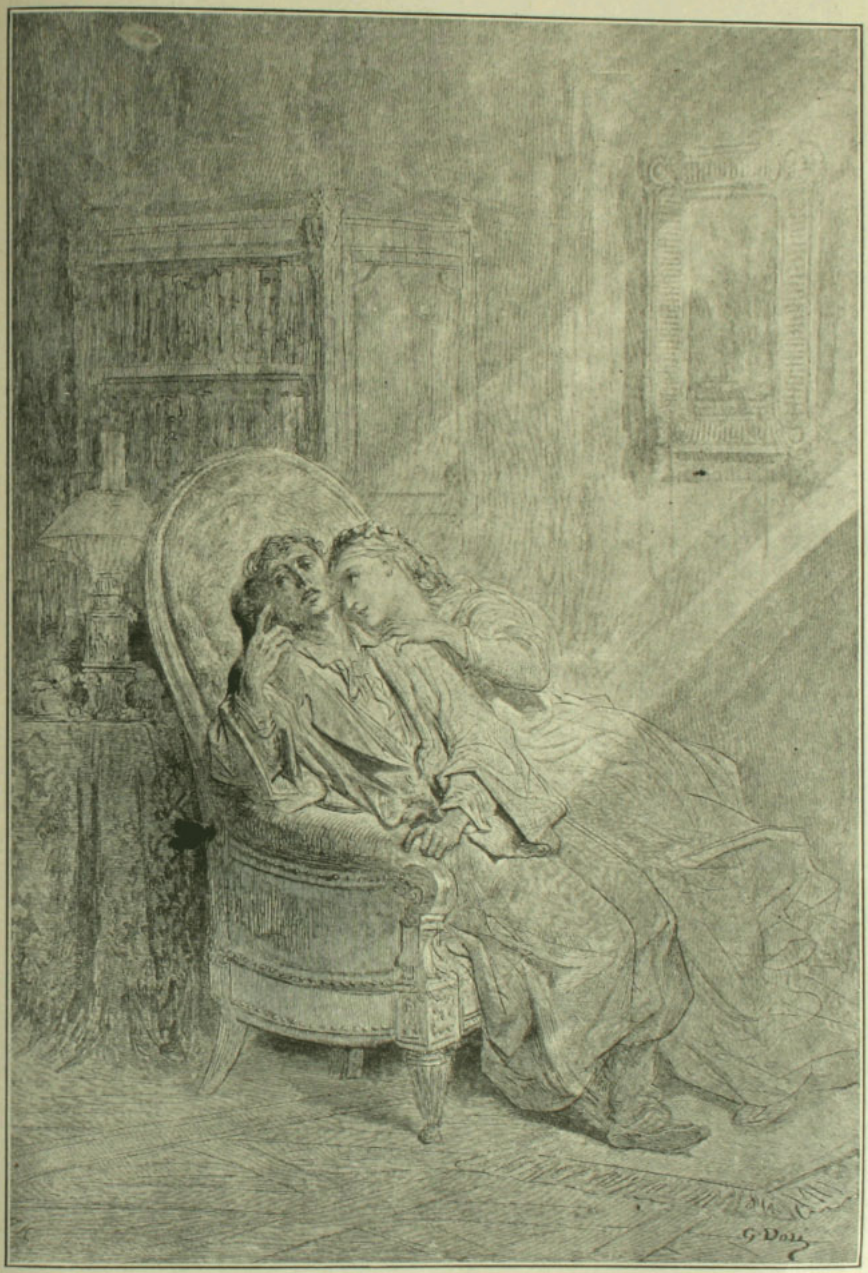
Y el crujido triste, incierto, de las rojas colgaduras
Me aterraba, me llenaba de fantásticas pavuras,
De tal modo que, el latido de mi pecho palpitante
Procurando dominar,
"Es, sin duda, un visitante, repetía con instancia,
Que a mi alcoba quiere entrar:
Un tardío visitante a las puertas de mi estancia...
Eso es todo, y nada más!"

IV

Poco a poco, fuerza y bríos fué mi espíritu cobrando:
"Caballero, dije, o dama: mil perdones os demando;
Mas, el caso es que dormía, y con tanta gentileza
Me vinisteis a llamar,
Y con tal delicadeza y tan tímida constancia
Os pusisteis a tocar,
Que no oís" dije; y las puertas abrí al punto de mi estancia:
¡Sombras sólo y... nada más!

V

Mudo, trémulo, en la sombra, por mirar haciendo empeños,
Quedé allí, cual antes nadie los soñó, forjando sueños;
Más profundo era el silencio, y la calma no acusaba
Ruido alguno... resonar.
Sólo un nombre se escuchaba que en voz baja a aquella hora
Yo me puse a murmurar,
Y que el eco repetía como un soplo: Leonora!...
¡Esto apenas, nada más!


G. Doré

VI

A mi alcoba retornando con el alma en turbulencia,
Pronto oí llamar de nuevo, esta vèz con más violencia:
"De seguro, dije, es algo que se pasa en mi persiana;
Pues, veamos de encontrar
La razón abierta y llana de este caso raro y serio,
Y el enigma averiguar:
Corazón! calma un instante, y aclaremos el misterio...
Es el viento, y nada más!

VII

La ventana abrí, y con rítmico aleteo y garbo extraño
Entró un cuervo majestuoso de la sacra edad de antaño,
Sin pararse ni un instante ni señales dar de susto,
Con aspecto señorial,
Fué a posarse sobre un busto de Minerva que ornamenta
De mi puerta el cabezal;
Sobre el busto que de Palas la figura representa
Fué y posóse, y nada más!

VIII

Trocó entonce el negro pájaro en sonrisa mi tristeza,
Con su grave, torva y seria, decorosa gentileza;
Y le dije: "Aunque la cresta calva llevas, de seguro
No eres Cuervo nocturnal,
Viejo, infausto Cuervo obscuro vagabundo en la tiniebla...
Dime, ¿cuál tu nombre, cual
En el reino plutoniano de la noche y de la niebla?".
Dijo el Cuervo: "Nunca más!"

G. Doré

IX

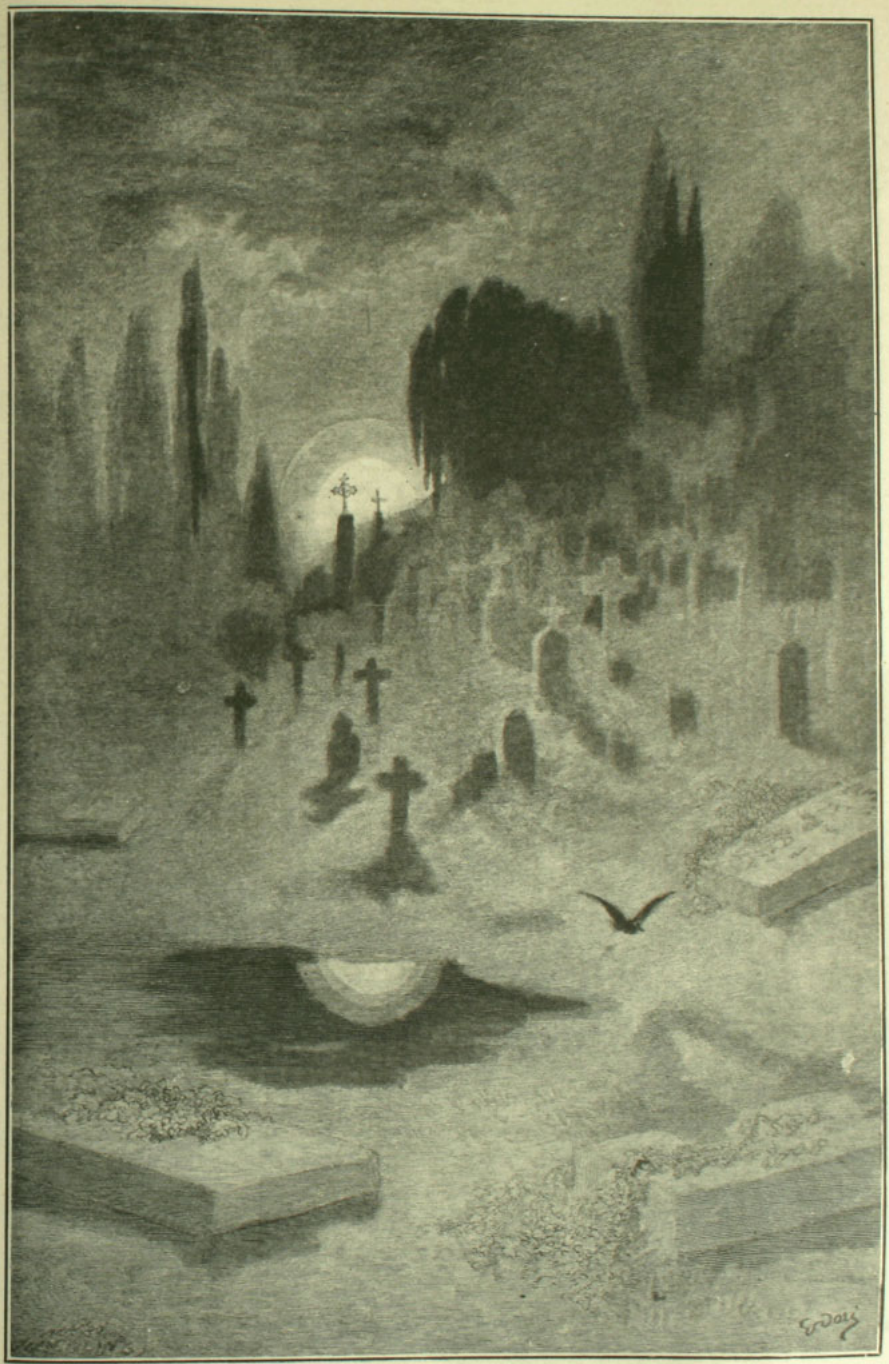
Asombrado quedé oyendo así hablar al avechucho,
Si bien su árida respuesta no expresaba poco o mucho,
Pues preciso es convengamos en que nunca hubo criatura
Que lograse contemplar
Ave alguna en la moldura de su puerta encaramada,
Ave o bruto reposar
Sobre efigie en la cornisa de su puerta, cincelada,
Con tal nombre: "Nunca más!"

X

Mas el Cuervo, fijo, inmóvil, en la grave efigie aquella,
Sólo dijo esa palabra, cual si su alma fuese en ella
Vinculada: ni una pluma sacudía, ni un acento
Se le oía pronunciar...
Dije entonces al momento: "Ya otros antes se han marchado"
Y la aurora al despuntar,
El también se irá volando cual mis Sueños han volado"
Dijo el Cuervo: "Nunca más!"

XI

Por repuesta tan abrupta como justa, sorprendido,
"No hay duda alguna, dije, lo que dice es aprendido;
Aprendido de algún amo desdichado a quien la suerte
Persiguiera sin cesar,
Persiguiera hasta la muerte, hasta el punto de, en su duelo,
Sus canciones terminar
Y el clamor de su esperanza con el triste ritornelo
De "Jamás, y nunca más."



XII

Mas el Cuervo provocando mi alma triste a la sonrisa,
Mi sillón rodé hasta el frente de ave y busto y de cornisa;
Luego hundiéndome en la seda, fantasía y fantasía
Dime entonces a juntar,
Por saber que pretendía aquel pájaro ominoso
De un pasado inmemorial,
Aquel hosco, torbo, infausto, Cuervo lúgubre y odioso
Al graznar "Nunca jamás."

XIII

Quedé aquesto investigando frente al Cuervo, en honda calma
Cuyos ojos encendidos me abrasaban pecho y alma;
Esto y más, sobre cojines reclinado, con anhelo
Me empeñaba en descifrar,
Sobre el rojo terciopelo do imprimía viva huella
Luminosa mi fanal,
Terciopelo cuya púrpura ¡ay! jamás volverá *ella*
A oprimir ¡ah, nunca más!

XIV

Parecióme el aire, entonces, por incógnito incensario
Que un querube columpiase de mi alcoba en el santuario,
Perfumado. "¡Miserable sér! me dije, Dios te ha oído,
Y por medio angelical,
Tregua, tregua y el olvido del recuerdo de Leonora
Te ha venido hoy a brindar:
Bebe! bebe ese nepente, y así todo olvida ahora!"
Dijo el Cuervo: "¡Nunca más!"

G. Doré

XV

"Oh Profeta! dije, oh, duende, más profeta al fin, ya seas
Ave o diablo, ya te envíe la tormenta, ya te veas
Por los ábregos barrido a esta playa, desolado
Pero intrépido, a este hogar
Por los males devastado; dime, te lo imploro;
¿Llegaré jamás a hallar
Algún bálsamo o consuelo para el mal que triste lloro?
Dijo el Cuervo: "Nunca más!"

XVI

"Oh, Profeta! dije, oh diablo! Por ese ancho, combo velo
De zafir que nos cobija, por el sumo Dios del cielo
A quien ambos adoramos, dile a esta alma dolorida,
Presa infausta del pesar,
Si jamás en otra vida la doncella arrobadora
A mi seno he de estrechar,
La alma virgen a quien llaman los arcángeles Leonora!"...
Dijo el Cuervo: "¡Nunca más!"

XVII

Esa voz, oh Cuervo, sea la señal de la partida,
Grité alzándome: retorna, vuelve a tu hórrida guarida,
La plutónica ribera de la noche y de la bruma!...
De tu horrenda falsedad
En memoria, ni una pluma dejes negra! ¡El busto deja!
¡Deja en paz mi soledad!
Quita el pico de mi pecho! De mi umbral tu forma aleja!"...
Dijo el Cuervo: "¡Nunca más!"

XVIII

Y aún el Cuervo inmóvil, fijo, sigue fijo en la escultura,
Sobre el busto que ornamenta de mi puerta la moldura...
Y sus ojos son los ojos de un demonio que, durmiendo,
Las visiones ve del mal;
Y la luz sobre él cayendo, sobre el suelo arroja trunca
Su ancha sombra funeral;
Y mi alma de esa sombra que en el suelo flota... nunca
Se alzará... ¡nunca jamás!

Al margen del Pangermanismo

Por L. P.

La revista "Zig-Zag" ha abierto un concurso en que se premiará al autor del mapa de Europa que más se aproxime o que coincida con la configuración política del Viejo Mundo después de la guerra.

Esta idea de "Zig-Zag" corresponde a una justa curiosidad mundial: la de saber cómo quedará constituído el continente europeo una vez firmada la paz: qué naciones subsistirán; cómo se modificarán sus límites y con ellos las relaciones de unos pueblos para con los otros.

Y consecuencia o componente de esa curiosidad es el anhelo de saber si, concluída la guerra, aquellos pueblos quedarán libres o dependientes de una hegemonía como ha pasado en otras épocas.

La historia del mundo, principalmente cuando el "mundo" se limitaba a las regiones dominadas por las razas arias, en el oeste del Asia, el norte de Africa y el sur de Europa, en torno del Mediterráneo, no es sino una sucesión de tentativas de un pueblo, conducido por un hombre de genio, para extender sus dominios hasta los confines del universo. Egipcios, Medas, Persas, sucesivamente, han emprendido la conquista del mundo, y Alejandro de Macedonia estuvo a punto de realizarla. Las grandes guerras fueron promovidas por rivalidades de un pueblo a pueblo, que envolvían el deseo del dominio universal. De esto, el ejemplo más notable, y quizá el más parecido a la presente situación de Europa (guardando, por supuesto, las debidas proporciones), fué el de las rivalidades de Roma y Cartago, que provocaron dos grandes guerras, terminando sólo con la destrucción de la próspera metrópoli del norte de Africa, y origen más tarde del poder de Roma, que alcanzó su punto culminante en tiempo de Julio César.

El mismo fenómeno viene observándose después. Caída Roma, Carlomagno hizo la siguiente vana tentativa. Las invasiones turco-árabes no fueron otra cosa que luchas por el dominio del mundo; que después emprendieron sucesivamente España, en el siglo de las conquistas, y luego Francia e Inglaterra.

La Independencia de América, el resurgimiento del Japón y China, han modificado las circunstancias, ensanchando demasiado el mundo civilizado.

Hoy día es ya obra mucho más difícil la de dominar el mundo, y si siglos atrás a Carlos V no le fué posible hacer efectivo aquello de que en sus dominios no se ponía el sol, en tiempos modernos el gran Napoleón apenas si pudo sojuzgar la Europa.

Pero sólo han sido países poderosos guiados por grandes hombres los que se han lanzado a la conquista del mundo. La aspiración del dominio universal supone un aliento inquebrantable y recursos sin cuento. La Alemania de hoy con el Kaiser a la cabeza, repite la eterna tentativa. La antigua Germania, llegada a un grado sumo de poder y de riqueza, quiere reconstruir el Imperio Romano y ampliándolo hasta América y el Japón. Durante siglos la patria de Federico el Grande no pudo tomar la delantera en el movimiento internacional debido a disenciones interiores, que las diplomacias inglesa y francesa se encargaban de fomentar. Bismarck tenía mucha razón cuando en 1870 declaraba que estaba combatiendo a la Francia de Luis XIV. La diplomacia francesa, desde el tiempo de los Valois hasta Napoleón III, había sido el enemigo acérrimo de la unidad alemana. Realizada ésta, ha bastado medio siglo para que Alemania, fuerte y valerosa, con el orgullo que da la conciencia de un poder latente, formidable y sano, resucite las aspiraciones de dominio universal.

Es verdad que no se puede pensar en el dominio del mundo, por las razones antes expresadas; pero sí en una hegemonía sobria y fecunda en bienes para las naciones

despedazadas por las pasiones de sus hijos. La supremacía de lo alemán en el orbe, es una doctrina y la justa aspiración de los alemanes todos, porque lo pueden y porque lo quieren.

Es o aparece en su literatura, en su filosofía, en su industria, en su arte, hasta en la vida ordinaria. La aspiración nacional de un pueblo robusto y sano, es indudablemente una fuerza formidable en la marcha de la civilización. ¿Tendrá el mundo que sucumbir ante ella? ¿Deberá ella perecer?

El triunfo del ideal germánico restablecería el Imperio de Alejandro o el de Julio César. La victoria alemana, tal como Alemania la entiende, pondría a Europa bajo el dominio de una sola potencia formidable, tanto menos resistible cuanto que la derrota habría aniquilado a sus oponentes.

Ante un poder de esa naturaleza, tendrían que venir a estrellarse doctrinas perniciosas y los individuos estarían más seguros de no ser arrastrados en los estallidos de las ambiciones, que tantos dolores han creado a la humanidad.

Por el contrario, la derrota de la aspiración germánica, no podría de ninguna manera determinar una hegemonía incontestable en Europa. La victoria no sería aisladamente de Inglaterra, cuya fuerza militar seguiría siendo desproporcionadamente inferior; ni de Francia, colocada numéricamente en posición desventajosa; ni de Rusia, que no ha alcanzado una organización social y política suficiente para tomar la delantera en la marcha de los pueblos civilizados.

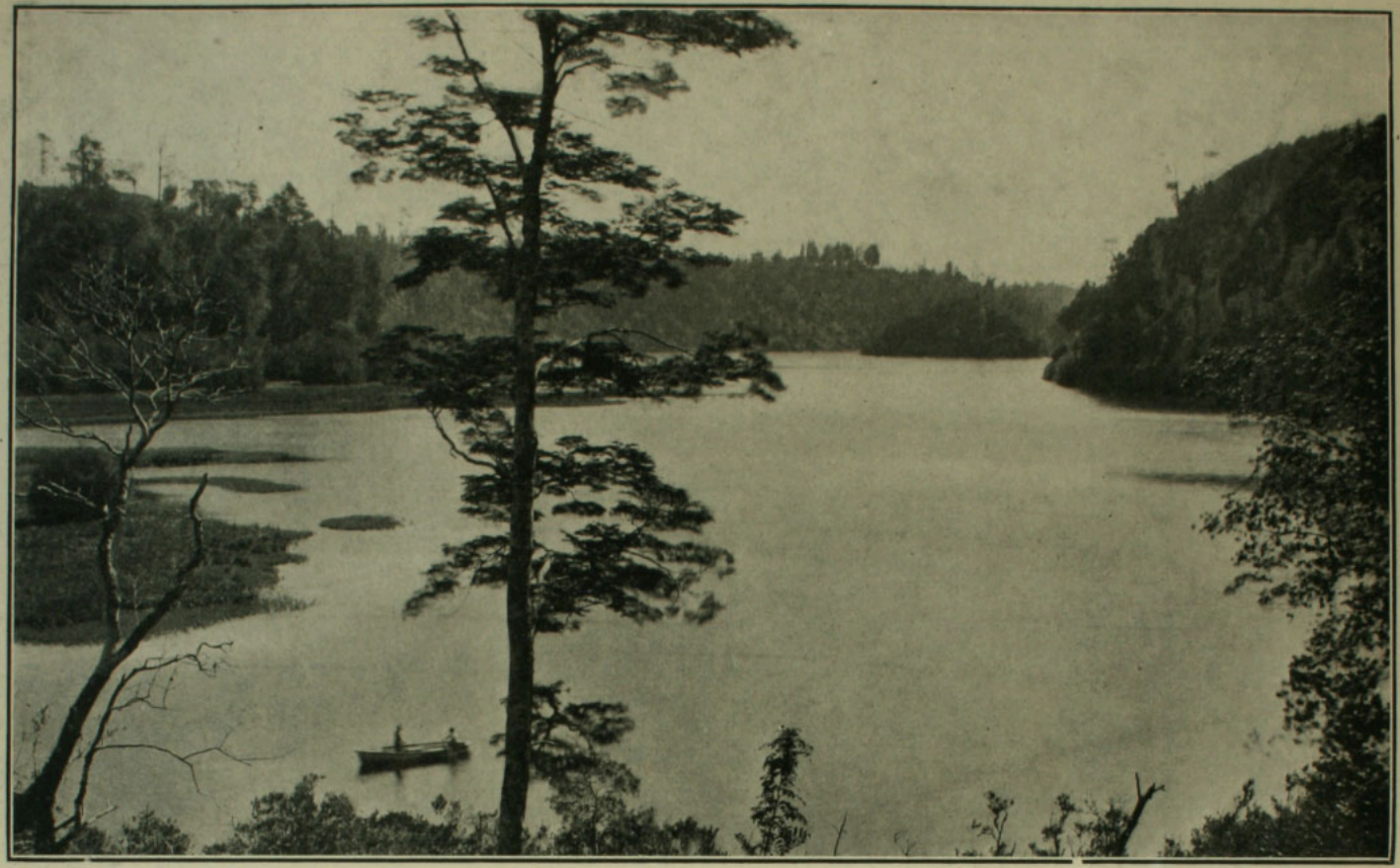
La derrota de Alemania tendería, pues, a un resultado contrario: a equilibrar mejor el poder de las naciones; no habría un poder dominante en Europa. A expensas de los países germánicos y de Turquía, que con ellos ha atado su destino final, países pequeños hasta hoy recluídos en el extremo oriental del Mediterráneo, aumentarían de importancia y las naciones aliadas (excepto Inglaterra, que ninguna ventaja territorial puede recibir en el continente europeo), se harían más fuertes.

Este equilibrio entre las naciones europeas, ¿sería un bien o un mal? El creerse cada pueblo equiparado a su vecino, ¿sería prenda de paz o causa de guerras sin fin? No podríamos avanzarnos a afirmar ni a negar nada en este sentido.

¿Cuál solución, pues, sería más beneficiosa para la civilización? ¿Qué le convendría más al universo? ¿La victoria y la hegemonía alemana o la victoria y el equilibrio de los aliados?

El Kaiser, hombre de fe y de acción, se cree llamado a guiar y dirigir. Para los alemanes los pueblos de la tierra necesitan de un superpueblo, que infunda por doquiera las luces de su intelecto, las obras de su industria, su energía misma. Si las grandes conquistas; si los grandes imperios, los de Jerjes, Alejandro, Julio César, Carlos V, fueron eminentemente civilizadores, ¿por qué la humanidad no habría de ganar colocándose bajo el dominio, directo o indirecto de un Kaiser, sostenido por un pueblo superiormente organizado? Los aliados, y con ellos creemos que la mayoría de los pueblos de la tierra, han perdido la fe en los superhombres cuando la superioridad se manifiesta en la conquista, el dominio militar, la hegemonía política. Los aliados creen que el mundo marchará mejor si el número de los pueblos que pueden atenderse a sí mismos y vivir su propia vida, es cada vez más grande.

¿Quién tendrá razón?



LA POZA (Lago Llanquihue).

PAISAJE EN EL LAGO TODOS LOS SANTOS, CERRO PUNTIAGUDO CON CASA DEL SR. ROTH.

LAGO TODOS LOS SANTOS,
CERRO TRONADOR.

PAISAJE DEL LAGO TODOS LOS SANTOS, DESDE RIO BLANCO.

El sport en la nieve

Invernando en las cumbres de los Alpes

Por

W. W. LOWE

Ilustraciones fotográficas (Traducido para "Pacífico Magazine".

¡Cuántos encantos encierra la Suiza aún durante el invierno! Todos los que habitan en otros países miran la estación fría y rigurosa como una temporada desagradable en extremo, en la cual sólo puede usarse trajes abrigados, paraguas e impermeables para defenderse de las inclemencias del tiempo; época de nieblas, de barro y de fríos insoportables. ¡Cuán diferente es la manera de apreciar el invierno en las hermosas montañas de la Suiza! ¡Qué de revelaciones para el hombre que en su primer viaje a este país encantador, olvida las inclemencias del clima riguroso de su país y se transporta a a esta tierra privilegiada por la naturaleza y contempla el fantástico panorama cubierto de nívea blancura, bajo el cielo profundamente azul, que no se ve empañado por una sola nube! El viajero que pocas horas antes tiritaba de frío bajo el peso de su sobretodo de pieles en Londres o París se calentará al sol al día siguiente sin paletó y sin sombrero, a una altura sobre el nivel del mar no inferior a cinco mil pies. Aunque el termómetro registra algunos grados bajo cero, el aire tan seco que no deja sentir el frío de la atmósfera. Las condiciones climatéricas, son de tal especie, que permiten a los que se dedican al sport en estas elevadas regiones a pasar muchos días felices en medio de un calor radiante. No hay lugares privilegiados en los Alpes, que puedan considerarse preferibles a los demás; la experiencia que ha tenido el autor, le permite

asegurar que cada sitio de recreo sólo tiene alguna ligera particularidad de preferencia. Un sitio puede dar más facilidades para el patinaje, otro para el *toboggan*, otro para el ejercicio con el *ski;* el de más allá tiene una hora más de sol; pero no hay en ningún paraje monopolio absoluto en el dominio del panorama o del aire tonificante y puro. Las atracciones sociales no son mayores en un sitio que en otro, pues adonde quiera que vaya el viajero, se encontrará con espléndidos hoteles en los cuales se comparte un sentimiento de amistad genial y el mismo deseo en todos de desprenderse de los cuidados azarosos de la vida inquieta de las ciudades.

Paréceme un sentimiento egoísta el que me impulsa a deleitarme evocando las deliciosas vacaciones del invierno en las montañas de los Alpes, pues el número de las personas bastante afortunadas que pueden pasar la temporada de invierno o parte de él en la Suiza, es, necesariamente, muy limitado. El objeto de esta descripción, por lo demás no es proporcionar los suplicios de Tántalo a aquellos menos afortunados, sino el de dar consejos provechosos a los novicios para que adquieran con tiempo el equipo necesario para practicar los ejercicios sobre la nieve con el *toboggan, ski* o patines.

Conviene recordar que en las cumbres de los Alpes es más fácil sufrir una insolación que verse quemado con la nieve, así que conviene no vestirse con ropa demasiado gruesa. No es necesario envolverse con trajes que sólo serían apropiados para una expedición al Polo, aunque conviene prepararse para un viaje por parajes en los cuales reina a veces un frío penetrante. Pero si el viajero pretende practicar ejercicios con el *toboggan* o con el *ski*, vestido con su traje acostumbrado, con el cual ha desafiado las traidoras corrientes de aire en el tren o en los andenes de las estaciones, bien pronto se encontrará en condiciones desairadas. La ropa interior debe ser relativamente liviana y el traje exterior más conveniente es una camiseta de lana, una chaqueta Norfolk, medias gruesas, polainas y botas de cazador. Los guantes de lana son de necesidad imprescindible y las botas para andar sobre la nieve son muy convenientes, pero los guantes de piel de perro y las polainas de cuero son más que inútiles.

Habiendo vestido al novicio en la forma arriba indicada, imaginemos que el primer

Un juego nuevo

día ha decidido dedicarlo al aparentemente peligroso deporte denominado ski-ing. Ha venido el viajero a estos níveos parajes a pasar sus vacaciones, a rejuvenecerse en un clima privilegiado y, por decirlo así, con el ánimo de olvidar las preocupaciones de la vida. Ha llegado a algún sitio de recreo entre los innumerables que existen en las montañas de los Alpes, donde se descubre que el único medio de locomoción posible está en dejarse deslizar, ya en una o ya en otra forma. Probablemente, ya conoce por experiencia propia el arte de patinar y en algún grado habrá tal vez practicado el deslizamiento en *toboggan*, pero todo lo que ya sabe respecto al *ski*, es que el sportsman se amarra dos planchas de fierro bajo los pies, aferra un palo y en seguida se lanza al espacio haciendo lo posible por no caer con la cabeza hacia abajo. Determina entonces el novicio resolver el problema desconocido y con alguna ligera sensación de miedo, pero jactando no tener temor, pide al mozo del hotel en que se hospeda un par de *skis*. Al fin queda listo y sale muy contento, provisto del doble aparato, en busca de un sitio apropiado para realizar su primera tentativa. Se detiene a pensar que tal vez no conviene disfrazar su inexperiencia no queriendo pedir consejo, que es tan necesario al empezar, pero ve extenderse ante su vista ansiosa una cuesta que le parece apropiada, y siendo novicio en el arte cree que mientras más inclinada sea ésta más rápidos serán sus progresos en el aprendizaje. Muy pronto comprende su fatal error, pues tras un corto vuelo por el aire, en el que pierde el aliento, cae sin comprender dónde, sintiendo despedazarse todos sus miembros, con los ojos y la boca tapada de nieve y logrando al fin abrir los ojos, divisa que uno de sus skis va rodando cuesta abajo. Se levanta lenta y cuidadosamente, se toca por todas partes para convencerse que no tiene los brazos ni las piernas fracturadas; y al fin, convencido de que no ha sufrido heridas, se desata el *ski* que ha permanecido en su puesto y parte en busca del fugitivo. Se siente triste y al mismo tiempo más prudente, deseoso de oir la opinión de alguno que ya haya pasado por estas experiencias. El autor de este artículo recuerda en qué forma realizó su primera tentativa en una cuesta que hubiera necesitado toda la habilidad de que es capaz un sportsman muy experto. Después de verse obligado a efectuar muchas piruetas ridículas, contra su voluntad, rodó hasta el pie del cerro y regresó al hotel resuelto a no volver a practicar un sport tan arriesgado. Tanto duró su animadversión contra el ski, que por el resto de aquellas vacaciones se dedicó a toda otra forma de sport exceptuando ésta. Gracias a esta experiencia puede aconsejar a los novicios practicar en gradientes suaves, hasta que adquieran la experiencia necesaria. Cuando haya habituado las piernas al acertado manejo de los *skis*, pueden ensayarse caídas gradualmente más y más difíciles. Descubrirá, a medida que aumente la práctica en este sport, que mientras más pronunciada sea la cuesta, más debe inclinarse hacia adelante. En una gradiente muy fuerte, si emplea los skis acertadamente, experimentará aquella sensación que le hace creer que va a caer de cabeza, algo que nunca sucede; y en cambio, si se echase hacia atrás, los skis se le resbalarían hacia adelante y sufriría una caída inevitable. Es imprescindible tratar de mantener ambos skis paralelos y bien cerca uno del otro, estando casi siempre uno de ellos un poco más adelante. El novicio no debe temer una caída; la nieve es blanda y no es fácil herirse. Aunque mi aseveración parezca absurda, basta al novicio un poco de resuelta determinación para hacer verdaderos milagros y conseguir una reducción en el número de caídas. Necesito hacer una última advertencia en cuanto al empleo de los skis: conviene estar siempre bien equipado; tanto al principio como al fin del aprendizaje. Si el novicio tiene la firme intención de aprender el arte de manejar los *skis*, debe mandar hacer un par de ellos a un buen fabricante en Suiza, y al mismo tiempo, debe enviarle los datos necesarios indicándole su altura y su peso. Debe enviar su orden con alguna anticipación de tal manera que al llegar a Suiza, no tenga que esperar que sean fabricados y viéndose obligado, entretanto, a usar un par de *skis* que no le sean apropiados.

El verdadero deleite que se obtiene practicando con el ski, no se aprecia en toda su amplitud hasta que el alumno no haya hecho suficientes progresos que le permitan formar parte de una comitiva, explorando más tarde regiones en las cuales creía antes que sólo las aves y los aviadores podrían aventurarse. Sin considerar las expediciones que se organizan para atravesar el país en distintas direcciones, en las cuales sólo pueden

Una lección de skating

aventurarse los expertos, no es difícil que el novicio que quiere practicar encuentre cada día nuevos sitios para ejercitarse en los cerros y quebradas vecinas al hotel en que se hospeda. Generalmente se emplean las horas de la mañana en escalar alguna elevación, y no hay duda alguna en que una ascensión de tres horas de duración, para un principiante, es una tarea bastante seria. Es tan difícil el arte de trepar como el de deslizarse hasta la base de una elevación montañosa y tan luego como el sportsman ha empezado a triunfar contra el viento la sensación de satisfacción que experimenta, a medida que progresa en su aprendizaje, le compensa con largueza los esfuerzos que haya hecho. Cuando los sportsman han escalado una elevación y han llegado a un sitio apropiado, se sacan los *skis* y se sientan sobre la nieve a saborear un almuerzo frugal que el hambre sazona, haciéndolo extremadamente apetitoso. Por otra parte, el sol que alumbra en forma esplendente, el aire que vigoriza, la soledad profunda y austera de aquellas altas montañas cubiertas de nieve, hacen que todos los viajeros sientan la influencia benéfica de escenario tan romántico. Los valles de los Alpes son muy hermosos y sólo el que escala las montañas puede apreciar en toda su belleza el espectáculo grandioso que ofrecen sus vastos horizontes. En este sport, el que lo practica tiene una ventaja inmensa sobre los que se dedican puramente al patinaje o al ejercicio en el toboggan.

Ahora pasaré a considerar el viaje de regreso sobre los *skis*. Aunque el principiante, seguramente, envidia la facilidad con que el corredor experto cruza descendiendo por cuestas muy inclinadas cubiertas de nieve helada, le conviene proceder con cautela hasta que llegue el momento en que pueda cruzar una superficie ondulada. En sitios de esta especie puede deslizarse sin temor de provocar un desastre, se sentirá dominado por una sensación anhelante que es difícil encontrar en otros deportes y volverá al hotel en espléndidas condiciones para divertirse en otros entretenimientos. Aunque en otro clima esfuerzos tan considerables lo hubieran reducido a la inacción se encuentra ahora dispuesto, después de tan fatigosas pruebas, a pasar la tarde tomando parte en los pasatiempos de salón que son una de las grandes atracciones en estos sitios de recreo de los Alpes, durante el invierno. Cada hotel tiene su comité de entretenimientos que proporciona conciertos, bailes y representaciones teatrales. Sólo en el caso que el viajero prefiera encerrarse a jugar una partida de bridge en el salón, puede escapar de las múltiples, alegres y ruidosos pasatiempos; todos se animan y gastan tantos esfuerzos en esos entretenimientos deliciosamente frívolos, como en los deportes en que han pasado el día. En las noches se usa el traje de etiqueta para los hombres, también el jaquet y no es raro que alguien se presente en traje de fantasía.

Después de pasar el día practicando el ski, se efectúa un cambio delicioso patinando en el salón, lo que da una nueva ocasión para continuar el agradable entretenimiento de seguir deslizándose sobre la terca superficie del hielo. El tamaño del salón de patinar varía en los diversos hoteles desde una extensión igual a la de una cancha de lawntennis hasta alcanzar una enorme superficie tal como los existentes en Davos y Villars. Los salones de patinar se encuentran muy comúnmente muy cerca de los hoteles y se gastan grandes esfuerzos en mantener el hielo en perfectas condiciones para el patinaje. Cada noche se prepara una nueva sábana de hielo para los patinadores que se congregarán allí al siguiente día y en algunos salones, tales como los de Grindelwald y Villars, el arte de fabricar el hielo ha llegado a un alto grado de perfección. Ningún advenedizo en el arte de patinar necesita avergonzarse de su inexperiencia, pues casi siempre se ven en estos salones más principiantes que aprender que expertos que exhiban sus cualidades; y la sensación de compañerismo que reina en todos estos sitios de recreo hace que todos sean, en general, bondadosos.

Le ahorrará muchas molestias al principiante, antes de adquirir malas prácticas obtener los consejos de un patinador experimentado en cuanto al estilo correcto que debe emplear, de otra manera, sus primeras faltas serán difíciles de olvidar. Es esencial tener buenos patines. Estos deben estar atornillados a las botas las que no deben emplearse en un objeto diferente del patinaje. Para evolucionar, formando las figuras del estilo inglés, los mejores cuchillos que pueden emplearse son aquellos que tienen un radio de seis pies, con accesorios Monnt Charles, teniendo extremo cuidado en evitar que los cuchillos sean demasiado largos.

El patinador comprenderá muy pronto que no le es tan fácil adelantar en la práctica, como sucede en el *ski*, pero efectuando constantes ejercicios pronto podrá manejarse con destreza. Se sentirá indudablemente fascinado con la ocupación de cortar figuras de formas extravagantes y no tardará mucho en contraer toda su atención a ellas. A medida que avanza en la práctica, sus éxitos en los concursos serán debidos a su perseverancia en los comienzos. El verdadero refinamiento en el arte de patinar consiste en combinar figuras diversas, constituyendo esta tarea la principal atracción del sport, que lo hace para muchos más interesante que cualquier otro de igual naturaleza.

Muchas personas han experimentado en otras naciones el deslizamiento en el carruaje denominado toboggan y no es necesario mencionarlo aquí sino a la ligera. Se obtiene un divertimiento excelente practicándolo en los elevados carruajes usados en Suiza denominados "*luges*"; pero el autor de esta relación prefiere el toboggan de poca altura, que se desliza por correderas de acero. Este toboggan es mucho más pesado que el "*luge*" y se adapta mejor para correr sobre el hielo. Tiene este carruaje la gran ventaja de permitir al piloto inclinarse de frente y guiar con mayor seguridad, gracias al potente rastrillo anterior que permite deshacer los obstáculos formados por la nieve. La parte más emocionante en el ejercicio en que se emplea el toboggan empieza cuando se parte de improviso, por la primera vez, en una carrera espeluznante bajando el Cresta, en St. Moritz. El viajero piensa demasiado tarde volverse al hotel a redactar su testamento. Se da la voz de partida y el carruaje empieza en vertiginosa carrera cuesta abajo. Ocurren accidentes en este, como en todo otro sport en que se despliegue gran actividad, pero el número de accidentes desgraciados es muy reducido. Si bien es verdad que una audacia insensata provoca un desastre, debe advertirse, al mismo tiempo, que si se usa una prudencia excesiva ya desaparece todo divertimiento sano. Se cuentan a los timoratos historias espeluznantes, con el fin de amedrentarlos aún más, por ejemplo, he oído referir el caso de un desgraciado conductor de un toboggan que fué a estrellarse contra un muro de piedra y allí se le encontró poco después con la cabeza enterrada en el pecho.

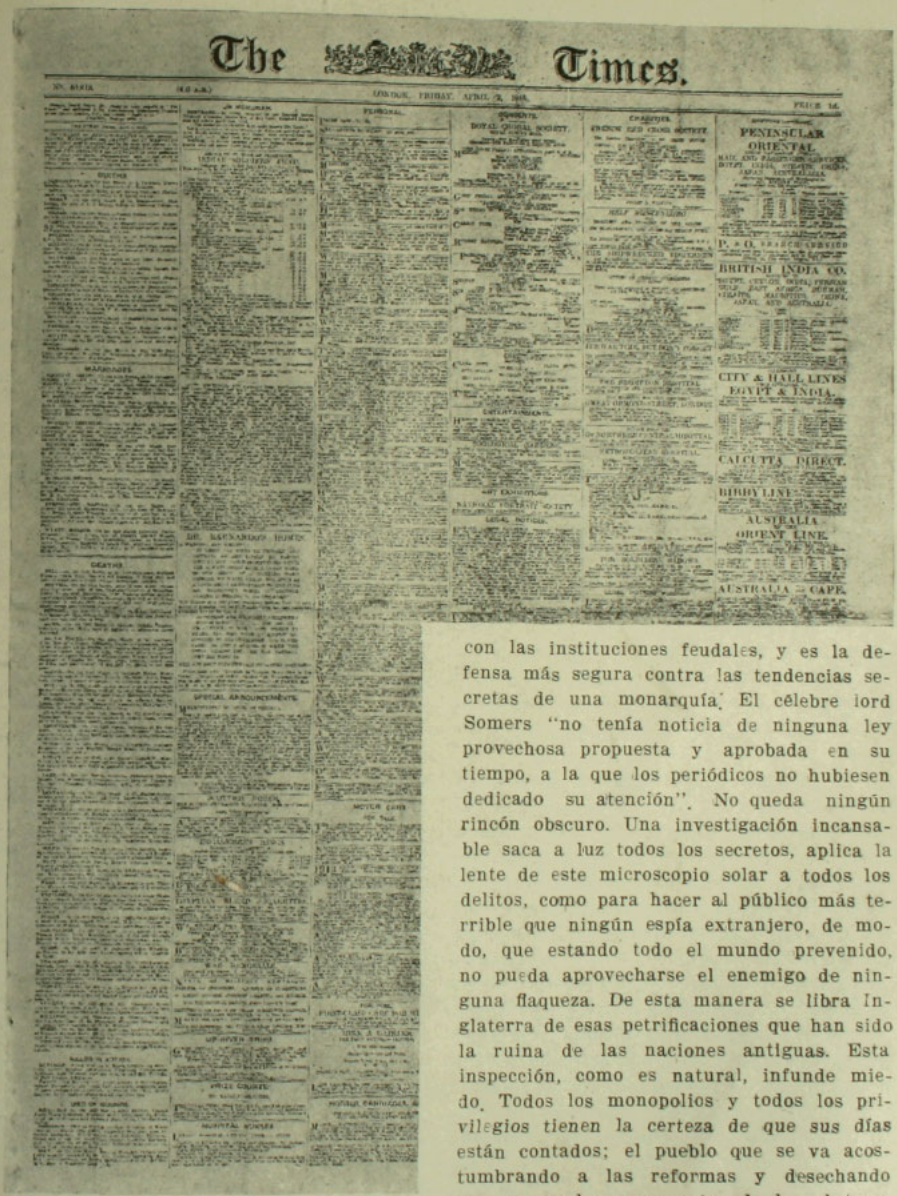
Partida de ciclistas en la nieve

Los entretenimientos denominados *bob-*

sleihing y *toiling*, son una forma más sociales para practicar el *toboggan*. El *bobsleigh*, es un carruaje más largo que el toboggan y que lleva en su interior cuatro a más personas. El hombre que va en la delantera guía el carruaje y el que va en la parte posterior aplica el freno; el deber que incumbe a los demás ocupantes del vehículo es inclinarse a un lado cuando se hace una curva para cambiar de dirección. La gran rapidez que alcanza el carruaje en su descenso y la incertidumbre que experimenta el viajero en los cambios de dirección, hacen que esta forma de deslizamiento sea un entretenimiento muy interesante. Cuando se organiza una expedición denominada *toiling*, (en comitiva) se amarran dos tobogganes a un trineo tirado por un caballo y la procesión se dirige a alguna aldea distante donde pueden servirse una taza de té. Aunque este pasatiempo no es emocionante, es, en cambio, muy divertido.

El gran brujo de la opinión inglesa

EL "TIMES"


The Times.

Todos conocemos en América el poder del periodismo, que se halla en consonancia con nuestro sistema político. En Inglaterra sostiene una especie de antagonismo con las instituciones feudales, y es la defensa más segura contra las tendencias secretas de una monarquía. El célebre lord Somers "no tenía noticia de ninguna ley provechosa propuesta y aprobada en su tiempo, a la que los periódicos no hubiesen dedicado su atención". No queda ningún rincón obscuro. Una investigación incansable saca a luz todos los secretos, aplica la lente de este microscopio solar a todos los delitos, como para hacer al público más terrible que ningún espía extranjero, de modo, que estando todo el mundo prevenido, no pueda aprovecharse el enemigo de ninguna flaqueza. De esta manera se libra Inglaterra de esas petrificaciones que han sido la ruina de las naciones antiguas. Esta inspección, como es natural, infunde miedo. Todos los monopolios y todos los privilegios tienen la certeza de que sus días están contados; el pueblo que se va acostumbrando a las reformas y desechando uno a uno los argumentos de los obstruccionistas. "Vuestra gracia gusta de leer periódicos, decía lord Mansfield al duque de Northumberland, fíjese en lo que le digo: quizá no lo lleguemos a ver ni usted ni yo.

pero este joven (por lord Eldon) puede ser que lo presencie; más tarde o más temprano, pero con toda seguridad, estos periódicos despojarán a los duques de Northumberland de sus títulos y posesiones, y al país de su rey". Inglaterra tiene inevitablemente a formarse instituciones políticas y sociales como las de América, y sus periódicos contribuyen a ello con todo su poder.

Abundan en Inglaterra hombres sencillos, celosos, bien educados, que poseen el talento de escribir párrafos punzantes y de expresar sin embajes ni eufemismos su opinión sobre una persona o un hecho consumado. Digno o no de aprecio, es éste un ingenio que difícilmente se encuentra fuera de los periodistas ingleses. El inglés hace esto como monta y boxea, por efecto de una educación especial. Centenares de ardientes Praeds, y Freres, y Froudes, y Hooks, y Maginns, y Mills, y Macaulays, hacen poemas o estudios cortos para un periódico, lo mismo que hacen discursos en el parlamento, y cazan y tiran al blanco. Es una dirección accidental y arbitraria que toma su disposición general. No se necesita destellos de genios, sino una salud robusta, haber sido educado en Oxford y tener trato social. El violento interés que toman por la política proviene del mal estado de las profesiones, de la facilidad de entrar en el periodismo y de lo bien retribuído que está.

El resultado más evidente de este talento, es el "Times". Se le teme y se le obedece más que a todos los poderes de Inglaterra. Lo que se lee en sus columnas por la mañana, óyese por la noche en todas las reuniones de sociedad. Tiene oídos en todas partes, y su información es la más rápida, la más completa y la más exacta. Hase elevado a su autoridad presente, año por año, de victoria en victoria. Pregunté a uno de sus antiguos colaboradores si alguna vez había valido más que ahora. "Nunca, me dijo; estos son sus días de gloria". Ha demostrado esas cualidades que tan caras son a todos los ingleses, adhesión infatigable a la obra, prodigalidad de esfuerzos intelectuales y una gran confianza en sí mismo, secundadas por la perfecta organización de su imprenta y su inmensa red de corresponsales y noticieros por todo el mundo esparcidos. Tiene historia propia y famosos trofeos. En 1820 adoptó la causa de la reina Carolina, y la defendió contra el rey. Abogó por un sistema de leyes para el pauperismo y casi solo lo sacó adelante. Cuando lord Brougham estaba en el poder, lo combatió sin descanso, y lord Brougham cayó. Declaró la guerra a Irlanda, y la conquistó. Entró a la liga contra las leyes del trigo, y cuando Cobden empezaba ya a desesperar, anunció su triunfo. Denunció y desacreditó a la república francesa en 1848, y reprimió las simpatías de Inglaterra a su favor hasta que comprometió a 200,000 condestables especiales a vigilar a los cartistas y cubrirlos de ridículo, el 10 de abril. Denunció, primero, y luego defendió al Imperio francés, y preparó la alianza francesa y sus resultados. Ha terciado siempre en todas las cuestiones municipales, literarias y sociales, con tono autoritario. Ha prestado temerarios y oportunos servicios, denunciando fraudes que traicionaban la comunidad comercial. Al mismo tiempo ataca a sus rivales, perfeccionado la maquinaria de su imprenta, y los quitará de circulación, porque el único límite a la circulación del "Times" es la imposibilidad de hacer más edificios, toda vez que la novedad de un periódico diario dura pocas horas; tiende, ante todo, a suprimir aquellos periódicos diametralmente opuestos a sus tendencias, pues muchos han vivido de lanzarle sus dardos.

El último impresor del "Times" era M. Walter, y arregló todo su *material* gradualmente con un método perfecto. Han dicho algunos, que cuando pidió participación en la propiedad del periódico y se la negaron, dijo: "Como ustedes gusten, pero pueden quitar de este sitio el "Times", porque el lunes que viene voy a publicar el "Nuevo Times". Los propietarios, que se estaban quejando siempre de que los gastos de impresión eran excesivos, comprendieron que estaban en su poder y le dieron cuanto pedía.

Fuí un día con un buen amigo a las oficinas del "Times", a las que daba entrada un hermoso jardín, en Priting-House-Square. Andábamos con mucha circunspección como por un polvorín, cuando una amable señora, ya de edad, nos abrió la puerta, y después de entregar nuestras tarjetas nos condujeron a presencia de Mr. Morris, bella persona, de amistoso aspecto. La estadística resulta hoy un poco atrasada, pero recuer-

do que nos dijo que la tirada diaria era de 35,000 ejemplares; que en primeros de marzo de 1848 había ascendido a 54,000, y que desde febrero, la circulación diaria se había aumentado en 8,000 ejemplares más. La prensa antigua que usaban todavía, tiraba 5 ó 6,000 pliegos por hora; la máquina nueva que estaban montando entonces, tiraría 11,000 en igual tiempo. Nuestro interlocutor nos confió a un cortés asesor para que viéramos el establecimiento, en el que hay empleados, según creo, ciento veinte hombres. Recuerdo que vimos el gabinete de los noticieros, donde redactan éstos sus estenogramas, pero no pudimos ver el gabinete del editor, bien que participáramos de la curiosidad que en todo el mundo inspira.

La plana mayor del "Times" se ha compuesto siempre de hombres hábiles. El viejo Walter, Sterling, Bacon, Barnes, Alsager, Horacio Twiss, Jones Loyd, Juan Oxenford, Mr. Mozley y Mr. Bailey, han contribuído a su fama, cada uno en su esfera. Pero no le ha faltado nunca, en ciertas ocasiones, el apoyo de las primeras plumas. Su información particular es inexplicable, y recuerda las historias de la policía de Fouché, cuya omnisciencia hacía creer que tenía a sueldo a la emperatriz Josefina. Tiene corresponsales mercantiles y políticos en todas las ciudades extranjeras, y sus expresos corren más aprisa que los despachos del gobierno. Se escuchan anécdotas del rango de sus servidores, algunos, funcionarios de la Casa de la India. Cuéntase para encomiar la destreza de uno de sus noticieros, que habiendo penetrado una vez en un sitio donde les estaba severamente prohibido entrar, metióse las manos en los bolsillos, y con el lápiz en una y el cuaderno en la otra, dióse trazas de realizar su propósito.

La influencia de este periódico es un poder reconocido en Europa, y como es natural, nadie está más penetrado de esto que sus directores. El tono de sus artículos ha promovido con frecuencia comentarios apasionados en los órganos oficiales de las cortes del continente, y dado lugar más de una vez a quejas diplomáticas. Qué dirá el "Times", es un susto para París, Berlín, Viena, Copenhague, y su éxito y su discreción consumada son una prueba del genio de combinación de los ingleses. En el diario toman parte muchas manos; sobre todo, según se dice, jóvenes recién salidos de la Universidad, y que quizá lean proyectos de ley en las Cámaras de Londres. De aquí la elegancia académica, las alusiones clásicas que esmaltan sus columnas. De aquí también el calor y galantería de sus ataques. Pero la seguridad de su puntería sugiere la creencia de que dirigen sus fuegos antiguos artilleros, como si personas bien informadas y con fines inflexibles en política suministraran a los escritores la base del hecho y el objeto propuesto, y aprovecharan, para bien de la causa, el vigor y elocuencia de esta juventud. El consejo y los departamentos ejecutivos del periódico ganan con esta división. De dos hombres de igual disposición, el que no escribe, sino que sigue atentamente sin perder detalle el curso de los negocios públicos, es el que tiene más competencia para juzgarlos. Pero las piezas están tan bien soldadas, que en los artículos no se nota el ensamble; una sola voluntad parece dictarlos. El "Times" no se retracta nunca de lo que ha dicho, ni se disculpa con ausencias del editor ni indiscreciones del que hizo sus veces. Habla con valor y entereza, erigiéndose en campeón de sus palabras. Cuenta con cierto número de colaboradores ingeniosos e ilustrados; pero una persona aún más ingeniosa e ilustrada, revisa, corrige y ordena sus trabajos. De este gabinete, no transpira el secreto. Ningún escritor firma sus artículos; todo lo bueno, sea de quien sea, se publica como editorial, y de esta manera, haciendo todo al periódico y nada a los que lo escriben, su carácter e importancia salen ganando.

Gusta a los ingleses por su completa información. Todo lo que cuenta el "Times" es tan verídico como un texto de Hansard. Lo aprecian además por su independencia; porque no saben al tomarlo qué es lo que irá a decir; pero, sobre todo, por su patriotismo y su arrogante tono. Piensa por todos ellos; es su entendimiento y el ideal del día daguerreotipado; paréceme, cuando los veo leer sus columnas, que se vuelven más ingleses todavía. Posee el valor nacional, no irreflexivo y momentáneo, sino tranquilo y certero. Ni dignidad ni riquezas pueden escudar sus embites. Ataca a un duque con la misma facilidad que a un agente de policía, sin perder nunca ese aire insultante y como protector. Ensáñase con la Cámara del Almirantazgo. El Banco de los obispos hállase aún menos seguro.

Un obispo se porta mal por su rapacidad, otro por su gazmoñería, y un tercero por su espíritu cortesano. Dirigé con oportunidad alusiones a su majestad misma, alusiones que algunas veces se recogen. Hay, aún en su plana de anuncios, un aire de libertad que habla bien de Inglaterra al extranjero. El día que llegué a Londres, leí entre los anuncios, uno ofreciendo una recompensa de cincuenta libras a quien entregara en cualquier cárcel del condado a un noble descrito por sus títulos y apellidos, hacía y confeso de obtener dinero con engaño.

No se vió nunca arrogancia tal como la de este periódico. Parece que cada uno de sus redactores haya sojuzgado la tierra antes de ponerse a escribir su sección del "Times". Diríase que el mundo mismo llegaba de rodillas a las oficinas del "Times" por su almuerzo diario. Pero no es esta sino una arrogancia calculada. Quien le haría caso si "sospechara" o "se atreviera a insinuar" o "se aventurara a predecir", etc. No: *esto es así*, y así tiene que ser.

La moralidad y el patriotismo del "Times" tienden a ser representativos en vez de ideales. Aduce el argumento, no de la mayoría, sino de la clase pudiente. Sus editores saben otra cosa mejor que defender a Rusia, Austria o derechos ingleses caducados, en tesis abstractas. Dan sufragio a la clase que domina en el momento actual, y tienen un especial instinto para saber dónde se encuentra el poder que está eternamente cambiando de sitio. Simpatizando con la clase que da la norma y hablando en su pro, están formados de cada resolución constitucional o disputas de iglesia o huelgas obreras, y sorprenden los primeros las oscilaciones del cambio. Vigilan, de año en año, los esfuerzos de los jefes de los movimientos liberales, sólo para censurarlos y satirizarlos, hasta que, por último, cuando aquellos se han impuesto y los ven a punto de conquistar el poder, suspenden su campaña, sorprenden a los que favorecen y a los que abandonan, y triunfan en toda la línea. Como es natural, los aspirantes ven que el "Times" es uno de los bienes de fortuna que sólo les es dado adquirir por el triunfo de su causa.

"Punch", es lo mismo que el "Times" de Londres, una expresión del buen sentido inglés. Es su versión cómica. Muchas de sus caricaturas valen tanto como los mejores folletos, y saben resumir en pocos rasgos la opinión del pueblo sobre un asunto público. Sus dibujos son, comúnmente, obra de manos maestras y geniales a la vez, y constituyen las delicias de todas las clases sociales, porque se inspiran en ese gusto que es tiránico en Inglaterra. Es un nuevo rasgo del siglo XIX, que el ingenio y humor de Inglaterra, encarnado en el "Punch" y en sus humoristas Jerrold, Dickens, Thackeray y Hood hayan seguido la dirección de la libertad y de los fines humanitarios.

El "Times", como todas las instituciones importantes, es susceptible de perfeccionamiento. Viene a ser un índice viviente del colosal poder de Inglaterra. Su existencia honra al pueblo que se atreve a imprimir todo lo que sabe; osa averiguar todos los hechos, y no gusta de que lo adulen, ocultándole la extensión de los desastres públicos. Hay siempre seguridad en el valor. Desearía poder añadir, que este periódico aspiraba a merecer el poder que disfruta, guiando el sentimiento público hacia el derecho. Se pretende, comúnmente, en el Parlamento y en todas partes, que la prensa inglesa tenga un tono elevado que no tiene. Es un tono imperialista, como de una nación independiente y poderosa. Pero, como le pasa a otros imperios, su tono tiende a ser siempre oficial y aún oficinesco. El "Times" participa de todas las limitaciones de las clases gobernantes, y no desea estar nunca en minoría. Si se decidiera a ajustarse a lo recto, para demostrar que éste es el único camino y alimentar sus fuegos en el corazón central de la humanidad, no tendría entre sus colaboradores tantos hombres de posición, pero el genio sería su invencible aliado; tendría que resistir, ahora y luego, el choque de formidables combinaciones; pero ningún diario se arruina por abundancia de prudentes energías. Sería el jefe natural de las reformas inglesas; cumpliría mejor sus orgullosas funciones de portavoz de Europa, defensor de patriotas y desterrados contra las demasías de los déspotas, tendría la autoridad de un congreso internacional, ese sueño, acariciado por los buenos e incumplido todavía, y la menor de sus victorias sería proporcionar a Inglaterra un nuevo milenio de bienhechor poderío.

R. W. E.

El Monumento de la batalla de las naciones

En 1913 se inauguró en Leipzig el monumento de la batalla de las naciones, obra del gran escultor berlinés Franz Metzner.

Constituye dicho monumento una de las obras arquitectónicas modernas de mayores proporciones, digna de ser colocada junto a las estatuas de Bartholdi o al monumento de Bismarck que existe en Hamburgo.

Los dos grabados que reproducimos en estas páginas muestran los detalles de dos figuras que son tal vez las más acabadas en el monumento de la batalla de las naciones.

Todo tallado en la piedra viva el monu-

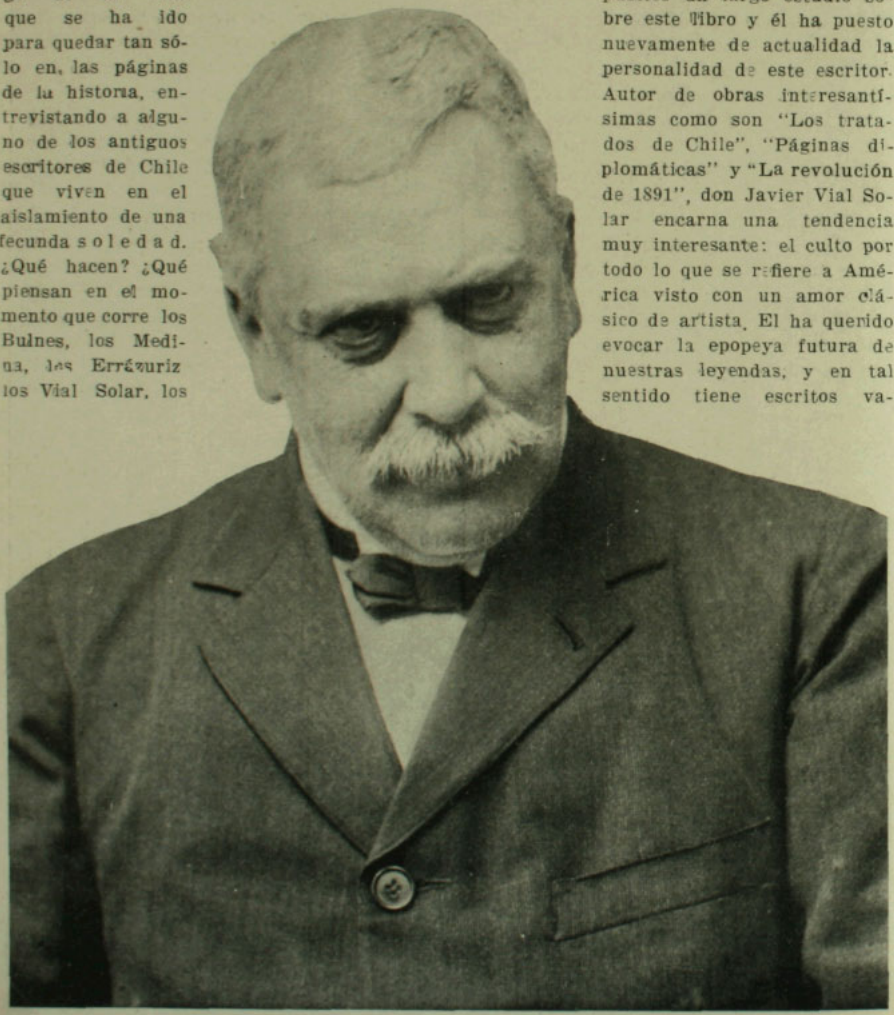
mento produce una sensación enorme de grandeza y de fuerza: se dijera que procuran representar el nihilismo de todas las fuerzas unidas que conserva la integridad de la raza germánica contra la espada napoleónica que puso en jaque más de una vez al águila de los Habsburgos y de los Hohenzollern.

Los antiguos escritores chilenos

Conversando con don Javier Vial Solar

En medio de la agitación que convulsiona al mundo en el momento presente, sólo parece tener interés para la vida todo lo que se relaciona con la guerra o que dimana directamente de ella. Sin embargo, haciendo un paréntesis puramente espiritual, nosotros hemos querido recordar algo de nuestro pasado, algo de la vida que se ha ido para quedar tan sólo en las páginas de la historia, entrevistando a alguno de los antiguos escritores de Chile que viven en el aislamiento de una fecunda soledad. ¿Qué hacen? ¿Qué piensan en el momento que corre los Bulnes, los Medina, los Errázuriz los Vial Solar, los Concha Castillo, los Amunátegui, los Rodríguez Velasco? Tal es la pregunta que nos hemos hecho y que pretendemos contestar en algunas breves entrevistas.

Hace poco don Javier Vial Solar publicó un hermoso poema que apenas si se ha comentado en algunas publicaciones. Ultimamente la "Revista Católica" publicó un largo estudio sobre este libro y él ha puesto nuevamente de actualidad la personalidad de este escritor. Autor de obras interesantísimas como son "Los tratados de Chile", "Páginas diplomáticas" y "La revolución de 1891", don Javier Vial Solar encarna una tendencia muy interesante: el culto por todo lo que se refiere a América visto con un amor clásico de artista. El ha querido evocar la epopeya futura de nuestras leyendas, y en tal sentido tiene escritos va-



Don Javier Vial Solar

rios libros que irá publicando poco a poco.

Le hemos ido a visitar en su retiro y nos ha recibido con la amabilidad propia de un gran señor. Hombre bondadoso y probo nos ha alargado su mano franca y junto a él nos hemos sentido con la confianza del que está frente a un amigo que nos ha de dar el oro de su consejo.

—Debo manifestar a usted—nos dice al interrogarle—mi agradecimiento por lo mucho que me honra viniendo a visitarme con el propósito que me indica y por el cual me manifiesta que en algo estima mi labor literaria de muchos años, pero que raras personas, unos pocos amigos de mi vida, conocen y aprecian con cariño. Soy, en verdad, casi un desconocido en el campo de las letras, a pesar de que he escrito de muchas cosas en diversas épocas de mi larga carrera. En efecto, ¿quién se acuerda de Javier Vial cuando se habla de los periodistas chilenos, a pesar de haber sido yo redactor principal de "El Independiente" durante muchos años y en la época más azarosa y difícil de la vida nacional? ¿Quién nombra a Gil Juan, seudónimo con que yo publiqué mi libro "La Revolución Chilena", cuando se recuerda a los escritores de ese terrible período de nuestra historia? Sobre las páginas de ese desgraciado libro mío escribió, en Petrópoli, mi querido y noble amigo Joaquín Nabuco su obra acerca del mismo tema. Siquiera él me hablaba de mi libro, cuando en mi país nadie lo leyó... Mis obras "El Problema del Norte" y "Páginas Diplomáticas" no tuvieron otros lectores que los que en el extranjero, conocedores de la publicación, me las pidieron por correo y en seguida me escribieron elogios de ellas. No es extraño, pues, que desilusionado de mis trabajos literarios no haya querido ni siquiera continuar la publicación de "Los Tratados de Chile", cuyos dos primeros tomos escribí con verdadero entusiasmo, imaginando llevar a cabo una obra histórica de provecho cierto para nuestro país. Algunos de mis amigos, como don Adolfo Guerrero y don Julio Zegers, entre otros, se han interesado por la continuación de mi trabajo; pero, el escepticismo y el desencanto me han cortado las alas. No se extrañe, pues, usted mi amigo, que experimente una verdadera sorpresa al recibir su visita...

—Pero, usted, señor Vial Solar, a pesar de su escepticismo, como usted dice, ha seguido escribiendo, como si obedeciera felizmente a una necesidad de su espíritu de escritor de raza.

—Realmente y dice usted bien. A veces siento esa necesidad y obedezco a ella y por eso he escrito muchos libros sobre diversas materias y que no he publicado y que tal vez no publique, porque su publicación carece de objeto. Si nadie los ha de leer, para qué...

—Usted se engaña, porque cualquiera publicación suya ahora despertaría verdadero interés. Prueba de ello es que su último e interesante libro "Doña María de Almanza" se busca por los amigos de la buena literatura, a pesar de que la crítica literaria ha guardado sobre su hermoso poema el más inexplicable silencio.

—Si me convenciera de ello, tal vez me animaría a dar a la estampa, poco a poco, una serie de romances y de poemas que tengo guardados por ahí.

—Usted escribió seguramente a "Doña María de Almanza" en Lima mismo; pues, el vigor del colorido local manifiesta que la pluma describía lo que los ojos miraban y sentían con extrema viveza.

—Ello se explica, después de conocer la ciudad y la vida limeña, como yo las he conocido, y que dejan en la memoria del que allí ha estado algún tiempo un recuerdo de presencia, por decirlo así, vigorosísimo. Lima es todavía hoy la ciudad de los siglos diecisiete y dieciocho. Sus calles y sus casas hablan y cuentan cosas de otro tiempo de animación y de grandeza. Sus balcones sevillanos y sus rejas moriscas llevan la imaginación del viajero a otra edad, que ya ha desaparecido, y el escritor siente todo eso con una viveza extraordinaria. De esta suerte, la impresión no se olvida y se puede escribir, como yo he escrito, lejos de la romántica ciudad.

—¿Y qué nueva obra publicaría usted?

—Tal vez echaría al mundo en busca de fortuna, como antiguamente se echaba a rodar tierras a los segundones de las familias de buena casa, mi poema que he titulado "El caballero de la Gloria".

—¿Y quién es ese tan noble y brillante caballero?

—El héroe del romance heroico castellano. El mismo que en el Campeador daba tajos a la luna en el cielo andaluz; que en Ponce de León buscaba las aguas de la vida

por los campos divinos de la Florida; que en Pedro de Valdivia, después que Diego de Almagro volvía caras al reino de la codicia, se lanzaba a la conquista de la Ciudad de los Césares y fundaba el reino de Chile, que todavía es ingrato con el padre de su raza, como él, vigorosa y heróica. Ese es mi héroe, y no podía hallar otro más digno de la epopeya.

—El tema es hermosísimo y se comprende que usted lo hiciera el ídolo de su pluma.

—Hace tiempo acariciaba esta hermosa idea, hasta que al fin tuve la audacia de vestirla con la púrpura que las musas me prestaron, para que saliera a campear por el campo de la imaginación de mis lectores.

—Que buena fortuna tenga, señor. ¿Y qué otros libros ha escrito usted?

—Ahí tiene usted, en ese estante, encuadernados en sus encantonados soenneckenes a "La Creación", poema épico; a el "Poema de amor", curiosa relación de las hazañas y extravagancias del Niño Ciego; al "Encapuchado de Potosí", poema dramático, y muchos otros que usted ahí ve tranquilos y resignados, como criaturas sin movimiento ni respiración en sus pequeñas cunas.

El señor Vial, a medida que iba hablando, nos mostraba con aire triste sus manuscritos, de los cuales, satisfaciendo justa curiosidad, tomamos en nuestras manos algunos, y leímos largos trozos de la más bella poesía. Es una desgracia, le dijimos, que todo ésto permanezca inédito, y algo y cuanto de nuestra parte dependa, haremos por que ésto no sea así. Pero, el señor Vial nos contestó:

—¡Si nadie me leería!

Portada del último libro de don Javier Vial Solar

Nuestra conversación rodó en seguida sobre diversos puntos de literatura general, durante la cual el señor Vial Solar nos expuso algunas de sus ideas sobre la transformación de los géneros literarios, como él decía. Así nos habló de la enorme influencia que los últimos descubrimientos científicos aplicables al teatro tendrían en las representaciones dramáticas y en que habrían de pensar ya los autores nuevos, so pena de ver desaparecer pronto su bella obra. Dentro de poco tiempo, nos agregó, el público no tolerará nada de lo que ahora hace sus delicias. Lo grande, lo gigantesco, lo realmente vivido en un escenario inmenso, primarán sobre las pequeñas escenas del drama actual. El cinema perfeccionado dará al teatro la realidad viviente de ese escenario nuevo de la vida dramática, y la microfonía prestará a los actores de voz con que los representantes del teatro griego hacían oir a la multitud que los escuchaba el lenguaje de los dioses. Las grandes obras de la literatura dramática antigua volverán a la escena y la de los últimos siglos tendrá que ser transformada y adaptada a las exigencias del escenario nuevo.

Los obreros materiales están construyendo apresurados un gran palacio, al cual tener entrada, como a los circos romanos, el pueblo en masa, y donde la obra dramática corresponda al escenario y a la multitud que espera el comienzo de la obra.

A. D.

AVICULTURA

ENFERMEDADES IMPORTANTES DE LAS AVES DE CORRAL

Coccidiosis

La *coccidiosis* es una enfermedad producida por formas pequeñas de vida animal llamadas "coccidia". Estos gérmenes abundan en la naturaleza y frecuentemente atacan a las aves y a los mamíferos más pequeños, como conejos, ratas y ratones. Son muy perjudiciales a las aves jóvenes, como se explicará al describir las enfermedades infecciosas de los pollitos, pero aquí se limitará la descripción a los efectos de este parásito en las aves adultas.

Causa. Muchas especies diferentes de aves son atacadas por la *coccidiosis*, y es probable que la enfermedad en las aves sea siempre el resultado del contagio. Los palomos son muy propensos a la enfermedad y, frecuentemente, son causa de que aparezca ésta en los gallineros. La transmisión del contagio de las aves enfermas a las sanas ocurre por contamitación del alimento, agua, arena y otras substancias introducidas en los órganos de la digestión. El parásito que causa esta enfermedad se multiplica con gran rapidez en los intestinos de las aves enfermas, y un número enorme se descarga con los excrementos y se lleva en las patas de las aves a los comederos y bebederos, a menos que éstos estén bien protegidos y de tal forma que no puedan llegar las patas de las aves. Algunas veces se extenderán por el piso de los gallineros y corrales y muchos se cogerán con la arena, grano y otras substancias. Los gérmenes se encuentran en la parte del intestino pequeño más cerca de la molleja, en donde causan inflamación con rojez y espesor de la pared del intestino. También se hallan en el ciego, que frecuentemente se dilata con una masa pastosa blanquecina, amarillenta, o amarilla verdosa. Después de dos o tres semanas, la enfermedad se puede extender al hígado y pulmones, en donde se reconoce por pintas blanquecinas o amarillentas o por grandes pústulas. Los gansos son atacados por otra especie que causa pústulas en los riñones.

Síntomas Las aves adultas tienen mucha resistencia a este parásito, y la enfermedad se ve en ellas más frecuentemente en una forma crónica. Los síntomas son embotamiento, debilidad, somnolencia, diarrea y pérdida de peso, aunque las aves retengan su apetito por un tiempo considerable. En muchos casos, los únicos síntomas son, dia-

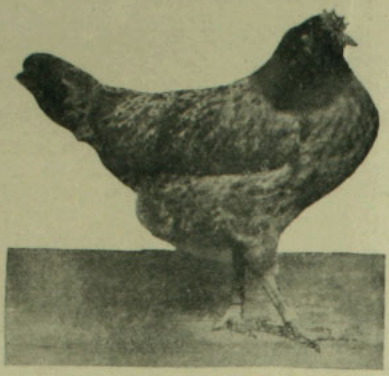
Hermosas aves en la Ascurra Basse Cour, Río de Janeiro, Brasil

rrea, con pérdida de peso, y después de algún tiempo, restablecimiento aparente, aunque los gérmenes continúan multiplicándose en el intestino y se propagan con el excremento por varios meses después. Las aves afectadas de esta manera pueden morir de repente sin mostrar síntoma alguno grave.

Los palomos son afectados con un tipo más agudo de esta enfermedad, en la cual los síntomas aparecen sólo un poco de tiempo antes de la muerte. Generalmente, están entorpecidos y soñolientos por un día o dos, y algunas veces tienen una forma crónica, caracterizada por diarrea y pérdida de peso.

Los gansos con *coccidiosis* en los riñones pierden carne rápidamente, sin causa aparente, y se ponen muy débiles y casi incapacitados para andar. Permanecen quietos la mayor parte del tiempo, con el vientre descansando en el suelo. Algunos de ellos llaman la atención por descansar en su espinazo con sus patas muy separadas, y si se colocan de pie dan unos cuantos pasos, caen, y vuelven a tomar la primera posición. En todos estos casos, las aves pierden su apetito y continúan poniéndose más débiles hasta que mueren.

Tratamiento. El tratamiento que ha obtenido mejor éxito ha sido poner 3 granos de caparrosa (Sulfato de hierro) en un cuartillo de agua, o 15 granos de cato en un galón de agua, que se da a las aves para beber. También se les debe dar de vez en cuando una dosis de calomelanos (de ¾ a 1 gramo) o de aceite de ricino (de 2 a 3 cucharaditas). Igualmente, se les puede dar



Gallina de la raza "Sicilian Buttercup"

aceite de ricino que contenga de 5 a 10 gotas de aceite de trementina en cada dosis.

Como este germen se trae a los gallineros con las aves o huevos para incubar, obtenidos de planteles infestados, o por palomos que vuelan de un lugar a otro, se deben observar las precauciones necesarias para evitar tales medios de infección. Las aves y huevos se obtendrán sólo de planteles que se saben están sanos, y se excluirán los palomos de los corrales de gallinas.

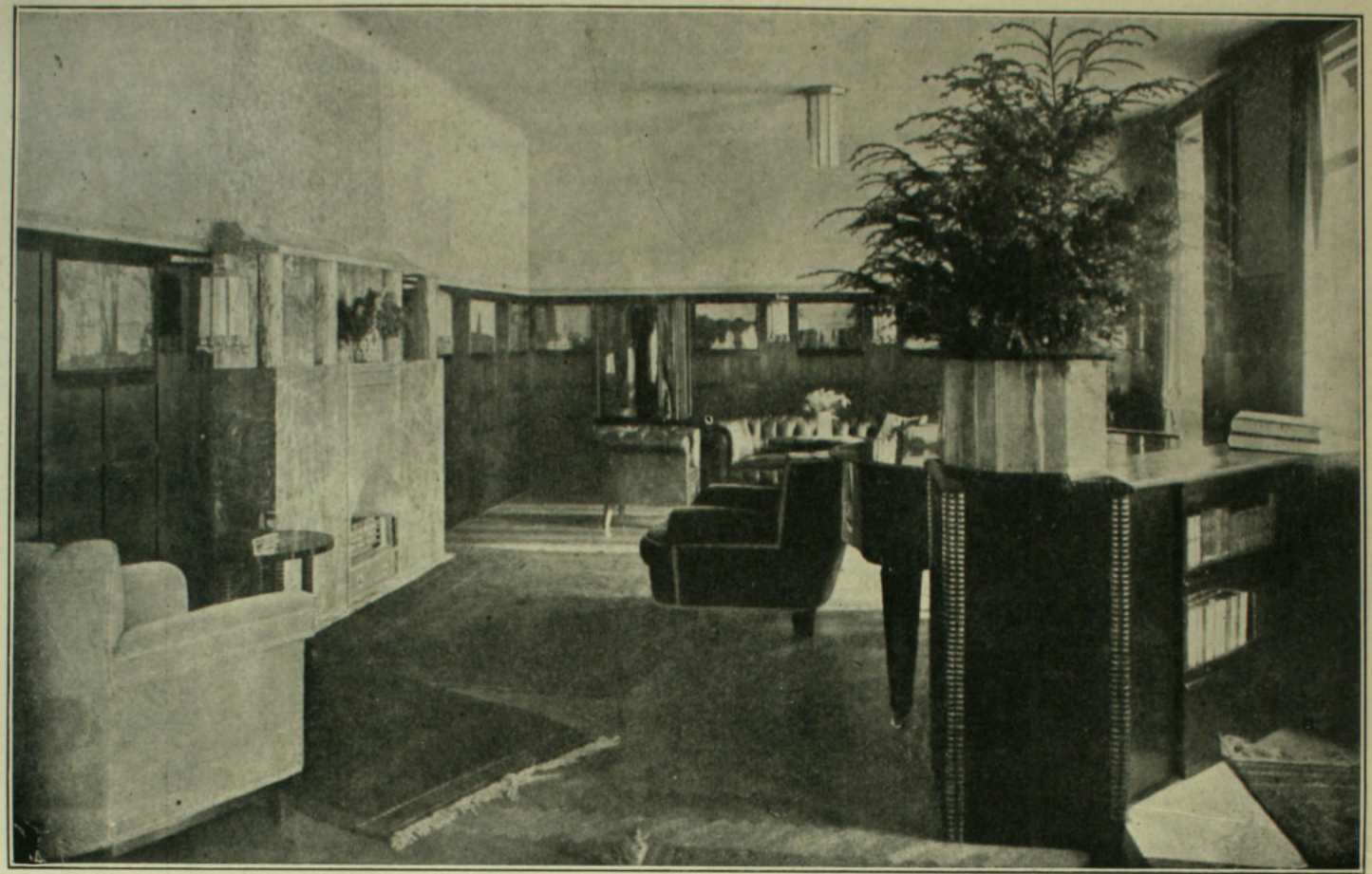
Esta forma de contagio es muy difícil de hacer desaparecer, y se deben usar los desinfectantes más enérgicos. Una mezcla que contenga 10% de la solución compuesta de cresol no es demasiado fuerte.

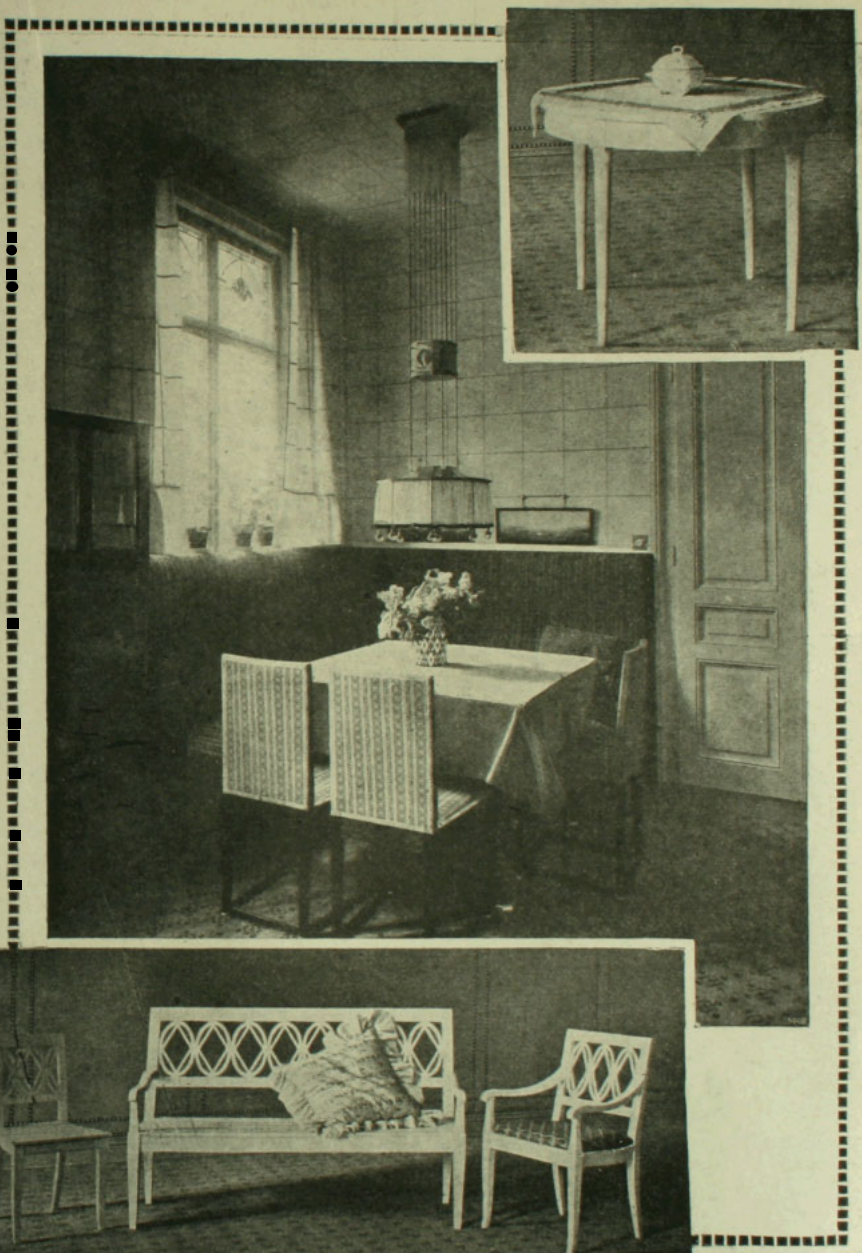
Se deben quemar los cuerpos de las aves muertas.

Carro del ferrocarril equipado para dar conferencias sobre la cría de aves de corral a los agricultores en los Estados Unidos. En todos los pueblos hace paradas.

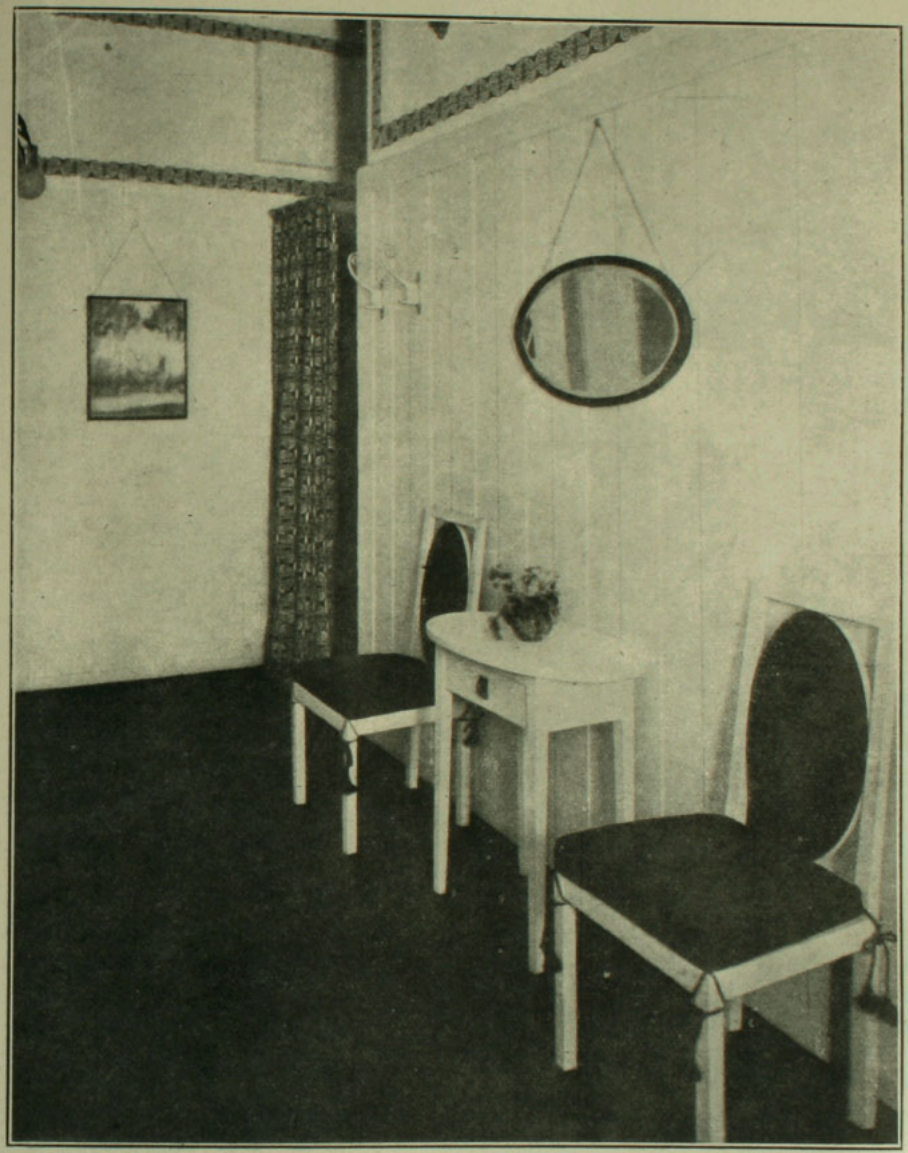
EL CONFORT EN LA CASA MODERNA

"Nada más difícil que saber tener y mantener una casa", escribía madame de Stael. El interior de una morada denuncia el carácter y el gusto de su dueño y si el observador es agudo podrá ver en cada detalle un matiz de su inteligencia y una inclinación de su gusto en todo lo que toca a la estética íntima doméstica. Ved, por ejemplo, esta serie de grabados que fueron premiados por una revista inglesa y una alemana como presentaciones a un concurso abierto por una agencia de publicaciones y de muebles, sobre el arte de arreglar una casa moderna. No sólo veréis en estos gra-





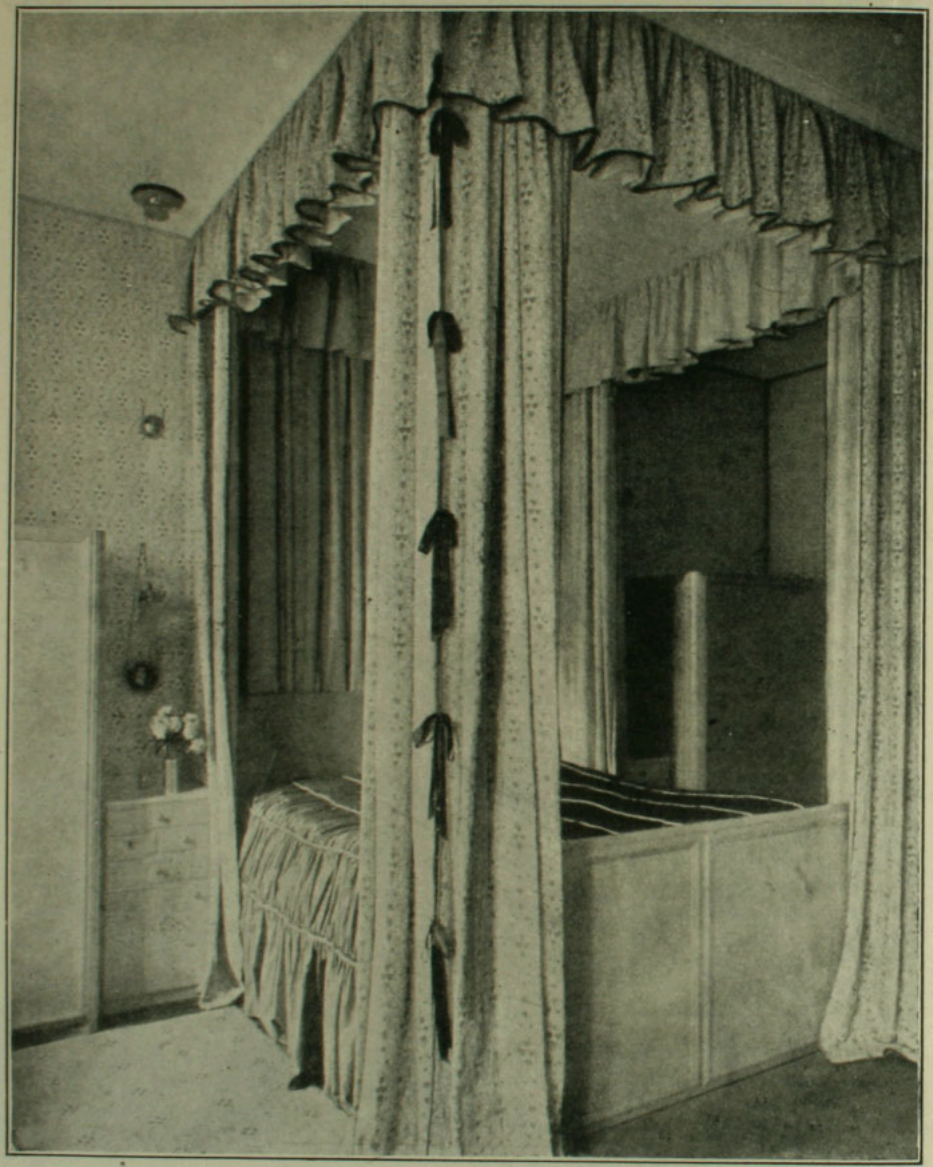
bados rincones bien ordenados y escaleras suntuosas en fuerza de ser sencillas, sino que también se encontrará en ellos hasta detalles de muebles tan discretos como simples. Porque el concurso se basaba no sobre el arte de mantener bien arreglada una casa de lujo, sino que sobre el ingenio y la habilidad de mantener una casa de un mo-



do elegante con pocos recursos; no derrochando para ello una fortuna sino que el modesto haber de un empleado que hace una vida modesta y tranquila.

En cualquiera casa se encontrará la distribución que vemos en los presentes grabados: la situación de la escalera, del hall y de las piezas. Y, por lo tanto, cualquiera persona puede ordenar su hogar siguiendo los modelos adjuntos, sin emplear para ello crecidas sumas de dinero.

Todo requiere arte e inteligencia. Muebles cómodos que se advierten en esos grabados puede tenerlos quien quiera que posea una renta modesta. Sus maderas son baratas y sus tapices sencillos. Lo que realza



más el ornato de esas piezas y de esos halls es su estilo moderno, su limpieza impecable y su orden sencillísimo. El gusto moderno ha destruído ya los tapices de costosas sederías y los artesonados de lujo. Bien se dijera que la rapidez de la vida contemporánea exige más ligereza y más tranquilidad en todo. Como se vive más de prisa es preciso aligerar todo: ya no gozamos de las horas de reposo necesarias para leer tres horas consecutivas en una severa poltrona de terciopelo antiguo; ni podemos transcurrir largas vigilias junto a la pesada estufa en que arde el leño como en los dulces tiempos medioevales. Todo es vertiginoso en la vida moderna. Y una casa actual debe reflejar también el ambiente en que vivimos.

A.

Recordando a Chopin

Según las noticias publicadas por la prensa de Varsovia, la iglesia en la aldea de **Brojow**, en la cual fué bautizado Federico Chopin, la destruyeron las tropas invasoras.

Por

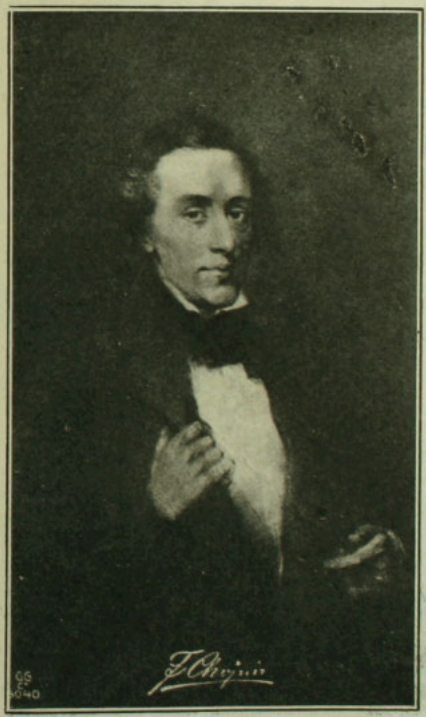
MIGUEL CHMYZOWSKI

Ilustraciones fotográficas

La memoria de Federico Chopin, como la de Mozart, Schiller, del poeta francés Alfredo de Musset o del inglés Shelley, es llena de una emocionante poesía. El era un genio apasionado por todo lo bello, por la necesidad de un supremo amor; creó obras admirables y murió joven.

¿Quién no se siente emocionado por aquel destino? ¿A quién no conquistan los recuerdos relacionados con un nombre, que en medio del prestigio de la gloria parece reflejo de una melancolía inmortal? En realidad Chopin es un poeta, que por medio de una sublime armonía de sonidos expresa principalmente dos pensamientos: los sufrimientos de su tierno corazón y las impresiones sobre la naturaleza, los horizontes, campos, bosques y montañas de su país natal. Sus obras interpretan admirablemente la nostalgia, el ideal, la belleza, esta patria de grandes almas. A él lo persigue, lo atormenta el deseo de la perfección en su sentimiento, y precisamente entonces nos deja admirar sus más bellas melodías.

Chopin nació el 1.o de marzo de 1809, en la aldea de Zelazowa Wola, cerca de Varsovia. Su padre era un profesor francés, su madre una polaca. Era un niño débil, enfermizo, de una inteligencia viva y de carácter dulce. A la edad de nueve años, principió a estudiar la música, bajo la dirección de Adalberto Zywny, discípulo apasionado de Sebastián Bach. En seguida su maestro era Elsner. Recibido bastante temprano en uno de los principales liceos de Varsovia, por el empeño del príncipe Antonio Radziwill, ilustre protector de las artes y autor de una hermosa partitura de Fausto, Chopin pudo agregar a su cultura artística una cultura literaria, sin la cual la primera no puede ser completa. Las primeras composiciones de Chopin revelan, sin duda, la alegría de la juventud y la dicha de vivir, y aunque en ellas aparecen algunas notas melancólicas; sin embargo, no las domina todavía la futura tristeza fatal y



Chopin, retrato por Delacroix

Casa donde nació Chopin

tan característica. Mimado por su familia, profesores y amigos, Chopin tenía impresiones dulces y las expresaba en sus obras juveniles. Pero luego la lucha por la vida, la necesidad de crearse un nombre, junto con aquella fuerza misteriosa que obliga al pájaro a abandonar su nido en busca del espacio, trajeron para Chopin inquietudes, preocupaciones, diversas penas y hasta amargura; por eso en su música se siente un eco de quejas, tristeza, doloroso contacto con la sociedad...

Se ha dicho, que Chopin debe gran parte de su fama a sus "Nocturnos"; efectivamente, estas piezas incomparables, llenas de profundo pensamiento y pureza, pertenecen a sus obras más perfectas.

La muerte de Chopin es emocionante y armoniza con toda su vida. Murió del mismo modo que vivía, como un gran artista

Monumento a Chopin

Casa donde pasó su mocedad

y con el gesto de verdadero hombre superior. Después de su viaje a Londres, donde recogió sus últimos laureles, Federico Chopin volvió a París en enero de 1849. Le quedaban solamente ocho meses de vida De sus ventanas en la calle Chaillot, podía contemplar el hermoso panorama de París, la cúpula de los "Inválidos", el Sena y, en la lejanía, las colinas de Sévres y Meudon. En aquella época, éste era un barrio lleno de aire puro de los campos. Cada día el querido enfermo se debilitaba más. En los últimos días de septiembre se instaló en la plaza de Vandóme Núm. 11. Desde entonces sus días eran contados. Los ahogos no cesaban y Chopin deseaba la muerte, cuya llegada le parecía lenta. Para calmar sus sufrimientos físicos por una preocupación del espíritu, rogaba a su más querido discípulo, Guthmann, de tocar algunas me-

Región en la cual gustaba al músico pasear en su adolescencia

lodías favoritas o de leer ciertos capítulos del "Diccionario Filosófico" de Voltaire. Al fin se acostó para no levantarse más. Su hermana acudió de Varsovia; la princesa Marcelina Ozartaryska, verdadero ángel de caridad, se esforzaba en adivinar los menores deseos del enfermo. A medida que se aproximaba la crisis suprema, una resignación verdaderamente cristiana, llenaba su alma, siempre creyente y llena de fe en la misericordia infinita del Creador.

El domingo 15 de octubre, Chopin entró en agonía. Al médico que pretendía animarlo, dijo: "Es un verdadero favor que Dios hace al hombre dándole a conocer la proximidad de la agonía; este favor me lo hace ahora; no me incomoden!..." Lo esperaba la última alegría. La condesa Delfina Potocka, su discípula y amiga, prevenida sobre la inminencia de la catástrofe, había llegado apresuradamente de Niza. Como una visión de Dante, entró a la pieza del moribundo. Chopin levantó su cabeza, cuyas finas facciones se iluminaron en este momento por un relámpago, y dirigiéndose a la recién llegada, pronunció las siguientes palabras: "Es por eso que Dios se demoraba para llamarme ante Sí; deseaba dejarme el placer de ver a Ud." Como la bella dama, pálida de emoción, le hacía señas de guardar silencio, él agregó: 'Quisiera mucho oir una vez más su voz".

Era imposible no cumplir los últimos deseos de un moribundo. Delfina Potocka se acercó al piano y luego en la pieza silenciosa se dejó oir su voz vibrante y dulce.

Según unos, cantó el "Himno a la Virgen", de Stradella; según otros, la "Beatriz de Bellini", una de las melodías favoritas de Chopin, a quien parecía prolongarse la vida. "Qué hermoso! qué hermoso!..." fueron sus últimas palabras, y luego murió. Los funerales del maestro se celebraron en la iglesia de la Magdalena. El "Requiem" de Mozart lo acompañó en su último sueño. La señora Viardot-García y Castellan se sobrepasaron, y cuando Lablache entonó el "Tuba mirum", una profunda emoción dominó a la concurrencia. Meyerbeer personalmente dirigía la orquesta y Lefébure-Wély, tocaba el órgano, ejecutando los "Preludios" del difunto en "si" menor y "mi" menor. Este vivo recuerdo del gran músico arrancó un llanto de todos los pechos. Los restos de Chopin fueron enterrados en Père-Lachaise, al lado de Belelini.

La primera tierra que cayó sobre su ataúd fué aquella tierra polaca, que 18 años atrás la trajo Chopin en una cajita de plata de su querida Patria.

UN ARTE EXQUISITO

Julio Romero de Torres

Por

GINES DE ALCANTARA

Ilustraciones fotográficas

No puedo negarte a ti, quien fueres, que me siento cohibido y angustiado al tenerte aquí delante, después de haber deseado que me leas.

Hablar y desabridamente de arte, en una época terrible de hombres prácticos que se niegan a reconocer otro arte que el de ganar dinero, obliga a la actitud humilde del que solicita perdón, creyéndose importuno.

¡Pero, hay nada más delicioso que hablar a quien nos comprende cuando muchos no nos quieren oir! Por eso te elijo a ti, lector o lectora, que regresas de las vacaciones veraniegas, y traes dentro de ti mucha de la poesía pegadiza del mar o de la montaña. A ti lector o lectora, que no dejaste tu vida de Santiago, pero que en noche de estío deleitosa, sentiste—habla un poeta—cómo dejaba hondo surco de luz en tu alma la luciérnaga temblorosa entre el rosal trepador de un jardín donde soñaste amor y poesía a la luz de una luna de oro.

A ti te cojo de la mano, para musitar a tu oído: Loa de un embrujado pintor que ha acertado a pintar almas.

Allá por el año—de gracia para la pintura—de 1907, se envió a la Exposición de Arte celebrada en Madrid, un lienzo que la crítica reputó admirable, y que su autor había titulado "La Musa Gitana".

Julio Romero de Torres

Esta tela adquirida por el Estado español para el mejor de sus museos, fué seguida de otras de igual procedencia, que en concursos sucesivos levantaron gran polvareda y los más apasionados comentarios.

¿Quién era ese pintor, todo elegancia, que sin ascendencia artística fácilmente desentrañable, porque eran muchos y era él sólo, ofrecía en sus lienzos el alma entera de Andalucía, suavizada por dulcedumbres florentinas?

La escuela impresionista, cual los Aztecas adoradora del sol, que es el primer personaje de sus cuadros, arremetió contra esas telas, divorciadas de su tónica y por ende crepusculares y penumbrosas; que irradiaban, sin embargo, un poético luminismo difícil de encontrar aún en las de aquellos maestros que abominaban de la sombra.

Los todavía fervientes de una escuela de penúltima moda, que dió color a mamotretos histórico-trágicos, tronaron contra el pintor que llegaba a la fama sin ofrecer en sus telas, amores truculentos, locuras reales, ni suicidios frustrados.

Retrato de señorita

Y los que para vencer recurrían a la tierra, al paisaje contorsionado, o a lo pintoresco de la Historia, pintando lacerías y fufones, tal vez sonrieran ante esos lienzos, que hubiéranse dicho inspirados en aquel de los diálogos de Platón:

"Miro a todas las vírgenes bellas que acuden a las Partenopeas y de todas esas facciones compongo una hermosura".

Y Julio Romero de Torres, el pintor que tomando la ruta del ideal, se había encontrado con que también le llevaba a la fortuna, venía de Córdoba, la ciudad "osario de casas" que dijo Gautier, y en su arte ahincadamente representativo, en que otro gran andaluz reconocía:

"A la Andalucía toda
[sentimiento
indolente y triste, celosa
[y fanática
como tú la pintas, co-
[mo yo la siento"

no había rejas, ni chaquetillas cortas, ni cairreles de panderetas, ni faldas revolantes de *bailaoras*, ni siquiera claveles.

La tonalidad de los cuadros de Romero es la de un sol discreto y respetuoso que penetra por los altos paredones de una vivienda prócer, y se asoma sin franquear por temor a profanarlas, salas señoriales, que conservan sobre empolvados objetos algo del alma de otros siglos. Y, ¿qué es la actual Andalucía, sino encantado

palacio, do se vive de pretéritas grandezas, que envuelven el espíritu en una onda melancolía que le acaricia convidándole al ensueño?

Además, de esos lienzos que ofrecen la penumbra, porque cree su autor no da la paleta una tonalidad que iguale o pueda siquiera compararse a la del sol, se desprenden toda la espiritualidad, todo el encanto, que envuelven a las sombrías figuras de los grandes maestros de la pintura española, y unidos a ellas, y llevando como ellas, el tormento del ensueño, nos convencen que el crepúsculo convida más al éxtasis, a refugiarse en su "castillo interior", y es más dispensador de poesía que la alborada.

La Córdoba vetusta, llena de recuerdos y "carácter", es el jardín donde liba su fantasía, todos esos espirituales asuntos de sus lienzos.

Tal vez en esas calles silenciosas y desiertas donde se saborea toda la verdad del dístico maeterlinckiano: "O beata solitudo! O sola beatitudo!" fué donde sorprendió este sublimador de la mujer, a la que había de servirle de modelo para esos sus tipos femeninos que son su mayor acierto.

Porque la contemplación de las mujeres de Romero, hacen al espectador meditativo, y a poca disciplina mental que se tenga y a poco imaginativo que se sea, tiénese que pensar por concomitancia en esos problemas psicológicos que el artista plantea y resuelve en unas telas que dijérase esmaltes antes que lienzos.

El fondo de la ternura, de coquetería potencial que existe en el alma de la mujer, tiene policromada expresión en las creaciones de este exquisito. Y son de una expresión tan sobrehumana, que parece que en los labios de todas ellas va a florecer una voz

La dama del pañuelo

blanda, de agudos registros, que nos va a contar sus cuitas.

Creyéranse figuras escapadas de las grandes telas de los siglos XVI y XVII, áureos para la pintura española, que hubieran trocado sus severas vestiduras por la actual indumentaria y quisieran aumentar sus hechizos con la mantilla discreta, las tocas albas, o el rico mantón de alfombra....

¡Oh, los flecos todos voluptuosidad de esos mantones!

¡Oh, elegancia soberana de esas figuras de ensueño!

¡Y cómo la pintura deja de ser pintura en esos lienzos de los que se desprende tal encanto, que la poesía sigue a la par del espectador aún mucho después de haberlos contemplado.

Pero donde el arte de Romero se sublima hasta traspasar los límites de lo perfecto, es en el arte sublime del retrato. Esta especialidad refuerza en nuestro artista su carácter de pintor español por excelencia, puesto que también retratistas por excelencia fueron, el gran don Diego que nunca pintó el sol; Goya; y el Greco, hijo predilecto aunque de adopción del arte hispano.

Trinidad gloriosa que aprisionó en sus lienzos el espíritu recio y austero, heterogéneo y paradójico, de místicos y ascetas, señores y guerreros, conquistadores y validos, chisperos y manolas, reyes Mecenas y príncipes abúlicos.

No todos los artistas pueden salir airosos de un retrato, género artístico para el que hay que estar ungido con los óleos divinos con que el Arte confirma a sus elegidos, dándoles con ellos poderes de virtud para conquistar la Belleza.

Oleos maravillosos que comunican dotes de analista para penetrar bien las almas y el ambiente que las envuelve, y dones de poesía, que es síntesis y que nace del corazón, y que permitirá al pintor sin atender a la exactitud fotográfica de los rasgos fisonómicos del modelo, trasladar al lienzo, el alma, lo fugitivo, lo impalpable.

¡Oh, cosquilleantes retratos de graves señores, recién salidos de la peluquería, vestidos de impecable levita, con una mano en el pecho, la otra sobre mullida silla, la ilímpica mirada en el vacío, y por "fondo" una bien nutrida estantería cuyos flamantes libros no pasaron jamás del estante a la cabeza!

¡Oh, ingenuos retratos, pasmo de allegados, que contemplan satisfecho el favorecido, alelada su buena mujer, boquiabiertos sus hijos y ante los que el perro de la casa ladra, no sabemos si al pintor o al parecido!... ¡Qué elocuentemente habláis de la humana estulticia, y cómo hacéis volvernos hacia ti, mujer que Leonardo hizo de ensueño, para agradecer a tu embrujado mirar las dulzuras de todos los amores que recuerda, y a tu enigmático sonreir, la defensa de esa discreción femenil, tan en tela de juicio puesta!

Es la inmortal tela de Vinci, que puede ser cifra y compendio de la enseñanza de Sócrates a Parrhasio: "Lo esencial de la pintura es pintar el alma, lo más íntimo del sér", hermana espiritual de los retratos de Romero.

En esas figuras de mujer, aureoladas de poesía, de hechizo femenino, de manos largas y afiladas con dedos torneados cual huesillos; manos piadosas que deben deslizarse con suavidad de sombras cuando acarician: en esos ojos de mirar de iluminadas, intensamente expresivos, que se fijan en el espectador como queriendo consolarse de una pena sin fin, está la mujer española "bajo especie de eternidad".

La mujer española, que sueña siempre con un casto amor más fuerte que la muerte, y en cuyo espíritu hay mucho de la majestad sombría, de la fe consoladora, del fatalismo moro, de una raza sobre la que gravita la herencia de ocho siglos de dominación musulmana; que vivió las tragedias de Calderón, que saboreó los arrobos sin deliquios de su Mística, que se estremeció con las telas de Ribera, penetró las obscuridades de Gracián y levantó la fábrica imponente de "El Escorial" a la sombría majestad de la muerte. Raza que pone en manos de sus mujeres "El Tratado de la Conformidad" del hermano Alonso; y las hace suspirar con Fray Luis en "Pasión y Muerte de Cristo Señor Nuestro", y canta a la Virgen en coplas que llama *Saetas*; y resucita la tradición bíblica, haciendo bailar ante el altar de Dios a sus infantes, con movimientos a quienes la gravedad hace parecer litúrgicos...

Romero no es un "*fa presto*", no porque desconozca el surtido de recetas y triqui-

Pidiendo para la Virgen

ñuelas al uso, que permite a otros artistas improvisar un retrato en tres sesiones, de esos donde el abocetamiento juega a ser genialidad por no querer descubrirse como ineptitud o pereza, sino para asegurar a esas telas hijas de su espíritu, la larga vida que merecen.

Diez años persiguió Leonardo la embrujada sonrisa de Gioconda, diez años que son una provechosa lección para los impresionistas que no son Leonardo, y amenazan con no serlo en toda su vida.

Yo sé que Romero pinta por un procedimiento que sólo dos pintores utilizan en España que retarda la ejecución, pero que en cambio es el secreto del estupendo cromatismo de sus telas.

Y ese secreto que intencionalmente designo con pomposo nombre para desengañar en seguida a los incautos, consiste en preparar por sí mismo los colores. ¡Ya véis qué antigualla!

Romero los armoniza de tal suerte, que en sus telas, pintadas al óleo con veladuras por encima de las composiciones pintadas al temple en tonos más claros, los tonos de una vibración intensa, dice un crítico, se sobreponen en gradaciones esencialmente decorativas.

Otra de las particularidades de Romero, es que sus figuras no pasan a la tela desde su fantasía, ataviadas como al público se ofrecen, sino confirmando lo dicho por Cellini: "lo esencial en el arte del dibujo es hacer bien un hombre o una mujer desnudos".

El pincel las viste en ceguida, pero todas ellas—lo que sin duda les da carácter de vida indifundible—denotan perfectamente la estructura de su cuerpo.

Algo que caracteriza también a este pintor, y da alta nota de su habilidad de técnico es—aparte de sus fondos en que desarrolla siempre episodios que robustecen la idea expresada en el lienzo—la riqueza y suntuosidad de los trajes con que aparecen las damas que reproduce; trajes que remedan telas que contemplamos en las vitrinas

de un Museo, y que parecen combinados con dalmáticas aún saturadas de incienso.

Me han dicho que Romero los regala a las mismas damas que retrata, tal vez como recuerdo; y yo no lo pongo en duda, porque, a más que los artistas suelen usar de desasimiento cuando de bienes terrenales se trata, tengo para mí que Romero, más desprendido que Pico de la Mirandola, que dió la mitad de su fortuna por un manuscrito caldeo, daría la mitad de su vida por descubrir los hechizos que aún aprisiona el color.

No son los retratos femeninos de Romero blanduchos ni dulzones, de esos en que el modelo adopta posturas de circunstancia, y parece extraído de esa "pourriture exquise" que como fuente de inspiración, está, por desgracia, tan en boga.

Pasa tus ojos, lector, por estas páginas: detente primero en la reproducción que lleva al pie "Retrato de señorita".

¿No te parece oir la voz desfallecida del reposo inmenso en que yace Córdoba, del gran silencio de ese pueblo inmóvil, donde dejó su espíritu la raza bereber?

¿No es de pensar que esa mujer de airoso porte, aprisiona en sus manos cuidadas como flores, un libro de horas, donde con honda insistencia se habla del amor y de la muerte?

La tela que reproduce las gallardías de Pastora—a la que en seguida te remito—no ofrece osadías postalescas, que hacen en general de acicate para las innobles pasiones del gran público.

Dicen que esa mujer, con ojos de maleficio, de un verde cambiante como el mar, y como el mar profundos, baila con sumisiones de posesa al demonio del Ritmo que lleva dentro.

Y que cuando terminados los lamentos de la copla, siguen los señoriales movimientos de la danza, una alucinación pesa sobre el público, que ve en ella la evocación semoviente de la España.

Romero ha sintetizado todas estas emociones en un admirable retrato, y en alarde de videncia colocó de fondo, a más de la Torre del Oro que se percibe apenas, el Llano famoso de Sevilla, donde un garrochista cabalga entre varias reses bravas.

Andando el tiempo, la Imperio (que en el ánimo de don Ramón del Valle Inclán, comparte con la divina Sarah la suma emoción estética), debía casarse con un rey de los carteles taurinos: el espada "Gallo"

El retrato de Adela Carbone, comedianta exquisita, tiene toda la elegancia espiritual de la figurita de Tanagra que la actriz sostiene en sus manos.

Y haciéndote gracia, lector, de todos los favorables comentarios que sugieren: "El Retablo del Amor"—políptico adquirido por un gran museo—"Pidiendo para la Viegen", "Las dos Sendas", "La Sibila de la Alpujarra", la obra entera de Romero para que la cita acabe, llegó a "La Consagración de la Copla", donde algunas de nuestras figuras conocidas se agrupan formando un solo lienzo.

El auto-retrato de Romero se ofrece a la vera del corvo perfil del Califa de la torería "Lagartijo", (cuyas famosas largas ha adaptado nuestro pintor a muchas de sus creaciones femeninas) y sin el "pavero" que sombrea la cara del más grande de la dinastía torera de los *Rafaeles*, dijérase la efigie de un emperador romano de los que batían moneda con su estampa.

Esta tela que fué en la enconada lucha entre detractores y fervorosos de Romero, lo que el punto de inflexión en las curvas matemáticas, valió al pintor que un jurado de la opinión, le consagrara artista soberano al obsequiarle una medalla.

Y como los aplausos y el encomio suplen ausencias de "estetómetro", bueno es decir que las admiraciones con que podemos medir la hermosura de la producción romeriana pertenecen a los sumos estetas españoles, a los grandes señores de ese arte.

El manco genial de "los barbas de chivo" que dijo Rubén, el audaz marqués de Bradomín, que no cree seguramente con el aforismo, que la "*virin medium consistit*", porque de melenas románticas dejó su cabeza al rape; el rebelde Príncipe de Paradoja, que acepta un credo político porque el carlismo llama Rey a quien no tiene probabilidades de serlo; y sueña con haber nacido fundador de una época en que todas nacen iconoclastas, es quien primero recaba el derecho de hacerse oir:

"En España hay sólo dos pintores, y uno de ellos es Julio Romero de Torres".

Acaso como emotivo no ha existido ninguno más grande en España. Tal vez ha influído hondamente en su alma el ambien-

te de su ciudad natal: Córdoba, que tiene el más alto abolengo latino, pues ella dió a la civilización universal a dos emperadores: Trajano y Adriano, a Séneca y al poeta Lucano. Este artista encarna una triple tradición: la latina, la árabe y la cristiana".

Jacinto Benavente, en cuyo espíritu maravillosamente ecléctico, parecen combinarse la serena grandiosidad de Shakespeare y el genio satírico de Cervantes, escribe sobre nuestro artista:

"Hoy me atrevo a opinar que no puede calificarse de insignificante una exposición en que figuran los cuadros de Romero de Torres. No sé a qué exposición habría que remontarse para encontrar algo parecido. Las frases admirativas están mal gastadas por el abuso, y no son obras que pueden elogiarse como se han elogiado tantas otras.

"Son piezas de museo, pero si a ese lugar son destinadas, no debe olvidarse que tenemos dos: uno ¡ay! llamado Moderno — aunque ya va pareciendo prehistórico—y el otro, el verdadero, el único, conocido en todo el mundo del arte, y Madrid por él, como Museo del Prado. Si los cuadros de Romero de Torres han de figurar entre sus iguales, sólo en este Museo deben hallar lugar, sin temor al fallo de revisión de los venideros.

"El baile andaluz, el verdadero baile andaluz, no el adulterado por escenarios franceses y españoles, es un ritmo sacerdotal, religioso, como Romero de Torres, pintor artista lo representó en uno de sus cuadros".

No es Julio Romero de Torres, Hermano de la Cofradía Murgeriana de la Bohemia, ni se toca de ancho chambergo, ni se anuda corbata volandera, ni lleva aires de "snob", ni decadente. Y lo que es más singular y raro, más contrario a la leyenda que nos pinta a los artistas enamorados únicamene de la gloria, Romero que habla de la pintura con la devoción de un creyente, y posee la gracia comunicante del bien decir, reserva la mejor de sus ternuras pa-

Retrato de la actriz Adela Carbone

ra referir las menudencias con que se teje en su hogar la vida cotidiana.

"Me casé a los veinte años, cuando mi mujer tenía quince. Era la chica más guapa de Córdoba", nos decía con frases netamente españolas en el curso de una conversación, ceceando levísimamente. ¡Es tan madraza! (añadía de comentario), adora en nuestros chicos.

—Seguramente que alguno demostrará aptitudes artísticas, preguntamos, por decir algo.

—Sí, Julito, el mayor, dibuja... Pero yo no quisiera que fuera pintor, respondió ingenuamente el autor de tanta gloriosa tela.

Y nosotros, al pensar qué débil valla a los asaltos de la Quimera, sería la voluntad de ese padre también artista; creíamos ver todo un mundo de desfallecimientos, de injustas críticas, de luchas cuerpo a cuerpo con la vida, en esa frase, que pretendía ser una aspiración y era toda una queja.

¡Yo no quisiera que fuera pintor! y Romero entornaba los ojos con gesto que le es habitual, como acostumbrado a vivir (ausente del mundo exterior), la áspera vida del buscador de lo ideal, del obrero del ensueño, que mucho ha buceado en el mar de las almas, y hondamente meditado en los complicados problemas de la belleza...

Yo ignoro si Romero puede conocer en sus telas el alto y puro sueño de su mente, ni si cree, como muchos creemos, que ha hecho obra definitiva; pero sí, me atrevo a asegurar (o mucho me equivoco) que él piensa con modestia de esos hijos de su espíritu, lo que muchos padres pensamos de aquellos de nuestra carne: que aún reconociéndolos inferiores a otros, no los cambiaríamos por ninguno.

Ajustadas esas telas a los severos cánones de una depurada estética; demostración evidente de un dominio excepcional de la materialidad de la pintura, han sido todas ellas, al credo artístico romeriano, lo que la heroicidad al soldado, o el milagro al santo: confirmación de la fe, porque se vive y muere.

"La pintura, ha dicho Romero de Torres, debe ser lo que fué siempre, porque desde los primitivos a Goya pasando por tantos temperamentos y escuelas, el concepto fué el mismo, porque es eterno."

Valle Inclán, el gran maestro, lo ha dicho de la manera más concisa y feliz:

"Nada es como es, sino como se recuerda".

La pintura debe ser la verdad viva a través del recuerdo. En estos tiempos que todavía tiene cultivadores la pintura de una realidad fotográfica, los que tal hacen, sacan de bandera Velásquez, sin notar que ese sublime pintor, da una serenidad y un prestigio a la línea, al color y a la composición, que nunca tiene la realidad, y se encuentra tan lejos de ésta en un sentido ultra-realista, como el Beato Angélico con su idealismo maravilloso."

A quien conozca la ardua labor de este psicólogo erudito, y sepa que el espíritu se le pulveriza en la batalla que libra diariamente por esclavizar su ensueño, le alcanzará en seguida el por qué de las acerbas críticas de algunos detractores, que no pueden comulgar con su arte por no tener limpia el alma de las bajas impurezas de una rivalidad mezquina. A esos aguafiestas de la admiración que rebajan quilates a la potente originalidad de Romero, pretendiendo hacerla pasar por imitación afortunada, se les puede contestar con Benavente: "Los grandes artistas son quizá los menos originales; su obra es de todos, alma de muchas almas".

Y mientras tan encontrados juicios vayan pasando por las necesarias etapas depuradoras, aliéntenos el pensar que ante las embrujadas telas de Romero se han de detener en centurias venideras con la emoción comprensiva con que un día nosotros nos detuvimos ante la Bella Desconocida, de Donatello... Bellos y desconocidos serán también para entonces, los melancólicos rostros femeninos que hoy pinta Romero... Y no es aventurado creer que ante esas telas que el Misterio había tocado con su vara florece el sortilegio, y ante esos ojos que entonces como ahora, hablarán de amores infinitos, se han de recordar los versos de otro español también destinado a la supervivencia:

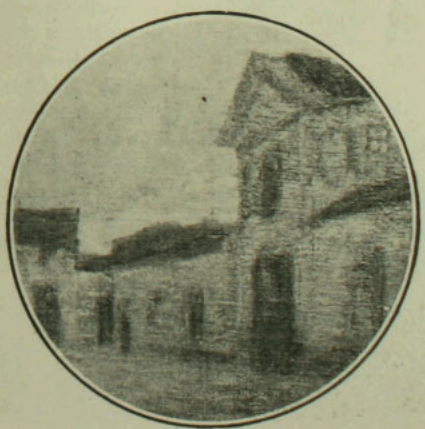
¡Alma del silencio que yo reverencio
tiene tu silencio la inefable voz
de los que murieron amando en silencio;
de los que callaron muriendo de amor;
de los que en la vida por amarnos mucho
tal vez no supieron su amor expresar!
¿No es la voz acaso que en la noche escucho
y cuando amor dice, dice eternidad?

Los cuadros de Lobos

Por M. L

Es, en realidad, de una vivificante frescura la vida, y una inagotable fuente de ideas artísticas, esta sinceridad del arte que, en todo momento, interesa, y en mayoría de los casos, salva al artista de los enredijos de las ideas estéticas o del camino señalado de antemano por las escuelas.

Y si esta sinceridad, semilla del arte, está regulada, si pudiéramos decirlo, por la conciencia del artista, tendríamos la concepción más perfecta del arte, la que tuvieron los griegos al unir, con instructiva sabiduría, lo subjetivo con lo objetivo, la fantasía exuberante con la realidad equilibrada...



Casa colonial

Repasando estas manchas de Lobos, trozos de vida cogidos rápidamente por el pintor, enamorado de cuanto rincón de realidad hería su pupila, siéntese, en primer lugar, una impresión borrosa, algo así como contemplar a Santiago desde el Cerro Santa Lucía: una bruma azulosa que borra todos los contornos las luces demasiado fuertes, los puntos exagerados, todo lo que sobresale inarmónicamente; pero sin ahogar en su descolorida gasa las notas culminantes, el relieve espiritual que surge imponderablemente preciso de entre esos flecos de nieblas.

La pupila del joven

Paisaje

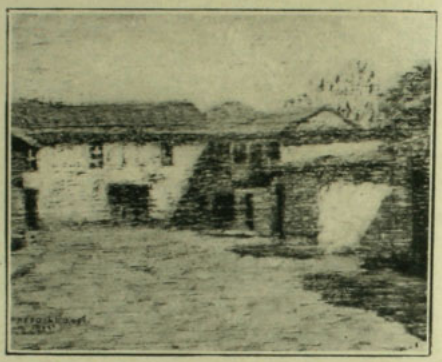
pintor no es una pupila clara, enamorada de los paisajes a pleno sol, él no parece buscar la eterna canción del sol inundando el paisaje o la verde crispatura espumosa de las olas del Maule, río, meditabundo y reconcentrado desprecia los contornos y líneas y busca en el paisaje una ruta característica, un alma diluída en él, que sólo su temperamento percibe e interpreta, pero que convence porque la realidad sincera es madre y señora de su concepción artística.

Apunte

Así, pues, pensamos que Lobos está muy bien interpretando la naturaleza en invierno, la tristeza otoñal de un zaguán de la Colonia, vivero de añejas tradiciones patinados; descoloridos como viejos óleos, pero lleno de una sacra poesía muerta, la bruma posada sobre el río, como un dolor gris sobre un alma que sufre. Los lánguidos lanchones dormidos a la margen sobre cetáceos varados; todo eso que tiene en sí una inmovilidad soñadora, triste, llena de unciosa poesía, y de realidad sin abalorios, encuentra en el alma de Lobos su nota armónica, recordando el secreto que duerme en la cristalina fragilidad de los cristales de Bohemia.

En cuanto a su procedimento como pintor, no puedo hablar.

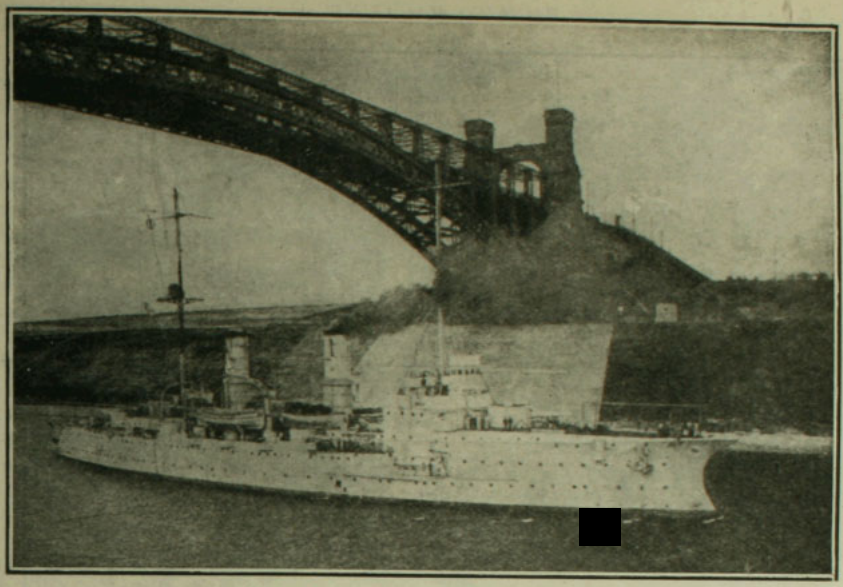
Este divino arte del color lo conozco sólo



Otoño

por los ojos y por él lo juzgo... Es posible que en esta forma, no percibiendo detalles que sólo los técnicos pueden percibir, la frescura de vida que hay en el pintor resalte más vivamente, surja clara, sin falsas interpretaciones, de la tela, donde, por encima del mecanismo de los colores combinados en la arlequinezca sucudad de la paleta, está limpia y pura el alma del pintor.

Felicitamos a Lobos sinceramente por esta nueva confirmación de su talento, que, además, tiene particularmente para mí su acendrada nota nacionalista, su amor a las viejas casas coloniales, tristes y pesadas como un viejo de nuestros campos y su amor por el Maule, la ribera nativa que surge a pequeños trozos palpitantes en numerosas telas de la Exposición.



El gran puente del ferrocarril que cruza el Canal

La "Llave" de entrada a dos Mares

Las maravillosas represas del Canal de Kiel que conectan el Báltico y el Mar del Norte.

Por

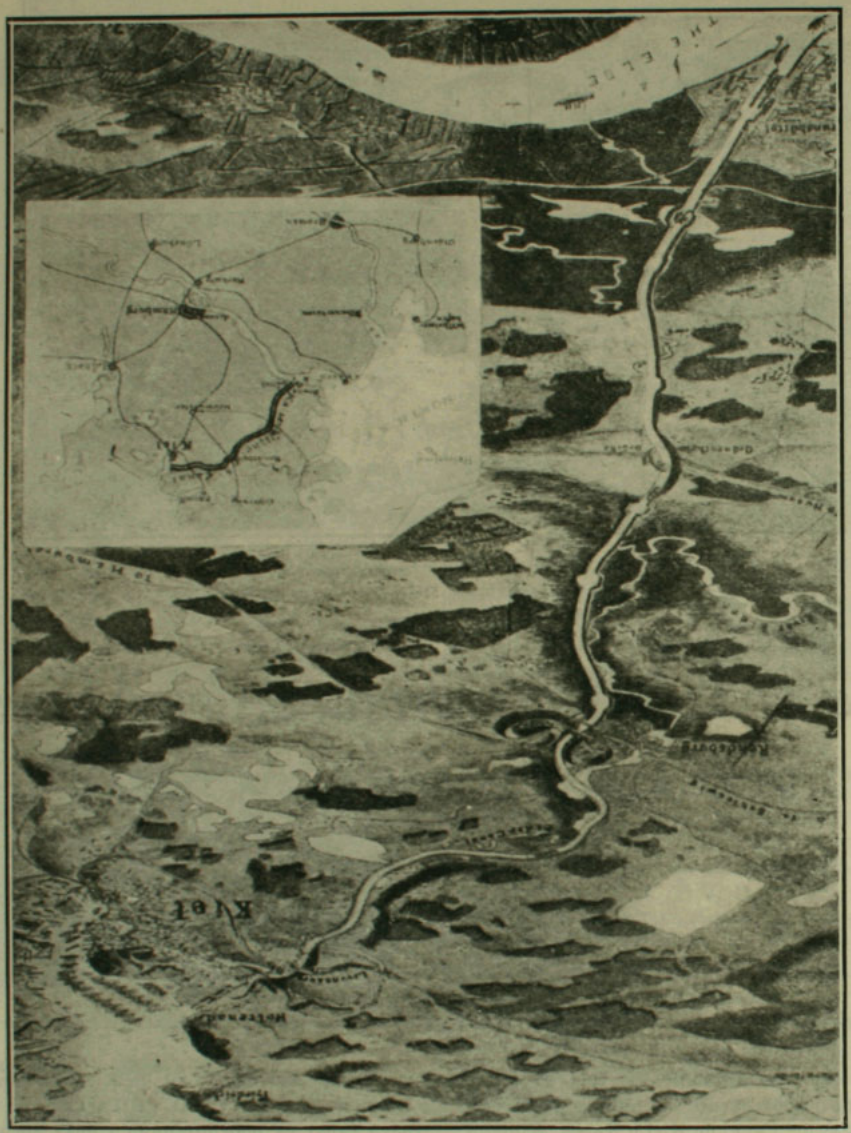
H. J. SHEPSTONE

Ilustraciones fotográficas

En el mes de junio de 1914 el Kaiser inauguró oficialmente las nuevas gigantescas represas del Canal de Kiel o Kaiser Wilhelm; represas construídas al mismo tiempo que se ensanchaba, se dragaba y se mejoraba esta maravillosa y ciclópea vía artificial, destinada a comunicar los mares Báltico y del Norte. Los detalles de esta magna obra se guardaron con discreto silencio y esto es tanto más sugestivo cuanto que su ejecución costó al Imperio alemán más de doce millones de libras esterlinas y a pesar de constituir su realización una de las obras más admirables de la ingeniería moderna. Las nuevas represas del Canal de Kiel son mayores que las del Canal de Panamá y el nuevo canal es más profundo y más ancho que cualquiera otro en el mundo.

Los alemanes nada dijeron acerca de las obras de mejoramiento efectuadas, que le daban más anchura y profundidad que el Canal de Suez y el de Panamá; ni tampoco intentaron describir las maravillas de las nuevas represas que son más largas, más anchas y de mayor altura que las colosales estructuras de concreto fabricadas al través del istmo americano.

¿Por qué guardaron tan discreto silen-



Lo que significa el enorme trazado del Canal, una de las mayores obras de la ingeniería moderna

cio? Ciertamente este no era motivado por un exceso de modestia de parte del Gobierno alemán o de sus súbditos; ni tampoco se debía a su incapacidad de revelar al mundo la tarea que habían realizado.

Ninguna nación aprecia tanto como Alemania el valor real del aviso. En cuanto a publicidad las fábricas e instituciones mercantiles, así como también los Gobiernos mismos, tienen mucho que aprender del Teutón. No; la razón que indujo a los alemanes a ocultar a los ojos del mundo la magna y admirable obra del Canal de Kiel, era porque esta vasta empresa era ejecutada con propósitos meramente estratégicos.

La obra se acometió desde el primer mo-

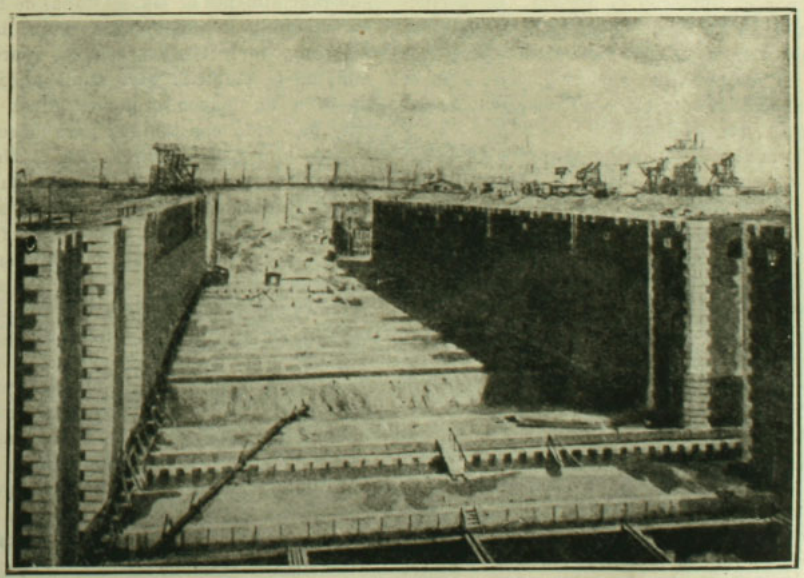
mento con febril actividad y se apresuró su terminación para que los últimos Dreadnoughts germánicos pudieran con celeridad trasladarse del Mar del Norte al Mar Báltico y vice-versa; consiguiendo con este medio que la escuadra alemana pudiera operar en ambos mares con algunas horas de diferencia. En una palabra, las nuevas represas de Kiel y el canal ensanchado y ahondado fueron el primer paso gigantesco dado por Alemania para enseñorearse de los mares del Norte de Europa.

Podemos formarnos cabal idea de la magnitud de la tarea realizada por los alemanes en esta obra gigantesca de ingeniería, que es la más más grande de las efectuadas en el Continente Europeo, si observamos que la anchura del Canal en su fondo ha sido aumentada de 72 a 144 pies; su profundidad de 29 a 40 pies y su anchura a flor de agua de 220 a 334 pies. Las nuevas represas construídas en sus respectivas entradas son las más colosales estructuras de concreto que existen sobre la faz del Universo. A lo largo de sus orillas se han construído numerosas darsenitas en las cuales pueden situarse los buques anclados cómodamente. Los puentes de ferrocarriles de elevado nivel y de caminos, que cruzaban el Canal, han sido reemplazados por estructuras de acero más modernas y más grandiosas.

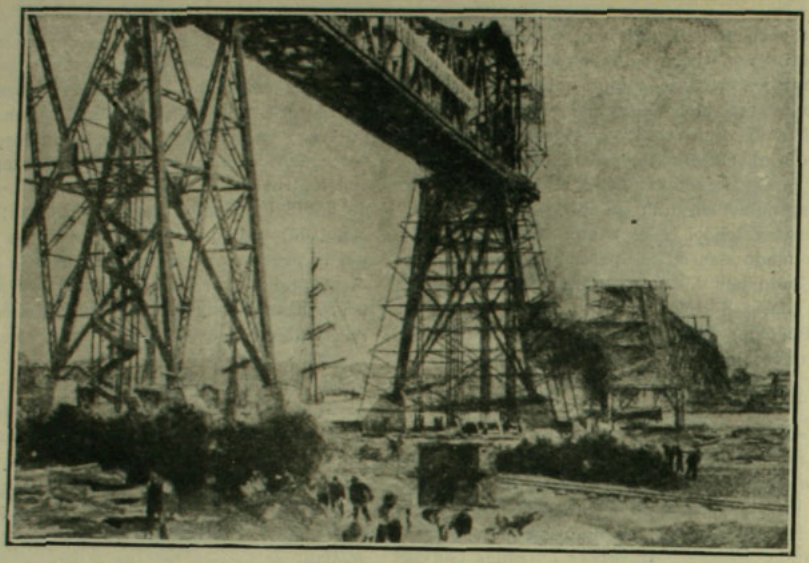
Para apreciar en su justo valor las dificultades técnicas y las maravillas de esta vía fluvial y marítima, es necesario comenzar por describir la construcción del Canal primitivo, y en seguida, anotar los mejoramientos recién terminados. El Canal empezó a construirse en el año 1887 y quedó terminado en 1895. Tiene algo más de 61 millas de longitud, así que en cuanto a extensión puede proclamarse como destinado a ocupar el segundo lugar, pues el Canal de Suez lo sobrepasa en longitud. El Canal de Panamá, en cambio, mide veinte millas menos de largo.

En cuanto a facilidad de comunicaciones el nuevo Canal de Kiel economiza dos días y medio de viaje, que antes se empleaban bordeando las costas de Dinamarca. Reduce la distancia de Londres a Petrograd en 238 millas y Hamburgo se aproxima por esta vía a la capital del Imperio ruso en 424 millas.

Cuando el puerto militar de Kiel llegó a ser el gran arsenal del Imperio alemán, se unieron a la facilidad de comunicaciones las consideraciones de su gran valor estratégico. Antes de la guerra Franco-Alemana en 1870 el Gobierno alemán había resuelto construir el Canal. Diversas circunstancias motivaron el atraso de la inauguración de las obras y sólo en octubre de 1887 dió el



Un dique



El gran puente para el ferrocarril y apoyo de las grúas que trabajan en el Canal

primer azadonazo el Kaiser Wilhelm I, abuelo del actual Emperador.

Al revés del Canal de Suez, el Canal de Kiel es una empresa gubernativa y está enteramente bajo el control de éste. Dos tercios del costo de las obras fueron desembolsados por el Gobierno alemán y un tercio por el Gobierno de Prusia. La corrección sistemática, que constituye la nota característica de la moderna Alemania, es decir, en sus empresas comerciales, ha sido la nota sobresaliente en la construcción de esta gran obra nacional.

El canal fué entregado al tráfico en la fecha señalada de antemano y no se invirtió un solo centavo fuera de la suma presupuestada; necesitándose ocho millones de libras esterlinas para las obras de mejoramiento; no hubo un solo accidente fatal o de grandes consecuencias durante los ocho años que duró su construcción. El costo total de la yarda cúbica de dragaje fué el más bajo de cualquier otro gran canal, sumando 1 s. 6 d., en cambio, de 4 s., 5 s. y 25 s. en Suez, Manchester y Panamá, respectivamente.

El volumen total de excavaciones extraídas del Canal primitivo fué de 104.630,000 yardas cúbicas. Debemos manifestar que para efectuar las recientes obras de mejoramiento hubo necesidad de procederse a extraer 130.000,000 de yardas cúbicas. Esto significa que la excavación total del Canal de Kiel equivale a la del Canal de Panamá, en el cual fué necesario hacer un corte inmenso a través de unas cadenas de montañas.

Las represas del Canal de Kiel difieren substancialmente de las del Canal de Panamá en cuanto a la misión que están llamadas a desempeñar. Mientras que las represas en Panamá se emplean para subir y bajar las naves a un mayor o menor nivel, las de Kiel han sido construídas para hacer frente a la alta y baja marea. En el Mar Báltico casi no hay mareas, pero se ha considerado necesario que haya represas en el término del Canal para impedir el efecto de los temporales o rachas del nor-oeste que pudieran inundar las riberas del Canal. Así, pues, cuando las tormentas se levantan las represas de Kiel se cierran para impedir la entrada de las aguas turbulentas; pero, por lo general, permanecen abiertas las compuertas las veinticuatro horas del día.

En el río Elba, o sea en el extremo occidental del Canal, la situación es muy distinta. Aquí la marea tiene un máximum de 27½ pies y, en consecuencia, en cada reflujo, para mantener la profundidad de agua necesaria a la navegación, deben cerrarse las compuertas aunque los buques pueden siem-

pre pasar por ellas sujetándose sólo a las demoras necesarias para toda embarcación que tiene que atravesar canales cerrados con compuertas. Hay dos represas en cada entrada al Canal, colocadas una al lado de la otra, con el objeto de permitir, a un tiempo mismo, la salida y la entrada de dos naves.

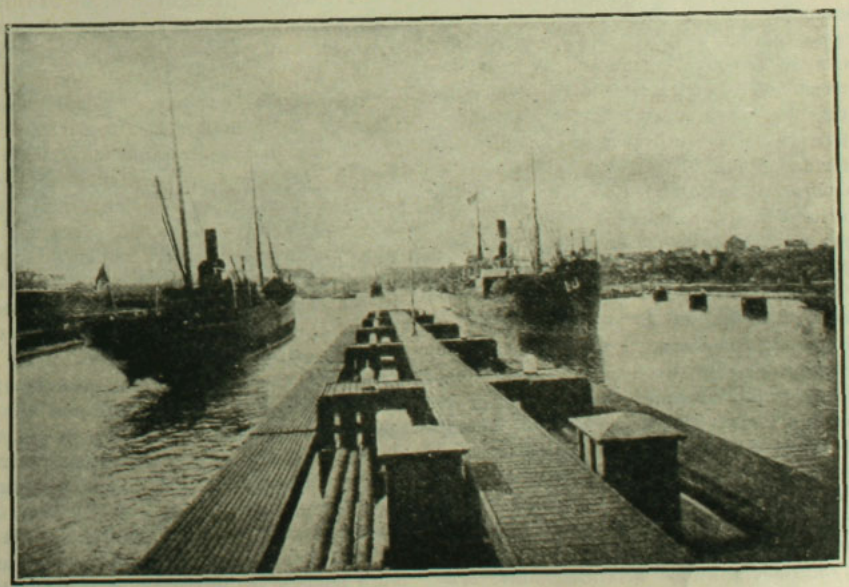
Las represas primitivas, cuando se construyeron por la primera vez, fueron justamente consideradas como obras de ingeniería muy importantes. Cada una de ellas medía 492 pies de largo, tenían una anchura de 82 pies y una profundidad de 32 pies. Sólo en época reciente, debido al considerable aumento en las proporciones de las naves mercantes y de guerra, tales como los grandes transatlánticos y Super-Dreadnoughts, no había buque que alcanzara una anchura de 82 pies; y, en consecuencia, estos últimos debían abstenerse de usar las represas primitivas a causa de su gran tamaño. Las naves excedían, por su eslora, la longitud de 492 pies, podían pasar en el transcurso de tiempo en que no era necesario cerrar las compuertas. Durante varias horas, cada día, el Canal permanecía abierto para cualquier buque que tuviera un ancho que no excediera de 82 pies.

El 20 de junio de 1895, el Kaiser actual, Guillermo II, entregó al tráfico naval el Canal de Kiel primitivo, recién terminado. La ceremonia fué, sin duda alguna, grandiosa e imponente. El Emperador de Alemania, acompañado de sus hijos, a bordo del yacht imperial "Hohenzollern" y seguido de veintitrés naves de diversos tipos, entró por las represas de Brunsbüttel a las 4 A. M., y llegó seguido de su comitiva a las puertas del Báltico a las 12.45 P. M. donde fué recibido con grandes saludos y otras demostraciones de regocijo de parte de los buques de guerra nacionales y extranjeros surtos en el puerto de Kiel.

Tal como se ha observado en otras construcciones de igual naturaleza, tratándose del tráfico de buques por este Canal, el primer año de su apertura el resultado fué altamente desconsolador. Se había calculado una entrada de £ 250.000 y la suma recolectada durante todo el año fué sólo de £ 45.000. Atravesaron el Canal durante aquella época 750 vapores y 9.300 buques de vela, la mayor parte de poco tonelaje. En el período comprendido entre 1896 y 1902, cada año financiero cerró con déficit, disminuyendo las entradas desde £ 50,000 a £ 11,000.

En 1903, sin embargo, se cambió de rumbos, y se notó, por la primera vez, una utilidad de £ 2.850, que ha aumentado constantemente, siendo la entrada neta el año que terminó en 1912 de más de £ 60,000.

En el año 1913 atravesaron el Canal



Uno de los grandes muelles del Canal

39,000 embarcaciones de todo género. En tiempos de paz el Canal está abierto a la navegación de todos los países del orbe, tanto para los buques de guerra como para los mercantes. En tiempo de guerra su uso está reservado puramente a los buques de guerra de Alemania. La travesía del Canal demora a un buque de poco calado un término medio de diez horas y quince horas a un navío de gran tamaño.

Tal como lo hemos manifestado anteriormente este pasaje marítimo fué construído principalmente con propósitos estratégicos para permitir a la escuadra alemana operar con eficacia y rapidez, ya sea en el Mar del Norte o Báltico. Cuando las represas de las entradas se hicieron estrechas para los nuevos barcos de guerra y cruceros, el Canal perdió momentáneamente su valor estratégico. Inmediatamente se decidió ensancharlo y en el Presupuesto de Marina del año 1908 el Gobierno alemán destinó la suma de £ 11.150.000 para realizar esta tarea.

Es curioso observar que esta empresa se aceleró como resultado de un accidente ocurrido al vapor belga "Palomares", de 1.300 toneladas de desplazamiento, el cual se hundió mientras cruzaba el Canal. Al bordear una de las curvas más acentuadas, el buque chocó con las obras de albañilería de los costados y se hundió en tal forma que impedía el pasaje de un buque por pequeño que fuera. Debido a que este percance era ignorado por los capitanes que seguían aquel mismo camino, o venían en dirección contraria, se aglomeraron muchas naves en los extremos del Canal. Diez días después la navegación quedó nuevamente restablecida.

Este desastre causó gran ansiedad en las autoridades administrativas del Imperio y las obras de mejoramiento se iniciaron sin ulterior demora. Según los planos, los trabajos debieron terminarse el mes de enero de 1915; pero, se ha comprobado, que todo estaba listo en junio del año pasado, justamente al declararse la guerra europea.

Habiendo comenzado la reconstrucción en el verano de 1909, ha demorado cinco años y el valor total ascendió a 12.000,000 de libras esterlinas. El mayor costo fué debido puramente a la febril actividad desplegada para terminar las obras en el último período de su conclusión. En el mes de octubre de 1910, un ejército de cuatro mil operarios acampaba en las orillas del Canal, dividido en veintidós diversos distritos. Más tarde este número fué aumentado, considerablemente, pues en un momento dado trabajaban catorce mil hombres, formando todo el trayecto del Canal una sola e inmensa factoría.

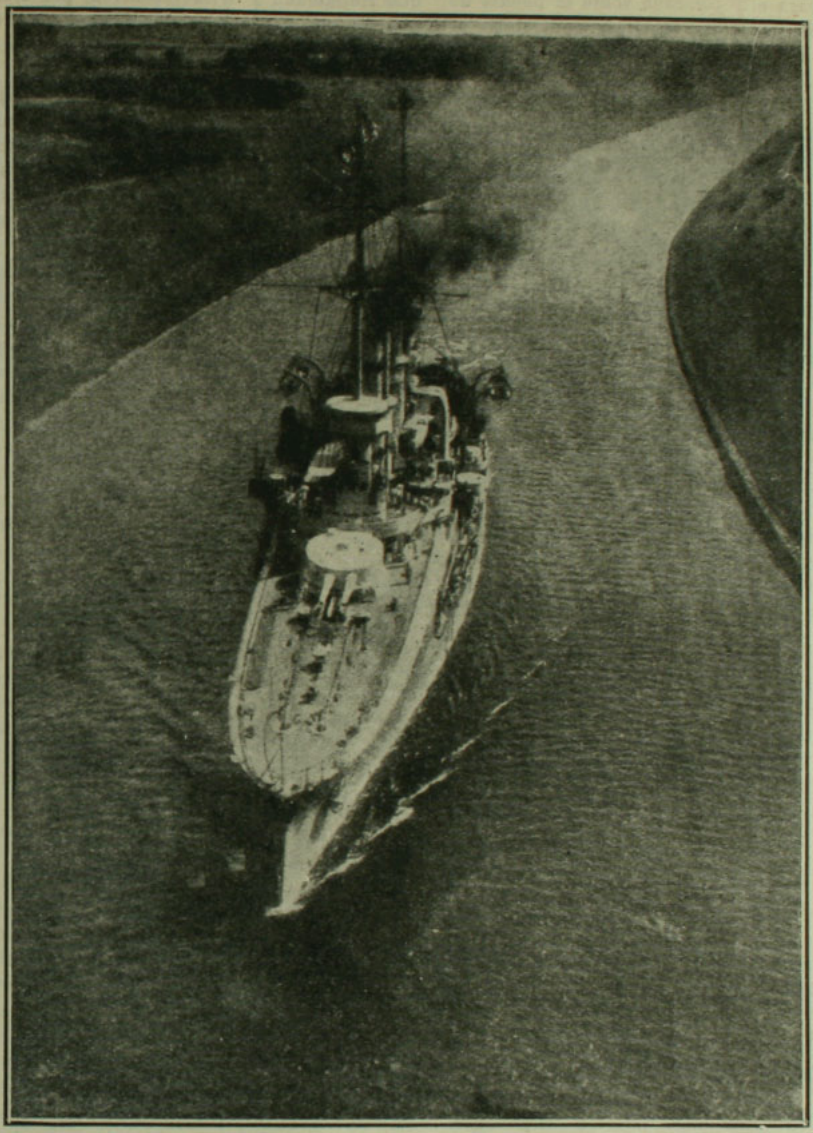
Cuando se sabe que las represas existentes fueron agrandadas, profundizándose y ensanchándose el Canal, reemplazando los puentes que había a través por otras construcciones modernísimas, suavizando notablemente las curvas del trayecto, terminando una instalación novísima de alumbrado, sin interrumpir la travesía del Canal un solo momento, debemos reconocer que el espíritu de organización administrativa ha alcanzado en este país un alto grado de perfección.

Naturalmente, la parte de más difícil ejecución y más costosa de todas las construcciones del Canal, lo constituyeron la reconstrucción de las represas. Son las más grandes que existen en el mundo. Su número es de cuatro, dos en cada entrada. Cada represa mide 1,150 pies de largo, 148 pies de ancho y 46 pies de hondura. Las dimensiones de las famosas represas del Canal de Panamá son de 1,000 pies, 110 pies y 39 pies, respectivamente.

Las represas del Canal de Kiel pueden usarse como gigantescos diques secos, extrayendo el agua por medio de grandes bombas. Así, pues, teniendo el canal clausurado, o aún un cánal parcialmente cerrado, la escuadra alemana tiene a su disposición cuatro gigantescos diques secos, dos a cada extremo del Canal.

Otra ventaja que se ha obtenido, gracias a las obras de mejoramiento, es la de que siendo la superficie del agua de 334 pies de anchura, los buques pueden cruzarse llevando el máximum de su velocidad. Se ha prestado especial atención a las curvas, en las cuales se ha ensanchado grandemente el nivel del agua. Además, en diversas partes del trayecto se han construído darsenitas las que se extienden en una longitud de 4,000 pies. En estas darsenitas, de las cuales hay un número total de once, una escuadra puede permanecer anclada en el Canal sin obstaculizar el tráfico.

En seguida, se procedió a reconstruir los puentes ferroviarios y de caminos reemplazándolos por puentes de acero que son una verdadera maravilla arquitectónica. El canal está cruzado por dos puentes carreteros cinco puentes de ferrocarriles y dieciséis lí-



Como se ve en el presente grabado, los buques pueden cruzar fácilmente el Canal...

neas de barcas y andariveles. Los puentes ferrocarrileros tienen una elevación de 150 pies sobre el nivel del agua. La extructura situada en Rendsburg, más o menos a medio camino del Canal, demoró tres años para construirse y es una maravillosa obra de ingeniería, siendo su largo total de más de doce cuadras.

Los accidentes que pudieran ocurrir durante la noche se evitan colocando a cada 800 pies poderosas lámparas de arco, que iluminan todo el curso del Canal, el cual puede cruzarse en la noche más obscura con regular velocidad.

Un escritor, al describir la ceremonia inaugural, refiere la forma en que el Kaiser presidió la ceremonia "en solitaria grandeza sobre una plataforma construída especial-

mente para él y colocada sobre el puente de su yacht imperial. Mientras contestaba el saludo, la brillante proa dorada de su yacht rompía lazos de cintas negras, blancas y rojas, que cerraban la entrada a las represas. Con este acto se simbolizaba el primer paso del Canal, notablemente mejorada, y fué seguido por un saludo de treinta y tres grandes cañones de las escuadras alemana e inglesa ancladas en el puerto de Kiel que disparaban con unísono estruendo.

Durante el banquete dado aquella noche memorable, el Kaiser pronunció un discurso en el cual dijo textualmente: "Debemos colocarnos en una posición tal, que nos permita cumplir una de las advertencias admirables del Canciller de Hierro; debemos vivir de tal manera que podamos decir en cualquier instante, que nosotros los alemanes tememos a Dios y a nadie más que a él en este mundo".

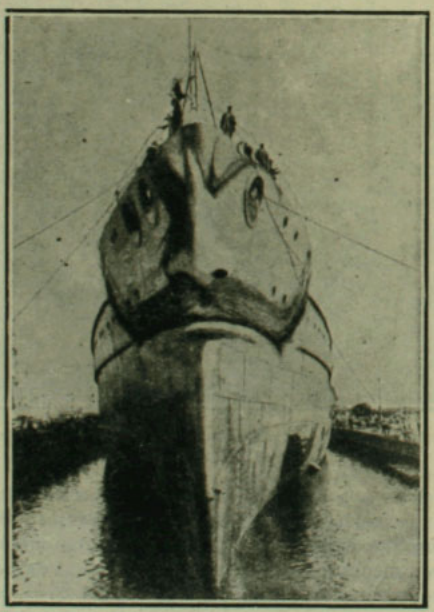
El Canal de Kiel está eficazmente protegido por grandes fortificaciones en ambas entradas, para prevenir un posible ataque de escuadras hostiles. La entrada por el Báltico está situada a dos millas al sur de Friedrichsort, en la cual las fortificaciones están situadas a 2,600 pies de distancia una de otra. En la entrada por el Mar del Norte, se encuentran obras de igual naturaleza que la protegen ampliamente contra un ataque por el mar abierto, pues está bajo el radio de acción de las fortalezas de la isla de Heligoland, las baterías de la isla de Nenwerk y los cañones de Wilhemshaven.

Puede afirmarse, dando una rápida ojeada al mapa, que Heligoland y Wilhelmshaven, por ejemplo, no está en la boca del Elba, sino a algunas millas al sur-oeste, en el estuario de Johde.

Sin embargo no se puede concebir que una escuadra hostil, en tiempo de guerra, cuando los faros son cambiados de sitio tendría la posibilidad de impedir a los alemanes situados en la desembocadura del Elba, de alcanzar el Johde con el fuego de sus cañones y con gran facilidad.

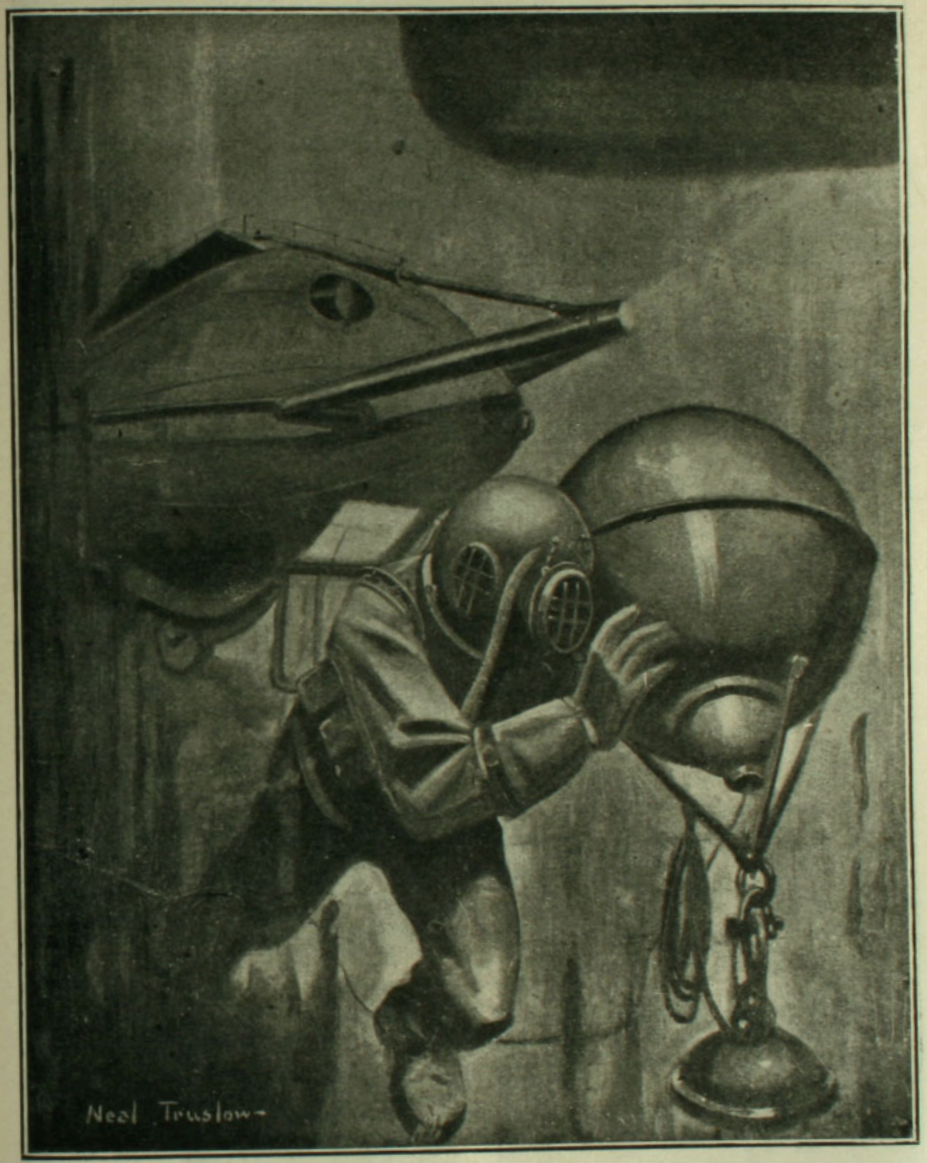
Los dos estuarios se reunen en un solo gran estuario, el cual en su mayor extensión es una vasta red de canales de difícil acceso, llenos de escollos y bancos de arena, teniendo a su frente la isla de Heligoland. Todos sabemos cuán bien fortificado ha sido este peñón, después de su cesión al Imperio alemán; y mientras sea posesión germana, el espacio del mar que ella domina, a lo menos, mientras exista una escuadra alemana, ella será una vía netamente teutona.

Hemos visto las razones estratégicas que han inducido al Gobierno alemán a gastar 12.000,000 de libras esterlinas en mejorar el Canal de Kiel y hemos visto también cómo con Wilhelmshaven y Heligoland, este rincón del Mar del Norte, ha llegado a ser una base formidable de la escuadra alemana imposible de atacar por el mar abierto.

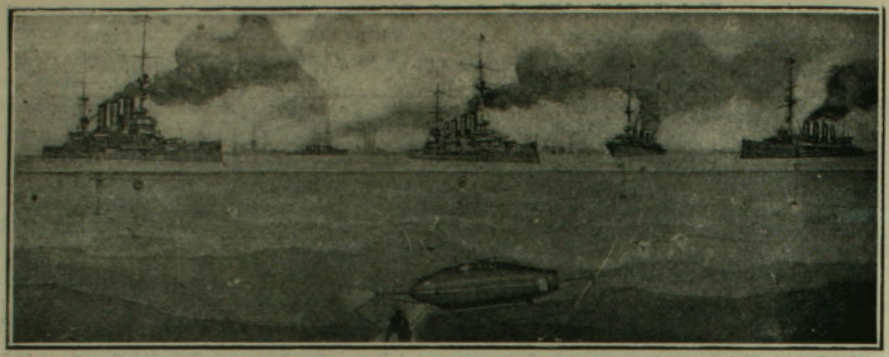


Fué esta acertada combinación de poderío militar, lo que indujo al gran señor de la guerra, al contemplar las obras que preparaba para un día no lejano, a exclamar que los alemanes no temían a nadie en este mundo sino a Dios.

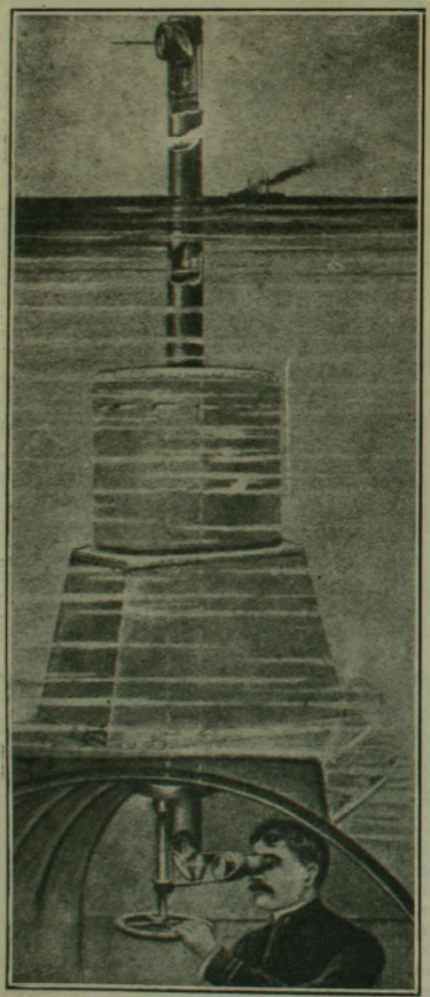
BUZO SALIENDO DE UN SUBMARINO PARA COLOCAR UNA MINA



En la actual guerra la bomba submarina desempeña un papel tan importante como la gruesa artillería en las batallas campales. En los grabados que reproducimos en estas dos páginas se ve claramente cómo se instala, se prepara y cómo queda colocada una bomba para que se presente como el sebo en el cual los grandes dreadnoughts vayan a perecer irremisiblemente. Solamente los submarinos pueden esquivar tales enemigos silenciosos cortando sus hilos conectores. Sin embargo, todo eso requiere un cuidado especial, pues las bombas modernas son celosas y estallan fácilmente, al menor roce o ante el menor objeto que se les interpongan. En el caso actual los buques que realizan los ataques contra los Dardanelos han probado claramente lo difícil que es destrozar una bomba con todos sus enjambres submarinos. Más de un buque inglés o francés ha perecido ya en la tarea y eso que están en los comienzos.

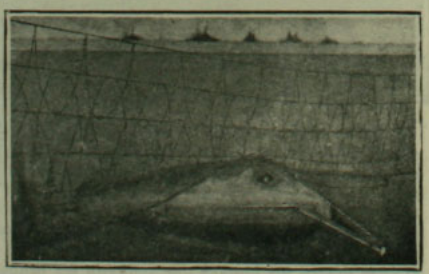


Los submarinos colocan minas por medio de buzos que salen por un compartimento especial situado a proa



El oficial de servicio de un sumergible al observar por el periscopio

Las defensas del submarino Lake le sirven para atravesar los campos de minas ancladas en el fondo del mar



Un submarino pasando debajo de una red de defensa por medio de brazos salientes de acero que se le agregan con este objeto

Novela

Por la

BARONESA DE SUTTNER

Continuación

El joven artista comenzó con el "Arenque salado", de Carlos Cros, un arenque seco, seco, seco, que, colgado de un hilo largo, largo, largo, es arrojado por encima de una pared blanca, blanca, blanca todo

Para fastidiar a las personas graves, graves, graves,
y divertir a los niños pequeños, pequeños, pequeños.

Pero el público se quedó frío, frío, frío.

—Por fin... Por fin, vuelvo a ver a usted, Condesa... Déjeme usted decirla...—comenzó a hablar Witterstein.

Pero el cómico recitó otra composición, y en seguida la cantante se lanzó a interminables variaciones. Ise se volvió, al notar que la daban en el hombro con un abanico.

—Buenas noches, querida—dijo la señora de Orsakoff.—Me he acercado a usted silenciosamente, en medio de esta gritería. Por fin puedo darla la mano. Quisiera someter a usted un proyecto.

—¿Qué proyecto?—preguntó Cari.

—Tengo ganas de organizar una partida de campo y pasar juntas todo un día alegremente, en pleno aire. ¿Les agrada a ustedes?

—Ciertamente.

La Marquesa fué invitada por la Orsakoff, así como Witterstein y el duque Emilio.

—Llevaré también al Príncipe Arlán y a un americano muy original—añadió ella,—un muchacho encantador.

—Será verdaderamente cosmopolita—replicó el Duque.—Europa, Asia y América, estarán representadas dignamente. ¿No puede nadie proporcionarnos un africano?

Se citaron para el día siguiente, con el objeto de fijar el día y el lugar de la excursión.

El estrado fué asaltado de nuevo por un pianista, que lo ocupó durante tres cuartos de hora. Witterstein trató en vano de hablar en voz baja con su vecina, pero ésta le impuso silencio. Cuando se hubieron agotado los placeres artísticos de la noche, los individuos se dirigieron al comedor, en donde estaba servido un suntuoso *buffet*, bajo la celosa inspección de los "maîtres d'hotel".

—Querido Duque—dijo Cari a su caballero,—me aburro soberanamente.

—Lo comprendo; todas estas gentes parecen cumplir con un deber penoso. Nada hay tan triste como una fiesta sin alegría.

Isi no se aburría. La presencia de Witterstein bastaba para que aquellos momentos

fuesen para ella interesantes y dignos de ser vividos.

VII

"Llegado ayer bueno París. No sé cuánto estaré. Mi pensamiento al lado de Gertrudis.

Witterstein, hotel Continental."

Este telegrama llegó al castillo de Stockau en Bohemia, en donde la Condesa de Simmersburg se encontraba desde hacía unos días. El calor se había hecho abrumador y expulsó a la aristocracia. El equipo de Gertrudis estaba encargado, nada la detenía en la ciudad. El proyecto de un viaje a Carlsbad había sido desechado, porque no existía el principal motivo: la caza de marido.

La joven se alegró mucho de encontrarse en el campo y saborear su felicidad cerca de la Naturaleza, en medio de los bosques, bajo el cielo tachonado de estrellas, entre el perfume de las rosas... La ausencia de Hans reanimaba la pasión de la niña, algo apagada por la frialdad de aquél, y llevaba la imagen del ausente al través de los campos, en sus largos paseos a pie.

Abuela y nieta estaban solas en el castillo, y veían poca gente, de manera que la niña vivía absorbida por completo en sus sueños. Pasaba los días lluviosos en la biblioteca, y cuando hacía buen tiempo se llevaba un libro a su sitio favorito, en un rincón del jardín. Leía poesías, cuentos, historias que hablaban de amor: ¿no era para ella su destino un poema delicioso, una admirable novela?... Amaba, era amada, y esta exquisita felicidad no alcanzada por las heroínas sino después de mil aventuras, le sonreía desde los albores de la vida.

Contemplaba a menudo el retrato del amado, encerrado en un medallón de oro, que jamás la abandonaba. Había allí, bajo los sedosos y rizados bigotes, una boca que, para ella, contenía el mundo. Algún día posaría ella sus labios en aquel lugar, y sus elocuentes besos dirían la fuerza de su pasión. ¿Podría resistir tal alegría? Sentía aún el penetrante encanto del primer cambio de miradas, la turbación de la primera presión de manos..... Una vez, su novio se había inclinado hacia ella por casualidad y aquel contacto la había trastornado... Todo esto le parecía el preludio de una sinfonía alegre, poderosa y magnífica... ¡Ay! ¡jamás serán igualadas las delicadas melodías del amor naciente!

Pero el público se quedó frío, frío, frío.

Las cartas de Witterstein no eran apropiadas para avivar la llama de Gertrudis: billetes raros y lacónicos, vulgares notas de viaje, apenas una frase de ternura; pero ella no podía más... ¿No le había él prevenido que detestaba las epístolas largas, buenas para colegialas?

También Gertrudis no le enviaba más que cartas breves y secas. Tenía que someterlas al parecer de la Condesa, y esto bastaba para contener la expansión de su corazón. Hubiera sido preciso escuchar la sempiterna frase: "Trudy, eso no está bien." Además, su amor propio le vedaba dirigir a su novio palabras más afectuosas que las que ella recibía de él.

No sabiendo a quién confiar los sentimientos que desbordaban de su corazón, contestaba largamente a cada telegrama y guar-

daba su misiva en su diario íntimo. Más adelante, las leería, y él podría juzgar de la ternura de ella.

Al despacho recibido de París, Gertrudis contestó con las siguientes líneas, aprobadas por su abuela:

"Mi querido Hans:

"Me alegro saber que ha llegado usted bien a la segunda etapa de su viaje. Deseo que encuentre usted grata su estancia en París. En cuanto a mí, no tengo nada de nuevo que decirle; nuestra vida continúa siendo tranquila y solitaria. Nuestra salud es excelente y disfrutamos de los buenos aires del campo. Se acerca el momento de su regreso: espero que tendrá usted muchas cosas interesantes que referirnos. Escríbame o telegrafíe pronto.

"No dude usted la honda afección de su prometida,

GERTRUDIS."

Abuela y nieta estaban solas en el castillo

Mientras que el cartero se llevaba el citado extracto de manual epistolar, la joven estaba ya dedicada a su grata tarea.

"Amado mío:

"Tu telegrama está delante de mí; pero este vulgar papel no está escrito por tu mano, no me dice nada de ti, nada más que tu nombre: lo beso amorosamente.

"Estas frases afectuosas: "mi pensamiento está al lado de Gertrudis", me hacen, sin embargo, muy feliz. Gracias, adorado mío. ¿De manera que no te olvidas de tu Trudy? ¿O me lo dices para complacerme? No, debes pensar en mí, porque a veces he sentido pasar por mi alma la caricia alada de uno de tus pensamientos. El deseo de verte me obsesiona... ¡Ojalá fueras mío para conservarte celosamente! Temo que nuestra separación sea eterna, que me muera antes de nuestra unión o que tú me seas infiel. Pero no, estoy loca, tú me quieres, ¿no es verdad? puesto que me has elegido entre todas. El amor significa, ahora lo sé, que el universo no contiene más que un solo hombre, o, más bien, que el universo entero está contenido en ese hombre.. Mi vocabulario es muy pobre; antes tenía palabras para expresar la Felicidad, la Eternidad, la Vida, la Alegría; ahora no sé más que repetir: tu, tu, tu,

Tu GERTRUDIS".

VIII

Al día siguiente de la velada en casa de la Marquesa de Marcy, Witterstein se dirigió al Gran Hotel, y fué recibido por Carl. La Condesa Thunen figuró como si hubiera salido, pero permaneció encerrada en sus habitaciones.

Por la noche se vieron en el teatro de Variedades para oir una *divette* en boga, cuya picaresca gracia hacía furor. Los audaces chistes que salpicaban la obra se embotaban en la coraza de la indiferencia de la Princesa Hohenberg. No estaba enamorada, y el sutil fuego que entre el ritmo de una polca se difundía por la cargada atmósfera de la sala, la dejaba tranquila y

fría. Prefería con mucho la Opera de Viena o el Burgtheater, en donde reinaba en su palco, ante espectadores extasiados que murmuraban con respeto: "¡La hermosa Princesa Cari!"

Aquí, su belleza atraía los gemelos; pero, ¿por quién la tomaban? Quizás por una aventurera... ¡Su nombre era algunas veces citado en las crónicas de sociedad, entre los de una señora Duval o Durand cualquiera! ¡No se había atrevido un cronista, con motivo de una función de gala en la Opera, a decir en su reseña que habían sido admiradas en el palco del Embajador de Alemania, dos encantadoras húngaras! ¡Confundir a los Thunen y a los Hohenberg con los magiares! En la siguiente línea describía el traje de una actriz en boga: "Forro de seda color pálido, con orquídeas". ¡Ah! Cari despreciaba casi tanto como su marido a aquel París democrático.

En cambio, a Ise, que no era aristócrata en cuerpo y alma, la embriagaba la vida parisiense. En aquel momento hubiera querido escapar a la custodia de aquella hermana altiva y dura que velaba celosamente por el honor del gran nombre; hubiera querido ser una mundana libre, como Adela de Marcy, e ir después de la representación a cenar con Witterstein.

Pero pensándolo bien, si no fuera ella la inaccesible Isi Thunen, ¿la desearía tan ardientemente aquél? Seguramente no. Había mil mujeres bonitas con las que Hans podía cenar alegremente aquella noche,—ella no debía ponerse al mismo nivel. Permanecer en su pedestal, recibir homenajes, flotar por encima de la multitud, tal era la primera condición de su poder. Por esto fué muy poco amable durante todo el resto de la noche. Al día siguiente se celebró la famosa jira; se reunieron en el Gran Hotel para ir a Versalles; Adela de Marcy iba acompañada por varias personas, y la Orsakoff había llevado a su decantado americano al Príncipe Arlán y a algunos miembros de la colonia rusa.

Se hicieron rápidamente las presentaciones. Los franceses presentes, y entre ellos un oficial que había hecho la campaña del 70, experimentaron un ligero malestar cuando fué pronunciado el nombre del Príncipe alemán, aunque éste fuera el hombre más amable del mundo y no hubiera tomado parte en la guerra. Estaban preparados dos breaks y dos landós. Después de una ligera colación, se pusieron en camino alegremente. Hacía un tiempo delicioso. La idea de pasar el día al aire en medio del campo, daba alegría a todo el mundo. Los excursionistas se compadecían de los pobres ciudadanos recluídos en sus casas, en sus asuntos, en sus ocupaciones; y esta conmiseración aumentaba en egoísta placer. Ise se prometía ser muy coqueta, porque en la velada pasada se había convencido del amor de Witterstein, y esperaba oir mil cosas tiernas y seductoras. Gustaba de estos halagos, como gatita mimosa, y gustaba del vértigo como mujer temeraria. Pero la gatita no quería más que saborear mimos sin transcendencia, y la mujer temeraria no quería sino costear el precipicio sin caer en él. En otros términos, Witterstein sería escuchado, pero no atendido: tal era la resolución de Ise.

Las damas hubieron de designar a sus caballeros; Ise se dirigió a Walgrave, el americano, aún cuando hubiera preferido al oficial de dragones; Adela de Marcy, al Príncipe Diamante. Cari había invitado al duque Emilio a sentarse a su lado. Aquella partida de campo le parecía una cosa de mal tono, que atacaba a su dignidad. No podía disimular un asomo de mal humor, ostensible en la expresión de su fisonomía, más fría y más orgullosa que nunca. Pero el desdeñoso gesto sentaba bien a su hermosa cabeza de Juno, rubia. Se pusieron a la mesa hacia las ocho de la noche, después de haber visitado concienzudamente el castillo y el parque de la antigua residencia real. Una honda tristeza se había apoderado de los visitantes: la melancolía que inspiran las grandezas pasadas, que exhalan los palacios de Venecia, los vetustos castillos de Escocia y los antiguos burgos alemanes.

Cari pensaba en Schœnbrunn, menos grandioso que Versalles, pero mimado por el sol imperial. Allí, en su país, la Princesa Hohenberg se representaba a aquellas Duquesas de antaño que tenían taburete en la corte y eran admitidas a los juegos de la Reina. Ella gozaba de los mismos privilegios, era la dama de Palacio y estaba condecorada con la Orden de la Cruz Estrellada; así se sentía ella superior al resto de la humanidad.

La reunión se instaló en el jardín del hotel de Reservoirs y ocupó dos mesas, una grande y una pequeña. En esta última, cuatro señoras: Ise, Cari, Adela de Marcy y la

Orsakoff; y cuatro hombres: Emilio, Wittersteín, Walgrave y el Príncipe Arlán. Este, que conocía todos los *restaurants* de París, había ordenado la lista de la comida y elegido los vinos. En un bosquecillo cercano, comía otro grupo parisiense de *demi-mondaines y clubmen*; hablaban, reían bromeaban, no en voz mucho más alta ni de manera mucho más discreta que en la partida de las grandes damas. En medio de la conversación general, Wittersteín se inclinó hacia Ise, y la dijo en voz muy baja:

—¿Se acuerda usted de nuestra despedida en Viena?

Ella hizo un signo afirmativo.

—Dije a usted "hasta la vista", y nos volvemos a encontrar aquí. ¿Será preciso separarnos de nuevo?

—Es preciso.

—¿De veras?

—Pero su prometida...

—No me hable usted de la pobre criatura. No me casaré sino en caso de que usted consienta...

—¡Hans!

—¡Isi!

Sus manos se unieron bajo la mesa y permanecieron enlazadas.

A lo lejos, una orquesta tocaba piezas de opereta, repercutían risas en las sombras, el follaje crujía suavemente. Los aromas de la madreselva se mezclaban a los olores de cocina y al humo de los cigarros, los mecheros de gas salpicaban de manchas luminosas el verde sombrío. Isi, con los dedos prisioneros en los del joven, experimentaba una embriaguez singular, un extraño trastorno; le parecía, por una especie de desdoblamiento, asistir a su propio goce, contemplar una acción exterior, en la que ella

Después de haber visitado concienzudamente el castillo y el parque de la antigua residencia real. Una honda tristeza se había apoderado de los visitantes.

desempeñaba un papel principal que debía abandonar muy pronto...

Los comensales se levantaron, pues ya era hora de marchar; al regreso, Isi y Wittersteín fueron separados.

Al día siguiente, los vapores de la champaña se habían disipado, la Condesa Thunen se había recobrado; cuando Hans se presentó por la tarde a informarse de su salud, ella le dijo con tono de fría amabilidad:

—Gracias, un poco de jaqueca.

—También yo—añadió Cari,—esas jiras son absurdas; no se me verá más en ellas.

Hans había recobrado igualmente el sentimiento de la realidad. Ya no pensaba en abandonar a su novia, perder su mayorazgo, volver al servicio militar y renunciar a la agradable existencia que se había prometido, y en la que Gertrudis, el exquisito ca-

pulio, algo representaba... Tiempo habría de reanudar más adelante su novela con Isi, pues la fidelidad no estaba inscrita en su programa. Temió que la joven le recordase su promesa de la víspera; pero su actitud demostraba que ella no tenía para nada en cuenta lo que había pasado. De común acuerdo, quedaron borrados de sus *carnets* las deudas de amor.

IX

De John Walgrave a Walter Sydney, en Boston.

París, 15 de junio.

"Querido amigo: Ayer, en una partida de campo, me pidieron mi opinión acerca de Europa; esto me recuerda que te debo, desde hace mucho tiempo, una relación sobre el antiguo Continente.

"Continúo experimentando aquí sorpresa, alegría, cólera y un poco de fastidio. Los americanos somos más o menos europeos nacidos en el Nuevo Mundo. Nuestra lengua, nuestro modo de pensar, nuestros estudios, nuestra religión artística, todo nos viene de fuera; mil lazos nos unen a esta Europa, que es nuestra cuna. Dentro de algunos años será otra cosa. Tendremos una personalidad, y nuestra alma, que se despierta ahora, se hará grande y libre.

"Déjame apuntar lo que me parece imperfecto, primitivo y pueril en estos países. Una impresión semejante debe experimentar el europeo que visite la China o la India, la corte del Rey de Siam o el templo del Elefante blanco. Considerará la monarquía de uno y la santidad del otro como una comedia, y sin embargo, respeta en su patria las testas coronadas, los grandes, las pompas de la religión. Yo, el americano, el demócrata, el hombre libre, considero todo este aparato como un espectáculo oriental. Los actores van llenos de condecoraciones, de cruces, de bandas y de placas; detrás de la decoración brillan las armas, lucen los ojos, rechinan los dientes. Los ejércitos se hallan prestos a lanzarse unos contra otros y a destrozarse. Te aseguro que el drama es interesante.

—"He asistido—desde lejos—a las grandes maniobras; el grupo de Generales y de Príncipes estaba allí, erguidos en sus caballos, adornados con plumas, bandas, galones, cruces... En Siam, los magnates llevan algunos brillantes más, esto es todo. Ante aquellos desfilaban las diversas máquinas de destrucción acompañadas por sus "maquinistas". No era más que un ensayo general, pero podía uno imaginarse la representación formal, evocar los mares de sangre, los gritos de dolor, los estertores de los heridos, las entrañas palpitantes, las agonías de los moribundos en los fosos... Cada Príncipe llevaba por cortesía el uniforme del país de que era huésped, y una vez terminado el espectáculo tomaba parte en un alegre banquete, dispuesto a lanzar al día siguiente sus tropas contra el que le recibía a su mesa... ¡Ofrece tan bruscos cambios la diplomacia!... Tú no puedes, en tu calidad de bostoniano, formarte la menor idea de lo que todavía subsiste aquí de espíritu feudal, de prejuicios y de orgullo.

"Hay gentes que se creen por encima del resto de la humanidad porque han heredado un título o un cargo en la corte y porque tienen, por derecho de nacimiento, un puesto en la mesa o en las cacerías reales. ¿Cuándo se convencerá la humanidad de que el mayor de los honores es el honor, la mejor de las dignidades la dignidad, el más grande de los derechos el derecho? Nosotros, los "transatlánticos", no hemos inventado tales cosas, pero nos complacemos en importarlas a nuestra casa. Continuamos extrayendo del antiguo mundo nuestro alimento intelectual. No somos precursores. Las flores más preciadas de la inteligencia crecen aquí, nosotros nos contentamos con aclimatarlas. La única superioridad que reivindico para nosotros, es la que el niño tiene sobre el hombre y que consiste en las promesas del porvenir. Hoy nos contentamos con proveer a las regiones desheredadas de granos, carnes en conserva, máquinas de coser y lámparas eléctricas; pero llegará tiempo en que las enviaremos también la luz y el alimento del espíritu.

"Bastante de peroración sobre filosofía social: hablemos de cosas menos abstractas, de mis aventuras parisienses. Continúo siendo solicitado y festejado en los centros mundanos. Ayer conocí a algunas personalidades extranjeras muy curiosas. Comienzo por los hombres: un Príncipe asiático, medio ruso, medio oriental, con tres cuartos *de boulevadier*, que parece creer en sus embustes y charlatanerías. Se escucha al hablar con interés y no sin cierta sor-

Una Princesa austriaca, una Venus de mármol.

presa, pues como no sabe de antemano lo que va a decir, espera con curiosidad sus propias palabras. Un Príncipe alemán, hombre de corazón, refinado, amable y suave. Sus manos son las más bellas del mundo, por la forma y por la expresión, porque ya sabes que las manos tienen su fisonomía propia. En tercer lugar, un Príncipe austriaco, un arrogante oficial de caballería en traje de paisano, joven, rico, tal vez inteligente...

"Vengamos ahora a las damas. Primero, la señora de Orsakoff, excéntrica, habladora, expansiva, sin tacto ni medida. Después, una mezquina advenediza, tipo de damas alegres del segundo Imperio, que vive para sus trajes, el mundo y los placeres. En seguida, una Princesa austriaca, una Venus de mármol. Me ha parecido ser la encarnación del orgullo, que asistía a la partida de campo como a una comida en la Corte. He visto en el Almanaque de Gota todos sus títulos, que le van como anillo al dedo: alteza serenísima, princesa de esto, de lo otro, etc., etc. Por último, la hermana de la anterior: una morena picante, muy sencilla, muy natural, muy corriente, amiga de reir y divertirse.

"Comíamos de campo en Versalles, y nuestra mesa cantaba de animación. Yo observaba; el Príncipe alemán hablaba de cosas serias. El Príncipe asiático refería anécdotas, y el austriaco permanecía reservado. ¡Qué se le perdone! Se encontraba en el estado semi-consciente de los enamorados. ¡Algunos cuchicheos con su vecina, la Condesa de ojos negros!... Aquella pareja feliz me hacía experimentar una rabia virtuosa, así fué que gracias a una jugarreta mía, fueron separados al regreso; sentados uno al lado del otro, se hubieran tal vez aprovechado de la obscuridad para juntar sus labios...

"Hasta la otra, amigo mío; se hace tarde; hasta la próxima."

X

—¡Gracias a Dios! Ise no insiste sobre la ruptura de mi boda—se dijo Witterstein después de su visita al Gran Hotel.

Me ama, y me lo ha demostrado claramente ayer noche. Sería verdaderamente imperdonable dejar escapar tan hermosa ocasión de recoger en el árbol el fruto maduro, pronto a desprenderse.

El joven se preguntó si no debía volver sobre sus pasos y tratar de continuar la escena interrumpida de la víspera. Isi era razonable, y parecía querer evitar las violencias, las manifestaciones trágicas; pero su carácter era débil, y su pasión sincera. ¿Consentiría acaso en una ligera escapatoria en aquel gran París, donde nadie espiaba sus hechos y sus acciones? ¿Resistiría a las ardientes súplicas de Hans? ¿Debía él volver para tratar de decidirla, o valía más escribirla?

Hans se decidió por lo segundo. Entró en un café, pidió tintero y papel, y trazó las siguientes líneas:

"Nada más fácil que hacerse conducir en un simón a la entrada de los Campos Elíseos. Un traje obscuro y un velo espeso son de rigor. Una vez en el lugar designado, se bajan las cortinas, se hace que pare el coche, se permite a un transeunte que abra la portezuela y se siente al lado de usted. Ruego que se haga esto esta noche, de ocho a nueve. Si allí arriba, en las estrellas, un genio benéfico lleva la cuenta de las sumas de felicidad prodigadas a los habitantes de la tierra, inscribirá: algunas horas de placer para dos personas inteligentes.

HANS."

Witterstein dirigió este billete a la Condesa de Thunen, y lo entregó a un demandadero, con orden de traer la respuesta.

Al cabo de diez minutos de espera, volvió el mensajero.

—Esa señora ha salido—dijo,—he dejado el billete al conserje. Hans quedó desesperado al tener que permanecer en la duda hasta la noche; sin embargo, más valían las angustias de la espera que una negativa inmediata... tal vez más que una aceptación demasiado pronta: la aventura adquiría cierto encanto con la resistencia inesperada. Se imaginaba las luchas que Isi sostendría durante todo el día con ella misma; después, bruscamente, en el momento fatal, obedecería casi inconscientemente a los impulsos de su corazón. Se pondría un traje negro, bajaría a la calle, tomaría el primer coche que pasara, y llegaría a la cita confusa, conmovida, trastornada... ¿A dónde la llevaría? ¿Al bosque...? Sí; y desde allí al restaurant de Madrid...

Quiso ir él mismo a organizar la fiesta; se dirigió al Madrid, ordenó una comida delicada, retuvo un gabinete particular, dió órdenes para que todo estuviese preparado para las nueve, dispuestos los platos en los calentadores y en el hielo las botellas de champaña...

—Pudiera ser también que no venga—añadió Witterstein.

El jefe de comedor se inclinó, pues no le pareció extraordinaria semejante eventualidad.

Aquel día, las dos hermanas volvieron al hotel bastante tarde. Habían hecho una larga visita a una Princesa de la familia de Orleans que, de paso en París, se dirigía a sus tierras. La Princesa había acogido a las dos austriacas con la mayor amabilidad, y las había propuesto ir a pasar con ella algunos días en el campo, antes de marchar a Trouville. Isi y Cari habían aceptado la invitación gustosísimas, porque desde su llegada a París se encontraban por primera vez en su verdadero centro... Respiraban una bocanada de ambiente propio...

El hombre tiene varias patrias: la del corazón, la de la inteligencia, la del espíri-

tu. Un sabio de cualquier país que sea, se sentirá más "en su casa" en una sociedad de sabios extranjeros que en una posada, rodeado de tratantes de ganado. Del mismo modo Cari e Ise se sentían más en su centro entre los Príncipes de Orleans que en los salones de la Presidencia, en donde se anunciaban a la entrada los nombres vulgares de las mujeres de los Diputados o de los Ministros. Allí el ambiente era distinto. No flotaban en él ninguna de las ideas que vician la atmósfera; allí el aire era puro, estaba saturado de oxígeno aristocrático.

Cuando entraron en el hotel, les entregaron las tarjetas y las cartas que habían llegado mientras estaban fuera

Ise reconoció la letra del billete que la estaba dirigido.

—¡Ah! es de Witterstein—dijo rompiendo el sobre. Después leyó y enrojeció.

—¿Qué dice?—preguntó Cari, que se encontraba cerca de su hermana.

—¡Oh! nada... es a propósito de un encargo que le dí...—y rápidamente se guardó el billete en el bolsillo.

A las ocho, Hans esperaba, con el corazón palpitante, a la entrada de los Campos Elíseos. Contenía la respiración cuando veía aparecer un coche. Por fin, después de una media hora interminable, un coche fué a pararse junto a la acera, en el lugar designado. Hans se aproximó: las cortinas estaban echadas. Abrió violentamente la portezuela. Salió un hombre, un demandadero, que le entregó una carta, diciendo:

—Tengo encargo de entregarle a usted esto, señor.

Después desapareció. Hans leyó a la luz de un farol:

"Si hay en las estrellas un genio que inscriba la impudencia de los habitantes de la tierra, tendrá hoy que hacer una importante anotación.—I."

El joven se dirigió en seguida al Gran Hotel.

—¿Está la Condesa de Thunen?

—No, esas señoras han salido—respondió el portero.

—¿Sabe usted a dónde han ido?

El interpelado creía haber oído decir que iban a la Opera, pero no podía asegurarlo.

Witterstein fué a la Opera, tomó un billete y entró en la sala. No se encontraban las hermanas. Se hizo conducir a la Comedia Francesa: la misma decepción. Recorrió de la misma manera varios teatros, sin mejor resultado. Trató de saber algo en casa de las señoras de Marcy y Orsakoff, pero en vano. Era ya demasiado tarde para presentarse en otras partes, y se decidió a acechar el regreso de las hermanas a la entrada del Gran Hotel.

¿Qué diría a la cruel Ise? No lo sabía y no tenía más que una idea: verla. Su cabeza ardía, su frente abrasaba, su pulso estaba agitado. Se paseó ante el hotel hasta cerca de las doce; varios carruajes se detuvieron, pero de ninguno salió la mujer amada. Cayó un chubasco: sufrió un violento estremecimiento y experimentó un tal malestar, que estuvo a punto de caer desvanecido. Subió a un simón y se hizo llevar a su hotel...

—Mañana—se dijo,— mañana la veré; caeré a sus pies; mañana...

Subió penosamente la escalera hasta su habitación. Tenía tan mala cara, que su ayuda de cámara se asustó y le ayudó a acostarse. Al día siguiente, Hans se encontraba con una violenta fiebre, que le hacía delirar.

Ise se sorprendió al no recibir noticias de su adorador. Conocía bastante a los hombres para saber que una negativa excita siempre la pasión. ¿Cómo no se apresuraba a verla para obtener su perdón? ¿No debía él suponerla ofendida con su billete? Cierto era que ella se encontraba muy resentida por semejantes procedimientos, pero había en el fondo de su indignación cierta satisfacción que no se atrevía a confesarse a sí misma, y no la hubiera gustado que aquella inaudita audacia se trocase en completa indiferencia... En todo caso, Hans debía expiar su falta a los pies de ella, pediría perdón, arrepentirse y hacer una corte más lenta, más discreta... ¡Nunca sería de él, no, jamás...! Tal vez algún día se dejaría conmover y le concedería un favor pequeño... Tal vez en un momento de abandono le dejaría darla un beso... Tal vez si él ponía a sus pies su porvenir, su fortuna, su vida entera; tal vez... tal vez...

Pero, ¿por qué no se presentaba él? ¿Era una táctica de enamorado? ¿Era por desesperación ante los rigores de ella?

Isi estaba lejos de suponer la enfermedad de Witterstein. Al día siguiente hubo de salir de París con su hermana, para ir al castillo de la Princesa***, y no supo la indisposición de su amigo, sino algunos días después.

Hans se curó al cabo de una semana de su

fiebre física y moral. Mientras tanto llegó de Austria una carta de su tío, llamándole apremiantemente; resolvió marchar, pues no podía seguir a Isi al castillo, en donde se le había ofrecido una hospitalidad regia.

Este obstáculo y la enfermedad misma, le parecieron incidentes providenciales en pro de la felicidad que estuvo a punto de sacrificar con ligereza. Envió en seguida un telegrama a Gertrudis:

"Salgo mañana, y regreso al país en donde se encuentra lo que más quiero."

XI

Al día siguiente de la jira a Versalles, el americano se hizo anunciar en casa del duque Emilio. Este salió a su encuentro con la mano extendida.

—Tenía la intención de ir hoy a verle a usted, y me felicito de que se haya adelantado a mis deseos.

Desde la primera entrevista se había establecido la simpatía entre aquellos dos hombres. Se habían reconocido puntos de vista comunes, ideas semejantes, un mismo modo de considerar la vida y juzgar de las cosas. John Walgrave tenía treinta y tres años, y nada en su persona acusaba al "yankee". Las personas que han viajado mucho, vivido mucho fuera de su país, visto mucho, observado mucho, concluyen por despojarse de todos los signos exteriores de su nacionalidad. Los ingleses pierden su tiesura, los alemanes su torpeza, los franceses su vanidad, los italianos su facundia y los americanos su vulgaridad. Estos nómadas ofrecen todos los caracteres de un tipo más viable y más nuevo que deberá algún día conquistar el mundo; son los ciudadanos del universo. Walgrave se juzgaba miembro de ese grupo cosmopolita, y se sentía en comunidad de pensamientos con el Duque; así fué que, después de una hora de conversación, los nuevos amigos habían llegado a una perfecta intimidad intelectual, y experimentaban el uno hacia el otro una verdadera amistad. El Duque, que iba a marchar a Trouville, rogó a John que fuese a pasar con él algunas semanas, y el segundo aceptó gustoso.

Ambos se encontraban aquel día en la terraza de la *villa*, ocupada en Trouville, por las dos "diosas". Muchas personas estaban reunidas en torno de Isi y Cari: la Marquesa de Marcy, el Príncipe Hohenberg, que había llegado de Viena la víspera, el Duque de Abcasia y algunos otros bañistas. Eran las ocho de la noche, y acababan de levantarse de la mesa para tomar el café. La conversación era unas veces general, otras particular; los invitados iban, venían, paseaban, contemplaban el mar o escuchaban a las dos hermanas.

La Princesa Cari refería a su marido su estancia en el castillo de los Príncipes de Orleans.

—Hemos pasado allí una semana deliciosa.

—Aburridísima—replicó Isi.

—Para ti tal vez...; por lo demás, parecías bastante distraída y de mal humor. No correspondías en modo alguno a la amabilidad de nuestros huéspedes. A decir verdad, éramos pocos; ni bailes, ni recepciones, ni *rallye-paper*.

—No. Se jugaba al bezigue y se leía en alta voz los artículos del *Correspondant*—continuó diciendo Isi; realmente no era muy divertido.

—No la hagas caso, Fernando. Te aseguro que la estancia ha sido encantadora. El tren de la casa, la magnificencia del castillo, los recuerdos históricos, todo, en una palabra, me ha reconciliado con Francia. He tenido la ilusión de encontrarme ante los soberanos legítimos del país.

—¡Ah! tocas un punto interesante—dijo Hohenberg.—¿Han hablado los Príncipes de la posibilidad de una restauración monárquica?

—No. Se evitaba todo lo posible el hablar de política, y cuando por casualidad se deslizaba una palabra acerca de este asunto, siempre había alguien que cambiase de conversación.

—¡Ah! les garantizo el triunfo de sus derechos. Francia está identificada con la Monarquía; debe toda su grandeza a sus reyes, y si quiere vivir, preciso es que vuelva a la Monarquía... aún cuando no sea más que por instinto de conservación.

Walgrave, que acababa de aceptar del Duque una taza de te, cogió un terrón de azúcar y se alejó en silencio.

—¿Duque Emilio?—exclamó Hohenberg.

—Aquí estoy—respondió aquél, que se había sentado aparte, contemplando la mar bruñida.

—Dígame usted, querido, ¿qué opina usted del restablecimiento de la Monarquía?

—No quiero que se ventilen aquí semejantes cuestiones—dijo Carl.— Estamos a orillas del mar para reposarnos, lejos de los ruidos del mundo. No nos mareemos hablando de política.

Emilio aprobó con un ademán.

—La Princesa habla como un libro—dijo.

—De canto rojo y dorado—murmuró Isi.

—Isi, tus burlas sobre mis cabellos rojos, me harán creer que tienes envidia.

—No tendrás razón, nada hay tan bonito como los cabellos negros, de un negro intenso. Confiéselo usted mismo, Duque.

—Verdaderamente, mi querido Hohenberg, me pide usted demasiado. Tengo que decidir a quemarropa si la Monarquía es preferible a la República, y si los cabellos negros son preferibles a los cabellos rubios. Yo creo que la mujer amada es siempre hermosa, sea su cabellera negra o rubia, y la patria siempre querida, esté gobernada por un rey o por un pueblo.

Un poco más allá estaban sentados Adela de Marcy, Walgrave y el Príncipe de Abcasia.

—¿Por qué no quiere usted hacer un viaje de recreo a mi país, Marquesa?—preguntó Arlán.

—Me gusta tanto París, que me cuesta mucho dejarlo; y cuando lo hago, es para hallarlo en otra parte... No tengo ningún deseo de ir a perderme en su país de salvajes.

—¡Salvajes es duro!

¡Dios mío! confieso que antes de conocer a Ud. ignoraba absolutamente el lugar en que pudiera hallarse su patria. No estoy fuerte en geografía, y para mí todo lo que está al otro lado del mar es trópico, ártico, polar; en suma, ¡un país de salvajes!

Agradecidísimo, Marquesa—dijo Walgrave riendo.—Con arreglo a su clasificación, yo soy una especie de antropófago cuyos adornos consisten en algunas plumas y en tatuajes.

—No; los americanos, según mis conocimientos etnográficos, son una raza civilizada, gracias a su talento, para los negocios. Los americanos de los Estados Unidos, por supuesto.

A los otros, me los represento como indios cazadores de cabelleras. Pero no me pregunten más acerca de este asunto, soy de una ignorancia crasa. Deme usted más bien noticias de la Orsakoff

—¿Yo, Marquesa? ¿Cómo había de ser yo bastante afortunado para saber dónde se encuentra?

—Es usted discreto... Me alegraría mucho ver aquí a tan simpática persona; tiene el don de comunicar su excelente humor a cuantos la rodean... Debe encontrarse terriblemente desterrada en sus estepas.

—Los prejuicios geográficos de usted, hacen sin duda que considere usted a Rusia como una llanura inmensa, en la que pastan caballos en libertad y en donde beben *kvass* barbudos *mujicks*.

No sé con precisión lo que es un *mujickc* y el *kvass*.

El *kvass* es la sidra rusa, y el *mujick* el campesino ruso; la primera quita la sed al segundo. Pero además del kvass se bebe también mucho champaña y aguardiente en Rusia, y al lado del mujick están...

—Los caballeros de la guardia, lo sé... personas muy amables.

—Yo no soy ruso, procedo de Abcasia...

—¡Como si dijera usted que procede de las estrellas! ¿Son mahometanos sus compatriotas

—Somos los cristianos más cristianos de la tierra. Mi patria ha tenido numerosos mártires, y podría contar a ustedes numerosas leyendas... ¡El Cáucaso! ¿Ignora usted que en él se coloca la cuna de la humanidad? Se dice que allí estaba el Paraíso terrenal.

—Tal vez se encuentra aún el famoso manzano...

—¡No se burle usted de todo, Walgrave!

—Déjenos con nuestras hermosas leyendas—exclamó Arlán.—Los orientales gustamos de las fábulas, y creemos en ellas como los niños en los cuentos de hadas; vivimos de mitos y de poesía...

—Una palabra, querido—dijo el Duque Emilio, tomando el brazo de Walgrave.

—Adela—murmuró el Príncipe de Abcasia al oído de la Marquesa,—tengo celos de ese americano. Comienza de nuevo a hacerte la corte.

—¡Cállese!... Podrían oirle...

—Quería preguntarle, amigo Walgrave, cuánto tiempo piensa usted permanecer aquí—dijo el Duque mientras se paseaban.

—No tengo nada decidido aún. Mientras me encuentro bien en un sitio, no me meneo de él.

La joven americana emancipada y libre que recibe sola visitas, sale sin vigilancia, hace excursiones con los jovenes

—Es que me propongo llevármelo a usted.

—¿Para ir a dónde?

—A mi casa, al campo. Ya no me retiene nada en Trouville; los Hohenberg van a marchar dentro de unos días, y les volveré a encontrar en Bohemia para las cacerías de otoño. De aquí a entonces, quisiera gozar de la paz y del silencio de los bosques en un castillejo que poseo en el valle de Necker. ¿Quiere usted venir a hacerme compañía durante algún tiempo?

—¿No turbará su retiro la presencia de un visitante?

—Ya sabe usted bien, amigo Walgrave, lo estimada y querida que me es su compañía. Le propongo que venga a compartir mi soledad; tal vez le pido a usted demasiado. Usted ha venido a Europa para divertirse y estudiar nuestras costumbres; es natural que prefiera la animación de una playa a la tranquilidad de mi retiro... Pero acaba usted de decir que no permanece en un lugar sino mientras se encuentra bien; acepte, pues, mi invitación; no le comprometo a nada.....

—Su proposición me llena de alegría, querido Duque. Prueba la simpatía que nos tenemos. Conevnido, me iré con usted en cuanto me haga una seña.... Pero mire usted a La Marquesa...

¿No le parece que es muy asiduo con ella el Príncipe de Abcasia?

—Creo que hay algo más que asiduidad...

—Ya ve usted que aquí las personas inteligentes, y nosotros somos de ese número, concluyen por convertirse en malas lenguas.

—Mi observación carece de malicia: es la simple enunciación de un hecho sin ningún asomo de censura. La Marquesa es libre, y si el Príncipe Arlán le gusta...

—¡Oh! les doy gustosísimo mi bendición.

—Pero no creo que la Marquesa piense en volver a casarse... Por lo demás, tiene usted razón, estos son chismes de comadre. Hablaremos de cosas más interesantes en mi castillejo, y estoy contentísimo de que me acompañe usted.

Los dos amigos volvieron hacia el grupo de los otros invitados, con los que se habían reunido Adela y Arlán. La conversación se hizo general.

—Sé, Princesa — dijo Walgrave — que abandona usted a Trouville.

—Sí; mi marido ha venido a recogernos, y le confieso que me alegro de volver a mi casa.

—Veo que no experimenta usted la impresión del "hogar" sino en su país.

—Naturalmente.

—Si hubiera pasado largas temporadas en el extranjero, no experimentaría usted tal sensación, y acabaría usted tal vez por unirse al grupo de la high-life internacional. Es un grupo nómada que planta su tienda en todos los lugares de placer en donde se vive de prisa. Son los bohemios del lujo. Allí donde se escucha música de ópera, relinchos de caballos, choques de copas de champaña, murmullos de *flirts;* allí donde los blasones y las coronas, los abanicos y los látigos, las espadas y las escopetas de caza son insignias profesionales; allí donde se juega al bacarat, se tira a los pichones, se llevan trajes de doscientos luises, hay desafíos y tapadas que acuden a galantes citas; allí donde los antepasados se remontan a las Cruzadas, donde el crédito se cuenta por millones, en todos esos sitios se establece un campamento de semejantes bohemios, y los miembros de esta tribu sagrada ignoran la nostalgia del país natal.

La marquesa de Marcy tomó la palabra.

—No comprendo bien su arranque ¿Predica usted contra el lujo o contra el placer?

—¿Yo predicar, Marquesa?... Me conoce usted mal. Hay personas que estudian la Botánica, la Zoología, la Historia natural. Yo estudio diversas clases sociales. El botánico no acusa por su veneno al árbol venenoso, el zoólogo no trata de moralizar a una nube de langostas, y yo trato de conocer los fenómenos sociales, no pretendo que desaparezcan con mis sermones.

—Por lo demás—añadió Walgrave—sería una locura querer suprimir el placer, el fin de todas nuestras acciones, la recompensa de nuestros esfuerzos, de nuestro trabajo... Sin el placer, el progreso y la vida misma se paralizarían.

—Querido amigo—dijo Emilio,—da usted a la palabra placer una acepción demasiado amplia, demasiado extensa; entiende usted por tal toda alegría, todo goce, la felicidad misma. Yo no hablo del placer mundano, sino en un sentido limitado, como una diversión. ¿Quién, a la hora presente, no prefiere la diversión al fastidio?

—Pero usted es la contradicción viviente de la tesis que sostiene—dijo Carl.—Usted posee el rango, la fortuna, la independencia absoluta... Su puesto en la high-life—tanto en la high-life bohemia como en la otra—está perfectamente definido, y sin embargo, prefiere usted ir a enterrarse en la soledad para consagrarse al estudio. Y hasta cuando se encuentra usted en el mundo, no toma parte en ninguna diversión y echa usted de menos sus estudios.

—Es que el estudio es para mí otro género de placer, Princesa. Realmente, es el placer el que me ata a mi mesa de trabajo. Un buen libro, me divierte cien veces más que un baile o un concierto.

—Usted debería casarse — dijo Hohenberg.

—¿A fin de divertirme?... Soy demasiado viejo para ello. Si quiere usted una víctima, Hohenberg, aquí está Walgrave. Es muy rico y tiene un corazón tierno...

—No dudo de las prendas del señor Walgrave—respondió Hohenberg,—pero creo que nuestras condesitas no gustarían de expatriarse al otro lado de los mares.

—Si mi hija tuviese algunos años más... —dijo la Marquesa.—Pero conozco buenos partidos...

Walgrave meneó la cabeza

—Perdóneme; las jóvenes, tal como yo las comprendo, no existen en Europa. Aquí hay niñas grandes que, al salir de la nodriza, son conducidas al altar y se convierten en mujeres... Más adelante, son el ornato de la sociedad y llegan a ser perfectas coquetas. Pero la verdadera joven, *the girl*, que entre nosotros es la reina, la soberana de la vida social, hacia la que afluyen los homenajes y los deseos, a esa joven inde-

pendiente, franca y resuelta, no la he encontrado aquí en ninguna parte.

—¡Ah!—replicó irónicamente la Marquesa—si su ideal es la joven americana emancipada y libre, que recibe sola visitas, sale sin vigilancia, hace excursiones con los jóvenes...

—¿Y por qué no, señora? ¿Dónde está el mal? Es evidente que una americana hace mal en permitirse tal cosa aquí, porque no está en las costumbres de ustedes. Un francés que permanece solo con una joven durante un cuarto de hora, se cree autorizado a importunarla con su audacia...

—¡Vamos!—exclamó el duque Emilio.—Eso se refiere a las mujeres casadas. Una vez cocido el huevo, puede asegurarse que la mujer en cuestión merece ser arrojada al mar, cosida en un saco.

—¡Qué horror!—dijo Isi riendo.

—Tiene usted razón, Condesa—repuso el Duque—cuanto más bárbaro es un pueblo, con tanta mayor severidad castiga el adulterio, y como encuentro muy atrasada nuestra civilización al hacer que el marido pague con su deshonor la debilidad de la mujer, prefiero eludir el matrimonio. No quiero ver que mi honor vacila sobre la punta de aguja de un capricho femenino.

La Condesa de Thunen replicó:

—La punta de una aguja imantada que indica invariablemente el Norte, no es insegura: hay muchos corazones fieles que se orientan hacia la virtud.

El duque Emilio sonrió.

—¿No ha oído usted hablar nunca de las alternativas de atracción y repulsión de la aguja imantada?—preguntó.

XII

Eran las nueve de la mañana y la Condesa de Simmersburg estaba sentada delante del castillo, bajo unos tilos, en su puesto habitual. El café estaba servido en una mesa, al lado de un paquete de cartas. Gertrudis acudió con peinador blanco y sus rubios cabellos en desorden flotando sobre sus hombros.

—¡Oh, abuela! ¿Me he retrasado?

Su misión era servir el café a la abuela, y veía ya ante ésta una taza llena.

—Seguramente—dijo la anciana con cierto mal humor.

Tendió, sin embargo, la mano a su nieta para que la besara.

—Estaba tan buena, tan buena, esta mañana el agua, que no podía decidirme a salir de ella. ¿Qué son estas cartas...? ¿Puedo abrirlas, abuelita, para ver si hay algo de Hans?

—Toma primero el café... ¡Qué mojado tienes el pelo! ¿Por qué no te lo has recogido con una redecilla?

—Se ha despeinado... El café está exquisito hoy... Es delicioso, después del baño, en una hermosa mañana de verano...

—Trudy, trata de ser más reservada; cuando te parezca buena una cosa, saboréala en silencio, sin dar gritos de alegría. Es una falta de corrección chocante. Quisiera que fueras menos vulgar; piensa que ya no eres una niña, y que dentro de algunos días serás la Princesa de Witterstein.

—A Dios gracias—se dijo Gertrudis—no oiré más sermones.

—Muéstrate digna de ocupar tan elevada posición. Atiende: nada de exclamaciones alegres por una taza de café; nada de admiraciones intempestivas porque el cielo esté puro... Cuando se tiene la suerte de ser lo que la divina Providencia te ha hecho, no se pasa la vida chapuceando en el agua... ¿Cómo, una tostada más? ¡Te felicito por tu apetito...! Haz el favor de darme mi cesta de labor.... ¿Has traído tu crochet...? Sabes que detesto que una muchacha permanezca sin hacer nada. "La ociosidad es la madre de todos los vicios", como decía muy bien el otro día el señor cura... Créeme, hija mía, no estés nunca ociosa... Nada hay tan feo como una mujer que se cruza de brazos en lugar de ocuparse en una bonita labor... Bueno, ya has tomado el café: ahora te permito que veas el correo.

La Condesa dió las cartas a la joven, pero se quedó con un papel.

—¡Ah!—exclamó la pequeña con tono de decepción;—no hay nada para mí, nada de Hans...

La Condesa abrió la mano:

—¿Y esto?

—¡Un parte! ¡Oh, abuela! ¿Por qué no me lo has dado en seguida?

Gertrudis abrió el telegrama y leyó:

"Llegaré mañana martes para pasar un día. Feliz por verla.—Hans."

La niña se puso encarnada, palideció y dejó caer el papel. ¡Qué sorpresa! En la última carta que el Príncipe fechaba en Moravia anunciaba que no podía abandonar sus propiedades en unos quince días, y he aquí

que llegaba al día siguiente... ¡El el amado, el tan deseado, el prometido! Ella estuvo a punto de desvanecerse de felicidad, y volvió a caer sin fuerzas en su silla.

—¡Dios mío!—balbuceó conmovida.

—¡Trudy!— ¿Qué significa esa actitud teatral...? ¿Qué significa ese aspecto de éxtasis? ¿Hay nada más sencillo ni más natural que tu prometido venga a hacernos una visita? ¿A qué vienen esos suspiros y esos ojos extraviados? Calma, corrección, hija mía. ¿Cuántas veces será preciso repetírtelo? Semejantes escenas desagradarían en absoluto a Witterstein.

La Condesa continuó regañando durante algún tiempo, pero Gertrudis ya no la escuchaba. Mañana, mañana, le volvería a ver; tocaría su mano, le hablaría. . ¡Alegría sin nombre...!

—Ahora vete a arreglar, Trudy.

La joven no se lo hizo repetir, impaciente por subir a su habitación y encontrarse sola. Despidió a la doncella que acudió a vestirla, y se sentó ante su pupitre para consignar en su "libro secreto" sus impresiones personales. Escribió con mano rápida:

"¡Mañana, Hans, mañana! ¿Es posible? ¿No destruirá a la tierra un cataclismo de aquí a entonces? ¿Se sucederá tranquilamente mañana a hoy? ¿Será un día del calendario semejante a los demás? Volverte a ver... Casi tengo miedo. Te he amado tanto desde tu marcha... ¿Continúas siendo el que conocí en Viena? ¿Te soy tan querida como entonces...? El exceso de mi amor me hará parecer muy torpe y muy sosa mañana: no sabrás nada de lo que pasa en mi corazón, nada de lo que experimento..."

Y emborronaba páginas y páginas en este tono sentimental. También la Condesa estaba ocupada en escribir, y dirigía invitaciones a toda la vecindad, temerosa de que Witterstein encontrase demasiado aburrida su corta estancia en el castillo de Stoekan.

Llegó el anhelado día siguiente. Ningún cataclismo tuvo la crueldad de aniquilar el globo terrestre. Sin embargo, la Naturaleza se mostraba bastante inoportuna, o por lo menos parecía no comprender bien la importancia de aquel memorable día: llovía a cántaros. Witterstein llegó a las cuatro de la tarde. A pesar del mal tiempo, algunas personas habían acudido a la invitación de la Condesa y estaban reunidas en el salón cuando Hans hizo su entrada.

A Gertrudis le había hecho muy poca gracia la idea que había tenido su abuela de llenar el castillo de personas indiferentes: ¿cómo tener en semejantes condiciones una conversación íntima con su futuro? Porque, para colmo de desgracia, el viento y la lluvia hacían imposible todo paseo dos a dos. Hans se encontró también desagradablemente sorprendido al ver todos aquellos rostros desconocidos, ante los cuales tenía que desempeñar el papel de un novio rendido y enamorado—papel bastante embarazoso para él, cuyos sentimientos eran tranquilos. Sin embargo, cuando vió a la graciosa niña que estaba al lado de su abuela, experimentó una sensación de grata ternura y sintió deseos de estrecharla entre sus brazos; la presencia de los invitados hacía imposible toda efusión de ese género. Besó la mano de la abuela y de la nieta y dijo a ésta, con tono dulce y penetrante:

—¡Querida, querida Trudy!

La palidez de Gertrudis se trocó en encendido rubor.

—¿No permanece usted más que un día con nosotras?—preguntó la Condesa.

—No es más que una escapatoria, porque mis intereses me retienen en Moravia. Mi tío me inicia en los misterios de la administración. Esa vida de cifras, de cálculos y negocios me es odiosa, y he tenido el deseo de ver a mi prometida... Me he escapado por un día, pero es preciso que regrese mañana.

Después de la comida, como el tiempo había aclarado algo, los invitados pudieron sentarse en el terrado y aspirar el fresco aroma que brotaba del suelo mojado y de las flores saturadas de agua. Los senderos, convertidos en arroyuelos, no permitían ninguna excursión. Gertrudis estaba sentada al lado de su abuela, y Hans, apoyado en un pilar, miraba a las dos mujeres. Los invitados, sentados en círculo alrededor de ellos, escuchaban la narración que hacía el joven de sus aventuras londinenses o parisienses, por supuesto, de las que podían ser escuchadas por castos oídos.

—¿Sin duda salió usted de París con los Hohenberg?—preguntó la Condesa.

—No. Creo que actualmente están en Trouville; no estoy seguro.

—Hohenberg ha ido a buscar a su mujer para regresar a Austria.

—Ha hecho bien. No me gustan esas

prolongadas estancias en el extranjero. Se puede viajar para instruirse, ir de un lado a otro para aprender el mayor número posible de cosas, pero no se debe pasar temporadas enteras fuera de su propio país. No es patriótico ir a gastar así el dinero en el extranjero... Supongo que cuando estén ustedes casados permanecerán cuerdamente en su casa...

—No se lo puedo prometer, Condesa. Es difícil resistir a la atracción de los viajes cuando está uno habituado a ellos.

—¡Oh! yo no pido más que visitar el mundo entero—exclamó Gertrudis entusiasmada.

Los dos jóvenes no pudieron llegar a un coloquio más íntimo. Witterstein, por lo demás, no buscaba la ocasión. Se marchó al día siguiente, después del almuerzo, con los invitados de la Condesa de Simmersburg.

—No tardaré en instalarme en Herrenberg—dijo al despedirse de su prometida.—Entonces estaremos cerca y podremos vernos todos los días hasta nuestra boda. Hasta entonces, mi bonita Trudy. Verdaderamente, querida Condesa, su nieta se ha embellecido más y el aire del campo la sienta a maravilla.

¡Ingrato!... ¡No veía que el amor era lo que daba frescos colores a aquellas mejillas y brillo a aquellos ojos! ¡No sabía que su presencia había provocado dulces lágrimas! Ignoraba la llama interior que había transfigurado aquella belleza infantil e ingenua...

Hans había regresado a sus tierras; su corta visita había pasado como un sueño. Gertrudis se preguntaba si realmente su novio había estado a su lado, si su mano había tocado la de ella, si sus labios habían depositado en su frente un casto beso.... ¡Ah! no se había él dignado penetrar en el misterioso secreto de aquel corazón puro, y la pobre niña no sabía si debía sentirse alegre o entristecida.

—Trudy, estás inmóvil como la estatua de la Consternación... Tienes ahora los ojos llenos de lágrimas... ¿Cuándo serás, pues, razonable?

—Abuela, ¿crees tú que me quiere?

—¿Qué significa esa pregunta?

—¡Nada, nada! No sé en verdad lo que quería decir, abuelita.

XIII

Hans no se dirigió directamente a casa de su tío en Moravia, sino que hizo otra breve excursión. Al pasar por Praga, supo que los Tohenberg y la Condesa de Thunen se encontraban en Ischl, y se le ocurrió ir a ver a la despiadada Isi.

Que rabia le había ocasionado!.... Una rabia tal, que había caído enfermo... Así que saboreaba de antemano la venganza de contarla los encantos de su novia. Y en efecto, Trudy era deliciosa: una verdadera rosa de mayo, mucho más bonita que Isi, y tan cándida, tan pura, tan virginal.... ¿Pero por qué se interponía siempre entre Gertrudis y él la imagen de Isi cuando pensaba en su próxima boda?...

La temporada de Ischl estaba en su mejor período. La Corte estaba brillantemente representada por un gran número de familias pertenecientes a la más alta nobleza. ¡Qué buen efecto hacían en los registros de los hoteles aquellos grandes nombres! Su alteza serenísima el Príncipe de Hohenberg con su acompañamiento; su excelencia el barón de X..., intendente de los teatros reales... Todos los Schulze, Muller o Durand, se regocijaban en inscribirse en las mismas listas...

Los Hohenberg, como no pensaban permanecer más que unos quince días, habían parado en el hotel en lugar de alquilar una *villa*. Witterstein se detuvo por casualidad en el mismo hotel. Llegó a las seis de la tarde, pasó al comedor y mandó que le trajesen el registro de extranjeros; fué para él una sorpresa agradable el encontrar los nombres que buscaba entre los huéspedes de la casa. Preguntó si habían salido, y le dijeron que comían con Sus Majestades.

Hans fué a esperarles en el peristilo, y los vió llegar a las diez.

Cari fué la primera en exclamar alegremente al bajar del carruaje:

—¡Usted aquí, querido Witterstein!

El corazón de Isi palpitó violentamente, pero tomó un aire indiferente y tendió al Príncipe la punta de los dedos, diciendo:

—¡Qué sorpresa tan agradable!

Hohenberg le sacudió fuertemente la mano.

—Ven con nosotros—dijo con cordialidad,—mi mujer te ofrecerá una taza de te.

Hans no se lo hizo repetir, y les siguió

La Corte estaba brillantemente representada por un gran número de familias pertenecientes a la más alta nobleza

al piso superior. Entraron en un salón muy iluminado por la electricidad.

Las dos hermanas se quitaron sus grandes capas de seda obscura, y aparecieron vestidas de blanco, con diamantes en el escote y flores naturales en la cabeza. Estaban admirables de hermosura, y la primera mirada de Isi bastó para fascinar de nuevo a Witterstein.

Cari se dejó caer en una butaca.

—Me encuentro un poco cansada—dijo.

La Condesa de Thunen se acercó a la mesa y se puso a preparar el te; se quitó sus largos guantes de Suecia, y sus brazos desnudos mostraron sus líneas puras bajo los siete aros de su porte-bonheur. Llenó las tazas, y ofreció una al joven que estaba de pie ante ella.

—Y ahora, cuente usted—dijo Isi.—He oído decir que cayó usted enfermo en París antes de su marcha. A Cari y a mí nos extrañaba mucho no verle... Estábamos lejos de sospechar...

Sin lo cual, hubieran ustedes desempeñado cerca de mí el papel de Hermanas de la Caridad.

—Tal vez—respondió la Princesa de Hohenber;—de todos modos, hubiéramos preguntado por usted. ¿De dónde viene?

—De Stockan, en Bohemia.

Isi se mordió los labios.

—¿Y qué es lo que te trae a Ischl, si no es indiscreción?—preguntó Hohenberg.

—¿A Ischl?... El deseo de ver a todos ustedes...

Un relámpago de triunfo brilló en los ojos de Isi. Lanzó a Hans una tierna mirada, y se volvió.

—Yo en su lugar me hubiera quedado en Stockan—dijo ella.

Entraron algunas personas en el salón: vecinos de hotel, una Condesa húngara con su hija, y un General. Se pusieron a hablar de los acontecimientos políticos de Rusia, de una inundación en el Tirol, y así por el estilo. Esta conversación no interesaba a Isi, que permanecía reclinada en una butaca, estirando y arrugando sus largos guantes de Suecia. Witterstein se había colocado al lado de ella, y después de un silencio contemplativo, dijo:

—¿Sabe usted la causa de mi enfermedad en París?

—No.

—El billete cruel que me fué entregado a la puerta de los Campos Elíseos.

—¡Supongo que no esperaba usted otra cosa!

—Busqué a usted en los teatros, en los sitios en donde podía usted estar... A las doce de la noche, me puse de guardia ante la puerta del Gran Hotel; tenía fiebre, estaba transido por la lluvia... Estuve a punto de morirme al día siguiente...

—Lo siento mucho...—Y los guantes se alargaban indefinidamente... La suerte me ha vengado con demasiada dureza, pero la ofensa recibida merecía un castigo ejemplar... Tal vez la fiebre ha sido una pena excesiva...

—Si yo la hubiera ofendido a sabiendas, no me atrevería a presentarme delante de usted... pero, durante aquella inolvidable jira de Versalles... usó usted de una feroz coquetería... Es usted la criatura más odiable y más adorable del mundo.

—¿Viene usted de Stockan?

¿Stockan?... Se había olvidado por completo de lo que se había propuesto al ir a Ischl: excitar los celos de Isi, a fin de vengarse de ella. La joven acaba de recordarle sus designios.

—Sí, vengo de hacer una visita a Simmersburg. He encontrado bellísima a mi prometida... Creo que esa criatura me ama realmente y concluirá por inspirarme una pasión.

XIV

Los guantes se alargaron bruscamente. Isi se levantó con un movimiento nervioso y fué a unirse con el otro grupo; dió con viveza su opinión sobre las inundaciones en general y sobre las del Tirol en particular. Durante todo el resto de la velada, no favoreció al Príncipe Witterstein ni con una mirada, ni con una palabra, ni con una sonrisa.

Al día siguiente, por la mañana, se marchó él sin despedirse de ella.

*

De John Walgrave a Walter Sydney, en Boston

"No te he escrito desde mi excursión a Versalles, hace ya más de diez semanas, y te suplico perdones mi negligencia. Imagínate que he cometido contigo una pequeña infidelidad. ¿Te acuerdas de un Príncipe alemán del que te hablaba en mi última carta, y que asistió a la jira? Parece ser que el tal Príncipe ha simpatizado conmigo, y me ha convidado a hacerle compañía en un castillo de recreo. He aceptado muy gustoso, y aquí me tienes hace quince días viviendo en un grato retiro.

"Creo que mi huésped trabaja en algún libro y se ha retirado a esta tebaida para terminarle sin que le interrumpan. Pasa las mañanas en su gabinete, que permanece cerrado para todos, incluso para mí; no nos reunimos sino por la tarde, para hablar; jugamos al billar o echamos una partida de ajedrez, después leemos en alta voz algunos capítulos de una obra sobre la que discutimos largamente. Nuestras ideas son siempre parecidas y vivimos en un perfecto acuerdo intelectual. Por la mañana, muy temprano, nos paseamos — cada uno por nuestro lado—en los bosques cercanos, y volvemos de excelente humor para hacer honor a un sólido desayuno. El príncipe posee un excelente cocinero, y comemos *con ánimo*, es decir, con glotonería.

"En seguida mi anfitrión se pone al trabajo y yo lo aprovecho para hacer fructuosas excursiones en la biblioteca. Puedes comprender los renovados goces que produce el comercio asiduo con las obras maestras de la literatura. Las gentes de placer o de negocios nos contentamos con devorar los periódicos, recorrer las revistas u hojear la última novela; pero estas lecturas precipitadas son, en comparación de mis atentas lecturas de hoy, lo que un tente en pie tomado a escape en la fonda de una estación al exquisito paladeo de una comida fina...

Recibo de cuando en cuando noticias de Sofía Timofewna. Se encuentra en las estepas y me envía desde allí informes diversos: los intendentes la roban, el pope solicita fondos para la restauración de la iglesia, un gentilhombre vecino quiere casarse con ella, la maestra de escuela de su aldea da conferencias sociales—económico-políticas—y parece tanto más sospechosa de nihilismo, cuanto que lleva anteojos y cabellos cortos; el médico, un *zapadnii*, de ideas muy avanzadas, está en continua disputa con el Juez del distrito, un moscovita de la santa Rusia... Mientras tanto, ella siente la nostalgia de su querido París, "el único lugar en donde los pulmones funcionan a gusto". Cuenta con volverme a encontrar

Después leemos en alta voz algunos capítulos de una obra sobre la que discutimos largamente. Nuestras ideas son siempre parecidas y vivimos en un perfecto acuerdo intelectual

allí, pero sin que parezca dar a esto una gran importancia.

"Tanto mejor, porque voy a hacer una excursión por Austria, y volveré a mis penates con mi nuevo amigo, que desea conocer América. Creo que proyecta dar la vuelta al mundo. Pero en este caso no seguiremos el mismo camino. Yo no tengo aficiones exóticas, no deseo ni ver bailar a las bayaderas, ni contemplar los hielos del polo; las soledades tropicales o boreales no me atraen, y no pretendo estudiar a los mongoles, ni a los indios, ni a los tártaros, ni a los salvajes. Estos me aguarían todo el placer que me procura la vista de un pueblo civilizado y me mostrarían lo ineficaz de mis sueños humanitarios..."

Al llegar aquí, Walgrave interrumpió la carta, porque la campana anunciaba la comida. Aunque los únicos comensales fuesen el anfitrión y su invitado, comían siempre de frac: el arte de vivir bien exige que la ceremonia de la comida se verifique con cierta solemnidad. De esta manera se da a la vida ordinaria un tono de cortesía y de corrección.

Se comía a las siete; en seguida echaban la partida de ajedrez. Sin embargo, aquel día el tablero permaneció en su puesto, porque los dos amigos se habían engolfado de sobremesa en una discusión tan animada, que no quisieron interrumpirla; siguieron hablando, sentados ante la chimenea, fumando sus cigarros y saboreando el café.

Hablaban en inglés. El Duque poseía perfectamente aquella lengua, mientras Walgrave era incapaz de conversar en alemán. Corría el mes de septiembre. El tiempo era todavía bueno; sin embargo, se encendía el fuego todas las noches, no tanto para caldear la habitación, como para darla un aspecto íntimo y confortable. Emilio tenía las tenazas y se divertía en consolidar el edificio de leños. Walgrave tomó de una mesita próxima una copita de licor, y dijo continuando la conversación comenzada:

—Está usted en el error.

Emilio dejó las tenazas en un rincón de la chimenea:

—Me alegro no ser de la opinión de usted. Nuestra conformidad en todos los asuntos comenzaba a ser monótona. ¿Pretende usted que me engaño? Le haré observar, sin embargo, que no soy el primero en declarar que el matrimonio es inútil y perjudicial. Por lo demás, confirmo mi opinión con mis actos. Usted ve en mí un solterón empedernido. Tal vez dentro de seis años se encontrará usted en la misma situación que yo.

—Si me quedase en Europa, podría sucederme tal desgracia, pero no temo ese peligro en mi país.

—¿Por qué así? ¿No hay en Europa un número suficiente de muchachas en estado de casarse y dignas de ello?

—Cierto; pero se encuentra al lado de ellas un número harto considerable de mujeres amables... que ya no pueden casarse. En nuestros país, la soltera es la que conquista corazones; *flirtea*, ama y es amada; la muchacha joven, libre, alegre y coqueta, cuyo único pensamiento estriba en terminar su novela de amor con el matrimonio.

—¿Y las casadas? ¿no son ya libres, alegres o coquetas?

—¿Alegres? sí. ¿Coquetas? para su marido únicamente. ¿Libres? en manera alguna. Pertenecen por completo a su hogar. La mujer casada deja de figurar en los coqueteos, mientras que aquí es cuando se encuentra en mejores condiciones.

—¿Aquí? ¿se refiere usted a Alemania?

—No; como vengo de Ultramar, y viajo un poco por todas partes, no me fijo mucho en los límites de países y provincias; para formarme una opinión, establezco una medida proporcional entre todas mis observaciones sobre Europa. En mi calidad de extranjero rico, soy muy bien recibido en la high-life cosmopolita, y en los diferentes ambientes que he recorrido, no he observado, desde el punto de vista de la moralidad, notables diferencias. En todos los países en donde gentes ricas y de elevada posición viven entre el lujo y los placeres, la "juventud dorada", comparte sus favores entre las mujeres del *demimonde* y las mujeres casadas del gran mundo... Por lo demás, los "diez mil de la high-life internacional forman entre ellos un grupo de un carácter uniforme..."

—Esa es la teoría que expuse una vez ante usted sobre esos bohemios de lujo... Yo esperaba una discusión, y he aquí que nos encontramos otra vez acordes...

—Dispuesto estoy a la discusión si pretende usted que los célibes están en lo cierto... Repito con insistencia que está usted equivocado. La soledad es una triste cosa. Quiero algún día tener mujer, hijos, nietos, biznietos... Veo llegar el momento en que me enamoraré de una joven bonita y espiritual—alguna de mis compatriotas—en que no podré menos de atraerla a mi corazón, y para obtener la gran felicidad de poseerla, la ofreceré lo que poseo: mi nombre, mi honor, mi porvenir y mi protección, asegurada para toda la vida. En lugar de precipitar a mi compañera en el torbellino de la high-life, elegiré para esconder nuestra dicha una casa apacible, frecuentada por algunos amigos.

Emilio tendió la mano a Walgrave:

—Deseo con todo mi corazón, John—le dijo llamándole por primera vez con el nombre de pila,—deseo con todo mi corazón que alcance usted semejante felicidad.

El americano estrechó la mano que Emilio le ofrecía, y respondió con calor:

—Quisiera verle a usted también dichoso. ¿No podría usted llegar a serlo?

Emilio arreglaba los tizones. Respondió al cabo de un momento:

—No soy desgraciado. Mi juventud ha pasado, llevándose los sueños maravillosos de un amor supremo. He elegido una clase de goce del que no tengo que temer ni saciedad ni cansancio: trato de penetrar en los hombres, en los libros, en la Naturaleza; miro en torno mío, preguntando, escudriñando, examinando, estudiando; a veces se ilumina una cosa obscura, se muestra una cosa oculta, se une a su causa una cosa incoherente... He aquí para mí un manantial de intensos placeres. Preguntaban un día a Virgilio si existía una alegría absoluta, y respondió: se cansa uno de todo, excepto de comprender *procter intelligere*.

—*Intelligere*—repitió Walgrave con tono pensativo.—Sí; creo que es la función humana más elevada, y que ha de ser en el porvenir la función sagrada; comprender vale más que rezar. La oración no ha evitado nunca las tormentas, pero la consecuencia de las leyes atmosféricas permite calcular y evitar el peligro... Me gustaría esbozar una figura que representase la Inteligencia. Todas las estatuas de Alemania, de Francia, de Baviera, de la ley o de la libertad, cederían el paso a aquella cuya mirada abarca el espacio, cuyas huellas se extienden por el universo, cuya túnica entraña el Perdón, el Amor, la Felicidad.

XV

Carl e Isi se desayunaban en el salón del hotel de Ischl. Eran las nueve. El café, las cartas y los periódicos estaban colocados en la mesa.

La vajilla de plata del servicio llevaba las armas de los Hohenberg, porque la Princesa llevaba en sus viajes todos los objetos necesarios a su uso personal, y gracias a es-

ta precaución, las habitaciones de alquiler tomaban un aspecto de elegante sencillez. En la alcoba, la cama tenía fundas de almohada y colchas de encajes; en la mesa de noche había un crucifijo de oro, y en el tocador, al lado del espejo, un estuche completo de plata; en la sala había "todo lo necesario para escribir": frascos, cajas, álbums, cojines bordados, fotografías en suntuosos marcos, infinidad de *bibelots*. Un ligero perfume de verbena flotaba en el aire y revelaba la presencia de Cari.

Lo que distingue a las grandes damas de las sencillas burguesas, es el medio lujoso en que están habituadas a vivir. Que estén acostadas, que salgan del baño, reciban visitas, almuercen, coman, tomen te, se paseen a pie o a caballo, siempre están rodeadas de cosas brillantes, perfumadas, suaves, graciosas, nobles y ricas: abanicos, látigos, espejos, encajes, joyas; por todas partes crujientes sedas, diáfanas telas, terciopelos suntuosos, dorados, flores, diamantes...

En la alcoba, la cama tenía fundas de almohada y colchas de encajes; en la mesa de noche había un crucifijo de oro, y en el tocador, al lado del espejo, un estuche completo de plata

Aquella mañana las dos hermanas, sentadas frente a frente en su elegante *deshabillé*, con los pies apoyados en cojines de damasco, formaban un delicioso cuadro de género. Era el día siguiente a la inesperada visita de Witterstein. Isi se encontraba de muy buen humor; la vida le parecía más interesante desde que sabía que Hans estaba cerca. ¿Le amaba ella?... No, ciertamente; le conservaba aún rencor por su conducta pasada, y su boda le parecía el colmo de la audacia. ¡Pensar en ella siendo el prometido de otra!...

—Isi, querida mía—dijo la Princesa de Hohenberg, tomando el último sorbo de café,—permíteme que te diga que no haces bien en coquetear con Witterstein

Isi se puso encarnada.

—Nos habíamos prometido no sermonearnos nunca...

—Y no lo hago... Es hablar nada más... En mi opinión, la coquetería produce siempre complicaciones inútiles, sobre todo con el novio de otra... Tendrás que pasar por momentos duros: la luna de miel del joven matrimonio, su viaje de bodas...

—Me basta hacer una indicación para romper esa boda...

—¿En verdad...? ¡en ese caso estás! ¿Y por qué no haces esa indicación?

—Porque me comprometería a otorgar una compensación que no quiero conceder.

—Eres juiciosa y prudente.

—Pero, querida Cari, ya que has abordado un asunto espinoso, dime a tu vez lo que esperas de Emilio.

Una sonrisa tranquila animó la fisonomía marmórea de la Princesa.

—La pregunta no es indiscreta. Todo el mundo sabe que el duque Emilio forma parte de mi acompañamiento. ¡Estoy asombrada de que no le haya atraído Ischl! Mi marido se queja de su ausencia.

—¿Alguna infidelidad, sin duda?

—No me debe ninguna felicidad... Has de saber de una vez por todas que no tengo asuntos de corazón.

—Y tal vez ni corazón tampoco.

—Si entiendes por la palabra "corazón" la debilidad y el sentimentalismo, evidentemente no tengo corazón, y no te deseo que lo tengas.

—¡Oh! el mío está vacante.

—¿Y Witterstein?

—Witterstein me interesa, nada más. Mi único amor en vida ha sido Thunen.

—Por fortuna esa pasión ha muerto, y la conducta de tu marido no te hace ya sufrir.

—Por fortuna, sí; en otro caso, todos los días tendría nuevos pesares. Sus relaciones con Lea del Teatro Miguel se han hecho públicas. Ha recobrado su libertad.

—Eso es lo que hacen muchos maridos...

—¿No deberíamos tener nosotras los mismos derechos?

—¿Para qué? Lo mejor para una mujer es vivir sin tacha y sin temor... Te lo aconsejo y te doy ejemplo de ello.

—En suma, que Hohenberg no merece una infidelidad semejante.

—¿Mi marido? Echa de menos a Emilio porque ve en él al que consuela mis males legítimos. Pero yo soy sobre todo fiel a mí misma, y no tengo penas que reclamen un confidente. Mi vida tiene un fin...

—Claro, tienes a tus hijos...

—Sí, mis hijos... Son mis guardianes...

La Princesa Cari no había pensado en ellos, ni mucho menos, al decir lo que dijo, pero le desagradaba confesarlo. El amor maternal es en la alta sociedad un sentimiento muy distinguido. Cierto es que a los hijos se les tiene aparte, pero son, sin embargo, considerados como la mayor y más grata alegría de sus padres. Se tienen ciertas virtudes, como la beneficencia, la piedad, o la maternidad, como se poseen las alhajas de familia que duermen en el fondo de los armarios y no salen más que en las grandes ocasiones.

—¿Hay café todavía, señora?

Era Hohenberg, que entraba en el salón, después de haber dado su paseo higiénico de la mañana.

—¡Ah! buenos días, Fernando.

Cari llenó una taza y se la presentó a su marido, que se había sentado cerca de la mesa.

—¿A qué obedece esta visita matutina?—preguntó ella.—Generalmente desayunas fuera de casa.

—Porque me he puesto de muy mal humor—respondió él;—dame otro terrón pequeño.

—¿Cuál es el motivo? ¿Alguna caricatura en los periódicos satíricos de Viena?

—¡Oh, no! Esos señores no me enfadan. Lo que me contraría es la oposición de Cristián Letonegg...

—¿Siempre la política?... Estás aquí para descansar y no para ocuparte de cosas serias. Dame noticias de Witterstein. ¿Come hoy con nosotros?

—¿Witterstein? Se ha marchado esta mañana a las siete.

—¿Marchado? Es imposible.

—Sí; la verdad que es raro venir por la noche para marcharse al día siguiente por la mañana... Por lo demás, pronto tendremos ocasión de volverle a ver, porque va a ir a cazar a Herrenberg y a quedarse allí hasta su boda... Esa Gertrudis Simmersburg hará una bonita Princesa Witterstein. Ese muchacho tiene gusto.

—¿Te prometes, quizás, hacerle la corte este próximo invierno?—dijo Cari en tono de broma.

—¿Yo? ¡Jamás! Mis trabajos parlamentarios me absorben demasiado para perder el tiempo en semejantes fruslerías. Eso es bueno para los desocupados, como el duque Emilio. Quisiera saber por qué se esconde de esa manera. ¡Supongo que será de los nuestros en Herrenberg!

—¿Te diriges a mí? Yo no estoy al corriente de sus proyectos.

Y se levantó de su butaca, miró algunos instantes por la ventana, después salió de la habitación, sin decir nada.

Hoenberg la miró alejarse con sorpresa.

—¿Qué tiene Isi? ¿Le es acaso desagradable la marcha de Witterstein? Era uno de sus fervientes adoradores... Pero una vez que se casa, no puede tener la pretensión de que permanezca a su lado

—Isi *no piensa en* Witterstein.

—Tanto mejor... Es lástima que Thunen permanezca tan obstinadamente alejado. Espero que el mejor día llamará a su mujer a su lado.

—Ella no irá, porque no puede perdonarle su conducta.

—No hace bien... Deberías convencerla...

—¿Me crees muy fuerte en el capítulo de la inocencia conyugal? Tal vez tengas razón... De todos modos, tú y yo tenemos caracteres muy distintos, y Thunen no piensa de ninguna manera en dejar a esa Lea...

—¿Sería imprescindible?

—... Y además, Isi y su amigo no se avienen. Su separación es un verdadero bien para los dos. Si el divorcio estuviera permitido a los católicos...

Hohenberg la interrumpió muy incomodado:

—No faltaba más que esto... ¡el divorcio!... ¿Por qué no también el matrimonio civil? Y las escuelas mixtas, ¿no es verdad?... En suma, ¿qué vas a hacer con todo lo más sagrado de la sociedad: con el matrimonio, la familia, los hijos? El Estado descansa en la familia; la patria en el Estado; el orden social en la patria; la virtud en el orden social; la religión, el bien, el porvenir... ¡Desgraciada! Tú no ves el abismo en el que...

(Continuará).

Junio
1915

PACIFICO MAGAZINE

Precio:
UN PESO

UN BUEN CONSEJO
— A TODAS —
LAS MADRES

¿Quiére Ud. que su niño se desarrolle fuerte y robusto?
¿Quiére Ud. verlo comer con gusto y apetito?
¿Quiére Ud. que tenga bonito semblante?
Su niño está en el período del crecimiento y por consiguiente pálido y débil.
¿Usted misma no está anémica, joven madre, que tantos motivos tiene para ello?

Prueben
LA TISPHORINE

Alimento completo, por excelencia extra digestivo, a base de fosfatos, féculas, cacao y leche concentrada.
Excelente para niños, madres, amas, anémicos, fatigados por la edad, convalecientes, ancianos, etc., etc.

DE VENTA EN TODAS
LAS DROGUERIAS, FARMACIAS Y BUENOS ALMACENES

Unico Concesionario para Chile:

CASA, ARDITI

AGUSTINAS 814 - Casilla 78-D - SANTIAGO

Revistas Ilustradas editadas por la EMPRESA ZIG-ZAG

SUBSCRIPCIONES PARA 1915

	POR UN AÑO	POR 6 MESES
ZIG-ZAG, semanal	$ 22.50	$ 11.50
FAMILIA, mensual	„ 10.00	„ 5.50
PACIFICO MAGAZINE, mensual	„ 10.00	„ 5.50
CORRE-VUELA, semanal	„ 9.00	„ 5.00
EL PENECA, semanal	„ 4.50	„ 2.50
LAS CINCO REVISTAS	„ 52.50	„ 27.00

La mayor circulación en el país

Al extranjero, por un año, incluso franqueo

ZIG-ZAG	$ 36.00	PACIFICO	$ 16.00
FAMILIA	„ 14.00	CORRE-VUELA	„ 16.00
EL PENECA	$ 8.00		

Por seis meses, la mitad de estos valores

SUBSCRIPCION COMBINADAS

En toda subscripción combinada con ZIG-ZAG se hará un descuento del 10 por ciento sobre el importe de dicha subscripción conforme a la tarifa, quedando excluido del descuento el valor correspondiente a ZIG-ZAG. Pedidos y valores diríjanse a EMPRESA ZIG-ZAG, Teatinos 666, Santiago de Chile.

DESEAMOS AGENTES

En todas partes, para explotar negocio fácil y lucrativo. Hágase Vd. vendedor de Retratos Amplificados! No se necesita experiencia, ni que deje Vd. su actual negocio ú ocupación! Pídanos informes y catálogo español de 120 paginas el cual enviamos gratis. Excelente oportunidad para cualquier

COMERCIANTE Ó AGENTE!

Nuestra excelente mercancia y trabajos finisimos, permiten cargar buenos precios. Dedique su tiempo á un negocio que le deje máximo provecho. Nosotros nos encargamos de todos los detalles del negocio. Damos las mayores facilidades. Proporcionamos elegantes muestrarios y material de propaganda. Una agencia de esta clase dá dignidad y acredita al que la posee. Pídanos detalles. Nuestra casa es una de las más importantes en este ramo. 20 años en el negocio de amplificationes de Retratos de todos estilos, cuadros, molduras, espejos, pinturas y toda clase de articulos de Arte. Damos referencias Bancarias. Capital y surplus más de medio millón de francos. No deie escapar esta ocasión. ESCRIBANOS HOY!

Consolidated Portrait & Frame Co.

Dept. 11-H 1029 W. Adams St., Chicago, Ill., E. U. de A.

SUMARIO

Páginas

EL BIBLIOTECARIO DE LA HISPANIC SOCIETY OF AMERICA . . . . . *Carlos de Velasco* 643
LAS VUELTAS DEL MUNDO . . . *Januario Espinosa* 645
Ilustraciones de J. Délano.
EL SUEÑO DEL ARBOL . . . . . *Miguel Luis Rocuant* 650
EL HOMBRE MAS RICO DEL MUNDO QUE SE CASÓ CON UNA ESPAÑOLA . . . . . *El Caballero Audaz* 651
EXPOSICION BACKHAUS . . . . . *A.* 658
LA INTERVENCION DE ITALIA Y LA CARICATURA CHILENA 659
EL GRAN CANAL . . . . . *Ernesto Montenegro* 663
Ilustraciones fotográficas
EL ESPIONAJE MODERNO 676
JARDIN ZOOLOGICO DE BUENOS AIRES . . *A. R. R.* 687
EL ACTOR QUE GANA MAS QUE UN PRESIDENTE . . . . . (Adaptado del inglés por *J. C.* 695
Ilustraciones fotográficas
LA RAZA DE GALLINAS LEGHORN . . . *J. León F.* 701
LA OPINION DE RODÓ SOBRE LA GUERRA 705
LOS MUSICOS ULTRA-MODERNOS. . *Carlos Lavín* 707
LA RENDICION DE TSING-TAO Y SU SIGNIFICADO, ... *Garduer L. Harding* 721
XAVIER GOSE . . . . . *Epifane de Carpocrates* 731
DE NUEVA YORK A LA HABANA EN FERROCARRIL . . . . . *A.* 737
Ilustraciones fotográficas
HIGH-LIFE (Folletín) . . . . . *Baronesa de Suttner* 743

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

Kathodoscopio RAYOS-X

La última invención. Todo el mundo la desea. Ve Ud. la hora de su reloj a través de una tela. Ve Ud. también a través de una tela la muchacha que le gusta, el enamorado, objetos materiales, etc. a cualquier distancia, en todo clima. Dura toda la vida. Siempre listo para uso. Precio 50 centavos, oro, dinero o sellos de correo. KATHOS CO., 117 E. 25th St., Nueva York, E.U.A.

Lea Ud.

Pacifico Magazine

Los Cancilleres señores Müller y Murature, acompañados de don Enrique Villegas Echiburú, ex-Ministro de Relaciones, que fué uno de los

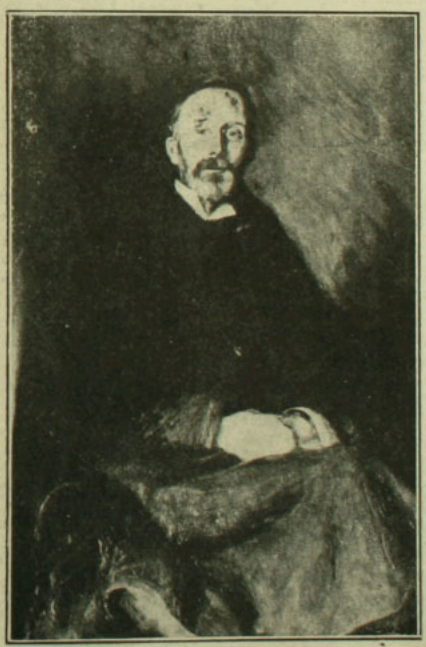
PACIFICO MAGAZINE

× Que ayer | VOL. V.—Santiago de Chile, junio de 1915.—NUM. 30 | — Que mañana

El bibliotecario de la Hispanic Society of America

De dos o tres años a esta parte venía yo sosteniendo una muy interesante correspondencia literaria con el doctor Winfred Robert Martín, bibliotecario de la "Hispanic Society of America", quien falleció el día 21 de febrero último en su residencia de la ciudad de Nueva York, según me ha participado en sencilla y expresiva esquela la Junta de Gobierno de la magnificente Sociedad presidida por el benemérito hispanista señor Archer M. Huntington, *gentleman* millonario que fundó el 18 de mayo de 1904 esa espléndida institución cuyo palacio de Audubon Park encierra joyas de muy alto valor, ya ponderadas, entre otros escritores, por mi querido amigo el eminente literato José de Armas y Cárdenas, quien describió la generosa obra de su ilustre fundador en un bello trabajo publicado en el número del 15 de junio de 1912 de su malograda revista "El Peregrino", bajo el título de "España en los Estados Unidos" y el subtítulo de "La Sociedad Hispánica de América", ilustrándolo con numerosos grabados.

La noticia de la muerte del doctor Martín me causo dolorosa impresión. Sin conocerle personalmente, sus amables y alentadoras cartas me hicieron tomarle afecto: le consideraba mi amigo, y por ello y por su valer quiero rendirle este póstumo tributo desde las páginas de una revista cubana. Su retrato, que pedí al distinguido americanista Dr. Alfred Coester y que con los *compliments* de la sociedad me ha enviado el Dr. Edward Luther Stevenson, docto secretario de ella, es copia de un óleo reciente y único que orna la sala del edificio donde él trabajó desde 1907 como bibliotecario.



Doctor W. R. Martín

Había nacido en Ningpo, China, en 1852, durante la permanencia de su padre como diplomático en aquellas lejanas tierras de Oriente; en 1872 se graduó en la

Universidad de Princeton, recibiendo el título de "Arlium Magister"; hasta 1878 cursó en la de Nueva York, y en 1887 la de Tuebingen le confirió el título de doctor en Filosofía. En Trinity College, donde también estudió, fué profesor de lenguas orientales desde 1888 hasta 1907, siendo al mismo tiempo, durante los últimos cinco años de ese período, profesor de sánscrito en el Seminario Teológico de Hartford. Era miembro de la Sociedad Oriental Americana, de la Asociación Filológica Americana, de la Sociedad de Literatura y Exégesis Bíblica y de la Sociedad Numismática Americana, y se le apreciaba mucho por su vasta erudición, su gran sabiduría y sus altas condiciones morales. Sobre todo—dice en uno de sus libros sobre enseñanza Mr. William Lyons Phelphs, profesor de la Universidad de Harvard—era "uno de los más eminentes maestros que he conocido, un profundo y original literato y hombre de variados y asombrosos conocimientos".

El doctor Coester, que frecuentaba su trato, me decía en carta del 27 de marzo último: "Mi conocimiento íntimo del doctor Martín y de su labor en el Museo y Biblioteca de la Hispanic Society, me permiten señalar estos dos sobresalientes aspectos suyos: primero: el placer inmenso que experimentaba ayudando a los estudiantes e investigadores, así como su extremada cortesía no sólo para mostrar los tesoros del Museo a las distinguidas personas que anualmente lo visitan en considerable número, sino también a las más humildes; segundo: la amplitud y la diversidad de su saber, que le hacía formarse de los diarios sucesos un concepto muy distinto de aquel que tiene el hombre común o el hombre letrado corriente. Su originalidad de pensamiento era tal, que resultaba un positivo placer escuchar su conversación".

Fuera de estos testimonios de personas que le conocieron personalmente y le trataron con intimidad, las cartas que tengo del Dr. Martín comprueban tales opiniones y hacen lamentable su muerte, que quita a los estudiosos un guía eficacísimo y desinteresado, priva al elemento intelectual americano de una figura de gran talla y hace perder a la Hispanic Society of America uno de sus más laboriosos y entendidos miembros. Para mí, la desaparición de él representa la ruptura inesperada y violenta de un lazo espiritual que la comunicación epistolar había hecho fuerte y grato, porque además de lo instructiva que era y de lo halagüeña que para mi patria resultaba en el orden intelectual—pues el Dr. Martín juzgaba que la América de habla no inglesa era casi tan desconocida en los Estados Unidos como su país en los nuestros, y entendía que con el Canal de Panamá la literatura hispano-americana sería mejor apreciada en Norte-América, especialmente la nuestra—, tuvo siempre conmigo atenciones que no olvidaré y a su amistad debo cuatro o cinco valiosos volúmenes con que la Hispanic Society tuvo la amabilidad de obsequiarme, editados a expensas de ella.

Y así como en privado recomendé siempre a los publicistas cubanos amigos míos que enviasen a la Sociedad Hispánica sus producciones, donde son conservadas con amor y consultadas con interés por cuantos allí se ocupan en estudios de literatura americana—atendiendo así las indicaciones del Dr. Martín, quien se desvivía porque en la biblioteca a su cargo no faltase ningún buen libro publicado en Cuba o en el resto de América—ahora reitero a todos públicamente esa recomendación, que si es atendida redundará en beneficio de ellos y de Cuba. Con ella doy fin a este artículo escrito en memoria de quien tan altos títulos tuvo para merecer, como mereció, la consideración de los hombres de estudio.

CARLOS DE VELASCO.

Reproducimos de uno de los últimos números de la gran revista cubana "El Fígaro", este penetrante artículo que firma uno de los escritores más prestigiosos de aquella República, don Carlos de Velasco, director de "Cuba Contemporánea", la conocida revista, y autor de sesudas obras de historia y crítica.

Por

JANUARIO ESPINOSA

Ilustraciones de J. Délano

I

Me había ido de veraneo a esa propiedad cordillerana, en busca de aires más puros y de la frescura de las nieves. Don Eliodoro me había atendido con la antigua cortesía castellana. Era un hombre alto, flaco, huesudo. Sombreaba su labio superior apenas un mostacho ralo y ya medio blancuzco; pero en sus ojos había aún mucha juventud y viveza. Sus ojos eran su fuerte... para las mujeres. Don Eliodoro se había preocupado más del bello sexo que de sus cosechas; y de ahí que anduviera bastante en peligro su pequeña fortuna. No faltaba un pesimista que se avanzara a pronosticarle una próxima ruina.

A pesar de todos los contratiempos y de los apuros monetarios, su buen humor no decaía nunca. Era dicharachero, amigo de referir historias, inclinado a las chanzas.

Hacía ya una semana que yo estaba alojado en su casa, cuando me invitó a dar un paseo a la cascada de los Leones. Se trataba de una caída de agua, que miraba a cierta distancia, se presentaba con los brillantes colores del iris.

—¡Es un espectáculo precioso!—exclamó con entusiasmo.

Añadió con un poco de amargura:

—¡Lástima que no podamos organizar un paseo con niñas! Pasaríamos una tarde deliciosa... Pero para estas cosas es menester tiempo y dinero... Además, no todas se atreverían a cruzar el río cuando viene de creces.

Como todos los que tienen su origen en las nieves eternas, aquel río se ponía invadeable en los días más calurosos de verano. Las grandes piedras que arrastraba en su fondo, la gran corriente que traía, hacían más peligrosa la pasada.

Esa mañana estaba vadeable, sin embargo; aunque el agua alcanzó a rozar las monturas.

—Mal ojo le veo al tuerto—me dijo don Eliodoro. — El agua empieza a enturbiarse....

—Y eso significa...

—Que a nuestra vuelta tal vez no encontremos de este vado ni las señas...

—Nos quedaremos a este lado, entonces... ¿No habrá quién dé alojamiento?

—En cuanto a eso... ¡Pero allá veremos!

No estuvimos solamente en la cascada. Se empeñó don Eliodoro en que siguiéramos más adelante, para ver unos crestones de cobre, con pintas de plata y de oro.

—Creo que si se profundiza puede haber una riqueza...

—¿No abandona usted su entusiasmo por las minas?

—Ellas, más que las mujeres, han labrado mi ruina... Las minas pueden traer una fortuna de la noche a la mañana, pero también son traidoras. ¡Cuántas veces uno se engaña! Comienza una veta en beneficio abundante y de repente se brocea. En muchas ocasiones se extingue, y entonces se abre caja y se busca. Si no se pilla otra vez en anchura, no conviene el laboreo, salvo que el ferrocarril esté cerca y el capítulo fletes no resulte oneroso. Varias veces me ha tocado abandonar minas que me prometían una fortuna; en ellas he perdido plata, antes que obtener alguna ganancia, y, no obstante, mi fe no decae...

Añadió, tras una meditación corta:

—Esto de las minas, mi amigo, es un vicio como cualquiera otro. Se lleva en la sangre. Nos basta ver una piedra con pintas metálicas para que perdamos el juicio... Y a propósito, ¿ve usted aquellos cerros? Note esa faja obscura que corre en sentido longitudinal: ¡ahí tiene un panizo! Los mineros de profesión calamos los cerros desde mucha distancia.

Marchábamos por un terreno pedregoso. Era el lecho seco de un torrente. Resoplaban los caballos debido a lo agrio de la repechada y a los ardores de un sol de canícula. Las rocas vecinas irradiaban calor como si fueran ascuas. Algunas tenían cegadores reflejos metálicos. Como paseo, no era aquel de los muy agradables; pero cuando se va detrás de una futura riqueza...

Arribamos ante unos farellones de color rojizo.

—Por lo menos—dije—esto tiene el color del cobre...

—Pero son piedras brutas... Sin embargo, piedra colorada indica la proximidad del oro.

—De manera que posiblemente pisamos sobre una fortuna...

—Que puede estar casi a flor de tierra o en lo profundo... Esos son los misterios de las minas.

Diciendo esto, echó pie a tierra y hube de imitarle. Trepando a gatas por unas rocas, llegamos a una aglomeración de piedras sueltas. Levantó varias de esas piedras, y me mostró ese que los mineros llaman "reventones".

—Como le digo, puede ser una riqueza... Y también una de las muchas ilusiones. Habría que ponerle trabajo, y para ello buscaré un socio con capitales.

Al regresar, don Eliodoro estaba pensativo. No me dijo una palabra. No tardó en desviarse del camino y en detenerse frente a una casa, levantada al borde un arroyo, y mandó hacer una cazuela.

Seguimos nuestro camino lo que amainó la resolana. Esta demora nos fué de fatales consecuencias: el sol se nos entró cuando faltaban dos leguas para llegar al río.

—Después de este calorcito—dijo don Eliodoro—el río ha de venir algo bravo y es lo peor que hemos de pasarlo casi de noche.

Ocurrió así, en efecto. Llegamos a la orilla cuando el crepúsculo se extinguía. Por el color rubio del agua, por el ensordecedor ruido de las piedras arrastradas por la corriente, calculamos que la pasada sería peligrosa. Mi amigo, sin embargo, tenía ánimo de hacer una tentativa.

—¿Se atreve?

—No me atrevo—le dije sinceramente.—Tengo miedo.

—Entonces...

Ibamos a volvernos cuando notamos que desde la orilla opuesta penetraba resueltamente al río un infeliz rotito, montado en un caballo escuálido. Una mantita deshilachada cubría sus hombros; una chupalla de a dos chauchas, vieja y terrosa, echada hacia adelante, le daba aspecto de pillastre.

—Veamos cómo se las maneja este roteque—me dijo don Eliodoro.—Si él pasa, pasamos nosotros. Lo contrario sería humillante.

Apenas lo había dicho, sentimos un grito angustiado de socorro. La corriente impetuosa se llevó como una pluma a aquel caballo endeble y el rotito luchó en vano para salir de centro del río. Pronto abandonó la cabalgadura y se le vió bregar desesperado, en medio de las aguas rugientes y turbias.

Antes que pudiera detenerlo, don Eliodoro se había lanzado al río. Pero aunque su caballo era diestro y fornido, también se vió

arrastrado por el agua. Entonces creí ver con angustia que don Eliodoro estaba también perdido. Dí grandes voces y acudieron algunos campesinos asustados. Todos corrimos río abajo; uno fué por cordeles. A entrar así al río no se atrevía nadie. Don Eliodoro había abandonado también su caballo y se debatía en el agua con denuedo. El otro era arrastrado por la corriente como un cuerpo inerte. En un recodo que hacía el río y donde la corriente era menos violenta, mi amigo logró alcanzarlo, lo pescó de un brazo y, ya casi medio ahogado él también, pudo, sin embargo, cogerse con la diestra de la punta de un cordel que le lanzamos.

Al traerlos afuera, nos pareció sacar dos cadáveres. No obstante, don Eliodoro, sólo medio desvanecido, no tardó en reponerse. En cuanto al mísero rotito, por si acaso lo frotamos con energía y le oprimimos el vientre, para que arrojara la mucha agua que había bebido. Hay rotos que tienen la vida de los gatos... y aquel sería uno de ellos. Lo vimos abrir los ojos, dar como un suspiro, y en menos de cinco minutos levantarse tan alto. Se volvió a don Eliodoro y dijo sencillamente:

—Vaya, patrón... pueda ser que alguna vez le pueda pagar este servicio; el mundo tiene muchas vueltas.

II

Las necesidades de la vida me habían llevado a otras provincias. De aquel excelente amigo poco había sabido. Se perdía como tantos otros en la noche de los recuerdos lejanos.

Siete años habían transcurrido. Una mañana, en Santiago, un sujeto alto y vestido con elegancia me detuvo en una de las calles del centro.

—¿Pero ya no me conoce?

Lo miré con mayor fijeza.

—Don Eliodoro... ¡Si está usted inconocible! Más gordo... hasta se diría más joven.

—Eso es: el dinero produce estos milagros. Cuando uno posee fortuna, echa carnes y se rejuvenece.

—Supongo que daría buenos resultados aquella minita, con pintas de oro y plata...

—Absolutamente. Era una veta traidora... como la mayoría.

—Entonces... una herencia.

—Usted, no se imagina... Vamos a almorzar juntos—añadió,cogiéndome de un brazo—y allí le contaré una historia edificante... Estoy en el Oddó, aquí cerca...

Lo seguí, inducido por la curiosidad... y por un buen apetito.

—Sí, mi amigo, se acabaron las penu-

rias y las estrecheses... La buena viene cuando uno menos lo piensa y de donde uno menos se lo figura.

Descortezaba con calma un rabanito francés. Había en su fisonomía no sé qué placidez y bohomía. Bruscamente, me preguntó:

—¿Se acuerda de aquel pobre diablo que saqué medio ahogado del río?

—Cómo no he de acordarme...

—Dónde lo ha de ver usted, aquel rotito era barretero de una mina y tenía experiencia. Muchas veces estos hombres ignorantes, que han pasado su vida entre las piedras, saben más que un ingeniero, lleno de teorías y de tecnicismos... Dos años habían pasado desde aquello del río. Claro que yo lo había olvidado, porque era uno de tantos incidentes insignificantes de mi vida. Una tarde llega a mi casa un rotito y solicita verme. Lo miré sin reconocerlo.

—¿Pero que no se acuerda de mí, patroncito? Yo soy Herrera, pues, aquel que sacó del río...

—¡Ah— Sí, sí... ¿y cómo te va yendo

—Así regularcito no más, patrón... Ahora no tengo trabajo.

—Y quieres que te dé en el fundo?

—Yo no sé nada de agricultura... Trabajo en las minas.

—Ah, lo siento, porque no estoy trabajando ninguna... No hay plata con qué hacerlo.

El roto sonrió entonces maliciosamente.

—Vaya, patroncito... ¡tan cerca que tiene la fortuna y no la pesca!

Me lo quedé mirando, mas con deseo de reirme.

—Sí, pues, patrón—continuó—yo quiero participarle a usted, porque es caballero bueno y nos tiene compasión a nosotros los pobres.

Estas palabras no me hicieron impresión alguna. Sé que todos los mineros se creen descubridores de grandes riquezas. Le pregunté, pues, en tono casi irónico:

—¿Has descubierto algo?

—¡Una guía de oro de este gruesesito!

Y me levantaba el dedo gordo. Empecé a entusiasmarme.

—¿Y está muy lejos?

—No, aquí lueguito... De a pie podemos ir, si quiere.

Y echó a andar, indicándome que lo siguiera. Salí tras él, medio fascinado. El oro nos atrae a los hombres, como el imán al acero.

—¿Sabe a dónde me llevó este bárbaro? Nada menos que a mi chiquero. Sabe usted, que tenía yo los chanchos en un corralito, al pie de aquel cerrito de piedras rojizas. Ese cerro, para mí, no era panizo de nada; pero va a ver a dónde queda toda nuestra sabiduría.

Pues, precisamente en un hoyo lleno de barro y de inmundicias, donde los chanchos acostumbraban a revolcarse, se detuvo aquel roto y me dijo:

—¡Aquí empieza la guía y se prolonga por esa faldita.

—¿Y cómo lo sabes?

—La he seguido desde arriba... Se me había puesto que estas piedrecitas tenían oro... La guía va

por aquí—añadió—echando a andar.

Lo seguí. Trepamos como gatos por unas piedras y llegamos a un sitio donde él cavó un poco, con una barreta que habíamos llevado. Sacó un trozo de cuarzo y me lo mostró. Créame que casi me caí de espaldas. ¡Una guía de oro patente!

Era tanto mi entusiasmo que estuve por darle un abrazo. —Pero, hombre— le dije, levantando las manos al cielo—¿a quién se le ocurre buscar oro en la inmundicia?

Rió socarronamente.

—Todo es cuestión de olfato, pues, patroncito...

Y ahí tiene usted cómo de la minita del chiquero sacamos largo más de cien mil pesos. Con ello libré de deudas al fundo, emprendí otros trabajos, y ahora estoy en situación holgada.

Recuerde usted ahora lo que dijo aquel roto cuando lo sacamos del río: "el mundo tiene muchas vueltas"... Ya ve cómo hay frases insignificantes que resultan una profecía.

Mi amigo levantó su copa de champaña. También levanté la mía. Y los dos hemos bebido a la salud del obscuro minero chileno, que es rudo, trabajador, grosero, pero que muchas veces tiene un corazón grande.

El sueño del arbol

El árbol yerto, a la primera y leve
escarcha cristalina del otoño,
se estremece, despierta y se remueve
creyendo florecido algún retoño.

A la brisa más fría, cual si fuera
a los cálidos soplos con que anima
la tierra y el azul la primavera,
inclina su amplia, rumorosa cima.

Y si esa leve ondulación desprende
el hielo nocturnal de alguna rama,
lo imagina una hoja que desciende
y se pierde a lo lejos en la grama.

Y desde el tronco a la más alta fibra
de su ramaje tembloroso, queda
soñando que un rumor de flores vibra
entre las hojas, que la brisa enreda.

Mas luego viene el día; se difunde
celeste luz en el confín, y el manto.
de la soñada floración se funde,
gota por gota, en silencioso llanto.

Así también el corazón que espera,
en los instantes de fervor, de brío,
ve surgir claridad de primavera
que anima todo el horizonte umbrío.

Al verla, sueña revivir, sonríe
con alegría de estival orgullo,
y siente que su vida se deslíe
en esperanza de amoroso arrullo.

Mas la verdad sus claridades vierte,
y se disipa el ilusorio estío;
queda el ensueño detenido, inerte,
y vuelve el mustio corazón al frío.

Vuelve a sentir que su alegría expira,
que se han desvanecido los renuevos,
que era su floración una mentira,
mentira el rosa de los sueños nuevos.

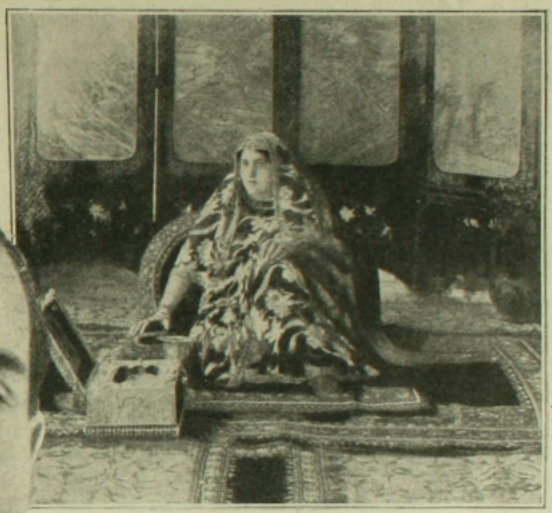
Y perdida la luz que del hastío
lo llevó a la esperanza postrimera,
deja correr en lágrimas de frío
el soñado calor de primavera.

MIGUEL LUIS ROCUANT.

El hombre más rico del mundo que se casó con una española

Todos los diarios de Europa han hablado últimamente del Marajah de Kapurtala, que casó con una bailarina española. Ultimamente, cuando el príncipe indio estuvo en Madrid, un periodista estuvo a entrevistarlo. Y el Marajah y su esposa le contaron al periodista cosas extraordinarias que transcribimos para curiosidad de nuestros lectores.

Y tomamos asiento alrededor de una pequeña mesita de te, al lado de los príncipes de Kapurtala, los cuales estaban rodeados de su séquito y atendi-



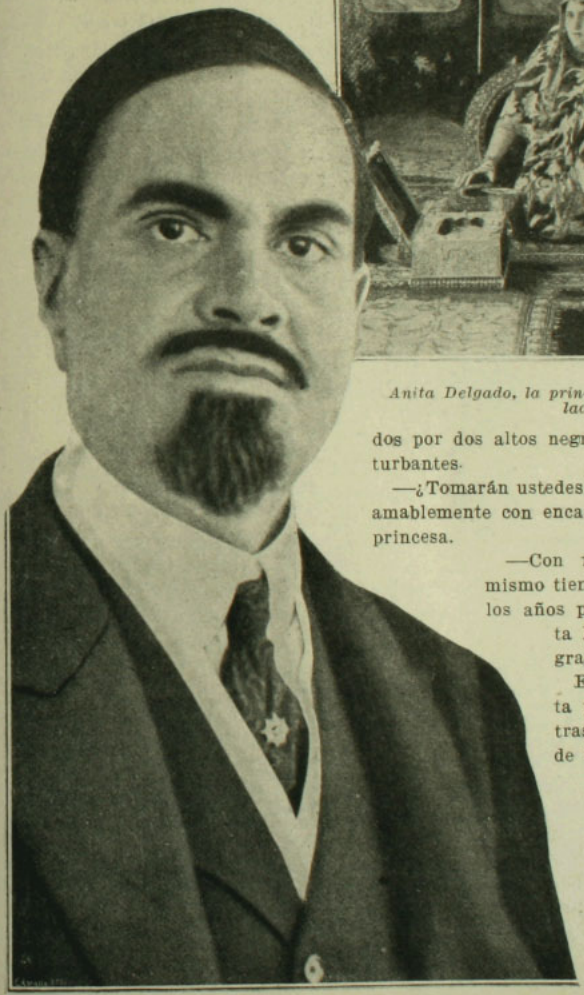
Anita Delgado, la princesa real de Kapurtala, en su palacio de la India

dos por dos altos negros indios tocados con grandes turbantes.

—¿Tomarán ustedes te con nosotros?—nos invitó amablemente con encantadora vocecita la angelical princesa.

—Con mucho gusto—aceptamos y al mismo tiempo pensábamos que a pesar de los años pasados en el extranjero, Anita Delgado no supo abandonar su gracioso y fino *ceceo* malagueño.

Extraordinariamente bella esta princesita de leyenda, que fué trasplantada desde un escenario de España a un palacio de la India. Alta, flexible, ondulada, con una natural distinción de serena majestad. Su cabecita pequeña, de cabellos negros abundantes, que es un encanto de gallardía, parece haber nacido para ostentar una diadema de perlas. Tiene el cutis como hecho de nácar, la boca ro-



El Rayá de Kapurtala, retratado por Campúa en el Hotel Ritz, de Madrid

ja, breve y cruel, y sus ojos muy grandes, muy negros y un poquitín melancólicos, miran con una dulzura infantil. Los dientes son como los ricos collares de perlas que resbálaban sobre las deliciosas turgencias de su pecho, muy descotado y muy blanco, casi tanto como los ricos y frágiles encajes que lo rodean. Por entre el milagro de sus cabellos asoman las grandes esmeraldas que penden de sus orejitas... Viste como la más refinada parisina, y sus manos, largas, puntiagudas y muy pulidas, salpicadas de piedras preciosas, parecen dos serpientes de armiño hechas para acariciar.

Anita Delgado con su hijo, el príncipe heredero de Kapurtala

Al mismo tiempo que comenzamos nuestra conversación, la princesita sacó de su bolsillo de oro y brillantes una pequeñita pitillera, también de oro, y nos obsequió con unos cigarrillos. Encendió ella uno y con gracia natural y distinguida comenzó a darle pequeñas chupaditas y después iba soltando poco a poco el humo. Eran unos cigarrillos deliciosos; su aroma de sándalo producía un inefable bienestar en nuestro espíritu. El príncipe seguía con curiosidad indiferente todos nuestros movimientos. Al observar que no fumaba, le pregunté:

—¿Su Alteza no fuma?

—¡Oh! Sí, mucho—me contestó en mal pronunciado castellano.—Pero del tabaco de mi princesa no, porque tiene sándalo sagrado.

—Pues son exquisitos—comenté yo, saboreando el mío.

—Los fabrican en el Cairo, expresamente para mí—dijo ella.

El príncipe permanecía recostado en su asiento con una indolencia muy oriental. Vestía a la europea y llevaba detalles de marcada elegancia. Estaba muy bien encuadrado allí, en el "hall" del Ritz.

Es un hermoso tipo indio. Su cuerpo, altísimo, es esbelto, vigoroso y recio. Con su tez cobriza contrasta la blancura de sus frescos y muy limpios dientes. Siempre sonríe con frialdad. Sus negros, grandes y brillantes ojos, tienen una mirada ardiente y dominadora. Representa unos treinta y cinco años y parece un príncipe de "Las mil y una Noches".

—Hablemos como amigos; prescinda usted, por una vez, de su calidad de periodista, y le contaré cosas muy curiosas de la India... —me dijo la princesa.

—Pero, ¿por qué esa oposición a que sea el periodista el que converse con usted, princesa?

—¡No quiero! Pero no me llame usted princesa. Llámeme Anita. Así como así, aquí en España es en el único sitio donde puedo oir mi nombre de pila... ¡Y me gusta tanto!... ¡Tanto como mi Málaga de mi alma!

—Pues, ¿cómo es eso?—inquirí.—¿Allá, en la India, no sigue usted llamándose Ana?...

—No. Al casarme, varié de nombre... Me llamo "*Amor del príncipe*", porque por ese nombre abrí el libro de mi destino el día de mis bodas con el Rayá. Allí dicen que es un nombre de suerte. No sé yo; hasta ahora soy muy feliz, muy feliz.

Al observar que tomaba notas, agregó rápida con un delicioso mohín de enfado:

—¿Pero no desiste usted de la interviú?

—Resultará muy interesante. Y, ¿por qué ese miedo, Anita?

—Si no es miedo; es sencillamente que yo estoy muy dolida de los periodistas españoles.

—¿Por qué?

—Me han hecho mucho daño. No han cesado de ponerme en ridículo... Y a mí me parece que yo por ser mujer, por ser española y por ir a ocupar un trono extranjero merecía un poco más de respeto de mis compatriotas.

—¡Pero, Anita, yo no sé!...

—¡Oh, sí, señor! Ha habido caballeros que han escrito sobre mi pasado cuántas

—¿No trabajaba usted en el Kursaal?

—Sí, señor; era una artista honrada, como hay muchas. Verá usted. Yo nací en Málaga, de donde es toda mi familia. ¿Conoce usted Málaga?

—Mucho.

—¡Qué bonita!...—dijo con deleite. Después continuó.—Allí tenía mi padre un café, me acuerdo que se llamaba el "Café de la Castaña", y estaba en la Plaza del Siglo. ¡El nombre tiene gracia!... Bueno, pues, ¡hijo! las cosas vinieron mal y de mal en peor y hubo necesidad de traspasar el negocio, y con el dinero que nos dieron por él nos vinimos a Madrid a ver si mi padre

Anita Delgado, la princesa de Kapurtala, con el traje típico del país

fantasías se les ocurrieron. Hasta hubo un majadero de autor que, según creo, me puso en solfa en el Teatro de Apolo. ¿Por qué?... Yo amo a España sobre todas las cosas ¿Por qué los españoles no me han de corresponder noblemente?...

La dulce voz de la princesa denotaba una profunda emoción. En sus ojos preciosos habíase aumentado la melancolía. Brillaban mucho y parecían quererse romper en rocío de lágrimas.

—No crea usted. Anita—disculpé yo.—Nosotros la queremos a usted como a una princesita nuestra... Si usted no tiene inconveniente, yo colocaré la verdad en su sitio y todas esas historias quedarán desvanecidas. ¿Dónde conoció usted al príncipe?

—Aquí... El vino invitado para las bodas reales del año 1906.

encontraba colocación. Mi hermana y yo, que nos habíamos educado en el Colegio de la Concepción, éramos dos niñas muy correctas; pero aquí en Madrid nos hicimos amigas de una vecina que era maestra de baile flamenco y nos convenció para que aprendiéramos a bailar. Figúrese usted, yo apenas tenía quince años, y todo eso me pareció de perlas. Aprendimos a bailar medianamente unas sevillanas, un bolero, una jota y un olé. Mientras tanto, los 14,000 reales que había traído mi padre de la venta del café se habían gastado sin encontrar dónde meter la cabeza.

Hizo una pausa Anita. Acarició su collar de perlas.

—¡Vinieron días muy difíciles!—prosiguió.—Y entre estas negruras la profesora de baile encendió en nosotras la vida del

El Rayá de Kapurtala, con el traje indiano

teatro. "Eramos guapitas. Podíamos seguir siendo honradas y ayudar a nuestros padres, etc."; la eterna historia. Nos decidimos y nos contrataron en el Kursaal como pareja de bailes andaluces, ganando treinta reales diarios y bajo el nombre de "Las Camelias". Nuestros padres nos acompañaban y estaban allí con nosotras todo el tiempo.

—¿Tenía usted novio?

—No, señor; si yo era una niña: tenía quince años poco más o menos. Ya en la vida de teatro, me apené mucho porque me dí cuenta de que aquello no se había hecho para nuestros caracteres: éramos sositas y sin mundo. Pero, ¿qué íbamos a hacer?... Era nuestra tabla de salvación, y lo que es más importante todavía: la de nuestros padres. Una noche, a los pocos días de estar trabajando, vino a visitarme un señor. E.a el intérprete del hotel de París. Me habló de que un príncipe extranjero que me había visto trabajar, el cual me ofrecía 5,000 pesetas por ciertas amabilidades. Yo me indigné. Me tenía por una mujer honrada, aunque pobre, y no podía comprender que nadie formara otra idea de mí; le envié varios insultos por medio del intérprete al príncipe desconocido, y después de la función lloré como una tonta... ¡Me consideraba tan desgraciada!... Al siguiente día recibí un enorme *bouquet* de camelias y una carta. Era del príncipe. Me daba sus excusas muy rendidas y se despedía entre amables frases de mí, porque al siguiente día pensaba regresar a París. Bien: yo, como comprenderá usted, no le dí importancia a nada de esto; uno de tantos galanteos de teatro. Pasaron varios días y una noche se presentó a verme el mismo intérprete del hotel de París. Traía una carta del secretario del príncipe. En ella se me proponía irme a pasar unos días con Su Alteza a París, por lo cual recibiría a vuelta de correo, si lo aceptaba, 100,000 pesetas. Durante algunos instantes me hizo dudar aquella oferta. Figúrese usted; en nuestra angustiosa situación, aquello era la tranquilidad y el porvenir de nuestra casa... Pero no pude dominar mi repugnancia por lo que yo consideraba una venta, y me decidí a rechazarla con este recadito: "Le dice usted a ese príncipe que o casamiento o nada, y eso si me gusta que, si no, tampoco". Corrieron algunas bromas entre las compañeras sobre el Rayá, y pasaron unos días. Yo ya no me acordaba de tal cosa, cuando una tarde—en ocasión en que estaba en mi casa haciéndole un retrato a mi hermana nuestro íntimo amigo el pintor Oroz—se presentó un extranjero preguntando por mí.

—¿Dónde vivía usted?

—En la calle del Arco de Santa María, creo que 23, sexto piso, interior. Bueno: el desconocido no cabía por la puerta del piso y no sabía una palabra de español; pero Oroz, que habla muy bien el francés, supo quién era y lo que deseaba...

Calló un instante la princesa y llevóse un pomito de sales a la nariz. Yo pregunté impaciente:

—Y, ¿quién era?

—El capitán de la escolta del príncipe de Kapurtala; me traía una carta de Su Alteza y amplios poderes. En la carta—que por cierto la llevo siempre conmigo—el príncipe me expresaba con mucha gentileza que no podía vivir sin mí, que le habían cautivado mis condiciones, y me proponía su casamiento conmigo. En caso de aceptar, debía

considerar al dador de la carta, mister Mayer, como un servidor mío, el cual me llevaría a París, acompañada de todas las personas de mi familia y allí arreglaríamos nuestra boda.

—¿Usted, se volvería loca de alegría?

—No lo crea usted. Tuve miedo. No me decidí, me decidieron, y lloré mucho no sé por qué. Recuerdo que aquella noche, estando en un palco del Kursaal, acompañada de Valle Inclán, Romero de Torres, Oroz, Baroja, *La Imperio* y *La Fornarina*, todos me aconsejaron que debía aceptar el ofrecimiento del príncipe, pero bien sabe Dios que yo fuí a París, como quien va al matadero. ¡Creía una de necedades!

—¿Y fué usted con toda la familia?

—No, señor, mi papá se quedó aquí; pero nos acompañó el artista señor Oroz, que, como le decía a usted, era muy amigo de casa.

Aquí viene lo más fantástico. Durante el viaje, fuí yo muy preocupada, pensando lo que le iba a decir al príncipe. Me torturaba la idea de tener que fingirle cariño a un hombre que ni siquiera conocía. Llegamos. En la estación nos esperaba un secretario de Su Alteza, varios esclavos y automóviles. Nos llevaron a un alojamiento suntuoso, lleno de comodidades y magnificencia; pero el príncipe no aparecía por ninguna parte. Al fin, un secretario me entregó una carta de él. En ella me decía Su Alteza que debía instalarme en aquella casa que él mismo había amueblado para mí, y que allí no me faltaría nada, ni dinero, ni alhajas, ni respetos, y que él, dándose cuenta exacta de mi situación, no se avistaría conmigo hasta tanto que yo aprendiese perfectamente el fran-

El palacio de los príncipes de Kapurtala

cés, pues no quería expresarme sus sentimientos por medio de otra persona.

—Qué raro—exclamó Campúa mirando al príncipe, que, con sumo deleite, escuchaba nuestra conversación y reía.

—¡Hay más! —prosiguió Anita.— Esa carta iba acompañada de una nota con la distribución que yo debía hacer de los días. No se me ha olvidado: Levantarme a las siete, baño, *toilette* y desayuno; de ocho a diez, montar a caballo y pasear por el bosque; de diez a once, piano; de doce a una, francés e inglés; de tres a cuatro, billar; de cuatro a cinco, siesta; de cinco a ocho, pasear en coche o en automóvil, y de diez a doce, teatro. Para todas estas cosas tenía profesores que se pusieron a mi disposición, y además dos damas de compañía, una francesa y otra inglesa, que por cierto son las que me acompañan en este viaje.

La princesa se detuvo para acariciar con los ojos a su marido. Siguió:

—Todos los días recibía una carta del príncipe; pero continuaba sin verle.

—Entonces, ¿no le conocía usted?

—No, señor; pero le presentía tal como es. En mi alcoba había un gran óleo de él, vestido con el traje indiano, y puede decirse que ese lienzo y su rara y caballeresca conducta, encendieron en mi pecho el interés y el amor. Tenía muchas ganas de verle y me apliqué a aprender el francés; a los seis meses, sabía hablarlo perfectamente; se lo mandé a decir, y una mañana, cuando paseaba sobre los lomos de mi *Yip*, por el bosque de Bolonia, surgió un apuesto jinete que se acercó a mi lado. Era el príncipe... Y nada más... Yo, me enamoré, más que nada, por su exquisita delicadeza; él fué a la India a preparar nuestro matrimonio, y en el mes de enero entré yo en Kapurtala, acogida con el entusiasmo del pueblo, y a los pocos días se celebraron nuestras bodas. Tenía yo diez y seis años, y subida sobre un enorme elefante, rodeada de nuestros leales, aromada con mirra, cantada por miles de voces plañideras, alentada por músicas y gritos de regocijo, parecíame soñar...: era aquello superior a todo lo que pueda usted imaginarse.

—¿Fué usted sola a la India?

—Solita.

—¿No le dió a usted miedo?...

—¿De quién? ¿De mi príncipe, que me adoraba con toda su alma y yo a él?... Lo que sí me pareció es que mi sér había roto toda relación con este planeta, y que había encarnado en otro. ¡Era la vida tan distinta!...

Calló la princesa. Yo interrogué al príncipe.

—¿Luego Su Alteza es soberano indio?...

—Desde los cinco años de edad, en que mi padre murió, soy príncipe real de Kapurtala, que es un bello Estado independiente de la provincia de Punjab.

—¿Por qué leyes se rige su Estado?

—Por leyes análogas a las inglesas, pues estamos bajo el protectorado de la Gran Bretaña. Sobre las Indias circulan fantasías disparatadas: somos poco civilizados, cortamos las cabezas a granel, damos venenos a todo pasto, nos comemos a nuestras mujeres, y qué sé yo cuántas tonterías más. No hay tal cosa.

Y volviendo sus ojos ardientes hacia Anita, y sonriendo infantil y meloso, le preguntó:

—¿Verdad, "*Amor de Príncipe*", que no cortamos cabezas a nadie?

—¡Josú!—clamó la linda—ni cabezas, ni nada. Ya ven ustedes que yo me conservo tan completa como me fuí.

—Con el cutis más transparente—agregué yo.

—Sí, es posible; porque allí, en la India, me doy tres baños de leche diarios...; pero no me pinto nada, nada, como ustedes ven.

—Príncipe: ¿ama usted mucho a la princesa?—le pregunté.

—Mucho, muy amada. Es una divina angélica que hace de la vida una filigrana de felicidad. En Kapurtala es muy querida y muy comprendida por mi pueblo.

La niña princesa tan halagada, rió como una chicuela satisfecha.

—Según tengo entendido, son ustedes muy aficionados a viajar.

—Es el gran placer de Su Alteza. Viajar con un libro en la mano. Ver todo y leer todo. Buscar la belleza donde esté. El conoce todo el mundo; no hay rincón en la tierra que no haya visitado.

—Ahora vamos a California—medió el príncipe,—que es lo único que me falta por conocer.

—Y dígame, príncipe: ¿Su Alteza tiene varias mujeres?

—¡Oh! sí; mujeres muchas; pero la princesa, es la princesa.

Anita no pudo reprimir un gesto de amargura y en una explosión de celos, deploró:

—¡Sí, muchas mujeres! Son costumbres de allí, ¿sabe usted?... Ellas le esperan mientras que él está a mi lado... Le esperan desde hace ocho años que no se separa para nada de mi *vera*... Allí, en la India, ningún hombre puede abandonar a la mujer que fué su amante, y tiene la obligación de mantenerla según su jerarquía.

—¿Y esas mujeres viven con usted, Anita?

—¡No! ¡Qué disparate!...—rechazó rápida.—Ellas están recluídas en sus palacios; y como son indias, no pueden salir a la calle ni dejarse ver por nadie... Yo no conozco a ninguna.

—¿Y Ud. tampoco puede dejarse ver?

—Yo sí, yo vivo a la europea, aunque visto indistintamente el traje indiano o el europeo; es decir, visto más el indiano porque me favorece mucho; y para las ceremonias de la corte estoy obligada a ello.

—¿Pasan ustedes mucho tiempo en Kapurtala?

—El invierno generalmente, porque allí resulta muy agradable. En París tenemos nuestra segunda casa, con caballerizas, caballos de carrera, a los cuales es muy aficionado mi marido, y demás.

—¿Qué vida hace usted en la India?...

—Mire usted: me levanto a las siete, monto a caballo, y acompañada de mis damas, de mis esclavos y de mis chacales, voy a dar un paseo por el monte; y allí corremos liebres, gamuzas y zorros.

—¿Ha dicho usted chacales?

—Sí, chacales amaestrados y fieles, que como perros leales nos acompañan y defienden contra las fieras. Por la tarde jugamos al "tennis" al polo o al billar, o patinamos, según el tiempo.

—¿La comida de la India es muy distinta de la de aquí?

—Muy distinta. Sin embargo, en nuestro palacio se pone con frecuencia el puchero andaluz y la paella, porque le gusta mucho al príncipe. Siempre viajamos con nuestros cocineros. Treinta personas venimos ahora. Traemos 240 baúles, habiendo tenido que pagar, por exceso de equipaje, desde París, 20 mil francos. Ahora bien, que viajamos siempre con agua de la India, leche y legumbres, para condimentar comidas, pues Su Alteza así lo quiere.

—¿Tienen ustedes algún hijo?

—Uno de ocho años. ¡Más bonito! Verá usted, ahora me lo traerán.

—¿Cuántos idiomas habla el rayá?

—Español, francés, inglés, persa, italiano e indostánico.

—No se le olvide a usted decir—me advirtió el príncipe—que amo mucho a España y una prueba de ello es que entre todas las mujeres del mundo, elegí una española; porque no encontré otra más digna de compartir la soberanía de mi Estado. También haga usted constar mi ferviente amistad con Inglaterra, y que en la guerra actual le he ofrecido toda clase de recursos, y he enviado diez mil infantes de Kapurtala para que se batan contra los alemanes en el Africa Oriental, al frente de los cuales pienso ponerme cuando regrese de América.

—¿Abandonan ustedes pronto Madrid?

—Esta noche, *si Dios quiere*—dijo la princesa.—saldremos para Sevilla. Allí pasaremos la feria, y en Cádiz embarcaremos con rumbo a América.

Aquel *si Dios quiere*, me sugirió una última pregunta:

—Princesa: ¿Sigue usted siendo católica apostólica?

—Hasta los huesos. Mi marido, respecto a la religión, me dejó en una absoluta libertad.

Y los hechiceros ojos de Anita se entornaron dulcemente. ¡Oh, princesa oriental, qué linda eres!....

EL CABALLERO AUDAZ.

Exposición Backhaus

Hace algunos días el señor Backhaus abrió su exposición en la sala de "El Mercurio", exposición que ha sido una real sorpresa de distinción y arte puro. Un crítico de arte le dedicó en un diario de la capital un artículo

insulso e incomprensivo, cosa que no nos extraña dados los puntos que calza en materia de conocimientos artísticos. Pero es curioso notar cómo en nuestros diarios se ha hablado poquísimo de esta exposición que es, sencillamente, una de las mejores que se han hecho en Santiago. En nuestras rápidas visitas hemos notado en ella una serie de telas que dejarán en nuestro espíritu una huella imborrable. No queremos hablar del gran cuadro (Cajón del Maipo) que preside en la sala y que habla por

sí solo de sus méritos, ni de muchas de las otras ejecuciones que colocan al señor Backhaus entre los pintores más altos de América; queremos, en cambio, recordar el intenso placer estético que hemos gozado con ciertas telas que tal vez no han sido de la mayor atención del público: una pila en Versalles, linda, maravillosa nota evocadora del parque doliente, acertada sinfonía en un verde tibio e intenso; un crepúsculo en la Plaza de la Concordia: es preciso ver ese cielo enorme, perlino y suave, en cuyos fondos se descompone un crepúsculo de ensueño; abajo, perfilándose contra el caserío distante y sobre el horizonte, una pila desgrana el agua de su

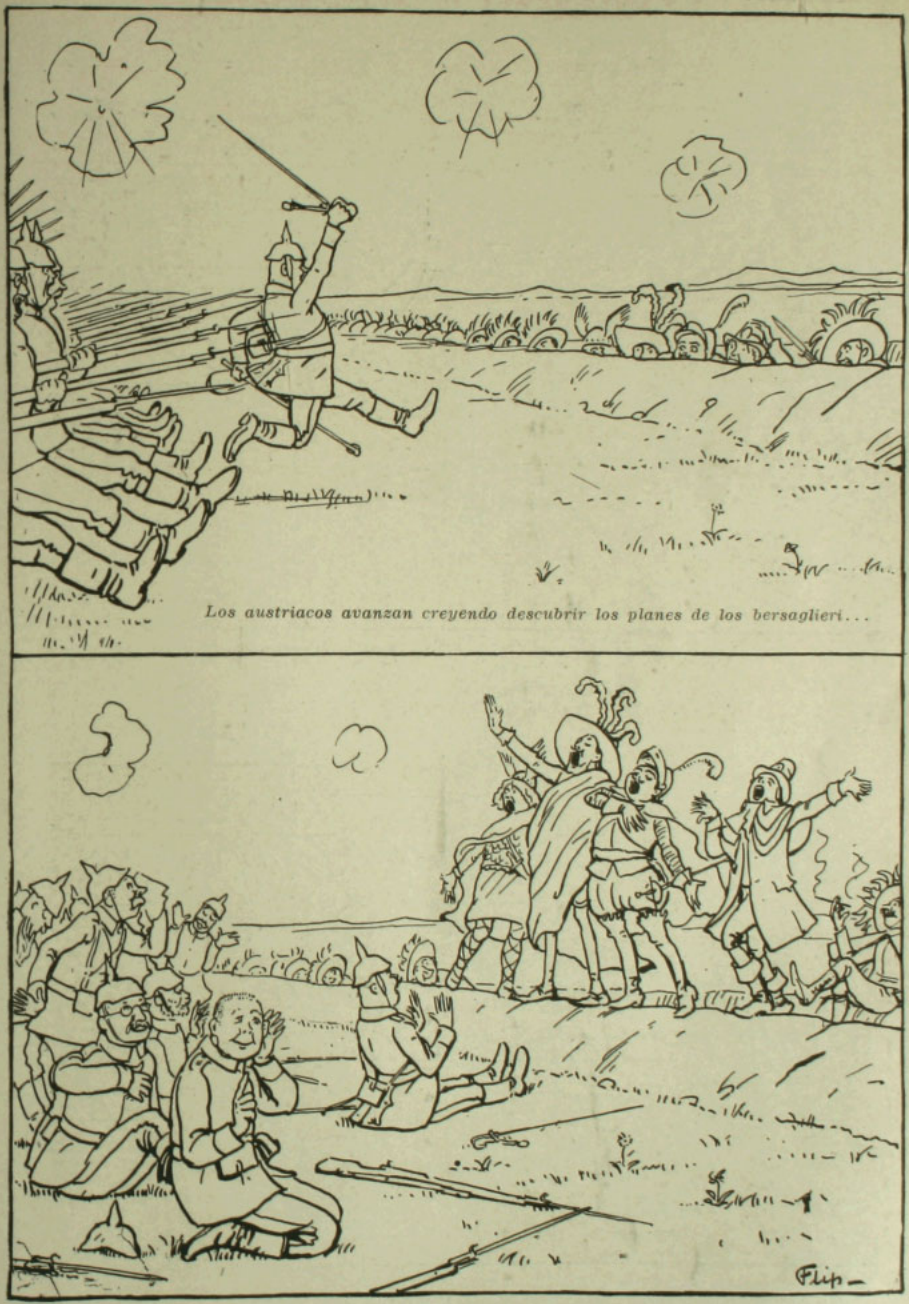
surtidor; esta tela nos parece la nota más perfecta y bella de toda la exposición; varias notas sobre el Luxemburgo, blandas, grises y comprensivas; un apunte de Londres, sencillamente perfecto; un precioso caserío en la frontera belga: ¡cuánta belleza hay en ese paisaje sobrio, en que el cielo es enorme y los árboles se acurrucan contra la tierra!; un lindo boceto sobre "El Marne", brumoso y melancólico, y tantas y tantas notas pequeñitas que se pierden entre los grandes cuadros, magníficos de color y de espiritualidad.

En buena hora ha hecho tal exposición el

señor Backhaus: ya podemos decir que le conocemos con todas sus magníficas cualidades de colorista. Sin embargo, y haciendo caso omiso de la perfección técnica que en ellos abunda, notaremos cómo, al salir de la exposición, hemos sentido nuestro espíritu lleno de embriaguez interior, poblado de evocaciones sentidísimas: ¡cuántas cosas nos ha hecho recordar este pintor que es un buen poeta, un noble y generoso poeta!

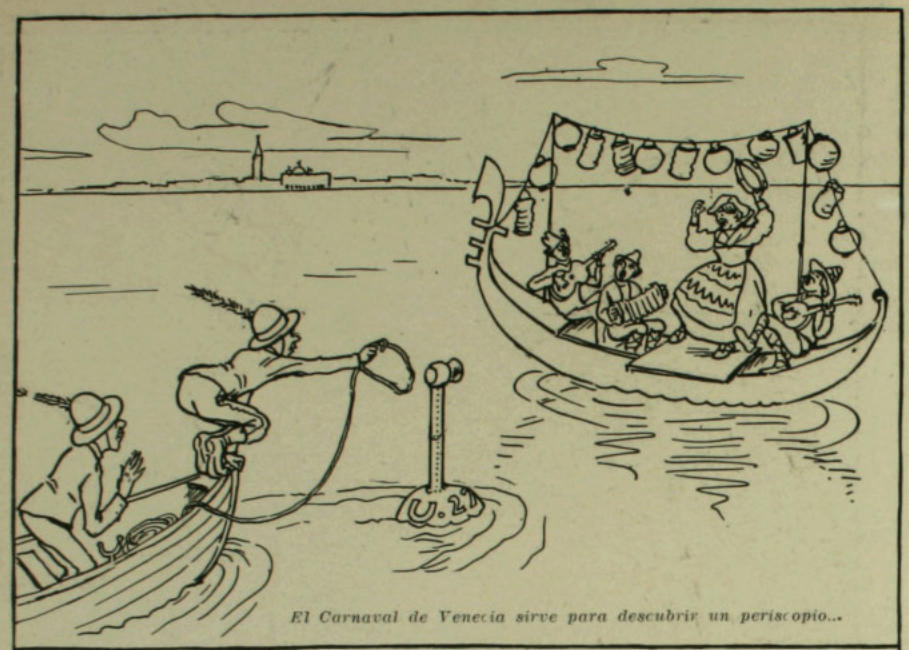
A.

La intervención de Italia y la caricatura Chilena

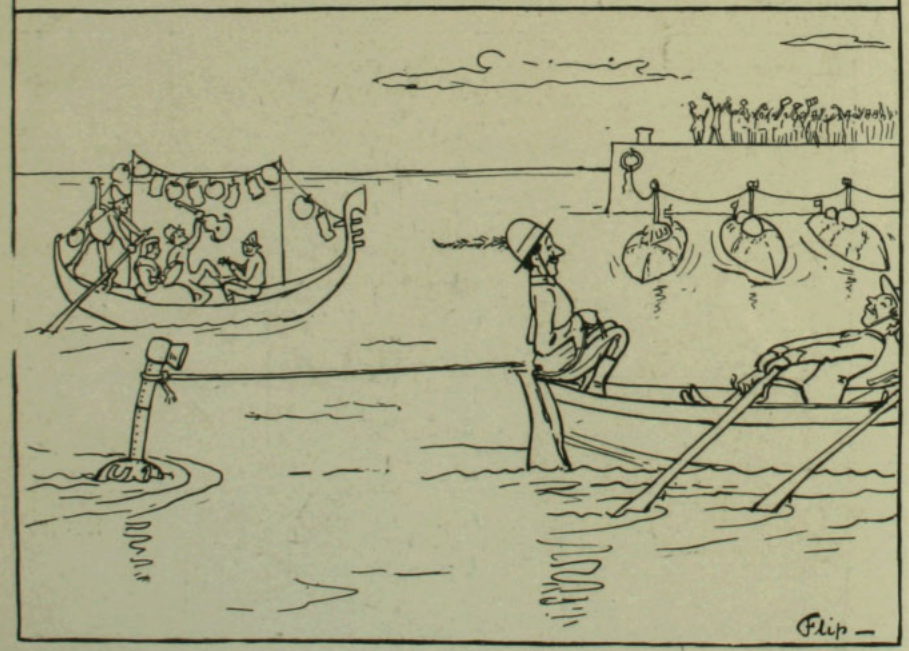


Los austriacos avanzan creyendo descubrir los planes de los bersaglieri...

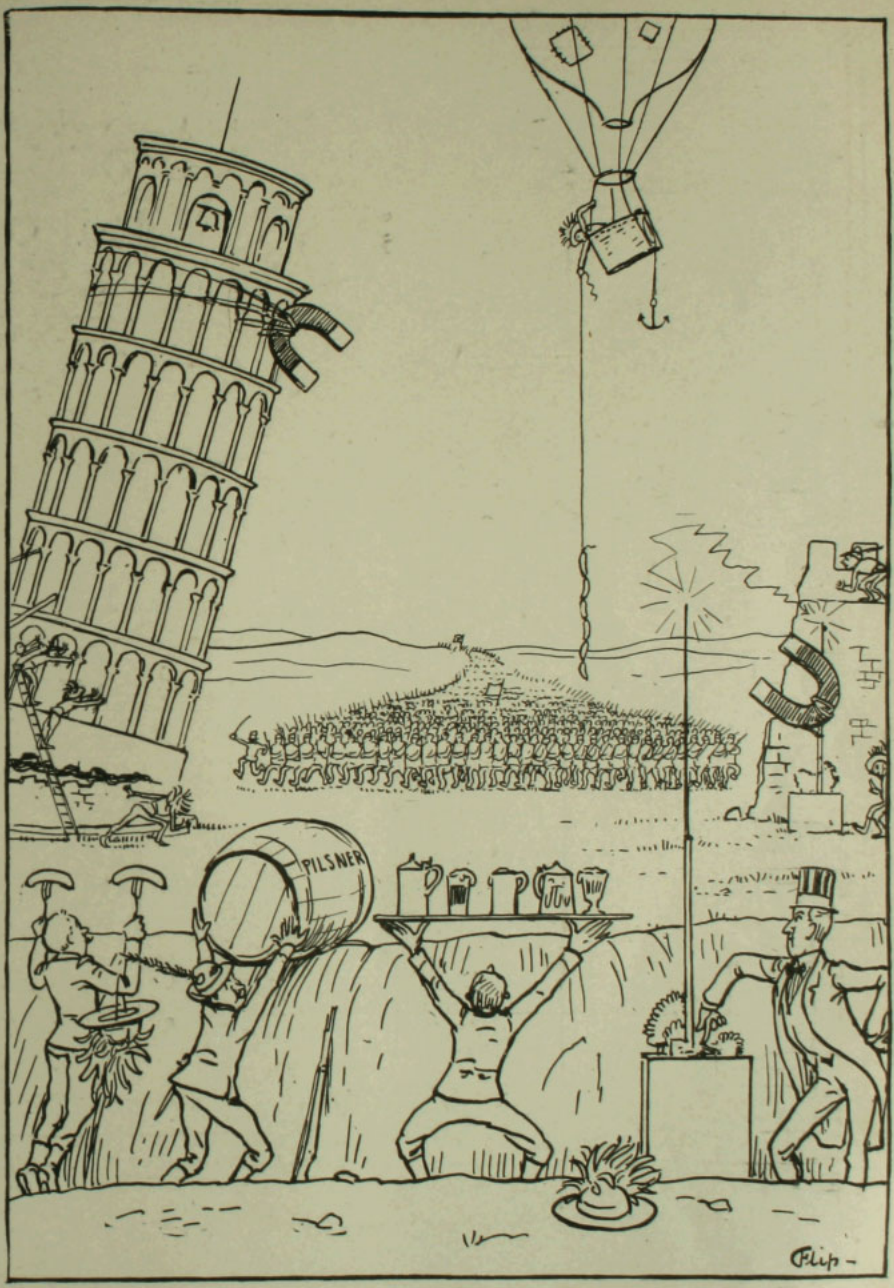
Pero se trata simplemente de una avanzada lírica. El cuarteto encanta los oídos de los teutones que se rinden a discresión.



El Carnaval de Venecia sirve para descubrir un periscopio...

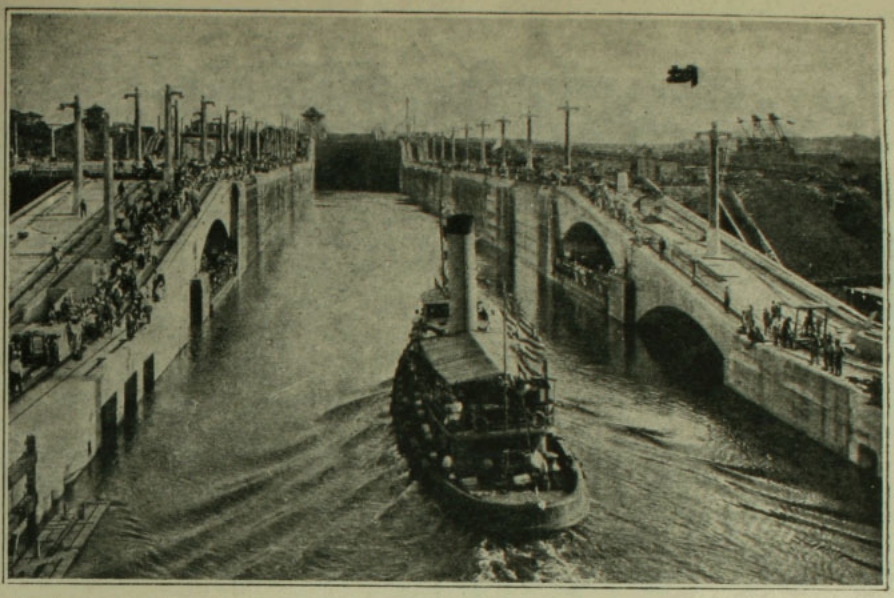


Encantados los tripulantes del submarino con la barcarola de la góndola veneciana se dejan conducir prisioneros hasta el puerto



La torre inclinada de Pisa es la más formidable máquina de guerra. Basta la atracción del imán para precipitarse sobre los invasores

¡Y el Vesubio? ¡También pueden ser amaestradas y conducidas sus lavas!



El primer vaporcito que entra a las esclusas de Gatún por el lado del Atlántico. 26 de septiembre de 1913

EL GRAN CANAL

Del Pacífico al Atlántico, vía Panamá

"Dividida la tierra, el mundo se une".

Por

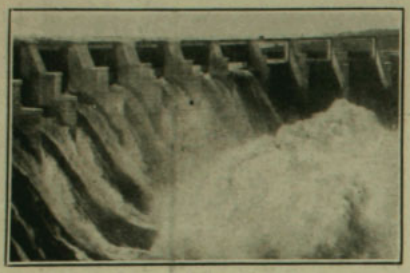
Ernesto Montenegro

Ilustraciones fotográficas.—Correspondencia especial para "Pacífico Magazine"

Las grandes cosas, como se ha dicho de los grandes hombres—suelen parecernos de una sencillez algo ruda al acercarnos por la primera vez. Es preciso poner entre ellas y nosotros espacio y tiempo, para abarcarlas en toda su grandeza y medir el esfuerzo que costaron.

Cuenta Gulliver en su segundo viaje que le ocurrió una vez despertarse en brazos de un individuo de corpulencia descomunal, en la isla de los Gigantes, y que al ver de cerca aquella fisonomía en que cada paso se abría como una enorme úlcera, no pudo disimular su repugnancia y su terror, acostumbrado como se hallaba a la graciosa figura de las formas, en el país de Liliput. Es de creer que Swift quiso enseñarnos por este medio a considerar la relatividad de nuestro juicio sobre la belleza, y aún a estimar las leyes estéticas en general como una ilusión proporcional a la cultura y a la conformación del ojo humano.

Así, es posible que en el primer momento no descubramos belleza alguna en esta



Cuando están abiertas las siete compuertas del tranque en Gatún

obra del canal, con sus cerros talados y carcomidos, sus muros de basto cemento, las palas mecánicas que abarcan la carga de un vagón cada vez que se clavan en la tierra y los colosales esqueletos de las grúas que parecen puertas a la orilla para tomar al buque y pasarlo por alto de un mar al otro, sin que cruja uno solo de sus cables: todo es tosco y recio, desmesurado, aplastador. La recta y la curva cumplen someramente su objeto en los puertos o diques, sustentando el peso asignado como el brazo desnudo de un titán, sin nada que los revista de inútiles adornos. La misma vegetación tropical ha languidecido y se ha secado al avance del lago, como si reculara ante el empuje del hombre. Por primera vez vemos la obra humana superior a la inventiva y al arte de la naturaleza.

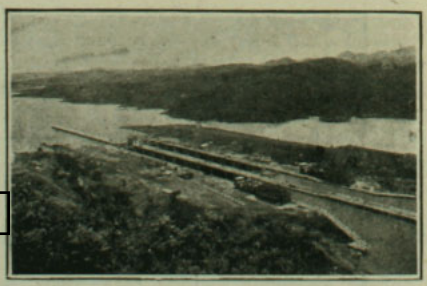
Del mismo modo, es difícil que se estime, desde luego, el cúmulo de las dificultades vencidas, cuando se ve entrar tan fácilmente el barco por la profunda cámara de la esclusa, y levantarse con tanta suavidad como si el flujo de una tranquila marea de plenilunio fuese el poder que lo hace ascender al nivel del lago interior.

Apreciaremos mejor la hazaña del pueblo norte-americano si, como se acostumbra hacerlo al visitar los monumentos antiguos, nos informamos previamente de su historia. Su gestación recuerda a esas construcciones seculares, al rededor de cuyos cimientos la voluntad de un déspota reunía pueblos de esclavos y de vencidos, bajo el látigo de sus mayorales, para erigir monumentos a los dioses o a su sacra persona. Pero el Canal de Panamá no es obra del capricho, aunque el venir al encuentro de todos los elementos parezca un desafío a las fuerzas naturales; y su ejecución ha sido el resultado de una libre cooperación de los trabajadores reclutados en todos los continentes y pagados con el dinero de una nación.

El canal es una adquisición para la ciencia y para la civilización, que puede agregarse en la historia a los hallazgos de Magallanes y de Fulton: si aquel descubrió una ruta para los barcos y éste les dió movimiento propio, el Canal de Panamá los libera de un largo tributo pagado al tiempo; "es un suplemente a la obra de la naturaleza".

Otra significación podríamos darle, y es la enseñanza moral que se desprende de una grande y benéfica acción que es el producto de muchas voluntades asociadas, de múltiples inteligencias, de años de labor y de millares de vidas. Su alcance, por el cual el pueblo que lo ha creado lo llama con legítima satisfacción el 13.o trabajo de Hércules, puede calificarse como la cúspide de lo que puede hasta el momento presente la capacidad industrial, financiera y sobre todo espiritual de un país. Así como las obras maestras del arte reconocen la fe en la existencia de un elemento "divino" en el hombre, los grandes records del trabajo constituyen una afirmación que viene a matar todo desfallecimiento en la conciencia de su poder, el orgullo de sentirse todopoderoso por la asociación y por la unidad de miras en un propósito que sería abrumador para cualquiera capacidad individual.

Frente a la bahía de Panamá, el viajero que sondea el paisaje con la vista, no descubre por el lado de tierra más que un hacinamiento de lomajes y serranías que acaban por extraviar la mirada que busca la brecha abierta en el horizonte. Confesaríamos de buena gana que es imposible que haya un paso franco a través de tanta profund



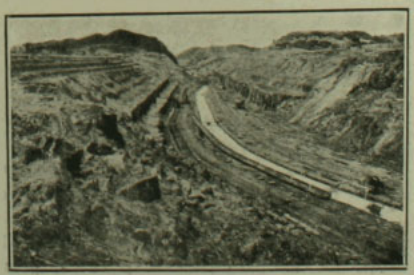
La esclusa de Pedro Miguel, desde el cerro Luisa, en junio de 1914

barrera, y, sin embargo, allí está el camino, ya libre aunque la tierra y el agua parezcan defenderse en sus últimos reductos. Derrumbe tras derrumbe, al desastre que se renueva también se renuevan las maquinarias y los obreros, se multiplican los brazos, las energías crecen en proporción a la faena. Y esto sin premura y sin vacilaciones; porque la idea que germinó febrilmente en un cerebro latino, ha incubado al abrigo de los métodos de estos hombres del norte, se ha identificado con su temperamento brioso y perseverante; ha sido, en fin, adoptado por todo un pueblo: el obrero que no se fatiga porque se sobrevive a sí mismo; que, de hecho, no puede morir ni dejar perecer su obra.

Los exploradores

Hace más de cuatro siglos, las carabelas de Colón ya buscaban un paso por el Istmo, para proseguir en busca del soñado Catay. Otros exploradores vinieron a establecerse en esta estrecha faja de tierra, que así y todo levantaba un muro infranqueable por sus tormentas, las emanaciones de sus pantanos, las flechas envenenadas de sus caníbales y los no menos envenenados aguijones de sus mosquitos. Ojeda abandonó allí los cadáveres de sesenta de sus compañeros y huyó con el último que le restaba a refugiarse en Cuba. Nicuesa pierde a la mitad de su gente, es supersticiosamente rechazado por el resto de ella, medio enloquecida por los padecimientos, y con unos cuantos camaradas fieles se hace a la vela y van a morir ignorados de todos.

Poco después aparece Balboa. Se había agregado a la expedición de Ojeda escondido en un barril, a fin de escapar a la



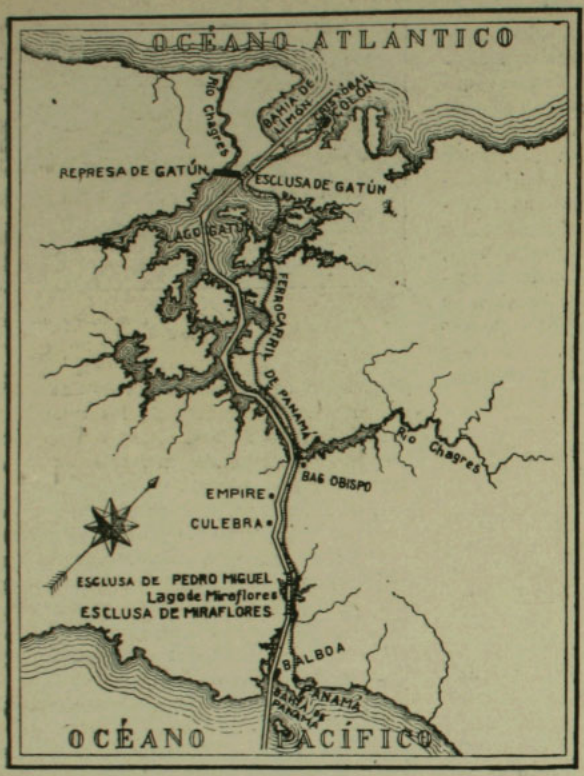
El Canal entre Culebra y Empire, en junio de 1913

Volando la represa en la Cucaracha en octubre de 1913

persecución de sus acreedores de Santo Domingo; llega a caudillo de los colonos de Santa María, y de su amistad con un cacique del interior obtiene la revelación de las riquezas que le esperan si avanza hacia el sur. La codicia es la espuela del heroísmo en toda esta feroz epopeya de la conquista. Pero es una codicia que alcanza al rango de las grandes ambiciones, porque no se satisface en el logro de las riquezas sino para la realización de sus fastuosos caprichos, o bien como el medio de habilitarse para más altas empresas.

En el invierno de 1513, Balboa y su grupo de buscadores de oro se internan por la selva del Istmo. Encendiendo por la noche sus fogatas al abrigo de las rocas para defenderse de las fieras y de los insectos, empapados por la lluvia, sumidos a veces hasta el pecho en las ciénagas, el aliento entrecortado y los miembros remecidos por la terciana, llegan por último a una altura desde donde se descubre el mar del sur. Balboa se empina por entre los matorrales que cierran el horizonte, y ojos y corazón se dilatan sintiendo el choque de la ola lenta y de las anchas ráfagas que ruedan desde millares de leguas, a través del mar desconocido. Ansioso de la gloria de ser el primer cristiano y el primer español que toma posesión de estas playas, corre por la pendiente que baja a la costa, y con el pendón de Castilla en alto y la espada desnuda, les da a su Dios y a su rey por señores.

Sus designios no han hecho más que cambiar el objetivo. Y puesto que es mar y no tierra lo que hay que explorar, Balboa vuelve a su punto de partida, construye barcos y pasándolos a lomo de indio se apresta



Rutas del Canal y del ferrocarril

para navegar el Pacífico, cuando la envidia implacable de Pedrerías lo sacrifica a sus recelos. Pero él fué en realidad el capitán de descubierta al que siguieron Pizarro y Valdivia en la exploración del continente.

Los constructores del canal han inscrito los nombres de Colón y de Balboa en ambas bocas, como para indicar su genealogía Cuando hubo pasado sobre el Istmo la rapiña de conquistadores y piratas, ya exhaustas sus tierras auríferas, los buscadores de riqueza fácil huyeron de su clima exterminador, dejándolo casi desierto, hasta que a mediados del siglo XIX, las caravanas de aventureros que se dirigían a California transmontaron el Istmo, para dejar a lo largo del camino, apenas medio sepultados en el apresuramiento de la marcha, a los camaradas menos fuertes contra el sol y sus fiebres.

El Istmo se interponía como una valla mortal en el camino de todas las aspiraciones, obligando a un desesperante rodeo de mil leguas a los "pioners" del lejano Oeste. Desde la época de los descubrimientos ha sido el foco de donde emanaba sobre ambas Américas el hálito pestilencial de las epidemias. Un hombre emprendedor y de ánimo ligero, Lesseps, se creyó señalado por el destino para repetir en Panamá su hazaña de Suez; pero sus cálculos y sus colaboradores fallaron. No contó bastante con el clima. El dinero tampoco era el elemento principal. Y entonces un pueblo joven y animoso, que ha puesto su amor propio nacional en superar, en magnitud todos los esfuerzos de la industria, compró el derecho de ejecutar el Istmo, retardatario y asesino, y partió su garganta con un profundo tajo por donde comienza a correr hacia uno y otro mar una savia rebosante de vida nueva.

La primera conquista, el saneamiento

La muerte, siempre adusta al atacar al viajero, envuelta en un manto glacial en las llanuras polares, entre nubes de arena en el desierto o con los golpes del oleaje en el mar, se vestía de gala en esta región del trópico, luciendo los más vivos encantos allí donde crecen entrelazados el banano, el cocotero y la palma real. El charco cristalino que parece soñar entre el follaje, exhala bajo el dardo del sol emanaciones envenenadas. Hay envueltos en los troncos algo como tallos que imitan el color de la corteza de los árboles; tallos que se recogen elásticamente al paso del hombre y le clavan su diente inyectado de ponzoña. Y por el aire circulaban al atardecer nubes de mosquitos, entre los cuales se disimula el que deja en la sangre la fiebre mortal.

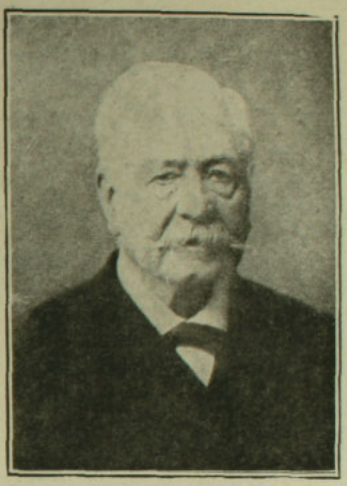
Estos fueron los enemigos que pudieron ahuyentar hasta a los aventureros. La tierra del Istmo se endurece con los huesos de todas las desgracias que cayeron aquí. Las ferias de Portobelo terminaron más de

una vez en fúnebres desbandadas, y las viejas murallas de Panamá guardan las huellas de los adioses desesperados de tanto buscador de oro que no vió llegar jamás el barco que debía llevarlo a la California de los "placeres". En 1853, un regimiento norte-americano que va de guarnición a San Francisco pierde ochenta hombres en el tiempo que transcurre entre su desembarco en Colón y su reembarque en Panamá. El ferrocarril cuesta dos mil quinientas vidas; las obras francesas tal vez veintidós mil; nunca se ha sabido. El superintendente de las obras del canal en aquellos años llama a su lado a sus tres hermanas, y las tres mueren antes de un mes. El primer ingeniero, M. Dangler, pierde a su mujer y a sus tres hijos, toda su familia, a los tres meses de residencia. Los hospitales se llenan; muchos obreros o enloquecen o se suicidan.

A un flemático escritor inglés que visitó el canal en los primeros años de su construcción, el espectáculo le arrancó estas palabras: "Acaso en ninguna parte del mundo se ha reunido jamás como ahora en un solo lugar, tanta asquerosa plaga, tan repugnante estercolero de moral y física abominación, como en el escenario de esta afamada empresa de la ingeniería del siglo diecinueve; el campo de operaciones es una húmeda floresta (jungle) intensamente cálida, con enjambres de mosquitos, culebras, caimanes, escorpiones y cientopiés; el hogar, dispuesto por la naturaleza, de la fiebre amarilla, el tifus y la disentería, y ahora incalculablemente más mortífera por la multitud de gente baja que lo habita".

Los suntuosos hospitales fundados por la compañía francesa en Colón y Panamá podían realizar solamente una labor defensiva; sus médicos conocían de seguro el descubrimiento del parásito de la malaria, hecha en 1886 por su compatriota Laverán; pero no alcanzaron a saber que el enemigo que ellos perseguían tan afanosamente, era transmitido al hombre por un mosquito. Casi simultáneamente con el descubrimiento de ésta, el cirujano Reed, del ejército de los Estados Unidos, descubría el mosquito de la fiebre amarilla, el "stegomejia". Esto ocurrió sólo de 1898 a 1901.

Cuando se recorre la historia del Istmo, nace sólo la reflexión de que los norte-americanos eran la nación predestinada a abrir el canal, como ya lo profetizara un



El Conde Ferdinand de Lesseps

conciudadano Henry Clay, apenas organizada la gran república. Una compañía dirigida por ingenieros norte-americanos construyó de 1849 a 1855 el ferrocarril a través del Istmo, realizando una labor hercúlea para cegar la marisma, contener los ríos y talar los matorrales. Las dificultades del trayecto, y principalmente el flagelo de las epidemias subsistían no obstante. Ni Asjinwall, ni Baldwin pudieron evitar que las cuadrillas de trabajadores forasteros quedaran diezmadas por las enfermedades. Pero ya se ha visto cómo de los laboratorios norte-americanos había de salir la fórmula indispensable para conjurar a la malaria y la fiebre amarilla.

Antes de cavar el canal, y cuando todavía la comisión de especialistas mundiales convocada por Roosevelt no decidía el sistema de la construcción, ya los médicos habían reorganizado los hospitales, fumigado o condenado a la curación los tugurios de Colón y Panamá, inmunizado por la vacuna a sus pobladores y regado los charcos y malezas con millones de galones de petróleo crudo y otros desinfestantes. Mientras una saludable sangría desecaba los pantanos y exterminaba los gérmenes del mosquito en una área de centenares de millas cuadradas, los ingenieros proveían de agua pura a toda la zona. El agua llevada de los estanques a las habitaciones sin contacto con el aire exterior, fué en gran parte el secreto del éxito.

Las dragas atacando uno de los derrumbes. Diciembre de 1913

Fueron surgiendo luego a lo largo del trazado, desparramados por las colinas, los caseríos de madera alquitranada, con caretas de alambre para protegerse de los insectos. El ferrocarril fué removido en muchos sitios para hacerlo servir de proveedor de la obra y de su gente. Cuarenta mil trabajadores tendrían una administración, escuelas, clubs y todo lo necesario para crear la vida civilizada con sus complicados organismos, donde no quedaba ayer más que escombros. Se comenzó a armar y a distribuir en las futuras faenas la nueva maquinaria destinada a vencer la inercia de la tierra y la violencia del agua: las modernas excavadoras que tienen trenes por servidores, las dragas que hoyan en el fondo del cauce y las que aspiran el fango como insaciables pulpos. Y llamados a esta ruda cruzada, acudieron de todos los confines del mundo los hombres resueltos, los desesperados, los ambiciosos.

Había llegado la hora decisiva. La comisión oficial inspirada por Roosevelt y Taft se había pronunciado por el canal de esclusas. Del revoltoso río Chagres, el peor enemigo de las excavaciones, se hacía un aliado. Sólo faltaba contar con el plan de saneamiento. Era en 1906, dos años y medio después de comenzada la obra del cirujano coronel Jeorges y de sus ayudantes, veteranos de la gloriosa campaña sanitaria de Cuba.

La sede de la administración del Canal en las alturas de Balboa

Esos dos años y medio habían pasado en los desvelos, las alternativas y la ansiedad de una guerra sorda y minuciosa, en que además hubo que luchar con las supersticiones del pueblo y con la desconfianza del propio país. Al terminar el primer año la labor de los médicos quedaba desacreditada por una recrudecencia de la fiebre amarilla. Los trabajos continuaron, sin embargo. ¿Puede apreciarse bastante la preocupación del jefe responsable de esta tarea y estimar su expectativa ante las oscilaciones de la estadística? El saneamiento siguió con mayor estrictez, en contra de la incuria del populacho y las rivalidades de los especialistas; la cifra de las defunciones vuelve a descender progresivamente, hasta que a fines de 1906, la fiebre amarilla desaparece para no volver hasta el día de hoy. La malaria baja de 821 casos por millar de habitantes, a 187/1000, y la estadística general de defunción, que había alcanzado en una época a 250 por mil por año (entre 1880 y el 89) para mantenerse en un promedio de 49.94 quedó en 21.18, acusando una proporción menor que la de algunas grandes ciudades norte-americanas.

Comienza el trabajo

Entonces comenzó la obra del canal. En el punto en que la habían dejado los franceses, coincidía sólo en algunos trozos con los nuevos planos. Pero, sobre todo, el corte al nivel del mar sería abandonado definitivamente.

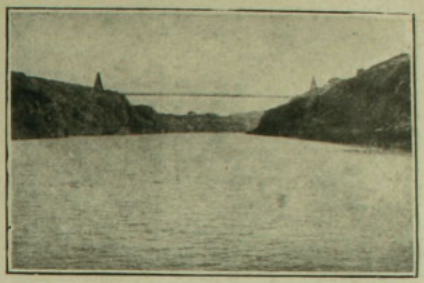
La mayor parte de los 30 mil trabajadores de las primeras labores fueron reconcentrados en las dos faenas magnas del canal, el corte de Culebra y la represa de Gatún. Con los desmontes de aquella enorme zanja de tres leguas de largo, de tres mil a cien metros de ancho y ochenta de profundidad, se formaría a través del valle por donde el Chagres desemboca al Atlántico, una montaña artificial de una y media legua de extensión, 600 metros en su base y 30 en la cima. El Chagres así atajado en su curso, tardaría un año en abrirse un desagüe sobre el lago que debía alimentar.

Partiendo de Gold Hill, en lo más abrup-

to de la serranía, los franceses habían excavado en el faldeo unos 25 millones de yardas cúbicas, lo cual representaba otra quinta parte en el total del corte de Culebra. Cincuenta excavadoras fueron lanzadas a la tarea en una labor que debía durar seis años y rendir de un millón a millón y medio de yardas cúbicas de tierra y roca, mensualmente. En 1911 la obra había sobrepasado la mitad del total, pero las dificultades y los peligros aumentaban a medida que se levantaban más pendientes y elevados los bordes del corte. Masas aplastadoras de material se lanzaban en brusco deslizamiento, bajo la avalancha de la lluvia que inundaba las labores. La dinamita seguía haciendo saltar las rocas, mientras que las cuadrillas de zapadores iban descargando las pendientes con anchas incisiones en forma de platabanda. El humo de las hornillas perpetuamente encendidas, los alaridos de las locomotoras repercutiendo por las quebradas, el estrépito del vapor, el largo temblor de los convoyes de lastre y el estampido incesante de la dinamita, llevaban a la distancia un rumor de batalla sin tregua, de guerra sorda y encarnizada.

Un segundo cuerpo de trabajadores había sido enviado a cavar los heridos para la fundición de las esclusas en los dos tramos que tendría la salida al Pacífico y en el colosal gradería de tres peldaños, de veintiocho pies cada uno, que bajan al Atlántico en Gatún. Aquí se profundizaba el suelo, allá se rebajaba los montes; era como una múltiple emulación en las faenas, que daba un aspecto de fiesta a los centros de la activa colmena. La pequeña colina que avanzaba allá abajo sobre el trazado, había consumido el esfuerzo de dos años en cuyo plazo los trenes habían corrido día a día llevándose sus despojos; los muros y el basamento de las esclusas de doble cauce y triple nivel del Atlántico representaban el contenido de dos millones y medio de barriles de cemento.

El 10 de octubre de 1913, una mina hacía volar el dique de Gamboa, y las aguas del nuevo lago de cincuenta y cinco leguas cuadradas de superficie, penetraba en el corte de Culebra, convertido ahora en un canal para transatlánticos. El primer vapor, el "Ancón", pasó las esclusas el 2 de septiembre de aquel año, y el 15 de agosto de 1914 el canal era abierto al tráfico universal.



El canal ya franco en Empire. Diciembre de 1913

Diez años habían consumido las obras proyectadas por los norte-americanos. Doscientos treinta y dos millones de yardas cúbicas de material fueron removidos; se gastaron trescientos setenta y cinco millones de dólares; dos puertos con todos sus elementos quedarán prontamente terminados, y se dará por resuelta definitivamente según todas las apariencias, la obra de ingeniería más costosa que se haya emprendido en nuestro tiempo.

Los peligros

Al dejar las esclusas veremos levantarse por ambos lados frente a las compuertas, unas armazones de hierro que harían buen juego con los mayores esqueletos anti-diluvianos. Implantados sobre un solo pilote, su brazo más corto gira sobre un carroussel y tiende el otro extremo sobre la esclusa a la manera de un puente levadizo. Del lado opuesto se hace simultáneamente la misma operación, y la entrada queda entonces defendida por esta valla de acero, mientras que las compuertas automáticas de que están provistos, encajan en las compuertas. Son las "compuertas de emergencia" que los ingenieros destinan a prevenir una catástrofe originada en el exceso de presión

El puente flotante del desvío de Paraíso

El "Palacio de Lesseps", con la estatua de Colón, obsequiada por la Emperatriz Eugenia

del agua, la falla de los marcos de retención u otra causa semejante.

Contra las creces bruscas del Chagres el canal tiene los desaguaderos de Gatún y de Miraflores y el gran regulador del lago mismo. Túneles a través de los cerros, represas y canales de desviación aprovechados de las obras francesas, completan el plan de las obras hidráulicas de defensa.

El tercer peligro es el que van a afrontar las fortificaciones de ambas bocas, cuyos cañones han sido construídos en tales proporciones como para mantener a un posible enemigo fuera de toda posibilidad de alcanzar a las obras vitales del canal. Los submarinos y los aeroplanos, es de creerlo, tendrán a su cargo la protección contra las máquinas de guerra de su género.

No queda por considerar sino el evento natural de un terremoto que viniera a destruir en un minuto una labor de medio siglo. La misma condición del peligro lo pone fuera de todo cálculo, y lo incorpora a las eventualidades de un peligro de lluvias extraordinarias o a la de una larga sequía que inutilizara la obra. Frente a esto no quedaría más que inclinar la cabeza; pero por lo mismo, ¿no acrece el mérito de esta empresa titánica que se entrega serenamente a los elementos de la naturaleza, después de haberles dominado en dura refriega cuerpo a cuerpo?

El paso del canal

Es mediodía cuando llega al barco chileno la autorización para pasar. Los botes están desde ayer encima de la toldilla, con los pescantes que los sustentan vueltos hacia adentro, y las escalas también son izadas a cubierta. Los costados rasos, el buque navega lentamente con rumbo a la entrada que se interna en los bajos fondos entre balizas con faroles rojos. Las precauciones mas nimias, hasta las que entre nosotros serían tenidas por pusilanimidad, son exigidas por estas gentes que acaban de hacer volar varias leguas de tierra.

El sol cae a plomo sobre el mar, velando con su aliento el verde anfiteatro de la isla Taboga, salpicado de casitas blancas y rojas. Por la proa, la serranía de la c·d·-

llera, entre la bruma pesada del mediodía. Por ambos lados del canal, como saliendo en su defensa, avanzan los islotes de la bahía, que los norte-americanos han truncado y minado para guarida de sus cañones. Una red de rompeolas y malecones une ahora los islotes, encierra a Panamá y protege la boca contra las corrientes de alta mar.

El canal rebalsa con el choque de la corriente del Río Grande y del mar; las aguas avanzan por la izquierda sobre la landa pantanosa, y el borde se desmigaja en la rompiente. A la margen opuesta, el flamante puerto de Balboa construye sus muelles con grande estrépito, ofreciendo ya un atraque a los vapores que dejan la carga de esta costa antes de pasar el canal. El resuello de las fraguas, el chasquido de los martinetes y el repique de la ferretería ahuyentan el sueño del paisaje agreste.

En la bifurcación del río y el canal, dos dragas se clavan en el fango y acaban de deshacerse a la sombra discreta de los matorrales. Las ilusiones de Mr. Lesseps y el bienestar de millones de familias modestas naufragaron con ellas. ¿Qué le faltó a la antigua sociedad para llegar al éxito final? Sin olvidar el encadenamiento de los hechos, que no permite realizar las grandes obras sino después de una serie de tanteos y de la creación de los instrumentos suplementarios, se hace notar en ella la ausencia de esta severa disciplina que preside desde allá arriba, en el cuartel general de Balboa Heights, tras diez años de labor incansable en manos del general Evethals y de su estado mayor de ingenieros y civiles. Ese primer impulso, en que descuella el genio de Francia, partió de un cerebro francés; era francés el ingeniero Lepinay que opinó el primero por un sistema de esclusas, y franceses los médicos que hicieron las primeras investigaciones para vencer las epidemias. Pero llegado el momento de obrar, otros con más metódico y perseverante espíritu de organización, toman el puesto abandonado y llegan hasta el fin.

Hemos recorrido unas tres millas cuando al término de una curva del canal aparece la esclusa de Miraflores. La quebrada se estrecha y sube ondulando detrás de la blanca columnata de los muelles que des-

El corte de Culebra frente a los derrumbes de la Cucaracha, en 1914

EL SANEAMIENTO DEL ISTMO.—El Departamento de Sanidad invirtió en un solo año una cantidad que equivale a $ 280,000 de nuestra moneda en la compra de petróleo y en el pago de los obreros que lo esparcían por los campos y ciénagas para matar los gérmenes del mosquito

ciende hacia el valle. Un muelle central que se adelanta por el canal, divide el profundo cauce de la esclusa en dos compartimentos gemelos. Los altos muros se abren más acá de las compuertas y descienden en arcos bajo los cuales revienta como en la represa de un molino el caudal de las cañerías subterráneas.

Cuando al fin concluye de vaciar la esclusa, cuatro locomotoras eléctricas pegadas al suelo y rechinantes, bajan casi verticalmente por el talud y retienen al barco tomándolo a la sirga entre sus cables de acero. Sin un pitazo, sin una voz, las puertas de la esclusa se abren y las remolcadoras conducen al vapor adentro de la vasta cámara, donde quedamos encajonados como puede estarlo un coche en los canales de las calles de Nueva York o de Chicago. Por de pronto, nada vemos, fuera de los barcos rasos de la esclusa, ni nos damos cuenta del trabajo de elevar el buque sino por un rumor de hervidero que llega de abajo, hasta que el jirón de cielo se ensancha, vemos de nuevo nuestra ruta que desciende hacia el mar, sumido allá al fondo del panorama.

Un buque baja en el compartimento vecino y no deja ya a la vista más que los mástiles y el borde de las chimeneas. La masa de aguas de la laguna de Miraflores queda suspendida a muchas brazas sobre su cubierta, y bastaría que la compuerta cediera para que el barco fuera envuelto por la avalancha. Pero, ni una filtración, ni un crujido revelan la inaudita presión de las aguas.

Mientras tanto, nosotros cruzamos a buena marcha la laguna, para detenernos al pie de las esclusas de Pedro Miguel. Plantadas en gradería, trepan en dos arcos hasta el nivel de la cañada donde comienza el corte de Culebra. Los cerros rocosos y de puertas pendientes anuncian ya el esfuerzo gastado en abrirse un paso al través de ellos.

El canal se angosta ajustándose al capricho de la ondulante serranía, cuyos cerros vienen a sumergir sus fuentes en el agua: el agua, que a medida que avanzamos va poblándose de embarcaciones de todos los tipos y dimensiones; remolcadores inquietos y ruidosos, dragas de succión con su larga cola enroscada y el vientre oculto bajo la casa flotante en que viven sus tripulantes. Los negros, lustrosos de sudor frente al hornillo, saludan, amistosos, con su deslumbrante sonrisa; en tanto que los marineros chilenos cambian los saludos de estilo con sus amigos de tierra, en el enérgico idioma de las gentes de playa. Y luego uno pregunta:

—¿Qué es del "Coquimbo", amigo?

—Se embarcó cuantuá; se contrató con otros niños pa Seahle.

Los francisqueños se contentan con blanquear los ojos cuando el saludo es demasiado expresivo. Excelentes negros! indolentes, canturriando, con piruetas de mono, y dejando dormirse el brazo a cada golpe de la herramienta, han hecho sin embargo la mitad de la obra, cuando el europeo se sentía desfallecer bajo el bochorno de la tormenta.

Algunas vueltas y revueltas más y llegamos a un puerto donde las embarcaciones forman un enjambre, pegadas al borde del derrumbe que colma una orilla del canal. La masa de rocas suspendida sobre ambas márgenes presiona brutalmente el corte que bajo el agua desciende casi verticalmente, debilitando la resistencia de la base. Los

aguaceros bajan con fuerza torrencial arrastrando el desmonte, rajando los flancos, hasta que un día un trozo de cerro resbala sobre el canal, y ciega la obra de muchos meses "Volver a empezar" es la consigna.

Estos desprendimientos han dado una tremenda celebridad al corte de Culebra y obligan a repetir su nombre a cada paso en la historia del canal. Los derrumbes han aumentado hasta ahora en 25 millones de yardas cúbicas la extracción total de tierras. Es posible que los desprendimientos duren algunos años más; pero una vez terminado el corte, de acuerdo con los planos definitivos—ha dicho el ingeniero Goethals—estas causas de interrupción del tránsito cesarán por completo.

El vapor bordea con precauciones infinitas el banco formado por el derrumbe, para pasar más allá casi rozando la fila de barcos que esperan su turno en la salida al Pacífico. ¿Qué porvenir está, pues, reservado a este camino de los mares? Cuando la paz devuelva la libertad a las flotas mercantes de todas las naciones, ¿será éste el paso en que se congreguen como en una feria universal los barcos de todas las procedencias y de todas las banderas? El mundo sufrirá una nueva contracción bajo la red cada vez más tupida que por tierra y por mar acorta cada día las distancias y facilita el intercambio de materia bruta por los productos de la industria y del arte—de la cultura, en suma.

Cae la noche sobre las aguas cárdenas del lago cuando el vapor recupera al fin su libertad saliendo de la estrechura del canal, para largarse a toda máquina por la senda luminosa limitada por los faros, que al igual de centinelas apostados a lo largo de la ruta, lanzan por momentos como alertas de luz.

Ya muy entrado el día, recién nos toca el turno en la bajada al Atlántico. ¿Qué son las esclusas construídas hasta hoy para comunicar ríos y lagos, puestas en parangón con éstas del Canal de Panamá? Miradas desde estas embarcaciones de alta mar que pasan por aquí, deben parecer juegos de niños, cuando echan barquichuelos de papel en el canalón de las aguas-lluvias...

Al bajar por la esclusa de Gatún aparece sobre los cerros de la costa el mar Caribe, de un tono de añil más encendido que el Pacífico, y salpicado de espuma bajo el viento cálido del golfo. Una faja obscura de unas dos millas, enteramente recta, prolonga mar adentro la lengua de tierra boscosa que cierra la bahía por el poniente. Por el lado opuesto la costa desciende hasta el islote en que se asienta Colón, casi al ras del agua.

El antepuerto, que lleva por nombre Cristóbal, reproduce la actividad constructiva de Balboa en la otra entrada del canal. Nuevos diques y muelles todavía en esqueleto ensanchan por todos lados el antiguo embarcadero; bodegas tras las cuales desaparecen los barcos, bordean los docks, y todo anuncia el comienzo de una de esas eras de tráfico que hacen época en el mundo.

Al acercarse el vapor a la costa, ya en el último trecho del canal, pensábamos en el día tal vez no demasiado lejano en que todas estas huellas de obra artificial desaparezcan bajo el avance de la vegetación, cuando la naturaleza haya adoptado por suya la obra del hombre. La montaña vaciada a través de la cuenca del Chagres habrá arraigado en el fondo del lago con los tallos de la flora aromática y el légamo que la formará como un caparazón de defensa contra el embate de las crecientes; el cemento de los marcos de las esclusas, amasado por el agua, habrá endurecido como el granito y opondrá a la corriente un bloque indestructible como las mismas sempiternas rocas de sus corrientes, y estas orillas del canal, pulidas por la obra paciente de las aguas, serán semejantes a las márgenes de un río de tarda corriente que se hubiera abierto su propio camino.

Entonces... ya otras inquietudes y otras necesidades habrán empujado a los pueblos contra otros obstáculos, y maquinarias más perfeccionadas y hombres más presurosos estarán probablemente abriéndose otros pasos a través de América, de Océano a Océano. Pero aunque en un plazo más o menos breve sea abierta otra ruta más fácil entre ambos mares, el canal de Panamá ha de quedar por muchos años en el rango de las grandes conquistas humanas; por la clara conciencia de sus obstáculos, con que fué ejecutado, por la trágica historia de esta tierra de epidemias, y también por el recuerdo de tanta expedición fracasada, de tanto vano tanteo, que empapándolo de sangre y en sufrimiento humano, la consagraron entre las más profundas aspiraciones de la civilización.

Al anochecer, un vapor llegaba a las esclusas de Gatún para bajar al Atlántico

Mirando al porvenir

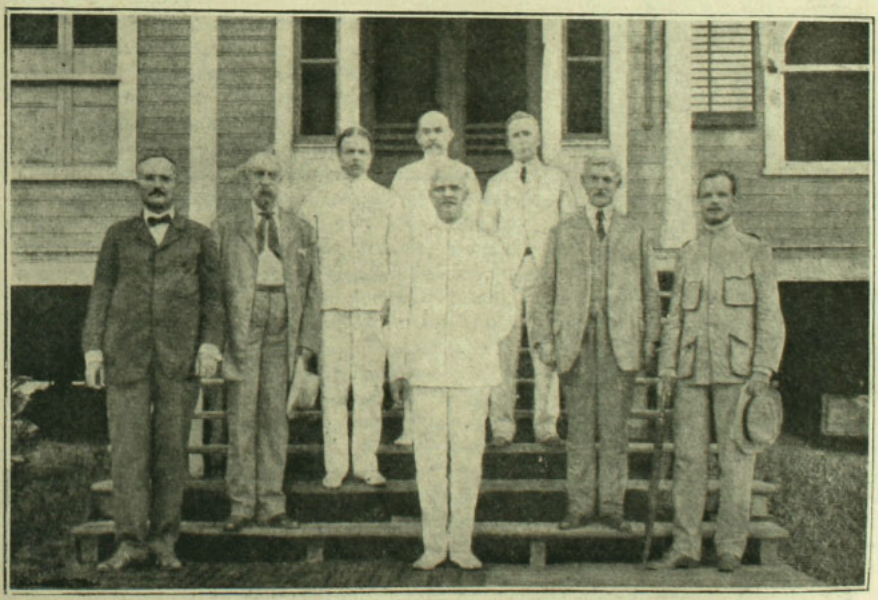
Cuando las obras del Canal queden terminadas, la travesía podrá hacerse en doce horas, y un promedio de cuarenta buques tendrán franco el paso cada día. Nosotros, desde el extremo sur de América, recibiremos los últimos asaltos de la avalancha mercantil. ¿Será esto una ventaja para nuestra marina, o volverán las compañías nacionales a su vida precaria de poco tiempo atrás? Por ahora la Compañía Sud-Americana ha extendido un poco su carrera y ha cruzado el Istmo; pero hay que preguntarse si podrá resistir la competencia cuando vuelva la oportunidad de los fletes directos a Europa y Estados Unidos.

Si las compañías chilenas continúan con su actual capacidad financiera y de tonelaje, es seguro que tendrán que volver a su antiguo giro, casi meramente de cabotaje y caleteo. Hoy se vive más rápidamente y mejor. Nuestros buques son lentos y no tienen suficientes comodidades. Ya no aceptamos en Chile los temas mixtos para el viaje de una noche, y sin embargo soportamos y hacemos soportar a los extranjeros un viaje de semanas enteras, embarcados en la más franciscana fraternidad con el ganado y las legumbres.

Para que el sacrificio de crear una marina compense al país, es preciso que procure identificarse con él por una difusión popular de sus capitales y de los beneficios consiguientes. Hemos sufrido por medio siglo la mistificación de las oficialidades civiles extranjeras en los vapores nacionales, como ocurría antes en el manejo de los ferrocarriles; y en la mayoría de los casos esta preferencia no se justificaba sino por una mayor capacidad para embarcar whisky. "Buques chilenos con personal chileno", no por estrecho chauvinismo, sino porque se han hecho costosos esfuerzos para formarlo y porque ha demostrado capacidad.

En cuanto al canal mismo, del que esperamos todos estas modificaciones en nuestra actividad nacional, ¿quién puede ver claro en su porvenir? Podrá resultar al fin un "buen negocio" según la fórmula yankee de sus empresas, que esto no disminuiría en un ápice el mérito de la nación que lo ha construído poniendo en él los más valiosos elementos en hombres, en materiales y en dinero.

De Colón a San Francisco, abril de 1915.



Comisión del Canal del Istmo. Centro al frente, Teniente Coronel George W. Goethals, presidente e ingeniero en jefe. De izquierda a derecha: Mayor Wm. L. Sibert, J. C. S. Blackburn, H. H. Rousseau, ingeniero civil; Joseph Bucklin Bishop, secretario; H. F. Hodges, teniente coronel; W. C. Gorgas, coronel; D. D. Gaillard, teniente coronel.

Sir Roberto Baden-Powell, fundador de los Boy-Scouts y general en el ejército inglés

El Espionaje Moderno

El fundador de los Boy-Scouts, general sir Robert Baden Powell, relata sus aventuras de espía

No hace mucho el general inglés Baden Powell estuvo en Chile y fundó la popular organización infantil conocida con el nombre de Boy-Scouts. Recién ha publicado el relato de sus peligrosas aventuras como espía de su patria y sus declaraciones revisten un interés palpitante.

Tiene este general una larga experiencia militar en las guerras coloniales de la India, Afghamistan y Sud-Africa, donde su heroica defensa de la ciudad de Mafeking, soportando un sitio de siete meses, lo hizo un héroe popular de Inglaterra.

Ahora nos revela que en su largo viaje alrededor del mundo, visitando todas las naciones, ha servido disfrazado, como un vulgar espía.—Ed. P. M.

Mientras tengamos que afrontar la posibilidad de una guerra debemos mantener un servicio de espionaje como parte legítima e indispensable del arte de la guerra. Debemos convencernos de que existe el espionaje en nuestro país y debemos hacer cuanto es posible para defendernos de él, siguiendo el consejo de Lord Beresford: "Usemos precauciones sin necesidad de persecuciones", para librarnos de las miradas indiscretas de los extraños en el interior de nuestros establecimientos militares. Por consiguiente, debemos emplear también el sistema propio de espionaje agresivo.

Aunque el valor real de este servicio de información es prontamente reconocido por todos, el espía es, en sí mismo, como un sér bajo y despreciable a la vez. Hasta el nombre con que se le designa ha llegado a ser un epíteto de desprecio y se hace una cuidadosa distinción entre un "explorador" y un "espía" El explorador es considerado como un hombre valiente y los recursos de que echa mano para obtener las informaciones necesarias, son considerados como admirablemente ingeniosos, mientras tengan el uniforme puesto encima. Si avanza más adelante y descubre que puede obtener datos más preciosos, **adoptando un disfraz**, exponiéndose a riesgos tremendos, seguro de ser fusilado si se le descubre, entonces es despreciado como "un vulgar espía". Realmente no comprendo el criterio con que se distingue a este último.

Exceptuando el caso de un traidor, no comprendo cómo la ocupación de un espía debe ser considerada como más despreciable que la de un combatiente cualquiera;

pues, ya sea en tiempo de paz o de guerra, su trabajo es peligrosísimo. Aunque el espía debe desempeñar forzosamente su juego por medio de la astucia y del engaño, es necesario recordar, en su favor, que necesita al mismo tiempo un gran coraje personal. La resolución de un hombre que parte a cumplir su misión enteramente solo, sin ser observado ni aplaudido, corriendo constantemente el riesgo inminente de perder la vida, seguramente es por lo menos igual al valor de un hombre que se lanza al combate rodeado de sus compañeros y sintiendo el aguijón de estímulo producido por las trompetas y los estandartes. Y aunque en muchos casos esta misión es bien recompensada con gruesas sumas de dinero, los mejores espías son hombres sin salario alguno, que se lanzan a la tarea inspirados en el deseo de servir a su pattria.

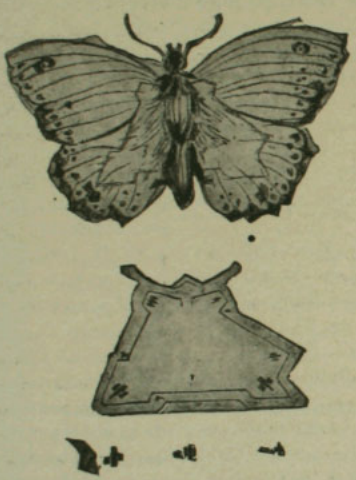
En cuanto a lo que se relaciona con el espionaje, Gran Bretaña está mucho más atrasada que varias otras naciones; el sistema de espionaje de Alemania es el mejor de todos tanto por su extensión, su elevado costo y su organización admirable. El espionaje táctico de los alemanes en el curso de la actual guerra, bajo todos sus diversos aspectos, ha realizado una tarea magna; muy eficaz en sus resultados. Pero el trabajo de sus agentes diplomáticos y estratégicos, que maniobraban en tiempo de paz, fué deficiente. Una prueba palpable de mi afirmación, referente a la ineficacia de este servicio, fué la ignorancia en que mantuvieron el Gobierno alemán, al estallar la guerra, acerca del traslado de las fuerzas expedicionarias de ejército inglés a las costas de Francia, traslación que fué conocida varios días después de haberse efectuado. El 4 de agosto el día anterior a la declaración de guerra, los veinte principales espías alemanes fueron arrestados en Inglaterra y más de doscientos de sus agentes secundarios cayeron también en manos de la policía. Se adoptaron inmediatamente las medidas necesarias para impedir que fueran reemplazados; las estaciones radiotelegráficas de los particulares fueron prontamente desmanteladas y por medio de estratagemas, hábilmente ideadas se descubrieron aquellos que no se habían matriculado voluntariamente en los registros que existían en todas las ciudades con aquel objeto. Así, pues, la organización de espionaje alemán fracasó precisamente en el momento en que su Gobierno necesitaba más de sus servicios.

En el ejército británico no se emplea el servicio de espionaje del campo de operaciones en gran escala aunque su adopción restringida en las maniobras ha demostrado cuán eficaz es esta fuente de informaciones. El trabajo que yo he efectuado hasta la fecha es el de un agente militar o táctico, con la misión especial de estudiar los detalles referentes al armamento y equipo en tiempos de paz de las demás naciones. Estando en guerra y habiéndose divulgado al conocimiento del público algunos de los medios empleados por los espías, creo que no hay daño alguno en la relación detallada de estos métodos y en la reseña de las experiencias personales que yo mismo he tenido.

En cierta ocasión debía investigar las condiciones de los fuertes que dominaban la plaza de Cattaro, capital de la Dalmacia; estudiar sus posiciones, su poder ofensivo y su armamento. La ciudad se extiende al extremo de un angosto brazo de mar que se interna quince millas al interior, en un profundo cajón que se interna entre elevadas montañas. En la cima de estas montañas se divisan las baterías desde las cuales la plaza de Cattaro durante la actual guerra ha sido constantemente bombardeada.

Partí armado con las armas más eficaces para realizar mi propósito y que me han servido muy bien en muchas campañas parecidas. Eran un cuaderno de dibujo, con numerosos bosquejos, algunos ya concluídos, otros parcialmente hechos, de mariposas de todas clases y dimensiones, desde el "Almirante rojo" hasta la "Dama Pintada"; una caja de pintura y una red para cazar insectos. Me lanzaba a "cazar mariposas" y equipado en esta forma, estaba listo para hacer frente a cualquiera en las solitarias laderas de una montaña, y acercarme hasta las vecindades mismas de los fuertes. Afectando una inocencia infantil, con el cuaderno de dibujo en mis manos, preguntaba a los que encontraba si existían en aquellos alrededores una

cierta especie de mariposa que describía a mi antojo, pues deseaba ansiosamente pillar una. Noventa y nueve entre cien no sabían distinguir una variedad de mariposa de otra distinta, y lo mismo me acontecía a mí, así que me consideraba seguro de no dar un paso en falso; y todos simpatizaban con el inglés maniático que se dedicaba a la caza de estos curiosos insectos. No miraban bastante atentamente mis diseños para notar que: "las delicadas venas de las alas de las mariposas que yo había dibujado, eran fieles reproducciones del plan horizontal de sus fuertes y que las manchas en las alas denotaban el número y la posición de los diversos cañones y su calibre."



Las líneas de esta fortaleza se asemejan, como puede verse fácilmente, a una mariposa. Así disimulará los planos un buen espía

Esta es la táctica corriente en los espías ingleses. Algunas veces en vez de una mariposa, se dibujan las ramificaciones de una hoja en el cuaderno de botánica, la que encierra los detalles militares de importancia, otras veces se encuentran estos en las complejas líneas de una ventana de vidrios de colores. En todo caso, la reputación mundial de ser un "inglés maniático", sirve de mucho al espía de esta nacionalidad.

En otra ocasión yo deseaba determinar el valor del fuego de fusilería de la infantería alemana. Se había comunicado a las autoridades militares de Inglaterra que los alemanes habían adquirido recientemente una nueva forma de ametralladoras que disparaban con gran rapidez y de muy certeros disparos. Su calibre ya nos era conocido y su forma general (de fotografías); pero su capacidad verdadera era una simple cuestión de apreciaciones antojadizas.

Pensé que la forma más práctica de conseguir lo que deseaba era efectuar la investigación sin usar disfraz. Sin consultarme, me establecí en diversas ciudades que tuvieran guarnición militar, en las cuales logré tratar amistad con varios oficiales con el propósito ostensible para ellos de divertirme y pasear como turista. Poco a poco estreché mi amistad con ellos y empecé a acompañarlos en sus comidas y en sus reuniones sociales. Me invitaban después a acompañarlos en un paseo a caballo y los acompañaba gustoso en sus trabajos de cuartel y en las maniobras en los alrededores; pero cada vez que nos aproximábamos a un polígono de tiro, me invitaban cortés pero resueltamente, a no seguir acercándome, pues los ejercicios eran estrictamente secretos.

Dos ingleses amigos míos en cierta ocasión se detuvieron inadvertidamente en la puerta de entrada de uno de estos polígonos y fueron prontamente arrestados, quedando presos algunas horas, siendo finalmente puestos en libertad y amonestados para dejar inmediatamente la ciudad. Así, pues, me convencí que era necesario proceder por otro camino y con mayor cautela. Me dirigí a otra guarnición, en la cual, siendo desconocido, bien podía cambiar mi táctica. Los polígonos estaban rodeados de un vasto círculo de árboles fuera de los cuales había una reja imposible de escalar, vigilada por dos centinelas.

Cierto día me encaminé descuidadamente en dirección al polígono y tuve cuidado de acercarme a él, muy alejado de la puerta de entrada; y me tendí en el pasto, tal como si fuera a dormir allí; pero, en realidad, quería marcar el promedio de los disparos y calcular el éxito de ellos por el ruido de los golpes en el blanco de hierro. Me acerqué más esperando conseguir mirar el interior del polígono. Cuando el centinela volvía la espalda, me acerqué a la reja y no pudiendo escalarla en-

contré una tabla suelta a través de la cual vi lo que deseaba.

Estaba en esta operación, cuando lleno de terror, vi que el centinela cambiaba de dirección y se dirigía hacia donde yo estaba. Pero me dominé prontamente y colocando la tabla en su lugar, saqué de mi faltriquera una gran botella de aguardiente que tenía preparada. Vacié la mitad de ella en el traje, de tal modo, que al acercarse el centinela me encontró completamente ebrio, despidiendo un pronunciado olor a alcohol y muy dispuesto a convidarle de lo que quedaba en el frasco.

Se sonrió al ver mis ademanes; y suave, pero con firmeza, me condujo a un lado, me dió un empujón y me aconsejó alejarme y marcharme a mi casa lo que hice lleno de satisfacción.

En la cumbre de las montañas

Además de necesitar el espía: intrepidez, valor, seguridad en sí mismo, y dominio perfecto de sus nervios y gran astucia para salir airoso en una dificultad, requiere tener los conocimientos científicos indispensables para llenar cumplidamente su difícil misión. Por ejemplo, si se trata de calcular los ángulos de un fuerte o de estudiar ciertos detalles tácticos de una maniobra. Por este motivo, es necesario reunir al empleo de oficiales avezados para obtener las citadas informaciones.

Uno de mis más emocionantes experimentos, para obtener esta clase de informaciones, lo realicé en un distrito en el cual las tropas alpinas de la frontera estaban admirablemente preparadas. Nadie conocía detalladamente su organización, su equipo o sus métodos de movilización, así que era necesario conocer todos estos detalles. Me interné en aquellos parajes montañosos, en la época de maniobras y me encontré rodeado de tropas acampadas en los valles y en las aldeas de los alrededores. Pero estas tropas me parecieron a la primera ojeada el tipo corriente de soldados, nada de nuevo tenía que ver allí. Durante varios días observé las maniobras, que no tenían nada de interesante o de novedad digna de mención.

Una tarde, al pasar por las callejuelas de una aldea, divisé un tipo de soldado que me llamó la atención. Este soldado arreaba tres mulas cargadas. Evidentemente pertenecía a la división de montaña, de las cuales nada había visto hasta ese momento. Entablé conversación con este soldado y supe que bajaba de las altas cadenas de montañas para obtener las provisiones necesarias para su compañía que estaba acampada entre las cumbres cubiertas de nieves y fuera del alcance de las tropas que maniobraban en las cumbres de menos elevación.

Incidentalmente me dijo que las fuerzas militares a las cuales él pertenecía, eran muy numerosas, compuestas de las armas de infantería y artillería y que buscaban entre los ventisqueros otra fuerza militar de un enemigo simulado que venía a atacarlos y que esperaban entrar en contacto con ellos al siguiente día. Acto continuo me indicó vagamente la situación precisa del campamento, situado a un lado de un elevado picacho, llamado el "Colmillo del Lobo"; y, finalmente, me señaló el camino preciso que debía seguir para volver a su campamento.

Al anochecer, cuando el hotelero creía que yo estaba profundamente dormido, iba caminando por las laderas de las montañas que se alzaban hasta el cielo tachonado de estrellas; y sobre todas ellas, descollaba el "Colmillo del Lobo", sirviéndome de espléndido guía. No tuve dificultad alguna en pasar por la aldea llena de grupos de soldados que se encontraban a discreción; pero en los caminos de las afueras había numerosos centinelas apostados y temía, con razón, que no me dejarían pasar sin someterme a un interrogatorio acerca del rumbo que llevaba. Perdí mucho tiempo en sacarle el cuerpo hasta que llegué a un cauce de elevados muros a través del cual me deslicé hasta llegar a una arboleda y desde allí pude seguir mi solitario camino.

Fué una ascención larga y penosa; pero al llegar el clarear del nuevo día, me encontré felizmente en la cumbre y divisé la vislumbre de muchas fogatas que se divisaban allá abajo, en lontananza y señalaban los puntos en que acampaban las fuerzas militares. Al salir el sol las tropas empezaron a moverse y yo me apresuré a buscar un sitio cómodo desde el

cual pudiera ver y no ser visto. Todo marchaba bien hasta este instante.

Pero, gradualmente, un grupo de oficiales se dirigió en masa hacia el punto en que yo me encontraba y de repente, lleno de estupor, pude ver que empezaban a escalar la elevación.

En el acto me puse de pie y no hice tentativa alguna de ocultarme; saqué mi cuaderno de dibujo y empecé a diseñar "El despertar del día en la Montaña". Muy pronto notaron mi presencia y uno o dos oficiales se acercaron y se pusieron a conversar conmigo, evidentemente llenos de ansiedad por descubrir quién era yo y cuál era el objeto que allí me llevaba.

Yo tengo un axioma: Se puede pasar victorioso sobre cualquier dificultad, ya sea empleando un garrote o una sonrisa. El garrote no me servía en esta ocasión: era impolítico e inútil; por lo tanto, adopté mi mejor sonrisa y les mostré mi cuaderno de dibujo, explicándoles que mi ambición era dibujar el "Colmillo del Lobo" al salir el sol.

Una transformación rápida que necesita realizar muchas veces un espía hábil

Me manifestaron un interés respetuoso y, en cambio, me explicaron que estaban allí para atacar desde esa elevación la montaña cercana que el enemigo había ocupado.

Les mostré un tranquilo y reservado interés a las operaciones que efectuaban y mientras menos interés yo les demostraba, más ahinco empleaban ellos para explicarme el asunto en todos sus detalles; de tal manera que me encontré pronto en posesión de todo el plan ofensivo que ellos me revelaban ilustrándome con sus diseños del distrito de operaciones, mapas mucho más detallados que todo lo que antes había visto yo publicado sobre la materia.

Muy pronto nos hicimos grandes amigos: tenían ellos café caliente, del que me convidaron y yo a mi vez distribuí entre ellos cigarrillos y chocolate. Me manifestaron su sorpresa al considerar que había escalado la montaña tan a deshora, pero los tranquilicé respecto a este punto al explicarles que era un hijo de Gales, sacando en el acto la conclusión de que yo era un highlander y me preguntaron si yo usaba en mi patria el traje escocés.

Estábamos en este intercambio de cortesías cuando sonó la alarma de que el enemigo se encontraba a la vista; y, en efecto, divisamos a través de nuestros lentes largos cordones de hombres que venían de todas direcciones marchando sobre la nieve y dirigíanse hacia nosotros. Entre nosotros y el enemigo había una profunda y anchurosa quebrada que tenía paredes perpendiculares atravesadas, aquí y allá, por senderos en zig-zag por los cuales sólo podían pasar las cabras. En pocos minutos el batallón y los comandantes de las compañías se diseminaron escudriñando con sus anteojos la montaña opuesta; cada uno de ellos escogía para los hombres a su mando una línea para cubrir el ataque. De pronto sonó la orden de avanzar y la infantería partió llevando sus báculos y cuerdas para la

ascención. Las cuerdas eran usadas para hacerlos bajar en los parajes difíciles y para amarrarse los unos a los otros en las laderas nevadas con el objeto de impedir que rodaran al fondo de las quebradas.

La parte más interesante de aquellas maniobras fué el momento en que la artillería procedía a atravesar una profunda quebrada. Los cañones eran transportados en piezas a lomo de mulas, así como también las municiones y las piezas de repuesto. En seguida se procedía a levantar unos sólidos trípodes en los cuales se colocaba una especie de grúa que levantaba en el aire los cañones y las mulas y las bajaban lentamente, una tras otra, hasta que tocaban el suelo firme en el fondo de aquellos precipicios. Aquí volvían a colocarles su carga y se amarraban en largos cordones para iniciar la ascensión de las laderas de la montaña opuesta y en un espacio de tiempo, relativamente corto, volvían a divisarse las mulas y los soldados de infantería que a manera de enormes hormigas escalaban el manto de nieve de nívea blancura que se extendía ante nuestra vista.

Los resultados finales de las maniobras ya no me interesaban; había visto lo que deseaba conocer: las tropas de la montaña; sus cañones, sus métodos de movilización en regiones aparentemente inaccesibles al hombre y había visto también sus mapas y su sistema de señales semafóricas.

El espía sospechoso

Indudablemente la labor de un espía sería un sport realmente interesante aunque no produjera tan excelentes resultados. Hay una fascinación extraña en la tarea que subyuga al que lo ensaya por la primera vez. Cada día se encuentra al que lo practica en situaciones nuevas que exigen un constante cambio de conducta en cada caso.

Pero el trabajo de un investigador de las condiciones militares de otro país, que puede llegar a ser un día enemigo de su propia patria, tiene una circunstancia desgraciada que no puede olvidarse: enseña a no fiarse jamás en nadie.

Un país extranjero había fabricado recientemente una nueva forma de cañón de campaña que era ensayado con gran secreto, pruebas que se realizaban en una de sus colonias extranjeras, para evitar observación extraña. Al llegar a la colonia, supe que una nueva batería de estos cañones efectuaba sus pruebas en una estación alejada del ferrocarril.

Esta localidad era pura y sencillamente una estación aislada, sin una sola casa en sus alrededores; así que era difícil, si no imposible quedarse allí sin ser visto en el acto. El horario del ferrocarril indicaba, sin embargo, que el tren ordinario se detenía allí media hora para cambiar locomotora, así que resolví ver lo que podía hacer en ese lapso de tiempo.

Partí en el primer tren lleno de gozo. El tren se detenía en cada estación. En una de estas un campesino entró al carro, y aunque veía en su semblante las huellas de la enfermedad y del dolor, empezamos a conversar acerca de los trabajos agrícolas y del rendimiento de las cosechas.

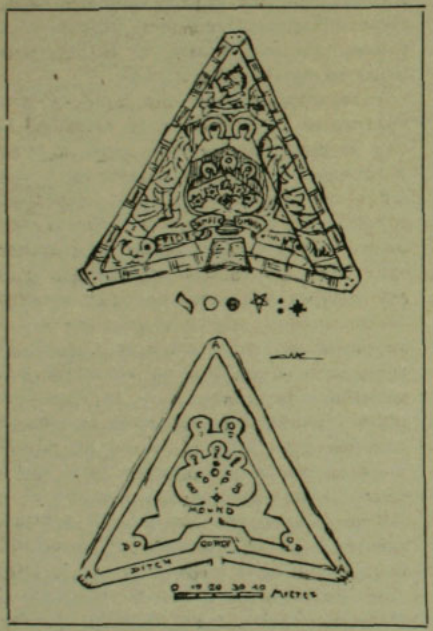
Al fin llegamos a la estación donde sabía estaban los mencionados cañones de último modelo. Mirando anheloso por la ventanilla del carro, sentí un inefable gozo al ver en un terreno adyacente a la estación toda la batería de cañones montados y en fila. Los pasajeros dejaron sus asientos para salir a estirar las piernas y yo no perdía un momento para aprovechar la circunstancia y acercarme al sitio en que se encontraban. El centinela que cuidaba los cañones se encontraba en el extremo más lejano y, por lo tanto, tuve bastante tiempo para examinar la culata y varios otros detalles preciosos para mí. Al volverse el centinela hacia el lado en que yo me encontraba, no sólo se extrañó mucho de mi conducta, sino que dirigiéndose hacia mí, empezó a llamar a gritos a otro hombre que yo había visto antes.

Este era el cabo de guardia, el que se adelantó y empezó a insultarme con los epítetos más denigrantes por estar allí sin el permiso requerido. Traté de explicarle, lo mejor que pude, que yo era un pasajero inofensivo que había salido a estirar las piernas y que no me había fijado en sus famosos cañones! Pero no me creyó y me siguió hasta la estación.

Me dirigí al carro que ocupaba y sa-

qué los anteojos del estuche y continué examinando aquellas piezas de artillería, anotando diversos detalles pintados en las cureñas y que indicaban su peso y calibre, etc. De pronto, mientras acechaba todo esto, vi mi perspectiva súbitamente obscurecida y quitando la vista del anteojo, me encontré con la cara del cabo que me miraba con ojos preñados en desconfianza: me había sorprendido infraganti. Nada me dijo y creí el incidente terminado.

Mi compañero de viaje volvió a ocu-



Los planos de un fuerte tomado por un espía y hábilmente disimulados

par su asiento; sonó el pitazo de la locomotora y el tren siguió su interrumpido camino. Cuando reanudé la conversación con mi amigo improvisado, le observé que había notado su aspecto demacrado y enfermizo y le pregunté qué mal padecía. El pobre hombre con lágrimas en los ojos me confesó que no era enfermedad física sino preocupación moral la que lo tenía en aquel estado de postración. Había fracasado, continuó diciéndome, en su intento de formar una firma reproductiva y había entrado al tren con la amarga resolución de rebanarse la garganta y lo hubiera hecho si yo no hubiera estado allí para impedirlo. Le rogué que me explicase la forma en que había experimentado tales pérdidas y le prometí darle consejos prácticos basados en la experiencia de un amigo mío que había logrado gran éxito en sus trabajos agrícolas en aquel país.

Estas observaciones fueron como un rayo de esperanza para mi volátil compañero de viaje. Se reanimó como por encanto y tornóse alegre y comunicativo. Finalmente me dijo:

"Usted me ha tratado con cariño y yo quiero pagarle en la misma moneda. Hace poco, antes de salir de la estación, un oficial disfrazado descubrió que usted era un espía y mientras yo estaba en la oficina del telégrafo entró y mandó un telegrama al comandante del regimiento que se encuentra en la estación terminal comunicándole que un espía alemán ha estado examinando los cañones y que vuelve de regreso en este tren y en este carro.

En el acto solté una carcajada al notar la equivocación en que habían incurrido y le expliqué que yo no era alemán. Me contestó que no importaba, y que de todas maneras sería arrestado.

Pero, siguió diciéndome, yo voy a bajarme en la estación que sigue para ir a visitar mi finca y le doy el consejo de bajarse allí. Encontrará una buena posada donde puede pasar la noche muy cómodamente y mañana en la mañana tome el primer tren que pasa sin detenerse por la estación en la cual estará esperándolo el comandante esta noche.

Le contesté que yo no era un inglés y nada tenía que temer; y que, en consecuencia, seguiría mi camino. En la estación siguiente se bajó mi improvisado amigo y yo continué mi viaje. Pero había otra estación entre esta y el punto de llegada y al llegar a la próxima estación aproveché el consejo de mi amigo: me bajé y pasé la noche en la única posada que allí había. Siguiendo su consejo al pie de la letra, tomé el primer tren y pasamos como una exhalación por el punto donde habían estado seguramente esperándome para darme un alojamiento forzado.

No había seguido su consejo, cuando él me lo dió, por temor de que fuera un ar-

did suyo para descubrir si yo era en realidad un espía; si yo hubiera aceptado su ofrecimiento, podía haber obtenido la ayuda de varios amigos para proceder a capturarme.

La tarea de espionaje, naturalmente, significa un constante gasto de fuerza nerviosa y de preocupación mental, ya que el menor paso dado en falso significa una muerte cierta en tiempo de guerra y la prisión, por lo menos, en tiempo de paz. El Gobierno promete no ayudar al espía si es sorprendido; se le aconseja no tener apuntes, no fiarse en nadie y marchar por su propia cuenta y riesgo. Rara vez puede un espía tener amistad con otro espía. Y de todos modos es una tarea sumamente enervante.

Una vez, enviado para formarme un cabal concepto del plan y construcción de un gran fuerte turco moderno, me dirigí hacia allá antes del amanecer, creyendo que no encontraría ningún centinela despierto y podría obtener las informaciones que deseaba conseguir.

Había logrado en parte mi objetivo, cuando noté entre los cerros de arena otro sér humano, aparentemente, ocupado en la tarea de ocultarse de mí. Este percance me contrarió mucho y tuve que usar de mucha maña para sacarle el cuerpo yo a mi vez, suponiendo que era un individuo de la guardia que trataba de capturarme. Al evadirme, desgraciadamente, me expuse a la vista de la fortaleza y uno de los centinelas me dió el ¿quién vive? Yo no hablaba una palabra del idioma turco, pero prontamente comprendí sus gestos cuando levantó su fusil y me tomó por blanco. Me dejé caer tras de la arena, sentándome en el suelo, acurrucado durante largo rato, hasta que se calmaran los ánimos exaltados.

Mi tranquilidad se vió de pronto nuevamente turbada con la súbita aparición del hombre que antes había tratado de sacarme el cuerpo. No me dió tiempo para ocultarme de nuevo; y él, a su vez, al verme, pareció querer dejarme de nuevo en vez de acudir a arrestarme como yo creía que lo haría. Entonces comprendimos que los dos nos teníamos miedo mutuamente y empezamos a conversar en francés. Muy pronto descubrí que, aunque representábamos nacionalidades diferentes, estábamos empeñados en el mismo difícil juego de diseñar el plano del fuerte. Unimos, pues, nuestros esfuerzos y colocados tras de un montón de arena, comparamos nuestras anotaciones con los datos separados que ya teníamos y discutimos el plan completo que nos permitió finiquitar nuestro trabajo.

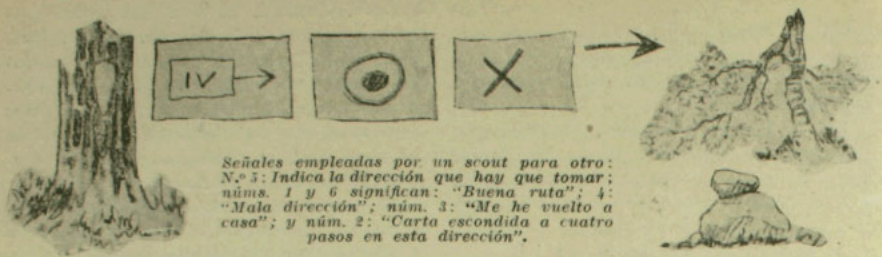
Mi colaborador debía apostarse en una situación prominente, dando la espalda al fuerte, y fumando tranquilamente con absoluta indiferencia hacia todo lo que le rodeaba. Hacíamos esto con el objeto de atraer la atención del centinela mientras yo me arrastraba y me acurrucaba al otro lado de la fortaleza, desde donde podía observar el interior de la plaza fuerte en todos sus detalles.

Aquella noche nos reunimos en el dormitorio de mi competidor y hacíamos un dibujo completo llevando cada uno una copia al Estado Mayor respectivo.

Tuve la buena fortuna de encontrarle algunos años después en la época en que se encontraba a cargo de un gran arsenal en una de las colonias de su país. Este arsenal estaba situado en una ciudadela encaramada en una elevada montaña, con un correntoso río que corría a sus pies. Tenía orden de la superioridad militar de mi patria para averiguar si existía una organización en aquella posición colonial para movilizar el contingente de reserva de los naturales de aquella región, en el caso que las tropas regulares se vieran obligadas a acudir a otros parajes. También debía indagar si existía algún proyecto destinado a proveer de armamento a los aborígenes.

Sabiendo que mi ex-compañero de tareas estaba acuartelado en aquella localidad, fuí a visitarle sin haber logrado combinar en mi cerebro la forma en que conseguiría obtener aquellos datos. Tuvo la amabilidad exquisita de servirme de guía en mi paseo por la ciudad, bordeamos el río y subimos después a la ciudadela.

Por una feliz idea se me ocurrió insinuar a mi acompañante que la ciudadela debiera ser alumbrada con luz eléctrica ya que la fuerza hidráulica, bien producida con el torrente que corría por el fondo de la quebrada podía accionar un dinamo con un costo relativamente moderado. Tanto me familiaricé con este súbito pro-



Señales empleadas por un scout para otro: N.º 5: Indica la dirección que hay que tomar; núms. 1 y 6 significan: "Buena ruta"; 4: "Mala dirección"; núm. 3: "Me he vuelto a casa"; y núm. 2: "Carta escondida a cuatro pasos en esta dirección".

yecto mío, que a medida que atravesábamos los diversos edificios y cuarteles de la plaza fortificada, a cada momento le insinuaba cuán poco costaría la instalación de los alambres. Gradualmente le persuadí de la necesidad de recomendar el proyecto a su superior jerárquico.

Finalmente, habiendo escudriñado todos los rincones exteriores del arsenal, mi amigo me dijo: "Supongo que usted no desea ver el interior del arsenal; es tan parecido a tantos otros que usted había visto antes. Pero yo le aseguré, que, al contrario, me interesaba muchísimo visitar el interior; y en efecto, era así, pues este viaje de inspección era esencial para formar un cálculo aproximado del costo del alumbrado eléctrico de todas las secciones. Así, pues, empezamos nuestra inspección interior.

Al entrar vi galerías interminables, una tras otra, llenas de armazones que contenían las armas, admirablemente conservadas y sobre la puerta de cada pieza estaba el nombre de la tribu y el número de hombres que podían movilizarse en el acto de ser llamados al servicio; también estaba indicado el número de armas y las municiones disponibles para cada soldado.

Después de llevarme a través de dos o tres instalaciones de esta especie, se detuvo y exclamó: "Hay muchos galpones como estos, pero encuentro que Ud. ha visto lo suficiente". Yo volví a insistir en verlos todos, para terminar mi proyectada instalación de luz eléctrica. "Si hay muchas más", le dije, se necesitaría, seguramente, un dinamo de mayor potencia y por consiguiente un mayor desembolso de dinero.

Seguimos recorriendo todos los galpones, considerando la situación más apropiada y económica de las lámparas; hice cálculos con lápiz en mi libreta, cálculos que le mostraba, mientras anotaba en los puños de mi camisa los nombres de las tribus y otras informaciones que necesitaban las autoridades militares de mi patria; estos apuntes sí que no le mostré.

Jugando al escondite

El juego al escondite que practican los muchachos se perfecciona y sirve para el servicio de exploración en campaña. Las tretas que aprendí siendo niño y jugando en este inocente pasatiempo infantil, me ha servido a menudo en momentos bien críticos. Tenía la costumbre de tenderme en los focos entre los arbustos más pequeños cuando no alcanzaba a llegar a los matorrales más grandes y esto me enseñó a no usar los parajes más obvios; pues estaba seguro que allí me buscarían primero y, en efecto, los cazadores registraban de preferencia los parajes más favorables para ocultarse.

Esta experiencia que había obtenido en mi infancia, me sirvió cuando en cierta ocasión me persiguió un destacamento de policía montada, pues sospechaban que yo fuera un espía que atizbaba las maniobras que efectuaba un ejército extranjero. Después de una emocionante persecución, me encaramé sobre una muralla y me dejé caer a una arboleda. Aquí, tendido en una zanja, divisaba las patas de los caballos de los gendarmes que recorrían la plantación buscándome y cuando se retiraron me arrastré hasta la orilla de un canal muy caudaloso que pasaba por los deslindes de la heredad y allí encontré una tabla por la cual pasé al lado opuesto tomando la precaución de arrastrar la tabla al otro lado.

El terreno del lado opuesto era terreno abierto y antes de haber andado un largo trecho me divisaron los gendarmes y después de un apresurado cambio de ideas par-

tieron a galope tendido para atravesar el puente más cercano, situado a varias cuadras de allí. Prontamente desanduve lo andado, volví a colocar el puente en su lugar, atravesé de nuevo el correntoso canal y echando el puente al agua me dirigí a la aldea y tomé el tren en la estación siguiente, mientras los policiales me buscaban con afán.

Otro secreto que aprendí en el juego del escondite fué el de colocarme sobre el nivel de la vista de mi perseguidor y "helarme" es decir, sentarme sin hacer movimiento alguno: aunque no se esté escondido es muy fácil escaparse de la persecución en esta forma.

El hecho de conocer esta treta me sirvió de mucho en una de mis expediciones investigadoras. Detrás de una inmensa muralla había un gran arsenal, en el cual sabíamos se procedía a construir una estación generadora de fuerza y, probablemente, se preparaba la construcción de un gran dique seco.

Llegué a las inmediaciones a la hora del amanecer: los obreros empezaban a llegar a sus faenas y varios carretones cargados de materiales esperaban la hora de entrar. Aprovechando la oportunidad dí una rápida mirada al interior, tal como la haría cualquier transeunte; pero el guardián de la entrada me despidió secamente y me ordenó retirarme.

No me detuve muy lejos de la puerta. Esperé que entrara el primer carretón y advirtiendo que el guardián estaba ocupado en conversar con el primer carretonero vi que el segundo iba a entrar. De un salto me coloqué a un lado, al lado contrario del guardián, y pasé hacia el interior y continué andando con el vehículo mientras éste volvía a la derecha y seguía su camino doblando la esquina del nuevo edificio.

Entonces noté que otro guardián estaba un poco más allá; me mantuve al lado del carretón, arreglando la carpa que lo cubría, para que no advirtiese mi presencia. Desgraciadamente, al volver el recodo del camino, el guardián de la puerta me divisó y empezó a llamarme. Seguí andando sin hacer caso, ¿qué otra cosa podría hacer? hasta que llegué un poco más allá; apresurándome a cubrir la distancia y poner entre nosotros otra esquina del edificio. Al hacerlo, observé con pena que el guardián me seguía a todo escape, y llamaba al guardián número 2 en su ayuda. Doblé la otra esquina con mayor rapidez perdiendo de vista a los guardianes y miré afanosamente hacia donde podía escapar.

Los andamios de los nuevos edificios se levantaban a mucha altura y allí divisé la escalera empleada por los operarios para escalarlas. Subí con la rapidez con que lo haría el más veloz encendedor de faroles, sin dejar de observar la esquina por donde aparecerían mis perseguidores.

Iba a medio camino cuando divisé a uno de los guardianes. En el acto "me helé". Apenas estaba a quince pies sobre el nivel del suelo y a menos de veinte metros de distancia. Se detuvo indeciso; miró a todos lados lleno de estupor. Yo también estaba lleno de estupor pero sabía que no debía moverme.

De repente, resolví seguir adelante, pasó precisamente bajo el punto en que yo me encontraba y atizbó el interior del galpón que había tras de mí, pensando, tal vez, que yo me hubiera metido allí y finalmente salió corriendo hasta la otra esquina del edificio. En cuanto desapareció, terminé mi ascensión por la escalera y llegué a la plataforma del andamio.

Los operarios no habían llegado aún a su trabajo; por lo tanto, tenía todo el campo a mi disposición. Mi primer acto fué buscar otra escalera como medio de escape en caso de ser perseguido. Siempre es conveniente tener una puerta de escape disponible.

Descubrí muy luego una escalera corta que conducía desde la plataforma hacia abajo, pero no llegaba hasta el suelo. Mirando por encima de los andamios vi a mi amigo el guardián que estaba en el camino sin perder la esperanza de verme. Bendije mi buena suerte al considerar que éste nada sabía de la manera de buscar los rastros de un fugitivo y que no vería las pisadas que se dirigían hacia la escalera.

Procedí, pues, a tomar nota de mis alrededores. Juzgando por la disposición de esta naturaleza, me convencí que estaba en la nueva estación generadora de fuerza. Desde mi puesto dominaba com-

pletamente el arsenal y a una distancia menor de cien pies vi las excavaciones practicadas para cimentar el nuevo dique, cuyas dimensiones pude calcular con absoluta precisión. Saqué mi compás prismático y calculé los dos puntos principales fijados en los cerros vecinos y fijé su posición exacta, de tal manera, que pudiera marcarse el punto en un mapa en grande escala con el propósito de bombardear aquel sitio si fuera necesario.

Entretanto mi perseguidor había obtenido la cooperación del otro guardián y estaban confabulándose precisamente bajo mis pies y no podía observar sus movimientos por una rendija que había en el piso. Evidentemente habría llegado a la conclusión de que yo no estaba en la estación generadora de fuerza, pues el interior se abarcaba de una sola mirada y ya lo habían registrado. Resolvieron, en seguida, examinar los galpones en que se guardaban las mercaderías. Uno de los guardianes entró a inspeccionarlo, mientras el otro permanecía afuera, previniendo el caso de que yo tratara de escapar por allí, es decir, entre él y la muralla que circundaba el arsenal y que conducía a la puerta de entrada.

Por pura casualidad se detuvo al pie de la escalera cortándome la retirada por ese lado. Mientras estaban ocupados en esta tarea, dejaban la puerta abandonada y pensé que no debía dejar escapar esta preciosa y salvadora circunstancia. Seguí andando por los andamios hasta que llegué hasta el punto en que se encontraba la escalera corta y por ella bajé hasta el piso bajo y no viendo a ningún sér viviente en los alrededores me dejé caer por uno de los postes del andamio hasta el suelo, en un punto situado detrás de la enorme chimenea del edificio.

Aquí me encontraba fuera del ángulo visual de mis perseguidores, aunque estaba muy cerca del guardián que cuidaba la escalera; teniendo cuidado de ocultarme detrás del edificio seguí el curso de la muralla y salí por la puerta sin ser visto.

* * *

El teniente alemán Carl Lody, espía alemán recientemente juzgado en Londres por una corte marcial, y fusilado por "traición de guerra", expuso con acierto la actitud del "investigador" militar. Declaró que no se humillaba a solicitar el perdón, que no estaba avergonzado de ninguno de sus actos: había dado su palabra de honor de no comunicar los nombres de aquellas personas que le habían confiado esa delicada misión; declaró, además, que no recibía salario alguno, que lo hacía por el bien de su patria y él sabía que su vida estaba en peligro inminente en todo instante. "Muchos ingleses", añadió, "hacían en esos momentos en otras naciones lo mismo que él había hecho en Inglaterra, trabajando también en esa peligrosa tarea, inspirados por el amor acendrado a su patria". Todo eso es la expresión de la verdad y en la Cámara de los Comunes varios miembros de ella aludieron a Lody como: "un hombre patriota que había muerto sirviendo a su patria tal como cualquier soldado en los campos de batalla".

Demos aún al diablo lo que es suyo y convengamos que el espionaje no es en todas sus diversas manifestaciones una tarea tan abominable como se le considera

Jardín Zoológico de Buenos Aires

Una visita al establecimiento.—Entrevista con el director señor Clemente Onelli

Por A. R. R.

Los paseos públicos en Buenos Aires son numerosos, pero el Jardín Zoológico es uno de los más dignos de ser visitado detenidamente. La reputación que ha alcanzado no es exagerada y los argentinos tienen razón al hablar de él con un orgullo que no tratan de disimular.

Previo el modesto pago de diez centavos tiene acceso al Jardín todo el que desea pasar unas cuantas horas de agradable recreo.

Fuimos a visitarlo en un día domingo del mes de mayo último.

Una avalancha de gente llegaba al mismo tiempo que nosotros. Ahí se veía de todo, desde la mujer más humilde hasta la más elegante y aristocrática dama. Viejos, jóvenes y niños; todos entraban en una especie de torbellino humano, repartiéndose por las amplias avenidas que parten desde la puerta principal. Junto con trasponer la entrada se presenta a la vista un hermoso parque, en el que crecen lozanos algunos árboles de vistoso ramaje. Al centro se deja ver un lago circundado de verdura y poblado de cisnes, garzas, flamencos, pelícanos, alcatraces, etc., etc., todo un mundo de aves que, dueños y señores de esas mansas aguas, se recrean en una tranquilidad de ensueño.

Sr. Clemente Onelli, Director del Jardín Zoológico de Buenos Aires

Rodeando el lago, que se extiende hacia varios extremos del Jardín, va encontrándose el visitante con algunos magníficos pabellones que bien pueden denominarse pequeños palacios habitados por fieras, reptiles, pájaros y cuanto animal raro existe en la creación. Está allí representado el mundo zoológico en una de las formas más completas que es dable pedir. En casi todas estas construcciones se ha elegido estilos que representan la arquitectura usual en los países de origen de las especies que esos edificios albergan.

La distribución de animales, pájaros y reptiles está hecha con verdadera novedad; no hay esas aglomeraciones que suelen hacerse en esta clase de establecimientos.

El visitante al buscar el nombre de la especie que le ha llamado la atención encuentra todos los detalles ilustrativos que le pueden servir de orientación: nombre, clasificación por familia, país donde existen frecuentemente y, por último, una placa con el mapa del continente a que pertenece. Sobre este mapa, con color más obscuro, el diseño de las regiones que habita con una inscripción de: "Patria del rinoceronte", por ejemplo. En esta forma los niños reciben

una lección práctica bastante completa y los grandes recuerdan lo que pueden haber olvidado o aprenden lo que no sabían.

En algunas secciones, agregada al nombre de la especie, hay un renglón que dice: "Obsequio del Sr. o de la Srta. tal". Un tanto por ciento muy apreciable de los ejemplares del Jardín Zoológico ha sido donado no sólo por argentinos sino también por gobiernos extranjeros. Hay, por ejemplo, una valiosa colección de ovinos asiáticos obsequiados por S. M. I. y R. de Austria-Hungría. Hay otros regalados por el Jardín de Hamburgo, etc.

Cisnes

***

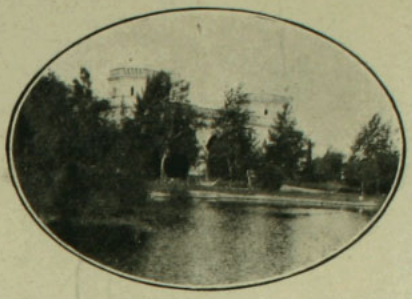
Durante la tarde, mientras una gran parte del público se pasa las horas delante de las rejas de las fieras, el mundo infantil se divierte paseando a caballo en llamas, camellos y caballitos mampatos o como pasajeros en unos pequeños carruajes y en trenes tan diminutos que parecen de juguete. Así recorren las dieciocho hectáreas que componen el Jardín.

En el centro del parque se ha instalado una gran rueda giratoria que funciona todo el día con gran éxito. Alrededor de la cir-

Zebras.—La que se ve al centro es un producto híbrido de asno y zebra

Un tren de 0.40 de trocha

cunferencia de hierro van adheridos pequeños camarotes que tienen cabida hasta para seis personas. Estos camarotes, que conservan su estabilidad perpendicular a la tierra, llevan el nombre de los principales países del orbe y en ellos se embarcan los que quieren deleitarse con el ascenso y descenso de la gran rueda. En el camarote de Chile pudimos ver a más de un compatriota que se sentía allí tan feliz como si en ese compartimento estuviera aspirando las suaves brisas de su tierra.



Casa de los osos

Nos extrañó ver que a pesar de la gran extensión de este paseo, sólo encontráramos unos cuatro o cinco guardianes.

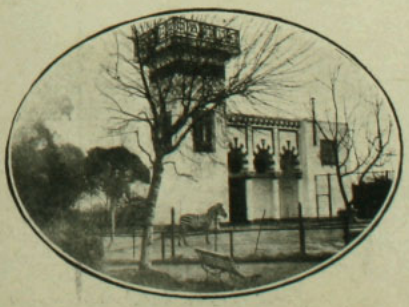
La explicación la tuvimos bien pronto: en los recodos de ciertos caminos se leen avisos como éstos: 'Se recomienda al público vigilar por la conservación e higiene del establecimiento". — "Sea compasivo con los animales"... etc.

Y en seguida muchos otros que dicen: ¡Cuidado con los ladrones!

***

Se ha construído un pabellón elegante y

Rinoceronte



La casa de las zebras

PAISAJE

confortable donde las amas de cría que van al jardín de paseo dan de mamar a sus chicos. Allí se les proporciona gratuitamente anafes y lo necesario para preparar el biberón de las guaguas. Tiene un servicio completo de toilette.

Una confitería espléndidamente instalada contribuye a la comodidad del visitante proporcionándole un *lunch* bien servido.

Después de haber recorrido, aunque un poco a la ligera el Jardín, nos encaminamos hacia las oficinas del Director del establecimiento, señor Clemente Onelli.

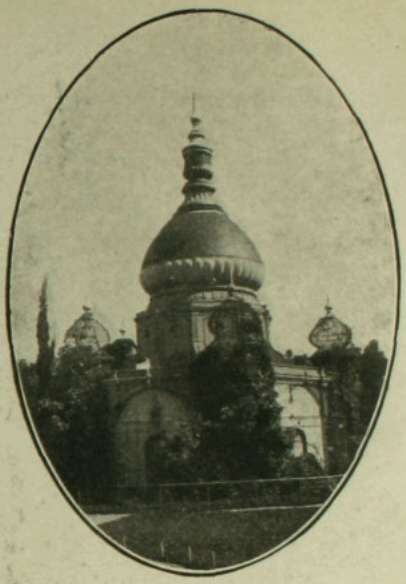
El señor Onelli es un reputado literato, muy aplaudido en Europa y apreciado en nuestro país, donde estuvo hace algunos años con el perito argentino señor Moreno. Iba como secretario.

Sin más trámite que el de hacernos anunciar fuimos recibidos por el señor Director, quien, al saber que íbamos en representación de una revista chilena, nos acogió con una atención exquisita.

Después de presentarle el saludo de "Pacífico Magazine" entramos con nuestro entrevistado en una agradable y franca conversación.

—Desde hace nueve años, nos decía el señor Onelli, me he dedicado por entero a hacer del Jardín Zoológico una obra digna

Una hiena mansa y su amiga.—Hay varios animales domesticados que, como éste, se han acostumbrado al trato de las gentes



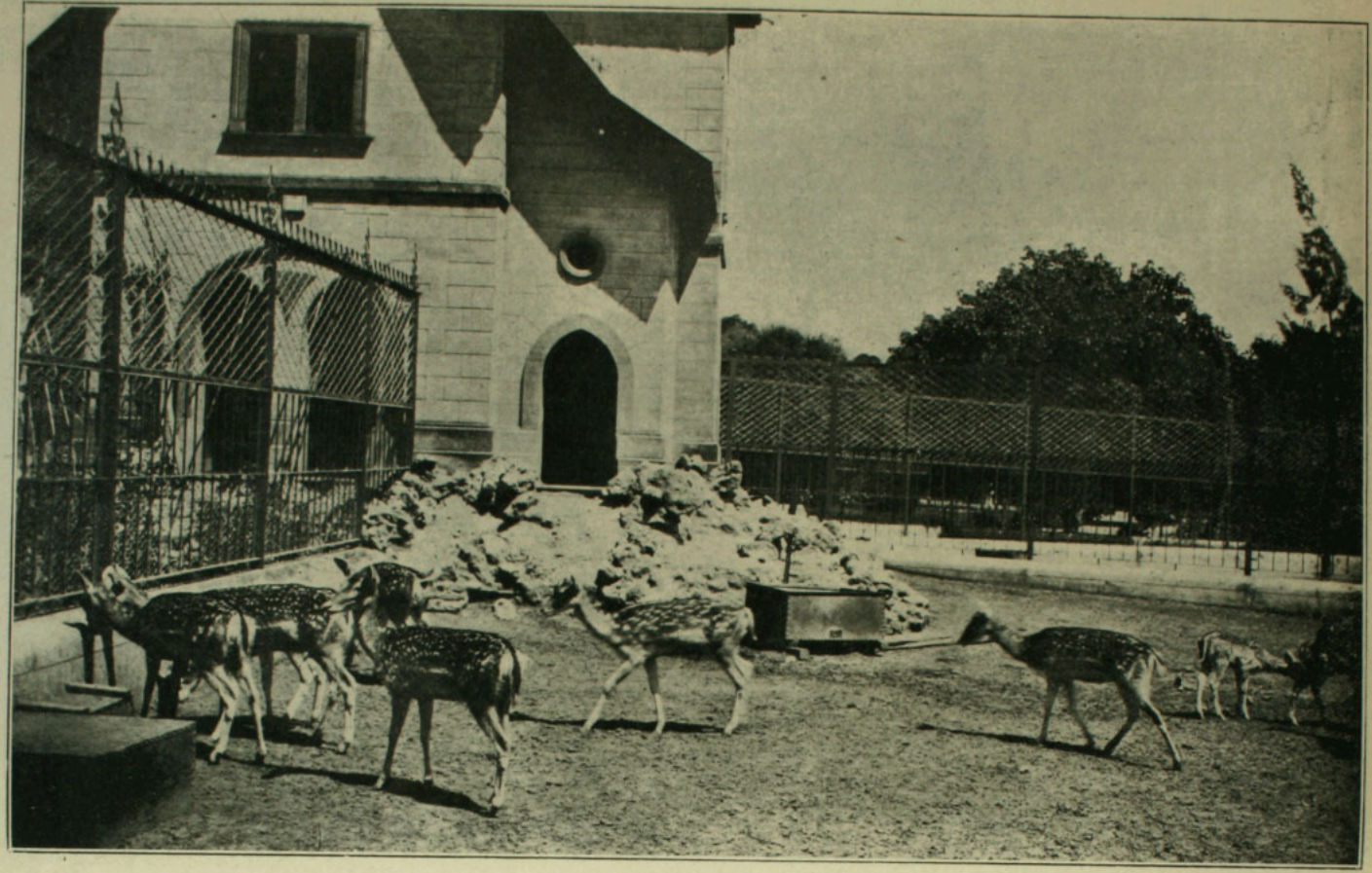
Jaula de pájaros

de llamar la atención de sus visitantes. Tanto cariño he tomado por ésto que durante esta época he dejado de ir a los teatros. Mis únicas diversiones están aquí. El que quiere verme tiene que venir al establecimiento, donde se me encuentra siempre en un amigable consorcio con mis animales. Estos son buenos amigos. Así he llegado a comprenderlo desde que los trato con intimidad. Son agradecidos, cosa que ya no se ve entre los hombres...

Un rato de charla así nos hizo comprender el entusiasmo con que desempeña su misión el señor Onelli, y poco después, al recorrer con él las dependencias del Jardín, pudimos darnos cuenta del cariño que profesa a sus pensionistas del Jardín Zoológico.

Nos llevó el señor Onelli a recorrer las instalaciones del establecimiento. Así pudimos tomar nota de que a cada paso hay detalles que revelan la dirección inteligente que ha tenido esta espléndida maravilla de Buenos Aires.

El pabellón de los leones y tigres está dividido en una serie de departamentos, cada uno de los cuales cuenta con tres secciones: una donde los pensionistas toman el sol; otra subterránea más abrigada, para dormir; y una tercera, también subterránea, al fondo, que pone en comunicación todo el edificio,



Ciervos de Europa

Bertoldo.—Un chimpancé fumador. Este anda suelto por el Jardín

como una especie de galería. Esta sirve para trasladar las fieras, sirviéndose de un juego de rejas, desde un punto a otro del pabellón.

El más grande de todos es el pabellón de los osos, de forma cuadrangular y con amplias galerías. Consta, como el de los leones, de dos pisos. Estos tienen instalación de frigoríficos para el verano y constantemente tiene cada animal en su departamento un gran baño de natación y lluvia. Hay una gran variedad de osos americanos, negros y grises, osos del polo; osos sirios, osos malayos, osos japoneses, de los Pirineos, etc., etc.

Gracias al confort con que están mantenidos éstos pueden aclimatarse y hasta reproducirse. Casi todos los ejemplares están representados por machos y hembras.

En los pabellones de los monos (la variedad es numerosa) existen caloríficos que funcionan en esta época constantemente para evitar las pulmonías, muy frecuentes en esta clase de animales.

El pabellón de los hipopótamos (hay tres, macho, hembra y cría), también tienen caloríficos, como asimismo aquellos en que viven los elefantes, las jirafas y un rinoceronte.

Mientras nos mostraba todo ésto el señor Onelli, nos iba convenciendo de que efectivamente los animales son agradecidos. Se dejaban acariciar por él, sin tratar de hacerle daño, los tigres de Bengala, los osos, los hipopótamos y otros que, por cierto, no se distinguen por su amor al hombre.

—Yo estoy convencido, nos decía el señor Onelli, que estos animales saben corresponder a quien trata de intimidar con ellos. Muchas veces yo he llegado a darme cuenta de lo que piensan y de lo que desean. Y ellos entonces han entablado conmigo relaciones amistosas, como pueden Uds. ver—nos agregaba—mientras acarició a un león, éste le lamía la mano dulcemente.

Vimos en seguida las poderosas instalaciones de motores para renovar el agua del lago y los pozos que sirven de baño a los rinocerontes, las focas, etc.

Visitamos los talleres de carpintería, herrería, pintura y otros anexos, instalados para atender con gran economía a las necesidades del establecimiento.

Respondiendo a una pregunta nuestra, el señor Onelli nos hizo ver una estadística en que se da a conocer que en el año 1913 la cifra de visitantes alcanzó a la enorme cantidad de 1.538,035. En 1914 fué de 1.302,648. Este año, con la aguda crisis económica por que atraviesa la gente de este país, la cifra

Pelícanos que se ven a la orilla del lago

de visitantes será, sin duda, bastante menor, porque durante los meses que van corridos la estadística señala una disminución de 120 mil, comparada con la de igual período del año anterior

Paseábamos por una de las avenidas cuando un mono chimpancé era paseado en bicicleta por uno de los mozos del Jardín. Nos llamó la atención el hecho de que fuera muy abrigado

—Ah! nos dijo el señor Onelli, esto es necesario para evitarle una pulmonía. Está delicado y sin estas precauciones este interesante ejemplar moriría fácilmente.

El mono, cuando estuvo cerca corrió a abrazar al señor Onelli con grandes demostraciones de cariño y, al vernos a nosotros con él, nos tendió amigablemente una de sus manos, que hubimos de estrechar como la de un antiguo conocido.

Gracias a esta prolija atención, durante el año 1914 el señor Onelli logró reducir notablemente el porcentaje de mortandad del año 1913, manteniéndose el 3½ por ciento *entre los mamíferos*; el 3 *por ciento* entre los pájaros y el 5 por ciento entre los reptiles.

Como producto de la delicada atención del señor Clemente Onelli, "Pacífico Magazine" puede ofrecer hoy a sus lectores esta información completada con las fotografías que hemos ido insertando en el texto y que aunque no forman una total descripción, que resultaría demasiado extensa, sirven para darse una idea de lo que es el Jardín Zoológico de Buenos Aires.

Chalet de ciervos de Escocia

Un actor que gana más que un Presidente...

Adaptado del inglés por J. C.

Ilustraciones fotográficas

Pocos actores hay hoy tan populares como Mr. John Bunny, de la "Vitagraph Company", empresa cinematográfica yankee. Su personalidad es tan conocida como la de Sánchez o la del inimitable Max Linder. Y, a decir verdad, esta su popularidad es bien justa y honrosa. Nada más hermoso que esta aureola de prestigio que rodea su personalidad de actor honrado y de artista cómico que mueve a risa y lleva la sana alegría a millones de corazones humanos en todo el mundo.

Mr. John Bunny no conquistó la fama de la noche a la mañana: su labor obstinada y perseverante, en teatros de última clase y tablados de ocasión, ante públicos deficientes, no era alentadora para su carrera de artista. Hace cuatro años vivía en Broadway y comenzó su trabajo en un proscenio de baja estofa. Gradualmente fué captándose una reputación, y pudo hombrearse con artistas prestigiosos y de talento y llegó a figurar entre el personal de las mejores compañías teatrales, devengando sueldos de uno a doscientos dólares semanales.

Mr. Bunny pudo observar que la deficiencia de los públicos ante los cuales se presentaba obstaculizaba su propia carrera. Este fenómeno que ha sido observado en un buen número de actores, en un tiempo o en otro, prevalece particularmente desde hace cuatro años. Los artistas llegan a tener la convicción que no todos pueden hacer un adelanto apreciable en su prestigio personal y que las deficiencias de los públicos ante los cuales se presentan no les permite mostrar lo que ellos pueden o adelantan en su propio arte.

Mr. Bunny es por temperamento inclinado "a aceptar el mundo tal como es él", lo que a otros actores cuesta aprender.

Habiendo observado que existe una simple forma de entretenimiento, llamada los cuadros de movimiento, al cual el populacho es tan inclinado, hasta el extremo de llorar con él, Mr. Bunny decidióse a investigar si él podría tener alguna afición a dicha tendencia.

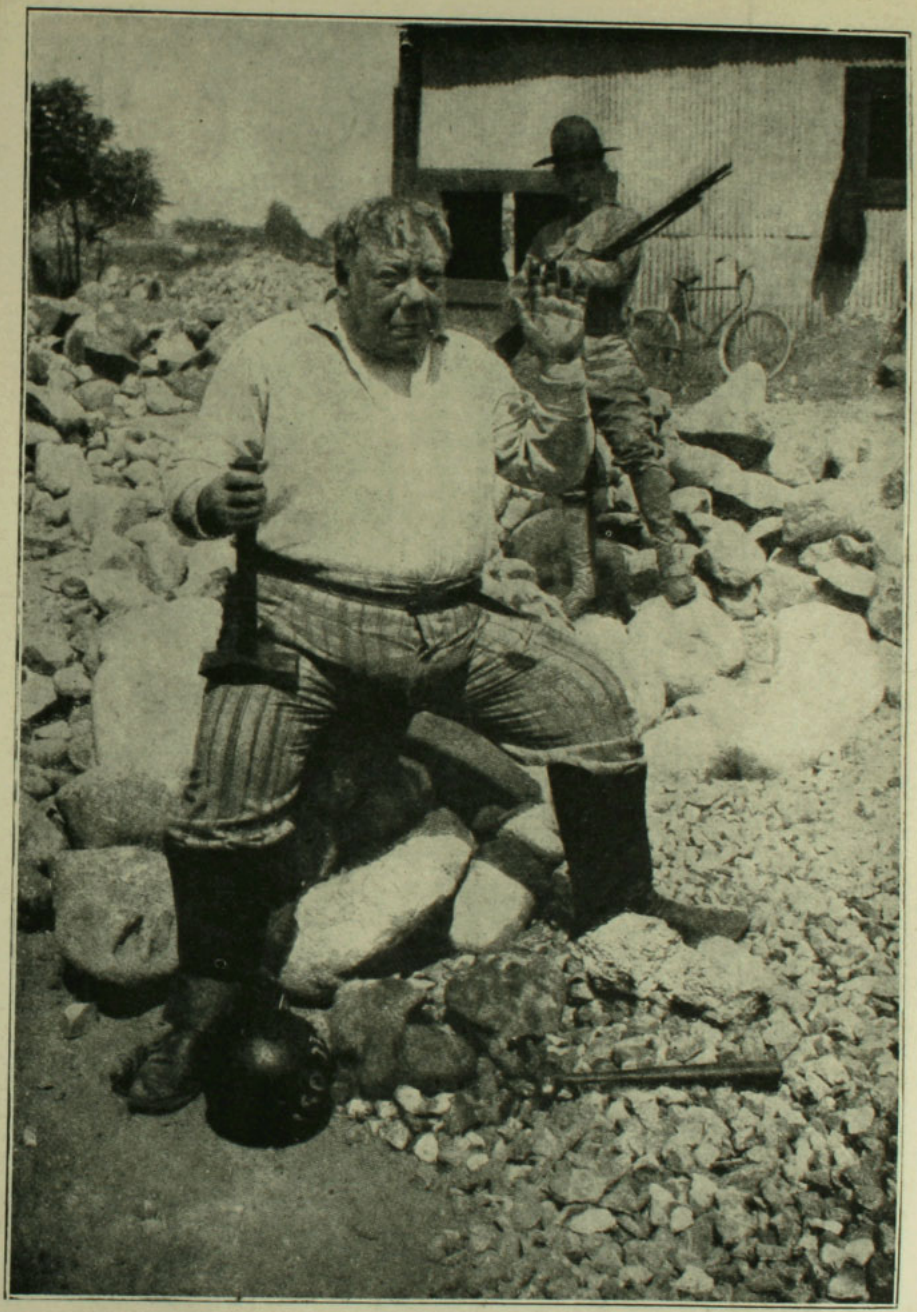
En efecto, ejecutó en unas cuantas semanas, a pesar de todas las dificultades que para aquel entonces se presentaban a todos los actores, una jira sistemática por los teatros. Entonces adquirió la convicción de que el cinematógrafo era la principal causa de su declinación a las tablas. No se le ocultaron los inconvenientes y tropiezos que encontraría para la realización de sus proyectos, como la competencia y la producción de otras mejores películas. Su agudo sentido común no pudo resistir esta lógica y determinó consagrarse a su tarea.

Nadie pone hoy en duda la importancia de este nuevo arte de representar películas. Es una adaptación, dentro de las modernas circunstancias, de aquella pantomima que precedió al drama contemporáneo. El único requisito necesario para llevar a cabo el perfecto desenvolvimiento de estas representaciones, es que los actores ciñan las habilidades de su arte a este nuevo método.

La resolución de Mr. Bunny era un lindo paso serio, en aquel tiempo, para un actor que tenía una posición establecida. Se ofreció, pues, a varios empresarios, recibiendo de todos ellos una despreciativa respuesta.

Por fin encontró un empresario que se arriesgó a contratarlo. La primera comedia que representó fué la titulada "El Doctor Cupido", en la que hace el papel de padre testarudo que se opone al matrimonio de su hija. Comenzó ganando cuarenta dólares semanales. Esto era en diciembre de 1910. Hoy devenga Mr. Bunny un sueldo superior al del Presidente de los Estados Unidos, sin haber puesto él ningún empeño de su parte, sino que aumentado progresivamente por el empresario, a medida que iba conociendo sus cualidades artísticas a través de las doscientas o más películas en las que Mr. Bunny hace de protagonista.

No hay tal vez persona que sea conocida



En uno de los 200 papeles que representa

En una parte de "El hombre con la azada"

día a día por más gente que Mr. John Bunny. Entre los centenares de cartas que recibe, en las cuales se solicita su retrato o su autógrafo, recibió en cierta ocasión la de un mandarín chino! Un día, callejeando a través de los boulevares de París, topóse repentinamente con un distinguido caballero francés, que, con el más profundo respeto y con la faz brillante, descubriéndose de su severo sombrero de copa, le hace una profunda reverencia: había reconocido en él al original comediante que había hecho sus delicias en el cinema. Cuenta un periodista, que, corriendo varias millas en su auto, a través de las calles de Brooklyn, que todos los policiales que pasaban lo saludaban con manifiesto orgullo y placer al reconocerlo, y los chicos que sorpresivamente lo topaban en las calles o saludaban en medio de una gran algazara: ¡Bunny, Bunny! ¡Salud, John! Y la curiosidad que despertaba su paso se acrecentaba cuando los muchachos, entusiasmados gritaban: ¡Bunny, John Bunny! Tres hurras por Bunny!

Quizás algunas personas calificarán éste su prestigio de "popularidad barata". Pero, ¿no es una grande y hermosa acción la de este hombre la de tener a varios millones de humanas existencias contentas de sus vidas, y la de llevar, después de un diario trabajo honesto, la casta chanza y la sana alegría a todo un mundo de hombres, mujeres y niños?

Mr. Bunny tiene un rostro predestinado a causar risa a todo el mundo, como el de Coquelín; de aquí que algunos le hayan llamado "el Coquelín de los movimientos".

Un escritor lo ha descrito así en la "Saturday Review":.

"Mr. Bunny tiene una faz extensa y extremadamente flexible. Cuando huele un pedazo de queso, no hay duda que su nariz se manifiesta muy seriamente ofendida. Cuando ve por primera vez a una joven bella y seductora, no hay duda de que está enormemente preocupado y movido de intenciones tan extravagantemente honorables que semeja el hombre más serio que ha nacido. La emoción de Mr. Bunny es siempre formidable. Su desesperación es increíble. Su aflicción es inenarrable. Su felicidad puede manifestarse y adquirir expresión desde el extremo de su cabeza hasta la punta de sus pies. Su ira es apoplética. Su terror es el pánico de todo un ejército. Cuando os da la mano para congratularos, suspende la circulación de nuestra diestra. Al principio

El rey de los gestos

no sabemos por qué Mr. Bunny no habla nunca. No le es posible encontrar palabras para transmitir sus emociones: le basta con unos cuantos gestos. Es suficiente para que no pueda abrir la boca".

Detened nuestra atención en la variedad de gestos con que aparece en las fotografías que acompañan estas líneas. Desde la actitud cómica que provoca la más intensa hilaridad, hasta los gestos de azoramiento, duda, indiferencia, aflicción, tienen en Mr. Bunny su más acabado intérprete.

Mr. Bunny goza de gran prestigio entre los actores de las mismas compañías cinematográficas. Todos solicitan sus piadosos consejos; jóvenes y viejos lo llaman cariñosamente el "tío John".

Y nada más justo y bello que este popular prestigio de que goza John Bunny.

¿Qué mejor ambición para el artista honrado que día a día y en todo el mundo, lleva la risa sana y la alegría fuerte a los corazones de los hombres, las mujeres y los niños?

La raza de gallinas Leghorn

Su origen, propiedades económicas y constante transformación

Por J. LEON F.

La raza Leghorn o "gallinas italianas", como también se las denomina, surgió de sí misma, no es, por tanto, el producto de cruzamientos con otras razas ya existentes, como lo son la mayoría de las otras razas de gallinas. Desciende de la gallina Bankiva silvestre y fueron importadas a China desde la India como mil años antes de J. C. De allí pasaron al Asia Menor, Egipto y demás países mediterráneos. Así llegaron a Italia, donde, gracias al clima más adecuado, se aclimataron pronto y se diseminaron de tal manera que llegaron a ser la verdadera gallina de campo.

En Italia la cría de estas gallinas no se efectuó según máximas precisas como lo habrían hecho criadores expertos, sino que, cada cual sólo ponía empeño en producir el mayor número de piezas, que resultaran muy ponedoras y que su cría fuera barata para procurarse buenas entradas. Todo lo demás, como ser: apariencia, forma, color, etc., eran cosas secundarias.

Es por eso que "el origen de las Leghorns criadas puras" no hay que buscarlo en Italia. Italia produjo solamente la materia prima, las gallinas de campo de allí, que en forma y color demostraron alguna similitud.

Por el puerto de Livorno fueron exportadas a Norte América y, como sucede todavía con víveres, ropas y otros objetos que se suelen denominar con el nombre del país de origen, estas gallinas fueron denominadas "Livurnensas" y como en Estados Unidos el inglés es el idioma del país, se tradujo este nombre a ese idioma. Livorno en inglés se llama Leghorn.

Fué en 1835 cuando llegaron a Italia las primeras gallinas Leghorns color perdiz. Debido a su gran fecundidad y pronto desarrollo despertaron gran interés y se produjo una viva demanda por huevos para incubar. Mr. J. E. Thompson se interesó tanto por estas gallinas que por su yerno que era capitán de la marina mercante, se hizo importar de Italia un gran lote de ellas.

En 1842 se exhibieron por primera vez en Mistic-River. Sólo en 1870 llegaron a Inglaterra, pero no gallinas como las que produce Italia aún hoy día, sino de Estados Unidos ya bastante mejoradas. Pronto despertaron interés entre los criadores ingleses que las procrearon con celo e inteligencia, perfeccionándolas cada vez más.

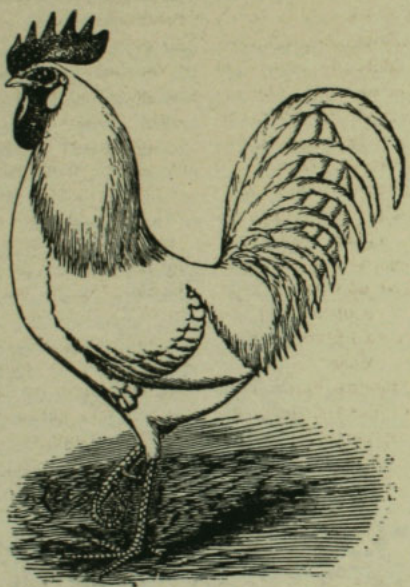
A esto último contribuyó mucho el "Leghorn Club", creado en 1876 y dirigido por el Rev. A. Kitchen, R. Fowler y otros expertos criadores. Desde esa fecha sigue la marcha

Gallo Leghorn blanco, tipo 1890

triunfal de la nueva gallina italiana que en todas partes encuentra entrada y atención preferente.

II

En cuanto a las propiedades económicas, la cría de la gallina Leghorn sigue un solo rumbo: la producción de huevos, pero es tan universalmente conocida, que no tenemos para qué hablar de ella. Sin pretender disminuir las preeminencias de otras razas, no se puede negar que el término medio de postura de esta gallina, es superior al alcanzado por cualquiera otra raza. Los concursos de postura que se llevan a efecto mensualmente en Estados Unidos, así lo han demostrado. Según la edad, el alimento y el cuidado, como también según las condiciones individuales, una gallina Leghorn pone por año de 180 a 200 huevos de 65 gramos de peso; el primer año de postura los huevos son más pequeños, de unos 50 a 55 gramos, pero ya al segundo año alcanzan el peso completo. Como volatería proveedora de carne, la Leghorn no vale gran cosa. Carneando una Brahma de 8 meses dará más carne y más fina que una Leghorn que ha puesto sus 400 o 500 huevos y que recién se somete a la prueba de carne. En tales circunstancias, un gallo Leghorn de 8 meses llevaría la victoria sobre una gallina Houdan. La Bresse u otra gallina de carne, si a estas últimas se les emplea durante 3 ó 4 años para la producción de huevos, sometiéndolas recién entonces a la mesa.



Gallo Leghorn blanco, tipo 1885

Un punto esencial que habla en favor de esta raza, es la madurez temprana de los pollos. Estos sólo en los 15 primeros días de su vida necesitan precaución contra la humedad y el frío, durante este tiempo se fortalecen tanto que después ya pueden salir, en compañía de su madre, al aire libre sin mayor riesgo. La clueca y sus polluelos se saben proteger contra el mal tiempo y no hay que tener temor después de algunas semanas.

No es una ventaja para la cría de aprovechamiento y de sport si se abrigan los polluelos contra toda corriente de aire, esto afemina los animales, perjudica su energía y precaución para su preservación propia y el conocimiento del peligro.

III

Con el transcurso de los años la raza Leghorn ha soportado grandes transformaciones en su forma, especialmente en la cola. Esa es la razón de la gran diferencia que existe entre la Leghorn de exposición de hoy día y la de cola levantada y lomo corto de hace 30 años. Esta diferencia es tanta como la que existe entre el gallo de pelea de exposición y el primitivo de la misma raza. (Pit Game).

Treinta años atrás estaban menos en evidencia los tipos distinguidos de Leghorns que en los últimos diez años, cuando comenzaron los verdaderos procedimientos de refinación del material rústico. Las aves expuestas el año 90 en las exposiciones de Estados Unidos por los hermanos Kuapp eran excelentes en cuanto a cabeza, color y tipo, aunque el carruaje de la cola era más alto de lo que hoy se considera buena forma. El tipo de macho expuesto por Kuapp Hnos. puede verse en la (Fig. 1).

Para dar a nuestros lectores una idea exacta del tipo de Leghorn aceptado desde 1885 a 1890, reproducimos las ilustraciones (Fig. 2 y Fig. 3) que aparecieron en el libro "Filosofía para juzgar aves", por Felch Babcock. En dichas figuras se ve claramen-

te que en aquella época el carruaje de la cola, tanto en el macho como en la hembra era lo que se llama "cola de ardilla", es decir, una descalificación según el actual *standard* y que no lo era en los primitivos, como que 30 años atrás se criaban y se exhibían gran número de Leghorn de "cola de ardilla". Era éste un defecto hereditario que demandó muchos años de cuidadosa selección para salvarlo. En el Standard de perfección de 1888, la cola de la Leghorn se describía como sigue: "ancha, llena y llevada hacia arriba" en el macho y "larga, llena y llevada hacia arriba" en la hembra. Eso era lo que se pedía a los criadores de Leghorns, pero muchos aficionados no gustaban de este standard ideal de cola y el gradual cambio en el carruaje de ella comenzó poco después, debutando la moda con una cola más baja, el lomo y las piernas más largas y el cuerpo más profundo. Esta moda se hizo más general después de 1893, cuando los nuevos tipos de Leghorns comenzaron a aparecer en el Madison Square Garden de Nueva York, uno de los cuales fué el "Whiting type" (Fig. 4), así llamado por el gran tamaño, largo del lomo y profundidad del cuerpo de los ejemplares exhibidos por la Whiting Farm de Hoyloke, Mass.

W. F. Whiting que inició esta nueva raza de Leghorns blancas, era un verdadero aficionado y uno de los más expertos criadores de Leghorns en Estados Unidos. Fué sólo una pura fantasía lo que movió a Mr. Whiting en su labor, no fué, por tanto, el lucro su propósito. Estas aves fueron la sensación en la sección Leghorn de las exposiciones de 1896, 1897 y 1898, barriendo con todo lo que se les puso por delante. Formaron ellas una clase por sí mismas que deslumbró a los jueces y exponentes por su gran clase como tipo y color, aunque algunos jueces escrupulosos declararon que estas aves eran de mucho cuerpo para ser consideradas dentro el verdadero tipo de Leghorns.

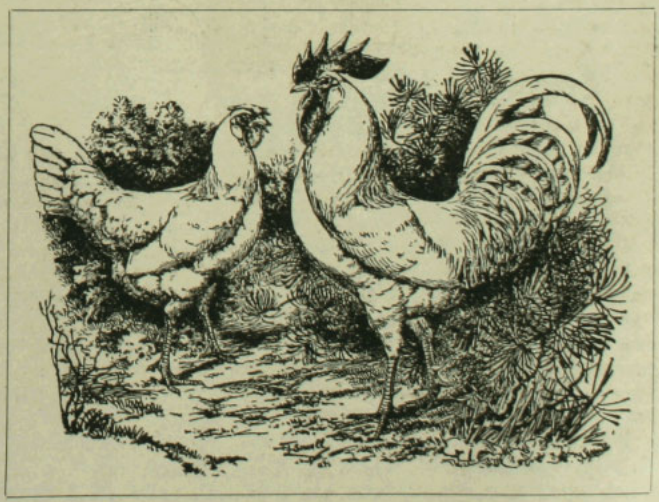
De un informe que sobre las Leghorns blancas, que se exhibieron en la exposición de Nueva York del 1 al 5 de febrero de 1898, y que publicó el "American Fancier", tomamos lo siguiente:

"Las Leghorns blancas estaban espléndidamente representadas, sobresaliendo las de la "Whiting Farm", que hicieron el gran record nunca visto en las exposiciones de Nueva York, ganando todos los primeros premios en fuerte competencia, como que las aves presentadas por Mr. Cornell y la Plainfield Farm eran también de primera clase".

La Leghorn moderna de exposición tuvo su principio en 1893. Los tipos del famoso gallo "Prince Purity" y de su compañera, de propiedad de Mr. Cornell, ambos ganadores de primeros premios en Nueva York en 1893, fueron aceptados por los jueces y criadores de ese tiempo como los animales que reunían las condiciones más favorables de belleza y tipo. Reproducimos aquí un dibujo (Fig. 5) hecho por Franklane L. Sewell.

Estas aves serán las más grandes en tamaño en la familia Leghorn. Eran a la vez graciosas, de bellas curvas, elegantes y vivas como gallos de pelea. Sus colas eran bien provistas y esparcidas.

Después de esta época vino otra, durante

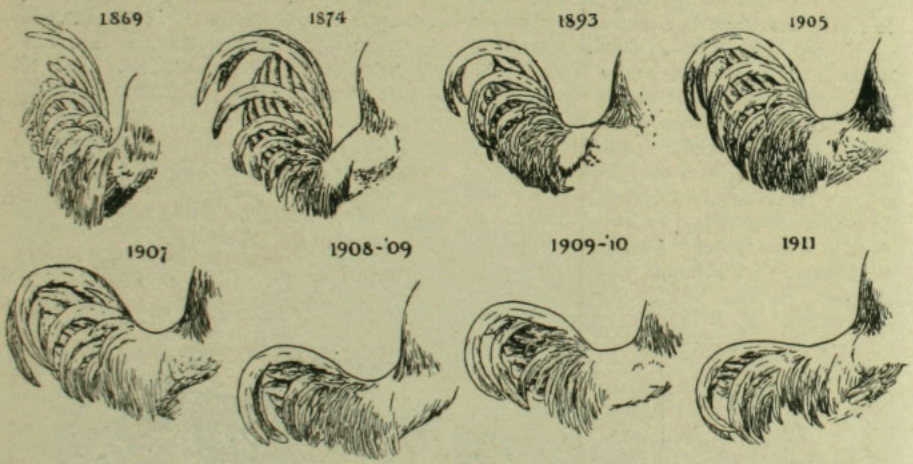


"Prince Purity" y su compañera, tipo 1893 a 1898

la cual cambió la moda, predominando el tipo pequeño de cola apretada. Sin embargo, ésta no duró mucho porque hace seis años que los criadores volvieron sobre sus pasos criando aves grandes con todas las características de la vieja Leghorn.

Mr. Whiting, que había observado en silencio esta nueva metamorfosis, empezó en el acto a crear el ave de reciente moda. Lo mismo hicieron Kuapp y Ezra Cornell. De los concienzudos trabajos de estos tres expertos salió la hermosa Leghorn del día, la última palabra de los aficionados y criadores.

Por supuesto, que se ha exagerado demasiado el tamaño y se lleva la crianza a hacerla diametralmente opuesta a la primitiva con propósitos de mejoramiento de la raza, sin embargo pronto los jueces notarán el peligro y procederán en consecuencia.



La evolución en el carruaje de la cola de raza Leghorn desde 1869 a 1911

La opinión de Rodó sobre la guerra

El primer sentimiento que embarga el ánimo en presencia de lo que pasa en el mundo, es de protesta y de aversión por ese enorme "salto atrás" de la guerra, que desata en los mismos centros de la cultura humana los instintos bárbaros del odio, la iniquidad y torpeza de la fuerza, y pone en duda si esta civilización, cuyos desenvolvimientos materiales tanto nos enorgullecen, lleva efectivamente en sí el principio moral capaz de preservarla de la ruina y la disolución en que otras civilizaciones terminaron.

Pero, duélanos o no, la guerra es un hecho, y en la guerra se juegan los destinos de la parte más culta y poderosa de la humanidad. ¿Podemos los latinos-americanos fijar en ella un interés puramente teatral o puramente utilitario? ¿Podemos ser imparciales en esa única contienda? Si imparcialidad significa la neutralidad de los Estados y el tributo de consideración y de respeto que constituye la más clara obligación de la hospitalidad, claro está que podemos y debemos ser imparciales. Pero si la imparcialidad significa indiferencia, yo afirmo con igual convicción que no podemos ni debemos serlo. Imparcial de esa manera se podrá ser cuando se trate de una guerra entre dos tribus del Africa, sin carácter distinto, sin significación moral, sin transcendencia posible en la marcha del mundo. Tratándose de una lucha entre naciones primaces, cuyos resultados han de abarcar forzosamente la redondez del planeta, yo, por mi parte, no quiero ni puedo ser imparcial. Mi razón serena aprueba y confirma los espontáneos impulsos de mi sentimiento y sentimiento y razón me llevan, con toda la fuerza de mi alma, allí donde reconozco mis afectos de raza, mi concepción de los destinos humanos y la filiación de mis ideas.

La conciencia latino-americana tendría que ser inconsecuente con sus fundamentales tradiciones de origen y de educación, tendría que perder el instinto de sus más altos intereses, para no sentir magnificada, en estas horas inciertas, la solidaridad que la vincula a la gran nación de su raza y de su espíritu, que tiene para nosotros el triple prestigio de su latinidad dirigente, del magisterio intelectual que ha ejercido sobre nuestra cultura, y de la tradición de libertad encarnada en su gran revolución, madre de la nuestra, y en el triunfante arraigo de sus instituciones democráticas. Hemos reconocido en todo tiempo tal vinculación espiritual, y hemos devuelto a Francia, en simpatía vehementísima, esa inmensa irradiación de simpatía que constituye la esencia, la fuerza y el encanto del espíritu francés. Vemos en la tricolor de Valmy y de Jemmapes, el símbolo del más pujante ensayo de civilización humanitaria, liberal y generosa, que se haya aspirado a realizar en el mundo desde la Roma de los Antoninos, y del más perfecto florecimiento de cultura desinteresada, de delicadeza mental y de gusto exquisito, que haya iluminado el espíritu de una sociedad humana desde la Atenas de Pericles y la Florencia de los Médicis. ¡Cómo no hemos de estar con el pueblo que eso representa, cuando un golpe, que quiere ser de muerte, le amenaza; cuando una angustiada expectativa hace que se sucedan en nuestra memoria, de un lado los milagros de la Revolución, y del otro las pinturas siniestras con que nos transmitió la imaginación de Víctor Hugo el dolor y la desesperación del "año terrible"!

Por fortuna para los que creemos en la inmensa parte del porvenir humano que custodia en su espíritu ese pueblo, la renovada prueba a que se le había destinado sobreviene en condiciones tales que, a la vez que acrecientan por la alianza el poder de sus armas, engrandecen y exaltan todavía los prestigios de su causa nacional. Con él está la libre Inglaterra, madre y maestra del gobierno propio; la nación que, aún allí adonde ha ido en són de conquista, ha llevado consigo la libertad, para difundirla y enseñarla; la Inglaterra que, si no en el afecto de la sangre, nos impuso siempre alta admiración y respeto, porque sus instituciones han contribuído a darnos un ideal de organización y porque todas las formas de nuestro adelanto material americano, nos recuerdan a una los estímulos de su capital expansivo y civilizador. Esta alianza de las dos grandes naciones propagadoras de libertad, aunque por distintos estilos, me parece la más hermosa y simpática armonía que pudiera presenciarse en el mundo. De la manera cómo la guerra está planteada, si por una parte es la lucha de las nacionalidades contra un imperialismo que

parece tender a la unidad de no sé qué restaurada Europa feudal, por otra parte es y significa también la lucha de los principios liberales de gobierno con la monarquía de derecho divino, fundada en la consagración de la fuerza como signo de predestinación y en el legítimo uso de la fuerza contra la idealidad inerme del derecho: "La force prime le droit".

Y por si algo faltase aún para caracterizar el conjunto de Francia y sus aliados en el actual orden del mundo, queda la parte de esa Bélgica, maravilla de trabajo y de cultura, de administración y de orden, a la cual ni la intachable austeridad de sus ejemplos ha podido salvar del brutal atropello de la fuerza; incomparable colmena humana, hollada y destrozada por la más inicua de las invasiones, y que, en la hora de peligro, se convierte, de colmena pacífica, en formidable antro de héroes, para sellar con sangre generosa el derecho que asiste a las nacionalidades pequeñas, de mantener su personalidad y autonomía y resistirse a ser el instrumento servil de fines ajenos.

Francia representa, además, en este conflicto de naciones,—y no es posible apartarlo de nuestro pensamiento,—la virtualidad del genio latino, la afirmación que hacemos de su integridad y su poder, y que habría de quedar desvirtuada, acaso para siempre, si otra vez el golpe de Arminio abatiera las legiones de Varo, a los cuarenta años de Sedán. Por eso Italia, ese pueblo de Italia, se estremece como si le hirieran en carne viva el clarín de esta guerra, y sobreponiéndose a las ficciones de la diplomacia, ratifica altamente a la grande hermana latina el sentimiento de amor y admiración que hace un siglo inspiró a Alejandro Manzoni, en su "Carta sobre las unidades dramáticas", aquel hermoso final donde se dice que "nadie pudo conocer a Francia sin amarla con amor semejante al afecto de la patria, y nadie pudo separarse de ella sin que en la impresión de la ausencia se mezclara una nota melancólica y profunda, igual a las nostalgias del destierro". Seguro estoy de que por el espíritu de España pasa a estas horas la misma vibración de simpatía, y ya la confirman, desde luego, las palabras que se conocen de algunos de sus hombres de idea y de prestigio popular.

Por sentimiento de raza o por sentimiento de conservación nacional y libertad, parecen forman acorde de nuevo, frente al común peligro, aquellas "voces de los pueblos"—para usar de una expresión germánica,—que surgieron enérgicas y distintas, entre el fragor de las conquistas napoleónicas. Y si se quisiera completar la protesta contra el imperialismo amenazador, con la palabra de otra de las razas más inteligentes y más cultas de Europa, sería necesario evocar la voz desvanecida de una Alemania menos fuerte y próspera, sin duda, pero incomparablemente más llena de atracción y de espíritu que el Imperio de Guillermo II: la Alemania de Schiller y de Kant, de Goethe y de Fichte; la Alemania que renovaba el ideal estoico del deber con la "Crítica de la razón pura", y que expresaba, por labios del Poza de "Don Carlos" el sentimiento de la fraternidad humana y el derecho de todos los hombres a la vida de la libertad.

Si esa alianza de la Europa Occidental cayese vencida, no sabría ahora precisarse por qué rumbos obscuros se orientarían los destinos del siglo que comienza, pero es indudable que sería en el sentido de normas y principios absolutamente divergentes de aquellos que la naturaleza y la historia señalan como ideal a las jóvenes naciones del Nuevo Mundo. Esto, por sí solo, debería decidir nuestros votos. No olvidemos, por otra parte, que para los elementos reaccionarios y guerreros del Viejo Continente, América no ha dejado de ser del todo "la presa colonial", el país de leyenda abierto a la imaginación de la conquista. Un imperialismo nacional que fuese el vencedor del resto de Europa, y por tanto sin límite que lo contuviese, significaría para el inmediato porvenir de estos pueblos, una amenaza tanto más cierta y tanto más considerable cuanto que vendría a favorecer la acción de aquel otro imperialismo americano, que hallaría en la común conciencia del peligro la ocasión de afirmar sin reparos su escudo protector.

En suma: raza, mentalidad, instituciones, espontaneidad del afecto, noción de nuestro interés colectivo: todo, todo, nos vincula estrechamente a una de las partes de esa discordia gigantesca. Mirada del punto de vista americano, como de cualquier punto que diste algunas horas de la *Wilhelmstrasse* de Berlín, la causa de Francia y sus aliadas es, en el más alto y amplio sentido, la causa de la humanidad.

JOSE ENRIQUE RODÓ.

LOS MUSICOS ULTRA-MODERNOS

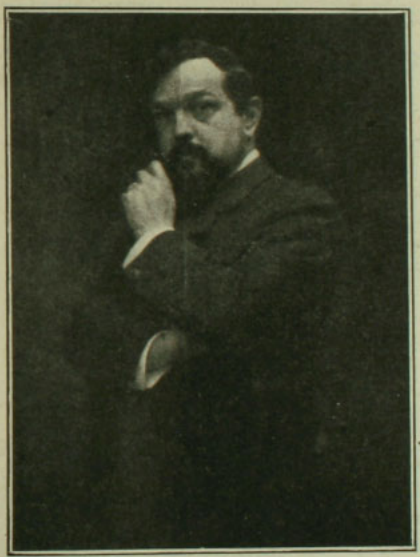
Por Carlos Lavin

Amo al que quiere crear más allá de sus propias fuerzas, y de tal modo perece.

Así hablaba Zarathustra.

F. NIETZSCHE

Cuando la partitura del "Peer Gynt" de Eduardo Grieg fué entregada a la orquesta para los ensayos, se creyó que los copistas habían cometido serios errores en la transcripción del original. Los melómanos del siglo XIX se resistían a aceptar tales novedades en la marcha de las modulaciones, en las resoluciones de los acordes disonantes y en los bruscos cambios de movimiento; más aún, las audiciones de la conocida Suite del músico noruego daban margen a controversias violentas, y no faltó alguno que recordara las palabras de Theophile Gautier: "La música es el más desagradable de todos los sonidos."



Claudio A. Debussy

Hoy día Grieg es considerado como un **demodé**, y siguiendo la ley infalible que proclama un arte distinto para cada época, se ha iniciado desde fines del siglo pasado, y consolidado en los comienzos del presente, una era de transformación en el arte vibrante, que pronostica transcendentales cambios en los destinos de la música.

La monumental evolución de la música dramática que efectuara Wagner "el conquistador" con sus epopeyas sonoras, es ahora suplantada por dos tendencias diametralmente opuestas: el *impresionismo musical* y el *ultra-sinfonismo*. Dos colosos con respetable escolta predican las nuevas doctrinas y conquistan innumerables prosélitos. Uno de ellos es el músico francés **Claudio Debussy** que aparece como el *revelador* del impresionismo musical, y el otro es el famoso *Kapellmeister* bávaro *Ricardo Strauss*, que se ha hecho conocer como el *leader* del ultra-sinfonismo.

La constelación debussysta que agrupaba estrellas como Pablo Dukas, Mauricio Ravel, Luis Aubert, Juan Roger - Ducasse, Florencio Schmitt, Enrique Fevrier, etc.; no se dejó observar claramente por los telescopios académicos porque una espesa nebulosa de prejuicios y seculares convenciones ocultaba sus inusitados movimientos en el espacio musical; y el resplandor del sol straussiano cegaba a los "guarda-bosques" musicales, quienes, todavía no habían acallado sus protestas cuando descubrían otros astros en ese sistema: Gustavo Mahler y Arnaldo Schönberg.

Muy tarde se venía a comprender que la ilusoria "paz armada" que había sucedido a las atrabiliarias incursiones del titán de Bayreuth, podía ser bruscamente turbada por agitaciones desmedidas e in-

vaciones audaces que proclamarían "letra muerta" los tratados musicales elaborados trabajosamente desde los placenteros tiempos medioevales.

Nos reducimos a estudiar aquí las tendencias de la escuela impresionista, el temperamento de los compositores y el carácter y significación de sus producciones.

A fines del siglo XIX aparecieron las primeras obras de Claudio Debussy que provocaron una sorpresa general. Las más sinceras indignaciones se alternaron con los entusiasmos instintivos de sus admiradores; algunos comentadores declararon que la aparición de esta música era un fenómeno insólito y no se acertaba dónde encontrar su origen; colocándola, por decirlo así, al margen de la evolución normal del arte, mientras otros protestaban ruidosamente, haciendo consideraciones estéticas que condenaban la valiente innovación musical.

Para justificar a los impugnadores nos bastará recordar el recibimiento destemplado que tuvo que soportar durante cuarenta años la reacción impresionista que conmovió el arte pictórico en la segunda mitad del siglo pasado. Los cuadros admirables de los fundadores de la escuela impresionista fueron airadamente rechazados por los jurados de las exposiciones anuales francesas. Las obras de Eduardo Manet, Claudio Monet, Augusto Renoir y tantos otros, no podían entrar al recinto oficial y el público lograba verlas y despreciarlas en las exhibiciones privadas.

Para darse una idea de la hostilidad que suscitaban en Francia estos pintores, basta citar el ejemplo de un artículo que publicó por esos tiempos el erudito crítico Alberto Wolf en el no menos prestigioso diario "Le Figaro": "La calle Le Pelletier es verdaderamente desgraciada; después del incendio de la Opera tenemos que lamentar otro desastre. El comerciante Durand-Ruel ha abierto ahí, una que se dice exposición de pintura. El transeunte inofensivo entra, y ante sus ojos espantados se presenta un espectáculo cruel. Cinco o seis alienados, entre los cuales se cuenta una mujer, se han citado ahí para exponer sus obras. Estos pintores sediciosos se titulan los intransigentes, los *impresionistas*. Toman una tela, colores y pinceles, hacen cualquiera mancha de color y firman sin más trámites. Así se comprende que algunos cerebros desconcertados revuelvan la tierra, buscando guijarros en los patios del Manicomio creyendo encontrar diamantes".

Esos nobles y valientes pintores sacrificaron por un ideal toda satisfacción moral y material en su carrera artística, conformándose durante toda su vida con ser sindicados de locos furiosos, enemigos de la belleza y mistificadores vulgares; aún en los albores del siglo XX se les denigraba injustamente, como lo comprueba el caso típico del gran pintor académico León Gérome, quien, al atravesar los salones de pintura de la Exposición Universal de París en 1900, conduciendo como "cicerone" algunos prestigiosos visitantes extranjeros, les dijo a éstos refiriéndose con gesto desdeñoso a los cuadros más característicos y significativos de la escuela impresionista, que ocupaban una sección especial: "No vale la pena detenerse ni cinco minutos delante de esos... porque representan la vergüenza de la pintura francesa moderna..."

Esas obras de arte que de tan torpe manera eran desdeñadas ocuparon después las galerías del Luxemburgo, provocando con su aparición en este recinto la renuncia en masa del cuerpo docente de la Escuela de Bellas Artes de París, renuncia que no fué tomada en cuenta por las autoridades; y posteriormente hemos visto que uno de los cuadros más típicos de la escuela impresionista: "La Olimpia" de Manet, ha entrado triunfante en el museo del Louvre!

En una forma más pacífica y con mucho menor pugnacidad han sido ahora consideradas las reformas de la música impresionista, pero no han faltado tanto en Francia como en Alemania e Italia algunos criticastros que han negado la carta de ciudadanía en los dominios del arte musical a esas extrañas sonoridades. No debe tampoco pasar desapercibido el vergonzoso incidente suscitado en 1909 en el primer teatro lírico de Roma, donde no se pudo continuar la representación de "Peleas y Melisanda", porque los asistentes protestaron groseramente contra las innovaciones musicales de la ópera de Debussy, consiguiendo con esta actitud poner de re-

lieve una vez más la absoluta falta de cultura de ese público.

Refiriéndonos a los apologistas de la música impresionista podremos también constatar los mayores excesos, originados indirectamente por la bizarría y falta de respeto que hace gala en sus críticas artísticas Mr. Debussy y directamente por los ataques apasionados de sus enemigos. Siguiendo las aguas de su maestro los heraldos de la estética musical impresionista, han denigrado a todos los compositores del pasado y del presente, dejando bien puestos solamente a Bach y Schumann. Por lo demás han divulgado sus teorías con ostentación, proclamando el nuevo verbo en forma agresiva que los ha conducido demasiado lejos en sus aseveraciones. Algunos han llevado su audacia hasta asegurar que la nueva tendencia artística es tan nueva y personal por el concepto que la ha inspirado, que para juzgarla no se pueden invocar teorías estéticas preexistentes.

Por último los ánimos se han calmado y se ha conseguido dejar establecido que el arte de Mr. Debussy llegaba a su hora; y los estudios efectuados con el fin de encontrar el origen de este ideal musical han probado que las raíces en que se fundaba eran tan profundas como lejanas. Había también llegado el momento de reconocer que la estética debussyana estaba latente en las tendencias aisladas del arte contemporáneo y que solamente faltaba el mago que debía revelarla.

Era lógico que se hubiera presentido esta verdad, pues la historia de la música está demostrándonos que los creadores más revolucionarios obedecen a la fatal ley de la descendencia y que en la música tal como en la física o en la química, *nada nace de nada*. Donde había un Beethoven tenía que existir un Bach, y Wagner y Berlioz descendían de Beethoven como Debussy y Strauss tenían que ser precedidos por Wagner.

La manía de las investigaciones, que es el mal del siglo; el espíritu de análisis, la afición a los paralelos, confrontaciones y oposiciones estéticas, han dado tema a numerosos musicólogos para poner en evidencia la personalidad artística de Mr. Debussy, caracterizar su temperamento musical y puntualizar la índole de su escuela. Citemos las obras de La Laurencie, J. Marnold, P. Lalo, O. Seré, G. Serviéres, L. Laloy y C. Mauclair, en Francia; R. Stein, en Alemania; V. Tomassini, G. Setaccioli y F. Santoliquido en Italia. Descuella entre todos el francés Luis Laloy; sus análisis son modelos de intuición precisa y parece que en ellos se hubiera identificado el pensamiento del crítico con el del músico.

Pablo Dukas (Lo de la izquierda)

Revisando estos vastos y documentados juicios críticos se puede llegar a analizar a fondo la idiosincracia de Mr. Debussy desde sus más remotos orígenes hasta sus más lejanas irradiaciones. Los méritos y defectos del nuevo rito han sido en general deslindados con imparcialidad, pues casi en todas partes descubrimos la tendencia tan cobarde como útil que consiste en aplastar la osadía de los artistas contemporáneos molestos con la audacia de sus predecesores. Valiéndonos de esta fórmula podemos utilizarla con fines informativos para señalar las fuentes de la estética debussyana.

Su sistema armónico había sido empleado accidentalmente por Erik Satie y Ernesto Fanelli, en cuanto al uso sistemático de ciertos acordes. Liszt y Dargomijsky habían bordado sus armonías sobre la escala de tonos enteros, que es la especialidad de

Mr. Debussy. En la instrumentación se ha creído ver la influencia de Rimsky Korsakoff. El concepto que ha guiado a Mr Debussy en su tentativa de reforma del drama musical, ha sido repartido entre muchos innovadores: Monteverde, por su criterio artístico; J. J. Rousseau, por la interpretación del recitado; P. M. Monssorgsky, por la estructura del mismo. Gluck había preconizado ya el equilibrio entre la música y la palabra, y hasta en el sensualismo estético de la escuela impresionista, que busca el placer en el arte, se ha creído descubrir la divisa de Mozart: "La música en la situación más terrible no debe ofender al oído, sino encantarlo y quedar siempre música".

La escuela impresionista se hacía de esta manera imprescindible, para unificar las distintas iniciativas de tan ilustres maestros y ésta es una de las consideraciones que más enaltecen la personalidad del noble artista que estudiamos.

Entre los autores citados se puede señalar a Moussorgsky como el precursor y el más notable y original de los músicos predebussystas. No hay duda que las osadas tendencias que enaltecieron y prestigiaron a este músico ruso, tantos años después de su muerte y con tan manifiesta y lamentable injusticia, han sido las fuentes que más han apagado la sed de belleza de Mr. Debussy. Podemos considerar también a Erik Satie como un humilde predecesor, si examinamos las extravagancias armónicas de que hace lujo en sus obras, que con los títulos de: "Danza al revés", "Aires para hacer arrancar", "Piezas frías" y otras elucubraciones fantásticas se revela como un satirista, que no ha podido nunca tomar en serio sus funciones artísticas. Pasando a Ernesto Fanelli sólo podemos dejar constancia que sus producciones de 1883, reveladas, hace dos años por Gabriel Pierné, contienen fórmulas armónicas de las más usadas por Mr. Debussy.

Presentados sus antecesores, podremos entrar de lleno a escuchar la palabra del ilustre taumaturgo, trámite que nos parece esencial para juzgar un creador y conocer su intelectualidad. Claudio Debussy ha colaborado en la "Revue Blanche", en el "Gil Blas", S. I. M. y otras publicaciones. Anotemos algunas de sus apreciaciones. Dando una lección de libertad dice: "Hay que apartar todas las manías de forma, lo mismo que las tonalidades demasiado precisas que estorban tan torpemente la música": "El estudio de la armonía tal como se practica en los colegios es la forma más solemnemente ridícula de asociar los sonidos". Refiriéndose al genial músico de Bayreuth: "Wagner nos ha dejado diversas fórmulas para acomodar la música al teatro, cuya inutilidad será algún día advertida. Admitiendo que por razones particulares haya fundado el "leit-motive guide", para el uso de aquellas personas que no saben encontrar su camino en una partitura, está bien justificado el medio que le permitirá ir más ligero. Lo que es más grave es que no ha acostumbrado a hacer la música servilmente responsable de los personajes... La aplicación de la forma sinfónica a una acción dramática podría llegar a matar la música dramática, en vez de servirla, como ha sido triunfalmente proclamado el día en que Wagner reinó decididamente en el drama lírico". Bach es su dios y le encanta Mozart. Considera a Beethoven en todo su poderío, aunque sus sonatas "sean muy mal escritas para el piano". Mendelsohn es "un estilista elegante y fácil". Entre los modernos no puede soportar a Reyer y Massenet. Por el contrario, es admirador de D'Indy, Dukas, Lalo, Rimsky Korsakoff y Bourgualt-Ducoudray. Estos juicios no pueden sorprendernos, pues debemos considerarlos como un exponente de la personalidad tendenciosa de Mr. Debussy, y una consecuencia de su lógica partidarista.

Os citaré las teorías de sus partidarios si habéis de creer en su sinceridad: "Mirad el poeta, el cantor de sí mismo. Canta las cosas ínfimas y las almas que han comenzado a morir... Canta el "spleen" y el "flirt anodino", la anemia y la debilidad... El que renuncia voluntariamente a sorprender en sí mismo todo aquello que en toda alma humana hay de eterno y grande... Admirad entonces el cantor de la renuncia..." "Oid su voz, viene de su jardín, bien circundado de altos y fuertes muros... Sentid sus palabras, que él escoge con cuidado especial para que no puedan encontrar eco en el ánimo de las multitudes".

Tratemos ahora de abarcar la índole del impresionismo musical en toda su significación artística. Desde luego la preponderancia de la emoción armónica es el carácter primordial del nuevo verbo. Esta preponderancia trae por consecuencia la indeterminación del diseño musical, tal como en pintura

la reproducción de la impresión luminosa en toda su fuerza y exactitud, requiere una imprecisión nueva en los contornos y en las líneas.

Esta novísima tendencia es también la resultante de la influencia en la música del principio esencial de la escuela simbolista, que revolucionó la poesía en el siglo pasado; principio que tan fielmente precisó Andrés Beaunier: "no expresar las cosas directamente y por el sólo significado de las palabras", sino "sugerirlas más bien por concordancias de pensamiento, por imágenes y soporidades, a las cuales se ligan misteriosamente sensaciones lejanas y adormecidas, que así surgen como por una especie de sacudimiento".

Debussy es el iniciador del impresionismo musical y ha dado cabida en su arte a las nuevas cualidades que con tanto éxito fueron descubiertas en la poesía por Verlaine, Mallarmé; en la literatura teatral por Maeterlinck y en la pintura por Manet, Monet y Sisley.

Esta reforma substancial coloca otra vez en el tapete las discutidas y opuestas doctrinas del confusionismo y la limitación de las artes, y destruye los organismos esenciales y particulares de la música, colocándola en un nuevo plano que le asegura una mayor libertad de expresión. Las imágenes se suceden inesperadamente con una novedad y una riqueza inagotables; siempre sorprendentes, vagas y profundamente evocadoras, penetrando hasta lo más íntimo de nuestra comprensión para remover nuestra sensibilidad con una sutileza primorosa. El compositor dispone en esta faz de la música, de los medios que necesita para dar vida a sus conceptos, quedando en condiciones de poder desarrollar un poder sugestivo capaz de despertar sentimientos; consiguiendo además revelarnos por asociación de ideas, imágenes y recuerdos. Se hacen ya posibles las descripciones de ambiente, descripciones que están muy lejos de ser las iluminaciones oleográficas de los tiempos de Beethoven, en la Sinfonía Pastoral; "donde se procedía por el método infantil de la armonía imitativa". Con los recursos aportados podemos llegar a estrechar más de cerca lo invisible y lo inconocible. Los impresionistas musicales nos comunican más profundamente con el alma de las cosas y nos sugieren el concepto.

Enrique Ferrier

Florencio Schmitt

Ernesto Fanelli

Debussy, por Fabiano

La estética de estos creadores afirma de hecho el tratado de alianza entre la pintura y la música; tema que tanto logró interesar a Diderot, a Novalis y a Beyle. Se llega a producir la metatesis o real pasaje de una expresión artística a otra, a causa de aquella potencia misteriosa de la música que reproduce con los sonidos tantas y tantas cosas.

Es digna de tomarse en consideración ahora la cara que pondrán a estas novedades los músicos cultores de la forma, del acabado y de las proporciones, acostumbradas a sus fenómenos de audición tan simples. Las nuevas manchas sonoras deberán parecerles una agregación corrosiva de estridencias crueles, y en el momento traidor en que desfallece su facultad perceptiva exclamarán airados: ¡Amorfos, Caóticos! Sabemos que en un momento de sincera convicción uno de ellos escribió la frase memorable: "¿Para qué querer que la música continúe? ¿No tenemos un Bach y un Beethoven?" Tratemos de explicar tan bizarra afirmación, con la contestación no menos famosa que le dedicó un crítico francés: "Evidentemente, nada puede probar perentoriamente a un aficionado al arte el esplendor de una forma artística cuya elocuencia no le es posible sentir. En presencia del oyente que no percibe en la obra de un Debussy o de un Ravel más que un para-

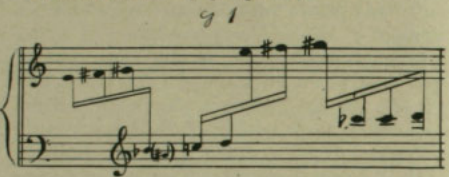
dojal amontonamiento de sonoridades incoherentes, la lógica humana se encuentra tan completamente desarmada como si entrara a considerar un detractor resuelto del arte clásico, para quien Mozart y Haydn persistirán eternamente como los lastimosos fabricantes de esas recreaciones didácticas que ilustran el método Carpentier".

Liquidemos estos avances estéticos porque es posible que alguien nos interrumpa para decirnos: "Para qué discutir tanto, si no existe en arte la idea de absoluto!" Dediquémonos mejor, entonces, a personalizar nuestras apreciaciones en Claudio Debussy.

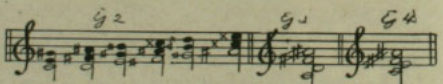
La música del profeta del impresionismo escapa a todo análisis como el movimiento de un alma. Debussy busca colaboraciones misteriosas para trasmitirnos lo que a él le ha enseñado la naturaleza. Siempre es ella la que inspira todo su amor y la que le entrega todos sus secretos. Por ella Debussy ha abandonado todos los libros y las lecciones de los antepasados. No procede por imitación directa como lo hacía Beethoven en la Pastoral, sino por "transposición sentimental". La sensibilidad debussyana comunica una vida íntima a todas las cosas, percibe sus ignoradas irradiaciones y nos presenta todo lo que ve, lo que oye y lo que respira en forma de *impresiones*. Claudio Debussy entra impertérrito en el reino de lo misterioso y de lo desconocido y desde allá nos hace señales que hasta ahora no se sospechaba que pudieran existir. Nos da a conocer esos minutos incomparables y "nos ha descubierto el instante precioso que no volverá más y donde se establece el unísono entre el creador y sus auditores". "C'est l' heure exquise!" Nada puede turbar el fervor de esta comunión que reclamaba la sensibilidad colectiva de una época y la psico-fisiología del siglo.

Hemos dicho anteriormente que la música impresionista funda su carácter primordial en la emoción armónica, por consiguiente nada puede ser más interesante que examinar detalladamente el sistema armónico que quedará como patrimonio de esta reforma artística. Este sistema ideado y puesto en práctica por Claudio Debussy constituye un formulario originalísimo que destruye todas las reglas tradicionales de la armonía. Ha sido rigurosamente aplicado y su constitución y alcance son completamente lógicos.

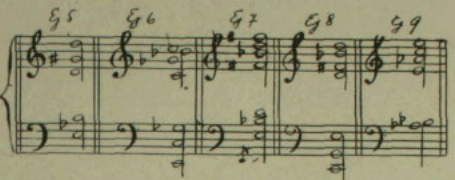
La escala por tonos enteros que emplearon para efectos muy particulares los compositores rusos del siglo XIX, fué adoptada por Debussy, no como un *método* sino como un *principio* en la estructura de sus ideas musicales. Mr. Vincent d'Indy ha bautizado esta escala con el nombre de *gama atonal*, con mucha precisión, pues ella suprime toda posibilidad de modulación. Haciendo uso de este riel Mr. Debussy efectúa toda clase de evoluciones sobre él, en un continuo *fluctuar armónico* al través de todas las tonalidades, consiguiendo el efecto deseado de la *instabilidad tonal*, que es el secreto físico de sus ideas musicales tan vagas como indefinidas. Esta escala es de seis grados, naturalmente sin medios tonos, y cualquiera la puede ensayar en el piano sin descansar en la tónica definitivamente. (Ejemplo 1).

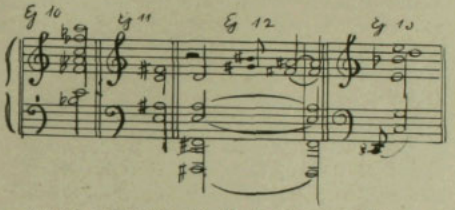


Establecida la escala examinaremos su armonización. No vamos a pensar en colocar en esta gama los acordes perfectos mayores y menores de la escala diatónica, pues Mr. Debussy no transige, en cuanto a las terceras mayores que son su especialidad y entonces nos vemos obligados a fabricar el primer acorde de tres sonidos en el primer grado (suponiendo en do), por medio de dos terceras mayores: acorde de quinta aumentada, es decir: do, mi, sol sostenido. Debemos seguir en el segundo y en todos los grados con el mismo procedimiento; lo que nos trae por consecuencia una cantidad apreciable de acordes de aspecto enharmónico, que forman la parte más importante del formulario (Ejemplo 2). El axioma que preside este sistema es: "Usar los acordes disonantes y alterados como si fueran acordes perfectos" A causa del principio enharmónico de la escala se pueden derivar también algunos acordes de cuatro y cinco sonidos: *Acordes de cuatro sonidos*: Séptima de dominante con alteración ascendente de la quinta (Ejp. 3), Sexta aumentada (Ejp. 4). Séptima sobre la sensible o de tercera especie, con alteración ascendente de la tercera (Ejp. 5). Séptima dominante con alte-



ración ascendente de la quinta. (Ejp. 6). *Acordes de cinco sonidos*: novena incompleta de tercera especie con alteración ascendente de la novena (Ejp. 7), que Debussy usa mucho sobre doble pedal (Ejp. 8).



Siguen una cantidad de combinaciones de notas simultáneas, cuya interpretación exige que algunos de sus sonidos sean considerados bajo el aspecto enharmónico y que son combinaciones más aparentes que substanciales. Señalamos las más características en

los ejemplos 9, 10, 11 y 12, este último en disposición característica en escala por tonos enteros.

Los acordes diatónicos que usa Debussy son muy pocos. El que menos emplea es el consonante mayor, un poco más el consonante menor, y siguen en orden, hasta los más frecuentes, el de Séptima de Dominante y de otras especies, y novena de dominante, que es el que más se ve, y que Debussy lo dispone de preferencia tratando de obtener el contacto de segunda entre la disonancia principal y la sensible. (Ejp. 13).

En sus marchas melódicas presenta los vértices del diseño en intervalos de cuarta, haciendo sucederse sus acordes peculiares por modo recto y en grados conjuntos y disjuntos. En el concepto armónico prevalecen los acordes de novena sobre todos los grados y los intervalos de segunda, tercera mayor, quinta aumentada y novena. Trata con gran acierto todos los acordes consonantes y disonantes con pedal simple y doble, singularizando de este modo sus formas armónicas. Mencionaresmos además las relaciones de tritono que usa en las modulaciones inmediatas y sucesiones de acordes. Sus más audaces especialidades armónicas son la emancipación de las apoyaturas, la liberación de las novenas y la completa supresión de las preparaciones y resoluciones de los acordes disonantes. Este vocabulario musical incluye curiosísimos encadenamientos de terceras mayores y novenas, y progresiones armónicas en escala de tonos enteros.

Todas las particularidades anotadas en la estructura armónica de Debussy no constituyen de ninguna manera una innovación como lo han asegurado algunos imprudentes admiradores, ni mucho menos invención de acordes nuevos. Chopin, Listz, Chabrier y Ricardo Strauss habían recurrido aisladamente a estos detalles de estilo musical y el papel de Debussy consiste en haber generalizado su uso por medio de su lógica y acertada implantación, adaptándolos como principios de su escuela armónica.

La instrumentación de Mr. Debussy se distingue por su sencillez, siguiendo a este respecto el procedimiento de los pintores iluministas y divisionistas que trabajan con colores simples. Faltan por completo los redobles de las partes y las sobreposiciones de grupos, diferenciándose así especialmente de la escuela ultra-sinfonista que encabeza Ricardo Strauss. La orquestación es restringida voluntariamente y sin amalgama de los timbres. Todo se aligera y divide con una sobriedad y un refinamiento singular. Característicos por demás por sus "glissandos" de arpa, el uso de la flauta en el registro grave y los bronces a la sordina.

Entramos a contemplar la iniciativa más audaz de Mr. Debussy: la reforma del teatro lírico. Su ópera "Peleas y Melisanda" estrenada en París el 30 de abril de 1902 encierra todos los preceptos doctrinarios. Su primera representación suscitó la más viva curiosidad en el mundo musical y la fecha citada tiene una importancia histórica en la evolución del drama musical. Los espíritus sojuzgados por las ordenanzas y prerrogativas wagnerianas acogieron con asombro el reto que tan inopinadamente lanzaba el músico francés. La música dramática había quedado encauzada al parecer definitivamente en el molde estético que Wagner había impuesto por conquista a la música internacional. Las discusiones fueron reñidas y después de varios años de indecisión ha sido necesario reconocer y admirar la redención del teatro lírico, que entra a fundarse en un ideal más humano y más en armonía con "la nueva sensibilidad" que anunciaba Marcel Schwob.

Los prestigiosos musicólogos Romain Rolland e Ildebrando Pizetti han hecho estudios analíticos de "Peleas y Melisanda" acompañados de comentarios que nos pueden ilustrar sobre el alcance y significación de obra tan transcendental.

Las primeras sorpresas y las posteriores reservas que despertó el "Peleas" se han resuelto en la admiración más sincera que asegura el éxito a una campaña tan saludable como oportuna.

El triunfo del "Peleas" obedece, según R. Rolland a distintas causas que es indispensable pasar en revista ateniéndose a las indicaciones de una opinión tan autorizada. Comenzamos con las causas morales: El sujeto interesantísimo del "Peleas y Melisanda" representa un exponente de los gustos y aficiones de la aristocracia intelectual ultra-moderna. El panteismo místico de Mauricio Maeterlinck tiene ahí su más precisa significación, y como dice Mr. R. Rolland "en ese drama nadie es responsable de lo que quiere, de lo que ama; a lo más si se sabe lo que se quiere y lo que se ama, se vive y se muere sin saber por qué". La ópera está delineada sobre el texto exacto y original de Maeterlinck. Debussy le ha agregado su propia poesía (musical) y un encanto sensual, arrastrándonos con su música en un vértigo de renunciamiento voluptuoso.

Las causas artísticas están en pugna con el genio victorioso de Wagner, que no se adaptaba al espíritu de la raza francesa, ni a su gusto artístico, ni a su concepción teatral y menos que nada a su temperamento musical. El sentido heroico de las epopeyas wagnerianas, la idea de poder, de exuberancia, de esfuerzo titánico, de énfasis, han hecho su época en las caricaturas de arte wagneriano. Su influencia que había esclavizado todos los espíritus ha quedado reemplazada por un arte más sensible a la medida y exactitud de expresión.

Las causas escénicas se refieren al equilibrio entre la música y la poesía. Siempre contra Wagner, se pide la armonía de las artes concurrentes, se sigue el ideal de Gluck que refrenaba la música al papel de *ilustrar* la poesía, pero no sobrepasarla al estilo de la incontenible sinfonía wagneriana. Los admiradores de Debussy preconizan la reforma con la divisa "In principio erat verbum", interpretada en el sentido de que primero nació la palabra que la música. Quedan así ligados de distinta manera el drama y la música con acertado espíritu de sobriedad musical.

A todas estas circunstancias se sobreponen las causas puramente musicales de una significación mucho más considerable. Debussy pretende que el drama musical cumpla su evolución en el sentido de que el canto sea un sólo y gran "recitativo" y que éste sea regulado por las inflexiones naturales del discurso, siguiendo lo más fielmente que sea posible los movimientos espontáneos de la dengua hablada. Esta tendencia había sido pregonada por J. J. Rousseau en el siglo XVIII. Este recitado balbuceante y casi monótono se adapta más naturalmente a la lengua francesa, en contraposición a la declamación lírica tan ampulosa puesta a la moda desde los tiempos de Lully y Rameau. Además en los últimos treinta años se usaba exclusivamente el recitado de Wagner con sus saltos de voz y acentuaciones macizas. La declamación del "Peleas" es simple y modesta, corre entre pequeños intervalos sin gritos y con igualdad de valores de nota y de su grado. La labor sinfónica que empleaba Wagner en sus óperas era un organismo de una pieza, avasallador y grandilocuente, todo amalgamado con frases entrelazadas y completamente indestructible. En el "Peleas" se ve la franca reacción contra esas orgías de sonidos del arte germano. Debussy tiene un desdén aristocrático por esos excesos y arregla su música muy cerca de la poesía, ilustrando a ésta y allegándole un embalsamamiento delicadísimo; subrayándola, pero sin propasarse jamás. En el "Peleas" se procede por cuadros musicales que en detalle resultan delicados toques, brillantes y finas pinceladas hábilmente yuxtapuestas, que hacen recordar el método de Moussorgsky, pero naturalmente sin la brutalidad del modelo. Desaparecen por completo los "leit-motives" persistentes de la dominación wagneriana; hay sí, frases y temas importantes que explican caracteres cambiantes y que cambian con ellos.

La armonía de Wagner estaba ceñida a la lógica despótica del contrapunto que era el alma de su trama sinfónica. Debussy aplica siempre el artículo primero de su estética: "El contrapunto es una degeneración artística" y la armonía debe regir los destinos de la música. Con esto queda explicado el espíritu de su reforma en pró de la armonía. Esta reforma tiene carácter instintivo y su valor histórico sobrepasa al artístico.

Debussy tiene todos los defectos peculia-

res del genio reformador pero tiene una cualidad que en ningún músico se había visto tan desarrollada: el genio del gusto. Todo lo sacrifica por ese ideal de super-refinamiento artístico, y así nos muestra en la partitura del "Peleas" la *biblia* del *modo de sentir* de la época. Esta producción admirable del ultra-modernismo es una visión, es una sombra que pasa ante nuestros sentidos, dejando algo, indefinible e inexplicable en el fondo de nuestros corazones. Con esta ópera se proclama Debussy el "leader" de la reacción antiwagneriana; en su programa no hay más "leit-motives", contrapunto, paroxismos dramáticos, énfasis orquestal, pasionalidad y lirismo; al arte de la potencia y exuberancia wagneriana se le ha opuesto un arte más cercano a nuestra manera de ser, a los gustos de nuestro tiempo. "Wagner es una enfermedad" ha dicho Debussy después de Nietszche. El temperamento único del gran músico francés ha precipitado la victoria en esta tentativa que se imponía en el drama musical y en sus proyecciones hacia otras formas artísticas. Debussy ha emancipado el teatro lírico del protectorado wagneriano y esta victoria artística es uno de los acontecimientos de la historia de la música. El antagonista natural de Debussy: Ricardo Strauss, que con espíritu ultra-moderno persigue ideales tan opuestos, ha dicho en un estudio crítico: "Debussy ha podido lo que ha querido".

En 1911 fué estrenado en París "El Martirio de San Sebastián", misterio de Gabriel D'Annunzio con música escénica de Claudio Debussy. Esta producción fué admirada por algunos y atacada por otros. Ambos partidos tenían en parte la razón: la música del "Martirio" era espléndida, pero no aportaba ninguna novedad. El arte debussysta es muy restringido tanto en la forma como en el ideal artístico, pero aporta orientaciones inestimables al arte, que deben ser aprovechadas en otros procedimientos o tendencias. Debussy lo ha dicho todo con el "Peleas" y sin embargo ahora sigue trabajando en su ópera "Crimen Amoris". Si se trata de una evolución artística que venga esa obra en buena hora.

Mauricio Ravel

Erik Satie

Pasamos a considerar sus obras sinfónicas. Tenemos que empezar por la más conocida, y que en el repertorio de Debussy representa el papel de *Credo* de la música sinfónica ultra-moderna. Esta es el "Preludio al Pleno día de un Fauno", poema sinfónico compuesto en 1892 para servir de prefacio a la égloga de ese nombre que publicó Estéfano Mallarmé en 1877 como un *manifiesto* de la poesía simbólica. Tan notable sujeto fué adoptado por Debussy para inspirar su *credo*, que ya oyen rezar con recogimiento todos los melómanos del nuevo siglo. Las ejecuciones de este poema sinfónico han sido la más valiosa propaganda del debussysmo. La plasticidad admirable de la poesía de Mallarmé inspiró al músico una obra maestra de música sinfónica que es imposible describir. Sin embargo no faltó un tercer concurrente para materializar esa vaporosa visión, ese paisaje sonoro. Tan audaz tentativa fué llevada a cabo con éxito por el danzante más célebre que ha existido: Waslaw Nijinsky.

En 1912 se puso en escena en París el "Ballet" que lleva el nombre del poema sinfónico; el celebérrimo bailarín ruso es el adaptador del espectáculo coreográfico, probando de esta manera sus dotes artísticas complementarias a su especialidad. Nijinsky trabajó la "mise en scéne" con verdadero amor; visitó los museos, exhumó las copias, reconstituyó los vasos griegos, estudió a Metzinger y a Picasso y aisló el ritmo humano de las anatomías del Salón de los Independientes de París; instaló una erudición pictórica increíble enciclopédica, pre-

Luis Aubert

Juan Roger-Ducasse

sentando un espectáculo que era un verdadero *fresco vivo, digno* de Mallarmé y de Debussy.

El mimo ruso transformado en fauno persigue las ninfas con mañosidad mitológica. Es un fauno escapado del British Museun por sus gestos, sus indicaciones, sus recursos y sus alusiones. Cuanta ciencia y cuanta habilidad artística hay escondida en esa cabeza cornuda y esos pies de cabro. El conjunto de ninfas despavoridas desfila ante frisos y vasos griegos, fingiendo la sorpresa, el pudor, el miedo, la desconfianza... Se oyen los clics de los gestos secos con que van cambiando sus posturas hieráticas, que realza el *panneau* decorativo del gran artífice ruso León Bakst.

Esta audaz iniciativa de Nijinsky se prestó a larguísimas discusiones que lograron poner más en evidencia al músico francés. Los perfiles voluptuosos que se suceden en el poema sinfónico con movimientos protoplasmáticos nos sugieren sobre la base del canto de la flauta faunesca, curvas, espirales y arabescos extraños que no armonizaron con la esterilización lineal de los agudos ángulos y cambios gimnásticos del espectáculo.

Su trabajo sinfónico de mayor aliento es "El Mar" (3 esquises symphoniques), 1903-1905; que es una admirable labor sinfónica de programa. De este mismo género son los "Nocturnos", 1897-99; con desarrollo sinfónico según el principio cíclico. "Danzas para arpa cromática" con acompañamiento orquestal. "Imágenes", "Iberia", "La Primavera" (suite sinfónica) y otras.

El "Cuarteto", 1893-94, (2 viol, alto y violoncelo) es su obra tendenciosa de *música di camera*. Pudo probar aquí que aunque no es aficionado al contrapunto, podía realizar una admirable labor contrapuntística de gran dificultad mecánica y escabrosa ejecución. Este célebre cuarteto está elaborado según el principio de unidad temática y aspecto cíclico.

Sus obras para canto son innumerables y han dado una doble vida a las admirables producciones poéticas de Pablo Bourget, V. Hyspa, G. Le Roy, Pablo Verlaine, Pedro Louys, Paulo Gravollet y Carlos Beaudelaire entre los contemporáneos, y Carlos d'Orleans, F. R. Villon y Tristán Lhermitte entre los antiguos. El crítico L. Laloy dice que estos *Lieder* admirables han acrecentado la belleza de los poemas que han ilustrado, y "que en todas partes la música ha descubierto lo que el escritor se había visto obligado a dejar entrever, encontrando así la perfección".

Las piezas para piano sólo, constituyen un mundo de visiones y paisajes impresionistas de sugestión compleja y encanto cautivador. Las "Arabescas", 1891; son el *silabario* de la música debussyana y para abarcar tan amplio repertorio hay que conocer: "Jardín bajo la lluvia", "En bote", "La Catedral engullida" y "La isla de la alegría", 1896; que es la más significativa y tendenciosa de sus producciones pianísticas. Todas estas innumerables piezas están coleccionadas en cuadernos con los nombres de "Imágenes", "Rincón de los niños", "Estampas", "Preludios", etc. Continúa un repertorio vastísimo de instrumentos combinados.

Citaremos ahora las obras líricas de la juventud artística de Debussy: "El niño pródigo", 1884; cantata que le dió opción al Premio de Roma de ese año. De vuelta de Italia aportó un poema lírico para vóces femeninas y orquesta, sobre el poema místico de Dante Gabriel Rosetti: "La elegida", 1888. Este ensueño místico musical era ya bastante raro para la época y fué rechazado por el jurado del Premio de Roma "por ser muy moderno".

Claudio Debussy puede a los 53 años de edad (Saint-Germain-en Laye, agosto 22 de 1862), considerarse orgulloso de la obra realizada. En 1873 entraba al conservatorio de París, donde se distinguió en todas las clases, como alumno de Marmontel para el piano, Lavignac para la armonía y Ernesto Guiraud para la composición. Como se ve, Debussy recibió su educación musical en el establecimiento más conservador que hay: El Conservatorio. Ahí fué sumiso y respetuoso, pero de vuelta de Roma comenzó a sublevarse y poco a poco lo vemos separarse más de las enseñanzas escolásticas, para resultar el músico más original de nuestra época.

Su arte quintesenciado y aristocrático es "música de músico". Es un autor de gusto, de espíritu cultivado y que posee sentido literario, servido por un prodigioso instinto musical. Esta cualidad eufónica lo distingue de sus imitadores, muchos de los cuales lo han sobrepasado en habilidad técnica. Debussy escribe ateniéndose a su sensibilidad personal, bajo la influencia de una emoción, o al pensamiento de una imagen o visión coloreada, que él transforma en sonorida-

des. Siempre ha sido sincero en su arte y ha fundado una nueva marca "Made by Debussy". Los comprometedores avances de sus imitadores poseen la índole frondosa de "asustar a los burgueses" y molestar a los profesores de armonía, haciendo toda clase de exageraciones que desprestigian la marca.

Con talento original Debussy ha dominado todas las formas de expresión musical, aportando al arte vibrante una orientación necesaria que debe ser utilizada por él mismo o por otros compositores en nuevas irradiaciones estéticas. Pero la fórmula debussyana tiene un carácter restrictivo que confina a sus imitadores a "trabajar en un mundo infinitamente pequeño" según la justa expresión de Pedro Lalo.

El estudio detallado de la personalidad artística del profeta de la doctrina impresionista no deja margen para dar a conocer como quisiéramos a sus apóstoles.

Pablo Dukas (París 1865), es el amigo y compañero del maestro. Se distinguió desde el Conservatorio, donde fué alumno de E. Guiraud y condiscípulo de Debussy. Sacó un premio con la cantata "Velléda" y escribió varias oberturas y una sinfonía. Su gran obra lírica es "Ariana y Barba Azul" 1907; sobre el drama de Maeterlinck, y con todo el aspecto y sistema debussyano, pero con temperamento artístico muy propio. Lo mismo se puede decir de su poema sinfónico "El hechicero novicio" que corresponde al papel de "Pleno-día de un Fauno" en la producción de Debussy. Su último trabajo orquestal es un "ballet "La Peri". Su "Sonata" para piano 1892; demuestra la influencia de César Franck, sin que éste haya sido su maestro, Dukas se ha dedicado a la crítica musical, y era profesor de la asignatura de "orquesta" en el Conservatorio. Es un músico distinguido y pacífico que rehuye la publicidad.

Mauricio Ravel (Cibourre 1875), de origen vasco es el músico ironista del grupo ultra-modernista. Procede más bien de Chabrier que de Debussy; es alumno de Gabriel Fauré y ha tenido que luchar mucho contra el *made by Debussy* para que se le reconozca *Ravel*. Su producción es bastante numerosa para su edad. Las obras líricas son "La hora española", 1911; y fragmentos sinfónicos como "Daphnis y Cloe" (ballet); "Introducción y Allegro"; "Ma Mère l'Oye" y "Rapsodia Española". Tiene un interesante repertorio de *Lieder* sobre poesías de J. Renard, Pablo Verlaine, Tristán Klingsor. Varias piezas instrumentales y pocas para piano solo.

Para conocer su temperamento basta recorrer una transcripción de "La Hora Española" o algunas de sus obras para piano: "Espejos" (cuaderno de piezas) y "Juegos de agua". El lírico J. Aubry ve en esa música "una de las más adorables conquistas del espíritu musical moderno" y "una atmósfera propia donde la curiosidad enternecida, la ironía, la delicadeza y la preciosidad misma, están siempre muy en su lugar y describen sin falsos movimientos sus espirituales arabescos".

Luis Aubert (Paramé 1877). Este alumno de J. Fauré ha escrito entre otras obras de importancia una "Fantasía" para piano y orquesta, una colección de *Lieder*: 'Los crepúsculos de otoño" y varias otras piezas de canto y piano solo.

Su obra más significativa es el cuento lírico "La selva azul", donde se demuestra un modernista tan elegante como refinado y un músico tan personal como inspirado.

Juan Roger-Ducasse (Burdeos 1873), también alumno de Fauré, ha podido darse a conocer por sus obras de exquisita sensibilidad. Aunque de los nuevos es transigente con los principios escolásticos. Figuran entre sus mejores producciones sinfónicas "El Jardín de Margarita", "Sarabanda", "Suite Francesa" y "Pequeña Suite". Tiene también dos "Cuartetos" de gran mérito. Una "Salve Regina" para voz sola con acompañamiento de orquesta unas variaciones para arpa con el mismo acompañamiento, y un selecto repertorio de *Lieder* y piezas de piano solo.

Completan este grupo de *nuevos*, dos músicos que han logrado imponerse por sus méritos realmente musicales. Estos son:

Florencio Schmitt, es el pensador apasionado y se manifiesta un músico devoto de Debussy, pero con lenguaje propio y estética personal.

Alberico Magnard. Es un alumno de Vicente d'Indy, de espíritu reformador con alcance retrospectivo. En su ópera "Berenice", estrenada en 1912 "ha querido unir la tragedia clásica francesa (*música de camera* de la literatura) con una música que pasaría a ser *música di camera* del drama lírico moderno". Esta tendencia artística ha sido muy debatida y comentada.

Enrique Fevrier. Alumno de J. Fauré, ha destacado su personalidad musical ultra-moderna en sus óperas "El rey ciego" y

"Monna Vanna", estrenada en 1909 con gran éxito, sobre tema de Maeterlinck y formula debussyana. Se espera de este distinguido músico más desligamiento hacia una personalidad musical propia.

Figuran también al margen de *los nuevos*. *Erik Satie* y *J. Molard*. Son un par de excéntricos que han vegetado en la sombra, dando a conocer solamente a sus íntimos sus pocas producciones de carácter cuasi-profético, por sus neologismos musicales.

Mencionaremos también los campeones de la nueva doctrina. Son los críticos musicales Pedro Lalo, Luis Laloy y J. Marnold. Estos distinguidos musicólogos han contribuido al éxito de la escuela modernista con sus juicios tan autorizados como entusiastas.

Por último citaremos a los tratadistas de las nuevas tendencias musicales:

Luis Villermin, autor del Tratado de Armonía ultra-moderna, donde estudia y analiza técnicamente los nuevos procedimientos armónicos.

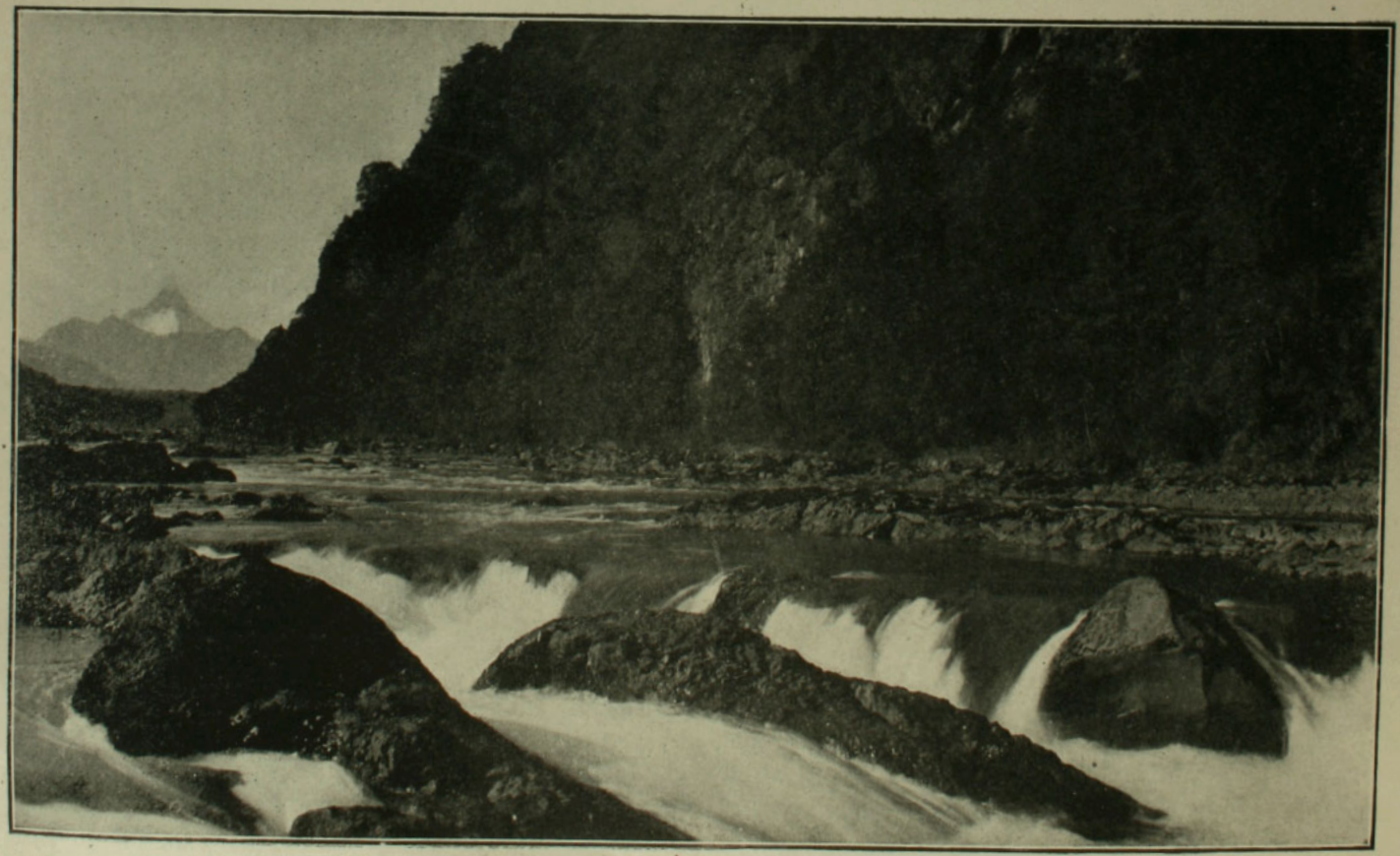
Pablo Lacome, autor de "La Introducción a la Vida musical". Esta es una obra didáctica de tendencias muy afectas a las conquistas del modernismo, y en la que se manifiesta elocuentemente la inutilidad de las reservas escolásticas en la armonía.

René Lenormand. Este musicólogo publicó en el "Monde Musical" (1912), un estudio, con interesantes observaciones y alusiones sobre la armonía practicada por los compositores ultra-modernos.

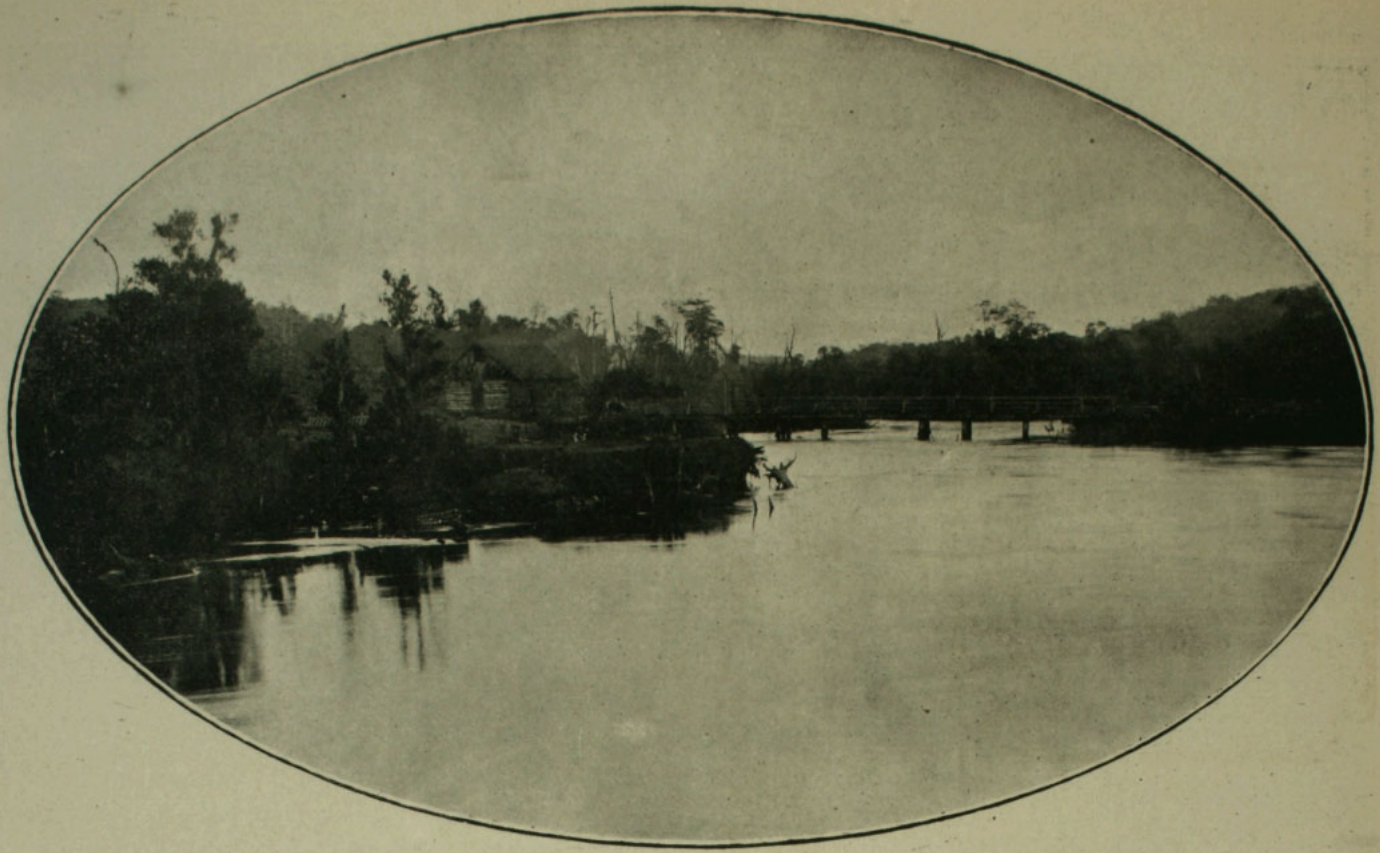
Clausuraremos esta revista de los músicos ultra-modernos franceses con una cita muy oportuna del gran educador musical Vicente d'Indy, que contiene una observación atinadísima para los paladines del modernismo musical y sus imitadores. Refiriéndose a la fórmula *sensorial* de los músicos impresionistas: "Todo por la armonía!" y lamentando que se haya erigido en principios todos los mandamientos de la escuela dice: "Claudio Debussy y Mauricio Ravel o mejor dicho sus propagandistas, han cometido el error de establecer la autonomía de los sentimientos; esto es, la supremacía de la sensación sobre el equilibrio del corazón y de la inteligencia. Sólo este equilibrio puede llegar a producir obras de arte entre los seres dotados, y así no ataco a Ravel y Debussy, que poseen un arte sólido, además de bellas cualidades nativas, sino a los debussystas y ravelistas, propagadores de errores graves e inclinados a no ver en toda manifestación de arte más que el *procedimiento*, sin pensar que el abuso de ese proceder ha sido siempre el recurso especial de los incapaces".

Esta sabia advertencia formulada por Mr. d'Indy es un "poste de señales" colocado en medio del campo impresionista, para delimitar y señalar el camino que conduce hacia las verdaderas obras maestras.

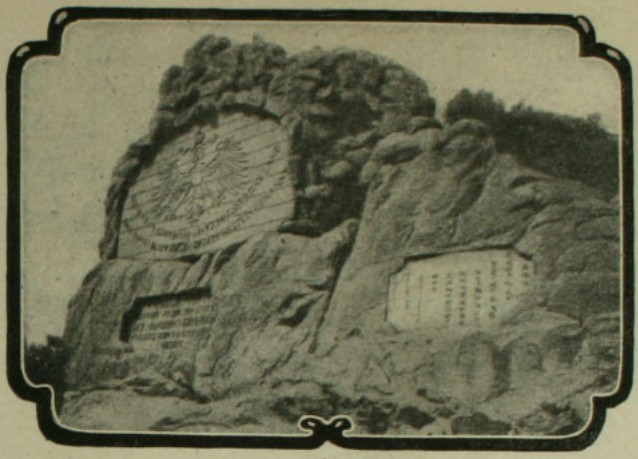
Es tema de un nuevo artículo, el análisis y estudio de las otras personalidades que militan en el campo de los *compositores nuevos* de la música contemporánea. Estos son los alemanes Ricardo Strauss, Max Reger, Erich Wolfgang Korngold, Ferrucio Busoni; los ingleses Cyrill Scott, Frederick Delius, Joseph Holbrooke; los austriacos Gustavo Mahler, Arnold Schomberg, Bruno Walter; el húngaro Leo Weiner y los rusos Alexander Scriabin, Sergei Vassilenko, Wassily Rebikof, Nicolás Tchrepnine e Igor Strawinsky.



RIO PETROHUE, ENTRE EL LAGO LLANQUIHUE Y EL LAGO TODOS LOS SANTOS.



PAISAJE CHILENO *RIO MAULLIN*



Recuerdos alemanes en Tsing-Tao

La rendición de Tsing-Tao y su significado

Por

GARDUER L. HARDING

La tormenta de desolación y muerte que la gran guerra actual ha desencadenado sobre los campos del continente europeo, se ha reflejado en el Lejano Oriente en un solo encuentro realmente serio.

Once semanas seguidas, el Ejército y la Marina del Imperio del Sol Naciente, sitiaron la pequeña guarnición alemana que defendía las fortalezas de Tsing-Tao, capital del territorio colonial alemán de Kiachou, en la China. Los alemanes tenían doce fuertes modernos, muy bien montados, capaces de resistir un ataque simultáneo de mar y tierra; habían minado los caminos y grandes extensiones de terrenos de los alrededores; la guarnición, compuesta de seis mil hombres, luchó con desesperación salvaje mientras tuvieron esperanza de prolongar el sitio o de causar mayores daños al enemigo y, cuando las tropas japonesas invadieron la ciudad conquistada, habían perdido muy cerca de tres mil soldados, casi la mitad de la guarnición de la plaza.

¿Valía la pena acometer esta empresa?

Los japoneses creen que sí. Aunque hayan experimentado grandes pérdidas de vidas, al compararlas con las del enemigo, hay que considerar que han caído mayor cantidad de hombres en Europa en un solo día para conquistar una sola línea de trincheras. Además, ellos conservan la ciudad conquistada, que es considerada de importancia vital para el dominio del Asia Oriental. De aquí en adelante aquella plaza fuerte llegará a ser el eje en torno del cual girarán todas las cuestiones internacionales relacionadas con el Lejano Oriente.

Y conviene recordar que los japoneses

El almirante japonés Kato, Ministro de Relaciones, en cuyas manos está entregado el asunto de la pertenencia de Tsing-Tao.

reconstruyen apresuradamente las fortificaciones y demás construcciones demolidas con el fuego de sus cañones.

Un retazo de Europa en el territorio chino antes de la guerra

Tsing-Tao es un puerto netamente europeo. Las casas son todas de estilo europeo, pintadas de color blanco, cubiertas con techos de color rojo y verde, formando un precioso conjunto arquitectónico. Las amplias avenidas de la ciudad están bordeadas por hileras de árboles nuevos que siguen una línea no interrumpida a través de las calles del puerto y de los cerros que lo circundan. Aquí y allá se levantan grandes mansiones de las personalidades que dieron vida a esta maravillosa colonia, dominadas por la enorme residencia, fabricada de ladrillos y ocupada por el gobernador alemán de la colonia, que se yergue tal como el palacio de algún gran señor de los tiempos medioevales. Allá, a lo lejos, hay una vasta extensión de arena limpia, sembrada de casuchas de baño de todos los colores imaginables y tras ellas se alza el espléndido casino que parece haber sido transportado mágicamente de las playas de Niza o de Mon-

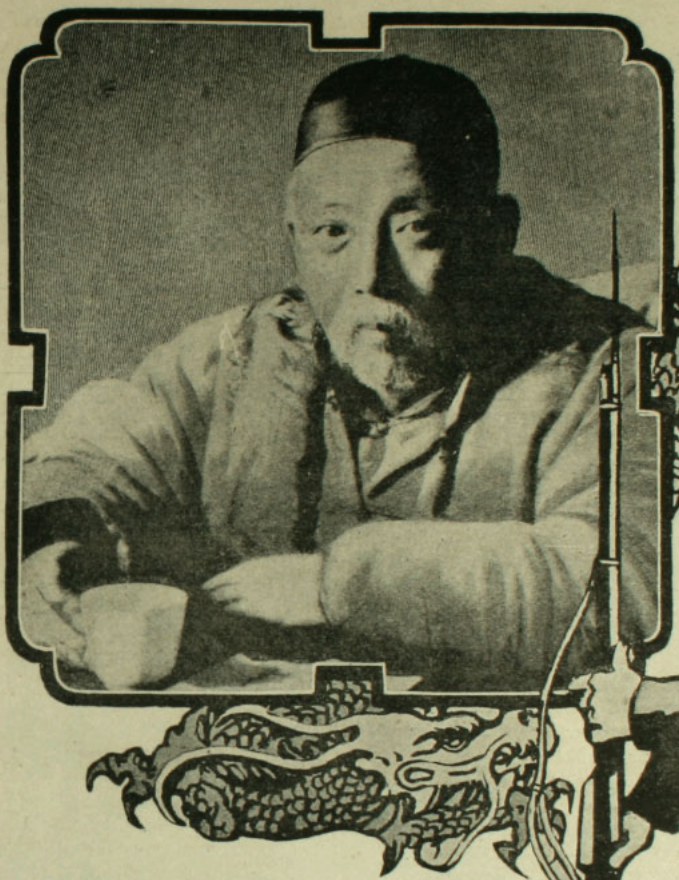
Una escuela de naturales

te Carlo. El aspecto del puerto no es menos sorprendente. Los pequeños vapores de estilo Hamburgués-Americano, forman líneas interminables en el puerto interior y exterior; algunos están anclados, pero la mayor parte de ellos se encuentran amarrados a las espléndidas murallas de piedras de los malecones, descargando y cargando las mercaderías por medio de grandes grúas, directamente a los carros de un ramal del ferrocarril. Divísase un gran dique flotante con una capacidad de dieciséis mil toneladas; hay un nuevo dique de armazón de acero que puede albergar los más grandes dreadnoughts y transatlánticos a flote; por todas partes se divisan obras de mejoramiento del puerto, especialmente las obras del dragaje, en las cuales los alemanes han invertido más de treinta millones de dólares en los últimos diez años.

El impulso de energía alemana que dió

Meyer Waldeck, comandante de la guarnición alemana

origen a la creación del puerto de Tsing-Tao, es algo digno de recordación. Evacuada la plaza por los alemanes, la ciudad nunca podrá volver a recuperar su antigua fisonomía característica. Los chinos que trabajaban antes bajo la estricta disciplina alemana, formaban un cuadro objetivo digno de considerar. Creo que los alemanes nunca lograron que los naturales hicieran el "paso de parada", pero han experimentado en forma admirable con sus "regimientos de aborígenes" y con resultados siempre diferentes. La clase típica de soldado fué la que emplearon durante la guerra contra los Boxers. Mientras que el regimiento adiestrado por los ingleses y traído de Wei-hay-wei, fué a Pekín con los ejércitos aliados, y se condujo admirablemente: la rígida disciplina prusiana se apoderó de los nervios del contingente de Kiachow y no se les permitió abandonar sus cuarteles.



Yuan Shi Kai, el dictador de la República China, cuya influencia anti-japonesa fué considerable

Finalmente, después de haber sido formados una o dos veces en una llanura, los alemanes procedieron a fusilar en su presencia a varios desertores y acto continuo los chinos redactaron un memorial en que resumían sus quejas y sin ceremonia alguna desertaron en masa.

Pero, descartando la crudeza de estas manifestaciones de la férrea disciplina militar alemana, podía verse por doquiera la forma espléndida en que los alemanes habían realizado su misión de trabajo. Sobre la cumbre de los cerros, colocados a espaldas de la ciudad, se levantaban mil seiscientas hectáreas de pinos plantados por los expertos criadores de bosques del Imperio alemán, que enseñaban a los chinos la necesidad primordial de plantar aquellos parajes desnudos de vegetación. Enseñaban a los agricultores chinos, de varias leguas a la redonda, la manera más eficaz de mejorar y aumentar sus cosechas, que debían abundar en aquellas re-

giones; y en la época actual las manzanas, las peras y los cerezos que se producen en el territorio de Kiao-chow, son las mejores que se encuentran en la costa de la China. En el campo de la educación, los alemanes dotaron a Tsing-Tao con un Colegio Técnico, que es la mejor institución educacional en su clase en aquellas regiones y entraron de lleno a cimentar su prestigio en la enseñanza de la juventud china, desarrollando un plan general de educación pública que ha fundado cuatrocientas cuarenta escuelas alemanas, con más de once mil alumnos.

El gobierno colonial de Tsing-Tao era no sólo único en su especie entre los puertos arrebatados al Imperio Chino por las diversas potencias, sino, además, único en la historia de la colonización. En ninguna otra localidad del Oriente podía encontrarse la eficacia y honradez en la construcción de la ciudad y en su administración; y ninguna otra podía rivalizar con las obras realizadas por los alemanes en quince años de ocupación. En ninguna otra ciudad se había obligado a respetar como allí las prescripciones de la higiene, en ningún otro punto las decencias de la vida eran más estrictamente mantenidas; y, finalmente, en ninguna parte se podía pasar mejor que allí bajo la autoridad de los sátrapas prusianos mandados por el Kaiser a regir los destinos de Tsing-Tao. Ellos lo proporcionaban todo: fabricaban la mejor cerveza que se producía en el Lejano Oriente y habían construído un casino sobre la playa, que no encuentra rival en aquellas apartadas regiones.

Y con el propósito, claramente manifestado, de practicar la justicia con igualdad para todos, habían adoptado un sistema de impuestos sobre la propiedad que hubiera agradado, sin duda, a un economista de ideas tan marcadamente socialistas como Henry George. Tsing-Tao era llamada, con justa razón, la colonia modelo, gravada con un solo impuesto. Aún ahora, contemplando sus fortificaciones desmanteladas y sus calles incendiadas, se destaca en el fondo obscuro de la plaza una campaña de predominio comercial que ya ha ganado grandes victorias.

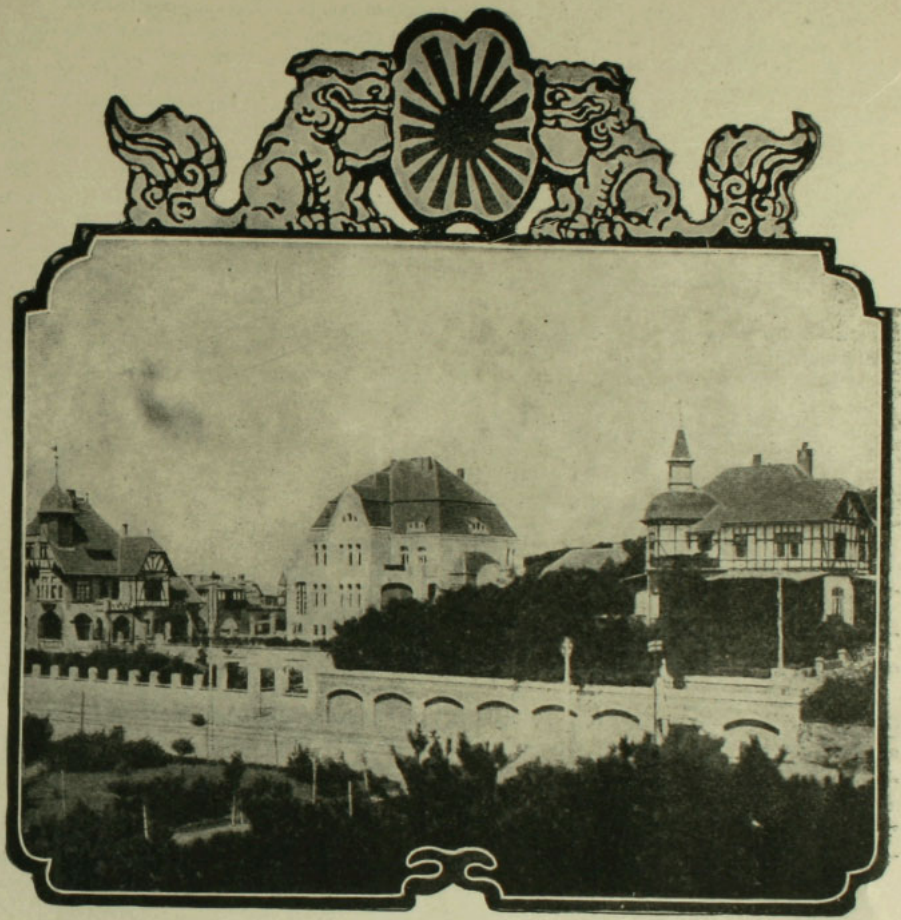
Los proyectos de pan-germanismo en China

Paso a paso los alemanes allegaban los medios de conseguir mejores comunicaciones y las posibilidades de futuras adquisiciones, haciendo de Tsing-Tao la llave de entrada a un imperio comercial de pasmosa extensión. Habían unido este puerto, que es hoy uno de los puertos más hermosos de la costa de la China, con Pekín, con el Ferrocarril Transiberiano del Norte y con el corazón del valle del Yang-tse en el sur; y han pasado por un verdadero laberinto de convenios con el Gobierno chino, que al llegar a realizarse, hubieran logrado concentrar los ferrocarriles de la China Central y del Norte, dándoles salida al mar por su metrópoli de Tsing-Tao. Habían ya levantado empréstitos que sumaban más de once millones de dólares, subscriptos sólo en el año pasado y destinados a invertirse en la construcción en su territorio de una gigantesca red ferrocarrilera, la más grande de la China, conectada con la gran línea central, ya construída hasta una distancia de algunos centenares de millas de las líneas alemanas y que en día no lejano, podían conectarse con el sistema ferroviario trans-Caspiano, de Rusia, con el Mar Amarillo, formando este conjunto una vía transcontinental que rivalizaría dignamente con el Transiberiano.

¿Cuál será el resultado final de los proyectos que crearon esta colonia alemana? ¿Qué suerte correrán las minas de carbón que pertenecían a Tsing-Tao y que produjeron medio millón de toneladas en el curso del año pasado, rodeadas de un subsuelo de minerales de hierro y de carbón, que no ha sido tocado? La caída del imperio alemán en China ha alterado el equilibrio del poder en el Asia y no hay que extrañarse del violento trastorno provocado por este súbito cambio de equilibrio.

La contestación de estas preguntas la darán los japoneses, que tan rápidamente aprovecharon una ocasión que se les presentaba de improviso. Ellos fueron los que precipitaron el caos en Tsing-Tao y ganando la partida, ellos tienen la clave, la solución del enigma. ¿Cuáles han sido entonces los motivos y cuál es el poder que los anima haciendo de la estrategia del Japón el factor más formidable de la actual crisis en el Lejano Oriente?

El avance japonés en el continente del Asia tiene un significado que está fuera del dominio convencional de la política. Los



Aspecto de Tsing-Tao

alemanes se apoderaron de Kiao-chow, siguiendo las brutales inspiraciones de Bismarck; pero aunque así fuera, fué un golpe dado frente a frente. Mirado bajo una forma optimista, fué un magnífico experimento de expansión colonial, plantado con mano resuelta en un territorio absolutamente extraño, enseñando con esta prueba objetiva al mundo entero que los alemanes tienen un genio colonizador característico. Pero el programa de dominio imperial del Japón en el Oriente se manifiesta con caracteres muy diversos y no está basado en una sucesión de brillantes golpes de su diplomacia. Está simplemente cimentado en el firme y casi fanático apoyo que le presta un pueblo unido, animado de una confianza o fe mística en los altos destinos de la raza japonesa en esa esfera particular de acción. Cuando se llega a comprender en toda su intensidad esta conciencia popular insólita, es fácil darse cuenta de las razones que han provocado la crisis en el Lejano Oriente.

Visitaba el año pasado, en un viaje que hice al Japón, un pequeño edificio utilizado por la "Asociación de Jóvenes Cristianos", en la gran ciudad industrial de Osaka. El gran salón había sido arrendado aquella noche a una conocida sociedad patriótica y al llegar al local habían comenzado la sesión. Debido a la estrechez del local, los circunstantes debían, forzosamente, contemplar una novedad que no estaba indicada en el programa.

En una pequeña antesala, al lado del salón central, había una cantidad de muchachos japoneses que se ejercitaban en su tradicional juego de *kek-kan* (una combinación de esgrima y polo). Los muchachos peleaban de a pares; cubierta la cabeza con una defensa que les resguardaba también los hombros y los codos, divisándose los rostros al través de una rejilla de alambre. Protegidos en esta forma, se atacaban los unos a los otros con gran furia, aferrando los palos con ambas manos y descargándolos con todas sus fuerzas sobre la cabeza o el resto del cuerpo de su adversario. Bufaban y gruñían como Samuraio, que estuviesen empeñados en mortal combate y muy a menudo alguno de los más fuertes seguía cada paso y quite de su enemigo con un vocabulario abundante, en que sobresalían las expresiones de amenaza, de odio y de desprecio. A cada golpe, la muchedumbre prorrumpía en exclamaciones, alentándolos en la lucha y se acercaban anhelantes, y cuando terminaban los encuentros individuales empezaban a vociferar y a aclamarlos.

Todos los circunstantes observaban la lucha con un interés que no decaía un solo instante. Sobre la plataforma de la sala un hombre de pequeña estatura estaba sentado y tocaba las cuerdas de un *samson*, un pequeño instrumento, especie de cítara, de sonido suave y dulce y canturriaba una serie de versos interminables. Era un poema épico de la guerra con Rusia; relataba la forma en que los japoneses habían levantado sus legiones y habían arrojado a los orgullosos invasores extranjeros de las tierras que el Japón necesitaba para llenar su gran misión. Y al nombrar a los prohombres que han provocado este movimiento predominante de su patria, tales como: Nogi, Ito, Oyama y Katsura y cantaba las glorias del Gran Japón que ellos habían creado con el fuego patriótico de sus personalidades, buscando nuevas conquistas y atesorando nuevos recursos para seguir su marcha hacia las regiones del sur, aquella audición de hombres del pueblo se extasiaba al oir este evangelio de engrandecimiento nacional. A veces los combatientes, enardecidos con la lucha, casi ahogaban la voz del cantor de las glorias de su patria, pero en ningún momento decaía la atención de todos los presentes hasta terminar el canto. Concluído éste, una salva de aplausos y de gritos de entusiasmo atronó los ámbitos del edificio llenando de sorpresa a los muchachos que combatían en un duelo al parecer mortal.

El Secretario de la Asociación, educado en la Universidad de Haward, en los Estados Unidos, estaba de pie a mi lado. "¿Puede usted imaginarse que una muchedumbre norte-americana tomara la política internacional tan a lo serio?" le pregunté. "No", me contestó. "Creo que no; pero estos cantores, estos *biwa*, forman una institución nacional del Japón. Muchas bandas de estos modernos trovadores recorren el país subvencionados por el Gobierno y son aclamados en todas partes. Pero esto no podría usted llamarlo política japonesa; el término no me parece adecuado. Es un verdadero misticismo, es la religión del Japón y es también el alma japonesa."

Para comprender el constante avance del Japón en el continente asiático, debemos recordar aquella escena típica. Allí se encuentra simbolizado el pueblo apasionado, indomable e irreflexivo, que ha hecho posible el progreso de su patria guiado por estadistas geniales desde hace un largo espacio de tiempo y cuyas manifestaciones de imperialismo surgieron por primera vez al hacer la guerra a China en 1895, y acelerando la rendición de Tsing-Tao hace pocas semanas.

Las ambiciones japonesas

El punto de partida de la política de expansión territorial del Imperio del Japón fué Korea. En 1895 Korea tenía que ser "protegida" contra la China; en 1904 fué "librada" de la rapacidad de Rusia; pero desde aquel entonces el Japón ha echado a un lado todo escrúpulo y ha hecho todo lo posible para extinguir completamente la nacionalidad koreana. El punto final de la dominación japonesa lo formó la anexión

Un dibujo que representa el asalto de una diligencia

formal de Korea en 1910 y en la actualidad hasta el nombre ha desaparecido, amalgamándose en la provincia japonesa de Chosen.

La acción japonesa en Korea ha sido una muestra elocuente de pasmosa energía y éxito; pero para cualquiera que observe las precauciones que se adoptan en aquella región, comprenderá fácilmente que hay tremendas amenazas que se ciernen sobre las autoridades administrativas. La forma aplastante en que se ha suprimido la libertad de Korea, sólo pudo entreverse en la famosa y desacreditada "conspiración cristiana", que fué juzgada en los tribunales japoneses durante los años de 1912 y 1913. Ciento diez cristianos, aborígenes de aquella región, muchos de ellos sacerdotes, fueron acusados de haber tramado una conspiración destinada al asesinato del Conde Terauchi, Gobernador General del Japón en Korea.

La conspiración estaba fundada en una unánime confesión, que comprometía seriamente a la Iglesia Misionaria Americana; pero la tempestad que se alzó en el mundo entero al conocer los detalles de este bochornoso asunto, obligó al Gobierno japonés a juzgar nuevamente a los presuntos culpables. Muy pronto se supo que las ale-

gadas confesiones habían sido obtenidas gracias a salvajes torturas aplicadas a los cristianos más prominentes de Korea, que la policía japonesa había seleccionado a su sabor. Tan luego como se supo esto, el Gobierno del Japón ordenó que ciento cinco de estos desgraciados fueran puestos en libertad incondicional y sólo entonces el mundo comprendió los procedimientos civilizadores de la política colonial japonesa, que había luchado contra Rusia blandiendo el estandarte del Liberalismo.

La posición del Japón en Manchuria es más ambigua, pero es de idéntica naturaleza en sus principios. Debe recordarse, en favor de los japoneses, que China le cedió voluntariamente una parte considerable de esta provincia como indemnización de guerra en 1895, y que el Japón se vió obligado, muy a su pesar, a ceder su derecho de conquista, que incluía la fortaleza de Port-Arthur, por la imposición de "fuerza mayor", que le impusieron las potencias europeas combinadas. Fué aquella una amarga lección para la diplomacia japonesa, al verse arrebatar aquel botín en el nombre de aquel respeto por "la integridad de la China" salvajemente pisoteada por la misma combinación de potencias cuando Port-Arthur, Kiwochow, Wei-hai-wei y Kway-chou cayeron sucesivamente en el año 1908 en poder de Rusia, Alemania, Inglaterra y Francia, respectivamente. Europa, por lo menos, no puede llamar "inescrupulosos" a los japoneses.

Armados con estos precedentes e inspirados con estos recuerdos, los japoneses han entrado a la Manchuria resueltos a apoderarse de todo lo que se presente a su alcance. No se exagera al decir que la Manchuria es para el Japón algo muy parecido a Korea. Los cónsules japoneses, establecidos en todo el territorio al sur de Manchuria, en una extensión enorme, se comunican directamente con el Gobernador General de Port-Arthur; y este funcionario gobierna el territorio en forma tan autocrática como el Conde Terauchi administra Korea desde su residencia en Seoul. La prensa es japonesa en su totalidad; el banco al que deben acudir forzosamente todos los residentes extranjeros, también es japonés; y es llamado ingenuamente Banco Colonial; son también japonesas las líneas de ferrocarriles (setecientas ochenta millas ya construídas y mil doscientas en vías de construcción), una amplia red de líneas de vapores; todas las grandes empresas industriales son japonesas, gracias a un monopolio de veinte años hábilmente dirigido. Finalmente, alrededor de cada ciudad de la Manchuria Sur los japoneses han comprado, más o menos abiertamente, un amplio cinturón de terrenos en previsión de un futuro ensanche.

En la Manchuria las circunstancias actuales le permiten avanzar con resuelta franqueza, seguro de no ser molestados; puede rehusar a los Estados Unidos el derecho de ayudar a la China en la construcción de nuevos ferrocarriles, tal como lo hizo en 1910, bajo el pretexto de que eso significa mezclarse en sus posesiones del Sur de la Manchuria. Y, en cambio, puede pedir y obtener, tal como lo hizo el año pasado, cerca de mil quinientas millas de jurisdicción ferrocarrilera, que le permiten avanzar sus proyectos de ocupación de la Mongolia Oriental, acercándose a las puertas mismas de Pekín.

Ha muerto recientemente en Europa el exquisito artista Javier Gosé. Como el mejor homenaje a su recuerdo, reproducimos aquí el bello artículo que le consagró, hace dos años, uno de los más prestigiosos colaboradores de **Mundial**.

Por

Epifane de Carpocrates

AVIER Gosé es un palero artista. Es joven. La seducción de las apariencias elegantes se ejerce de tal modo en su personalidad, que ésta, de avispada como es, se identifica y se confunde con el medio ambiente, hasta erigirse en su fiel representante. Esta explica cómo ese adorador de la vida decorativa va de triunfo en triunfo!

Cosa bella es! Pocos artistas reinan como él en el sufragio del público, tan dado a la volubilidad ¡sólo lo consiguen los que, como Gosé, saben enseñorearse en las exterioridades que más impresionan a los enamorados de las formas placenteras; y, a no ser por cierta sequedad invencible de alma, y aún por cierto dejo de altivez, nadie dijera que este artista ha nacido entre las abruptas montañas de Cataluña. Se ha tornado de lo más característicamente parisién, parisién de esos que son la flor del "five o'clock", del bar, de las carreras, de la vida mundana; de esos que, con maneras de frío desdén, sin la clásica y empolvada sonrisa, se hacen ver y admirar por doquiera va el mundo brillante de París. ¡Caso excepcional! Yo

aún le veo más interesante que todo lo que sintetiza de artístico internacionalismo. Es tan internacional como parisién. Sabe presentar con verosimilitud a esos personajes que no tienen más sensibilidad, que la que caprichosamente les presta la moda. ¡Cuán magnánima, por tal dádiva, es ésta, y cuán justo el culto que la rinde! El esnobismo, en lo que tiene de más moderno, ha encontrado en Gosé a un admirable y devoto intérprete. Traduce la manera de sentir de la gente que va a las fiestas mundanales—a los deportes, al teatro, a los salones—lo mismo en París que en Londres, lo mismo en Viena que en Berlín, lo mismo en New-York que en Buenos Aires; lo traduce, con fidelidad honrada, en sus dibujos y en sus acuarelas. Por eso Gosé es tan actual; no gusta, sino antes bien, repudia todo prurito de inactualidad revolucionaria con que los audaces artistas pretenden imponer su albedrío estético. Gosé ama con voluptuosidad y celebra con fervor las manifestaciones viciosas del lujo; toda explosión de sentimentalismo, toda pura poesía, como si fueran cosas indignas del buen gusto, parecen, en él, posponerse a la imaginación de la suntuosidad enervante y de la elegancia corrompida.

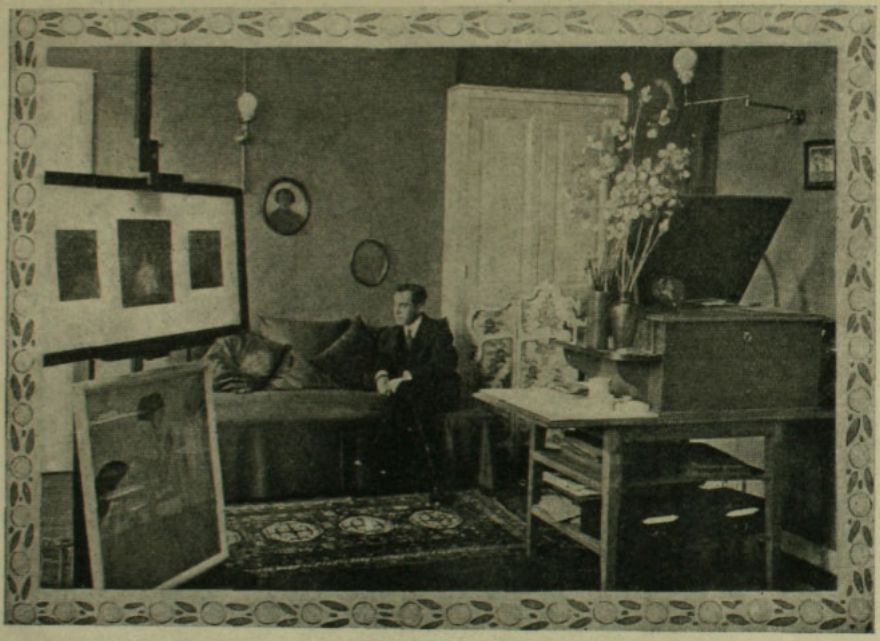
Cabeza exhibida en las Galerías Georges Petit, de París, por Gosé

Cierto es que en sus obras no adolecen nunca, o casi nunca, de extravagancias ni de intencionadas deformaciones; las líneas de su dibujo se ofrecen correctas siempre, derechas, francas, limpias, visibles, con un arte casi geométrico. Gosé tiene también el don de asociar el sentido caricatural de la elegancia con su manifestación decorativa; por eso, aún sin pensamiento director, pero también sin arbitrariedad, se me antoja como un artista de verdad profunda. Su sarcasmo tiene maneras de buena sociedad, se ofrece fino, no hiere nunca la susceptibilidad de nadie, ni siquiera la de los criticados. Su ironía parisién consciente de su superioridad se encubre a menudo con una sencilla capa de indulgencia, salvo en momentos de humor sombrío, en que va, sin reflexión, derechamente hacia la violencia de la sátira. En la observación de las formas fugaces, en la visión de los colores revela poseer el instinto de la preciosidad. De ahí su japonismo y el contubernio de éste con la delicadeza parisién: elementos esenciales de su arte, que tiene además un gran poder sugestivo, dulce y amargo. Con esa su virtud provocadora de sensaciones, y aún de estremecimientos artísticos, Gosé hace sentir, y hasta hace casi meditar, tragi-comedia de la mundanalidad dorada. Mas, no llega nunca por vía directa a los sagrados dominios del corazón; pasa, leve, por encima de él, lo mira y no se atreve a deshonrarlo con su arte. Su arte es floral, pero sin el perfume sano y libre de las flores que nacen en los campos y los embellecen; sirve exclusivamente de comentario y de adorno para la existencia agostadora del vicio elegante, de los placeres del oro. Gosé trata esos temas de las almas cansadas por el goce del vivir artificial, glosa el tedio de los marchitos rostros con el cariño de un miniaturista y con la paciencia del iluminador. Así son de ver los primores que hace en sus acuarelas con lindas tonalidades y con monadas de dibujo.

Hay más: esa facultad sugestiva que antes hemos mencionado, convierte a Gosé en un artista sumamente literario; las líneas de su dibujo hablan como si fuesen frases de un escrito. Una línea sola, sin la explicación de suplementarios trazos, bas-

Un dibujo inédito de Gosé

ta para revelar secretas significaciones en la imagen que delínea. Cuidadoso y acabado en sus obras, atildado y pulido con coquetería, Gosé se complace en acentuar el contorno de las masas de las personas y de las cosas, con verdadero fetichismo por el perfil. Esto pone de relieve la seguridad vigorosa con que realiza su dibujo. No se circunscribe a él. Es harto hábil para dejar de hacer valer los procedimientos que prestan mérito al artista ante la consideración del aficionado. Consecuencia natural de la pasión por lo bonito de las formas en que Gosé se ha formado. Usa a veces de la tinta con una destreza que logra negros de ceremonia, negros fúnebres, para así ataviar, con frecuencia, a los sepulcros blancos de la moda y del buen tono. Un frac lúgubre, por ejemplo, viene a servir de marco a la blancura inmaculada de una pechera. La corrupción fina y exquisita, como entre dos lindas "gergéres", en un salón rosado, parece ofrecerse con el candor virginal de la inocencia. Paralelismo que hace las veces de pensamiento, en quienes no son aptos para filosofar sobre la realidad de las cosas. Con la aguada consigue efectos de una placidez que atenúa los tonos, hasta trocar a las personas en objetos y los objetos en personas, aquellas desposeídas de todo deseo e inquietud, estos animados por el soplo de esa vida espiritual que entroniza el panteísmo entre las ideas del hombre. Con el rascado de algunas de sus obras, nos da destellos de coloridos que tienen algo de nocturnas fosforescencias. Otras veces, con un fin de precioso pulimento, emplea capas de barniz, y hace así resaltar el brillo que considera inseparable del arte de ornamentación, a que es dado por su propia idiosincracia. Gracias a la utilización de los pasteles, llega a lo sedoso con más fuerza que por otros medios más abonados, y también al chisporroteo de tonalidades, y también a su combinación más íntima; saca de esos colores pulverizados todo el partido que consiente la mezcolanza con el agua de goma. Los tonos planos y unidos le ayudan perfectamente en lo japonizante de su arte; por eso los emplea de modo casi asiduo. Por todas esas modalidades se afirma Gosé como artista consciente de la factura, y sabe, por lo tanto, sacar de ella todo el partido posible.



El artista Xavier Gosé en su estudio

Con ser aún joven como es, su producción se distingue por la abundancia, y data ya de hace más de once años. La fecundidad de Gosé nada tiene de enfermiza, es natural, y constituye una de sus mejores dotes. En España y en el extranjero ha hecho y divulgado carteles en profusión; colabora en las revistas ilustradas de más renombre; su firma se cotiza en alto precio; sus dibujos, sus caricaturas, en los que emplea la facilidad en alianza con la espontaneidad, son conocidos en casi todas partes donde hay público culto. "Mundial" y "Elegancias", que han ofrecido algunas de sus más bellas páginas, se honran en tenerle por colaborador. Gosé es, pues, harto conocido para que haya menester de la propaganda, a que generalmente responden las exposiciones. Esto no impide que ellas le sirvan para ampliar, para redondear sus concepciones en alas de la diversidad y en beneficio de su plenitud. Tal muestran, por ejemplo, las dos Exposiciones simultáneas donde sus obras actualmente se pueden visitar, una de las Galerías Dalmau, de Barcelona, otra en las Galerías Georges Petit, de París. Los amantes de la "manera" de Gosé quedarán seguramente complacidos con su "Nocturno", donde la vida y la elegancia parecen haber sido engendradas a un mismo tiempo por el hado.

Cuadro original de Gosé

Sobre el gris de plomo del fondo se destaca con armonía la elegante pareja; él con la mano derecha en el ala del sombrero negro como un escarabajo, y con la mano izquierda, enguantada de blanco, en el bolsillo del negro gabán; ella recogiendo con la suya, y con gracia fina, el rico manto de armiño que la envuelve casi con amor, bajo el amplio sombrero. Los pliegues del nevado manto caen, y están dispuestos con esa vaporosa coquetería de la parisién, que es como un arte natural. El granate de los labios se armoniza con el empolvado rosa de las mejillas, sobre la flor de la cintura; colores todos que resplenden con el fulgor de las piedras preciosas, en la noche. Tienen ambas un andar veleidoso, cadencioso, seductor y tan real, que uno se admira y se pregunta si aquello es ilusión o si es realidad. Andan, diríase, a compás.

El carbón ardiente del vicio, en la mujer que ha de servir de encanto para los ojos, brilla, medio apagado, en la cara fea de la bailarina andaluza que nos exhibe la acuarela número 106. Las líneas vulgares cantan allí profundamente la canción cavernosa, triste y atormentada de la lujuria, "madre de la melancolía", según el verso célebre de Rubén Darío, y que hace del amor un infierno para los delirios de la carne. Los ojos encarnados por el afeite lucen, en el semblante, con la vidriosidad del insomnio y de la fatiga, sin ninguna angustia por el pudor perdido. La rosa voluptuosa pone el atractivo de su belleza sobre el obscuro moño. La postura, provocante y casi acanallada, indica bien en qué abismo se mueve y se destaca el corazón de aquella bailarina. La «jeune fille á la rose» es ya cosa de más amable gusto. Viste el blanco vestido de blonda y surge, semejante al aljófar, del fondo sombrío, como una celeste visión; pero las manos procaces, más que la testa altiva, y que los sensuales labios, y que lo nocturno de los ojos, casi negros, como los cabellos, revela el tesoro de perversidad que, en el arcano corazón, en el abismo femenino existe. Esto es para poner meditaciones en la mente inquieta de un Félicien Rops, uno de los más fuertes artistas de los modernos tiempos; pero nocivo, pero pecaminoso, embrujado casi. ¡Grande, empero!

"Las dos amigas" tiene ese parisianismo que sólo puede idear la imaginación acari-

ciada, con mortal caricia, por el aletear del verde y delicioso brevaje, por sus pérfidas ondas, y por sus nubes traicioneras. Toulouse-Lautrec, ya en la leyenda del arte, soñó, creó y aún vivió en ese género de visiones, que pusieron tanta ponzoña en los nervios de sus contemporáneos. Bajo el japonizante colorido de los vistosos sombreros, colúmbranse las caras de aquellas jóvenes mujeres, ya aviejadas, sin embargo, por las acechanzas de los placeres, que no perdonan su adoración a ningún adorador.

Si Gosé se ha complacido aquí en hacer obra de psicólogo mundano y aún semimundano, se remonta, en cambio, en los dos "Marcos con tres dibujos", a la representación abstracta del espíritu femenino. Fijáos en aquella joven que está sentada, y que parece tener una alma de flor marchita por el tedio y por las vanidades del buen parecer. Mira de soslayo con sus ojos de perla apagada por la disimulación de inconfesables deseos.

La mujer aquella que canta o que danza, por la contorsión que el artista le presta, cobra actitudes de serpiente y de suplicante, con su largo y exagerado talle. Levanta los ojos de loca sobre la frente abrasada por la fiebre, mientras los brazos se abren, como los de un autómata que expresara sentimientos de que la ausencia de alma le priva.

¡Qué malicia hay en esos otros ojos de la testa que el artista exhibe sola, en su sonreir y simultáneo amenazar!

¡Cómo habla, y con qué burlón lenguaje, la palpitante punta de su nariz! ¡La sinuosidad provocativa de aquellos labios parece denunciar el ansia de un deseo y la picardía del engaño! Diríase que sale de una orgía nocturna para mirar hacia el mundo, y escarnecerlo con su sardónica sonrisa. Esto es obra fuerte de un artista que, en broma, y en serio, ha labrado su nombre y lo ha puesto a grande altura.

UNA PARTE DE LA BAHIA DE CAYO HUESO

En 1911, cuando el ferrocarril llegó hasta Cayo Hueso, la actividad del antiguo puerto se aumentó notablemente. En la ciudad hay la importante industria de la esponja, y en aquellos mares la pesca es muy variada y abundante. Cayo Hueso se enorgullece de ser el único lugar del mundo donde hay una fábrica de sopa de tortuga. El Gobierno de los Estados Unidos mantiene allí una estación naval y carbonera.

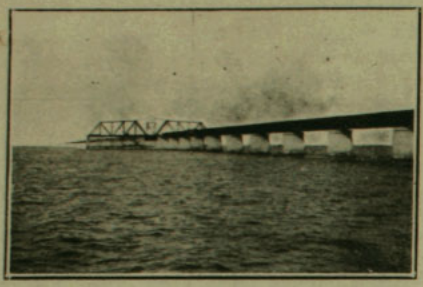
De Nueva York a la Habana en Ferrocarril

Ilustraciones fotográficas

¡A bordo para la Habana, este tren va directamente! es la frase que se oirá gritar próximamente en las estaciones ferroviarias de los Estados Unidos, y que sorprenderá al viajero que no haya seguido de cerca el progreso que ha tenido el servicio de comunicación entre las ciudades norteamericanas y la capital cubana.

Con el nuevo año llegó también el último eslabón del servicio de trenes entre Cayo Hueso y la Habana, que marca la terminación práctica del proyecto que hace algunos años la gente llamó una "locura de Flagler", pero esa locura, como se le denominó, hace que hoy lleguen más pronto a nuestra mesa las afamadas y deliciosas frutas tropicales de Cuba, y asimismo, que podamos dejar atrás los desabridos vientos y nevadas de Nueva York o Washington para gozar del suave y perfumado ambiente de la Perla de las Antillas sin trasbordar.

El ferryboat más grande del mundo hace actualmente el servicio en la travesía de 93 millas de Cayo Hueso a la Habana. Este barco ha sido bautizado con el nombre de Henry M. Flagler, en honor del insigne empresario que concibió y llevó a cabo tan arriesgado ferrocarril; tiene 360 pies de largo por 57 de ancho; su capacidad es de 2,500 toneladas; su velocidad con carga es de 13 nudos por hora y está equi-



Otra sección o tramo del ferrocarril que muestra la situación de un faro y puente giratorio

pado con una serie de cuatro entrevías, en las cuales pueden acomodarse 30 carros refrigeradores de los usados en los principales ferrocarriles. Por supuesto, tanto los carros de carga como los de pasajeros pueden pasar directamente de las entrevías de los muelles de Cayo Hueso o la Habana a las del buque, pero hasta ahora sólo se transportan carros de carga de un país al otro. El nuevo barco fué construído en los astilleros de Cramp, y contiene todos los elementos indispensables de comodidad y seguridad. El trayecto entre los dos puertos se recorre en unas ocho horas, pero este tiempo se irá reduciendo a medida que la maquinaria del buque se gaste un poco.

El ferrocarril de la costa oriental de Florida (Florida East Coast Railway) se extiende ahora desde Jacksonville hasta Cayo Hueso, en una distancia de 523 millas. Esta vía se fué prolongando de tiempo en tiempo, pero cuando llegó a Miami, al extremo de la península, se creyó, naturalmente, que había llegado a su fin. Sin embargo, el genio emprendedor de Flagler concibió y realizó el proyecto de prolongarla por el mar hasta Cayo Hueso, a donde llegó el primer tren el 22 de enero de 1911. Como se recordará, este acontecimiento fué memorable; a la inauguración asistieron varios altos funcionarios del Gobierno de Cuba y del de los Estados Unidos, y los buques de las marinas de ambos países tomaron parte en los festejos.

La obra de extensión del ferrocarril desde el norte de Florida duró más de 25 años; y, sin duda alguna, entre todas las personas que presenciaron la inauguración nadie tenía mayor interés que el mismo Sr. Flagler, quien había dedicado la mayor parte de su vida a la realización de tan arriesgada empresa. Si él viviera aún, habría tenido aún mayor satisfacción al ver inaugurado con el nuevo barco el servicio rápido entre los Estados Unidos y Cuba.

Los primeros proyectos de construcción de un ferrocarril a Cayo Hueso fueron mirados por el público con incredulidad, porque las grandes distancias entre las islas y los arrecifes de coral de los Cayos de Florida parecían prácticamente imposibles de comunicar entre sí. Sin embargo, el proyecto de Flagler, apoyado con numerosos medios, fué al fin examinado por los ingenieros más competentes, quienes después de serio y detenido estudio, declararon al menos que tal proyecto era realizable.

Naturalmente, la mayor dificultad con que se tropezó en la construcción fué al salir de tierra y principiarse la obra sobre el mar, la que puede decirse que comenzó en la pequeña población de Homestead, a unas 128 millas de Cayo Hueso. De ese punto en adelante la línea recorre 22 millas de terrenos pantanosos, donde se construyó un gran terraplén, sobre el cual se tendieron los rieles y a cuyos lados se construyeron canales para preservarlo contra el agua, que es muy abundante en las regiones bajas de esa parte del Estado. La línea se fué extendiendo como por encanto, descansando aquí y allá sobre islitas, hecho que a primera vista parecía imposible e inseguro.

Como puede verse en el mapa que acompaña este artículo, el próximo puerto terrestre que se halló fué Cayo Largo, isla de 27 millas de largo y la mayor del grupo. Al pasar ésta, el ingeniero tuvo que echar mano de todos los medios prácticos naturales para hacer seguro el trayecto. A 92 millas de Miami hay un viaducto de más de 2 millas de largo, donde la entrevía pasa a 30 pies sobre el nivel del mar con marea baja. Allí se construyeron 180 arcos de concreto reforzado, que hoy día parece que desafiarán la fuerza de las olas y las tempestades que caen de cuando en cuando en esas regiones. La luz de los arcos varía entre 50 y 60 pies; todos están colocados sobre cimientos de roca reforzados con pilotes.

El ferrocarril de la costa oriental acercó aparentemente a Cuba a los Estados Uni-

dos, mucho más desde que se puso en servicio activo uno de los más grandes y modernos ferryboats del mundo que hace posible el viaje de ida y regreso en un día entre ambos países, pues las facilidades de transporte han mejorado notablemente. Puede decirse que hasta hoy el servicio rápido ha beneficiado casi exclusivamente al exportador de frutas tropicales que no resisten una larga travesía, pero es de esperarse que dentro de poco tiempo los trenes de pasajeros puedan disfrutar de igual o mejor servicio para así poder repetir con precisión las primeras frases de este artículo.

El número de viajeros y turistas que van a Cuba y las Antillas es hoy día mayor que nunca, y como ahora se halla la Habana a 45 ó 50 horas de Washington en ferrocarril, ésto hace que también se hayan acercado otras regiones. En dicha capital se puede tomar un espléndido tren hasta Santiago; de allí se va por vapor en una noche a Kingston, la hermosa capital de Jamaica, donde pueden tomarse vapores para cualquier punto de las Antillas. Así, pues, el viajero puede evitarse hoy varios días de navegación en el agitado Atlántico, que siempre son desagradables debido al mal tiempo que hace generalmente en el mar al norte de los Trópicos.

A.

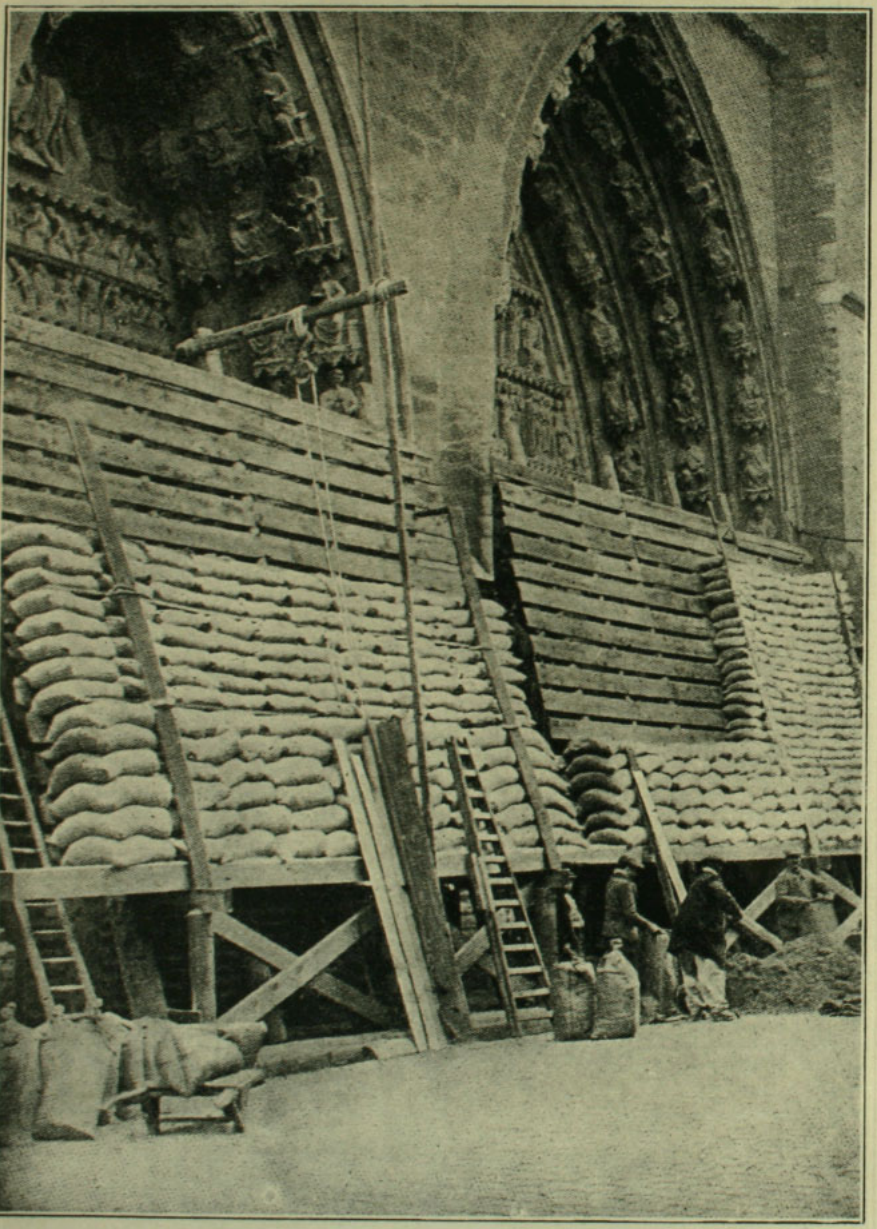
Cayo Hueso visto desde la bahía

Tropas francesas cargando a la bayoneta en la toma del reducto de Beauséjour en la Champagne. Fué esta una acción de las más reñidas en que por fin las tropas francesas lograron apoderarse del reducto construído allí por los alemanes

UNA EXPLOSION

He aquí una magnífica instantánea de los efectos de una explosión ocasionada por una bomba sobre las líneas de batalla

LA CATEDRAL DE REIMS



A fin de proteger la Catedral de Reims, el Estado Mayor francés ha tomado la resolución de resguardar sus grandes puertas con un sistema de andamiajes en madera, que cubiertos de sacos de arena, impedirán que el efecto de los proyectiles destruyan los bellos tallados en la piedra del enorme monumento.

Novela

Por la

BARONESA DE SUTTNER

Conclusión

Cari se apresuró a poner un límite a aquella elocuencia desenfrenada:

—¿Pero te crees en la Cámara alta, amigo mío?... Censuro el divorcio y comparto tu respeto hacia el orden moral... Sería verdaderamnte triste que la vida de familia, la enseñanza religiosa, los lazos del matrimonio se relajaran... Estas cosas son de capital importancia para el pueblo y la clase media.

—Evidentemente... veo con gusto que mantienes los buenos principios del partido conservador.

XVI

Los propietarios de Herrenberg, el Príncipe y la Princesa de Kyffausen, no eran ya jóvenes; el amo de la casa tenía ya setenta años y su mujer setenta y cuatro; sus hijas se habían casado hacía ya mucho tiempo, pero su casa continuaba siendo uno de los antros mundanos más frecuentados. En invierno, los bailes del palacio Kyffausen eran tan frecuentes como los de la corte; en otoño, las grandes cacerías de Herrenberg congregaban al cogollo de la sociedad austriaca. Los miembros de la casa imperial asistían a menudo, y en aquel año era esperado el mismo Príncipe heredero.

Corría el mes de octubre, y las cacerías habían comenzado desde hacía quince días. El castillo estaba lleno de invitados, entre los cuales se encontraban los Hohenberg; éstos no permanecerían sino pocos días, pues debían ir a sus dominios.

La Condesa de Simmersburg y su nieta habían recibido una invitación, y su carruaje acababa de entrar en el patio de honor.

No era la primera vez que Gertrudis iba a Herrenberg; algunas semanas antes, de paso para Marienbad, había visitadc el castillo, el parque y los naranjales con su abuela.

Había admirado aquel pequeño Windsor, cuya instalación interior valía millones; los tesoros de arte antiguo y moderno, la galería de cuadros, digna de Beldevera; la iglesia, tan bella como la capilla Tixtina, la sala de fiestas, y todo aquel lujo moderno, unido a aquella magnificencia histórica, la habían entusiasmado; había experimentado una emoción profunda, aumentada aún más por la perspectiva que se ofrecía ante ella de llegar a ser castellana de un dominio semejante...

Pero hoy que llegaba como invitada y

La mayor de las cuales era citada como un modelo perfecto

no ya como turista, su impresión era en absoluto diferente. En su primera visita, las habitaciones, los jardines, el parque, parecían dormir; ahora todo era viviente y animado; los trenes y los jinetes atravesaban el patio; los servidores iban y venían; damas con amazona esperaban en el vestíbulo; los acordes de un piano sonaban a lo lejos; los balcones, las ventanas, las rejas, estaban adornados con flores. En la gran escalera, con la magnificencia de sus pinturas al fresco, repercutía la bulliciosa alegría de aquel mundo despreocupado y divertido.

—¡Ah, abuela! ¡qué bonito es esto!—exclamó Gertrudis al entrar en el cuarto que le estaba reservado. ¡Qué contenta estoy! ¡Qué feliz soy!

—Calma, hija mía, calma. Esas exclamaciones son inoportunas—gruñó la Condesa, quitándose su sombrero.—Véte a arreglar un poco, porque tenemos que ir a saludar a la señora de Kyffausen. Verás qué amable y encantadora es... Es una de mis coetáneas, y hemos ido muchas veces al baile juntas... En aquella época nadie preveía que hubiera de conquistar a Kyffausen; ¡hay suertes tan imprevistas!... Así tú, Trudy... El castillo de Witterstein en Moravia, es casi tan hermoso como éste. El próximo verano iré a él a hacerle una visita... Fíjate bien en la manera cómo la dueña de esta casa hace los honores aquí, a fin de imitarla más tarde.

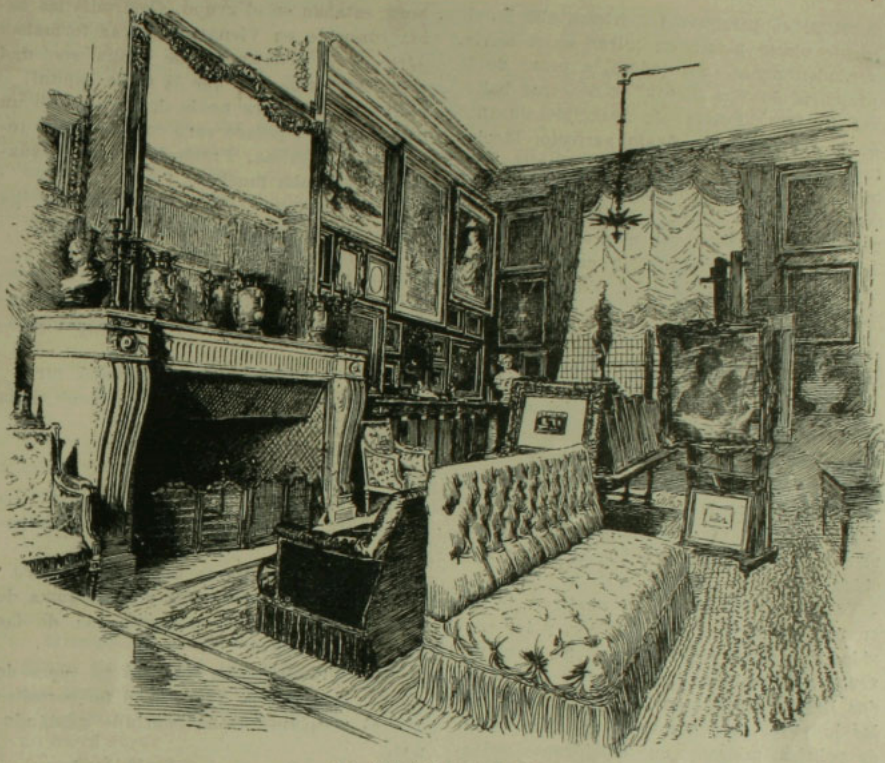
—¡Y Hans que llega hoy, abuela!

—Ya lo sé. Observa también las maneras de las Condesas jóvenes y trata de espiarlas. Las señoritas de Dillsky deben estar aquí; aprenderás con su trato; la mayor va a sociedad desde hace doce años; saben presentarse, saludar, conducirse, ser amables, hablar... no como tú, que te metes silenciosa en un rincón... En fin, gracias a Dios estás ya comprometida y no tiene importancia... Sin embargo, no hay que olvidarse de que los matrimonios pueden romperse a última hora... Imagínate que Witterstein te encuentra tonta o sosa y quisiera retirarse...

—¡Me moriría! me mataría!...—exclamó Gertrudis.

—Eres una chiquilla, Trudy. ¿Acaso no tienes religión ni decoro?... ¡Hablar de suicidio! Todas esas frases de novelas o dramas son de un género lastimoso.

Un cuarto de hora después, las dos Condesas de Simmersburg hicieron su entrada



La galería de cuadros

en el salón de la dueña de la casa. Era una vasta habitación dividida en ángulos y rincones por numerosos biombos. La anciana Condesa estaba sentada cerca de la chimenea en medio de un círculo numeroso. Al ver a las que llegaban, se levantó y fué a su encuentro.

—Sea usted bienvenida en Herrenberg, mi querida amiga... ¿Es su nieta esta preciosa criatura? Permítame usted que la abrace, señorita... Su prometido debe llegar esta tarde y le felicito por su elección.

Después siguieron las presentaciones entre las personas presentes y las recién llegadas. A las siete de la tarde, cuando llamaron a comer, la escalera de honor ofreció de nuevo un aspecto fantástico...

Unas quince damas, espléndidamente ataviadas, bajaban con lentitud en dirección al gran salón, arrastrando sus colas por los escalones alfombrados de terciopelo rojo; los grandes espejos reflejaban el brillo de los tocados, el fulgor de los brillantes, la belleza de las señoras del brazo de sus caballeros.

Gertrudis, la más feliz de todas, era conducida por Witterstein; en la mesa, la pareja estuvo también junta. Era la primera vez que la joven asistía a semejante espectáculo: el comedor estaba inundado de luz, que se quebraba en rayos multicolores sobre la cristalería y la plata. Por todas partes se entrelazaban guirnaldas de flores y servían criados con libreas de gala.

La conversación era animada; el rostro de las mujeres rivalizaba en frescura con las flores con que se adornaban, y sus ojos rivalizaban en brillo con los brillantes de sus collares. Los caballeros estaban todos de gran uniforme o frac, con la gardenia en el ojal, y algunos guapos mozos con la barba rizada y ondulante la cabellera. Pero el más apuesto de todos para Gertrudis era Hans Witterstein. Había dejado hacía dos años el servicio militar e iba de paisano, con lo que resaltaba más la distinción na-

tural de su persona. Experimentaba igualmente cierto placer en mirar a su novia, verdaderamente encantadora, a pesar de la presencia de "las diosas" y de otras bellezas ilustres. Poseía el invencible encanto de la juventud: un óvalo perfecto, facciones puras y ¡unos hoyuelos tan bonitos! La morena Ise veíase obligada a confesar que aquella delicada figura la eclipsaba por completo; experimentó vehementes celos ante la idea de que Witterstein concluiría por enamorarse de aquella niña. Sintió en su corazón la mordedura de la ira mezclada al sentimiento, y resolvió tratar al joven con glacial indiferencia.

Hans, por su parte, estaba muy irritado: encontraba verdaderamente deliciosa a su prometida; pero aquella cuya imagen le perseguía, la que llenaba su corazón y su alma, era aquella Isi de ardiente mirada y cabellos negros. No podía olvidar la felicidad que creyó alcanzar en París y que se presentaba a su mente como la mayor felicidad humana.

Terminada la comida, se abrieron de par en par las puertas del comedor, y los convidados pasaron a los salones. Se formaron grupos, se poblaron las mesas de juego, dedos ligeros oprimieron las teclas del piano, los hombres maduros se pusieron a hablar de política, mientras que los jóvenes rodeaban a las condesitas que lanzaban al compás de sus abanicos miradas lánguidas y seductoras sonrisas. Un vago murmullo de placer flotaba en el aire, impregnado de perfumes, saturado de aromas embriagadores...

Gertrudis estaba extasiada. La idea de ser pronto llamada, como ama de casa, a hacer los honores de una morada igualmente magnífica, hacía que considerase todo aquello con el vago orgullo de las posesiones futuras. Aquella pobre señora de Kyffausen no representaba ya la juventud, la belleza, el amor, mientras que ella... Verdaderamente su felicidad era sobrehumana.

Witterstein, hay que confesarlo, no estaba a su lado; se había ido a la sala de fumar, dejando a Gertrudis con sus amigas. Había allí una decena de muchachas, bonitas todas, bien educadas, elegantes, teniendo todas entre sí un parecido en su fisonomía y en sus modales: el parecido que da el hábito del mundo. Las cuatro hermanas Dillsky, la mayor de las cuales asistía a los bailes desde hacía doce años, y citada como modelo perfecto por la Condesa de Simmersburg, estaban en el grupo. Gertrudis las había conocido en Viena; las otras formaban parte de la aristocracia de Praga, sociedad más restringida aún que la de la capital.

Una de ellas era novia del titular de un mayorazgo, el pájaro raro codiciado por todas las condesitas. Precisamente este asunto las intrigaba mucho.

—Figúrate que esa Resi Sernetzky ha hecho la conquista de Rudi Schonegg..

—¿Quién es?—preguntó Gertrudis.

—Rudi Schonegg tiene una renta de ciento cincuenta mil florines... Un guapo muchacho, algo mala cabeza, pero muy simpático.

—¡Un bailarín menos!—suspiró otra.

—Sin embargo, esa Resi no tiene nada de particular.

—Es amarilla...

—Fea y fastidiosa...

—Ni siquiera recibida en la corte. La abuela era hija de un panadero, según parece...

—¡Bah! la harán un árbol genealógico.

—¿Cuál es el joven que más te gusta de los que están aquí? preguntó una de las hermanas Dillsky.

—Witterstein; pero ese está ya fuera de cuenta; ¿no es así, Trudy? Tú no permites que el arrogante Hans continúe gustándonos.

—No fastidies a la pobre Trudy. Mirad qué encarnada se ha puesto. No sabe qué responder... Estate tranquila, querida: Hans es tu propiedad por algún tiempo.

—¿Por algún tiempo nada más?

—Sí, porque el hombre recobra su libertad después de algunos años de matrimonio.

—Pero, sin embargo, a vosotras no os interesan más que los solteros.

—Mientras no nos casemos...

—¡Oh! ¿Cómo puedes decir eso?

Witterstein volvió al salón y se acercó a las dos "diosas".

—No he tenido todavía ocasión de saludar a ustedes, señoras, y preguntarles por su estancia en Ischl.

Cari fué la que respondió y continuó la conversación. Un joven oficial que estaba sentado al lado de Isi, se levantó y cedió el puesto a Witterstein

—¡Qué hermosa está usted siempre!—dijo Hans en voz baja, apoderándose de la butaca vacante.

La Condesa volvió ligeramente la cabeza para mirarle bien de frente y respondió:

—Le prohibo a usted ese género de galanterías.

—Confieso que el cumplido es vulgar, pero el sentido es profundo.

—¿Es así como me obedece usted?... Repito que no quiero oir nada parecido. ¿Ha sido usted afortunado en la caza?—añadió en voz más alta.

—He llegado por la tarde.

—¿Va usted a estar aquí mucho tiempo?

—Hasta mi... sí, algunas semanas.

—Hasta su boda, quiere usted decir. Le deseo muchas felicidades... Trudy es verdaderamente seductora... tan bonita, tan sencilla, tan graciosa; un verdadero capullo de rosa. Debería usted ir a hablar con ella; su falta de solicitud pudiera ser mal interpretada.

—¿Tiene usted noticias de Thunen?

Witterstein quería con esta pregunta vengarse de Isi, indicándole que tampoco ella era libre.

—¿De mi marido? Hoy he tenido carta suya.

—¿Qué dice?

—Es usted muy curioso. Me dice que va a dejar pronto su puesto en San Petersburgo para volver a Viena.

—¿Y le perdonará usted?—preguntó Hans en voz muy baja.

—No le comprendo a usted.

—No quiere usted comprenderme. Jamás ha querido usted comprender ni adivinar mis sentimientos.

—Debo confesar que si siempre se ha presentado usted como un jeroglífico viviente, jamás me he cansado en descifrarle.

—¿Por qué se ha de burlar usted siempre de mí?

—¿Quiére usted que lo tome por lo trágico?

Ise se levantó y se dirigió al otro extremo del salón, mientras que Witterstein navegaba hacia la isla de las condesitas.

XVII

Gertrudis estaba cerca de una ventana de la escalera, y miraba al patio de honor. Eran las nueve de la mañana, y el alegre sol de octubre envolvía con su luz dorada el animado cuadro de la salida para la caza. Cuatro grandes *breaks* esperaban a los invitados para conducirles al lugar de la cita; los guardas corrían de un lado para otro apresuradamente; los encargados de los perros cuidaban de las traillas, y los mozos de cuadra paseaban a los caballos de la brida.

Trudy es verdaderamente seductora... tan bonita, tan sencilla, tan graciosa; un verdadero capullo de rosa

Un grupo de cazadores salió del castillo y se puso en marcha, después de haber tomado un ligero refrigerio en el comedor. Gertrudis buscaba con los ojos a su amado, y no tardó en descubrir su elegante silueta cerca de tres damas con amazona. Todos los reunidos se alejaron en medio de los

gritos, de las risas, de los ladridos de los perros, del chasquido de los látigos y de los toques de silbato. Los coches, los jinetes, la jauría, los cazadores, desaparecieron en un torbellino de polvo, arrastrados por una carrera desenfrenada en el hermoso paisaje otoñal. Gertrudis les siguió con los ojos y saludó a Hans, que la vió antes de salir del patio. Volvió a su habitación, en donde su abuela desayunaba con peinador y cofia.

—Vaya, ¿les has visto marchar, Trudy?

—Sí—respondió la niña, sirviéndose una taza de te. ¡Qué lástima no saber montar a caballo! ¡Me gustaría tanto galopar por los campos!

—Tu marido te enseñará equitación, si le parece bien... Quizás te llevará también de caza.

—¡Oh! no tengo ningún deseo. Matar un pobre animal sin defensa...

—Tienes razón en no gustarte la caza; no es una diversión femenina, pero tu compasión sentimental hacia los animales está fuera de lugar, y te aconsejo que no pronuncies frases semejantes delante de los cazadores... Pero repito que tal ejercicio es propio de los hombres; en mis tiempos no se hubiera atrevido ninguna mujer a echarse la escopeta a la cara y a calzarse botas de montar. Estas costumbres son de importación inglesa; observa bien que todo lo malo viene del extranjero. Pero hablemos de otra cosa... ¿Por qué se ocupó tan poco de ti ayer noche Witterstein, Trudy?

—No lo sé, abuela.

—Sin duda no eres bastante amable. Sé, pues, alegre, espiritual, divertida...

—¡Eso es muy fácil de aconsejar!

—¿Qué dices? Pierde la costumbre de responder a mis observaciones, es muy impertinente.

Gertrudis se levantó. —

—¿A dónde vas?

—Voy a escribir a mi amiga María, abuela; la he prometido una descripción detallada de Herrenberg.

—¡Siempre escribiendo! ¿Qué gusto sacas en emborronar docenas de pliegos?... Además, no creo que puedas continuar tratando a tu amiga María cuando estés casada... Una Baronesa de nada, destinada a casarse con un burgués cualquiera... Pierde, pues, la costumbre...

—¡Ah! querida abuela, el número de costumbres que tendré que perder... o que adquirir, es incalculable...

—Es verdad, pero debes ser impecable; bastante te sermoneo...

—¡Oh, sí!

La joven se puso a escribir. Al cabo de media hora oyó la voz de su abuela:

—¿Has acabado, Trudy? ¡Lo menos has llenado veinte carillas! Sin embargo, no puedes tener mucho que decir, pues acabamos de llegar... Deja tu correspondencia para la semana próxima, la describirás las fiestas dadas en honor del Archiduque.

—¿El Archiduque?—preguntó Gertrudis, dejando la pluma.

—Sí, durante la estancia del Archiduque se van a organizar toda clase de diversiones, según me ha dicho ayer la señora de Kyffausen: bailes, charadas, tal vez una comedia...

—Es preciso que escriba todo eso a mi amiga—dijo la joven, volviendo a empuñar la pluma.

A la una llamaron al almuerzo. Asistieron pocos comensales, pues casi todos estaban de caza. Isi Thunen se sentó enfrente de Gertrudis y se puso a observarla con cierta benevolencia. Quería ver de cerca a su rival, conocerla, demostrarla simpatía y arrojar de su corazón la imagen que comenzaba a turbarla. Veía claro en su alma. Ahora que su marido volvía, experimentaba una profunda satisfacción al haber sido irreprochable, y poder, desde lo alto de su virtud, echarle en cara sus infidelidades. No pensaba reconciliarse con él, pues sabía que no había de renunciar nunca a sus malas costumbres; pero por lo menos él ignoraría la inclinación de ella hacia el novio de otra. Se acercó, pues, a la joven con el firme propósito de mostrarse indulgente y buena.

Isi esperaba que una mayor intimidad con Gertrudis la afianzaría en su decisión de romper todo lazo con Witterstein, y la facilitaría la ejecución. No podía evitar completamente el encontrarse con él, pero quería estar bastante segura de sí misma para mirarle con indiferencia y ver en él la inviolable propiedad de otra. Así, durante el almuerzo, dirigió la palabra a Trudy con afabilidad, y no recibió más que breves y tímidas respuestas. Se acercó a la joven al levantarse de la mesa, y cogiéndola del brazo, dijo:

—No podría decir, hija mía, lo simpática que me es usted. Se parece usted a la hermana menor que perdí hace algunos años. Tenía como usted una cabeza de madona.

Un grupo de cazadores salió del Castillo y se puso en marcha...

El ama de la casa se dirigió a sus invitados:

—¿Quién de ustedes, señoras, desea dar un paseo en coche? Voy a mandar enganchar.

—¿Quiére usted venir conmigo al encuentro de los cazadores, Gertrudis? ¿Lo permite usted, Condesa?—preguntó a la de Simmersburg.

—Con mucho gusto, querida Condesa.

Una hora después, Isi y Gertrudis se dirigían en victoria al bosque. El aire, más picante con la rapidez de la carrera, avivaba la frescura de su cutis y las rosas de sus mejillas bajo la gasa de sus velillos. Se miraban ambas con admiración exenta de envidia, como todas las mujeres perfectamente hermosas. La amabilidad de la linda mundana encantaba a Gertrudis y la inspiraba un verdadero agradecimiento. Por su parte, Isi hacía todo lo posible para olvidar a Witterstein y ser la amiga de la seductora novia.

—Es un paseo delicioso, ¿no es verdad?

—Delicioso, Condesa.

—¿No querría usted renunciar a darme ese título ceremonioso y tutearme?

—Sí, si me lo permites—dijo Trudy muy encarnada.

Se apretaron tiernamente la mano para sellar su nueva amistad. Isi preguntó después de un momento de silencio:

—Dímelo francamente, Trudy, ¿le amas?

—Sí, con toda mi alma.

—Cuéntame tu noviazgo.

—Se ha deslizado con la rapidez de un relámpago en un cielo sereno... no completamente sereno, había una nubecilla en el horizonte. Desde hacía ocho días me preocupaba Hans, y él también se había fijado en mí, a lo que parece... Nos habíamos visto en el Prater, después en la Opera... El llama la atención, ¿no es verdad?

—Es un buen mozo...

—Algunas malas lenguas se han atrevido a insinuar que en estos últimos tiempos hacía una corte muy asidua a una mujer de nuestra clase... No han querido decirme el nombre... ¿Sabes tú algo?

—¿Yo?... No sé...

—Tengo miedo de ser un poco celosa.

—Será preciso que pierdas esa costumbre, Trudy.

—¡Oh! estás hablando como mi abuela.

—¿Te sermonea también sobre los celos?

—¿Sobre qué no? Has dicho sin saberlo su frase favorita: "Trudy, hay que perder esa costumbre." Parece que estoy plagada de malas costumbres... El mayor placer que me causa mi boda es que la abuela no podrá, cuando esté casada, hacerme perder o adquirir tantas costumbres.

—¡Tu marido se encargará de ello!

—¡Oh! no creo que Hans se ocupe en corregir los defectos de todo el mundo.

—Tampoco lo creo yo.

—¿Le conoces desde hace mucho?

—Desde hace unos seis años.

—Me acuerdo que el memorable día en que fuí a la Opera, fué él a verte al palco; después, recientemente, os habéis encontrado en París... y ayer, su primer movimiento fué sentarse a tu lado... Isi, sé sincera: ¿no serías tú la hermosa mujer a la que hace la corte?

—¡Loquilla!... Estate tranquila, nada tienes que temer de mí. ¡Te has puesto pálida!

—No me tranquilizo... ¡Eres tan hermosa y es natural que te adoren!

—Y tú, ¿no eres bonita?... Créeme, querida mía, los celos es el tormento más inútil que pueda una inflingirse a sí misma... y te aconsejo, como tu abuela, que pierdas esa costumbre, Trudy.

XVIII

De John Walgrave a Walter Sydney, en Boston.

"He dejado el tranquilo castillejo de Turingia por una residencia regia—podría decirse casi una corte real,—Porque Herrenberg no es un dominio como los demás: su magnificencia, el lujo de sus recepciones, la etiqueta que se observa, la elevada posición de su propietario, la categoría de sus invitados, constituyen una propiedad completamente aparte.

"Mi persona es la única mancha vulgar en el fondo de armiño de esta asamblea escogida. No es mi fortuna la que ha abierto las puertas de esta aristocrática morada, es la amistad que me demuestra el duque Emilio; goza de gran consideración en la sociedad austriaca, y es muy apreciado. Se sabe que me honra con especial estimación, y esto ha bastado para ser admitido en este cenáculo cerrado. Estoy satisfechísimo de ser recibido en este mundo 'selecto", en donde puedo continuar mis estudios sobre esta nobleza "de nacimiento" que falta por completo entre nosotros. No encuentro más que en Europa, en donde aparece como un resto del pasado, como una institución viviente, floreciente y válida. ¿Quién ha podido decir que no era más que un montón de ruinas?

"Por lo demás, la nobleza austriaca es la menos contaminada por el modernismo; no se recluta como los pares de Inglaterra en la burguesía; aquí los "diez mil" son más bien una casta que una clase; ocupan una posición muy envidiable y se atribuyen todos los honores. La nobleza inglesa me ha parecido altiva, la de Francia vanidosa, pero la de Austria es orgullosa. No es esto una censura; el orgullo es un defecto insoportable, del que no siempre es uno responsable... ¿cómo evitarlo cuando el mundo entero le declara a uno de esencia superior al común de los mortales?... Si yo fuera austriaco y propietario de Herrenberg, mi soberbia no conocería límites, viendo que en cuanto dijera: "Me llamo Kyffausen", las gentes se prosternaban hasta el suelo y me lamían el polvo de las botas. Una residencia como ésta, es propia para mantener y fomentar tal sentimiento. Se ven aquí galerías de retratos de antepasados coronados, salas llenas de armaduras de familia, habitaciones que fueron ocupadas por huéspedes regios, museos de objetos preciosos, pergaminos, archivos, que demuestran el esplendor de la casa.

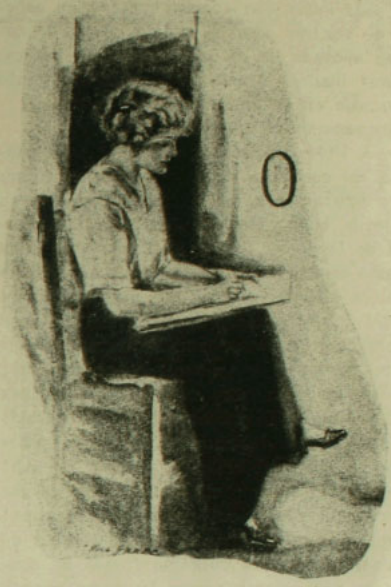
"Todo habla aquí de poder, de lustre, de gloria; todo acusa la supremacía de la raza,

del nacimiento, de la "sangre azul"; todo... desde las almenas en donde ondea la bandera, hasta los sótanos en donde reposan los esqueletos de los abuelos en sarcófagos de piedra... Así comprendo que la nobleza de aquí no gusta de viajar, pues ha de faltarle en el extranjero la atmósfera de respeto a que está habituada. ¿No es una ofensa para una Alteza oirse llamar señor o señora? Además, debe ser penoso mezclarse al movimiento contemporáneo, del que se está voluntariamente apartado; ser arrastrado por la impetuosa marea de las ideas nuevas; ser cogido en un torbellino que aturde y trastorna... Vale más quedarse en su casa; allí, con el manto de Príncipes sobre los hombros, los títulos, las insignias, los cargos son tangibles realidades, mientras que fuera todas esas cosas no parecen más que simbólicas vanidades...

"He encontrado entre los invitados algunas personas conocidas. Las dos hermanas que conocí en una partida de campo, en Versalles, y a las que encontré en Trouville, están aquí con el joven oficial de caballería que corteja a una de ellas—a la morena—de un modo tan molesto. En esta ocasión el objeto de su ardor es otro, va a casarse con una adorable criatura de diez y siete años, rubia como Venus y que se llama Trudy, abreviatura de Gertrudis. Lo más curioso es que Isi y Trudy—las dos rivales—están siempre juntas, como dos cotorras inseparables en el mismo perchero. Parecen ser muy íntimas, y el futuro marido se muestra muy perplejo ante esa amistad. Creo que prefiere la mujer morena del prójimo a su rubia prometida.

"El duque Emilio ha reanudado las apacibles funciones de Sigisbea cerca de su princesa de cabellos de oro. No he tratado de que me haga confidencias, pero opino que semejantes funciones constituyen una sinecura habitual, la más tranquila, la más platónica del mundo. ¡Hombre feliz! está por encima de todas esas pasiones, de todos los sueños de ambición o de gloria. No vive más que para su placer favorito, el placer de aprender. Es un espectador; el mundo es para él un teatro, en el cual ocupa siempre su palco de abonado; lo que pasa en la escena le conmueve, le hace reir o llorar, pero conserva su independencia de crítico o de aficionado: un verdadero sabio.

"Espero verte muy pronto, porque cuento volver a América en la primavera próxima, con el duque; tengo curiosidad de ver la impresión que le producirá esa animación febril, esa vida de trabajo y de negocios, esos armarios altos como casas, esos tejados coronados por una red de hilos telegráficos, esas largas avenidas, esos tranvías, esos trenes. ¿Le agradará todo eso? ¡Oh patria mía de la bandera estrellada, patria grande, activa, fuerte, inteligente! ¿Te apreciará el europeo? ¿No te juzgará desprovista de poesía, porque no tienes ni catedrales, ni castillos feudales, ni Cortes reales? ¿Te despreciará porque te falta la majestad del pasado, y porque no tienes más que tu presente glorioso y tu porvenir lleno de promesas?... Pero observo que caigo en un género de literatura del que abomino, y prefiero no continuar."



Es preciso que escriba todo eso a mi amiga

XIX

Eran las cinco de la tarde: Isi, deseosa de descansar, había subido a sus habitaciones. Un criado acababa de disponer el te sobre la mesa del salón, y la joven, sentada cerca de la chimenea, contemplaba las llamas del hogar. La noche comenzaba a caer, sumiendo en sombras a la estancia. Isi, que acababa de dar un paseo a caballo, había

trocado la amazona por una bata de casa de seda negra con anchas mangas, en espera de vestirse para la comida. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo de su butaca, y sus blancos brazos formaban un punto luminoso en la obscuridad.

Pensaba en Witterstein.

—A Dios gracias—se decía—he dominado a mi corazón. Tengo ya bastante calma para figurarme a los recién casados en su viaje de boda. Me complazco en la felicidad de la pobre Trudy... Deseo que Hans la ame como ella se merece.... ¡Ah! ¡Si yo hubiera querido romper ese matrimonio en París!... ¡Y la noche de Versalles!... ¡qué fascinación! El también se ha calmado; evita mi presencia y apenas me habla... Por lo demás, desde hace una semana no nos hemos dirigido la palabra.... Más vale así; ¿qué podríamos decirnos?... ¿Que ya no nos amamos? Es preferible el silencio... ¡Ah! ¡qué alegría haber comprendido al fin la paz interior, el reposo del corazón y del alma! Marcharé mañana; cambiaremos después de la comida algunas vulgares frases de despedida, nos estrecharemos la mano y todo habrá concluído completamente.

Isi se estremeció al escuchar abrirse la puerta y oir una voz bien conocida que preguntaba:

—¿Está usted visible, Condesa?

Esta se levantó bruscamente, reprimiendo un grito:

—¡Usted... usted... Witterstein!

Hans entró y dijo:

—¡Qué obscuridad! ¿Dónde está usted? ¡Ah! Mis ojos se acostumbran a las tinieblas y percibo a usted al lado de la chimenea; se parece usted a una maga de Egipto con su bata de seda negra, sobre la cual las llamas lanzan reflejos fantásticos...

¿Por qué le palpitaba el corazón a la joven? ¿Y aquella indiferencia de que se vanagloriaba hacía un momento? ¿De modo que la fuerza no existía más que en plena luz, en los salones llenos de gente, en medio de la multitud? La entrevista no tenía nada de terrible, sin embargo... Permaneció silenciosa.

—Condesa, he venido a despedirme de usted. He sabido que nos deja usted mañana por la mañana.

—Pero todavía le veré a usted esta noche en la comida—dijo ella con afectada frialdad.

—No es lo mismo. Creo que tenemos que decirnos algo más que un ádiós indiferente delante de todos los invitados.

—¿Cómo es que no ha ido usted de caza?

—Sabía que era el último día que pasaba usted aquí y esperaba encontrarla sola. Su hermana está con la señora de la casa; por fortuna usted se ha quedado en sus habitaciones y aquí me tiene usted.

—Para presentarme sus respetos. Está bien.

La Condesa procuraba conservar un tono indiferente. La situación, por lo demás, no tenía nada de desagradable, porque en la voz del joven vibraba una profunda ternura.

—¿Quiere usted una taza de te? Pero déjeme que encienda—dijo tomando de encima de la chimenea una caja de cerillas.

—¿Para qué? Esta semi-obscuridad es deliciosa... Permítame que acerque esta mesita y pondremos el te en ella.

Isi consintió y llenó dos tazas con la perfumada bebida. Witterstein las cogió y las puso sobre la mesita. Después la joven se volvió a sentar en el mismo sitio. Hans avanzó otra butaca y se sentó enfrente.

—Ahora, Condesa, digámonos adiós.... ¡Qué palabra tan triste! ¿No es verdad?

—En las circunstancias actuales, no... Por de pronto esta despedida no es eterna; nos encontraremos frecuentemente en sociedad. Supongo que su futura mujer abrirá sus salones... Me inspira mucha simpatía; es una criatura verdaderamente deliciosa... es digna de ser feliz...

—Es decir, que merece un marido mejor, un marido cuyo corazón esté libre.

—¡Oh! Ella sabrá conquistar a usted y conservarle celosamente si usted pone en ello un poco de buena voluntad.

—Seamos francos. Isi.

Háns se levantó y la cogió una mano, que ella no retiró.

—Está bien, Hans, ¡seamos francos! Tengamos valientemente una explicación última, y después rompamos para siempre. Usted me ha querido un poco...

—¡Oh! Un poco... ¿Cómo puede usted decir eso?

—Los hechos demuestran. Sus relaciones...

—¿No he puesto mi suerte en manos de usted? ¿No la he suplicado que rompa esos lazos con una palabra, con una sola palabra?

—Si me hubiera usted querido sin reservas, no se hubieran formado nunca semejantes lazos. Ahora es ya demasiado tarde. Trudy le adora, y usted no puede destrozar esa alma...

—Sin embargo, yo le soy a usted absolutamente indiferente...

—¡Harto lo sabe usted!...

—¡Podríamos ser tan felices, Isi!

—¿Felices?...

—Muy felices...

—Imposible.

—Sin embargo, este amor...

—¡Jamás!

—Nada podría separarnos, amor mío; mi vida es de usted...

—¿Y Gertrudis?

—No cometeré la villanía de ligar a mí a esa pobre niña; mañana le diré la verdad y la rogaré que me devuelva mi palabra.

—¿Y yo?

—¿Usted?... Usted es libre. Su marido la ha traicionado, engañado, abandonado.

—Levántese usted, por amor de Dios. Pueden entrar aquí de un momento a otro, y estamos en la obscuridad.

Hans se apresuró a levantarse.

—Tiene usted razón.

—Márchese, márchese, se lo ruego... nos veremos abajo, hablaremos...

—¡Sea! Me voy—exclamó él, queriendo estrecharla por última vez entre sus brazos...

—¡Márchese!—replicó ella con tono suplicante.

Besó apasionadamente la mano de Isi y se alejó. Ella permaneció algunos instantes de pie en el mismo sitio, apoyada en la butaca.

—¡Estoy perdida!—murmuró en voz baja.

Con temblorosa mano encendió las bujías de la chimenea y la deslumbró el brusco paso de la obscuridad completa a la luz brillante. Miró alrededor y lanzó un grito; allí, en un sofá, yacía un cuerpo femenino...

—Cari, ¿eres tú?—preguntó anhelante.

No respondió nadie; la desconocida permanecía inmóvil. Isi dió algunos pasos vacilando. ¡Jesús! era Gertrudis... ¡Gertrudis desvanecida!

XX

Aquella noche faltaban en la comida dos invitadas: la Condesa de Thunen y Gertrudis Simmersburg. Se dijo que la última acababa de sentirse repentinamente indispuesta y que Isi permanecía a su lado acompañándola. Así explicó la abuela la ausencia de su nieta y la de Isi.

—Trudy sufre un violento dolor de cabeza y ha tenido que acostarse; la buenísima Condesa de Thunen no ha querido dejarla. Yo quería quedarme también, pero las dos me han hecho que baje, prometiendo llamarme si el malestar aumentaba.

—¿Será conveniente enviar en busca de un médico?

—No, por esta noche. Veremos mañana, si no se encuentra mejor. No es más que un enfriamiento; esa loquilla atraviesa siempre los corredores sin abrigarse. Cuando a eso de las cinco me pidió permiso para ir a hacer una visita a Isi, le recomendé que se echase algo sobre los hombros... Pero ya estaba lejos, con su traje ligero, medio escotada, vestida para la noche... Una hora después, volvió pálida, con estremecimientos, sostenida por su amiga, y en seguida se ha acostado.

A Witterstein le dió un vuelco el corazón al escuchar aquella relación. La idea de que las dos jóvenes estaban juntas le torturaba... Gertrudis había ido a ver a Isi a las cinco... ¿habría presenciado tal vez la escena de amor? ¿Habría oído todo? ¿Habría tal vez sorprendido al ardiente secreto?... Debía haber caído enferma de dolor.... ¡Cuánto la amaba la pobre criatura! ¿No había él en su pasión desenfrenada, destrozado la felicidad de aquella encantadora niña, y también la suya?.. Pero, ¿qué hacer? La boda era imposible, puesto que él pertenecía por completo a otra mujer... Y a pesar de todo, ¿no valía más ca-

No respondió nadie; la desconocida permanecía inmóvil

sarse con Gertrudis, evitar el escándalo de semejante ruptura? ¿Qué diría su tío?.... Era un mal asunto... Todas estas ideas se agitaban en la mente de Hans, perturbado por complicaciones tan novelescas.

—Ya se ve lo que quiere usted a su prometida—dijo la señora de Kyffausen.

—No come usted nada—añadió la Condesa de Simmersburg.—Contaré a Trudy lo que se preocupa usted por su salud, la agradará mucho. Es una buena muchacha, algo corta aún, un poco tímida, pero no tardará en avisparse... Dígame usted, ¿quién es ese amigo del duque Emilio? No comprendo cómo pueden traer semejantes personas a Herrenberg. Ese señor será tal vez un hombre muy respetable, pero, en suma, "no es persona..." Un comerciante de telas o algo parecido. En verdad, el mundo está trastornado. El Duque tiene, sin embargo, un tacto, un tacto exquisito... así todo el mundo conoce su afección hacia Cari, y sin embargo, nada se puede precisar... ¡Pero no me escucha usted, Hans!

—¿Decía usted, Condesa?

—¿Pero dónde tiene usted la cabeza?

—Arriba, con Gertrudis.

Y era verdad; hubiera dado algunos días de su existencia por escuchar el coloquio de las dos amigas. Isi estaba sentada a la cabecera de la joven y trataba de consolarla.

—Trudy—le decía tiernamente,—cesa de llorar. ¿No me crees? Te juro por lo más sagrado del mundo que mañana me marcharé y no le volveré a ver. Te pertenece... debes serlo y serás dichosa... ¡Tú eres un ángel, querida mía! Cuando recobraste el sentido, en vez de abrumarme con tus censuras, me abrazaste llorando y me recomendaste que le amara y le fuese fiel... Te pregunté si no me guardabas rencor, y me respondiste: "Mi vida ha concluído, y todo sentimiento de venganza desaparece en el momento de morir." Loquilla, ¿por qué hablas de la muerte?

—¡Ay! ¡porque soy desgraciada!

—¿Por qué, Trudy? ¿Ya no tienes la confianza en mi palabra? Mi marido va a regresar a Austria y me reconciliaré con él. Te lo suplico, no llores. ¿Quieres que me vaya, si te es penosa mi presencia? Sin embargo, estoy aquí, a tu lado, por instancias tuyas. "Isi—me has dicho—no me dejes, nadie conocerá lo que ha pasado. Eres ahora mi única confidente, como yo lo soy tuya. Quiero explicarme contigo." Pero te callas, me dejas hablar a mí sola, y me destroza el corazón verte llorar tan amargamente.

Gertrudis levantó la cabeza.

—¡Ah! quisiera morirme... morirme..

—¡Otra vez, Trudy! me has prometido desechar esas malas ideas.

—¡Toda mi felicidad está destruída!

—Reflexiona un poco, querida mía: yo soy el único obstáculo a esa felicidad, y desapareceré de tu vida...

—¿Para qué? te seguirá si te vas... Te adora y no me quiere: lo he oído de sus propios labios... Quiere recobrar su libertad...

—No hagas caso, Trudy...

—Se la devolveré yo, aún cuando él no la pida... No quiero un corazón que pertenezca a otra...

—Sabrás hacerte amar, Trudy; lo mereces más que yo. ¿Por qué romper esa boda que te dará rango, fortuna, posición? No es de desdeñar el ser Princesa de Wittersteín...

—Sí, Isi, tienes razón, todo eso es muy hermoso... ¡pero qué importa, si no soy amada! ¡Déjame llorar, déjame morir en paz!

—Escucha, Trudy, se va a acabar la comida. Van a subir y te encontrarán llorando. ¿Cómo explicarás tu congoja? Nadie debe saber el motivo... Es preciso que tú misma lo olvides...

—¡Si pudiera!...

—Hans debe también ignorar que has sorprendido nuestra pasajera debilidad... Mañana marcharé, dejándole una carta, en la que le declararé nuestra ruptura definitiva. Entonces quedarás en libertad de ser su mujer, llevar la corona ducal, conquistar el amor de tu marido... ¡Tu suerte no tiene nada de horrible! Sé razonable, querida mía, no se puede tener todo en este mundo; sobre todo en el nuestro. Tú eres aún una niña, y no comprendes nada de estas cosas... Crees que los matrimonios se hacen como en las novelas... ¡Desengáñate! Los jóvenes reparten su corazón por todas partes; tu prometido, aún cuando esté enamoradísimo de ti, encontrará en la vida otras Isi que se seduzcan. Mira mi marido, mira Hohenberg, mira los hombres que te rodean. Créeme, Trudy, evita un escándalo...

—Isi, no te comprendo. Amas a Hans, puesto que te he visto en sus brazos, casi sin conocimiento. ¿Cómo puedes vivir sin él?

—Estás equivocada... No experimento, o más bien, no he experimentado ningún amor por Hans... Ha sido un arrebato, un vértigo, una embriaguez pasajera; he aquí todo... El encanto que me fascinó durante esa hora del crepúsculo, ha desaparecido. Desde que has llorado sobre mi corazón, Trudy, siento que no amo ya a Hans; hasta siento que no le he amado nunca. Mi deseo más ardiente es veros a los dos unidos, y no tengo celos de su afección hacia ti. Ha experimentado hacia mí un simple capricho, uno de esos sentimientos vivos y breves que son frecuentes en nuestra vida sobreexcitada y neurótica, sentimientos de curiosidad, de deseo, de excitación, de enervamiento, de vanidad, de orgullo, de todo, en fin, excepto de amor.

—¡Oh, mis sueños!...

—Ay, hija mía! Hay un abismo entre los sueños y la realidad... En la vida real, el amor no desempeña un papel exclusivo y absoluto.

—Pero, todos mis libros...

—¡Tus libros mienten!... Tus novelas se te suben a la cabeza y falsean tu imaginación con vanos espejismos... Tú no eres una heroína consagrada a un dolor eterno...

—¡Sí!

—¡No! Tú serás dichosa, a menos que no te acarrees tú misma un violento desenlace: el convento o el suicidio.

—No me mataré, pero el exceso de mi pena hará sin duda que muera. ¡Cómo resistir a la ruina de tal felicidad, de una "felicidad sobrehumana", como yo la llamaba...!

—¡Conténtate con lo que te queda, Trudy. Acabas de sufrir un gran dolor; pero la vida puede todavía ser grata para ti...

—¡Tratas de consolarme, mi buena Isi!

—¡Ah! no soy buena... Acabo de hacerte sufrir.

—No es culpa tuya si él te ama... ¡Ah! ¿Por qué quería casarse conmigo si su corazón no era libre?

—¡Silencio, querida mía! No llores, oigo andar; debe ser tu abuela...

XXI

—¿Puedo entrar?

Era Witterstein que llamaba a la puerta de la Condesa de Simmersburg, la cual acababa de entrar en su habitación.

—¡Ah! ¿Es usted, Hans?... ¿Viene usted a preguntar por Gertrudis?

—Quisiera verla un momento, Condesa.

Gertrudis estaba echada, vestida, en un sofá y parecía descansar con los párpados cerrados

—Está descansando. No sé a qué atribuir su indisposición... ¿Acaso una contrariedad...? ¿Han reñido ustedes alguna vez? Ella no quiere decir nada.

—No, Condesa.

—Tal vez haya tenido alguna discusión con Isi Thunen. Dice que no tiene más que una fuerte jaqueca; pero debe haber algo más, porque he sorprendido señales de lágrimas en sus mejillas. Al principio he creído en un enfriamiento cogido en los corredores del castillo, pero en seguida he comprendido que debía experimentar algún disgustillo, alguna nubecilla de muchacha. Entonces la he aconsejado que pierda la costumbre de esas niñerías; la he preguntado, la he interrogado como un verdadero juez de instrucción, y se ha limitado a repetirme: "Tengo un espantoso dolor de cabeza, nada más; te ruego que me dejes tranquila". Sin embargo, es necesario que yo sepa a qué atenerme para cuidarla... Es una ridiculez la de Gertrudis en concedernos tan poca confianza a las personas de edad y de experiencia.

—Perdóneme, Condesa; pero tal vez no es usted bastante indulgente con las penas de Trudy...

—¿También usted se pone de su parte? ¡Ya! Adivino el secreto de ustedes... Ha debido haber una disputa de enamorados, uno de esos enojos que concluyen con una tierna reconciliación... Tal es el motivo de su visita, ¿no es verdad?

—Lo ha adivinado usted, Condesa. Déjeme ver a Gertrudis, y la ruego encarecidamente que me deje verla sin testigos.

La Condesa vaciló:

—No sé si eso estará bien: mi presencia les ayudaría indudablemente a hacer las paces... En fin, no quiero mostrarme ni desconfiada ni terca; consiento en dejar a

ustedes solos. Después de todo, usted es el prometido de Gertrudis y dentro de algunas semanas será usted su marido... Vaya, pues, a reconciliarse con ella.

—¿Decía usted que estaba dormida?

—Trudy cierra siempre los ojos cuando me acerco a ella y simula dormitar, a fin de evitar las explicaciones... La encontrará usted despierta... Aquí me quedo.

Hans se aprovechó del permiso y entró sin hacer ruido en el cuarto de la niña.

Gertrudis estaba echada, vestida, en un sofá, y parecía descansar, con los párpados cerrados. El joven se acercó a ella de puntillas y la cogió dulcemente una mano.

—¡Hans!—exclamó ella con espanto.

—Usted está enferma, Trudy, usted delira... ¿Qué significa esto?—dijo sacando una carta de su bolsillo.

—¡Mi carta! No es difícil de comprender, sin embargo.

—Seguramente, clara y concisa. Ocho palabras, nada más: "Príncipe Witterstein, devuelvo a usted su palabra.—Gertrudis." Pero quería oirlo de sus labios. ¿Por qué me rechaza usted?

Por toda respuesta, Gertrudis se tapó la cara y estalló en sollozos. Desde el día anterior, desde el espantoso instante en que vió a su prometido a los pies de su rival, su llanto corría sin detenerse, como manantial misterioso e inagotable.

—Lo sabe todo—se dijo Hans; después, replicó en alta voz: "Espero su explicación, Gertrudis."

Ella murmuró, tratando de dominar su emoción:

—Usted mismo debía... pedirme... que le devolviera su palabra... Me he adelantado yo... Ayer, me encontraba en el cuarto de Isi... Lo oí todo...

—Y ahora, Trudy, vea usted esto—repuso el joven presentándola otra carta.—Es una línea, una sola línea de la Condesa de Thunen que ha marchado al amanecer: "Príncipe Witterstein, jamás, nunca más...—Isi." ¿Comprende usted el sentido de estas palabras?

—Sí, la buena Isi me lo ha confiado todo; quiere huir de usted y reconciliarnos. Me ha animado a recoger las migajas de felicidad que usted podía darme todavía, pretendiendo que todos los jóvenes derrochan su corazón y su alma... Pero no me he convencido. Mi sueño de amor ha terminado... He perdido la fe, he perdido la confianza, he perdido la esperanza... Así es que ya no puedo ser de usted, Hans, y le repito las palabras de Isi: "Jamás, jamás..."

—Piense usted en el escándalo, Gertrudis. Piense usted en los trastornos de una ruptura. Mi tío, su abuela, el mundo...

—¿Son esos sus argumentos? ¿Es eso lo que invoca usted para obligarme a contraer un matrimonio sin amor? ¿Simples consideraciones sociales? No, verdaderamente, no cabe tanta cordura en mi sencillo corazón de diez y siete años. Isi, que conoce la vida, hablaba como usted, y no dudo de su interés hacia mí. Pero importa poco el escándalo, las censuras de su tío o los regaños de mi abuela. Sé que usted no me ama, y eso me basta.

—Trudy, demasiado sabe usted que me parece encantadora y que la he elegido a usted...

—Usted me ha elegido para agradar a su tío, para heredar el mayorazgo, para obedecer a esas consideraciones sociales tan importantes a sus ojos. Mi experiencia hace progresos, y me dice que el "jamás, nunca más", de Isi, no es muy decisivo.

—El sentimiento que me ha inspirado la Condesa de Thunen no se parece a lo que usted ha pensado...

—Sí, ya sé que el honor, tal como lo entiendo yo, no existe más que en las novelas y en la imaginación de las chiquillas... Isi se encargó ayer de explicármelo y he sido testigo del irresistibe impulso que la arrojó en brazos de usted. Lo mismo sucederá en la primera ocasión, aún cuando fuera su mujer de usted... Desde ayer conozco la vida real y ya estoy hastiada de ella... No quiero casarme con usted, Príncipe Witterstein. Salga usted, se lo ruego, porque me es penosa su presencia...

Una crisis de sollozos convulsivos ahogó las últimas palabras.

—No quiero molestarla más—dijo Hans, compadecido.—Espero que su decisión no es irrevocable. Nos volveremos a ver y volveremos a hablar. Adiós, Gertrudis, ¿no quiere usted darme la mano?

—No.

—Y bien, hijos míos, ¿se han hecho las paces?—preguntó la Condesa de Simmersburg, entrando.

—Gertrudis sufre, y tiene necesidad de algunos días de reposo—respondió Hans, despidiéndose de la Condesa. Esta se sentó al lado de su nieta, y después de algunos

momentos de silencio, comenzó a decir con tono severo:

—Ahora, basta de misterios. Quiero saber lo que ha pasado entre ti y Hans. Concluirá por romperse la boda si no intervengo yo en vuestras cosas.

—Está rota, abuela—replicó Gertrudis, levantando la cabeza. He devuelto su palabra al Príncipe Witterstein, y jamás seré su mujer.

—¡Estás loca! Romper semejante boda... Sería una desgracia irreparable y un escándalo inaudito. ¿Qué es lo que has hecho?... ¡Ah! Siempre te recomendé ser amable y seductora... pero eres tan terca... hasta para las cosas más indiferentes... Así, por ejemplo, antes de ayer te empeñaste en ponerte el traje negro, aunque te he dicho mil veces lo mal que te sienta el negro. ¡Quién sabe si ese traje negro ha desagradado a Hans y ha comenzado a enfriarle! He aquí lo que resulta cuando las niñas quieren saber más que las personas de edad. Si hubieras sido obediente, si te hubieras mostrado espiritual, atractiva, irresistible, como siempre te lo he aconsejado, no hubiera sucedido nada de esto... Por lo demás, Witterstein no tiene derecho a comprometerte así a los ojos del mundo, y yo no cederé... Tú tampoco, supongo. Un hombre de honor no se vuelve atrás en el último momento. Comprendo tu sentimiento, Trudy; pero hay que revestirse de valor y defender tu derecho... Te ayudaré así como los Kyffausen... Si es preciso, le amenazarás con suicidarte si te deja, le dirás que no puedes vivir sin él... Estas son ideas novelescas que no apruebo, sin embargo, pueden ser empleadas en los casos extremos... Hans no carece de corazón y no querría tener tu muerte sobre su conciencia... Refiéreme todo lo que ha pasado, con sus menores detalles.

—Abuela, deja tus preguntas y tus consejos. Todo ha concluído entre nosotros.

La Condesa no pudo obtener nada a pesar de sus ruegos y regaños. La joven tuvo una nueva crisis de lágrimas, y cayó en un mutismo completo.

Witterstein hizo aún algunas tentativas de reconciliación, pero Gertrudis persistió en su negativa. ¿Se hubiera tal vez dejado convencer si Hans hubiese mostrado más ardor en dejarse perdonar?... ¿Hubiera tal vez triunfado de sus últimas resistencias los sermones de la abuela unidos a los impulsos de su corazón, si el joven se hubiese mostrado más sentido, más enamorado?... Pero Hans, vacilante, inquieto, turbado no insistió y se encerró en los estrictos límites de la cortesía; abandonó Herrenberg a la semana siguiente para ir al lado de Isi.

Nada podría separarnos, amor mío; mi vida es de usted...

Las Condesas de Simmersburg se despidieron también de los Kyffausen y regresaron a Stockan. Gertrudis era desgraciadísima; no solamente tenía que soportar el peso de sus penas, sino que tenía además que escuchar las lamentaciones de su abuela.

—Nadie te querrá. Morirás solterona.

—¡Oh! No quiero casarme.

—Entonces, vete a un convento... házte monja... Eres la vergüenza de tu familia...

Y la pobre pequeña, llorando, contemplaba tristemente su equipo de novia bordado con las armas de Princesa, cuyos ricos encajes y finas batistas habían absorbido su reducido dote—aquellas galas frágiles y lujosas, imágenes de su felicidad pasada...

XXII

Niza era, como siempre, el punto de cita del *todo París* artista, *boulevardier* o galante, de la sociedad cosmopolita, del "mundo que se divierte", de la high-life del placer; era, como siempre, la ciudad de la alegría y de las diversiones, compuesta de casinos, de hoteles, de casas de campo, de teatros y de paseos, con su cielo azul, sus aromas suaves, sus bosquecillos siempre verdes, sus violetas, sus rosas, sus naranjos en flor, sus olas de plata, sus rocas románticas, sus selvas de pinos; era, como siempre, una admirable decoración de teatro para una vida de lujo y de alegría perpetua. La estación mundana estaba en su apogeo cuando el duque Emilio y Walgrave se encontraron en aquel país encantado. En la lista de extranjeros se leían los nombres de una gran duquesa de Rusia, de un príncipe bávaro, de la Condesa de Thunen, de la Duquesa de Hohenberg, del Príncipe Witterstein, del Príncipe Diamante, de Adela de Marcy y de Sofía Timofewna.

La aristocracia británica estaba representada por un Par de Escocia, por un Lord inglés y por aquella brillante lady de la que nuestro amigo Hans había hablado un día al duque Emilio, aquella hermosa Herminia Coverland, *countess in her own right*. La *villa* de las Rosas, la más elegante de Niza, cobijaba la luna de miel de una parejita parisiense; él, príncipe ruso, Oficial de la guardia, veinte años, dueño de un palacio en San Petersburgo y de propiedades a orillas del Volga; ella, hija de un rico industrial, con varios millones de dote y una pedrería, que con sus trajes y tocados habían excitado la admiración general. Los recién casados no escondían su felicidad en la soledad; su *villa* era el lugar de reunión preferido por la colonia extranjera, y sus recepciones eran muy solicitadas. Precisamente aquella noche daban el primer baile de la estación, y lady Coverland era la reina de la fiesta. Una multitud de adoradores la rodeaban, pero sus más dulces sonrisas se dirigían a Witterstein. Este había tenido la alta honra de agradarle en Londres en la última primavera, y al volverle a encontrar en Niza, el capricho de la joven se había despertado. Conocía la ruptura de la boda de Witterstein y el rumor de la pasión de éste hacia Isi: estas relaciones no impedían que lady Herminia se presentase como rival—tal vez preferida,—y la dificultad de la conquista ofrecía para ello cierto encanto malsano... Adelina de Marcy se encontraba también entre los invitados, y hablaba en un rincón con el Príncipe Arlán, que le hacía entusiastas descripciones del Cáucaso.

—¡Es paraíso, un verdadero paraíso. Ese país es delicioso, mucho menos pintoresco que nuestras montañas, en las que fué encadenado Prometeo. Quiero transformar en una risueña Niza una de mis propiedades del Mar Negro; la poblaré de *villas*, de casinos, de hoteles, de lugares de diversión...

La Orsakoff se acercó al grupo, exclamando:

—Muy buenas, Marquesa. ¿Usted aquí?... Apenas creo a mis ojos. ¿Cómo ha podido usted decidirse a dejar su querido París?

—El Príncipe Arlán me ha animado, pero casi siento el viaje. No tardaré en volver a París. ¿Y usted? ¿Piensa usted permanecer mucho tiempo en Niza?

—No, no estoy más que de paso. París me atrae como a usted, es la patria de todos...

—¿Los inteligentes?—dijo Arlán.

—No he dicho eso. Es muy curioso ver cómo nos encontramos todos. No he dado más que algunos pasos por el salón, y ya me he encontrado con una docena de caras conocidas procedentes de los cuatro puntos del globo... He visto a esas dos señoras austriacas que conoció usted en mi casa. ¿Se acuerda usted, Adela?

—Sí, y su acompañante no las deja—replicó la Marquesa.—Dijeron que iba a casarse.

—Dicen que su boda se ha roto—repuso la Orsakoff.—Por lo demás, el marido de la Condesa ha vuelto. Mírele usted allí abajo, cerca de la puerta, aquel arrogante rubio de elegante apostura.

—¿Es el Conde de Thunen?

—Sí, un perfecto gentilhombre, el mejor tirador de pichones, un atrevido jugador...

—Y un completo Don Juan—añadió el Príncipe de Abcasia.

—Está perdidamente enamorado de Coralina Ducasse.

—¿Quién es esa Coralina Ducasse?—preguntó la Marquesa.

—Pues una que se tiñe los cabellos de amarillo y que posee un hermoso hotel en el Parque Monceau—respondió Sofía Timofewna.

El Conde de Thunen se encontraba, en efecto, en el umbral de una puerta y miraba pasar las parejas de bailarines, entre las cuales se encontraba su mujer, que valsaba con el amo de la casa. El Conde la seguía con los ojos sin admiración ni celos, porque después del primer año de su matrimonio, ella no tenía para él atractivo alguno. Era un hombre de placer, guiado únicamente por sus sentidos, dedicado a los amores fáciles; su vanidad le hacía que buscase las actrices en boga o las horizontales de moda. Una modistilla le había cautivado en Viena; la dama joven del teatro Miguel en San Petersburgo le había conquistado, y en la actualidad se arrastraba a los pies de Coralina Ducasse, una belleza en ocaso, conocida por sus excentricidades. No hacía misterio de su conducta.

Lady Herminia bailaba con Witterstein.

—¿Por qué no ha venido usted este otoño a la granja de Coverland?—preguntó ella durante un descanso. Hemos sido muchos, y hemos pasado una temporada deliciosa. Hemos representado el *Mercader de Venecia*. Yo he desempeñado el papel de Postia... El Príncipe de Gales asistió a la representación. Espero verle a usted en Londres en el mes de mayo.

—Seguramente, señora, y me permitiré ir a hacerla una visita a su castillo, si de aquí a entonces no le ha dado usted un dueño.

—Es cosa a la que no me resolveré fácilmente.

❦

—Le aseguro a usted, querido Duque, que Niza no me agrada. Casi estoy enfadada con usted por haberme impulsado a este nuevo viaje. El de París era suficiente, pero el primer paso es el que cuesta...

—¿No le gusta a usted este rincón del paraíso?

—Todo lo paraíso que usted quiera... La sociedad aquí está horriblemente mezclada; me creo siempre en pleno Carnaval.

—Sin embargo, se encuentra usted en medio de la aristocracia de todos los países.

—¡De todos los países! Eso es precisamente lo que me choca. Por de pronto, debe haber aquí mucho contrabando, y reina una confusión babilónica de lenguas y de maneras. En fin, tengo muchos deseos de volver a mi casa.

—No corre por sus venas de usted, Cari, la sangre de los bohemios del lujo.

—Llámeme usted Princesa; ¿qué quieren decir esas familiaridades comprometedoras? No, no tengo sangre bohemia en las venas, a Dios gracia, sino la sangre pura y tranquila...

—¡Ay!

—... De una patricia, y toda esta bohemia, esta high-life llena de cabezas de Prín-

Salga usted, se lo ruego, porque me es penosa su presencia

cipes o de Condes exóticos, me hace el efecto de una mascarada. Saldré de aquí como se sale de un circo, con el recuerdo de un espectáculo bastante divertido.

—Es usted severa al comparar a los hombres con clowns y a las mujeres con amazonas, pero su observación es justa. Esta perpetua excursión en busca del placer, esta mezcla de nacionalidades, hace que esta sociedad se asemeje a una compañía de titiriteros ambulantes; los carros están reemplazados por un hotel lujoso y confortable.

En otro extremo del salón:

—¿Cómo es que le encuentro a usted aquí, señor Walgrave?

—¡Sofía Timofewna! ¡Qué sorpresa! Yo la creía a usted en París.

—Pienso ir muy pronto. ¿Vendrá usted?

—Es usted muy amable. ¿Por qué no se queda usted aquí?

—Hay demasiados rusos.

—¿No le gustan a usted sus compatriotas?

—Sí, cuando están en su país. Detesto a los que viven en el extranjero y pierden todo carácter nacional. El verdadero ruso no abandona su santa patria, y acabo de ver algunos ejemplares magníficos allí, en mis estepas... Pero ya le he descrito a usted...

—Sus cartas contenían descripciones muy interesantes del país y de sus habitantes, rasgos de costumbres muy curiosos, contados con mucha gracia...

Isi y Hans no tuvieron más que una sola vez ocasión de cambiar algunas palabras durante la noche. Fué en el comedor, mientras el joven ofrecía un helado a la Condesa de Thunen.

—¡Qué encantadora velada, dijo él en voz baja!

—Sí, muy animada... Lady Coverland, sobre todo, parecía muy complacida.

—¿Irá usted mañana a las regatas?—murmuró él al oído.

—No; mi marido irá seguramente, y yo me quedaré en casa. Hágame usted el favor de darme un vaso de agua.

—Aquí tiene usted, Condesa. Mañana, a las doce, añadió en voz muy baja.

Ella hizo un signo afirmativo y volvió la cabeza.

XXIII

Fiel a sus principios, el duque Emilio dedicaba sus cuatro horas cada mañana a sus trabajos favoritos, en medio de los placeres de Niza. No se dejaba tentar por ninguna expedición terrestre o marítima, a caballo o en coche, y permanecía trabajando en su gabinete.

Unicamente Walgrave tenía acceso en el santuario, cuya paz se cuidaba de respetar. Cuando su amigo estaba ocupado, cogía un libro y leía en silencio, o llevaba algunos artículos de Revista para pasto de conversación.

Aquel día había transcurrido el tiempo consagrado al estudio y los dos amigos almorzaban mano a mano como en el castillejo perdido en el fondo de los bosques.

—La existencia febril que se lleva aquí—dijo el Duque—es la enemiga declarada del bienestar; esta fiesta perpetua, en medio de las rosas y las violetas, mecida por una música de opereta, bajo un cielo eternamente azul, concluye por cansar: es una existencia tonta, inútil, vacía y sonora. Es imposible entrar en un casino, franquear el umbral de un *restaurant* o dar una vuelta por un paseo, sin verse asaltado por las mismas gentes, que dicen las mismas frases y repiten las mismas cosas.

—Usted no ha venido a buscar en Niza entre este torbellino mundano, el ideal de una vida pacífica y sosegada.

—Por eso espero con impaciencia el momento de marcharme. ¿Cuándo nos embarcamos? La perspectiva de un viaje alrededor del mundo me llena de alegría.

—¿No experimenta usted ningún sentimiento al dejar Europa? ¿Le es a usted indiferente abandonar sus costumbres, sus amistades?...

—Ya sé lo que usted quiere decir. Me cree usted retenido por algún asunto del corazón.

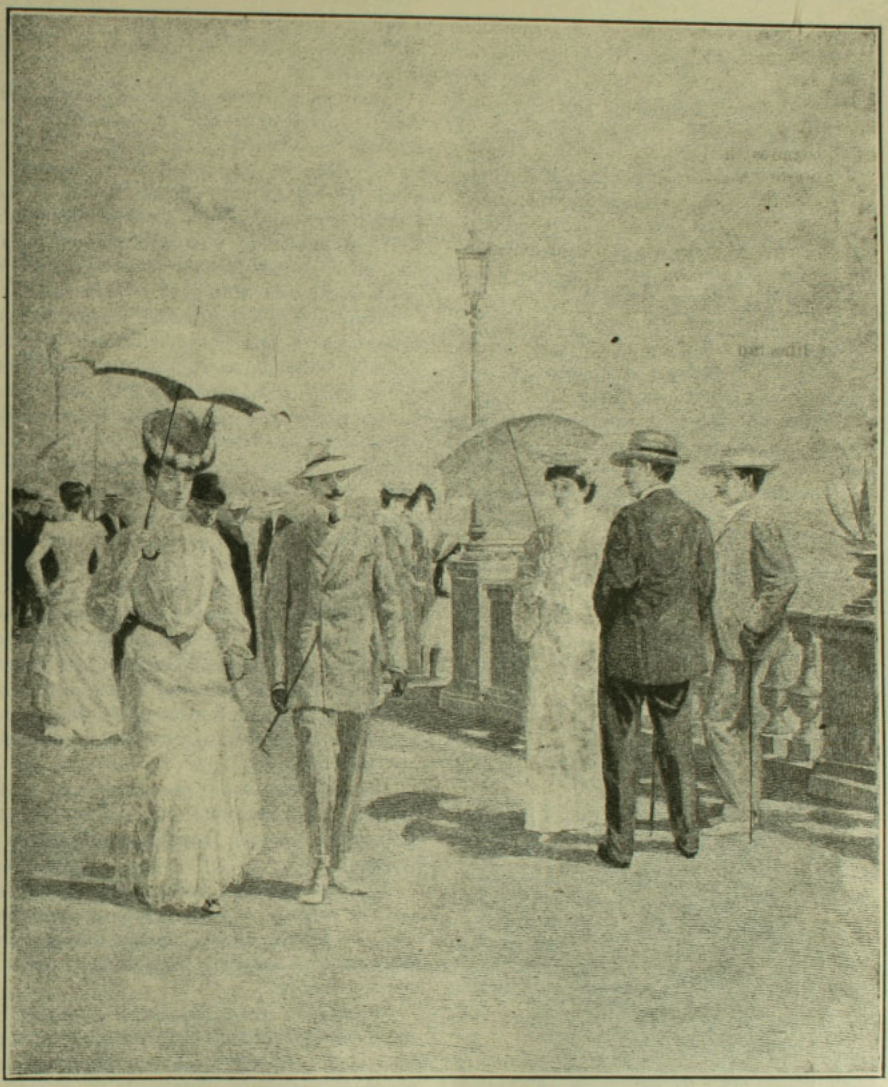
Walgrave hizo un signo afirmativo.

—También usted se engaña. No tengo amores; los lazos que me ligan son muy ligeros y muy fáciles de romper. Mi pasión por los viajes los quebrará sin ningún trabajo.

—Pero un lazo suele unir siempre a dos personas. ¿No sufrirá una de ellas con esta separación?

—Al contrario, se librará más bien de una sujeción enojosa.

—¿De verdad? Entonces, tanto mejor. Hablemos de otra cosa. ¿Podría usted decirme, querido amigo, lo que se ha hecho



Una multitud de adoradores la rodeaban, pero sus más dulces sonrisas se dirigían a Witterstein

de la encantadora joven que fué novia de Witterstein?

—¿La condesita de Simmersburg? ¿Le interesa esa pobre niña?

—Sí. Pocas veces me ha encantado tanto una muchacha. Si no hubiera estado comprometida con otro, hubiese tal vez renunciado a mi resolución de no casarme más que con una americana, y me hubiera decidido a pedir su mano. Sin duda hubiera recibido una negativa, porque la abuela me consideraría como un sér indigno de respirar el mismo aire que su noble persona... ¿Sabe usted lo que se ha hecho de esa preciosa Trudy?

—Continúa en Stockan, con su abuela, que está un poco mal y hace la vida muy pesada a su nieta. No hace más que hablarla de la proximidad de la muerte, y quiere arrancarla la promesa de tomar el

velo... Pudiera ser, en efecto, que fuera lo mejor para la pobre Trudy, porque no tiene dote.

—Es vergonzoso obligar a esa niña a que se entierre en vida porque es pobre. ¡Y siendo tan bonita!

—Después de la ruptura con Witterstein le será muy difícil encontrar otro partido.

—¿No hay, pues, entre ustedes otra alternativa que la del convento o el matrimonio para una huérfana pobre? ¿No hay ningún trabajo o carrera posible?

—¡Qué ilusiones! Nosotros no hemos llegado aún a permitir que las jóvenes puedan ser abogados, médicos o diputados. ¿El trabajo manual? ¿Qué sabe hacer una condesita? ¿En qué puede emplear sus finas y blancas manos? No, amigo mío; la independencia de las mujeres no se encuentra aún en vías de realización entre nosotros.... ¡Ah!

—¿Por qué dice usted ¡ah!?

—Ya sabe usted, Walgrave, que considero la libertad como el bien más precioso y que todas mis simpatías están con los que reivindican el derecho al trabajo... Pero, volviendo a nuestra amiguita, le diré a usted que me interesa mucho: ha dado pruebas de carácter, porque Witterstein seguía decidido a darle su nombre, y ella lo ha rechazado resueltamente, sabiendo que amaba a otra.

—¡Pobre pequeña! ¡Debe sufrir mucho!

—De todos modos, tiene el corazón altivo y alma grande.

XXIV

Isi se encontraba sola en su casa, porque su marido había ido a Monte Carlo. Releía una carta de Gertrudis que acababa de recibir. He aquí lo que decía la carta:

"No tengo más que a ti en el mundo, a quien pueda decir la espantosa soledad de mi corazón. Mi abuela no me comprende; no me ha comprendido en la felicidad y me comprende menos todavía en la desgracia. Cuando yo era dichosa, confiaba mis pensamientos al papel en una serie de cartas destinadas a mi futuro marido, cartas que he arrojado al fuego. Eres la única persona a quien puedo hablar libremente.

—"Si mi abuela supiera que me confío a ti se indignaría, porque te odia. Ha sabido—no por mí—la verdadera razón de mi ruptura con Hans; no ignora que te ha seguido a Niza, y me ha dicho: "Se ha marchado a ese país de aventureros en pos de la coqueta Isi."

"¿Así, pues, Hans está a tu lado? Bien segura estaba yo de que tú "jamás" no resistirías la ausencia. ¿Le amas? ¿Eres feliz? Perdona mi curiosidad y no respondas a mis preguntas si lo juzgas oportuno. Te escribo para aliviar mi corazón oprimido. Sé que me quieres y que compartes mi pena. Así, pues, quiero someterte a un caso de conciencia y decirte lo que me turba.

"Estoy a punto de contraer otras nupcias, eternas éstas, mis desposorios con Cristo. Voy a entrar a un convento. Mi abuela me repite desde la mañana hasta la noche que es mi único recurso, y me siento tan cansada de la vida, tan abandonada y tan sola, que no tengo fuerzas para resistir a las voluntades que me imponen; sin embargo, considero, aparte de mi caso, que la toma de hábito es más bien un entierro que una boda.

"¿Hay que renunciar al mundo para conocer la dicha? ¿No es una falta el consagrarse a Dios sin vocación? ¿No seré yo una mala religiosa? ¿Podré olvidar jamás mi pasada vida, mis sueños, mis esperanzas, mis alegrías? ¿Debo resistir, Isi? ¡Ah! siento que no tengo fuerzas para ello y no hago más que llorar.

"¿No es espantoso el ser encerrada para siempre en un convento, sin que se puedan arrancar del corazón las tristezas de una felicidad perdida?

"Aconséjame, Isi; pero escríbeme a la lista de correos, a fin de que tu carta no caiga en manos de mi abuela, que no me perdonaría el haberme dirigido a ti en mi abandono moral.

"Tristemente tuya, *Trudy*."

—¡Pobre pequeña!—dijo Isi en alta voz, suspirando.—Después sacó un pliego y comenzó la respuesta. Estaba en la segunda carilla, cuando Witterstein entró y depositó un prolongado beso en sus delgados dedos.

—¿Estamos solos?—preguntó él.

—Sí, y tengo que hablar a usted, mi querido amigo.

—La escucho... ¿Pero por qué esta frialdad? ¿Por qué ese "usted"?

—Quiero decir a usted sencillamente que es preciso separarnos... Ya no nos amamos.

—Hable usted en singular, se lo ruego.

—No, he dicho "nosotros" con intención,

porque leo en usted como usted en mí. Los amantes están siempre de acuerdo, para dejarse como para unirse....

—¿Qué es lo que le ha hecho a usted creer que se hayan enfriado mis sentimientos?

—Lo ignoro... Es una sensación... Por lo demás, no es justo el decir que hayamos cesado de amarnos; creo que no nos hemos amado nunca. Pero es inútil discutir estos detalles: lo que era ya no es. Hasta tengo que hacer a usted una confesión: no solamente no le amo a usted ya, sino que amo a otro; ya ve usted si soy clara.

Hans se levantó bruscamente:

—¿A otro? ¿Quién es? se lo ruego.

—Siéntese usted y tenga calma, sin lo cual no le diré nada.

—¿Quiere usted decirme el nombre de mi rival?

—Con mucho gusto: es el Conde Thunen.

—¿Su marido de usted? Es verdaderamente original—dijo el joven riendo amargamente.—Debo advertir que va usted a sufrir una decepción. La señorita Ducasse, la de los cabellos rojos...

—Me veo obligada a luchar con ella. En todo caso, quiero hacer la prueba. Y usted me hará un favor si...

—¿Si la dejo el campo libre?

—Exactamente.

—¿Qué debo hacer? ¿Debo marcharme, quedarme, viajar, ocultarme o arrojarme al mar sencillamente?

—Cásese usted.

—¿Con lady Coverland?

—¡Valiente idea! ¿Estaría usted enamorado de ella?

—¡Nunca en la vida!

—Le destino a usted otra mujer. Tenga usted, Hans; lea esto.

Y entregó a Witterstein la carta de Gertrudis, que él leyó con visible emoción.

—Pero Trudy ya no me quiere—dijo él, después de haber acabado la lectura.

—Haga usted una nueva tentativa, Hans. Llévele usted mi respuesta, y estoy convencida de que no persistirá en su negativa. Los malos tratos de su abuela, su aislamiento, la perspectiva del claustro, la hacen tan desgraciada, que será usted para ella un mensajero del cielo.

—¿Lo cree usted?

—Estoy segura... Ya ve usted que no dice que no; tenía yo razón hace poco.

—¿Usted quiere ponerme a prueba, Isi?

—No, la prueba sería inútil. No nos amamos, y lo tengo observado desde el primer día de nuestra pretendida "felicidad". Sí, comprendí que se había roto el encanto. Yo experimentaba remordimientos, usted algún asombro. Después, ha llegado mi marido y he comprendido que mi amor hacia él no estaba apagado. Engañarle es un tormento para los dos, porque usted es amigo suyo y él le demuestra gran afección. Observo también que somos muy vigilados, y si llegáramos a ser descubiertos, habría un drama espantoso. Es preciso romper, amigo mío; es necesario para usted y para mí. Puede usted estar seguro de que hablo seriamente, al leer mi respuesta a Trudy.

Witterstein tomó la carta comenzada y leyó:

"Mi querida amiga:

"No te escribo a la lista de correos, como tú deseas, porque confío mi carta a un mensajero. Es más seguro. Deseo ardientemen-

Unicamente Walgrave tenía acceso en el santuario

te que sigas mi consejo respecto a que no entres jamás en el convento. No has nacido para la vida religiosa y sería un sacrilegio el enclaustrarte.

—"¿Me preguntas si soy feliz? No, querida mía, no hay alegría posible en la mentira y en la traición, y mi "cómplice" es de mi parecer. Quiere probarlo aceptando cerca de ti el papel de cartero. Conoce el contenido de esta carta, que es la expresión exacta de mi pensamiento y del suyo. Te suplico que seas indulgente con él, olvides el error pasado y consientas en la dicha legítima, digna..."

Hasta aquí la carta. Hans la volvió a poner en la mesa y dijo:

—Eres una mujer inteligente y buena, Isi.

—¿De manera que quieres encargarte de mi comisión?—preguntó ella, estrechándole la mano.

—De todo corazón.

—¿Cuándo marchas?

—Mañana. Pero antes es preciso que yo...

La entrada de varias visitas interrumpió al joven, que tomó su sombrero, se inclinó en silencio y salió.

Isi le siguió con triste mirada. ¿Era aquella su despedida? Ella había dicho la verdad: su amor había muerto y Hans no era otra cosa que un remordimiento viviente, un pesar, un temor. Y sin embargo, ante aquella brusca marcha experimentaba ella cierta ternura, una emoción, algo infinitamente dulce y lánguido; hubiera querido darle un afectuoso beso y decirle: "¡Sé feliz!" Hans experimentaba el mismo sentimiento y sufría con aquella brutal separación. Así fué, que envió una carta a Isi, rogándole que concediese una última cita. Se presentaba una ocasión favorable: Isi debía ir por la noche a un baile de máscaras que se celebraba en el teatro de Niza. Durante la fiesta, se perdería ella entre la gente, saldría del baile, se dirigiría a la habitación de Witterstein, y una hora después, tapada siempre con su dominó, podía estar de vuelta sin que nadie hubiera observado su ausencia.

La exposición del plan iba seguido de tres páginas de ruegos y súplicas.

El joven añadía que aquella entrevista suprema era la condición de su obediencia.

Este deseo respondía a las más secretas aspiraciones de la Condesa de Thunen, que quería ver a su amigo por última vez. Las tres páginas eran, pues, completamente inútiles, y ella se preparó a poner en práctica el proyecto. La cosa era tanto más fácil, cuanto que las señoras de Orsakoff y de Marcy debían acompañarla a la fiesta, bajo la protección del Príncipe Diamante. El Conde de Thunen no debía volver de Monte Carlo sino al día siguiente por la mañana, y además no acostumbraba impedir los placeres mundanos de su mujer.

Cari se negó enérgicamente a unirse a la alegre banda, y aún trató de retener a su hermana, la cual no cedió; aquella última cita tenía para ella un encanto extraño, el encanto del recuerdo, el encanto de la renuncia...

XXV

El teatro se había transformado en salón de baile y presentaba, en aquella noche, una animación extraordinaria. Toda la high-life se había congregado, llenando los palcos, los pasillos y la sala de descanso.

La orquesta tocaba sus valses más insinuantes, en medio de las risas y los gritos; las gentes se buscaban, se encontraban, se daban bromas, cambiaban palabras de amor... La atmósfera, saturada de efluvios magnéticos y de perfumes, embriagaba a las parejas, tiernamente enlazadas; en el fondo de los palcos, los taponazos de champaña parecían tenues detonaciones; al través de las caretas lucían los ojos, radiantes de alegría; la fiesta, la gran fiesta del placer seguía su curso, ardiente, loca, fascinadora...

Isi estaba distraída: todo su pensamiento estaba concentrado en la hora que iba a pasar al lado de Witterstein... Se había quedado a la puerta del palco, buscando un pretexto para esquivarse.

—Veo allí al Vizconde de Sevigny; voy a embromarle un poco—dijo a la de Marcy, dirigiéndose hacia el joven francés.

Conocía muy poco al Vizconde, y no tenía la menor intención de excitar su curiosidad; su único fin era encubrir su ausencia. Sevigny le había sido presentado recientemente en el paseo de los Ingleses, por su marido, que le había conocido en San Petersburgo. Se habían cambiado algunas palabras de cortesía, y ella no tenía miedo de ser reconocida por el joven. Le

provocó con algunas bromas, como se hace en semejantes casos; después de un rápido coloquio, exclamó él:

—Gracias, hermosa. Esa gentileza, ese espíritu endiablado, no puede pertenecr más que a Coralina Ducasse.

—Sobre todo, no me descubras —dijo ella riéndose. Después se perdió entre las máscars.

Encontró a Witterstein en el *foyer*, y se colgó de su brazo, murmurando:

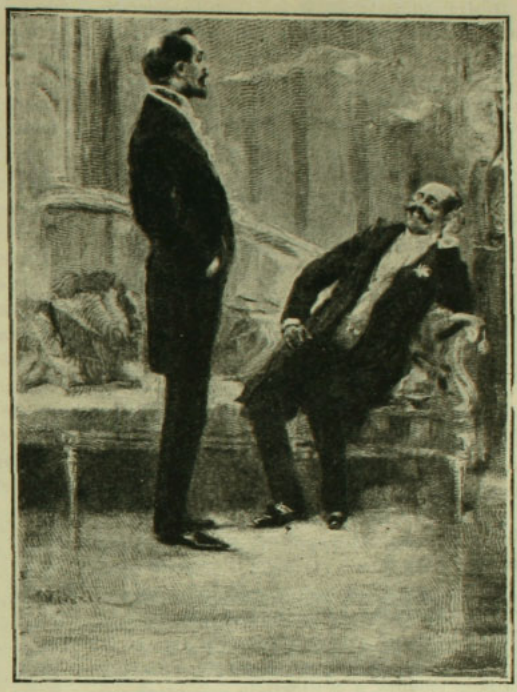
—Aquí estoy; he traído la carta que debes entregar a Trudy.

—¿Y te dignas darme un último adiós?... Gracias... Ven.

Ella vaciló un momento.

—¿Por qué no quedarnos aquí?

El la arrastró sin responder, la condujo al peristilo, la metió en un coche y subió detrás. Cinco minutos después, llegaban a casa de Witterstein. El corazón de Isi palpitaba bajo la seda del dominó y sus mejillas ardían bajo la careta negra, cuando entró en la habitación del joven; no era la primera vez, pero debía ser la última, y experimentaba una emoción desconocida... Mientras tanto continuaba el baile.



Es vergonzoso obligar a esa niña que se entierre en vida porque es pobre. ¡Y siendo tan bonita!

*

—¡Cómo! ¿es usted, Thunen? Yo le creía en Monte Carlo.

He venido hace una hora, mi querido Sevigny. Mi "buena amiga" se ha empeñado en asistir a este baile, y yo he hecho lo mismo.

—Entonces ha venido usted atraído por los hermosos ojos de Coralina...

—¿Coralina? Esa es una historia antigua. Desde ayer estoy locamente enamorado de una personita que he encontrado en el tren, y busco el medio de romper con Coralina... ¡Si pudiera hacerme una infidelidad! ¡Qué buena excusa! Pero las queridas, de las que uno quiere desembarazarse, son de una constancia inquebrantable.

—¿De manera que Coralina le prestaría a usted un servicio dándole a usted un rival?

—¡Un servicio inmenso! Pero habría que sorprenderla...

—Pues bien, querido amigo, voy a facilitar a usted la cosa... Le soy reconocido a usted porque no he olvidado aquel asunto de San Petersburgo, en el que me sirvió usted tan amistosamente...

—¡Ah, sí! El duelo con el marido de la hermosa Condesa de Arleff... Fuí padrino de usted, no hice más. Usted hirió al marido ofendido... En suma, el duelo es una cosa horrible, cuando se piensa en ello. ¿La herida del hombre engañado afecta en algo a su deshonor?

—Tiene usted razón; pero después del descubrimiento de las cartas, no le quedaba más remedio que batirse.

—Evidentemente.

—En fin, lo que yo quería decir a usted es que me sirvió usted muy bien en aquella ocasión, y que me alegraría mucho corresponderle. Si lo desea usted, puedo probar la traición de Coralina.

—¿De veras? Me asombraría... ¿Sería usted por casualidad...?

—No, porque la discreción me impediría desempeñar semejante papel; se trata de otro...

—He aquí la historia. Coralina estaba aquí hace un momento y ha querido intrigarme. La conocí en seguida y no trató de negar su identidad. Se alejó, y la ví tomar el brazo del Príncipe Witterstein, bajar la escalera, salir del teatro... Me encontraba precisamente detrás de Witterstein cuando subió al coche con la bella y le oí dar al cochero la dirección de su morada... ¿Le basta a usted esta prueba?

—¿De modo que es Witterstein?... La noticia me proporciona un doble contento, porque le suponía otra intriga que me era muy desagradable... ¿Cree usted que encontremos juntos a los tórtolos?... Vamos a sorprenderlos...

—Iba a proponérselo. No es imposible entrar en casa del Príncipe; pero podemos apostarnos a la puerta, y cuando Coralina salga caerá en la red. ¿Le ocasionará a usted esto algún disgusto con Witterstein?

—¡Jamás! Coralina no teme comprometerse. Además, no deseo otra cosa que traspasarla a su nuevo favorito... Busco motivo para una ruptura, y nada hay mejor que un flagrante delito de ese género.... Todo terminará con una alegre cena, a la que convidaré a mi nueva conquista, a mi antigua amante, a Witterstein y a usted... ¿Usted con quién?

—Con Georgina.

—Con Georgina, convenido. Vamos.

Algunos minutos después los dos amigos llegaban ante la villa aislada que ocupaba Witterstein. Aquella noche había despedido a sus criados, y el vestíbulo y la escalera estaban desiertos; una lámpara iluminaba débilmente el recibimiento, y la única puerta de la habitación estaba cerrada con llave.

—Esperemos aquí—dijo Sevigny, entrando sin cumplidos en el vestíbulo.

—¿Pero si estamos de plantón hasta la mañana?

—¡Bah! Coralina querá volver al baile. Tengamos paciencia.

—Sea! Esta manera de pasar una noche de Carnaval carece de alegría—dijo Thunen sentándose en una banqueta de terciopelo. —Esperaré un cuarto de hora nada más.

No habían transcurrido diez minutos, cuando se vió recompensada la paciencia de ambos. Oyéronse voces y pasos. Thunen se levantó un poco conmovido, a pesar suyo. La puerta de la habitación se abrió, e Isi apareció en plena luz con la careta en la mano. Dió un grito de espanto y quiso taparse la cara, pero era demasiado tarde. Thunen le apretaba las muñecas. Witterstein, que se había quedado atrás, palideció, y Sevigny deseó que la tierra se abriera para tragarle; comprendía que acababa de cometer la mayor atrocidad de su vida.

Los cuatro actores de aquella trágica escena permanecieron mudos algunos segundos. Por fin, Thunen, ofreciendo el brazo a su mujer, dijo con voz apagada.

—Permítame usted, Condesa, que la conduzca a su casa. Príncipe Witterstein, mañana recibirá usted mis padrinos.

Hans se inclinó.

—Estoy a sus órdenes... Tal vez la Condesa de Thunen preferiría permanecer bajo mi protección... Después de lo que acaba de pasar, me declaro dispuesto a consagrarle mi vida entera.

Isi hizo un movimiento negativo con la cabeza y murmuró:

—No, se lo agradezco; debo seguir a mi marido.

Al día siguiente, el Vizconde de Sevigny y el Príncipe de Abcasia fueron a ver a Witterstein de parte del Conde de Thunen. Después se vieron con el duque Emilio y con Walgrave. Los padrinos juzgaron el encuentro inevitable, y se concertó el lance a pistola.

Los adversarios se resignaron a las condiciones del código social, y fueron al terreno sin odio profundo, sin ardor belicoso, sin deseo de venganza, únicamente por no derogar los usos convencionales. Todo sucedió conforme a las reglas. Se cambiaron los saludos, se contaron los pasos, probáronse las armas, se sortearon los puestos; después dispararon a la voz de mando y Witterstein cayó muerto.

XXVI

De John Walgrave a Walter Sydney, en Boston.

"Niza, febrero 189...

"Estoy aún completamente trastornado por el acontecimiento de ayer. "No matarás", dice el mandamiento del Decálogo, y

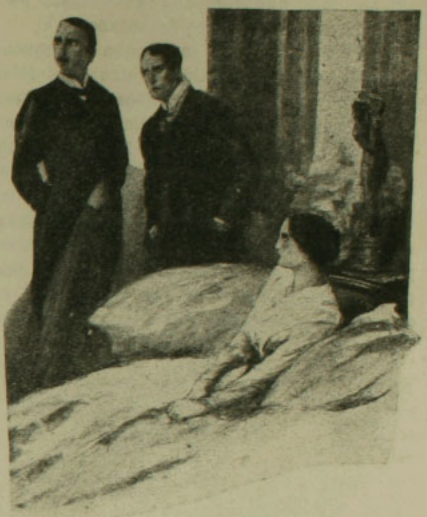
los que afirman su fe de cristianos se ven obligados a matar para lavar su honor. ¡Qué barbarie es la guerra y horrible absurdo el duelo!... Experimento ira ante estos sangrientos anacronismos.

"La superstición y el prejuicio subsisten aún en nuestra época de razón naciente. La protesta del individuo aislado es impotente, y se ve obligado a obedecer al mismo prejuicio que desaprueba. El duelo tiene su origen en una superstición, ha largo tiempo abolida: el juicio de Dios. ¡Pero continúan batiéndose! Sin embargo, el duelo es menos frecuente que antes y va quedando reservado a las clases aristocráticas. ¡Esperemos que tan cruel manía desaparezca pronto por completo! Oigo aún la detonación de la pistola que ha concluído con un sér lleno de vida y de ardor, un sér destinado sin duda a ser feliz... Veo aún el cadáver de aquel hermoso y arrogante joven yaciendo en tierra y bañado en sangre.

"Semejante muerte no satisfacía a nadie, ni siquiera al adversario; pero el honor estaba a salvo, como lo dijo uno de los padrinos con un suspiro. Y si el ofendido hubiera caído en lugar del ofensor, o si el combate no hubiera tenido un fatal desenlace, igualmente se hubiera salvado el honor... ¡Qué importa el resultado con tal de batirse!

"Pero no te he contado lo sucedido. ¿Te acuerdas de mis frecuentes alusiones a una intriga de amor entre el apuesto Witterstein y una hermosa Condesa de ojos negros?... Pues bien, el marido de esta última lo sorprendió una noche en casa del Príncipe. Siguió una provocación, el encuentro se verificó el día siguiente, y el Conde mató a su adversario de un tiro. El desenlace puede ser considerado como "un juicio de Dios", puesto que la víctima era el culpable; pero si hubiera sucedido lo contrario, el código del honor declararía también que todo estaba zanjado... Este contrasentido me exaspera.

"Y, en este caso, el contrasentido es aún más irritante. ¿No es contrario a toda justicia ver que un hombre ligero como Thunen—ese héroe de *boudoirs* de mujeres alegres—tenga derecho a exigir de su mujer una constancia absoluta? ¿No es esencialmente ilógico hacer que el honor del marido dependa de la fidelidad de la infeliz abandonada? ¿No hay una contradicción palmaria entre la ligereza con la cual se tratan



La entrada de varias visitas interrumpió al joven

las historias galantes en el mundo y el trágico fin de su expiación?

"Mas, ¿para qué indignarme? La sociedad es así, y tal como debe ser... esos absurdos se explican por un estado de espíritu anterior; el pasado penetra en el presente y produce inevitables conflictos.

"Por lo demás, los acontecimientos dramáticos no detienen el movimiento de la high-life. Hoy los restos del Príncipe Witterstein serán trasladados a Moravia; el Conde de Thunen ha marchado a Roma; la Condesa y su hermana han vuelto a Viena; el tercer baile de la estación se celebrará mañana en la *Villa de las Rosas;* este desgraciado duelo es asunto de todas las conversaciones, lo que no detiene los flirts... Dentro de algunos días otro escándalo ocupará la crónica mundana y quedará olvidado éste. Se tendría verdaderamente mucho que hacer, si fuera preciso acordarse de estas bagatelas.

"También yo medito una locura. Conozco a una pobre niña, bella como un ángel, a la que quieren obligar a entrar en un convento. Voy a ofrecerme a ella como el último recurso. La existencia en Austria se le ha hecho imposible... El que fué su prometido ha muerto... Quiero proponerla comenzar una vida nueva al otro lado de los mares. Yo me había prometido no ca-

sarme más que con una americana, pero, ¿dónde están las nieves de antaño?

"Dicha joven me interesaba ya mucho cuando estaba prometida a otro; me deleitaba en ver cómo se reflejaba en su lindo rostro su alma pura y ardiente—un alma sincera y franca. Ahora que la sé libre, absolutamente libre, espantada ante la idea de ir a enterrarse a un claustro, tengo la intención de hacerla dichosa... ¿Me rechazará tal vez? ¿No me querrá? Su suerte es espantosa, y yo no soy muy de desdeñar después de todo... Mi fortuna no influeye en ella; pero la amistad del duque Emilio es, a sus ojos, la mejor garantía de mi valor y dignidad... El Duque debe acompañarme cuando haga la petición de mano.....

.....

Cablegrama de Bremerhaven.
Walter Sydney, Boston-Massachussets.

Mayo 189...

Entre los pasajeros del *Hanske* se han hecho inscribir hoy: el duque Emilio de Volmar, y el señor y la señora de Walgrave.

—*Tu dichoso John.*

FIN.